


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10002015123

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICION)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO XI



MADRID
IMPRENTA DE GALO SAEZ
MESON DE PAÑOS, 8
1929

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICION)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO XI



MADRID
IMPRENTA DE GALO SAEZ
MESON DE PAÑOS, 8
1929

PRÓLOGO

En el presente volumen acaba la cuantiosa serie de las comedias inéditas y raras de Lope, que han ido apareciendo en los anteriores tomos de esta nueva colección de sus Obras, y principia la de piezas que han sido ya divulgadas en ediciones modernas. Las cinco primeras de las veinte contenidas en este volumen pertenecen aún a aquel grupo, y las restantes las reimprimió don Juan Eugenio Hartzenbusch en su colección de *Comedias escogidas de Frey Lope Félix de Vega Carpio,* incluída en la *Biblioteca de Autores Españoles,* de Rivadeneyra. Aun así, la edición que de estas últimas hacemos no deja de tener novedad, a veces extraordinaria; pues Hartzenbusch las enmendó a su modo, sin hacer constar lo que ponía de su cosecha, y, en cambio, no utilizó los autógrafos que se conservan de muchas, cuyos textos habían sido mutilados y corrompidos en las antiguas ediciones.

Constantes en nuestro propósito de dar siempre los textos más auténticos y autorizados, o aquellos que puedan ofrecer a la crítica más elementos de juicio para la depuración de los mismos, seguiremos reproduciendo fielmente los originales o, en su defecto, los de las primeras ediciones, sin omitir el cotejo con las reimpresiones posteriores y la anotación de las variantes que unas y otras ofrezcan. Y en todo caso, aun a sabiendas de que el sentido se halla alterado en algunos pasajes, evidentemente corruptos, preferimos respetar la lección antigua, antes que incurrir en las arbitrarias y profanadoras restauraciones y en las fantásticas *adivinaciones* de los editores del pasado siglo.

Hechas estas advertencias generales, pasamos a dar a continuación algunas noticias circunstanciadas de cada una de las comedias insertas en este volumen.

I. Los Guzmanes de Toral, o Cómo ha de usarse del bien y ha de prevenirse el mal.

En la lista que de sus comedias publicó Lope de Vega en la primera edición de *El Peregrino en su patria* (Sevilla, Clemente Hidalgo, 1604), hay una con el título de *Los Guzmanes de Toral.* No se conocía ningún manuscrito ni impresión de ella, y teníasela por perdida. El ilustre hispanófilo italiano doctor Antonio Restori, al examinar detenidamente, en el verano del año 1897, los manuscritos españoles de la Biblioteca Palatina, de Parma, halló en el volumen XXIX de la colección de *Diferentes Autores,* entre otras (1), una comedia rotulada *Cómo ha de usarse del bien y ha de prevenirse el mal.* Comprobó que esta obra, cuyo protagonista es un noble Guzmán, señor de Toral, no coincidía con otras varias que tratan también de los Guzmanes (2). Entonces Restori indujo con perspicacia que podría identificarse con la desconocida comedia de Lope, *Los Guzmanes de Toral.* Vino a confirmar este supuesto el hecho de ser de mano del propio Lope dos hojas del acto primero, una del segundo y todo el tercero, en el manuscrito parmense. El docto hispanista se apresuró a publicar la inédita comedia, precedida de un interesante estudio, en la *Romanische Bibliothek* (3).

Restori clasificó esta comedia incluyéndola entre las que pudieran denominarse *montañesas,* grupo al que corresponden también algunas de las mejores producciones de nuestro autor, como *El Vaquero de Moraña, Los Be-*

---

(1) El citado volumen contiene seis comedias impresas *sueltas* y tres preciosos manuscritos autógrafos: *El nieto de su padre* ("del Castilla", dice Restori; pero en la *Colección de comedias escogidas* se atribuye a Guillén de Castro, y como de éste la registra La Barrera), *De la noche a la mañana,* de Falces, y ésta de Lope.

(2) Aparte de las que se refieren a Santo Domingo de Guzmán, como *Santo Domingo,* de La Hoz y Mota, y *El Bueno entre los Guzmanes,* de Quevedo y Arjona, y las que tienen por asunto el episodio de la defensa de Tarifa, como *Más pesa el rey que la sangre,* de Vélez; *Abraham castellano,* de La Hoz y Mota; *Defensa de Tarifa,* de Zamora, y alguna más, se conocen otras comedias alusivas a los Guzmanes; tales, *Don Alonso López de Guzmán, duque de Medina,* anónima; *El Marte español Guzmán,* de don Juan de Benavides, inédita, y, por último, se sabe que Damián Salucio del Poyo escribió, en los primeros años del siglo XVII, una comedia sobre la "casa de Guzmán", hoy ignorada o perdida. (Véase García Soriano: *Damián Salucio del Poyo,* Madrid, 1926.)

(3) Volumen 16: *Lope de Vega. / Los Guzmanes de Toral / ó / Cómo ha de usarse del bien y ha de / prevenirse el mal. / Commedie spagnoles del secolo* XVII */ sconosciute, inedite o rare, publicate / dal / Dr. Antonio Restori. / Halle A. S. / Verlag von Max Niemeyer / 1899.* Un vol. de 1 h. + XX + 100 págs. y un facsímile plegado: 8.° m.lla

Sobre esta edición véase: *Revue Critique,* N. S., LI, 90-91 (H. A.); *Deutsche Literaturzeitung,* XX, págs. 1.832-1.835 (Farinelli); *Literarisches Centralblatt,* 1900, pág. 362 (P. F.).

navides, Los prados de León y *Los Tellos de Meneses.* Con esta última, sobre todo, tiene particulares puntos de semejanza. Pero por otro aspecto, *Los Guzmanes de Toral* pertenece al teatro histórico-legendario de Lope, "en que —como dijo Menéndez y Pelayo— se limita a pedir prestados a la historia o a la tradición épica algún nombre o algún hecho, y luego saca todo lo demás de su propio fondo". Las obras de esta clase, en opinión también del insigne maestro, superan en fuerza poética a aquellas otras en que el poeta se sometió demasiado a la pauta de una crónica, no queriendo omitir ni desfigurar ninguno de sus datos.

Parece ser que Lope sólo utilizaba ordinariamente, como fuentes históricas de inspiración, los relatos de la *Crónica General,* el Valerio Máximo y el de Rodríguez de Almela; los *Reyes de Castilla,* de Fray Prudencio de Sandoval, y, alguna vez, la *Historia,* del Padre Mariana. Pero es muy posible que para esta comedia tuviese además presente algún *nobiliario* o genealogía de la casa de Guzmán (1). El único elemento, positivamente histórico, que *Los Guzmanes de Toral* contiene, se reduce al nombre de Alfonso VII. Todo lo demás es invención del poeta, o de algún fabuloso genealogista, cuya leyenda aprovechase.

La acción comienza con la proclamación de Alfonso VII, como rey de León y Castilla, verificada en León el año 1127, poco después de morir su madre, doña Urraca. Restori opinó, sin embargo, que la escena de la *coronación,* con que se abre la comedia, sólo puede aludir a la elevación solemne al título imperial, efectuada, según las crónicas, en León por la Pascua de Pentecostés de 1135.

El protagonista, *don Payo de Guzmán,* tal vez pudiera identificarse con un don Ramiro de Guzmán que asistió con Alfonso VII a la conquista de Almería (1147), tanto más cuanto Sandoval recuerda la tradición de que este don Ramiro tuvo amores con una prima del rey de León (2). Pero la

---

(1) Por ejemplo, el *Libro de genealogía de la casa de Guzmán, en el cual se hallan algunos romances históricos,* que se conserva en la biblioteca de la Real Academia de la Historia; colección Salazar. Citado por Durán ,*Romancero,* t. II, pág. 695.

(2) Sandoval: *Crónica del ínclito Emperador de España don Alonso VII* (Madrid, 1600), folios 326 y siguientes. A este mismo personaje se le da el nombre de *don Ramiro Frólaz* en un manuscrito titulado *Tabla genealógica de don Nuño Pérez de Guzmán, tronco de la casa de Toral* (Bibl. Acad. de la Hist., colección Salazar, B.-31, fols. 1-22), y de él se dice lo siguiente: "El conde don Ramiro Frolaz, vno de los mayores señores de su tiempo, i cuyo nombre dura en historias i escrituras del año 1120 al de 1168, fué de los primeros que dieron la obediencia al Emperador don Alonso el Séptimo, quando el año 1122 fué a tomar la corona del Reyno de León. Consta de la Crónica latina del Emperador, que está original en mi poder, escrita en vitela, i dice anssí: ...Escribe altamente del Conde don Ramiro el

doña Greida de Guzmán, supuesta esposa del monarca, es personaje fabuloso por completo; pues Alfonso VII casó dos veces: la primera, con doña Berenguela, hija del Conde de Barcelona Ramón Berenguer, y la segunda con doña Rica, hija de Ladislao, Duque de Polonia (1). Tuvo también *El Emperador* varias "amigas", como fueron doña Gontroda la Asturiana, hija del Conde Pedro Díaz, y doña Sancha Fernández de Castro, que envenenó a su hermano don Martín porque estorbaba sus amores. Acaso esta última sugiriese a Lope la figura de *doña Greida;* o también, como apuntó Restori, una frase de Sandoval *(Reyes,* fol. 212) pudo servir de germen a la creación. Según éste, el rey había tenido, "de otra doncella que las historias no nombran", una hija, Estefanía, que dió después en casamiento a Ruy Fernández de Castro.

El personaje *Urgel de Armengol* es histórico, pero anacrónico.

Para el poeta no tenía la menor importancia la realidad histórica; bastábale la *realidad idealizada.* Y haciendo legítimo empleo de su incomparable facultad creadora, forjó una bella fábula, con la que lograba los dos fines que se propuso: elogiar a los Guzmanes, y trazar el modelo ideal, el arquetipo del *privado* o ministro de un rey.

La devoción a los Guzmanes y su alabanza hubieron de ser constantes en Lope. En 1623 escribía, dedicando una comedia a doña Francisca de Guzmán, Marquesa de Toral: "cuyo apellido tantas veces ha sido sujeto de mis versos, que puedo decir que le debo el alma que han tenido". ¿Cómo pagó la noble casa el obsequioso afecto del poeta? A esta cuestión responde Restori recordando que en 1634, cuando Lope se hallaba viejo y solo, su hija *Filis,* o sea Antonia Clara, fué seducida y raptada por un *Tirsi* poderosísimo, bajo cuyo poético nombre llegó a suponerse (2) que se encubría el del Marqués de Toral, don Ramiro de Guzmán. ¡Homónimo de aquel prohombre de la corte de Alfonso VII, de quien el poeta, como hemos visto, sacó la noble y simpática figura de *don Payo!*

---

auctor del *Prefacio de Almería,* en cuya conquista i guerra fué Capitán General, año de 1146, de la gente de León. Llámale Conde admirable, prudente y blando, nacido del tronco y sangre real, lugarteniente general del Emperador y *Flor de las Flores,* aludiendo al patronímico de Frolaz... Tuvo ansimismo una hermana llamada *Doña María Frólaz,* que en el *Prefacio de Almería* la llama su autor hija de Conde y de sangre real. Casó con don Pedro Alonso (que en otras partes se llama don Pedro Analso), Capitán Gral. de Asturias en la Guerra de Almería..."

(1) Flórez: *Memorias de las Reynas Catholicas,* t. I, págs. 279 a 311.

(2) Tal supuso Asenjo Barbieri *(Ultimos amores,* pág. 115). Pero está demostrado que no pudo ser. Véase el interesante estudio de don Emilio Cotarelo *La descendencia de Lope de Vega,* en el *Boletín de la Real Academia Española,* t. II, págs. 158 y 159.

En cuanto al tema doctrinal del *privado,* expuesto con insinuante elocuencia en *Los Guzmanes de Toral,* era asunto político palpitante, que reiteró Lope y que fué muy cultivado por otros comediógrafos y escritores de su tiempo (1). Lo resbaladizo de la materia, que, aun tratada con elevación, había de parecer sátira a todos aquellos corrompidos y endiosados ministros de Felipe III y Felipe IV, debió de atemorizar luego al poeta. ¿Cómo, sin grave riesgo, presentar ante sus ojos el elocuente espejo de un modelo que con ellos tanto contrastaba? Tan prudente temor fué probablemente el motivo de que Lope no se atreviese a publicar nunca esta comedia, y de que llegase desconocida hasta nuestros días (2). ¡Triste destino el de la Verdad, que ha de permanecer oculta por no provocar la ira de los poderosos de la Tierra!

Pasajes relevantes de *Los Guzmanes de Toral* son la escena del acto primero en que Payo come a la puerta de su casa, haciendo recordar las innumerables paráfrasis del *Beatus ille* de Horacio, y la culminante del acto tercero, cuando el protagonista, caído de su privanza, vuelve a Toral y encuentra a Greida, que le recibe altanera y desdeñosa.

II. Las Hazañas del Cid, y su muerte, con la tomada de Valencia.

Se publicó por primera vez en el libro titulado *Seis comedias de Lope de Vega Carpio...* (Lisboa, Pedro Crasbeeck, 1603) (3), que en las hojas preliminares ostenta, redactadas en portugués, las ordinarias aprobaciones: la "informaçao" firmada por Frey Manoel Coelho; la "licença", datada en Lisboa a 20 de mayo de 1602 por Marcos Teixeira y Ruy Pirez da Veiga, y el privilegio o "alvara", refrendado por Francisco Rebello y Duarte Correa,

(1) De otras comedias sobre privados pueden citarse: *Privanza y caída de don Alvaro de Luna,* de Salucio del Poyo; *Privar contra su gusto,* de Tirso de Molina; *El privado perseguido,* de Vélez de Guevara; *Cómo ha de ser el privado,* de don Francisco de Quevedo, y *Privanza desleal y voluntad por la fama,* atribuída también a este último autor.

(2) La obra, sin embargo, debió de representarse en tiempo de Lope; pues el manuscrito autógrafo perteneció a una compañía de cómicos, probablemente al actor Francisco de Sotomayor, que hizo el papel de *Rey.* Los demás actores van también indicados en el reparto. Restori se entretuvo minuciosamente en identificarlos y hallar noticias de todos ellos.

(3) Véase su reseña bibliográfica, hecha con exacta minuciosidad por don Emilio Cotarelo, en el prólogo del tomo VI de esta colección. En el departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, con la signatura Mss. 14.792 se conserva una copia, de letra de la primera mitad del pasado siglo, de esta edición lisbonense. Se reproduce en facsímile su portada, y al pie de ella se lee: "*Nota del copiante.*—La [comedia] 1.ª es de Gabriel Laso de la Vega y está inserta en su *Romancero,* impreso en 8.º (Alcalá, 1587). La 6.ª no se ha copiado porque se halla en la Parte I de Lope".

también en Lisboa a 29 de noviembre de 1602. En el privilegio se dice que se concede a Francisco López, "liureiro morador nesta cidade", por el tiempo de diez años, que ninguno otro "nao possa imprimir nem vender nestes Reynos y Senhorios de Portugal nem trazer de fora delles *o liuro de Comedias de Lope de Vega, que o dito Francisco Lopez diz que ajuntou, & de outros autores de que na dita petiçao faz mençao, da maneira que nella declara*". De algunas de las erratas que se deslizaron en el texto, parece también inferirse que el libro hubo de ser compuesto por cajistas portugueses.

Esta impresión, sin embargo, se ha tenido por furtiva y contrahecha. El propio Lope fué el primero en asegurarlo, a la vez que rechazaba la atribución de las comedias que contiene el volumen. He aquí lo que escribió acerca de este punto, en el prólogo de *El Peregrino en su patria* (1604): "Ya para mí lo son [enemigos] los que con mi nombre imprimen agenas obras. Agora han salido algunas comedias que, *impressas en Castilla, dicen que en Lisboa;* y assí quiero advertir a los que leen mis escritos con afición... que no crean que aquellas son mis comedias, aunque tengan mi nombre; y para que las conozcan, me ha parecido acertado poner aquí los suyos...". Y, con efecto, en las listas de las dos ediciones de *El Peregrino,* sólo incluyó, de las seis comedias publicadas en Lisboa en 1603, el título de *El Perseguido.* Lope, por lo tanto, negó la paternidad, que se le atribuía, de *Las hazañas del Cid.*

Dejaría de ser ésta, empero, una prueba moralmente decisiva, si otros indicios que se desprenden del examen de la comedia no parecieran apoyar a la vez la negativa del poeta. La acción, calcada fielmente en las crónicas y el *Romancero,* se desenvuelve sin las hábiles y sorprendentes complicaciones con que Lope solía urdir sus argumentos. El estilo es más torpe y premioso que el usual y característico del gran comediógrafo; y a vueltas del afectado arcaísmo de esta pieza, deslízanse en su lenguaje no pocos valencianismos, tales como *cholles, espora, retilladas, toranjas, copetina, margarite, nubles, donas, pajaretas, acipestes, llevantadvos, tabla* (mesa), "*lo*" *garganta, fruito, finestras, cana, alauces, gorguzos, alegrance, gensor, aulado, panchafús,* etcétera.

A todo ello puede, no obstante, oponerse una réplica fundada. Es admisible que ésta sea una de las producciones juveniles de Lope, del tiempo de su primera estancia en la ciudad del Turia, allá por los años 1588, cuando componía romances amorosos y moriscos para la *Flor de varios romances* —del valenciano Andrés de Villalta—, y contribuía a la creación de la escuela dramática valenciana. En cuanto al artificioso arcaísmo de la obra, conviene advertir que fué procedimiento empleado más de una vez por nuestro autor: recuér-

dese su comedia *Las famosas asturianas,* en cuyo prólogo justifica Lope haberla escrito "en lenguaje antiguo, para dar mayor propiedad a la verdad del suceso, y no con pequeño estudio, por imitarla en su natural idioma". Además, conocía bien el valenciano, y aun se complace en hacerlo hablar a alguno de sus personajes en ciertas ocasiones, como vemos, por ejemplo, al gracioso *Marín* en el acto tercero de *El bobo del Colegio* (1).

Por todo lo dicho, la cuestión de autenticidad de *Las hazañas del Cid* bien merece un detenido estudio, que no podemos dedicarle nosotros en el breve espacio de que disponemos.

Dentro del teatro histórico legendario, por su asunto corresponde esta comedia al ciclo dramático cidiano del último período de la vida del héroe, o sea el que comprende los episodios de Martín Peláez, los Infantes de Carrión, conquista de Valencia y muerte del Cid (2). El autor se inspiró principalmente en el *Romancero del Cid,* y de un modo especial en casi todos los romances que, en el *General* de Durán, están comprendidos entre los números 830 y 905, hasta el punto de reproducir textualmente en el diálogo algunos de ellos, como son el 842 ("Partíos ende los moros") y el 858 ("Helo, helo por do viene").

Modernamente Adalbert Hämel ha hecho una cuidadosa reimpresión de *Las hazañas del Cid,* en su interesante estudio *Der Cid im spanischen Drama des XVI. und XVII. Jahrhunderts* (3); pero sin depurar ni anotar el texto de la edición lisbonense, que se limitó a reproducir fielmente, aun con sus mismas erratas.

III. El Negro del mejor amo.

El manuscrito de esta comedia, que estaba inédita, fué hallado por el profesor Restori en el volumen XXX de la colección parmense. Perteneció a Francisco de Rojas, y la letra de sus últimos folios es de Martínez de Mora. No se puede, por tanto, dudar de la atribución a Lope que se hace en el encabezamiento de la primera jornada. Restori lo publicó en el apéndice

---

(1) Página 544 de este volumen.

(2) A este mismo período del ciclo dramático cidiano corresponden *La conquista de Valencia por el Cid,* de Tirso de Molina; *El amor hace valiente* (1658), de Matos Fragoso; *El Cid Campeador* (1660), de Fernando de Zárate y Castronovo, y *El honrador de sus hijas* (1665), de Francisco Polo.

(3) *Der Cid im spanischen Drama des XVI. und XVII. Jahrhunderts von Adalbert Hämel. Halle.* [Ehrhardt Karras.] *1910.* X + 169 páginas, 24 cm.: 4.° m.lla.—De "*Zeitschrift für romanische Philologie*".

de su estudio *Degli "autos" di Lope de Vega Carpio* (1), de donde lo reproducimos nosotros.

El Negro del mejor amo pertenece a la abundante clase de las comedias de vidas de santos. Pero ésta lo es además del género fantástico o de pura invención; pues el protagonista *Antiobo,* príncipe negro, eremita, taumaturgo y libertador de Sardeña contra los turcos, no figura en los santorales conocidos.

La acción abarca una extensión de tiempo desmesurada: desde el nacimiento del santo hasta sus milagros *post mortem;* que, como el Cid, gana una batalla después de muerto. Es decir, una acción casi tan larga como aquélla, de más de dos siglos, de la comedia de San Amaro, que hacía reír a nuestro Francisco Cascales. El número de sus interlocutores (treinta y seis) es también exorbitante; y su trama se reduce a una serie de escenas sueltas, que no tienen más trabazón que la de ser sucesivas aventuras acaecidas a un mismo personaje.

Por lo demás, esta comedia de *El Negro del mejor amo* es distinta de la que escribió Mira de Mescua con igual título, y de *El Santo Negro Rosambuco,* también de Lope: estas dos últimas tienen por asunto la conversión del *negro* Rosambuco por San Benito de Palermo. Asimismo difiere de *El Negro más prodigioso,* de Diamante, y "de todos los otros *Negros* de los catálogos".

Como particularidad curiosa, que anotamos en el texto (pág. 89), al fin de la jornada segunda el protagonista va glosando en el diálogo una copla popular, que figura en algunas antologías del siglo XVI (2).

IV. La prueba de los amigos.

Lope acabó y firmó esta lindísima comedia en "Toledo a 12 de setiembre de 1604". No pudo figurar en la lista de la primera edición de *El Peregrino* (1604); pero sí se incluye en el de la segunda edición (Madrid, 1618). El censor Tomás Gracián Dantisco expidió licencia para su representación, con fecha de 14 de enero de 1608. El autor de compañía Antonio de Granados la llevó de repertorio aquel año y los siguientes. Por las licencias eclesiásticas consta que, después de estrenarse en Madrid, se representó: en Zara-

(1) *Degli "autos" / di / Lope de Vega Carpio. / Prolusione / letta nella Regia Università di Messina / il 31 gennaio 1898 / da / Antonio Restori / Prof. Straord. di Storia comparata delle Letterature neo-latine / Parma / R. Pellegrini, Editore / 1898.*—Un foll.° de XXIV más 1 h. + 42 págs. + 1 h. 24 cms.; 4.° m.lla

(2) Véase *Boletín de la Real Academia Española,* tomo XII, pág. 369.

goza, en noviembre de 1608; en Murcia, en junio de 1609 (1); en Trujillo, en julio, y en Portugal, en octubre de este mismo año; en Jaén, por julio de 1610, y de nuevo en Zaragoza, por enero de 1612.

A pesar de esta popularidad de que gozó, *La prueba de los amigos* no se sabe que se publicase en vida de su autor; sino hasta el pasado siglo, en que J. Sancho Rayón y Fuensanta del Valle la dieron a luz en el tomo VI de la *Colección de libros españoles raros o curiosos* (2).

El manuscrito autógrafo, que perteneció a don Salustiano de Olózaga, pasó luego a nuestra Biblioteca Nacional, donde se conserva con la signatura R. 168 (3). Existe también en este establecimiento una copia moderna,

(1) Seguramente en el teatro llamado del *Trinquete,* único que existía a la sazón en aquella ciudad, donde volvió a representar dos años más tarde. Véase García Soriano: obra citada, pág. 47.

(2) *Comedias inéditas / de / Frey Lope Félix / de Vega Carpio,* t. I, Madrid, M. Rivadeneyra, 1873, págs. 237-359.

(3) Es un volumen en 4.° de 62 hs. útiles. En la anteportada se halla la firma de un "Agustín Romero", quizá algún antiguo actor. El rótulo de la portada dice: "*La prveba / de los Amigos / Comedia famosa / Passa en Madrid*". (Rúbrica de Lope.) Sigue una hoja en que hay escrito: "+3.ª / Juan Núñez = *Ricardo*". En el fol. 1.°: "*Personas deste Acto 1.°...*". Sigue el texto, y al final se insertan las licencias originales, que dicen así:

"Examinesta Comedia Cantares y Entremeses della el secret.° Thomas gracian deantisco y de su censura." [*Firma ilegible.*]

"Esta comedia intitulada Prueba de amigos *(sic)* se podra representar Reseruando a la vista lo que fuera de la lectura se offreciere y lo mismo en los cantares y entremes / en Madrid a 14 de henero 1608".—*Thomas Graçian Dantisco. (Rúbrica.)*

"[Este] exemplar es para Palacio." *(Letra y rúbrica de Dantisco.)*

"Podrase Representar esta Comedia / guardando la zensura de a Riba. / De Madrid a 14 de enero 1608."

"Por mandamieto del Arçobo mi Señor he visto esta Comedia cuio título es prueua de amigos y digo que se puede representar reseruando p a la vista lo que es fuera de la lectura. Así lo firmo en Çaragoça a 15 de Nbre año 1608.—El d.or *Domingo Villalua.*"

"De orden del Obispo mi S.or bean tambien esta Comedia y la corrijan. de la prueua de los amigos los p.es prior y predicador de S.to Domingo desta ciudad de trug.° y mando al autor y Recitantes so pena de excomunión maior latae sententiae trina canonica monit.e pren / Fecha en Trug. en 17 de Julio de 1609. El doctor *de la parra.*"

"Vi esta Comedia e noo conté cousa q seja contra nossa santa fee ni contra os bons costumes. LDos a 15 de Outubro de 609.—*Fray P.° Martyr.*"

"Por mandado del s.or Lld.o Gonzalo Guerrero Canonigo de la doctoral y prouisor General deste obispado uide esta comedia llamada prueba de los amigos y no ai en ella cosa contra n.ra s.ta Fe y assi a mi parecer puede representarse dada en Jaem a 15 de Julio de 610. *D.r Antonio de Godoi Chicas.*"

"En la ciudad de Jaen a quinçe d.s del mes de jullio de mill y seisci.os y diez anos su m.d El s.r licen.do g.o guerrero can.o dotoral de la s.a yg.a de jaen prouisor s.o enlla y su obpdo. auiendo uisto El testim.o de uisita desta comedia yntitulada prueua de los amigos hecho por el d.or ant.o de godoy, prior de la yg.a de s.t p.o desta dha çiudad dijo que daua y dio lic.a y facultad a ant.o de granados autor de comedias p.a q la pueda Representar en esta ciu.d y obp.do y lo fmo. Ante mi *Joan de Matan*". *(Rúbrica.)*

"Por mandamiento del Arçbo mi señor don Pedro Manrique he visto esta Comedia de la prueba de los amigos y digo que se puede representar reservando para la vista lo que es fuera de la lectura en Çaragoça a 2 de Henero año 1612.—*El d.or Villalua.*"

"Por mandado de su s.a el obispo de Carta-

sacada del autógrafo por don Agustín Durán, con supresiones de versos y cambios de palabras. Asombra e indigna la irrespetuosa osadía con que tales copistas y editores del pasado siglo alteraban las obras venerables de nuestros mejores ingenios.

En la *Advertencia Preliminar* de su edición, Sancho Rayón y Fuensanta del Valle declaran que no pudieron ver el autógrafo de *La prueba de los amigos,* y que para su impresión se sirvieron de la "excelente" copia de Durán. Esto dicho, bien se sobrentiende que aquella edición hubo de adolecer de los mismos defectos de la copia que les sirvió de modelo.

Nosotros reproducimos fiel e íntegramente el manuscrito autógrafo, insertando en su respectivo lugar los ciento veintiocho versos que Durán suprimió. Alguna de las palabras omitidas, por dificultad de su lectura, como el vocablo "*Vinorre*" (que se halla al comienzo del acto segundo, pág. 112), es muy esencial e interesante, por la mención que contiene. Por esta alusión al célebre loco toledano venimos en conocimiento de que su locura hubo de consistir en hacer de todo ascos:

"Mal año para mí, si tú las vieses,
que tantos ascos de *Vinorre* hicieses."

Pertenece *La prueba de los amigos* a la clase de las comedias novelescas y de costumbres, en que tanto sobresalió Lope; y ésta es una de las mejores de su especie, por la admirable destreza con que desarrolló su trama, por la pintura de los caracteres y por el colorido, interés y emoción de sus principales escenas. Su tesis tiene muchos puntos de contacto con el *Timón de Atenas,* de Shakespeare, si bien el desenlace de este drama es pesimista, como correspondía al genio sombrío del gran trágico inglés, y optimista el de *La prueba de los amigos,* reflejo al fin del humor apacible y risueño del genial comediógrafo español, ferviente devoto de Eros y supremo maestro en *Ars Amandi,* que hallaba siempre en el amor el remedio más eficaz para las adversidades y aun para los mismos males amorosos.

La prueba de los amigos está salpicada y salpimentada de rasgos ingeniosos y curiosas referencias, como aquella melancólica impresión de Madrid, abandonado por la Corte, con que empieza el acto tercero:

---

gena vi esta comedia intitulada la prueba de los amigos y no tiene cossa ninguna contra la fee catholica ni buenas costumbres porque no se deua representar dada en murzia a diez de Junio de mil y seis cientos nuebe a^os.—*Dr. Joan Andres de la Calle.*" *(Rúbrica.)*

FABRICIO. Este, don Tello, es Madrid,
cuya alma, cuando expiró
su cuerpo, se la llevó
el cielo a Valladolid.

Y la no menos honda emoción que infunde la soledad de la casa de Feliciano, durante la prisión de éste:

JULIO. Parece
de las ya desamparadas;
responde a las aldabadas
Eco, y la casa estremece.

Pero las alusiones más interesantes son las autobiográficas contenidas en la canción que entonan los músicos en la segunda escena del acto segundo, al referir los amores de *Belardo,* nombre poético que Lope adoptó, como es sabido (1). Y, por último, con este seudónimo cierra la comedia diciendo:

"Aquí dió *Belardo* fin
a una historia, que es, en fin,
La prueba de los amigos".

V. Sin secreto no hay amor.

Como la precedente, es comedia novelesca y de intriga, y una de las que mejor ponen de manifiesto la admirable maestría escénica de Lope. Sorprende la habilidad con que sostiene el incógnito del protagonista, sin que decaiga el interés, desde la primera escena hasta la última de la obra, en que la anagnórisis o agnición produce el desenlace.

Es producción de la última época de Lope, cuando su genio había llegado a la más sazonada madurez. La dató "en Madrid, a 18 de julio de 1626". El manuscrito original, que emigró al *British Museum,* lleva licencias de Madrid (11 de agosto de 1626), de Zaragoza (13 de noviembre de 1626) y de Granada (28 de abril de 1630), lugares y fechas en que debió de representarse (2). Consta que la representó también Roque de Figueroa el 21 de noviembre de 1629. En el reparto, trazado por mano de Lope, sólo figuran los nombres de dos actores: Tapia, *Celio,* y Jerónimo, *Fabricio.*

(1) Acerca del valor autobiográfico de estas alusiones, véase la *Revista de Filología Española,* 1918, V, pág. 272.

(2) He aquí el texto de las licencias: "Véala P.º de Vargas Machuca." = "Esta comedia q.e intitula Lope de Vega, su autor, *Sin secreto no ay amor,* está escrita ingeniosa y apaciblemente, en el estilo y con la dulzura q.e suele. Puede seguram.te Representarse. Madrid, ii de Agosto de 1626.—*Pedro de Vargas Machuca.*"="Damos licencia p.a q.e se represente esta comedia. Dado en Çarag.a a 13. 10.e

En nuestra Biblioteca Nacional existe una copia del original autógrafo, hecha por Durán con más fidelidad de la que acostumbraba, aunque varió algunas palabras y omitió bastantes versos.

La prueba de los amigos se publicó primeramente suelta, en una rara edición, y como obra de Montalván. Huerta la incluyó en su *Catálogo* (1785). Modernamente, Rennert editó el texto autógrafo (1), que reproducimos en esta edición.

VI. El acero de Madrid.

Con esta comedia comenzamos la serie de las ya reimpresas y divulgadas en ediciones modernas, particularmente en la de Hartzenbusch.

El acero de Madrid, deliciosa comedia de costumbres, es una de las más conocidas y celebradas de Lope. Figura incluída en la lista de la segunda edición de *El Peregrino en su patria,* y, por tanto, hubo de ser escrita después de 1604 y antes de 1618, año este último en que se publicó por primera vez en la *Onzena parte de las comedias de Lope de Vega Carpio* (2). Existe copia manuscrita en la Palatina de Parma. Hartzenbusch la insertó en el tomo I de su colección, páginas 365-386.

Lope adoptó también al final de esta pieza el seudónimo de *Belardo.* La escena con que comienza, retozante de gracia y agilidad, fué imitada por Moreto en *De fuera vendrá...* Se ha dicho, y parece indudable, que en *El acero de Madrid* se inspiró Molière al escribir *Le medecin malgré lui.* Para el estudio de sus fuentes debe consultarse un interesante trabajo publicado en *Zeitschrift für franz. Sprache u. Litt.* (1898), vol. XXII, págs. 190-229.

VII. El Alcalde Mayor.

Fué escrita esta comedia antes de 1618, pues figura su título en la lista de la segunda edición de *El peregrino en su patria.* Se publicó primeramente en la *Trezena parte...* (Madrid, 1620) (3), y Hartzenbusch la incluyó en el tomo IV, págs. 25-46, de su colección.

1626.—*El Dr. Dn. Ju.o Salinas.*"=Bien se puede representar esta comedia; en Granada a 28 de Abril de 1630.—*L.do D.n Al.o de Villam.a:*"

(1) *Lope de Vega's Comedia / Sin secreto no ay amor / Edited from / the autograph manuscript / by / Hugo A. Rennert, Ph. D. (Freiburg i. B.) Professor of the Romanic Languajes and Literatures in the / University of Pennsylvania. / Baltimore. / The Modern Language Association of America / 1894.* [John Murphy & Co., Printers. Baltimore.] Un vol. de 132 págs., 4.o m.lla

(2) Puede verse la descripción de esta *Parte* en la *Bibliografía Madrileña,* de Pérez Pastor, número 1.577.

(3) Véase su reseña bibliográfica en la *Bi-*

Según se hace constar en el texto, "representóla Riquelme" (1), el célebre actor y "autor" de compañías, a quien siempre favoreció Lope. Este se la dedicó al doctor Cristóbal Núñez, y entre las obsequiosas frases que le dirige hállase aquella etopeya en que el poeta se nos pinta como un filósofo: "... la Naturaleza... anduvo tan piadosa conmigo, que con dos flores de un jardín, seis cuadros de pintura y algunos libros vivo sin envidia, sin deseo, sin temor y sin esperanza, vencedor de mi fortuna, desengañado de la grandeza, retirado en la misma confusión, alegre, en la necesidad, y, si bien incierto del fin, no temeroso de que es tan cierto. Con esta filosofía camino..."

El Alcalde Mayor es una bellísima comedia, o, mejor, tragicomedia, novelesca, de enredo y aventuras, y de intenso colorido romántico. Aunque es su ambiente el contemporáneo de Lope, la acción figura en tiempo de Alfonso X el Sabio, y la escena casi toda en Toledo, ciudad que conocía bien el comediógrafo y cuya pintura esboza con certeras pinceladas.

Para evitar que Dinardo pueda realizar su proyectada fuga con Rosarda, Camilo, incitado por su amigo Mauricio, que está enamorado de la misma dama, le reta y salen desafiados poco antes de la hora convenida para la cita amorosa. La escena del desafío es de una honda emoción trágica. Entre las sombras nocturnas de la vieja ciudad se va a efectuar el duelo. Los dos rivales descienden por la Cuesta del Carmen, en dirección al Puente de Alcántara. Dinardo, impaciente, quiere acabar pronto, por no perder la cita:

DINARDO. Solas estas calles son;
la hora también obliga
y la escuridad: Toledo
no se anda de noche ...
Las diez da la Concepción...
CAMILO. ... Si no hay remedio
de volver con amistad,
pongamos la puente en medio.
DINARDO. A las diez, todo es ciudad.
No hay más gente allí que aquí.
CAMILO. Pues defendeos.
DINARDO. Sí haré,
porque os defendáis de mí.

---

bliografía Madrileña, de Pérez Pastor, número 1.704.

(1) Alonso de Riquelme, uno de los doce directores de compañías que tuvieron autorización exclusiva para representar comedias en España, según el decreto de 1615. Estrenó muchísimas obras de Lope. En 1610 formaba parte de su compañía la célebre Jerónima de Burgos, y con ella estrenó aquel año *La buena guarda.*

Dinardo da muerte a Camilo, y trata de refugiarse en el inmediato convento del Carmen; pero la ronda le prende. Cuando le conducen a la cárcel, Mauricio, arrepentido de su perfidia, acuchilla a los alguaciles y liberta al preso, que logra escapar a tierras lejanas:

"Por San Miguel el Alto bajo al barco...
y a nado salgo a las opuestas peñas:
la espada y capa, como puedo, abarco,
y por las cuestas, que no son pequeñas,
doy en la Sisla..."

Entre tanto, Rosarda, disfrazada de hombre y acongojada por vagos presentimientos, espera el momento de la fuga. La noticia del funesto lance la impele a huir, acompañada del lacayo Beltrán, que la tiene por varón. Ambos se encaminan a Salamanca, donde la aventurera se hace pasar por un joven estudiante, y, encubriendo siempre su sexo, bajo el nombre de Aurelio, cursa con brillantez la carrera de Leyes y se doctora. La fama de su talento y sus éxitos forenses le granjean el cargo de Alcalde Mayor de Toledo, que ejerce con gran acierto, guardando hábilmente el sigilo de su condición mujeril.

Dinardo, ya varios años ausente, se ve acuciado por el deseo de volver a la patria. Regresa encubierto a la ciudad imperial, en compañía de su camarada Urbano. Al contemplar de nuevo sus muros, Dinardo evoca emocionado la escena del desafío, y exclama:

"Esta es, Urbano, la Imperial Toledo...
...¿Ves aquesta calzada, que a la puente
baja del Tajo a la siniestra mano,
(Tajo que vence en majestad al Nilo)?
Pues allí nos hablamos yo y Camilo.
  Pienso que si bajásemos, verías,
aún hoy, la sangre que, pegada al muro,
vivo testigo entre sus piedras frías,
muestra el suceso que encubrir procuro".

El Alcalde Mayor, o sea Rosarda, sorprende al encubierto, le encarcela y le condena a muerte. Mas, después de un complicado enredo, Dinardo obtiene el indulto y la absolución de la culpa, y los antiguos amantes se dan a conocer y se casan, con la aprobación de todos.

El tipo originalísimo de la protagonista está inspirado, seguramente, en el de aquella extraordinaria Feliciana, mujer de carne y hueso, y excelente poe-

tisa, de la que el propio Lope, en la silva III de su *Laurel de Apolo,* nos refiere la juvenil aventura de hacerse pasar por hombre para seguir estudios en la Universidad de Salamanca:

> "Pues mintiendo su nombre
> y transformada en hombre,
> oyó filosofía
> y por curiosidad astrología...
> y de aquella científica Academia
> mereció los laureles con que premia;
> no de otra suerte que a Platón divino
> aquella celebrada *Mantinea,*
> que en forma de varón a Grecia vino...".

Poco o nada nos importa para el caso el que la Feliciana que celebra Lope pueda identificarse, como se ha supuesto, o no con la célebre poetisa hispalense doña Feliciana Enríquez de Guzmán, autora de aquellas extrañas tragicomedias de *Los jardines y campos sabeos,* con que quiso superar al mismo *Fénix.* Bástanos señalar el modelo vivo en que éste se inspiró para la creación del notable tipo de *Rosarda;* y la absoluta semejanza de ésta con aquélla pruébase hasta por la afición de ambas a la astrología. Por otra parte, adviértase también la similitud que hay entre *El Alcalde Mayor* y la novela *El juez de su causa,* de doña María de Zayas y Sotomayor.

VIII. Al pasar del arroyo.

Otra bellísima comedia de Lope, y de las más justamente celebradas. Consérvanse copias manuscritas de ella en las colecciones de Lord Holland, y Parma. Según Chorley, el ms. de Holland lleva la data de 23 de enero de 1616. Lope debió de escribirla poco después del 19 de noviembre de 1615, pues en el comienzo de su segundo acto descríbese la solemne entrada en Madrid de la princesa Isabel de Borbón, primera esposa de Felipe IV, solemnidad que se verificó en la última fecha mencionada (1). Inclúyese en la segunda lista de *El Peregrino,* y se publicó por primera en la *Dozena parte...* (Madrid, 1919) (2). Hartzenbusch la reimprimió en el tomo I, págs. 387-407, de su colección.

---

(1) Flórez: *Reynas Catholicas,* t. II, página 937.

(2) *Dozena / parte de / las comedias de / Lope de Vega Carpio. / A don Lorenzo de Cardenas. / Conde de la Puebla, cuarto nieto de don Alonso de Cardenas. Gran Maestre de Santiago.* (Escudo de armas, con dos lobos en el centro, y ocho torres y otros tantos leones en la

El asunto de *Al pasar del arroyo* (que no es otro que el madrileñísimo Abroñigal, o "Brañigal", como se le llama en la comedia) parece que tiene cierto fundamento histórico, acaso el relato de una aventura amorosa ocurrida a cierto caballero de la ilustre familia de los Zapatas de la Casa de Barajas, luego modificado el suceso por la fantasía de Lope para el mejor efecto artístico de la comedia:

"cuya *historia verdadera*
pasó *al pasar del arroyo;*
los que quisieren, lo crean".

Desde luego, no hay noticia de ningún "don Esteban Zapata, caballero de Madrid", ni de ningún "don Carlos Zapata, caballero santiaguista" (1), que es el nombre del protagonista en la comedia de Lope. Pero sí llevó el de *Benito* un segundón de don Francisco Zapata Cisneros, primer conde de Barajas; aunque no consta que fuese ilegítimo, como el hermano del *don Carlos,* que declara en la comedia:

Yo soy hijo natural
de don Esteban Zapata,
caballero de Madrid,
sangre antigua, ilustre y clara.
El modo con que en secreto
me criaron en Barajas,
no es para aqueste lugar;
sólo os diré que me espantan
tantas peregrinaciones
desde la primera barca,
que así se llama la cuna,
del mar de la vida humana.
Según esto, bien podré
con madre calificada,
como yo sé que es la mía,
de lo noble de los Vargas,
pretender una mujer
que en las fortunas me iguala...

Acaso futuras investigaciones aclaren lo que pueda haber de cierto en la historia encubierta que parece constituir el fondo de esta comedia de Lope.

IX. Amar sin saber a quién.

Comedia novelesca y de enredo, de la última época de Lope. Apareció en

orla. *Año 1619. / Con privilegio. / En Madrid. / Por la viuda de Alonso Martín. / A costa de Alonso Pérez, mercader de libros.* 4.°, 280 hs. fols. + 4 de prels. sin numerar.—Hay otra edición del mismo año, en Madrid. (Véase *Bibliogr. Madril.*, de Pérez Pastor, número 1.639.) *Al pasar del arroyo* comprende los fols. 95-117.

(1) Cf. *Indice de pruebas de los caballeros que han vestido el hábito de Santiago,* por Vignau y Uhagón. Algunos de los datos que hemos tenido a la vista para intentar la identificación de estos personajes los debemos a nuestro querido e ilustrado compañero don Martín de la Torre, que prepara un documentadísimo estudio acerca del insigne Cardenal Zapata y su familia.

la Parte XXII (Zaragoza, 1630, y Madrid, 1635). Hartzenbusch la incluyó en el tomo II, págs. 443-464, de su colección.

El lugar de la acción es la imperial ciudad, y el ambiente, por consecuencia, toledano y romántico. La obra, como *El Alcalde Mayor,* empieza por un desafío, que tiene un desenlace trágico y novelesco.

Don Fernando y don Pedro, jóvenes nobles de la ciudad, han salido desafiados al castillo de San Cervantes. Cuando están riñendo llega a aquel sitio solitario el caballero andaluz don Juan de Aguilar, que viene de viaje a Toledo. En vano intenta apaciguar a los rivales: la espada de don Fernando ha atravesado a don Pedro, que cae exánime en brazos del reción venido, mientras el matador huye. La justicia halla al piadoso viajero junto al cadáver, y considerándolo autor del homicidio, encarcelan a don Juan y a su criado, el gracioso *Limón.* Don Fernando siente remordimientos de que el inocente pague su delito, y por mediación de su hermana Leonarda, que conserva hasta el último momento el incógnito, logra sacarle libre y absuelto de la cárcel. Por fin, don Juan y Leonarda se casan, después de allanar varias dificultades y enredos que impedían su propósito.

Entre los muchos pasajes curiosos que contiene esta comedia hay la siguiente alusión (pág. 285):

LEONARDA. Después que das en leer,
Inés, en el romancero,
lo que a aquel pobre escudero
te podría suceder.
INÉS. Don Quijote de la Mancha,
perdone Dios a Cervantes,
fué de los extravagantes
que la corónica ensancha (1).

En otro lugar, el poeta se cita a sí mismo:

Dice allá en sus *Rimas* Lope,
soneto sesenta y cinco...

Y, finalmente, hay un pasaje en que el gracioso *Limón* pregunta por su

(1) Esta alusión es semejante a la que anteriormente hizo Lope en *La dama boba* (página 619 de este vol.) donde, refiriéndose a la afición de Nise por la lectura y la poesía, dice Octavio:

Temo, y en razón lo fundo,
si en esto da, que ha de haber
un Don Quijote mujer
que dé que reír al mundo.

mula desaparecida, y advierte: "O, si no, dirán que fué—olvido del escritor". Y añade, poco más adelante:

> Heme holgado
> que pareciese la mula,
> tanto por cumplir con ella
> alguna mular memoria,
> como que al fin de la historia
> no nos pregunten por ella.

Alusión chistosa, que pudiera referirse a la inexplicable pérdida y hallazgo del rucio de Sancho Panza (1).

X. El amigo hasta la muerte.

Es un verdadero drama, o, si se quiere mejor, tragicomedia, pues varias de sus escenas son patéticas y luctuosas, y la acción, grave en general. El asunto se reduce a un caso de amistad lealísima y apasionada entre dos caballeros sevillanos, don Bernardo de Chaves y don Sancho Osorio, "nuevos Orestes y Pílades". Después de muchas peripecias y aventuras que suceden a los dos amigos, por favorecerse el uno al otro, don Sancho mata por error a Federico, hermano de don Bernardo, que, encubierto, corteja a la dama de éste. Ambos se confiesan porfiadamente autores del homicidio, ante la justicia, sin que se logre averiguar la verdad, hasta que, por intercesión del duque de Medina Sidonia, Felipe II les concede el perdón y varias honoríficas mercedes.

La escena en que don Bernardo lleva a cuestas el cadáver de su hermano, y aquella otra en que su padre, el anciano Felisardo, le increpa dentro de la cárcel por el fingido fratricidio, son de una gran fuerza trágica.

Lope hubo de escribir esta obra entre los años 1604 y 1618, pues figura en la segunda y no en la primera lista de *El Peregrino*. Salió a luz en la *Onzena Parte* (Madrid y Barcelona, 1618) y fué reimpresa por Hartzenbusch en el tomo IV, págs. 323-347, de su colección.

Al fin de la obra se dice que es la primera parte y se insinúa su continuación; pero quedaría sólo en promesa, como tantas veces, ya que no se conoce la segunda, ni es admisible que lo sea el *Vaso de elección,* que en un manuscrito de Parma tiene por primer título *El amigo hasta la muerte.* De esta

(1) Véase *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha,* parte segunda, caps. III y IV.

primera parte conocida existe en la colección parmense una copia manuscrita.

Una comedia de igual título, atribuída a Lope, se conserva en nuestra Bibliteca Nacional, con la signatura Mss. 16.820. Perteneció al duque de Osuna. Es un ms. en 4.°, de 36 hojas, y letra de la primera mitad del siglo XVII. Está rotulada así: "*Amigo / hasta la / muerte. / a / original / de Lope de Vega*". Al margen hay una nota, de letra algo posterior, que dice: "Mala / algunos versos / y cosas buenas." Al verso de la portada:

FIGURAS

doña Angela	Roselo *viejo*	felisalua *mora*
marçela	fabriçio *criado*	Jafer *moro*
federico *galan*	don ber.do *cauallero*	Zeylan *moro*
Alexandro *galan*	doña leonor *dama*	Un marinero
guzman *lacayo*	Un paje	El duque de medina sidonia.

Paz y Melia reseñó este ms. en su *Catálogo de las piezas de teatro...* con el número 132, anotando que es la comedia de Lope "impresa en la Parte XI". Rennert, en su *Bibliography of Lope de Vega,* reparó en que el primero y último versos del manuscrito, dados a conocer por Paz, no coinciden con los de la comedia impresa, y supuso que aquél sería el que lleva el número 248 en el Catálogo de Rocamora. Y, finalmente, el señor Castro (don Américo), en su traducción de *Life of Lope de Vega,* de Rennert *(Vida de Lope de Vega,* Madrid, 1919, pág. 461), sin más averiguaciones, asegura que el ms. de la Nacional "*nada tiene que ver* con la comedia publicada en la parte XI". Mucho tiene que ver, sin embargo, puesto que es una refundición de la misma, como puede comprobarse con un ligero cotejo.

En la refundición, los nombres de los personajes, aunque trocados algunos, suelen ser, generalmente, los mismos. Se han suprimido escenas y alterado otras, pero el desarrollo de la obra sigue análoga pauta. Para que se pueda tener una idea de las semejanzas y diferencias de uno y otro texto, reproducimos a continuación la escena inicial y un monólogo del primer acto y los versos finales de la comedia manuscrita de la Biblioteca Nacional:

(Fol. 1.)—COMEDIA DEL AMIGO HASTA LA MUERTE.

Jornada Prim.a

(Salen DOÑA ANGELA *y* MARCELA, *tapadas, y* FEDERICO *requebrando a* DOÑA ANGELA.)

ANGELA. Soltad. ¡Jesús, qué importuno!
FEDERICO. Mostradme uos ese cielo,
quitando el funesto velo.
ANGELA. Es vuestro intento ninguno.
FEDERICO. Pues no os tengo de dexar,
aunque sea descortesía.
ANGELA. ¡Necio estáys, por vida mía!
FEDERICO. Serélo en el porfiar.

Aunque por uer tal belleza
por dichoso me tendré
en serlo. Mostradme a fee
esa celestial riqueza.
Quitalde esa nube al sol,
cuyos diuinos reflexos
dan en mis ojos espejos
por do ueo su arrebol.
Mirá que aquesa cortina
negra me sirbe de agüero,
y aquese ojo de luzero
que a bonanza me encamina,
cáusela la alma, señora,
del todo vuestra hermosura.

ANGELA. ¿Qué vuestro intento procura
con verme?

FEDERICO. Ver el aurora,
ver el sol del suelo hispano,
ver la primavera hermosa,
el jazmín, la fresca rosa,
el blanco azahar temprano
y... ¡ver a todo mi bien!
en ese rostro cifrado.

ANGELA. [*Ap. a* MARCELA.] Escúchame; que
está, Marcela, también. [prendado

MARCELA. Mas si nos ha conoçido
¿quién duda?

ANGELA. Disimular
conuiene.

FEDERICO. Aueys de acabar
de otorgarme el bien que os pido.
¡Descubríos, por mi amor!

ANGELA. Digo que os cansays en uano.

FEDERICO. Pues mostradme alguna mano.

MARCELA. ¡No es muy pequeño el fauor!
Váyase, por uida suya,
y no gaste más parola.

FEDERICO. Sol feniz del mundo sola,
de quien es bien que él huya,
del çielo a bañar al mar
sus cauallos, afrentado
de que el vuestro, aunque tapado
a su luz puede eclipsar.
Vuestras manos e de ver.

ANGELA. Por aqueso los Romanos
dieron guantes a las manos,
por sola alguna muger.
Idos agora con Dios;
que otro día nos vereys
y quien soy(s) conocereys,
aunque no soy para vos.

FEDERICO. ¿Cómo ya mi muerte aguardo;
que marchitays la esperanza,
aun quando apenas alcanza
verdor?

ANGELA. ¡Ah! Mucho me tardo.
Quedaos, Federico, adios.

FEDERICO. Pues que mi nombre saueys,
¿el vuestro no me direys?

ANGELA. Idnos siguiendo a las dos.

Santa amistad, dichoso el que te quiere
y te conserua con honrrosa fama,
pues sólo aquese uenturoso llama
el sabio quando de hombre te prefiere.
Quien no te busca, desdichado muere;
quien no te aguarda, su nobleza infama;
que eres de la virtud diuina rama:
dichoso el que en tus aras se ofreciere.
Tú das laureles, vitoriosas palmas
de alto, ynmortal y leuantado nombre;
la paz encumbras, la discordia calmas
y alcanza más que el hombre tu renombre;
pues, si es perfeto por el alma el hombre,
el amistad es alma de dos almas.

Los últimos versos de la comedia dicen así:

ALEJANDRO. Y yo a doña Angela pido
también por mi esposa mesma.
ANGELA. Vuestra es, mi señor, el alma.
ALEJANDRO. También esta mano es vuestra.
[DUQUE.] Todo esto [h]a acabado en bien.
BERNARDO. Débese esto a tu Excelençia.
DUQUE. Bamos, y al Rey bereys oy;
que es justo que no perezca
vna amistad [tan] famosa.
ROSELO. Acauando la comedia...
ALEJANDRO. *del amigo hasta la muerte.*
Perdonad nuestra bajeza.

Como por estos cortos fragmentos puede apreciarse, la refundición viene a ser tan libre, que se convierte en una mala imitación de la obra de Lope, forjada por un poeta menos que mediano.

XI. El Arenal de Sevilla.

Lope debió de componer esta comedia en una de sus estancias en Sevilla, durante los primeros años del siglo XVII; desde luego, después de enero de 1601, puesto que en el acto segundo (1) se alude a la mudanza de la corte a Valladolid, y antes de 1604, ya que figura en la lista de la primera edición de *El Peregrino en su patria*. Sin embargo, la obra no se publicó hasta 1618, en que apareció inserta en la *Onzena Parte,* fol. 223. Hartzenbusch la reimprimió en el tomo III, págs. 527-546, de su colección. Existe en Parma copia manuscrita.

El ser una de las obras más conocidas y celebradas de Lope nos releva de su examen. Para encomiar su belleza basta recordar alguno de sus tipos, como el de Lucinda, la fingida gitana, y, en general, el cuadro animadísimo que ofrece de las costumbres y de la intensa vida de la capital andaluza, emporio entonces de nuestro comercio y tráfico con América. Es una aguda visión del ambiente sevillano; y Lope acertó a reflejar en esta obra, con toda la gracia mágica de su arte, sus directas impresiones de la realidad vivida.

(1) Pág. 381 b. de este volumen.

XII. El ausente en el lugar.

Comedia de intriga amorosa y reprobación del matrimonio por interés. La escena es en Toledo, pero sin color local. Figura en la lista de la segunda edición de *El Peregrino.* Se publicó en la *Novena Parte* (Madrid, 1617) (1), folios 79 a 101. Hartzenbusch la insertó en el tomo I, págs. 243-272. Existe copia manuscrita en Parma.

En la última escena de la obra hay una curiosa alusión al actor italiano Ganasa y al personaje *Trastulo,* gracioso de las farsas italianas:

> Ten a las barbas respeto,
> si no quieres que los dos
> parezcamos, en el beso,
> tú a Ganasa, y yo a *Trastulo.*

Cervantes, en el cap. VII de la segunda parte del *Quijote,* alude también a este personaje cómico, diciendo así: "... el inaudito Bachiller Sansón Carrasco, perpetuo *trastulo* y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses..." Clemencín, al comentar el pasaje, dice "que era una de las [figuras] ordinarias en las farsas italianas que, viviendo Cervantes, se representaban en España, bajo la dirección de un bufo llamado Ganasa (2), y que acaso sugirió la idea del papel del *gracioso,* que Lope de Vega introdujo después en las comedias españolas". El mismo Lope, en la epístola IV de su *Filomena,* hace mención de los "donaires de Ganasa y de Trastulo"; y en un romance del *Romancero General* de Pedro de Flores (ed. de Madrid, 1614, fol. 296) se indican las burlas que Ganasa hacía en el teatro a *Trastulo:*

> Estaba el pastor Gazpacho
> apacentando unos mulos...
> Blasfemaba del amor,
> que tiene tretas de puto,
> que nos besa y nos engaña
> como Ganasa a *Trastulo.*

---

(1) Puede verse la reseña de esta *Parte* en el número 1.513 de la *Bibliografía Madrileña,* de Pérez Pastor.

(2) Cf. *Noticias biográficas de Alberto Ganasa, cómico famoso del siglo XVI,* por don Emilio Cotarelo y Mori. (Madrid, 1908.)

XIII. Las bizarrías de Belisa.

Es, probablemente, la última comedia que escribió Lope, a lo menos la postrera de las de fecha conocida y cierta: está datada en "Madrid, a 24 de mayo de 1634". El manuscrito autógrafo estuvo en poder de don Agustín Durán, según La Barrera (1); pero fué a parar luego, por nuestra desgracia, a Londres (como les ha ocurrido a otros muchos manuscritos españoles, preciosos y venerables), y hoy se conserva en el *British Museum* (2).

Su primera edición fué póstuma: apareció en *La Vega del Parnaso* (3), dos años después de la muerte del poeta, merced a la solicitud de su hija doña Feliciana y de su yerno Luis de Usátegui. Fajardo, según referencia también de La Barrera, menciona una *Parte quinta,* impresa en Madrid el 1634, en la que se inserta *Las bizarrías de Belisa;* pero es muy dudoso que haya existido tal edición, y desde luego imposible que contuviese esta comedia. Asimismo se dice en *El Averiguador* que fué representada en 11 de mayo de 1634; mas esto debe de ser igualmente un error, ya que en tal fecha aun no había sido escrita. Es de suponer que fuese el 29 de octubre de 1635, y no de 1634, cuando Andrés de la Vega recibió ochocientos reales por cuatro representaciones *particulares* de *Las bizarrías de Belisa,* hechas ante el rey en abril y mayo de aquel año (4).

Se publicó también en impresión *suelta,* algunos de cuyos ejemplares se conservan en el Museo Británico, en la Biblioteca Nacional de Madrid y en poder de varios coleccionistas. Sancha la reimprimió en el tomo IX de su *Colección de las obras sueltas, assi en prosa, como en verso de D. Frey Lope Felix de Vega Carpio...* (Madrid, 1777), y, por último, Hartzenbusch la incluyó en el tomo II, págs. 557-573, de la suya.

Nadie con sólo leer esta lindísima comedia, trazada en aquel año de 1634, que tan aciago fué al trabajado escritor, sospecharía que fuese obra de su postrema vejez: tal es la lozanía del ingenio, la alegría juvenil y la gracia retozona y chispeante con que está escrita.

El tipo de esta bizarra y denodada Belisa, que después de sus bravos des-

(1) *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español,* pág. 434, nota.

(2) Con otras obras del mismo Lope, en tres tomos, con las signaturas 10.329 y Egerton 547-548, según también La Barrera, *loc cit.*

(3) *La Vega del Parnaso. Por el Fénix de España Fray Lope Félix de Vega Carpio, del Abito de San Iuan, Procurador Fiscal de la Camara Apostólica. Dirigida al Excellentissimo Señor Don Lvis Fernandez de Cordoua, Cardona y Aragon, Duque de Sessa,* etc. (Escudo.)—*En Madrid, en la Imprenta del Reyno, Año 1637.*—En 4.°

(4) Véase *Mod. Lang. Rev.,* III, p. 55.

denes acaba por doblegar su corazón y su cabeza al blando yugo del Amor, es uno de los más originales y atrayentes en el jardín variadísimo de las creaciones femeninas de Lope. Diríase que quiso, idealizándola en esta gentil figura, rebosante de fuerza, de gracia y de espiritualidad, rendir como un último y supremo homenaje a la Mujer, la que, a pesar de su complicada psicología, no tuvo nunca secretos para el galante poeta.

En el conjunto armónico de la obra sobresalen el episodio novelesco del primer encuentro de Belisa con don Juan de Cardona; la escena de los celos en la mañana del Soto, animado cuadro de costumbres madrileñas; las rondas nocturnas ante la casa de Lucinda, al principio del acto segundo, en que Belisa salva por segunda vez la vida de su galán, y las peripecias finales que conducen al imprevisto desenlace de la comedia.

Entre las muchas observaciones que sobre otros puntos de ella pudieran hacerse, nótese que Lope dió al personaje Don Juan los apellidos de su gran amigo y protector el duque de Sesa, que acaso esté representado en la noble figura del Conde Enrique; adviértase que el poeta menudea en varios pasajes (1) sus ataques contra el culteranismo, lo cual demuestra que nunca se reconcilió con los secuaces de Góngora; y, sobre todo, recuérdense aquellos versos del acto segundo, en que Lope, por boca de Lucinda y refiriéndose a la intriga de la comedia, parece dar la fórmula de su dramaturgia:

En toda amorosa historia
no es bien que el fin se presuma;
mujer soy, y será, en suma,
(con que disculpada quedo),
mío de amor el enredo,
y vuestra será la pluma.

El anciano maestro contemplaba melancólico cómo iba pretiriéndole la popularidad (¡hembra, al fin, tornadiza, que gusta de la juventud y de las nuevas galas!), ante una brillante pléyade de poetas y comediógrafos noveles,

(1) Era en la parte del Prado
que igualmente corresponde
a esa fuente, *Castellana*
por la claridad del nombre;
que también hay fuentes cultas
que, aunque obscuras, al fin corren
como versos y abanillos:
¡quiera el cielo que se logren!
(Pág. 440 de este vol.)

¡Mal año para los cultos!
¡Qué claridad estudiosa!...
(Pág. 457 de id.)

Aquella que escribe en culto,
por aquel griego lenguaje,
que no le supo Castilla,
ni se le enseñó su madre.
(Pág. 467 de id.)

que ya invadían triunfantes los dominios de su monarquía escénica. Y por última vez, como en un adiós de eterna despedida, solicitó al final de esta comedia el halago de la multitud:

Senado ilustre: el poeta,
que ya las Musas dejaba,
con deseo de serviros
volvió esta vez a llamarlas
para que no le olvidéis...

XIV. La Boba para los otros y discreta para sí.

Es también obra de los últimos años de Lope, y, según Rennert (1), una de sus mejores comedias. Se representó en El Pardo el 25 de enero de 1635, por Manuel Vallejo.

Salió a luz por primera vez en la *Veinte y una parte* (1635) (2). Luego se publicó suelta; más tarde, en Madrid, Sanz, 1745, y, finalmente, en la colección de Hartzenbusch, tomo II, págs. 523-540.

En la Biblioteca Nacional se conserva una copia manuscrita, de fines del siglo XVII, entre los fondos procedentes de la colección del duque de Osuna (*Catálogo* de Paz y Melia, núm. 375), y una refundición hecha por * * *, en 1806, con el título de *La boba fingida, o Engañar para reinar* (Idem id., núm. 374).

Durán atribuyó esta comedia de Lope a Rojas Zorrilla.

Omitimos toda exposición de esta obra, por ser bien conocida; pero no dejaremos de consignar dos notas curiosas que, entre otras varias, su texto nos sugiere: las pullas contra el estilo culterano contenidas en el comienzo del acto segundo, y la fabulosa especie de la supuesta expedición de Alfonso VIII, como cruzado y conquistador, a Palestina, que también vertió Lope en la comedia *Las paces de los reyes* y le sirvió de máquina para su poema *La Jerusalem conquistada*.

(1) *Bibliography of Lope de Vega*, pág. 148.

(2) *Veinte y vna / parte / verdadera de las / comedias del Fenix de / España Frei Lope Felix de Vega Carpio... Año 1635. / Con privilegio. / En Madrid, Por la viuda de Alonso Martín.* En 4.º—Pag.s 45 a 67.

XV. El bobo del Colegio.

Figura en la lista de la segunda edición de *El Peregrino en su patria* (1618), y se publicó primeramente en la *Parte catorze* (Madrid, 1620) (1). Hartzenbusch la reimprimió en el tomo I, págs. 179-201, de sus *Comedias escogidas*. "Representóla Tomás Fernández" de Cabredo, uno de los más famosos directores de compañías y *gracioso* del primer tercio del siglo XVII.

Lope dedicó esta pieza a su amigo el escritor madrileño don Lorenzo Vander Hammen y León, que residía en Granada desempeñando un cargo eclesiástico. La obra de éste, *El Secretario*, a que aquél se refiere, no la menciona Nicolás Antonio; por lo que es de suponer que, como el poeta temía, su autor la dejase inédita, "en el peligro de los amigos, en la memoria de los olvidados o en el hurto de los ambiciosos de honra con las vigilias ajenas".

El bobo del Colegio es una linda comedia de intriga amorosa, cuya acción se desarrolla en Valencia y Salamanca, con rasgos y pintorescas alusiones de color local. Su asunto se cifra en las trazas y embelecos de que se vale un caballero valenciano llamado Garcerán, con la ayuda de su criado Marín, a fin de lograr el amor de Fulgencia, bella dama salamanquina, a quien su hermano tiene prometida en matrimonio a un don Juan de la ciudad del Tormes. El astuto valenciano finge ser el bobo que por sus estatutos había de tener siempre un célebre colegio de Salamanca; y con tanta habilidad y discreción se hace el tonto, que, aunque sólo fuese por ello, merece justamente el amor y la mano que por fin le otorga la dama.

XVI. El cuerdo en su casa.

Fué escrita esta comedia antes de 1618, pues se menciona en la segunda edición de *El Peregrino en su patria*, y aun antes de 1615, ya que en este último año apareció impresa en la *Sexta parte* (2). Hartzenbusch la reimprimió en el tomo III, págs. 443-464, de su colección.

Comienza con unas escenas rústicas, entre pastores, en un crudo anochecer en que "el regañón sopla". Laméntanse de su dura vida, y el pastor Liseno exclama:

---

(1) Véase su reseña en la *Bibliografía Madrileña*, de Pérez Pastor, núm. 1705.
(2) Véase *Bibliog. Madril.*, núm. 1378.

Quisiera ver
los que suelen componer
estos libros de pastores,
donde todo es primavera,
flores, árboles y fuentes...

Es una hermosa comedia de costumbres sociales y tesis moral, satírica lección para los hidalgos presuntuosos que se meten a dar normas de conducta en la casa ajena y descuidan la vigilancia y buen gobierno de la propia.

Leonardo, abogado de Plasencia, "aficionado a la caza y con mujer hermosa", traba amistad con su vecino Mendo, rústico hacendado y marido de Antona *la bella*. El letrado, que se juzga un Licurgo y un modelo de cortesanía, trata de aleccionar a su vecino para que deje sus costumbres campechanas y rústicas e imite las de la gente de buen tono.

Por las calles de la ciudad "rúan" en sus caballos a todas horas los hermanos don Fernando y don Enrique, dos nobles bigardones, sobrinos del obispo, que se dedican a enamorar a todas las casadas. Don Fernando pone cerco a doña Elvira, la mujer de Leonardo, y don Enrique a Antona *la bella*. Esta sabe defender su virtud y rechazar al seductor, mientras doña Elvira coquetea con don Fernando y está a punto de adulterar con él. A media noche, al regresar de una expedición cinegética, Leonardo sorprende dentro de su casa al galanteador de su esposa, escondido detrás de su cama... Adquiere aquí la obra proporciones de tragedia; pero el necio y cobarde marido acude llorando a su vecino Mendo para que le ayude a defender su honra maltrecha y su casa allanada. El vecino le da ánimos y le acompaña con su arcabuz. Por medio de uno de esos hábiles escamoteos que con tan admirable maestría sabía realizar Lope, se soslaya el conflicto trágico con la prudente intervención de Mendo, y todo queda reducido a que se casa Mondragón, criado y tercero de don Fernando, con Leonor, criada y encubridora de doña Elvira.

En *El cuerdo en su casa,* el estilo y la técnica teatral llegan hermanados a un grado de perfección insuperable. Las galas poéticas, las frases felices, las imágenes brillantes, la gracia y el color se suceden de continuo. Como muestra, elegida al azar, reproduciremos aquí algunos de aquellos versos donde Mendo refiere la ocasión en que, siendo aún carbonero, se enamoró de Antona, al verla una tarde que jabonaba

en una pila de piedra
las sábanas de su casa...
Daba golpes en la pila;
salía la espuma fuera,

y, aunque eran copos de nieve,
me parecían saetas...
Díjele, lleno de espumas:
"Ten, hermosa lavandera,

esos arcos de cristal
con que tiras blancas flechas".
Alzó la divina cara,
bañada en sangre y vergüenza,
y viendo la negra mía,

dijo burlando y risueña:
"Oí decir que el Amor
se fué a vivir a Guinea;
si de allá venís, no es mucho
que el jabón nieve os parezca".

El cuerdo en su casa no goza, sin embargo, de la fama que merece.

Moreto hubo de tener presente la chistosa escena del acto segundo, en que Mondragón consulta al letrado, para escribir otra bastante parecida, en *Las travesuras de Pantoja.*

XVII. La dama boba.

En la Biblioteca Nacional se conserva el manuscrito autógrafo de *La dama boba.* Está fechado y firmado "en Madrid, a 28 de abril de 1613". Es un cuaderno de 59 hojas, en 4.° Lope lo cedió a la actriz Jerónima de Burgos, que estrenó y llevó de repertorio la comedia, en la cual desempeñaba el papel de *Nise* (1). La obra obtuvo extraordinario éxito y gozó de popularidad.

Las extrañas particularidades que concurrieron en su publicación, y que vienen a darnos la clave de las vicisitudes por que pasaron los textos originales y las primeras ediciones de las comedias de Lope, nos obligan a detenernos en la exposición de un caso curiosísimo, tal vez único en nuestra historia literaria.

Comencemos por recordar lo que sobre este punto nos refiere el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa en la *Plaza universal de todas las ciencias y artes,* fol. 237 de la 1.ª edición (Madrid, 1615) (2):

"Hállase en Madrid al presente un mancebo grandemente memorioso. Llámase Luis Remírez de Arellano, hijo de nobles padres y natural de Villaescusa de Haro. Este toma de memoria una comedia entera de tres veces que la oye, sin discrepar un punto en traza y versos. Aplica el primer día a la disposición; el segundo a la variedad de la composición y el tercero a la puntualidad de las coplas. Deste modo encomienda a la memoria las comedias que quiere. En particular tomó así *la Dama Boba,* el Príncipe Perfecto, y la Arcadia, sin otras. Estando yo oyendo la del Galán de la Membri-

(1) La compañía que estrenó *La dama boba* fué la de Pedro de Valdés, marido de Jerónima de Burgos, y no la de Cristóbal Ortiz de Villasán, como dicen Rennert y Castro en su *Vida de Lope de Vega,* pág. 176; si bien el papel de *Liseo* lo hizo dicho Ortiz, u otro actor de este apellido. En el lugar citado, Rennert trata de identificar los nombres de los restantes actores que figuran en el reparto.

(2) Las licencias y aprobaciones de este

lla (1), que representaba Sánchez (2), comenzó este autor a cortar el argumento, y a interrumpir el razonado, tan al descubierto, que obligó le preguntasen de qué procedía semejante aceleración y truncamiento, y respondió públicamente, que de estar delante (y señalóle) quien en tres días tomaba de memoria qualquier comedia, y que de temor no le usurpasse aquélla, la recitaba tan mal. Alborotóse con esto el teatro, y pidieron todos hiziesse pausa, y en fin hasta que se salió dél Luis Remirez, no hubo remedio de que se passasse adelante."

El tal Ramírez, o Remírez, que era instruído y de ingenio a la vez que fácil versificador, hízose pronto popular con el sobrenombre de *El de la gran memoria.* Ayudábale en la original tarea de aprender comedias para lucrarse con las copias, al decir de Lope, su hermano Juan, de retentiva no menos feliz, y a quien parece dieron el apodo de *Memorilla.*

Semejantes atentados contra la propiedad intelectual iban casi siempre en menoscabo de las obras de Lope, presa golosa para todos los mercaderes y salteadores literarios; y ello fué uno de los principales motivos que le impulsaron a publicar por sí mismo sus comedias. En la dedicatoria de la *Novena Parte* decía al duque de Sesa: "De los papeles que V. Excelencia tiene míos, saqué estas doze comedias, que le restituyo impressas: porque se verifique que no le puedo dar cosa mía, que no sea suya". Y en el *Prólogo* añade: "Viendo imprimir cada día mis comedias, de suerte que era imposible llamarlas mías, y que en los pleitos desta defensa siempre me condenaban los que tenían más solicitud y dicha para seguirlos, me he resuelto a imprimirlas por mis originales; que aunque es verdad que no las escriuí con este ánimo, ni para que de los oydos del teatro se trasladaran a la censura de los aposentos, yo lo tengo por mejor que ver la crueldad con que despedaçan mi opinion algunos intereses.—Este será el primer tomo que comiença por esta novena parte; y assí yrán prosiguiendo los demás, en gracia de los que hablan la lengua Castellana, como nos la enseñaron nuestros padres".

A pesar de ello, el abuso debió de continuar con mayor desafuero cada día, pues Lope se queja de lo mismo y con más indignación, refiriéndose concretamente al caso de Luis Ramírez, en la dedicatoria de su comedia *La*

libro de Suárez de Figueroa están fechadas en abril y mayo de 1612; pero hubo de adicionarlo antes de darlo a la imprenta, según se infiere del mismo caso a que aludimos.

(1) Comedia también de Lope. El manuscrito autógrafo, que se conserva en el Museo Británico, está datado en Madrid a 20 de abril de 1615, y la licencia de representación, el 18 de mayo del mismo año. El incidente que cuenta Suárez de Figueroa debió, por tanto, ocurrir después de esta última fecha.

(2) Seguramente, el célebre actor y director de compañías Hernán Sánchez de Vargas.

Arcadia, una de las desvalijadas por éste, que se publicó en la *Trezena Parte* (Madrid, 1620). Para que esta dedicatoria tuviese empaque de alegato y eficacia de demanda judicial, se la dirigió, invocando el amparo de la justicia, *Al Doctor Gregorio López Madera, del Consejo Supremo de Su Majestad.* En ella, entre otras cosas menos graves, decía:

"...Destas [comedias] he escrito muchas; que con ingenio particular me dediqué a este género de letras desde mis tiernos años... He dado a luz algunas para remediar, si pudiese, que las impriman, como lo han hecho, tan desfiguradas de sus principios, que tales agravios no se han recibido en el mundo de autor vivo, ni tales testimonios levantado a entendimiento muerto; porque más parecen sueños que versos, y más locuras que sentencias... Espero entre otras cosas, que quien ha escrito y impresso (si bien en tan distintas y altas materias), se dolerá de los que escriben, y que ahora tendrá remedio lo que tantas veces he intentado, desterrando de los Teatros unos hombres que viven, se sustentan y visten de hurtar a los Autores las comedias, diciendo que las toman de memoria de sólo oírlas, y que éste no es hurto, respeto de que el representante las vende al pueblo, y que se puede valer de su memoria; que es lo mismo que decir que un ladrón no lo es porque se uale de su entendimiento, dando trazas, haziendo llaves, rompiendo rejas, fingiendo personas, cartas, firmas y diferentes hábitos. Esto no sólo es en daño de los autores, por quien andan perdidos y empeñados; pero, lo que es más de sentir, de los ingenios que las escriben. Porque yo he hecho diligencia para saber de uno de éstos, llamado *el de la gran memoria,* si era verdad que la tenía; y he hallado, leyendo sus traslados, que, para un verso mío, hay infinitos suyos llenos de locuras, disparates y ignorancias, bastantes a quitar la honra y opinión al mayor ingenio en nuestra nación y las extranjeras, donde ya se lee con tanto gusto. Pues si aquel gran poeta quebró al ollero los vasos, con el báculo, porque cantaba mal sus versos, ¿qué harán los que ven contrahacer los suyos de oro en barro?... Al Ilustrísimo Arzobispo de Toledo, don Bernardo de Rojas, oí un sermón entre los dos coros, y se le envié el día siguiente, escrito en verso, como anda impreso en mis *Rimas Sacras.* Esto es posible, porque no se obliga la memoria a las mismas palabras, sino a las mismas sentencias, y es más fuerza del ingenio que suya... Pero éstos que en un acto de comedia ponen innumerables desatinos, ¿qué memoria tienen? V. m., pues, pondrá remedio, por buen principio de su protección, a este abuso..."

Concretándonos a *La dama boba,* añadiremos que esta pieza se publicó, en penúltimo lugar, entre las *Doce comedias...* de la *Nouena Parte;* pero

no por su "original", a pesar de lo que se asegura en la portada y en el prólogo de dicha edición, sino por una mala copia, según declara el propio Lope, en carta (1) que escribió al Duque de Sesa, en los siguientes términos: "En razón de las comedias, nunca V. Ex.ª tuvo *La dama boba* porque ésta es de Jerónima de Burgos, y yo la imprimí por una copia, firmándola de mi nombre".

Esta confidencia de Lope es toda una revelación, cuya certeza podemos comprobar nosotros después de tres siglos; porque, en efecto, cotejando el manuscrito autógrafo con el texto publicado en la *Nouena Parte,* al punto saltan a la vista las grandes diferencias y alteraciones que hay entre uno y otro. Fueron omitidos cerca de quinientos versos del original, y las variantes y cambios son tan grandes y numerosos, que no pueden atribuirse a simples errores de una copia *visual,* sino a correcciones deliberadas o, lo que ahora sabemos, a los vicios inherentes a una reproducción *auditiva.*

Porque lo verdaderamente curioso y asombroso del caso es que existe también en nuestra Biblioteca Nacional una copia manuscrita de *La dama boba,* "de 61 hs., letra del siglo XVII, en parte, acaso, de mano de Luis Ramírez de Arellano, cuyo nombre y rúbrica se halla en la última hoja, y en parte autógrafo de don Juan Ramírez de Arellano, cuyas iniciales se ven al pie de la última hoja del texto", según la describe Paz y Melia (2). Ahora bien; el texto de esta copia de los Ramírez coincide en casi todas sus variantes y alteraciones con el publicado en la *Nouena Parte.* De ello se infiere que el propio Lope, para la impresión de *La dama boba,* no teniendo a mano su mismo "original", que paraba en poder de la Jerónima de Burgos, hubo de utilizar un traslado de la copia de los Ramírez, que alguien le proporcionaría. El hecho es bien elocuente, y nos da la medida del crédito que merecen algunas de las ediciones que el propio Lope hizo de sus comedias.

El texto fementido de la *Nouena Parte* es el que se ha reproducido siempre en las posteriores ediciones de *La dama boba,* hasta la de Hartzenbusch (3). Ocioso es decir que en la presente publicamos íntegra y fielmente el texto autógrafo, incluyendo los fragmentos omitidos (en total, 476 versos) y anotando al pie cuantas variantes presentan la edición *princeps* y la de

(1) Publicada por Asenjo Barbieri en *Ultimos amores de Lope de Vega Carpio,* pág. 61.

(2) *Catálogo de las piezas de teatro...,* número 810, 2.º art.

(3) Hay una impresión antigua, *suelta,* con el título de *La dama discreta,* s. l. s. i. s. a. Existe copia ms. en Parma, que suponemos seguirá también el texto de la *Novena Parte.* Cañizares tiene una comedia de igual título. R. Schevill ha hecho una reciente edición de *La dama boba* en *University of California Publications,* 1918.

Hartzenbusch. Así podrán apreciarse bien las adulteraciones, cambios y revocos que ha sufrido esta célebre comedia, que ahora aparece tal como brotó del cerebro y la mano de Lope.

Puesto que la obra es muy conocida y ya nos hemos extendido mucho, omitimos comentarios, y sí sólo apuntaremos el curioso escrutinio que al comienzo del acto tercero se hace de los libros que leía *Nise,* entre los cuales aparecen juntos el de las *Rimas* de Lope y la *Galatea* de Cervantes; y llamaremos la atención sobre ciertas obscuras y sospechosas alusiones contenidas en uno de los fragmentos que habían sido suprimidos (pág. 630 b.): ¿Quién era el escritor que vivía en un desván, se estimaba por discreto y más sabio que Platón, "aquel que, diciendo gracias, es desgraciado con todos" y escribía "versos *legos* y donados"?

XVIII. De cosario a cosario.

Debió de ser escrita esta comedia entre los años 1618 y 1623, pues no se la menciona en la segunda edición de *El Peregrino,* y salió a luz en la *Parte Decinueve* (Madrid, Juan González, 1623). Se hicieron después algunas impresiones sueltas, y, por último, Harzenbusch la insertó en el tomo III, páginas 483-505, de su colección.

En Parma se conserva una copia manuscrita, y en la Biblioteca Nacional de Madrid, otra copia moderna, de letra del siglo XIX, "atajada para la representación". *(Catál.* de Paz y Melia, número 3.740.)

Comedia de intriga amorosa, en que el indiano don Juan se defiende de las redes de la madrileña Celia, por temor de que le quiera sólo por su dinero. Las habilidades y el fingido desamor del galán se ven siempre contrarrestados por los ardides y aparentes desdenes de la dama; hasta que persuadido el desconfiado amante de que es verdadero amor, y no interés, el de Celia, rinde su cerviz al matrimonio.

XIX. De cuándo acá nos vino.

Esta deliciosa comedia fué escrita por Lope antes de 1618, pues se halla en la lista de la segunda edición de *El Peregrino;* pero no se publicó hasta quince años más tarde, en la *Parte Veynte y qvatro* (Zaragoza, 1633) (1).

(1) *Parte / veynte y qvatro / de las comedias / del Fenix de España / Lope de Vega Carpio. / Y / las mejores qve hasta / aora han salido. / A don Diego Virto de / Vera Capitan*

El manuscrito original, sin data ni licencias, se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, con la signatura Ms. R. 110: un cuaderno en 4.° de 55 hs. Los actos primero y tercero son autógrafos de Lope; el segundo, que lleva la denominación de "jornada", es de mano distinta, aunque de letra de la primera mitad del siglo XVII. Paz y Melia *(Catálogo,* número 825) creyó identificar esta letra con la de Fray Alonso Remón. Admitido el supuesto, Rennert, en su *Bibliography* y en su *Vida de Lope de Vega,* da por averiguado y resuelto que esta comedia fué escrita en colaboración por Lope y aquel fraile Mercenario.

Hemos comparado atentamente la letra del acto segundo del manuscrito original con la del auto sacramental *El hijo pródigo,* cuyo manuscrito, firmado por Remón, existe en la Nacional, y no hemos hallado entre una y otra la menor semejanza. En cambio, comprobamos su completa identidad con la de otro manuscrito, el de la comedia *La ventura en el engaño,* que, procedente de la biblioteca de Osuna, se conserva también en la Nacional, con la signatura Ms. 16.655. Este manuscrito está fechado "en barçelona a 9 de mayo de 1630 años"; pero sin firma: y es en rigor una copia anónima, aunque gratuitamente atribuído por Durán y La Barrera a Montalbán, y por Paz y Melia a Fray Alonso Remón.

En cuanto al estilo, no hay diferencia alguna entre el del segundo y el de los otros dos actos de *De cuándo acá nos vino,* que es el inconfundible de Lope. Creemos, por tanto, que debe desecharse en absoluto la supuesta colaboración en esta comedia. El hecho de que el manuscrito sólo sea autógrafo en parte, no es caso único entre los "originales" que nos quedan de Lope; y satisfactoriamente se explica por los azares que sufrieron en poder de los "autores" de compañías. Deteriorados o maltrechos por cualquier causa los manuscritos, es lógico que aquéllos, para seguir utilizándolos, reparasen y substituyesen las hojas estropeadas, copiándolas o mandándolas copiar. El de esta comedia debió de sufrir no pocos maltratos e injurias. Se hallan con roturas sus primeras hojas, y fáltale la que corresponde al final del acto primero.

El reparto de actores, que llevó en un principio, debió de ser tachado al pasar a poder de un nuevo poseedor o autor de compañías. Algunos nombres son aún legibles, aunque dificultosamente; y así los transcribimos. Por estos nombres puede inferirse con seguridad que la comedia que nos ocupa

---

de Infanteria Española. / (Viñeta que representa un jarrón con flores.) */ Con licencia, y privilegio. / En Çaragoça, por Diego Dormer, / en la Cuchilleria, Año 1633. / A costa de Iusepe Ginobart Mercader de Libros.*—Port. con orla tipográfica. Un vol. en 4.° de 4 hs. + 236 fols.—La comedia *De cuándo acá nos vino* está inserta entre los folios 179 y 200.

la estrenó y llevó de repertorio la compañía de Pedro de Valdés y la Jerónima de Burgos, allá por los años de 1615. Desde luego, consta que más tarde, en marzo de 1631, se representó en Perpiñán, con el título *De cuándo acá nos vino y Gradas de San Felipe,* por la compañía de Valdés (1).

Como dejamos dicho, esta comedia fué impresa primeramente en la *Parte XXIV,* de la que se hicieron varias reimpresiones; y, por último, Hartzenbusch la incluyó en el tomo III, páginas 199-220, de su colección.

Cotejado el texto impreso con el del manuscrito original se hallan numerosas variantes y grandes omisiones (hasta el punto de elevarse a 454 los versos omitidos), algunas con bellos recitados y curiosas referencias, como aquella en que se describe la "Carrera nueva" y la "antigua" del Prado de Madrid (pág. 703 a.). Estas omisiones parecen corresponder a caprichosos cortes hechos por los actores para la representación.

Según nuestro sistema, restituímos la comedia a su texto autógrafo, anotando todas las variantes del impreso y las correcciones de Hartzenbusch, algunas tan acertadas, que coinciden con aquél; lo cual demuestra el don de "adivinación" y el gran instinto poético del insigne autor de *Los amantes de Teruel.*

Por lo demás, *De cuándo acá nos vino* pertenece a la clase de comedias de costumbres y de enredo, y, entre éstas, puede considerársela como una de las mejores de Lope. En ella abundan los cuadros pintorescos, de animado colorido, como el del campamento de Flandes y el del *Mentidero* o famosas Gradas de San Felipe; escenas tan vigorosas como la de los celos de Angela con su madre y la del encuentro del Capitán Fajardo y el Alférez, en el Prado; y tipos tan originales y bien delineados como el de doña Bárbara y el de "*la* camarada" Beltrán.

De los mil rasgos y alusiones chispeantes que contiene la comedia, citaremos por su curiosidad la anécdota del famoso actor Cisneros (pág. 681 a.), omitida en los textos impresos hasta ahora.

Moreto imitó esta obra de Lope en su comedia *De fuera vendrá...*

XX. El despertar a quien duerme.

Se halla mencionada esta comedia en la lista de la segunda edición de *El Peregrino en su patria* (1618). De ella se conserva en Parma una copia manuscrita. Se publicó por primera vez en la *Octava Parte* (Madrid,

(1) Véase Morel-Fatio, *Calderón: Revue critique...*, pág. 65.

1617) (1). Hartzenbusch la insertó en el tomo III, páginas 345-362, de su colección.

El texto de la primera edición está viciadísimo. Bien fundadas eran las quejas y la indignación de Lope al rechazar aquellas impresiones de las primeras *Partes* de sus comedias, que con ruin deseo de lucro y ningún esmero se publicaron, tan impuras y bastardeadas "que era imposible llamarlas mías". Y el poeta veía justamente apenado "la crueldad con que despedaçan mi opinión algunos intereses".

Carecemos, no obstante, de un texto autorizado y correcto; y a este único de que disponemos nos hemos de atener por fuerza. Nos limitaremos a indicar los pasajes evidentemente corrompidos; pero absteniéndonos por completo de introducir por nuestra cuenta enmiendas y suplantaciones de cualquier clase, ni aun en la seguridad de que mejorasen el sentido.

Muy otro fué el criterio de don Juan Eugenio Hartzenbusch, quien rebasó en esta comedia los límites de la libertad con que corregía los textos que editaba, sin advertirlo siquiera al lector. Las muchas y esenciales correcciones que hizo en *El despertar a quien duerme,* las anotaremos al pie, por si pueden en algunos lugares aclarar el sentido; pero dejándole por entero la responsabilidad o la gloria que por su labor restauradora pueda corresponderle. Así podrá, además, apreciarse y distinguirse lo que realmente pertenece a la edición *princeps* y lo que aportó a la obra de Lope la libérrima fantasía de su ilustre colector y casi colaborador.

El despertar a quien duerme pertenece al teatro histórico-legendario de Lope. Jamás hubo en Barcelona un conde llamado Anselmo ni Rugero de Moncada. Todo es, pues, fabuloso en esta comedia, de ambiente medieval y romántico, y de gravedad trágica en algunas escenas. Es bellísima y de gran efectismo teatral aquella en que Estela, disfrazada, facilita a Rugero la fuga de la prisión, y, al separarse de él, se da a conocer desde lejos.

JUSTO GARCÍA SORIANO.

4-VII-1929.

(1) Véase su descripción en la *Bibliografía Madrileña de Pérez Pastor,* núm. 1512.

INDICE DEL TOMO XI

LOS GUZMANES DE TORAL

O

CÓMO HA DE USARSE DEL BIEN Y HA DE PREVENIRSE EL MAL

COMEDIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

ACTO PRIMERO

PERSONAS DE ESTE ACTO

REY DON ALFONSO.
PAYO DE GUZMÁN.
DOÑA GREIDA, *su hermana.*
DON GARCÍA IBÁÑEZ.
GODÍNEZ, *lacayo.*
DOÑA ALDONZA, *dama.*
DON ÁLVARO LÓPEZ.
PASCUALA, *labradora.*
TIRSO, *villano.*
VERVECO, *primer villano.*
URGEL DE ARMENGOL.
SANCHO MANRIQUE.
ALONSO ANSÚREZ.
MIRENO.

(Cena 1.ª [Sala en el palacio real de León.] Toquen atabalillos y digan:)

GARCÍA. El sétimo Alfonso viva,
Rey de Castilla y León.
SANCHO M. Eterno el nombre reciba,
pues en su heroica opinión
el cielo de España estriba.

(Salen GODÍNEZ, *lacayo, y* TIRSO, *villano.)*

GODÍNEZ. Viva más que un ciervo, amén,
coronada la cabeza,
que Alfonso es hombre de bien.
TIRSO. Ya del Reye y su grandeza
aquí las muestras se ven.
GODÍNEZ. Saldrán a besar la mano
a Alfonso.
TIRSO. Y digo lo mismo;
él es príncipe cristiano.
GODÍNEZ. Hoy cuenta el moro en guarismo
su poder, no en castellano.

(Toque la música y vayan saliendo todos los que puedan de acompañamiento, detrás el REY DON ALFONSO, *en la cabeza corona; detrás, con el estoque,* URGEL DE ARMENGOL, DON ÁLVARO, GARCÍA, SANCHO, *viejo, y* ALONSO ANSÚREZ *y* PAYO DE GUZMÁN, *vestido a lo asturiano.)*

SANCHO M. Ya que el juramento ha hecho
Vuestra Alteza en el misal,
y con tan justo derecho
del más precioso metal
se ciñe y adorna el pecho,
todo el suelo castellano
se llegue a besar la mano.
REY. Sentado, Manrique, espero.
GARCÍA. ¡Qué agradable!
URGEL. ¡Y qué severo!
Será otro español Trayano.

(Tocan y sentado el REY *le van besando la mano todos; llega* PAYO *y detiénele* DON ÁLVARO.)

ÁLVARO. No podéis llegar.
PAYO. ¿Por qué?
ÁLVARO. Porque os falta la nobleza,
como en el traje se ve.
PAYO. Siempre el vestido es corteza
en mí. Dejad, llegaré:
que soy noble, y tan igual
del Rey, que su sangre es mía,
y aun no le está, pienso, mal.
ÁLVARO. ¡Qué grande descortesía!
¡Sal, bárbaro!
PAYO. No hables tal,
que el bárbaro sólo es,
en cualquier noble opinión,
el que tiene, según ves,
en el cuerpo la ambición,
por alma el propio interés.

ÁLVARO. Del concierto salte fuera.
PAYO. Yo saldré; ¡tratadme bien!
REY. ¿Qué es eso?
PAYO. El enojo altera,
y el imperio hace también
ser aquel que nada era.
ÁLVARO. Este bárbaro quería
llegar a besar tu mano.
PAYO. Bien pudiera yo este día
dejar tu esperanza en vano,
satisfaciendo la mía.
Pero yo un bárbaro soy,
no en la sangre: en el vestido;
aunque éste que traigo hoy,
por cortesano he tenido.
GARCÍA. Conociendo quién es voy...
PAYO. Si habéis de darme la mano,
luego, Rey, tiene de ser,
porque aunque en besarla gano,
tengo en mi solar que hacer,
do huelgo de ser villano.
REY. ¿Quién sois?
PAYO. ¿Importa, señor,
para dársela a un vasallo,
el conocer su valor?
REY. Sí.
PAYO. ¡Pues yo por cejo hallo
ese vano pundonor!
Venid acá; hacia el mar,
del humilde al mayor río
no suele, al fin, caminar
con alegre curso frío,
codicioso de llegar?
REY. Claro está.
PAYO. Decidme: ¿en él
no les ofrece los brazos,
a quien el bóreas cruel
hace tal vez mil pedazos,
rompiendo el turquí dosel?
¿A sus aguas no recibe
con un mismo amor y nombre?
REY. Eso la razón concibe.
PAYO. Pues si es ansí, ¿por qué un hombre
que con alma y razón vive,
cuando es rey, que es como el mar,
a todos no ha de admitir,
si de él se van a amparar?
¿Para qué ha de dividir,
si un amor obliga a amar
de los arroyos los ríos
en actos que son de amor?
Ahora ellos son desvaríos,
¡pues la muerte hace, señor,
iguales los señoríos!
Mostradme acá, y besaré
la real mano y me iré.
URGEL. ¡Notable resolución!
REY. —No sé qué luz la razón
disfrazada en éste ve.—
Primero habéis de decirme
quién sois.
PAYO. Pues me lo mandáis,
harélo, señor, por irme
hoy, pues lo deseáis.
REY. —Casi provoca a reírme.—
PAYO. Mi padre, que yace muerto,
fué Rodrigo Pérez, vivo,
de Guzmán; del sexto Alfonso
el vasallo más querido.
Su origen no lo refiero,
pues los anales antiguos
vienen a ser en sus hojas
de sus hazañas testigos.
Casó con doña Brianda
de Castro, cuyo apellido
tantos blasones honraban
que os cansara el referillos.
Cuando Sancho, que Dios tiene,
del Magno Fernando hijo,
a quien dió muerte en Zamora
con un venablo Bellido,
. . . .
lo ayudó a librar al conde
Pedro Ansúrez, y les hizo
pasare para Toledo,
asegurando el camino.
Volvió a reinar vuestro abuelo,
y él, de aquesto agradecido,
le hizo notables mercedes,
y Atlante, señor altivo,
del peso de su privanza,
cuyo imperio mero y mixto
fabricó el tiempo, y el tiempo,
como es mudable, deshizo.
La causa fueron traidores
que con lisonjas contino
son de las reales orejas
engañosos cocodrilos,
y heredar vuestra Castilla
y León, dos reinos ricos,
doña Urraca, vuestra madre,
a quien por parienta vimos
que repudió don Alfonso,
Rey de Aragón, y en un liso
mármol yace sepultada;
siendo igual, señor invicto,

al más mínimo vasallo
u a mí, que es decir lo mismo.
Desposeído mi padre
de mil honrosos oficios;
desengañado y contento,
que es harto, habiendo tenido
poder, ser el desengaño
amado del que ha caído,
a nuestra casa, a Toral,
con su familia se vino.
Allí, en un gabán envuelto,
pardo; un palo por estribo
de sus canas, muchos años
se sustentó su edificio;
hasta que la muerte airada,
dando a su guadaña un filo,
volvió lo que fueron rosas
marchitas, cárdenos lirios.
Pero antes que diese el alma
al que a su imagen la hizo,
al darme su bendición,
estas razones me dijo:
"Hijo, Payo de Guzmán,
que el nombre heredáis antiguo
de mi casa y de hombre bueno,
pues que Guzmán es lo mismo,
bien sabéis que os he criado,
no con intentos altivos
de ambiciosas dignidades,
de la vida paroxismos:
pues al que más las pretende,
habiéndolas poseído,
parecen sueños, despierto,
donde se perdió el juicio.
Bien sabéis que en nuestra casa
sois heredero legítimo,
y que el traje que traéis
hoy, por imitar al mío,
no es de caballero, no;
mas es de un hombre que ha sido
desengañado del bien,
que jamás estuvo fijo.
En él quiero que viváis,
no obligándoos el vestido
a que los actos de noble
pierdan en vos sus oficios.
Vuestra vida, vuestra hacienda,
—¡advertid con lo que os digo!—
perderéis por vuestro Rey,
mostrando que sois mi hijo.
Mas de buscar al palacio
os apartad, que es bullicio
que no entiende el que lo toca
cuando más bien lo ha entendido.
Con lo que os dieron los cielos
y yo os dejo, en este sitio
estad, Payo, muy contento,
sin ser más desvanecido;
que la ambición y los cargos
sirven sólo, poseídos,
de pena, cuando se dejan,
y de hacer viejos los niños.
El que viviere contento
con lo que tiene, ése es rico;
que no está la gloria humana
en más que en lo que os he dicho."
Aquesta razón postrera
de suerte su impresión hizo
en mi pecho, que contento
con lo que tengo he vivido.
Hoy supe que Vuestra Alteza,
que guarde el cielo los siglos
que han menester sus vasallos,
y que yo a voces le pido,
se coronaba en León,
donde con leal regocijo,
para besarle su mano,
dejé el grosero vestido;
éste hice de Contray,
y puniéndome en camino
vine a ocasión que la jura
fin, señor, había tenido.
Llegué a besarle su mano,
adonde, como habéis visto,
este hidalgo lo impidió;
mas yo, a vuestros pies rendido,
la beso: y pues ya lo he hecho,
a la casa donde vivo
me vuelvo, y contento en ver
que como noble he cumplido
ya con las obligaciones
de mis progenies antiguos.
Si me hubiereis menester,
en Toral, Alfonso, vivo.
Dios os guarde, y vuestro imperio
se extienda hasta los indios.

(Vase PAYO PÉREZ *y van tras él.)*

REY. ¡Detened a Payo!
GARCÍA. En vano
será, que ese corredor
baja, no cual viento vano,
mas cual rayo volador
en tempestad de verano.
REY. ¿Que éste es Payo de Guzmán?
SANCHO M. Este es, señor, el mancebo

a quien las montañas dan
de Diógenes nombre nuevo.
Sí; esos pendones que están
en la iglesia de León,
de sus heroicos pasados
satisfacen la opinión.

REY. Él gobierna sus estados
mejor y con más razón
que ningún rey de la tierra,
pues sabe el cuerpo huir
a la invidia, cuya guerra
imposible es resistir.

GARCÍA. De la corte se destierra,
y cual filósofo vive
en su casa, en su solar,
donde las pompas prohibe,
sin esperar en el mar
que humana ambición concibe.

REY. ¿Quién fué el que aquí le impedía
la entrada?

ÁLVARO. Yo, gran señor.
Besar tu mano quería
así...

REY. Pues fué gran error,
y no os suceda otro día.
A nadie impidáis la entrada,
que me quisiere hablar;
no esté la puerta cerrada
al que viene a negociar,
que oír al humilde me agrada
como al grande.

ÁLVARO. No entendí
que era Guzmán al que agora
has visto tratar así,
porque el traje le desdora.

REY. ¡Traje es que le invidio aquí!
Él vive para gozar
de la quietud, y es razón
su vida, Álvaro, invidiar,
pues reprueba el ambición
por no temer ni esperar.
Hoy a León y a Castilla
heredo, y entro reinando
en su generosa silla,
y aquí le estoy invidiando
aquel traje que le humilla.
Porque aunque os ha parecido
muy extraño aquel vestido,
es sin lisonjas cortado;
y si a vos no os ha agradado,
le viene a un Guzmán nacido.

ALONSO A. En una yegua subió,
y dejando atrás el viento,
de palacio se salió.

REY. Vive en su casa contento.

ALONSO A. Estado es que invidio yo.

REY. Alas ninguno reciba
en mi casa sin consejo.
¡En todos esto se escriba!

ALONSO A. De España eres el espejo.

GARCÍA. ¡Viva Alfonso!

TODOS. ¡Alfonso viva!

(Toquen y éntrese el REY *y queden los dos,* DON ÁLVARO LÓPEZ *y* DON URGEL.)

ÁLVARO. Vive Dios, que estoy corrido
de que ansí me haya hablado
el Rey.

URGEL. Mucho se ha ofendido
que al Guzmán hayáis tratado
hoy así.

ÁLVARO. ¿Aunque conocido
hubiera el enojo injusto
que con su casa la mía
tiene, por aquel disgusto
que sabéis?

URGEL. Aqueste día
no fué, lo que hicistes, justo.
Esto para entre los dos.

ÁLVARO. Bien lo conocí; mas quise
señalarme aquí, y, ¡por Dios,
que aunque la razón me avise
que no he de hallar en vos
acogida de mi intento,
que su vida han de quitar
mis manos!

URGEL. Tal pensamiento,
primo, debéis olvidar.

ÁLVARO. ¡Vos no tenéis sentimiento!
Nuestra sangre está ofendida
de la suya.

URGEL. ¿Cómo así?

ÁLVARO. ¿No es cosa bien conocida?
¿Si muerto a mi padre vi
por la mano fementida
del suyo!

URGEL. Fué en desafío.

ÁLVARO. ¿Qué importa?

URGEL. Aquí me tenéis
al bien y al mal.

ÁLVARO. De vos fío
que en todo me acudiréis,
al fin, como primo mío.
Desta suerte...

URGEL. García viene.

(Entra GARCÍA.)

GARCÍA. El Rey grande enojo tiene
de que fueseis tan cruel
con Payo.
ÁLVARO. Su Alteza enfrene
el rigor, que si con él
algo anduve demasiado,
fué que no le conocí.
GARCÍA. Sólo eso os ha disculpado.
ÁLVARO. Guárdeos Dios.
GARCÍA. —¡ Contino vi
odio en él, que fué agraviado !—

[*Salen* ÁLVARO *y* URGEL.] (*Entra* GODÍNEZ, *lacayo.*)

GODÍNEZ. Bien puedes aquí aguardar,
que la seora doña Aldonza
dice que te quiere hablar,
cuya hermosura es peonza
en este juego de amar,
pues su soberano gusto
anda tras ti alrededor.
GARCÍA. ¿ Vístela ?
GODÍNEZ. Decirte es justo
cómo de su resplandor
gozó este talle robusto.
GARCÍA. ¿ Entraste a su cuarto ?
GODÍNEZ. Sí,
suelto el cabello la vi.
GARCÍA. ¿ Qué, tocábase al espejo ?
GODÍNEZ. Donde tomaba consejo
si era hermosa.
GARCÍA. ¡ Acaba, di !
GODÍNEZ. Mas, ¿ qué me canso, si sale
ya a verte ?

(*Sale* DOÑA ALDONZA.)

ALDONZA. Señor García,
hoy con vos no es bien se iguale
el cielo.
GARCÍA. ¡ Ay, Aldonza mía !,
cuando de esa luz se vale.
¡ Hermosa venís !
ALDONZA. Pudiera
más, a ser menor el enojo,
el que mi firmeza altera,
cuando para cielo escojo
la luz que en vos reverbera.
GARCÍA. ¿ Enojo ? ¿ De qué, mi bien,
si sabéis que vuestros ojos
son tan solamente quien
de mí ausentan los enojos,
siendo mi gloria también ?
ALDONZA. De ver que os habéis tardado
en verme.
GARCÍA. Destos balcones,
orientes del sol dorado,
soy en todas ocasiones
el galán más porfiado.
En ellos me halla el alba,
cuando por montes de oro
viene y le hace el campo salva,
esperando al sol que adoro ;
mas la ocasión miro calva,
pues nunca en ellos os veo ;
y hoy, en la coronación,
pensó veros mi deseo,
mas también vi a la ocasión
que burló lo que poseo.
Por eso aqueste envié
hoy a veros.
ALDONZA. Vuestras quejas
son las mías. ¡ Bien, a fe,
vos venís a aquestas rejas
de noche, García !
GARCÍA. ¡ No sé !
Pregutaldo a las estrellas
que en ese cielo se miran
y a quien cuento mis querellas
hasta que al mar las retiran
de Febo las luces bellas.
Preguntaldo a esas paredes,
cuyos mármoles estimo,
y a quien siempre vencer puedes
en la dureza que imprimo
en tu pecho, aunque la ecedes.
Pregúntalo...
GODÍNEZ. ¡ Quedo !, a mí
me lo puede preguntar,
pues siempre el motilón fuí
que te vine a acompañar,
hecho hombre reloj por ti.
Pregúntelo al sueño mío,
a quien di más cabezadas
en mi desdén u desvío
que a una bota da estocadas
un francés, si el vino es frío.
Y pregúntalo al amor,
que yo sé que te dirá...
GARCÍA. ¡ Que en todo eres hablador !
ALDONZA. ¡ Muy bien entendida está
de don García la flor !
¡ Otra dama galantea !
GARCÍA. ¿ Celos ?
ALDONZA. Ésta es la verdad.
GARCÍA. Si otro amor mi amor desea,
máteme vuestra beldad
con decir que no la vea.

Plega a Dios que si otra dama
me hiela, Aldonza, o me inflama,
que me mate tu desdén
cuando más aguarde el bien
que mis esperanzas ama.
Plega a Dios...

ALDONZA. Voces no des.

GODÍNEZ. —¡Si de su mano le deja,
más pliegues verá después
que en su faz muestra una vieja
y un cuello de sayagués!—
Atájese este plegar,
con mostrarle más sereno
este golfo de la mar.

GARCÍA. Plega a Dios que si no peno
por ti, hasta ver llegar
lo que más vivo esperando,
que no vengas a ser dueño
de mi amor, Aldonza.

GODÍNEZ. Y cuando
duermas que te falte el sueño,
aunque el lecho sea blando,
que es la maldición mayor.

ALDONZA. Y si yo no tengo en ti,
García, todo mi amor,
él me falte.

GODÍNEZ. Aqueso sí.

ALDONZA. Plega a Dios que su rigor
hiera, García, a mi vida
con flecha de plomo adonde
no sea correspondida,
si mi fe no corresponde
a la tuya agradecida.
Plega a Dios que en ese punto
seca mi esperanza sea
con amor y olvido junto.
Lo que más amare vea
entre mis brazos difunto.
Plega a Dios...

GODÍNEZ. No hay que hablar,
¡basta!, ¡que el triunfo ha salido
hoy en los dos del plegar!

ALDONZA. ¡Tú eres mi dueño querido!

GARCÍA. ¡Tú el sol que me ha de abrasar!

(Sale el REY *solo.)*

REY. ¡Oh, mi amigo don García!
Bella Aldonza, ¿qué decís?

ALDONZA. Que un siglo desde este día
os gocéis, Rey, pues vivís
por sol desta monarquía,
para honrarme, gran Señor.

REY. Téngoos, prima, grande amor.

ALDONZA. Merécelo mi cuidado.

REY. Siempre el mío habéis pagado.

ALDONZA. Vuestro invencible valor
siempre me ha sabido honrar.

REY. García, ¿sabes a qué
aquí te salgo a buscar?

GARCÍA. Que me estás honrando sé
sólo.
Pues vete [a] aprestar
para hacer una jornada.

GARCÍA. ¿Dónde?

REY. A Toral.

GARCÍA. ¿Pues qué intentas?

REY. Ver lo que a Payo le agrada,
y adónde viven contentas
sus esperanzas.

GARCÍA. Posada
es su solar donde sé
que hay cuatro o seis labradores.

REY. Luego a lo que digo ve,
que hoy los dejará.

GARCÍA. Favores
son debidos a la fe
de tantos antepasados
que esta tierra han defendido;
pero serán excusados
intentos, si él ha nacido
tan exento de cuidados,
el pensar que ha de venir
a la corte.

REY. Yo le haré
su inclinación resistir,
porque con traerlo sé
que me vengo a prevenir
del gobierno de las leyes;
demás que siento, García,
que entre gañanes y bueyes
viva un hombre que podía
ser espejo de mil reyes.

GARCÍA. Digo, señor, que lo aciertas.

REY. Ven.

ALDONZA. Pues ir allá conciertas,
¡no veas su bella hermana!

GARCÍA. Toda tu sospecha es vana.

ALDONZA. ¡Ay!, que son los ojos puertas
por adonde fácilmente
el alma a el amor concibe.

GARCÍA. Con los rayos de tu oriente,
¿qué luz, bella Aldonza, vive?
Tuyo soy eternamente.

GODÍNEZ. Pues le lees la cartilla
en la frente, en vano pides
celos.

ALDONZA. El temor me humilla.
REY. Hoy traigo un nuevo Aristides
al gobierno de Castilla. *(Vanse.)*

(Cena 2.ª [Explanada campestre ante la casa de PAYO *de* GUZMÁN, *en Toral.] Salga diciendo adentro* PAYO DE GUZMÁN:)

PAYO.

Suelta la yegua al prado
y vente luego, Tirso.

TIRSO.

Iránse luego.

PAYO.

Ya a mi tierra he llegado
y ya a mi casa antigua a mirar llego
entre aquella espesura,
plaza en verano contra el sol segura.
Gracias a Dios que miro
ya por la chimenea el negro humo
salir, adonde aspiro
más que al real palacio; en quien presumo
que son camaleones
los hombres, sustentados de ambiciones.
Altos soberbios montes,
contentos recibid a vuestro dueño,
que en vuestros horizontes
se halla alegre, sin buscar el sueño
de pretensiones vanas,
de la quietud y de la paz tiranas.
En vuestras claras fuentes
hallo las aguas puras y suaves,
que en copas transparentes
me ofrece el cielo; y las cantoras aves
me hacen aquí salva,
dándome alegres lo que dan al alba.
No me niega el verano,
entre vosotros, matizadas flores;
del almendro temprano
hasta el camueso, dan fruto y olores,
que entre estas verdes faldas
primero son capullos de esmeraldas.
Estése allá en la corte
el que la guerra y la inquietud desea;
téngala por su norte,
que yo más precio ver esta librea
que abril al campo ha dado,
que cuanto goza el Rey, pues es prestado.
Más precio ver al día
risueño amanecer por llamas de oro,
y huir a porfía
las estrellas en viendo su tesoro,
haciéndole sus rojos
rayos Argos al mar con tantos ojos,
que cuanto el mundo precia;
pues, siendo todo vano fingimiento,
es vanidad muy necia
hacer estimación de lo que es viento.
¡Dichoso el que ha sabido
solamente excusar su bien fingido!

(Sale TIRSO, *villano tosco.)*

TIRSO.

La yegua maneada
paciendo en ese arroyo queda el heno,
y en viendo la posada
del sitio tan lozano y tan ameno,
"Aquí mi pancho hincho",
me dijo, pronunciado en un relincho.
"¡Ansí—le dije—sea!",
y allí la maneé.

PAYO.

La hermana mía,
dando al campo librea,
a verme sale como el mismo día.

TIRSO.

Con Mireno y Pascuala.

PAYO.

¿Qué gusto con aqueste, ¡ay Dios!, se iguala?

TIRSO.

Escucha la musquina
de Silvio y de Mireno, escucha atento,
que, par Dios, que es devina.

PAYO.

¡Ah, dulce soledad!, yo estoy contento
de ver vuestras verdades,
sin adorar humanas majestades.

(Sonajas y músicas cantando, detrás DOÑA GREIDA DE GUZMÁN *de labradora y* MIRENO *y* SILVIO, VERVECO. *Canten:)*

Venga norabuena
nueso amo a su tierra,
venga norabuena.
Olvide la corte
quien vivir desea,
pues traen sus glorias
por sombras las penas.
Vanos vientos son
todas sus promesas,

y el que en ellas fía
en el mar se entrega.
Ciego es el que aguarda
sus canas en ellas,
pues un desengaño
es la paga cierta.
Venga norabuena.

GREIDA. Tanto, hermano, habéis tardado,
que imaginé que la corte
en algo os había prendado,
siguiendo más claro norte
que en el que estáis eclipsado.

PAYO. Dadme, Greida, hermana mía,
los brazos.

GREIDA. Y el alma en ellos.

PAYO. ¡Oh, dichosa compañía!

VERVECO. Enlaza a todos los cuellos.

TIRSO. Oigan todos a porfía:
idos llegando despacio,
que para todos habrá.

PASCUALA. ¿Y tú cómo estás reacio
en no llegar hacia acá?

TIRSO. Estoy de esperanzas lacio.
Pardiez, Pascuala, que vengo
de la corte enquillotrado.

PASCUALA. Ya con celos me entretengo.

TIRSO. ¡Bien puedes, que me he casado!
¡Bien puede la hija de Mengo,
Pascuala, desde hoy tirar!

PASCUALA. ¿Yo?

TIRSO. ¡Sí, pardiós!

PASCUALA. ¿Y con quién
me has dado tanto pesar?

TIRSO. ¿Con quién?; con una sartén
que oí a la puerta chillar,
más bella, en un bodegón,
que tu cara cristalina;
allí dejé mi afición
y allí hizo su musiquina
bailar mis ojos a son.
Mas socedióme al miralla
un soceso endiabrado.

PASCUALA. ¿Y fué?

TIRSO. Yendo a enamoralla,
de sus chellidos prendado,
quise llegar a tocalla
con la mano. Mas detrás
de una puerta se asomó
un hombre, algún Barrabás
era, aunque sospecho yo
que era su galán no más;
y con dos palmos de un palo,
al asilla yo, me dijo:
"¡Soltad, que quema el regalo!"
Pero yo, que ya la rijo
en mi mano—¡estonces malo
fué el consejo!—, respondí:
"¡Oh! (1), no la pienso dejar."
Él volvió a decir: "¿No?"; "Sí",
le dije, y sin porfiar
más de lo que he dicho aquí,
sonando en mí cual sonajas,
hizo el palo maravillas
donde, sin hacerse rajas,
volvió órganos mis costillas,
¡unas altas y otras bajas!

MIRENO. ¡Guarda fuera!

PAYO. Esto en León,
como digo, me ha pasado.
Ansí la coronación
vi de Alfonso, que admirado
lo dejo, en resolución.

GREIDA. No sé si lo hicistes bien,
que un Rey se suele enfadar
de libertades también.

PAYO. Yo soy rey en mi solar;
su favor ni su desdén
no temo.

GREIDA. Pues que allegamos
a casa, sacad la cena;
cenará entre aquestos ramos
Payo.

PAYO. ¡La gana es muy buena
hoy!

PASCUALA. La cena aparejamos.
A punto está.

PAYO. ¿Y es?

PASCUALA. Un capón
tierno, al fin, cual los de acá.

TIRSO. ¡Buena nueva!

PASCUALA. Un perdigón
también no te faltará,
donde gastes un limón.

PAYO. No en balde mi casa estimo.
¿Hay ensalada?

PASCUALA. Borrajas,
que entre dos platos exprimo
con su aceite, que en tinajas
fué del tiempo fruto opimo,
y con vinagre también
¡que hace gestos al proballo!
Pan, ¡que ansí, señor, estén
mis manos!

(1) En la edición de Restori, "os", que haría sentido como equivalente a "¡ox!".

PAYO. Por verdad hallo
que éste es sólo el mayor bien.
Id, sacadme aquí la mesa.

GREIDA. Yo os he de dar de cenar.

TIRSO. Si sobrare alguna presa,
sabedla diestra arañar.

PASCUALA. ¡De tu desgracia me pesa!

GREIDA. Venid, traeréis al señor
la cena.

PAYO. ¡Ah, quietud querida!,
del mundo eres bien mayor,
donde está libre la vida
de adorar en un favor.

(Canten.)

¡Venga norabuena
nueso amo a su tierra,
venga norabuena!

(Vanse cantando. Queda PAYO *solo.)*

PAYO.

Saca la exhalación el sol dorado,
y luego en la región del aire puro
brama, soberbia, derribando el muro,
el tosco roble, el olmo levantado.
Ejemplo viene a ser del que es privado
y nunca previniendo lo futuro,
ingrato al Rey, de condiciones duro,
rompe el sér que le dió de entronizado.
De éstos fué aquel que mi vestido viendo,
sin respetalle, con rigor esquivo
quiso ofenderme cuando no le ofendo.
Dichoso yo, que sin envidias vivo
en mi sosiego, donde sólo entiendo
que si gozo algún bien de él lo recibo.

(Con la mesa entren todos los labradores que se fueron y PASCUALA.)

VERVECO. La cena, señor, está
aquí.

PASCUALA. Llegad esa silla.

TIRSO. Siéntate.

PASCUALA. Algo cantá.

TIRSO. ¡Crespo, vaya una letrilla!

MIRENO. La canción del alba va:

(Siéntase PAYO *y cantan mientras cena.)*
(Cantan:)

Sobre hojas de flores
escribe el alba letras de rocío,
donde a los ruiseñores
manda que canten al compás de un río,
que ceñido de murta
la plata a una montaña alegre hurta,
cuando Mireno llora
al pie de un sauce verde su cuidado:
"¿A quién la hermosa Flora
dió la librea de que viste el prado,
mirando en su esperanza
cómo secó la suya una mudanza?"

(El REY *y* DON GARCÍA *embozados [y* GODÍNEZ].)

REY. ¿Qué te parece de aquesto?

GARCÍA. Que esto es gozar de la vida,
gran Señor, y, por mi vida,
que envidia en mi pecho ha puesto.

PAYO. ¿Acabóse la canción?

MIRENO. No, señor.

PAYO. Pues proseguí,
que más vale estar aquí
que no hecho camaleón
en palacio. Aunque si el Rey
me ha menester, mi hacienda
y vida quiero que entienda
el mundo que con la ley
que lo han hecho mis pasados,
tiene de hallar en mí;
pues lo que poseo aquí,
tierras, casas y ganados,
son suyos, y con igual
gusto se los volveré,
si dádiva suya fué,
que es mi señor natural.

(Llega el REY.)

REY. Lo que quiero que me déis
es de cenar esta noche,
Payo, pues del sol el coche
ausente del campo veis.

(Espántanse todos.)

PAYO. Señor, ¿vos en esta tierra?

REY. Tras de vos, Payo, he venido.

PAYO. ¿Quién tal bien ha merecido?

REY. Quien de mí ansí se destierra.
Con vos tengo de cenar;
no se alborote ninguno.

TIRSO. ¡No reproches, importuno!
Digo que se ha de adorar:
híncate aquí de rodillas
y date en los pechos.

PASCUALA. Quedo,
que de miedo hablar no puedo.

MIRENO. El gozo me hace cosquillas.

TIRSO. De vello contentó estó...
—¡Pardiós!, ¿cuándo no reposas?—
porque me ha de dar mil cosas.

PASCUALA. ¿Qué son cosas?
TIRSO. ¡Qué sé yo!
REY. ¡Digo que lo habéis de hacer!
PAYO. Si así me apretáis aquí,
cenaré con vos ansí,
sólo por obedecer.
En esa silla os sentad,
que aunque alguno se me atreve,
sé el respeto que se debe
a la real majestad.
REY. ¿Cómo?, estáis en vuestra casa.
PAYO. Vuestra es, señor, aunque es mía.
REY. Sentaos, por vida mía.
PAYO. De merced y favor pasa
la que llena de honor hallo;
mas no dirán de mi ley
que me iguale con un Rey,
siendo un humilde vasallo.
GARCÍA. ¡Qué bien que te ha respondido!
REY. Con el canto proseguí,
que luego sabréis de mí,
Guzmán, a lo que he venido.

(Cantan.)

"¡Ay!—dice—Anarda bella,
en el rigor de tu crueldad nacido,
sólo culpo a mi estrella;
pues solamente por mi mal ha sido
quien estorbó, señora,
que amanezca tu luciente aurora."
PAYO. La bebida al Rey le den.
TIRSO. Ya tu hermana sale a dalla,
que yo vengo de avisalla.

(Toma algo de la mesa TIRSO.*)*

PASCUALA. Quedas tus manos estén,
que te hará el Rey matar.
TIRSO. Tengo, ¡pardiós!, de comer.
GODÍNEZ. No habléis alto.
REY. De beber.
TIRSO. Ya se lo vienen a dar.

(Sale DOÑA GREIDA *con la salvilla, agua y paño.)*

GREIDA. Rey Alfonso de Castilla,
a quien justamente dan
nombre de Numa en León,
aunque en tan pequeña edad,
aquí tenéis la bebida:
clara es como su cristal
la voluntad, gran señor,
con que don Payo os la da.
Bien sé que en esta ocasión,
que tanto, señor, honráis
su persona en estos campos,
quisiera, no este solar
tener para recibiros,
mas un palacio real
como aquel que a Constantino
el ingenio singular
de Paro le labró en Grecia;
mas donde fuerzas no hay,
deben los reales pechos
estimar la voluntad.
Bebed, invicto señor.
REY. ¡Cielo, de la tierra alzad!
¿Quién es esta dama, Payo?
PAYO. Doña Greida de Guzmán,
mi hermana, que, como yo,
vive en esta soledad,
libre del mar de la corte.
REY. —Y es de la hermosura mar.—
De beber, Greida, pedí,
y ya satisfecha está
el alma de todo cuanto
aquí pudo desear.
Levantaos.
GREIDA. Bebed, señor.
REY. —¡Qué donaire celestial!—
Digo, Greida, que he bebido:
aunque veneno será
brindado con vuestros ojos,
que luces al cielo dan.
—García, ¡gallarda dama!
GARCÍA. Amanecer le podrá
a la más bella en León.—
REY. Alzaos, Payo.
PAYO. Perdonar
puede aqueste atrevimiento
vuestra Alteza, y pues está
en el campo, echar de ver
que en él servido le han
con voluntad solamente
y al uso de por acá.
REY. A tratarme como a rey
aquí, ¡viniera a pensar
que no sois el que me han dicho!;
y veréis esta verdad
contemplando la llaneza
con que me asenté a cenar
con vos—¡donde al sol he visto!—
PAYO. Pues, ¿no os habíais de sentar?
Esa por acá estimamos,
y ansí, en tanto que aquí estáis,
no os faltará un ordinario.
REY. Y es lo que me agrada más.

PAYO. Un sabio pintó al Amor
en un diáfano cristal,
dando a entender que ha de ser
claro como la verdad,
sin cumplimientos ningunos.
Este os tengo, y ansí va
mostrado sin más lisonjas
que las que mirando estáis.
GREIDA. ¡Qué galán es el Rey!
TIRSO. ¡Quedo!
PASCUALA. Sí, mas Tirso es más galán.
TIRSO. ¡Hacé burla enhorabuena!,
que a fe que me ruegan ya.
GODÍNEZ. ¿Burla? ¿De qué la ha de hacer,
si soy un Narciso?
TIRSO. Allá
os desviá de la moza,
¡que es doncella!
PASCUALA. ¿Pues qué haz?
GODÍNEZ. Nada, Pascuala, ¡pardiós!
TIRSO. —¡Él ya quisiera empascuar!—
PASCUALA. ¡Oh, hideputa, cortesanos!
GODÍNEZ. Mala Pascua y mal San Juan
me dé, ¡si no sois más linda
que un oro! Cierto collar
de azabache os traigo aquí...
PASCUALA. ¿Y quién lo tien de tomar?
GODÍNEZ. Vos.
TIRSO. ¡Ojallá, pajarón!
GODÍNEZ. No haré sino pellizcar.
TIRSO. ¡Harre allá! ¿Traes pellizco?
Algo más se seguirá,
que andan como agua y anís
los pellizcos y el besar.
REY. No hay de excusaros de aquesto.

(Salen ÁLVARO *y* URGEL, *con máscara, y* VERVECO.*)*

ÁLVARO. ¿Adónde decís que está?
VERVECO. Aquí a mi amo dejé,
que se sentaba a cenar.
URGEL. Aquél es; ¡dale!
REY. ¿Qué es esto?
¡Traición!
PAYO. ¿Al Rey respetáis
de aquesta suerte, villanos?
URGEL. ¡Qué notable ceguedad!
El Rey está aquí, ¡huyamos!
PAYO. No se nos escaparán
si en las alas de los vientos
piensan más que el sol volar.

(Van PAYO *y* GARCÍA *tras ellos, asen a* VERVECO.*)*

REY. Prendé ese villano.
VERVECO. ¿Yo?
Preso estoy.
GREIDA. Él nos dirá
quién son los que así huyeron.
VERVECO. Señor, atento escuchá.
TIRSO. ¡Triste Verveco, hoy le ahorcan!
VERVECO. ¿Por qué me habían de ahorcar?
En casa entraron dos hombres,
por don Payo de Guzmán
preguntaron, y yo aquí
se lo venía a enseñar.
REY. ¿Qué? ¿Contra él fué la traición?
VERVECO. A él le venían a buscar,
señor.

(Trai asidos a los dos con sus máscaras PAYO.*)*

REY. ¿Con máscaras, cielo?
PAYO. A los pies del Rey llegad,
¡que os dé el premio o el castigo
que ya mereciendo estáis!
REY. Las caras les descubrí.
PAYO. Más bien cubiertas están,
que si son, señor, traidores,
como lo muestra el disfraz,
os matarán con la vista.
REY. Las máscaras les quitad.
URGEL. Antes la vida nos quita.
GARCÍA. Después os la quitará
su Alteza.
REY. ¡Cielos!, ¿qué es esto?
¿Urgel y Álvaro?
URGEL. ¡Que están
pidiendo a voces perdón!
REY. ¿Cómo os he de perdonar,
si venís a darme muerte?
ÁLVARO. ¡No quieran los cielos tal!
REY. ¡Ah, traidores!
ÁLVARO. A don Payo,
de Rodrigo de Guzmán
hijo, a dar muerte venimos.
Ésta es, señor, la verdad,
porque se la dió a mi padre
el suyo, y tu Majestad
ayer a mí me afrentó,
impidiéndole el entrar,
por él, a besar tu mano.
REY. ¿Y aquesta fué lealtad?
Pues hoy conmigo le llevo
a León; y él ha de dar
el castigo a vuestros yerros.
Mirad qué queréis, Guzmán,
que se haga de aquestos dos.

PAYO. ¿Vos a León me lleváis?
REY. A eso, Payo, sólo vengo,
y no os habéis de excusar.
PAYO. Pues si he de ir allá, señor,
aunque mi bien me quitáis,
a los dos que están aquí
los habéis de perdonar,
u no mandarme que vaya.
REY. ¡Vos, Payo, los perdonáis!
PAYO. Y les doy mis brazos yo,
que ansí pretendo obligar
su enojo.
URGEL. ¡Guzmán, al fin!...
ÁLVARO. Por vuestros nos señaláis,
trocando nuestra venganza
en una eterna amistad.
GREIDA. ¿Que a la corte el Rey os lleva?
PAYO. Sí, y aquí empiezo a mostrar
cómo ha de usarse del bien
y ha de prevenirse el mal.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

PERSONAS DE ESTE ACTO SEGUNDO

REY DON ALFONSO.
DON PAYO.
DOÑA GREIDA.
GODÍNEZ.
DOÑA ALDONZA.
TIRSO.
PASCUALA.
MIRENO.
VERVECO.
GARCÍA.
ÁLVARO.
URGEL.
ALFONSO ANSÚREZ.
Los SOLDADOS *en 3.ª*
MARTÍN.
ALBANO.

(Cena 1.ª [Sala en el palacio real de León.].—El REY, ALFONSO ANSÚREZ *y* DON GARCÍA *y* GODÍNEZ.)

REY. Que ya la Sierra Morena
contra Toledo ha pasado,
escribe, y me causa pena,
que el moro es determinado.
GARCÍA. Sí, ¿mas qué tu Alteza ordena?
REY. Enviarle de León
y Castilla gente a Sancho,
que defienda mi opinión,
pues que con aquesto ensancho
de mis reinos el blasón.
ALFONSO A. Él es un soldado tal
que lo sabrá defender;
pero a su valor igual
soldados ha menester,
aunque tan gran general.
REY. Dos mil hombres enviaré
en su ayuda, y capitán
en don Payo le daré,
que basta que sea Guzmán
para que con él esté
libre del moro Toledo.
GARCÍA. Puédesle muy bien fiar
el bastón, sin tener miedo
que no le sepa mandar:
esto asegurarte puedo,
porque aunque es verdad, señor,
que en la marcial disciplina
le falta el uso, el valor,
que siempre en él predomina
con el ingenio mayor,
la verdad le mostrará,
fuera de que el modo bien
de la guerra sabe ya.
REY. Quien sabe en todo, también
nada de ella ignorará.
GARCÍA. Él es, con justa razón,
por filósofo tenido.
REY. Ve y tráeme aquí el bastón.
GARCÍA. Voy.
(Vase ALFONSO ANSÚREZ *y* GARCÍA. *Sale* DOÑA ALDONZA, *dama.)*

REY. Allí Aldonza ha salido;
diréle aquesta pasión.
ALDONZA. Que vuestra Alteza me llama,
Urgel de Armengol me dijo.
REY. Sí, Aldonza, que como os ama
mi amor, sin veros me aflijo.
ALDONZA. En los hombros de la fama
vuestro nombre heroico viva,
porque dél tantas mercedes
como me hacéis reciba.
REY. Bien de mí confiar puedes,
que esto es verdad, y que estriba
en tenerte sólo amor
el declararte mi pena.
ALDONZA. ¿Que a esto vienes, gran señor?
—¡Cielos!, ¿qué Su Alteza ordena?—
Siempre de vuestro valor
creo que tiene de honrarme.
REY. Contigo he de declararme.
ALDONZA. —Diréle que amo a García,
si en su loco amor porfía,
y de nieve habrá de hallarme.—
REY. Bien sé que amas...
ALDONZA. —¡Sí sabrás
que a García Ibáñez estimo!...—
REY. Pues si enamorada estás,
anímame, cuando animo

lo que tú buscando vas.
Da, Aldonza, con tu favor
remedio a un Rey que padece;
¡ansí te dé el suyo Amor!

ALDONZA. Un Rey el favor merece
como natural señor;
pero quería saber
la causa.

REY. ¿Quien puede ser,
dime, Aldonza, no has sabido?

ALDONZA. —¡Paciencia al Amor le pido!
¿Hay más infeliz mujer?
El Rey, de mí enamorado
está, cuando sólo adoro
a García; esto ha mostrado,
mas fingiré que lo ignoro,
cuando él más se ha declarado.—
Señor, ¿y qué tanto ha
que gozas de esa afición?

REY. Ocho días, Aldonza, habrá
que aquesta injusta pasión
eterna muerte me da.

ALDONZA. —Cuando con García me vió
sola aquí, se enamoró:
que el amor suele nacer
de ver a otro apetecer
aquello que él deseó.—
¿Y qué pretendes aquí,
señor, con llamarme a mí?

REY. Que tú seas la tercera,
aunque puedes ser primera,
en decirle mi amor.

ALDONZA. Di
qué es lo que quieres que diga.

REY. Bella Aldonza, que la adoro;
que a ser un volcán me obliga
mi pecho, cuando el decoro
real mi pasión mitiga.
Que a solas la quiero ver
después de esto, y le dirás
que reina la puedo hacer.

ALDONZA. Señor, con cautela vas;
tercera no puedo ser,
que esa mujer te responde
que ya tiene otro galán
donde su esperanza esconde,
en cuyas dichas están,
cuando más la corresponde,
todos sus bienes cifrados;
y ansí, su conquista olvida.

REY. ¡Celos matan mis cuidados!
¿Otro galán?

ALDONZA. Por tu vida,
no de tan altos estados
como los tuyos, mas quien
sabe estimar su favor.

REY. Cayó por tierra mi bien,
¡secóse mi dicha en flor
y mi esperanza también!
¿Que a otro ama Greida?

ALDONZA. ¿Quién dices?

REY. Doña Greida de Guzmán.

ALDONZA. ¿A ésa amas?

REY. ¡Cuándo desdices
de mi bien con tal galán
y mis dichas contradices!
A ésa, cuando truje aquí
a su hermano, Aldonza, vi
en Toral, y le entregué
la vida, el alma y la fe,
quedando en ella sin mí.
Dos noches a su solar
he ido desde León,
y no la he podido hablar.
Forzado de mi pasión,
a ti te envié a llamar
para que fueses a vella
y le dijeses mi amor,
pues no hay orden que traella
Payo quiera aquí.

ALDONZA. Señor,
si ansí tu amor te atropella,
yo me partiré a Toral
y la hablaré por ti.

REY. Sí, mas póneme mortal
eso que agora te oí.

ALDONZA. Yo, señor, te entendí mal;
otra dama pensé fuera
la que amabas, y ansí dije
que no podía ser tercera,
y tu intento contradije.

REY. ¿Que otra dama, Aldonza, era
la que tiene ese galán,
y no Greida?

ALDONZA. Sí, señor.

REY. Vida a mis glorias les dan
tus razones, y a mi amor
mil dichas dándole están.
Mas, dime, ¿no harás por mí
lo que digo?

ALDONZA. Partiré
y le hablaré por ti.

REY. ¡Hoy a tus pies me echaré!

ALDONZA. ¡Señor, no me honres así!

(Sale con el bastón GARCÍA *y ve a los pies de* ALDONZA *al* REY*; y* GODÍNEZ.*)*

GARCÍA. Éste es... ¡ Ay cielos !, ¿ qué veo ?
¿ A los pies de Aldonza el Rey ?
REY. Da vida a aqueste deseo.
ALDONZA. El obedecerte es ley.
GARCÍA. —¡ Yo hago gentil empleo !—
REY. ¡ García !

(Túrbase GARCÍA*; dale una carta al* REY.*)*

GARCÍA. Señor, el bastón
está aquí, y un pliego.
REY. Di,
¿ quién lo envía ?
GARCÍA. Avisos son.

(Abre el REY *la carta y lee.)*

¿ Esto, Aldonza, he visto aquí ?
ALDONZA. Mi bien, no tienes razón,
que el Rey...
GARCÍA. ¡ A tus pies le he visto !
ALDONZA. Sí ; mas vínome a rogar
que fuese...
GARCÍA. ¡ El oír resisto !
ALDONZA. ... a aquel antiguo solar...
GARCÍA. ¡ Que esto es lo que yo conquisto !
ALDONZA. ... de...
GARCÍA. No hay que disculparte :
a ti te ama el Rey, y yo
desde hoy empiezo a olvidarte.
ALDONZA. ¡ Cielos ! ¿ Quién esto causó ?
¡ Oye !
GARCÍA. No pienso escucharte.
ALDONZA. Mi bien...
GARCÍA. Falsa, desleal,
ya no me llames tu bien,
sino llámame tu mal,
pues que has sabido también
engañarme en tiempo tal.
ALDONZA. Mira que el Rey...
GARCÍA. ¡ Ah, perjura !
ALDONZA. ¿ Que no quieres escucharme ?
Pues otro dueño procura :
vete, ¡ que no has de hallarme
jamás en tu amor segura !
Si más te volviere a ver,
ni más te volviere a hablar,
fálteme la vida, el ser ;
no venga cosa a alcanzar
de la que pretenda hacer.
Pues el que con tal rigor
celos sin causa ha pedido,
sin oír disculpa en su error,
¡ es necio y no ha merecido
que le guerden fe ni amor !

(Vase ALDONZA.*)*

GARCÍA. ¡ Oye !...
REY. ¿ Fuése Aldonza ?
GARCÍA. Sí.
REY. Sancho otra vez pide aquí
que envíe gente a Toledo.
GARCÍA. —¡ Qué bien despachado quedo !—
Ya don Payo sale allí.

(Sale DON PAYO *y* ALFONSO ANSÚREZ *y* GODÍNEZ, *gracioso.)*

PAYO.

Déme los pies, señor, Vuestra Grandeza.

REY.

Bien venido, don Payo ; levantaos.

PAYO.

Harélo, pues lo manda Vuestra Alteza.

REY.

Dadme los brazos.

PAYO.

¡ Gran señor !

REY.

Llegaos,
¿ cómo estáis ?

PAYO.

Como aquel que ver empieza
la corte de León, aqueste caos
en cuya confusión contenta vive
la ambición, que del viento alas recibe.
Estoy, señor, como el que en medio el sueño
está con mil quimeras perseguido,
siendo de un descontento eterno dueño.

REY.

Para que estéis contento os he traído.

PAYO.

Pues aquí, gran señor, mi fe os empeño,
que el que en mi casa tuve lo he perdido :
esto es hablar verdad y entre esta calma
decir, Alfonso, lo que siente el alma.
No porque siendo yo vuestro criado
no tenga gusto siempre de serviros,
que esto al mayor señor aventajado
y puedo sin temor sólo deciros
que atropellar por todo me ha obligado,
mas porque es la quietud, libre de carga
alguna, quien promete vida larga.
Ésta cayó con ella allá en mi tierra,

y no os espante que perdida agora
sienta la causa en mí que me destierra,
aunque en serviros mi esperanza adora.

REY.

El cordobés Hacén me mueve guerra,
y ya [en] los campos de la Alcudia mora
con su gente, don Payo, y hoy pretendo
ir su entrada en mis tierras defendiendo.
Nadie cual vos para esta empresa hallo,
y ansí aqueste bastón hoy os entrego,
que pretendo con vos, Guzmán, honrallo,
siendo castigo del Alarbe ciego.

PAYO.

Bien sabéis ,¡ oh señor !, que soy vasallo
que a conocer lo que os importa llego,
y si es verdad que aquesto habéis sabido,
que a otro deis el bastón, señor, os pido.
A Alonso Ansúrez, hijo de aquel Conde
que en el Valle de Olid yace eclipsado,
podéis dallo muy bien, pues es adonde
el valor de su sangre está cifrado.
El Manrique, que a Marte corresponde,
Sancho como su padre, al fin, llamado,
este bastón merece, que él podía
vencer a Hacén como a la noche el día.
Demás que, si tenéis aquí presente
a García, mi amigo, donde miro
del muerto Cid el ánimo valiente,
y en la fe, gran señor, a un Cinegiro (1),
quitárselo sería impertinente
intento. Éste es el mío, con que aspiro
a desear vuestro bien. El bastón dalde,
y, cual merece su persona, honralde.
Que porque no entendáis que me he excusado
de ir a serviros, gran señor, pretendo
irme con él tan sólo por soldado.
Esto es lo que os importa y lo que entiendo.

REY.

—¡ Bien de todos los cargos se ha excusado !—
Bien sé, Guzmán, que mi gobierno ofendo
enviándoos de aquí, y ansí revoco
el bastón, de quien dueño a García invoco;
que, pienso, gusto recibís en eso.
Él vaya contra Hacén, y vos, don Payo,
en León os quedad, porque profeso
teneros amistad. Seréis un rayo
contra el moro cruel.

GARCÍA.

Los pies os beso.

REY.

Sin que salga el abril, sin que entre el mayo
os habéis de partir. Venid conmigo.

PAYO.

Soy tu esclavo, señor.

REY.

Vos sois mi amigo.

(Vase.)

GARCÍA. Por la merced recibida,
los brazos os doy, Guzmán.
PAYO. Aquí los míos están,
don García, con mi vida
tan sólo a vos dedicados;
y esto hallaréis por verdad.
GARCÍA. Conozco vuestra amistad
sin ambiciosos cuidados.
Mas pues por vos hoy me ha [hecho
general el Rey aquí,
y en vos siempre conocí
finezas de un noble pecho,
os quiero reprehender,
u, hablando más despacio,
deciros lo que en palacio
os han querido morder
algunos, que han invidiado
que os haya traído el Rey.
PAYO. ¿ Pues qué han dicho de mi ley
tan presto en que me han hallado ?
GARCÍA. No es cosa, Payo, que importa;
bien lo podéis remediar,
y ved que me atrevo a hablar
como amigo: esto me exhorta.
PAYO. Decid.
GARCÍA. Lo que han dicho es
que cómo un Guzmán, que honrado
lo trae el Rey por su privado
a su corte...
PAYO. ¡ Acabad !
GARCÍA. Pues,
¿ ha de traer el vestido
aquí como en una aldea ?
PAYO. ¿ Eso mormuran ?
GARCÍA. Sí.
PAYO. Sea,
¡ y no que traidor he sido !
García, bien sabe Dios
que no lo hago de avariento

(1) Famoso soldado ateniense, que se inmortalizó en la batalla de Maratón.

ni de pobre, que ese intento
que es en vano sabéis vos.

GARCÍA. ¿Pues por qué el traje traéis
de la montaña, y aquí
no os vestís del nuestro?

PAYO. Oí,
y, si gustáis, lo sabréis.

GARCÍA. Decid.

PAYO. Porque yo he venido
a León del Rey honrado,
y en los cargos que me ha dado,
sólo un oficio he admitido;
aqueste para serville
tengo; a volverlo dispuesto
cuando el sol que nace, puesto
sea, y la envidia me humille.
Las privanzas son ganancias
adonde contino vi
que lo que hay de un no hasta un sí
son sus mayores distancias.
Yo privo y puedo caer:
y ansí vengo a conservar
mi gusto, con no abarcar
aquello que he de perder.
Si cayere, la fortuna
no me halle con bien ajeno:
que está a pique el que es más [bueno,
sin dar ocasión ninguna.
Pues cuando con desigual
rigor vea su desdén,
si no he conocido al bien,
no vendré a sentir el mal.
Por aquesto, aqueste traje
no ha de apartarse de mí.
Con él, García, subí;
con él mi privanza baje.
Demás que no hay lengua ruda
que no diga al que ha subido:
"¡Éste ha mudado el vestido,
también la condición muda!"
Yo no la pienso mudar,
aunque vea más claro el día,
ni he de ser otro, García,
que el que he sido en mi solar.
En este traje he vivido,
y, ansí, en aquesta ocasión,
por no mudar condición
no quiero mudar vestido.

GARCÍA. A tal respuesta no hay quien
pueda con razón culparos.
Yo me voy.

PAYO. Id a ocuparos
en lo que os está más bien.
Haced al moro testigo
de vuestro valor.

GARCÍA. Adiós.

PAYO. Él, García, vaya con vos.

GODÍNEZ. En mí tenéis un amigo.

(Vanse GARCÍA *y* GODÍNEZ. *Sale* TIRSO *muy alegre.)*

TIRSO. Albricias me puedes dar.

PAYO. ¿De qué, Tirso?

TIRSO. De que viene
tu hermana y deja el solar
donde su hacienda tiene,
más linda que un azahar,
más gallarda que una grulla,
vestida al uso de acá,
con oro como casulla
destas que tien por allá.
Pues si paso a la garulla
de Mireno y de Pascuala,
Verveco, Albano y Martín,
ninguno en León se iguala
a su vestido; y, en fin,
ya se entran por esa sala.
Sal alegre a recebilla,
que viene como una Pascua.

PAYO. Saldré a ofenderme y decilla
mi parecer.

TIRSO. Hecha un ascua
viene también mi carilla.

(Salga DOÑA GREIDA *vestida a lo de corte y* PASCUALA *delante, acompañándolas vestidos ridículos a lo asturiano* MARTÍN, MIRENO, VERVECO *y* ALBANO.)

GREIDA. Con el deseo, señor,
ya de llegaros a ver,
juzgo el tiempo por mayor
que en mi casa solía ser.

PAYO. Mucho debo a vuestro amor.
De vuestra rara hermosura
penden sólo mis cuidados,
y en su luz serena y pura
los que, cual yo, son privados
del Rey, su gracia segura
tienen, que en esta ocasión
no es sol, pero viene a ser
alma de vuestra ambición.
Con que aquí venís a ver
grandezas que viento son;
y ansí, pues os vengo a hallar
tan bella en este lugar,
como mi reina y señora,
me dad vuestra mano agora,
porque os la quiero besar.

GREIDA. ¿Yo reina?
MIRENO. ¿De cuándo acá
te trata tu hermano ansí?
¿Desconocidos nos ha?
GREIDA. Siempre que me honraste vi...
PAYO. A ver a Su Alteza entrá,
señora, ¡que está aguardando
alegre a Vuestra Grandeza!
TIRSO. ¡Él está desvariando!
Señor, ¿qué tien la cabeza?
¿No echas de ver que habrando
con tu hermana estás?
PAYO. Vení,
y Su Alteza os verá ansí.
GREIDA. Si haber, don Payo, venido
a veros ha merecido
que ansí me tratéis aquí;
si la privanza os ha hecho
que ansí me desconozcáis,
y ansí perdéis el derecho
de la sangre que miráis
mía en vuestro ingrato pecho;
si porque el Rey os ha dado
cargos y os ha levantado
a este puesto en breves días,
¿qué os pone esas fantasías?
¡Mal, Payo, lo habéis mirado!
PAYO. ¿Vos tenéis mi sangre?
GREIDA. Sí.
PAYO. ¿Pues no sois la reina vos
que a Alfonso le traen?
MIRENO. Di,
¿no conoces a los dos?
VERVECO. Y aun cuatro que están aquí.
MIRENO. Que es tu hermana.
PAYO. No mi hermana
doña Greida es.
TIRSO. Apartá;
él tien la cabeza vana,
pues ¿con quién habrando está?
¡Su mercé está muy galana!
VERVECO. Yo soy Verveco.
MIRENO. Y Mireno
yo también.
PASCUALA. Ésta es la moza
que bien os conoce.
TIRSO. Bueno,
mas el venir en carroza
y no en carreta, entre heno,
aquello le hace ver.
GREIDA. Volvámonos ya de aquí,
y advertí que ese poder
que en vos tan soberbio vi
puede venir a caer.
A veros yo he venido
sólo obligada de amor,
y pues me habéis recibido
ansí, lleno de rigor,
causado de haber subido,
quedaos con Dios: advirtiendo
que me vuelvo a aquel solar,
donde viviré muriendo,
¡solamente con pensar
esto que hacéis y estoy viendo!
PAYO. Por esa misma razón
no os conozco, y se ha engendrado
en mí aquesta presunción
con que me habéis sepultado
en una justa pasión.
Es verdad que yo tenía
allá, en Toral, una hermana;
ésa, como yo, vivía
en hábito de villana,
no cual venís este día.
Cuando partí, le mandé
que no saliese de allí,
ni que el mirar con la fe
que el Rey me trataba a mí
loca vanidad le dé.
Y por cuerda la respeto,
y ansí no habrá de venir
como os miro. ¡Que os prometo
que me diera que reír
su proceder indiscreto!;
pues, cuando yo no he querido
aún dejar aquel vestido
que saqué de allá, obligado
de saber que, si he ganado,
me puedo mirar perdido,
fuera gran locura ver
tan soberbia una mujer,
aunque yo esta dicha gano,
¡que ha de obedecer su hermano
en lo que hubiere de hacer!
Mas si aquestos todavía
dicen que la hermana mía
sois...
TIRSO. ¡Que es ella, señor!
PAYO. ... en el traje labrador
muy mejor me parecía.
Hasta que en éste la vea,
que no le he de hablar crea;
y ansí, pártase de aquí
y vuelva adonde nací.
Déle Toral su librea,
que si su color resiste,

cuando en él su honor consiste,
desvanecida y liviana,
¡no la tendré por mi hermana,
si con ella no se viste!

[*Vase.*]

TIRSO. —¡Zampóje!—
PASCUALA. Tirso, ¿y a mí
no me conoces?
TIRSO. Tampoco,
que como serrana os vi,
y ahora con seda.
PASCUALA. ¿Estás loco?
TIRSO. ¡Pardiós, que os desconocí!
PASCUALA. Como estás entronizado
y eres de Payo privado,
no me quieres ya, ¡traidor!
TIRSO. Sí, ¡a la he!
PASCUALA. ¿Pues el amor?
TIRSO. Ya yo lo tengo olvidado.
PASCUALA. ¿Y mi honra?
TIRSO. Ilda a buscar,
que yo no os pienso hablar.
PASCUALA. ¿Quieres ya a otra cortesana?
TIRSO. ¡Estáis acá muy galana!
PASCUALA. ¡Aguarda!
TIRSO. No hay que tratar;
hasta que volváis a ser
serrana, no os pienso ver.
PASCUALA. Pues, ingrato, ¿por qué, di?
TIRSO. Porque..., porque estáis ansí.
A tomillo habéis de oler,
antes que os conozca acá.
PASCUALA. ¿No es bueno el traje que ves?
TIRSO. Muy bueno; mas con él ya
a pedir os vezaréis,
y el diabro no os sufrirá.
MIRENO. También sé que...
PASCUALA. Aquesto ha sido
porque mudé de vestido.
GREIDA. Volvámonos a Toral.
MIRENO. ¡Pardiós, que él lo ha hecho mal!
PASCUALA. ¡En mal hora hemos venido!

(Vanse todos. Sale el REY *y* PAYO *con algunos memoriales.)*

PAYO. Estos memoriales son
los que te pido que veas.
REY. Agora no hay ocasión;
y yo gusto que los leas,
y encargo su provisión.
PAYO. De soldados son, que piden
lo que les debes, señor.
REY. Y con la razón se miden;
mas, don Payo, por mi amor,
que pues estorbos no impiden
que estemos solos aquí,
que tú te iguales a mí:
que te cubras y te sientes.
PAYO. Gran señor, eso no intentes,
porque yo estoy bien ansí.
REY. Tengo contigo que hablar
cosas de importancia.
PAYO. Creo
que en pie lo puedo escuchar.
REY. Igualarte a mí deseo,
y te tienes de sentar,
u me enojaré contigo.
PAYO. Por obedecerte digo,
señor, que lo quiero hacer;
mas la silla ansí ha de ser.

(Vuelve la silla y siéntase.)

REY. ¿Que en vano, Payo, te obligo?
PAYO. Señor, yo he de ser discreto
en saber del bien usar;
tu vasallo soy; inquieto
no ha de traerme el privar
para perderte el respeto.
Sentado estoy bien ansí,
pues cumplo tu mandamiento
y no estoy igual a ti.
REY. Conozco tu entendimiento.
Mas óyeme atento.
PAYO. Di.
REY. Bien sabes que he procurado,
después que te he traído
en mi corte, haberte honrado;
ansí sólo has admitido,
de amparar siempre obligado
los pobres, ser regidor
de León.
PAYO. Ansí es, señor.
REY. Pues en ti he de echar de ver,
con lo que tienes de hacer,
a lo que llega tu amor
conmigo. Necesidad
tengo, Payo, que un tributo
se reparta en la ciudad;
no que quede en estatuto
en ella...
PAYO. Señor, pasad
adelante.
REY. Éste ha de ser
entre todos los vecinos
pagado, y tienes de hacer

hoy, pues son intentos dignos
de tu leal proceder,
que la ciudad lo conceda.

PAYO. ¿Y cuánta es la cantidad?

REY. Treinta mil ducados queda
que los pague la ciudad.

PAYO. ¿Cuándo, señor?

REY. Cuando pueda,
como no pase de un año,
dándome agora los veinte.

PAYO. Conmigo has andado extraño
en mandarme que me siente,
y puedo llamarle engaño.
¿Para obligarme a hacer
una tan gran sinrazón
me sentaste? Echo de ver,
Alfonso, que éstas no son
cosas que he de conceder;

(Levántase.)

y ansí, me levanto en pie,
de impidirlas obligado,
solamente porque sé
que si te hablo sentado,
a concederlas vendré.
Y respondo que León
no puede ese pecho dar.

REY. ¿Servir su Rey no es razón?

PAYO. Cuando lo pueden llevar
los vasallos.

REY. ¿Pues no son
ricos?

PAYO. No, señor; y ansí,
porque conozcas de mí
cómo servirte deseo,
te he de dar lo que poseo.
Cuando me trujiste aquí
diez mil ducados me diste
con que pusiese mi casa;
ésos, de quien dueño fuiste,
tengo, y con mano no escasa,
pues siempre larga la viste
en tu servicio, señor,
te vuelvo, con otros tres
que en Toral tengo. Mi amor,
tan ajeno de interés,
reconozca tu valor,
echando también de ver
que ha sido el no conceder
con lo que aquí me has pedido,
el saber que injusto ha sido
lo que has querido imponer.

REY. Por esa lealtad me da
los brazos, que me aconsejas
sólo lo que bien me está.

PAYO. Veo del Reino las quejas,
las voces que dando está.

REY. Que me encamines te ruego
lo que me importa; que en pago
de la fe que en ti a ver llego,
hoy mi igual, Guzmán, te hago;
la joya que a muchos niego
te doy por mujer.

PAYO. Señor,
¿quién es?

REY. Aldonza, mi prima.

PAYO. Conozco su gran valor,
y como a sangre la estima
de Vuestra Alteza, mi amor.

REY. Pues a Toral nos partamos,
que allí Amor hará que pueda
ser Aldonza tuya.

PAYO. Vamos.
Fortuna, detén la rueda,
que ya a la cumbre llegamos.
Mas si del bien que me ha dado
contino el Rey, me ha pesado,
¿qué importa que dél me prives?
Pues cuanto más me derribes
vengo a estar más levantado.

(Vanse.)

(Cena 3.ª [Campo próximo a Madrid.].—Toquen cajas y sale DON GARCÍA *con bastón.* URGEL *y* DON ÁLVARO *y* SOLDADOS *en orden. Con una carta* GARCÍA.)

GARCÍA.

No marche el campo ya, pues esta carta
de Sancho, alcaide de Toledo, dice
que nos volvamos a León.

URGEL.

¿La causa?

GARCÍA.

Porque el rey cordobés Sierra Morena
ha vuelto a atravesar desde Almodóvar (1),
donde había llegado con su campo,
y deja la conquista que emprendía.

ÁLVARO.

Pues pasemos aquí la noche fría,
que con su negro manto nos ha dado
a probar la humedad de sus tinieblas,
que mañana el helado Guadarrama
a pasar volveremos.

---

(1) En el texto, "Almodolar".

GARCÍA.

De la guerra,
sin haberla probado, vencedores.
¡Alto!, planten la tienda en estos prados,
y cada cual para pasar se aplique
las horas que la noche nos durare,
pues agua nos ofrece Manzanares
que estos alegres campos fertiliza(n),
por que den a Madrid con mil olores
sabrosas frutas entre helecho y flores.

ÁLVARO.

Y, en fin, ¿que viendo el alba volveremos
a la vieja Castilla?

GARCÍA.

Sí; don Álvaro;
Sancho nos da este orden en su carta,
y por otra sabrá el Rey que volvemos,
y hemos de obedecerle, que es mandato
de Su Alteza.

ÁLVARO.

Pues vamos, y haremos
que nos armen las tiendas los soldados.

GARCÍA.

—¡Mientras que lloro yo ausentes cuidados
de mi hermosa Aldonza, de la aurora
que ha vestido de luz mis pensamientos
con la belleza de sus luces bellas,
como el Sol en la noche a las estrellas!—

(Sale GODÍNEZ *de camino.)*

GODÍNEZ. Tres caballos he muerto
en aqueste viaje
hasta alcanzar el campo,
cansado de cansarme.
Dejóme allá en León
mi amo a que hablase
por él a doña Aldonza,
gloria de sus pesares.
Fuí a verla, y me dijeron
que fué a Toral a hablarle
a Greida; después supe
que en él ha de casarse...
Mas, ¡quedo!, ¿qué es aquesto?
Hacia allí un hombre sale;
debe de ser soldado:
haréle que me hable
y a la tienda me lleve
de don García Ibáñez,
mi amo. ¡Ah!, ¡caballero!

GARCÍA. ¿Llamáis?

GODÍNEZ. Oíd, escuchadme:
¿del general cuál es
la tienda? ¿adónde yace
en los brazos del sueño,
que es hora que descanse?

GARCÍA. Con él hablando estáis.

GODÍNEZ. ¡Señor, dicha tan grande!

GARCÍA. ¿Godínez? ¿Qué es aquesto?

GODÍNEZ. ¿Qué? Venir a buscarte
y decirte que Aldonza,
a quien me encomendaste
que viese, se ha casado.

GARCÍA. ¿A eso vienes? ¡No hables!
¡Calla la infame lengua!

GODÍNEZ. ¡Nombre me das de infame
cuando a la posta vengo
sólo por avisarte,
hechas, señor, cecinas
las extranjeras partes!

GARCÍA. Ven acá, amigo mío;
¿búrlaste, acaso? Dame
a entender si es verdad,
porque adoro su imagen.

GODÍNEZ. Pues que se casa digo,
aunque de sus altares
seas el monacillo,
el crego o sacristane.

GARCÍA. ¡Aparta!

GODÍNEZ. Ya me aparto;
pero quedito dame,
¡que temo que me has muerto!
Con tu amigo el más grande
la casa el Rey Alfonso.
¡Paciencia y consolarte!

GARCÍA. ¿Con quién?, di.

GODÍNEZ. Con don Payo,
aquel medio salvaje
que ha traído a León.

GARCÍA. ¡Sean mis ojos mares!
¡Ah, falso, ingrato amigo!;
¡por eso me ausentaste,
dándome este bastón,
rayo que ha de matarme!
Por aquesto fingiste
ansí desestimarle,
¡y por quitarme el bien
en mí lo renunciaste!
Y tú, falsa sirena,
que has venido a encantarme
para darme la muerte,
¿tan presto me olvidaste?
¡Mas mujer que es querida,

al compás que la quieren a ése ol-
¡Mal haya aquel amante [vida!
que el alma deja en animal tan fá-
¡Alto!, partamos luego [cil!
a León.

GODÍNEZ. ¿Tú qué haces?
¿Y tu honor?, ¿y la gente
que el Rey te entregó?

GARCÍA. Parte,
y prevenme dos postas;
¡más, Godínez, no hables!

GODÍNEZ. ¿Pues el bastón, señor,
que el Rey te dió?

GARCÍA. El alarbe
moro se vuelve a Córdoba;
yo, a León a vengarme.
Ve, y más no me repliques.

GODÍNEZ. No pretendo enojarte,
porque colgar me puedes
de un álamo gigante
destos de aquese río.

GARCÍA. Cruel, ¡que se casase!...

GODÍNEZ. Que se ha de casar di,
y tienes de quedarte
tú a escuras.

GARCÍA. Sin sus ojos,
¿qué sol podrá alumbrarme?
¡Mas mujer que es querida,
al compás que la quieren a ése ol-
¡Mal haya aquel amante [vida!
que el alma deja en animal tan fá-
[cil! *(Vanse.)*

(Sale de camino DOÑA ALDONZA *y* GREIDA *en cena 3.ª [Explanada ante la puerta de* PAYO DE GUZMÁN, *en Toral.].)*

GREIDA.

Seáis tan bien venida
a aquesta vuestra casa, Aldonza bella,
cuanto de mí querida
habéis sido por fama, aunque fué estrella
con el sol que he mirado
la que de vos el mundo me ha contado.

ALDONZA.

A ser vuestra criada,
hermosa doña Greida, hoy he venido,
por fama enamorada
de vos, cuando León no ha merecido
gozar de esa hermosura.

GREIDA.

Que no goce mi bien, Payo, procura;
aquí quiere que viva
en este traje, Aldonza, hasta tanto
que marido reciba.

ALDONZA.

De su rigor me admiro.

GREIDA.

Y dél me espanto,
pues lucir no me deja.

ALDONZA.

Con justa causa vuestro amor se queja.
Mas yo sé, Greida hermosa,
que tenéis un galán apasionado,
y aun con queja forzosa
de que a sus esperanzas no hayáis dado
el justo acogimiento.

GREIDA.

¿Será Su Alteza?

ALDONZA.

Sí; vistes mi intento.
Él me dijo, señora,
que a sus quejas cerrastes el oído,
y sé que en vos adora.

GREIDA.

Aldonza, basta ya; si habéis venido
con aquesos favores
a vestir a mi rostro de colores,
que no me habléis os ruego
en cosa que parece burla, y tanto
que yo a enojarme llego.

ALDONZA.

No os cause, hermosa doña Greida, espanto,
que mi primo os estima,
y sólo en vos a su esperanza anima.
Quereldo como es justo,
que de un rey el favor no fué cordura
no admitirlo.

GREIDA.

Ni justo
parecerá, Aldonza, al que mormura,
no siendo a honesto intento.

ALDONZA.

Del favor nace, Greida, el casamiento.
Que el Rey os ama creo,
y a Toral a que os viese me ha enviado.

GREIDA.

Si aqueste es su deseo,
la luna luce con el sol dorado,
tal vez, Aldonza, aunque ella
la luz recibe de su antorcha bella.
Con intento tan santo,
pues me tiene también enamorada,
le diréis que su llanto,
Aldonza, tendrá fin; que esta posada
es suya, y que me vea.

ALDONZA.

¿Y cumpliréis, al fin, lo que él desea?

GREIDA.

Pero ha de ser primero
con voluntad, Aldonza, de mi hermano,
porque sin él no espero
que Su Alteza, aunque Rey, toque mi mano;
que seré en este juego,
gustando Payo, nieve de su fuego.
Que esto os he respondido,
a Su Alteza diréis.

(Sale PASCUALA *alborotada.)*

PASCUALA.

Señora, el Reye
con tu hermano ha venido.
Sal a verlos al punto, porque es leye
que te alegres con ellos,
cuando nos vuelven aún los campos bellos.
La gente que se apea
al pie de aquella fuente del castaño,
al mayo hermosea,
y aún no lo he visto tan florido ogaño;
pues Tirso, no vi guindo
con fruta que mostrase estar más lindo.

ALDONZA.

Tras de mí se ha venido
por veros, Greida, sólo.

GREIDA.

Su cuidado
de mí estimado ha sido.

ALDONZA.

Vamos a recebillos.

PASCUALA.

Ya han entrado.

(El REY*; los que más puedan;* TIRSO *y* MIRENO, *villanos, y* PAYO.)

REY.

¡Oh Aldonza!, ¡oh Greida hermosa!

GREIDA.

En que honréis nuestra casa soy dichosa.

ALDONZA.

Primo, señor, ¿qué es esto?

REY.

Sabiendo que a Toral habíais venido,
vine a veros, dispuesto
de daros lo que en ella habéis sabido
que en la corte os he dado
para aumentar vuestro dichoso estado.

ALDONZA.

Señor, yo llego agora
aquí de Miraflor, donde diez días
he estado, a ver la aurora
de Greida, sol de las montañas frías.

REY.

—¡Y en cuya luz adoro!—

GREIDA.

—¡Yo en vos también, señor!—

ALDONZA.

Lo que es inoro.

REY.

Pues sabed, prima bella,
cómo os tengo casada.

ALDONZA.

—Con García
será. ¡Dichosa estrella!
¿Si habrá vencido al moro?: que este día
que ansí el Rey le ha premiado,
sin duda que habrá sido por soldado.—
¿Y con quién Vuestra Alteza
me hace tal favor?

REY.

Con el que estima
más mi real grandeza:
con Payo de Guzmán os caso, prima.

PAYO.

Que es quien loco se siente
de ver que le amanezca vuestro oriente.

REY.

Esta noche la mano
habéis de darle aquí.

ALDONZA.

—Pasó mi gloria
como cometa vano,
dejando a don García en la memoria,
aunque ya muerto, vivo,
pues por dueño al Guzmán desde hoy recibo.
Mas sufrid, pensamiento:
no lo deis a entender; tened paciencia,
pues al entendimiento
le da vuestro valor la suficiencia
para callar, hablando
cuando os ofrezca la ocasión el cuando.—

REY.

¿Qué respondéis a aquesto?

ALDONZA.

Que la que gano soy, Rey poderoso.

PAYO.

A amar estoy dispuesto
vuestra hermosura, siendo vuestro esposo.

ALDONZA.

Vuestros son mis favores.

(Éntrense todos y quede PAYO *y los labradores.)*

PAYO.

¡Echó mi dicha el resto! ¡Hola, pastores!,
serranos de esta sierra,
mi dicha celebrad en dulce canto,
a toda aquesta tierra
de mirtos despojad y de amaranto,
viniendo coronados,
que envidia deis a los floridos prados.
Cisnes en vez de gansos
corred para que canten dulcemente,
viendo su muerte mansos;
vestid de alisos verdes esa fuente,
que aquí llega encañada,
por que sombra nos dé con su enramada.
De flores las paredes
entapizad de toda esta portada.

TIRSO.

Y aún más, mandar más puedes.

PAYO.

Y luego una famosa encamisada
trazad para esta noche,
pues gozo al sol en su dorado coche.
No queden invenciones
que a vuestro modo aquí no tracéis luego,
sin que las dilaciones
en vosotros dispongan su sosiego,
¡que voy de amores loco!

(Salen DON GARCÍA *y* GODÍNEZ; *detienen a* PAYO.*)*

GARCÍA.

¡Óyeme, ingrato amigo, aguarda un poco!
PAYO. ¿Quién es?
GARCÍA. El que has ofendido.
PAYO. Dame esos brazos, García.
GARCÍA. ¡Aparta, Sinón fingido! (1).
No me toques, que podría
matarme tu injusto olvido.
PAYO. Si es porque te hice enviar
adonde sin pelear
vuelves, según escribió
Sancho, ¿soy culpado yo?
GARCÍA. ¡Bien lo sabes disfrazar!
Cuando en Aldonza adoré,
¿con ella haberte casado?
¡Bien has pagado la fe
con que siempre te he estimado
y tu privanza apoyé!
PAYO. Que Aldonza tu amor servía,
yo jamás supe, García;
que a saberlo, ¡vive Dios,
que no hubiera entre los dos
aquesta descortesía!
Pero escucha, que aún remedio
tiene: yo no estoy casado...
GARCÍA. Ya no hallo en mi mal medio
cuando estás enamorado
y el Rey está de por medio.
PAYO. Si sabes de mi valor,
que nunca en el bien se mide
con ambición de señor,
¿por qué has de dudar que olvide
por el honor al amor?
Es verdad que enamorado
de Aldonza estoy; pero aquí,
García, el tuyo he mirado:
y no he de perderte a ti
por mirarme yo ganado.

(1) Alúdese al astuto griego que penetró pérfidamente en Troya.

Tú amas a Aldonza, y hoy quiero
dártela como primero,
¡para que eches de ver hoy,
don García Ibáñez, que soy
tu amigo el más verdadero!
Muy bien sé que atribuirán
a poco amor, los que están
mirando si soy Leandro
en amor, que sea Alejandro
de esta Campaspe un Guzmán;
mas aunque esto no es verdad,
quiero que sepa, García,
el mundo en aquesta edad
que te doy lo que quería
por no perder tu amistad.

GARCÍA. Tanto me vas obligando,
que por ti mi amor olvido;
oye...

PAYO. No me estés llamando,
que lo que hoy hecho ha sido
tu mesma razón mirando.
Goza, pues fuiste el primero,
deste tu amor verdadero,
echando de ver aquí
que te estimo más que a mí,
pues te doy lo que más quiero.

(A voces GARCÍA *detiene a* PAYO.)

GARCÍA. No harás tal, que no has de verme
que dejo de amor vencerme
y la ley de amigo olvido.

PAYO. García, esto no es fingido;
como en cristal puedes verme
el alma; lo que te digo
has de hacer; no hay que excusarte
por cortesías conmigo.
Con Aldonza has de casarte,
u perder de ser mi amigo.

GARCÍA. Ejemplo del amistad
mayor que la antigüedad
dijese.

(El REY *y los que puedan más,* ALFONSO ANSÚREZ *adelante.)*

REY. Vuelve.

GARCÍA. ¡Señor!

REY. Él es el mayor valor
que se ha visto en nuestra edad.

GARCÍA. Sabrás...

REY. Todo lo escuché.
Con bien vengas; y ya sé
que te vuelves con la gente.

GARCÍA. Sí, pero tu Alteza intente
premiar tan heroica fe.

REY. ¿Qué premio hay a hazaña tal?

ALFONSO A. Ninguno ha de ser igual.

REY. Él es quien sabe más bien
cómo ha de usarse del bien
y ha de prevenirse el mal.

(Vanse entrándose tras él, con que se da fin al acto segundo.)

ACTO TERCERO

PERSONAS DESTE ACTO TERCERO

REY DON ALFONSO.—*Sotomayor.*
DOÑA GREIDA.—*M.ª*
DON PAYO.—*Obredo.*
DOÑA ALDONZA.—*Isabelica.*
TIRSO.—*Treviño.*
GODÍNEZ, *lacayo.*—*Nava.*
URGEL.—*Diego.*
ÁLVARO.—*Olmedo.*
PASCUALA.—*La s.ª Ber.ª*
DOÑA ANA DE HARO.—*Isabel B.ª*
DON GARCÍA.
DON LOPE DÍAZ DE HARO.—*Diego.*
SANCHO MANRIQUE.—*Diego.*
VERVECO.—*Tapia.*
MIRENO.—*Juanico.*
SOLDADO 1.º—*Tapia.*
SOLDADO 2.º—*Juanico.*
SOLDADO 3.º—*Pérez.*
ALONSO ANSÚREZ.—*Loaisa.*

([Explanada agreste ante la casa de PAYO DE GUZMÁN, *en Toral.] Salga de villano* GARCÍA *y* GODÍNEZ, *y los músicos cantando traigan un ramo de flores; dos sonajas.)*

(CANTAN.) Sol hermoso de estos valles,
despertad, que el alba sale.
Premiad al que viene
a vuestros umbrales
a ofrecer humilde
deseos gigantes;
mostralde el oriente
donde su luz nace,
que cual mariposa
procura abrasarse.
Despertad, que el alba sale.

GARCÍA. Parad, suspended el canto,
por cuyo acento pudieran
a la razón reducirse
de estas montañas las fieras.
Godínez vaya a enramar
los umbrales de la puerta,
que, si es oriente, es la caja
de la más hermosa perla.

GODÍNEZ. Yo iré; pero no querría,
cuando tanto la celebras,
que algún mastín vomitase.

circuncidador de piernas;
que en el mar de estos desiertos,
cuando no lo consideras,
suelen ser ellos Jonases,
y estas caserías, ballenas.
Mas pregunto, que hasta agora
no he sabido cosa cierta:
¿qué te obliga a amar, señor,
a mi seora doña Greida,
hecho un Píramo de amor
y un Tántalo de sus rejas?
¿Qué a dejar a doña Aldonza,
que ha tanto que galanteas?

GARCÍA. Ser hermana de don Payo,
querer casarme con ella
por emparentar con él.

GODÍNEZ. Tu intención es más que buena.

GARCÍA. Dióle el Rey a doña Aldonza;
llevásteme tú la nueva;
por la posta vine aquí:
fué tan grande su nobleza,
que me la devolvió, Godínez.
Y esto con tan grande fuerza
de amistad, que no ha podido
hacer que su mano bella
vuelva a tocar don Alfonso.
Esto me obliga a quererla.

GODÍNEZ. ¿Amistad te ha parecido?

GARCÍA. Y por la mayor la cuenta
mi lengua que España ha visto.

GODÍNEZ. La mía se lo reprueba:
antes no ha sido amistad.

GARCÍA. ¿Cómo o por qué?

GODÍNEZ. Toda hembra
viene para cruz del hombre,
cuando por los pasos entra
de casamiento en su casa;
los mismos seguirá aquesta.
Sintió la carga el Guzmán,
y, como tanto penetra,
echóte su cruz a cuestas,
sacudiéndola del hombro,
¡Mira si grandeza ha sido!

GARCÍA. ¡Disparate! Acaba; llega
y enrama su puerta.

GODÍNEZ. Voy.

GARCÍA. Y vosotros, a la negra
noche dad solaz cantando
por que mi sol amanezca.

(CANTAN.) Sol hermoso destos valles,
despertad, que el alba sale.

(Vuelve GODÍNEZ *alborotado.)*

GODÍNEZ. ¿Estás aquí?

GARCÍA. ¿Qué hay, Godínez?

GODÍNEZ. Cosas que no me contentan.

GARCÍA. Habla, dime lo que has visto.

GODÍNEZ. ¡Visitas una doncella
recogida, a aquestas horas!
¡No enrames! ¡Demos la vuelta!,
y piensa que un infanzón
que embozado salió fuera
de su casa, a su guitarra
pretende tocar las cuerdas,
¡si ya no la ha destemplado!

GARCÍA. ¿Embozado?

GODÍNEZ. Por la puerta
lo arrojaban cuando yo
llegaba a enramarla.

GARCÍA. Espera...

GODÍNEZ. "Adiós", al cerrar le dijo
el postigo, y mujer era.

GARCÍA. ¿No le conociste?

GODÍNEZ. No.

GARCÍA. Calla, pon freno a la lengua,
que no tanto por mi amor
cuanto por Payo me pesa
de lo que has visto esta noche.

GODÍNEZ. Antes que el alba amanezca,
nos podremos recoger,
pues una esperanza fresca
fácilmente se reduce,
del desengaño contenta.

GARCÍA. Godínez, en breves días,
en mí pudo tanto aquesta,
que sólo pudiera el dueño
sosegarme en tantas penas.

GODÍNEZ. Pues reducción, si has mirado
que otro cultiva la tierra
con más ventura que tú,
¡hablando con reverencia!

GARCÍA. ¿Será labrador?

GODÍNEZ. No, no;
rugimiento hubo de seda.

GARCÍA. ¡Ah, facilidad humana!,
¡ah mujeril fortaleza
edificada en el aire
cual prodigioso cometa!
Volvámonos a León,
y para que me divierta
de este enojo, proseguí,
cantad, y estos montes sepan
que a ellos vine enamorado,
mas que un desengaño ordena
que el amor trueque en olvido,
¡por ser a quien es la ofensa!

(*Da voces* Greida.)

Greida. Labradores de mi casa,
hora es ya de ir a la siega;
despertad, ¡hola!, que el día
abre del zafir las puertas,
y antes que en puntas el sol
de oro le engarce sus perlas
más bien se logra el trabajo.
Pascuala. A gozar del aura fresca.

(*Dentro todos.*)

Ya vamos; no más dé voces.
Godínez. Toda la casa despierta,
y temo alguna desgracia,
si aguardas a que nos vean.
García. Bajemos hacia ese valle,
adonde Fernando espera
con los caballos.
Godínez. Bajemos.

(*Por donde van a bajar, salen* Greida *y* Pascuala *y* Verveco *y* Mireno *armados a lo gracioso con espada.*)

Greida. Pascuala, dame sospecha
lo que me has dicho, que es Payo
ése que abrir vió la puerta;
y si es él, soy muerta, amiga.
Mireno. El lobo está en la conseja.
Godínez. Más de quinientos villanos
la batalla nos presentan,
que por esa esquina asoman.
García. Ahora bien, Godínez, llega
y reconoce quién son,
que puede ser que éste sea
de doña Greida el amante
que a echarnos del puesto vuelva.
Godínez. ¿Eso te causa cuidado?
Yo, el galgo: ¡por liebres cuenta,
aunque tantos, los que miras
en huir por esas cuestas!
—¡Temblando voy de un leñazo!—
García. Siempre estimé tu destreza.
Godínez. ¡Soy valiente peleón!

(*Sale al paso* Doña Greida.)

Greida.

¿Quién va aquí?

Godínez.

—¡Qué caras feas!—

Greida. ¿Vos?
Godínez. Un hombre que servir
a vuestra merced desea.
Godínez soy, un lacayo
que ha venido a aquesta tierra
con don García, su amo,
amante de doña Greida,
que es el que allí se retira.
Con esa música tierna
vino a ablandarla esta noche;
llegó a sus dichosas puertas,
oyó este monte sus quejas (1);
mandómelas enramar,
aunque postrero hoy se cuenta
de mayo; fuí, y vi salir,
de cierta serrana abiertas,
un embozado fantasma
y alma para él en pena.
Donde después que lo supo,
sus esperanzas resueltas
en humo, a León se vuelve,
pesante que una doncella
a la sombra de la noche
un hombre en su casa meta,
y sospechoso, ¡por Dios!,
cuando la tuvo en honesta
opinión, que habrá sido
organista de sus teclas.
—¡Vive Dios, que es un bellaco
quien confía de mi lengua!
Secreto todo lo he dicho,
mas el miedo, ¿qué no cuenta?—
Greida. Pues decilde a vuestro dueño
que sosegado se vuelva
a la corte, que el que ha visto
de aquí salir es en ella
el más noble, y es esposo
de la misma que festeja.
Que no se canse en rondar
sus ventanas ni sus puertas,
inquietud de sus criados
y de su opinión ofensa.
Y a vos, si de lo que vistes
decís algo que se sepa
en León u en la montaña,
os haré cortar la lengua.
Godínez. ¿La lengua? ¿Para qué sábado?
—¡El miedo me bambolea!—
Greida. Ven, Pascuala, y tú ven.

(1) Así en el texto publicado por Restori; pero sobra este verso al romance, o le falta el impar suelto correspondiente.

VERVECO. Vamos,
que la espada va doncella,
¡pardiós!

GREIDA. No siendo mi hermano
quien salir vió, como cuentas,
a mi esposo, nada importa.

PASCUALA. Nada, pues tal bien espera.

(Éntranse los tres.)

GARCÍA. ¿Qué hay, Godínez?

GODÍNEZ. Ya se han ido,
y nosotros demos vuelta
a León.

GARCÍA. ¿Quién eran, di?

GODÍNEZ. Tres sabandijas envueltas
en tres capas, que temblaron
sólo de oír la aspereza
de mi voz; de las serranas
que aqueste solar encierra
de Guzmán son los amantes.
Lo que el amo ama desean. [los!,

GARCÍA. Bueno anda el honor, ¡ah cie-
de mi amigo. ¡Ah, ingrata Greida,
tu liviandad sabrá Payo,
cuya sangre y casa afrentas!
(Vanse.)

(Cena 2.ª Salen todos los que más puedan acompañando a PAYO *y él excusándose; y* TIRSO *salga.)*
[*Una calle, en León.*]

PAYO. Nadie ha de pasar de aquí.

SOLDADO. Habemos de acompañar
a quien premiar sabe ansí.

PAYO. A su Alteza habéis de dar
las gracias.

SOLDADO. Y luego a ti.

PAYO. No hay en la corte soldado
que hoy no queda despachado;
muy bien se pueden volver
a sus fronteras y hacer
como quien va bien premiado
cada cual, pues el valor
sin el agradecimiento
ofende a su mismo honor.

SOLDADO 1.º En cualquier soldado siento
nuevos deseos, señor;
que el premio, en quien sólo es-
su esperanza, ya ganado, [triba
de toda queja le priva.

SOLDADO 2.º Vos no habéis sosegado;
vuestro nombre eterno viva,
pues los servicios premiáis
que a costas de nuestras vidas
por don Alfonso miráis,
¡y a vos están ofrecidas!

SOLDADO 1.º ¡Guzmán, un siglo viváis!

SOLDADO 3.º ¿Cómo un siglo? ¡Eterno viva
por Atlante de León!

PAYO. Paso, que en Alfonso estriba
sólo aquesta provisión.
Vuestra voz a Alfonso siga (1),
que yo no soy más que un hombre
que lo que él le manda ha hecho.

SOLDADO 1.º Tu prudencia es bien que asombre,
pues lo que has hecho deshecho
no quiere por ello nombre.

PAYO. Adiós, señores.

SOLDADO 1.º Él dé
el laurel a vuestra frente,
premio a tan heroica fe.

PAYO. Por que dure, cual prudente,
¡el premio a mis pies pondré!

(Vanse los SOLDADOS*; sale* ALDONZA.)

ALDONZA. Fácil se puede creer;
pues cuando me hizo mujer
vuestra, premiando al valor
de Toral el Rey, señor
don Payo, lo pude ver.
A vuestro amigo me distes;
sin causa me despreciastes;
mal en hacerlo anduvistes,
pues ya que no me estimastes,
al menos me merecistes.

PAYO. El mereceros, señora,
niego, y confieso estimaros.
Queda de probar agora
por qué a Ibáñez pude daros,
cuando vuestro amor lo ignora.
Que si la causa sabéis,
a grandeza atribuiréis
lo que el mundo a poco amor.

ALDONZA. Muy bien sé que fué valor,
cuando amistad le tenéis.

PAYO. Tan sólo aquese respeto,
viendo que él idolatraba
en vuestro hermoso sujeto,
que de mí quejas formaba,
loco, de celoso inquieto,
me obligó, Aldonza hermosa,
a hacer lo que entonces hice,

---

(1) Este verso debe de estar alterado, pues "siga" no es consonante de "viva" y "estriba" y debiera serlo.

cuando a mi esperanza ociosa
de vuestro amor satisfice,
ya infeliz, si antes dichosa.

ALDONZA. ¿Que me quisiste?

PAYO. Es cierto,
que adoraba en vuestros ojos,
que eran de mi nave puerto;
que estos injustos enojos,
Aldonza, me tienen muerto.

ALDONZA. Pues yo, si os he de hablar
verdad, y he de confesar
lo que siento, he de deciros
que mil días de suspiros
no me obligaran a amar
tanto como lo que hicistes
con García; el amistad
que contra el tiempo escribistes,
esta liberalidad
en que a Alejandro excedistes,
me obligó a que os tenga amor;
y ansí mío habéis de ser,
que amigo tan superior,
en trato con su mujer
lo sabrá tener mejor
de esto. Habéis de dar la mano
a mi amor.

PAYO. Soy el que gano;
pero García primero
se ha de casar.

ALDONZA. ¿Por qué?

PAYO. Quiero
ver ese imposible llano.
No porque García limite
mi voluntad ni la quite,
mas porque en juegos de amor
no diga algún jugador
que le hice de falso envite.

ALDONZA. Por su prima le ha enviado
el Rey a Vizcaya, y creo
que tarda ya.

PAYO. Él casado,
daré vida a mi deseo,
premiando vuestro cuidado,
¡que, vive Dios, que os adoro!

ALDONZA. Y, ¡Él mismo vive!, que tengo
en vos mi amor y decoro,
por quien a merecer vengo
estatuas de bronce y oro.

PAYO. ¿Que me queréis mucho?

ALDONZA. Sí.

PAYO. ¿Y ha de faltar eso?

ALDONZA. No.

PAYO. Hoy que mi amor vistes...

ALDONZA. Vi.

PAYO. ¿Quién ha de premiarle?

ALDONZA. Yo,
porque para vos nací.
Esto, a pesar del rigor
del tiempo, Payo, y también
del Rey, natural señor.

PAYO. Gente viene.

ALDONZA. Adiós, mi bien.

PAYO. Adiós, dueño de mi amor.

(Vase ALDONZA.*)*

PAYO. ¿Qué bien puede ya faltarme?
Pon clavo, Tiempo, en tu rueda.
¡Todo León llega a amarme!

TIRSO. Tu gobierno en todo aprueba.

PAYO. Por ver que sé contentarme,
sin ser ambicioso en nada,
con lo que truje a su corte;
pues cuando mi hermana amada
desea gozar su norte,
aún en Toral eclipsada
la tengo, porque no diga
ninguno que la privanza
a vanidades me obliga;
que no hay segura esperanza
en el mar ni en el que priva (1).
Pero ¿qué mi hermana hará?

TIRSO. Que con Pascuala estará
en su contina labor,
siempre deseosa, señor,
de que tú vayas allá.
Y si va a decir verdad,
que allá huéramos quijera.
Pídele a su Jamestad
licencia, que vamos siquiera (2)
dos días.

PAYO. De honestidad
es ejemplo Greida, y creo
que traer la puedo a León.

TIRSO. ¡Sí, señor!

(Cae de arriba un papel y tómalo TIRSO.*)*

PAYO. ¿Qué es lo que veo?

TIRSO. Un papel de aquel balcón
cayó.

PAYO. Muestra.

TIRSO. Toma.

---

(1) Así en el texto: "priva", rima imperfecta.
(2) Sóbrale una sílaba a este verso. Probablemente Lope lo escribiría así: "licencia, vamos siquiera".

PAYO. Leo:
"A Don Payo de Guzmán"
dice el sobrescrito; ¡cielo!,
¿qué avisos en él vendrán?
¡Que ya de abrirlo recelo!
Mas aquí me avisarán
de alguna cosa que he hecho
mal, en el hoy, mis amigos.

TIRSO. Con razón no lo sospecho,
pues tus mismos enemigos
confiesan que andas derecho.

(Ábrelo y lee PAYO.)

PAYO. Abro el papel.

TIRSO. Eso sí.

PAYO. Si algo me enmiendan aquí,
acerca del gobernar,
bien será por ignorar,
y no por malicia en mí.

Carta:

"Cuando miráis por la casa
real, la vuestra, Guzmán,
a quien tanto honor le dan,
por vuestra hermana se abrasa.
Sola, aunque lasciva, pasa
en Toral: mas es el día.
Que en viendo la noche fría
—yo testigo—, un galán que ama
es dueño en mesa y en cama
de su mayor monarquía.
Volvé a cobrar el honor
que ella, necia, os ha quitado;
cásense, si él la ha igualado,
que es el consejo mejor;
si no, matarle es valor."
—¡Cielos!, ¿qué leo? ¡Ay de mí!—
"que, esto hecho, queda aquí
vuestro honor, Payo, vengado;
él, de su traición pagado,
y ella, sin su gusto ansí."
¿Si es lo que he leído sueño?
¿Si es lo que he mirado encanto?
¡Que aunque encanto y sueño, el llanto
debe ser del alma dueño!
¡Cielos!, ¿adónde me empeño?
¿Cómo al Rey sirviendo obligo,
cuando algún falso enemigo
es con mi hermana Sinón
de la mejor opinión
que en hombros del mundo sigo?
Pero si siempre mostró
quilates de honestidad,
¿creeré que aquesto es verdad?
Sí, ¡que es mujer!... Pero no...
¡Mas la más prudente erró!
Mar es su mejor intento
¡sin ser la de más asiento!,
y cuando el amor la inquieta,
la más hermosa, imperfeta,
y la más constante, viento.
¡Ah, vana y loca hermosura,
fabricada en verdes años,
venganza de tus engaños,
sin fama, mi honor procura!
tras ti voy, falsa, perjura,
inconstante, injusta, cruel,
vana, arrogante, infiel,
que a la venganza mayor
principio dará mi honor,
si motivo este papel.

(Vase rasgando la carta y sale el REY *al encuentro, y detiénele.)*

REY.

¿Venís solo, don Payo?

PAYO.

Acompañado
del valor de serviros solamente.
—¡Ay de mí!—Sólo está aqueste criado.

REY.

Pues sálgase de aquí y diga a la gente
de la guardia que nadie sea osado
de entrar aquí mientras que yo no intente
otra cosa.

TIRSO.

Yo voy, señor, al punto.
—¡Y oliendo, de temor, como un difunto!—

(Vase TIRSO.)

REY.

Don Payo amigo, Alcides de mi cielo,
sobre quien con firmeza mi privanza
fundo, mientras que el sol alumbre el suelo
dando sus luces general bonanza,
bien sé que os causará el amor recelo
que os hable ansí, pensando que hay mudanza
en algunas acciones de mi intento,
y encamino a otro fin mi pensamiento.

PAYO.

De cualquiera manera que en servirte
me ocupes, ¡gran señor!, estaré loco.
De esto puedes, sin duda, persuadirte,
¡cuando tu nombre por mi dueño invoco!

REY.

A la cumbre más alta he de subirte
que con el mando de mi imperio toco.

PAYO.

Siempre, invicto señor, las fuerzas mías
tendrás al bien, al mal, como confías.

REY.

Sabrás que a Urgel y Álvaro he enviado,
oyendo lo que hiciste con García,
por miralle, Guzmán, quieto y casado,
y a ti, mi Atlante en esta monarquía,
por mi prima doña Ana. Ésta he pensado
casar con él, porque el hermoso día
de doña Aldonza alumbre tu esperanza,
cuando sólo un Guzmán tal dicha alcanza.
Esto, no en orden para honrarte sólo,
mas para que a igualar vengas mi alteza
y yo de aquella Dafne sea Apolo,
que pudiera vencerla en la dureza.

PAYO.

¿De quién dices, señor?

REY.

De la que es polo
donde el eje, Guzmán, de la belleza
lleno de estrellas sólo el desdén mueve,
no en valles de zafir, pero de nieve.
De tu hermana, don Payo, enamorado
estoy, y ha de ser reina de Castilla,
en viéndote contento desposado
con la que es de hermosura maravilla.

PAYO.

Cuando has, señor, a mi humildad honrado
tanto que la has llegado hasta tu silla,
no sé qué te responda. Pero escucha,
¿sabrás que en tal sujeto es honra mucha?

REY.

¿Qué dices?

PAYO.

Señor, digo que en cuanto
honrarme a mí con el heroico aumento
de doña Aldonza, por quien hoy levanto
a Toral hasta el mismo firmamento,
que ni me admira ni me pone espanto;
mas que quieras hacer tu casamiento
con mi hermana—¡ay cruel!—eso repruebo.

REY.

¿Por qué?

PAYO.

Señor, aconsejarte debo.
Porque soy vasallo, tú Rey eres,
y haremos diferentes consonancias;
fuera de que los muchos pareceres
acerca, gran señor, de las distancias
que hay desde tu valor a la que quieres
vendrán a hacer tan grandes disonancias
en León, que el que es cuerdo sea tenido
por loco, y sin por qué desvanecido.

REY.

¿Pues no casó mi abuelo Alfonso el Sexto
con Zaida, hija de un moro? ¿Qué te espanta
que yo este casamiento haya propuesto?

PAYO.

Sí, pero era, señor, su Alteza infanta
de Sevilla, y agora, en este puesto,
¿qué está mi hermana Greida? Aunque fué tanta
la nobleza que dieron mis pasados
a su sangre, no tiene esos estados.

REY.

Yo se los quiero dar, ¡y amor lo diga!
No repliquéis en ello.

PAYO.

En este intento,
perdonadme, señor, que aquesto diga,
no he de venir jamás, ni lo consiento.
—¡Ah, si (1) supiera el Rey lo que me obliga!—
Dad a Greida otro noble casamiento,
que le estará mejor que vuestra Alteza.

REY.

¡Qué necio estáis!

PAYO.

Conozco su bajeza.

(1) "Así", en el texto publicado por Restori.

REY.

Si de casar con ella tengo gusto,
¿quién lo podrá impedir?

PAYO.

Señor, no hay fuerza
que pueda resistirlo, mas no es justo.

REY.

¿Y quién podrá, don Payo, hacer que tuerza,
aunque España me dé nombre de injusto,
cuando tu ingratitud así me esfuerza,
que de León no salgas desterrado?

PAYO.

Nadie.

REY.

¡Pues vete luego!

PAYO.

¡Y voy honrado!
Yo partiré, señor, e iré contento,
no porque ansí me excuso de servirte,
mas porque salgo de seguir el viento
de la privanza, ¡peligrosa sirte!

REY.

Yo te he honrado sin causa y fundamento,
y no puedo, don Payo, ya sufrirte
tantas y tan sin orden libertades.

PAYO.

¡Paso, señor, que ofendes mís verdades!
Que me has honrado en tu León confieso;
sin fundamento, no: que lo han dejado
pasados míos, de quien ser profeso
imitador, muy más que tu privado;
y aunque culpado sea de este eceso,
volver te quiero lo que en él me has dado,
que aunque es poco, señor, al fin concluyo
mi deseo con darte lo que es tuyo.
A mi quietud dejé, de ti vencido,
adonde precio más dos claras fuentes,
desnudo a un prado y por abril vestido,
que los puestos más altos y eminentes.
La grana con que el pecho me has ceñido
del Santo, cruz y asombro de las gentes
bárbaras, arrancándola del pecho
vuelva a tus manos, que merced me han hecho.
Da el hábito famoso de Santiago
y de León el noble regimiento
a quien pague mejor que yo te pago,
deseando siempre tu mayor aumento;
que yo, cuando de ti me satisfago,
a mi casa me parto muy contento
de ver que tu privanza no ha podido
desvanecerme aun a mudar vestido.

(Vase PAYO.)

REY.

¡Ah de la guarda! ¡Alfonso Ansúrez! ¡Hola!

(Sale GARCÍA *solo.)*

GARCÍA.

La gloria de Vizcaya ha ya llegado,
en hermosura peregrina y sola.
Todo León, señor, le ha acompañado,
que en servirte tu amor hoy acrisola.

REY.

A un disgusto cruel, gusto le has dado;
entre doña Ana de Haro, porque luego
a Toral tienes de ir.

GARCÍA.

A que entren llego.

REY.

—¡Confieso que el Guzmán prudente ha sido,
aunque delante mi real grandeza
ha andado libre, al paso que atrevido!—

(Toda la compañía de acompañamiento delante; detrás DOÑA ANA DE HARO, URGEL *y* ÁLVARO, DOÑA ALDONZA *y* GARCÍA *y* DON LOPE DE HARO, *viejo.)*

LOPE.

Los pies le dé a su prima vuestra Alteza,
y a mí, que por su gusto la he traído.

REY.

¡Oh pariente don Lope!, mis abrazos
daré a los dos.

LOPE.

Aquestos son mis brazos.

REY.

¿Cómo mi prima viene?

LOPE.

Viene buena.

REY.

¿Y vos, don Lope?

LOPE.

Estoy para serviros,
de gusto, viéndoos, Rey, el alma llena.

REY.

Para el descanso entrad a preveniros.

LOPE.

Obedecer mi voluntad ordena.

ALDONZA.

Bien venido, don Álvaro.

ÁLVARO.

Deciros
puedo que ausente, Aldonza, vuestro he sido.

REY.

—¡Cuando gano a mi prima voy perdido!—
(Vanse.)

(Cena 3.ª Salgan MIRENO *y* VERVECO *con una mesa, los músicos cantando y detrás* GREIDA *y* PASCUALA. *Siéntase* GREIDA *a comer vestida de corte.)* [*Casa de* PAYO DE GUZMÁN, *en Toral.*]

(CANTAN.) Las escuadras de la noche,
en el campo de los cielos,
hacen retraer al sol,
temeroso, al mar huyendo,
cuando las altas montañas
con sus libres arroyuelos
de que las dejan mormuran
en la prisión del invierno.
GREIDA. Platos.
VERVECO. ¿Qué es la causa, di,
que con tal autoridá
cenas y comes ansí,
diez días ha?
GREIDA. Verveco, ya
de ser serrana salí.
El dueño de mi afición,
de mi ser, de mi opinión,
que ansí me trate ha mandado.
MIRENO. Sin duda que te ha casado
allá tu hermano en León,
pues te hace mudar vestido,
dispuesta aun el comer
diferente que has vivido.
GREIDA. De quien pienso ser mujer
esta mudanza ha nacido.
Importa tratarme ansí,
que su grande autoridad
lo pide.
VERVECO. ¿Es el Reye?
PASCUALA. Sí.
VERVECO. Perdone su Majestad.
GREIDA. Serlo espero. Proseguí.
(CANTAN.) No hay pájaro en tronco o rama
que no sienta el duro hielo,
flor que marchita no llore
ausencias de sus cabellos.

(Mientras canta va saliendo PAYO *y* TIRSO.)

PAYO. —¿Qué es lo que mirando estoy?
¿Vestida de cortesana
mi hermana comiendo hoy,
cuando por ser tan liviana
no es reina ni feliz soy?
Neguéla al Rey, ¡ay de mí!,
no porque a su sangre, no,
deje de igualarle aquí;
pero porque me obligó
lo que en un papel leí.
El sí no le quise dar,
porque era injusta razón,
si otro la pudo gozar,
por honrar yo mi opinión,
a un Rey, mi dueño, engañar (1).
Mas desimulando quiero
llegar.— ¡Oh, Greida!
GREIDA. ¿Quién es?
PAYO. Tu hermano.
TODOS. ¡Señor!
PAYO. Que espero...
VERVECO. Denos su merced los pies.
TIRSO. ¡Pascuala!
PASCUALA. ¡Aparta, grosero!
PAYO. ¿Cómo no te has levantado
y a recebirme has salido,
Greida?
GREIDA. Como el nuevo estado,
si a ti te ha desvanecido,
a mí también me ha trocado,
no te cause, Payo, espanto.
Proseguí con ese canto.
PAYO. ¡Ah, infamia de mi nobleza!
GREIDA. ¡Cortar te haré la cabeza,
si hablas!
TIRSO. —¡Aqueste es encanto!—
PAYO. ¿La cabeza a mí?, ¿pues quién

(1) "Ensañar", en el texto publicado por Restori.

puede ser a eso bastante?
¿Estás loca, mujer?

GREIDA. Bien;
¡paso, que estás arrogante
y aun atrevido también!
Quien esa mudanza aprueba
es el Rey, que es ya mi esposo.
Mira si camino lleva
lo dicho, ¡ingrato, ambicioso!

PAYO. —¿Ya ha llegado acá la nueva?—

GREIDA. Cuando a León te fuí a ver,
muy peor me recibiste;
y ansí, pues reina he de ser,
te he de dar lo que me diste.

PAYO. Al fin, fin, fácil mujer;
¡levántate de ese asiento!
¿Sabes que estoy en mi casa?,
¿que lo que dices es viento?
¿y que el impedir me tasa
la vida tu casamiento?
¿Sabes que ha derribado
mi privanza por el suelo,
pues por haberlo estorbado
—¡bien sabe la causa el cielo!—
vuelvo del Rey desterrado?
¿Sabes que vuelvo a gozar
la humildad de mi solar?
¡Quizá con menos honor!...

(Alborótase GREIDA.)

GREIDA. Pues, Payo..., hermano..., señor...,
¿quién te lo pudo (1) quitar?
Tuya es mi sangre, mi vida;
no temas, tu hermana soy;
que si era desconocida
reina, con serlo ya estoy
a tu amor agradecida.
Habla y siéntate a cenar.

PAYO. ¡Solos hemos de quedar!
Quitad esa mesa luego.

TIRSO. —¡Aqueste encendido fuego
me hace todo trasudar!—

PAYO. —¡Quien me ha ofendido sabré
agora!—

GREIDA. —¡Qué confusión!—

VERVECO. Gente sube acá, a la he,
señor.

(Meten la mesa, y hay ruido; sale GARCÍA, ÁLVARO *y* URGEL *y* GODÍNEZ.)

GARCÍA. Daos, Payo, a prisión.

PAYO. ¿A prisión, García? ¿Por qué?

GARCÍA. No sé. A León habéis de ir.
Lee el decreto.

(Dale un papel y lee.)

TIRSO. Resistir.
sabremos.

PASCUALA. ¡Calla!

TIRSO. ¿Prender?
¡Prenda allá algún bachiller
de estos todo presumir!
¡Prenda allá un almidonado
siempre virote emplumado
entre el Cambray embutido!
A uno que por ser marido
se viste como el soldado,
¡vendiendo caballería!
¡A un Don Sobre-Berbería!
y a un coche puede prender,
¡que es quien suele cometer
más delitos cada día!;
que a mi amo, no, ¡pardiós!

PAYO. Yo he leído, ¡y dice aquí
que preso vaya! Mas ¿vos
venís a prenderme a mí,
García?

GARCÍA. Con estos dos,
que os han de dar libertad.

PAYO. Al fin, fueron enemigos.

ÁLVARO. Sí, Payo; mas la amistad,
aquestos montes testigos,
obliga a nuestra lealtad.

GARCÍA. El Rey os manda prender,
y a mí; pero mi caballo
os libre de su poder.
Hallá en mí lo que en vos hallo
cuando os hube menester.

URGEL. Y no hay que esperar a más,
porque en gran peligro estás.

ÁLVARO. Quedando ansí satisfecho,
porque nunca un noble pecho
pagó mal por bien, jamás.

GARCÍA. Esto, don Payo, haced
y que es lealtad nuestra ved.

PAYO. Eso no, que si lo hiciera,
mi valor escureciera;
y ansí os pago esa merced,
no con irme, mas con ir
preso con los tres al Rey,
porque quiero más morir,
agradecido a esa ley,
que, ingrato, huyendo, vivir.

(1) "Pude", en el texto publicado por Restori.

Vos no habéis de ser traidor
por darme a mí libertad,
pues cobro yo más honor
en daros una lealtad
que en mi libertad mayor.
Y si es que aquesto es ansí,
preso he de ir con vos aquí,
porque a voces diga España
que estimé más la hazaña
de vuestra lealtad que a mí.

GARCÍA. Mirad, Payo, que os importa
el huir este rigor.

GREIDA. Hermano, el enojo acorta
ansí del Rey, que es valor,
pues cualquier cosa reporta
el tiempo.

GARCÍA. Fiad de mí
y de los dos, que hagamos
que su enojo temple ansí
su Alteza.

PAYO. Ahora bien: huyamos,
pues me aconsejáis, de aquí.
¡Y si a ser venís privado
alguno, ejemplo tomad!

ÁLVARO. Yo os doy lo que me habéis dado.

PAYO. Yo gano esta libertad
de haber bien del bien usado.

(Vase PAYO.)

TIRSO. Y yo me parto de aquí,
donde no sé si he de verte
más.

PASCUALA. ¡Acuérdate de mí!

TIRSO. Si es que sabes de mi muerte,
¡publica que fué por ti!

GODÍNEZ. ¿Pues qué, Pascuala, ha causado
Tirso?

PASCUALA. ¡El alma no reposa!

GODÍNEZ. ¿Qué os lleva con tal cuidado?

TIRSO. ¿Qué, Godínez? ¡Ser hermosa
y veros a vos al lado!

(Vase TIRSO.)

GODÍNEZ. ¡Linda bestia!

GARCÍA. Esto ha de ser:
vos habéis de ir a León,
que ansí lo manda hacer
el Rey, Greida.

GREIDA. ¿A qué ocasión?

ÁLVARO. No lo podemos saber;
que prendiese me mandó
vuestro hermano.

GARCÍA. Que os llevase,
señora, a Miraflor yo;
que el orden allí aguardase
que su Alteza no me dió.
Pero, sin duda ninguna,
en León entraréis mañana.

GREIDA. Veo tan varia mi fortuna,
que a dar crédito se allana
sólo al mal que la importuna;
mas su palabra me dió...

VERVECO. ¿El Rey? ¡Él la cumplirá!

GARCÍA. ¿Quién tal desdicha causó?
Payo a privar volverá,
¡o no seré Ibáñez yo! *(Vanse.)*

(Cena 4.ª Sale el REY *solo. [Palacio real en León.])*

REY.

Nace en el hombre, cuando al mundo nace,
derecho de cumplir obligaciones,
y aquel que más usare estas acciones,
más a la tierra y cielo satisface.
El Rey, cabeza de su imperio hace,
a quien en bajas u altas condiciones
siguen los miembros; porque ansí blasones
honran, que el tiempo volador deshace.
Si imitan, según esto, la cabeza,
y ésta no paga deudas, obligada,
indigna viene a ser de real alteza.
Greida, tu causa está bien sentenciada:
hoy ceñirás con inmortal firmeza
laurel de amor, mi obligación pagada.

(Sale DON LOPE DÍAZ DE HARO.)

LOPE. Loco de alegre, León
que entre la grandeza aguarda
de su Alteza.

REY. Ya se tarda,
don Lope; y tienen razón
de mostrar tanto contento,
cuando sólo con mi gusto,
si bien que lo hecho es justo,
me caso.

LOPE. Tu real intento,
¿quién lo puede reprobar?
Mas, ¿por qué, invicto señor,
mandas prender al valor
de España, al que supo dar
en toda noble ocasión,
con singular maravilla
de fe, a León y a Castilla
bastante satisfacción?;

y más cuando tu cuñado,
para honrarle más, lo has hecho.

REY. Don Lope, porque sospecho
que ha de estorbarlo, obligado
de ver la desigualdad
que hay desde un vasallo a un rey.

LOPE. Cuando reina Amor no hay ley,
que él manda a la voluntad.

(Sale con una corona de oro ALFONSO ANSÚREZ *en una fuente.)*

ALFONSO A. Ésta es, señor, la corona
que me mandaste traer.
Si es para quien ha de ser
reina, la fama pregona
que entra ya por la ciudad.

REY. Habrá, Alfonso, apresurado,
viendo que vivo eclipsado
sin su divina beldad,
de Miraflor su camino.

LOPE. Ana y Aldonza, señor,
que conocen vuestro amor,
que lo habrán hecho imagino,
pues ellas la han de traer.

REY. Al sitial subirme quiero
donde pienso ser Asuero
de la más hermosa Ester.

LOPE. Sí, que la música avisa
cómo entra ya por la sala.

REY. ¿Qué el poder de amor no iguala,
si es la obligación precisa?

(Descúbrese un sitial con una silla con dos o tres gradas de alto y sube el REY*; tocan la música y salen todos los que más puedan de acompañamiento delante* URGEL, ALVARO, GARCÍA, DOÑA ANA, DOÑA ALDONZA, *y tras* DOÑA GREIDA, PASCUALA *y* GODÍNEZ.*)*

GREIDA. Sin méritos ni valor
llego, señor, a esos pies,
si merezco me los des,
sólo animada de amor.

REY. Reina de León, levanta,
que esa humildad que se humilla
también te ha dado a Castilla,
que alegre mis dichas canta.
Tu amor, tu sangre te abona,
pues que pudo merecer
que yo te baje a poner
de mis reinos la corona.

(Pónele la corona bajando de la silla el REY.*)*

Y pues en tu frente estriba,
ya cuando alegres están,
¡doña Greida de Guzmán,
Reina!

TODOS. ¡Doña Greida, viva!

(Tocan y repítanlo a voces todos; vanse entrando y queda sola DOÑA GREIDA, *y sale por diferente parte* PAYO *y* TIRSO.*)*

PAYO. ¿Reina doña Greida?

TIRSO. Viva
doña Greida de Guzmán
a voces publican todos.

PAYO. Pasos, ¡caminad allá!
Bien parece, ¡ay cielo!, cuando
destierro a su hermano dan
sin merecerlo, ¡que a ella
le den la corona en paz!
Huyendo a Aragón me iba,
pero a León vuelvo ya
a que Alfonso me castigue,
si en algo pude pecar.
¡Ah, palacio! ¡ah, laberinto,
donde con cualquier disfraz
gana aquel que sabe menos
y pierde quien sabe más!
¡Ah, sueño, tras cuyo encanto
el alma ciega se va,
sin ver que tu mayor dicha
es el saberte dejar!
Segunda vez vuelvo a ti;
preso me trae mi lealtad,
tan inocente de culpa
cuanto lleno de pesar,
aquí... Mas, ¡cielos!, ¿qué veo?

GREIDA. La Reina, tu hermana, está
en medio su mayor gusto
sin ti, Payo, hecha un mar.

PAYO. ¡No reina, mientras yo viva,
porque mal corona está
en quien tuvo, sin el Rey,
otro galán en Toral!

GREIDA. Dos o tres noches su Alteza
pudo aquella casa honrar,
y si eso bastó a impedir
mi bien, Payo de Guzmán,
mira que tu hermana soy
y que no habías de pensar
esa flaqueza de mí.

PAYO. ¿Que el Rey te fué a ver allá
y de noche?

GREIDA. Hermano, sí.

PAYO. —¡Cielos, si era él el galán
que en el papel me escribieron!—

GREIDA. Don García lo dirá,

que salir lo vió encubierto,
yéndome él a enamorar.

PAYO. —¡Y él escribiría el papel,
que es tan grande su amistad
que este aviso me daría!—
Lo que dices creo, y pues ya
en Castilla y en León,
por tu bien, reinando estás,
gózate alegre mil siglos
y pide que en mi solar
me deje Alfonso siquiera
cuando adoro su humildad;
que solamente venía
tu casamiento a estorbar,
¡vive el cielo!, porque el Rey,
Greida, ¡no se ha de engañar!
Quédate con esto a Dios.

GREIDA. ¿Ir te quieres? No te irás,
¡que el Rey ha de verte!...

PAYO. ¡Suelta!

GREIDA. ¡Ah de la guarda!

PAYO. ¿Llamar
la guarda intentas?...

(Da voces, vuelven a salir todos delante de el REY *alborotados.)*

REY. ¿Qué es esto?

GREIDA. ¿Qué? Don Payo de Guzmán,
que preso pongo a tus pies,
a quien has de perdonar
por mi hermano y tu cuñado.

REY. Él sabe del bien usar
tan bien, que ninguna culpa
nadie en el mundo le da.
Yo le desterré, enfadado,
de León: esto es verdad,
porque el intento estorbó
que vengo hoy a ejecutar;
y cuando fueron por ti
éstos que mirando estás,
que lo prendiesen mandé
o le hiciesen ausentar.
Mas ya a mi gracia le vuelvo;
de mi reino la mitad
es suyo, con doña Aldonza,
pues, porque se case, ya
es Ana de don García.

GARCÍA. Beso tu mano real.

PAYO. Si estorbé, invicto señor,
esto fué por humildad,
creyéndome de un papel...

GARCÍA. Que viendo yo de Toral
salir a Alfonso una noche,
pensando era otro galán,
os arrojé de un balcón;
y fué aviso...

PAYO. ¡Y amistad!

REY. Yo fuí el que García dice;
su criado me vió.

GARCÍA. Es verdad.

PAYO. Gran señor, no puede el Rey
honor a nadie quitar.
De Aldonza la mano estimo,
con condición y no más
que a Toral nos hemos de ir.

REY. Sería, Guzmán, faltar
el gobierno a mi corona.

ALDONZA. Tuya soy.

PAYO. Quedaré acá
sin que me des cosa alguna.

REY. Mi reino por tuyo está.

TIRSO. ¿Y Pascuala qué ha de her,
y Tirso?

GODÍNEZ. ¿Qué? declinar,
hasta que conjugue amor
en tálamo conjugal.

REY. Tuya es con seis mil ducados.

PASCUALA. No puede desear más.

ÁLVARO. Todos, Payo, somos vuestros.

PAYO. Porque ansí venga a acabar,
cuando granjear os supe
con servir sin envidiar,
cómo ha de usarse del bien
y ha de prevenirse el mal.

(Vanse con que se da fin al acto 3.º)

FIN DE LA COMEDIA "LOS GUZMANES DE TORAL"

COMEDIA

DE

LAS HAZAÑAS DEL CID,

Y SU MUERTE, CON LA TOMADA DE VALENCIA

FIGURAS DELLA

Martín Peláez.
El Cid Ruy Díaz.
Bermudo.
Alvar Fáñez.
Ordoño.
Gonzalo Bustos.
Alvar Salvadores.
Martín Antolínez.
Dos soldados cristianos.
Lizara, *mora.*
Dalifa, *mora.*
Cuatro *o* cinco pajes.
Alí, *caudillo moro.*
Zulema, *caudillo moro.*
Cuatro moros.
Tarfe (1), *moro.*
Namí, *moro.*
Alibenaja, *caudillo.*
Doña Jimena.
Doña Elvira.
Doña Sol.
Un Juglar.
El Rey Funes.
Un moro.
Un mensajero moro.
Un criado suyo.
Jarifa, *criada.*
Búcar, *Rey moro.*
Domingo, *villano.*
Un moro valenciano.
Cuatro moros valencianos.
Una mora.
Un niño suyo.
Un moro viejo.
Sancho, *viejo castellano.*
Alfonso, *viejo.*
Un mayordomo.
Urraca, *villana.*
Gil, *villano.*
Antón, *villano.*
Samuel, *judío.*
Abraham, *judío.*
Gil Díaz.

PRIMERA JORNADA

(Sale Martín Peláez *con un pavés en el brazo, y una espada en la mano, y un morrión en la cabeza y unas espuelas calzadas, como que viene huyendo de la batalla, y, mirando atrás, dice:)*

Martín P. Dejando aquí mi trotón
en este níspero atado,
non podré ser reprochado
de los que en Valencia son;
ni dirán les fice tuerto
los buenos homes del Cid
en salirme de la lid
cuidando le dejé muerto.
Que mal se puede amañar
un fidalgo mal mañero,
con armas de caballero
a pie, mal puede lidiar.
Esto es andar en la guerra;
ya yo he visto guerra asaz.
¡Cuánto mejor es la paz
y estarse el hombre en su tierra!
¡Oh, cuál gritan los paganos!
¡Pardiós, turban el sentido
al fidalgo más erguido
que hay en todos los cristianos!
Pero yo ¿a qué vine acá?
Si fuyo a cada veguada,
si tan mal uso la espada,
mejor fuera estarme allá.
¿Si me habrán visto fuir
los fidalgos de Vivar?
¡Cuán mal fice en no fincar
con ellos fasta morir!
Que el morir es cosa llana,
y no hay remedio que preste,
porque es muy mayor la hueste
morisca que la cristiana.
¿Do tanto fidalgo muere,
porque me arriedro? ¿Por suerte
non me ha de faltar la muerte
donde quiera que estuviere?
Martín Peláez, ¿qué habéis fe-
[cho?
¿no os vido acaso el pagano
con el espada en la mano

---

(1) En la ed. de 1603, "Terfe", sin duda por errata.

y con el pavés al pecho?
Perplejo estoy además.
¿Qué cobardía me movió?
¿Soy menor home de pro
a dicha que los demás?
Volveré; mas ¿dónde he dir?
Ya es sin sazón. No hay dudar:
quizá me verán tornar,
y no me vieron salir.
Pero ¡qué miro, mi Dios!:
ya el de la barba bellida (1)
lleva al moro de vencida;
encubrid mis faltas vos.
Mala fortuna me empezca
sin que se lo estorbar pueda;
pugne contra mí su rueda;
cada cual bien le parezca.
Desgastador del honor
de austuriana sangre noble,
manos moles, pies de roble,
¿qué dirá el Cid, mi señor?
Ahora bien será encelarme
donde dejé el trotón antes,
y en vueltas de los triunfantes
en casa del Cid entrarme;
que viéndome en la manada
non dirán les fice mengua,
y allí cegará la lengua
lo que non cegó la espada (2).

(Vase, y salen el CID, ALVAR FÁÑEZ, MARTÍN ANTOLÍNEZ, NUÑO BUSTOS, ALVAR SALVADORES, ORDOÑO, BERMUDO GONZÁLEZ, *polvorosos y descompuestos, como que salen de la batalla, y dos pajes, uno a dalle agua a manos al* CID *y otro a los demás fidalgos, y* MARTÍN PELÁEZ *sale el postrero, y a hurto se llega a lavar con los demás fidalgos.)*

CID. Aliñad los atavíos;
aunque non los aliñedes,
¡qué bien ansí parecedes
soldados sobrinos míos!
Que a los tales non empiece
dejar de ser aliñosos,
sino cuando vitoriosos
ir a ver a Dios se ofrece;
que cuando gente enemiga
nuestras fronteras molesta,
el pechero su ballesta
sólo que aliñe obliga.

(Todos fisgan de MARTÍN PELÁEZ.*)*

BERMUDO. Non corzo con tal vehemencia
va fuyendo a los sabuesos.
ALVAR F. De los escuderos vuesos
debe de ser mal querencia.
BERMUDO. Digo que ayer se fuyó
y que hoy se fuyó también;
buenas donas se le den,
que muy bien las conquistó.

(Llégase a lavar MARTÍN PELÁEZ.*)*

ORDOÑO. No hay en la faz de la tierra
con que lavar sus mancillas.
ALVAR S. Que se lava a hurtadillas.
ORDOÑO. Buen home para la guerra.
CID. Ya sé de lo que tratades;
también lo vi yo fuir;
pero no se han de dicir
claras todas las verdades.
Y cuando cosas veamos
que las ten homes de prez,
hemos por la primer vez
cuidar que nos engañamos.
Maguer que puede guisarse
a fuir (como fuyó)
por algún mal que le dió,
con que puede disculparse.
MARTÍN P. Hablando están en puridad
y yo apostaré la vida
que dicen de mi fuída.
CID. No le afrentedes, callad.
Basta su desaventura,
que de la luna la cara
non pareciera tan clara
a non ser la noche obscura.
Digo que su cobardía
no tengáis por mal siniestro,
que noche dondes (he) prez vuestro,
luce más que el sol del día.
Entradvos hora a yantar;
non le baldonedes, non;
que non está en ocasión
de haberle de baldonar.

(Vanse todos, y queda el CID *y* MARTÍN PELÁEZ.*)*

MARTÍN P. Digo que ninguno dellos
me vido fuir. ¿Qué espero?

---

(1) "Vellida", en la ed. de 1603.
(2) Así: "cegará" y "cegó", en el texto de 1603; pero parece mejor para el sentido "segará" y "segó". Conviene advertir que en el texto es frecuente la confusión de las letras *c*, *ç*, *z* y *s*, bien por ignorancia que de la ortología castellana tuviesen los cajistas portugueses que lo compusieron, o porque la incorrección estuviera en el manuscrito original.

Pues que non me han visto, quie-
entrarme a comer con ellos. [ro

(Vase a entrar, y dícele el CID:)

CID. Buen fidalgo, non entredes;
atended un poco, amigo.

(Vase MARTÍN PELÁEZ.)

(Salen dos soldados, de pendencia con dos moras cautivas, LIZARA *y* DALIFA, *y detiénelos* (1) *el* CID.)

SOLDADO 1.° La mayor morisca, digo,
aunque os pese llevaredes.

SOLDADO 2.° Voto fago a la cruz vera
non la llevedes, soldado,
nin sufrir desaguisado
guisado de tal manera.
¡Qué donosa (2) manera!

CID. Pues, castellanos, ¿qués esto?

SOLDADO 2.° Con perdón de vuestro gesto,
una gran bellaquería.
Esculcando por las tiendas
del ya robado real,
que los moros se dejaron
sin poderle defensar,
yo y este home demasiado
y ocasionero en la paz,
encontramos estas dos
moriscas de len del mar.
Y porque ventura quiso
(porque non debió ser por al)
yo encontré con la pequeña
y éste la de más edad.
Y agora que ese home vido
la mía de más beldad,
y yo soy home pequeño
y él fornido barragán,
dice que ha de, a pesar mío,
la mora me ha de quitar
para facella cristiana
para (3) con ella folgar.
Que me tome yo la suya.
Ved, buen Cid, si esto ha lu-
[gar (4):
faced derecho a este tuerto
y a los malos castigad.

CID. Si vuestra desavenencia (1)
fuera en tiempo de solaz
y no a vista de los moros
y tan lejos de folgar,
yo vos ficera contentos
a ley de buena amistad,
dando a cada cual, amigos,
lo que ganó cada cual.
Pero como son las fembras
la joya más principal,
al tiempo cuando los homes
las pueden bien festejar,
son la carga más pesada
y más mala de llevar
para buenos guerreadores
que cada día han de lidiar.
Y así, por tirarnos dellas,
vos ruego me las vendáis,
que más valen que las moras
dineros para gastar.
Pedid sin tener acato
que estades a mi mandar,
lo que queredes por ellas,
que yo vos lo faré dar.
Que me han parecido bien,
que se las quiero enviar
a la mi doña Jimena
que las haga cristianar.

SOLDADO 2.° Paréceme a mí, buen Cid,
que ésta val, a mi estimar,
hasta mil maravedís.

SOLDADO 1.° Y ésta vale otro que tal,
porque labra pajaretas
de su mano en el cendal;
que para andar con las vivas
non les falta son volar.

CID. Pues entrad; dici(d) a Alvar
que vos las faga pagar, [Fáñez
que con esto vos aparto
de reñir y de picar.

LIZARA. Fágaos Alá prosperado,
buen Cid Ruy Díaz de Vivar.

DALIFA. Y él premie vuestras fazañas,
bien dinas de su premiar.

(Vanse los soldados y las moras, y dice el CID, *como que habla con* MARTÍN PELÁEZ:)

CID. Fícevos quedar aquí
por diciros de mí a vos...

(Vase MARTÍN PELÁEZ.)

(1) En la ed. de Lisboa (1603): "detiéne*les*".
(2) En la ed. de 1603, "donos*o*", sin duda por errata.
(3) En el texto, "*pera*".
(4) En la ed. de 1603, "luego".

(1) En el texto este verso comienza con la frase "q dizis bos?", que evidentemente sobra para el sentido y la medida.

Fidalgo, válame Dios;
¿por dó se fué, que non le vi?

(Sale un PAJE.)

PAJE. Ya el yantar (1) aparejado
está.
CID. Atendedme, hermano:
¿a Peláez asturiano
hasle, por suerte, encontrado?
PAJE. Non le conozco, buen Cid;
y mal fago en dicir non;
sí, señor: el infanzón
que hoy se fuyó de la lid.
CID. Quien de la lid se fuyó
es; pero facedes mal
en dalle reproche tal,
que yo sé que non fuyó.
PAJE. En el escaño asentado
con vuesos homes le vi
ahora cuando salí
a daros este recado,
aprestándose a yantar.
CID. Eso non consentiré,
que mientras yo vivo esté
lo tal non ha de pagar.

(Vanse, y salen los dos soldados de los moros.)

SOLDADO 1.º Ya no más ballesta a brazo,
ya no más tras las enseñas
a pie por riscos y peñas,
por el llano y el ribazo.
Pues fortuna me ha endonado
mil maravedís, yo quiero
puñar por ser caballero
y home bueno denodado.
Compraré de los quinientos
un buen trotón saltador
como Babieca y Mejor (2),
con todos sus guarnimientos.
De lo demás compraré
corazas y capacetes,
pavés, coraza y ribetes
y escarcela, que non hé.
Vos, Viceril, ¿qué cuidades
conquirir con vuestro haber?
SOLDADO 2.º Yo, amigo, habré de facer
lo mismo que vos fagades.
Vámonos al armadero
y a la regatonería,

(1) En el texto, "gantar", y así en los demás lugares del mismo en que esta palabra se emplea.
(2) En el texto, "Meger".

que allí yace el que vendía
ayer el trotón overo.
Y si finca en su poder
compraré, y quiera Dios
que non falte para vos
otro de tanto valer.
SOLDADO 1.º Vos dicís bien: no hay dudar,
por onde seguiros quiero.
SOLDADO 2.º Pues caminad, compañero,
de priesa y non devagar.

(Vanse, y sale el CID *trayendo a* MARTÍN PELÁEZ *de la falda del sayo y él trae un babadero y un bocado de pan en la boca y un pedazo en la mano.)*

CID. Non se fizo aquel escaño
para mí ni para vos,
mejor que ambos a dos
le ocupan y no me engaño.
¿Non vos dije ayer, amigo,
que non era vuestro asiento
aquél? ¿Non estáis contento,
Martín, de yantar (1) conmigo?
Con sangre de saetadas
y gorgusas pasaderas,
vertida en estas fronteras
por gentes non baptizadas,
compraron la posesión
del su asiento mis parientes,
homes guerreros valientes
más que cuantos homes son.
Y así non vos asentedes,
Martín, a yantar en él,
en cuanto el asiento dél
con sangre non le compredes.
Gentar conmigo es mejor,
en mi escodilla y mi prato,
questo cresta más barato,
que al fin soy el vencedor.
Que en la batalla pasada
y en ésta lo merecistes,
que bien vi lo que ficistes (2)
por la lanza y por la espada.
Y esta tarde parad mientes
que también os he de ver
y de vos han de aprender
ganar honra mis parientes.
Y saldredes a mi lado
a ferir en los paganos,
y es menester buenas manos,
que es ejército folguado

(1) En el texto de 1603, "gentar".
(2) En el texto, "fizestes".

el que Alí Abenaja viene
de alarbes de alén del mar,
y es de menester lidiar
como home que valor tiene.
Vuélvoos, Martín, [a] avisar
que saldredes a mi lado;
tenevos por avisado
y entrad conmigo a yantar.

(Vase el Cid, *y* Martín Peláez *arroja el pan y quítase el babadero y echa lo que tiene en el suelo.)*

Martín P. Cuidaréis, Cid Campeador,
que Martín non vos entiende;
pues aunque non fabla ende,
bien vos entiende, señor.
Que en mirar vuestro talante
vi lo que me reprochastes
y entendí lo que fablastes
con halaguero semblante.
Todos la mi cobardía
vieron, y agora, yantando,
estaban de mí mofando;
non hoy, sinon cada día.
Triste amenguado de mí,
¿non será bueno, maguer
que supe al Cid entender,
facer que non le entendí,
y entrarme a yantar con él?
Sí, porque esconder la faz
le dará mayor solaz,
aunque les dé en a entender
que esta vegada faré
tal destrozo en los paganos,
con boca, con pies y manos,
que al mundo satisfaré.
Y en desquite del fuir
juro de perder la vida,
o non dar a home ferida
que della pueda guarir.
Mas, Martín, ¿estáis en vos?
Bien vos ayudará el cielo,
¡ay, mal home! que en el suelo
dejabas la faz de Dios.

(Vase en alzando el pan, y salen Alibenaja, *caudillo mayor de Valencia, y* Alí *y* Zulema, *caudillos menores.)*

Alibenaja. Del pasado desbarate
me siento con tal tristeza,
que non cabrá en mí alegreza
hasta volver al debate.
¡Que a un rebaño de cabrones,
que a unos pocos bateados
volvéis espaldas, menguados,
mujeres, que non varones!
Por mi Mahoma famoso
que del tósigo del pecho
estoy por hacer un hecho
pera siempre memorioso.
Y es mandaros enforcar,
por ser infantes alanos,
muerte vil de castellanos
que viven de rapiñar.
Mil veces Alá maldigas
moros que dantre las manos
consienten que los cristianos
lleven presas sus amigas.
Que cuando fueran ajenas
habían de ser defensadas,
y si captivas, compradas
con la sangre de sus venas.
Capitanes con amores,
homes de sanos consejos,
mejores para conejos
que non para cazadores.
Y que ante min parecistes
mostrad lo que conquistastes,
cuáles joyas me ganastes,
qué captivos me trujistes.
¿Qué estrenas de buena an-
me venistis a pedir? [danza.
¿Venisme a enseñar a huir?
que es honorosa enseñanza.
¡Cobardes acobardados,
homes bajos, homes viles!
Tóquense mis añafiles
y júntense mis soldados;
que, si Mahoma me deja
regir una hora los míos,
yo haré bajar los bríos
a este de la cruz bermeja.
Y non me sigáis los dos
sin que las moras ganedes,
que si otra cosa facedes,
¡guay de vos!, y ¡guay de vos!

(Vase el caudillo, y quedan Zulema *y* Alí.)

Alí. Guay de vos y guay de mí
si ante el caudillo tornamos
y las moras non ganamos.

Zulema. ¿Cómo puede ser, Alí,
ganallas a los cristianos,
aunque más moros sobre ellos
fuesen que tienen cabellos,
que son homes soberanos?

Alí. Pues volver acá sin ellas

ya vedes lo ha defendido
Abenaja endurecido.

ZULEMA Pues volver acá con ellas
tengolo por imposible;
¿sabes lo que hemos de hacer,
Alí?: dejarnos prender
desta gente aborrecible.
Quizá faciéndolo así
los fados aliñarán
que dó las moras están
nos lleven a ti y a mí,
do viveremos con ellas,
y el tiempo andando podría
prestar tu suerte y la mía
sazón para huir con ellas.
Entrémonos en sellado,
mientras se ajuntan las huestes
bajo aquellos acipestes
que tienen aquel cercado;
y cuando la haz zaguera
venga del todo a romper,
nos dejaremos prender
de los de la delantera.

ALÍ. ¡Oh buen aconsejador
de fecho propio y ajeno!
es el consejo tan bueno,
que non puede ser mejor.

(Vanse, y suena algazara de moros, y sale el CID *y sus fidalgos alborotados, y* MARTÍN PELÁEZ *quitándose del brazo el pavés.)*

ALVAR FÁÑEZ.

Enfrena.

BERMUDO.

Ensilla.

MARTÍN ANTOLÍNEZ.

Abrocha esta coraza.

ÁLVAR SALVADORES.

¿Mi capacete?

ORDOÑO.

¿Mi pavés?

CID.

¿Mi escudo?

ALVAR FÁÑEZ.

Liga bien al arzón, estoque y maza.

BERMUDO.

Que un fidalgo asturiano tan membrudo
fuya de un moro triste afeminado,
por fe de bueno que lo vi y lo dudo.

MARTÍN PELÁEZ.

Señor, yo voy en este encubertado,
y entienda mataré la mitad menos
si llevo estotro (tu) brazo embarazado.
Que entrambos brazos son sanos y buenos,
ya que este zurdo el corazón le anima
corrido den lidiar fechos ajenos.
Veredes hoy si soy home de estima,
veredes hoy (y cada día veredes)
si doy a fechos hazañosos cima.
De hoy más, fidalgos, no me afrontaredes
ni me calumniaredes de haber visto
ligado mi trotón tras las paredes.
Atended, atended, a ver si aquisto
el honor, que perdido os tengo el vuestro,
con qué coraje aquesta vez le embisto.
Que la ofensión que fizo el brazo diestro
al dueño que le empina tal y tanta
le ha de satisfacer este siniestro.
Atended, atended, veredes cuánta
sangre derramo, y no sea yo acorrido
fasta ver que me llega a la garganta.
Non quiero ser de nadie favorido;
quedaos adiós, fidalgos castellanos,
que voy deshonorado y acorrido.

(Vase MARTÍN PELÁEZ, *y dice* ORDOÑO:)

ORDOÑO.

Él quiere pelear con ambas manos,
llevando el cuerpachín fecho terrero
de chuzos y saetas de paganos.

ALVAR FÁÑEZ.

Non es tan mandria (1), que diciros quiero
que bajo el sayo lleva una coraza
de fojas dobles de templado acero.

CID.

El can de buena ley, de buena raza,
non puede desmentir la su natura,
que si ayer non cazó, mañana caza.
Los homes, por secretos del altura,
muchas veces se animan y acobardan,
que non va en ellos la desaventura.
Y con tanto los moros nos aguardan!
¡a cabalgar, fidalgos, mano a mano!

(1) En el texto de 1603, "mandirá", sin duda por errata.

¡Mirad que ya los fiere el asturiano,
y homes buenos ningunos le resguardan.

(Vanse, y suena ruido de guerra; sale un moro huyendo.)

MORO. ¿Por cuál garguero (1) infernal
salió monstruo tan terrible?
Guarda la furia invencible,
nascida por nuestro mal.

(Salen otros dos moros huyendo de MARTÍN PELÁEZ, *y cércanle.)*

MORO 1.° Desde fuera le tiremos
chuzas, dardos y saetas.
MORO 2.° Cerquémosle de carretas
y ansina le mataremos.
MORO 4.° No hay vereda segura;
¡a embarcar al puerto, al puerto!

(Sale MARTÍN PELÁEZ *y dale con la porra y derríbalo.)*

MARTÍN P. Más cedo llegarás muerto
a la triste sombra obscura.
¡Oh qué hermosa porrada!
Aquél tarde huirá.
MORO 2.° Por aquí.
MARTÍN P. Más por allá,
que esta vereda es vedada.

(Entra MARTÍN *y sale tras ellos, dándoles, y ellos huyen, y dice* MARTÍN PELÁEZ:)

MARTÍN P. Que traigo yo aquí espías
con que el camino os ahorro:
esta espada y este porro
y las fuerzas de Golías.
Matásteme el mi trotón
y habédeslo de pagar,
que non vos presta gritar
triste y(a) batida nasción.
Non fuyades. Mala andanza
me venga si allá volvedes,
non fuyaes, que non diredes
que os hago mala amistanza.
Que fuyendo llegaredes
cansados y desvalidos,
y yo vos dejo adormidos
donde no lo sentiredes.

(Salen ZULEMA *y* ALÍ *rendiendo las espadas a* MARTÍN PELÁEZ.)

ZULEMA. Deja que quedemos vivos,
honoroso castellano;
lleva, pues está en tu mano,
dos capitanes captivos.
MARTÍN P. ¡Qué diablo hacéis! ¿Soy santo?
¿Para qué os ahinojáis,
y las armas me entregáis?
Ergueos ende; lidiá un tanto.
Mas ya vuestra maña sé:
facéis de los amenguados,
y os ponéis agapachados
para cogerme del pie.
Llevantadvos y lidiad,
que vos quiero adormecer
de una espadada, y volver
adonde el buen Cid está.
ALÍ. Castellano valeroso,
buen fidalgo, dolevós
(por Alá) de ambos a dos
que vos faga vitorioso.
MARTÍN P. Non me podréis empecer;
moriscos, llevantadvós,
que pues non credés en Dios,
Dios non vos ha de valer.
Raposos, poneos enhiestos;
non cuidéis cansarme ansí.

(Salen ORDOÑO *y* GONZALO.)

ORDOÑO. Dígovos que yace aquí
de zaga destos recuestos.
Mirad el rastro que deja
de muertos por donde va.
GONZALO. Veislo allí donde está:
cual dios Marte me semeja.
ORDOÑO. Martín.
MARTÍN P. Ordoño y Gonzalo
hidalgos, ¿qué vos parece?
Agora non desmerece
Martín fartura y regalo.
Uno y otro me amenaza
que los captive, y non quiero
sino matallos primero
y después sin embaraza
trataremos del partido,
aunque es cosa fastidiosa,
por ser la primera cosa
que homes moros me han pedido.

(Amenázalos, y dice:)

MARTÍN P. Mátovos.
ALÍ. ¡Ah, fidalgo!
ZULEMA. ¡Señor fidalgo de prez!
ORDOÑO. A fe que, por esta vez,
heis de facer por mí algo.
Que bien es que por testigos
de vuestras grandes fazañas,

(1) En el texto: "guargero".

(tan honorosas y extrañas),
llevéis vuestros enemigos.
Y a los homes más altivos
cuenten y a los más expertos,
las feridas de los muertos,
los ensombros de los vivos.

MARTÍN P. ¿Pues qué es bien destos fagamos
ya que vos fago mercedes?

GONZALO. Que al buen Cid los llevedes,
Martín, y a casa volvamos.
Veníos, noble fidalgo,
conusco acá, por mi vida,
que ya la lid es vencida
y hemos ganado el finalgo.
Y los moros de Valencia
quieren endonalla al Cid,
hostiguados de la lid
con harto buena avenencia.
Ligaldos con un dogal
y echaldos delante nos.

MARTÍN P. Moriscos, llevantadvos;
non hayáis pavor de mal
y endereza(d) el caminar
do tiene el Cid su alberguada.
Non fuyáis, que habrá porrada
y vos volveré a matar.

(Vanse, y salen el CID, ALVAR FÁÑEZ, BERMUDO, ALVAR SALVADORES, NUÑO BUSTOS *y los demás, y dice el* CID:)

CID. ¡Bien se ha fecho la facienda!
Ruego yo a la Trinidad,
que se nos dé la ciudad
y alarbes non atienda.
Que ya se face de mal
ver nueve meses pasados,
y estar todos albergados
solos en el arrabal.

ALVAR F. ¿Qué vos dijo el faquí? (1).

CID. Que mañana en aquel día,
finca Valencia por mía:
ruego yo a Dios que sea ansí.
¿Qué dicedes de Martín?
¿qué semeyó (2) lo que fizo?
Una entera haz desfizo,
y a non ferirle el rocín,
semejo que desficiera,
según le vi los denuedos,
cuatro montes de robledos
y a toda la gente entera.

BERMUDO. Buen Cid, no vi cosa igual,
que por doquier que lidiaba,
todo aquel gentío gritaba:
"¡guarda la furia infernal!"

ALVAR F. ¿Veisle dónde vien, señor,
con Gonzalo y con Ordoño?

CID. Y con tan buen testimoño,
que non puede ser mayor.

(Entra[n] MARTÍN PELÁEZ, ORDOÑO *y* GONZALO *y los dos moros atados.)*

MARTÍN P. Buen Cid, estos captivados
hací para vos, señor,
que son homes de valor,
aunque yazen mal parados.
Son caudillos estos dos
de los moros de Valencia,
y Ordoño fizo avenencia
que vos los trujese a vos.

CID. Buen fidalgo, yo agradezco
este presente además,
y confieso que de hoy más
yantar con vos non merezco.

MARTÍN P. Pues que dicís de yantar,
señor, de hambre me fino.

CID. Mandedes le dar del vino,
del pan le mandedes dar.

MARTÍN P. Sacad bien para a los dos
que, pues que juntos yantemos,
él y yo yantar tenemos.

CID. Ya yo no yanto con vos.
Ya yo, Martín, non merezco
yantar con vos todo el año:
tendréis por vuestro el escaño,
y como tal vos le ofrezco.
Con mis sobrinos entrad,
Martín, pues lo merecedes,
y en la mesa os sentaredes,
que en par de mi mesa está.

MARTÍN P. Ya cayo en la razón vuesa:
sin duda porque fuia
me honoraba y me hacía
que me pusiese a su mesa.
Pues o en ella o en cualquiera
faced me dar de yantar,
si non queréis esperar
a que de hambre me muera.

(Entra un PAJE, *y dice:)*

PAJE. Ambas tablas están prestas.

CID. ¡Ea, fidalgos, id entrando!

MARTÍN P. Fincad vos aquí rezando,

---

(1) Cumpliendo la sinalefa, este verso queda falto de una sílaba. Para completarla debiera decir "alfaquí".

(2) Así en el texto, por "semejó".

pues tenéis las manos puestas;
que yo llegaré a rogar
al Cid mi señor por vos,
y os fará bien a los dos
y vos fará desatar.

(Vase MARTÍN PELÁEZ, *y salen* LIZARA *y* DALIFA.)

LIZARA. Digo le vide, Dalifa,
y que es home de tal talle,
que pone pavor miralle:
fuí doblar el alcatifa,
y agora salí y le vi.

DALIFA. Como vine (1) en deshonor
por tener cobarde amor,
tan forzudo (2) le escogí.
Y en esto de amar, Lizara,
non face contra razón
amar la hembra varón
mal fecho y de mala cara.
Mas como es el tu cristiano
fermoso, Lizara, creo
te parece Martín feo.

ALÍ. ¡Poder de Alá soberano!

LIZARA. Mi Anolínez no hay dudar
que non se falla en cien mil,
home de cuerpo gentil
que se le pueda igualar.

DALIFA. ¿Non son Zulema y Alí?

ZULEMA. ¿Non son Dalifa y Lizara?

ALÍ. ¡Mi Dalifa!

ZULEMA. ¡Prenda cara!

ALÍ. Vede a quien el alma di.

ZULEMA. Déjame besar, Lizara,
non los pies, mas las zapatas.

LIZARA. ¿Por qué, malvado, non catas
la vergüenza de mi cara?

ALÍ. Dejad, Dalifa hermosa,
que ponga mi indigna boca
do tu pie fermoso toca.

DALIFA. ¡Facienda bien aliñosa!

ALÍ. Parad mientes, corazón,
que por veniros a ver
más nos dejamos prender,
que no nos prenderon, non.

DALIFA. Así es bien que se entienda.

LIZARA. Deja, que por ti y por mí
quiero yo fablar aquí,
pues es toda una facienda.

DALIFA. Yo te doy consentimiento.

LIZARA. Pues, cobardes amenguados,
moros desaventurados,
(¡tengáis triste finamiento!),
si sois vosotros por quien
las dos captivas yacemos,
¿qué nos pedís que vos demos?
¡Lanzada mala vos den!
Si es que queredes dicir
en el vuestro razonar
vos volvamos a destrar
para volver a fuir,
la vuestra primer fuída
nos puso donde nos vedes;
¿a la segunda queredes
que finquemos sin la vida?
Faced, moros pavorosos,
que en soltándonos las manos
cale más a los cristianos,
bien más que vos fazañosos.
Quel favor dado [a] captivas
non le presta a los captivos,
y queremos homes vivos
que facen fazañas vivas.
Ya nuestro se ha cambiado (1)
en mal aborrecimiento,
y ya hace fincamiento
en puerto mejor parado.
Y por fablaros verdad,
ya hemos dado el corazón
[a] aquellos que dueños son
de la nuestra voluntad.
Si captivar los (2) dejastes,
faced vos también soltar
y volvednos a quitar
a los que nos entregastes.
Aunque las vuestras fatigas
a los cristianos no ofenden,
que mejor siervas defienden
que los moros sus amigas.

(Vanse las moras.)

ALÍ. Alma, ¿qué facéis en mí?

ZULEMA. Corazón, si habéis sentido...

(Sale un PAJE.)

PAJE. Si han sentido o no han sentido,
éntrense los dos allí;
que entra el Cid en Valencia,

---

(1) En el texto, "viene".
(2) En el texto, "forsugo".

(1) Evidentemente, este verso está viciado. Para el cabal sentido de la estrofa debería decir: "Ya nuestro amor se ha mudado."
(2) Así en el texto; pero sin duda debiera decir: "vos" o "nos".

y le ha de llevar allá
el haber que tiene acá.

ALÍ. Paciencia, amigo.

ZULEMA. ¡Paciencia!

(Vanse, y sale el CID *y los demás que pudieren y dos moros viejos a los lados del* CID*; al son de atabales y instrumentos.)*

CID. A la Trinidad sagrada
gracias que llegó este día;
gracias a Santa María,
Virgen pura consagrada.
Y a San Pedro se le den
gracias, que yo se las fago,
y al Apóstol Santiago,
y a San Lázaro también.
De hoy más, deseo, no andarás
cargado sobre mis cuestas,
¡ah Valencia, que me cuestas
en nueve meses y más!
Digo de penas y afanes,
que sabe Dios si algún día
que te cerqué non tenía
si atán solos cuatro panes.
Si fago derecho en ella,
déjemela gozar Dios;
y si tuerto, ruego a Dios
que cedo vuelva (1) a perdella.
Moros, tenéisme preplejo,
mi pensamiento además:
¿cómo venís dos no más
a fablar por un Consejo?

TARFE. (2) No os debéis maravillar
deso; maravilladvos
que haya en Valencia dos
moros que puedan fablar.

NAMI. Y aun puedes non tener duda,
que si de tu fe faltaras,
hoy, mañana, cuando entraras,
fallaras la ciudad muda.
Porque tal nos ha parado
la fome (3) desaforada,
que no hay cabeza alzada
ni home inhiesto no ha quedado.
Y ansí daños non esquivos,
que yantan ha ya dos meses
los cueros de los paveses,
que han quedado algunos vivos.
Mira cuál Valencia está,
que los que acá nos envían
por enseñas nos decían
que veniésemos acá.

TARFE. Empurtunanzas prolijas
nos forzaron a los dos
a parecer ante vos,
y el amor de nuestras fijas
Lizara y Dalifa.

CID. ¿Ansí?

TARFE. Que estaban las malfadadas
para casar otorgadas
con Zulema y con Alí,
primos de Jafadcudir,
último Rey de Valencia.

CID. Amigos, de mi presencia
llorando no os habéis dir.
Faravos alegre cara
si non partides daquí
sin Zulema y sin Alí,
sin Dalifa y sin Lizara.

TARFE. ¡Ah, señor nuestro! ¡Ah, señor!

NAMI. Cid grande, responded vos
por la angustia de los dos,
Cid grande, Cid campeador.

CID. Partidvos dende los moros (1),
non pongáis mientes en al,
curad de los doloridos
y los muertos soterrad.
Dicid a los acuitados
y a las acuitadas contad
quel soberbioso en la guerra
es humildoso en la paz.
Poned agucia en facer
que me vengan a fablar,
por que les diga mi boca
toda la mi voluntad.
Que non quiero sus faciendas,
ni se las he de quitar,
ni para mis barraganes
sus fijas he de tomar.
Que yo no uso mujeres,
sinon la mía natural,
que en San Pedro de Cardeña
yace agora a mi mandar.
Y mándovos, Alvar Fáñez,
mi buen sobrino leal,
vais por ella y por mis fijas,
mis fijas otro que tal.

(1) En el texto de 1603, "buena", por errata, sin duda.

(2) En el texto se designa a este personaje con la abreviatura "Iaf".

(3) Probablemente por "fomes".

(1) El parlamento que empieza en este verso es reproducción literal del romance 73 del *Romancero del Cid*, número 842 del *Romancero General*, de Durán.

Llevad treinta marcos de oro
con que se puedan guisar
para venir a Valencia
a la ver y a la gozar.
Llevá otros tantos de plata
para San Pedro el altar,
y entregaldos a don Sancho,
que ende yace por abad.
Y al noble Rey don Alfonso
de mi parte presentad
doscientos caballos moros
bien guarnidos a mi usar.
Y a los honrados judíos
Raquel y Judas llevad
trescientos marcos de oro,
tanto de plata y no más,
que me endonaran prestados
cuando me partí a lidiar,
sobre dos cofres de arena,
farto donoso emprestar.
Y diréisle de mi parte
que me quieran perdonar,
que con acuita lo fice
de mi gran necesidad.
Que aunque cuidan es arena
la que en los cofres está,
quedó soterrado en ella
el oro de mi verdad.
Pagaldes la logrería
que lo ha tenido a les dar
del tiempo que sus haberes
he tenido a mi mandar.
Y vos, Martín Antolínez,
la iredes acompañar,
y las mis buenas venturas
a mi Jimena contar.
Diréisle al Rey don Alfonso
que me preste el su juglar,
por que a Jimena festeje
con su tañer y cantar.
Sus dos yernos, sus dos fijas
a estos moros entregad,
y dos mil maravedís
para ayuda a su casar.

TARFE. Galardóneos el cielo.

NAMI. Dévos larga vida Alá,
y él cresca vuestros placeres,
bien como crescendo van.

(Vanse todos.)

SEGUNDA JORNADA

(Sale el CID, *haciendo audiencia a los moros de Valencia; siéntase en su silla, y los moros, en el suelo, y han de ser los que pudieren.)*

CID.

Lunes y jueves, por el avenencia
que fice con vos, moros, soy tenudo
de faceros justicia en el audiencia.
El buen señor, si non es mal sesudo,
ardides que non face fe empeñada,
si la tal fe en razón dársela pudo (1).
Volvédesme a pedir otra veguada,
que las tierras y casas que ganaron
mis homes por la lanza y por la espada:
primero que las paces se juntaron,
vos las faga volver y reste tuya,
en moneda el haber que vos costaron.
De la verdad cuidad, que yo non fuya,
que al que della se arredra, Dios condena,
aquélla, moros, es facienda suya.
Si mi palabra (2) liga o encadena,
promesa alguna que ende contra faga,
non puedo yo testar de cosa ajena:
nin mi palabra ni mi honor estraga,
si facer non la pude non complilla,
ni hay home a quien lo tal non satisfaga:
antes mi honor estraga y amancilla
el otorgar que moros tan villanos
contraten con fidalgos de Castilla.
¿Cuántas veces (pregunto) a mis cristianos
faciendo cimenteras los dejaron
tollidos y maltrechos vuestras manos?
¿Cuántas y cuántas vistes que sembraron,
entre linaza (3), entre panizo y trigo,
sangre que de vuestros chuzos derramaron?
¿Y cuántos fueron (yo soy buen testigo)
los que entre las talegas y el arado
mató vuestro rigor, fiero enemigo?
Pues si sangre, si heridas han costado,
a mis fidalgos, justos poseedores,
han de (4) los tales fechos bien guisado;
tiradvos dende hoy más demandadores.

ALÍ.

Los alcaides de Nía y de Juella
y de Segorbe los procuradores

(1) En el texto, "puedo".
(2) En el texto, "palaura".
(3) En el texto, "linaxa".
(4) En el texto, "hende". Pudiera ser también una mala grafía del arcaísmo "ende", aunque menos probable.

dan sobre un mismo hecho una querella,
junto con los de Liria y Almenara,
Molviedro, Albarracín entran en ella;
en que dicen, señor, que es cosa clara
se les hace crecido agravamiento,
si en vuestra [mano] (1) non se le repara.
Cuando ficieron capitulamiento,
y con vos amistades las primeras,
por darse a sí seguro, a vos contento;
y que non molestases sus fronteras,
dendonaros sus parias os trataron
por cartas de notarios valederas.
Compliéronlas, las parias os pagaron,
y por vos a un cristiano que tenía,
cada lugar al cual le señalaron
de soldada, buen Cid, por cada un día
los tres maravedís que vos mandastes.

CID.

Si ende el fidalgo tal, caballo había.
Lo sustancioso aquí vos olvidastes,
porque si el tal caballo non hobiera,
a dos maravedís los obligastes,
porque cobrase y porque sustuviera
la su persona como castellano,
y algún algo ahorrase y conqueriera.

ALÍ.

Es muy buena verdad.

CID.

Es claro y llano.

ALÍ.

Dicen por sus consejos que no tienen
ya por qué sostentar el tal cristiano;
que a los almojarifes a quien vienen,
y a quien acuden con las pecherías,
les denoncia soldada y los mantienen.

CID.

Faced se vuelvan a sus alcaidías,
y den en adelante non sustente[n]
si a los que acuden con sus renterías.

(Sale ZULEMA, *al cual trae asido* MARTÍN PELÁEZ *por los cabezones.)*

MARTÍN PELÁEZ.

Digo que vos mentís y todos mienten,
que yo non dó pasadas por la calle,
que los vecinos con razón mal cuenten,
y que si entrades, vil moro, a fablalle,
vos tengo de ferir por la (1) garganta
bien antes que acabedes de informalle.

CID.

¿Quién yace aquí con furia tal y tanta?

(Suelta MARTÍN PELÁEZ *a* ZULEMA.)

ZULEMA.

Este Martín, que nunca le tuvieras;
este vestiglo, que la gente espanta;
éste, con quien las dueñas parideras
a sus fijos (si lloran) enmudecen,
nombrándole de burlas o de veras.
Este fidalgo, señor,
que mira la mi mujer
con ojos de mal facer
y agucia mi deshonor.
Y si en la mezquita yace,
allí finca y hace allí
mil befas al alfaquí
y a mí mil befas me hace.
Y porque le he amenazado
con vos, es su furia tanta,
que jura que en mi garganta
ha de fincar su tercado.

CID. ¿Con quién puedes facer prueba,
moro, de tu mal siniestro?

ZULEMA. Con otro fidalgo vuestro,
señor, que consigo lleva.
Señor, Antolínez es
el que viene nora buena
con la señora Jimena
y otros moros, dos o tres.

MARTÍN P. Si el día que vos cogí
los guarjeros os cortara,
non casareis con Lizara,
nin viniérades aquí.

CID. Tú ficiste en tu loor
fazaña bien abatida
si le endonaste la vida
para tiralle su honor.
Partidvos dende, Zulema,
que yo vos faré derecho.

MARTÍN P. Yo vos dejaré contrecho,
si non desgasto mi flema.

CID. Non porque así reprender
bien a lo que repetió,
Zulema, soy hombre yo
que lo tal he de creer.
Que será contra razón
cuidar que fembras queredes,

(1) Para completar el sentido y la medida del verso, falta una palabra, que pudiera ser "mano", "Audiencia" u otra análoga.

(1) En el texto, "lo".

pues aún apenas habedes
salido del cascarón.
Pollastro, rapás menguado,
¿con moras queréis pecar?
Bien vos podría redundar
faceros engerisado.
¿Non sabedes que lo arriedra
nuestra ley so graves penas?
¿Son estas fazañas buenas?
¡Repetí, home de piedra!
Vuestras mentes arredrá
de cosa tan mal guisada;
guardavos que otra vegada
non vuelva, Zulema, acá,
que vos faré...

PAJE. Mi señor,
mis estrenas me ordenad,
que yace ya en la ciudad
vuestra Jimena.

CID. ¿El mi amor
ha llegado?

PAJE. Sí, señor.

CID. ¡Gracias al Verbo humanado,
Dios y hombre encarnado,
mi Dios y mi Redentor!
Non quede ninguno acá;
sigan todos tras mi enseña.

MARTÍN P. ¡Por San Pedro de Cardeña,
que estoy por non ir allá!

(Vanse, y salen los moriscos con tabelejos en las cintas, gritando y derramando juncia y naranjas delante, y cantan:)

Vengades enhorabuena,
señora Jimena.
Enhorabuena vengades,
y por siervos nos tengades,
que pues vos nos visitades,
non tenemos mala estrena.
Vengades enhorabuena,
señora Jimena.

(Repítelo algunas veces, volviendo a su algazara, y tras esto entra el CID *y* JIMENA *de la mano y sus hijas, cercado de los fidalgos, y delante el juglar tañendo "el Conde Claros", y siéntanse todos, y dice el* CID *después de sentado cabe* JIMENA:)

CID.

Es todo para vos, Jimena mía;
es todo para vos, la mi Jimena,
y para esta garrida compañía.
Vengades vos mil veces norabuena;
endóname otro abrazo, doña Elvira,
y vos, doña Sol, con faz serena.
En cosa no podréis poner la mira
que no sea fruto (1) de mis bienandanzas,
cuando se aluenga o cuando se retira.
Y con éstas y más aventuranzas
no pudiera vivir vuestro Rodrigo,
si pudiera olvidar vuestras membranzas.
¿Queréisvos solazar aquí conmigo,
o queréis descansar? ¿Fincáis cansadas?

JIMENA.

Non, mi señor, el mi solaz y abrigo.
Cansada me sentí muchas vegadas
de imaginarvos, bien y agrado mío,
entre dardos, alarbes y entre espadas.

ELVIRA.

Pues yo, señor, maguer cual face el río,
a las más lueñas tierras caminara,
por veros, sin cansarme.

SOL.

Pues yo fío
que si los pies descalzos caminara
de San Pedro a Valencia, que en un día,
veniendo por vos ver, non me cansara.

CID.

Alcánceos, fijas, la bendición mía,
y la de Dios eterno vos alcance
así cual los mis fechos rige y guía.
Cantedes, el juglar de buen romance,
alguna trova nueva bien guisada,
de amor un chiste, o de lidiar un lance.

(El JUGLAR, *tocando "el Conde Claros", dice de repente:)*

JUGLAR. Si estades, Cid, escuchando,
repetirvos he un cantar
de amor que plugo trovar
al infante don Fernando.
Y, por vuestra bien querencia,
oid dicir mi cantar:
que Dios vos deje gozar
esta ciudad de Valencia,
y a vuestra doña Jimena,
sin poner mientes en al,
las fijas otro que tal,
y os lo otorgue sante Elena.

CID. ¿Ficiste de tu denuedo
esas trovas?

JUGLAR. Sí, señor;

(1) En el texto: "fruito".

y vos faré otras mejor,
que ende se facerlo puedo.

CID. Dadle seis maravedís
y mi aljuba de Contray.

JUGLAR. ¿Dónde estos fidalgos hay?
Non los hay de aquí a París.
¿Darávos solaz que cante
el cantar que vos fablé?

CID. Repítelo.

JIMENA. Sí, que fué
gran trovador el Infante.

CID. El buen Rey me lo envió
porque con lo que cantase
ende a vos os festejase
y me festejase yo.

(Canta el JUGLAR.)

JUGLAR. Alberto es bido a caza (1)
a los montes de Leone;
rabia le maten los perros,
águilas el su falcone.
Por los más soberbios montes
le arrastre el su trotone,
y antes que de caza vuelva
para gozar el mi amore,
lanzada de moro esquierdo
le atraviese el corazone.

JIMENA. Grande enemiga tenía
esta dueña a su velado.

CID. El cantar es bien trovado,
mi fe ya, Jimena mía.
No hay que vos maravillar,
que lengua y trovas barrunto
que más subidas de punto
en yamás podrán estar.
Pues non había, cuido yo,
el Infante don Fernando
bien llenos veinte años, cuando
la trova que veis trovó.

MARTÍN P. Si viente años non había,
señor, al vuestro sentir,
y non folgar, mas dormir,
con Miralvica quería,
¿para qué me zaheristes
hablar con fembras a mí
y me afrontastes aquí?
Ende, buen Cid, mal ficistes.

CID. Non es para esta sazón
la tal fabla; calladvós:
fiinca(d) en agradar a Dios,
que vos dará el galardón.

(Sale un PAJE, *alborotado.)*

PAJE. ¡Señor, de facia la mar
tantos moros sobrevienen,
que ni cuento ni par tienen!

CID. Non vos queráis acuitar.
Mandá al vuestro corazón
vos vuelva el color fermoso,
y non esté temeroso,
que si tantos moros son
que cuento ni par no han,
mis fidalgos y escuderos
son tan buenos caballeros
que cedo los contarán.
Non vos cause sobreventa:
ved que tenedes al lado,
Jimena, al vuestro velado;
non le echedes en afrenta.

JIMENA. Mi buen señor, sabe Dios
que si el color se fuyó,
no el temor lo causó,
sino el amaros a vos.
Que, aunque sé el vuestro valor,
de tantas vegadas, una
temo le ultraje fortuna
y veniros a perder.

CID. ¿Y vos non podéis fablar?

ELVIRA. Señor, que fablar podemos,
y ningún pavor habemos,
temiendo el vuestro agraviar.
Antes, señor, vos rogamos,
si viene al vuestro placer,
que nos queredes poner
donde los moros veamos.

CID. Pues en la torre mayor,
que algunas finestras (1) tiene,
allí estaréis, que conviene
hacia donde el mi amor...

(Al entrarse uno de los fidalgos, habla al oído al CID.)

CID. Pues sea muy norabuena;
¡non me tenía de folgar!;
salid a escaramuzar,
por el gusto de Jimena.

(Vanse JIMENA *y sus hijas, y quedan los fidalgos solos.)*

---

(1) Así en el texto de 1603; pero acaso dijera mejor: "Alberto es ido a cazar".

(1) "Finestas", en el texto. Es valencianismo.

MARTÍN P. Mirad, Alvar Salvadores,
menos hemos de llevar,
porque al escaramuzar
más menos son más mejores.
Ciento es muy buena manada,
y otras tantas rezagadas
en las huertas enramadas (1)
se quedarán en celada.
Y cuando trabada esté
fingiremos el fuir.

BERMUDO. Non lo solías vos fingir.

MARTÍN P. Que ya el miedo se me fué.
¿En este tiempo chufláis?
¡Buen vagar tenéis, por Dios!
Guardaos non fuyades vos,
y ende lo que yo fagáis.
Dígovos que la añagaza
se faga desta manera:
la manada delantera
lo ha de sacar a la plaza,
y después facer la rueda
los encellados y nos,
y non quedará, ¡por Dios!,
quien llevar las nuevas pueda
de los que, muy avidiosos,
vinieron por nos dañar.

ANTOLÍNEZ. Sesudo es su razonar.
¡Ea, fidalgos fazañosos!

(Vanse, y sale el CID *a lo alto y* DOÑA JIMENA *y sus hijas.)*

JIMENA. ¡Ay qué crecida algarada (2)
dellos vienen contra nos!

CID. Pues con el favor de Dios
la fará menor mi espada.
Porque éstos al mi cuidar
por el bien que los queremos,
han sabido que tenemos
dos fijas para casar,
y el mi menester también;
y han juntado sus faciendas
porque finquen en las tiendas
do por dote se las den.

ELVIRA. ¡Helo, helo por do viene
el moro por la calzada!
Borceguíes marroquíes,
espora de oro calzada (3).
¿Veis, padre, dónde se apea
de la su yegua alazana,
por ver que pasar non puede
el tremedal de la cana?
Y con la lanza en la mano
y ante los pechos la adarga,
viene mirando a Valencia
cómo está tan bien cercada.

(Entra el MORO *como lo ha pintado* ELVIRA, *y dice:)*

MORO. ¡Oh Valencia!, ¡oh Valencia!
De mal fuego seas quemada (1):
primero fuiste de moros
que de cristianos ganada.
Si la lanza no me miente
y la yegua no me cansa,
antes que venga la noche
de moros serás tornada.
Y a ese perro del Cid
prenderéle por la barba;
su mujer, Jimena Gómez,
será de mí captivada,
y su fija doña Elvira
sería mi namorada,
y doña Sol, la pequeña,
ésa nos fará la cama.

CID. Pues que tenedes, mis fijas,
las aljubas de las Pascuas,
a ese moro que aquí viene
detenémelo en palabras.
Las palabras sean pocas,
ya que has de amor tocadas,
mientras ensillo a Babieca
y me ciño la mi espada.

(Vase el CID.*)*

ELVIRA. Bien seas venido, el moro,
buena sea tu llegada.

MORO. Alá vos guarde, señora;
Mahoma sea en vuestra guarda.

ELVIRA. Siete años había, siete,
que soy la tu enamorada.

MORO. Otros tanto ha, señora,
que por vos me ciño espada.

ELVIRA. Váyaste, el moro, de ahí,
non digas que te fuí falsa,
que mi padre, el Cid Ruy Díaz,
hoy ha ensillado, hoy cabalga.

MORO. Non vos dé pena, señora;
non vos dé pena, mi alma,

---

(1) Hämel, en su edición (1910), transcribe, por error, "entramadas".

(2) En el texto, "algazara", sin duda por errata.

(3) Estos versos están tomados del comienzo del romance 86 del *Romancero del Cid*, número 858 del *Romancero* General, de Durán.

(1) Desde aquí se interpolan otros fragmentos del citado romance, en que está inspirada esta escena.

que si bien corre Babieca,
mi yegua vuela sin alas.
Y, pues que ya de Valencia
he catado las murallas,
volverme quiero a los míos,
non me vuelva mala andanza.

SOL. Ya sube el moro en su yegua.

ELVIRA. Ya sale padre de casa.

JIMENA. Ya fuye él acobardado,
ya fuye, que non aguarda.

SOL. Donde pone el pie la yegua,
Babieca pone la planta.

(Sale el CID *con lanza y adarga.)*

CID. Atendédeme, mi yerno,
oyádesme una palabra:
o ya que non me aguardades,
recogédeme allá esta lanza.
Mal hobiese caballero
que sin espuelas cabalga.

JIMENA. Y bien hobiesen los ojos
que mirasen vuestras canas.
Honor, prez y valentía
de la nasción castellana:
salid acá, mi señor,
dejedes folgar las armas,
que tienen ya nuesos homes
la escaramuza trabada.

CID. Ya subo, la mi señora;
venturado el que vos ama,
y de vuestro amor que goza,
y de la vuestra compaña.

(Éntrase y sube a lo alto, y suena ruido dentro de escaramuza.)

JIMENA. Los caballos sin señores,
que de la priesa se arredran;
mal los africanos medran
con nuestro Alvar Salvadores.

CID. Si más muy cebado en ellos,
va muy dentro, y me da pena:
mirad a Martín, Jimena,
la riza que hace en ellos.

SOL. Veisle por donde viene
con un moro so el brazo.

(Sale MARTÍN PELÁEZ *con un moro debajo del brazo.)*

CID. ¿Pesa mucho?

MARTÍN P. Que está flaco,
poca carne es la que tiene.
Despeñá una soga aquí:
irévos trayendo ovejas;
mas mirad que las pellejas
han de fincar para mí.
Este do a vuestra Jimena.
Non fagades, Cid, mandar
que tañan a retirar
hasta asir una docena.

CID. Entralde fasta el patín
y al alcalde lo entregá,
y non volvades allá,
que va el sol bajo, Martín.
Baste, baste lo lidiado.
Soldados, a recoger.
Contaldos, Martín, por ver
si algunos nos han menguado.

MARTÍN P. Viente dieces fueran ellos
y otros tantos volverán,
mi señor, que non han
menguado ninguno dellos.

CID. Bueno será decender,
porque podráis descansar;
que el sol se moja en el mar
y viene el anochecer.

(Quítase el CID *de lo alto; salen todos los que pudieren, menos* MARTÍN PELÁEZ *y* ÁLVAR SALVADORES.)

BERMUDO. Perdióse de presumido
y mal sesudo, ¡por Dios!,
¿qué culpa tenemos nos
pues ninguno non le vido?

ORDOÑO. Quiso facer lozanía
porque Jimena lo viese:
¡qué mucho que se perdiese
donde tanto moro había!

MARTÍN P. Pues, ¿qué es esto, lidiadores?

ALVAR F. Que por ser vos descuidado,
nos han muerto o captivado
al buen Alvar Salvadores.

MARTÍN P. Muerto non puede ser cierto,
que yo esculqué por el llano
si había muerto algún cristiano
y non vi ninguno muerto.
Mas si captivado está,
¿hay más que volver por él?
¡Por San Pedro, que sin él
non he de volver acá!

BERMUDO. ¿Dónde queredes volver,
Martín? Ya sedes insano.

MARTÍN P. Non me tendré por cristiano,
si le dejo de traer.

ANTOLÍNEZ. Tened, Martín, non volvades.

(Sale el CID *solo.)*

CID. ¿Qué es, mis fidalgos honrados?

ALVAR F. Volver harto avergonzados,
donde vos, señor, estades,
dejando cuido que en fierros
a Alvar Salvadores puesto.
MARTÍN P. Digo que volveré presto.
ALVAR F. Entre encarnizados perros.
MARTÍN P. En tanto que el cocinar
se aliña para la cena.
ALVAR F. Esta sandez no es muy buena,
que quiere por él tornar.
MARTÍN P. Por darvos a vos solaz
y sentir vuestro reproche.
CID. Folgad, Martín, esta noche,
que mañana hay tiempo asaz.
Non mires en pundonores,
que es azonobio mejor;
y placerá al vedor (1)
de guardar a Salvadores.
Y entrémonos a cenar,
que debéis de tener gana;
mas mirad que en la mañana
os tenéis de confesar.
Porque soy determinado,
si al Rey Funes le pluguiere,
batallar, y el que muriere
finque vivo si es salvado.

(Vanse, y salen el REY FUNES *y otros, y dice el* REY:)

FUNES. De a viente mil lidiadores
de a trotón ordenaredes
cuatro haces, y pondredes
de los alances mejores.
Una que la guardia faga
del atrasado bagaje,
barragane y peonaje,
que queda en la rezagada.
De los moros atezados
face(d) otras cuatro bien fechas,
que con nublados de flechas
sobresalgan por los lados.
De los moros que batallan
con dardos, venablos, chuzos,
lanzas, cotas y gorguzos
y gritan donde se hallan,
face(d) otras cuatro algaradas,
y otras cuatro sobrepuestas,
de los que tiran ballestas
y bisarmas enhastadas.
Aunque no es tan sandio el Cid
que cuide su inadvertencia,
de defender hoy Valencia
sea por fuerza o por lid.
Porque si los mis gentíos
los míos empoderán,
ansí se los sorberán
como el mar sorbe los ríos.
Dejad que mis mandaderos
nos fará, que más contentos,
mudemos los pensamientos
que hoy en todo el día espero.
MORO. Veis, señor, adónde viene,
bien así como atordido,
pasmado y descolorido
como home que gran mal tiene.
FUNES. Sin duda debió de dar
el Cid en la mi embajada,
respuesta desmesurada
y cúdale de matar.
MENSAJERO. No puso mi corazón
ni el mi rostro puso ansí
temor que le tenga a sí
ni a cuantos contigo son.
Porque mis ojos apenas
vieron al Cid Campeador,
cuando se me heló, señor,
la sangre dentro en las venas.
Las razones me faltaron (1)
y quedé como atordido,
perdí(d) la fabla y sentido
y aun mis ojos se turbaron.
El cual, non de mala gana,
sosegado me escuchó,
y luego me respondió
que lunes por la mañana
verás lograr su esperanza
cuando la llave te traya
don Alvar Fáñez Minaya
en la punta de la lanza.
Esta respuesta me dió,
bien como quien escarnece.
FUNES. Tanto el ánimo me crece,
cuanto (2) el tuyo se menguó.
Non más soberbias respuestas.
¡A las armas, maguer muera!
¡Faced que gima la tierra
que os tiene sobre sus cuestas!

(Vanse, y salen el CID, DOÑA JIMENA *y sus hijas.)*

CID. La mi Jimena, el mi amor:

(1) Así en el texto, por "Veedor", epíteto con que se designa a la Providencia.

(1) "Faltauan", en el texto.
(2) "Quando", en el texto.

¿queréis estar (1) donde estades,
porque a los moros veades
desde la iglesia mayor?

JIMENA. Ende será nuestra estanza,
rogando a la Virgen pía
vos favoresca este día
en fecho tan de importancia.

ELVIRA. Non vos acuitedes, madre,
que si a mí dado me fuera,
yo vos juro que ende fuera
escudero de mi padre.

SOL. Mucho Elvira os promete,
señor mío, yo non dudo
que vos llevase el escudo
y aun vos llevase el almete (2).

JIMENA. Yo, si fuera, vos llevara,
crisol de buenas fazañas,
escondido en mis entrañas
porque nadie os ofensara.

CID. Solaz de mis luengos días,
fincad contenta y cuidá,
que nadie me ofenderá,
porque os llevo yo en las mías.
Y con tanto, a Dios, a Dios.

(Sale MARTÍN PELÁEZ *con una porra, capacete y espada, y dice:)*

MARTÍN P. ¿Qué diablos facéis ahí?
Que ya son todos aquí
aguardándovos a vos.
Y non para que lidiéis,
sino que para escarmiento
destos moriscos sin cuento,
a muerte los condenéis.
Non hayáis pavor en al,
Jimena.

SOL. No lloréis, madre.
Martín, cuidad de mi padre,
non pongáis mentes en al.

JIMENA. ¿Llevades libros las dos,
para faced rogativas?

ELVIRA. Sí, madre.

JIMENA. Mil años vivas.

SOL. Y yo también.

JIMENA. Guárdate Dios.

(Todos se van, y suena de dentro ruido, y dicen de dentro:)

¡Al cerro, al cerro, que llega!
¡guarda a encontrarnos no acierte
la guadaña de la muerte,
que vida(s) a moriscos siega!

(Sale un MORO *huyendo.)*

MORO. Guarda la fiera, sabuesos,
que lleva por las montañas
las uñas llenas de entrañas
y el vientre lleno de huesos.

(Sale MARTÍN PELÁEZ, *todo lleno de saetas, envuelto en algunos Moros que huyen, y él tras dellos, dándoles con una porra.)*

MARTÍN P. ¡Dale que darás, pagano,
hi de can, malvado, perro;
que soy una torre de hierro
y el tu tirar es en vano!

(Sale un MORO *huyendo, y dale* MARTÍN PELÁEZ *una porrada.)*

MORO. ¡Guarda el sangriento león!,
¡guarda, que los lobos vienen!

MARTÍN P. Cuido que estos moros tienen
las cholles de requesón,
y de papel las celadas
y las corazas también,
que a mala vez que le den
fincan fechos retilladas.
Porradas descomunales
he dado, juro a mi vida;
ya la lid (1) va de vencida,
pues cesan los atabales.
Mas, con todo, no conviene
dejar folgar las bisarmas.

(Vase, y sale el REY FUNES *herido, y arroja la espada en el suelo.)*

FUNES. ¿Qué prestan las buenas armas
a quien ventura no tiene?
Entre gentes enemigas,
la mi tizona, quedáis,
que me parece pesáis
el peso de mis fatigas.
¡De Mahoma derreniego
mil veces! Pocas son mil:
¡un millón, profeta vil!
Subime de yuso luego.
Denme mi yegua parida,
que, pues dejó el potro allá,
sin espuelas volará
y me escapará la vida.

---

(1) En el texto de 1603, "estas".
(2) En el texto, "amete".

(1) En el texto de 1603, "Cid", por errata.

¡Oh Búcar, fijo querido!
¿Vuestros brazos, qué ficieran
cuando vuestros ojos vieran
al viejo padre ferido?

(Vase, y sale el Cid *con la espada en la mano, y ve la del* Rey *en el suelo.)*

Cid. ¡Aguárdame una veg(u)ada!
¡Rey Funes, vuelve a lidiar!
¡a pie te vengo a buscar!...
Aquí dejó la su espada.
Ésta llamad[a] es tizona;
non la vi mejor, a fe,
des que a colada gané
al Conde de Barcelona.

(Salen Álvar Fáñez *y los demás; menos* Martín Peláez.*)*

Alvar F. ¡Volved presto a cabalgar;
non estéis ansí, por Dios!

Cid. ¿Qué lanza veis contra vos?
¿con quién queredes lidiar?
Asigurados estamos,
que non hay moro ninguno:
abrazadme uno por uno
y a las tiendas nos volvamos.

(Estándose abrazando entra Martín Peláez, *sangriento y polvoroso.)*

Martín P. ¿No(n) hay abrazo para mí?

Cid. Non faltará; llegadvós.
¡Fidalgo, vala me Dios!
¿cómo venides ansí?
¿Venís ferido?

Martín P. Que non.

Cid. ¿Cómo venís tal parado?

Martín P. De las feridas que he dado,
vengo a vos fecho sayón.

Cid. ¡Válasme, Santa María!
¡quién lo tal podrá creer!

Martín P. Quien vos viera a vos vencer
tantos moros en un día.

Cid. ¡Válgame el Verbo encarnado!
Hame venido al cuidar
que en sangre sabéis nadar,
¡pues non vos heis afogado!
Vamos a facer partijas,
porque he de volver con vos
a dalle gracias a Dios,
y a ver mi mujer y fijas.

(Vanse a entrar, y a Martín Peláez, *que es el postrero, le da un moro una carta o papel.)*

Paje. Este billete añudado
me dió una mora g(u)arrida,
que ama más que a la su vida
un cristiano descuidado.
¿Una dije? Digo dos
moriscas me lo endonaron,
y ambas a dos me mandaron
que vos lo endonese a vos.
Lo que habedes de facer
es facer, porque conviene,
lo que dentro se contiene,
siendo (1) bien o mal torcer.

(Vase el moro, y abre el escrito.)

Martín P. ¿Hay mayor bellaquería?
¡pues válgavos Lucifer,
o seades home o mujer!
¿entiendo yo algarabía?
Máxime no hay entendello.
Cosa dice de comer,
que me debía de traer
y aquél se fuyó con ello.
Si topase por aquí
cualquier buen declarador,
que le entendiese mejor...

(Sale Alí *con una sera al hombro.)*

Martín P. Pues ¿adónde, buen(a) Alí?

Alí. Oh, mi señor, por quien tengo
el honor, contento y vida
que tengo, la mi venida
fué vervos: a veros vengo.

Martín P. Non fabléis, Alí, lisonjas.

Alí. Digo que a veros venía,
y a la Jimena traía
esta sera de toronjas (2).

Martín P. ¿Y para mí?

Alí. Para vos
traemos Zulema y yo
cierta cosa que costó
lo que sabemos los dos.

Martín P. Aclaradme el razonar
deste escrito.

Alí. ¡Ay de mí!

Martín P. Non tengáis pavor, Alí,
que non vos quiero matar.
Lo que ende quiere decir
en la mi lengua, aclarad.

Alí. ¡Justo y poderoso Alá!

Martín P. ¿Non acabáis de escopir?

(1) En el texto de 1603, "si en o".
(2) En el texto, "toranjas".

Non engulláis copetina:
desmenuzad la razón,
que vos daré un torniscón.
Faced lo que mando aína.

ALÍ. Por todo cuanto valéis,
que antes me mandéis matar,
señor, que tal declarar.
¡Matadme, que bien podéis!

MARTÍN P. ¿Vos queréis que so la tierra
vos suma de una puñada?

ALÍ. ¡Alma desaventurada!

MARTÍN P. ¡Perro, fijo de otra perra!
Lo que vos mando, face(d)
de fuerza, si no de grado,
y en habiéndolo aclarado
al punto vos mataré.

(Lee ALÍ *la carta, que diz:)*

"Estrella de lidiadores: Luengo tiempo ha que vos bien quiero del mi corazón y la mi voluntad. Si el falago de los vuestros ojos (verdadero amor junto con vuestro amigo Martín Antolínez, a quien Dalifa se encomienda) nos pudieren ver, será bueno, porque Zulema, que Dios maldiga, partió a Gubello (1) esta madrugada; y Alí es ido a Valencia a llevar al Cid unas frutas. Guárdevos el mi señor, la vuestra *Lizara.*"

MARTÍN P. ¡Farto buen recado he fecho!

ALÍ. ¡Desventurado de mí!

MARTÍN P. Non vos acuitéis, Alí,
que por probarvos lo he hecho.

ALÍ. ¿Quién vos guisó a me ofender?
Buen desquite dado habedes,
cuanto más cierto queredes
probar a la mi mujer.
Yo vos ruego, por Alá,
que este escrito no enseñedes
a Antolínez, ni avisedes,
señor, de llevarlo allá.
Que si de la tal mancilla
libertáredes mi honor,
vos endonaré, señor,
la mi yegua la pardilla.
Y dos mil maravedís,
dos becerros y dos chivos,
fermosos, gordos y vivos
y más si más me pedís.

MARTÍN P. Escrito a mi prometer
en lo mejor de mi seno,
cuanto estima el hombre bueno
el honor de la mujer.
Ves el escrito desfecho;
non quiero el tu prometer,
mas no(n) ofendas tu mujer
con mal dicho, o con mal fecho.
Que voto fago y promesa
al agua del baptizar
de la tu mengua callar
cual si estuviese en la huesa.
Mas si la tocas un pelo
o sé que es de ti ofendida,
yo te quitaré la vida
aunque te subas al Cielo.

ALÍ. Pues viviré, capitán,
sin que tu mando atraviese,
bien así como si fuese
ley que reza el mi alcorán.

MARTÍN P. Finca en paz, que estoy ham-
[briento,
y el manjar (1) me face bien.

ALÍ. Yo me partiré también,
mal seguro y mal contento.

(Vanse ambos.)

JORNADA TERCERA

(Sale el CID, *más viejo, y siéntase en su silla.)*

CID.

Grandes fazañas, grandes aventuras,
grandes venturas, grandes bien andanzas,
contentos grandes, grandes desventuras,
grandes fermosas bienaventuranzas:
grandes empresas bien y mal seguras,
y bien y mal logradas esperanzas,
han dado pena y gloria al alma mía
desde mis verdes años a este día.
Maté, desagravié, finqué contento,
callé, obedecí, casé altamente,
fice en ser lidiador afincamiento,
fuí recebido y loado de la gente:
mas bien y honor del mundo es todo viento,
y pasa (2) con el tiempo brevemente,
y una ofensión o puesta de una gloria
yace por tiempo eterno en la memoria.
Casé mis fijas con los cautelosos
Condes de Carrión, que non debiera,
aunque vengué sus fechos alevosos,

(1) En el texto, "agubello".

(1) En el texto, "mangar".
(2) En el texto, "passo".

me oprime el alma la fazaña fiera;
mas ya tienen maridos honorosos.
¡Memoria de mi ofensa, salid fuera!
¡con el tiempo volad, memoria mía!
¡dejadme descansar tan sólo un día!

(Suena una trompeta dentro.)

CID. ¡La individua Trinidad!
Vienen, me parece, algunas
gentes moras importunas
contra de la mi ciudad.

(Salen ALVAR FÁÑEZ *y los demás.)*

CID. ¿Quién trompas face tocar?
ALVAR F. Señor, la más honorosa
facienda y más grandiosa
que oí ni sabré contar.
El Soldán de Persia envía
un su pariente a vos ver,
y sus dones ofrecer.
CID. ¡Válgame Santa María!
¿Cómo de tan luengas tierras
ha portado por acá?
MARTÍN P. Deben de sonar allá
vuestros fechos en las guerras.
CID. Guarnidvos todos de fiesta
y vámosle a recebir.
MARTÍN P. Yo me quiero ir a guarnir,
que non traigo cosa puesta.

(Vanse, y salen un MORO PERSIANO *y un* CRIADO *suyo, y dice:)*

PERSIANO. Los búfanos donde viene
plata y oro, cuidad dellos,
no rifen con los camellos.
CRIADO P. A cuenta Abrahín los tiene.
PERSIANO. Pueden facer carcail
si acaso a encontrarse aciertan,
que mirra y bálsamo viertan
rompiéndose algún barril.
En los dromedarios venga
toda la tapecería,
de oro y de pedrería
que non hay Rey que la tenga.
En los otros animales
cargaréis las demás cosas,
marfil y piedras preciosas,
cornelinas y serdales.
Y en hileras concertadas
seguirán todos tras mí.
Gran gente parece allí
bajo aquellas enramadas.
Sin duda el Cid Campeador
oyó la mandadería (1)
del señor, y gente envía
(tan) sólo a facerle favor.
[CRIADO P.] Ello sin duda es verdad;
¿quién habrá que lo tal crea?
Bien le place el Cid que vea,
señor, la su majestad.

(Salen el CID *y los suyos, y viéndole los* MOROS *se espantan, y dice el* CID:)

CID. Inmensas gracias te doy,
eterno Dios soberano.
Amigo noble Persiano,
fabla, que tu amigo soy.
Estremecelde, sobrino.
MARTÍN P. Del margarite (2) le traben.
CID. Los tus ángeles te alaben,
Dios vivo, Dios uno y trino.

(Vuelve el MORO *en sí y arrodíllase, y levántale el* CID, *y dice el* MORO:)

PERSIANO.

Sálvete Dios, el Cid aventurado,
el cristiano mejor que ciñe espada,
el mejor que en trotón ha cabalgado,
des[de] la edad del fierro a la dorada.
El Soldán, con quien soy aparentado,
y en Persia reina, y tiene su albergada,
como al mejor y más mayor su amigo
sus dones y salud te envía comigo.
Vino a las sus orejas la tu fama,
que Alá por luengos tiempos te mantenga,
lo cual de su valor con vida y llama
a que en la vida tu amistanza tenga.
Y como es cosa quél más quiere y ama,
a mí mandó que conquerir la venga,
y esos animales allá usados
sus dones te trujesen (en) presentados.
Cargados todos de nobleza vienen
de plata y oro y paños muy priciados,
y tantas margaritas que non tienen
estimación ni precios limitados.
Y de aquellos ungüentos que previenen
Reyes para guardar a sus (3) finados,
las cinco tazas de oro en que bebía (4)
y los belezos (5) más en que comía.

CID.

Tener el gran Soldán de mí membranza

(1) En el texto, "mandedaria".
(2) Arcaísmo valenciano que significa el dedo meñique.
(3) En el texto, "ossos".
(4) En el texto, "venia".
(5) En el texto, "belecos".

estimo en mucho, y la persona tuya;
besaréte en el hombro a la usanza
si vistiera en el cuerpo ropa tuya.

(Llega el Moro *a besar la mano al* Cid, *y él retírase y no la quiere dar.)*

Persiano.

¿No merezco tal bienaventuranza?
La tu merced de dármela non fuya.

Cid.

Antes tu merecer, noble Persiano,
fizo por fuerza retirar la mano.
Cuido que del camino fatigoso
fincas, y de lo ver estoy con pena.
Conmigo ven (1), do yo fuelgo y reposo,
y mi alma vive de alegrance llena.
Verás, noble señor moro honoroso,
el mi solaz, mi bien, la mi Jimena,
el tesoro (2) mayor que Dios me ha dado,
y fincarás en verlas descansado.

(Vanse, y salen Dalifa *y* Lizara, *rebozadas; detrás de* Jarifa, *su criada, con cestillos de naranjas en las manos.)*

Dalifa. Non es mucho que vegadas
faga el amor por deshoras,
criadas de las señoras,
y a las señoras, criadas.
Lizara. Jarifa, ¿voy bien?
Jarifa. Muy bien.
Dalifa. Y yo, ¿voy bien?
Jarifa. Muy bien vas.
Encúbrete un poco más,
que las naranjas se ven.
Dalifa. Pues, Jarifa, has de advertir
que si acaso alguien saliere,
y a nosotras se viniere,
lo que tienes de dicir.
O sea moro o cristiano
de poco o mucho haber,
dirás que vamos a ver
al mandadero cristiano.
Y si Martín se llegare
y Antolínez donde estamos,
urdirás fablar con amos (3)
y cuando Martín (le) fablare,
dirás: "tiraos con Lizara,
y Antolínez, el mi amigo,
le da en la cara comigo:

(1) En el texto, "vin".
(2) En el texto, "chosoro".
(3) En el texto, "ambos".

a ver si le he dado en cara".
Lizara. Ya estamos en el zaguán.
A tener los mis cuidados,
non vinieran tan folgados:
con grande festejo están.

(Salen Martín Peláez *y* Martín Antolínez, *rebozados, como de noche.)*

Jarifa. ¿Veis dónde vienen? Callá.
Dalifa. ¿Son ellos?
Lizara. Sí que son ellos.
Dalifa. Faz que te retiras de ellos,
Jarifa, y llégate acá.
Martín P. ¿Que con gente innumerable
viene Búcar?
Antolínez. Sí, Martín.
Martín P. Yo le mando triste fin,
aciago y miserable.
¿Qué fué la causa, dicid,
facer que aquí nos quedasen,
y la huerta (1) aderezasen
Zulema y su amigo Alí?
Antolínez. Fué, Martín, entención mía
el daros contento a vos
con poder salir los dos
a la tal barraganía.
Que en tanto que los faueres *(sic)*
aliñan, nos folgaremos,
y libremente podremos
fablar a las sus mujeres.
Martín P. ¡Non es de mala manera
la mora, juro a mi vida!
Antolínez. ¡Por mi vida, que es g(u)arrida!
Lleguemos y sea quien quiera.
Dama del vera a catar *(sic)*,
dama del cuerpo gensor,
que hayades dicha en amor,
si habedes sabor de amar.
Pues es cosa facedera,
non mostredes mal talante,
descubrid vuestro semblante,
que yo sé quién lo ficiera.
Jarifa. Sí, la vuestra favorida
Dalifa lo tal fará.
Martín P. Entendido vos lo ha.
Antolínez. Tíreme el cielo la vida,
si non tengo por mejor
vuestro pie que non su cara.
Dalifa. Andaos [a] adamar Lizara;
por mi fe que os tiene amor.
Antolínez. ¡Quién pudiera una vegada

(1) En la ed. de 1603, "guerta", que Hämel transcribe "guerra", por mala lectura.

gozar vuestro albore, dama!
MARTÍN P. ¡Quién gozara de tal dama
un frescor de una alborada!
JARIFA. Y en quedándovos dormido
llegara y vos despertara
un mandado de Lizara.
ANTOLÍNEZ. También vos han entendido.
MARTÍN P. Cuando tal me sucediese,
non me va tanto en aquella,
que os dejase a vos por ella.
LIZARA. ¡Ay homes, quién vos creyese!
MARTÍN P. ¿Quiere la vuestra mesura
comigo o mi compañero
entrar en el mi sillero,
que yo la fago segura?
JARIFA. Si lo tengo en voluntad
vos lo sabéis, corazón,
y mis dueñas, que aquí son,
que sientan la mi maldad.

(Entran ZULEMA *y* ALÍ, *y dice:)*

ZULEMA. Facéis nos llevar los paños
y lo demás que queredes,
y en todo el día non facedes
que se lleven los escaños.
MARTÍN P. A buen tiempo habéis llegado.
Fablad, así os guarde Dios,
los dos con aquellas dos
moras que están aquel lado.
En cuanto nos festejamos
a la del cuerpo gentil.
ALÍ. Mujeres del Alguacil,
como los dos aquí estamos.
ZULEMA. Non sea tu mujer, Alí.
ALÍ. Non sea tu mujer, Zulema.
ZULEMA. Que está allí quien tu honor quema.
ALÍ. Que está Antolínez allí.
DALIFA. ¡Ay mal dicha y malfadada!
LIZARA. ¡Ay, desdichada de mí!
DALIFA. ¡Cuitado el día en que nascí!
LIZARA. ¡Mujer desaventurada!
JARIFA. Señor, retiradvos dende
non subceda algún desmán;
ved en qué peligro están
si por desdicha se entiende.
Ved que Lizara y Dalifa
son las que yacen allí
con Zulema y con Alí.
MARTÍN P. ¿Y vos, quién sois?
JARIFA. Yo, Jarifa.
ALÍ. Los rostros tienen tapados:
llegadvos.
ZULEMA. Allegadvós;
hablemos dos para dos.
LIZARA. Tiradvos, que sois casados.
ALÍ. Ya pluguiera a la ventura
que nunca lo fuera yo.
ZULEMA. ¡Mal haya quien me casó
para mi desaventura!
MARTÍN P. ¡Válgavos una legión
de demonios, fechiceras!
DALIFA. Y eso, ¿fabláislo de veras?
ALÍ. ¡Ay Dios, con cuánta razón!
ZULEMA. Yo juraré que los dos
yacemos arrepentidos.
LIZARA. ¡Mirad los nuevos maridos!
¡así vos faga bien Dios!
ANTOLÍNEZ. ¿Qué digo? Volve(d) a la huerta,
y si non fuere de acá,
non me entre persona allá
y atendénos a la puerta.

(Vanse ZULEMA *y* ALÍ, *y dice:)*

MARTÍN P. Dicid que lo que dijimos
que no fué por ofensallas,
sí tan sólo por burlallas,
que luego los conocimos.
DALIFA. ¡Mala maldición me caya
cuando más homes fablare!
LIZARA. ¡Cuando más homes amare,
más mal que hay en ellos, haya!
ANTOLÍNEZ. Vamos, que no hay suerte mala;
la folganza está segura.
DALIFA. ¡Id a la mala ventura!
LIZARA. ¡Id a la ventura mala!
Homes sin ley y sin fe,
que sin empacho fabláis,
y las caras que adamáis
trocáis por cualquiera pie.
Y non dedes más pasadas,
cristianos, por las mis puertas;
que en las fuentes y en las huertas
fablaréis nuestras criadas.

(Vanse.)

MARTÍN. P. Vamos, que no hay suerte mala:
la folganza está segura.
ANTOLÍNEZ. ¡Id a la mala ventura!
¡Id a la ventura mala!
Pues negra me la dé Dios,
si a mí se me da un chanflón;
maldígame santo Antón
si non me paresco a vos.

(Vanse, y sale el CID, *desnudo y alborotado.)*

CID. ¡Aguardadme, Apóstol santo!
¡Vicario de Cristo, espera!
San Pedro el Apóstol era,
que Dios me quiere a mí tanto,
que con tal mandadería
me envía tal mandadero.
¡Con qué alegranza que espero,
gran Señor, la muerte mía!
En su lecho reposado
no es mucho morir, mi Dios,
el que muriera por vos
mil veces martirizado.

(Salen ALVAR FÁÑEZ, BERMUDO *y* ANTOLÍNEZ.)

ALVAR F. ¿Pues qué novedad es ésta,
señor? ¿Farávos provecho
el salir fuera del lecho
la gamacha (1) descompuesta?
¿Fué sueño?
CID. Sueño es la vida (2).
BERMUDO. ¿Non nos decís lo que fué?
CID. Una buena nueva, a fe,
de buena parte venida.
Don Hierónimo quería
que me viniese a fablar.
ANTOLÍNEZ. ¿El obispo?
CID. Ilde a llamar,
sobrino, por vida mía.
(Vase ANTOLÍNEZ.)
Y vos, mi sobrino amado,
fincad, pues siempre seguides
mi lado en todas las lides,
en esta lid a mi lado.
Y volvedme luego al lecho,
que estar echado me aplace.
BERMUDO. El corazón se me hace
mil pedazos en el pecho.
ALVAR F. Yo non vos sabré dicir
cuál me siento de pesar.
CID. Yo os sabré certificar
que es cercano el mi morir.

(Llevan al CID, *y salen el* REY BÚCAR *y los* MOROS *que pudieren de acompañamiento, tañendo atabales, y viene el* REY *hablando con un* MORISCO VALENCIANO.)

BÚCAR. Tengo en mucho el bastimento
que tu consejo me ofrece.
¡Oh, cómo en él se parece
que vivís con descontento!

(1) Así en el texto, acaso por "garnacha".
(2) Nótese esta frase como precedente de la tesis calderoniana.

¿Ansí que fué tu salida
a furto de la ciudad?
MORO. Digo que ansí es la verdad,
y que saben tu venida.
BÚCAR. Gracias por tan buena suerte,
Mahoma mío, te doy.
¡Ah, Valencia, Búcar soy!
¡Búcar ha venido a verte!
¡Búcar viene por la espada
que su padre aquí perdió,
y la sangre que dejó
en tus campos derramada!
¿Cómo no humillas los muros?
¿Cuidas que estás en las manos
de cuatro alarbes cristianos,
firmes, enhiestos, seguros?
Pues son buenos tus intentos;
que yo piso tus arenas,
porque vengan tus almenas
abrazar con los cimientos.
Alcaide de su Alcazaba
vos fago, Caide Tarife,
y a vos, Naime, Almojarife;
a vos Alguacil, Leisava.
MORISCO V. No fagas tanto desdén
(¡así de tus años goces!)
de aquello que non conoces
bien ni mal, ni mal ni bien.
Cuidas que èl hado cruel
la tu potencia no invidia:
has soñado que el Cid lidia
con espadas de papel.
¡Guarte, que saldrá al debate
cristiano de tantos bríos,
que sean pocos tus gentíos
para que destroce y mate!
BÚCAR. Pues, mestizo mahometano,
nascido en infame tierra,
de alguna cristiana perra
y algún alarbe villano:
¿Por suerte mis esperanzas
nascen de vanos antojos?
¿no alcanzan a vuestros ojos
esas montañas de lanzas,
esos nubes de flecheros,
esas sombras de pendones,
esas diversas nasciones
que cubren esos oteros?
¿Tiene el Cid más de quinientos
cristianos de armas tomar?
MORISCO V. Tan insano (1) es tu contar

(1) En el texto, "sano".

como son tus pensamientos.
De otra manera de cuenta
se han de contar las sus gentes.
¡Maguer, señor, que las cuentes
en su honor en nuestra afrenta!
Ansí será bien contadas:
un cristiano mil cristianos,
cada cristiano mil manos,
cada mano mil espadas.
Que a mil filos y a más van
y con tal fuerza esgremidas,
que en cada filo mil vidas
de los tuyos sacarán.
Ésta es la cuenta mejor,
y non entra el Cid en ella,
que esa cuenta no hay facella
y ¡plega Alá, gran señor,
non aguó(elas) las tus venturas
el de la horrible presencia,
que llamamos en Valencia
el coco de las criaturas!
Queste con poco trabajo,
cual si non ficiera nada,
fende de cada espadada
un moro de arriba abajo.
Y no para en el arzón
de la silla la cochilla,
que en veces rompe la silla,
y en veces silla y trotón.

BÚCAR. Parte, moro acobardado,
y di a tu Consejo triste
lo que viste y lo que oíste
y que estoy determinado,
si Valencia se me entreg(u)a
de temor, non la querer,
sinon lidiar y vencer.

MORISCO V. ¡Oh juventud loca y ciega!

BÚCAR. Y facer en ella estrago,
alcanzando la victoria,
que borre de la memoria
los de Numancia y Cartago.
Non porque lo tal me cuadre,
ni engrandece mi poder;
mas tan sólo por facer
la venganza de mi padre.
Y nosotros nos volvamos
a ver poner el real.

MORISCO V. ¡Líbrete el cielo del mal
que sentimos y lloramos!

(Vanse todos, y sacan al CID *de los brazos* MARTÍN PELÁEZ *y los demás.)*

ALVAR F. Ya no hay que temer mal,
y al pregón obedeciendo,
los moros se van saliendo
a vivir al arrabal
con sus fijas y mujeres.

CID. Mirad que por mi contento
les fagáis buen tratamiento:
non les quitéis sus haberes.

(Siéntase el CID.*)*

Y a vos he repetido, el mi sobrino,
que he de morir mañana en todo el día,
que así le place al Facedor divino.
Bien sé que sintiréis la muerte mía,
por ser en tiempo tan necesitado
y por el grande bien que vos quería;
mas yace en las alturas ordenado
y mándalo el Señor, y de la muerte
non se puede fuir home criado.
Non es mi dolor hora tan fuerte,
por morir no[n] es tanta la mi pena:
por temor de fallar blanca la suerte.
Que yace el alma de un seguro llena,
que San Pedro le dió de Dios firmado,
y a mí anunciado por tu boca buena.
Es tale el mi dolor por ser llamado
solo y partir sin mi Jimena amada,
bien que en la vida fué todo mi agrado.
Mas, pues que así al Señor Grande le agrada,
non más quiero tratar en mi partida;
notad mi fabla la postrer vegada:
Fincando ya el mi cuerpo sin la vida,
un baño le daréis de agua de rosas
(baño agradable de la edad florida);
y después, de mis ropas más costosas
le vestiréis, que finque muy apuesto,
guarnido, al nuestro usar, de todas cosas.
Y pondredes después de todo aquesto
en un verde cendal la señal mía,
que tanto espanto a la morisca ha puesto.
Y el brazo diestro, por quien (en) algún día
vos respetaran moros y el cristiano,
y ya la muerte enlaza, abate, enfría,
ponelde inhiesto y alto, y en la mano,
bien fijada y desnuda mi tizona,
tan conocida deste Rey pagano.
Y en tal guisa lig(u)ad a mi persona
sobre Babieca, y iréis a acompañalla
donde tanta morisma se amontona:
y non dudéis ganar esta batalla,
sobrino, porque Dios me ha revelado
que ansí defunto tengo de ganalla.
A mi Jimena tengo ya avisado
que non plaña por mí, porque non sienta

que só muerto este moro renegado.
Faréis sobre los muros sobreventa,
como que no sintís la tal mancilla,
con alegresa que el dolor desmienta.
Y vencido este moro en la rencilla,
con los haberes y con mi Jimena
secretamente vos parti(d) a Castilla.

MARTÍN P.

Ya aquí yace Antolínez con la cena.

CID.

Entre Antolínez y las abejas (1) mías
crecen y crescan muy enhorabuena.

(Sale ANTOLÍNEZ *y trae dos escudillas que fingen la mirra y el bálsamo, y come el* CID.*)*

BERMUDO.

Dejedes ya, señor, vuestras porfías,
dejad la mirra y bálsamo y aulado;
basta haberlo tomado (2) nueve días.
Tomá alguna sustancia.

CID.

Es excusado;
afórroos el cuidar de embalsamarme
y quiero yo facerme embalsamado.
Para vivirme ni para alentarme
non presta, non, la medecina humana:
sustancia menos non puede prestarme,
que tengo de morir, cierto, mañana.
Bien nos podemos volver,
que me da crecida pena
el no ver la mi Jimena,
y quiérola entrar a ver.

(Llevan al CID, *y salen de dos en dos los* MORISCOS *y* MORAS, *cargados de ropa y despidiéndose de Valencia.)*

MORISCO 1.° Quédate a Dios, patria ingrata,
que tus hijos menosprecias,
y albergas, amas y precias
a quien los destruye y mata.
MORISCO 2.° Quédate a Dios, madre mía,
ciudad desaventurada,
de tristeza rodeada
y vestida de alegría.
MORISCO 3.° Fuentes, jardines amenos,
mezquita, alcázar: adiós;
festejad y honradvós
fijos y fijas ajenos.
MORISCO 4.° Menos riguroso mal
fuera sipultarnos juntos,
entre muertos y defuntos,
que echarnos al arrabal.
Cid, engañoso cristiano,
encarnizado león,
déte Alá su maldición
y el castigo de su mano.
MORISCA. ¿Qué dicís vos, fijo mío,
huérfano desamparado?
NIÑO. Madre, que voy muy cansado;
pero en Mahoma confío
que llegaré a barrag(u)án,
y en una trabada lid
tengo de matar al Cid
y a cuantos con él están.
Y aun es poco, a lo que entiendo;
matar al Cid [aun] es poco.
MORISCA. ¿Y si está con él el coco?
NIÑO. Iréme a casa corriendo.
MORISCA. Lograd te vean mis ojos.
MORISCO 1.° Crecido lleva su madre.
MORISCO 2.° Barrag(u)án lleve a su padre
y vengar nuestros enojos.
MORISCO 3.° ¿Qué facéis para adelante?
Que son pensamientos vanos,
que tienen estos cristianos
el corazón de diamante.
MORISCO 1.° ¡Ciudad!
MORISCO 2.° ¡Oh madre!
MORISCO 3.° ¡Oh Valencia!
MORISCO 4.° ¡Alcázar!
MORISCA. ¡Mezquita y fuente!...
¡Ah cristianos, fiera gente!
¡mortal rabia y pestilencia!

(Salen ALVAR FÁÑEZ, BERMUDO, ANTOLÍNEZ *y* MARTÍN PELÁEZ *y los demás, sacando al* CID *defunto con una celada de pergamino y con plumas y un escudo de lo mismo; un capotillo verde, en él su enseña bermeja, y unas calzas justas y el brazo llevantado en lo alto, con la espada desnuda en la mano, y dice* BERMUDO:*)*

BERMUDO. Por la Puerta de Roceros
sale Jimena; seguilla
y enderezalla a Castilla.
¡Alto, famosos guerreros!
¡Ea, famoso Campeador!
¡Ea, castellano famoso,
que al pecho más valeroso,
muerto, matáis de pavor!
Galán por extremo vais,
y con tizona en la mano;
veremos, noble cristiano,
de qué manera lidiáis.

(1) En el texto, "anejas". No está claro el sentido. Acaso sea errata, por "ansias".
(2) En el texto, "tomada".

¡Ea, famosos castellanos!
El que prez y honor desea,
faga como el cielo vea
labor (1) fecha de sus manos.
En buen orden y concierto
salgamos en escuadrón
a sustentar la opinión
de nuestro caudillo muerto.
Non faga ninguno mengua,
que aunque veis que muerto va,
el tal fecho le dará,
para reprocharlo, lengua.
Ved que la noche se va:
endereza(d) esa devisa.

MARTÍN P. ¡Ah Babieca! ¡A priesa, priesa!
¡Hola! ¡Ah Babieca, aprestá!

(Llevan al CID, *y salen los* MOROS *por lo alto a ver la batalla, y fingen que la ven* (2).)

MORO 1.° Recibirle como a hermanos,
si por ventura vencieren,
y si de la lid fuyeren,
los alfanjes en las manos,
defendámosles la entrada,
que la gente que quedó
con Jimena, cuido yo
que es muy poca y vale nada.

(Suena una trompeta.)

MORO 2.° ¿Veis el Cid por dónde va,
enhiestado en los estribos?

MORO 3.° Mirad los golpes esquivos
que Martín el coco da.
Mira(d) el Obispo si atiene
con el Cid encorajado:
non se le quita del lado.

MORO 1.° ¡Mala suerte Búcar tiene!
¿Non vedes desotro lado
a Gil Día el tornadizo,
los flechazos, el granizo
con el cierzo en igual grado?

MORO 2.° ¿Pues el otro melenudo
Pero García, las porradas
que da tan desatinadas?

MORO 3.° Non le he visto a don Bermudo.

MORO 4.° ¿Non le veis con el pendón (3)
de la su seña bermeja?

MORISCO 1.° ¡Pardiós, que se me semeja
que diablos con cuerpos son!

MORO 2.° ¡Pues mirad nesa manada,
Alvar Fáñez, Salvadores,
que parecen seg(u)adores!

MORO 3.° ¡Defendámosles la entrada!
¡El Rey de Argel se fuyó!
¿Veis abatida su enseña?

MORO 4.° Y al de Mallorca y Cerdeña,
don Alvar Fáñez mató.

MORO 1.° Búcar se sale fuyendo
con siete reyes no más.
¡Velde! Vuelve para atrás,
su desventura plañendo.

MORO 2.° ¡Comed, que sale tras vos
la gomia que sangre bebe!
Reyes trujo veintinueve,
muertos deja veintidós.

MORO 3.° Vuestros alfanjes tomá
y a la puerta vos poned,
y la entrada defended
para quien bajare allá.

MORO 4.° Témome que han de asolar
trescientos homes con crisma,
el resto de la morisma,
y aun allí no han de parar.
Non han dejado tienda inhiesta,
el robar, el destruir,
enfardelar, engollir.
¡Engollí, que poco os cuesta!

MORO 1.° Non seguiréis, Manilla,
la gente que desfallece.

MORO 2.° Espera, que me parece
que enderezan a Castilla.
Digo que a Castilla van.
Decindamos.

MORO 3.° ¡Eso es malo!
Guarda non busques el palo
en lugar de buscar pan.

(Van bajando los MOROS, *y salen uno a uno.)*

MORO 3.° ¡En Alá glorioso espero,
ques la suerte alegre y diestra!
¡Libertad! ¡Valencia es nuestra!

MORO 4.° ¿Yo qué aguardo?

MORO 1.° ¿Yo qué espero?

MORO 2.° Pues, amigos, guardavós,
que cuido que puede ser
queste Cid querrá saber
lo que puede fiar de nos;
que allí andaban muchos menos
de los que solían lidiar,
y dellos deben de estar
las cimas y cillos llenos.

---

(1) En el texto, "la for".
(2) En el texto, por errata, "vna".
(3) En el texto, "perdon".

¿Y aquellos que están allá,
que hay mil demonios entre ellos?
Y non nos fiemos dellos,
que pueden estar acá.

MORO 5.° ¿Qué facéis aquí, pasmados?
Venid a gozar, ruines,
vuestras casas y jardines,
desiertos y despojados (1).
Si receláis de mal trato,
mirad sin armas ni manos,
que no sólo no hay cristianos,
mas nin hay perro nin gato.
Volved a la ciudad vuestra,
recebid vuestra ciudad,
y apelidad libertad.
¡Libertad! ¡Valencia es nuestra!

(Salen dos castellanos viejos, criados del REY DON ALFONSO, *uno llamado* SANCHO *y otro* ALFONSO.*)*

SANCHO. ¿Qué dicís? ¿que es caso cierto
que ayer, con la roja enseña,
Jimena llegó a Cardeña
con el Cid de Vivar muerto?

ALFONSO. Non dudedes de lo tal:
bien lo podedes creer,
porque hoy, al amanecer,
se parte el pendón real.
Y el Rey se quiere partir
porque ya en Palacio son
de Navarra y de León
los infantes, que allá han de ir.

SANCHO. ¿Non son yernos del Cid?

ALFONSO. Sí,
que heredan grandes haberes
de parte de sus mujeres.

SANCHO. Ansí me parece a mí.
¿Non tiene fijo ninguno?

ALFONSO. Uno tiene don Ramiro.

SANCHO. De tal suceso me admiro,
que don Ramiro tiene uno.

ALFONSO. Garci González se llama:
déjele lograr el cielo,
que si parece al agüelo,
él será varón de fama.
Yo cuido que en todo el suelo
tanto rey y señor junto
en las bodas de un difunto
non debe haber visto el cielo.

(Sale un MAYORDOMO.*)*

MAYORDOMO. Ea, fidalgos, si hemos dir,
¿a dicha habéis de soñallo?
Ya están todos a caballo,
y el Rey se quiere partir.

SANCHO. Ea, señor, non deis voces,
que non caeremos en falta;
que sólo, señor, nos falta
vestirnos los albornoces.

ALFONSO. Callemos, Sancho, callemos,
y por esta calle abajo
les saldremos al atajo
y los emparejaremos.

(Vanse. Suena en San Pedro de Cardeña mucho tropel de gente villana.)

ELVIRA. Puja por entrar, Furraca.

URRACA. ¿Non vino Dominga acá?

ELVIRA. Otra vegada vendrá,
que finca agora muy fraca.

GIL. Atended, dadme la mano,
que a fe que si tal supiera,
que a San Pedro non viniera
a ver al Cid castellano.

ANTÓN. ¿Que non le habéis visto?

GIL. Non.

ANTÓN. Pues es cosa de mirar,
y llevaréis qué contar.

GIL. ¿De qué manera es, Antón?

ANTÓN. Veredes que es maravilla
cómo yace todo el año
sentado en un rico escaño
que le dió el Rey de Castilla.
Es cosa para mirar.

(Salen SAMUEL *y* ABRAHAM, *judíos.)*

SAMUEL. Digo que me maravillo
que por ver un cristianillo
queréis en San Pedro entrar.

ABRAHAM. Pues yo os digo, Samuel,
que si alguna vez le veis,
que vos me (1) confesaréis
que hay mucho que ver en él.

(De dentro.)

¡Que me afogan! ¡Gil!, ¡Antón!

(Sale GIL DÍAZ *y dice:)*

GIL DÍAZ. Bien nos podemos volver,
que ninguno lo ha de ver
fasta andar la procesión.

ANTÓN. Señor, tuerto nos facedes

(1) En el texto, "despollados".

(1) En el texto, "a mí".

y dais agrado a los otros.
¿Non le hemos de ver nosotros?

GIL DÍAZ. Sí, que todos le veredes.

SAMUEL. Digo que codicio velle
y que tengo de atender
fasta que le pueda ver,
para sólo escarnecelle.

GIL DÍAZ. ¡Callad, Antón, ques locura!

ANTÓN. Más sandia es vuestra porfía,
que le muda cada día
el abad la vistidura.

GIL DÍAZ. ¡Par Dios, regalar le pinta!
Casi me estoy por reír.
Non vos falta son decir
son que tiene espada en cinta.

ANTÓN. Non mentiré si lo digo.

GIL DÍAZ. ¡Con qué buen disanto viene!

ANTÓN. Digo que su espada tiene,
¡cuatro mil veces lo digo!
Que le quieren descobrir;
salgan todos acá fuera;
cojamos la delantera:
por aquí hemos de salir.

(Quedan los judíos solos.)

SAMUEL. Abraham, non es razón
que los que mal nos desean,
con los cristianos nos vean
andar en la procesión.
Vos podedes atender,
que yo he de fincar aquí.

ABRAHAM. Pues fincadvos vos ahí,
que tengo un poco que hacer.
Y el Mesías prometido,
Samuel, quede con vos.

SAMUEL. Ése nos guarde a los dos.
Unos y otros han salido.
Non hay quien pueda ver
el cuerpo que yace aquí.
¡Ah, cristiano! ¿Estás ahí?
Todo me hace estremecer.
Mas, ¿dó está mi pundonor?
¿Qués de mí? ¡Válame Dios!
Don Samuel, ¿estáis en vos?
¿De un difunto habéis temor?
¿Se ha tornado al templo alguna
persona en esta ocasión?
Non, y anda la procesión,
que non hay mejor ninguna.

(Corre la cortina, y el CID parece en su escaño, con la espada ceñida.)

Demuéstrese mi valor.
¡Válgame el Dios de Abraham,
y qué sañudo ademán!
¿Vos sois el Cid Campeador?
¿Vos sois el Cid castellano
a cuya barba bellida
non llegó mano en su vida
de moro nin de cristiano?
¿Puede verme alguno? No.
Pues, Cid, al vuestro pesar,
don Samuel ha de llegar
donde ninguno llegó.

(Yéndole a echar mano a la barba, desenvaina media espada el CID, y cae el judío en tierra, y el CID se queda con la espada sacada la mitad no más.)

SAMUEL. ¡Válgame el Dios que creiste!

(Llegan todos corriendo.)

GIL DÍAZ. Córrase aquesa cortina.

SAMUEL. ¡Misericordia divina
con quien tanto mereciste!

DOMINGO. ¡Ay, cómo yace sañudo!

ANTÓN. ¡Mi fe!, non fincaba así
la otra vez que yo le vi.

DOMINGO. ¿Veis, Gil? ¡Se ha tornado mudo!

GIL DÍAZ. ¡Pardiós, que tollese el brazo!

ANTÓN. ¿Non vedes? Él se ha ensañado
contra algún desmesurado.

GIL. ¡Mi fe, non hay duda deso!

GIL DÍAZ. ¡Samuel! ¡Ah, judío honrado!

ANTÓN. ¿Non veis que yace tendido?

GIL. El difunto lo ha atordido,
y algún panchafús le ha dado.

(Tornan a correr la cortina y tapan el CID.)

GIL DÍAZ. Asaz hay tiempo de velle.

ANTÓN. Déjenos ver bien la cara.

GIL. ¡Ah, señor! Non le tapara,
que tenemos que facelle.

GIL DÍAZ. Samuel, ¿qué facéis aquí?
Mostrad la mano; alentadvos
y, si podéis, llevantadvos.

SAMUEL. Señor, sáqueme de aquí,
que yago fuera de seso;
y, pues vivo me llevanto,
dédesme el baptismo santo
de Dios, pues a Dios confieso.

GIL. Salid, amigo, venid,
manifiéstase esta gloria.

ANTÓN. Aquí se acaba la historia
de *Las fazañas del Cid.*

FIN DE LA COMEDIA DE "LAS HAZAÑAS DEL CID"

EL NEGRO DEL MEJOR AMO

COMEDIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

JORNADA PRIMERA

[PERSONAS

ALMANZOR, *rey de Argel.*
PÉRSIDA, *su esposa.*
ARLAJA, *su hermana.*
DULIMÁN, *su hermano.*
PIRRO, *cortesano.*
CELAURO, *idem.*
AUFRIDO, *negro, rey de Zánfara.*
SOFONISBA, *idem, su hija.*
ANFINO, *idem, su capitán.*
FEBO, *idem.*
URISTEO, *idem, rey de Libia.*
NEGROS.
SOLDADOS.]

(Dentro.)

¡Rey Almanzor, Rey Almanzor!

PIRRO.

¡Reciba
de Orán, Túnez, Biserta, Argel, el lauro!

CELAURO.

¡Viva Almanzor!

TODOS.

¡Por muchos años viva!

(Música. Salen ALMANZOR, *rey;* PIRRO, CELAURO *y* MOROS.)

ALMANZOR.

Detén la gente, Pirro, y tú, Celauro,
suspende la corona que me toca,
mientras que tanta pérdida restauro.
Mira que el morto padre me provoca
a justo sentimiento.

PIRRO.

Deja el llanto,
que está la gente de tu imperio loca.

ALMANZOR.

Pues ¿cómo he de dejar de sentir tanto
la falta, Pirro, de un tan noble padre
que a todo Argel suspende y causa espanto?
El llanto solamente es bien me cuadre,
pues que ya feneció mi regocijo
la muerte triste de mi noble madre;
y razón es que siendo tan buen hijo,
cuando venís a darme la corona
os muestre este dolor con que me aflijo.

PIRRO.

Si eres hijo de Marte y de Belona,
tu nativo valor en este día
encubrir puede el mal que te apasiona;
todo el reino de Fez con alegría
por marte (sic) de tu padre a tus hermanos
de la herencia del reino los desvía;
no quiere que contigo sean tiranos,
que ya hemos visto ejemplo destas cosas
que permiten los cielos soberanos.

ALMANZOR.

Son, Pirro, tus palabras amorosas,
tu noble pecho darme gusto espera.

PIRRO.

Estas obligaciones son forzosas.

CELAURO.

A darte parabién viene primera
de tus mujeres, Pérsida gallarda,
tu cielo hermoso, tu divina esfera.

(Sale PÉRSIDA, *mora.)*

PÉRSIDA.

Alá supremo, que doblada guarda
pone a los cielos, Almanzor, te guarde.

ALMANZOR.

Ya diré que con ángeles me guarda.

PÉRSIDA.

Goces en paz el reino, y aunque tarde
la corona ciñó tus sacras sienes,
sujeta no la veas a un cobarde.

ALMANZOR.

Si tú, Pérsida bella, a darme vienes
parabién de mi reino, la fortuna
forzada vendrá a darme parabienes.

CELAURO.

Si su rueda inconstante e importuna
quisieres tener firme con tu mano,
porque encumbres tu nombre hasta la luna,
conviene que le des muerte a tu hermano,
que es querido de todos y valiente
y podría en el reino ser tirano;
y si es que le apellida alguna gente,
podría suceder causarte espanto
cuando el mal te suceda de repente.

ALMANZOR.

¡Pensamiento cruel, por Alá santo!
¿Mi hermano he de matar?

PIRRO.

Sí; la codicia
del reino, en un segundo, obliga a tanto,
y de tus enemigos la malicia
que le ayudan con armas. Si (1) te mata,
¿cuál te parecerá más sin justicia?

PÉRSIDA.

Advierte, pues, señor, que si dilata
tu mano el darle fiero y cruel castigo,
que en tu sangre verás la suya ingrata.
Si con vida le dejas, yo te digo
que la tuya será trágica y triste,
pues, muerto el rey, tu hermano es tu enemigo.
Muchos ejemplos en el mundo viste
en uno y otro rey, que de cobarde
más que furioso el ímpetu resiste,
y necio, cuando el reino en bandos se arde,
y remedio no hay, busca el remedio,
que entonces ya, si llega, llega tarde.
Si anda la fuerza de interés por medio,
derriba los más fuertes corazones,
que en estos casos es el mejor medio.

(1) En el ms. parmense, "y".

Si delante tus ojos, señor, pones
la ruína del triste Bayazeto,
no dudo que a tu sangre no perdones;
mira el segundo y quinto Mahometo
por quien empezó a arder Constantinopla,
y aun el mundo por él se vió en aprieto;
y, pues en tu favor el viento sopla,
las armas le deshaz a tu enemigo,
sin que dejes en pie peto o manopla.

ALMANZOR.

Alá, querida Pérsida, es testigo
que me pone temor rigor tan fuerte,
y en mi reino, por él, temo un castigo.
¿A mi hermano queréis que le dé muerte,
que en efeto es mi sangre verdadera?

PIRRO.

Pues, ¿que es soberbio y fuerte no se advierte?
¿No consideras que su fuerza fiera
a todas las Mallorcas puso espanto
desde Palma de Sol a Fermentera?
Pues si es de todo el reino amado tanto,
si todos en Argel aman su nombre,
volver podrá tu regocijo en llanto.
No serás tú, señor, el primer hombre,
cuando tu lengua darle muerte mande,
que hagas que su muerte nos asombre;
darle muerte a un hermano es rigor grande;
pero mayor rigor ser por él muerto;
¡la piedad, rey invicto, no te ablande!

ALMANZOR.

Enternecer podrá tu lengua cierto
un pecho de diamante; ya mi vida
por ti llegó a su deseado puerto.
Parte, Pirro, si importa tu partida;
lleva contigo gente y da a mi hermano,
con tu mano, la muerte no debida.
Ve bien apercibido y ve temprano,
que creo, si le hallas con mi hermana,
que todo nuestro intento saldrá vano.

PIRRO.

Aunque con su belleza soberana
pretenda defenderle, es imposible,
que de un rey el temor todo lo allana.

ALMANZOR.

¡Es el valor de todos invencible!
Poned mil luminarias por los muros,
pues a tan grande fiesta es convenible.

PIRRO.

Como de Dulimán estén seguros,
cubriránse de luces hasta el cielo,
mientras que viva, vivirán oscuros.

PÉRSIDA.

¡Señor te veas del hispano suelo!

CELAURO.

¡Tu nombre pongas en los ejes claros!

ALMANZOR.

En daros gusto a todos me desvelo.

TODOS.

¡Viva Almanzor!

ALMANZOR.

A todos quiero honraros.

(Vanse, y salen DULIMÁN *y* ARLAJA, *y traiga manto largo de mora, que importa.)*

DULIMÁN. En grande peligro queda.
ARLAJA. Tu vida viene en mayor
después que Almanzor hereda.
DULIMÁN. No sé, si hereda Almanzor,
adónde escaparme pueda.
ARLAJA. Ya yo lo envié a saber
a Dragud, que aquí vendrá
muy presto, a mi parecer.
DULIMÁN. ¡Ay, hermana!, ¿quién podrá
de un rey cruel defender
un hermano perseguido?
Que el que postrero ha nacido,
es tan pequeña su suerte
que con él nace su muerte
y le sepulta en su olvido.
Mejor fuera que un pastor,
entre su rústica grey,
fuera de mi vida autor,
que no ser hijo de un rey
sujeto a tanto rigor.
Porque si el rey muere, al punto
Almanzor, que es su heredero,
y del rey vivo trasunto,
que me ha de matar espero
porque el mal me venga junto.
¡Ah, leyes del mundo vanas!
¡Que con su sangre los reyes
usen crueldades tiranas!
Valiera más guardar bueyes
entre cortezas villanas.
Más valiera (1) nunca ser
de noble linaje y sér,
que no ser de un rey hechura,
que ser tan cruel procura
con el hijo a quien dió el sér.
¿Qué es esto, Alá soberano,
que use un rey tanto rigor,
que en siendo rey, por su mano,
por ser hermano mayor
dé muerte al menor hermano?

(Golpes dentro.)

Mas, ¡oh, Alá!, ¿qué golpes son
éstos? ¿Quién así los da,
que los da en mi corazón?
Sospecho, Arlaja, que está
a la puerta un escuadrón.

(Dentro diga PIRRO:*)*

¿Que no hay quien nos abra aquí?
DULIMÁN. ¡Cierto es! ¿Qué tengo de hacer?
ARLAJA. Escóndete por ahí.
DULIMÁN. ¿Dónde me puedo esconder?
ARLAJA. ¿Dónde?
DULIMÁN. Sí.
ARLAJA. Detrás de mí;
que cubierto con el velo
que de los hombros al suelo
en diversos pliegues baja,
no te verán.
DULIMÁN. ¡Ay, Arlaja,
todo me ha cubierto un hielo!
ARLAJA. No te aflijas, que mil buenos
por la vida han hecho cosas
de que estuvieran ajenos.
DULIMÁN. ¡De imágenes tan hermosas
no se valieron al menos!
ARLAJA. ¡Entra presto!
DULIMÁN. ¡Alá me valga!

(Métese debajo del manto. Salen PIRRO *y* SOLDADOS *con alabardas.)*

PIRRO. ¿No hay un criado que salga,
Arlaja, [a] abrir estas puerta?
ARLAJA. Pensé que estaban abiertas;
y de gente tan hidalga
no entendí que se atreviera
tanto que, siendo quien soy,

(1) En el texto, "biela".

puertas de Arlaja rompiera!
Soy mujer y sola estoy,
no quiso Dios que hombre fuera;
mas tan hombre tengo en mí
que, si locura no fuera
mostrarle a tantos aquí,
yo sé que la muerte os diera
que me queréis dar a mí.
Pero ya de esto colijo
que es muerto mi padre, el rey,
y que aquel su mayor hijo
crece con sangrienta ley
vuestro común regocijo.
Y si es así, ¿qué razón
os ha movido a buscarme?
¿Puedo heredar? ¿Soy varón?
¿O habéis venido a mirarme
si tengo hombre el corazón?
Y si el rigor con que entráis
tira a otro blanco y queréis
más sangre, la que buscáis,
como ahora me matéis
también en mí la matáis.
Dadme muerte rigurosa,
acabad el temor junto;
que por hazaña amorosa,
mi hermano y yo, en este punto,
somos una misma cosa.
¡Ah, cielo! si aquí estuviera,
y tantos varones viera
contra femeniles faldas,
¡qué seguras las espaldas
de vuestras armas tuviera!
Pero bien podéis hacellas
pedazos, bárbaros, ya;
tomaréis venganza en ellas,
que adonde quiera que está
yo sé que vuelve por ellas.

PIRRO. Tu larga lamentación,
Arlaja, siempre estimada
de toda nuestra nación,
pudiera estar excusada
en esta injusta ocasión.
No venimos a matarte,
sólo a Dulimán buscamos;
no siendo a estorbarlo parte,
al rey obediencia damos:
matarle manda y guardarte.
¡Este decreto nos dan!
Las espaldas que blasonas
que te guarda Dulimán,
mejor de nuestras personas
guardadas, Arlaja, están;
porque cosa injusta fuera,
y que el cielo castigara
por rigurosa manera,
al que, en viéndote la cara,
las espaldas te ofendiera.
Que sólo que con la mano
dijeras: éste es mi hermano,
¿cuál fuera el hombre atrevido
que sacara un retraído
de templo tan soberano?
Vamos, señores, de aquí;
buscaremos la ciudad.

ARLAJA. [Pirro], mucho fío de ti,
mas en esta adversidad
mejor es guardarle en mí;
que si por dicha le vieras,
aunque me muestras amor
yo sé que muerte le dieras.

PIRRO. Oye más cerca.

(Llégase a ella.)

ARLAJA. ¡Ah, traidor!

PIRRO. ¿Por qué mi fe vituperas?
¿Por qué no crees que adoro
ese precioso tesoro?
¡Mira si te tengo fe,
que detrás de ti se ve,
y es él, por la fe de moro!

ARLAJA. Habla bajo.

PIRRO. Sólo yo
le he visto.

ARLAJA. ¿Callarás?

PIRRO. Sí,
que esto el amor me obligó.

ARLAJA. Yo sabré pagarte a ti.
¿No le ha visto nadie?

PIRRO. No.

ARLAJA. Pues vete.

PIRRO. Voyme; los dos
os quedad, que a toda ley,
Cielo, os obedezco a vos;
porque si Almanzor es rey,
¡Amor, aunque niño, es Dios!

(Vanse los soldados y PIRRO, *y sale* DULIMÁN *de adonde estaba.)*

ARLAJA. ¡Oh, amor a mi ruego humano!
Bien puedes salir, hermano.

DULIMÁN. Notable ventura fué.

ARLAJA. ¿Cómo descuidaste el pie
dando a la muerte la mano?

DULIMÁN. La notable turbación
fué, Arlaja, para eso parte;
pero escucha una razón
que sé que ha de contentarte,
pues tienes tal discreción.
Quien ama, mira y atento
vuelve a mirar de tal modo
que del mirar el contento
hace que le mire todo,
porque es lince el pensamiento;
y como éste te quería,
tan despacio te miró,
que para desdicha mía
sólo, a tus espaldas, vió
lo que ninguno veía.
¿Cómo saldré?

ARLAJA. Yo he pensado
vestirte como mujer,
y sacarte disfrazado.
Mas, ¿dónde piensas poner
mi vida con tu cuidado?

DULIMÁN. Lejos, Arlaja; que creo
que éste me ha de perseguir.

ARLAJA. ¡Burla su infame deseo!

DULIMÁN. A la libia pienso ir,
que tiene el rey Uristeo
con el etíope Aufrido
de Zánfara, guerra agora,
y seré bien admitido.
¡Paga, por Alá, señora,
a Pirro, el bien recebido,
que si acá me vuelvo a ver,
tu esposo, Arlaja, ha de ser!

ARLAJA. Quererle he con ese nombre.

DULIMÁN. ¡Que de bien le viene al hombre
por una honrada mujer!

(Vanse; salen, con cajas, NEGROS; ANFINO, *capitán bandera;* FEBO, *negrillo, y el rey negro*—AUFRIDO—, *todos negros.)*

REY. Aquí podéis descansar
mientras que se empina el sol,
que el alba con su arrebol
nos volverá a despertar;
descansad, soldados míos,
entre aquestos olorosos
árboles verdes y ombrosos,
y al son de estos claros ríos.
Tomad, soldados, refresco
en la margen de estos ramos,
para que a beber volvamos
de su orilla el cristal fresco.
Dormid en esta arboleda
cuya [y]erba y cuyo olor
os parecerá mejor
que algodón colchado en seda,
hasta que desta montaña
baje el sol con rubia frente
otra vez, porque nos cuente
cómo le fué por España;
que para saber qué intenta
Uristeo mi enemigo,
presto vendrá Polderigo.

ANFINO. Aquí, gran señor, te asienta,
y con algunas canciones
te podrás entretener
hasta acabar de poner
tus pintados pabellones.

REY. Hasta que mi hija llegue
no pretendo descansar.

FEBO. Yan viene.

REY. Hacelde lugar.

ANFINO. ¿Dónde hay sol que tanto ciegue?

(Sale SOFONISBA, *negra bizarra.)*

SOFONISBA. Guárdate el sol, padre mío.

ANFINO. Y a ti del sol no te guarde,
aunque ya llegará tarde
a encender carbón tan frío.

REY. Asiéntate junto a mí,
y cómo vienes me cuenta.

SOFONISBA. Para que descanso sienta
bástame estar junto a ti.

ANFINO. Cuéntame entretanto, Febo,
¿qué siente de mí esta fiera?

FEBO. Non sente, que si sentera
amarán voso manzebo.
¡Por on Dioso! que he pensado
que está desombacho tora.

ANFINO. ¿Qué dice la bella Aurora
donde está el sol eclipsado?

FEBO. Quin no sabe que es amore,
¿qué conta póde tené?
¡Perrone vosa mercé!

ANFINO. ¡Que tanto desdén adore!
Estoy loco, estoy sin mí.

FEBO. Biban-Dios que es como un prata
peró q[ui]zá, palma ingrata
amor q[ue] siembra.

ANFINO. ¡Ay de mí!

FEBO. Descansamo junto a un fonte,
e preguntando por eya,
habramo un rato cu eya,
mientra andamo jente al monte,

desnudóse hasta el cendale
que el cuerpo hermosan cublimo,
a cuya hermosuran plimo
no hay comparación enguale.
Ansí la noche plocura
bestirse de luces beyas,
que eran sus ojos enstreyas,
e sun cuerpo noche obscura.
Parecióme que el Amor
entre el fonte de cristal
andaba a coger coral
de sus labios como un flor.
Le dente resplandecía
entre el regalada ozico,
porque el corale tan rico
de caja al dente serbía.
Amor no acertaba a verlas,
decían yo desde acá:
llega, coge el coral ya,
¡mase adentro están las perlas!
Metió en el puro cristal
el pie de ébano lustroso
que afrentaran, ¡por un Dioso!
turo el marfil oriental.
Uñan blanca e neglon dedo
sobre las aguas mostraba:
atrevida el agua andaba
porque nunca tuvo miedo;
mase cuando el lanbatorio
de lo pé neglo acabó,
¡bibandioso! ¡que crezó
tura la arena en balorio!

ANFINO. ¡Oh, quién estuviera allí
para ver un sol tan nuevo
bañarse en el agua, Febo!
Mas, ¿qué te dijo de mí?

FEBO. Que non sabemo de amore,
me dijo en palablan blebe,
que como nan sumo nieve
nan derretimo al calore.

ANFINO. Púes que me consuelas menos,
callas, no me digas más.

FEBO. Turmento en verte me das,
los ojos de tinta llenos.

REY. En fin, Sofonisba mía,
¿te has bañado y descansado?

SOFONISBA. El agua me ha provocado
que en el arena bullía;
estaba el sonoro y manso
arroyo tan atractivo,
que del calor excesivo
me provocaba a descanso,
bien que sintiendo tu ausencia;
que no le tengo sin ti.

ANFINO. ¡No lo dijera por mí!

FEBO. Caya, e tenemo paciencia.

REY. ¡Ea!, tañed y cantad,
haced fiesta, haced un baile.

SOFONISBA. ¿Quieres que te alegre y baile?

REY. ¿Quién puede mejor?

SOFONISBA. Tocad.

(Cantan los MÚSICOS *negros y bailan.)*

MÚSICOS. Interés mató a Cupido
no hay amor en lo mundo ya;
aquí sa que no se periro
aquí sa, aquí sa.
Interesan lisonjera
mató lon Dioso de Amor,
que no ha quedado amador
que sin interesa quiera.
La biya ea les ha fenido;
¿hay quién sepa dónde está?
Aquí esá que no sa periro
aquí esá, aquí esá.
Amor liberal y franco
de Venus hijo divino
entre los neglos se vino
porque ya no hay fe en lox blanco.
Su madre con mil suspiro
le andamo buscando ya:
aquí esá, etc.

(Algunos negros salen huyendo de DULIMÁN, *las espadas desnudas.)*

NEGRO 1.° ¿Qué furia es ésta?

DULIMÁN. Villanos,
mientras la lengua se apresta
para daros la respuesta,
recibilda con las manos.

REY. ¿Aquesto qué puede ser?
¡Tened, no le deis la muerte!
¿Quién eres, mancebo fuerte?

DULIMÁN. Un hombre que fué mujer.
Mas tú que me lo preguntas,
¿quién eres?

REY. Si es justa ley
que hable primero un rey,
de estas dos provincias juntas,
en Etiopía lo soy
hasta el reino de Biafar
por do el Angla entra en el mar.

DULIMÁN. Obligado, rey, estoy
a servir y obedecerte.
Oye, y sabrás una historia

digna de eterna memoria.
REY. Harásme placer.
DULIMÁN. Advierte.
El rey Dulimán de Argel,
Túnez, Tripol y Biserta,
tuvo diez hijos; de todos,
cuatro solamente deja:
dos hembras y dos varones,
y de tal valor las hembras,
que pudieran competir
con las que el mundo celebra.
De éste, soy hijo segundo;
¡plugiera (1) a Dios no lo fuera,
pues me veo por su causa
cercado de tantas penas!
El rey Dulimán, mi padre,
primero que falleciera
quiso entre mí y Almanzor
repartir todas sus rentas.
Entró por medio la envidia
que estorbar pudo la empresa.
Murió mi padre, y al punto
Almanzor el reino hereda.
Hay una ley en Argel
que el hijo que luego reina
dé la muerte a sus hermanos
para que no se le atrevan;
aquesta ley rigurosa
quiso con mano violenta
ejecutar Almanzor,
si el cielo no lo impidiera.
Entró a buscarme su guarda,
y derribando las puertas,
me empezaron a buscar
diciendo: ¡Dulimán muera!
Cubrióme mi hermana Arlaja
con un velo, de manera
que obligar pudo a las guardas
a que sin verme se vuelvan.
Huyendo salí de Argel
en aquella noche mesma,
que del fuego de esta Troya
mi hermana fué el pío Eneas.
Supe cómo el rey de Libia
contigo tenía guerras,
y procuraba pasarme
con él y ayudarle en ellas;
pero yo veo que Alá
lo ordenó de otra manera,
pues encontré con tu gente
al bajar de aquella cuesta,
donde, viéndome perdido
de conseguir esta impresa,
embestí con todos juntos,
lleno de cólera ciega.
Aquesta, rey, es mi historia,
mi desventura es aquesta,
aunque ya pienso contigo
que mi suerte ha de ser buena;
pues ya que la suerte quiso
que al rey de Libia no fuera,
pienso ahora con tu gente
hacer sus escuadras piezas.
Ampárame como rey,
pues es la mayor grandeza
de los reyes dar favor
al que a pedir se le llega,
porque ruegue, porque pida
a Alá que tu imperio extienda
desde el helado Alemán
hasta donde el sol os tuesta.
REY. Tanto contento he tenido
de ver cuán bien lo has contado,
cuanto lástima me ha dado
el verte tan perseguido.
Pero puesto en mi poder,
valeroso Dulimán,
envidiosos no podrán
escurecer tu placer.
Ya no temo a Uristeo,
y en esto sólo me fundo,
porque, con tu ayuda, al mundo
que podré conquistar creo.
DULIMÁN. Beso tus pies.
REY. Estos brazos,
mi querido Dulimán,
nuestra amistad tejerán
con tan amorosos lazos.
Habla a mi hija.

(De rodillas.)

DULIMÁN. Si haré;
dadme, señora, esa mano.
—¡Oh, qué rostro soberano!
¿En quién tal beldad se ve?
¡Qué noche tan bella y pura,
pues la luz de esas estrellas
dan a aquestas plantas bellas
más contento y hermosura!—
Dadme, señora, perdón
de mi poca cortesía.
Nunca me amanezca el día
si tales las noches son;

(1) En el texto, "plubiera."

y si el mismo sol se asombra
de ver en vos su arrebol,
¡jamás a mí me dé el sol
estando a tan buena sombra!

SOFONISBA. No estéis así, Dulimán,
mirad que no es justa ley
si no dejáis de ser rey
y presumís de galán.

DULIMÁN. Rey con vos nadie lo fuera,
galán, sí, por cortesía;
¡nunca yo buscara día
donde esta noche tuviera!

SOFONISBA. No alabéis la noche obscura,
que hasta las fieras se esconden
de su sombra, y no responden
hasta que ven la luz pura.
Es la noche al caminante
espantoso desconsuelo;
¿a cuál hombre cubre el cielo
a quien la noche no espante?

DULIMÁN. En eso estáis engañada,
que es la noche a los mortales
descanso, a los animales
y aves segura posada.
Letras, armas, pincel, fraguas
paran, y aun los ríos vi
ir mansos de noche, (que) en ti
pienso que duermen las aguas.
El preso duerme y no siente
la sentencia del juëz;
que está sano alguna vez
pienso que sueña el doliente;
y para abreviar el mapa
de su virtud y valor,
¿qué cosa tiene el amor
que non cubra con su capa?

ANFINO. ¡Ay, Febo! ¿qué sientes de esto?

FEBO. Biban-diosa, amigan plimo,
que por eyan derritimo.

ANFINO. ¿Qué dices?, ¿amor tan presto?

FEBO. ¿Qúé queremo que lan diga?
¡Hombre, fuego: eya, carbón!
quemamo lo colazón
y encendemo lan bariga!

REY. Ven, príncipe, a descansar,
que al alba te daré cuenta
de lo que este rey intenta,
porque tienes de tomar
de mi ejército el bastón.

DULIMÁN. Dame esos pies.

REY. Es en vano.
Da a Sofonisba la mano.

DULIMÁN. Divinos favores son;
ya envidioso considero
al mismo Amor.

SOFONISBA. Dulimán,
sois muy discreto y galán.

DULIMÁN. Ser vuestro criado espero.

ANFINO. ¡Ay, Febo amigo! ¿qué haré?
¡que llega a darle la mano!

FEBO. ¡Caya por tu vira, hermano!

ANFINO. ¿Que calle?, ¿cómo podré?
¡Oh, celoso desatino!

DULIMÁN. No hay hombre más venturoso.

FEBO. ¡Jente branca, vivandioso,
que sa baya can vesino!

(Vanse; lleva de la mano DULIMÁN *a* SOFONISBA. *Salen* PIRRO *y* ARLAJA.)

ARLAJA. De aquel agradecimiento
ha procedido este amor.

PIRRO. Procedió de tu valor,
no de mi merecimiento,
¿qué favor tan soberano
quién merecerle podrá?
Pero, dime, ¿dónde está,
Árlaja mía, tu hermano?

ARLAJA. Días ha que fué de aquí
con el favor que le dí;
pienso que en Libia estará.

PIRRO. ¡Pena me da, por Alá!

ARLAJA. ¡Mayor me la ha dado a mí!
Y si en mi mano estuviera,
no fuera rey Almanzor,
aunque es hermano mayor.

PIRRO. ¿Pues quién?

ARLAJA. Dulimán lo fuera.
Dulimán y yo nacimos
de una madre, y de ella fuimos
a un mismo pecho criados,
y bien se ve en mis cuidados
que un mismo origen tuvimos.
¡Ay, Pirro, si viera yo
reinar a mi hermano!

PIRRO. Creo
que cumplirá tu deseo
la sangre que me le dió.
Cuanto a mí no hay que ofrecerte;
mas de que si el dar la muerte
a Almanzor puede ser parte,
haré que por agradarte
esta noche se concierte.
Iré al tártaro Barfol
por tierra, y traerete señas
de aquellas heladas peñas
que nunca calienta el sol;

y si las cosas posibles
no te agradan, pídeme,
porque también te traeré
todo un millón de imposibles.

ARLAJA. Pirro, si de quien desea
una mujer que no alcanza
se puede hacer confianza,
razón será que te crea.
Desde aquí soy tu mujer
y me pongo en tu poder,
si das la muerte a Almanzor,
que no es aqueste rigor
que al cielo puede ofender.
Pondráte en alto lugar,
serás rey, serás mi dueño;
mira si el alma te enseño
ni tengo más que te dar.

PIRRO. Pues si tu dichosa mano
me da bien tan soberano,
yo te prometo de hacer
que sea el cumplir prometer.

ARLAJA. Mas este es el rey tirano:
principio a su muerte demos.

(Sale ALMANZOR.*)*

ALMANZOR. ¿Qué hay, Arlaja?

ARLAJA. Gran señor,
¿vos hacerme tal favor?

ALMANZOR. A la sangre lo debemos;
demás de una cosa mía
vengo, hermana, a suplicarte.

ARLAJA. Creo que por agradarte
la vida me sacaría.

ALMANZOR. Pirro tiene cierta hermana,
y aunque con alma tirana
quitársela yo pudiera,
estimo en más que ella quiera
que lo que a fuerza se gana.
Demás de que atal soldado
no será bien recebido.
Vuestra amistad he sabido,
juntas os habéis criado;
háblala y haz de manera
que verme esta noche quiera.

ARLAJA. No es imposible, Señor;
yo la contaré tu amor,
atrevida y lisonjera,
y fía de mi amistad
que ya o por su voluntad
o ya por hacer la mía,
te vea en cesando el día.

ALMANZOR. ¿Será tanto bien verdad?

ARLAJA. Será verdad tanto bien;
déjame aquí con su hermano.

ALMANZOR. Guárdete Alá soberano.

(Vase.)

ARLAJA. Vida los cielos te den,
Pirro.

PIRRO. Señora.

ARLAJA. Esto es hecho.

PIRRO. ¿Cómo?

ARLAJA. Almanzor satisfecho
de que tengo a Rojelana
tanta amistad...

PIRRO. ¿A mi hermana?

ARLAJA. Me ha declarado su pecho.
Que la hable y que la lleve
a su cuarto me ha mandado.

PIRRO. ¿Pues bien?

ARLAJA. Palabra le he dado.

PIRRO. Di la ocasión que te mueve.

ARLAJA. Ven conmigo y te diré
de qué modo te pondré
de manera que le mates.

PIRRO. ¡Mira que verdad me trates!

ARLAJA. Fía de mi amor.

PIRRO. Sí haré;
mas que palabra me des,
mujer, que importa después.

ARLAJA. Pues fía que está segura
cualquiera cosa que jura,
como ella tenga interés.

(Vanse; salen los negros [rey AUFRIDO, SOFONISBA, ANFINO, FEBO*] y* DULIMÁN *y* URISTEO, *rey negro preso.)*

REY.

No os aflijáis, oh rey de Libia, ahora,
que aquestos son sucesos de fortuna;
y ella pudo quitaros la vitoria.

URISTEO.

Segura la tuviera, ¡oh rey de Zánfara!,
si no hubiera venido en tu socorro
el fuerte Dulimán, por cuya mano
me has vencido, y me tienes en las tuyas.

DULIMÁN.

No os he vencido yo, rey Uristeo,
porque aquesta vitoria se la debe
al rey Aufrido y a su gente ilustre.

FEBO.

¡Y cómo si debemo lan bitoria!
Samo jente dilostre, que no ay cosa
que tenga mase lustre que los neglos.

SOFONISBA.

Si te alaban los propios enemigos,
¿que harán, Dulimán, los que te adoran?

ANFINO.

Aquí pierdo la vida y la paciencia;
Sofonisba se prende por el moro.

FEBO.

¡Cayán boso, y dejamo noranmalas
que alabe Sofonisba lo moros,
que vivan Dioso que es como un soldano,
y que no pode ser mase valente
Alejando lo Mangos ni Cipoños!

DULIMÁN.

Ya estáis vencido, rey; agora os pido
que perdáis el enojo y rencor grande
que al rey Aufrido hasta aquí tuviste
porque no os quiso dar su bella hija;
que los casos de amor, rey poderoso,
no habían de llegar a rompimiento.
Y a vos, señor, os pido, si yo puedo,
que dejes volver libre a Uristeo.

REY.

Basta quererlo tú, Dulimán fuerte.

URISTEO.

¡Dadme los brazos, noble rey de Zánfara,
y voz, mi Dulimán, me dad los vuestros,
y vos me dad los pies, bella señora!

SOFONISBA.

Alzaos, señor, del suelo.

URISTEO.

Con tal mano
al cielo me levanta mi fortuna.
Yo parto, rey famoso, agradecido,
y os prometo enviar por cada un año
diez grandes elefantes, cuyos hombros
cargados vengan de preciosas telas.
Y a vos prometo, angélica señora,
cuatro pintadas joyas enviaros
que en paramento y guarnición engasten
ricos diamantes, perlas, plata y oro.
Y a vos, mi Dulimán, ¿qué puedo daros?
El alma os doy, que en vuestra prisión queda.

DULIMÁN.

Yo, señor, soy humilde esclavo vuestro.

SOFONISBA.

Que os acordéis de mí basta, Uristeo.

URISTEO.

Quien por fuerza, señora, ni por gusto
os mereció, que así os regale es justo.

(Vase.)

DULIMÁN.

¡Qué humilde parte el rey!

REY.

Es rey tan noble
como tú, Dulimán, valiente eres;
yo te quiero premiar, si premiar puedo.
Hija, escucha aquí aparte dos razones.

SOFONISBA.

¿Qué me mandas?

REY.

¿Qué premio te parece
que a Dulimán le demos, pues es justo?

SOFONISBA.

Merece que le des la mejor joya
que en tu casa tuvieres.

REY.

Bien has dicho,
y pues en mi poder no hay otra alguna
que valga más que tú, tú eres su premio.

SOFONISBA.

¿Luego quieres casarme?

REY.

Eso deseo,
y hacerle rey de todo Manicongo,
con cuanto ves que tengo en Etiopía
por donde el río Angla en el mar entra.

SOFONISBA.

Tu gusto pienso hacer.

REY.

Dulimán, oye.

DULIMÁN.

¿Qué es lo que mandas?

REY.

Dulimán famoso,
yo pretendo casarte con mi hija
y hacerte rey de toda aquesta tierra;
y así podrás vengarte del hermano
que tanta crueldad usó contigo;
que aquesta [gente], Dulimán famoso,
aunque negra, es de blancos pensamientos;
no vive aquí la envidia o la lisonja,
como suele en el reino de tu padre.
¿Qué respondes?

DULIMÁN.

Señor, que no merezco
gozar de aqueste bien tan soberano.
Dame, señor, tus manos poderosas.

REY.

Levanta, y da la tuya a Sofonisba.

DULIMÁN.

Dadme esa bella mano, hermosa reina,
con que dejo al Amor de envidia muerto.

SOFONISBA.

Yo, señor, soy humilde esclava vuestra.

DULIMÁN.

Sois mi reina y señora, sois mi cielo.

REY.

Vamos, y hagan luego luminarias;
la boda celebrad con tamboriles.

DULIMÁN.

Vamos, negra del alma y de los ojos.

SOFONISBA.

Vos sois el blanco en que acerté mi vida.

REY.

Tocad los instrumentos y jabebas
con nuevos bailes y con danzas nuevas.

(Vanse; quedan ANFINO *y* FEBO.*)*

ANFINO.

¡Qué aguarda tantos males quien te adora,
Sofonisba cruel! ¡Ya estás casada!
Negra fué mi ventura, y empleada
en el blanco que erró mi suerte ahora.
¡Que amaneció tu noche blanca aurora!
¡Que se ha de ver tu bella tez manchada
de la nieve africana, y ella helada
con el carbón que la derrite agora!
Pues no pienses gozar el bien que adoro.
Mis celos te darán desasosiego,
y casado hallarás carbón por oro.
Mas, ¡ay!, que si contigo a mirar llego
de Sofonisba el único tesoro,
carbón fué para ti, para mí, fuego.

(Vase.)

FEBO.

Amore, bosancé sa gran beyaca;
a mala cuchiyara en san bariga,
pues quando mase pareçemo amiga
ariamo el corbo que los ojos saca.
A uno damo fuegos, a otro aplaca,
aquel dezimo que huya, aquel que siga.
Bayaea, ¿para eya toma higa
por dioso que asi daya masitraca?
Samo turo culerico eso rías
no comingos machacho bapuyeras
que somo neglo que tenemos iias.
Ya sabemo que es hijo de un herreras,
y que su padre andar perrançurías
y su madre unan putan cutureras.

*(Vase.—*ALMANZOR *y* CELAURO.*)*

ALMANZOR. Con todas doce galeras,
como te digo, Celauro,
te parte mañana a Argel,
pues está el mar sosegado:
lleva el orden que te digo;
que a mí, amorosos cuidados
me tienen aquí, que amor
no perdona los palacios:
atrévese a cualquier rey.

CELAURO. Pues en la sala te aguardo
para que me des el orden
por que mañana partamos;
que hay viento, y el mar tranquilo
a voces me está llamando
desde que en azules ondas
mojó sus dorados rayos;
que con la espuma me escribe
papeles de rato en rato,
donde por llegar a Argel
hace las aguas criados.

Ricas van de municiones
de tus galeras las cuatro;
pero todas reforzadas
de soldados y de esclavos;
llevan fuertes espalderes,
llevan a cinco por banco,
que entran en coso a las aves
que al aire cortan volando.

ALMANZOR. Con eso puedes partirte,
que yo quedaré entre tanto
aguardando aquesta noche
de amor un suceso vario.
Podría ser que al amor
le hurte tres horas o cuatro,
y podría ser también
que al alba me estén robando,
que por eso a amor y al tiempo
las alas diferenciamos
en que el amor vuela a voces
y el tiempo vuela callando.

CELAURO. Yo voy, que sólo tu gusto
procuro.

(Vase.)

ALMANZOR. Aciertas, Celauro,
que quien replica a los reyes
muy cerca está de enojarlos.

(ARLAJA *y* PIRRO, *cubierto con un manto de mora.)*

Mas esto es mi bien, sin duda.
¡Oh Arlaja!

ARLAJA. Querido hermano.

ALMANZOR. ¿Es Rojelana?

ARLAJA. Es la misma.

ALMANZOR. Dame, mi vida, esos brazos.
¿Qué tiene, que no responde?

ARLAJA. Es vergüenza.

ALMANZOR. Quita el manto,
corre la cortina al sol,
deja que me den sus rayos.

(Dale de puñaladas.)

PIRRO. ¡Sí darán, y de esta suerte!

ALMANZOR. ¡Muerto soy! ¡Gente, vasallos,
Rojelana me dió muerte!

(Éntrase cayendo.)

ARLAJA. A tu hermana va culpando;
parte a Libia.

PIRRO. A Libia voy.

ARLAJA. ¿Quiéresme bien?

PIRRO. ¡Que me abraso!
¿Y tú?

ARLAJA. Que muero por ti.

PIRRO. ¡Quién volviese!

ARLAJA. Ya te aguardo.

PIRRO. ¿Serás mi mujer?

ARLAJA. ¡Pues no!

PIRRO. Gente viene.

ARLAJA. Alarga el paso.

PIRRO. Mahoma quede contigo.

ARLAJA. Y te guarde muchos años.

JORNADA SEGUNDA

[PERSONAS

El rey DULIMÁN, *ya viejo.*
PIRRO, *idem id.*
ANTIOBO, *príncipe negro, hijo de* DULIMÁN.
ALÍ, *moro.*
ARMINDO, *idem.*
FENDE, *idem, carcelero.*
PREGONERO, *idem.*
COSTANCIO, *esclavo viejo.*
MARCELA, idem id.
LUCINDA *(con dos niños), sarda.*
LEONARDO, *sardo.*
ANTOLÍN, *idem.*
CESARINA, *idem.*
AMURATES, *turco, Gran Sultán.*
HAZEN, *idem.*
RUSTÁN, *idem.*
UN CRIADO.]

(Salen ANTIOBO, *moro negro, y* ARMINDO, *moro.)*

ARMINDO. Puesto que sea, señor,
la lisonja el fundamento
adonde estriba el favor,
yo, por lo contrario, intento
y solicito tu amor.
Con las virtudes querría
serte agradable, y sería
cosa nueva mi privanza.

ANTIOBO. No te engaña tu esperanza;
esa pretensión es mía.
Al fin, ¿que estoy imputado
con mi padre generoso
de hombre vil?

ARMINDO. Hante engañado.

ANTIOBO. ¿Pues de qué?

ARMINDO. De hombre piadoso.

ANTIOBO. ¿Qué es piadoso?

ARMINDO. Afeminado.

ANTIOBO. ¿Afeminado? ¿Qué dices?
¿No miras que contradices
este mi color robusto?

ARMINDO. Cuanto al alma, ingenio y gusto,
no mira el cielo en matices.
Tal vez de un blanco, de un rubio,
como se ve en los que están
en el alemán Danubio,
hace un ardiente volcán
más que en el monte Vesubio;
y tal vez de un verdinegro
con el bigote tan negro
que hasta al ébano se atreve,
le pone un alma de nieve.

ANTIOBO. Mucho, Celauro (1), me alegro
en escuchar tus verdades.

ARMINDO. Yo, Antiobo, ¿qué pretendo
sino que a tu padre agrades?

ANTIOBO. ¿En qué al rey mi padre ofendo
que tanto me persüades?

ARMINDO. En andar haciendo bien
a los cautivos cristianos,
pues dicen cuantos lo ven
que en príncipes africanos
es cosa indigna también;
que mal irás a su tierra,
por cuanto su costa encierra,
a hacerles guerra, si aquí
en ayudarlos así
haces a tu padre guerra.

ANTIOBO. Pues ¿en matar a un rendido
he de mostrar mi valor?

ARMINDO. Un alarbe ayer subido
en la mezquita mayor,
letrado y hombre entendido
en cosas del Alcorán,
dijo: "el cristiano y el moro
de Alá pintados están
en forma de león y toro
que fiera guerra se dan;
león es el africano,
toro el español cristiano".
Pues si esto es clara verdad,
tener del toro amistad
no es ser león.

ANTIOBO. Caso es llano.
Mas un príncipe de Argel
no se ha de mostrar cruel
con toros agarrochados,
que esclavos aprisionados
no le darán fama a él.
Ponme tú con toros bravos,
cuando doblemos los cabos
de España en otra ocasión,
y allí verás el león,
no aquí con toros esclavos.

(1) Así en el texto ms.; pero evidentemente es un error. Parece que debiera decir: "*Armindo*, mucho me alegro".

(Un PREGONERO *y* ALÍ, *moros, con* LUCINDA, *cautiva, y dos niños.)*

PREGON.° ¿Quién compra la bella esclava?
¿Quién la compra? ¿Quién da más?

ANTIOBO. ¡Alí!

ALÍ. Señor.

ANTIOBO. ¿Dónde vas?

ALÍ. Dinero, señor, buscaba.

ANTIOBO. ¿Por qué me llamas señor?

ALÍ. Pues ¿a un príncipe de Argel
heme de igualar con él?

ANTIOBO No, que es mejor tu color.

ALÍ. ¿Qué es mi color?

ANTIOBO. Blanca es.

ALÍ. Pues yo te quiero probar
que no es lo más de estimar
en el hombre; escucha, pues:
¿qué decimos de un señor
para hacerle a un rey igual?

ANTIOBO. Que tiene sangre real.

ALÍ ¿La sangre tiene color?

ANTIOBO. Sí.

ALÍ. ¿Qué color?

ANTIOBO. Colorada.

ALÍ. Luego ya con ese nombre
no es la blancura en el hombre
la color más estimada.

ANTIOBO. Mira, Alí, tu madre fué
la que niño me crió,
allí fuí tu hermano yo:
llámame hermano.

ALÍ. Si haré,
pero tengo de añadir
siempre la *leche* al *hermano,*
que tú eres rey, yo, villano,
y daremos que reír.
Déjame vender la esclava
y estos dos niños, que quiero
hacer hoy cierto dinero.

ANTIOBO. ¡Bella esclava!

ALÍ. Si la alaba
tu Alteza, por es hermosa,
tómetela, pues, mi hermano
de leche, y sería en vano
hacer con ella (1) otra cosa.

(1) En el ms. original, "él".

ANTIOBO. ¿Búrlaste de ser mi hermano?
pues ten por cosa muy llana
que el ser tu madre cristiana
me pegó algo de cristiano.
ALÍ. Créolo, pero perdona,
que esta esclava vender quiero.
ANTIOBO. Yo, Alí, comprártela espero,
que su dolor me apasiona.
¿En cuánto darla querrías?
ALÍ. Ella y los niños que ves
en mil cequíes.
ANTIOBO. Después
los daré, si me los fías.
ALÍ. Ya es tuya. Adiós, pregonero.
PREGON.° Mahoma, señor, te ayude.

(Vase.)

ANTIOBO. Por los cequíes, acude,
hermano, a mi tesorero.
ALÍ. No me llames, Antiobo,
tu hermano, ¡por Dios!
ANTIOBO. ¿Por qué?
ALÍ. Con ello me quedaré,
y es darle un cordero a un lobo:
que el día que seas rey
me has de matar por tu hermano.
ANTIOBO. ¡Fuera entonces rey tirano!
ALÍ. ¿No ves que el uso hace ley?
ANTIOBO. Yo te digo que yo sea
rey de unos reinos tan llanos
¡que todos sean hermanos
cuantos en mi reino vea!
¿Esclava?
LUCINDA. Señor...
ANTIOBO. ¿De adónde
eres natural?
LUCINDA. Solía
ser la bella patria mía
Cerdeña.
ARMINDO. ¡Qué bien responde!
ANTIOBO. ¿Tu nombre?
LUCINDA. Lucinda.
ANTIOBO. ¿Quién
te cautivó?
LUCINDA. Amete Haro.
ANTIOBO. ¿Tienes marido?
LUCINDA. Y tan caro
que él sólo es todo mi bien.
ANTIOBO. ¿Dónde está?
LUCINDA. Cautivo aquí.
ANTIOBO. Oye aquí aparte.
ARMINDO. Querrá
gozarla.
ALÍ. Perdido está.
LUCINDA. ¿Qué me mandas?
ANTIOBO. Oye.
LUCINDA. Di.
ANTIOBO. ¿Tienes algo de cristiana
contigo que allá estiméis?
LUCINDA. Este rosario.
ANTIOBO. ¿Y qué hacéis
con prenda tan soberana?
LUCINDA. Rezar el Ave María.
ANTIOBO. ¡Lindo nombre!
LUCINDA. Es una dama
que el cielo reina la llama,
y Dios su madre, aunque es mía.
ANTIOBO. Dámele, y vete con Dios;
no demos que sospechar.
Armindo, yo quiero dar
hoy libertad a estos dos.
Parte, y busca a su marido;
dales a España pasaje,
y para el matalotaje
cien doblas.
LUCINDA. Los pies te pido.
ANTIOBO. Oye al oído.
LUCINDA. ¿Qué quieres?
ANTIOBO. Haz que allá rueguen por mí
a esa dama.
LUCINDA. Harélo ansí.

(Vanse los dos.)

ALÍ. ¡Bien negocias con mujeres!
¡aumentarás el hacienda!
ANTIOBO. De eso, hermano, no se trate,
que no se fué sin rescate.
ALÍ. ¿Cómo?
ANTIOBO. Dejóme una prenda.
ALÍ. ¿Prenda?
ANTIOBO. Que el alma desea
desde hoy empezar a amalla.
ALÍ. ¿Qué prenda?
ANTIOBO. Que he de adoralla
por que todo mi bien sea.

(CAUTIVOS, *algunos huyendo de* FENDE, *moro, y* COSTANCIO, *viejo cautivo.)*

FENDE. Acaben ya de salir.
COSTANCIO. Fende, con menos rigor.
FENDE. Camine el viejo hablador.
ANTIOBO. ¡Esto he podido sofrir!
¿Quién eres?

FENDE. El guardián
de los baños.
ANTIOBO. Y esta gente
¿dónde va tan diligente?
FENDE. Por leña a los montes van.
ANTIOBO. Deja este viejo.
FENDE. ¿A qué efeto?
ANTIOBO. Da este dinero a un esclavo
que vaya por él.
FENDE. No acabo
de entenderte.
ANTIOBO. Más discreto
.... (1)
FENDE. Queda, señor, con Alá.
COSTANCIO. ¿Quién obligado te ha
a mostrarte de mi parte?
ANTIOBO. El verte tan viejo, padre,
de ayudarte causa es.
COSTANCIO. Echarme quiero a esos pies:
por que todo el bien me cuadre.
Dame esa mano a besar.

(Bésale la mano.)

ANTIOBO. ¿Qué es lo que tiene tu boca,
que en cualquier parte que toca
impresa viene a quedar?
Tu boca en mí se imprimió,
tu persona se levante,
que, a no estar nadie delante,
a ti me humillara yo.
¿Quieres decirme quién eres?
COSTANCIO. ¡Si hablarte a solas pudiera,
qué de cosas te dijera,
ya que hacerme merced quieres!
ANTIOBO. Alí.
ALÍ. Señor.
ANTIOBO. Ve en buen hora
a que te den tu dinero.
ALÍ. En todo servirte quiero.

(Vase.)

ANTIOBO. Dime quién eres ahora.
COSTANCIO. Confiado en tus palabras,
¡oh generoso Antiobo!,
daré principio a las mías
con lágrimas y sollozos.
El rey Dulimán, tu padre,
como ya lo saben todos,
de tu tío perseguido
huyó de Argel temeroso.
Vino a parar a la tierra
del rey Aufrido, famoso
en las partes de Etiopía,
rey desde Zánfara a Congo.
A la bella Sofonisba,
negra del más bello rostro
que hizo la naturaleza,
y que a la nieve antepongo,
le dió por mujer tu abuelo,
de su valor envidioso;
porque era tu bella madre
de todo aquel reino asombro.
Y aunque tu padre era blanco,
se tuvo por muy dichoso,
que entre los blancos y negros
una diferencia noto:
que de día hizo a los blancos
el pincel maravilloso
de Dios; de noche, a los negros,
con menos luz que a los otros.
De este noble casamiento,
famoso en el mundo todo,
al mundo naciste tú,
Antiobo ilustre; y como
vino Pirro, agá de Argel,
a decirle que aquel monstruo
de Almanzor quedaba muerto
por su brazo valeroso,
a Argel se vino tu padre
con Sofonisba, que absortos
.... (1)
.... los grandes todos,
obedécenles por reyes;
dando la mano de esposo
Pirro a la hermana del rey,
con mucho contento y gozo.
Trujéronte, al nacer tú,
muchas amas, Antiobo,
mas de ninguna quisiste
el pecho de ningún modo.
Estuviste bien tres días
sin tomar un trago solo
de leche; misterio grande
que no entendieron tus moros,
¡en efecto!, hasta que al cuarto
te dieron el pecho hermoso
de una hermana que aquí tengo.

(1) Verso cortado por el encuadernador, en el ms. parmense cuyo texto publicó Restori.

(1) Los puntos suspensivos corresponden a un verso y parte de otro que están mutilados en el ms. parmense.

No quisiste tomar otro.
Cautiva estaba conmigo,
y viendo el rey que tus ojos
en viéndola se alegraban,
la llevó a palacio él propio.
Criábate, pues, mi hermana;
y en el manto tenebroso
de una noche pudo hacerte
siervo del Señor que adoro:
el bautismo quiso darte,
mas fué su hado tan corto
que algunos pudieron verla,
que en palacio hay ciegos pocos;
y el rey no lo supo apenas,
cuando vino como un corzo,
rodeado de los suyos,
vueltos en sangre los ojos,
quitóte de entre sus brazos,
y en mi hermana, fiero y loco,
a no tenerle, el alfanje
tiñe de la punta al pomo.
Mandóla al punto meter
en un hondo calabozo,
en el cual ha veinte años
que está, y que por ella lloro,
porque quiso bautizarte.

ANTIOBO. ¿Y dióme el agua?

COSTANCIO. Respondo
que del dártela estoy cierto,
de ley, palabras y todo.

ANTIOBO. Y tu hermana, ¿dónde está?

COSTANCIO. Dentro del palacio propio,
en una mazmorra escura,
sin mirar del sol el rostro.
Ven a librarla, señor:
cristiano eres, Antiobo,
que ese vestido es corteza
sólo de inútiles troncos;
¡mira que te está llamando
sobre los celestes coros
aquella sin par Estrella
madre de su padre propio!
¡Libra, señor, los cautivos,
que en ásperos calabozos,
padeciendo mil trabajos,
tu favor aguardan sólo!
Empieza a mostrar quién eres,
pues el bautismo dichoso
tienes ya.

ANTIOBO. Virgen María,
en vuestras manos me pongo.
Vuestro Negro quiero ser,
y que pongáis en mi rostro
un clavo de la pasión
de vuestro querido esposo.
Vos me enseñad el camino,
que por amparo os escojo
de los trabajos y males
que a sufrir por vos me pongo.
Hartos blancos hay allá
que a esos pies sirvan de trono:
poned a un negro que sirva
de alfombra a esos pies hermosos.

(Vanse, y salen DULIMÁN *y* PIRRO, *con barbas.)*

DULIMÁN.

¿Que el turco, Pirro, está sobre Cerdeña?

PIRRO.

Aflígela de suerte con su armada
que, cuando fuera yunta toda peña,
la deshiciera su famosa espada.

DULIMÁN.

La resistencia no será pequeña,
que es gente en tierra y mar ejercitada.

PIRRO.

¿Qué ha de poder donde la fuerza es tanta
que sobre el mismo mar montes levanta?
¿Qué importa que al halcón chillando aguarde
el escuadrón de pájaros medroso,
que defenderse intente, si, aunque tarde,
cuando va a dar en él muy de reposo
no halla allí quien dél no se acobarde
mirándole venir tan presuroso,
haciendo con las garras............ (1)
como hacen en redil hambrientos lobos.

DULIMÁN.

Haz armar, Pirro, veinte galeotas,
que al Gran Señor estoy muy obligado;
corran del mar las partes más remotas,
desde el Caribe al Español helado,
embistan juntas las cristianas flotas
sembrando asombro por el mar salado,
y para ser más fuertes y más bellas
Antiobo por cabo vaya de ellas.

PIRRO.

Eso, agora, señor, es necesario,
aunque yo sus costumbres no deslindo.

(1) En el ms. parmense se halla cortado el final de este verso, que diría probablemente "fieros robos".

DULIMÁN.

Viendo Antiobo en las costumbres vario
ni tu consejo admito ni me rindo.
Pruebe agora las fuerzas del contrario.

PIRRO.

¿Quién le ha de acompañar?

DULIMÁN.

El fuerte Armindo.

PIRRO.

Al turco con tu armada ayuda lleves,
y de Antiobo las costumbres pruebes.
Yo sospecho que, aunque es tan cortesano,
de laurel ceñirá Marte sus sienes.

DULIMÁN.

Pues parte, Pirro, al mar, vuélvele cano
con los azotes de ayo que previenes;
indústriale tú mismo con tu mano,
pues en mi reino tanta mano tienes;
y ven, que en siendo Antiobo suficiente
la corona de Argel pondré en su frente.

(Vanse. Salen ANTIOBO, COSTANCIO *y* CELÍN.)

ANTIOBO. ¿Es aquesta la prisión?
CELÍN. Allá estuvo algunos años
en la sima de las baños.
ANTIOBO. Y éstas, alcaide, ¿qué son?
En pena y escuridad,
¿no es retrato del infierno?
COSTANCIO. Sólo en el tormento eterno
se diferencian.
ANTIOBO. Sacad
una hacha.
CELÍN. Ya está aquí
encendida; entremos pues,
que aquesta la cárcel es.
ANTIOBO. ¿Es ésta la puerta?
CELÍN. Sí.
ANTIOBO. Entrar dentro me conviene,
que a esa mujer quiero ver.
¿Quién le da aquí de comer?
CELÍN. Mi mujer cuidado tiene
de darla a comer, señor.
ANTIOBO. ¿Qué la da?
CELÍN. Bizcocho y agua.
ANTIOBO. ¡Oh mártir! Se entre en la fragua
de tan encendido amor!

(En una cueva descúbrase MARCELA, *ya vieja, de rodillas.)*

CELÍN. Esta es la mujer.
ANTIOBO. ¡Ay cielo,
qué olor el alma despierta!
Estate tú en esa puerta
por si viene el rey.
CELÍN. Harélo.

(Vase.)

MARCELA.

Largos, prolijos años
viví, Señor eterno,
en un terrestre infierno
sufriendo tantos daños;
mas ya se llegó el día
que sale el sol a la tiniebla mía.
No he sido Magdalena,
Marcela, padre, he sido;
en cuevas he vivido,
mas no he sido tan buena;
antes, Señor, tan mala
que a mi grave maldad ninguna iguala.
La merced que me hicistes
en que hoy me confesase
y el alma desnudase
de aquellas culpas tristes,
aunque no lo merezco,
os estimo, os alabo y agradezco.
¿Veré yo mi Antiobo,
hijo de aquestos pechos
en lágrimas deshechos,
de que le tenga un lobo?
¿Veré mi hermano amado?

COSTANCIO.

Marcela, aquí los tienes, a tu lado.

MARCELA.

¿Qué es aquesto que veo?

COSTANCIO

Antiobo y tu hermano.

ANTIOBO.

¿Quieres darme la mano?

MARCELA.

Ya en los brazos deseo;
¡abrazadme!

(Muere en los brazos de ANTIOBO.)

COSTANCIO.

¿Qué es esto?

ANTIOBO.

¡Que en mi nube, en mi noche, el sol se ha [puesto!

COSTANCIO.

¿Murió?

ANTIOBO.

¿Pues no lo miras?

COSTANCIO.

Lágrimas, haced ríos
por estos ojos míos,
y haced sagradas piras
que monumentos labren,
pues las entrañas de las piedras abren.
.... (1)

CELÍN.

El rey viene a buscarte, que, sin duda,
supo que aquí venías.

ANTIOBO.

Cierra presto;
y tú, Celín, tendrás la lengua muda.

CELÍN.

Presto verás lo que te sirvo en esto.

ANTIOBO.

¡Marcela, ya de espíritu desnuda,
ruégale a Dios!

(Sale DULIMÁN.)

DULIMÁN.

Pues, príncipe, ¿qué es esto?
¿Que es lo que en cuevas buscas?

ANTIOBO.

Una joya
en quien mi alma su contento apoya.

DULIMÁN.

Pues si tú quieres joyas, Antiobo,
¿no te podré yo dar cuantas quisieres?

(1) En el ms. falta una línea, por haber sido cortada, que contendria quizá una acotación.

ANTIOBO.

Mal sabes tú lo que se siente un robo,
y más cuando son prendas de mujeres.
Si en este caso la costumbre innovo (1),
castiga, pues que padre y señor eres.

DULIMÁN.

Yo debo, como padre, aconsejarte
solamente lo que honra puede darte.
El turco, hijo, con soberbia armada,
de Cerdeña amenaza puerto y muros.
Quiero que vayas a probar tu espada
en los aceros de Cerdeña, duros,
que llegando tu ayuda deseada
los Sardos no podrán vivir seguros.
Las galeras te aguardan; parte al punto,
y allí tu valor muestra todo junto.

ANTIOBO.

Lo que yo deseando más estaba
tu mano generosa me ha ofrecido.

DULIMÁN.

Yo también, Antiobo, deseaba
conocer tu valor esclarecido.
Pirro de aderezar la armada acaba,
que ya el mar alborota con ruido.

ANTIOBO.

Ya deseo de Argel doblar los cabos;
dame buenas galeras, dame esclavos.

DULIMÁN.

Lo que es esclavos buenos, los prometo;
en peso llevarán las galeotas.

ANTIOBO.

Pues tú verás después el buen efeto.
—¡Sus vidas libres, sus prisiones rotas!—

DULIMÁN.

Yo tengo de tu sangre buen conceto;
que aunque nacido en partes tan remotas,
es Sofonisba reina y es tu madre.

COSTANCIO.

¿Qué, así me dejas?

ANTIOBO.

No me dejes, padre.

(1) En el texto, "inobo".

(Vanse. Salen LEONARDO, ANTOLÍN, LUCINDA *y* CESARINA, *sardos.)*

ANTOLÍN. Defensas son excusadas.
LUCINDA. Si el cielo con su piedad
no guardase una ciudad,
en vano serían guardadas.
LEONARDO. ¡Mísera de ti, Cerdeña!
No ven tus ojos turbados
que son grandes tus pecados
y la defensa es pequeña.
Angeles santos, volved
por los que por sí no pueden,
dadnos fuerza.
LUCINDA. Mucho exceden,
pero lo posible haced.
Vamos todos a morir;
que antes de volverme a ver
cautiva, aunque soy mujer,
quiero mil muertes sufrir.
Y a mis hijos y mi esposo,
buen ángel, venga la muerte.
CESARINA. Lucinda, en caso tan fuerte
sólo el morir es forzoso.
Sardos, si os queréis rendir,
las mujeres moriremos.
LEONARDO. Cesarina, bien sabemos
que es mayor honra el morir.
Con tanta sangre, que el mar
las arenas ha teñido,
Cerdeña se ha defendido;
ya poca puede quedar.
Si los remedios humanos
son difíciles caminos,
acudir a los divinos
es de soldados cristianos.
En la iglesia, como veis,
lo más de aquesta ciudad
se ha juntado; confesad
que ofendido a Dios tenéis,
y con lágrimas pedid
que os dé, en pena semejante,
contra ese turco gigante
algún valiente David.
ANTOLÍN. Leonardo, aconsejas bien;
de los Reyes es su altar:
bien les podemos rogar
que ayuda y favor nos den.
LEONARDO. Corred aquesa cortina
al retablo.
CESARINA. Reyes santos,
volved por vasallos tantos.

(Descúbrese un retablo de la Adoración de los Reyes.)

LUCINDA. Niño Dios, Virgen divina,
también os va en esto a vos.
Guardad el Niño, Señora,
que viene Herodes agora
para saber si sois Dios.
Nuestros hijos inocentes
irán a morir a Argel;
mirad que otra vez Raquel
los ojos convierte en fuentes.
LEONARDO. Reyes divinos, también
os han de llevar cautivos
los bárbaros vengativos;
luego a todos toca el bien.
Pedidle a ese Niño santo
que del Turco nos defienda.
VOZ. No receléis que os ofenda.
LEONARDO. ¿Fué voz?
LUCINDA. Sí.
CESARINA. ¡Notable espanto!
ANTOLÍN. ¿Qué dijo?
LUCINDA. Que no podría
ofendernos.
LEONARDO. Esperad:
Reyes, si tanta piedad
halló Cerdeña este día,
¿quién será nuestra defensa?
VOZ. Del linaje y del color
dél que, en fe de su valor
y de que ayudaros piensa,
levanta el brazo y el dedo.

(La pintura del Rey negro levante el dedo derecho.)

LUCINDA. ¡Gran milagro!
CESARINA. Levantó
el dedo.
ANTOLÍN. Yo lo vi.
LUCINDA. Y yo.
LEONARDO. Sardos, acabóse el miedo:
que un hombre deste color
nos promete por defensa.
LUCINDA. ¡Grandeza de Dios inmensa,
en tal color tal valor!
CESARINA. ¡Ay, Dios, qué extraña visión!
ANTOLÍN. ¿Qué negros la isla tiene
de tal valor?
LEONARDO. No conviene,
sardos, en esta ocasión
examinar a quien sabe
por dónde o cómo ha de ser.
Volvamos a defender,
antes que de entrar acabe
la playa y puerto el Sultán;

que Dios, pues lo ha prometido,
sardos, ya tiene elegido
este Negro capitán.
Vamos al mar, y por Dios
que a ninguno falte fe.

ANTOLÍN. Pondré sobre el agua el pie,
mas fío y espero en vos.

LUCINDA. Negro que mi sol os llamo,
¿cuándo u cómo os he de ver?
¡A fe que debéis de ser
el negro del mejor amo!

(Vanse. Salen ANTIOBO, COSTANCIO, ALÍ *y* ARMINDO.*)*

ANTIOBO. Gracias a Dios que llegamos
a la vista de Cerdeña,
aunque no ha sido pequeña
la tormenta que pasamos.

ALÍ. Pienso que eres hechicero,
pues que pudiste mandar
que se sosegase el mar
cuando más soberbio y fiero.
¿Qué es aquello que metiste,
de una cuerda asido, en él,
que su arrogancia cruel
en un punto reprimiste?

ANTIOBO. Estas cuentas puse, Alí.

ALÍ. ¿Estas cuentas? Pues ¿qué son?

ANTIOBO. Cuentas de gracia y perdón,
de la que al cielo le di.
Con estas cuentas se intenta
buscar al alma salud,
porque tienen tal virtud
que al mundo alcanzan de cuenta.

ARMINDO. Ya, señor, que, bien que mal,
estás mirando a Cerdeña,
isla fuerte, aunque pequeña,
y a la más fértil igual,
ves allí la grande armada
del turco Amurad sultán,
a quien el rey Dulimán
quiere que des tu embajada;
aborda, si te parece,
y entrémosle a hablar.

ANTIOBO. Armindo,
a otro rey mayor le rindo
la obediencia que merece;
otro padre tengo acá.
Entra, y por tus propias manos
deshierra cuantos cristianos
vienen al remo de allá.

ARMINDO. Antiobo, ¿estás en ti?

ANTIOBO. Quiérolos hacer soldados.
¿Para qué te dan cuidados,
pues no me los dan a mí?
Yo soy dueño de esta gente;
entra.

ARMINDO. Señor, no he de entrar.

ANTIOBO. ¿No? ¡Pues echalde a la mar!

ARMINDO. Espera, Antiobo, ¡tente!
Yo entraré y los sacaré
de las prisiones.

ANTIOBO. Alí.

ALÍ. Señor.

ANTIOBO. No vengan aquí
sin armas.

ALÍ. Tu gusto haré.
Pero dime, ¿dónde están
armas para tanta gente?

ANTIOBO. Alí hermano, entiende, siente...

ALÍ. Rey eres y capitán,
y, a lo que tengo entendido,
no das al Turco favor.

ANTIOBO. ¿No te parece mejor
darle al Cristiano afligido ?

ALÍ. Ea, pues, ¡si Dios te llama,
no vuelvas, príncipe, a Argel!

COSTANCIO. Algún ángel habla en él:
lo que adoraba desama.

ANTIOBO. Entra y arma a los cristianos
de las armas de los moros.

ALÍ. Yo voy.

(Vase.)

COSTANCIO. ¡Qué ricos tesoros
que pondrá Dios en tus manos!
¡Qué reinos tan diferentes
que vais buscando los dos:
tú vas buscando el de Dios,
y Amurad el de las gentes!

(Dentro, a los cautivos, a voces: "¡Libertad!")

CAUTIVO 1.º ¡Alegre y dichoso día!

TODOS. ¡Libertad, libertad!

ANTIOBO. ¡Cielo!,
¿a quién no darán consuelo
voces de tanta alegría?

COSTANCIO. Todos los van desherrando.

ANTIOBO. ¿Qué música me pudiera
alegrar tanto?

*(*ALÍ, *dentro.)*

¿Qué espera?

Vaya a tales flechas dando,
o caiga luego en el mar.

ANTIOBO. ¿Qué es esto?

COSTANCIO. Alí es que desarma
los moros.

(ARMINDO, *dentro.*)

Poneos en arma,
moros, que os quieren matar.

ALÍ. Vaya al mar.

COSTANCIO. Uno arrojaron.

ANTIOBO. Y todos irán tras él.

TODOS. ¡Viva el príncipe de Argel!

(Salen muchos cautivos con armas y ALÍ.)

ALÍ. Ya, como has visto, se armaron.

CAUTIVO 1.º ¿Qué nos mandas, gran señor,
con armas y libertad?

ANTIOBO. Hijos, un poco escuchad;
sabréis mi intento mejor.
Yo soy cristiano, cautivos,
que el bautismo sacrosanto,
cuando pequeño, me dieron,
por quien los cielos aguardo.
El ama que me dió leche
fué quien me hizo cristiano,
cuyo hijo es Zayde Alí,
que fué moro por engaño.
Cuando lo supe y la vi
rindió el alma en estos brazos.
No sé si me dió más leche
que lágrimas la he llorado.
Envíame el rey mi padre,
con galeras veinticuatro
a dar favor al Gran Turco,
que a Cerdeña está asolando;
pero lo que yo pretendo
es, amigos, al contrario:
que soy vasallo de Cristo,
y he de hacer por sus vasallos.
Sabed, hijos, qué es mi intento:
que a mis moros, desarmados,
al mar los arrojéis todos,
sacando a Alí, que es mi hermano.
Y lo segundo, cautivos,
que os advierto es que el contrario,
seguro de la victoria
de Cerdeña, está burlando;
todos han saltado en tierra,
seguros y descuidados
de las falsas medias lunas
que en mis gabias ven colgando.
Sus galeras están solas:
cortad al punto los cabos,
dando en ellas de repente
como el lobo en el rebaño;
porque, cogida el arma,
seguro estoy que podamos
darle favor a Cerdeña,
que a voces me está llamando.
¡No quede moro con vida!,
que yo con este rosario
lo pienso alcanzar con ruegos,
y con ésta peleando.
¡Acometamos, amigos!
¿Qué respondéis?

CAUTIVO 1.º Que llorando
lágrimas de gozo y gusto,
a tus pies nos arrojamos,
¡oh nuevo Alejandro negro,
y más fuerte que Alejandro,
por quien tendrá presto el cielo
en sus divinos palacios
famosa correspondencia,
pues con el negro Rey Mago
estará otro nuevo rey,
después del Rey negro y santo!
Soberano intento llevas,
tendrás favor soberano;
¡libra a Cerdeña, Antiobo,
mira que te está llamando!

ANTIOBO. Pues, ¡arma, soldados míos!
¡Viva Cristo! ¡Acometamos
y mueran los enemigos!
Buena esperanza llevamos;
tenedla en Cristo, en María
y en su divino rosario:
que pues ébano me hizo,
cuenta soy que está a su cargo;
pues no se tiznan los cielos
con negros más que con blancos.
Negro soy de Dios, que soy
el negro del Mejor Amo.

(Vanse. Salen el Gran Turco [AMURAT] *y* HAZEN.)

AMURAT. ¿Que se piensan defender?

HAZEN. Pues vuelve, el sardo eso piensa.

AMURAT. Imposible habrá de ser,
que ¿adónde han de hallar defensa
que se oponga a mi poder?
Pasad hombres y mujeres
y los niños a cuchillo.

HAZEN. ¿Que a nadie perdonar quieres?

AMURAT. De ti, Hazen, me maravillo;
¿eres mujer, o quién eres?
Cuando veo que se anima
a la defensa y no estima
que la puedo perdonar,
quisiera tomar el mar
y echársele todo encima.

HAZEN. Podrá ser que hayan tenido
socorro de alguna gente.

AMURAT. ¿De qué nace este ruido?

(RUSTÁN, *moro.*)

RUSTÁN. ¡Oh emperador del Oriente,
de toda el Asia temido!

AMURAT. ¿Qué es eso, Rustán?

RUSTÁN. Señor,
Antiobo, un negro vil
del Africa, sucesor
de Sofonisba gentil
y del alarbe Almanzor,
el que llaman Dulimán,
el rey de Argel y de Orán,
Túnez, Trípol y Biserta,
con el Sardo se concierta:
tu armada tomando están;
con tus propias municiones
te han de destruir aquí.

AMURAT. ¡Notable espanto me pones!
¿Un negro africano a mí?

RUSTÁN. Cruces tienen sus pendones,
y yo tengo por muy llano
que debe de ser cristiano.

AMURAT. Muy bien se ha echado de ver.
Hazen, ¿qué tengo de hacer?

HAZEN. Todo remedio es en vano,
porque, tomada el armada,
la ciudad no conquistada,
entre la tierra y la mar,
¿qué brazo podrá quedar
que no pruebe en ti su espada?

AMURAT. ¿Hasle visto acaso?

RUSTÁN. Allí
se descubre en una gavia.

AMURAT. Ya por la color le vi.
(¿Que un africano me agravia?)
¿Podréle hablar?

RUSTÁN. Señor, sí.

(ANTIOBO, *arriba.*)

AMURAT.

¡Antiobo, Antiobo!

ANTIOBO.

¿Quién me llama?

AMURAT.

Amurate sultán te llama agora;
no ha un hora que dijera el señor de Africa.
Emperador del mundo ser solía;
mas ¿qué vale la fuerza sin industria?
¿Cómo tomaste mis armados leños?
¿Qué te movió?

ANTIOBO.

Enseñarte me ha movido:
el general del mar no salta en tierra
sin que deje la guarda necesaria.
¿Cómo podrás volver al Asia ahora?

AMURAT.

No sé qué te decir; pero confieso
que me engañó mi loca confianza.
Pero tú ¿no eres moro, y no es tu padre
africano también y de mi secta?
Y tu madre, la bella Sofonisba,
¿no es gentil, dime, y de mi propia sangre?
Pues ¿cómo pones en las gavias cruces,
y has quitado mis lunas?

ANTIOBO.

Soy cristiano,
aunque es verdad que fué mi padre moro
y que es gentil mi madre Sofonisba;
mas no he de ser cruel, Sultán, contigo;
deja Cerdeña, y te daré tu armada.

AMURAT.

De buena [gana] aceptaré el partido.

ANTIOBO.

¿Qué prenda me darás?

AMURAT.

Cuatro Bajáes
y dos hijos que tengo aquí pequeños.

ANTIOBO.

Pues embárquenlos luego... Mas no: espera;
yo te enviaré un hombre que los lleve
y traiga a la ciudad, de donde, al punto
que en ella esté, un hacho en una torre
hará señal que embarcarte puedas;
y prometo enviártelos al Asia,
con gente y con galeras, brevemente.

(*Vase.*)

AMURAT.

Guárdete Alá. ¿Qué es esto, vil fortuna?
¿Cómo has dado una vuelta tan extraña?
¿Cómo me has derribado de tu cumbre
al profundo de males y miserias?

(Sale COSTANCIO.)

COSTANCIO.

Amurates, el príncipe Antiobo
me envía a saludarte, y que te diga
que no quiere que envíes los Bajáes:
que puedes enviarle de tu gente
humildes hombres y de vil prosapia;
que de baja a Bajáes no presume
que rompes la palabra.

AMURAT.

¿Pues qué quiere?

COSTANCIO.

Los niños quiere.

AMURAT.

Dalde aquesos niños.

COSTANCIO.

Estos conozco yo, fuera del hábito,
de verles junto a tu real presencia.
Ya se parte Antiobo en sus galeras,
y te deja las tuyas. Yo me parto
a la ciudad, y allí, desde una torre,
un fuego levantar haré en llegando
para que tú te embarques en tu armada.

AMURAT.

Mira que me regales esos niños,
que de mi alma son la mayor parte:
no puedo más, ni tengo más que darte.

(Vanse. Salen los Sardos.)

LEONARDO. No hay que tratar de defensa;
antes se vuelve a la mar.
ANTOLÍN. ¿Cómo se vuelve a embarcar
antes de intentar la ofensa?
LUCINDA. Eso, por dicha, habrá sido
lo que el cielo prometió.
CESARINA. Pues ¿cuándo el negro envió
de aquella voz prometido?

(Un CRIADO.)

CRIADO. Un hombre pide licencia
para hablaros.
LEONARDO. Entre el hombre.

(Sale COSTANCIO *y los dos niños moros.)*

COSTANCIO. Aunque de mi humilde nombre
y menos grave presencia
no esperéis en tanto mal,
Sardos nobles, ningún bien,
creed que viene también
debajo de este sayal.
Suba de vosotros uno
a esa torre y haga un fuego
para que se embarque luego
ese bárbaro importuno.
LEONARDO. ¿Harálo con esa seña?
COSTANCIO. Con esa seña lo hará.
LEONARDO. ¿Pues cómo a tus pies no está
la nobleza de Cerdeña?
COSTANCIO. No soy yo quien os ha dado
este bien.
LEONARDO. ¿Pues quién?
COSTANCIO. Bien presto
le veréis en este puesto;
tenedle este honor guardado.
¿No sube uno a hacer el fuego?
ANTOLÍN. Ya sobre la torre está.
CESARINA. De estos dos niños nos da
relación, padre, te ruego.
COSTANCIO. Los dos hijos del sultán
son los que presentes veis,
que por rehenes tenéis
de los turcos que se van.
El gran príncipe de Argel
Antiobo, aunque africano
y gentil, es ya cristiano.
Quiso su padre cruel
que con veinte galeotas
diese favor al sultán;
dióle un moro capitán
diestro en algunas derrotas.
Y él, soltando los esclavos
y echando moros al mar,
con ellos pudo cortar
de aquesta armada los cabos,
y apoderándose de ella,
por bien de paz da en rehenes
estos dos niños.
LEONARDO. Tú vienes,
viejo ilustre, como estrella
guiando un negro divion,
que el cielo nos prometió.
COSTANCIO. Sospecho que he sido yo
quien le ha mostrado el camino.

Pero, pues ya viene aquí,
embarcando está el Sultán.

(ANTIOBO y ALÍ.)

ALÍ. Aquí aguardándote están.
CESARINA. ¡Ay, cielos, es negro!
LEONARDO. Sí,
negro es por Dios.
LUCINDA. ¿Qué dudáis,
que yo cautiva en Argel
hablé mil veces con él?
¿Cómo a sus pies no os echáis?
LEONARDO. Danos a besar tus pies,
padre de la patria y nuestro.
ANTIOBO. Si contento en veros muestro,
mejor lo sabréis después.
Abrazad con alegría
a un hombre de vuestra ley.
TODOS. ¡Viva el rey!
ANTIOBO. No soy yo el rey:
¡soy esclavo de María!
El nombre la restituyo,
y a cualquiera que me ve,
no sólo le digo que
esclavo soy, pero cúyo (1).
No tratéis de hacer conmigo,
Sardos, cosa de memoria:
a Dios se debe la gloria,
Dios resiste al enemigo,
Dios le venció y le rindió,
que no hubiera fuerza en mí;
porque pensar que yo fuí,
eso no lo diré yo.
LUCINDA. Señor, yo he sido tu esclava;
¿conócesme?
ANTIOBO. ¿Quién no es
esclavo de aquellos pies
que el sol besa, el cielo alaba?
LEONARDO. Ven a palacio.
ANTIOBO. Eso no.
Irme a este monte deseo
por a cumplir lo que creo
que cúyo soy me mandó.
Yo soy, amigos, cristiano;
una cueva he de buscar
aquí, orillas de la mar,
para Costancio y mi hermano.
Soy esclavo; si me huyo
no habéis de buscarme vos,
pues no hay quien conozca a Dios
que no diga que soy suyo (1).
COSTANCIO. Sardos, ¡ésta es la intención
de Antiobo! No hay tratar,
que más le tenéis de honrar.
LEONARDO. Secretos del cielo son.
ANTIOBO. Vamos, Alí, donde digo.
Hijos, allí me hallaréis.
ALÍ. Yo os pido que me busquéis,
y podéis hablar conmigo,
y llevad algo que coma.
ANTIOBO. No desconfiéis, Alí.
LEONARDO. ¡Vive el mar, que desde allí
tu santa protección toma
toda esta isla!
ANTIOBO. Yo os amo
como a hijos; allí voy;
no soy protector, mas soy
¡el negro del mejor amo!

(1) En todo este pasaje ANTIOBO va glosando una copla popular en el siglo XVI, que decía así: "Cautivo soy, pero cuyo—eso no lo diré yo,—que cuyo soy me mandó—que no diga que soy suyo."

JORNADA TERCERA

[PERSONAS

ANTIOBO, *eremita.*
ALÍ, *idem.*
DORIDA, *pastora.*
FLORISA, *idem.*
LISENO, *idem.*
LIDONIO, *idem.*
BELARDO, *idem.*
LEONARDO, *sardo.*
ANTOLÍN, *idem.*
UN TERCERO, *idem.*
DOÑA JUANA, *dama.*
UN CAPITÁN.
UN CRIADO.
DULIMÁN, *rey de Argel.*
MOROS.]

(Salen ANTIOBO *y* ALÍ *vestidos de blanco, largos.)*

ANTIOBO. ¡Ay Costancio, padre amado,
todos te habemos perdido,
todos te habemos llorado;
el monte se ha enternecido,
y brama el mar alterado.
Pero tú, que desde el cielo
miras como atento al vuelo
de su gran circunferencia,
a los que lloran tu ausencia
préstales, padre, consuelo.
Desde aquí tu nombre adoro,
pues por fin de tu dolor
gozas del celeste coro,
y yo, por llorar mejor,
tinta en vez de sangre lloro.
¿Que tan presto nos dejaste?
¿Tan presto, padre, te fuiste?
Mas tú el contento buscaste,

y en este traspaso triste
nuestro contento acabaste.

ALÍ. Mis ojos se vuelvan fuentes,
cuyas piadosas corrientes
tributo eterno han de dar
desde esta peña a la mar
mientras vivieren ausentes.

ANTIOBO Ya acabó nuestro consuelo,
ya todo mi regocijo
postrado está por el suelo;
ya dejando solo el hijo
te subiste, padre, al cielo (1).

ALÍ. Mira, Antiobo, que ofendes
el cielo en que está Costancio.

ANTIOBO. ¿Bien el llorar me defiendes
porque es inútil cansancio?

ALÍ. Pues no llores, si lo entiendes.

ANTIOBO. El humano sentimiento
por fuerza ha de hacer su oficio.

(DORIDA y FLORISA, *pastoras.)*

FLORISA. ¿No ves que es atrevimiento?

DORIDA. Pierdo, Florisa, el juicio
con los dolores que siento.
Ando sin él y sin mí,
no porque me enamoré
cuando en la villa le vi,
que ni entonces lo pensé
ni cuando a la villa fuí.

FLORISA. Pues ¿cuándo o cómo te dió
pensamiento tan extraño?

DORIDA. Durmiendo me pareció
en rostro y hábito extraño
un hombre...

FLORISA. ¿Un hombre?

DORIDA. Y me ha- [bló.

FLORISA. ¿Y te habló?

DORIDA. Y me dijo cosas
dulces, tiernas y amorosas.

FLORISA. ¿Amorosas, dulces, tiernas?

DORIDA. Tiernas, mas de pena eternas.

FLORISA. ¡Eternas y fabulosas!

DORIDA. No son fabulosas, Florisa,
que el dedo del corazón
me apretó con tanta prisa
que di gritos.

FLORISA. Con razón
me mueves, Dorida, a risa.

DORIDA. Desperté, y desde aquel punto,
si voy al campo, allí veo
Antiobo o su trasunto,
y si al mar bajar deseo,
está con sus olas junto.
Si voy a la fuente, en llamas
me abraso viéndole allí;
si a un árbol, está en sus ramas.

FLORISA. Hase de burlar de ti,
si le dices que le amas.
Su gran virtud y bondad
es de un santo.

DORIDA. Así es verdad,
por las almas ruegan tanto
los Santos: ¡y así este santo
tendrá de esta alma piedad!
Ve tú, y entretén a Juan (1)
mientras le digo mi amor.

FLORISA. Llega, que a solas están.

DORIDA. Tengo, Florisa, temor.

FLORISA. Anda, y mira que se van.

DORIDA. Guarde esos años el cielo,
Antiobo generoso.

ANTIOBO. Él mismo te dé consuelo.

DORIDA. —Todo mi fuego amoroso
ha vuelto el respeto en hielo;
pero vencerá mi amor.—

ANTIOBO. ¿De qué te turbas? ¿Qué tienes?

DORIDA. Tengo, Antiobo, un dolor,
y vengo, en fin...

ANTIOBO. ¿A qué vienes?

DORIDA. No hay en la villa un dotor,
y vengo a buscar en ti
mi remedio.

ANTIOBO. Sin provecho
vienes a buscarle en mí.
¿Dónde está el mal?

DORIDA. En el pecho.

ANTIOBO. ¿En el pecho?

DORIDA. Mi bien, sí.
Ponme las manos en él:
cesará el dolor cruel.

ANTIOBO. Esta basta de las dos;
¡póngola en nombre de Dios,
de quien soy negro fiel!

DORIDA. ¡Ay de mí!

(Pónele la mano en el pecho y caiga ella como muerta.)

FLORISA. ¡Cayó en el suelo!

ALÍ. ¿Qué es esto, Antiobo?

ANTIOBO. Aquí
pidió esta mujer consuelo
de un dolor del pecho, y fuí

---

(1) En el ms., "al suelo".

(1) Es el nombre cristiano tomado por ALÍ.

a dárselo con buen celo
  y la fe, que a otros ha dado
salud; pero apenas llego
la mano al pecho alterado,
cuando cayó; mas el fuego
debió de quedar templado.

FLORISA. Dorida, amiga, ¿qué es esto?

ANTIOBO. Deja que descanse un poco
de un mal tan fiero y molesto.

(LISENO *y* BELARDO *traen atado a* LIDONIO; *pastores.*)

BELARDO. ¿Estás loco?

LIDONIO. ¿Qué más loco
que entre tantos locos puesto?

BELARDO. ¡Que a un zagal de tanto aviso
le diese así de improviso
una furia semejante!

LISENO. ¿Era amante?

BELARDO. No era amante.

LISENO. ¿Ni Narciso?

BELARDO. Ni Narciso.

LISENO. ¿Ni celoso?

BELARDO. Ni celoso.

LISENO. ¿Ni poeta?

BELARDO. Ni poeta.
¿De qué puede estar furioso?

LIDONIO. ¡No me apretéis!

BELARDO. ¿Quién te aprieta?
Que éste es oficio piadoso.

ANTIOBO. Dorida amiga, levanta.

DORIDA. ¿Quién a tus pies me ha traído?
Mas dame esa mano santa.

(*Levántase.*)

LIDONIO. Que no me llevéis os pido
donde ese negro me espanta.
  ¡Mirad que me mataré!

BELARDO. Si este negro en la virtud
de su santidad y fe
nos da remedio y salud,
como en sus obras se ve,
  ¿por qué huyes que te vea?

LIDONIO. ¿Pues no queréis que me espante
viendo una cara tan fea?
¡Ay, no me pongáis delante!
¿Queréis que mi muerte sea?

ANTIOBO. ¿Qué es esto, amigos pastores?

BELARDO. A Lidonio, de repente,
le han dado tantos dolores,
que no puede mucha gente
resistir tantos furores.
  Traémosle a tu presencia
a que remedio le des.

ANTIOBO. Llegadle más.

BELARDO. Ten paciencia.

LIDONIO. Las estampas de sus pies
me asombran en su ausencia:
  ¡mirad qué haré viendo aquí
aquella tan negra cara!

ANTIOBO. ¿Y eres tú más blanco?

LIDONIO. Sí,
que si no no me igualara
con el sol, cuando caí.
  ¡Dejadme, negro! ¿Qué quieres,
africano? ¿Qué te hago
que me atormentas?

ANTIOBO. ¿Quién eres?

LIDONIO. ¿Quién soy?

ANTIOBO. Di presto.

LIDONIO. El estrago
del mundo.

ANTIOBO. Verdad refieres,
  con ser tu oficio mentir.

LIDONIO. Soy lucero, y cedro soy.

ANTIOBO. Que lo fuiste has de decir.

LIDONIO. Ya, como tú, negro estoy;
pero no puedo morir.

ANTIOBO. Como yo, no puede ser:
porque el que a mí me lavó,
blanco me pudiera hacer.

LIDONIO. ¡Ah, si te cogiera yo
—quitóme Dios el poder—,
  cómo ardiera ese carbón!

ANTIOBO. Ahora viendo la ocasión,
¿por qué en ese cuerpo entraste?

LIDONIO. ¡Dejadme, negro!

ANTIOBO. ¿En qué hallaste
lugar y disposición?

LIDONIO. Perro, idólatra gentil,
hijo de una negra vil,
¿tú me afrentas, siendo yo
más blanco que el sol?

ANTIOBO. Yo no.

LIDONIO. ¿Tú con mi ingenio sutil?

ANTIOBO. La virtud de Dios es ésta.

LIDONIO. ¡Quitadme de aquí villanos!
Miradme, aquella respuesta...

LISENO. Tenle, Belardo, las manos.

LIDONIO. Mucho el mirarte me cuesta;
  llevadme.

BELARDO. Tente, que así
tendrás remedio.

LIDONIO. ¿Entendéis
que este mal que vive en mí
es ojo que me ponéis,

higa de azabache, aquí?
Llevadme presto.

ANTIOBO. ¡Ah traidor,
en virtud de Dios te apremio!
salgas de aqueste pastor
y digas la causa.

LIDONIO. El premio
es tuyo, ¡oh gran vencedor!
Pero ¿que a un negro tiznado
dé Dios poder contra mí?

ANTIOBO. Tiznado no, mas lavado
de su sangre, de quien fuí,
aunque negro, rescatado.
Hízome Dios de carbón
para que emprendiese luego
más presto en mi corazón
cualquier centella del fuego
de su santa inspiración.
Di, ¿por qué entraste, enemigo?

LIDONIO. ¡A esta mujer engañé!
Para que hablase contigo (1)
la enamoré y la forcé,
para mi daño y castigo.
Vine invisible a mirar
lo que pasó entre los dos,
y como te vi tocar
su pecho en virtud de Dios,
y tanto fuego templar;
como vi que un corazón
lleno de mi fuego helaba
una mano de carbón,
y hallé este pastor que andaba
buscando un buey con pasión,
apenas, por el pesar
de no le poder hallar,
su cuerpo me encomendó,
cuando entré, porque me dió
Dios licencia, y él lugar.
Mas ya, negro, que los dos
venimos a competir,
me humillo y me rindo a vos,
que no quiero yo vivir
adonde hay sombra de Dios.

(Cae desmayado.)

DORIDA. Señor, ruega a Dios por mí.

FLORISA. Ruega por todos, Antiobo,
que anda el lobo por aquí.

ANTIOBO. ¡Guardaos, pastores, del lobo!
Tú, Lidonio, vuelve en ti.

(Vuelve en sí.)

(1) En el ms., "conmigo".

LIDONIO. ¿Qué es aquesto? ¿Dónde estoy?

ANTIOBO. Hijos, a rogar me voy
por todos. Adiós.

BELARDO. El cielo
te guarde.

ANTIOBO. ¡Y os dé consuelo!
Señor, vuestro negro soy;
¿cuándo me queréis quitar
esta argolla de la vida
para que os pueda gozar?

VOZ: Agora.

ANTIOBO. ¡Oh nueva venida
del cielo! Vóyla a esperar.

(Vase.)

LIDONIO. Yo buscaba un buey perdido
por este monte.

BELARDO. El dolor
te ha desmayado y rendido.

ALÍ. Trujéronte a buen dotor.

LIDONIO. ¿Qué es de Antiobo?

ALÍ. Ya es ido.
Quedaos, pastores, con Dios,
que tengo de ir a la fuente
por agua.

(Vase.)

BELARDO. Él vaya con vos.
¡En qué notable accidente
habéis estado los dos!

LISENO. Tratar de las maravillas
de este negro celestial
en estos montes y villas
es contar la desigual
arena de estas orillas.
¿Qué ganado se perdió,
que por él no se cobrase?
¿Qué enfermo a sus pies llegó,
que con salud no tornase
al lugar de dó salió?

BELARDO. ¡Mirad con qué honestidad (1)
venció al demonio que había
intentado tal maldad!
¡Con qué embustes pretendía
derribar su honestidad!

(Salen los Sardos, tres o cuatro.)

LEONARDO.

Sospecho que ha de estar en estas peñas.

(1) Así en el texto; pero debe de estar equivocado, pues diría mejor "habilidad" o "santidad", y se evitaría la repetición del consonante en la misma estrofa.

ANTOLÍN.

El mar llega furioso hasta a besallas.
después que vive en ellas Antiobo.

TERCERO.

Estos pastores nos dirán la nueva.

BELARDO.

¿Qué busca aquesta gente ciudadana?

LEONARDO.

Amigos, pues vivís en este monte
adonde ha rato que perdidos vamos,
¿cuál de éstas es la cueva de Antiobo?

BELARDO.

Esa que veis que cubren esas hayas.

LEONARDO.

¿Súbese por aquí?

BELARDO.

Por aquí suben.

(Baja del monte ALÍ.*)*

ALÍ.

¡Bueno me dejas en desdichas tantas!
¿Es ésta el amistad?

LEONARDO.

¿Quién es este hombre?

BELARDO.

El compañero de Antiobo es éste.
Pues, Juan, ¿de qué te vienes lamentando?

ALÍ.

Subí a la cueva, amigos, como visteis,
y hallé a Antiobo en pie puesto a la puerta,
las dos [manos] abiertas, levantando
el rostro al cielo; habléle, y aunque tarde,
me concedió que Dios le concedía
que le fuese a gozar.

LEONARDO.

¿No le veremos?,
¡que nos conviene hablarle!

ALÍ.

Aquí me esperen,
iréle a preguntar cómo se halla.

(Vase.)

LEONARDO.

¡Qué desdicha sería que faltase
en aquesta ocasión el santo nuestro!

ANTOLÍN.

¡Oh, padre de Cerdeña!, ¿así nos dejas?

TERCERO.

¡Ah, protector de todas estas islas!,
¿quién nos defenderá del turco fiero?

BELARDO.

¿Qué harán sin su pastor nuestros ganados?

LIDONIO.

¿Aquí no estabas, Santo negro, ahora?

BELARDO.

¡Qué música suave!

FLORISA.

¿Adónde?

DORIDA.

¿Adónde?

BELARDO.

En esta peña que en el mar responde.

(Música. Parece arriba ANTIOBO, *en pie, arrimado a una peña, expirando, y* ALÍ, *de rodillas, a sus pies.)*

ALÍ. Sin duda alguna que expira,
y con tanto resplandor,
que no me atrevo, Señor,
a mirar quien al sol mira.
Pero suplícoos, gran Dios,
que me cumpláis un deseo,
ya que en este punto veo
un negro abrasado en vos:
y es que para edificar
la dureza de mi fe,
de este cuerpo que se ve
ya tan cerca de expirar,
vea yo el alma salir;
por ver de un negro qué sale
que al sol de esos pies iguale
donde merezca asistir.
Esto os suplico.

ANTIOBO. ¡María,
Custodio, dadme favor;
en vuestras manos, Señor,
encomiendo el alma mía!

(Música, y expira, quedándose en pie por encima. Como que llueve rosas y confitura, caiga abajo.)

LEONARDO.

¿Qué música suave, y por qué causa
se han cubierto estos montes de rocío?

ANTOLÍN.

Parece como maná (1) y confitura
entre diversas y olorosas flores.

LISENO.

¡Ola, Belardo, el cielo llueve azúcar!

BELARDO.

Débese de casar el alma santa
de Antiobo con Cristo, y a esta causa
nos dan la colación los santos Angeles.

LEONARDO.

¿Murió ya nuestro bien?

ALÍ.

Ya el alma santa
subió a ser hostia blanca al altar casto
del cordero santísimo.

LEONARDO.

¿Pues cómo
en pie quedó?

ALÍ.

Secretos son del cielo.

LEONARDO.

Antiobo divino, a vuestra cueva
los nobles de Cerdeña hemos venido;
confiados en vos, a Solimano,
emperador del Asia, despreciamos.
Mas vos, Señor, ¿podéis asegurarnos
del turco fiero? Decid, Padre nuestro,
¿tomará aquestas islas el Gran Turco?

(Dice con la cabeza que no, meneándola.)

BELARDO.

Parece que menea la cabeza.

ANTOLÍN.

Sin duda dijo no.

LEONARDO.

Santo Antiobo,
en fe de esa palabra alzad el dedo.

(Alza el dedo el Santo y quédase así.)

BELARDO.

¡Milagro grande!

ALÍ.

Dad licencia, amigos;
que cubra el cuerpo.

(Cúbrele.)

LEONARDO.

El sol nos escureces.

ANTOLÍN.

Vamos a dar noticia del suceso
a todas estas islas, porque sepan
que están seguras ya del fiero turco,
y porque con debidas honras paguen
las deudas en que están al Negro santo.

LEONARDO.

¡Formarán otro mar de alegre llanto!

(Vanse.)

BELARDO. Pues se van los ciudadanos
a honrar a su protector,
demos a nuestro pastor
debidas honras, serranos.
Caigan laureles y yedras,
murtas, palmas y lantiscos,
que cubran aquesos riscos
y coronen esas piedras.
Ofrezcámosle ganados,
para que los que aquí vengan
sostento bastante tengan;
vinos y quesos sobrados.

LISENO. Juntémonos a concejo,
porque por antigüedad
ganemos a la ciudad
este discreto consejo.

LIDONIO. ¡Pardiez, que ha de estar la cueva
todo el año proveída!

(DOÑA JUANA, *dama, y* UN CRIADO *y* UN CAPITÁN.)

D.ª JUANA. Desde allá vine advertida
para ver cosa tan nueva;

(1) En el texto, "mana", como voz grave, y así se cumple mejor la acentuación del verso.

que el corazón de mujer
en todas las ocasiones,
aunque sepa más razones,
es inclinado a saber.
En Nápoles me dijeron
de aqueste negro divino
en el mundo peregrino,
cosas que me enloquecieron.
Que viviendo entre las breñas
de aquestos peñascos sagros,
hace divinos milagros
y grandezas no pequeñas.
Y fué la alabanza tal
que de este negro he escuchado,
que al alma misma se ha entrado.
¿Adónde está su señal?
Tan grande amor le cobré,
que por ver su rostro bello,
por amallo y conocello,
con vosotros me embarqué.
Pero entre aquestas fragosas
peñas que en verlas me alegro,
me dicen que está mi negro.

CRIADO. ¡Tú tienes notables cosas!
¿De cuándo acá te haces santa,
pues en Nápoles has sido
otra Tays, y has tenido
fama y hermosura tanta?
Pasaste de España, y sabes
de qué manera pasaste.
Sólo ese rostro llevaste
y esas palabras suaves;
y en cuatro años vuelta das
con ochenta mil ducados,
casa, vajilla y criados
y trescientas cosas más (1).
¿De qué ha servido llegar
a Cerdeña?

D.ª JUANA. Pues vivo no le gocé
—que a fe que le regalara,
andaré un año en la mar.
¿Piensas tú que es devoción?
Sino cumplir un antojo.

CRIADO. Por esa causa me enojo.

CAPITÁN. ¿Qué gente?

BELARDO. Pastores son.

LIDONIO. ¿Qué queréis?

CAPITÁN. ¿Dónde es, pastores,
la cueva del Santo Negro?

BELARDO. Ya del concierto me alegro.
Vendrán a verle, señores,
peregrinos y mil gentes.
El hombre que viene allí
es su compañero.

CAPITÁN. ¿Así?
¡Qué trajes tan diferentes!

(Baja por el monte ALÍ.)

Señor, esta dama hermosa,
de Nápoles baja a España;
supo que en esta montaña
hace vida milagrosa
un negro santo de Argel,
¿podrále ver?

ALÍ. ¡Ay de mí,
que ya es muerto!

CAPITÁN. ¿Muerto?

ALÍ. Sí;
vive en Dios y Dios con él.

CAPITÁN. Mi señora doña Juana,
en balde fué su venida;
pasó el santo a mejor vida.

D.ª JUANA. Mi curiosidad fué vana.
Diga, hermano, ¿no podré
verle muerto?

ALÍ. Sí podrá,
que en su misma cueva está,
como si viviera, en pie.

D.ª JUANA. Descubra, ¿a ver?

ALÍ. Vele aquí.

(Descúbrele.)

D.ª JUANA. Lindo negro.

CRIADO. Cosa rara.

D.ª JUANA. Negro de tan linda cara
nunca en mi vida le vi.
¿Cómo tiene aquella mano
levantada?

ALÍ. Así quedó
de una palabra que dió,
y que ha de cumplirla es llano.

D.ª JUANA. Pues vivo no le gocé
—que a fe que le regalara
aficionada a su cara
en quien tal beldad se ve—,
pues muerto le tengo aquí,
quiero ponerle, pues puedo,
este diamante en el dedo.

(Sube al monte y pónele una sortija en el dedo que tiene alzado.)

(1) Alusión a una copla popular, que Lope glosa en alguna otra obra suya.

¡Santo, ruegue a Dios por mí!

(Arrójala el Santo al suelo.)

¡Ay, Dios, qué extraño temor!
CRIADO. No quiso el anillo.
D.ª JUANA. ¡Ay, cielo!
ALÍ. Algún milagro recelo.
D.ª JUANA. ¿Por qué no queréis, Señor,
este diamante que vale
dos mil escudos y más?
ALÍ. La causa tú la sabrás.
D.ª JUANA. ¿Tiene el mundo a quien iguale
en pecados? ¿Hay mujer
tan mala y tan pecadora?
Si este desengaño ahora
no me basta, ¿qué he de hacer?
¡Ofendido tengo al cielo!
Aquel anillo soy yo
que en el infierno cayó,
puesto que ha dado en el suelo.
Pero yo le voy a alzar,
y haré que vos le toméis.

(Cubre al Santo.)

CRIADO. ¿Dónde vas?
D.ª JUANA. Ya lo sabréis.
CRIADO. ¿Dónde vas?
D.ª JUANA. Voyme a buscar,
que adiós, que estoy perdida.
¡La negra soy yo, que vos
ya sois blanco!; ¡pero Dios
sabrá mejorar mi vida!

(Vase.)

CRIADO. A seguirla voy.
CAPITÁN. Pues di,
¿cuándo se piensa embarcar?
CRIADO. Capitán, ella va al mar.
CAPITÁN. ¿Es al de lágrimas?
CRIADO. Sí.
CAPITÁN. ¡Déjela Dios ver el puerto!

(Vanse todos; queda ALÍ.)

ALÍ. ¡Qué milagro tan extraño
para dar tal desengaño
a un alma, de un cuerpo muerto!

(Cajas dentro.)

¡Pero cielos!, ¿qué ruido
es éste que atruena el mar?
Turcos deben de llegar;
alguna armada ha surgido.
Mísera de ti, Cerdeña,
si no te socorre Dios.
Una galeota..., dos,
tres, cuatro..., mil. Santa peña,
sed castillo; desparad
fuego de ese cuerpo santo,
que si vos no podéis tanto,
¿qué ha de poder la ciudad?

(Súbese al monte, y salen moros y DULIMÁN.)

PRIMERO.

Aquí está un hombre.

SEGUNDO.

Tente, ¿dónde huyes?

ALÍ.

¿Dónde tengo yo fuerzas que os esperen?

DULIMÁN.

Di, cristiano, ¿quién eres?

ALÍ.

Ya lo miras:
un pastor de este monte, que, en la peña
más alta, guardo un corderillo negro
para la mesa del pastor, mi amo.

DULIMÁN.

¿Qué defensa, qué gente hay en Cerdeña?

ALÍ.

Un hombre solo, pero muy valiente.

DULIMÁN.

¿Dónde está aquel infame, aquel mal hijo,
aquel que afrenta ha sido de estas canas?

(Cajas y dentro los Sardos digan:)

LEONARDO.

¡Ayudadnos, pastores; arma, al arma!
No tome tierra en nuestra isla el turco.

PRIMERO.

¡Gente viene, señor, a la defensa!

DULIMÁN.

¿Tan poca gente? Mueran.

(Dase batalla; los Sardos salen huyendo.)

LEONARDO.

¡Santo negro,
que desembarca el turco!

ANTOLÍN.

¡Santo Antiobo,
cumplid vuestra palabra! ¡El turco muera;
no tome tierra en nuestra isla el turco!

(Vuélvese a dar batalla, y cae de arriba el Santo, trabado de la peña, con espada y una rodela que tenga una cruz roja; huyen los moros; vuélvese a subir con presteza y salen los Sardos vencedores.)

LEONARDO.

¡Qué bien cumple, *según claro se ha visto* (1),
nuestro Santo patrón lo que promete!

ANTOLÍN.

Yo le vi con mis ojos, en la mano
una espada que un rayo parecía,
y en la otra un pavés que atravesaba
una cruz roja. ¡Ah, valeroso negro,
yo te prometo hacer, en honra tuya,
una estatua de plata!

LEONARDO.

Juan, amigo,
a cuantos a Antiobo visto habemos
pelear (vino con escudo y espada),
nos da deseo de mirarle agora
para ver si es él propio; [el] velo corre.

ALÍ.

Miralde aquí.

(Descubran al Santo en su cueva, en pie, con rodela y arrimado a la espada, como que está cansado.)

LEONARDO.

¡Sudando está y cansado!
¡Ah, buen patrón!

ANTOLÍN.

¡El brazo se ha bajado!

LEONARDO.

Es porque la palabra me ha cumplido.

(Sale DOÑA JUANA vestida de un saco y sube adonde está el Santo.)

¿Qué mujer es aquesta?

ALÍ.

Una señora
que venía de Italia, y le dió al Santo
un anillo, y el Santo no le quiso
quizá por sus pecados; y así vuelve
en el traje que veis, arrepentida,
prometiendo la enmienda de su vida.

D.ª JUANA. Negro que en el cielo vives,
más que sus estrellas blanco,
pues sobre los cielos puesto
gozas ya del sol los rayos;
guarnición de ébano fino
de aquel divino retrato
del Sol de justicia, Cristo,
más blanco que el alabastro:
de los pies del Rey eterno,
trono celestial y santo,
por cuyo medio tenemos
remedio (yo), el del alma aguardo!
Vesme, aquí vuelvo a tus pies,
después que de los engaños
del mundo conocí el fin,
y dél me escapé llorando.
Mi pecho fué un mar de vicios;
mas ya todos mis pecados
al obispo de Cerdeña
confesé con triste llanto;
el cual me dió en penitencia
que hiciese en aqueste campo
un monasterio en tu nombre,
que pienso luego empezarlo;
el cual hace de tu vida
un libro, porque tengamos
en los venideros siglos
memoria de tan gran Santo;
y para canonizarte
se informa de tus milagros,
que son más que las estrellas
que tiene el nocturno manto.
Tú has de ser nuestro guión,
y con tus divinos brazos
para librarnos del mundo,

(1) Las palabras que van en letra cursiva son una adición puesta al margen del ms. parmense por don Francisco de Rojas.

tú nos has de dar la mano.
¿Podré ser tu esposa agora?
¿Podré gozar tus abrazos?
¿Podrásme otorgar tus pies?
¿Podré gozar de bien tanto?
¿Podrásme dar ya tu ayuda?
¿Podré olvidar mis trabajos?
¿Podrás hacer que resista
con tu poder al contrario?
¿Querrás este anillo agora?
¿Podré ponerle en tu mano?
Toma y cásame con Dios.

(Levanta el dedo el Santo, y pónele el anillo ella.)

¡Ay, cielo!

ALÍ. ¡Levantó el brazo
en poniéndole el anillo!

D.ª JUANA. ¡Oh, milagro soberano;
echarme quiero a tus pies!

ALÍ. ¡Este es, discreto senado,
Antiobo de Cerdeña
y el Negro del Mejor Amo!

FINIS LAUS DEO.

LA PRUEBA DE LOS AMIGOS

COMEDIA FAMOSA (1)

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PASA EN MADRID

ACTO PRIMERO

LAS PERSONAS DESTE ACTO PRIMERO:

FABIO.	CLARA.
FABRICIO.	OLIVERIO.
TANCREDO.	FERNANDO.
FULGENCIO.	LISELO.
FELICIANO.	JUSTINO.
GALINDO.	RICARDO.
LEONARDA.	UN CRIADO.
DOROTEA.	

Entren FABIO, FABRICIO, TANCREDO, FULGENCIO *y otros, de acompañamiento, y* FELICIANO, *con un luto; y detrás de todos* GALINDO, *lacayo, con otro luto a lo gracioso.*

FABIO. Téngale Dios en el cielo,
que, juzgando por sus obras,
mejor padre, muerto, cobras
que le perdiste en el suelo:
tales fueron sus costumbres,
que pienso que desde aquí
le puedes ver, como allí
se ven las celestes lumbres.

FULGENCIO. En mi vida supe yo
dar un pésame, Tancredo.

TANCREDO. No me dió cosa más miedo,
ni más vergüenza me dió.
¿Cómo diré que, en rigor,
de consuelo le aproveche:
"vuesa merced le deseche
por otro padre mejor"?

FULGENCIO. Eso fuera desatino;
óyeme y imita luego.

TANCREDO. ¿En fin, vas?

FULGENCIO. Temblando llego.
Como el gran Padre divino
lo es de todos inmortal,
consuelo podéis tener,
que os ha de favorecer,
Feliciano, en tanto mal;
su falta se recupera
con poneros en su mano;
no es posible, Feliciano,
que en vos Everardo muera,
quedando tan vivo en vos,
que sois su traslado cierto;
pero guárdeos Dios, y al muerto
téngale en su gloria Dios.

FULGENCIO. ¿Aún no llegas?

TANCREDO. No he podido
sujetar mi mal humor;
dar el pésame es mejor
a este hipócrita fingido,
a este alcahuete bellaco,
a este Parmeno fïel,
que yo me avendré con él.

FULGENCIO. ¿Va el pésame?

TANCREDO. Ya le saco:
señor Galindo, ya es muerto
su padre de Feliciano;
que vos quedáis, es muy llano,

(1) Reproducimos fielmente el texto autógrafo de Lope, cuyo manuscrito se conserva en nuestra Biblioteca Nacional. Sancho Rayón, para su edición de 1873 (única que hasta ahora se había hecho de esta pieza), sólo tuvo a la vista el manuscrito que Durán poseyó, copia moderna harto deficiente, en que se alteran nombres y palabras, se suprimen muchos pasajes y se modifican caprichosamente las acotaciones. Los fragmentos omitidos en el manuscrito de Durán (y asimismo, por tanto, en la edición de Sancho) aparecen por lo común en el manuscrito autógrafo tachados o encerrados entre cuatro líneas, con un "no" al margen. Difícil sería precisar si fueron supresiones hechas por el propio Lope, o cortes dados por el "autor" Antonio de Granados, que llevó de repertorio esta comedia, o, lo que parece más probable, los tachones del secretario Tomás Gracián Dantisco, que la censuró. Sea como quiera, creemos indispensable la reproducción fiel del texto íntegro, a fin de que pueda ser utilizado convenientemente por la crítica. Los versos y estrofas omitidos, que ahora se publican por primera vez, van marcados entre dos asteriscos.

por su padre...
GALINDO. Sí, por cierto.
FULGENCIO. Sacad del capuz la cara.
GALINDO. Mejor está en el capuz,
pues ha faltado salud (1),
que hoy nos deja y desampara.
¡Ay, mi señor Everardo!,
¿dónde hallaré tal señor?
TANCREDO. Su hijo tiene valor
y es caballero gallardo:
mejor amparo tenéis,
buen dueño habéis heredado.
GALINDO. Todo a todos ha faltado.
¡Triste de mí!
TANCREDO. No lloréis.
GALINDO. Yo lloro con gran razón:
el pan a llorar me mueve.
TANCREDO. [*Aparte.*] Mejor el diablo le lleve,
que lo siente el bellacón.
FABRICIO. Quedad con Dios, Feliciano,
y pues que sois tan discreto,
con sentimiento secreto
dad al público de mano;
prudente sois: esto basta.
FULGENCIO. Adiós, Feliciano.
FABIO. Adiós.
FELICIANO. Con todos vaya.
TANCREDO. Y con vos
quede.
GALINDO. Lindo humor se gasta. *(Vanse.)*
FELICIANO. ¿Fuéronse esos majaderos?
GALINDO. Ya la escalera trasponen.
FELICIANO. Los hábitos me perdonen.
GALINDO. Todos nacimos en cueros;
éstas son borracherías
que el loco mundo ha inventado.
FELICIANO. El lutazo me he quitado.
GALINDO. Yo, las mortíferas chías;
salgo de la negra tumba
como espada de la vaina.
FELICIANO. Aquí, la tristeza amaina.
GALINDO. El retintín me retumba
de un poquito de chacona.
FELICIANO. No bailes, Galindo; tente,
que no quiero que la gente
murmure de mi persona.
GALINDO. Calla, señor, ¡pesia mí!
¿Es la ventura que ves
para que puedan los pies
tener sufrimiento aquí?
Cuando tiene un enemigo
un hombre, y se muere o va,
¿no se alegra?
FELICIANO. Claro está.
GALINDO. Pues si está claro, eso digo.
¿Qué enemigo capital
como el viejo que hoy te falta?
Baila, brinca, tañe, salta.
FELICIANO. Fué padre, y haremos mal.
GALINDO. ¿Qué más quieres que viviera?
¡Ojalá llegues allá!
Con cuatro sietes se va;
mira si es mala primera.
Es bueno; yo lo confieso;
pero que hoy vive imagina,
y por tus gustos camina;
verás lo que siento en eso:
ni tendrás solo un real,
ni de libertad un hora;
mira si truecas agora
en tanto bien tanto mal.
Treinta mil ducados deja,
que si va à decir verdades,
treinta mil necesidades
te lastimaban la oreja,
y éstas todas las remedias.
¿Era mejor, Feliciano,
ser por puntos cirujano
de los puntos de tus medias?
¿Era mejor no tener
que gastar con Dorotea,
para que quien la desea
la pueda a tus ojos ver,
y aun gozalla, como sabes?
FELICIANO. Calla, no me digas eso;
perderé, Galindo, el seso
antes que de hablar acabes.
Diez años antes quisiera
que fuera muerto el que ya,
como tú dices, se va
con tan hermosa primera.
Si un hijo del viento gasta,
y no hay más que la comida,
en el juego desta vida
a un padre rico bien basta
que a seis y siete entre un as;
que es lástima envejecer
un hijo mozo, y tener
muchas veces treinta y más.
Pero gente suena; toma
el capuz, ¡pesia mi mal!
GALINDO. ¡Otra vez tumba mortal!
FELICIANO. Son chapines.
GALINDO. Manto asoma.

(1) En el texto autógrafo, "saluz".

(LEONARDA, *dama.)*

LEONARDA. Aunque no era, Feliciano,
ésta ocasión para verte,
al pésame de la muerte
de un padre noble y anciano
bien puede venir Leonarda,
con la justa pretensión
que más de tu obligación
que de sus prendas aguarda.
Cuanto a ser tu padre el muerto,
Dios sabe que me ha pesado;
no cuanto a haberle culpado
en nuestro justo concierto,
del cual sospecho que agora
tendrás memoria, y de mí,
que por darte gusto fuí
a iguales padres traidora.
Que si él, como tú decías,
tu casamiento estorbaba,
cuando con él se trataba,
y su aspereza temías,
ya no podrás, Feliciano,
huir el rostro a mi honor,
muerto aquél, cuyo rigor
fuera combatido en vano.
* Pues el estar sin hacienda
ya no puede ser excusa,
ni menos quedar confusa
por deudas, pleito o contienda. *
Ya quedas libre, señor,
de tu hacienda y tu persona;
mi causa quien soy te abona,
tu deuda, mi propio honor.
Que en efeto...

FELICIANO. No prosigas:
¡qué locas sois las mujeres!,
¡que agora me case quieres!
¡Aquí me fuerzas y obligas!
¡No está del muerto la cama
fría del calor que tuvo
cuando en ella enfermo estuvo,
y ya a la boda me llama!
¡No está libre el aposento
del humo de tanta cera,
y ya quiere que la quiera
para fiesta y casamiento!
¡Aun cantan kiries allí
sobre tumbas y memorias,
y ya quiere que haya glorias
de desposorios aquí!
¡Apenas allí, tan triste,
cesa de réquiem la misa,
y aquí, con tal gusto y prisa,
a la de fiesta se viste!
¡Apenas lugar he dado
a que el pésame me den,
y ya me da el parabién
del paramal de casado!
¡Veme de luto cubierto,
y ya me obliga a bailar!

LEONARDA. Siendo mujer, fuera errar;
mas no siendo padre el muerto.
¿Qué importa que esté caliente
la cama en que no dormías
y en cuyas sábanas frías
durmió un padre impertinente?
El humo de tanta cera,
¿qué importa? Mas estás ciego
del humo, infame, del fuego
que abrasar tu honor espera,
que, según van las historias
que de Dorotea oí,
cantarán kiries por ti,
y ella en tu hacienda las glorias.
Ésta sí será la misa
de réquiem y de dolor
a la muerte de tu honor,
de que ya el luto te avisa.
Sigue la vil Dorotea,
vuelve a mi deuda la cara,
pues ya tu amor no repara
en que de otros muchos sea;
los hombres eso queréis;
lo que es de otro siempre amáis;
de lo que solos gozáis
poca estimación hacéis;
celos os hacen querer,
lágrimas mucho os enfadan,
lo que las libres agradan
cansa una honrada mujer.
* La competencia os abrasa,
las traiciones os afinan,
los desdenes os inclinan,
y el ver mucha gente en casa.
Compráis donde hay mucha gen-
que por eso es vino Amor, [te,
no donde se guarda honor
y entra el Amor solamente.
Fiéme de ti, gozaste
de mí, dejásteme así;
por el honor que te di,
tu palabra me empeñaste.
No tiene honor, ni es posible,
el que no vuelve a cobralla,
que empeñalla y no quitalla

llaman bajeza terrible. *
Espero en Dios que ese luto
traerán tus deudos por ti,
para que yo coja ansí
como la esperanza el fruto;
que con sólo verte muerto
podré yo quedar vengada,
viuda sin ser casada,
y tú, infame en el concierto;
que de él y tus juramentos
allá me pienso vengar,
que a fe que irás a lugar
donde juzgan pensamientos.

(*Váyase* LEONARDA.)

FELICIANO. ¿Fuése?
GALINDO. Por las escaleras.
FELICIANO. Ojalá por las ventanas.
¡Qué de maldiciones vanas!
¡Qué de soñadas quimeras!
¡Qué de cansadas razones!
¡Qué de locas vanidades!
¡Cómo pondera verdades
y cómo culpa traiciones!
Basta, que ya las mujeres,
sólo que los labios abras,
quieren trocar a palabras
sus mal gozados placeres.
* Pesia tal cuando algún preso
porque de palabra afrenta
a otro hombre, el juez se contenta
que pruebe que está sin seso.
Que muchos hay que han probado
que estaban fuera de sí.
¿Por qué no me vale a mí
haber lo mismo jurado?
Cuando gocé esta mujer,
palabras le di, confieso;
pero, si estaba sin seso,
¿por qué no me ha de valer?
Que vino como llegar
a ejecutar un deseo;
luego sin culpa me veo.
¿Por qué me obliga a casar?
Porque, llegado a gozalla,
¿qué hombre cuerdo no dirá
que se casará y que hará
mil cosas hasta engañalla?
Pero, engañada, no sé
qué ley obliga a un forzado,
que fuerza es haber llegado
donde dice que llegué.
Si a mí me hicieran casar
por fuerza, no hiciera efeto;
si a fuerza estuve sujeto,
¿qué ley me pudo obligar?
GALINDO. ¡Extrañas leyes inventas!
¿Fuerza es llegar a engañar
una mujer?
FELICIANO. ¿No es forzar
el alma, al caso que intentas?
GALINDO. No sino dejar llevarse
del apetito sin rienda
para que jure y se ofenda,
por su gusto, en perjurarse.
No hay fuerza en el albedrío.
La virtud ha de vencer:
fuerza pide la mujer;
¿y ésa es fuerza, señor mío?
Porque, en fin, hizo, forzada
de tu ruego y diligencia,
menos fuerza y resistencia
y dió lugar engañada.
Y aquí no vale decir
que quitó el seso el Amor;
quien jura y quita el honor,
ha de cumplir o morir.
FELICIANO. ¿Tú me predicas?
GALINDO. ¿Qué quieres?
En llegando a la razón,
no hay amo.
FELICIANO. ¡Terribles son
cuanto a su honor las mujeres! *
Dame medias de color;
iréme a desenfadar.
GALINDO. La noche dará lugar;
ve, por tu vida, señor,
a que el pésame te dé
la gallarda Dorotea.
FELICIANO. Cree que el pláceme sea
del dinero que heredé,
del que ya se juzga dueño.
GALINDO. Que bien le sabrá sacar.
FELICIANO. Yo me sabré reportar.
GALINDO. ¿Tú?
FELICIANO. ¿Pues no?
GALINDO. ¡Cosa de sueño!
Pues a fe que te importara
irte poco a poco en esto.
FELICIANO. Aconséjasme muy presto;
lo de adelante repara,
que agora, por Dios, que quiero
gastar por un año u dos
pródigamente.
GALINDO. Por Dios,
que es lindo amigo el dinero;

gasta, cobra amigos, da;
sé liberal, noble, honrado;
quien da sólo es estimado,
cercado de amigos va;
éstos son mayor riqueza
que el dinero.

FELICIANO. Ya verás
mi virtud.

GALINDO. ¿Pues cuál tendrás?

FELICIANO. Contra avaricia, largueza.

(Entrense, y salgan DOROTEA *y* CLARA.)

DOROTEA. ¿Qué me cuentas?

CLARA. Lo que vi.

DOROTEA. ¿Que es ya muerto?

CLARA. Está enterrado.

DOROTEA. Bravo suceso.

CLARA. Extremado.

DOROTEA. Y mucho más para mí.

CLARA. Bajaba de aquella calle
que han hecho un palacio en fin,
los monjes de San Martín,
a darle el papel y hablalle,
cuando veo a San Ginés
acercarse un largo entierro,
honra del final destierro,
que de la vida (1) lo es;
veo mil hachas ardiendo,
pobres vestidos, contentos,
que heredan los avarientos,
que no pudieron viviendo;
gozan el vestido y hacha
que no les dió la virtud.
En fin, un negro ataúd,
seis de jerga y de capacha
veo que en los hombros llevan
tras mil clérigos y cruces,
frailes, cofadrías, luces,
cuantas a un noble se deban.
Miro el acompañamiento:
hábitos y gente ilustre,
y entre este adornado lustre,
polvo en tierra y humo en viento;
veo a nuestro Feliciano
entre un capuz y un sombrero,
muy triste, porque el dinero
no estaba todo en su mano.
Tras él iba aquel bellaco
de Galindillo, fingiendo
que lloraba, y componiendo
su tumba; a un teñido saco
la falda llevaba, y creo
que iba diciendo entre sí:
¡oh, si llevara yo aquí
los escudos que deseo!
Fuera preguntar en vano
quién era el muerto; ya ves,
rico entierro en San Ginés
y enlutado a Feliciano.

DOROTEA. Por tu vida que te diera,
si las hubieras pedido,
albricias.

CLARA. Buenas han sido;
del interés que me espera
no doy mi parte.

DOROTEA. Detente,
que siento gente en la puerta;
entraránse, que está abierta.

(OLIVERIO *y* FERNANDO.)

OLIVERIO. Sí harán, que es segura gente,
pero si estás ocupada,
también atrás volverán.

DOROTEA. Nunca estas sillas lo están
para gente tan honrada.
¿Qué hay de nuevo en nuestra [aldea?

FERNANDO. Así la puedes llamar;
por acá, comer y holgar
y juventud que pasea.
Si no es que tienes que hacer,
tuyos somos este rato.

DOROTEA. Mientras se tarda un ingrato
me podéis entretener.

OLIVERIO. ¿Qué, le quieres todavía?

DOROTEA. ¿Es milagro?

OLIVERIO. En tu mudanza...

DOROTEA. Pues hay mudanza que alcanza
a quien de mudanzas fía.

FERNANDO. ¿No te trata bien Ricardo?

DOROTEA. Sospecho que quiere bien.

OLIVERIO. Si no le muestras desdén,
mayor libertad aguardo.

FERNANDO. Dale celos.

DOROTEA. No aprovecha.

FERNANDO. ¿Trágase estas balas?

DOROTEA. Sí.

FERNANDO. ¿Es diestro?

DOROTEA. Cuanto lo fuí.

FERNANDO. Bien hace, tu amor sospecha.
Un hombre no ha de saber
que es querido.

DOROTEA. No es lición,
que puesta en ejecución

---

(1) En la copia de Durán y en la ed. de Sancho, "tierra".

le está bien a una mujer;
que tratalle sin amor
mucho desdora.

FERNANDO. Templalle,
y dalle para gozalle
con recatado favor.

OLIVERIO. La puerta suena.

DOROTEA. ¿No cierras?

(LISELO, JUSTINO (1); [OLIVERIO, FERNANDO, DOROTEA y CLARA.])

LISELO. En tiempo de tantas paces
no la cierres, que bien haces,
y si bien haces, no yerras.

DOROTEA. Seáis los dos bien venidos.
¿Dónde Ricardo quedó?

JUSTINO. Aquí pensé hallarle yo.

DOROTEA. ¿Ya soy centro de perdidos?

LISELO. Si lo están todos por ti,
que aquí se busquen es bien.

CLARA. ¿Queréis que naipes os den?

JUSTINO. ¿Hay algo que rifar?

CLARA. Sí.

FERNANDO. ¿Qué, por tu vida?

CLARA. Unos guantes.

OLIVERIO. ¿Son de olor?

CLARA. Como lo dices.

LISELO. Favor para las narices.

OLIVERIO. ¿Sabes por cuántos instantes?

LISELO. ¿Son de ámbar, o perfumados?
¿Olerán hasta salir
de la calle?

CLARA. Eso es decir
que estáis de rifar cansados;
pues ya por los naipes voy.
[*Vase.*]

DOROTEA. ¡Qué necia que estás, Clarilla!

JUSTINO. Lo acuchillado acuchilla.

OLIVERIO. ¿Tenéis vos?

FERNANDO. Sin blanca estoy.

OLIVERIO. ¡Qué fría es aquesta treta
de dar luego que rifar!

JUSTINO. Viejo modo de pescar
es esta necia receta.

FERNANDO. ¿Para sacar seis escudos,
qué sirven estas bajezas?
Repártanse por cabezas,
y hagamos señas de mudos.

LISELO. No perderán estas damas
esta costumbre o traición
como el pedir colación.

OLIVERIO. Pues es andar por las ramas.

(CLARA *entre.*)

CLARA. Una palabra al oído.

OLIVERIO. ¿Hay visión? ¿Hemos de huir?

DOROTEA. Acábalo de decir.

CLARA. Los guantes y naipes pido
a la mulatilla, y ella
me dice que Feliciano
está a la puerta.

DOROTEA. Su mano
me da Amor; mato con ella.
¡Perdido mozo!

CLARA. ¡Jesú!
cuéntale por rematado.

DOROTEA. [*Ap.*] Despedirlos me es forzado
mientras que le llamas tú.

CLARA. [*Ap.*] Echa esta inútil caterva
en tanto que voy.

(*Váyase* CLARA.)

DOROTEA. Mis reyes
ya sabrán de nuestras leyes,
que este lugar se reserva
para cosas de provecho;
otra venta, abajo piquen.

OLIVERIO. ¿Hay pesca?

DOROTEA. No me repliquen.

LISELO. Es mal hecho.

JUSTINO. No es mal hecho,
que aquí se ha de dar lugar.

FERNANDO. Con tal condición se alquila.

LISELO. Vamos a ver a Drusila,
que hoy acabó de llegar.

OLIVERIO. ¿Adónde estaba?

LISELO. En Toledo.

OLIVERIO. ¿Y no se vende el caudal?

LISELO. ¿Cómo le ha de ir bien al mal?

OLIVERIO. Estoy por...

FERNANDO. Hablemos quedo.

OLIVERIO. Vive Dios, que le he de dar
una matraca.

FERNANDO. Eso sí.

OLIVERIO. Callad y echad por aquí;
oiréis a Fabia cantar. (*Váyanse.*)

(CLARA, FELICIANO y GALINDO, *de noche,* [y DOROTEA].)

FELICIANO. ¿Podré verte?

DOROTEA. Desemboza
esa cara, que Dios guarde.

(1) En el ms. autógrafo dice a continuación: "Luis Truxillo", que sería el actor que representase uno de estos papeles.

FELICIANO. No pude venir más tarde.
CLARA. Quedo, ¿él también me retoza?
GALINDO. ¿No puedo tocar la mano?
¡Aunque en aquesta ocasión
fueras cuenta de perdón!
CLARA. Sosiegue (1) la mano, hermano.
FELICIANO. ¿Quién son éstos que se van?
DOROTEA. No hay cosa que importe en ellos.
FELICIANO. ¿Es acaso alguno dellos
Ricardo?
DOROTEA. ¿Quién?
FELICIANO. Tu galán.
DOROTEA. Donde tú vives, mi bien,
¿qué Ricardo, o qué riqueza
mayor para mí?
FELICIANO. ¡Oh belleza
divina! ¿ya sin desdén?
DOROTEA. ¿Desdén para ti, mis ojos,
si eres la luz con que veo?
Ya me mataba el deseo
de celos, ansias y antojos.
¿Dónde has estado? ¿en qué andas?
¡Desde ayer, sin verme, ay cielos!
¿Por qué me matas con celos
cuando servirte me mandas?
No estoy bien con tus ausencias,
trazando vas mis disgustos,
o tienes allá otros gustos,
o acá pruebas mis paciencias.
A fe que alguna dichosa
esta noche tuvo el lado
más discreto, más honrado,
que ha visto esta alma envidiosa.
Muestra la mano. El color
se te ha trocado. Esto es cierto.
Una noche... ¡Tú me has muerto!
CLARA. ¡Qué extraña señal de amor!
GALINDO. ¿Desmayóse?
FELICIANO. ¿No lo ves?
GALINDO. ¡Vive Dios, que es de lo fino!
Ved qué de presto le vino
de la cabeza a los pies.
FELICIANO. Trae, por tu vida, Clara,
un poco de agua de azahar;
si no la puede tomar
echarásela en la cara;
¡hay tales celos!
GALINDO. Por Dios,
que es lástima; está mortal.

(1) En el ms. de Durán y en la ed. de 1873, "Lo es siempre", por mala lectura.

FELICIANO. ¿No vas?
CLARA. Voy.

(CLARA *se vaya.*)

GALINDO. Mala señal.
FELICIANO. ¿Para quién?
GALINDO. Para los dos.
FELICIANO. ¿Cómo?
GALINDO. Porque es mal agüero
entrar aquí con azahar
y estas dos sotas hallar
en el encuentro primero.
FELICIANO. Necio, ¿este rostro no miras?
GALINDO. Discreto, ya estoy mirando
el mismo rostro que cuando
de ver su color te admiras.
FELICIANO. ¿No ves que es color fingida
y no se puede mudar?
La que suya has de mirar
en tantas partes perdida.
GALINDO. Cuanto aquí se ve es fingido.
¿Es ratón éste?
DOROTEA. ¡Ay de mí!
GALINDO. ¿Ves qué presto vuelve en sí?
DOROTEA. ¡Qué necio, Galindo, has sido!
¡Qué alteración me has causado!
GALINDO. ¿Pues no estabas desmayada?
DOROTEA. Algo estaba ya cobrada,
y era aquel susto pasado.
FELICIANO. Maldígate Dios, amén.
¡Qué costosas gracias tienes!
GALINDO. Clara es ésta.

(CLARA *con un brinco de agua.*)

FELICIANO. Tarde vienes;
mas toma el agua, mi bien.
DOROTEA. Muestra, que a fe que estoy tal,
que apenas he vuelto en mí.
Ni sé cómo vivo aquí,
según me he visto mortal.

(*Beba.*)

GALINDO. Agradézcanlo al ratón,
que nuestro médico ha sido.
FELICIANO. Bebe más.
DOROTEA. Harto he bebido.
GALINDO. ¿Confortaste el corazón?
FELICIANO. ¿Es posible que no sabes
dónde [he] estado, ni has sabido
qué es lo que me ha sucedido?
DOROTEA. Dime palabras suaves,
regálame, por tu vida,
que a fe que lo he menester.

GALINDO. [*Ap.*] ¡Qué diestra está la mujer!
Toda la pena es fingida.

FELICIANO. Mi bien, ayer se murió
mi padre, y hoy le enterré;
si en aquesto me ocupé
la muerte es quien te ofendió;
con esta dama dormí,
un capuz la cama fué,
que esta noche me quité
por no entrar a verte ansí.

DOROTEA. ¡Tu padre es muerto!

FELICIANO. Ya es muerto.

GALINDO. [*Ap.*] ¿Ha de haber desmayo ago- [ra?
¡Oigan, vive Dios, que llora!

FELICIANO. Mi bien, que es mi bien te advierto.
Mira que eres hoy el dueño
de sus treinta mil ducados.
Ya no andarán empeñados
tus desdenes y mi sueño;
ten, mi señora, alegría.

DOROTEA. ¿Puedo dejar de sentir
que es tu sangre?

GALINDO. [*Ap.*] ¿Hay tal fingir?

FELICIANO. ¿Has cenado?

DOROTEA. Ahora quería.

FELICIANO. ¿Qué tienes?

DOROTEA. Poco o nonada,
mas para entrambos habrá.

FELICIANO. ¡Hola, Galindo!, ¿tendrá
algo aquel tu camarada?

GALINDO. No faltará algún capón.

FELICIANO. Estos cuatro escudos toma;
trae una gentil redoma
de aquel ramo del cantón;
y de camino, Guzmán
el luto puede traer,
que aquí me ha de amanecer,
y no he de salir galán.

DOROTEA. Por fuerza lo ha de salir
quien como vos lo nació,
si no le marchito yo.

GALINDO. [*Ap.*] ¡Qué bien lo sabe fingir!
Voy en un salto.

FELICIANO. Camina. *(Vase.)*

DOROTEA. Pésame que haya heredado
quien pobre me ha conquistado.

FELICIANO. [*Ap.*] No sé lo que ésta imagina.
Cuando pobre, nunca vi
su rostro sereno y ledo,
y agora que ve que heredo
toda se transforma en mí.
Pero, pues no lo sabía
cuando la vi desmayar,
no es justo amor agraviar
mujer que sin duda es mía.
No se canse más Leonarda,
ni más me pida su honor,
si con el mismo rigor
trescientos años aguarda,
que ya soy de Dorotea
muy justamente perdido,
pues que soy de ella querido,
que es lo que el alma desea.

DOROTEA. No seas necia.

CLARA. Acaba ya.

DOROTEA. Déjame

FELICIANO. ¿Qué es la quistión?

DOROTEA. Locuras de Clara son.

FELICIANO. ¿No lo sabré?

DOROTEA. Bien está;
vos lo sabréis.

FELICIANO. ¿Por qué no?

DOROTEA. Porque no puedo sufrir
a quien quiero bien, pedir,
que doy a quien quiero yo.

FELICIANO. Daráme, por Dios, mohina;
declaradme esas razones.

DOROTEA. Sacastes ciertos doblones,
y cásase una vecina,
y conjúrame que os pida
para las arras.

FELICIANO. ¿Pues eso
tenéis, mi bien, por exceso,
siendo vos mi propia vida?
En este bolsillo van
ciento, menos el que di;
serán arras de que hoy fuí
de vuestro favor galán.

DOROTEA. ¡No haréis tal, por vida mía!

FELICIANO. Por la misma lo he jurado.

DOROTEA. Esta necia lo ha causado.

CLARA. Conozco yo su hidalguía:
que de la misma manera
que esas arras acomoda,
te diera para la boda
ropa y saya, o saya entera;
mal conoces lo que vale
aquel hombre que está allí.

FELICIANO. Pues, ¿es la madrina?

CLARA. Sí,
y con saya y ropa sale;
hazle hacer, por vida tuya,
vestido de tu color,
porque su gala y tu amor
honren la belleza suya.
Que ella, como te ama tanto,

no te osa pedir aquello
que podrá, por no tenello,
darte algún celoso espanto.

FELICIANO. Eso no, por vida mía;
mi sastre mañana venga,
porque la medida tenga,
que dél sólo el alma fía;
y sacaráse la tela
de la color que le agrade.

CLARA. Los pasamanos añade.

FELICIANO. ¿La guarnición te desvela?
Del más ancho de Milán
echen juntos cinco o seis.

CLARA. ¿Sin duda?

FELICIANO. Allá lo veréis.

CLARA. [*Ap.*] Este, señora, es galán.
Mal haya Ricardo, amén.

DOROTEA. [*Ap*] ¡Ay, Clara!, a Ricardo adoro.

CLARA. Pues adora agora al oro
para que el oro te den.

DOROTEA. ¿Cuál oro, ¡triste de mí!,
se puede igualar al gusto?

(*Entre* GALINDO.)

GALINDO. El dinero vino al justo;
cuanto me pidió le di;
pero hay muy bien qué cenar,
y mañana qué comer.
Clara, tú puedes hacer
esos capones pelar
y asar aquellas perdices.

CLARA. Oye aparte, mentecato.

GALINDO. ¿Qué quieres?

CLARA. Óyeme un rato,
necio, y no te escandalices.
¿Este tonto de tu amo
ha heredado?

GALINDO. Así es verdad;
el tonto y la cantidad
he visto.

CLARA. Aquí hay liga y ramo;
éste es pájaro que viene
dando en ella; no seas loco,
sino caiga poco a poco
con el dinero que tiene.
¿No has leído a *Celestina?*

GALINDO. A *Celestina* leí.

CLARA. Pues mira a Sempronio allí,
y por sus pasos camina;
deja, Galindo, a las dos
que este pájaro pelemos,
y tu parte te daremos.

GALINDO. ¡Altamente habláis, por Dios!
Armalde, que yo seré
el pájaro compañero:
traeréle al lazo.

CLARA. Eso quiero.

GALINDO. Como parte se me dé
y la que espero de ti.

CLARA. Digo que seré tu prenda.

GALINDO. Pues quedo, y nadie lo entienda.

DOROTEA. ¿Llamaron?

CLARA. Señora, sí.

DOROTEA. Mira quién es.

CLARA. En la voz
he conocido a tu hermano.
Escóndase, Feliciano (1),
que es un soldado feroz,
y no hay hombre más celoso.

DOROTEA. Vete, y ven después, mi bien.

FELICIANO. ¡Hermano!

DOROTEA. Y hombre también,
que es un Orlando furioso.

GALINDO. ¡Clara!

CLARA. ¡Galindo!

GALINDO. Este hermano,
¿no viniera enhorabuena
antes de traer la cena?

CLARA. Ya lo previenes en vano.

GALINDO. Dame siquiera un capón
y la redoma del vino.

DOROTEA. Detenerte es desatino.

FELICIANO. Así mis venturas son;
dame esos brazos, y adiós.

DOROTEA. Por esta puerta te irás.

GALINDO. ¡Cena, que no os veré más!

CLARA. Por aquí saldréis los dos.

(RICARDO *entre, y los dos se vayan.*)

RICARDO. ¿Han acaso ensordecido,
Dorotea, tus criadas,
o están acaso bañadas
en las aguas del olvido?
¿Cenaron adormideras?
¿Qué tenéis, que no me oís,
y, si me oís, no me abrís?

DOROTEA. ¿Dirás que ha un hora que esperas?

RICARDO. Poco menos.

DOROTEA. Ocupadas
en regalarte estarán.

RICARDO. Más en echar al galán
que hoy hablastes a tapadas;

(1) En la ed. de Sancho (1873), este verso se pone como acotación.

bien he sentido el rüido.
DOROTEA. Tarde y celoso, ¡oh qué bien!
RICARDO. Di que de cenar me den,
que vengo medio dormido.

(Entrese RICARDO.)

CLARA. ¿Para qué quieres este hombre,
que te juega cuanto tienes,
si hoy a ser rogada vienes
de un rico tan gentilhombre?
DOROTEA. Déjame con mi pasión:
tirano es amor, no es rey,
y así, en el gusto no hay ley,
ni en la mujer elección.

(Entrense DOROTEA *y* CLARA.)

(LEONARDA, *en hábito de hombre, con espada y broquel, y un* CRIADO.)

LEONARDA. Aquí me puedes dejar,
o espérame por ahí.
CRIADO. Si hay necesidad de mí,
allí me podrás hallar,
que tengo cierto requiebro
de una platera de perlas,
más firme que dos cañerlas
y más blanda que un enebro;
silba y vendré por el aire,
puesto a punto el hierro (1) todo,
en diciéndole un apodo
y en oyéndole un donaire.

(Váyase el CRIADO.)

LEONARDA.

Escura y siempre triste y enlutada,
gran viuda del Sol, noche estupenda,
cuya lustrosa toca reverenda
de holanda de la Luna fué cortada.
Secretaria de Amor, noche callada,
haz que mis pasos ningún hombre entienda,
y daréte una pieza por ofrenda
de la bayeta en mi dolor frisada.
Noche, aquí vengo en busca de un ingrato;
ponme con él: hablalle te prometo,
porque veas su injusto y mi buen trato.
Descanse mi cuidado en tu secreto,
que es hijo de los días el recato,
y de la noche el amoroso efeto.

(1) En el ms. autógrafo, "yerro".

(Entren FELICIANO *y* GALINDO.)

FELICIANO. Sospechas traigo.
GALINDO. ¿De qué?
FELICIANO. De que no es aquél su hermano.
GALINDO. Pues fué tu sospecha en vano.
FELICIANO. ¿Por qué?
GALINDO. Porque no lo fué,
y en las cosas que son ciertas (1)
no hay sospechas.
FELICIANO. ¿Ciertas son?
GALINDO. Conozco la condición
de estas damas con dos puertas.
¡Lindo gatazo te han dado!
FELICIANO. Quien ama, todo lo abona,
ni es Dorotea persona
de tan vil y bajo estado:
su hermano será, sin duda.
GALINDO. ¿Su hermano?
FELICIANO. ¿No puede ser?
GALINDO. Conoces esta mujer;
los hombres en bestias muda.
FELICIANO. En que es su hermano me fundo.
GALINDO. Si es su hermano, Feliciano,
yo sé que hoy no cena hermano
mejor que él en todo el mundo.
¡Oh hermano el más bien cenado
que se ha acostado jamás!
¡Qué contento dormirás
con algún ángel al lado!
FELICIANO. ¿Angel? ¡Oh, qué majadero!
¿Díceslo por Dorotea?
GALINDO. No digo yo que ella sea.
FELICIANO. ¿Pues quién?
GALINDO. Declararme quiero (2).
El que cena y duerme bien,
ángeles suele soñar.
FELICIANO. Aquí hay gente.
GALINDO. Aquí hay lugar
de tomar la calle; ven.
FELICIANO. ¿Irme tengo?
GALINDO. ¿Por qué no?
¿Es fuerza el ir por allí,
si hay treinta calles aquí?
FELICIANO. ¿Quién va allá?
LEONARDA. Yo.
FELICIANO. ¿Quién es yo?
LEONARDA. [*Ap.*] Un hombre y una mujer,
pudiera decir mejor.
FELICIANO. ¿Qué quiere aquí?

(1) En el ms. de Durán y en la ed. de Sancho, "conciertas", por mala lectura.
(2) "Explicarme", en la copia de Durán.

GALINDO. ¡Qué rigor
que muestras!; habla a placer.
LEONARDA. ¿Téngoos que dar cuenta a vos
de lo que en la calle quiero?
FELICIANO. Sí, porque lo que yo espero
no nos impida a los dos.
LEONARDA. No podréis vos esperar
lo que yo.
FELICIANO. ¿Por qué razón?
LEONARDA. Porque es libre mi afición,
que la puedo yo pagar;
y aguardo a que de allá salga
un Feliciano que entró,
porque he de entrar luego yo.
GALINDO. Muy bien; así Dios me valga;
¡mas que es ésta Dorotea!
LEONARDA. La misma, y la que a Ricardo,
un cierto alférez gallardo,
que agora en Madrid pasea,
da lo que a los otros quita;
y agora espera quitar
a cierto hombre del lugar
que estas calles solicita
y está recién heredado;
que jura que ha de pescalle
cuanto pudiere pelalle
para este galán soldado.
GALINDO. ¿Tiene hermano esta mujer?
LEONARDA. Es flor eso del hermano.
GALINDO. ¿Qué te dice, Feliciano?
FELICIANO. Que no lo puedo creer.
GALINDO. Pues lo que los ojos ven,
con los dedos se adivina.

(Gritan.)

FELICIANO. Grita suena en la cocina.
GALINDO. ¡Y cómo: cenan muy bien!
¡Que ésta nos tenga al olor!
¿Hay tan gran mentecatía?
FELICIANO. Aguardar tengo hasta el día.
GALINDO. Vámanos de aquí, señor.
¡Oh, bellaca desmayada!
¿Quién se la vió tan fingida,
más lacia y carilamida
que gata recién lavada?
¿Quién la vió tras el ratón,
y a ti en su engaño embebido?

(Fisgando.)

"Bebe más." "Harto he bebido."
"Confórtame el corazón.
Dime palabras suaves."
FELICIANO. Aún hay, Galindo, más mal.
GALINDO. Bastará que sea igual.
¿Más mal, dices?
FELICIANO. ¿No le sabes?
Los cien doblones le di.
GALINDO. ¿Los de a cuatro?
FELICIANO. Los contados,
en el escritorio hallados
que aquesta mañana abrí.
GALINDO. ¿Qué me cuentas?
FELICIANO. Ya no cuento,
pues ella los cuenta allá.
GALINDO. ¿Quién eso a una mujer da?
¿A qué cuenta los asiento?
FELICIANO. A la de Amor.
GALINDO. ¡Buen fiador!
Cobrar tengo este dinero.
FELICIANO. Tente, Galindo, no quiero.
GALINDO. ¿Por qué?
FELICIANO. Porque tengo amor.
GALINDO. ¡Pesar del amor, amén!
Llama y di si ha de salir,
o si nos hemos de ir.
FELICIANO. Bien dices.
GALINDO. Tú no haces bien.
FELICIANO. ¡Ah de casa!
GALINDO. No responden.
¡Ah de arriba!... Están cenando.

(Gritan.)

Lo que yo estuve comprando,
entre espalda y pecho esconden,
a pesar del moscatel.
¡Que aquesto puede sufrir!
FELICIANO. Yo haré que vengan [a] abrir.
GALINDO. Pasito, menos cruel;
oye un consejo.
FELICIANO. ¿Cuál es?
GALINDO. Tú tienes lindo dinero;
no aventures con un fiero
lo que es de más interés.
Busquemos bravos, y ven
a esta casa, y, sin recelo
de tu vida, da en el suelo
con cuantos en ella estén.
FELICIANO. Bien dices; vamos de aquí.

(Váyanse FELICIANO *y* GALINDO.*)*

LEONARDA. Ya se fué; contenta quedo,
que tengo a su vida miedo,
que es alma que vive en mí.
Gente sale de la casa.

(RICARDO, *[con] la espada desnuda, [y* LEONARDA].)

RICARDO. ¿Quién llama con tal furor?
LEONARDA. Yo soy un hombre, señor,
que por esta calle pasa;
los que llamaron se han ido.
RICARDO. Vos sois, y, seáis cualquiera,
es mal hecho; sacad fuera
la espada.
LEONARDA. Que oigáis os pido;
advertid que yo no soy.
RICARDO. Pues ¿quién sois?
LEONARDA. Una mujer
que aquí un galán viene a ver,
de quien hoy celosa estoy.

(Salgan DOROTEA *y* CLARA.)

DOROTEA. Tenle, Clara, que estoy muerta,
como una espada se nombre.
CLARA. Hablando está con un hombre
enfrente de nuestra puerta.
LEONARDA. Temo que, si me halla ansí,
con el enojo me dañe.
RICARDO. ¿Queréis que yo os acompañe?
LEONARDA. Sí.
RICARDO. Pues echad por aquí.

(Váyanse RICARDO *y* LEONARDA.)

CLARA. Sin duda, señora, van
desafiados al Prado;
por un fanfarrón soldado
pierdes un rico galán.
¿Qué has de hacer?
DOROTEA. Estoy turbada.
CLARA. Cuatro hombres vienen aquí.

(FELICIANO, FULGENCIO, FABRICIO *y* GALINDO.)

FELICIANO. Luego a los dos conocí.
FULGENCIO. ¿Y qué es la quistión?
FELICIANO. No es nada.
Aquí, en cas de Dorotea,
cierto fanfarrón soldado
pienso que está acompañado
y que su respeto sea.
FABRICIO. No pienso que piensas mal.
GALINDO. Quedo; la puerta está abierta.
FULGENCIO. Dorotea está a la puerta.
¿Qué gente?
DOROTEA. Cierra el portal.
FELICIANO. No cierres.
DOROTEA. ¿Quién es?
FELICIANO. Yo soy.
DOROTEA. ¿Es, por dicha, Feliciano?
FELICIANO. ¿Está en casa aquel tu hermano?
DOROTEA. Ya es ido; al diablo le doy;
entra y cenarás, mi bien.
FELICIANO. Señores, todos entrad,
que se ha vuelto en amistad
lo que imaginé desdén.
FULGENCIO. ¿Habrá para todos?
DOROTEA. Sí.
FELICIANO. ¿Ves cómo te has engañado?
GALINDO. ¡Oh hermano, el más mal cenado
de cuantos hermanos vi!

[*Entrense.*]

CLARA. ¿Qué haré, si vuelve Ricardo?
DOROTEA. Hazte sorda, porque vea
que soy yo...
CLARA. ¿Quién?
DOROTEA. Dorotea,
que a ninguno el rostro guardo.
Aguarde hasta la mañana
y quiébrese la cabeza,
porque en tiniendo firmeza
se pierde una cortesana.
Déjame pescar aquí
donde pican estos peces,
y ande el interés a veces,
ya que amor lo quiere ansí;
y en dar a Ricardo celos
yo sé que discreta he sido:
que importa a un amor dormido
irle poniendo desvelos.
CLARA. Bien haces, que este mancebo
es liberal y heredado;
dale cuerda, que ha llegado
como pez simple a tu cebo;
déjale que entre en las redes
a este pájaro inocente;
que si Ricardo lo siente,
picar a Ricardo puedes.
Nunca trata el mercader
sólo un género, que quiere
ganar si en aquél perdiere;
y así ha de hacer la mujer.
Entra y comienza a pelalle.
DOROTEA. Hasta en los cañones velle.
CLARA. ¿Y luego?
DOROTEA. Entonces ponelle
de paticas en la calle.

FIN DEL PRIMER ACTO
DE "LA PRUEBA DE LOS AMIGOS".

ACTO SEGUNDO

LOS QUE HABLAN EN ESTE ACTO SON:

RICARDO.
FULGENCIO.
FELICIANO.
GALINDO.
DOS MÚSICOS.
FABRICIO.
UN CRIADO.
FAUSTINO, *viejo*.
LEONARDA.
TANCREDO.
DOROTEA.
CLARA.

(RICARDO *y* FULGENCIO.)

RICARDO.

Tengo de conocerle gran deseo,
aunque él me tiene a mí por enemigo.

FULGENCIO.

No tiene el mundo un hombre, a lo que creo,
más digno de llamarse honrado amigo.

RICARDO.

Así lo dicen cuantos suyos veo.

FULGENCIO.

Ninguno más de esa verdad testigo.
Y me pesa que vos viváis tan fuera
de su amistad.

RICARDO.

Por Dios, que la tuviera.
Mas ya sabes, Fulgencio, que he tratado
esa mujer que Feliciano adora,
celos y enojos muchas veces dado,
que es lo que apartan la amistad agora.
El hombre que ama, al hombre que fué amado
siempre aborrece, y, receloso, ignora
si ha de volver aquél a verse un día
en el estado mismo que solía.
Fuera de eso, Fulgencio, hay otro enredo
que impide el amistad.

FULGENCIO.

¿De qué manera?

RICARDO.

Habrá tres meses (que deciros puedo
a vos este secreto, aunque lo fuera)
que vine aquí, llamado de Tancredo,
y que pluguiera a Dios que no viniera,
a cenar con la Circe, la Medea,
que llaman la discreta Dorotea.
Era, sin duda, a costa, o mal lo entiendo,
de Feliciano el gasto, y en entrando
echáronle de casa, previniendo
la cena a que me estaban esperando;
Feliciano, por dicha, conociendo
su engaño, vuelve al puesto, y derribando
las puertas, a que salga con la espada
me obliga, casa y cena alborotada.
Salgo y hallo no más de un hombre; quiero
reñir con él, y que es mujer me dice;
dejo la casa, cena y el acero
envaino, a que ninguno contradice.
Acompañarla voy, aunque primero
de que no era traición me satisfice;
llego a su casa y háblola en la puerta,
llena de amores y de celos muerta:
no es menos de que adora en Feliciano,
que está perdido aquí por Dorotea;
yo, viendo el traje, u de tocar su mano,
o por mi estrella, o lo que fuere sea,
así me pierdo, así me rindo, hermano,
que no hay sol para mí, no hay luz que vea
mientras estoy ausente de su vista (1).

FULGENCIO.

¡Suceso extraño! Y ¿qué hay de la conquista?

RICARDO.

Que me aborrece, al paso que la adoro.

FULGENCIO.

¿Y cómo lo ha llevado Dorotea?

RICARDO.

Quiriendo bien ese mancebo de oro,
en quien agora su codicia emplea.

FULGENCIO.

Pues no lo dudes que le da un tesoro,
y la adora de suerte que desea
dorar cuanto ella toque, como Midas
oro comen y de oro van vestidas;
en oro duermen, y oro, finalmente,
pienso que son los gustos y favores (2).

RICARDO.

¡Pobre mancebo, rico y (y) inocente,
pájaro simple entre esos dos azores!

FULGENCIO.

Es recién heredado; no lo siente.

---

(1) Toda esta estrofa aparece tachada en el manuscrito autógrafo.

(2) En el autógrafo, la lectura de esta última palabra es dudosa; pudiera leerse también "sabores".

RICARDO.

¡Oh, Fulgencio!, no hay género de amores
más peligroso que una cortesana:
lo que ella corta, eternamente sana.
¡Qué enredos tienen! ¡Qué palabras blandas!
¡Qué afeites de traiciones! Todo es cebo.
¡Qué baños odoríferos! ¡Qué holandas,
mortaja vil de un moscatel mancebo!
Pues vellas como imágenes en andas,
en el estrado rico, limpio y nuevo,
parecen las señoras más honestas;
allí toman papeles, dan respuestas;
llega el escritorillo, la esclavilla,
el tintero de plata la criada
tiene en la mano, hincada la rodilla;
el paje está elevado, y todo es nada.
¡Pues ver en la almohada la almohadilla,
y no hacer más labor que en la almohada
para fingir ocupación!... Es cosa
insufrible en el mundo y vergonzosa.
¿Qué dirás si se juntan a consejo
sobre pelar un hombre mentecato?
Celos, si es mozo; tierno amor, si es viejo;
pedir la seda, el faldellín, el plato.
¡Si las vieses tocar al limpio espejo
y quedar el bosquejo del retrato!
Mal año para mí, si tú las vieses,
que tantos ascos de Vinorre (1) hicieses.
No saca algún pintor tantas colores,
ni más ungüentes (2) saca un cirujano.
Mira, ¡por Dios!, qué calidad de amores
y lo que aquí desprecia Feliciano;
no hay ramillete de diversas flores
del alba pura en la divina mano
como el cuerpo y el rostro de Leonarda,
discreta, hermosa, principal, gallarda.

FULGENCIO.

Es mozo, y va siguiendo su apetito,
que a cada cual le rige su deseo;
su amigo soy, su gusto sólo imito.

RICARDO.

¿En qué entiende, en faltando de este empleo?

FULGENCIO.

De la suerte que en número infinito
al panal de la miel acudir veo
las importunas moscas el verano,
así mozos agora a Feliciano.
Todos andan con él, todos le siguen,
acompáñanle todos noche y día,
juégase en casa, y tantos le persiguen,
que en verlos te dará melancolía;
gusta que a dar o que a emprestar le obliguen,
con liberalidad y cortesía,
porque es de suerte liberal y franco,
que, al paso, presto ha de quedarse en blanco.

RICARDO.

¿Que es tan gran gastador?

FULGENCIO.

Pródiga cosa,
y amigo de hacer gasto por el cabo;
ésta es su casa; entrad.

RICARDO.

¡Qué sala hermosa!

FULGENCIO.

La casa es buena, y la pintura alabo.

RICARDO.

Esta Lucrecia es singular.

FULGENCIO.

Famosa.

RICARDO.

¡Bueno, tras la cortina, está el esclavo!

FULGENCIO.

De Urbino es la invención.

RICARDO.

¡Está excelente!
¡Bueno es aquel Adonis que está enfrente!
¡Lindas telas son éstas!

FULGENCIO.

¡Extremadas!

RICARDO.

¡Qué buenos escritorios y bufetes!
¿Hay camas ricas?

FULGENCIO.

Camas hay bordadas.

(1) En la copia de Durán queda en blanco esta palabra, sin duda porque el copista no entendió lo que significaba. Sabido es que *Vinorre, Binorres* o *Vinorro* (pues de las tres maneras se le menciona) fué un loco que, como Burguillos, Don Quincoces, Gijorro, Candil, Valsaín y algunos más, se hizo muy popular y célebre en la época de Lope. Cítanle también Góngora, Quevedo y otros escritores de entonces.

(2) En el autógrafo, "vngentes".

RICARDO.

Espantosas grandezas me prometes.

FULGENCIO.

¡Qué es ver aquestas salas ocupadas
de músicos, de damas, de alcahuetes,
de jugadores bravos y de ociosos,
y aun de pobres que llaman vergonzosos!

RICARDO.

Acuden al dinero.

FULGENCIO.

¡Oh, gran dinero!

RICARDO.

No dudes que el dinero es todo en todo;
es príncipe, es hidalgo, es caballero,
es alta sangre, es descendiente godo.

FULGENCIO.

Él sale; no te vayas.

RICARDO.

Aquí espero,
por sólo ver de este mancebo el modo.

FULGENCIO.

Haz cuenta que otro pródigo estás viendo.

RICARDO.

¡Cantan!

FULGENCIO.

¿No miras que se está vistiendo?

(Entre FELICIANO, *vistiéndose a un espejo que traerá un paje, y otro, la espada y la capa.* GALINDO, *con una escobilla limpiando el sombrero. Dos* MÚSICOS *cantando, mientras se compone el cuello.)*

MÚSICOS. Pidiéronle colación
unas damas a Belardo,
paseándose en Sevilla
entre unos verdes naranjos.
FELICIANO. Esperad, por vida mía.
MÚSICO. Ya lo que quieres aguardo.
FELICIANO. ¿Qué? ¿Vive aquese Belardo?
MÚSICO. Aún es vivo.
FELICIANO. ¿Todavía?
MÚSICO. Si das licencia que cante,
sabrás su estado mejor.
FELICIANO. ¿Qué? ¿Ese es vivo?
MÚSICO. Sí, señor.

FELICIANO. Cantad, pasad adelante.

(Cantan.)

MÚSICO. Él, que a unos ojos azules
estaba haciendo un retrato,
que aunque no era desafío,
los sacó en el alma al campo...
FELICIANO. Oid: pues ¿cómo sería,
que amores pena le den?
¿Aún quiere Belardo bien?
MÚSICO. Dicen que sí.
FELICIANO. ¿Todavía?
Tanto en él vienen y van,
desde que yo me crié,
que muchas veces pensé
que era del tiempo de Adán.
MÚSICO. Lo que ha escrito da ocasión
a juzgar de esa manera.
GALINDO. Quedo, que hay gente de fuera.
FELICIANO. ¿Gente de afuera? ¿Quién son?
FULGENCIO. Yo soy, y conmigo viene
un hombre que ha deseado
ser tu amigo, y tan honrado,
que estos pensamientos tiene.
FELICIANO. ¿Quién?
FULGENCIO. El alférez Ricardo.
FELICIANO. Seáis, señor, bien venido.
¡Jesús!
RICARDO. Las manos os pido.
FELICIANO. Y yo esos brazos aguardo,
que aquesta casa os merece.
¿Es posible que la honráis?
RICARDO. ¡Vos a todos nos la dais!
FULGENCIO. A ser muy vuestro se ofrece;
que aquellos cuentos pasados
ya pasaron, en efeto.
FELICIANO. No tratéis, pues sois discreto,
eso entre amigos honrados;
el señor alférez tiene
un gran servidor en mí.
RICARDO. Si de vos siempre lo fuí
diga el que conmigo viene,
pues le busqué por padrino.
FELICIANO. Traed sillas.
RICARDO. Eso no,
mientras os vestís, que yo
soy muy vuestro y soy vecino.
FELICIANO. ¿Vivís cerca?
RICARDO. Aquí, a la vuelta;
bien me podré entretener
con lo que hay aquí que ver.
FELICIANO. Está todo de revuelta.
RICARDO. Estas divinas pinturas

me han por extremo alegrado,
que les soy aficionado,
y hay mil gallardas figuras.

FELICIANO. ¿Qué os agrada?

RICARDO. Esta Lucrecia
y este Adonis.

FELICIANO. Vuestros són,
que yo buscaba ocasión
de echar de casa esta necia.

RICARDO. No los alabé por eso,
mas por ser de buena mano.

FELICIANO. En buena mano le gano
al pintor.

RICARDO. Yo os lo confieso:
que él los pintó de mil veces,
y vos en una los dais;
de lo que le aventajáis,
los presentes son jüeces;
mas no los quitéis, por Dios,
que las telas que hay aquí
se podrán quejar de mí.

FELICIANO. Pues quéjense de los dos,
y lleven también las telas.

RICARDO. ¿Las telas? No lo mandéis.

FELICIANO. Esta vez perdonaréis;
quítalas tú.

GALINDO. Quitarélas.

RICARDO. ¡Jesús, las telas también!
Mirad que no tengo yo
donde quepan.

FELICIANO. ¿Por qué no,
si en los ojos caben bien?
Ya menos caben aquí:
que, en ser vuestras, son ajenas.

RICARDO. Beso aquesas manos, llenas
de grandeza.

FELICIANO. No hay en mí
sino sólo el buen deseo.

RICARDO. ¿Es loco este hombre?

FULGENCIO. No sé:
no estima en más lo que ve
que yo aquello que no veo.

(Entre FABRICIO.)

FABRICIO. ¿Está aquí el buen Feliciano?

FELICIANO. Aquí estoy, Fabricio amigo.

FABRICIO. Oye aparte. Es Dios testigo
que vengo perdido, hermano.
Llevan a mi padre agora
preso, por dos mil reales.
Si tú al remedio no sales
de un hijo que un padre adora,
y sobre aquesta cadena...

FELICIANO. Quedo, no me digas más.
¿Prendas a mis prendas das?
¡Por Dios, que la prenda es buena!

FABRICIO. Pues ¿no es bastante piedad
dar sobre prenda el dinero?

FELICIANO. Al amigo, al compañero
con quien profeso amistad,
¿en qué le sirvo si doy
oro sobre oro?

FABRICIO. No digas
que en dármelo no me obligas;
tómala, y tu esclavo soy.

FELICIANO. El dármela te condena,
aunque el buen término alabo,
pues que te llamas mi esclavo
y te quitas la cadena.
Ten la cadena, Fabricio,
en muestra de obligación,
pues que las cadenas son
de los esclavos indicio.

FABRICIO. Tendréla para mostrar
que es tuya y que tuyo soy,
pues el oro en que la doy
es hierro (1) que puede atar.
Vivas mil años, y advierte
que me acordaré de ti
mientras vive el alma en mí,
y ella después de mi muerte.

FELICIANO. ¿Galindo?

GALINDO. Señor.

FELICIANO. Da luego
dos mil reales a Fabricio.

GALINDO. ¿Qué dices?

FELICIANO. Este es mi oficio;
no repliques.

GALINDO. ¿Estás ciego?

FELICIANO. Camina.

GALINDO. Vente conmigo.
¡Con buen pie nos levantamos!

[*Vanse* GALINDO *y* FABRICIO.]

FELICIANO. ¿Adónde queréis que vamos?

RICARDO. Donde quiera iré contigo,
aunque donde sabes sea.

FELICIANO. ¿Darásme celos?

RICARDO. Ya no,
que ya sé que me perdió,
por ganarte, Dorotea.

FELICIANO. ¿Quiéresla bien?

RICARDO. No te osara
decir que la quiero bien,

(1) En el autógrafo, "yerro".

aunque a su hermoso desdén
la voluntad inclinara,
con temor que me la dieras,
como Alejandro a su amiga,
si tal grandeza te obliga,
que ser Alejandro esperas.

FELICIANO. Perdone Alejandro en eso;
no puede ser que yo sea
liberal con Dorotea:
ser inferior le confieso.
Piérdome cuando imagino
que Alejandro se la dió;
mas pienso que le cegó
ser tan inclinado al vino.

RICARDO. De eso le culpan historias.

FELICIANO. Si la dió fuera de sí,
yo no, porque estoy en mí,
y no quiero infames glorias.
¿Cómo no viene, Fulgencio,
Tancredo, como solía,
que está nuestra compañía
sin su presencia en silencio?

FULGENCIO. ¿Pues eso dices? ¿No sabes
que está preso?

FELICIANO. No, por Dios.

FULGENCIO. Habrá más de un mes que dos
mancebos bravos y graves
le acuchillaron; muy bien
defendióse: al uno hirió;
prendiéronle, y concertó
la herida; aguarda que den
a su tío unos dineros,
y por esto se está allí.

FELICIANO. Agravio me han hecho a mí,
que fuera de los primeros
que a serville hubieran ido:
que le soy aficionado.
La herida ¿qué le ha costado?

FULGENCIO. Cien escudos le han pedido.

FELICIANO. Vamos a misa, y de allí
por la cárcel entraremos
y a comer nos le traeremos.
¿Queréis vos ir?

RICARDO. Señor, sí.

FELICIANO. Pues hoy comeremos todos
en regocijo del preso;
no lo estuviera por eso,
siendo tan fáciles modos,
solicitud y dinero (1),
para darle libertad;
cierto que siento el agravio.

([FELICIANO, FULGENCIO, RICARDO y] *un* CRIADO.)

CRIADO. Aquí está un paje de Octavio.

FELICIANO. Lo que quiere preguntad.

CRIADO. Aquel caballo de ayer.

FELICIANO. Si le pide cada día
parece descortesía
no ver que le ha menester;
di que un lacayo le lleve
y se le dé de mi parte.

[*Vase el* CRIADO.]

RICARDO. No siento cómo alabarte,
puesto que mil veces pruebe.

FELICIANO. Tiniéndome por amigo,
que es la mayor alabanza:
que quien amigos alcanza,
tiene todo el bien que digo;
de todos procuro el gusto,
que hacer bien nunca se pierde.

[*Entre* GALINDO.]

MÚSICOS. ¿No dices que se le acuerde
del vestido?

FELICIANO. Y es muy justo;
da, Galindo, dos vestidos
de color a estos galanes.

(*Váyanse* FELICIANO, FULGENCIO *y* RICARDO.)

GALINDO. ¡Qué gentiles gavilanes!
¡Y qué ejemplo de perdidos!
¡Pobre seso y pobre hacienda!

MÚSICOS. ¡Ah, seó Galindo famoso,
camarero generoso!

GALINDO. De este caballo sin rienda.

MÚSICOS. De este príncipe, dirá;
¿cómo no nos manda nada,
pues la guitarra y la espada
todo a su servicio está?
¿No hay alguna a quien nos lleve
de noche a cantar?

GALINDO. Quisiera
cantar a cierta platera,
más de carbón que de nieve;
pero no sé si tenéis
letras que toquen historia.

MÚSICOS. ¡Historia!... ¿Qué más notoria,
si de ellas gusto tenéis,
que aquesta del Condestable?
Deciséis romances sé.

---

(1) Este verso, que queda suelto, está tachado en el ms. autógrafo, y luego escrito al margen; pero, en realidad, no es necesario al sentido.

GALINDO. Daldo al diablo, que no fué
la de Orlando tan notable.
¿Qué piensan estos poetas,
pues que no hay semana alguna
sin don Álvaro de Luna
y otros cuarenta planetas?
Romances de tres en tres
a un enfadoso sujeto;
mas, como es luna, en efeto,
sale nueva cada mes.
Yo quería...

MÚSICOS. ¿Qué? ¿Canciones,
liras, sonetos, sextinas...?

GALINDO. Más calabazas y endrinas,
guindas, peras y melones;
aquello de ir a Tambico
antes que te vuelvas mona.

MÚSICOS. Ya lo entiendo: la chacona.

GALINDO. Eso, por Dios, le suplico;
y encajen también allí
cómo se va poco a poco
al hospital este loco
de mi amo.

MÚSICOS. ¿Cómo ansí?

GALINDO. Dando y haciendo mercedes
a damas, bravos, galanes,
y vestidos a truhanes;
perdonen vuesas mercedes;
vengan, y tengan paciencia,
que muy presto querrá Dios
que nos quedemos los dos
a la luna de Valencia.

(Váyanse, y entren FAUSTINO, *viejo, y* LEONARDA, *con manto y escudero.)*

FAUSTINO. Aunque te encuentre en la calle
te he de hablar, Dios te bendiga,
que aun sin conocerte obliga
tu gracia, donaire y talle.
¿Dónde bueno por aquí,
sobrina?

LEONARDA. De misa vengo.

FAUSTINO. Iré contigo, que tengo
que hablarte.

LEONARDA. ¡Que hablarme!

FAUSTINO. Sí.

LEONARDA. ¿Sobre qué, por vida mía?

FAUSTINO. Allá en casa lo sabrás.

LEONARDA. A las mujeres jamás
les digas: "esto querría".
Muero por saber lo que es.
No llegaré a casa viva.

FAUSTINO. Yo quiero hacerte cautiva;
lo demás sabrás después.

LEONARDA. Sin duda que es casamiento.

FAUSTINO. Un caballero te pide.

LEONARDA. Haz cuenta, señor, que mide
las alas del pensamiento.

FAUSTINO. Es muy rico y gentilhombre.

LEONARDA. Bastaba ser de tu mano.
¿Es acaso Feliciano?

FAUSTINO. ¿Cómo? No conozco ese hombre.

LEONARDA. Un mozo que ha pocos días
que heredó.

FAUSTINO. Ya sé quién es.
¡Jesús! Leonarda, no des
en tan locas fantasías.
Ese es un mozo perdido;
fábula deste lugar;
todo rameras, gastar,
jugar y vestir lucido.
Allá es la conversación;
allá las fiestas y cenas;
allá de vidas ajenas
la injusta murmuración.
Allá verás el mozuelo
que tiene bien que mirar
en su casa, murmurar
de las estrellas del cielo.
Es de valientes sagrado;
es de amantes un asilo.

LEONARDA. ¿Qué, tiene tan mal estilo?

FAUSTINO. ¡Ay de aquel su padre honrado
que ganó tan poco a poco
esta hacienda que él despende!
Como el trabajo no entiende,
despréciala como loco.

LEONARDA. ¡Ay de mí! que aunque os encubro,
tío, mi pena y dolor,
fiada en sangre y amor,
hoy hasta el alma os descubro.
Sabed que en conversación
ese mozo se ha alabado
de que a Leonarda ha gozado;
y que por esta razón
nadie será mi marido,
si no es que él mismo lo es.

FAUSTINO. ¡Cómo! ¿eso pasa, después
que anda este loco perdido?
¡Vive Dios que aunque la espada,
aunque en causa tan decente
como es tu honra, sustente
apenas la mano helada,
que le tengo de buscar
y decirle que has de ser,
a su pesar, su mujer!

LEONARDA. Oye.
FAUSTINO. No te acierto a hablar. *(Vase.)*
LEONARDA. Señor..., ya se fué... Eso quiero,
y que mis deudos, airados,
le obliguen a los cuidados
con que me engañó primero.
Darle tengo en cuanto pueda
pesadumbre, que mi honor
da voces, y dice amor
que más agraviado queda.
¡Triste de mí, que aquí viene!
Quiero taparme.

(Entren FELICIANO, FULGENCIO, TANCREDO *y* RICARDO.)

TANCREDO. No sé
con qué pagaros podré,
si el alma caudal no tiene;
y así en el que agora muestra,
podrá decir con razón
que yo salgo de prisión
y que ella ha entrado en la vuestra;
porque aquellos grillos ya
pasan de los pies a ella,
porque obligalla es prendella
en cárcel que no se irá.
FELICIANO. Tancredo, mayor ventura
es el dar que el recibir,
y así puedo yo decir
que es mi obligación segura.
*Debo al cielo que me dió
con qué poderos librar,
y a vos la causa del dar,
pues desta virtud me honró.*
No tratéis de esto jamás,
que ser el preso os confieso;
porque aquel está más preso
que dió poco a quien es más.
FULGENCIO. No será aquí mal montante
esta dama, por mi vida.
FELICIANO. ¡Buena presencia!
TANCREDO. ¡Escogida!
RICARDO. Quedo, que hay puente y gigante.
TANCREDO. No temas el escudero,
que es un caduco.
FELICIANO. Allá voy.
Buen talle, a fe de quien soy;
bueno, a fe de caballero.
LEONARDA. Bueno o malo, así le agrada
a su dueño.
FELICIANO. Si lo fuera,
estoy por decir que diera...
pero todo el mundo es nada.
LEONARDA. ¿Así, sois vos aquel hombre
que pintan muy liberal?
FELICIANO. Liberal en ser leal
a quien merece este nombre.
LEONARDA. Vos os empleáis muy bien,
sino que os pagan muy mal,
y para quien es leal
la deslealtad no está bien.
Huélgome de conoceros:
hay talle mal empleado
en mujer que la han comprado
tantos con pocos dineros.
FELICIANO. Pesada sois, por mi vida,
y algo satírica estáis;
mal de mujeres habláis
siéndolo.
LEONARDA. Estoy ofendida,
de que a tal mujer os deis;
que estoy contenta de vos.
FELICIANO. Queredme vos, y por Dios
que de ese error me saquéis.
LEONARDA. No lo creáis, que han probado
otros de mucho valor;
pero un deshonesto amor
vence a todo amor honrado.
Los hombres apetecéis
tiros, traiciones, desvelos,
mentiras, cuentos y celos,
que es la leña con que ardéis:
Yo sé de cierta Leonarda
que está muriendo por vos...
FELICIANO. No me la mentéis, por Dios,
¡mal fuego la encienda y arda!
que es la cosa más pesada
que en mi vida conocí.
LEONARDA. ¿Qué tiene malo?
FELICIANO. Que a mí
en todo me desagrada.
LEONARDA. ¿Es muy fea?
FELICIANO. No es muy fea.
LEONARDA. ¿Es necia?
FELICIANO. Discreta es.

(Entren tapadas con sus mantos DOROTEA *y* CLARA.)

CLARA. ¿Es él?
DOROTEA. El mismo que ves.
CLARA. Cúbrete bien, Dorotea.
DOROTEA. Con una mujer está.
CLARA. ¡Buen talle! ¿Quién puede ser?
RICARDO. Aquí viene otra mujer.
FULGENCIO. Tras Feliciano vendrá.
Todos siguen su dinero.
RICARDO. Son mosquitos de ese vino.

DOROTEA. Ya con celos desatino.
CLARA. Espera y calla.
DOROTEA. Ya espero.
LEONARDA. ¿Por qué no amáis a Leonarda,
si esas partes confesáis?
FELICIANO. Mucho de su parte estáis.
LEONARDA. Vos me decís que es gallarda.
FELICIANO. Porque pide casamiento,
que es capítulo terrible.
LEONARDA. ¿Eso os parece imposible
si tiene merecimiento?
DOROTEA. No me mandes esperar;
llamar quiero. ¡Ah, caballero!
FELICIANO. ¿Llamáisme a mí?
DOROTEA. A vos, que os quiero
en cierto negocio hablar (1).
LEONARDA. Si son celos, por mi vida,
que de mí no los tengáis.
DOROTEA. Celos no, aunque vos podáis
dar celos y ser querida.
LEONARDA. Pues decid lo que queréis.
DOROTEA. ¿Aquí, delante de vos?
LEONARDA. ¿Por qué no?
DOROTEA. ¡Bueno por Dios!
¿Luego vos celos tenéis?
LEONARDA. Si vos los tenéis de mí,
¿no es bien que de vos los tenga?
FULGENCIO. ¡Hay tal cosa! ¡Que esto venga
a pasar aquí por ti!
LEONARDA. Cuando aqueste galán fuera
muy mío, estad vos segura
que temiendo mi ventura
luego al momento os le diera.
Soy cobarde para ser
celosa de lo que quiero;
a solas suspiro y muero.
Nunca lo doy a entender.
*Hay damas de lo fingido,
destas que vendibles son,
que hacen grande ostentación:
todo su amor es ruïdo.
Soy mujer de otra labor;
no pido en público celos,
porque me han dado los cielos
ciertas cuartanas de honor.*
¿Ese hombre es vuestro galán?
DOROTEA. No, sino vuestro, y es justo,
pues le hallé con vuestro gusto,
y sin él todas se van;
parado estaba con vos;
hágaos, dama, buen provecho;
que de lo visto sospecho
que no os queréis mal los dos.
FELICIANO. Quedo, señoras, quedito,
no peloteen el hombre,
que haré que alguna se asombre
si la máscara me quito.
Una me saca, otra vuelve;
ténganse, que harán mil faltas
si a jugar pelotas altas
celos y amor se resuelve.
Digan de quién he de ser,
y no me arrojen aquí.
DOROTEA. Ya os digo que os vais allí,
y no me arrojen aquí.
FELICIANO. ¿No las veremos las caras?
Quizá son algunas viejas
que en la edad corren parejas.
DOROTEA. Sí soy; la edad mido a varas.
Vaya por su vida allí.
LEONARDA. ¡Ea! No sea melindrosa;
quizá será alguna diosa
de estas de guadamecí.
¿Cuánto va que tiene alcoba
con paramento delante,
vieja y caballero andante?
DOROTEA. ¿Quién se lo dijo a la boba?
LEONARDA. El talle y modo de hablar,
con el manto a lo bellaco.
DOROTEA. ¡Oiga, que desata el saco
la señora del pajar!
LEONARDA. Pues, marquesa de San Sueña,
¿no puedo hablar siendo honrada?
DOROTEA. Si era la saya alquilada,
¿por qué no alquiló una dueña?
Váyase, por vida mía,
con este galán de alcorza,
y tome en casa el alforza
dos dedos por cortesía.
LEONARDA. Esta saya se cortó
para quien puesta la tiene;
si larga o si corta viene
no tengo la culpa yo.
Esa suya, podrá ser
se la diese algún galán
de los que en el corro están.
DOROTEA. ¡A placer, ninfa, a placer!
LEONARDA. ¿Cómo ninfa? De esa duda
quiero que salga también;
antes le vendrá más bien,
si vive, de andar desnuda.

(Descúbrese DOROTEA.)

---

(1) En el ms. autógrafo hay en este punto una acotación al margen que dice: "Tapadas todas."

DOROTEA. Yo soy honrada mujer,
y dondequiera que sea
puedo...

FELICIANO. Jesús, Dorotea,
¿qué es esto?

DOROTEA. ¿Qué puede ser?
Tus damas, tus necios gustos
que traes, porque a tus ojos
me den iguales enojos.

FELICIANO. ¿Yo soy parte en tus disgustos?
Dios me quite aquí la vida
si sé quién es la mujer...

(Descúbrase LEONARDA.)

LEONARDA. Si lo pudieras saber
fuera de tí conocida,
y, siéndolo, me estimaras.
Leonarda soy. ¿Qué te admiras,
si no es que cuando me miras
en mis méritos reparas?
Yo soy a quien tanto debes,
y mujer que no hallarás
quien te diga que jamás...

FELICIANO. ¡Cómo aquí los labios mueves!

LEONARDA. ¿Por qué no con honra tanta?
¿Hay alguno acaso aquí
que pueda decir de mí
lo que de ésa que te encanta?
*¿Dónde estarás que no tengas
al lado un competidor,
cuando a tratar de tu honor
entre tus amigos vengas?*
Vuelve y mira, que Ricardo,
aun de los que están aquí,
se está burlando de ti.

FELICIANO. ¡Esto te sufro! ¡Esto aguardo!
¡Vete, infame, donde calles!

(Déla un bofetón.)

RICARDO. Quedo, no tienes razón.

LEONARDA. ¿En mi rostro un bofetón,
y en las más públicas calles!
¡Esto sufre la justicia!
¡Esto el cielo!...

FELICIANO. Aquesta daga
haré yo que lugar haga
a tu alma y tu malicia.

RICARDO. Tente, acaba, que estás loco.

FULGENCIO. ¿Qué es aquesto, Feliciano?

DOROTEA. Tenelde, por Dios, la mano.

LEONARDA. Para mi amor todo es poco.
*¡Dejalde! ¡Acábeme ya!
¿Qué mayor ventura y suerte
que ver que me da la muerte
el que la vida me da?
Dichoso rostro, pues gano,
ya que yo su esclava fuese,
que los hierros (1) me pusiese,
del que es mi dueño, la mano.
¿Cómo podré yo negar
que de Feliciano soy,
pues ya de su mano estoy
herrada (2) en tan buen lugar?*
Señores, no le culpéis,
que yo he dado la ocasión,
a todos pido perdón;
suplícoos me perdonéis.

(Cúbrase. Váyase LEONARDA.)

RICARDO. ¡Si otro su rostro ofendiera
con la daga o con la mano,
que no fuera Feliciano,
aquí un desatino hiciera!
Voila a acompañar, y quiero
que en tu vida me hables más.

FELICIANO. Ricardo, Ricardo.

RICARDO. Estás
ciego y loco; allá te espero.

(Váyase RICARDO.)

FELICIANO. Basta, que se va enojado.
Todo por servirte ha sido.

DOROTEA. Mas porque tu amor fingido
con esto se ha declarado.
Pues tratas otra mujer,
y engáñasme de esa suerte,
en mi vida pienso verte,
ni en tu vida me has de ver.

FELICIANO. Oye, escucha, Dorotea,
mira que ha un año y aun más...

DOROTEA. Déjame.

FELICIANO. ¿Dónde te vas?

DOROTEA. Donde ninguno me vea.

(Váyase DOROTEA.)

FELICIANO. ¡Ah, Clara, tenla, por Dios!

CLARA. ¿Qué la tengo de tener,
si tienes esa mujer
y andas engañando a dos? *(Vase.)*

FELICIANO. Fuése.

FULGENCIO. No te espantes de eso,
que es mujer y está celosa.

(1) En el ms. autógrafo, "yerros".
(2) En el autógrafo, "errada".

TANCREDO. Tiene razón, que es hermosa
Leonarda.
FELICIANO. Yo pierdo el seso,
que a ninguna conocí.

(*Entre* GALINDO.)

GALINDO. En el escritorio están
Fabio, Tribulcio y don Juan.
FELICIANO. ¿Pues qué esperan?
GALINDO. Sólo a ti,
que la palabra les diste
de hacer aquella fianza,
y están con la confianza
de que tú lo prometiste.
FELICIANO. ¡Fiar en diez mil ducados,
vive Dios que es grave cosa!
Mas también es vergonzosa
dejar tres hombres burlados;
todos tres son mis amigos;
¿pues los amigos qué son?
¿no más de conversación,
ser de los gustos testigos,
comer, cenar, murmurar,
y en llegando el menester
acordarse del placer
y huir el rostro al pesar?
Fiarlos tengo; cámina.
FULGENCIO. Contigo iremos los dos. [*Vanse.*]
GALINDO. Loco es este hombre, por Dios.
TANCREDO. Su buena sangre le inclina
a ser amigo de veras,
a profesar amistad;
¿qué quieres? trata verdad...
GALINDO. Quita allá, que son quimeras.
¡En siglo tan estragado
se mete a ser buen amigo!
TANCREDO. Del bien que ha usado conmigo
estoy, Galindo, obligado.
GALINDO. En esta edad es discreto
el que más al otro engaña,
el que vende, el que enmaraña,
el que no guarda secreto;
el cambiador, el logrero,
el que hace la mohatra,
el que el dinero idolatra,
el chismoso, el chocarrero,
el soplón, falso testigo,
el que murmura de todo,
el que habla a un mismo modo
al amigo y enemigo;
el que espera en una esquina
al que habla la mujer,
y para hacerle prender
como otro Judas camina;
el que envidiando los buenos,
todo es envidia y mentira;
el que sus vicios no mira
y murmura los ajenos;
y así tengo para mí
que se pierde Feliciano;
que la llave de la mano
no se puso en balde allí.
Llamarla llave es decir
que la mano esté con llave.
Cuando el dinero se acabe,
¿qué ha de hacer? ¿dónde ha de [ir?
TANCREDO. Los amigos que ha ganado
le darán favor.
GALINDO. ¿Favor?
¡Plega a Dios!
TANCREDO. Deja el temor.
GALINDO. Temo este reloj errado,
que así llamaba un discreto
al siglo.
TANCREDO. Ven por aquí.
GALINDO. Quien ama, teme.
TANCREDO. Es así,
porque es del amor efeto. [*Vanse.*]

(LEONARDA *y* RICARDO.)

RICARDO. Digo que si vos queréis
esta noche os le doy muerto.
LEONARDA. Aunque es vuestro valor cierto,
y tal opinión tenéis,
os suplico lo contrario.
RICARDO. Si lo negáis por temor
del daño de vuestro honor,
no es conmigo necesario.
¡Vive Dios que ha de morir
al umbral de Dorotea,
sin que parte el mundo sea
para poderlo impedir!
LEONARDA. Si entendéis, señor Ricardo,
que adoro en este mancebo,
no dudéis que no lo apruebo,
porque en mi honor me acobardo.
Sin duda le quiero bien,
y quiérole bien, de suerte
que sólo pensar su muerte
no hay más muerte que me den.
RICARDO. Pues bástame esta razón
para quitarle la vida,
siendo vos de mí querida
cuanto esos méritos son;
que quitándole delante,
y viendo que os obligué,

si no mi talle, mi fe
os dará ocasión bastante.
Que el bofetón que él os dió
no os le dió a vos, sino a mí,
que puse el alma que os di
en el lugar que agravió.
Y son las pruebas mejores
que, dándoos el golpe a vos,
vieron en mí más de dos
la vergüenza y los colores.
Si yo no os hubiera hablado,
aun era la obligación
de vengar el bofetón
digno de un hidalgo honrado.
Quedad, señora, con Dios,
y esta noche me esperad
con las nuevas.

LEONARDA. Aguardad,
que tengo que hablar con vos.

RICARDO. Estoy ya determinado;
no hay que tratar.

(Váyase RICARDO.)

LEONARDA. Esto es hecho,
que le ha de matar, sospecho.
¡Oh injusto, oh traidor soldado!
¡Ay, mi bien, que está tu vida
en gran peligro! ¿Qué haré?
Pero yo le avisaré
por más que el honor lo impida,
dondequiera que estuviere;
porque un verdadero amar
sólo quiere conservar
la vida de lo que quiere. *(Váyase.)*

(Entren CLARA *y* DOROTEA.)

DOROTEA. ¿Doblaste los mantos ya?

CLARA. Ya, señora, los doblé.
Triste estás.

DOROTEA. Tengo por qué;
nuestro pájaro se va.

CLARA. Cuando se vaya te quedan
más de cuatro mil ducados
sin otros tantos gastados
de las plumas que se enredan.
Déjale, y vaya en buen hora,
aunque si él ama la dama
que hoy has visto, mucho infama
su amor, y su honor desdora.

DOROTEA. ¡Ay, Clara! Nunca los hombres
la mano y la daga ofrecen
a los cosas que aborrecen,
ni las dicen tales nombres.
Sé yo toda la cartilla
de esta escuela de querer:
siempre el raso y la mujer
o se aprensa o se acuchilla.
Ya estará el buen Feliciano
poniendo con ansia loca
siete mil veces la boca
donde una puso la mano.
¡Qué le dirá de regalos!
¡Qué pedirá de perdones!
Que hay hombres muy regalones
después de unos buenos palos.
¡Pues qué contenta estará
la buena de la mujer!
Echábasele de ver,
porque le abonaba ya.

CLARA. No me puedo persuadir
que afrentada quiera bien.

DOROTEA. Todas quieren que las den.

CLARA. De comer y de vestir.

DOROTEA. No sé; lo que dicen digo.

CLARA. Allá dijo un bachiller
que era animal la mujer
que gustaba del castigo.

DOROTEA. Paso, Clara, gente viene.

CLARA. ¡Por Dios, señora, que es él!

DOROTEA. Costarále al moscatel.

CLARA. Mesúrate.

DOROTEA. Eso conviene.

(FELICIANO, FULGENCIO, TANCREDO, GALINDO.)

FELICIANO. Estarás muy enojada.
¿No hablas? ¡Bueno, por Dios!

GALINDO. Más sesgas están las dos
que una borrica embarcada.

FELICIANO. Alza los ojos del suelo;
no des luz en cosa indina
ni pongas al sol cortina
que dé venganza al del cielo;
mira que estás obligada,
y que no es razón, celosa.

DOROTEA. Tiéneme muy vergonzosa
la desvergüenza pasada.
¡Tú darme celos a mí,
y fingir no conocerme
para ver descomponerme!

FELICIANO. ¡Yo, mi bien! ¡Yo a ti!

DOROTEA. Tú a mí.
Y después, porque yo viese
que tenías muy sujeta
una mujer tan discreta,
si en no quererte lo fuese,
haciendo muy del rufián,

le das aquel bofetón.
¿Tú te haces socarrón?
¿Tú eres el tierno, el galán?
¿Tú el llorón, tú el obediente?
No fío de vos la cara,
hermano, a la que repara
que yo soy algo insolente.
Vete con Dios, Feliciano,
sal de mi casa; no más;
bofetón y celos das:
pesada tienes la mano.

FELICIANO. Tan pesada, que compré
de camino, para ti,
la joya que traigo aquí
y que agora te daré.

DOROTEA. ¡Jesús!, de gastos excusa.
No quiero nada, no, no.

CLARA. Muestra, tomaréla (1) yo.
¿Qué es esto?

FELICIANO. Lo que se usa:
un brinco con cien diamantes;
mil ducados me costó.

GALINDO. Los ciento le diera yo
a las dos diciplinantes,
y los mil a un escritorio.
¡Ah, pobre seso hechizado!
Mas que ha de darse el cuitado
como los cuartos de Osorio.

CLARA. Ea, deja los enojos;
mira que te quiere bien.

DOROTEA. ¡Ay, Clara! ¿Tú eres también
en engañarme a los ojos?
No te ciegue el interés,
que más te importa mi vida,
por este traidor perdida.
(Quedo.) ¿Qué es eso?

CLARA. Una joya es.

DOROTEA. ¿Es buena?

CLARA. De mil ducados.

DOROTEA. Ruégame más.

CLARA. Ea, señora,
mira que llora, y te adora;
vuelve esos ojos airados.
Fulgencio, ruégale tú;
ruégale tú, Tancredo;
Galindo, llega.

GALINDO. No puedo.

DOROTEA. No me canséis. ¡Ay, Jesú!

FULGENCIO. Ea, que estás ya cansada.

TANCREDO. Háblale, por vida mía.

GALINDO. [*Aparte.*] ¡Hay mayor bellaquería!
¡Oh, bellaca redomada!
¡Oh, tahura de querer!
¡Oh, guillota de fingir!
¡Que un hombre pueda sufrir
engaños de una mujer!

FELICIANO. Háblame, mi bien, pues ya
mira que me estoy muriendo.

DOROTEA. ¿Que te he de hablar?

GALINDO. Sí, fingiendo,
como hasta agora lo está.

DOROTEA. Ahora bien, con condición
que no me ha de dar más celos.

FELICIANO. No me perdonen los cielos
si más te diere ocasión.

(Abrázanse.)

DOROTEA. ¡Qué bien sabes engañarme!

GALINDO. A la trocada lo di.

FELICIANO. ¿Qué hacemos todos aquí,
que quiero desenfadarme?
Pero traigan de cenar,
y entre tanto jugaremos.

FULGENCIO. Si hay mesa, naipes tenemos.

FELICIANO. Pues comienza a barajar.

(Lléguense a la mesa.)

Tú, toma aquesos doblones
y trae cena bastante,
y llama [a] Arsindo, que cante.

GALINDO. *Más quien te rece oraciones* (1).

TANCREDO. Al parar podéis jugar.

FULGENCIO. Estos juego: alce Tancredo.

TANCREDO. En las faltriqueras puedo
un arquero (2) aposentar.
Sólo tengo estos papeles
de una dama, y que son tales;
hago sobre ellos cien reales.

FELICIANO. ¿Jugar los favores sueles?
¡Bizarro tahur de Amor!
Guárdalos, porque estén mudos,
y juega estos treinta escudos.

FULGENCIO. ¿Quién da mano?

TANCREDO. La mayor.

CLARA. Un gentilhombre embozado,
Feliciano, quiere hablarte.

FELICIANO. ¿No te ha dicho de qué parte?

CLARA. Ya está dentro; oye el recado.

(1) En el ms. autógrafo, "tomerala".

(1) Este verso falta en la copia de Durán y en la edición de Sancho.

(2) En el ms. autógrafo, "archero". En el manuscrito de Durán, "arriero".

(Entre LEONARDA, *en hábito de hombre, embozada.)*

LEONARDA. Lee este papel.
FELICIANO. Si haré.

(Lea:)

"Ricardo te está esperando
para matarte." ¿Pues cuándo
le di causa? ¿A mí, por qué?
¿Queda este infame en la calle?
LEONARDA. Allí queda.
FELICIANO. Pues los dos
venid conmigo.
FULGENCIO. Por Dios,
que has de afrentalle o matalle.

(Váyase FELICIANO, FULGENCIO *y* TANCREDO.)

DOROTEA. ¿Esto es pendencia, galán?
LEONARDA. Pendencias dicen que son
sobre cierto bofetón.
DOROTEA. ¿Y son más que los que van?
LEONARDA. Sólo es un hombre el que espera.
DOROTEA. ¿Quién?
LEONARDA. El alférez Ricardo.
DOROTEA. No lo hará mal, que es gallardo.
LEONARDA. Que no lo fuera quisiera;
mas ¿cómo estáis tan sin pena
cuando a acuchillarse van?
DOROTEA. Porque si no me la dan,
estoy de sentirla ajena.
LEONARDA. Bendígaos el cielo, amén.
DOROTEA. Soy de aquesta condición,
y por la misma razón
vos me parecéis muy bien.
LEONARDA. Y vos me agradáis a mí,
que sois discreta y hermosa.
DOROTEA. Galán mozo.
CLARA. Linda cosa.
DOROTEA. ¿Queréis asentaros?
LEONARDA. Sí.
DOROTEA. Entrad y dadme la mano.
LEONARDA. Por Dios, que me he de esforzar
por hacer salva al lugar
donde vive Feliciano.

FIN DEL SEGUNDO ACTO
DE "LA PRUEBA DE LOS AMIGOS".

ACTO TERCERO

LOS QUE HABLAN EN ESTE 3.º ACTO:

FABRICIO.	GALINDO.
DON TELLO.	DOROTEA.
JULIO.	CLARA.
CORNELIO.	FELICIANO.
FRISO.	LEONARDA.
LERINO.	ALBERTO.
UN CRIADO.	FAUSTINO.
UN ALGUACIL.	LISENO.

(Entre FABRICIO *y* DON TELLO, *indiano, y* JULIO, *lacayo.)*

FABRICIO. Éste, don Tello, es Madrid,
cuya alma, cuando expiró
su cuerpo, se la llevó
el cielo a Valladolid.
Este lugar es aquel
que te alababa en Sevilla
por única maravilla.
TELLO. ¡Qué majestad vive en él!
Desde Lima hasta la Habana,
y desde Cádiz aquí,
lugar más bello no vi.
¡Qué calle, espaciosa y llana!
¡Qué edificios! ¡qué alegría!
FABRICIO. Cuarenta años huésped fué
de la corte.
TELLO. Bien se ve
que aposentarla podía.
FABRICIO. Por el camino te dije
que entre el bien que le ha quedado
es cierto mozo heredado
que por su gusto se rige:
donde es la conversación
de la gente del lugar,
y que le has de visitar.
TELLO. Por eso y porque es razón,
digo que le quiero ver,
y le soy aficionado
por lo que de él me has contado.
FABRICIO. Si aquí te has de entretener
mientras a la corte vas,
no hay donde puedas mejor,
porque, fuera de su humor,
notables cosas verás.
Aquí hay juego, aquí comedias;
aquí esgrima y valentía;
la música todo el día
y noches que llaman medias.
Aquí viene el alcahuete,
la dama busca al galán;

aquí los celos se dan;
aquí se muestra el billete.
Canonizan de discreta
a la que está en buen concepto;
aquí registra el soneto
el siempre pobre poeta;
aquí se trata de Flandes;
hay nuevas de todo el mundo,
y dél y del mar profundo
se cuentan mentiras grandes.
Aquí, en efecto, verás
un oráculo de Apolo,
y un mozo que gasta él solo
por cuatro grandes y aun más.
Sólo entiende en hacer gusto
a cualquiera que conoce.

TELLO. Mil años el humor goce,
y que los viva es muy justo.
*Llévame, por vida tuya,
a ese ejemplo de amistad,
que es mucho que en esta edad
conozca el mundo la suya.*
Muchos amigos tendrá.

FABRICIO. No falta un hombre en Madrid.

TELLO. ¿Es noble?

FABRICIO. Vendrá del Cid
mientras gasta.

TELLO. Sí vendrá.

FABRICIO. Si los que tienen dineros
los dan en toda ocasión,
¿quién no jurará que son
hidalgos y caballeros?

TELLO. Dices bien; sólo el tener
es la perfecta hidalguía;
*porque el dar es cortesía
que está llamando a querer* (1).
¿Está muy lejos su casa?

FABRICIO. Antes estamos en ella.

TELLO. Hermosa portada.

FABRICIO. Es bella;
todo aqueste balcón pasa
a la otra parte que ves.
Milagro es estar cerrada,
porque es de todos posada
y casa de todos es.
¡Válame Dios, a estas horas!
¿Si se ha mudado de aquí?
¡Ah de allá!

([JULIO, FABRICIO, DON TELLO y] GALINDO, *muy triste, en lo alto.)*

GALINDO. ¿Quién está ahí?

TELLO. Pienso que la casa ignoras.
*que a ser de conversación,
agora estuviera abierta.
Tal voz y cerrar la puerta,
señas de tristeza son.*
Llama tú, Julio.

JULIO. Parece
de las ya desamparadas;
responde a las aldabadas
eco, y la casa estremece.

GALINDO. ¿Quién está ahí?

JULIO. Aquella voz
debe de ser de algún duende.

FABRICIO. Ya de más cerca se entiende.

TELLO. Torna a tocar.

FABRICIO. Da una coz.

GALINDO. *(En alto.)* ¿Quién llama? ¿Quién [está ahí?

FABRICIO. ¿Es Galindo?

GALINDO. El mismo soy.

FABRICIO. ¿Qué tienes?

GALINDO. Enfermo estoy.

FABRICIO. ¿No vive tu amo aquí?

GALINDO. Hay gran mal.

FABRICIO. ¿De qué manera?

GALINDO. Luego que a Sevilla fuiste,
que pienso que me dijiste
entonces que te ibas fuera,
sobre dar un bofetón
Feliciano a una mujer,
quiso Ricardo poner
la mano en él a traición;
mas súpolo Feliciano,
y desde allí a pocos días,
poniendo a Ricardo espías
le asentó tan bien la mano,
que se partió desta vida,
para dárnosla tan mala,
que solamente la iguala
alguna en Argel sufrida.
Prendieron a mi señor,
y apretáronle de suerte
que el escapar de la muerte,
fué del dinero el favor;
del cual tanto se ha gastado,
que estamos los dos en cueros,
porque, en faltando dineros,
los amigos han faltado.
Mas cuando salir quería,
por concierto de la parte,
forzándola a que se aparte
con lo que quedado había,
por no sé cuántas fianzas

(1) Este verso y el anterior están omitidos en la copia de Durán y en la ed. de Sancho.

de gran suma, le embargaron,
porque sus dueños quebraron,
rompiendo sus esperanzas.
No le quedó de su hacienda
cosa que no está perdida,
embargada o consumida,
o que a desprecio se venda.
Hasta la casa que ves
dicen que hoy han de tomar
en acabando de echar
un colchón y dos o tres
sillas que nos han quedado
y la mesa del tinelo.

FABRICIO. ¡Desventurado mozuelo!
¡Jesús, en lo que ha parado!
¿Y está preso?

GALINDO. Y de manera
falto de todo favor,
que del amigo mayor
ni le tiene ni le espera.
Todos se le han retirado:
un hombre no le visita,
y el triste al pródigo imita,
que aun no le falta el ganado,
porque se le han atrevido
chinches, mosquitos, piojos,
que le comen a los ojos
las carnes desde el vestido.

TELLO. Movido me ha a compasión.

FABRICIO. Quisiérale remediar;
yo le veré si hay lugar,
que es mi amigo, y es razón.
Digo lugar, porque vengo,
con aqueste hidalgo indiano,
que es en amistad hermano,
y como huésped le tengo.
Galindo, adiós.

GALINDO. Si podéis,
pues es de hombres principales,
acordaos de dos mil reales
que a buena cuenta tenéis.

FABRICIO. Yo haré lo más que pudiere.
Buen Galindo, adiós.

GALINDO. Adiós. [*Vase.*]

TELLO. ¿Qué, éstos son aquellos dos?
¡Quién hay que en el mundo es-
[pere!

FABRICIO. Por Dios, don Tello, que es justo
que así los castigue el cielo.
¡Bueno es que viva un mozuelo
con las leyes de su gusto!
¡que dé como un gran señor,
que triunfe, gaste y que estrague
la juventud! ¡Muera, pague!

TELLO. Favorecelle es mejor.

FABRICIO. Favorézcale el que puede;
dejemos melancolías,
y pasemos estos días,
que el tiempo alegres concede,
con buena conversación.
¡Pesia tal, qué grande olvido!
Si éste está preso y perdido,
habrá una linda ocasión.

TELLO. ¿Cómo?

FABRICIO. Sabed que servía
una cierta Dorotea,
que es naturaleza fea
con ella, en la opinión mía:
discreta, pícara, grave,
decidora, limpia, vana,
cuanto en una cortesana
de Plauto o Terencio cabe.
Por Dios que la habéis de ver,
que está rica de este loco,
y esto de indiano es un coco
que espanta a cualquier mujer.
Yo os quiero ser buen tercero.

TELLO. Y yo quiero regalalla,
si es tal, que pueda ocupalla
un mes, mi gusto y dinero.
*No haré yo los desatinos
de su galán; mas daré
lo que baste, que bien sé
las ventas destos caminos;
que este mozo me declara
y da ejemplo en los amigos,
que a los gustos son testigos
y al pesar vuelven la cara.*

FABRICIO. A su casa hemos llegado.
Clarilla sale al portal.

TELLO. ¿Qué es Clara?

FABRICIO. Un claro cristal
de aquel ángel luminado.

(CLARA *entre.*)

FABRICIO. ¡Clara mía!

CLARA. ¡Oh, mi Fabricio!
Seas bien venido.

FABRICIO. Creo
que merece mi deseo
ese cortesano indicio.

CLARA. ¿De dó bueno?

FABRICIO. De Sevilla.

CLARA. Gran tierra.

FABRICIO. No tiene igual.
Diz que hay por acá gran mal.

CLARA. ¿Mal, por tu vida, en la villa?
FABRICIO. ¿Tan olvidada estás ya
de Feliciano?
CLARA. Ya, hermano,
murió en casa Feliciano;
luego muere el que no da.
FABRICIO. ¡Qué!, ¿está preso?
CLARA. Y tan perdido,
que no hay hombre que le vea.
FABRICIO. ¿Y cómo está Dorotea?
CLARA. Quiero decir que has venido.
Pero dime tú primero,
¿quién es quien viene contigo?
FABRICIO. Es un indiano, mi amigo,
muy rico y muy caballero,
a quien hemos de poner
como queda Feliciano,
que es una bestia el indiano
y adora en cualquier mujer.
CLARA. Pues, Fabricio, si este pez
nos trujeses hasta el cebo,
porque parece algo nuevo,
quedará como una pez,
y tú no lo perderás;
voy [a] hablar con Dorotea.

(*Entrese* CLARA.)

TELLO. Haz que esta Clara lo sea
porque se declare más.
FABRICIO. ¿Qué claridad, pues afirma
que está sin moros la costa?
TELLO. De que vengo por la posta,
que el hábito lo confirma,
porque no tome de asiento
mi amor como escribanía.
FABRICIO. En viendo su bizarría,
te dará extraño contento.
TELLO. ¡Qué presto sale!
FABRICIO. Es discreta,
y no es música en rogar.
JULIO. Tal Clara la fué a llamar.
TELLO. ¿Qué hay, Julio?
JULIO. ¡Linda estafeta!

(DOROTEA *y* CLARA.)

DOROTEA. Acá me obliga a salir
Clara; seáis bien venidos.
JULIO. [*Ap.*] ¡Qué de bajeles perdidos
aquí se deben de hundir!
FABRICIO. Vos seáis muy bien hallada,
que ya con el bien que estáis
en lo gallardo mostráis...
¿No es bizarra?
TELLO. [*Aparte.*] Es extremada.
FABRICIO. Partí, por acompañar
al señor don Tello.
DOROTEA. ¿A quién?
TELLO. A quien os da el parabién
de la flor de este lugar.
FABRICIO. De Sevilla habrá ocho días;
quiso ver aquesta villa
y a vos, que sois maravilla
suya.
JULIO. [*Ap.*] ¡Qué lindas arpías!
DOROTEA. ¡Yo maravilla, Fabricio!
Maravíllome de ti;
don Tello habrá visto en mí...
JULIO. [*Ap.*] Que le quitará el juicio,
después de muchos doblones.
DOROTEA. ¡Qué injustamente me estima
vuestra opinión!
TELLO. Hasta en Lima,
en antárticas regiones,
dicen que el tiempo no alcanza
lima que pueda romper
prisiones de tal mujer,
si no la da su mudanza.
y que sois de la hermosura
reina, y de la discreción.
DOROTEA. ¿Que allá tengo esa opinión?
¡Válame Dios, qué ventura!
TELLO. Harto más lo será mía,
si vos me queréis mandar.
DOROTEA. Ya es tarde, hay poco lugar,
que es cerca del mediodía.
Venidme a la tarde a ver.
FABRICIO. ¿Para qué nos hemos de ir?
DOROTEA. Pues ¿en qué os puedo servir?
FABRICIO. Merced nos podéis hacer.
Cuando en cas de un gran señor
se hallan...
DOROTEA. Quedo, ya entiendo.
Comida están previniendo,
y tendrélo a gran favor;
pero no sé si es bastante.
TELLO. Julio, toma este dinero:
serás hoy mi despensero.
JULIO. Traeré asado un elefante.
DOROTEA. Entrad entre tanto a ver
la casa.
TELLO. ¡Qué limpia y fresca!
DOROTEA. ¿Es de provecho esta pesca?
FABRICIO. Un Feliciano ha de ser.
DOROTEA. ¿De dónde es?
FABRICIO. De este lugar,
aunque desde niño falta;

ten la caña firme y alta,
que es barbo de aliende el mar.

(FELICIANO [*en la cárcel*], *en hábito pobre.*)

FELICIANO.

Cárcel, prueba de amigos y venganza,
como dicen, de tantos enemigos,
que bastaba decir prueba de amigos,
si un preso y pobre algún amigo alcanza.
Si es falsa hasta las trojes la esperanza,
díganlo el tiempo y mis granados trigos,
pues eran todos de mi bien testigos
cuando estaban mis cosas en bonanza.
Como otro Job me veo perseguido,
y aun mucho más: porque si Job vivía
en aquel muladar tan abatido,
no vió la cárcel, que de sólo un día
que hubiera sus desdichas conocido,
trocara su paciencia por la mía.

(*Entre* GALINDO.)

GALINDO. Todo va de mal en mal,
por no decir en peor.
FELICIANO. ¡Galindo!
GALINDO. Por Dios, señor,
que es la desvergüenza igual;
hablo a muchos a quien diste
caballos, joyas, vestidos,
y tápanse los oídos
al eco de tu voz triste;
no hay hombre que dé un real,
ni aun una buena respuesta.
FELICIANO. Prueba de amigos es ésta;
pero todos prueban mal;
cuando en mi casa tenía
dineros, bullicio, juego,
¡qué humilde que andaba el ruego
y la adulación (1) servía!
¡Qué de amigos me sobraban!
¡Qué lisonjero tropel!
¡Qué de moscas a la miel
del dinero se allegaban!
Entonces era yo bueno,
entonces era yo honrado.
¡Qué truje de gente al lado!
¿Qué mesón se vió más lleno?
Parecí mesón en feria;
ya la feria se acabó,
y solamente quedó
la casa con la miseria.
¿No responden esos hombres
a mis papeles siquiera?
GALINDO. Tres traigo; mas no quisiera
que leyeras ni aun sus nombres,
que son muy grandes...
FELICIANO. No digas
de nadie mal en ausencia.
GALINDO. Hazte santo, ten paciencia.
FELICIANO. ¿Qué quieres? Han sido hormigas;
a la parva se llegaron:
lo que el agosto duró,
cargaron de lo que yo
les di y en mi casa hallaron.
Murióse el fuego en la fragua,
y entrando el invierno fiero,
cada cual en su agujero
se cerró, temiendo el agua.
Yo soy madera de toros,
que estoy en el suelo echada
porque es la fiesta pasada.
GALINDO. Arrojabas flujes de oros
como si fueras fullero;
mas, como el ganar cesó,
todo mirón se cogió
con parte de tu dinero.
Ésta lee, que es de Evandro.
FELICIANO. Ésta leo, que es de quien
recibió de mí harto bien.
GALINDO. Tú fuiste, en necio, Alejandro.

(*Lea:*)

"A nadie de los amigos de vuesa merced ha cabido tanta parte de su desgracia. Las que estos días he tenido, no me han dado lugar de enviarle lo que pide, ni a visitalle mis ocupaciones; si me acudieren, lo haré como lo debo. Dios le dé libertad a vuesa merced.—*Evandro.*"

FELICIANO. ¿Qué te parece?
GALINDO. Muy mal;
yo no tengo de mentir.
FELICIANO. ¡Que aquesto pueda escribir
un hombre tan principal!
A éste di cuanto tenía,
regalé, estimé y amé;
quien esto que pasa ve,
necio será si confía.
GALINDO. Lee aquesto de Tancredo,
que de la cárcel sacaste
cuando la vida salvaste.
FELICIANO. Tal estoy, que apenas puedo.

(*Lea:*)

(1) En el ms. autógrafo, "adulançion".

"Galindo me dió el de vuesa merced y representó su necesidad; pero es tanta la mía, y están mis cosas en disposición, que escribo esto mismo a personas que me deben, de quien en cobrando acudiré, como es mi obligación.—*Tancredo.*"

FELICIANO. ¡Puédese aquesto sufrir!
¡Puédese en el mundo hacer!
GALINDO. Muy bien se puede leer,
pues que se pudo escribir.
FELICIANO. ¡Que vine en persona yo
a la cárcel y saqué
de ella este hombre, y que me ve
en ella y esto escribió!
GALINDO. ¡Pardiós! Si ése no es tacaño,
yo estoy agora hecho un cuero.
FELICIANO. Ya te he avisado primero
que hables bien.
GALINDO. No seas extraño
ni te hagas santurrón,
que el perro muerde con rabia.
FELICIANO. Mal hace el que ausente agravia
a los que tan buenos son.
GALINDO. Por los piojos yo sé
que no lo dices, que es gente
que siempre muerde al presente,
aunque a veces no lo ve.
¡Pardiós, que estás hecho un santo!
Lee este papel.
FELICIANO. ¿De quién?
GALINDO. De Oliverio.
FELICIANO. ¡Qué de bien
me debe!
GALINDO. Haráte otro tanto.

(Lea:)

"Bueno fuera haber guardado para las necesidades como ésta. Dios quiere que vuesa merced pague sus locuras, y que le sirvan de escarmiento la prisión y la necesidad, que son los dos verdugos de su justicia.

Él quiera que se enmiende y le guarde para que imite el buen padre que tuvo.—*Oliverio.*"

FELICIANO. Éste, Galindo, confieso
que casi, casi me obliga
a que atrevido le diga...
GALINDO. ¿Quién tendrá con esto seso?
Habla, di, quéjate al cielo
de estos amigos fingidos.
FELICIANO. A sus divinos oídos
de estas sentencias apelo;
y si no considerara
que toma por instrumento
de mi castigo y tormento
su desvergüenza tan clara,
dijérale lo que he hecho
por éstos que me han dejado.
GALINDO. ¿El haberlos obligado
te ha sido de este provecho?
¡Ah, traidores!
FELICIANO. Dios maldice
al hombre que en hombre fía.
¡Que un hombre no entre aquí un día,
de muchos a quien bien hice!
¿Hay tal crueldad en el mundo?
¿Hay tan fiera ingratitud?
GALINDO. ¿Qué dirás de la virtud
de otro Bellido segundo,
de otro Aquila, y más infame?
FELICIANO. ¿De quién dices?
GALINDO. De Fabricio,
que, tras tanto beneficio,
no sé qué nombre le llame.
FELICIANO. Pues ¿está aquí?
GALINDO. De Sevilla
ha venido.
FELICIANO. ¿Cierto?
GALINDO. Cierto:
con un don Tello, u don Tuerto,
indiano, aunque de esta villa;
veníase a entretener
a casa; contéle el cuento
de tu extraño perdimiento...
FELICIANO. ¿Y ofrecióse?...
GALINDO. A no te ver.
FELICIANO. ¡Válame Dios!
GALINDO. ¡Qué! ¿te espantas
que los dos mil reales niega?
FELICIANO. O el tiempo conmigo juega,
o testimonios levantas.
GALINDO. Yo te he dicho la verdad.
FELICIANO. Hombres, quien tiene un amigo
bueno, mire lo que digo:
conserve bien su amistad.

(Entre ALBERTO, *procurador.)*

ALBERTO.

Albricias puedes darme.

FELICIANO.

Buenas sean,
que yo las mando tales.

ALBERTO.

Ya la parte
se ha concertado y se ha bajado.

FELICIANO.

El cielo
te pague, Alberto, beneficio tanto.

GALINDO.

Si algún procurador, si algún causídico
merece estatua en bronce, en mármol pario,
sois vos, Alberto; y mientras tenga vida,
Galindo cantará vuestra alabanza.

FELICIANO.

¿En cuánto este concierto habemos hecho?

ALBERTO.

En quinientos ducados.

GALINDO.

¡Oxte, puto!

ALBERTO.

¿Esto te espanta? Yo lo juzgo poco.

GALINDO.

Si fuera en aquel tiempo felicísimo
que reinaba el dinero y la bambarria
y se daba a rameras y alcahuetas
lo que agora lloramos en las cárceles,
no dices mal, Alberto; pero agora,
¿adónde se hallarán quinientos nísperos? (1).
¿Quién nos los ha de dar? Que son al justo
cinco mil y quinientos, niños todos
de a treinta y cuatro años.

ALBERTO.

¡Eso dices!
¡Cómo! ¿no habrá de solos remanentes
de una hacienda tan grande más dinero?

GALINDO.

No le ha quedado cera en los oídos,
están todas las cosas empeñadas,
mil tercios recibidos sin cumplirse;
todo hurtado, perdido y de manera
que a las calzas parece nuestra hacienda
del escudero de Alba: que al calzárselas,
él solo y sólo Dios las entendían.

ALBERTO.

Pues remedio ha de haber.

FELICIANO.

Vamos, Alberto,
que quiero darle un tiento a Dorotea,
prometiéndole darle mil ducados
porque me preste agora estos quinientos.

ALBERTO.

Escríbele un papel.

FELICIANO.

Tú también habla
de camino a Fabricio.

GALINDO.

¡Dios los mueva!
Mas cree que ara el viento y siembra en agua
quien bien espera; advierte lo que digo,
de mujer baja y de fingido amigo.

(Váyanse, y entren con mantos CLARA *y* DOROTEA, *y* FABRICIO *y* DON TELLO.)

DOROTEA. Ésta es la calle Mayor.
TELLO. ¿Es lejos la Platería?
DOROTEA. No, mi señor.
TELLO. Reina mía,
poco a poco el "mi señor".
FABRICIO. Gatazo le quiere dar
al indiano Dorotea.
CLARA. Pues antes que la posea,
dineros le ha de costar;
pensó que tras la comida
se le esperaba esa fiesta.
FABRICIO. Calle de amargura es ésta;
tiembla aquí la cortesía.
Mirando va los manteos:
alguno le ha de pedir.
CLARA. ¡Oh, qué mal sabes medir
dos entendidos deseos!
Ella el suyo ha conocido,
y él juega ya de picado;
en más estará empeñado:
pasar tiene del vestido.
Yo te digo que le hable
en su lenguaje.
FABRICIO. Eso ignoro.
CLARA. Pedirá al que trata en oro,
oro.
FABRICIO. El indiano es notable,
porque se precia de agudo,

(1) Así en el ms. autógrafo. En la ed. de Sancho, "pesos".

y le han de dar por el filo.
CLARA. ¿Ya no sabes tú el estilo
de este medusino escudo?
Transformarále en su gusto.
FABRICIO. Será piedra, si ella es piedra.
CLARA. Quien éstas sirve no medra,
sino pobreza y disgusto.
FABRICIO. ¿Pues tú lo dices ansí?
CLARA. Sábeme bien murmurar.
TELLO. ¿No acabamos de allegar?
DOROTEA. ¿Es lejos?
TELLO. Señora, sí;
grande es Madrid.
DOROTEA. Y espacioso.
TELLO. De espacio estaré yo en él,
si vos no me sois cruel:
que soy tierno y soy celoso.
DOROTEA. Hay en las Indias amor
mucho más que por acá,
que hay mucha verdad allá
y no hace poco calor;
que, como es niño y desnudo,
y amigo de oro, he pensado
que a las Indias se ha pasado.

(GALINDO *entre.*)

GALINDO. Aquestos son, ¿qué lo dudo?
Que habrán, después de comer,
bajado a la Platería.
Basta, que Fabricio es guía.
¿Qué queda ya que temer?
¡Oh, traidor! ¿No te bastó
negar la deuda debida
a quien te diera la vida,
cuando la hacienda te dió,
sino que a la misma dama
de tu amigo traes galán?
FABRICIO. Hacia los plateros van.
CLARA. Hallarán joyas de fama,
que aún eso tiene de corte.
GALINDO. Quiérolos llegar a hablar,
mientras da el tiempo lugar
que a este vil los pasos corte.
¡Oh, señor Fabricio!
FABRICIO. Clara,
Galindillo nos ha visto.
CLARA. ¿Qué temes?
FABRICIO. Quedar malquisto,
si esto a su señor declara.
CLARA. Jamás estimes perder
hombre que esté tan perdido,
ni temas al ofendido
cuando no puede ofender.
Pues, Galindo, ¿dónde bueno?
GALINDO. Vengo a pedir a Fabricio
la paga de un beneficio
de que él pienso que está ajeno:
suplícale mi señor
le dé los dos mil reales
que, de ocasiones iguales,
le quedó una vez deudor:
que a su padre le llevaban
preso, y él por él los dió.
FABRICIO. No pensaba entonces yo
que dádivas se pagaban;
y si lo dado de gracia
se pide, págueme a mí
lo que le ayudé y serví,
si ya estoy en su desgracia;
malas noches que pasé,
en invierno y en verano,
tras su pensamiento vano.
GALINDO. Basta; yo se lo diré.
FABRICIO. ¡Lo que da, muy caballero,
para fama voladora
lo pide en secreto agora!
¡Gentil treta de escudero!
GALINDO. Paso, Fabricio leal;
los presos, presos estén:
ya que no le haces bien,
no es justo que digas mal.
FABRICIO. ¿No le daba una cadena,
y por ser tan fanfarrón
no la tomó?
CLARA. Cosas son,
Galindo, que el tiempo ordena.
Si Feliciano se holgó (1),
escote aquellos placeres.
GALINDO. Demonios sois las mujeres.
CLARA. ¡Demonios! Alguna no.
GALINDO. Que como él hace pecar
y luego culpa al que peca,
así la mujer se trueca
desde el placer al pesar.
Hablar quiero a Dorotea.
CLARA. No vas a buena ocasión.
GALINDO. Si tiene luz de razón,
cualquiera es bien que lo sea.
A tu casa iba a buscarte,
Dorotea: este papel
de quien un tiempo con él
quisiera el alma enviarte.

(1) Este verso está omitido en la copia de Durán y en la ed. de Sancho.

¡Así las cosas se mudan!
DOROTEA. ¿Qué quiere aquí tu señor?
GALINDO. Diráło el papel mejor,
ya que tus ojos lo dudan.

(Lea:)

"La parte se ha bajado de la querella por quinientos escudos; yo estoy tan pobre, que hoy no tengo que comer; o ellos, o parte de ellos, te suplico me prestes para salir de la cárcel, que dentro de dos meses te ofrezco mil por ellos, por ésta firmada de mi nombre.—*Feliciano.*"

DOROTEA. ¡Gracia tiene el papelillo!
TELLO. ¿Quién es éste?
DOROTEA. Un cierto preso.
TELLO. ¡Quinientos! [*Leyendo el papel.*]
DOROTEA. Está sin seso.
Dile que me maravillo
que tenga este atrevimiento;
pero que cuando perdió
el seso, no le quedó
vergüenza ni sentimiento;
dile que no soy mujer
que pecho a ningún galán,
que otras mil se lo darán,
si es que lo saben hacer;
y no te burles, Galindo,
en venir con esto aquí,
no piense nadie de mí
que a dar a nadie me rindo,
que haré que te cueste caro.
GALINDO. ¿Es, dar a quien tanto dió,
género de afrenta?
DOROTEA. No;
mas lo que es no lo declaro.
GALINDO. ¿A quien te dió tanta hacienda
tratas así?
DOROTEA. Dile, hermano,
que te venda Feliciano,
si ya no tiene otra prenda,
pues te precias de leal.
GALINDO. ¡Pluguiera a Dios que pudiera,
y que en tanto me vendiera
que remediara su mal!
DOROTEA. *Lo que se da a las mujeres,
nadie lo piense cobrar.
¡Basta! ¡qué! ¿queréis comprar
de balde nuestros placeres?
¡Basta, que os parece poco
lo que nos cuesta agradaros;
pues habemos de tornaros
lo que nos dais!
GALINDO. ¡Estoy loco!*
DOROTEA. Dinero dado a mujer
es echar hacienda al mar,
que él bien se puede aplacar,
mas no la puede volver;
tenéis buen tiempo y coméis
la mitad de lo que dais,
y luego entero cobráis
lo mismo que dado habéis.
Ven, don Tello, por aquí;
sígueme, Clara, también.
TELLO. [*Ap.*] Tú respondiste muy bien,
y no muy bien para mí.
¡Yo os conoceré, por Dios!
DOROTEA. ¿Qué dices?
TELLO. Que voy contigo.

(Todos se van; GALINDO *queda.)*

GALINDO. ¡Qué buena dama y amigo!
Para en uno son los dos.
¡Ah, falsa! ¡Plega a los cielos
que llegues a tal edad
con la misma liviandad,
que mueras de rabia y celos;
seas vieja enamorada
de un mozo tan socarrón,
que le pagues a doblón
la coz y la bofetada!
¡Plega al cielo que al espejo
te mires un diente solo,
y más que luces el Polo,
arrugas en el pellejo!
¡Plega a Dios que estés tan calva,
que nadie te pueda asir,
y que no puedas decir
a nadie: "la edad me salva"!
¡Plega a Dios que aquel indiano
sea algún fino ladrón
que robe en esta ocasión
cuanto te dió Feliciano! [*Vase.*]

(FAUSTINO, *viejo, y* LEONARDA.)

FAUSTINO. ¿No me dirás a qué efeto
tantas joyas has vendido?
LEONARDA. Para algún efeto ha sido;
pero es agora secreto;
id con Dios, tío, y callad,
que a la noche lo sabréis.
FAUSTINO. Mucho erráis cuantos ponéis
el gusto en la voluntad;
si supiera que querías
traerme por tu fiador,

y que joyas de valor
tan a desprecio vendías,
no dudes que no viniera
contigo de ningún modo.

LEONARDA. Juzgaras que es poco todo
cuando mi intención supieras.
Vete con Dios.

FAUSTINO. Plega a Dios
que no resulte en tu daño.

LEONARDA. Vos veréis que no os engaño.

FAUSTINO. Adiós.

LEONARDA. Él vaya con vos.

(FAUSTINO *se vaya.)*

He visto a Galindo allí,
y estábame deshaciendo:
darle la caja pretendo
con el papel que escribí.
Quiero taparme. ¡Ah, galán!

(Tápese con el manto.)

GALINDO. ¿Llamáisme?

LEONARDA. Sí.

GALINDO. ¿Qué queréis?

LEONARDA. Que a Feliciano le deis
ciertas cosas que aquí van.
¿No sois su criado vos?

GALINDO. El mismo.

LEONARDA. Dalde esa caja.

GALINDO. Mucho pesa.

LEONARDA. No es de paja.
Galindo, adiós.

GALINDO. Dama, adiós.

(LEONARDA *se vaya.)*

¿Es aquesto encantamento?
Mucho el rostro me escondió.
¿Si veré lo que me dió?
Pero será atrevimiento,
y viene la caja atada;
mejor es llevarla presto.
¡Divinos cielos! ¿qué es esto?
Mas era mujer: no es nada.

(FELICIANO, *preso, y* LISENO, *caballero.)*

FELICIANO.

Híceos llamar con este pensamiento,
y que sobre ese juro me prestásedes
los quinientos ducados que suplico;
que si de la prisión por vos saliese,
no lo dudéis de que en mayor os quedo.

LISENO.

Feliciano, si fuera en Madrid nuevo
lo que yo suelo hacer por mis amigos,
yo os diera aquí satisfacciones largas;
pero como es notorio, las excuso.
A Tancredo sacaste de la cárcel,
a Rodulfo y Albano: ¿cómo os niegan
lo que es tan justo al beneficio mismo?

FELICIANO.

Por la misma razón pensé obligaros;
que, si no de la cárcel, de otras cosas,
si la necesidad es harta cárcel,
os he sacado yo cuando lo tuve.

LISENO.

Y yo, si lo tuviera, os acudiera.

FELICIANO.

Dadme ducientos reales solamente
para el procurador que anda en mis pleitos,
que he pagado estos días tres fianzas.

LISENO.

No los tengo, por Dios, que estoy tan pobre,
que me presta un amigo, y aun pariente,
para lo que es el gasto de mi casa.

FELICIANO.

Dadme un doblón siquiera, que yo os juro
que desde ayer no ha entrado ni un bocado
de pan en esta boca, que en su vida
negó cosa que nadie le pidiese.

LISENO.

Aquí traía cosa de ocho reales;
estos tomad, y el cielo, hermano, os libre,
que sabe Dios lo que me pesa.

(Váyase LISENO.)

FELICIANO.

¡Ah cielos!
¡A un hombre como yo dan ocho reales!
¡Ocho reales le faltan a quien tuvo
no ha siete meses treinta mil ducados!
Ved que se cuenta más del mismo Pródigo,
de Cómodo, de Nerón y de Eliogábalo.
¡Ay, si sirviese mi lloroso ejemplo
de espejo a los mancebos que me miran,
y se guardasen de mujeres tales
y de tales amigos!...

(GALINDO *entre.*)

GALINDO.

No lo digas de burlas.

FELICIANO.

¡Oh, Galindo! ¿Aquí escuchabas?

GALINDO.

Oyendo estaba tus lamentaciones,
de que colijo que ninguna cosa
hizo por ti Liseno.

FELICIANO.

Sobre el juro
le pedí los quinientos; pero mira
en qué se resolvió.

[*Enseñándole los ocho reales.*]

GALINDO.

¡Que esto te ha dado!
Guárdale, y clavarémosle a la puerta,
con una letra alrededor que diga:
"Barato que me ha dado la fortuna
de treinta mil ducados que he jugado
con los amigos falsos que se usan."

FELICIANO.

Bien dices; pero, dime, ¿qué responden
Fabricio y Dorotea?

GALINDO.

Entrambos dicen
casi una cosa misma.

FELICIANO.

¿Estaban juntos?

GALINDO.

Sí: que, para pagarte el beneficio
de librar a su padre de la cárcel,
sirve ya de llevar a Dorotea
galanes que la sirvan, y han comido
todos, que, según supe, era un indiano;
Fabricio dice que le diste dados
los dos mil reales, y que agora pides
lo que le diste entonces por fanfarria.
Dorotea responde que los hombres
quieren cobrar de las mujeres luego
aquello con que compran sus placeres;
que no da nada, y que me guarde.

FELICIANO.

Dice
muy bien: guárdate de ella. ¡A Dios pluguiera
que me guardara yo!

GALINDO.

Luego, tras esto,
me dió cierta mujer aquesta caja,
que pesa como plomo, aunque es pequeña;
quísela abrir, y, por llegar más presto,
ni sé lo que te envía ni yo traigo.

FELICIANO.

¡Caja! ¿Qué dices?

GALINDO.

Ábrela, y veráslo.
Corto el cordel que la cubierta enlaza.
¡Quedo, por Dios, que todos son escudos!

GALINDO.

Salto, bailo, ¡Jesús!

FELICIANO.

¡Suceso extraño!

GALINDO.

Déjamelos besar.

FELICIANO.

¡Quedo, Galindo!
No se te quede alguno entre los labios,
porque son pegajosos como obleas.

GALINDO.

Esto[s] sí que podrán llamarse amigos.

FELICIANO.

Aquestos son amigos verdaderos.
¿Quién será esta mujer?

GALINDO.

Yo sospechara
que era Leonarda, a estar mejor contigo;
mas dicen que trataba de matarte.

FELICIANO.

¡Leonarda! Necio, en eso piensa agora,
que está amolando espadas, previniendo
escopetas con pólvora secreta,
confacionando hechizos y venenos
para darme la muerte. Ven, contemos,
donde nadie nos vea, estos escudos.

GALINDO.

¡Oh, amigos verdaderos, aunque mudos!

(Entrense, y salgan JULIO *y tres ladrones:* FRISO, CORNELIO *y* LERINO.)

JULIO. Las armas prevenid todos,
pues ya la noche se cierra.
FRISO. Yo no sé bien de esta tierra,
Julio, las trazas y modos.
¿Hay ronda?
JULIO. Agora es temprano.
LERINO. ¿Y ésta es la casa?
JULIO. Sí.
LERINO. ¿Está el capitán aquí?
JULIO. Fingióse Marbuto indiano
desde Sevilla a Madrid,
y hizo amistad con un hombre
que apenas le acierto el nombre,
y pasa a Valladolid.
Llevóle en cas de esta dama,
que tiene seis mil en oro;
ha echado el ojo al tesoro,
que está a los pies de la cama,
y quiérele dar gatazo
mientras la cena apercibe.
CORNELIO. Si ese lance dél se escribe,
quedarále dulce el brazo.
¿Cómo se ha llamado aquí?
JULIO. Don Tello.
LERINO. Gracioso nombre.
CORNELIO. ¿Y está acá también el hombre
que ha venido con él?
JULIO. Sí.
CORNELIO. Eso es peligro.
JULIO. No es,
que piensa que es caballero,
y hoy gasta lindo dinero.

(DON TELLO *sale.)*

TELLO. *(Quedo.)* Julio.
JULIO. ¿Qué hay?
TELLO. ¿Quién son?
JULIO. Los tres.
TELLO. ¿Cornelio, Friso y Lerino?
JULIO. Los mismos.
TELLO. Entro a sacar
el escritorio. Aguardar
podéis.
JULIO. ¿Dónde?
TELLO. En el camino. [*Entrase.*]
JULIO. Él ha entrado. Ya es muy tarde;
todo hombre advierta a la gura.

(FELICIANO, *libre, y* GALINDO.)

FELICIANO. Como hace la noche escura,
voy, Galindo, algo cobarde,
que ha días que no he pisado
las calles.
GALINDO. Gracias a Dios
que ya nos vemos los dos
en esta esquina del Prado.
Presto trujo el mandamiento
Alberto.
FELICIANO. No hay tales pies
como el dinero; al fin, es
el primero movimiento.
GALINDO. ¿Cuánto la caja traía?
FELICIANO. Seiscientos escudos justos.
CORNELIO. Éstos me han dado mil sustos.
JULIO. Este hombre parece espía.
¡Vive Dios que son criados
de la justicia! Yo vuelo.
FRISO. Yo, con el mismo recelo.

(Huyan.)

GALINDO. Ciertos hombres embozados
al umbral de Dorotea
van huyendo de los dos.
FELICIANO. ¿Ya espantamos? ¡Bien por Dios!
¡Qué habrá que un pobre no sea!
¿Parezco pantasma yo?

(DON TELLO *salga.)*

TELLO. Ce, ¿qué digo?...
GALINDO. Allí nos llama
un hombre en cas de tu dama.
FELICIANO. Lleguemos, si nos llamó.
TELLO. Tomad este escritorillo
mientras por el otro voy.
FELICIANO. [*Ap.*] ¡Bien, por vida de quien [soy!
TELLO. Y nadie se atreva a abrillo.
FELICIANO. ¿Conócenos el ladrón?
TELLO. Por otros os he tenido.
Que me dejéis ir os pido.

(Húyase DON TELLO.)

GALINDO. Vaya con la maldición.
Señor, éste es el indiano
que Fabricio trujo acá.
FELICIANO. Creo que el cielo me da
este castigo en la mano;
bien conozco el escritorio:
más tiene de siete mil.

GALINDO. ¡Qué gentil ladrón!
FELICIANO. Sutil.
Mi bien es claro y notorio;
éste es todo mi dinero,
cuanto a Dorotea he dado.
Ved por dónde lo he cobrado.
GALINDO. ¿Qué has de hacer?
FELICIANO. Guardallo quiero.
GALINDO. ¿Y si nos encuentra alguno?
FELICIANO. ¿Allí no vive Leonarda?
GALINDO. Sí, señor.
FELICIANO. Pues llama.
GALINDO. Aguarda.
FELICIANO. Mira no te oíga ninguno.
GALINDO. ¿Si querrá abrir?
FELICIANO. ¡Plega a Dios!
GALINDO. ¿Quién está acá?

(Dentro, LEONARDA.)

LEONARDA. ¿Quién es?
FELICIANO. Creo
que oye el cielo mi deseo:
un preso y dos hombres.
LEONARDA. ¿Dos?
A los dos no puedo abrir;
al preso, sí. [*Salga.*] ¡Gloria mía!
FELICIANO. Abrevia del alegría,
que tengo que te decir.
LEONARDA. Pues que tú vienes acá,
alguien te habrá referido
que mis joyas he vendido,
o lo adivinaste allá.
Perdona, que yo quisiera,
como seiscientos le di
a Galindo...
FELICIANO. ¿Tú?
LEONARDA. Yo fuí.
FELICIANO. ¡Pero quién sino tú fuera!
Débote mi libertad,
el alma misma te debo.
Hoy me obligaste de nuevo;
mas oye una novedad.

(Ruido.)

GALINDO. Gritos dan; éntrate dentro.

(Dentro, DOROTEA.)

DOROTEA. ¡Traidor Fabricio, tú fuiste
quien a casa le trujiste!
LEONARDA. ¿Qué es esto?
FELICIANO. Un gracioso encuentro:
de la puerta de esa dama
que mi hacienda me robó,
salió un ladrón que le hurtó
el dinero, y no la fama.
Topó con nosotros dos;
por compañeros nos tuvo,
y éste nos dió; que no estuvo
en un instante, por Dios,
de dar con los verdaderos.
¡Mira por dónde he cobrado
cuanto con ella he gastado!
LEONARDA. Sin duda son tus dineros.
Acá viene gran ruïdo.
Allá le voy a esconder.
GALINDO. El dinero has de verter
en otro, sin ser sentido,
y échale luego en el pozo.
LEONARDA. Voy; aquí a la puerta aguarda.

(Entrese LEONARDA.)

FELICIANO. ¡Qué contenta va Leonarda!
Yo estoy saltando de gozo.

(Entre un ALGUACIL *y gente que traiga asido a* FABRICIO. *Venga también* DOROTEA *y* CLARA.)

FABRICIO. ¿Pues a mí preso? ¿Por qué?
ALGUACIL. Porque es muy bastante indicio
para prenderos, Fabricio.
FABRICIO. Vive Dios que no lo sé.
DOROTEA. Trújole él propio a mi casa,
y con él se concertó,
¿y no le conoce?
FABRICIO. ¿Yo?
GALINDO. Ved lo que en el mundo pasa.
CLARA. Yo juraré que es ladrón,
y que a don Tello encubría,
que desde el Andalucía
trujo para esta ocasión.
Él sabía del dinero;
él le dijo dónde estaba.
FABRICIO. ¿Yo le truje?
CLARA. Y le abonaba
de indiano y de caballero.
CRIADO. Gente hay en aquesta puerta.
¿Quién va?
FELICIANO. Un hombre que ha salido
de la cárcel.
ALGUACIL. No habrá sido
el ladrón.
FELICIANO. Cosa es bien cierta.

ALGUACIL. ¿Es el señor Feliciano?
FELICIANO. Yo soy.
ALGUACIL. Por mil años sea.
FELICIANO. ¿Qué es esto de Dorotea?
DOROTEA. ¿Agora estáis cortesano?
Vaya a la cárcel Fabricio.
ALGUACIL. Que Fabricio le ha robado
un escritorio, o ha dado
de que fué cómplice indicio,
porque le trujo un indiano
que ha sido el cierto ladrón:
siete mil escudos son.
FELICIANO. Esos son de Feliciano.
ALGUACIL. ¿Habéis visto esos ladrones?
FELICIANO. Sólo a Galindo y a mí.
ALGUACIL. Juraldo aquí.
FELICIANO. Juro aquí
que he sentido esos doblones,
y aun que los he visto puedo
jurar.
DOROTEA. Que éste se ha vengado.
CLARA. ¡Cuál están amo y criado!
FABRICIO. ¡Yo soy ladrón!... ¡Bueno quedo!
Diga Feliciano aquí
si sabe que soy ladrón.
FELICIANO. Quien paga amor con traición,
ladrón es; digo que sí.
Quien niega deudas tan claras
y no paga el beneficio,
¿de ser ladrón no da indicio?
Pues, ladrón, ¿en qué reparas?
Vete, que lo juro y digo,
que en esta y toda ocasión
sustentaré que es ladrón
quien es traidor al amigo.
Y que del dinero hurtado
a Dorotea, quisiera
que dos veces tanto fuera,
por la ingratitud que ha usado;
y que, a estar en mi poder,
no me diera más contento,
y que de mi casamiento
testigos os quiero hacer.
¿Leonarda?

(Sale LEONARDA.)

LEONARDA. Señor.
FELICIANO. Yo soy
tu esposo; sea testigo
un ladrón, y infame amigo,
a quien este ejemplo doy;
una dama cortesana
y una criada fingida
que roban toda la vida
con industria loca y vana,
para que tras años mil
vuelvan las aguas a donde
solían ir, pues ya lo esconde
cierta mano más sutil;
y un alguacil también sea
testigo de que me caso,
y sepa que no hago caso
del amor de Dorotea,
porque si algún aire infame
me quisiere hacer prender,
sepa que tengo mujer,
y que así a Leonarda llame.
Dóyle en dote siete mil
ducados que ha recibido;
testigos, pues que lo han sido
el dueño y el alguacil;
y a Galindo, por leal,
toda mi hacienda le doy.
GALINDO. Yo, señor, tu esclavo soy.
FABRICIO. ¡Paga de quien anda en mal!
DOROTEA. Llevalde a la cárcel luego.
ALGUACIL. Digo que os gocéis mil años,
pues ya de tantos engaños
venís a tanto sosiego.

(Tómela de la mano.)

FELICIANO. Adiós, señores testigos.
Y aquí Belardo dió fin
a una historia que es, en fin,
LA PRUEBA DE LOS AMIGOS.

En Toledo, a 12 de setiembre de 1604.

SIN SECRETO NO HAY AMOR

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

ACTO PRIMERO

PERSONAS DEL PRIMERO ACTO

ROBERTO, *Príncipe de Nápoles.*
LISARDO, *que es el Conde Don Manrique.*
CLAVELA, *Infanta.*
FENISA, *dama.*
[NISE, *dama.*]
ARNALDO [*Conde de San Telmo.*]
CELIO.—*Tapia.*
TELLO.
DON BERNARDO.
LOS MÚSICOS.

(ROBERTO *y* LISARDO, *las espadas desnudas, afirmados y capas de noche.*)

ROBERTO. De diamantes parecemos.
LISARDO. Por vos se dijera bien.
ROBERTO. Cansado estoy.
LISARDO. Yo también.
ROBERTO. Descansemos.
LISARDO. Descansemos.
ROBERTO. Terrible sois.
LISARDO. Por vos puede
decirse con más razón.
ROBERTO. Yo cumplo mi obligación.
LISARDO. Sí, mas de lo justo excede;
y querer saber ansí
quién soy, caballero, es cosa
para vos dificultosa
y imposible para mí.
ROBERTO. Si os hallo en este terrero
de las Rejas de Palacio,
paseando tan despacio,
no es sin razón, caballero.
Que (1) pues doy en porfiar
hasta morir o vencer,
bien claro se echa de ver
que me debe de importar.
¡Valiente sois!

LISARDO. Es deseo
de pareceros a vos.
ROBERTO. Mejor éramos los dos
para otros dos.
LISARDO. Bien lo creo.
A lo menos, a mi lado
no le quisiera mejor.
ROBERTO. Estoy a vuestro valor
por extremo aficionado.
Decidme, por cortesía,
quién sois, ya que con la espada
no es posible ser forzada
vuestra mucha valentía;
que de callar vuestro nombre
palabra os doy.
LISARDO. Si pudiera,
estad cierto que lo hiciera.
ROBERTO. ¿Por qué?
LISARDO. Porque soy un hombre
extranjero de esta tierra,
y obligado, aunque extranjero,
a parecer caballero,
y reñir con vos ya es guerra;
pues habiendo vos querido
saber quién soy, claro está
que si os lo digo, será
decir que me habéis vencido.
Mejor es dejarme ir,
pues ya mi valor sabéis.
ROBERTO. ¡Eso no!
LISARDO. ¿Pues qué queréis?
[ROBERTO.] Que volvamos a reñir.
LISARDO. Veisme aquí.
ROBERTO. Mataros temo. *(Riñan.)*
LISARDO. Lo mismo temo de vos.
ROBERTO. ¡Porfiado sois, por Dios!
LISARDO. Vos, en porfiar extremo.
ROBERTO. Tened la espada.
LISARDO. Aquí estoy
a obedeceros dispuesto;

(1) En el ms. de Durán, "y".

mas con firme presupuesto (1)
de no deciros quién soy.

ROBERTO. Ahora bien; quiero obligaros
con deciros quién soy yo.

LISARDO. Yo no puedo.

ROBERTO. ¿Por qué no?
¡Pues esto ya no es forzaros!

LISARDO. ¿Qué os mueve a tanta porfía?

ROBERTO. El darme que sospechar
de que no os pueda obligar
mi humildad y cortesía.
Sabed que el Príncipe soy.

LISARDO. Señor, ¡qué error habéis hecho
en querer probarme el pecho!
Si bien satisfecho estoy
de vuestro valor notable;
pero suceder pudiera
alguna cosa que fuera
a estos reinos lamentable,
por no haberos conocido.
Pongo a vuestros pies la espada,
y de ignorante, aunque honrada,
perdón como es justo os pido.
Mucho habéis aventurado;
que mi vida no importara,
pues tan honrada quedara
de habérmela vos quitado.
Y así, con vuestra licencia,
me voy, que amanece ya.
No os puedo hacer, ¡claro está!,
ni agravio ni competencia.
No soy más de un caballero,
que de rebozo ha querido
ver a Nápoles; ni ha sido
el pasear el terrero
de Palacio más de haber
visto una dama así acaso;
aunque suele Amor, de paso,
Troyas de hielo encender.
Vila en la playa del mar
un día que acompañó
a vuestra hermana, y si yo
os he ofendido en mirar
estas rejas, por consuelo
del cuidado que me ha dado,
ni los ojos, ni el cuidado
es justo que os den recelo;
que yo me voy donde es justo
que no me volváis a ver.

ROBERTO. Oíd, que yo os quiero hacer
por mi afición, por mi gusto,
amistad en este amor,
si vos me decís quién es.

LISARDO. Si nos viéramos después,
será notable favor.
No me detengáis agora,
que parece que me avisa,
aunque de lejos, la risa
de la ya vecina aurora
y estoy aquí con temor.
Perdóneme Vuestra Alteza. *(Vase.)*

ROBERTO. Adiós. ¡Extraña firmeza
de secreto y de valor!
Corrido quedo y turbado,
que, al fin, se va sin saber
quién es; mas ¿qué puedo hacer?
Él es caballero honrado.
¡Valiente defensa ha hecho!
¡Y cuál (1) peligro, por Dios,
hemos tenido los dos
a no estar guardado el pecho!
¿Quién será la dama a quien
dice que vió acompañando
mi hermana? ¿Qué estoy dudando?
La misma que quiero bien.
Que pues yo le prometía
favor, y no la nombró,
cierto es que supo que yo
celoso le persuadía.
¿Que se fué? ¿que no he podido
saber quién es? Mis recelos
son justos. ¿Qué quieren celos
a un hombre de amor perdido?
No sin causa justa fama
de bachilleres tenéis,
celos, pues siempre os metéis
adonde el amor no os llama.
¡Que un hombre no conocido
ni dejado conocer
así me pueda ofender
y irse habiéndome ofendido!
¡Oh noche, donde no tiene
fuerza el poder ni el valor!

(Entren el CONDE ARNALDO *y* CELIO.)

ARNALDO. ¡Aquí está!

CELIO. ¡Señor!

ARNALDO. ¡Señor!

ROBERTO. ¡A tiempo Santelmo viene!
¿Dónde habéis los dos estado?

ARNALDO. Detrás desa huerta juntos,

---

(1) Tachado: "mas conforme por supuesto".

(1) En la ed. Rennert, "igual".

y presumiendo por puntos
que nos hubieras llamado.

ROBERTO. ¿No habéis sentido ruido
de espadas?

CELIO. Aquí, señor,
ni aun en las hojas rumor
del viento habemos sentido.

ROBERTO. ¡Bien lo habéis hecho los dos!
¡Buena defensa, si aquí
me hubieran muerto!

ARNALDO. ¿A ti?

ROBERTO. Sí;
¡y un hombre sólo, por Dios!

ARNALDO. ¿Por qué no llamaste?

ROBERTO. ¡Necio!
¿Para un hombre?

ARNALDO. ¿Y fué mejor
aventurarte al temor
que permitirte al desprecio?
¿Quién no había de pensar
que hablando te entretenía
Fenisa?

CELIO. Advierte que el día
se comienza a levantar
y la noche se desnuda
para acostarse.

ROBERTO. No creo
que venza el sueño al deseo
de interpretar una duda.

CELIO. ¡Duda en tu amor! ¿Qué será?

ROBERTO. Celio, él mismo te responde.

ARNALDO. ¿Tiene nombre?

ROBERTO. Celos, Conde,
sin saber quién me los da.

(Vanse, y entran CLAVELA, *Infanta, y* NISE, *dama.)*

CLAVELA. Desesperada me siento,
Nise amiga, de esperar,
haciéndome amor formar
mil esperanzas de viento.
Pasó en este pensamiento
la noche, y sus luces bellas
escucharon mis querellas,
hasta que el Alba divina,
corriendo al Sol la cortina,
trocó por flores estrellas.
No ha faltado noche alguna
Lisardo. No sé qué ha sido
no haber venido, que olvido
tal vez a Amor importuna.
Temo mi adversa fortuna
si le han conocido acaso,
o le han estorbado el paso;
que como siempre el Amor
imagina lo peor,
también en celos me abraso.
Alguna más venturosa,
si bien mi igual no será,
entretenido le habrá
discretamente amorosa.
Toda una noche, celosa,
Nise, Lisardo me tiene:
yo le espero y él no viene.
¡Qué crueldad!, ¡qué sinrazón!
No lo dudes: hombres son.
Otro gusto le entretiene.

NISE. Tus penas imaginadas,
señora, hubiera creído,
a no ofenderme el oído
cierto ruido de espadas:
temo que de estos amantes
alguno le dió ocasión.

CLAVELA. Menos mal mis celos son,
siendo a mi amor semejantes;
que la vida de Lisardo
es sobre todo, de suerte
que si sospecho su muerte,
para vivir me acobardo.
Vengan celos y aun agravios,
que es lo más que puede ser,
si bien dejarse ofender
nunca fué de amantes sabios;
que, como viva, no quiero
más bien.

NISE. Fenisa ha venido
a entretenerte.

CLAVELA. No ha sido
el que yo, celosa, espero.
Y aunque de todas me guardo,
de ésta más, porque la adora
mi hermano.

NISE. Importa, señora,
a la vida de Lisardo.

(Entren FENISA *y* FINEA.)

FENISA. ¡Quejosa del disfavor
que Vuestra Alteza me ha hecho,
vengo a sosegar el pecho
en las dudas de su amor!
Sin mí vestirse, crueldad
ha sido.

CLAVELA. Tristezas son,
Fenisa, que no en razón
de ofensas de voluntad.

Levantéme a ver reír
el alba por alegrar
mis penas.

FENISA. Suele llorar,
si no se llama fingir,
esto de perlas en flores,
en cuyos limpios cristales
los cabellos orientales
reverberan resplandores.
No esté triste Vuestra Alteza,
y porque es cierto que ya
el Alba envidiosa está
de ver mayor su belleza,
como ella voces suaves
de pájaros, he traído
a Finea y a Leonido,
de su aurora dulces aves.
Cantad.

LEONIDO. ¿Qué podré decir?

FENISA. Cosa que alivie el pesar (1);
que quiere el alba llorar,
y quiero hacerla reír.

(Canten.)

Que fuérades presumí,
verdes ojuelos, mis cielos;
mas ya que me distes celos,
infiernos sois para mí.
Érades cielos, y luego,
ojos, que celos me distes,
de vuestro cielo caístes
al infierno de mi fuego.
Con la esperanza viví (2)
de que fuérades mis cielos;
mas ya que me distes celos,
infiernos sois para mí.

(Entre el PRÍNCIPE.)

ROBERTO. Bien me viene la canción.
¡Quién tan contento estuviera
como mi hermana, y tuviera
tan seguro el corazón!
Tráenme celos a saber
con una invención de amor,
si fué verdad mi temor,
y tengo más que temer.
Quiero ver en el semblante,
de una muerte que he fingido,
cuál de las damas ha sido
dueño de aquel firme amante;
que la que más sentimiento
mostrare, será, sin duda,
porque Amor colores muda
al paso del pensamiento.
¿Clavela?

CLAVELA. ¡Señor! ¿Qué ha sido
haber tanto madrugado?

ROBERTO. El no me haber acostado
y hallarme el Alba vestido.

CLAVELA. No os preguntara Fenisa
lo que yo os pregunto agora.

FENISA. Sí preguntara, señora,
aunque no con tanta prisa;
que el Príncipe, mi señor,
en otro mayor cuidado
debió de andar ocupado.

ROBERTO.

No fué cuidado de amor.
Llegaba a la mitad de su camino
la escura noche, madre perezosa
del sueño y del silencio, y al vecino
lucero se mostraba desdeñosa,
cuando salir al parque determino
con ánimo de ver, Fenisa hermosa,
si anticipado en tu balcón salía
más de tus ojos que del cielo el día.
Dejo a Celio y al Conde en esa huerta
(que amor siempre se esconde de testigos,
y la pena o la dicha descubierta
aun no quiere presentes los amigos),
y vengo a ver si en su ventana abierta
estaba el Sol: y estaban enemigos
no lejos de ella, pero no tan lejos
que no les alcanzaban sus reflejos.
Un hombre, al fin, estaba rebozado,
recatado a su mismo pensamiento,
tan firme a las paredes arrimado
como si fuera piedra del cimiento:
antes de hablarle, con mayor cuidado
requiero el sitio, y veo un mozo atento
a guardar un caballo, en el sonido
del freno que tascaba entretenido.
"¡Quién va?", le digo, y sin respuesta coge
el arzón, y poniéndose en la silla,
la rienda entre los árboles descoge
y con los acicates le acuchilla.
Vuelvo al terrero y el galán recoge
la capa y toma a buen andar la orilla
del edificio, cual león que en viendo
que le miran, se para, si va huyendo.

(1) En la copia de Durán, "esperar".
(2) En la copia de Durán, "creí".

"¡ Deténgase ! ¿ Quién es ?" digo en voz clara ;
y prevenido de las armas vuelve.
"¿ Quién es ?", prosigo, viendo que se para
un hombre que a callarlo se resuelve.
"¿ Diga quién es ?" "No puedo, aunque llegara
el mismo Rey." La capa al brazo envuelve,
saca el acero, el pie delante espera,
y acercándome más, menos se altera.
Por no cansarte, de reñir cansados,
tres veces descansamos ; y mi pena
no descansaba con hablar, sentados,
de su tierra no más, por tierra ajena.
Así celosos toros desmayados
al aire arrojan círculos de arena,
esperando volver al desafío,
enjugando el sudor, cobrando el brío.
Mas la tercera vez, de una estocada,
que entre el cuello y la gola entró furiosa,
cayó diciendo : "¡ Adiós, mi prenda amada
tú sola de mi vida !..." Vitoriosa
volví a la vaina la sangrienta espada.
Y con esta ocasión, Clavela hermosa,
aunque parece sueño que he dormido,
triste el Alba me halló y el Sol vestido.

CLAVELA. ¿ Y no supiste su nombre,
ni algunas señas trujiste ?
Loco, Roberto, anduviste,
aunque anduviste muy hombre.

ROBERTO Ése fué siempre mi intento.
Riñó a espacio, y murió a prisa...
[*Ap.*] ¡ Vive el cielo, que es Fenisa
la que ha hecho sentimiento !
Ninguna dama ha mostrado
más pena ; sin duda fué
su amante, que bien se ve
en el semblante mudado.
Fenisa, ¿ de qué estás triste ?

FENISA. Del peligro en que se vió
Vuestra Alteza.

ROBERTO. Pienso yo
que el temor sólo consiste
hasta ver lo que se ama,
libre del peligro.

FENISA. Amor,
a los ecos del temor
peligros alegres llama.
Recójase Vuestra Alteza
un rato, que apenas creo
que está libre.

ROBERTO. Yo lo creo,
y lo dice tu tristeza.
[*Ap.*] ¡ Ah, celos ; nunca los sa-
osan pasar de recelos, [bios
que quien averigua celos,
hace de celos agravios !

(*Vase* ROBERTO.)

CLAVELA. Vosotras podéis también
dejarme aquí sola un poco.

FENISA. ¿ Pena te ha dado ?

CLAVELA. Es un loco,
aunque le suceda bien.

FENISA. ¿ Quién será el muerto, que estás
con pena ?

CLAVELA. Aunque la recibo,
como mi hermano está vivo,
no me importa lo demás.

(*Vanse todos.*)

¡ Ay, cielo ! ¡ Acabó mi vida !
¡ Ya no es posible que pase
de la nueva de tu muerte !
¡ Mi sangre vertió tu sangre !
¡ Lisardo es muerto ! Mis ojos,
¿ qué estáis temiendo ? Lloralde.
Mirad que las resistencias
son para pequeños males.
¿ Ya de qué sirvan secretos ?
¡ Qué mal podrá (1) reportarse
alma que a Lisardo pierde !
¡ Oh ! ¡ Haced que el dolor me ma-
Estoy por decir su nombre [te !...
para que también me acabe
el tirano que le ha muerto
con armas tan desiguales.
¡ No fué tu espada, Roberto !
Mis desdichas fueron parte
para la victoria injusta
del más verdadero amante.
¡ Ay Dios, qué mal tan grande
matarme el alma y no poder ven-
Loca estoy, y con razón, [garme !
que no es mal considerable
el que no obliga a locura.
Lágrimas es cosa fácil ;
así las llaman los hombres
ingratos, desde que nacen,
al llanto de las mujeres,
no siendo todas iguales.
Bien será decir a voces
mi desdicha al Rey, mi padre ;
mas no dan vida los Reyes,
porque son dioses mortales.

(1) En la ed. de Rennert, "podía".

¡Ay, honor! Tenme, detenme,
que quieren precipitarme
tristezas de amor, con quien
no hay resistencia que baste.
Lisardo, ya no hay secreto;
dame licencia que hable,
que quiero yo hablar agora
todo lo que tú callaste.
¡Ay Dios, qué mal tan grande
matarme el alma y no poder ven-
[garme!

(Entre TELLO.)

TELLO. Ando ya tan atrevido,
que adonde ves he llegado.
CLAVELA. En un mal tan declarado,
poco importa haberlo sido.
Di quién eres, Tello, y di
que serviste al mejor hombre
que tuvo en España nombre
y que se perdió por mí.
Di a voces que me servía
el Conde, y que yo le daba
lugar porque le adoraba,
y di que [a] hablarme venía
la noche que le mató
ese mi hermano cruel,
que de mi padre ni de él
no quiero guardarme, no;
porque no ha de haber en mí
honra y vida desde agora.
TELLO. ¿Qué es lo que dices, señora?
Habla bajo y vuelve en ti.
¿Una cosa tan secreta
dices a voces? ¿Qué es esto?
¿Qué furor te ha descompuesto?
¿Una acción tan indiscreta
cabe (1) en un pecho real?
¿Qué Conde ha muerto tu hermano?
¿Qué furor tan inhumano
te ha obligado a tanto mal?
¿Ya dices que llame al Conde?
¿Ya no es Lisardo fingido
don Manrique? ¿Quién ha sido
la causa? ¿Lloras? Responde.
Que como cualquiera amante
da crédito fácilmente
al mal de su bien ausente,
de un estilo semejante
presumo engaño y traición,
no culpa en tu entendimiento.

(1) En la copia de Durán, "debe".

CLAVELA. Ya de tus palabras siento
sosegado el corazón,
que si mi bien muerto fuera,
hubiera tristeza en ti.
TELLO. ¿El Conde muerto? Si aquí
muerto a don Manrique hubiera
(o a Lisardo, por hablar
a nuestro estilo) tu hermano,
respeto o peligro en vano
me obligaran a callar;
que fuera tanto el dolor,
que pienso que a la venganza
dispusiera la esperanza.
CLAVELA. ¿Luego vive tu señor?
TELLO. Agora me aparto dél.
CLAVELA. Pues mi hermano me engañó.
TELLO. Si por dicha te contó
lo que ha pasado con él,
o imagina que le ha herido,
o, fingiendo que le ha muerto,
quiere saber lo encubierto
y averiguar lo fingido.
¿Mostraste algún sentimiento?
CLAVELA. Ninguno, hasta que se fué,
porque entre tanto engañé
con mi honor mi pensamiento.
TELLO. Hiciste bien; y así es bien
que te diga que él me envía
bien triste, señora mía,
de que estas cosas estén
en estado que no puede
durar el secreto más.
CLAVELA. Aunque gran pena me das,
como el Conde vivo quede,
es menos cualquier desdicha.
TELLO. Es verdad, aunque él lo siente,
de suerte que estando ausente,
no tiene el vivir por dicha.
Dice que estaba esperando
la seña por el terrero,
y que vino un caballero
que se andaba paseando
a quererle conocer,
que, a la cuenta, fué tu hermano;
finalmente, metió mano,
y en defender y ofender,
en negar y en preguntar
pasó de la noche parte,
con tanto rigor de Marte,
que fué forzoso parar
cuatro veces las espadas
y descansar el aliento;
fuése el Conde discontento,

las tres de la noche dadas,
luego que dijo Roberto
quién era para obligalle;
quedóse al fin en la calle,
de su pensamiento incierto.
Donde está claro, señora,
que cada noche vendrá,
y más si celoso está
de alguna dama que adora.
Dice Manrique, o Lisardo,
que le aconsejes, si sabes
remedio.

CLAVELA. En cosas tan graves,
sólo el de [su] ingenio aguardo.
Mas yo soy de parecer,
aunque en sus manos le dejo,
si es bueno el primer consejo
que suele dar la mujer,
que con su nombre, fingiendo
que agora llega de España,
hablando a quien le acompaña
y sus personas luciendo,
entre en Nápoles y venga
a hablar al Rey y a mi hermano,
y besándole la mano
en público, se entretenga;
pues no faltará invención
de algún negocio fingido;
porque Roberto, corrido
de la pasada quistión,
si el Conde está de secreto
y a verme de noche viene,
alguna vez, Tello, tiene
de hacer el Poder efeto;
porque le ha de conocer,
y si no, le ha de matar.

TELLO. Es consejo singular,
pues oponerse al Poder
un extranjero es locura.
Yo parto a darle razón
de tu intento.

CLAVELA. En mi opinión,
cuanto pretende asegura.
Y dile que, por lo menos,
podré con más libertad
verle.

TELLO. Ya por la ciudad
andaban de temor llenos
sus españoles.

CLAVELA. Pues parte;
que (1) no puede haber temor
ni peligro que mi amor
de su pensamiento aparte.

TELLO. A quien eres corresponde
esa firmeza y lealtad,
que, si no en la calidad,
en amor te iguala el Conde.

CLAVELA. Más quiero, si la afición
de Manrique no me engaña,
ser un título en España
que Reina en otra nación.

(*Entre* LISARDO *y* DON BERNARDO.)

LISARDO. Por español estimara
el veros en esta tierra,
¡cuánto más deudo y amigo!

DON BERN. De la antigua amistad nuestra
estoy satisfecho, Conde.

LISARDO. No queráis prueba más cierta
que, estando con tal secreto
y tanto peligro en ella,
en sabiendo que llegastes,
venir a veros.

DON BERN. Tuviera,
de no lo haber hecho ansí,
don Manrique, justa queja.

LISARDO. De Nápoles y Aragón
están las cosas compuestas,
como sabéis.

DON BERN. Eso ignoro,
Conde, por mi larga ausencia:
que tres veces ha corrido
el Sol de su roja esfera
el camino, que divide
en dos campos las estrellas,
mientras Flandes y Alemania
me entretuvieron las nuevas
de las cosas de Aragón;
pero ninguna me deja
con más cuidado que el veros
en Nápoles, y que sea
con tal secreto y recato.

LISARDO. Bernardo hiciera violencia
a mi amor, si de la causa
ingratamente quisiera
encubriros la ocasión.

DON BERN. Pues, si merezco saberla,
quitadme de este cuidado.

LISARDO. La ocasión, Bernardo, es ésta:
Hizo el Pontífice Sumo
de la militante Iglesia
que el de Nápoles Rugero
y el de Aragón, patria nuestra,

(1) En la copia de Durán, "y".

dejasen armas y pleitos,
a cuya justa obediencia
se sujetaron humildes,
y descansada la Guerra
durmió en brazos de la Paz.
La condición para hacerla
fué, como suele entre Reyes,
casar los hijos, pues queda
confirmada con la sangre,
que es la más segura prenda.
El Rey de Nápoles daba (1)
la bellísima Clavela
al Príncipe de Aragón:
previene a su entrada fiestas
Zaragoza, y ella parte
en diez famosas galeras,
tales que nunca vió el mar
sobre sus cristales selva
que con más ramas y flores
engañase sus arenas.
La que ella honraba cubrían
gallardetes y banderas
de damascos de colores
con la cubierta de tela.
Allí el viento con las puntas
ondas formando diversas,
las que imitaba del agua,
presume igual competencia.
La popa de oro y marfil,
con sus pinturas intenta
darle presunción al arte
de ser la Naturaleza.
Los filaretes dorados,
las jarcias de plata y seda,
y los forzados, de Holanda
calzones y camisetas;
los bonetes y casacas,
de brocado, porque veas
que el más desnudo, tal vez
se viste lo que no piensa.
Cisnes del mar, finalmente,
rompiendo las olas vuelan
tanto con las alas de haya,
que el viento va ocioso en ellas.
Mas, como el furioso mar
ninguna cosa respeta,
sacrílego (2) à las sagradas,
si lo es también la belleza,
conmenzóse a enfurecer
en las pomas de Marsella,

(1) En la copia de Durán, "dalle".
(2) En la ed. Rennert, "sacrilegio".

envidiosas por ventura
ninfas de su mar francesas,
como si tuviera el cielo
necesidad de sus perlas,
quería en conchas de nácar
trocárselas por estrellas,
o (1) dejar porque tuviese
más luz, más oro la tierra
por sustituto del Sol
la hermosura de Clavela.
Pero doblemos, Bernardo,
la hoja en esta tormenta,
y advierte la mayor causa
para que yo la padezca.
Cuando en Nápoles trataban
de traer a la Princesa,
un español mercader,
entre pinturas diversas
llevaba un retrato mío.
Clavela, que ya quisiera
ver señales de su esposo,
preguntó, poco discreta,
si algún retrato traía,
aunque fué disculpa honesta,
del Príncipe de Aragón,
a quien la codicia necia
del pintor dijo que sí...,
¡oh interés!, por cuya fuerza
la engañó con mi retrato,
diciéndole: "Infanta bella,
éste es vuestro esposo Alfonso."
Y, dándole una cadena
de diamantes, le escondió,
donde con una doncella
suya, que se llama Nise,
le mira, advierte y contempla,
y al fin se enamora de él,
con la fe segura y cierta
de que era su mismo esposo.
Vuelve agora a las galeras,
donde doblamos la hoja:
cesó del mar la soberbia,
prosiguiendo su viaje
próspero viento en las velas.
Estábamos en la playa
de Barcelona, una fiesta,
los mejores de Aragón
que veníamos por ella,
cuando, entre la alegre salva
de tiros y de trompetas,
sale Clavela del mar,

(1) En la copia de Durán, "si".

y entre la tropa que llega
para besarle la mano,
vergonzosa, a mí se acerca,
de quien oigo a un tiempo juntas
la (1) Alteza y la reverencia,
turbado digo (y, por Dios,
toda la sangre revuelta,
que desde entonces sentí
pronósticos de quererla;
que no sé qué tiene el alma
en las glorias y en las penas,
que les previene aposento
antes de saber que vengan):
—"No viene aquí, gran señora,
que con poca salud queda,
el Príncipe mi señor."—
¿No has visto del sol (2) la fuerza
desmayar rosa encarnada,
marchitar, blanca azucena?
Pues así quedó en oyendo
que no era yo, quien ya era
dueño de su voluntad
por imaginada idea.
En fin, desde Barcelona
a Zaragoza, en tristeza
tan grande bañó sus ojos,
que fué imposible vencerla.
Preguntó quién era yo;
dijéronle mi nobleza
y mi nombre, a quien miraba
algunas veces risueña.
Dió en mandarme varias cosas
para que hablase con ella,
que no sabe amor tener
ni discreción ni paciencia.
Mas oye lo que los cielos
por sus secretos ordenan:
salió el Príncipe una tarde
para ensayar unas fiestas,
ejercicio en Aragón
de la mayor fortaleza,
donde armados, a caballo
los caballeros tornea(ba)n,
porque a pie dicen que es danza
y no militar destreza.
Armado en fuerte bridón,
la clin y el codón en trenzas
de oro y verde, sale Alfonso
con paramentos de tela
blanca y roja y negras armas,
que siempre colores negras
tristeza y luto anticipan
a los que se visten dellas.
Galán de verde y morado
sale don Juan de la Cerda
(caballero castellano
que, por ciertas diferencias,
al Rey de Aragón servía),
y encuéntranse de manera
que, chocando los caballos,
vienen sin alma a la tierra.
No se vió ciudad a saco,
cuando la nación tudesca,
victoriosa y sin piedad,
sus muros y puertas entra,
como se vió Zaragoza
de confusión y de pena,
de lágrimas y de asombro;
tú, Bernardo, considera,
perdiendo un Príncipe, un acto
de tan llorosa tragedia.
Casi a su puerta, su esposa
recibió la triste nueva;
no lloró, que nadie llora
por lo que nunca desea.
Por diligencias del Rey,
no fué posible vencerla
a que entrase en la ciudad,
que con la misma presteza
dió la vuelta a Barcelona.
Ya zarpaban las galeras,
que la fuerte capitana
había tocado a leva,
cuando ven volver la Infanta,
y al embarcarse con ella,
yo, que siempre iba a su lado,
oígo estas palabras tiernas:
"En Nápoles, de secreto,
una mujer os espera,
mejor que vos, por su estado:
venid de aquí a un mes a verla."
Provocado de sus ojos
y alentado de su lengua,
antes del mes, disfrazado,
estoy de noche con ella.
Tratado, creció el amor,
siendo de los dos tercera
aquella Nise que os digo;
pero mi contraria estrella
quiso que su propio hermano,
que una dama sirve y cela,
en el terrero me hallas(t)e,
donde no me hicieron fuerza

(1) En la copia de Durán, "su".
(2) Idem, "desde".

sus armas ni sus palabras;
pero serálo el perderla.
En esta pena me halláis,
pero con tanta firmeza,
que he de esperar mi fortuna,
por más que vuelva su (1) rueda,
ánimoso en la esperanza,
caballero en la nobleza,
atrevido en el peligro,
consolado en la paciencia,
sufrido a toda fortuna,
empeñado en la defensa,
agradecido al favor,
reconocido a la deuda,
prudente en cualquier suceso,
fuerte a toda resistencia,
posible a todo imposible,
dispuesto a morir por ella,
invencible a la mudanza,
y lo que viniere venga,
que no merece las glorias
quien no ha estimado las penas.

DON BERN. Extraña fortuna, Conde,
donde apenas hay lugar
de consejo.

(TELLO *entra.*)

TELLO. ¿Puedo hablar?

LISARDO. ¡Ay, Tello! ¿qué me responde?

DON BERN. Tello, no hay que recatarte
de un hidalgo aragonés.

TELLO. Beso mil veces tus pies.
¿Tú en Nápoles?

DON BERN. Para darte
mis brazos.

LISARDO. Deja, Bernardo,
que el filo al cuello me aplique
su respuesta.

TELLO. Don Manrique,
ya no fingido Lisardo,
dice... ¿Nombraréla?

LISARDO. Sí:
todo Bernardo lo sabe.

TELLO. Que en un negocio tan grave
está su remedio en ti,
saliendo en público luego
y diciendo que has llegado
de España, porque el cuidado
de un amante loco y ciego
no ha de parar hasta ver
quién eres.

LISARDO. Dice verdad;
mas venir a esta ciudad,
¿con qué ocasión puede ser,
por lo menos, que no sea
sospechosa?

TELLO. Yo diré
remedio, aunque no lo sé,
para que luego se crea.
Pero ponte de camino,
que, mientras te vistes, quiero
prevenirle.

LISARDO. Hoy (1), Tello, espero
de tu ingenio peregrino
una notable invención.

TELLO. Como ayude don Bernardo,
que tengas remedio aguardo
y para verla ocasión.

DON BERN. Lo que pudiere ayudar,
no puede faltar por mí.

TELLO. Bernardo se quede aquí,
que después ha de llegar,
cuando yo aviso le diere.

LISARDO. Dé luz a tu entendimiento
Amor.

TELLO. ¡Qué lindo (2) elemento
para errar cuanto se hiciere!
Mas no pierdas la esperanza.

LISARDO. ¡Ay, dulce Clavela mía!
Quien lo imposible porfía,
vida pierde y muerte alcanza.

(ROBERTO *y* CLAVELA.)

CLAVELA. Si le quitaste la vida
a quien hallaste, Roberto,
a las rejas de Fenisa,
¿cómo o de quién tienes celos?
¿qué te da cuidado agora?
¿Ha de volver al terrero
a requebrarla de noche
un hombre después de muerto?
¡Nueva condición de amante!

ROBERTO. Clavela, el amor es miedo,
todo invenciones y trazas.
Para averiguar recelos
quise, fingiendo la (3) muerte
de quien me los dió tan necios,
ver si mudaba semblante

---

(1) En la copia de Durán, "la".

(1) En la ed. Rennert, "ay".
(2) En la copia de Durán, "es buen".
(3) En la ed. Rennert, "su".

Fenisa oyendo el suceso;
que la verdad es que vive,
y que ni el desnudo acero
ni el ruego, para saber
quién era bastantes fueron.
Él se fué: mira si es justo
que tema un hombre encubierto,
a quien he visto y probado
juntos el valor y el pecho.
Pero, por mucho que intente
venir de noche secreto,
yo le armaré tales lazos
que alguna vez caiga en ellos.
¿Quieres tú, pues no habrá cosa
que ella te niegue, saberlo,
para que excusemos sangre?
Haz esto por cuanto puedo
obligarte con la mía.

CLAVELA. Yo lo haré, si tú primero
me juras de no agraviarle,
si fuere, que no lo creo,
galán de Fenisa.

ROBERTO. Yo
siempre creo lo que temo.
Por vida del Rey lo juro.

CLAVELA. Dicen que no es juramento
la vida del Rey su padre
en un Príncipe heredero.

ROBERTO. Pues por la tuya lo juro.

CLAVELA. Que te has engañado pienso;
pero mejor te estará
el desengaño que el miedo.

([*Sale*] FENISA.)

FENISA. Si en alguna obligación
de Aragón os puso el reino,
aunque dividió la muerte
la amistad y el parentesco,
cierto Conde don Manrique
me dicen que viene a veros.

ROBERTO. El paje, hermosa Fenisa,
por mi parte le agradezco.

CLAVELA. ¿Don Manrique?

FENISA. Sí, señora.

CLAVELA. Desembarcando sospecho
que le he visto en Barcelona.

([*Salen*] LISARDO *y* TELLO.)

LISARDO. ¡Temerario atrevimiento!
Vuestra Alteza, gran señor,
me [dé] (turbado comienzo),
los pies generosos.

ROBERTO. Conde,
de justicia os debo el pecho,
que puesto que de mi hermana
fuistes por tan breve tiempo
vasallo, la obligación
no ha de perder su derecho.

LISARDO. Déme también vuestra Alteza
las manos.

FENISA. Alzáos del suelo,
que no soy la Infanta yo.

LISARDO. Si no lo sois, parecéislo;
y así, no os pido perdón.

TELLO. —¡Qué discreto fingimiento!—

LISARDO. Vuestra Alteza, gran señora,
no se espante de este yerro,
pues no mereció Aragón
gozarla para bien nuestro.

CLAVELA. Pues yo, Conde don Manrique,
de haberos visto me acuerdo,
y aunque por tan breves días
fuí Princesa de aquel reino,
no he perdido la memoria.

LISARDO. Con justo agradecimiento
puedo decir que Aragón,
lastimado de perderos,
no la perderá jamás.

TELLO. A las dos Altezas beso
los pies de una vez.

ROBERTO. ¿Quién es,
Manrique, este caballero?

LISARDO. Un aragonés hidalgo.

TELLO. Yo se lo diré más presto:
un oficial de su gusto
del Conde. Llámome Tello;
tengo licencia de entrar
cuando quiero y como quiero;
adonde soy conocido
hablo a propósito luego;
no canso, no digo mal,
no pido y doy lo que tengo,
y, aunque soy hombre de humor,
me precio de ser secreto.

FENISA. ¡Mucho hará quien habla mucho!
Que pintan mudo al silencio.

CLAVELA. Ya, Tello, te he conocido.
Licencia te doy, si puedo,
para que siempre me veas.

TELLO. Y sin ella vendré a veros,
que sé cantar y tañer,
danzar, pintar y hacer versos,
y cultos, que no vulgares.

ROBERTO. ¿A qué habéis venido, Conde,

a Nápoles?

LISARDO. Mi suceso
quiere espacio, aunque a pediros
favor y licencia vengo
para poner un cartel
de desafío a un soberbio
caballero de Aragón,
que el Rey me niega diciendo
que no lo consiente el Papa.

ROBERTO. Vamos, que me obliga el veros
a ser de hoy más vuestro amigo.

LISARDO. Y a mí, a ser esclavo vuestro.

[*Vanse* ROBERTO *y* LISARDO.]

CLAVELA. Dile, Fenisa, a mi hermano
que yo le suplico y ruego
honre al Conde.

FENISA. Él lo merece.
¡Qué gallardo caballero!

CLAVELA. ¡Ay, Tello, qué bien comienza
mi dicha!

TELLO. Mejor espero,
señora, el fin, si tu hermano
se aficiona al Conde.

CLAVELA. Pienso
que le obliguen, como a mí,
sus muchos merecimientos.
¿Qué es esto del desafío?

TELLO. Invención para desvelo
del Príncipe, que un amigo
apercibido tenemos
para que a su tiempo venga:
tú acredita al Conde.

CLAVELA. ¡Ay, cielos!
Si no soy de don Manrique,
no he de tener otro dueño.

FIN DEL PRIMERO ACTO

ACTO SEGUNDO

PERSONAS DEL SEGUNDO ACTO

FENISA.
TELLO.
ROBERTO.
LISARDO.
CLAVELA.
ARNALDO.
CELIO.
EL REY DE NÁPOLES.
EL DUQUE DE MILÁN.

(FENISA *y* TELLO.)

FENISA. ¿Parézcote muy cansada,
Tello, por hablarte ansí?

TELLO. ¿Por qué te informas de mí,
que soy parte apasionada?
Cosas te diré del Conde
que por fábulas las cuentes.

FENISA. Por más que decirme intentes,
todo a su valor responde.
Pero no son valentías
las que quiero saber de él.

TELLO. No es valiente a lo cruel,
como presumir podrías.
Es con toros y con moros
su valor.

FENISA. Créolo ansí;
pero ¿qué me importa a mí
que mate moros y toros?

TELLO. ¿No es cosa para estimar
ver con el desnudo acero
en la plaza un caballero
airosamente llegar
y dividir la cerviz
de una bestia tan feroz,
aplaudiendo en una voz
todos la suerte feliz?
¿Y el hacer que a la violenta
punta de un fuerte rejón,
con breve respiración
vierta el ánima sangrienta?
¿Harálo vusiñoría?

FENISA. ¿Tiénesme por amazona?
Yo creo de su persona
esa y mayor valentía;
pero ¿traslada el matar
toros a matar mujeres?

TELLO. ¡Curiosa presumo que eres!

FENISA. No lo es mucho preguntar
si venir a Italia el Conde
a fijar un desafío
fué amoroso desvarío.

TELLO. A esa pregunta responde
que no todas las pendencias
tienen principio de amor,
que también tiene el honor
sus causas y diferencias.

FENISA. Honor es causa forzosa.

TELLO. Que se abrase por Elena
Troya, ¡vaya enhorabuena!:
era casada y hermosa.
Que Bruto mate a Tarquino
por la fuerza de Lucrecia,
¡vaya!, puesto que fué necia
en hacer tal desatino,
que Tarquino no le había
cortado brazo ni pierna.

El mundo, en fin, se gobierna
mejor que entonces solía;
que en esta edad, menos necia,
en iguales desatinos,
aunque hubiera mil Tarquinos,
no se hallara una Lucrecia.
Finalmente, los agravios
habían de ser por cosas
diferentes y forzosas;
entre los varones sabios,
al que un pleito injusto ponen,
no había de pleitear,
ni sus dineros gastar
en los que un pleito componen,
sino remitir el caso
a la espada, y a este modo
irlo averiguando todo,
sin dar en un pleito un paso.
Pero que por un mentís
haya enojos tan crueles
que ponga un hombre carteles
en Nápoles y en París,
y en Constantinopla intente,
si aquí no le dan lugar...

FENISA. ¿Pues no es causa de pesar
decirle a un hombre que miente?

TELLO. Que lo fuera es gran razón,
más que cuanto a un hombre hon-
pueden decir, obligado [rado
a su honor y a su opinión;
pero que siendo el mentir
tan usado y general,
¡lleven los hombres tan mal
que se lo puedan decir!
Miente al señor el criado,
y alguna vez el señor;
miente siempre el que es deudor,
miente el ingrato obligado;
miente el fácil prometer,
que no fué jamás cumplido;
la mujer a su marido,
el marido a su mujer;
miente cualquiera oficial,
miente el año, el tiempo, el día,
quien niega la cortesía,
quien habla en ausencia mal;
miente quien ama, quien juega;
miente el luto al heredado;
miente quien pide prestado,
quien importuna y quien ruega;
mienten todos los que venden,
que siempre lo injusto piden;
los que pesan, los que miden,
lisonjean y pretenden;
mienten, en fin, cuantos tratan
en mohatras de que viven,
mienten poetas que escriben
y pintores que retratan:
el poeta, con deseo
de encarecer (1) lo que alaba,
y el pintor que un rostro acaba,
haciendo hermoso al que es feo.
Tantos afeites hechizos,
¡claro está!, mentiras son.
¿Pues qué será la traición
de algunos casos (2) postizos?
¿Pues pleitos? ¡Aquí ficó!
Y[o] los dejo a quien los tiene.
Finalmente, el mentir viene
desde que Dios nos crió.
Pregunta Dios a Caín:
"¿Qué es de tu hermano?", y res-
[ponde:
"¿Qué sé yo?", sabiendo adonde
fué de su inocencia fin.
Con esto el Conde, o españoles,
por no sufrir un mentís,
fué de Aragón a París
y de París a Napóles (3),
donde carteles pondrán
sus manos a lo valiente,
siendo el mentir descendiente
por línea recta de Adán.

FENISA. ¡Bravo discurso!

TELLO. Soy yo
muy discreto y no enfadoso.

FENISA. ¿Que no fué caso amoroso
el de don Manrique?

TELLO. No.

FENISA. ¿Que no deja el alma allá?

TELLO. Mudó casa una mujer,
tan flaca a más no poder,
que era su cadáver ya;
y un galán de estos sabuesos
si se mudó preguntó;
y otro respondió que no. [sos.
—¿Pues qué? —Trasladó sus hue-

(1) En la copia de la B. N., "encarcelar".
(2) En la copia de Durán, "cabos".
(3) La dislocación del acento en la palabra "Nápoles", más que licencia poética debió de ser un vulgarismo que, como en este caso, los poetas adoptaron alguna vez en estilo festivo. Recuérdese el soneto de Góngora, que empieza:

"*El Conde mi señor se fué a Napóles.*"

Así te respondo a ti,
que sólo el cuerpo ha traído.

FENISA. ¿Luego sin alma ha venido?

TELLO. Pienso, Fenisa, que sí.

FENISA. Yo conozco una mujer
que un Príncipe despreciara
por él.

TELLO. No pienso que errara,
si no la puede querer.
Y eso de dejar los Reyes
por los Condes, es razón
de las comedias, que son
de amantes bárbaras leyes,
que claro está que es mejor
un Rey.

FENISA. Si posible fuera
casarse conmigo, hiciera
elección de su valor.
Yo quiero marido cierto;
del Rey imposible soy.

TELLO. Los dos vienen.

FENISA. Yo me voy.
Tello, el secreto te advierto.

(ROBERTO y LISARDO.)

ROBERTO

Prosigue, Conde, que saber deseo
la causa principal de tus enojos,
que mucho más amor presumo y creo.

LISARDO.

Como te dije, el alma fué despojos
en viendo de Leonarda la hermosura,
que es todo el Sol pirámide en sus ojos.
Así se cifra a un punto su luz pura
y sus rayos a un círculo pequeño
de una niña cruel, por negra escura.
Para sacarla de este dulce empeño
¡oh cuántos días no viví sus horas!
¡oh cuántas noches fuí rebelde al sueño!
A su reja me vió cuantas auroras
produce el tiempo en dos tan largos años,
como sabrás si alguna ingrata adoras.
Al cabo, en fin, de tantos desengaños,
plugo el (1) Amor que mi esperanza un día
hallase con su fin el de mis daños:
Supe que un hombre la cruel quería,
si de mi calidad, no de mis prendas,
y ardióse mi celosa fantasía.
Aquí no quiero, Príncipe, que entiendas,
habiendo mi desdicha averiguado,
que fué mi amor por las comunes sendas.
No defendí las rejas despechado,
mas retiréme a lamentar mi pena
sólo con su desdén y mi cuidado.
Tiene entre isletas de menuda arena,
cerca de Zaragoza, el Ebro undoso
de verdes sauces una selva amena.
La víspera, Roberto, del glorioso
que fué primero santo que nacido,
iba el Rey de Aragón y el generoso
Príncipe (ya, ¡qué gran dolor!, perdido),
y con la bella Infanta algunas damas
pisando el bosque de sus pies florido.
Allí, vertiendo generosas llamas,
doña Ana de Albión, cuyo cabello
temió como Absalón la envidia en ramas,
la daba a todos con su rostro bello,
y doña Madalena [de] Marcilla
compitiendo las manos con el cuello.
Allí doña Ana de Híjar, maravilla
del mundo, un paraíso hacer desea
del nevado cristal la verde orilla.
Allí doña Francisca de Bolea
con doña Inés Cerdán y doña Juana
Resendi, a quien el Príncipe pasea.
Pero parece diligencia vana,
pues que no las conoces, mi pintura,
ni de aquélla mi bárbara tirana.
Iba siguiendo (1) entonces su hermosura
don Pedro, su galán, y yo, envidioso,
por sombra de los dos en noche escura,
pasando un arroyuelo, al (2) salto airoso
torciósele un chapín, quizá culpada
en dar favor a su galán dichoso.
Allí llegó mi mano anticipada,
que siempre un despreciado es más ligero,
sin advertir que en lo que sirve enfada.
—No os toca a vos—me dice airado y fiero—,
don Pedro, ese lugar", y me desvía.
Yo respondo: "Ese término es grosero,
que yo tan cerca como vos venía.
Culpad vuestro descuido, que hasta agora
no es prenda vuestra y puede serlo mía."
Aquí, con necia voz, aunque sonora,
"¡Mentís!", replica, y al alzar la mano
ya estaba en medio el ángel que la adora.
Mis diligencias fueron tan en vano
cuanto puedes pensar de un rey presente,

(1) En la copia de Durán, "al".

(1) En la copia de Durán, "fingiendo".
(2) En la ed. Rennert, "de"; pero resulta largo el verso.

que menos que un respeto soberano
no pudiera quitarme que impaciente
le quitara la vida con la boca,
donde tan presto vi la espada ausente.
En fin, para cumplir lo que le toca
a un hombre como yo, camino a Francia,
pero mi agravio ni a su Rey provoca,
ni hallé en París remedio de importancia.
Y así vengo a tus pies, donde te pido
lugar para el cartel, que la distancia
hará más breve el paso al ofendido.

ROBERTO. Atentamente escuché
la ocasión de haber venido
a Italia, Conde, que ha sido
como yo la imaginé.
Y del amor que os cobré
podéis estar satisfecho,
que lo que el francés no ha hecho
ni el castellano rigor,
hallaréis en mi favor
y en la lealtad de mi pecho.
Poned, Manrique, el cartel,
que yo saldré a vuestro lado
por padrino, y confiado
de que pongo (1) parte en él.
La misma suerte cruel
habemos los dos corrido,
la misma ocasión ha sido
por camino diferente:
en vos, de vivir ausente,
y en mí, de morir de olvido.
Y pues la seguridad
que aquí de amigo os prometo
es dar parte de un secreto,
que es la mayor amistad:
sabed que mi voluntad,
accidente y no elección,
sirve en aquesta ocasión
una dama de mi hermana,
por hermosura tirana,
y vana por discreción.
Ni me trata bien ni mal;
mal, por tenerme respeto;
bien, porque un amor secreto
la obliga con ser su igual.
Estoy de celos mortal,
porque una noche rondando
hallé en sus rejas hablando
de tanto valor un hombre,
que no me dijo su nombre
ni riñendo ni rogando.

(1) En la copia de Durán, "tengo".

Iba prometiendo el día,
entre unos rasgos de plata,
luz a la noche, que ingrata
las espaldas le volvía,
cuando viendo su porfía
le dije: "El Príncipe soy";
y él respondió: "Yo me voy;
que aunque me habéis obligado,
lo estoy más a mi cuidado."
En tal confusión estoy.
Dejéle en tanta (1) porfía,
siéndome el día cruel,
que, concertado con él,
no se declaraba el día.
Fingí que muerto le había
por conocer si le amaba
de quien yo celoso estaba;
mas, por cubrir sus enojos,
quitaba el llanto a los ojos
y hacia el corazón lloraba.
¡Caso extraño que éste pueda
darme celos, sin saber
quién es, con venirla a ver;
y que también le suceda
que la gente que allí queda
no le haya visto jamás!
¡Oh Amor, a qué amante das
celos sin saber de quién!
Soy de cuantos quieren bien
el que tú aborreces más.
¡Que no pueda mi poder
saber quién celos me ha dado,
y que esto me haya negado
siempre firme una mujer!
Criado no puede ser
ni forastero tampoco.
Tan picado me provoco
del valor de este secreto
a confusión, que os prometo,
Conde, que me vuelvo loco.

LISARDO. Si vuestra Alteza me fía
que le libre de las quejas,
toda la noche en sus rejas
me vendrá a buscar el día;
y esto, sin más compañía
que Tello, aunque traiga ese hom- [bre
gente que la calle asombre;
y de mí podéis fiar,
que le tengo de matar
o me ha de decir su nombre.

ROBERTO. No, Manrique; no merece

(1) Idem, "que le dejé en tal".

que le mate, aunque mi amor
lo pide, que su valor
esta defensa le ofrece.

LISARDO. Pues si vuestra pena crece,
¿qué remedio habrá que os den?

ROBERTO. Sin matalle le hay también.
Y vos podéis ir conmigo,
que el valor del enemigo
obliga a quererle bien.
Que enmedio de este rigor
tiempla mi enojo cruel
haber reñido con él
y conocer su valor.
Por otra parte, mi amor
no quiere sufrir desvelos.

LISARDO. Probaré, ¡viven los cielos!,
ese hombre.

ROBERTO. Sea de suerte
que sepa yo sin su muerte,
Conde, quien causa mis celos.

(FENISA y CLAVELA.)

CLAVELA. Bien pudiera merecer,
Fenisa, por ser tu dueño,
cuando por mi amor no fuera
el que lo fué de los celos
del Príncipe, pues te juro
por cuanto jurarte puedo
de no decirle su nombre
y de tenerle secreto.

FENISA. Señora, si en tu porfía
pudieran ser de provecho,
después de muchas disculpas,
palabras y juramentos,
no dejara en cuantas cosas
mira el Sol y cubre el cielo,
alguna de que no hiciera
alarde mi firme pecho.
Yo no he visto tal galán,
ni público ni secreto,
desde que Arnaldo dejó
su amoroso pensamiento,
por guardar, como tú sabes,
justo y debido respeto
al Príncipe, mi señor;
y porque veas que quiero
desengañarte, has de darme
palabra con juramento
de que no le has de decir,
sino tener en silencio
un pensamiento en que he dado
con que verás que no tengo
ese galán que sospecha,
que entre tantos caballeros
habrá alguno que se ocupe
en diferente sujeto.
¿Qué responde Vuestra Alteza?

CLAVELA. Que al justo silencio ofrezco
cuanto me puede obligar
y cuanto a ser quien soy debo.

FENISA. Pues, señora, siendo ansí,
mis pensamientos he puesto
en el Conde don Manrique,
que tan justamente empleo;
porque el Príncipe es galán
de pensamientos ajenos
de mi honor, y el Conde un hombre
igual para casamiento.
Yo lo he mirado muy bien,
y por advertirle desto
y que en público me sirva,
he dicho mi amor a Tello.
Ya el Conde estará advertido.
Este es el galán que tengo
para casarme, señora,
que son desvanecimientos
amores con imposibles.
Ya le has visto; por lo menos,
disculparás mi afición,
que hombre tan galán, tan cuerdo,
tan airoso, tan cortés,
tan bienquisto, tan discreto,
bien merece voluntad;
y acierto mucho sin esto,
porque llevándome a España
(Dios me cumpla este deseo),
me librarán de tu hermano
tanta mar y tierra en medio.

CLAVELA. La palabra que te he dado
cumpliré en callar, Fenisa,
ese tu amor tan de prisa
como necio y mal pensado;
pero el no ver agraviado
del Príncipe aquel valor
que tratas con tal rigor
como ignorante mujer,
que no sabe agradecer
la calidad de su amor.
Habrá que te sirve un año
mi hermano, y que tu porfía
no se rinde, ¿y sólo un día
te ha rendido a un hombre extraño?
Extraño ha sido tu engaño,
si el Conde tu amor ignora,
que así lo dijiste agora

de que tu culpa se infiere,
pues quieres quien no te quiere
y desprecias quien te adora.
En mi desgracia has caído,
que quien mi hermano aborrece,
por justas leyes merece
el castigo de mi olvido.
Que le quieras no te pido:
sólo te quiero impedir
que no me entres a vestir
ni a otra cosa desde hoy:
de Roberto hermana soy.

FENISA. Oye.

CLAVELA. ¿Qué puedes decir?

FENISA. ¿No es virtud el resistirme
donde no puedo casarme?,
¿y discreción emplearme
en amor seguro y firme?
¿Será justo persuadirme
a querer amor tan necio?
Mas de ser cuerda me precio,
que no me quiero emplear
en amor que ha de parar
en monasterio o desprecio.
¿Quito al Príncipe el valor
ni la estimación, señora,
por querer al Conde agora
para defender mi honor?
Yo tengo al Príncipe amor
con el respeto debido;
mas la diferencia ha sido
querer por tan justa ley
al Príncipe para Rey
y al Conde para marido.
Si en tu cámara no quieres
que entre, haré tu voluntad;
si a mi cuerda honestidad
la de tu hermano prefieres;
que yo sé de quien tú eres
que pasando algunos días
en que las disculpas mías
den a tu enojo lugar,
me volverás a llamar
y a querer como solías. *(Vase.)*

CLAVELA.

En medio de un jardín, fuente perenne
al aire, en cuyas alas se dilata,
violento, un rayo de cristal retrata,
que sube al paso (1) que naciendo tiene.
Mas cuando, igual a su principio, viene
aquella, al parecer, vara de plata,
en fugitivas perlas se desata
y en su misma violencia se entretiene.
Así he querido yo subir, vencida
de un loco amor, a fuerza de prudencia,
¡vana esperanza!, de mi engaño asida.
Mas ¿dónde habrá para imposibles ciencia?
Que como fué violenta la subida,
cayó del aire con mayor violencia.

(1) En la copia de Durán, "peso".

(Entre TELLO.)

TELLO. Libre ejecutoria fué
la que a la locura dieron
los primeros que lo fueron,
si adonde me ves entré.
Decía un gran cortesano
que el mejor oficio era
ser pícaro, y que él lo fuera
si siempre fuera verano.
Y, por lo mismo, también
a imaginar me provoco
que es lindo oficio ser loco,
si siempre le (1) oyeran bien.
¿Cómo no te has alegrado
de verme aquí? ¿Qué tenemos?
¡Tú silencio con extremos!
¿Hante por ventura hablado
en esto del casamiento
que se dice en la ciudad?

CLAVELA. De oír una necedad
es, Tello, mi sentimiento.

TELLO. ¡Necedad!

CLAVELA. ¿Eso te admira?

TELLO. No de ti; de ella lo estoy.
Para cuantas armas hoy
tiene inventadas la ira,
hay defensa y sufrimiento;
mas para una necedad
no tiene capacidad
el humano entendimiento.

CLAVELA. Díjome Fenisa aquí
que a don Manrique adoraba;
y esto yo lo disculpaba,
pues me ha sucedido a mí.
Pero no darle lugar
para que su amor entienda,
y la sirva y la pretenda
con que se piensa casar;
porque llevándola a España,
libre de mi hermano esté.

(1) En la ed. de Rennert, "la".

Tello. No fué necedad.
Clavela. ¿Por qué?
Tello. Porque no saber la engaña
tu secreto; que a saber
que al Conde amabas, no amara
al Conde ni te contara
que le pensaba querer.
A mí me habló; no te espantes
de que al Conde quiera bien.
Clavela. ¿Y es bien que celos me den
necedades semejantes?
Determinada me vi
de declararme con ella,
¡y matalla y deshacella!
Tello. Perdiérase todo ansí.
Clavela. Piérdase todo, que celos
no es cosa para sufrir.
Tello. ¿Qué dices?
Clavela. Que no es vivir
vivir con tantos desvelos.
Piérdase el Conde y mi honor
y mi vida y cuanto espero,
porque con celos no quiero
que me tenga el Conde amor.
Tello. Convidó un hombre a comer
a un amigo que tenía,
y por el calor que hacía
mandó la mesa poner
junto a la noria de un huerto;
la mujer del cual, celosa,
andaba tan desdeñosa
y de humor tan rostrituerto,
que el colérico marido,
de ver que a su convidado
le mostrase tanto enfado,
desesperado y corrido,
con manos y ojos crueles,
aunque el huésped le aplacó,
dentro de la noria echó
la comida y los manteles.
El convidado, la historia
viendo, sin mostrar desdén
cogió el bufete, y también
lo echó dentro de la noria.
—¡Qué hacéis?—le dijo enoja-
el huésped—. ¿Estáis en vos? [do
—¡Perdonad, señor, por Dios!
—le respondió el convidado—.
Que entendí, viéndoos hacer
tal novedad de agasajo,
que, por más fresco, allá abajo
nos íbamos a comer.
Así tú quieres, celosa,
arrojar todo el secreto
donde se pierda el conceto
de tu obligación forzosa.
Pues, ¡vive Dios!, de tomar
como el otro convidado
el bufete por un lado
y echarlo todo en la mar.
Mira que el Conde no puede
sufrir no hablarte, señora,
y que me ha enviado agora
a que concertado quede
que esta noche ha de venir,
aunque el Príncipe le mate.
Clavela. Dile, Tello, que no trate
de verme, porque es decir
lo mismo que de su muerte:
no falta noche de allí.
Tello. Él se confía de sí.
Clavela. Quiera Amor que el Conde acierte
a venir cuando no esté.
Tello. Pues si no hay otro remedio,
aunque se pusiera en medio
todo el mundo, no podré
disuadirle que no vaya.
Clavela. Pues parte y di que le espero.
Tello. Haz cuenta que tú eres Hero
y está Leandro en la playa:
ponle tu luz, que recelo,
aunque es tan soberbio el mar,
que se ha de echar a nadar
si el mar se levanta al cielo.

(Entren Roberto, Celio *y* Arnaldo, *de noche.)*

Roberto. Ya no debe de venir,
o por dicha a tiempo viene
que no estamos en la calle.
Arnaldo. Señor, hasta que el Oriente
se viste el alba que el Sol
de rayos de oro guarnece,
no faltemos (1) de estas rejas.
Celio. Si sabe que tú defiendes
este paso, y que celoso
en el terrero amaneces,
¿cómo quieres que se atreva?
Roberto. Pienso que la culpa tienes,
Arnaldo, en estar aquí,
tan público, que volverse
le es fácil cuando te ve;
pues bien sé yo que, a esconderte,
él llegara a hablar seguro;

(1) En la ed. Rennert, "faltamos".

pero si ve tanta gente,
¿no está claro que el peligro
le ha de retirar? Advierte
que el cazador cauteloso
cubre la liga y las redes
de hierba o árboles, donde
caiga el pájaro inocente
o el animal divertido,
que si las mira y previene
es imposible engañarle.

ARNALDO. Espera, señor, si es éste.
ROBERTO. Retiraos, que puede ser.
CELIO. Si nos ha visto, él se vuelve.
ARNALDO. No hará, que es la noche escura.
ROBERTO. ¡Celos, cegalde o perdedme!

(Salen el CONDE, *de noche, y* TELLO.)

LISARDO. Amor, pues mis pasos guías,
dame un esfuerzo tan fuerte
que el poder no me derribe,
ni la fuerza me atropelle.
Venir a tanto peligro
desesperación parece;
mas también es cobardía
perder el bien y tenerle.

TELLO. Hay en los casos de honor
aforismos que se atreven,
por no estar bien entendidos,
a la vida injustamente.
Si a un caballero, de noche,
cuatro o cinco le acometen,
¿dirá la ley que allí muera
tan necio como valiente?
No se ha de entender así,
que también tienen las leyes
del Derecho de la Espada
intérpretes diferentes.
Si un general se retira,
cuando ventaja le tienen,
con un ejército de hombres,
y esto la guerra concede,
¿por qué ha de esperar a cinco
un hombre, para perderse,
(no siendo don Diego Ordóñez,
el inventor insolente
de los romances de retos),
sabiendo, aunque un Héctor fuese,
un César, un Ciro, un Cid,
que defenderse no puede?

LISARDO. ¿Pues ha de huir?
TELLO. No ha de huir;
porque al huir, para siempre
no queda satisfacción.

LISARDO. Pues ¿qué ha de hacer?
TELLO. Defenderse.
y retirarse diciendo:
"Cuatro sois, y sois aleves."
Cuenta con pies y con manos,
y tiesa la espada en frente,
dar capa y con lindo brío
cara a cara trasponerse,
y al que le siguiere, dalle.

LISARDO. ¿No puede ser que le cerquen
y que algun[o] por detrás
le asiente, como acontece?

TELLO. Señor, al que teme tanto
aconséjale que cene
temprano liebre o gallina,
y que a las siete se acueste.
Pero ¡vive Dios! que es cosa
terrible que cuatro cerquen (1)
a un hombre honrado y que sea
ley que espere y que le peguen.
Luego el barbero le lava,
y tanta tienta le mete,
anda el huevo y no mejido
y tal vez esto de *Requiem.*

LISARDO. Tello, si considerasen
los hombres que el mar se suele
levantar con las estrellas
y que al infierno se vuelve,
ninguno se embarcaría.
Ahora bien; déjame y vete.

TELLO. ¿Que solo te has de quedar?
LISARDO. Pueden por ti conocerme;
y porque, si quiero huir,
no me estorbe, Tello, el verte.
TELLO. No lo creas.
LISARDO. Podía ser.
TELLO. ¿Dónde quieres que te espere?
LISARDO. A la puerta de Palacio.
TELLO. Señas hacen.
LISARDO. Alguien mueve
los vidrios.
TELLO. Todo está solo.
La reja es baja: bien puedes
pedir licencia a los hierros
que dalle la paz te dejen. *(Vase.)*

(CLAVELA *en una reja baja.)*

CLAVELA. ¿Eres tú, Lisardo mío?
LISARDO. Que dese nombre te acuerdes

(1) En el ms. de Durán, "esperen".

te agradezco, porque ansí
me desconozcan.

CLAVELA. No sienten
que a mí me quitan la vida.

LISARDO. Celos injustos le ofenden
a quien no doy desengaño,
porque es imposible haberle,
pues no le puedo decir
que a tu grandeza se atreve
mi amor, siendo menos mal
que él de su dama sospeche:
en gran confusión me pone.

CLAVELA. Yo tengo tantas, que puedes
tener lástima de mí.
Y porque es el tiempo breve
en que puedo hablarte, escucha:
Fenisa, Conde, te quiere,
de suerte que ya contigo
ir a España se promete.

LISARDO. ¿Eso qué importa, señora,
si, de mi amor inocente,
pone los ojos en mí,
que por oírte y por verte
pongo a peligro la vida,
y mil vidas me parecen
pocas? ¡Ay, Dios, que los míos
son pesares diferentes!
Ya por Nápoles se dice,
Clavela, que el Rey te quiere
casar en Milán.

CLAVELA. ¿Casarme?
Ni lo intente, ni lo piense.
Oye más cerca.

ROBERTO. ¿Qué aguardo?
¡Aquí le conozco o muere!

ARNALDO. Éste es sin duda, y Fenisa
la que habla con él.

CELIO. No llegues
tan alborotado. Espera.

ROBERTO. ¿Qué quieres, Celio, que espere?

CLAVELA. Gente viene; emboza el rostro.

ROBERTO. ¡Hombre, di luego quién eres!

CELIO. ¿No hablas?

ARNALDO. Él es sin duda,
que no sin causa enmudece.

ROBERTO. Caballero, si sois quien
toda una noche valiente
os defendistes de mí,
descansando algunas veces
para volver alentados,
sin que ninguno pudiese
reconocerse ventajas,
sabed que estimo de suerte
vuestro valor y que tengo
un deseo tan ardiente
de teneros por amigo,
y para que yo sosiegue
un pensamiento celoso
que me abrasa y me enloquece,
que si me decís quién sois,
no ha de haber cosa que os niegue,
si fuese mi propia dama;
que un hombre que la pretende
con tal valor y peligro,
mejor que yo la merece.
Hacedme aqueste favor,
y no permitáis que llegue
a ser fuerza lo que es ruego.
¿No respondéis?

CELIO. No lo entiende.

ROBERTO. ¡Ah, caballero! ¡A quién digo!
El Príncipe soy.

ARNALDO. No siente.

ROBERTO. La cortesía no obliga,
que ya de lo justo excede.

ARNALDO. ¿Qué aguardas, señor? ¿qué inten- [tas?

CELIO. ¡Qué mármol para una fuente!

ARNALDO. Sí, pero no murmurara.

CELIO. Que has de conocerle teme.

ROBERTO. Pues será fuerza matarle,
que lo ha de ser conocerle.
¡Que me hablase este hombre en- [tonces,
y agora calle!

CELIO. Aun no quiere
mover los labios.

ROBERTO. ¡Villano
y a tu mismo Rey aleve!
¡Viven los cielos!...

ARNALDO. La capa
derriba.

CELIO. Respuesta breve.

ROBERTO. ¡Matalde!

CELIO. No sé; ¡por Dios!,
¡lindamente se defiende!

(Entren el REY DE NÁPOLES *y el* DUQUE DE MILÁN, *y quien acompañe.)*

DUQUE.

Excusando embajadas he venido
a tratar estos casos (1) en persona.

REY.

Duque, discreta prevención ha sido.
Así mi voluntad la vuestra abona.

(1) En la ed. Rennert, "estas cosas".

DUQUE.

Milán, señor, a vuestros pies rendido
vasallo servirá vuestra corona,
glorioso de tener dueños que exceden
cuanto las Aves del imperio pueden.
Envidioso quedé, cuando partía
Clavela a España, al de Aragón dichoso
y desdichado, todo el mismo día,
que fué y no fué su malogrado esposo;
pero guardaba para dicha mía
tal prenda el cielo.

REY.

Duque generoso,
la dicha es nuestra, pues tan alta fama
vuestro valor por invencible aclama.
Tristezas del esposo que ha perdido,
con poco gusto tienen a Clavela,
que tal suceso no permite olvido,
y de segundas bodas se recela;
pero presumo, pues habéis venido,
que la imaginación que la desvela
tendrá sosiego con mejor empleo.

DUQUE.

Sólo servirla, gran señor, deseo.
Y si le pareciere a Vuestra Alteza
que mi hermana se case con Roberto,
yo sé que discreción, gracia y belleza
serán buenos terceros del concierto.

REY.

Las nuevas de su mucha gentileza
nos dió la fama, y vos tened por cierto
que lo tendremos a ventura nuestra.

DUQUE.

Veré a Clavela con licencia vuestra.

(Vase el DUQUE, *y entren* ROBERTO *y* ARNALDO.)

ROBERTO. Dícenme que has concluído
de mi hermana el casamiento.
REY. El tuyo, Roberto, intento.
Y por que estés advertido,
trata del Duque el valor
como dos veces cuñado,
ya por ser deudo obligado,
ya porque te tiene amor. *(Vase.)*
ROBERTO. ¡Ay, Arnaldo! ¿Qué he de hacer
entre tantas confusiones?
ARNALDO. Las amorosas pasiones
nunca se dejan vencer
de consejos ni respetos,
porque en llegando el amor
a ser celoso furor,
se pierden los más discretos.
ROBERTO. Por lo que toca a casarme,
no tengo cuidado yo;
el que Fenisa me dió,
Arnaldo, basta a matarme.
¡Qué confusión! ¡Qué (1) des-
[dicha!

(Entren el CONDE *y* TELLO.)

LISARDO. Pluguiera a Dios que muriera
a sus manos, que tuviera
esa desdicha por dicha.
TELLO. Bien estás vivo, señor;
calla y no tientes al cielo.
LISARDO. ¿Qué espero en tal desconsuelo?
¡Qué trágico fin de amor!
Esta vez no se engañó
el vulgo, pues cierto ha sido
ser de Clavela marido.
TELLO. En fin; ¿el Duque llegó?
LISARDO. Sí, Tello; y tratando están
mi muerte. ¿Qué haré? ¡Ay de mí!
TELLO. El Príncipe.
LISARDO. Espera allí.
Si parabienes se dan
de lo que no se declara,
ni a la amistad, ni al favor,
en duda os le doy, señor.
ROBERTO. ¡Ay, don Manrique! Repara
en que ya no puede ser;
porque adoro la dureza
de un ángel en la belleza
y en la condición mujer.
Esta noche fuí (2) a sus rejas
a ver si aquel hombre hallaba.
LISARDO. ¿Y hallástele?
ROBERTO. Sí, que estaba
burlándose de mis quejas.
Llegué y hablé: cortesía
que al más bárbaro obligara.
LISARDO. ¿Y no le viste la cara?
ROBERTO. La escura noche tenía
por rebozo, que no viene
en siendo clara.
LISARDO. ¿Y no habló?
ROBERTO. No quiso; la voz temió...
LISARDO. ¿Tan conocida la tiene?

(1) En la ed. Rennert, "y".
(2) En la ed. Rennert, "fué".

ROBERTO. Con esto, Conde, he creído
que anda muy cerca de mí.

LISARDO. El no hablar lo dice ansí
para no ser conocido.
Pero ¿qué hiciste? Que estoy
pensando que le has dejado
bien herido y castigado;
y por consejo te doy
hacer luego diligencia
y saber quién está herido
de Palacio.

ROBERTO. Ha sucedido
de otra suerte la pendencia.

LISARDO. ¿Cómo?

ROBERTO. Saqué dos criados:
tal es que temo su muerte.

LISARDO. ¡Qué! ¿es tan belicoso y fuerte?

ROBERTO. Pensamientos tiene honrados,
con dicha tan bien lograda,
que se ha burlado de mí.

LISARDO. Hallarme quisiera allí.
Mas ¿qué importara mi espada
adonde estaba la tuya?

ROBERTO. Bien pienso, Conde, que hicieras
tu parte, pero no fueras
parte a contrastar la suya.

LISARDO. ¡Vive Dios, que estoy picado
de ese hombre!

ROBERTO. Será imposible
conocerle.

TELLO. ¿Es invisible?

LISARDO. Debe de estar encantado.

ROBERTO. Hame dado un pensamiento
y le pienso ejecutar,
pues señas me pueden dar
del hombre conocimiento.

LISARDO. ¿Cómo?

ROBERTO. Por Astrología,
que al vivo le pintarán.

LISARDO. Cuantos en España están,
en esa ciencia vencía
Tello, el que tienes presente.

ROBERTO. Tello, ¿pues eso sabías?,
¿esa ciencia me encubrías
siendo astrólogo eminente?

TELLO. Yo, señor... Mira que el Conde...

LISARDO. [*Ap.*] Dile que sí, majadero;
mira que me va la vida.

TELLO. Puesto, Príncipe, que tengo
algún nombre allá en España,
que lo dejé, te confieso,
porque adiviné a un marido
que con incierto mozuelo,
de éstos entre pollo y gallo,
daba en ponerle en el cielo,
sentado entre los dos signos
Aries y Taurus; y luego
me pagaron la figura
haciéndome aire en invierno
una noche en las espaldas
un abanico de leño.
No tengo libros tampoco.

ROBERTO. Pues no quedará por ellos:
dame una lista de todos.

TELLO. Que son difíciles pienso
las tablas de Filimoquio,
los planetas de Zumeco,
Calimastio, Serpentonio,
Gurugu, Malco, Espartenio,
Cipolanto, Ericutivio,
Berzocán.

ROBERTO. Tente, que creo
que son nombres de demonios.

TELLO. Hanlo sido algunos dellos.

ROBERTO. Sepa yo quién es este hombre
y conjura medio infierno.

(*Váyase* ROBERTO.)

TELLO. ¿Qué has hecho, señor? ¿qué has [dicho?

LISARDO. ¿Qué querías, que a Roberto
le diese mis propias señas
algún astrólogo, siendo
más fácil que tú le engañes?

TELLO. ¿Luego crees que son ciertos?
¿No has visto los desatinos
que dicen, dando mil cercos
a lo que ha de suceder
por conjeturas y enredos?
[Que] habría aquel año, dijo
cierto pronóstico destos,
buena cría de leones.
¡Qué lechones y corderos!
¿Leones—pues di, señor—
para qué pueden ser buenos?
Que las mujeres serían
falsas; ¡oh milagro nuevo!;
que habría en el mar tormentas;
que habría en la tierra pleitos;
que morirían los mozos
(y era el astrólogo viejo;
porque ningún hombre humano
pronostica sus sucesos);
que habría muchos garbanzos
(y esto aun fué de más provecho,

porque tantas fuentes hay,
que se va subiendo el precio);
que no se conocerían
(aunque no entendí bien esto)
los hombres ni las mujeres:
ellos deben de saberlo.

LISARDO. No digas más disparates;
en mi desventura hablemos,
que si Clavela se casa,
sin pronóstico soy muerto.

TELLO. No lo creas, que te adora;
y a mí me ha dicho, y lo creo:
"Si no es mi dueño Manrique,
no he de tener otro dueño."
¡Dicha tuviste y valor
en defenderte tan diestro,
de tanta gente!

LISARDO. Tomé
tu lección, amigo Tello:
nunca les volví la cara;
pero apartando (1) y hiriendo,
daba lindo cintarazo
al que se apartaba de ellos.

TELLO. ¡Oh buen Manrique! ¡oh buen [Lara!
Tú y yo para treinta de éstos.

LISARDO. ¡Ay mi Clavela! ¿qué fin
darás a mi amor secreto?

~~~~~~~~

ACTO TERCERO

PERSONAS DEL TERCERO ACTO

ROBERTO.
FENISA.
CLAVELA.
FINEA.
NISE.
ARNALDO.
CELIO.
EL DUQUE DE MILÁN.
FABRICIO.—*Jerónimo.*
TELLO.
LA MÚSICA.

(ROBERTO *y* FENISA.)

FENISA. Me admiro que Vuestra Alteza,
siendo Príncipe discreto,
llame desprecio al respeto.

ROBERTO. Y yo de que en tu belleza
no pudiese mi firmeza
hallar, Fenisa, lugar;
con que he venido a probar
que en condición de mujer,
ni tiene fuerza el poder,
ni experiencia el porfiar.
¿Cómo te ofende mi amor,
que obligara a la que fué
mármol? ¿Por qué tanta fe
pagas con tanto rigor?

FENISA. A Vuestra Alteza, señor,
siempre quise y siempre quiero:
sus méritos considero;
pero en tal desigualdad,
me ha dicho mi voluntad
que mire mi honor primero.
El Rey trata de casar
a Vuestra Alteza, y es justo
que tome estado a su gusto,
y remedio singular
para que pueda olvidar
el pensamiento que tiene;
y a mí también me conviene
casarme, y que Vuestra Alteza
me ayude, que esta fineza
más a propósito viene.
Que no se puede llamar
falta de amor no querer
a Vuestra Alteza mujer
que a serlo no ha de aspirar:
no me pudiendo casar,
de quererle me despido,
que sabe Dios que he tenido
(y Él me castigue si miento)
mil veces el pensamiento
a sus méritos rendido.
Y para que no me vea,
si esto le ha de dar cuidado,
tengo un dueño imaginado
que lejos de aquí lo sea;
y no porque él me desea,
ni sabe mi pensamiento;
que por alejarme intento
de Vuestra Alteza esta hazaña,
poniendo por blanco a España
de mi ausencia y casamiento.
(Vase.)

ROBERTO. Oye.

FENISA. No pensé decir
lo que he dicho.

ROBERTO. ¿Hay tal crueldad?
¿Puede ya mi voluntad
llegar a más que morir?
¡Arnaldo! ¡Celio!

ARNALDO. ¿Señor? *(Salen.)*

ROBERTO. Ya todo se ha declarado.

ARNALDO. ¿Cómo?

ROBERTO. El Conde me ha engañado,

(1) En la ed. Rennert, "apartiendo".
~~~~~~~~

el Conde ha sido traidor.
CELIO. ¿El Conde? Pues ¿de qué suerte?
ROBERTO. Aquí me ha dicho Fenisa,
con aquella falsa risa,
disfraz de mi injusta muerte,
que para que no la vea
quiere casarse en España.
ARNALDO. Celoso temor te engaña
a pensar que con él sea.
CELIO. ¿Nombróle?
ROBERTO. No.
CELIO. Pues no es él.
ROBERTO. Dos cosas me han obligado
a pensar que me ha engañado.
CELIO. Es pensamiento cruel.
ROBERTO. La primera, el desafío,
pues nadie de España viene.
ARNALDO. Sí, ha venido, y cartas tiene
del Almirante, su tío,
de que don Pedro murió.
ROBERTO. ¿Quién las trujo?
ARNALDO. Un don Bernardo,
de Aragón, mozo gallardo,
que luego a España volvió
a tratar un casamiento
para el Conde.
ROBERTO. ¡Yo me abraso
de celos!
CELIO. Hablando acaso
no es bien que tu pensamiento
culpe al Conde.
ROBERTO. ¿Y qué razón
satisfacción puede darme
de no verle acompañarme,
Celio, en aquesta ocasión?
Si hallar este hombre desea,
¿cómo no viene conmigo
a buscar este enemigo?
¿No puede ser que él lo sea?
ARNALDO. Buen remedio.
ROBERTO. ¿Cómo?
ARNALDO. Lleva
al Conde siempre a tu lado,
y si nunca el disfrazado
viene como suele, es prueba
de que es el Conde; que a mí
algo me ha dado a pensar.
CELIO. La seguridad de hallar
el Conde favor en ti,
obliga a no lo pensar;
pero ¡en el talle, por Dios,
que se parecen los dos!

(TELLO *entre con un papel.*)

TELLO. ¡Que dé el Conde en porfiar
que yo haga esta figura!
ROBERTO. ¿Qué hay, Tello? ¿Acabóse ya?
TELLO. Puesta en perfección está.
ROBERTO. Sosiega, pues, la locura
de mi celoso temor.
TELLO. Aquí verás tu desvelo
en doce casas del cielo
que incluyen tu loco amor.
[*Aparte.*] Vive Dios, que apenas sé
palabra de cuanto digo!
ROBERTO. Di las señas, Tello amigo.
TELLO. Todo tu amor te diré:
aquí Venus significa,
mirada mal de Saturno,
que esta mujer te quisiera
si fueras su igual.
ROBERTO. ¡Qué pudo
perder el valor jamás!
TELLO. Aquí Júpiter de puño
tira una estocada a Marte,
que muestra que este hombre es zurdo.
ROBERTO. ¿Cuál hombre?
TELLO. El competidor.
ROBERTO. ¿Qué importa ser zurdo?
TELLO. Mucho.
Todos sus criados son
derechos; yerran el punto,
y él pégales por de fuera,
puestos en ángulo obtuso.
ROBERTO. El corazón, en los hombres,
Tello, que es lo más seguro,
ni fué zurdo, ni derecho,
porque el valor siempre es uno.
TELLO. A la Casa de la Luna
mira de trino (1) Mercurio,
que muestra que es este hombre
en invenciones profundo.
[*Aparte.*] ¡Qué de disparates digo!
Pero lo mismo presumo
de éstos que han puesto en el cielo
ovejas, machos y mulos.
¿Qué más tienen mis locuras
para saber lo futuro,
ni Bernardina que Venus,
ni Marte que Garipundio?
Que si Hernández o Rodríguez
fueran Venus, Marte y Juno,
¿quién creyera que dijeran

(1) En la ed. Rennert, "tino".

que había de morir el turco?
ROBERTO. ¿Qué dices?
TELLO. Estoy juzgando
la figura, y conjeturo
de ver que al Sol de cuadrado
le mira Júpiter mustio,
que el hombre que andas buscando
no quiere a tu dama.
ROBERTO. Al justo
naciste para servir:
por mis celos te disculpo.
TELLO. No es lisonja la verdad.
ROBERTO. Pues ¿a qué viene?
TELLO. Yo cumplo
con decir que no la quiere.
ROBERTO. Diera yo cien mil escudos.
TELLO. Cuales eran para agora,
que por parecerse el mundo
algo a Dios en el dar premio,
quiere dar ciento por uno.
ROBERTO. Ahora bien: dime las señas.
TELLO. Muestra el aspecto fecundo
de Marte y Venus que es hombre
barbinegro y barbirrubio,
blanco, moreno, alto, bajo,
los ojos claros y turbios,
cano, lampiño, doblado,
sencillo, flaco, espaldudo,
con un lunar en la planta
del pie, sin color alguno,
que le está en extremo bien.
ROBERTO. ¿Qué dices?
TELLO. Que ha sido brujo,
y ahora es saludador.
ROBERTO. ¡Tello!
TELLO. ¿Señor?
ROBERTO. No te culpo,
que quien se fía de un loco,
a tales burlas se puso.
ARNALDO. ¿Tú eres astrólogo, Tello?
TELLO. ¿No lo has visto? ¿Erré un minu- [to?
ARNALDO. Tal te dé Dios la salud.
ROBERTO. Dile al Conde que procuro,
Tello, saber de esta vez
lo que tantas veces dudo:
que me acompañe esta noche.
(Vase.)
TELLO. Yo lo haré, y aun te aseguro
que él te le ponga en las manos.
ROBERTO. De su persona lo arguyo.

(Entre el CONDE.)

LISARDO. Desde esta antepuerta, ¡ay Te- [llo!,
tu figura oyendo estuve,
y, aunque fué con risa, tuve
la esperanza en un cabello.
Y haz cuenta que se rompió,
pues quiere que le acompañe:
diré mejor, desengañe
Roberto de que soy yo.
¿Por dónde ha venido a dar
en esta imaginación?
TELLO. Fenisa le da ocasión.
LISARDO. Fenisa me ha de matar.
Fenisa será también
con su amor mi fin postrero,
y no seré yo el primero
que matan queriendo bien.
Porque si voy con Roberto
y no viene el que sospecha,
di, Tello, ¿de qué aprovecha
nuestro secreto concierto?
TELLO. Pues no dudes que ya tiene
premisas de que tú has sido.
LISARDO. Por Fenisa estoy perdido.
TELLO. Pensar remedio conviene,
pues que no puedes, señor,
dejarle de acompañar.
LISARDO. Yo, Tello, vengo a pensar
que es el remedio mejor
que vengas tú disfrazado
con oro y plumas al puesto
para que quede con esto
Roberto desengañado.
A la reja llegarás,
y si, como suele ser,
te quieren reconocer,
lo que pudieres, harás (1),
como honrado aragonés.
TELLO. Bien vi yo que sobre mí
daba el rayo.
LISARDO. ¿Por qué en ti?
¿No sabrás sacar los pies,
tomando aquella lección
que para cinco me diste?
TELLO. La palabra me cogiste.
No tienes, señor, razón;
porque hay mucha diferencia
de enseñar a ejecutar,
porque es como pelear
a (2) contar una pendencia,
LISARDO. Tello, esto es fuerza.

(1) Este verso se omite en la copia de Durán.
(2) En la ed. Rennert, "o".

TELLO. Señor...
LISARDO. ¡No hay señor! Tú has de llegar.
TELLO. ¿Con cinco me he de matar?
Si piensas que soy doctor.
LISARDO. Sacando pies, sin volver
la espada, porque a huir
no hay satisfacción, reñir
será forzoso y hacer
lo mismo que has enseñado.
TELLO. Escucha mejor remedio:
cuando llegue a estar en medio
de tanto valiente armado,
di tú que importa a tu honor
dejarte matar este hombre
de solo a solo y al nombre
de nuestro español valor.
Con esto, solo saldrás
contra mí, y los dos fingiendo
veras: yo me iré escurriendo
y un rato me seguirás.
Que a cinco de armada mano
se les ha de echar un toro,
un tigre, un hereje, un moro,
no un católico cristiano;
que quien dice que reñir
puede con más que otro hombre,
si es que tiene de hombre el nom- [bre,
¡vive Dios, que piensa huir!
LISARDO. Buen consejo me parece.
Vente a armar.
TELLO. Basta un broquel
para hacer ruido en él, [*se.)*
como a muchos acontece. *(Váyan-*

(El DUQUE DE MILÁN [FABRICIO], *su secretario, de noche.)*

DUQUE.

La pretensión, Fabricio, de marido
no estorba el ser galán, y ansí he venido,
mientras soy de Clavela pretendiente,
a ver de noche el Sol.

FABRICIO.

Suele haber gente,
que no faltan, señor, otros deseos.

DUQUE.

Hay muy justos empleos
en damas de valor, cuya belleza
con cuidado traerá la gentileza
de esta insigne ciudad, jardín florido
de Italia.

FABRICIO.

En esta reja hacen ruido.
Si te ha visto Clavela...

DUQUE.

Ya llego a ver si acaso la desvela
algún cuidado de mi amor, que creo
que no le desagrada mi deseo.

(NISE *en la reja.)*

NISE.

Conde, ¿sois vos? Mas ya os conozco. Dice
Clavela, mi señora, que dudosa
(tanto Roberto el paso contradice)
de no poder hablaros, os ha escrito
ese papel. Tomad, que temerosa
aún no me atrevo a detener.

DUQUE.

¿Qué es esto?
Pero al papel la confusión remito.
¡Ay, Fabricio, que aquí se ha descompuesto
todo mi pensamiento!

FABRICIO.

¿De qué modo?

DUQUE.

Llegué a la reja y a perderlo todo.
Dióme una dama este papel, diciendo:
"Conde, Clavela os escribió, temiendo
no hablaros esta noche."

FABRICIO.

¡Quién creyera
que en tan alto valor caber pudiera
tan humilde y extraño pensamiento!

DUQUE.

Pues ¡cómo que tratando casamiento,
que a la grandeza de quien es responde,
trate de amor secreto con el Conde!
No en vano desdeñosa me miraba,
si bien aquel efecto imaginaba
que de honesto recato procedía.
La noche hurtó esta vez su oficio al día,
pues descubrió mi engaño.

FABRICIO.

Gente viene, señor.

DUQUE.

¡Suceso extraño!

(Entren LISARDO, ROBERTO, ARNALDO *y* CELIO.)

ROBERTO. Gente parece que está
junto a las rejas.

LISARDO. Si es él,
déjame, señor, con él.

ARNALDO. Parece que hay dos.

LISARDO. ¿Quién va?

DUQUE. Amigos.

LISARDO. Diga quién es.

DUQUE. El Duque.

LISARDO. ¡Señor!

DUQUE. ¡Oh, Conde!

LISARDO. Aquí, en efecto.

DUQUE. ¿Pues dónde?...

LISARDO. Bien decís, porque después,
donde cesa la esperanza
ha de entrar la posesión.

DUQUE. No hay segura pretensión
donde puede haber mudanza.

LISARDO. ¿Qué mudanza puede haber
donde hay tal seguridad? (1).

DUQUE. Haber otra voluntad,
que es la voluntad mujer.

LISARDO. ¿Quién, si a vos os considero,
la merece como vos?

DUQUE. Conde amigo: donde hay dos,
quien pudo llegar primero.

LISARDO. ¿Cuál humano atrevimiento
lo que ya es vuestro procura?

DUQUE. Quien tuvo mayor ventura,
no sé si merecimiento.

LISARDO. No sé por qué desconfía
tanto de sí vuestra Alteza.

DUQUE. Porque la mayor firmeza
puede mudarse en un día.
¿Quién viene con vos?

LISARDO. Roberto,
que ha de ser vuestro cuñado.

DUQUE. Conde, lo más concertado
suele ser lo más incierto.
Decid que excuso el hablalle,
porque aún no soy su pariente,
y porque a algún pretendiente
le desocupe la calle. *(Vase.)*

LISARDO. Ya, señor, los dos se van.

ROBERTO. ¿Era el uno el Duque?

LISARDO. Adora
estas rejas.

ROBERTO. Aún agora
hace oficio de galán.

LISARDO. ¿Quieres tú, señor, que vea
con quién en la reja hablaba?

ROBERTO. Si con él Fenisa estaba,
cosa que aquel hombre sea
y que el peligro le obligue
a andar en público ya.

LISARDO. Presto, señor, se sabrá
la empresa que el Duque sigue.

ROBERTO. Parte, que yo miraré
si aquel hombre llega aquí.

(CLAVELA *en la reja.)*

CLAVELA. Conde, tu voz conocí.

LISARDO. Por eso más alto hablé.

CLAVELA. No pensé poder hablarte:
ya mi padre me dejó.

LISARDO. Ni estar tan seguro yo
en tan peligrosa parte.

CLAVELA. ¿Cómo?

LISARDO. Guárdame tu hermano,
porque con él he venido.

CLAVELA. De celos está perdido,
sin hallar remedio humano.

LISARDO. Temo que de mí lo está.

CLAVELA. No le ha faltado razón.

LISARDO. No es mi culpa.

CLAVELA. La afición
de Fenisa se los da.

LISARDO. Sospecha ha sido cruel,
porque el traerme consigo
es por ver si su enemigo
viene cuando estoy con él.
Mas dime, señora mía,
¿qué hay de casarte?

CLAVELA. El deseo
del Duque.

LISARDO. No sé qué veo
en su amorosa porfía,
que me da que sospechar.

CLAVELA. ¿A quién no tendrás celoso?

LISARDO. Roberto está sospechoso,
mi bien; yo le vuelvo a hablar.
Quien por un amor suspira,
cuando en hablar persevera,
ni conoce a quien le espera,
ni repara en quien le mira...
Señor.

ROBERTO. ¿Qué hay, Conde?

LISARDO. No es

(1) Este verso está omitido en la copia de Durán.

Fenisa.

ROBERTO. ¿Pues quién?

LISARDO. Clavela,
mi señora.

ROBERTO. Ansí hablaréla
porque tú entre tanto estés
mirando si ese hombre viene.
¡Hermana!

CLAVELA. ¿Señor?

ROBERTO. ¿Estaba
Fenisa aquí?

CLAVELA. No; yo hablaba
con el Conde.

ROBERTO. ¿Ya no tiene
sospecha lugar contigo,
si el Duque ha de ser tu esposo?

CLAVELA. Fuése de aquí temeroso
de que le hallases conmigo.

ROBERTO. Yo busco, ¡Clavela mía!,
la tema que me enloquece,
que no es amor ni merece
nombre de amor la porfía.
¿Quieres hacer que esta ingrata
me venga hablar?

CLAVELA. Y es lo menos
que puedo hacer por servirte.

ROBERTO. Conozco tu buen deseo.

CLAVELA. Yo voy.

ROBERTO. Manrique.

LISARDO. Señor.

ROBERTO. ¿Cómo el dueño de mis celos
no viene como otras noches?

LISARDO. Si nos ha visto, yo pienso
que no habrá osado llegar.

ROBERTO. Antes lo que yo sospecho
es porque te ha visto a ti,
porque si te fueses, creo
que viniese, como suele.

LISARDO. Tanto favor te agradezco.

ROBERTO. [*Ap.*] Sin duda es el Conde el hom-
y que trata el casamiento [bre,
mi hermana por el amor
que tiene a Fenisa. ¡Ah cielos!
¿Adónde hay fe ni verdad?
Falta en amigos y deudos.
Por interés se gobierna
todo cuanto cubre el cielo.

LISARDO. ¡Señor!, ¡señor!

ROBERTO. ¿Qué hay, Manrique?

LISARDO. Ya viene aquel caballero.

ROBERTO. ¡Vive el cielo, que es verdad!
¿Qué me queréis, celos necios?
¿No basta volverme loco,
sino también loco y ciego?

(Entre TELLO *con capa de oro y muchas plumas.)*

Retiráos todos aquí.

TELLO. Puesto que advertido vengo,
temo que, en burlas o en veras,
me vendimie alguno destos.
Pero ¿para qué es la vida?
Y, ¡vive Dios!, que es un Héctor
un español en Italia.
¡Ánimo, famoso Tello!
Hago piernas a lo bravo,
y hacia la reja enderezo.

ROBERTO. Conde, lleguemos.

LISARDO. Espera,
que es infamia que lleguemos
cuatro hombres a solo un hombre.

ROBERTO. Pues ¿qué es lo que quieres?

LISARDO. Quiero
acometerle yo solo,
que por tu vida prometo
de conocerle o quedar
a sus pies rendido y muerto.

ROBERTO. Parte.

LISARDO. Yo voy. ¡Oye, hidalgo!
¿A quién digo? Caballero,
¿no sabe que son sagradas
esas rejas? Diga presto
quién es.

TELLO. [*Aparte.*] Estoy por decir
que soy Tello; pero temo
que me ha de matar el Conde.

LISARDO. ¿Piensa que yo soy de aquellos
que le han probado otras noches?
Abra esa boca.

TELLO. [*Aparte.*] Sospecho
que quiere mirar la edad.

LISARDO. Sepa que a matarle vengo,
si no me dice su nombre.
¡Abra, pues!

TELLO. Estoy con muermo,
de acostarme sin cenar.

LISARDO. ¡Ábrala digo!

TELLO. ¿Es barbero?
Yo no tengo qué me saque.

LISARDO. ¿Es espíritu?

TELLO. Ni aun cuerpo.

LISARDO. Diga si es algún difunto.

TELLO. Sí, señor, que agora vengo
de una casa, purgatorio
de culpas de forasteros.
Hay una huéspeda fea,

dos hijas o dos mochuelos,
que, por lo moreno y flaco,
parecen galgos enfermos.
Da el Conde poca ración (1),
que tiene pocos dineros,
y ésa con mil intervalos.

LISARDO. ¡No conmigo cumplimientos!
ROBERTO. ¡Vive Dios, que lo hace hablar!
Hoy sabré cuanto deseo.
ARNALDO. Tal es la fama del Conde:
sin duda, le tiene miedo.
TELLO. ¿Comenzaré el toqueado?
LISARDO. ¿Pues qué aguardas, majadero?
TELLO. Ten cuenta no te descuides
y me des.
LISARDO. ¡Acaba, necio!
TELLO. Que vive Dios de pegarte
si eres mil veces mi dueño.

(Riñan.)

LISARDO. ¡Oh, perro!, ¿piensas que importa
que traigas guardado el pecho?
¡Hoy te quitaré la vida!
ROBERTO. ¡Qué valiente caballero!
ARNALDO. Bravamente se defiende.
ROBERTO. Estoy porque llegue Celio.
CELIO. Mejor es que vamos todos,
y quede aquí, muerto o preso.
ROBERTO. ¡Matalde!
TELLO. Saco los pies.
LISARDO. Muere, o di quién eres, perro.

(Todos a él.)

Mal has hecho en acudir,
que ya se estaba rindiendo.

(Entrense, y salgan el DUQUE *y* FABRICIO.*)*

DUQUE. Estoy perdiendo el júicio,
o he de vengarme, o perderme.
FABRICIO. Hazme el favor de leerme
el papel.
DUQUE. Oye, Fabricio:

(Lea.) "Conde y señor mío: No os dé pena lo que mi padre trata, que yo soy vuestra, y os cumpliré la palabra, o perderé la vida. El Duque merece mucho; pero más quiero yo con vos en España una pobre aldea, que sin vos su estado ni el imperio del mundo. Y esta vez pongo aquí mi nombre, que [éste no es papel de amores], sino [escritura de casamiento.—*Clavela.*]"

(1) En la copia de Durán, "razón".

¿Qué es esto?
FABRICIO. ¡Extraña resolución!
DUQUE. Más extraña hubiera sido
si me hubiera sucedido
llegar a la posesión.
¡Notable imaginación
de una principal mujer!
Que poco importa tener
lo que del valor se hereda,
¡que la más cuerda se queda
con los principios del sér!
¿Qué hubiera sido de mí,
Fabricio, si me casara,
por mucho que se enmendara
quien comenzó por aquí?
¡Cuánto desdichado fuí!
Que fuí dichoso confieso:
que si cabe tanto exceso
en un amoroso engaño,
dichoso quien supo el daño
la víspera del suceso.
El español es galán.
Fabricio, en cualquiera acción,
si amores disculpa son,
ésta sus yerros tendrán.
Pero a mí no me darán
bien ni mal, gloria ni pena.
No digo que es menos buena
Clavela por este amor;
pues que de agravios de honor
[quedó por ejemplo Elena.] (1)
FABRICIO. ¿Qué piensas hacer?
DUQUE. Partirme,
que no puede mi honor darme
camino para vengarme
como es el no despedirme.
FABRICIO. ¿Qué culpa tienen Rugero
ni Roberto de este engaño?
DUQUE. Participen de mi daño,
pues no le vieron primero.
FABRICIO. Tú lo mirarás mejor,
advirtiendo, como es justo,
que es ciego para su gusto
el más bien nacido amor.
Que bien puedes esperar
el fin de aquesta cautela,
dando a entender a Clavela
que no te puedes casar
por algún inconveniente,
pues por mujer tu valor

(1) Este verso falta en el ms. autógrafo. La adición la propone Rennert.

está obligado a su honor.

DUQUE. No sé qué remedio intente.

FABRICIO. Espera, que la ha traído
tu dicha en esta ocasión.

DUQUE. ¿Dónde hallará discreción
un pensamiento ofendido?

(CLAVELA *y* NISE.)

NISE. Dije a Tello que viniese
a hablarte con libertad.

CLAVELA. Temí que mi voluntad
Fenisa entender pudiese,
y dejéla porfiar
en que del Conde ha de ser;
pero todo aquel placer
se le ha de volver pesar.

NISE. Aquí está el Duque.

DUQUE. Aquí está,
señora, un hombre engañado,
que su dicha y su cuidado
le desengañaron ya.
Aquí está quien no os dará
más pena de la que os dió
cuando ignorante llegó
adonde impedir podía
lo que de vos no sabía:
esto fuí; pero ya no.
Juzgaréis a confusión
el hablaros de esta suerte,
pero la misma os advierte
la fuerza de la ocasión.
Nunca los secretos son
siendo de amor encubiertos,
ni hay contentos más inciertos
que los que la noche encubre,
pues ella misma descubre
los más seguros conciertos.
Donde un amante encubriendo
está lo que intenta amando,
está un celoso mirando
y cuanto encubre sabiendo.
Confusa me vais oyendo;
pero no tengáis recelos,
porque llegan mis desvelos,
señora, a tiempo tan sabio,
que os doy gracias del agravio
y os agradezco los celos.
Yo me partiré a Milán,
que no faltará razón
que me sirva de ocasión
sin la que agora me dan.
Seré ofendido galán,
mas no marido ofendido.
Deste nombre me despido,
que dársele fuera error
al que por guardar su honor
antes de marido es ido.
Lo que no declaro aquí
os dirá aqueste papel,
que aunque os hablo así por él,
él os hablará por mí.
Aquí veréis lo que vi,
y lo que callo veréis;
aquí cuanto sé sabréis,
porque él habla de tal modo
que sabrá decirlo todo,
por más que vos lo calléis.
Con esto, quedad con Dios,
que yo me voy satisfecho
de que no os llevo en mi pecho,
ni menos quedo con vos.
Mil años se gocen dos
que tanto amor acompaña,
como a los tres desengaña
el papel que os dejo aquí;
y ¡líbreme Dios a mí
de competir con España! *(Vase.)*

CLAVELA. ¡Notable cosa!

NISE. No sé
cómo pudiste escuchalle.

CLAVELA. Estuve por atajalle,
y corrida me turbé.
¿Qué ha dicho este hombre?
[¿Qué es esto?
¿qué remite a su papel?

NISE. Señora, infórmate de él:
¿qué desengaño más presto?

CLAVELA. ¡Ay, Nise! ¿no es letra mía?

NISE. Sí, señora.

CLAVELA. Pues ¿mi letra
en manos del Duque?

NISE. Advierte...

CLAVELA. ¿Qué he de advertir? ¡Si comienza:
"Conde y señor mío"!...

NISE. ¡Ay triste,
que cuando salí a la reja
tuve al Duque por el Conde!

CLAVELA. ¡Oh, qué mujer tan discreta!

NISE. ¡Muerta soy!

CLAVELA. ¡Ay honor mío!
¡por una mujer tan necia
puesto en público teatro
de mi llorosa tragedia!
¿Qué has hecho, mujer?

(TELLO *entre.)*

TELLO. ¿Qué es esto?
CLAVELA. ¡Ay, Tello, hallarásme muerta!
Escribí un papel al Conde
y con palabras tan tiernas
que su mujer me llamaba
y me firmaba "Clavela".
Salió Nise a darle al Conde
y dióle al Duque.
TELLO. ¿Ansí truecas
los frenos, Nise?
NISE. Fué causa
salir de prisa a la reja,
y la noche me engañó.
TELLO. Discúlpaste como Eva:
¿era la sierpe la noche?
NISE. Pues si de noche no fuera,
¿cómo pudiera yo errar?
TELLO. Esa disculpa es muy cierta,
que las más erráis de noche.
NISE. Confieso que mereciera
mil muertes.
TELLO. ¿Cómo ha venido
(que fué dicha, aunque se entienda)
ese papel a tus manos?
Pues falta la mayor prueba.
CLAVELA. Porque él mismo me le ha dado,
con palabras poco cuerdas
para ser tan gran señor.
TELLO. No te espantes, que si dejan
las leyes que pueda un hombre,
por el dolor de la ofensa,
dar la muerte a una mujer,
también han dado licencia
celos a decir locuras,
que ni temen ni respetan,
que es condición de los locos.
CLAVELA. Tello, pues el Duque es fuerza
que sobre este desatino
intente alguna quimera,
¿qué me aconsejas?
TELLO. No sé.
Pero sé que es cosa cierta
que el Conde no puede estar
en Nápoles, aunque quiera;
porque si al Rey o al Roberto
este pensamiento llega,
claro está que han de matarle.
Y así la cosa más cuerda
es irse a España, y con esto,
quitar la causa.
CLAVELA. ¡Bien quedan
mi honor y mi amor! Di, Tello,
que el Conde esta noche venga
a hablarme por el jardín,
que yo le abriré la puerta,
y trataremos los dos
lo que ser remedio pueda
de tanto mal.
NISE. Pues no aguardes
a que le maten o prendan.
CLAVELA. Hoy he de quedar casada.
TELLO. ¿Con quién?
CLAVELA. ¡Qué cosa tan necia!
Con el Conde don Manrique.
(Vase.)
TELLO. Nise, ¿no tienes vergüenza
de lo que has hecho?
NISE. ¿Qué culpa
tengo yo, si el Duque intenta
celoso encubrir su nombre? *(Vase.)*
TELLO. ¡Mal haya mujer discreta
que de mondongas se fía!
¡Vive Cristo, que la diera
dos chucuzones al uso
de Nápoles, porque sepa
cómo ha de dar un papel,
si por Clavela no fuera!
Mujeres fueron los primeros males;
mujeres a la muerte nos rindieron;
eterna cárcel a los hombres dieron,
si bien tiene doradas las umbrales.
Yo no digo que todas son iguales;
pero que de una causa procedieron,
y que de imperios y coronas fueron,
con su hermosura, estragos inmortales.
Mas cuando más airado a decir vengo
que su amistad nuestro valor deshace,
más en decir sus faltas me detengo;
que como dellas nace el que más (1) hace
contra su honor, por imposible tengo
que aborrezca el lugar adonde nace.

(ROBERTO *y sus criados.)*

ROBERTO. Ya no pienso aguardar más.
CELIO. Como él acierte a venir
esta noche ha de morir.
ARNALDO. Pienso que en lo cierto estás;
que con aguardar, señor,
a tantos necios desvelos,
se ríen de Amor los Celos
y de ti se burla Amor.
CELIO. Aquí viene Tello.
ROBERTO. Es Tello

(1) En la copia de Durán, "mal".

un astrólogo famoso.
TELLO. A lo menos, estudioso.
ROBERTO. Echaste a tu ciencia el sello
con el papel de aquel día;
pero yo he determinado
salir de aqueste cuidado
con menos astrología.
TELLO. ¿Cómo?
ROBERTO. Hasta agora guardé
la vida por afición
de aquel hombre.
TELLO. Y fué razón.
ROBERTO. Ya no, que ya no podré.
Sin matarle presumía
saber quién era. ¡Qué error
nacido de un loco amor
de su talle y valentía!
Pero ya el plomo ha de hacer
lo que no ha podido acero:
muerto conocerle quiero,
si vivo no puede ser.
Haga, Tello, un arcabuz
lo que la espada no basta.
TELLO. La muerte de mejor casta
es aquella breve luz.
Fué una imagen, fué un ensayo
del rayo de furia lleno,
porque cuando suena el trueno
ha hecho su efecto el rayo.
Pero si no soy, señor,
astrólogo muy profundo,
sabe que de todo el mundo
soy el mayor tirador.
Con bala rasa maté
un mosquito cierto día.
ROBERTO. La bala le sobraría.
TELLO. Ésa la destreza fué:
toda le cupo en el pecho.
ARNALDO. ¡Gran mosquito!
TELLO. No te espantes,
que hay mosquitos relevantes.
ROBERTO. ¿Que tiras bien?
TELLO. Tan derecho
que me ofrezco de quitarte
con una bala un bodoque
de los dedos, sin que toque
dellos su mínima parte.
ROBERTO. No es prueba que me contenta.
TELLO. Dame el arcabuz a mí;
y si él saliere de allí...
ARNALDO. Pues, señor, dársele intenta,
que esto no es astrología.
ROBERTO. Ahora bien; Tello le lleve.
TELLO. Déjame tú que le cebe
y verás. (¡Oh industria mía,
librad la vida del Conde!)
ROBERTO. Pues vamos y escogerás
el que te agradare más.
TELLO. ¿Hay pólvora?
ARNALDO. Que responde
antes que la llame el fuego.
TELLO. Hoy te sirvo y le doy muerte.
ROBERTO. Pues ¡muera! que de esta suerte
tendrán mis penas sosiego.
(Vanse.)

(Entren CLAVELA, NISE, FENISA, FINEA *y músicos.)*

FENISA. La fresca noche convida
a las fuentes del jardín.
CLAVELA. Esta noche será el fin
de mi amor o de mi vida.
FINEA. ¡Qué limpio corre el cristal!
¡qué apacible y qué sonoro!
CLAVELA. ¿Si vendrá el Conde que adoro,
Nise, aunque el peligro es tal?
NISE. Mal conoces su valor.
CLAVELA. Ya sé yo que no ha temido
caballero bien nacido
peligros tiniendo amor.
FENISA. Cantad al son desta fuente,
que Clavela, mi señora,
está triste, pues sonora
os ayuda su corriente;
que porque el Duque se ha ido
debe de ser la tristeza.
FINEA. Quien no estimó su belleza
por amor merece olvido.

(Canten, y vaya entrando rebozado el CONDE.)

"Ningún amador discreto
diga a nadie su favor,
porque los gustos de amor
consisten en el secreto."
CLAVELA. ¡Ay, Nise! ¿Es el Conde aquél?
NISE. Sí, señora.
CLAVELA. ¿Pues qué aguarda
mi desatinado amor,
pues él no repara en nada?
NISE. Bien puedes llegar a hablarle.
CLAVELA. Hablaréle mientras cantan;
y tú avísame aunque sea
del aire que anda en las ramas.

(Canten, y los dos hablen aparte.)

"Hay amantes que la fama
miran tan mal de quien quieren,
que [a] cuantos hablan refieren
los favores de su dama.
Pero el amador perfeto
nunca dice su favor,
porque los gustos de amor
consisten en el secreto." (1)
¡Conde, mi señor!

LISARDO. Clavela,
no tengo más esperanza
que de ofrecerte la vida
después que te he dado el alma.

(Entren ROBERTO, ARNALDO, CELIO *y* TELLO *con un arcabuz.)*

ROBERTO. No ha llegado atrevimiento,
ni desvergüenza ni infamia
a estar dentro de la huerta,
y hablar con mi propia hermana:
bien digo yo que es tercera
de los amores que tratan.

ARNALDO. Habla bajo hasta que tire,
no te sientan y se vaya.

CELIO. ¡Ea, Tello, que aquél es!
¿Qué aguardas, que no disparas?

TELLO. Ya tiro. No ha dado fuego.

LISARDO. ¡Ay, Clavela! ¡buena guarda
dejaste en tanto peligro!

CLAVELA. ¡Huye, mi bien!

LISARDO. A tu casa
respeto, porque a la muerte
no volviera las espaldas. *(Vase.)*

ROBERTO. ¡Vive el cielo, que va huyendo
y por los jazmines salta!
Toma, Arnaldo, el arcabuz.

ARNALDO. ¡Qué importa, si está sin carga!
¡Ni aun cebo tiene, por Dios!

ROBERTO. ¡Tello! ¿qué es esto?

TELLO. No falta
sino que me deis la culpa.
Si algún paje le dispara,
dejándole yo cargado
en la esquina de tu cuadra,
¿quién la tiene de los dos?

ROBERTO. ¿Hase visto igual desgracia?
¡Por Dios, que a saber quién era,
le hiciera sacar el alma!

TELLO. Huya seguro, galán,
pues que fué su dicha tanta;
pero otra vez yo sabré
si llevo pólvora y bala.

CLAVELA. ¿Qué es esto, hermano?

FENISA. Señor,
¿qué es esto?

ROBERTO. Déjame, hermana;
que a término llego ya
que sabrá el Rey lo que pasa.
Fenisa, ya no es posible
sufrir que a Palacio traigas
ese tu galán secreto,
fiada en tanta privanza.
Y bien pudiera Clavela,
que yo sé que con él habla,
no quebrarme a mí los ojos.

FENISA. Señor, tus celos te engañan,
que a mí ninguno me sirve.

CLAVELA. ¿Tan libremente me tratas
por lo que a ti se te antoja,
que su tercera me llamas?

ROBERTO. ¡Arnaldo! ¡Celio!

CELIO. ¿Señor?

ROBERTO. ¿Aquí no vistes que hablaba
Clavela a un hombre?

ARNALDO. ¿Pues no?

ROBERTO. Tello, ¿tú no le tirabas?

TELLO. Yo le tiraba; y ¡por Dios,
que presumo que es fantasma!

(El CONDE *entre, la espada desnuda.)*

LISARDO. ¿Esto sufre Vuestra Alteza?

ROBERTO. ¿Qué es eso, Conde?

LISARDO. Escuchaba
detrás de aquestas paredes
la música de estas damas,
cuando veo un caballero
que por los jazmines baja:
voy a detenerle, y llegan
cuatro o seis que le acompañan,
que a no tener manos yo,
me matan a cuchilladas.

ROBERTO. Di que no es verdad, Fenisa;
di, Clavela, que me engañan
celos.

CLAVELA. No sé qué te diga...
Turbada estoy.

FENISA. Yo, sin alma.

ROBERTO. ¡Vive Dios, que diera el reino,
y el imperio de Alemania,
a ser mío, por saber

(1) En la copia de Durán se omite la primera redondilla de esta canción; y la segunda se interpola en el diálogo, al fin de la escena.

quién me burla, y quién me mata!
¿Posible es que un hombre solo
con cuanto quiere se salga?

LISARDO. Ahora bien; yo siento tanto
tus penas, que si me pagas
el aviso, te diré
quién en estos pasos anda
y la persona a quien sirve.

ROBERTO. Conde, si sabes quién causa
este enredo en que me veo,
pide; ¿qué miras? ¿qué tardas?
Pide a Nápoles: ¿qué esperas?

LISARDO. No me des oro, ni plata,
ni ciudades.

ROBERTO. Pues ¿qué quieres?

LISARDO. Una destas cuatro damas.

ROBERTO. Como Fenisa no sea,
pide, que doy la palabra
de dártela. ¿Es Nise?

LISARDO. No.

ROBERTO. ¿Finea?

LISARDO. No.

ROBERTO. ¡Qué! ¿Mi hermana?

LISARDO. Sí, señor.

ROBERTO. Advierte, Conde,
por la palabra jurada,
que no sé su voluntad,
y así he menester hablarla.
¿Querrás tú al Conde, Clavela?

TELLO. Diga sí la desposada,
que se lo pregunta el Cura.

CLAVELA. Hermano, es historia larga
contarte desde Aragón
lo que de secreto pasa
entre mí y el Conde.

ROBERTO. ¿Cómo
tan amorosas hazañas
pudieron estar secretas?

LISARDO. Porque entre personas altas
sin secreto no hay amor,
con que la comedia acaba (1).

FIN

En Madrid, a 18 de julio de 1626.

---

(1) En el ms. de Durán, tachado: "—que con mi padre yo haré—aunque pensó darla a Francia—que quiera lo que yo quiero—y que la case en España.—¿Querrás tú al Conde, Clavela?"

PRIMERA PARTE

DE LA

FAMOSA COMEDIA

DE

EL ACERO DE MADRID

POR

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

LISARDO.
RISELO.
OCTAVIO.
GERARDO.
FLORENCIO. } *Caballeros.*

BELTRÁN.
SALUCIO. } *Criados.*
LEONOR, *esclava.*
PRUDENCIO, *viejo.*
BELISA, *su hija.*

TEODORA, *tía de* BELISA.
MARCELA, *dama.*
MÚSICOS.
CRIADOS.

ACTO PRIMERO

(Salen LISARDO *y* RISELO.*)*

LISARDO. Desde aquí la podéis ver.
RISELO. Notable ha estado la iglesia.
LISARDO. Este día de la Cruz
ponen cuidado en la fiesta.
RISELO. Si viérades a Sevilla,
lo dijérades de veras.
LISARDO. Ya he sabido que ese día
celebran por excelencia.
Ya sale, y sale el aurora,
que esta grada, en que pasean,
es la prisión de la noche
en columnas y cadenas.
Cantad, lisonjeras aves
de las jaulas de esas rejas;
calles de Madrid, volveos
prados y alfombras de seda;
caballos de aquestos coches,
como animales y fieras,
haced regocijo al alba,
que sale vertiendo perlas.
RISELO. ¡Qué bien pintada mañana!
LISARDO. Es todo amante, poeta.
RISELO. Pues, por Dios, que son las doce,
que a más de las once y media
acabaron el sermón,
y si vuestra dama bella
viene a ser alba a las doce,
harto más parece siesta.
Y si porque sale es alba,
ya, por lo menos, no es fresca,
que a las doce, y tres de mayo,
antes secara las hierbas.
LISARDO. Quedo, por Dios: ésta es.

(Salen BELISA *y* TEODORA, *con mantos. La* TEODORA *es tía de* BELISA, *y ha de traer un hábito de beata, manga en punta, con una imagen de la Concepción en el escapulario.)*

TEODORA. Lleva cordura y modestia:
cordura, en andar despacio;
modestia, en que sólo veas
la misma tierra que pisas.
BELISA. Ya hago lo que me enseñas.
TEODORA. ¿Cómo miraste aquel hombre?
BELISA. ¿No me dijiste que viera
sólo la tierra? Pues dime,
aquel hombre, ¿no es de tierra?
TEODORA. Yo, la que pisas, te digo.
BELISA. La que piso va cubierta
de la saya y los chapines.
TEODORA. ¡Qué palabras de doncella!
Por el siglo de tu madre,

que yo te quite esas tretas.
¿Otra vez le miras?

BELISA. ¿Yo?

TEODORA. ¿Luego, no le hiciste señas?

BELISA. Fuí a caer, como me turbas
con demandas y respuestas,
y miré quien me tuviese.

RISELO. Cayó, llegad a tenerla.

LISARDO. Perdone vuestra merced:
el guante.

TEODORA. ¿Hay cosa como ésta?

BELISA. Bésoos las manos, señor,
que, si no es por vos, cayera.

LISARDO. Cayera un ángel, señora,
y cayeran las estrellas,
a quien dá más lumbre el Sol.

TEODORA. Y yo cayera en la cuenta;
id, caballero, con Dios.

LISARDO. El os guarde, y me defienda
de condición tan extraña.

TEODORA. Ya caiste; irás contenta
de que te dieron la mano.

BELISA. Y tú lo irás de que tengas
con qué pudrirme seis días.

TEODORA. ¿A qué vuelves la cabeza?

BELISA. ¿Pues no te parece que es
advertencia muy discreta
mirar adonde caí,
para que otra vez no vuelva
a tropezar en lo mismo?

TEODORA. ¡Ay, mala pascua te venga!
¡Y cómo entiendo tus mañas!
Otra vez. ¿Y dirás que ésta
no miraste al mancebito?

BELISA. Es verdad.

TEODORA. ¿Y lo confiesas?

BELISA. Si me dió la mano allí,
¿no quieres que lo agradezca?

TEODORA. Anda, que entrarás en casa.

BELISA. ¡Oh, lo que harás de quimera!

(Vanse.)

RISELO. Ya traspusieron la calle.

LISARDO. ¡Ay de mí!

RISELO. ¿Quién es aquella
arpía que la convierte?

LISARDO. Una tía, que pudiera
ser abuela de la envidia,
porque es entre fraila y dueña;
águila, de medio arriba;
de medio abajo, culebra.
Todos mis intentos muda;
ni hablarla, ni verla deja;
escribir es imposible;
con más ojos que Argos, vela.

(Sale BELTRÁN, criado de LISARDO.)

BELTRÁN. Aguardé que te apartases
de aquella Circe cruel,
para que cierto papel
y diamantes me feriases;
y es de balde, aunque me dieras
por cada letra un diamante.

LISARDO. ¿Es burla, Beltrán?

BELTRÁN. ¿Delante
de Riselo burla esperas?
Lo menos he referido;
tal favor viene con él,
que la funda del papel
se vale lo que te pido.

(Muéstrale un guante.)

Al salir me vió Belisa,
hízome con una estrella
señas, tan linda, que en ella
vieras del alba la risa.
Llegó a la pila del agua,
fingió quererla tomar,
y, volviéndome a mirar
(mira el enredo que fragua),
metió un papel en un guante,
y de la Cruz le colgó,
como perdido, a quien yo
luego me puse delante:
"Mío es", dije a la gente
que a tomar agua llegaba,
y el sol, que ya caminaba,
volvió la luz a su Oriente.
Rióse de la presteza
y gracia con que tomé
el guante.

LISARDO. Muestra y diré
que ha igualado a su belleza
su divina discreción.

BELTRÁN. Pues ¿no lo agradeces más?

LISARDO. A este guante deberás
calzas, ropilla y jubón.

BELTRÁN. ¡Oh, milagro soberano
y de ningún hombre oído,
que un guante hiciese un vestido,
siendo oficio de la mano!
Y el papel, ¿qué das por él?

LISARDO. Camisas por él tendrás.

BELTRÁN. ¡Oh papel, que has hecho más
que un molino de papel!
Y tan semejante fuiste,
que os quedáis los dos parejos,
pues todos mis lienzos viejos,
limpios y nuevos hiciste.

LISARDO. Guante, si con vos no hago
locuras, es porque quiero
ver este papel primero.
Perdonadme, si no os pago
el ser cubierta importante
de este precioso favor,
pobre estatua, pues Amor
pidió limosna a tal guante.
Pero ¿qué mucho que en él
venga el papel que me envía,
pues allá también cubría
una mano de papel?
Y pues por ella le gano,
y de mano tanta fe,
con justa causa diré
que es pliego de aquella mano.

BELTRÁN. Encareces, con razón,
la mano por su hermosura
y su fe, pues te asegura
que es papel del corazón.
Lee, señor, por tu vida.

LISARDO. Leo, poniendo en mis ojos
de tanto amor los antojos,
pues hay alma que los pida.

(Lea el papel.)

"Mientras duerme la envidia de esta tía,
y la esclavilla, si despierta, vela,
te escribo a media noche, lumbre mía;
y pues vivir no puedo sin cautela,
oye dos cosas que al amor piadoso,
para nuestro remedio, me revela.
Yo voy fingiendo, mi querido esposo,
que estoy descolorida y opilada,
para engañar un padre tan celoso
y una tía tan mal intencionada.
Busca un médico amigo que me vea,
y avísale de todo, si te agrada.
Este dirá que sólo quien pasea,
con el acero, aqueste mes de mayo,
sana de aqueste mal; porque lo crea,
yo fingiré también algún desmayo;
daráme los jarabes de livianas
cosas, aunque mi amor no teme un rayo.
Saldré, con este achaque, las mañanas,
tal vez a Atocha, al Prado, y tal al Soto,
que por ti juzgaré las cuestas llanas.
Y por si aqueste velador piloto
de mi nave, medrosa, va conmigo,
no te espantes del hábito devoto;
llévate al lado algún discreto amigo,
y dile que con ella finja amores.
Quizá me dejará que hable contigo.
Esto me enseña Amor, que mis temores
vence con su poder, que amar a prisa
no sufre espacio; si los hay mejores,
dime tú los remedios.—*Tu Belisa.*"

LISARDO. ¿Qué te parece?

RISELO. Que creo
que su amor y discreción
no tienen comparación,
si no es su mismo deseo.
Lindo remedio.

LISARDO. Extremado;
pero ¿dónde habrá doctor
que ayude a mi justo amor?

RISELO. Justamente habéis dudado.
Aunque más amigo sea,
ninguno lo querrá hacer,
aunque le conste el saber
el buen fin que se desea.
Es el médico el oficio
de más confianza.

BELTRÁN. Amor
dió el medio, y dará el doctor.

LISARDO. ¿Tienes perdido el juicio?

BELTRÁN. Ponedme a mí, si queréis,
un hábito doctoral,
que yo sé que no haré mal
lo que los dos pretendéis.
Un poco sé de latín
de los récipes, y haré,
con esto poco que sé,
que tenga salud.

LISARDO. En fin,
has de encajar tus locuras,
Beltrán, en toda ocasión.

RISELO. ¡Por Dios, que tiene razón!:
Amor es todo aventuras.
Entre estos encantamentos
ejecuta un disparate.

LISARDO. ¿No ves que es éste un orate?
Destruirá mis pensamientos.

RISELO. ¿Cómo?

LISARDO. En medio de tener
puesta en su punto la cura,
hará la cura locura
con que me echase a perder.

BELTRÁN. ¿Yo? Pues ¿tiene Dios criado
disimulo como el mío?
LISARDO. Dijeras mulo, y yo fío
que lo hubieras acertado.
BELTRÁN. Prueba, intenta.
RISELO. No temáis,
que Beltrán tendrá más seso
viendo que importa el suceso.
LISARDO. Ahora bien: los dos estáis
de este parecer; yo digo
que sea; vente a vestir;
pero ¿quién ha de decir
que le envía?
RISELO. Algún amigo.
LISARDO. ¿De quién?
RISELO. Del padre.
LISARDO. Eso no,
sino amiga de Belisa,
a quien hoy la misma, en misa,
su enfermedad le contó.
RISELO. Vamos.
LISARDO. Todas las razones
te pienso hacer estudiar.
BELTRÁN. Mas que me vengo a quedar
con doctor de opilaciones.

(Vanse, y salgan PRUDENCIO, *viejo, y* OCTAVIO, *de camino, y* SALUCIO, *criado, con fieltro y maleta.)*

PRUDENCIO.

Dadme otra vez los brazos como deudo,
que la primera vez fué como amigo.

OCTAVIO.

Una y mil veces, mi señor Prudencio,
que miro en vos el rostro de mi padre.

PRUDENCIO.

¿Con salud queda, en fin?

OCTAVIO.

Para serviros.
Lleva tú la maleta a la posada,
Salucio.

PRUDENCIO.

¿Qué posada? ¿Tal agravio
queréis hacer a nuestra casa, Octavio?
¡Hola! Leonor, ¿no hay un criado en casa?

(Sale LEONOR, *esclava.)*

LEONOR.

¿Qué mandas?

PRUDENCIO.

Toma luego aquesa ropa,
y llama a esa muchacha y a su tía;
di que está aquí su primo.

LEONOR.

Muestre, amigo.

SALUCIO.

Quien a vuestra merced da la maleta,
le diera...

LEONOR.

Diga.

SALUCIO.

Toda la estafeta.

OCTAVIO.

Bien me parece este lugar.

PRUDENCIO.

Es cifra
de todo lo mejor que tiene España.
Danle gran majestad aquestas calles,
y el aire saludable que las baña
es el más importante cortesano.

OCTAVIO.

Notables edificios.

PRUDENCIO.

Vanse haciendo.

(Salen TEODORA *y* BELISA.*)*

TEODORA.

Dadme, señor, las manos.

OCTAVIO.

¡Oh!, señora...

PRUDENCIO.

Vuestro sobrino regalad, Teodora.
Tu primo abraza tú.

BELISA.

Seáis bien venido.

OCTAVIO.

Vos, mi señora, con el mismo hallada;
por vuestro esclavo me tened, que es justo.

BELISA.

Por mi señor os tengo.

PRUDENCIO.

Tan buen huésped
ha de honrar esta casa muchos días.

OCTAVIO.

Según la voluntad con que entró en ella
y la merced tan grande que recibo,
ya no me pesa del temor que todos
me pusieron en esto del despacho,
que dicen que en la corte, los que vienen
por un mes, a negocios, si salieron
de su casa mancebos y lozanos,
o se quedan en ella, o vuelven canos.

(Sale LEONOR.*)*

LEONOR. A la puerta está un doctor
que me dice que te diga
que le envía cierta amiga
de mi señora, señor.
PRUDENCIO. Di que venga enhorabuena.
OCTAVIO. ¡Doctor! ¿Hay enfermo en casa?
PRUDENCIO. No es nada; pero si pasa
adelante dará pena.
Belisa, de haber comido
de este barro portugués.
BELISA. [*Ap.*] Bien dice; que amor lo es,
que mi opilación ha sido.
PRUDENCIO. Sospecho que está opilada.
OCTAVIO. ¡Qué lástima y compasión!
PRUDENCIO. Agora es buena ocasión
de curarla.
TEODORA. Que no es nada.
Pienso que será peor
ponerla en cura.
BELISA. Si acaso
tuvieras a cada paso
este desmayo y dolor,
a fe que no lo dijeras.
LEONOR. El doctor entra, señor.
PRUDENCIO. Llega otra silla, Leonor.

(Sale BELTRÁN, *de médico; gorra y capa, y guantes en la mano, y unas sortijas en ella, y con él,* LISARDO, *de acompañante.)*

LISARDO. Mira que has de hablar de veras.
BELTRÁN. Dios guarde a vuestras mercedes.
¿Quién es la enferma?
TEODORA. Aquí está.
LISARDO. [*Ap.*] ¿Por dónde Amor no entrará,
lince de tantas paredes?
BELTRÁN. Doña Inés, cierta señora
a quien en misa contó
su mal Belisa, me habló,
entrando en su casa agora,
que tiene del mismo mal
una niña. El pulso venga.
BELISA. Yo le aseguro que tenga
en él bastante señal,
porque se me alborotó,
después que entró, mucho más.
LISARDO. [*Ap.*] Si tú de esa suerte estás,
gloria mía, ¿qué haré yo?
A fe que si me tomara
el pulso a mí, que él me viera
con calentura tan fiera,
que los dedos se abrasara.
BELTRÁN. Venga ese otro pulso, que éste
ya nos dijo la verdad.
PRUDENCIO. ¿Si tendrá necesidad,
señor doctor, que se acueste?
BELTRÁN. Sospecho que fuera bien;
mas no es agora razón:
presto llegará ocasión
en que el jarabe le den.
Cuénteme agora, ¿qué siente?
Y dígame la verdad.
BELISA. Siento una gran soledad
de hablar y tratar con gente.
Allégome a la ventana,
y aunque mucha gente veo,
no está allí lo que deseo,
y quítaseme la gana.
Aquí, sobre el corazón,
se me ponen unas cosas
que me quitan, enfadosas,
la vital respiración.
Cuando algo quiero gozar,
se pone en la vista mía
una cosa como tía,
que no me deja mirar.
Digo como tía grande
y como viva persona,
que me cansa y apasiona
de que no mirar me mande.
Que, no siendo con intento
de ofender a Dios, jamás,
de esto de no mirarás,
no sé que haya mandamiento.
Tras esto, la opilación
que esto me suele causar,
tampoco me deja hablar,
y apriétame el corazón.
Querría hablar, y no puedo;
mas agora espero en Dios

que tengo de hablar por vos,
si desopilada quedo.

BELTRÁN. Aquí hay mucho que decir,
mas no da el tiempo lugar;
yo haré que podáis hablar
y honestamente reír.
Al subir cuesta, escalera
u otra cosa, ¿qué sentís?

BELISA. Siento ahogarme.

BELTRÁN. ¿No subís
ligera?

BELISA. ¿Cómo ligera?

BELTRÁN. Ahora bien; pues vos podréis
muy presto. Y tan sólo quiero
que, por agora, el acero
cuatro mañanas toméis,
y os salgáis a pasear
al Soto, Atocha o al Prado;
pero con mucho cuidado
de que el sol no os ha de dar;
porque, allá, Galeno dice
que cuando acero *tometur,*
sol in capite non detur,
que a la cura contradice.

LISARDO. [*Ap.*] ¡Maldígate Dios, amén!
Si éstos supiesen latín,
yo soy perdido.

BELTRÁN. Y, en fin,
mañana comienza bien;
porque ayer fué oposición,
y dice el doctor Laguna
que *por opósita luna*
non fiat ulla emisión.

LISARDO. [*Ap.*] Otra locura, ¡ay de mí!

BELTRÁN. Sin esto, desde este día
no habrá la melancolía
de que lo mentáis (1) aquí.
Porque yo os quiero enviar
músicos, y por agora
esta sortija, señora,
de grande virtud, prestar.
Pero también advertid
que sin prenda no la doy,
porque es, a fe de quien soy,
ajena.

PRUDENCIO. ¡Jesús!, decid
¿qué prenda queréis por ella?

BELTRÁN. Basta esta vuestra, Belisa.

PRUDENCIO. ¡Quítatela, niña, a prisa!

BELISA. ¿Que hay tanta virtud en ella?

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "os lamentáis".

OCTAVIO. ¿Es uña de la gran bestia,
señor doctor?

BELTRÁN. No, señor;
que otra halláramos mayor,
sin dar buscarla molestia.
Esta es de cierto animal
que a las mujeres adora,
y ésta es la causa que agora
resulta en efecto igual.

LISARDO. [*Ap.*] En esto anduvo discreto:
bien mi sortija le dió,
bien la suya le tomó.

BELTRÁN. Mañana salga, en efeto,
después que tome hasta media
escudilla, reposada,
del agua bien acerada,
que desopila y remedia,
con el ir a pasear,
todas las opilaciones;
que a la tarde, bendiciones
pienso que me habéis de echar.
Señor licenciado, mire
este pulso de esta dama.

(Llegue LISARDO *y tome el pulso.)*

Es estudiante de fama.
Llegue, pues, no se retire.
Está un poco vergonzoso,
como es agora pasante.

LISARDO. Algo está febricitante,
intercadente y dudoso.
[*Ap.*] ¿Hay tan gran atrevimien-[to
como decir bernardinas?

BELTRÁN. A ciertas damas vecinas
voy a ver.

LISARDO. [*Ap.*] ¡Qué gloria siento!

PRUDENCIO. Sírvase vuestra merced,

(Váyale a dar dinero.)

y perdone.

BELTRÁN. No haré tal.

(Rehuse. Tómelo.)

LISARDO. ¿Tomástelo?

BELTRÁN. ¡Pesia tal!
Dios guarde a vuesa merced.

(Vanse los dos.)

PRUDENCIO. ¿Quedas algo consolada?

BELISA. Hame dado gran consuelo,
que parece que del cielo

trajo la ciencia estudiada.

PRUDENCIO. Hágase esta noche el agua,
Teodora, ¡por vida mía!,
porque antes que salga el día...

BELISA. (¡Qué bien mi engaño se fragua!)

PRUDENCIO. ... salga esta niña hacia el Prado,
con Leonor, que bastará.

TEODORA. ¿Sola con Leonor irá?
Vaya con ella un criado,
y yo iré también con ella.

BELISA. (¡Perdida soy!)

OCTAVIO. Si queréis
que la acompañe, tendréis
un escudero.

PRUDENCIO. No es ella,
Octavio, tan gran señora
que este escudero merezca.
Vamos adonde os ofrezca
esta humilde casa agora.
No el aposento que os debe,
pero el de su voluntad.

(Éntrese el padre, y ellas delante.)

OCTAVIO. Para darme calidad,
vuestra misma sangre os mueve.
¡Ay, Salucio, qué mujer
para propia!

SALUCIO. Si la estima
tu amor, ponla para prima,
que no es difícil de hacer
al instrumento deseo:
que una prima es consonancia
notable.

OCTAVIO. Si es de importancia
ser, para sacarla, Orfeo,
haré, Salucio, lo mismo.

SALUCIO. Poco espanto me dará,
que cualquier amante está
a las puertas del abismo.

OCTAVIO. De penas pierde el recelo,
aunque en su fuego me abraso;
que si con ella me caso,
pienso estar a las del cielo.

(Vanse, y salen MARCELA *y* FLORENCIO.*)*

FLORENCIO. Que guardes esa lealtad
es muy conforme a quien eres,
que es honra de las mujeres
cuando tienen voluntad.
Pero es menester que el hombre
pague en la misma moneda,
que si no, muy necia queda,
y no merece otro nombre.
Porque ser leal a quien
no la ha guardado en su vida,
es necedad conocida,
y no vengarse, también.
Riselo sigue su gusto;
sigue el tuyo, y no seas loca.

MARCELA. No pienso mover la boca,
aun para darle disgusto.
Del hombre la libertad
no se sujeta a opinión,
y en la mujer es blasón
de su honra la lealtad.
Por sí misma la mujer
está a ser buena obligada,
porque ser casta forzada
no se debe agradecer.
Cuando, por vengarme ansí,
venganza en mi honor hiciese,
¿quién duda, si le perdiese,
que la tomaba de mí?
Demás que no eres testigo
Florencio, tan abonado,
que crea yo que haya usado
tan mal término conmigo.
Si tú, de tu voluntad,
movido de un noble celo,
me dijeras que Riselo
no me guardaba lealtad,
algún crédito te diera;
mas si tú me solicitas,
bien es razón que permitas
no darte crédito.

FLORENCIO. Espera.

MARCELA. ¿Qué me puedes tú decir
que no sea todo en razón
de tu loca pretensión?

FLORENCIO. ¿Qué has de perder por oír?

MARCELA. Mas ¿qué no podré perder?
Todas las que se han perdido
fué sólo de haber oído;
porque a nacer la mujer
sin oídos, más segura
por vuestro mar caminara.

FLORENCIO. Esto fuera si te hablara
en tu ingenio y hermosura.
Quiérote hablar solamente
en abono de mi honor:
sabrás a quién tiene amor
Riselo distintamente.
Después que tiene amistad
tan estrecha con Lisardo,

un caballero gallardo
de su traza y de su edad,
  traen requiebros los dos
cerca de San Sebastián,
que allí las flechas les dan,
aunque ninguna por Dios.
  Allí, o a la Trinidad,
van dos señoras a misa:
una que llaman Belisa,
cuya hacienda y calidad
  hace, por dicha, temer
a Lisardo, en esta villa,
aunque es hidalgo, el pedilla
a su padre por mujer.
  Es moza cuyo despejo,
rostro, galas y tocado
no viene mal consultado
cada día con su espejo.
  Sale de la iglesia haciendo
mil caireles con el manto;
pisa firme, esgrime, y cuanto
va mirando, va rindiendo.
  La otra dicen que es [su] tía,
mujer de mejor asiento,
no de aquel entendimiento
que parece argentería.
  Hay fondo y conformidad
de su prudencia y buen trato,
con un hábito beato
que le causa autoridad.
  Mas no sé si la anasaya,
que no sé si es estameña,
tiene de esta noble dueña
los pensamientos a raya;
  porque la veo mirar
de Riselo atentamente,
como a hurto de la gente,
ya al salir, y ya al entrar.
  Ayer, al salir de misa,
las dos pasaron delante,
y puso en la pila un guante,
no sé a qué efecto, Belisa;
  pero sé que un picarón,
lacayo injerto en truhán,
que sirve al dicho galán,
ya de ventor, ya de halcón,
  le tomó, disimulado,
y a los dos se le llevó.

MARCELA. Aún no imaginaba yo
que era tanto mi cuidado.
  ¿En eso entiende Riselo,
y el amistad de Lisardo
vino a parar? Ya, ¿qué aguardo?
Castigue su engaño el cielo.
  Al principio imaginé
que era tu aviso ficción:
que una olvidada afición
es sospechosa en la fe,
  y es el camino ordinario
de quien ama con desdén,
el decir que quiere bien
a otra mujer su contrario.
  Mas agora que los cielos
me declaran la verdad,
no es ofender mi lealtad
tener de la suya celos.
  ¡Oh, traidor! ¡Que por el gusto
de un amigo que acompaña,
pague mi amorosa hazaña
con este indigno disgusto!
  Pues no ha de pasar así.
¿Sabes la casa?

FLORENCIO. ¿Pues no?

MARCELA. Ven conmigo.

FLORENCIO. Bien sé yo
que le hallarás por allí.

MARCELA. Si mujer de confianza
ha de hacer algún error,
no será interés ni amor.
Dios nos libre de venganza.

(Salen con capas de color, bizarros, LISARDO, RISELO *y* BELTRÁN.)

LISARDO. ¡Oh, cómo tardan! Riselo,
¿qué he de hacer?

RISELO. Amor te valga.

LISARDO. Temo que de envidia salga
de este mi sol el del cielo.

RISELO. Antes no saldrá, si sabe
que es sol y que fuera está.

BELTRÁN. Las aves le cantan ya
a Belisa, en voz suave:
  "Mañanicas floridas
del mes de mayo,
recordad a mi niña
no duerma tanto."

LISARDO. Campos de Madrid, dichosos
si sois de sus pies pisados;
fuentes que por la huerta
de Duque subís tan alto
el cristal de vuestros ojos,
que asomáis los blancos rayos
por las verdes celosías,
muros de sus verdes cuadros.
Hermosa alfombra de flores,

donde tejiendo y pintando
está la Naturaleza
más ha de cinco mil años.
Arroyuelos cristalinos,
ruido sonoro y manso,
que parece que corréis
tonos de Juan Blas, cantando.
Porque, ya corriendo a prisa,
y ya en las guijas despacio,
parece que entráis con fugas
y que sois tiples y bajos:
recordad a mi niña
no duerma tanto.

RISELO. Aves que vais por el viento,
ya del sol clarificado,
sobre sus plumas tendiendo
vuestros vistosos penachos.
Las que asomáis por los nidos
las cabezas, gorjeando,
y las que ya en altas ramas
dáis buenos días al prado.
Trigos que con amapolas
y mil amarillos lazos,
sois un tapiz de verduras
sembrado de papagayos.
Alamos verdes, a quien
con tantas hojas y ramos
vistió de alegre librea,
a pesar de octubre, mayo,
para que la niña venga
que está esperando Lisardo:
recordad a su tía
no duerma tanto.

BELTRÁN. Tabernas de San Martín,
generoso y puro Santo,
que ya ponéis reposteros
como acémilas de Baco.
Cajones que ya os cubrís
con el pan de leche blanco;
franceses que pregonáis
aguardiente y letuario;
carretones de basura
que vais las calles limpiando;
roperos que amanecéis
con solícito cuidado,
sin ser procesión del Corpus,
las tiendas entapizando.
Y vosotros, aires fríos,
que dais tos y resfriado,
romadizo y otras cosas,
a los que salen sudando,
porque despierte a la tía,
y ella a Belisa, si acaso
duerme descuidada agora
de que la aguarda Lisardo:
recordad mi fregona
no duerma tanto.

RISELO. No me parece que tiene
de tu cuidado pesar.

LISARDO. Terrible cosa es mirar
aquel si viene o no viene.

RISELO. Mientras penas, como sueles,
y ella el levantarse traza,
vaya Beltrán a la plaza
de Antón Martín por pasteles.
Que mientras que se regale
nuestro estómago, almorzando,
estarás tú contemplando
aquel si sale o no sale.

LISARDO. Bárbaro estás.

RISELO. Libre estoy.

LISARDO. Es para el entendimiento,
amor divino sustento.

RISELO. Pues yo, al cuerpo se lo doy,
que es lo que aprovecha y vale.

LISARDO. Yo no, porque en mis deseos,
a un favor, tras mil empleos
no hay manjar que se le iguale.

BELTRÁN. Allí vienen tres mujeres.

LISARDO. ¿Tres?, ¿adónde?

BELTRÁN. En la Carrera.

LISARDO. ¿Son ellas?

BELTRÁN. Aquí me espera.

LISARDO. Lince, en mis cuidados, eres;
mas detente, que ella viene.

BELTRÁN. Ella es, sin duda, señor.

LISARDO. ¿Puede haber mayor favor,
de cuantos el amor tiene?

(Salgan en zapatillas, con sombreros de plumas, y las ropas levantadas, al uso de Madrid, TEODORA, *y* BELISA *y* LEONOR, *en chinelillas con listones.)*

TEODORA. Mientras más te voy diciendo
que a los hombres no te allegues,
que mires y no te ciegues,
porque ciega el amor viendo,
más te acercas y te allegas;
y si en allegarte das,
mariposilla serás:
quemaraste, si te ciegas.

BELISA. ¡Válgame Dios, y qué extraña
condición que se te ha hecho!
No me ha de ser de provecho,
si tu rigor me acompaña,
ni el acero ni el paseo.
Ves que el doctor me mandó

que viese gente, y que yo
cumpliese cualquier deseo.
Ves que a mi melancolía
es aquesto conveniente,
y apártasme de la gente.

LISARDO. Agora sí que es de día,
agora sí que salió
a estos campos el aurora.

TEODORA. ¿Luego dejaréte agora
hablar con los hombres yo?

BELISA. Pues ¿con quién tengo de hablar?
¿Con las bestias, discreción?

TEODORA. Para aquesta opilación
te mandó el doctor andar.

BELISA. Y ver gente, y hablar gente,
y andar con gente, mejor;
¿no es esto verdad, Leonor?

LEONOR. ¡Y cómo si es conveniente!
¡Y cómo si es de importancia
a tanta melancolía!

TEODORA. ¡Qué buen testigo esta fría
fuente, cuya consonancia
basta para desechar
del alma toda tristeza!
Mira, y con cuánta belleza
sube, hasta querer entrar
por este verde aposento
del jardín del Duque; y mira
las blancas perlas que tira,
rota en pedazos, al viento.
Mira estos árboles verdes
que le hacen toldo y dosel
para que, debajo de él,
de ningún dolor te acuerdes.
Habla con ellos, que ansí
la soledad perderás.

BELISA. Lindos consejos me das;
y ¿responderánme?

TEODORA. Sí.

BELISA. Señores árboles, yo
muy buena intención traía
de decir la pena mía
a quien la causa me dió.
Para aqueste desafío
del campo, donde ya espero,
el pecho armé con acero
para dar un filo al mío.
Mas para la impertinencia
de quien no me deja hablar,
desde hoy más, le pienso armar
de esta forzosa paciencia.
Toda la noche pasé
esperando la mañana;
pero fué esperanza vana,
pues sin hablar me quedé.
Suplícoos, árboles verdes,
que me tengáis por fiel,
y a ti, mi verde laurel,
que de mis males te acuerdes.

LISARDO. Harélo, sin duda, ansí;
lo mismo te pido yo.

TEODORA. ¿Qué es esto?

BELISA. El árbol habló.

TEODORA. ¿El árbol?

BELISA. Señora, sí.

TEODORA. ¿Hay tan notable insolencia?

BELISA. ¿Esto te enfada también?
Los cielos, tía, me den
con tus enfados paciencia.

TEODORA. ¿Pues piensas que no entendí
con los árboles que hablaste?

BELISA. Pues malicia sospechaste.

TEODORA. ¿Pues dónde hay laurel aquí?

BELISA. En San Jerónimo hay tantos,
que puedo hablarlos así...

TEODORA. ¿Y veslos tú desde aquí?
Cubríos luego los mantos
y demos la vuelta a casa,
que ya entiendo tus maldades,
ya sé tus enfermedades,
ya sé todo lo que pasa.
Ya sé tus opilaciones,
ya sé el agua de tu acero;
decirlo a tu padre quiero:
todas fueron invenciones.
Cúbrete presto.

BELISA. Eso sí,
riñe, riñe; no repares
en que me das mil pesares.
Yo me moriré por ti.
Enciérrame con mi mal,
máteme melancolía;
para mí no salga el día,
sea todo tiempo igual.
¡Plega a Dios que antes de un [mes
en otro hábito me vea
llevar donde me desea
tu rigor, para que estés
contenta de ver mi vida
donde a Dios pidiendo estás;
que enterrada, aún no dirás
que estaré bien recogida!
¡Plega a Dios que crezca el mal
y reviente el corazón,
y que en aquesta ocasión
me dé una gota coral!

¡Plega a Dios...!

LEONOR. Esto has querido;
¡mírala ya desmayada!

LISARDO. ¿Cayó Belisa?

RISELO. Alterada
está su tía; ¿qué ha sido?

LEONOR. ¿Ves aquí lo que has causado
con tu mala condición?

TEODORA. ¿Qué le he dicho?

LEONOR. Que es ficción:
bastante ocasión le has dado.
¿Fingido debe de ser
mal que encarece un doctor
tan grave? ¡Ah, Señor, Señor!

TEODORA. ¿Qué es lo que quieres hacer?

LEONOR. ¡Ah, señores!, ¿tiene alguno
sortija de corazón?

TEODORA. Esta es mejor invención.

(Lleguen.)

LISARDO. ([*Ap.*] No más temor importuno.)
¿Qué es esto, señoras mías?

LEONOR. Desmayóse esta señora.

LISARDO. ¿Aquí, en este punto?

LEONOR. Agora;
tocad sus manos.

LISARDO. ¡Qué frías!

TEODORA. ¿Por qué las ha de tocar?

LEONOR. Porque con la alteración
te sosiegue el corazón.

LISARDO. ¿Hay más bien que desear?
Pondréle aquesta sortija
al dedo.

BELTRÁN. Basta, que en paz
Amor, con este disfraz,
viene a jugar la sortija.

LISARDO. ¿Hay en qué poder traer
agua de la fuente?

LEONOR. Sí,
que un búcaro trae aquí.

(Sáquele, de la manga, un barro.)

RISELO. De eso debe de nacer
todo el mal que la atormenta:
parte a la fuente, Beltrán.

LISARDO. Mientras por el agua van,
para que el dolor no sienta,
quiero decirle al oído
unas palabras notables.

(Háblela LISARDO *al oído.)*

TEODORA. Sí, sí; como tú las hables,
ella cobrará el sentido.

RISELO. Puso Dios virtud, señora,
en las piedras, cuánto más
en las palabras.

TEODORA. Jamás
pensó ver esto Teodora.
¿Hay insolencia fundada
en tanta fuerza y razón?

(Despierte.)

BELISA. ¡Qué dulce consolación!

RISELO. ¿Habló?

TEODORA. Sí, después de hablada.

BELISA. Parece que una abejita,
cuyo tierno pico adoro,
con un susurro sonoro,
que todos mis males quita,
un panal de miel sabrosa
en el oído me hacía.

TEODORA. ¡Abeja! Alano sería,
traidora, en tu oreja ociosa.
¿Hay desvergüenza como ésta?

LISARDO. Sentáos con ella, señora,
que no es bien que suba agora
ese pedazo de cuesta.
Sentáos vos, señor Riselo,
junto a ella, y yo estaré
junto a esta dama, porque
(¡que no lo permita el cielo!)
si se desmayare, pueda
volverla a hablar al oído.

(Siéntense los cuatro.)

TEODORA. Esto, Belisa, has querido;
¡qué buena tu honra queda!

BELISA. Calle, tía de mis ojos,
que el doctor manda que vea
gente.

TEODORA. ¿Y manda que ésta sea?

(Comienza RISELO *a entretener la tía, y* LISARDO *y* BELISA *hablen de oído.)*

RISELO. No reciba de eso enojos
vuestra merced: oiga acá.

TEODORA. ¿Qué quiere vuestra merced?

RISELO. Quiero que me haga merced
de escucharme.

TEODORA. Acabe ya.

RISELO. Este monjil de estameña,
hábito beato y grave;

ese donaire suave,
que hará manteca una peña;
esa dulce gravedad,
ese claro entendimiento,
ese honroso fundamento
de virtud y honestidad.
Esos ojos regalados,
tan estrellas de mi empleo,
que cuando ayuna el deseo,
se los da Amor estrellados.
Esa boca ilustre y bella,
coral, sangre y pura rosa,
que jamás ha hablado cosa
que no la echase por ella.
Esa nariz rubicunda,
que, por única nariz,
merece hacerle un telliz
que le sirviese de funda.
Esa bien puesta garganta,
donde de esa toca el punto
tiene al Amor, todo junto,
con la argolla a la garganta.
Esos pechos, a quien paga
pechos Amor, cuando juega
del vocablo, y con que ciega,
tira, prende, mata y llaga,
me tienen muerto de amor.

TEODORA. ¡Jesús! No pase adelante.
¿Cómo a mujer semejante
habla en amores, señor?
Levantaréme; ¡ay Dios mío!,
¿es esto lo que hoy recé?

RISELO. Deténgase, y la diré
que tiene un gallardo brío.

TEODORA. ¿El hábito no le espanta?
¿No mira que está bendito?

RISELO. Terrible es el sobrescrito;
mas siempre el amor levanta
de las cartas la cubierta
donde está la cortesía;
yo la adoro, fraila mía,
por la parte descubierta.

TEODORA. ¡Qué notable tentación!
¡Ay, qué mal hombre que está!
Dios le alumbre; hágase allá.

RISELO. Los de amor, preñados son.
Bien dice: con bien me alumbre;
sepa que me da un antojo.

TEODORA. Por su vida, que me enojo.

RISELO. ¿Esto le da pesadumbre?

(BELTRÁN, *con el agua.*)

BELTRÁN. Aquí viene el agua.

LEONOR. Calla,
y siéntate junto a mí.

(*Siéntese* BELTRÁN.)

BELTRÁN. Luego, ¿derrámola?

LEONOR. Sí,
que ya se dan la batalla
dos a dos.

BELTRÁN. ¿Y la braveza
de la tía?

LEONOR. Ya cesó.

BELTRÁN. ¿Y cómo estamos tú y yo?

LEONOR. A fe que es él buena pieza.
¿Parécele diga bien,
cómo habló con Catalina?

BELTRÁN. Habléla por tu vecina,
y por tu amiga también.

LEONOR. Que no quiero esa amistad.

(*Vuelva la tía la cabeza y vea abrazarse* LISARDO *y* BELISA.)

TEODORA. ¿Qué es eso?, ¡oh, qué lindo ensa- [yo!

LISARDO. Apuntábale el desmayo,
y túvela.

TEODORA. ¡Qué piedad!

RISELO. Dejaldos hablar, que son
mozos, y bien podría ser
fuesen marido y mujer.

TEODORA. Ya entiendo la opilación.

LEONOR. ¡Maldito seas! ¡Qué bien
ser doctor fingiste allí!

BELTRÁN. ¿Parecíte bien ansí?

LEONOR. Y de esta suerte también.

BELTRÁN. Sábete que sé curar.

LEONOR. ¿Cómo?

BELTRÁN. He curado un cuartago,
que después del de Santiago,
con que le suelen pintar,
no tiene bestia Madrid,
aunque no las tiene malas,
como él; fántanle unas alas.

TEODORA. Si sois libre, me decid.

RISELO. ¿Tan encogido os parezco?

TEODORA. No digo, sino si acaso
no sois casado.

RISELO. Aunque caso,
jamás casarme merezco.
Si yo hallase una mujer
de gobierno, como vos...

TEODORA. Eso, encomendaldo a Dios,
porque Dios lo puede hacer.

RISELO. Sal quiere este huevo.
BELTRÁN. El sol
entra furioso, mi bien,
y porque dure también
y no haya algún arrebol,
es menester dar lugar
a la razón: vete agora
y habla primero a Teodora.
LISARDO. Bien le ha sabido el hablar.
Riselo, vamos de aquí,
que es muy tarde.
RISELO. Adiós, mi gloria.

(Levántese.)

TEODORA. ¿Y tendrá de mí memoria?
RISELO. Hasta olvidarme de mí.
TEODORA. No habrá salido del Prado
cuando todo se le olvide.
RISELO. Mal vuestro descuido mide
lo lejos de mi cuidado.
TEODORA. Véngame siguiendo agora,
y nuestra casa sabrá.
LISARDO. ¿Qué hay de Teodora?
RISELO. Que está
como un mazapán Teodora.
TEODORA. Ven, muchacha, por aquí.
BELISA. ¿Vas enfadada?
TEODORA. ¿De qué?
RISELO. Lindamente la engañé.
LISARDO. ¡Amor, victoria! ¡Vencí!

ACTO SEGUNDO

(Salen OCTAVIO *y* SALUCIO.*)*

OCTAVIO. Un hombre determinado
es incapaz de consejo.
SALUCIO. Yo, señor, no te aconsejo.
OCTAVIO. Ni es oficio de criado.
Eso ha de hacer el amigo,
el superior y el que es viejo.
SALUCIO. No es querer darte consejo
hablar de tu bien contigo.
Tu prima es bella mujer,
y en sangre, la misma tuya.
OCTAVIO. Si la diferencia es suya,
¿qué puede Octavio perder?
SALUCIO. No me ha parecido a mí
que vive en la honestidad
de mujer de calidad,
y que nació para ti.
OCTAVIO. ¿Cuánto va que has de obligarme
a hacer algún desatino?
SALUCIO. Ya del tuyo lo imagino;
quiero dejarte y guardarme.
OCTAVIO. ¿Pues cuál hombre hablar osara
en un ángel?
SALUCIO. Tiene pies,
en que descubre lo que es.
OCTAVIO. En lo que dices repara.
SALUCIO. Digo que aqueste salir
cada mañana, me enfada.
OCTAVIO. A mí, Salucio, me agrada
verla del campo venir.
Cual rosa de Alejandría
tales colores sacó,
luego que el alba rompió
la prisión en que vivía.
O ¿cuál lirio aljofarado
puede el rocío dejar
como ella suele mostrar
el rostro, en sudor bañado?
¿Hay cosa como el despejo
del sombrerillo y el manto?
SALUCIO. Nunca la he mirado tanto.
OCTAVIO. Yo sí, que el alma le dejo
cada vez, y a tener mil
en los cabellos revueltos,
que ya atados, y ya sueltos
adorna un velo sutil.
Pues en viendo la chinela
de listones enlazada,
de su pie, reja dorada
donde estando preso vuela,
no hay tan cuerdo entendimiento
que no trajese después
todo el seso en tales pies.
SALUCIO. Ya por el tuyo lo siento.
Mas si tanta bizarría,
y ese volver desde el Prado,
cual lirio en perlas bañado
y rosa de Alejandría,
no vienen con ocasión
de la enfermedad que dice,
¿qué importa que la matice
el pincel de tu afición?
OCTAVIO. Necio, en volviendo de andar,
¿no ha de venir encendida?
SALUCIO. Nunca está descolorida,
ni la veo desmayar,
sino es cuando hablar la quieres;
que pienso que tu afición
es toda su opilación.
OCTAVIO. Maliciosa bestia eres.

SALUCIO. Si yo veo la beata,
la de la manga y rosario,
la del pardo escapulario
y la Concepción de plata,
que la culpaba y reñía,
después que sale contenta,
¿qué quieres, señor, que sienta?
OCTAVIO. ¿Cómo, Salucio, en su tía
osas tú poner la boca?
¡En una santa!
SALUCIO. No sé
si es santa.
OCTAVIO. Cuán bien se ve
que el demonio te provoca.
Dolíame el otro día
la cabeza, y solamente
bendecirme, de repente
me quitó el mal que tenía.
¿Y osas hablar?
SALUCIO. Pues a mí
la otra noche me bendijo,
y ciertas cosas me dijo
rezando, que no entendí.
Y doliéndome de vicio
una muela, tal anduve
de todas juntas, que estuve
para perder el juicio.
OCTAVIO. Este es milagro.
SALUCIO. Sin duda
de los que Mahoma hacía,
pues lo que en una dolía
a todas juntas lo muda.
OCTAVIO. Antes porque te faltó
la fe, quiso castigarte,
y aquel dolor aumentarte,
que de una en todas te dió.
Y toma resolución
de no hablar en esto mal,
que es mujer muy principal,
y, en fin, mis parientes son.
Fuera de que por mujer
quiero pedir a Belisa.
SALUCIO. ¿Tan aprisa?
OCTAVIO. Tan aprisa.
SALUCIO. No te quiero responder.

(Sale BELTRÁN, *vestido de médico.)*

BELTRÁN. Dios sea en aquesta casa.
OCTAVIO. El doctor.
SALUCIO. El bellacón.
OCTAVIO. ¿Qué dices?
SALUCIO. Que todos son
de una pasta y de una masa.
BELTRÁN. ¿No está, señor, levantada
esa niña?
OCTAVIO. Poco habrá
que vino del campo.
BELTRÁN. Ya
andará más descansada.
OCTAVIO. Provecho le van haciendo
los jarabes.
BELTRÁN. Es gran cosa;
aquella hinchazón acuosa
va gastando y deshaciendo.
Dale la vida ver gente.
OCTAVIO. Yo, mi señor, no he dormido
esta noche.
BELTRÁN. ¿Qué ha tenido?
OCTAVIO. Cierto enfadoso accidente.
BELTRÁN. El pulso, ¡por vida mía!,
que no está muy sosegado;
mas esto más se ha causado
de pura melancolía
del alma y el pensamiento
que de corporal pasión:
algo parece afición.
OCTAVIO. ¡Qué divino entendimiento!

(Aparte.)

BELTRÁN. Este majadero muere
por Belisa, y nos persigue;
quien algún deseo sigue,
más poco a poco le espere;
que del alma las pasiones
se suelen comunicar,
y de ellas causas tomar
las exteriores acciones.
Así lo dijo Avicena:
quando anima contristatur
corpus maxime gravatur,
y importa dejar la pena.
OCTAVIO. ¡Tiene un ingenio divino!
BELTRÁN. Haga que cuezan romero,
ruda y tomillo salsero
en media azumbre de vino,
y átenselo en un tobillo;
que podrá dormir mejor.
SALUCIO. También yo tengo, señor,
cierto mal, ¿podré decillo?
BELTRÁN. Podéis.
SALUCIO. Siento aquestos días,
después que en Madrid estoy,
un descontento, que doy
en grandes melancolías.

Nada me parece bien;
todos me son importunos.

BELTRÁN. ¿Tenéis dineros?

SALUCIO. Ningunos.

BELTRÁN. Pues procurad que os los den.
Vos sois hombre mal contento,
y aun algo murmurador.

OCTAVIO. ¿Este es demonio, o doctor?

(Salen TEODORA *y* BELISA, *como que se levanta.)*

BELISA. Más aliviada me siento.

TEODORA. Aquí está el doctor.

BELISA. Señor.

BELTRÁN. ¡Jesús, niña, y cómo estás
hoy a mi gusto! No hay más
famoso talle y color.
Dame ese pulso. Excelente.
Muestra esa mano.

BELISA. ¿Qué haces?

(Hágale una higa con la mano de BELISA.)

BELTRÁN. Una higa, y que me abraces.
Aún no hay señal de accidente.

BELISA. ¿A quién la tengo de dar?

BELTRÁN. Dásela al señor Octavio.

BELISA. ¿De gentilhombre?

OCTAVIO. Es agravio
que os hacéis. Haced sacar
un espejo, y esa cara
mirad, y dádsela a ella,
porque a una cosa tan bella
su mismo amor la matara.

BELTRÁN. Hoy, ¿dónde has andado?

BELISA. Fuí
hasta la Casa del Campo,
en cuyas flores me estampo,
y un hora me duermo allí.
Parecióme que soñaba
al son de una fuente pura;
que un ángel en hermosura,
talle y discreción me hablaba;
que mil cosas me decía
jurando tenerme amor,
y, por Dios, señor doctor,
que el alma me enternecía.
Quiso abrazarme también,
y desperté.

BELTRÁN. Aquel jarabe,
como es tan blando y suave,
alegra la sangre bien.

BELISA. Después que tomo el acero
y me salgo a pasear,
no siento ya aquel pasar
de no gozar lo que quiero.
Hállome muy aliviada
de aquella melancolía:
que ya mi señora tía
no es mal acondicionada.
Ya no riñe su merced.

TEODORA. ¿Y yo cuándo te reñí?

BELISA. En otro tiempo la vi
hacerme menos merced.

TEODORA. Tú, sobrina, ya has dejado,
andando, tu opilación,
y yo, en la misma razón,
la tengo de haber andado.
Debióseme de pegar,
y como opilada estoy,
a nadie, a fe de quien soy,
pienso reñir ni culpar.

BELTRÁN. ¡Qué buena cosa sería
que tu mal se le pegase!

BELISA. Dios quiera que el mal se pase
a vusted, señora tía,
porque sepa lo que son
aquestas opilaciones.

BELTRÁN. Yo le haré, en breves razones,
que pierda la opilación.

(Sale SALUCIO.)

BELTRÁN. ¿Hay un criado?

SALUCIO. Aquí estoy.

BELTRÁN. Vaya a la botica luego
por un manojo de espliego.

SALUCIO. Digo que volando voy.

(Vase.)

TEODORA. ¿Pues qué es lo que quiere hacer?

BELTRÁN. El efecto lo dirá:
vuestra merced nos dará
lugar, y podrá volver
dentro de un instante aquí.

OCTAVIO. ¡Jesús, señor, yo me voy!

(Vase.)

BELTRÁN. ¿Fuése?

TEODORA. Sí.

BELTRÁN. ¿Sabes quién soy?

TEODORA. Desde ayer te conocí.
Ya sé quién eres, Beltrán;
ya sé todo el fingimiento
y que eres el instrumento
del amor de este galán.

Y, pues ha querido el cielo
castigar mi gravedad
y aquella severidad,
con adorar a Riselo,
haz buen oficio con él.
Dile que mire que soy
mujer noble, y que le doy
palabra de ser fiel.
Aunque no sientas de mí
los méritos que él merece,
mi persona le encarece.

BELTRÁN. Harélo, Teodora, ansí.
Arrima la hipocresía
y la parda beatitud,
porque en tanta juventud
más fuerte sangre se cría.
Traza que estos dos pichones
hagan su nido en tu casa;
que si su padre los casa,
tu vida en remedio pones.
Gozarás de un caballero
como Riselo, tan grave,
tan dulce, honesto y suave.

TEODORA. Sabe Dios lo que le quiero.

BELISA. Tía, como ella solía
reñirme, puedo yo agora
reñirla; ¿no ve, señora,
que es alma también la mía,
y que tengo yo que hablar
con Beltrán?

TEODORA. Tienes razón;
es nueva mi opilación,
y tengo más que curar.

BELISA. Dile, Beltrán, a Lisardo...

TEODORA. Calla, que tu padre viene.

(Salen PRUDENCIO *y* OCTAVIO.*)*

PRUDENCIO. ¿La misma enfermedad tiene?
Otra pesadumbre aguardo.

OCTAVIO. Así lo dijo el doctor.

BELTRÁN. Muestra el pulso.

PRUDENCIO. ¿Qué tenemos?

BELTRÁN. Anda este mal por extremos.

PRUDENCIO. Por Dios, que temo, señor,
que ha de darme a mí también.

BELTRÁN. Estará muy pronto buena;
no hay que tener de esto pena;
esto digo que le den.
Y adiós, que tengo una junta.

(Vase.)

PRUDENCIO. ¿Con lo que se quita el mal,
te ha dado a ti?

TEODORA. Si es igual
la sangre, hermano, y se junta,
¿qué mucho que me haya dado
de andar con ella?

(Sale LEONOR.*)*

LEONOR. Aquí están
los músicos.

TEODORA. ¿Entrarán?

PRUDENCIO. A muy buen tiempo han llegado.

(Salen, con sus instrumentos.)

MÚSICOS. Hoy el doctor nos mandó
alegrar esta señora.

PRUDENCIO. Más lo ha menester Teodora.

MÚSICOS. ¿Cómo?

PRUDENCIO. El mal se le pegó.
[*Ap.*] Enfadado, y con razón,
estoy de mi hermana; hoy quedo
sospechoso; esto es enredo.

MÚSICOS. Escuchad esta canción.

(Canten.)

Niña del color quebrado,
o tienes amor, o comes barro.
Niña que al salir el alba
dorando los verdes prados,
esmaltan el de Madrid
de jazmines tus pies blancos;
tú, que vives sin color,
y no vives sin cuidado,
o tienes amor, o comes barro.
Que salgas tan de mañana
con tal cuidado, me espanto;
estoy por decir, por ti:
eso que comes no es barro,
pues madrugas y no duermes,
y andas por mayo en el campo;
o tienes amor, o comes barro.

PRUDENCIO.

¡Oh, cuando a un hombre avisan y aconse- [jan
las canciones suaves y poesías,
para enseñar los hombres inventadas!
No en balde se inventaron las comedias,
primero en Grecia, que en Italia y Roma:
allí se ven ejemplos y consejos,
porque son de la vida los espejos.

Ya puede ser que esta muchacha mía
estuviese opilada de deseos,
que no están ya los tiempos de manera
que puedan descuidarse con las hijas
los padres que profesan honra y fama.
Ya fué otro tiempo, que con años treinta
llamaban niña una mujer, y andaba
jugando con los mozos en cabello.
Mas hoy, por los pecados de los hombres,
cierta señal de que se acaba el mundo,
de diez años aspira a casamiento,
a trece es madre, y a veinte y uno abuela.
Yo quiero, con ejemplo de estos músicos,
casar mi hija, que es el mejor medio
para desopilarla; y, a fe mía,
que no ha venido Octavio, si él la quiere,
a mal tiempo.

OCTAVIO.

¿Que estás contigo hablando?

PRUDENCIO.

Decía, Octavio, yo que los poetas
nos están avisando por momentos
el modo de vivir a lo seguro,
que entre aquella dulzura de la música
nos dan mil aforismos y sentencias.
Danme deseos de casar mi hija.

OCTAVIO.

¡Ojalá que tuvieras tal propósito!,
que una dispensación poco costara.

PRUDENCIO.

¿Hablas de veras?

OCTAVIO.

Tan de veras hablo,
que después de la vida... (1).

PRUDENCIO.

Basta, no digas
otra palabra; ya Belisa es tuya;
tu padre soy, bien puedo yo casarte.

OCTAVIO.

No lo es tanto, señor, tu hermano.

PRUDENCIO.

Mira,
¿cuándo quieres que hablemos más despacio?,
que están aquestos músicos presentes
y ella, también: no quiero que lo entienda.

OCTAVIO.

Esta tarde podremos hablar solos.

PRUDENCIO.

A Atocha nos iremos paseando.
Vete agora, que quiero que Teodora
sepa su voluntad.

OCTAVIO.

Llevarme quiero
los músicos. ¡Señores, yo querría
oírlos, con espacio, en mi aposento!

MÚSICOS.

Vamos donde mandáredes. Señora,
adiós.

BELISA.

El cielo os guarde.

OCTAVIO.

Adiós, Teodora.

(Vanse.)

TEODORA.

¿Por qué se va vuestro sobrino?

PRUDENCIO.

Creo
que se le pegan ya vuestras tristezas;
es toda aquesta casa opilaciones;
mas oye, hermana, ansí te guarde el cielo.

TEODORA.

¿Es, por ventura, que casar intentas
esta muchacha?

PRUDENCIO.

¿Lo que dije oíste?

TEODORA.

En verte hablar a solas con Octavio,
presumí que tratabas de casarla.

PRUDENCIO.

No quiero más de que su intento sepas.

TEODORA.

¿No teniendo salud, quieres casarla?

(1) En la ed. de Hartzenbusch:
"que después que la vi".

Pregúntale al doctor; sabe primero
si será bien.

PRUDENCIO.

Casarla es buen acero.
Dile que yo la caso con Octavio.

TEODORA.

Yo lo haré así.

PRUDENCIO.

Yo sé que no la agravio.

(Vase.)

TEODORA. ¡Grande mal, gran desventura!
BELISA. ¿Cásame mi padre?
TEODORA. Sí.
BELISA. Todo lo que dijo oí;
tía, mi muerte procura.
Tía, daréme la muerte,
tía, si me tiene amor,
si sabe que este dolor
es tan penetrable y fuerte;
si ya ha visto de experiencia
lo que saber no solía,
mire que he de perder, tía,
la vida con la paciencia.
Mire que Lisardo es ya
mi honor, mi vida, mi ser.
TEODORA. Belisa, no es menester,
cuando de por medio está
todo mi bien en Riselo;
mas de mi propio interés,
antes que a Octavio le des
la mano, permita el cielo...
BELISA. No lo jures, no se enoje,
y nos venga un mal suceso.
TEODORA. Perderé, sobrina, el seso;
haz que luego se te antoje
ir al campo, al Prado, al Soto;
finge mil melancolías;
pasa las noches y días
en temerario alboroto.
Yo me declaro, sobrina;
¡vivan Lisardo y Riselo!
¡Leonor!
LEONOR. Señora.
TEODORA. ¿Diréló?
BELISA. Traza, ordena y imagina
lo que quisieres de mí.
TEODORA. Quiero escribir un papel
a Riselo, porque en él
sepa cuanto pasa aquí.
Por esto (1) y porque mañana
con Lisardo esté en el Prado,
donde quede concertado
dar con la esperanza vana
de aqueste Octavio en el suelo,
aunque tenga más poder;
que tú serás su mujer
como me quiera Riselo.
BELISA. ¡Y cómo si te querrá!
Déjame besar tus pies.
TEODORA. Este es mi propio interés.
Leonor a llevarle irá;
que, si no lo entiendo mal,
no quiere mal al doctor.
BELISA. También es mujer Leonor,
y Leonor quiere a su igual.
Ven, y escribe, por tu vida;
mi desdicha le encarece.
TEODORA. Voy.

(Vase.)

BELISA. Leonor, ¿qué te parece
de esta hipócrita fingida?
LEONOR. Que aunque te dió pesadumbres
mientras no supo querer,
has de tener bien que hacer
en enmendar sus costumbres.
BELISA. Tuvo al principio templanza;
pero, en fin, vino a caer,
que al son de amor, no hay mujer
que no haga una mudanza.

(Vanse.)

(Salen LISARDO *y* RISELO.*)*

RISELO.

Anda desesperada, y justamente,
con estos celos que le doy, Marcela.

LISARDO.

¿De quién lo sabes (2)?

RISELO.

De la misma gente.
La fama es ave, y por los aires vuela.

LISARDO.

Desdicha ha sido.

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch:

"sepa cuanto piensa aquí
Prudencio..."

(2) En la ed. de Hartzenbusch, "sabe".

RISELO.

Y grande inconveniente
para seguir la empresa que os desvela,
porque por vos cualquiera cosa haría,
hasta perder la misma sangre mía.
Mas a Marcela, vive Dios, Lisardo,
que aunque quiera no puedo, ni es posible;
ando con vos de visitarla tardo,
y por venganza, que es mujer terrible,
a un marquesote, a un mocetón gallardo
ha dado franca entrada, su imposible,
en casa, donde al sol que la pasea,
puso el honor dragones de Medea.
Mandadme acometer cien escuadrones;
mandadme detener los altos vuelos
de las aves que tocan los balcones
de la luna y se estrellan en los cielos,
y no sufrir, en estas ocasiones,
de Marcela rigor, de un hombre celos,
que servir a Teodora, sin mi gusto,
por el vuestro, Lisardo, fuera justo;
pero verme olvidado de Marcela,
celoso de Florencio, y desdeñado,
no lo puedo sufrir.

LISARDO.

Ya se rebela
tu cielo amor, contrario a mi cuidado;
celos os da Marcela, con cautela,
por lo que de Teodora le han contado;
vos lo tomáis de veras, y de modo,
que si vos lo dejáis, lo pierdo todo.
Pluguiera a Dios, Riselo, que yo hubiera
otro amigo llevado.

RISELO.

Yo me holgara,
o que para serviros, libre fuera.
¿Abrieron?

LISARDO.

Sí.

RISELO.

Mi muerte se declara.

(Salen FLORENCIO *y* GERARDO.)

RISELO.

¿Florencio es éste?

LISARDO.

De allá sale.

RISELO.

Espera.

LISARDO.

¿No le has de hablar?

Mi desventura es clara.

LISARDO.

El hombre no es culpado, ¿no es tu amigo?

RISELO.

¡Cuánto mal me ha venido de ir contigo!

FLORENCIO.

Parece que se ablanda.

GERARDO.

¡Quién lo duda!
Asiste, que asistiendo, estoy seguro
que has de rendirla.

FLORENCIO.

La porfía muda
el áspero rigor de un monte duro;
como Riselo a verla un mes no acuda,
no dudes que tendré lo que procuro.

GERARDO.

Riselo quiere bien a su beata;
ya es mercader, que en estameñas trata.
Tratar solía en telas y diamantes;
o se ha perdido, o quiere andarlo todo.

FLORENCIO.

Pues yo pienso, con prendas semejantes,
hallar, Gerardo, a mi remedio el modo:
y porque en el amor son importantes,
más que el ser Salomón, Narciso y Godo,
hoy, de Guadalajara en la gran puerta,
haré un empleo, en lo que siempre acierta.

GERARDO.

¿Qué sacarás?

FLORENCIO.

Catorce o quince varas
del mejor terciopelo de Toledo,
y un corte de Milán, de flores raras,
o de rica labor, si hallarle puedo:
con esto, y cien doblones de a dos caras.
no pienso a las de nadie tener miedo.

GERARDO.

Cuadróme.

FLORENCIO.

Es linda cosa, en estos tiros,
trocar en seda y oro los suspiros.

(Váyanse FLORENCIO *y* GERARDO.)

RISELO. Mucho he sufrido por ti.
LISARDO. No es ocasión de perderte,
que bien puedes de otra suerte
remediar que no entre aquí.
RISELO. Si ella está determinada,
¿qué remedio puede haber?
LISARDO. ¿Posible es que una mujer
esté ya tan olvidada?
Llama, que siendo forzoso
yo le diré la verdad.
RISELO. Paréceme una ciudad,
muro, foso y contrafoso.
Paréceme ya, Lisardo,
que aquesta puerta ha de ser
tan fuerte, que es menester
para rompella un petardo.
Parécenme las ventanas
troneras llenas de tiros.
LISARDO. Con menos de dos suspiros
apostaré que la allanas.

(MARCELA, *en alto.)*

RISELO. ¡Ah de casa!
MARCELA. ¿Quién es?
RISELO. Yo.
MARCELA. ¿Yo no más? ¡grande palabra!
RISELO. ¡Abre, mis ojos!
MARCELA. ¿Que abra?
RISELO. ¿Luego no has de abrirme?
MARCELA. No.
RISELO. ¿Qué os parece?
LISARDO. Abre, señora;
mira que vengo yo aquí.
MARCELA. Errados venís.
LISARDO. ¿Yo?
MARCELA. Sí;
que no vive aquí Teodora.
Cerca de San Sebastián
vive esa dueña de honor,
con su poco de color
y sus tocas de azafrán.
Es mujer de escapulario,
con más botes de virtudes,
aguas, yerbas y saludes,
que hay en casa (1) un boticario.
Es, diferenciando el centro
de aquella exterior esfera,
ermitaña por de fuera,
y demonio por de dentro.
Nunca sin imagen viene,
mas es de la Concepción,
adonde hace oración
cierto devoto que tiene.
Su Santidad ha llegado,
que bien se puede decir
a que ya se va a vivir
a Atocha, al Soto y al Prado.
Tiene una niña [a] que enseña
todas estas devociones,
con ciertas opilaciones,
que anda en vísperas de dueña;
tan blanda, aunque toma acero,
que no hay cera que la iguale;
habla, mira, escribe y sale
a ver cierto caballero.
Esta hallarán donde digo,
porque aquí sólo hallarán
mujer que quiera galán
que quiera menos su amigo.

(Quítese.)

RISELO. ¿Entróse?
LISARDO. No, sino el alba,
cuando andaba entre las coles.
RISELO. Alba para mí, y aun soles.
LISARDO. La intención, Riselo, os salva.
No temáis, pues que no habéis
hecho ofensa a esta señora;
llamad, decid que a Teodora
en vuestra vida veréis.
Que ya ni quiero a Belisa,
ni en mi vida la veré.
RISELO. Esperad, que aunque se fué
tan furiosa y tan aprisa,
sin que perdáis vuestro bien
he de procurar el mío.
¡Ah de casa!
LISARDO. Es desvarío.
RISELO. ¿No responde?
LISARDO. No habrá quién.

(Sale BELTRÁN.)

RISELO. ¡Ah de casa!
BELTRÁN. En busca vuestra
ando más ha de dos horas.
LISARDO. ¿Dirás, Beltrán, que ésta ignoras?

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "en cas de".

BELTRÁN. Este papel traigo.
LISARDO. Muestra.
BELTRÁN. No es para ti, que Leonor
me lo dió para Riselo.
RISELO. De Teodora, ¡buen consuelo!
Abre, Marcela.
BELTRÁN. ¡Ah, señor!
RISELO. ¡Que no hay señor, quitá allá!
LISARDO. Lee, Riselo, por Dios.
RISELO. Bien me aconsejáis los dos:
si acaso acechando está
por la ventana Marcela,
y el papel me ve leer...
LISARDO. Para picarla, ha de ser
la mejor treta y cautela.
Lee, no seas tan tierno.
RISELO. ¡Qué no haré por ti, Lisardo!
LISARDO. Ver abrir el cielo aguardo.
BELTRÁN. Yo, ver abrir el infierno.

(Lea RISELO.*)*

RISELO. "Octavio pide a Belisa
por mujer."
LISARDO. Muerto soy ya.

(Lea.)

RISELO. "Y Prudencio se la da."
LISARDO. Tanto mal, y tan aprisa.

(Lea.)

RISELO. "Yo, mi bien, te quiero bien,
y lo procuro estorbar;
que con él se ha de casar,
y yo contigo."
RISELO. ¿Con quién?
BELTRÁN. Contigo dice.
RISELO. ¿Conmigo?
LISARDO. ¡Ay, Riselo, echa de ver
que hallarás otra mujer,
y no hallarás otro amigo!
RISELO. Lo mismo te digo yo.
LISARDO. Yo quiero a Belisa más;
tú en la posesión estás
de tu deseo, y yo no.
RISELO. Espera, hablaré con ella
y diréle la verdad;
por dicha, por tu amistad,
sufrirá burlarme de ella.
¡Ah, Marcela!, ¡ah, mi señora!,
¡oye una palabra!, ¡ah, cielo!

(Sale MARCELA.*)*

MARCELA. ¿Ya no te he dicho, Riselo,
que no vive aquí Teodora?
RISELO. Oye, mi bien, y sabrás
la verdad.
MARCELA. ¿Verdad en ti?
RISELO. Lisardo, mi amor le di.
MARCELA. ¡Qué buen testigo me das!
LISARDO. Marcela, Teodora fué
de aquel mi amoroso encanto,
el gigante, y entre tanto
que lo defendió no entré.
Pedí a Riselo venciese,
con amor, su hipocresía,
esto con ella fingía,
para que lugar me diese.
Sucedió con gran ventura.
Si la engaña, ¿qué te ofende?
MARCELA. ¿No se entretiene y pretende?
LISARDO. Sí; pero ¿a cuál hermosura?
MARCELA. Quitá allá, que cualquier cosa
aunque fea y despreciada,
si es mucho tiempo tratada
viene a parecer hermosa.
Yo no entiendo esas quimeras;
mil cosas hay, si te burlas,
que se comienzan de burlas,
y que se acaban de veras.
Id en buenhora los dos;
de mí no os podéis quejar,
que yo no voy a buscar
a Riselo.
RISELO. Bien, por Dios.
MARCELA. Cuando yo a buscarle fuera,
era bien satisfacerme;
mas si él piensa hablarme y verme
ha de ser de esta manera:
Que me ha de llevar mañana
a donde el acero toma
esa fraila de Mahoma,
esa galga con cuartana,
envuelta en manta de jerga;
y le ha de decir allí
que muere, que pena aquí,
come, viste, vive, alberga,
y que ha sido todo engaño
cuanto le ha dicho hasta agora.
LISARDO. ¡Medraré, por Dios, señora,
con ese buen desengaño!
¡Bien se hará mi casamiento
con Belisa, de ese modo,
cuando mi edificio todo
no tiene otro fundamento!
¿Tú no ves que es gran crueldad

echarme a perder así?
MARCELA. Piérdame Riselo a mí,
que más le va en tu amistad.
Que a mí, pues él me desecha,
no faltará quien me estime.
RISELO. Eso hace que me anime
a proseguir mi sospecha.
¡Ah Marcela!, bien se ve
que aqueste achaque has buscado,
pues habiendo asegurado
con tanta verdad mi fe,
y sabiendo que es ficción
todo el amor de Teodora,
y que mi alma te adora,
sales con esta invención.
¡Oh, cómo te ha estado bien
para que entre y salga aquí
Florencio, y tratarme a mí
con este injusto desdén!
El hacer yo la amistad
que en esto a Lisardo hago,
tú has dado, Marcela, el pago
que merece mi verdad.
Entre Florencio en buenhora;
vamos, Lisardo, que ya
querer de veras será
lo que fué burla en Teodora.
¡Vive Dios, que no has de verme
en tu vida más!
MARCELA. ¿Y yo
moriréme de eso?
RISELO. No.
MARCELA. Pues ¿qué mal piensas hacerme?
RISELO. El tiempo te lo dirá.
Ven, Lisardo.
LISARDO. Espera un poco.
RISELO. No hay esperar.
MARCELA. Vete, loco.
RISELO. Loco muy cuerdo soy ya.
Teodora tiene secretos
que me despiquen de ti.
MARCELA. ¿Y Florencio, para mí,
no sabrá algunos conceptos?
Váyase vuesa merced
con su egipciaca señora,
y mire que desde agora
me hagan los dos merced
de no llegar a esta calle,
porque donde entra Florencio
ha de haber honra y silencio,
y lo merece su talle.
RISELO. ¿Esto sufro? ¡Fuera, digo!
¡Mataréla!

(Saque la daga.)

MARCELA. ¡Ay, Dios!
LISARDO. Detente.
BELTRÁN. Entróse y cerró.
RISELO. ¡Que intente
tal desvergüenza conmigo!
Las puertas le romperé.
LISARDO. ¡Por Dios, que mires su honor!
BELTRÁN. ¿Qué es lo que intentas, señor?
RISELO. Estoy sin seso; no sé.
De la una parte el amigo
mayor que tuve en mi vida,
a seguirle me convida
y, finalmente, le sigo.
Por otra, aquesta mujer
que adora el alma tres años,
en extremos tan extraños,
¿qué medio podré tener?
LISARDO. El medio es dejarme a mí,
pues a mí no me perdéis:
que más vuestro me tendréis
con lo que ha pasado aquí.
RISELO. Eso no, por mil mujeres,
aunque reviente, aunque muera;
pero ¡que esta injusta quiera,
viendo que a Belisa quieres
y que finjo con su tía,
escaparse por aquí!
¡Abre, fuera!
LISARDO. ¿Estás en ti?

(MARCELA, en alto.)

MARCELA. ¡Oye, amigo!
RISELO. ¡Ah, prenda mía!
MARCELA. A esa su dama encubierta,
a esa su fraila Teodora,
voy a escribir que me adora
y que me quiebra la puerta.

(Váyase.)

RISELO. Acabóse, yo soy muerto;
ella está determinada.
LISARDO. Dejalda, que está enojada;
y de una cosa os advierto:
que con no la ver dos días,
os ha de buscar, Riselo.
RISELO. Por verme tierno, recelo,
¡burlas de las ansias mías!

(Tórnese a asomar.)

MARCELA. Oye, señor: a los dos
advierto que son engaños,
porque si se está dos años,
no le buscaré, ¡por Dios!

(Váyase.)

LISARDO. ¡Oye!
RISELO. ¡Escucha!
BELTRÁN. Grandes necios
los dos con Marcela estáis,
que, en fin, ocasión le dais
para mayores desprecios.
Habla y escribe a Teodora,
que, aunque blasone, verás
si llora y lo siente más
que lo ríe y burla agora.

(Asómese MARCELA.*)*

MARCELA. Oye, señor picarón,
no haya miedo que ansí sea,
aunque un siglo no me vea,
que tengo honor y razón.

(Quítese.)

BELTRÁN. ¡Ah, caballero!, nos tira
arma detrás y dispara.
RISELO. La ventana la repara;
su desenfado me admira.
Pues de aquesta vez me voy.
LISARDO. Bien harás, que es mucho enfado.
RISELO. Hoy a Marcela he dejado:
mira si tu amigo soy.

(Vanse, y salga OCTAVIO, *y* SALUCIO, *vistiéndole.)*

OCTAVIO. Dame la capa y la espada.
SALUCIO. Ponte la trenza del cuello;
¿quieres espejo?
OCTAVIO. Me enfada,
en no siendo el ángel bello
de mi esposa y prenda amada.
SALUCIO. ¿Qué capa?
OCTAVIO. La de color.
SALUCIO. ¿Dónde vas tan de mañana?
Mira que el alba, señor,
aún no llama a la ventana
con el primer resplandor.
OCTAVIO. Habla bajo, que he sentido
que Belisa se levanta,
y su dulce voz oído;
no por diligencia tanta
pierda el favor pretendido;
aunque entre rojo arrebol
el alba apenas se ría
en nuestro cielo español,
no digas que no es de día
después que ha salido el sol.
SALUCIO. ¿Luego quiéresla seguir?
OCTAVIO. Tengo unos pocos de celos,
y tras el sol quiero ir.
SALUCIO. ¿Celos tienes en los cielos
de ver al alba reír?
OCTAVIO. Si los tuvo Endimïón
de la Luna, al fin mujer,
¿por qué, con más afición
no los puedo yo tener
del Sol en esta ocasión?
Todas aquestas mañanas
que tan de mañana asoma
el Sol por estas ventanas,
es el acero que toma
armas contra mí tiranas.
Armado de acero sale
contra mí el Sol de los cielos,
y aunque en armas no le iguale,
contra el poder de mis celos
ninguna fuerza le vale.
Yo voy a ver dónde va,
que después que en nombre está
de mi esposa, este cuidado,
justo o injusto, me ha dado.
SALUCIO. Con justa causa te da.
Al principio te advertí:
bien puede ser que este acero
no se vista contra ti.
OCTAVIO. Saberlo, Salucio, quiero.
¿Salieron?
SALUCIO. Pienso que sí.
OCTAVIO. Pues déjalas trasponer,
y en su seguimiento vamos.
SALUCIO. Sospecho que te han de ver.
OCTAVIO. No harán, que hay yerbas y ramos,
y yo me sabré esconder.
SALUCIO. Aún no llevan escudero.
OCTAVIO. Sígueme, que saber quiero
si tiene algún desafío
quien sale con tanto brío
al campo, llena de acero.

(Vanse, y salgan LISARDO, RISELO *y* BELTRÁN, *con capas de color.)*

LISARDO. Frescos vientos de Madrid,
que las mañanas y tardes

venís de las altas sierras
a refrescarle y bañarle,
traed, de sus pardas nubes,
algunos toldos que tapen
estos tapetes de flores
que al alba las hojas abren.
Venid bañados de aljófar,
o de estas fuentes tomadle,
con que mojando las plumas
bañéis en perlas el aire.
Que si crece el Sol que sale,
volveráse la niña, dirá que es tarde.

RISELO. Vientos que habéis levantado
tan extrañas tempestades
en el mar de mis amores,
que me anegan sus pesares.
Vientos que con la fortuna
misma de amigo tan grande,
de la calle de Marcela
me trajistes a su calle.
Vientos por quien ya perdí
que me vea y que me hable,
templad la furia del día
y en pardas nubes bañalde.
Que si crece el Sol que sale,
volveráse la tía, dirá que es tarde.

BELTRÁN. Vientos que en Madrid soléis
llevar de sus sucias calles
más liquidámbar y algalia
que hay en treinta Portugales,
pues sois tan claros y puros
que no hay cosa que le dañe,
respecto de vuestra fuerza
amorosa y saludable:
cubrid con un garabito,
hasta que su furia pase,
la cara del Sol, y en Indias
tenga la siesta (1) con Dafnes.
Que si crece el Sol que sale,
volveráse mi tollo, dirá que es tarde.

(Vanse, y salen MARCELA, OCTAVIO *y* SALUCIO.)

MARCELA. Suplico a vuestra merced
me deje ir sola.

OCTAVIO. Quisiera
sólo que se descubriera,
y me hiciera gran merced.

MARCELA. No me puedo descubrir,
que vengo a ver cierta cosa.

OCTAVIO. ¿Estáis, por dicha, celosa?

MARCELA. Mis celos vengo a seguir.

OCTAVIO. Encontrado nos habemos,
que a lo mesmo vengo yo;
y pues Amor nos juntó,
las desdichas nos contemos.

MARCELA. Yo vengo a ver si aquí viene
un hombre a ver una dama
que toma acero y que es fama
que alguna blandura tiene.

OCTAVIO. Yo vengo a ver si otra sale
a pasear cierto acero,
o a hablar a algún caballero.

MARCELA. ¡Que así el amor nos iguale!
¡Que así nos mate a los dos
con un mismo acero!

OCTAVIO. El mío
me mata, de agudo y frío;
¿cómo os hiere y mata a vos?

MARCELA. A mí me mató el acero
porque, a la sazón que ardía,
se templó en el agua fría
y mudó el temple primero.

SALUCIO. Dos damas vienen allí;
pienso que las tuyas son.

MARCELA. Si son vuestras, mi pasión
y la vuestra andan allí,
en el yugo de los celos
arando enojos, sembrando
penas; y, pues van llegando,
así os remedien los celos,
que me las dejéis hablar.

OCTAVIO. Bien podéis, que yo no tengo
licencia de hablarlas.

(Salen BELISA, TEODORA *y* LEONOR.)

BELISA. Vengo
llena de enojo y pesar,
de lo que habemos tardado.

TEODORA. Allí están; hablarlos puedes.

MARCELA. Dios guarde a vuestras mercedes,
que así vuelven cielo el Prado.

BELISA. Mejor se diga (1) por vos
y ese tallazo gallardo.

RISELO. Una tapada, Lisardo,
se llega a hablar con las dos.

LISARDO. ¿Quién será?

RISELO. No sé; sospecho
que estorbo nos ha de hacer.

BELISA. No me puedo detener,
que traigo acero en el pecho;

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "fiesta".

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "dirá".

suplícoos me deis lugar.

MARCELA. Tengo que hablar, reina mía,
con vuestra señora tía.

TEODORA. ¿A mí me queréis hablar?

MARCELA. A vos.

TEODORA. ¿Sobre qué?

MARCELA. Allí enfrente
ciertos hidalgos están.

TEODORA. Ya los veo.

MARCELA. Aquel galán
que la mira tiernamente
es mi marido.

TEODORA. Pues bien,
guárdeosle Dios, que es gallardo.

MARCELA. Sé que da gusto a Lisardo
fingiendo quererla bien.
Yo, porque tenga lugar
de hacer mejor este embuste,
mientras que Belisa guste,
le doy de que os pueda hablar.
Ayer le cerré mi puerta;
fué a verme, y hallóla así;
a sus lágrimas, abrí;
de milagro no estoy muerta.
Que hubo daguita y querer
romper una celosía.
Y aunque mil firmas tenía
y puedo ser su mujer,
por serviros y que vea
Madrid que lo nuevo agrada,
una hipócrita casada,
le dejo que os hable y vea.
Esto me ha traído al Prado;
no contiene más la historia;
aquí gracia, y después gloria.

TEODORA. ¡Qué mal habéis predicado!
Y advertid que ni Lisardo
habló jamás con Belisa,
como algún necio os avisa,
de quien la venganza aguardo,
ni el hábito que profeso
es para burlas de amor,
porque bien sabe el Señor
cuán lejos va el alma de eso.
Él encamine la vuestra
a su servicio.

MARCELA. ¡Oh, qué bien
que ya os conozco!; y también
él me lo cuenta y me muestra
vuestros muy necios papeles.

TEODORA. Vos lo sois tanto, que fuera
mejor que oído no hubiera
disparates tan crueles.
Alguna debéis de ser
de estas de guadamecí.

MARCELA. ¡Jesús! ¿Vos habláis ansí?
Aún no lo puedo creer.
Besad la tierra, rezad
un rosario.

BELISA. ¡Quedo, quedo!,
que a no tener justo miedo
de otra mayor libertad,
yo castigara la vuestra.

MARCELA. ¡Paso, señora Belisa!

(Salgan FLORENCIO *y* GERARDO.)

FLORENCIO. Por donde vino me avisa.

GERARDO. ¿No ves el perro de muestra?

FLORENCIO. ¡Alto! Riselo está allí;
no estará la perdiz lejos.

TEODORA. Tomaré vuestros consejos:
harélo, Marcela, ansí.

BELISA. ¿Cómo hablas de esa suerte?

TEODORA. ¡Ay, Belisa!, he visto a Octavio.

RISELO. ¿Quién es, Lisardo, tan sabio
que a sufrir celos acierte?
Agora acabo de ver
a Florencio, y la señora
que está hablando con Teodora,
Marcela debe de ser.
Tu negocio va perdido,
y el mío está por el suelo.

LISARDO. ¡Habrá más fortunas, cielo!

MARCELA. Pues con esto me despido,
que allí he visto un caballero,
y con él me quiero ir.

TEODORA. No tengo más que os decir
de que ser muy vuestra espero.

MARCELA. ¡Florencio mío!

FLORENCIO. Señora,
mira que está allí Riselo.

MARCELA. Sólo por ti me desvelo.

RISELO. ¡Vive el cielo, que le adora!
¿Esto tengo de sufrir?

OCTAVIO. Pues a nadie habla mi esposa,
paréceme justa cosa
irla a hablar.

SALUCIO. Bien puedes ir.

OCTAVIO. ¡Belisa mía!

BELISA. Señor.

LISARDO. ¡Qué bien a entrambos nos fué!
¿Es su primo aquél?

RISELO. No sé;
sólo siento mi dolor.

SALUCIO. Señora Leonor.

LEONOR. Amigo.
SALUCIO. ¿Al campo tan de mañana?
LEONOR. Tomo acero.
SALUCIO. Pues, hermana,
no tenga aceros conmigo,
que soy muy su servidor.
BELTRÁN. ¡Buena mañana de mayo!
que aun trajo el primo un lacayo
para que hablase a Leonor.
FLORENCIO. Ven, Marcela, por aquí;
entrarás a ver la huerta
del señor Duque.
MARCELA. ¿Está abierta?
FLORENCIO. Llega, que pienso que sí.
Llama al alcaide, Gerardo.
GERARDO. Yo voy.
MARCELA. ¡Cuán bien, justo cielo,
me vengaste de Riselo!

(Váyanse.)

RISELO. No me detengas, Lisardo.
LISARDO. Pues yo sufro que esté Octavio
con Belisa, de esta suerte
sufre tú.
RISELO. ¿Puede haber muerte
que se compare a mi agravio?
¡Nunca yo viera a Teodora!
OCTAVIO. Vamos a ver esas fuentes,
si cansada no te sientes.
BELISA. No podrán todas agora
templar mi fuego.
TEODORA. Y a mí,
¿qué templanza me da el cielo?
¿Es bien hecho que Riselo
me haya engañado por ti?
BELISA. ¿No puede ser que, celosa,
haya esta mujer mentido?
TEODORA. Ni él ha de ser mi marido,
ni tú de Lisardo esposa.

(Vanse.)

RISELO. ¡Buenos habemos quedado!
LISARDO. ¡Gentil madrugada ha sido!
Aun con Beltrán no he podido
dar a Leonor un recado.
BELTRÁN. Que aún no me pudo este agra- [vio
perdonar; basta, silencio.
RISELO. ¡Juntos Marcela y Florencio!
LISARDO. ¡Juntos Belisa y Octavio!
BELTRÁN. ¡Juntos Leonor y Salucio!
RISELO. ¿Con mi enemigo, traidora?
LISARDO. ¿Con un extraño, señora?
BELTRÁN. ¡Vil!, ¿con un hombre tan sucio?
RISELO. ¡Qué requebrándose van
Marcela y Florencio!
LISARDO. ¡Ah, Dios,
que vayan juntos los dos!
¿Qué me aconsejas, Beltrán?
BELTRÁN. Oíd.
LISARDO. Di presto.
BELTRÁN. El Sol arde;
una exclamación decid
a los aires de Madrid
porque en las nubes aguarde.
Que si crece el Sol que sale,
volveráse la niña, dirá que es tarde.

(Vanse.)

ACTO TERCERO

(Salen PRUDENCIO *y* TEODORA.*)*

PRUDENCIO.

Hoy he sabido del curial de Roma
que la dispensación, Teodora, vino,
y la pienso tener antes que coma.

TEODORA.

Abrevió tu cuidado su camino.

PRUDENCIO.

Cuando una cosa del honor se toma
a cargo, y mucho más por tal sobrino,
todo se abrevia, facilita y hace.

TEODORA.

Merece amor.

PRUDENCIO.

Del que le tengo nace.
Estoy, de que se acerque el casamiento,
por vivir de Belisa descuidado,
con Octavio, Teodora, muy contento;
pero hame puesto un miedo en gran cuidado.

TEODORA.

¿Cómo?

PRUDENCIO.

Si miro esta muchacha atento,
después de haberla, como ves, curado,
con más opilación que antes la veo:
que no está sana de sus males creo.

¿De qué ha servido el médico, el jarabe,
el paseo, el acero y las mañanas
de todo un mes? O el médico no sabe,
o son al mal las medicinas vanas;
no me parece el médico hombre grave.
Tras esto, a mil señoras cortesanas
que por Belisa me preguntan, digo
su nombre: esto es hablar claro contigo.
No le conoce nadie, ni en la corte
hay médico Beltrán; yo, con aquesto,
por lo que al bien de nuestro honor importe,
más bien los ojos en Belisa he puesto;
y si no es que haber ido me reporte
con ella tú, cuyo consejo honesto,
severidad y santidad son ciertas,
dijera mil malicias encubiertas.
Crece la opilación, y opilaciones
no están jamás en rostros colorados;
¡opilada y color!

TEODORA.

¿En eso pones
tu pensamiento?

PRUDENCIO.

Hablemos declarados:
yo he sospechado de estas estaciones,
sotos, huertas, paseos, quintas, prados,
que alguna vez que te dormiste, hermana,
dejó Belisa el coro de Diana.
Madrugabas, Teodora, y desvelada,
en el fresco del campo dormirías;
que en lo demás, si tu virtud me agrada
te lo dirán las alabanzas mías.
La blanca edad, a quien la verde enfada
y siempre pone en su inocencia espías,
siempre, Prudencio, es maliciosa y piensa
en la mayor bondad, mayor ofensa.
Belisa, de tu hermana acompañada,
¿pudiera en sólo un átomo ofenderte?
Juzga del cielo la armonía parada,
sin que su movimiento la concierte;
dormidos Luna y Sol, y la estrellada
máquina fija en la columna fuerte
de sus dos ejes, que antes que pudiera
dormir Teodora, el tiempo se durmiera.

PRUDENCIO.

Calla, que hay varas de Mercurio, sabio,
que aduermen ojos de Argos veladores.
No los hubiera en mí; para tu agravio,
mis ojos fueran siempre vencedores.
Conmigo mismo no moviera el labio
en materia de honor; a los mayores
se perdonan mil cosas, y contigo
hablo como al mayor deudo y amigo.
Por la dispensación partirme quiero,
y efectuar el casamiento, hermana,
si no lo estorba aqueste negro acero.
¡Nunca saliera la primer mañana!

(Váyase.)

TEODORA.

Corrida estoy; lo mismo considero
que está Belisa, y no es sospecha vana:
pienso que me burló con el anzuelo
de los amores falsos de Riselo.

(Sale BELISA.)

BELISA. Aguardando estaba aquí
a que mi padre se fuese.
TEODORA. ¡Ay, sobrina!, no te pese
de que esto te diga ansí.
Tu padre está sospechoso
de verte más opilada
tras el acero, ¡oh espada (1)
de nuestro honor generoso!
Vino la dispensación,
y conmigo se declara
en que dice que repara
en tu negra opilación.
Y no es mucho, porque yo
casi en lo mismo reparo;
¿qué tienes? Háblame claro,
dime si Amor te burló.
Los hombres saben muy bien
negociar con humildad,
fingen grande honestidad:
sólo quieren que les den
una mano; pero asida
no se les suelta la presa
hasta que el honor confiesa
que está la guarda perdida.
Informóse del doctor,
y no hay tal doctor Beltrán,
de que sospechas le dan
que se atreven a tu honor.
Sólo le ha tenido a raya
ver que yo contigo fuí;
mas dice que me dormí
y que no importa que vaya.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "o la espada".

Y en esto tiene razón,
que harto dormida vivía
cuando la sirena oía
del mar de mi perdición.
¡Buen sueño los dos me echastes
en Riselo! ¡Bien dormí,
mientras, liviana, creí
lo que los tres concertastes!
Bien sé que porque os reñía
con tan loco desatino,
me apartaste del camino
de la virtud que seguía.
Dejé luego, ¡ay, nunca fuera!,
mis devociones, ¡traidores!,
y a vuestros locos amores
di más lugar que quisiera.
Oratorios y rosarios
troqué en papeles tan necios,
cuanto muestran los desprecios
y ven los fines contrarios.
Luego traté de casarme,
yo, que del mundo el imperio
por el menor monasterio
no trocara sin trocarme.
Veis aquí de qué sirvió:
yo sin Riselo, engañada,
y aun pienso que tú burlada;
¡ay, si me engañase yo!

BELISA. Tía de mis ojos,
escúcheme atenta,
pues de mis desdichas
le han dado sospechas.
Aquel mancebito
que me vió en la iglesia
de San Sebastián,
me tiró mil flechas.
De ellas, con los ojos;
de ellas, con terceras,
unas en palabras
y otras en promesas.
A la Trinidad,
porque me valiera,
me fuí desde entonces
domingos y fiestas.
Debió de ser ángel,
pues se vino a ella,
y para mirarme
se puso más cerca.
De carne nacimos,
no somos de piedra;
si las siguen mucho,
ríndense las fieras.
Del bronce más duro,
si al fuego le llegan,
hacen mil figuras
por la blanda arena.
De un mármol, que nace
dentro de una sierra,
hacen una ninfa
de una fuente bella.
¿Qué mucho, señora,
que se muestre tierna
a ruegos de un hombre
la mayor flaqueza?
Por poder hablarle,
¡nunca yo pudiera!,
me fingí opilada,
pálida y enferma.
Hizo el caballero
que a curar viniera
Beltrán, su lacayo,
mi amorosa pena,
y que aquel su amigo
fingiese quererla,
porque nos dejase
proseguir la empresa.
Diérame un jarabe
de coral y perlas
el doctor fingido,
y con oro a vueltas
pensaba mi padre,
¡oh, qué mal lo piensa!,
que tomaba acero,
apio y otras yerbas.
Salí todo el mayo,
cuando el alba alegra
las primeras flores
de la primavera,
a Atocha y al Prado,
en cuyas carreras
bullían los aires
con las hojas nuevas.
Un día que al Soto,
el Soto que riega
Manzanares claro,
fuimos sin sospecha,
ella con Riselo
por las alamedas
se apartaron juntos
un tiro de piedra...
no de piedra, tía:
tiro de ballesta,
pues Amor entonces
disparó sus flechas.
Beltrán con Leonor
sobre la ribera,

en los escondidos (1)
que las zarzas cercan,
en blancas toallas
ponían la mesa
para que almorzasen
las pobres enfermas.
Lisardo, entre tanto,
porque no riñera,
sólo me decía
palabras honestas;
pero como estaban
las flores risueñas
llenas de rocío
del aurora fresca,
por aquestos lados
la frescura mesma
se me entró, de suerte,
como yo soy tierna,
que mi opilación
creció, de manera
que jamás me he visto
tan pesada y necia.
La dispensación
mal venida sea,
que quien ama a otro,
todo lo desprecia.
Suplícole, tía,
dilate las fiestas,
hasta ver si acaso
este bulto mengua.
Por lo menos, tía,
cinco meses sean,
que bien habrá cuatro
que pisé las yerbas.

TEODORA. ¿Con qué paciencia, Belisa,
podrá escucharte Teodora?
¿Con eso vienes agora?

BELISA. Tía, amor tratado en misa
será en servicio de Dios.
Lisardo será mi esposo.

TEODORA. ¿Cómo, siendo ya forzoso,
no hablaros jamás los dos?
La dispensación venida
y Octavio, hasta aquí engañado,
harán que tu padre, airado,
os quite a los dos la vida.

BELISA. Pues ¿puédome yo casar
con aqueste inconveniente?

TEODORA. No; mas medio conveniente,
¿cómo te puede faltar?

BELISA. ¿Qué medio puedo tener?

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "escondrijos".

TEODORA. Dilatar el casamiento,
y, en pariendo, en un convento
tu libertad recoger,
a donde sirviendo a Dios
hagas penitencia de esto.

BELISA. Yo negociaré, más presto,
que nos juntemos los dos.
Y entre tanto fingiré
tal dolor de corazón,
y de aquesta opilación
tantos extremos haré,
que padre y primo me dejen
por cosa inútil.

TEODORA. Quien ama
y aventura vida y fama,
no quiere que le aconsejen.
Haz lo que quisieres; yo
no pienso ayudarte más.

BELISA. Yo sé, tía, que lo harás.

TEODORA. Yo sé, sobrina, que no.

BELISA. Si no lo hicieres, diré
que tú fuiste la tercera
para que yo me perdiera.

TEODORA. ¿Qué dices?

BELISA. Que por ti fué.

TEODORA. ¿Comienza ya la locura?

BELISA. ¡Qué terrible opilación!
Parece que el corazón
salir del pecho procura.
Llámenme luego un doctor.

TEODORA. ¿Al fin te ayudo?

BELISA. Querría.

TEODORA. ¿Qué tienes?

BELISA. Señora tía,
de aquí, aquí tengo el dolor.

(Vanse, y entren LISARDO *y* RISELO.)

RISELO. Cuando más pienso que estoy,
Lisardo, libre y contento,
y que de este pensamiento
más lejos huyendo voy,
entonces de los cabellos
me arrastra, y sin resistencia
del alma, con más violencia
vengo a sus puertas por ellos.
Si ésta fuera una mujer
menos diestra y entendida,
pasara segura vida;
pero ¿cómo puede ser,
si apenas le doy enojos,
cuando de aquel mismo estilo
ya me ha herido por el filo

con un Florencio en los ojos?
¿Cómo la veré? Que muero,
si os digo verdad.
LISARDO. Muy bien,
que conmigo su desdén
no tendrá rigor tan fiero.
Dejadme a mí negociar,
que en mis cosas sois discreto,
y yo en las vuestras.
RISELO. Efeto
de amor.
LISARDO. Yo quiero llamar.
RISELO. Llamad, que no hay golpe ahí
que no sienta el corazón.
¿Sale?
LISARDO. Sí; chapines son.
RISELO. En el alma lo sentí.

(Sale MARCELA.)

MARCELA. ¡Jesús! ¿Quién llama?, ¿quién [es?
LISARDO. Yo soy, Marcela.
MARCELA. ¡Oh, Lisardo!
¿Dónde queda aquel gallardo?
LISARDO. Preguntas por lo que ves.
MARCELA. ¡Ah, si no le había visto!
¡Qué buena venida es ésta!
¿Vosotros aquí?
LISARDO. La fiesta
pasada.
MARCELA. Apenas resisto
la risa, que no hay contento
como ver un loco amante
con invención semejante
declarar su pensamiento.
¿Qué hay de la fiesta pasada?
LISARDO. Que un bizarro pretensor
de vuestro amor, que a su amor,
por dicha, habéis dado entrada,
en una conversación
mostró un papel de Riselo,
haciendo burla, y recelo
que pueda ser ocasión
de una desgracia notable;
merced a los dos haréis
de que los demás me deis,
y que en esto no se hable.
Que no es razón que de un hom- [bre
como Riselo, y que ha sido
de vos tan favorecido,
y que ya tuvo este nombre
anden papeles así;
que de amor no le hay discreto,
fuera del mismo sujeto.
MARCELA. Lisardo, ¿esta treta a mí?
¿Yo papel suyo, que ya
hasta memorias quemé?
Eso ya pasó, ya fué.
Y pues acabado está,
¿para qué puede ser bueno
volverlo a resucitar?
RISELO. [*Ap.*] La mujer me ha de matar;
estoy de cólera lleno.
El juego me ha visto. ¡Ah cielo,
qué poco sabe un rendido!
LISARDO. Bien sabes que te ha querido
y que te quiere Riselo.
No te digo que le quieras;
mas que sus prendas nos des
y no te quejes después,
si esta burla para en veras;
que si le aprietas, por Dios,
que te haga algún pesar.
MARCELA. ¿Acabáis de concertar
este enredillo los dos?
¿Qué pesar que puede hacer,
que está el cuitado temblando?
RISELO. Qué bien dices, confirmando
que ya no debes de ser
mi fuego, pues tiemblo a ti;
que si a ti me calentara,
claro está que no temblara.
MARCELA. No lo entiendes bien ansí;
tiemblas del hielo, Riselo,
que has visto en mí para ti.
Porque habiendo tanto en mí,
es fuerza temblar de hielo;
mas ¿cómo vuelves acá,
si no soy tu fuego yo?
Cuénteme el caso: ¿no halló
lo que imaginaba allá?
¿No me dijo que tenía
Teodora grandes secretos
para despicar discretos?
¿Qué ha sido, por vida mía?
¿Hallóla tonta? ¿Qué vió?
¿No es limpia? ¿Qué le ha pedido?
¿Cánsale el verse querido?
¿Qué defectillos la halló?
¿Es flaca, es mal hecha, es fría?
Cuénteme todo el suceso;
yo soy buena para eso.
LISARDO. ¡Qué notable picardía!
Dios nos libre del estado
en que está agora Riselo.
MARCELA. ¿No habla?

RISELO. ¿Que quiso el cielo
que un socarrón despejado,
atrevido picarón,
burlador de cuantas vía,
se halle atajado este día
a manos de su traición?
¿Soy yo? Sospecho que no.
No es posible; hasme trocado.
¡Ay, Marcela!, hoy has vengado
mil mujeres.

MARCELA. ¿Yo?

RISELO. Tú.

MARCELA. ¿Yo?

RISELO. Tú, pues.

MARCELA. ¿Luego mil mujeres
le quieren? Hanle engañado.
Majadero confiado,
¿con eso engañarme quieres?
¿No estás seguro de mí,
y de mil lo estás?

LISARDO. Es más
tu rigor que mil; ya estás
vengada; esto basta ansí.
Por no te dar pesadumbre,
nunca más habló a Teodora.
Marcela, el hombre te adora;
tú eres de sus ojos lumbre.
Hágase aquesta amistad
con protestación.

MARCELA. No quiero,
sino me jure primero
que me ha de tratar verdad.

RISELO. ¿Cuándo yo no la traté?,
¿cuándo tu esclavo no fuí?

MARCELA. Hinque la rodilla aquí,
y diga ansí.

RISELO. Sí diré.

MARCELA. Tuyo soy.

RISELO. Tuyo soy.

LISARDO. Mira
que esto parece conjuro.

MARCELA. Asegurarme procuro.

LISARDO. Tu imperio, Marcela, admira.

MARCELA. Ahora bien; bese la mano.

RISELO. ¿Mas qué quieres? ¿como mona,
que te haga buzcorona?

LISARDO. Abrácense, y quede llano,
por ciento y un año en paz,
como la paz de Valencia.

(Abrácense.)

RISELO. ¡Qué me cuestas de paciencia,
bellísima pertinaz!

(Salen FLORENCIO *y* GERARDO.*)*

FLORENCIO. A buen tiempo hemos llegado.

GERARDO. La amistad se confirmó.

FLORENCIO. Por testigos nos llamó
de que ya se ha confirmado.

GERARDO. No hay que fiar en amantes
de largo trato y costumbre.

LISARDO. No ha de haber más pesadumbre.

RISELO. Tocas, medias, cintas, guantes,
te quiero dar, prenda mía,
mañana, en cas de la Hermosa,
y de una tela vistosa.

MARCELA. Téngase, que eso sería
gasto excesivo.

RISELO. Mi bien,
yo gusto de esto.

MARCELA. Yo no,
oiga lo que quiero yo.

RISELO. ¿Qué quiere ella que le den?

MARCELA. Doce varas de estameña
para un hábito Francisco,
con que me suba en un risco
a ser fraila berroqueña,
y un poco de tafetán
para cierto escapulario;
pero será necesario,
si lo que pido me dan,
pedir a Teodora el suyo,
para que por su medida
me le corten.

RISELO. En mi vida
vi desgarro como el tuyo.

MARCELA. Ahora bien, yo os quiero dar
de merendar a los dos.

LISARDO. ¿Tienes algo?

MARCELA. Sí, por Dios.

RISELO. Pues dame de merendar,
que ha tres días que por ti
sólo he comido un capón,
seis conejos y un jamón.

MARCELA. ¿Con eso vienes ansí?

RISELO. ¿Estoy flaco?

MARCELA. Estás perdido;
no comen más seis tudescos.

RISELO. Sólo treinta huevos frescos
para dormir he sorbido.
Hormiguillos y almendradas
no tienen número.

MARCELA. Bien.

RISELO. Olvídanseme también...

MARCELA. ¿Qué?

RISELO. Tres o cuatro empanadas.

MARCELA. ¡Mirad lo que hay que fiar!
RISELO. ¿Pues cuál amante lo fué
que por celoso que esté
se acostase sin cenar?

(Váyanse los tres.)

GERARDO. Feos habemos quedado.
FLORENCIO. Pues yo he pensado un remedio,
que si de mi mal no es medio,
es para quedar vengado.
GERARDO. ¿Cómo?
FLORENCIO. Este Lisardo adora
a Belisa.
GERARDO. Así es verdad.
FLORENCIO. Y por amor o amistad,
este Riselo, a Teodora.
Quiero pedirla a Prudencio
por mujer, y tú también
pide a Teodora.
GERARDO. Harto bien.
FLORENCIO. Pues con cuidado y silencio,
que yo les daré un pesar
con que me dejen la presa.
GERARDO. Venganza terrible es ésa.
FLORENCIO. Amor enseña a vengar.

(Vanse, y salen LEONOR *y* BELTRÁN.)

BELTRÁN. No quiero satisfacciones,
vive Dios, que el forastero
es el que priva.
LEONOR. No quiero
gastar contigo razones,
que eres un desatinado
en llegando a estar celoso.
BELTRÁN. Ladrón de casa, es forzoso
que tope lo bien parado.
Este lacayo de Octavio,
vive en tu casa, Leonor;
cobrándole vas amor:
bien me lo dice mi agravio.
¿En el Prado, no te vi
hablar, Leonor, con Salucio?
LEONOR. ¿Yo con un hombre tan sucio?
BELTRÁN. Todas lo decís así.
Yo estuve a todo presente,
y por testigo te aplico
la fuente del Abanico;
mira si es harto corriente.
LEONOR. Plega a Dios que si le quiero,
que jamás tenga ventura.
¿Ese andrajo, esa basura?
BELTRÁN. ¡Ay, Leonor, que es forastero,
y no hay forastero malo!
Porque, en efecto, se va,
y así, lo poco que da
se tiene por más regalo.

(Salen PRUDENCIO *y* OCTAVIO.)

LEONOR. ¡Ay, Beltrán!, que mi señor
y Octavio vienen allí.
BELTRÁN. Súbete arriba.
LEONOR. ¡Ay de mí!
BELTRÁN. Temblando estoy de temor.

PRUDENCIO.

¡Un hombre en el portal!

OCTAVIO.

Llega, Salucio;
mira quién está allí.

PRUDENCIO.

Con estos celos,
yo propio miraré quién es el hombre.
¿Qué buscáis, gentilhombre, en esta casa?

BELTRÁN.

Señor, pasaba cierto forastero
de mi tierra, y estoy no bien vestido,
y quísele esperar aquí escondido.

OCTAVIO.

¡Prudencio!

PRUDENCIO.

¡Octavio!

OCTAVIO.

O yo he perdido el seso,
o es aqueste el doctor que visitaba
a Belisa, mi esposa.

PRUDENCIO.

¡Santo cielo,
pues el doctor en hábito lacayo!

BELTRÁN.

¿Mandáis alguna cosa?

PRUDENCIO.

Oíd un poco:
¿no sois vos el doctor?

BELTRÁN.

Ya caigo en ello.
Tengo un hermano aquí, que me parece.
Somos de la montaña, y gente pobre;
servía en Salamanca al doctor Soria,
aprovechóse bien, y graduóse
por un colegio y vínose a la Corte.
Súpelo en Cangas, vine a que me hiciese
algún bien, y, mirándome tan roto,
negó que era su hermano, y yo, afligido,
metíme, como veis, lacayo.

PRUDENCIO.

¿Y cómo
se llama ese doctor?

BELTRÁN.

Beltrán se llama.

PRUDENCIO.

¿Y vos?

BELTRÁN.

Beltrán también; porque nosotros,
de aquel famoso ciego descendimos,
que llevó por la puente de Alcolea
los ciento y veinte ciegos.

OCTAVIO.

No me agrada.

PRUDENCIO.

Ni a mí tampoco.

OCTAVIO.

Sea verdad, que el hábito
mucho de lo que vi le diferencia;
mas, vive Dios, que el rostro, el habla, el talle,
que son del doctor mismo.

PRUDENCIO.

Pues, sobrino,
yo quiero hablar con vos distintamente.
Mi sangre sois, y no mi yerno agora;
aunque ha venido ya bula y licencia,
sospechas traigo de mayor enredo.
Sacad la espada, y tú las manos ata
a ese villano.

BELTRÁN.

A mí, ¿por qué, señores?

OCTAVIO.

No despegue los labios, si no quiere
una lengua de acero, señor médico.

PRUDENCIO.

Por el acero que le dió a Belisa,
mereciera la paga con acero.

SALUCIO.

Estése quedo el bellacón.

OCTAVIO.

Advierte
que no está bien en el portal; arriba
le puedes encerrar en tu aposento,
que quiero examinarle.

BELTRÁN.

¿Por qué causa
me tratáis de esta suerte?

OCTAVIO.

¡Oh, falso médico!

PRUDENCIO.

¡Di a quién sirves, villano!

SALUCIO.

Vaya arriba,
señor doctor fingido.

PRUDENCIO.

¡Ay, hija ingrata!
Trae un hacha y tocino.

BELTRÁN.

¿Soy yo negro?

OCTAVIO.

Más te quiero por padre que por suegro.

(Vanse, y salgan BELISA *y* TEODORA.*)*

TEODORA. Ya por la dispensación
Octavio y tu padre fueron.
BELISA. Tía, si entonces le dieron
tanta pena al corazón,
cuando venga, ¿qué será?
Perder pienso los sentidos.
TEODORA. Amando, ¿qué más perdidos?
Por mi mal lo supe ya.
BELISA. ¿Cómo, si en esta ocasión,
mi padre quiere obligarme,
puedo, Teodora, casarme?
¡Ay, terrible confusión!
Será bien decirle a Octavio
el estado de mi mal;

mas soy mujer principal
y mucho mi honor agravio.
Hablaré algún religioso
que le diga al padre mío;
mas temo algún desvarío
de su pecho riguroso.
¡Oh, nunca a Lisardo viera!;
¡nunca Beltrán me curara!;
¡nunca el acero tomara!;
¡nunca a Manzanares fuera!;
Que donde van a lavar
cuanto una Corte se viste,
allí, honor, manchado fuiste.

TEODORA. ¿Ya de qué sirve llorar?

BELISA. ¡Oh, malditos los papeles,
las ternuras, los amores!
¡Oh, lisonjeros traidores!,
¡oh, amigos falsos, crueles!
¿Qué será agora de mí?

(BELTRÁN, en alto.)

BELTRÁN. Ce, Belisa; ce, Teodora.

BELISA. ¿Quién nos llama?

BELTRÁN. Yo, señora.

TEODORA. ¿Quién?

BELTRÁN. Beltrán.

BELISA. ¿Beltrán aquí?

BELTRÁN. Aquí, por mi mal, estoy.

TEODORA. ¿Tú en nuestra casa, Beltrán?

BELTRÁN. Siempre aqueste premio dan
a los que son como soy.
Yo no fuí más de tercero,
mas como ha llegado el fallo,
no habiendo sido yo el gallo
estoy en el gallinero.

BELISA. ¿Cómo te han subido ahí?

BELTRÁN. Halláronme en el portal
con Leonor.

BELISA. ¡Qué desigual
desdicha!

BELTRÁN. Mucho lo fuí.
Conocieron que yo era
el doctor que te curaba,
y puesto que yo negaba
con invención que pudiera
servir en una comedia,
adonde sólo se entiende
lo que el poeta pretende
para dos horas y media.
No me aprovechó, y ansí
me ataron, y a este aposento
me suben a dar tormento;
¡doleos las dos de mí!

BELISA. Perdidas somos, Teodora:
todo se descubre.

TEODORA. ¡Ay, cielo!
No digas lo de Riselo,
Beltrán.

BELTRÁN. ¡Cómo no, señora!,
¿no ves que soy un gallina?

TEODORA. El me ha de echar a perder.

(Sale LEONOR.)

LEONOR. ¡Ay, señora!, ¿qué has de hacer?
Tu remedio determina,
que Octavio y tu padre, airado,
un hacha encendiendo están
para pringar a Beltrán.

BELTRÁN. ¡Que un hombre muera pringado
no más de por ser doctor!
Cuando yo astrólogo fuera
esa pena mereciera;
mas no por curar de amor.
¡Belisa, de mí te duele!

BELISA. ¿Cómo te podré librar?

LEONOR. Por la puerta no hay tratar.

BELTRÁN. ¿Pues dónde quieres que vuele?
¿Nunca leiste la historia
de Fernán González?

BELISA. Sí.

BELTRÁN. ¿Y de la infanta que allí
ganó tan alta memoria?

BELISA. Ya sé que con un vestido
de mujer, librarle pudo;
pero ponértele dudo.

LEONOR. Aquí una llave he traído
que hace a aquel aposento.

BELISA. Pues quedaos las dos aquí,
que he de sacarle de allí,
aunque fuese por el viento.

(Entrese BELISA y quítese BELTRÁN.)

TEODORA. ¿Dónde aquella loca es ida?

LEONOR. A donde la fuerza amor.

TEODORA. Mejor dijeras su honor,
que importa más que la vida.

LEONOR. Y aun a ti, porque dirá
lo que sabe de Riselo.

(Salen OCTAVIO y PRUDENCIO.)

PRUDENCIO. Que lo han sabido recelo.
Mas aquí Teodora está.

OCTAVIO. Si ha de dar por fuerza voces,
¿quién duda que han de saber
todo lo que se ha de hacer?
PRUDENCIO. Ya es de noche: ansí te goces,
que dejes, hasta que sea
más tarde, la ejecución.
OCTAVIO. Reviéntame el corazón,
que la venganza desea.
Echa tu hermana de aquí;
tú, Leonor, ve a tus haciendas.

(Vase LEONOR.)

PRUDENCIO. Teodora, puesto que entiendas
lo que no entiendo de ti,
déjame solo un momento.
TEODORA. Haz tu gusto, y plega a Dios
que no os resulte a los dos
en más pena y sentimiento.
PRUDENCIO. Ve con Dios, santa, que ya
se sabe tu hipocresía.
TEODORA. Quien habla en la honra mía,
en la de fuera, ¿qué hará?
Así te despeña Octavio,
con años locos y pocos.
PRUDENCIO. Vete, y déjanos ser locos.
TEODORA. ¿Tú eres noble?, ¿tú eres sabio?

(Vase TEODORA *y sale* SALUCIO.)

SALUCIO. Cuando estaba apercibida
el hacha, a la puerta llama
un hidalgo, cuya fama
es agora conocida
en toda la Corte; abrí,
que no lo pude excusar.
¿Ha de entrar?
PRUDENCIO. Bien puede entrar:
pero su nombre me di.
SALUCIO. Florencio.
PRUDENCIO. No le detengas,
ni el hacha mates: será
para acompañarle.
SALUCIO. Ya
entra.

(Salen FLORENCIO *y* GERARDO.)

PRUDENCIO. En hora buena vengas.
¿Qué novedad es aquesta?
¿Tú, Florencio, en esta casa?
FLORENCIO. Con razón te lo parece,
pues mi padre, que Dios haya,
que fué tan amigo tuyo,
de una edad y de una patria,
me dejó la obligación
de servirte.
PRUDENCIO. ¿Qué es la causa
de venirme a ver de noche?
FLORENCIO. ¡Que la vergüenza a la cara
pusiese este velo negro!
Aquí conmigo te aparta.
PRUDENCIO. Cualquiera cosa que quieras,
seguramente la trata
delante de Octavio, que es
hijo de mi hermano.
FLORENCIO. Estaba
necio, por no conocerle;
que ser vuestra sangre basta;
tenedme por vuestro.
OCTAVIO. Y yo
lo mismo os ruego.
FLORENCIO. Quien ama
dicen que tiene licencia
de hablar sin arengas largas.
Este caballero, y yo,
que es Gerardo de Navarra,
que está haciendo en esta Corte
los negocios de Tafalla,
hemos visto algunos días,
y muchos oído en fama,
la hermosura y la virtud
de Belisa y vuestra hermana;
y aunque hubiera los terceros,
que era justo, porque agravia
quien ama su mismo amor,
si por sí mismo no habla,
como veis, venido habemos.
PRUDENCIO. No digáis más, que quien pasa
tan adelante en las obras,
no lo ha de hacer en palabras.
Veis aquí, Octavio, los dos
que mi honrada casa infaman,
que como el doctor ven preso,
hales temblado la barba.
Cierra esas puertas, Salucio.
OCTAVIO. Muy bien has dicho: no salgan
sin que averigües primero
el autor de tanta infamia.
GERARDO. Señores, ¿qué es lo que hacéis?
FLORENCIO. ¿Por qué sacáis las espadas,
y con tan feas razones
nos tratáis en vuestra casa?
OCTAVIO. Agora sabréis lo que es.
Ve presto, Salucio, llama
al doctor fingido.
SALUCIO. Voy.

(Vase.)

FLORENCIO. Algún suceso os engaña
a que nos tengáis por otros.
PRUDENCIO. ¿Luego no es tuya la traza
para engañar a Belisa,
recogida un tiempo y casta,
y a la hipócrita Teodora,
con el que aquí te acompaña?
¿De fingir la opilación,
que ya en cuatro meses anda,
y que un lacayo o Beltrán
con gorra y con guantes de ámbar,
se finja doctor y mande
que salga por las mañanas
al Prado, con el acero
que vida y honra me pasa?
FLORENCIO. Este que traigo ceñido
a mí me pase hasta el alma
si tal hice.
OCTAVIO. ¿Cómo no?

(Sale SALUCIO.)

SALUCIO. El hombre que preso estaba,
el doctor, digo, o lacayo,
sin duda alguna almohaza
las mulas de los demonios,
porque ni parece en casa,
ni se sabe de tu hija.
OCTAVIO. ¡De Belisa! Otra desgracia.
PRUDENCIO. ¿Mi hija falta con él?
SALUCIO. Beltrán y tu hija faltan.
PRUDENCIO. Dame esa espada, sobrino;
Octavio, dame esa espada;
matar a mi hermana quiero.
OCTAVIO. ¿Qué culpa tiene tu hermana?
FLORENCIO. Señores, ¿queréis que os diga
quién todo este daño causa?
Pues sabed que el uno de ellos,
que me ha quitado una dama,
me obliga a venir aquí
a quitarle, por venganza,
a Belisa; de esta suerte,
venid antes que se vayan,
que yo os diré dónde están.
OCTAVIO. ¡Caso extraño!
PRUDENCIO. ¡Cosa extraña!
FLORENCIO. Seguidme.
PRUDENCIO. ¿Quién es?
FLORENCIO. Seguidme.
PRUDENCIO. Sobrino, tomemos armas.
OCTAVIO. Prudencio, con tanto acero
embotarán las espadas.

(Váyanse, y salgan BELISA, *con capa, espada, sombrero y vaquero, y* BELTRÁN, *con un manto.)*

BELISA. ¡Oh, lo que la noche encubre!
BELTRÁN. ¡Gallarda vienes, por Dios!
BELISA. Trocado habemos los dos
el ser que el hábito cubre.
BELTRÁN. Yo llevo gentil galán.
BELISA. Yo llevo famosa dama.
BELTRÁN. Aquí está Lisardo.
BELISA. Llama,
que no te conocerán.
BELTRÁN. Tú has de llamar, que yo no.
BELISA. Así, que soy el que guardo.
¡Ah de casa!, ¡ah, seor Lisardo!

(Dentro.)

LISARDO. ¿Llamaron?
RISELO. Sí.
LISARDO. ¿Quién es?
BELISA. Yo.

(Salga.)

LISARDO. ¿Quién busca a Lisardo?
BELISA. Aquí
os espera cierta dama.
LISARDO. ¡Dama a mí! ¿Cómo se llama?
BELISA. Eso no me toca a mí.
Habladla y sabréis quién es.
LISARDO. ¿Es Leonor?
BELTRÁN. ¿No me conoce?
LISARDO. Vuestra merced no se emboce.
¿Cómo ha venido?
BELTRÁN. En los pies.

(Salen RISELO *y* MARCELA.)

RISELO. Déjame, mi bien, que vea
los que con Lisardo están.
MARCELA. Mujeres celos me dan.
¿Cosa que Teodora sea?
RISELO. ¿Teodora había de ser,
hermana de un hombre grave?
MARCELA. ¡Cómo de esos graves sabe
Amor humildes hacer!
RISELO. Hablando está con Lisardo;
no tengas celos de mí.
MARCELA. ¿Quién viene con ella?
RISELO. Aquí
está un mancebo gallardo.
MARCELA. ¡Ah, gentilhombre!, ¿quién es
esta encubierta señora?
BELISA. ¿Son celitos?
MARCELA. De Teodora.
BELISA. No es tan ligera de pies.
MARCELA. ¿Pues quién es aquesa dama
con quien habla este galán?

BELISA. Doña Constanza Beltrán.
MARCELA. ¿Cómo?
BELISA. Este nombre se llama.
Es mujer de tanto punto,
que si sale lleva más
de algún caballo detrás.
MARCELA. La cantidad os pregunto.
BELISA. Pesará catorce arrobas.
MARCELA. No es muy bobo el escudero;
mas desengañarle quiero,
que no está hablando con bobas.
BELISA. Si os digo la cantidad,
un cuarterón más o menos,
¿en qué os engaño?
LISARDO. Tan buenos
ojos descubrid, mostrad
los dos.
BELTRÁN. No, sino los tres.
LISARDO. ¿No podéis ser tuerta?
BELTRÁN. ¡Ay Dios!
LISARDO. ¡Ea, descubrid los dos!
BELTRÁN. ¡Jesús!, tiempo habrá después.
LISARDO. ¿No sabré yo la ocasión
por qué venís a buscarme?
BELTRÁN. ¿Qué más puedo declararme?
Digo que os tengo afición.
LISARDO. ¿Pues adónde me habéis visto?
BELTRÁN. En mi casa, muchas veces.
LISARDO. ¡Que haya aquí tantos jueces!
MARCELA. ¿Es posible que resisto
mi celosa condición
sin descubrir esa dama?
BELISA. Dirá después que me ama
Lisardo; ¡oh, linda afición!
Mirad si está entretenido
con el lacayo enmantado.
LISARDO. Señora, ¿dónde os he hablado?
¿dónde me habéis conocido?
BELTRÁN. ¡Ay, qué desconocimiento!
LISARDO. Mucho lo debo de ser.
BELTRÁN. Yo os he dado de comer
mil veces.
LISARDO. ¡Extraño cuento!
¿Vos a mí?
BELTRÁN. Sí; y aun por mí
soléis andar a caballo,
y aun otras cosas que callo,
por no descubrirme aquí.
Por vos, cierto padre viejo
no ha un hora que me pringaba.
LISARDO. ¿Sois negra?
BELTRÁN. Soy vuestra esclava.
Dióme una dama el consejo
de que me viniese así,
porque si no ya tuviera
la panza como una cera.
LISARDO. ¡Ay, Dios, quién se hallara allí!
BELTRÁN. ¿Cómo hallar? Burla pesada
os pudiera suceder.
LISARDO. Por Dios, que debéis de ser
la bella malmaridada.
¿Tenéis marido?
BELTRÁN. Si allí
os halláis, Dios me confunda,
si no os pegan una tunda
de las más lindas que vi.
LISARDO. En obligación estoy,
a lo que por mí pasáis;
mas como no os descubráis
desobligándome voy.
BELTRÁN. ¡Ay, señor, qué disfavores
tan notables que me hacéis!
Por Dios, que no me dejéis
si habéis de tomar amores;
y pues tan bien os serví
las mañanitas de mayo,
si habéis de tomar lacayo,
no dejéis por otro a mí.
LISARDO. ¿Es Beltrán?
BELTRÁN. ¿Pues no lo ves?
LISARDO. ¿Hay tan extraña novela?
BELTRÁN. Calla, y burlaré a Marcela,
que hay grandes cosas después.
¡Ah, señor Riselo!
RISELO. ¿A mí?
BELTRÁN. A vos, pues.
RISELO. Con tu licencia.
MARCELA. ¿Tendré con esto paciencia?
RISELO. Ya que habéis venido aquí,
que os descubráis os suplico,
porque aquella dama os vea.
BELTRÁN. No puedo.
RISELO. ¿Por qué?
BELTRÁN. Soy fea.
RISELO. No hay fea con tan buen pico.
BELTRÁN. Aún no lo sabéis muy bien,
que no me habéis visto hablar.
MARCELA. ¿Téngome yo de matar
porque éstos hablando estén?
¡Fuera, digo! ¡Vive Dios,
que os habéis de descubrir!
BELTRÁN. ¿A mí se me ha de decir
tal desacato por vos?
A la niña, a la beata,
a la fraila del cordón,
¡ay Jesús, qué tentación!;

que me tira, que me mata,
que me destoca.

MARCELA. ¿Quién eres?

BELTRÁN. Beltrán soy.

MARCELA. ¿Beltrán?

BELTRÁN. ¿Pues quién?

LISARDO. A mí me burló también.

RISELO. Demonio en las burlas eres.
Cúbrete, que viene gente.

MARCELA. Metéos bien en el portal.

LISARDO. Acá vienen.

RISELO. Algún mal
temo.

BELTRÁN. No huyas, detente.

(Salen PRUDENCIO, OCTAVIO, SALUCIO *y criados armados, y* FLORENCIO *y* GERARDO.)

FLORENCIO. Esta es la casa.

GERARDO. Aquí están.

FLORENCIO. Llama a esa puerta, Gerardo.

GERARDO. No hay que llamar, que a la puerta
deben de estarte aguardando.

PRUDENCIO. ¿Quién va?

LISARDO. ¿Quién pregunta quién?

PRUDENCIO. Un hombre noble agraviado.

LISARDO. ¿Es Prudencio?

PRUDENCIO. Y sin prudencia.
¿Eres, por dicha, Lisardo?

LISARDO. ¿Yo soy, señor, a quien buscas?

PRUDENCIO. A ti te busco, villano.

LISARDO. ¿Villano a mí? ¡Si no fueras
de tu edad!

PRUDENCIO. El que es hidalgo,
no hace infames los hombres
de mi sangre y de mis años.

LISARDO. ¿Qué te hice yo en mi vida?

PRUDENCIO. ¿Parécete poco agravio?
Después de haber a mi hija
como a ignorante engañado,
y con el fingido acero,
en las mañanas de mayo,
puesto mi honor por el suelo,
como salteador del campo;
habiendo al doctor fingido
preso, y sabiendo su engaño,
sacarla él mismo? Pues oye:
caballero soy honrado;
yo no he de traer justicia;
la que tengo, son mis manos.
Para ti, bien basto yo,
y para Riselo, Octavio;
para los que están contigo,
bastan Florencio y Gerardo.
Y si trajeres más gente,
aquí me sobran criados,
y yo solo, basto a todos.

LISARDO. Si en servirla os hice agravio,
por la parte de ser pobre,
que en las demás os igualo,
yo os daré satisfacción
dando a Belisa la mano.
Mas, ¡vive Dios!, que no sé
dónde o cómo la ha llevado
el hombre que vos prendistes.

OCTAVIO. Pues, Lisardo, si estáis salvo
del cometido delito,
dad lugar a que, mirando
la casa, os dejemos libre.

LISARDO. Eso no puedo negarlo.

FLORENCIO. Señor, mírense primero
los que miráis embozados.

RISELO. Yo soy Riselo, y quisiera,
Florencio, en lugar hallaros
que os dijera si es bien hecho.

FLORENCIO. Y yo también tiempo aguardo,
en que os diga si es Marcela
vuestra.

MARCELA. ¿Para qué es cansaros,
pudiéndolo yo decir,
que es el mejor desengaño?

FLORENCIO. Habla, pues, que como sepa
que es tu gusto, estoy pagado
de mi amor y mis deseos.

MARCELA. A Riselo doy los brazos.

RISELO. ¿Estás contento?

FLORENCIO. Sí estoy.

OCTAVIO. Señora, desembozaos.

BELTRÁN. A las mujeres, ¿por qué?

OCTAVIO. Porque una mujer buscamos.

BELTRÁN. Pues sepa que yo soy hombre.

PRUDENCIO. ¡Este es el doctor lacayo!

OCTAVIO. ¿Mataréle?

PRUDENCIO. No, que importa
que viva.

OCTAVIO. ¿Pues tú, con manto?
Di luego dónde llevaste
a mi prima, o por los labios
te haré tomar el acero
que a nuestras honras has dado.

BELTRÁN. Quedo, señores.

PRUDENCIO. ¿Qué es quedo?

BELTRÁN. Aunque me hagáis mil pedazos,
no diré dónde la tengo,
a fe de pobre asturiano,
si no me dais la palabra

de que a Lisardo, mi amo,
se la daréis por mujer.

PRUDENCIO. Eso es forzoso, y yo gano,
que bien sabe mi sobrino
que quien toma acero en mayo,
no estará para mujer
hasta los fines de marzo.

BELTRÁN. Pues ésta es Belisa.

OCTAVIO. ¿Quién?

BELISA. Yo soy, que a tus pies aguardo
perdón.

PRUDENCIO. Antes que te mire,
dale a Lisardo la mano,
que a la santa que tu amor
cubrió del hábito pardo,
yo le daré un monesterio.

BELTRÁN. ¿Y a Leonor?

PRUDENCIO. Tengo pensado
dársela a un doctor fingido.
Con esto, a mi casa vamos,
adonde, cenando juntos,
queden en paz los agravios.

LISARDO. Aquí acaba la comedia,
en vuestro nombre, senado,
del ACERO DE MADRID.
Bésaos las manos Belardo.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE "EL ACERO DE MADRID".

EL ALCALDE MAYOR

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

AL DOCTOR CRISTOBAL NUÑEZ

EN LA NOBLE Y ADMIRABLE CIUDAD DE MEJICO

La distancia que entre los dos pone no menos que un mar tan grande y el nombre de un Nuevo Mundo, dividirá el trato, pero no la voluntad, que por medio de sus cartas de v. m. ha solicitado la mía por tantos años. Porque si bien es opinión de los cha tantas por escrito, quiero yo presumir que está distante, pero no ausente. Y tendré por infelicidad jurisconsultos que "*absens dicitur qui tantum distat, vt verba loquentis non possit audire*"; *quien escu*que v. m. juzgase por ingrato mi ánimo, faltando a esta correspondencia con menos causa. Bien sé que el agradecimiento es ley de la Naturaleza, y fué sentencia de Plutarco que "*Civilia iura violari possunt, naturae non possunt*". Con este advertimiento pienso que pago el amor y afecto que v. m. muestra a la rudeza de mis escritos: los cuales hubieran tenido más castigo si la fortuna se concertara con la pluma. No entienda v. m. aquí el aforismo del Filósofo que "*Ubi plurimus intellectus, ibi minima fortuna*" y al contrario, porque estoy más lejos de esta imaginación que v. m. de esta Corte, viviendo en Méjico. Y finalmente, se ha pasado tanta parte de la vida, que no es a propósito quejarse del largo servicio ni del corto premio. Dijo Aristóteles, en el primero libro de sus *Éticas*, que, por lo menos, el desdichado no se diferenció del dichoso por la mitad de la vida: yo creo que se ha de entender del sueño, y de ése he gozado tan poco, que quien hubiera vivido pocos años y dichosamente, lo fuera más que yo, cuando mi vida fuera la que tenían los hombres en la juventud del mundo. Bien es verdad que la Naturaleza (que, como v. m. sabe, se contenta con poco) anduvo tan piadosa conmigo, que con dos flores de un jardín, seis cuadros de pintura y algunos libros, vivo sin envidia, sin deseo, sin temor y sin esperanza, vencedor de mi fortuna, desengañado de la grandeza, retirado en la misma confusión, alegre en la necesidad, y, si bien incierto del fin, no temeroso de que es tan cierto. Con esta filosofía camino por donde más me puedo apartar de la ignorancia, desviando las piedras de la calumnia y las trampas de la envidia. En el número de mis amigos tiene v. m. el lugar que permite la distancia, y en el que escogí para estas comedias, le ofrecí la séptima en orden a las de esta parte: reciba el don, aunque desigual a sus méritos, con benignidad, pues yo se le presento con amor, sin poder, en tan remotas distancias, hallar otra proporción ni acompañar de otra memoria mi agradecimiento; porque, "*Quando unica, tantum ratio assignari potest, illa habetur pro expresa, glos, singul &*". Dios guarde a v. m. como merecen sus virtudes y letras y yo deseo.—De Madrid, 9 de noviembre de 1619.

Capellán de v. m.,
LOPE DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA

DINARDO.	PÁNFILO.	UN RECTOR.
MAURICIO.	ANDRONIO.	DON JUAN.
CAMILO.	MARCELINO.	DON PEDRO.
BELTRÁN.	PINABELO.	TEODORA.
ROSARDA.	LAURENCIA (1).	URBANO.
BEATRIZ.	SALUSTIO.	FABRICIO.
VERINO.	FULGENCIO.	BERNARDO.

REPRESENTÓLA RIQUELME.

---

(1) En la 1.ª ed., "Laureano", por error.

ACTO PRIMERO

(Salen DINARDO *y* MAURICIO.*)*

MAURICIO. Seguro podéis, por Dios,
dar principio a vuestro historia:
solos estamos los dos.
DINARDO. No pudiera tanta gloria,
Mauricio, serlo sin vos.
Haced que un momento estén
vuestros criados conmigo.
MAURICIO. Yo haré que silencio os den.
DINARDO. Y yo, como a tal amigo,
digo y aumento mi bien.
En esta insigne ciudad,
que con imperiales armas
muestra que tuvo en su frente
el rico Imperio de España,
vive Rosarda, Mauricio,
hija de Fulgencio y Marcia,
nobles por sangre y virtudes.
Serví, en efecto, a Rosarda,
después de darme ocasión
haberla visto en mi casa
una o dos veces primero,
visitando a mis hermanas.
Que nuestros padres tenían,
de mocedades pasadas,
amistad que confirmó
trato de hacienda y ganancia.
Al primero papel mío
respondió que le agradaba
mi intención y mi persona;
pero que desconfiaba
de palabras y papeles
de hombres, porque en palabras
de pretensiones de amor
es necia la confianza.
No me correspondería
si no es que yo se la daba
de que a pariente ni amigo,
por más que fuese del alma,
le diría este secreto.
Pues mira si es cosa extraña,
que lo juré y lo cumplí.
De suerte, en las sacras aras
de Amor, que hoy hace dos años
que me escribo con Rosarda,
sin saber la mano izquierda
lo que la derecha trata.
¿Qué dirías de este amor,
si te dijese que pasan
los papeles de trecientos?
MAURICIO. ¿Trecientos?
DINARDO. ¿De qué te espantas?
MAURICIO. ¿Qué ordinario de Castilla
llevó al Real de Granada,
cuando nuestro Rey Alfonso
dió principio a conquistarla,
tan espantosa estafeta,
tanto número de cartas?
Mas ¿cómo las recibías
y de qué suerte las dabas,
sin terceros?, porque son
los polos en que Amor anda.
DINARDO. Colgaba Rosarda un hilo
de una pequeña ventana
que de su casa salía
a una calle extraordinaria,
donde estaba la respuesta,
y yo mi papel le daba;
el verla era los domingos,
pero al descuido el mirarla.
No con libertad de mozo,
como suelen muchos que aman,
que con los ojos, a veces,
dicen de su dama infamias.
Hoy, Mauricio, me escribió
que su padre la casaba
a gran priesa, y que temía
su desdicha y mi desgracia.
Callóme el nombre del novio:
sospecho que fué la causa
presumir de mi locura
que le hablara o le matara.
Paréceme que entre ti
estás diciendo: si estaban
conformes las voluntades
de estos dos, ¿para qué aguardan
a que los padres impidan
el casamiento que tratan?
Sino pídela, Dinardo.
Con que la historia se acaba
de estos trecientos papeles.
MAURICIO. En mi pensamiento estabas;
y pues la objeción apuntas,
responde tú mismo.
DINARDO. Aguarda.
Como las cosas de hacienda,
de cuentas y de fianzas
traen voces, nuestros padres
dieron una tarde tantas,
que llegaron a sacar,
aunque viejos, las espadas,
dándole ocasión el mío
con no bien dichas palabras;

esta ira concebida
del suyo, ha sido la causa.
Por donde ya no es posible
que yo le pida a Rosarda;
mas tenemos concertado
que esta noche, las diez dadas,
saldrá a su puerta y conmigo
irá, Mauricio, a mi casa,
de donde a la del juez
iremos por la mañana,
porque a su pesar nos case.
Aquí el secreto se acaba,
y me fué forzoso hacer
de persona tan honrada
como vos justa elección.
Tengo padre, tengo hermanas:
no las quiero alborotar,
y así os ruego, pues se halla
libre vuestra casa ahora,
que en ella amanezca el alba
de este sol, que a las diez quiere
salir a abrasarme el alma.

MAURICIO. Lo menos que haré por vos,
en ocasión semejante,
será el dárosla, por Dios;
mirad si será importante
el ir por ella los dos.
No os suceda alguna cosa
de pesadumbre, si os ven.

DINARDO. Pienso que será forzosa,
y así lo será también
vuestra espada temerosa.
La noche baja y se va
pintando el cielo de estrellas;
la luna mengua y saldrá
más tarde a verse con ellas
que el sol que esperando está.
Idos a mudar y armar;
iré a lo mismo.

MAURICIO. Creed
que os he de servir.

DINARDO. Dudar
que me habéis de hacer merced,
es pedirle fuego al mar,
agua al fuego, al suelo estrellas,
yerba al cielo, al sol secreto.
Adiós.

MAURICIO. Adiós.

DINARDO. Luces bellas,
tenelde, y tendrán efeto
mis esperanzas por ellas.

(Vase DINARDO.*)*

MAURICIO. ¿Es posible que he podido
disimular mi pesar?
Basta, que yo mismo he sido
a quien trataban de dar
el bien que no he merecido.
Yo fuí, Dinardo, yo fuí
el que a Rosarda pedía
y a quien por ella dió el "sí"
su padre, que no sabía
que estaba empleada en ti.
Callé, porque si dijera
que yo su marido era,
tan loco está, que a la espada,
contra la amistad pasada,
la venganza remitiera.
Mas, pues siendo yo su amigo
usó de traición conmigo
en encubrirme su amor,
yo quedo libre, en rigor,
de la obligación que digo.
No me quiero declarar,
sino acudir a las diez,
callando, al mismo lugar,
que la industria alguna vez
la bendición supo hurtar.
Rosarda saldrá; yo haré
un justo engaño a Rosarda
cuando en mi poder esté.

*(*CAMILO *y* BELTRÁN, *lacayo.)*

CAMILO. Hasta la mañana aguarda.

BELTRÁN. No hay que tratar; no podré.

CAMILO. ¡Bestia!, ¿por cuál ocasión
de mi servicio te vas?

BELTRÁN. Cosas de importancia son.

MAURICIO. [*Ap.*] Camilo es éste, a quien más
debo amor y obligación.
A muy buen tiempo ha venido;
quiero esperar que esté solo.

BELTRÁN. Yo pienso que te he servido,
porque no hay de polo a polo
lacayo tan bien nacido,
con grande puntualidad:
hagamos cuenta.

CAMILO. El sentir
tu servicio y amistad
me obliga.

BELTRÁN. Y a mí, el salir
de esta famosa ciudad.

CAMILO. ¿Qué has hecho? Que, si no es cosa
como lo creo de ti,
baja, infame y afrentosa,

buen dueño tienes en mí;
estáte en casa y reposa.

BELTRÁN. ¿Qué tengo de reposar,
si me va la vida?

CAMILO. Espera,
¿quiérete alguno matar?

BELTRÁN. No, señor, que eso no fuera
parte a dejar el lugar.
Porque soy un Lucifer,
los hombres suelo comer
por quítame allá esa paja.

CAMILO. Pues las desgracias baraja;
¿quiérente acaso prender?

BELTRÁN. ¿Por qué?

CAMILO. Por alguna moza
que te pida casamiento.

BELTRÁN. ¡Oh, qué risa me retoza!
En cosa que se anda a tiento
y que sin lumbre se goza,
¿se puede a un hombre pedir
debida satisfacción?

CAMILO. ¿Pues no es razón acudir
un hombre a su obligación,
y el honor restituir?

BELTRÁN. Pida, señor, el platero
que da la joya, el dinero,
y el mercader que midió
el paño, y, si me calzó,
sus botas el zapatero.
Porque éstos y todos dan
su hacienda a vista de todos;
mas las mujeres que están
cubriendo de tantos modos
su Doñalda a don Roldán,
¿qué es lo que pueden pedir?

CAMILO. Sin duda debe de ser
por lo que te quieres ir.

BELTRÁN. Después lo podrás saber:
yo te lo quiero escribir.
Desde Olías a Jetafe,
no permitas, mi señor,
que algún soplón me engarrafe,
que me hace, de temor,
el corazón tafe, tafe.

CAMILO. Ahora bien: vete con Dios.

BELTRÁN. Pues ¿cómo estamos los dos
de cuentas?

CAMILO. ¿Diez meses ha
que estás en casa?

BELTRÁN. Sí, habrá:
cuatro (que) me llamaste vos,
y seis tú, como a privado.

CAMILO. ¿Qué has recibido? Yo quiero
pagarte.

BELTRÁN. Harás como honrado;
yo gano poco dinero.

CAMILO. ¿Cuánto es el mes?

BELTRÁN. Un ducado.

CAMILO. ¿Qué has recibido?, pregunto.

BELTRÁN. Cosa de doscientos reales,
para que lo diga junto.

CAMILO. Pues a propósito sales
de mi servicio a este punto.
Que diez meses, a ducado,
son ciento y diez, y me debes
noventa.

BELTRÁN. ¡Bueno he quedado!
¡Adiós!

CAMILO. En cuentas tan breves,
no puedes ser engañado;
¿no me pagas este alcance?

BELTRÁN. Si las calzas no me quitas,
no hay orden; yo eché buen lance.

CAMILO. Pero, pues tú solicitas
tanto el salir de este trance,
toma ese doblón, y adiós.

MAURICIO. Ya se despiden los dos.

BELTRÁN. Los pies besarte querría.

CAMILO. Vete, Beltrán, que algún día
nos veremos.

BELTRÁN. Si de vos,
ciudad, Beltrán se olvidare,
fáltele dicha aquel día
en cuanto hiciere y pensare;
buen amo, ¡por Dios!, tenía;
¿dónde irá el buey que no are?
Mas este amor socarrón
me saca en esta ocasión
de Toledo, porque llevo
ciertos ojos, con quien bebo,
que brindan al corazón.
Es una cierta fregona
que a la corte va conmigo,
que esta noche, entre once y mona,
quiere por cierto postigo
comunicar su persona.
Voy, que he de estar a las diez
a su puerta, porque en vez
de señas hicimos trato
que yo toque mi silbato,
y ella su limpio almirez.

(Vase BELTRÁN.)

MAURICIO.

Cansado estaba ya.

CAMILO.

¿Quién es?

MAURICIO.

Mauricio.

CAMILO.

¡Oh amigo!, ¿dónde bueno?

MAURICIO.

Ha dos mil años
que aguardo que se vaya este importuno
de Beltrán.

CAMILO.

Despedíase; y me pesa
de que se vaya, que era humor notable.
¿Qué se os ofrece?

MAURICIO.

Si me habéis, Camilo,
tenido amor; si el mío os ha obligado;
si sabéis de mi pecho, que en sus venas
y en las del alma (si en el alma hay sangre)
no hay harta que mi amor ofrezca al vuestro,
agora es tiempo que de vos conozca
la merced que me hacéis.

CAMILO.

Dudar que tengo
más alma que sois vos, fuera pagarme
ingratamente; y pues se ofrecen pruebas,
decid en lo que puedo yo serviros,
y veréis si las obras corresponden.

MAURICIO.

A mí me importa entretener un hombre
que os dió celos a vos del amor mío.

CAMILO.

¿Es Dinardo, por dicha?

MAURICIO.

El mismo; oídme,
que yo he pensado el modo.

CAMILO.

¿Por qué causa
queréis que yo entretenga a vuestro amigo?

MAURICIO.

Impórtame la vida, que entre tanto
tengo de entrar a hablar lo que él impide.

CAMILO.

Pues ¿qué invención tenéis?

MAURICIO.

Sacalde al campo,
diciendo que os han dicho que ha tratado
o trata de quitaros a Lucrecia,
que mientras andan de una y otra parte
(hartos favores suyos) quejas vuestras,
se pasará la hora.

CAMILO.

No es muy fácil;
pero para serviros no es difícil;
yo le voy a buscar.

MAURICIO.

Juntos iremos,
porque, viéndoos con él, quede seguro.

CAMILO.

Aunque el engaño me parece injusto,
yo no reparo más que en vuestro gusto.

(Entrense, y salgan ROSARDA *y* BEATRIZ.)

BEATRIZ. ¿De qué estás tan inquieta,
que desde aquesta mañana
del estrado a la ventana
eres, Rosarda, estafeta?
¿Qué te dice la almohada
que le digas al balcón?
ROSARDA. No estoy buena.
BEATRIZ. ¿Y es razón
que a mí se me encubra nada?
ROSARDA. No tengo salud, Beatriz;
mi mal, en el cuerpo para.
BEATRIZ. La salud es en la cara
el lustre (1), esmalte y matiz (2).
Ella dice que la tienes;
tu mal es del corazón,
pues del estrado al balcón
por momentos vas y vienes.
Tras esto, nunca te vi
de noche abrir la ventana.
ROSARDA. ¿Tiénesme tú por liviana?
BEATRIZ. Eso me espanta de ti:
que habiendo sido un ejemplo
de sosiego y de virtud,

(1) En la 1.ª edición ("Trezena parte...", 1620), "lastre", por evidente errata.
(2) Idem, "matriz".

tengas tan grande inquietud.
ROSARDA. La noche, Beatriz, contemplo,
y diviértome en mirar
la labor de sus estrellas.
BEATRIZ. Bien hay que mirar en ellas,
que mirar y que alabar.
Pero es mucha astrología
para una mujer.
ROSARDA. No es:
bien sabes tú que después
que dejo la labor mía,
leo mil libros curiosos;
que sé un poco de latín,
y de ellos aprendo, en fin,
que hay once cielos hermosos
en esta máquina grave;
y esto miro, y no otra cosa.
BEATRIZ. Que eres en libros curiosa,
todo Toledo lo sabe;
pero esta tarde no había
estrellas, y a la ventana
salías.
ROSARDA. Esta mañana,
La Esfera (1), Beatriz, leía.
Y salí a mirar los montes,
que la línea que imagina
la vista que los termina,
es la que llama horizontes.
Tras esto, el meridiano,
los trópicos, los coluros
sobre aquellos vidrios puros
se imaginan. (¡Cuán en vano
encubro, ¡triste de mí!,
el aguardar a Dinardo!)
BEATRIZ. Que te vuelvas loca aguardo,
desvaneciéndote ansí.
ROSARDA. Tras estos cuatro elementos
hay el polo de la Luna
menguante, con mi fortuna
creciente en mis pensamientos,
Venus, Mercurio, Sol, Marte,
Júpiter, Saturno, aquel
que por sernos tan cruel
puso Dios en alta parte,
y a Júpiter, allí junto,
porque tiemple su (2) rigor.
BEATRIZ. ¿Venus no es diosa de amor?
ROSARDA. Ella influye amor.
BEATRIZ. Pregunto:
si me forzara a querer,
¿podríame resistir?
ROSARDA. El mal, bien se puede huir,
mas es difícil de hacer.
BEATRIZ. ¡Ay de mí! Venus ha sido
la que a querer me ha forzado,
y atrevimiento me ha dado
al mal que no he resistido.
(A las diez, con mi Beltrán,
he de salir de Toledo.)
ROSARDA. ¿De qué murmuras?
BEATRIZ. Del miedo
que esos planetas me dan.
ROSARDA. Razón tienes de temer,
que aunque manda las estrellas
el sabio y reina sobre ellas,
no es sabia la que es mujer;
que en tocando en la flaqueza
del corazón con amar,
luego verás derribar
por el suelo su firmeza.
BEATRIZ. Tú, que jamás has amado,
¿de qué lo sabes?
ROSARDA. Leyendo
historias; pero ya entiendo
que habrán mis padres cenado.
Mira, Beatriz, por tu vida,
si se acuestan.
BEATRIZ. ¿Para qué?
ROSARDA. Una cosa te diré
notable, Beatriz querida;
pero has de tener secreto.
BEATRIZ. ¿No conoces tú quién soy?
ROSARDA. ¿Viste...?
BEATRIZ. Di.
ROSARDA. Medrosa estoy.
BEATRIZ. No temas.
ROSARDA. ¿Viste, en efeto,
una vieja que me hablaba
el domingo en San Román?
BEATRIZ. Allí vi cierto galán
que a lo tierno te miraba.
¿Es cosa de casamiento?
ROSARDA. Yo me deseo casar,
que sólo he dado lugar
a este honesto pensamiento.
Envióle cierta amiga
que me diese una oración.
BEATRIZ. ¿No ves que es superstición?
Espántome que eso diga
mujer que tanto ha leído
y que latín ha estudiado.

(1) Alúdese, sin duda, a la *Sphera del Vniverso* (1599), de don Ginés Rocamora y Torrano, libro que obtuvo gran boga.
(2) En la edición "princeps", "se".

ROSARDA. Si la oración he mirado
y es muy santa, ¿qué hay perdido?
BEATRIZ. Como la quieras hacer,
yo iré contigo, señora.
ROSARDA. A las diez será la hora;
mas nadie lo puede ver.
Después la haremos por ti,
si a mí me saliere bien;
ve y mira, Beatriz, también
si está mi hermanillo ahí,
que estorbo nos puede hacer.
BEATRIZ. Tu hermano, en cenando, parte
a un requiebro a cierta parte;
mas todo lo voy a ver.

(Váyase BEATRIZ.)

ROSARDA.

Inquietud en el alma, que el sosiego
quita de noche, y el reposo al día;
hielo que abrasa cuando más enfría;
fuego de infierno, pues del alma es fuego;
indómito caballo, monstro ciego,
que la razón a despeñarse guía;
temor cobarde, de sí mismo espía;
villano rico, a quien ensancha el ruego;
Amor desnudo y de dolor vestido,
tirano mercader de tus placeres,
que fías y ejecutas lo perdido:
que vea el mundo, con mi ejemplo, quieres
que quitar a los hombres el sentido
dejaste por disculpa a las mujeres.

(Salen CAMILO *y* DINARDO, *de noche, puestos de desafío.)*

DINARDO. No pasemos adelante;
no porque yo sé temer:
no hay braveza que me espante;
mas porque tengo que hacer
en ocasión semejante.
Y si pierdo la ocasión
pierdo mi gusto.
CAMILO. En razón
de lo que yo os vengo [a] hablar
no da la ciudad lugar.
DINARDO. Solas estas calles son;
la hora también obliga
y la escuridad; Toledo
no se anda de noche.
CAMILO. Siga
vuesa merced.
DINARDO. Será miedo.
CAMILO. No quiera Dios que tal diga,
que sois caballero honrado.
DINARDO. Pienso que las diez han dado,
y es hora que he menester.
CAMILO. ¿Achaques?
DINARDO. Pudieran ser,
si fueran a vuestro lado
amor, la muerte, el veneno,
la traición, la envidia, freno
de la virtud; la justicia
del mundo con la malicia,
de que su trato está lleno.
Las plumas, que cortan tanto;
las malas lenguas, que cuanto
los médicos, que no son
muerden (y) mata[n] a traición,
de menos rigor y espanto.
Pero tan sólo no sé
qué achaques ponga, que aun sólo
aunque del cabello al pie
sea todo fraude y dolo
y encantado todo esté,
no haré mucho en defender,
hablando a lo comedido,
mi persona, que a querer
responder más atrevido,
mataros pudiera ser.
CAMILO. Eso me agrada, y que andéis.
DINARDO. ¡Iré al infierno tras vos!
CAMILO. Más acá negociaréis.
DINARDO. No quiero que penséis vos
que ventaja me tenéis,
si no es que al fin de la puente
me aguarda algún escuadrón.
CAMILO. Yo soy hombre.
DINARDO. Tan valiente,
si yo acabo la razón,
que solo saldréis con veinte.
Y porque lo creo ansí,
os ruego que desde aquí
esta noche me dejéis
volver, que después sabréis
a la ocasión que volví.
Que os doy palabra de hidalgo
de volver aquí a estas horas
mañana.
CAMILO. Cuando yo salgo,
ni de celadas traidoras,
ni de ventajas me valgo.
Si es por temor de traición,
sosegad el corazón.
DINARDO. Quíteme el cielo la vida,
si la ocasión ofendida

no es quien me ha dado ocasión.
Y yo, como hidalgo, os juro
que aquesta noche me ofrece
mi dama el bien que procuro;
si la pierdo, ¿no os parece
que la ocasión aventuro?
Quien esto cuenta, ¿no obliga
a un caballero?

CAMILO. No sé,
¡por Dios vivo!, qué le diga;
mas si ésta la dama fué,
el engaño se prosiga,
que, aunque es lástima, yo debo
servir a un amigo más.

DINARDO. ¿Qué decís?

CAMILO. Que no me atrevo
a dejar volver atrás
los pensamientos que llevo.
Si os quiere, no perderéis
la ocasión que os ha ofrecido,
pues mañana la tendréis.

DINARDO. Casi estoy arrepentido
de dejarla.

CAMILO. Bien hacéis.

DINARDO. Ya estamos bien apartados,
pues ruegos son excusados,
o llamemos o se intente
el fin de vuestros cuidados.
Las diez da la Concepción.
¡Vive Dios, que pues perdí
de tanto bien la ocasión,
que he de mostraros aquí
si me sobra el corazón!

CAMILO. Oíd la causa primero.

DINARDO. ¿Qué tengo de oír?

CAMILO. Yo quiero
que a lo que vengo sepáis.

DINARDO. Dadas las diez, no creáis
que vuelva limpio el acero;
que aunque no os he deservido,
como sin duda sospecho
ya está el negocio perdido,
porque agravio me habéis hecho,
de que me siento ofendido.
Vos me sacastes, yo fuí
el desafiado aquí;
mas, ya que el agravio es mío,
yo soy quien os desafío;
por eso alargaos de mí.

CAMILO. Si, como decís, perdistes
la ocasión, lugar nos queda
de saber si me ofendistes.

DINARDO. ¿Lugar queréis que os conceda
donde vos no me le distes?
¡Meted mano!

CAMILO. Oíd primero,
oíd, pues sois caballero.

DINARDO. ¿Qué os hice yo, que en mi vida
os hablé?

CAMILO. Bien ofendida
mostrarla de vos espero.
A mi hermana Claridana
servís.

DINARDO. Si yo a vuestra hermana
he visto ni sé quién es,
caiga muerto a vuestros pies.

CAMILO. Pues yo os mostraré mañana
a quien esto me contó.

DINARDO. ¿Estáis satisfecho?

CAMILO. Sí.

DINARDO. ¿Cierto?

CAMILO. Cierto.

DINARDO. Pues yo, no.

CAMILO. ¿No? Pues ¿en qué os ofendí?

DINARDO. En que, declarándoos yo
que la ocasión se perdía,
por vos, de ver una dama
que a las diez se me ofrecía,
en deshonor de mi fama,
culpastes mi cobardía.
Mirad si estoy ofendido
de vos, con mucha razón,
pues la ocasión he perdido
a vueltas de la opinión
en que ya me habéis tenido.
Y bien veis vos que no puedo
volver con honra, si quedo
dejándoos este resabio:
lo que pica eso es agravio,
que ansí se dice en Toledo.
De él somos yo y vos; sacad
la espada.

CAMILO. Si no hay remedio
de volver con amistad,
pongamos la puente en medio.

DINARDO. A las diez, todo es ciudad.
No hay más gente allí que aquí.

CAMILO. Pues defendeos.

DINARDO. Sí haré,
porque os defendáis de mí.

CAMILO. Herido estoy.

DINARDO. No lo sé.

CAMILO. Basta ansí.

DINARDO. No basta ansí.

CAMILO. ¡Válgame Dios!, ¡confesión!

DINARDO. Ir quiero a la Concepción;

mas porque no me desarmen,
quiero llamar en el Carmen.
¡Yo perdí grande ocasión!

(Entrese. Salga en alto BEATRIZ.*)*

BEATRIZ. Noche, a quien llamaron santa
porque callas; así estés
más serenísima un mes
que la más hermosa infanta.
Ansí dure sola un hora,
como en Noruega, en España
el día, a quien tanto extraña
tu tiniebla incubridora.
Así jamás la mañana
te despierte, noche fría,
o amanezca tan sombría,
escura, nevada y cana,
que no se juzgue si es noche;
ansí cuando te importuna
no sea la blanca luna
cristal de tu negro coche.
Que me traigas mi Beltrán,
que ya la ropa está aquí;
tendrás una negra en mí
de las que a tu lado están.
Mil sacrificios te ofrezco
de desvelo y de temor;
que, por ser sombras de amor,
tu negro altar enriquezco.

(MAURICIO *entre.)*

MAURICIO. ¡Si he tardado, y si he perdido,
amor loco, la ocasión!
Pero no, que en el balcón
hacen los marcos ruido.
Rosarda debe de estar
detrás de ellos; ¡qué ventura!
Ayúdame, noche obscura;
dame silencio y lugar.
BEATRIZ. ¿Eres tú?
MAURICIO. ¿Quién puede ser,
mi bien, sino quien te adora?
¿Es hora?
BEATRIZ. Ya mi señora
se acaba de recoger.
MAURICIO. (Por su madre lo dirá.)
Baja, amores, que aquí estoy.
BEATRIZ. Espérame, que ya voy.

(Quítese de la ventana.)

MAURICIO.

No se tomara Troya sin engaño,
ni España se perdiera sin traidores,
ni a Italia gobernaran dictadores,
y Grecia no se viera en tanto daño;
Africa no tuviera rey extraño,
ni el bárbaro laurel, conquistadores;
las industrias en guerras y en amores
nos muestran con su ejemplo el desengaño.
La industria solamente me concede
salir del mar de tanto amor a nado,
porque vencida mi fortuna quede.
Sepa quien ama donde no es amado,
que solamente por la industria puede
venir a ser dichoso un desdichado.

(Entre BEATRIZ.*)*

BEATRIZ. Como tierna corderilla
a su madre, vengo a ti.
MAURICIO. Ven conmigo, que va en mí
el Hércules de Sevilla.
BEATRIZ. ¿Llevas la ropa?
MAURICIO. Aquí va.
BEATRIZ. Todo lo que pude así.
MAURICIO. Gente suena por aquí.
BEATRIZ. Pues echemos por acá.

(Entre BELTRÁN.*)*

BELTRÁN.

Si alguna vez o muchas,
noche escura, fantástica y poeta;
tú que el secreto escuchas
de todo amante, y, siendo tú alcahueta,
jamás dijiste al día:
esto pasó con Juana o con Lucía.
Si alguna vez, repito,
callaste y tu favor diste a quien ama,
noche famosa, ¡chito!;
ansí jamás del sol la clara llama
tus tinieblas ofenda,
ni hasta que tú te vayas él se encienda.
Dame favor agora;
ansí tu negra tumba de bayeta
corra la blanca aurora,
y el postillón de Apolo a la jineta
jamás te traiga nuevas
de que su luz penetrará tus cuevas.
Si así lo hicieres, noche,
dente música amantes trasnochados
hasta que el sol se abroche
su sayo de oro, y salga a ver los prados,

que de perlas cubriste,
cuando tu negra capa recogiste.
Oigas en Salamanca
cantaletas famosas de estudiantes,
a la lechuza blanca,
al buho y a las grullas vigilantes,
murciégalos, mochuelos,
endechas en murallas y arroyuelos.
En esta ciudad, vayas;
pandorga y tenerías en Sevilla;
y por entrambas playas,
hasta llegar a la contraria orilla,
voces que, con extremos,
canten al son del agua y de los remos.
En Galicia, panderos;
en Portugal, tambores y sonajas;
en Madrid, pasteleros
que de las once arriba se hacen rajas,
y nunca te perfumen
ni con su liquidámbar te sahumen.

(En lo alto, ROSARDA.)

ROSARDA. Si tuvieras, mi Dinardo,
el cuidado que yo tengo,
vinieras, como yo vengo,
donde te adoro y te aguardo.
Reloj no falta por dar
de cuantos tiene Toledo;
si es despertador el miedo,
el no temer es no amar.
¡Ay, dulcísimo tirano!,
¡quién diera en esta ocasión
si es reloj el corazón
adonde apunta la mano!
Como es armonía sutil,
desconcertóse esta vez;
para ti no son las diez,
y son para mí diez mil.
Allí un hombre se pasea;
¡ce!, ¡ce!

BELTRÁN. Venturosa ce;
con bien, de tal a, b, c,
la tercera letra sea.
Que siendo mi amor el a
y el venirme bien, la b,
claro está que aquella c
el conocerme será.
Yo soy, baja, lumbre mía,
si te da su llave amor.

ROSARDA. Espera, dulce señor.

BELTRÁN. Dulce dijo, ¿es fantasía?
¿Es ésta? Sí, sí; lo fué.
Dadme albricias, corazón,
pues os dan el galardón
tan debido a vuestra fe.
No estuvo Gerineldos en Sansueña
tan dulce por la dama Quintañona,
ni, por la bella infanta Palamona,
tan alegre Roldán en Fuentidueña;
ni Baltenebros en la pobre peña,
por su dama, tan blando de carona,
ni menos por los caños de Carmona
tan fuerte Baldovinos por su dueña,
como yo por Beatriz; más linda (1)
que un pie bien hecho con zapato nuevo;
más colorada que manzana o guinda.
Si yo la robo y en mis brazos llevo,
Paris a Elena en competencia rinda,
a Europa el toro, y a su Dafne Febo.

(Salga en hábito de hombre ROSARDA: *espada, capotillo y sombrero.)*

ROSARDA. ¿Vengo a tú gusto?

BELTRÁN. ¿Qué es esto?

ROSARDA. He tomado este disfraz
porque lleguemos en paz.

BELTRÁN. Bizarra, por Dios, te has puesto;
ven, que en extremo me agradas;
y los dos para otros dos.

ROSARDA. Si alguien viene, vive Dios,
de dalle seis cuchilladas.

(Entrense; salgan MAURICIO *y* BEATRIZ.)

MAURICIO. El cielo me ha castigado.

BEATRIZ. ¿Y a mí qué premio me dió?

MAURICIO. ¿Cómo tu voz me engañó?

BEATRIZ. ¿Cómo tu voz me ha engañado?

MAURICIO. Yo pensé que eras Rosarda.

BEATRIZ. Yo pensé que eras Beltrán.

MAURICIO. ¡Qué bien mis sucesos van!
¡Quien mal busca, mal aguarda!

BEATRIZ. ¿Rosarda, señor, tenía
hecho concierto con vos
de que os fuésedes los dos?

MAURICIO. ¡Notable desdicha mía!:
hacer elección de un hombre
que me engañó, y no sacó
de cobarde a quien llegó
con la verdad de su nombre.
Si allí me desengañara,
fácil remedio tuviera,

(1) Así én la 1.ª ed.; pero este verso es corto.

que otro y mil hombres hubiera
de quien mi engaño fiara.
Cobarde fué, y muy cobarde;
de miedo no le sacó.

BEATRIZ. Triste de mí, ¿qué haré yo?
MAURICIO. Aguarda, Beatriz.
BEATRIZ. ¿Que aguarde?
Quiérome a casa volver,
por ver si a la puerta está
el que por tardarse ya
tanto mal me pudo hacer.
MAURICIO. Aguarda, escóndete aquí,
que pasa infinita gente.
BEATRIZ. ¿Si es la justicia?
MAURICIO. Detente,
y informaránse de mí.

(Salen dos ALGUACILES *y gente, y, preso,* DINARDO.)

DINARDO.

Ya que me habéis sacado de la iglesia,
llevadme como a noble y caballero.

ALGUACIL.

Señor Dinardo, en causa de una muerte,
con indicio tan grande como hallamos,
llamando a un monasterio y con espada
sangrienta, fuera cosa tan mal hecha
dejaros de traer de aqueste modo
que nos costara mucho, y os prometo
que yo juré el primero, que os sacamos
de la iglesia, que importa que estéis preso
si gozaréis su inmunidad mañana.

MAURICIO.

Preso Dinardo, dicen.

ALGUACIL 2.°

¿Quién va?

MAURICIO.

Amigos,
Mauricio soy, ¿qué es esto?

ALGUACIL.

Poco o nada.
Llamando hallamos este caballero
en la puerta del Carmen, con la espada
llena de sangre, y en la cuesta, muerto,
al mísero Camilo.

MAURICIO.

¡Caso extraño!

ALGUACIL 2.°

Dadnos lugar.

MAURICIO.

¡Ay, trágico suceso!

(Vanse.)

¡Triste Camilo, muerto por mi causa!
Sin duda que riñeron, y a Dinardo
ayudó la razón. Beatriz, escucha.

BEATRIZ.

Temblando estoy.

MAURICIO.

A casa puedes irte,
que éste que llevan preso ha muerto un hombre,
y es el mayor amigo que tenía,
aunque también el muerto lo era mucho.
Quiero librarle, aunque la vida pierda.

BEATRIZ.

Haréis como valiente caballero.
Dios os ayude y guarde. [*Vase.*]

MAURICIO.

Ya que he sido
causa de tanto mal, quiero ayudarle.
El muerto es muerto; grande mal sería
que muriese también el que le ha muerto.
¡Oh, amor, autor de tanto desconcierto!

(Salga ROSARDA *dando de cintarazos a* BELTRÁN.)

ROSARDA. Desvía, infame lacayo.
BELTRÁN. Tente, por Dios; oye, advierte.
ROSARDA. ¿Cómo?
BELTRÁN. ¡Qué mujer tan fuerte!
ROSARDA. No soy mujer, sino rayo.
¿Quién le dijo al picarón
que era mujer?
BELTRÁN. ¡Yo qué sé!
ROSARDA. ¿Quieres saber lo que fué?
BELTRÁN. Sí, por Dios.
ROSARDA. ¡Qué confusión!
Yo soy un cierto estudiante,
como ve, barbiponiente.
BELTRÁN. Mirándole atentamente,
es hombre; diga, adelante.
ROSARDA. Soy de Toledo, y me envía
mi padre a estudiar agora;
amaba a cierta señora
que en esa casa vivía,

la cual Rosarda se llama;
¿hasla visto?

BELTRÁN. Creo que sí;
mas muy de prisa la vi.

ROSARDA. Concerté con esa dama
verla esta noche, y entré
donde ella misma le oyó
que a su Beatriz requebró.

BELTRÁN. Verdad; no lo negaré.

ROSARDA. Pues díjome que, fingiendo
ser Beatriz, saliese a dalle
cuatro palos en la calle;
y esto es lo que voy cumpliendo.

BELTRÁN. No lo ha cumplido muy mal.

ROSARDA. ¡Oye!

BELTRÁN. Ya estoy escuchando.

ROSARDA. Luego al momento le mando...

BELTRÁN. ¡Le mando! ¿en qué tribunal?

ROSARDA. Que por catorce años salga
desterrado de Toledo.

BELTRÁN. ¿Catorce años?

ROSARDA. Yo que puedo
lo mando.

(Dentro, ruido.)

ALGUACIL. ¿No hay quien nos valga?
¡Favor al rey!

ROSARDA. ¿Qué es aquello?

ALGUAC. 2.° ¡A la justicia, favor!

BELTRÁN. Cuchilladas son, señor.

ROSARDA. Parte a vello.

BELTRÁN. Voy a vello.

ROSARDA. ¡Triste yo, que fuí burlada
de aquel cruel! ¡Ay de mí,
que sus palabras creí
y amé, de un hombre engañada!
¿A qué le quedo obligada?
Pues si el cobarde viniera,
quitarme el honor pudiera;
pero si vino después,
no es justo, Amor, que le des
culpa tan injusta y fiera.
Pero si pasó la hora
del concierto, ¿en qué le culpo?
Injustamente disculpo
alma tan falsa y traidora.
Volver a mi casa agora
no puede ser; pues ¿qué haré?
¿Dónde en este traje iré?
¿Pero de qué me ha servido,
de los libros que he leído,
toda la historia que sé?
Semíramis, ¿no regía
del Asia el imperio todo?
¿Enadnes, del propio modo,
a su esposo no seguía?
¿No salió Teodora un día
de la cárcel, transformada
en varón? ¿Pluma y espada
no han dado a mujeres nombre?
Pues desde agora soy hombre;
¡adiós, dulce patria amada!

(Entre BELTRÁN.)

BELTRÁN. ¡Oh, nunca te hubiera visto
para dolor tan notable!
¡Nunca servido te hubiera!

ROSARDA. ¡Beltrán!

BELTRÁN. Quedo, no me llames.
Topé, señor, la justicia;
y a dos hombres, que le hacen
resistencia, pretendía
prender; mas no era bastante.
Pregunté a un mozo sin armas,
que miraba desde aparte
el suceso y la ocasión,
y dijo palabras tales:
"Dinardo, sobre unos celos,
mató a Camilo."

ROSARDA. No pases
adelante.

BELTRÁN. ¿Pues conoces
a alguno?

ROSARDA. He sido su paje,
de Dinardo, algunos días.

BELTRÁN. No son tus penas tan grandes,
que yo servía a Camilo,
que, en efecto, muerto yace.

ROSARDA. Al muerto, Dios le perdone,
y al vivo, le libre y guarde.

BELTRÁN. ¡Ah, pobres muertos!, que, en fin,
nadie los ayuda y vale;
que, de un muerto, quien le hereda
sólo espera aprovecharse.
Pues a fe que esa tu dama
tenga castigo bastante,
que también oí decir
que han de prender a su padre,
y esta noche, si le cogen,
ponerle en pública cárcel
por culpados en la muerte.
Yo, porque acaso el alcalde
no me prenda y dé tormento
mientras se sabe, o no sabe,

si Dinardo le mató,
quiero, con gentil donaire,
amanecer en Illescas.

ROSARDA. A mí me fuera importante
salir luego de Toledo,
que si en los amigos hacen
pesquisa, lo que no sé
querrán que diga y que pague.
Nuestro rey Alfonso, dicen
que a Valladolid se parte;
finjamos tú y yo, Beltrán,
que somos dos negociantes,
y tomaremos dos postas
mientras que esta furia pase.

BELTRÁN. ¿Postas? ¿tienes tú dineros?

ROSARDA. Docientos escudos.

BELTRÁN. Dame
docientas veces los pies.

ROSARDA. Deseo tengo notable
de ver la Universidad
de Salamanca.

BELTRÁN. Mi padre
fué natural de esa tierra.

ROSARDA. Yo, amigo, como estudiante,
voy a mi centro.

BELTRÁN. Si allí
quieres a estudiar quedarte,
vive el cielo de seguirte.

ROSARDA. Los dos mudaremos traje,
que si llego a tener dicha
de ser hombre, y graduarme,
yo te daré un grande oficio.

BELTRÁN. Basta, señor, que me ampares;
que yo tuve, siendo niño,
principios.

ROSARDA. ¿De qué?

BELTRÁN. De sastre.

ROSARDA. Camina a buscar las postas.

BELTRÁN. Siempre me dijo mi madre
que había de ser sonado
por uno de mi linaje.

ROSARDA. ¿En que lo vió?

BELTRÁN. En la nariz.

ROSARDA. ¡Adiós, patria!

BELTRÁN. En esta calle
vive un maestro de postas.

ROSARDA. Hoy, fortuna favorable,
pongo en tus manos mi vida;
¡afuera, temor cobarde!,
que a una mujer, y en peligro,
no hay rayo que se compare.

ACTO SEGUNDO

(Salen PÁNFILO *y* VERINO, *estudiantes.)*

PÁNFILO. No me espanto que hayáis hecho,
Verino (1), con tal donaire
ese vejamen.

VERINO. Sospecho
que cuanto le digo es aire
y no hay cosa de provecho.
Era famosa ocasión
la que ha dado el doctorando
sólo en parecer capón,
y es en la parte que ando
más frío que ellos lo son.
En lo que es su habilidad
le digo algunas mentiras,
pues, si dijera verdad,
ninguno más hábil miras,
Pánfilo, en esta ciudad.

PÁNFILO. Por Dios, que tenéis razón;
no ha venido a Salamanca
tal ingenio.

VERINO. Su nación
anda liberal y franca.

PÁNFILO. Estima su erudición,
que debe de imaginar
un catedrático en él,
asombro de este lugar.

VERINO. Esperanzas tienen de él
por ingenio singular;
que esto de no haber barbado
debe de ser que es muy mozo.

PÁNFILO. ¡Que de doctor tenga el grado
antes de apuntarle el bozo!

VERINO. ¿Qué hará sin barba, y letrado?

PÁNFILO. Esperar a que le venga,
si es que le puede venir,
y abogar cuando la tenga.

VERINO. Ellos deben de salir.

PÁNFILO. El teatro se prevenga.
¿Quién el vejamen tomó?

VERINO. Pinabelo lo estudió,
que tiene donaire en todo.

PÁNFILO. Bueno será de ese modo;
el doctorando llegó.

(Música, y acompañamiento de toda la compañía; vengan los Doctores con sus capirotes y borlas, y los maceros de la Universidad, y ROSARDA, *de letrado, capa y gorra, y un* PAJE *con una fuente y la gorra con la borla en ella.* PINABELO, *de capigorrón, y* BELTRÁN, *de estudiante, pasan con él y no más.)*

---

(1) En la 1.ª ed., "vezino".

(Salen DON JUAN, *en hábito de soldado, y* DON PEDRO, *su hermano.)*

JUAN.

No comen juntos bien dos pleiteantes.

PEDRO.

Si no es el uno cuerdo, no por cierto.

JUAN.

¡Que sufra yo palabras semejantes!

PEDRO.

Don Juan, si habéis en las fronteras muerto
los moros que decís, algunas veces,
que no me mataréis a mí, os advierto:
ya tienen nuestro pleito los jueces;
hermanos somos; no haya más.

JUAN.

Fortuna,
¿este descanso en tanto mal me ofreces?
¿No era mejor morir con honra alguna
adonde he sido capitán, que agora
morir mil veces sin morir ninguna?

PEDRO.

Si la guerra, que tanto al hombre honora,
os era provechosa allá, ¿a qué efeto
venís (a)donde la paz habita y mora?

JUAN.

Porque os pedí, don Pedro, con respeto
no debido a ser vos mayor hermano,
aunque como menor estoy sujeto,
(porque del mayorazgo sois tirano,
siendo de un parto, pues después nacido
saqué primero la derecha mano
y fuí con una cinta conocido,)
que me diérades justos alimentos,
y de ninguna suerte habéis querido;
debistes de esperar, y por momentos,
que me matase un moro.

PEDRO.

Vuestras cosas
llevan siempre, don Juan, tales cimientos.
Y[o] os respondí con cartas amorosas
que, siendo vos soldado, ya la guerra
os daba sus ganancias provechosas;
que yo estaba empeñado, y que esta tierra
estaba con la guerra tan perdida,
que hasta los hombres a morir destierra;
que llegaba la hacienda destruída
para sólo casar a nuestra hermana,
que no ha de estar así toda su vida.
Venistes de la guerra, hallastes llana
la entrada de esta casa, como vuestra;
no os supo mal la vida cortesana;
pedístesme dineros.

JUAN.

¿No era nuestra
esta casa y su hacienda? ¿Qué portazgo
debe un hermano que la sangre os muestra?

PEDRO.

Nací primero yo: ser mayorazgo
me hace único dueño.

JUAN.

Si he perdido
ese nombre, yo doy de hallarle hallazgo.

PEDRO.

Los jueces no tienen definido
ni aun visto el pleito, que es dificultoso,
pues fuí primero yo que vos nacido,
que aquello de la cinta es fabuloso.

JUAN.

En las Sagradas Letras hay ejemplo.

PEDRO.

Yo lo creo y lo adoro.

JUAN.

Así es forzoso.

PEDRO.

Pero dúdolo en vos, cuando contemplo
que no somos los dos profetas santos.

JUAN.

Basta que somos de la iglesia y templo;
tengo de esta verdad testigos tantos
cuanto presto veréis en el proceso.

PEDRO.

Falsos no faltarán.

JUAN.

¿Qué es falsos? Cuantos
dijeren que lo son, mienten.

PEDRO.

Si en eso
recibo agravio, sacaré la espada.

JUAN.

Ya sabes que es honor lo que profeso;
que no tengo por él la sangre en nada.

(Entre TEODORA, *hermana de los dos.)*

TEODORA. ¿A qué puede ya llegar
la locura de los dos?
¿No sois hermanos los dos?;
que lo he venido a dudar.
JUAN. Bien hace, que para mí
ya lo tengo yo dudado.
TEODORA. Bien estuviera excusado
esto que ha pasado aquí.
Envainad las armas presto,
no os vean vuestros criados.
PEDRO. Todos están bien cansados
de este pleito que me ha puesto.
Hácese hermano mayor;
quiéreme quitar mi hacienda.
JUAN. Que lo que es mío pretenda
a nadie parece error.
PEDRO. Mientras pretendes, don Juan,
salte de mi casa.
JUAN. ¿Cómo?
PEDRO. Que salgas.
JUAN. Posesión tomo
de la hacienda que me dan.
Don Pedro, en mi casa estoy;
vete, si te quieres ir,
que en mi casa he de vivir.
PEDRO. ¿Tu casa? Pues yo me voy.
Esa hacienda habrás comprado,
camas, cofres, colgaduras,
escritorios y pinturas
y esos dos cuartos, labrado.
Tuyos mis caballos son;
el coche, tú lo compraste.
JUAN. Todo eso es mío.
PEDRO. Pues baste.
JUAN. Y hoy tomo la posesión.
PEDRO. Es libertad de soldado.
Toma esas llaves, saquea,
y para bien, don Juan, sea
la sentencia que te han dado.
TEODORA. ¡Ea, don Pedro, detente!
Sed amigos, no haya más.
PEDRO. ¿Amigos? No me verás
mientras vive ese insolente.

(Vase DON PEDRO.)

TEODORA. No tienes, don Juan, razón;
háblale (1).
JUAN. ¿Que yo le hable?
¡Por Dios, que vienes notable!
TEODORA. Entre nobles es blasón
pleitear y comer juntos.
JUAN. No lo debemos de ser.
TEODORA. Vergüenza es veros poner
en tan delicados puntos.
JUAN. Yo soy un hombre, Teodora,
que, si de tantos oficios
como sobran, mis servicios
alcanzaran uno agora
por premio suyo, que fuera
bastante para vivir;
nunca viniera a pedir
a don Pedro que me diera
ni alimentos, ni su casa.
Tarda el rey en proveerme,
mi hermano a mis quejas duerme,
viendo lo que el suyo pasa.
Ya estoy cansado de heridas,
de asaltos, fríos y nieves.
La parte que llevar debes,
Teodora, no se la pidas;
que, vive Dios, que si acaso
salgo con el pleito aquí,
que tú conozcas de mí
cómo te remedio y caso.
TEODORA. Agradezco la intención
que de mi remedio tienes;
pero no entiendo que vienes
a este pleito con razón.
Oigo decir que es de suerte
extraño, que no veremos
su fin.
JUAN. ¿Cómo no? Sí haremos.
TEODORA. Mejor es que se concierte
y que tú sigas, don Juan,
la guerra y tus pretensiones.
JUAN. Duda en mi justicia pones;
y a mí, esperanzas me dan.
No dejo de pretender
con el rey, aunque pleiteo
con mi hermano, que deseo
tener fin el de comer.
Pienso que estoy consultado
y a otros muchos preferido.

(UN CRIADO *entre.)*

(1) En la 1.ª ed., "hable".

CRIADO. Aquí en tu busca ha venido,
y de camino, un letrado
que te trae cierto pliego
de Salamanca.

JUAN. ¡Oh, si fuese
el que deseo, y viniese
para mi bien! Entre luego.

(Entran ROSARDA, *como letrado, de camino, y* BELTRÁN, *con traje a propósito.)*

ROSARDA.

Sea vuesa merced muy bien hallado.

JUAN.

Vuesa merced mil veces bien venido.

TEODORA.

¡Qué poca edad para tan gran letrado!

ROSARDA.

Esta carta me dió el doctor Leonido.

JUAN.

Bésoos las manos por tan gran cuidado;
si de darme licencia sois servido,
leeré la carta.

ROSARDA.

Yo recibo en eso
muy gran merced; los pies, señor, os beso.

TEODORA.

Vuesa merced me tenga, como a hermana
de don Juan, por su grande servidora.

ROSARDA.

Por mi señora os tengo.

JUAN.

No era vana
mi presunción; leeré la carta agora.

ROSARDA.

¿Habrá posada por aquí cercana?

BELTRÁN.

Negocia aquí, que dentro de media hora
tendrás recado.

ROSARDA.

¿Y vuestra ropa?

BELTRÁN.

Hernando,
con las mulas también, lo está guardando.

(Lea:)

"Don Juan: Ha dado de manera que hacer vuestro pleito a los doctores de esta Universidad, ni sólo legistas y canonistas, pero también teólogos, que no se ha visto en ella otra cuestión tan notablemente controvertida; el que con más curiosidad la ha visto es el señor doctor Aurelio, que os dará ésta. Si alguno en el mundo, aunque resuciten Bártulo, Baldo y Jasón de Maino, os puede dar este pleito, él lee (1), por ser el más raro, único y famoso ingenio que han visto nuestras escuelas: él va a sus pretensiones; regalalde, servilde, que sólo lo que tiene escrito es para que el Consejo os adjudique el mayorazgo.—*El doctor Leonido.*"

JUAN. ¿Posible es que en estos años
hay tantas Letras? No sé
qué diga; mas bien se ve
que éstos no fueran engaños.
Catedrático de prima
de leyes es quien le (2) abona;
él tiene gentil persona;
mas la edad me desatina.
Pero yo debo creer
al doctor; no hay que dudar.

ROSARDA. Dado habrá que sospechar
la carta.

JUAN. Hacedme placer,
pues que no tenéis posada,
que esta casa lo sea vuestra,
para que la amistad nuestra
quede, señor, confirmada.
A pretensiones venís;
sé que os estoy obligado;
si habéis de ser mi letrado,
si estudiáis y si escribís
en estas dificultades
de mi pleito, ¿en qué lugar,
más ciertas, podréis hallar
deseos y voluntades?
Hacedme tanta merced,
que de esta casa os sirváis.

ROSARDA. Mucho, señor, me obligáis,
y que me debéis, creed,

(1) Así en la 1.ª ed.; pero no hace sentido. Parece que debiera decir "él es".
(2) En el texto, "la".

tanto estudio y tal desvelo,
que ese amor es como hallazgo
que me dais del mayorazgo
que os dió, por milagro, el cielo.
De la primogenitura
de Jacob conoceréis
la justicia que tenéis,
viendo que el cielo procura
restituirle el derecho
por la venta de su hermano.
De Caín y Abel es llano
que fué reprobado y hecho
indigno, por justa pena,
del mayorazgo del cielo.
Y en Medicina, recelo
que Galeno y Avicena
prueban que el hijo que nace
con otro, y sale el postrero,
fué el que se engendra primero.
Y a este propósito hace
que aun entre los animales,
cuando en sus secretos entre,
primero le rompe el vientre
para dar claras señales
que fué primero engendrado,
a la víbora, el mayor
de sus hermanos.

JUAN. Señor,
yo quedo muy confiado
de mi justicia con vos.
¡Qué divino ingenio, hermana!

TEODORA. Yo tengo por cosa llana
que es un ángel.

JUAN. Sí, por Dios;
¿en el rostro no lo ves?

TEODORA. Si es tan sabio como hermoso,
tuyo es el pleito.

JUAN. Es forzoso
que un aposento le des
como para el rey, si fuera
el rey el que aposentaras.

TEODORA. Mucho quisiera que hablaras
a don Pedro, y que viniera
a su casa, que es razón.

JUAN. Yo lo haré por darte gusto.
Que descanséis será justo.

ROSARDA. ¡Beltrán!

BELTRÁN. ¡Señor!

ROSARDA. A un mesón
lleva esas mulas.

JUAN. No hará,
que en casa habrá donde estén;
venid y veréisla bien.

ROSARDA. ¿Tanta merced?

JUAN. Hoy se da
sólo la muestra en serviros.
¡Seguidme!

ROSARDA. Ya voy con vos.

TEODORA. Oíd, hidalgo, por Dios,
que tengo yo que advertiros.

(Váyanse DON JUAN *y* ROSARDA.)

BELTRÁN. Si en algo os sirvo, aquí estoy.

TEODORA. ¿Cómo es del doctor el nombre?

BELTRÁN. Aurelio.

TEODORA. ¡Qué gentilhombre
letrado!

BELTRÁN. Mucho lo soy.

TEODORA. Al doctor digo.

BELTRÁN. Pues yo,
¿pensáis que soy licenciado?
Pues también soy graduado.

TEODORA. ¿Por Salamanca?

BELTRÁN. Eso no.

TEODORA. ¿Pues por dónde?

BELTRÁN. Por Tejares,
que es media legua de allí.

TEODORA. Algo que a mi hermano oí
deseo que me declares.
¿Es allá muy estimado
Aurelio?

BELTRÁN. Pesia a mi mal,
no dicen que tiene igual;
diéronle por claustro el grado.
Verdad es que él no llegara
a la opinión que ha tenido
si por mí no hubiera sido.

TEODORA. ¿Por vos?

BELTRÁN. ¿Pues no es cosa clara?
Yo soy, para entre los dos...

TEODORA. ¡Cómo! ¿El que le enseña acaso?
Bien sospechaba...

BELTRÁN. Hablad paso;
que era muy mozo, por Dios.

TEODORA. Vos debéis de trabajar,
y él ganarse la opinión.

BELTRÁN. No está en eso la razón.

TEODORA. Pues ¿en qué?

BELTRÁN. Voy a comprar,
a la plaza, de comer,
y comiendo por mi mano
vive y estudia, y es llano
que por mí viene a saber.
Que en lo demás, un rocín
aprendiera más.

TEODORA. ¡Qué engaños!
BELTRÁN. Pues sólo aprendí en seis años
a pedir vaca en latín.
TEODORA. ¿Es ya casado el doctor?
BELTRÁN. Casamientos le han salido;
pero es hombre bien nacido;
tiene sus puntos de honor.
Préciase de caballero,
y hasta que esté proveído
no hay orden de dar oído
a lo que llaman dinero.
Ayer, por Dios, me decía
que gastar en pretender
el dote de su mujer,
era catarribería.
TEODORA. ¿Que es caballero?
BELTRÁN. ¡Oh, qué lindo!
No hay hidalgote de aldea
que más bien nacido sea;
es Arias, Méndez, Galindo,
Girón, Mendoza, Pacheco,
Domingo, Lunes y Martes.
TEODORA. Un hombre de tantas partes
casaráse bien, sospecho.
BELTRÁN. Veinte mil le dan y más.
TEODORA. ¿Veinte?
BELTRÁN. Mas la desposada
era tuerta y corcovada
y parienta de Caifás.
TEODORA. Ahora bien; la ropa sube,
y darásla a una criada.
BELTRÁN. ¿Que hay criada?
TEODORA. Y bien hablada.
BELTRÁN. Será de tal sol tal nube.
TEODORA. Puesto que estudiante seas,
su agudeza estimarás;
mas pienso que visto habrás
otras más sabias Medeas.
Que las damas de tu amo
tendrían en tal ciudad
criadas de habilidad.
BELTRÁN. ¿Damas o qué?
TEODORA. Damas llamo
los requiebros que tendría
un mozo de su persona.
BELTRÁN. Lo que ha estudiado le abona,
para que pienses que un día
los ojos no levantó
de los libros.
TEODORA. ¿Por tu vida?
BELTRÁN. Amor fué siempre homicida
de las Letras.
TEODORA. Pienso yo
que quieren más los letrados,
que quien más sabe, más siente.
BELTRÁN. Es argumento evidente;
yo he visto mil lastimados.
TEODORA. Ve por la ropa.
BELTRÁN. El doctor
muestra su edad en su cara.
TEODORA. Sospecho que me pesara
si a nadie tuviera amor.

(Entre DINARDO, *en hábito de soldado, y* URBANO *con él.)*

DINARDO.

Esta es, Urbano, la imperial Toledo,
famosa, con razón, a los extraños,
y adonde llego con notable miedo,
aunque de ella he faltado tantos años;
este español y no cretense enredo
tuvo, para ser causa de mis daños,
aquella fiera o Minotauro fiero,
primera causa de mi mal postrero.
Aquí, de un caballero, decediente
de quien la conquistó del africano,
nació Rosarda, y fué su pretendiente
con memoriales del amor en vano.
¿Ves aquesta calzada que a la puente
baja del Tajo a la siniestra mano,
Tajo que vence en majestad al Nilo?
Pues allí nos hablamos yo y Camilo.
Pienso que si bajásemos, verías
aun hoy la sangre, que pegada al muro,
vivo testigo entre sus piedras frías,
muestra el suceso que encubrir procuro;
allí, cargado de desdichas mías,
llamé a la puerta por estar seguro;
mas visto de dos varas, ¡triste suerte!,
por poco fueran aspas de mi muerte.
Prendiéronme, y llevándome al camino
de la cárcel, salió Mauricio armado
de un jaco y un broquel; Mauricio, digno
de honrar el templo a la amistad sagrado:
¿no has visto arrebatar un torbellino
los cardos secos de arenoso prado?
Pues así los llevaba dando vueltas,
con manos fuertes y con plantas sueltas.
Apenas me desasen dos corchetes,
que ansí los llama el vulgo, cuando arranco
la espada al uno.

URBANO.

Aun pienso que arremetes.

DINARDO.

Y voy haciendo riza y campo franco.
Yo no he visto ligeros martinetes
del azor de Noruega, pardo y blanco,
tan veloces huir; pero el postrero
pienso que dijo confesión primero.
  Por San Miguel el Alto bajo al barco,
y apenas llegó el agua a hacerme señas,
cuando sin él en su furor me embarco,
y a nado salgo a las opuestas peñas;
la espada y capa, como puedo, abarco,
y por las cuestas, que no son pequeñas,
doy en la Sisla.

URBANO.

¿Qué es la Sisla?

DINARDO.

Un templo
del Cardenal, de penitencia ejemplo.
  Allí estuve dos meses; mas sabiendo
que aquella misma noche fué mi dama
de casa de su padre, sola, huyendo,
y que donde se fué calló la fama,
fuí por toda la Francia discurriendo,
y en cuanto el mar de Italia se derrama
hasta pasar el golfo de Venecia,
que, como dicen, quien la ve la precia.
  Di la vuelta, después de gran discurso,
por todo el Archipiélago y Morea,
y en España otra vez paró mi curso
donde el Genil morisco la rodea;
allí del rey Alfonso el gran concurso
contra los moros mi persona emplea;
serví, fuí alférez de don Luis Galindo,
a cuyo lado tres banderas rindo.
  Nunca en todo este tiempo tuve nuevas,
por cartas que escribiese, de Rosarda;
aunque sus padres, con prolijas pruebas,
la hallaron muerta, por lo menos tarda.

URBANO.

Ya no es tiempo que lágrimas le debas.

DINARDO.

¡Ay, Urbano!, que sólo me acobarda
pensar que por mi culpa se ha perdido.

URBANO.

Tan triste historia como extraña ha sido,
  y no es justo, señor, que tengas miedo
de volver a tu patria tras seis años,
pues ya nueva justicia habrá en Toledo.

DINARDO.

La patria es buena siempre para extraños;
los padres de Camilo, temer puedo,
que no se olvidarán de tantos daños.
También los de Rosarda, si han creído
que de su hija el robador he sido.
  Mas, de cualquiera suerte, ya he llegado;
saber, Urbano, quiero, de secreto,
de mis desdichas el presente estado.

URBANO.

Servirte, en cuanto pueda, te prometo.

DINARDO.

Si algún amigo, Urbano, me ha quedado
que, ausente, pueda yo llamar perfeto,
de él sabré de Rosarda y del estilo
con que ablandar los padres de Camilo.
  Esta es mi casa antigua; en esta piedra
se ve el blasón de mis mayores nobles,
si no le cubre aquella verde yedra
coronada de palmas y de robles.
¡Cuál vengo y cuál salí!; mas esto medra
quien de amor fía y de sus tratos dobles.
Entre quedito, que la casa es fuerte.

URBANO.

Antes que tu prisión, veré mi muerte.

(Entrense; salgan DON PEDRO *y* TEODORA.*)*

PEDRO. Sola esta nueva me diera
ocasión de ser su amigo.
TEODORA. A las albricias me obligo
para tiempo en que Dios quiera
  que te pueda regalar.
PEDRO. Yo, Teodora, yo no soy,
pues que tan humilde estoy,
el que te puede casar.
  Corra a cuenta de don Juan;
él te case, que yo no;
ya Su Majestad le dió
lo que a pocos hombres dan.
TEODORA. No es poco un hábito y ser
Corregidor de Toledo.
PEDRO. Si estando solo ya puedo
el pleito, hermana, temer,
  ¿quién duda que ha de vencerme
y el mayorazgo quitarme?
TEODORA. Si de esto debo alegrarme,
¿de eso debo entristecerme?
  Aunque para sustentar
hábito y corregimiento

de tanto honor, que no siento
que otro le pueda igualar,
la hacienda habrá menester.

PEDRO. No le tuviera temor
que saliera vencedor
del pleito que hoy se ha de ver.
Como no hubiera venido
este doctor desbarbado,
que tiene al mundo admirado
y al mismo inventor vencido
de los decretos y leyes.

TEODORA. ¿Qué dice el Consejo de él?

PEDRO. Que están cifradas en él,
de emperadores y reyes
y pontífices, las sumas
con que el mundo se gobierna;
que merece que la eterna
fama le ponga en sus plumas.
Yo, por no hacer un mal hecho
con él, o con sangre mía,
quiero que sirva este día
mi paciencia de provecho.
Voyme una legua de aquí,
donde un monasterio está,
con quien me defenderá
de los que son contra mí.
Dile a don Juan que le doy,
del hábito, el parabién;
que es honra mía también,
pues, al fin, su hermano soy.
Y que por mil años sea
Corregidor de Toledo,
y que si servirle puedo,
de nuestra sangre lo crea.
Que desde allí vaya a ser
asistente de Sevilla.
¡Fabricio!

FABRICIO. ¡Señor!

PEDRO. Ensilla.

TEODORA. Aguarda, hermano, a comer.

PEDRO. Dame licencia, y perdona,
que hasta ver quién ha venido
no lo he de ver.

TEODORA. No has tenido
razón, que a don Juan le abona
la necesidad notable
con que vino de la guerra.

PEDRO. Si tanto valor encierra,
que no hay soldado que hable
sin mil alabanzas de él,
lo que el Rey le dió esperara,
y con su sangre no usara
un término tan cruel.

TEODORA. Don Juan no se pensó ver
con este cargo.

PEDRO. Es decir,
¿que a quien vence has de acudir?
Eres, Teodora, mujer.

(Vase DON PEDRO.)

TEODORA.

Con cuáles ojos te miró, Teodora,
doctor de amor, esfinge de su enigma,
de su ley catedrático de prima,
que enseñas a querer quien ya te adora.
Si vences pleitos que el más sabio ignora,
¿qué mucho que tu ciencia en mí se imprima?
Tu dicípulo soy, tu luz me anima
al alto grado de quererme agora.
Repartir la justicia en igual grado
es la difinición más excelente;
luego es justicia amar al que es amado.
La ley de amor entiéndese igualmente,
que siendo, Aurelio, tú tan gran letrado,
no has de darle sentido diferente.

(Entre BELTRÁN.)

BELTRÁN. Sin advertir en que soy
estudiante y pretendiente,
graduado por Tejares,
in utroque y en utreque.
Por toda Valladolid,
corte donde Alonso tiene
los más heroicos letrados
del Consejo y de las leyes
que vieron Roma y Atenas,
aunque sus Licurgos entren,
vengo dando voces: "¡Víctor!,
¡víctor, don Juan!" Y la gente
como el eco me responde,
que dice lo que no entiende.
Alzan la cabeza sastres,
calceteros me detienen,
agujeteros no clavan
y espántanse mercaderes;
las plumas sobre las mesas
los escribanos suspenden,
sin proseguir, mientras paso,
"Sepan cuantos ésta vieren."
Ni acepilla el carpintero,
ni los sombrereros venden,
ni los herreros martillan,
ni los cordoneros tuercen;
los taberneros no miden,

ni de golpe espumas vierten,
ni con el dedo el frutero
baja el peso donde quiere;
los buñeleros no hilan
masa que echar en aceite;
ni los zapateros cosen,
ni los alguaciles prenden;
verdad es, y aun era justo,
que decía muchas veces:
"¡Víctor, el doctor Aurelio!;
víctor!"; que mil pretendientes
salen tras él y me ayudan
diciendo que lo merece.
Unos le llaman Jasón,
Demóstenes elocuente,
Licurgo, Bártulo y Baldo,
y otro "desbarbado fénix".
Porque después de informar
a los señores jueces,
en impresa información,
del hecho en que el pleito pende,
habló en sus estrados hoy
Aurelio, tan altamente,
que mal año para Livio,
el Petrarca ni Holofernes.
En fin, a don Juan le han dado
sentencia en favor, y creen
que le darán al Doctor
una honrosa plaza en breve.
Dame albricias, que bien ves
que traigo los zaragüelles
con más troneras que un muro,
y en cuartos los dos cuarteles.
Tanto, que ya al zancarrón
de Mahoma se parecen:
que si él se tiene en el aire,
ellos también, como fuelles.

TEODORA. ¿Sabe ya, Beltrán, don Juan
que salió en este momento
hábito y corregimiento?

BELTRÁN. Todos parabién le dan,
de hábito, sentencia y vara.

TEODORA. Pues esta sortija es tuya.

(Entren DON JUAN *y* ROSARDA.)

ROSARDA. Sólo en que mi amor se arguya
mi pensamiento repara.

JUAN. Tu amor se arguye también,
fénix de todo el Derecho,
que mi hacienda ni mi pecho
no hallan premio que te den.

TEODORA. ¡Oh, señor Corregidor!,
por muchos años gocéis
el hábito.

JUAN. Aunque me veis,
Teodora, con tanto honor,
más estimo haber salido
con la sentencia de hoy.

TEODORA. Pues el parabién os doy.

JUAN. Estoy tan agradecido,
Aurelio, que, a no tener
agora en que le emplear,
recibiera más pesar
que el bien me ha dado placer.
Abrazalde, hermana mía;
todo esto y más le debemos.

TEODORA. Vos hacéis justos extremos,
todo lo merece el día.
Todo el Doctor lo merece;
brazos y abrazos le doy.

ROSARDA. Como vuestra hechura soy,
mi honor, con el vuestro crece.

TEODORA. De buena gana os abrazo.

ROSARDA. Hacéisme toda merced.

TEODORA. Que soy muy vuestra creed.

ROSARDA. Nunca Amor deshaga el lazo.

JUAN. Pues yo no tengo qué os dar
que iguale a vuestro valor,
ya que soy Corregidor,
os doy mi propio lugar.
Mi Alcalde Mayor seréis:
conmigo iréis a Toledo.

ROSARDA. ¿Cómo agradeceros puedo
las mercedes que me hacéis?

JUAN. Detenéos, Aurelio; ¿cómo
vos a mis pies?

ROSARDA. ¿No es razón?

JUAN. Esto no es satisfacción,
que si, como vara tomo,
tomara cetro, ¡por Dios,
que era vuestra la mitad!

ROSARDA. Otra vez los pies me dad.

JUAN. Esto y más os debo a vos.

BELTRÁN. Señora, pues mi señor
va a Toledo a ser alcalde,
no vaya Beltrán de balde.
Decilde al Corregidor
que me haga su alguacil;
mas de los veinte he de ser,
que si más piensa tener,
será la ganancia vil.

ROSARDA. ¿Será[s] para serlo?

BELTRÁN. ¿Qué?
¡Vive Dios, que os prenda a vos!

JUAN. De hoy más vivirá en los dos

una voluntad y fe;
y porque veáis que quiero
vuestra persona estimar,
muy presto os quiero casar,
por la fe de caballero.

ROSARDA. De vuestra mano, no dudo
que será bien acertado.

JUAN. Si yo soy, Aurelio, honrado,
cuanto el Rey honrarme pudo,
eso será el casamiento,
que a mi hermana os quiero dar.

ROSARDA. Los pies os quiero besar
mil veces.

JUAN. Hablad con tiento,
porque no lo entienda agora.

ROSARDA. [*Ap.*] ¡Buenos mis intentos van,
si hoy me obligase don Juan
a casarme con Teodora!

TEODORA. Hermano, pues hoy es día
de hacer merced y favor,
siendo vos Corregidor,
llevad una vara mía.
Sea yo vuestro alguacil.

JUAN. Todas son vuestras, Teodora;
yo os la mando desde agora,
y mil, como fueran mil.

TEODORA. Bésoos las manos.

JUAN. ¿Quién es?

TEODORA. El hombre que os la pidió,
Beltrán.

JUAN. Débosela yo.

TEODORA. Llegad, besalde los pies.

BELTRÁN. Yo tu alguacil, aunque indigno,
prometo serte leal
y no hacer a nadie mal.

JUAN. No juréis.

ROSARDA. ¡Qué desatino!

BELTRÁN. Prometo de no prender
amancebado ninguno,
ni entrar a prender alguno
a las horas del comer.
Ni sacarle de la cama,
que es gran descomedimiento;
ni por treinta, ni por ciento,
quitar a nadie la fama.
Prometo prender ladrones,
tahures y vagamundos,
y sacar de los profundos
falsos testigos soplones.
Maldicientes, homicidas,
pesos falsos, mohatreros,
aguadores, taberneros,
que adoban y quitan vidas.

JUAN. Dejad de jurar, Beltrán,
que después vos no sabréis
de qué manera seréis.

TEODORA. ¿Qué es lo que os dijo don Juan?

ROSARDA. Que me aprestase a partir.

TEODORA. ¿No otra cosa?

ROSARDA. No, por Dios.

TEODORA. Hablemos después los dos,
que tengo yo que os decir.

JUAN. Vamos a hablar a mi hermano,
que ya sé yo dónde está:
que esto, y más, lo dejo ya,
como primero, en su mano.
Teodora nos haga amigos
antes que vaya a Toledo.

TEODORA. Yo lo intentaré, si puedo.

ROSARDA. ¡Cielos, divinos testigos
del principio de mi amor!
Notable cosa ha de ser
que, en su patria, una mujer
sirva de Alcalde Mayor.

ACTO TERCERO

(MAURICIO, DINARDO, URBANO.)

MAURICIO.

Conviene que os guardéis, porque, en efeto,
cualquier justicia nueva entra furiosa,
y, como no conoce, no hay respeto.

DINARDO.

Que, en efecto, la noche rigurosa
que de los alguaciles me librastes
con tal valor y hazaña tan famosa,
en la ciudad, Mauricio, os sosegastes,
y dentro de dos meses, con amigos,
a la nueva justicia os presentastes.

MAURICIO.

Idos de la ciudad los enemigos,
no tuve que temer; y, finalmente,
abonaron mi causa los testigos:
que los testigos pueden fácilmente
dar o quitar, y mucho más la pluma,
si del favor la lleva la corriente.
Costóme cárcel y dinero; en suma:
libre salí de aquella resistencia.

DINARDO.

¡Que el tiempo mis desdichas no consuma!

MAURICIO.

Bien pudiérades vos, tras tanta ausencia,
Dinardo, presentaros, si la muerte,
que restó (1) de tan igual pendencia,
fuera vuestro delito, aunque tan fuerte
os parezca su padre de Camilo.

DINARDO.

Pues ¿qué puede estorbarlo de esa suerte?
¿Tengo otra cosa yo?

MAURICIO.

De vuestro estilo,
a la verdad, que siempre habéis tratado,
y de tenerme a mí por vuestro asilo,
creo, Dinardo, que no estáis culpado
en la querella, que los padres tristes
de vuestra dama contra vos han dado,
porque la misma noche que os partistes,
de su casa faltó.

DINARDO.

Pues, de ese modo,
vos sólo mi secreto descubristes.

MAURICIO.

¿Yo, Dinardo?

DINARDO.

Mis quejas acomodo,
con justa causa, a vos.

MAURICIO.

Tened sosiego,
que unos papeles lo dijeron todo;
buscando su aposento hallaron luego
de un escritorio las navetas llenas,
que harto mejor se los guardara el fuego;
no vió su padre vuestra letra apenas,
cuando con ellos y un testigo solo
se querella de vos.

DINARDO.

¿Quedan más penas?
¿Ha visto, en cuanto cerca, el rojo Apolo
algún hombre más triste y desdichado?
¿Querella contra mí?

MAURICIO.

De polo a polo
a Rosarda sospecho que han buscado;
las joyas que sacó, dicen que han sido
por quien es muerta, y que la habéis robado.

DINARDO.

¿Aun eso más? ¿Y quién, tan atrevido,
pudo jurar que yo servía a Rosarda,
si no es haber mi letra conocido?

MAURICIO.

Beatriz, una criada que aún aguarda
que vos se lo paguéis, sí, que aquí vive.

DINARDO.

¡Cómo, Mauricio, mi venganza tarda!
Enseñadme la casa.

MAURICIO.

Cuando estribe
vuestro remedio en eso; pero agora
ya veis, Dinardo, el daño que recibe;
la justicia entra nueva, no mejora
vuestro pleito en matar esta criada,
que jura que os amaba su señora.

DINARDO.

¿Quién es Corregidor?

MAURICIO.

La más honrada
persona que elegir el Rey pudiera,
y de una cruz su sangre acreditada:
don Juan de Salazar, que en la frontera
de Granada hizo cosas valerosas,
de Alfonso levantando la bandera;
pero daña en extremo vuestras cosas
la amistad de su padre de Rosarda.

DINARDO.

¿Aun esto más, desdichas rigurosas?

MAURICIO.

El le puso la casa, y él le aguarda;
él regala a una hermana que ha traído,
que es, Dinardo, por Dios, dama gallarda,
y de quien yo me siento tan perdido,
que a Marcelino, de Rosarda hermano,
matar de celos pienso que he querido.

DINARDO.

¡Oh varia condición del pecho humano!
¡Válame Dios, qué extrañas novedades!

MAURICIO.

De éstas, Dinardo, os admiráis en vano;
en siete años se han visto mil ciudades

(1) Así en la 1.ª ed.; pero al verso le falta una sílaba, y acaso en el original dijera: "resultó", en vez de "restó".

su elevada soberbia por el suelo,
cuánto más nuestras flacas voluntades.
Muda la tierra el variar del cielo,
y que halléis a Toledo diferente
no es ver un monte por el aire en vuelo.
También os daña un grande inconveniente...

DINARDO.

¿Otra cosa os quedaba?

MAURICIO.

Haber traído
un Alcalde Mayor barbiponiente,
que porque le parece que es tenido
por mozo más gallardo que letrado,
en tigre, y no en juez, se ha convertido;
no le ha quedado bravo y desterrado,
valiente, jugador y vagamundo.

[DINARDO.]

¡Qué desdicha!

MAURICIO.

Yo soy el desdichado.
Porque es el mozo más galán del mundo,
y está medio casado con Teodora;
así, en el aire mi esperanza fundo.

DINARDO.

¿Quién es esta Teodora?

MAURICIO.

Esta señora
hermana de don Juan.

DINARDO.

¡Ah, noche amiga,
de todo fugitivo defensora!

URBANO.

Si el miedo de esas cosas os obliga,
echad por esta calle, que gran gente
baja con armas.

MAURICIO.

No, es peor que siga;
Dinardo viene ya tan diferente,
fuera de que son todos forasteros,
que el huir es hácerse delincuente;
yo pienso que son todos caballeros.

(Entren de ronda ANDRONIO, LEONARDO, ALGUACILES *y* BERNARDO, *escribano;* BELTRÁN, *ya vestido de alguacil gracioso;* ROSARDA, *de Alcalde mayor.)*

ROSARDA. Llegad presto.
BELTRÁN. ¿Llegarán?
ANDRONIO. Llegad, Beltrán.
BELTRÁN. ¿Sólo yo?
LEONARDO. ¿Pues quién?
BELTRÁN. ¿Son ladrones?
DINARDO. No.
ROSARDA. Pues bien, ¿qué dicen, Beltrán?
BELTRÁN. Dicen que no son ladrones.
ROSARDA. Decid que os den las espadas
y se recojan.
BELTRÁN. ¿Son dadas
las once?
ROSARDA. ¡Lindas razones!
BELTRÁN. El sor Alcalde Mayor
dice que me den las armas.
MAURICIO. ¿A caballeros desarmas,
lindo alguacil?
DINARDO. ¡Lindo humor!
BELTRÁN. Créanme y dénmelas luego,
que si me enojo...
MAURICIO. Mirad
que es peligro.
BELTRÁN. Esta ciudad
no me conoce.
MAURICIO. Y os ruego
que las deis de buena gana,
y nos vamos, que es mejor;
porque el Alcalde Mayor
me las volverá mañana.
Que si él llega, podrá ser
que haya alguno que os conozca.
URBANO. No dejéis que os reconozca,
que os echaréis a perder.
DINARDO. De mala gana la doy;
tomad, hidalgo, la espada.
BELTRÁN. Muestre.
DINARDO. Mirad que es dorada.
BELTRÁN. Esta noche, bueno voy.
¿Él no da la suya?
MAURICIO. Sí;
mirad que me la guardéis.
BELTRÁN. ¿Vos para qué os escondéis?
URBANO. ¿Yo me escondo? Véisla aquí.
ROSARDA. ¿Hay gusto como mirar
rondar a Beltrán?
BERNARDO. Sufrimos
mal la risa.
BELTRÁN. ¿Oyen?
DINARDO. Sí oímos.
BELTRÁN. Que se vayan a acostar.
ROSARDA. ¿Qué hay, Beltrán?
BELTRÁN. Por Dios, señor,

que solo, como me ves,
he desarmado a los tres.

ROSARDA. Sois ministro de valor.
¡Hola!, los hombres se van;
reconoced bien quién son.

URBANO. Acá vuelve el escuadrón.

BERNARDO. ¡Ah, caballero! ¡Ah, galán!
¿Quién diremos al señor
Alcalde Mayor?

DINARDO. ¿Fué bueno
dar las espadas?

MAURICIO. Condeno
mi consejo y mi temor.

DINARDO. Ya que nos han desarmado,
¿qué es lo que quieren saber?
Correré.

MAURICIO. Ya no hay correr:
los pasos nos han tomado.

ROSARDA. ¿Quién va, señores?

MAURICIO. Mauricio,
a tu servicio, soy yo.

ROSARDA. ¿Y ese hidalgo?

MAURICIO. Aquí llegó,
que a pretender un oficio
pasa a la corte.

ROSARDA. ¿Embozado
delante de mí se pone?

(Desemboce ROSARDA *a* DINARDO.)

DINARDO. Vuesa merced me perdone,
que ando un poco resfriado.

ROSARDA. Llega esa linterna, tú.
¿Adónde os he visto yo?

DINARDO. ¿A mí? Yo pienso que no.

ROSARDA. ¡Jesú, mil veces Jesú!

BERNARDO. Señor, retírate aquí.

ROSARDA. ¿Qué hay, Bernardo?

BERNARDO. Yo, que puedo,
porque, al fin, soy de Toledo,
diré quién son; oye.

ROSARDA. Di.

[BERNARDO.] Conocer los delincuentes
que tú no sabes quién son;
hoy quiero que tu opinión
con esta prisión aumentes.

ROSARDA. Dejadme, no lo digáis.

BERNARDO. ¿Cómo no?

ROSARDA. Gran mal aguardo.

BERNARDO. Mira, señor, que es Dinardo.

ROSARDA. Sospecho que os engañáis.

BERNARDO. Este dió muerte a Camilo;
éste a Rosarda robó,
y aun dicen que la mató.
Mira que no es buen estilo
rondar de aquesta manera.

ROSARDA. *([Ap.]* Ya no lo puedo excusar.
Mas ¿quién le puede librar
como yo? Pues ¿qué me altera?
Fuera de esto, en la prisión
cada día le veré;
que, puesto que ingrato fué,
por él mis desdichas son.
Y al cabo de tantos años
se renueva en mi memoria
aquella sabrosa historia
de mi amor y sus engaños.
Quiérole mostrar rigor.)
¡Asid aquel hombre, luego!

DINARDO. Suplícoos, señor...

ROSARDA. No hay ruego
con quien no merece amor.

DINARDO. ¡Señor Alcalde!...

ROSARDA. Ya sé
quién sois.

DINARDO. Soy un caballero.

ROSARDA. Sois un ladrón, que yo quiero
como al alma.

DINARDO. A mí, ¿por qué?

ROSARDA. Vos matastes a Camilo.

DINARDO. No hay tal.

BELTRÁN. Negallo es peor.

DINARDO. Señor Alcalde Mayor,
aunque del cuchillo el filo
me podáis poner al cuello,
no es bien que me tratéis mal.

MAURICIO. De que es hombre principal
(que no debéis de sabello,
pues le tratáis de esta suerte)
os aseguro.

ROSARDA. ¡Por Dios,
que os prenda también a vos,
por cómplice de esta muerte!
No es caballero quien es
ladrón.

DINARDO. ¿Yo ladrón?

ROSARDA. ¿Pues no?

MAURICIO. Los que dicen que robó
a Rosarda, y que después
la mató para roballa,
hablan a tiento, señor.

DINARDO. Confieso tenerla amor
y que concerté sacalla,
por temor de un casamiento;
pero, si yo la saqué,
máteme un rayo.

ROSARDA. Eso fué,
Dinardo, lo que yo siento.
DINARDO. ¿Fuera roballa mejor?
ROSARDA. Mejor, en efecto, fuera
que no que ella se perdiera
por teneros tanto amor.
¡Ea, llevalde!
DINARDO. Acabó
hoy la fortuna conmigo.
ROSARDA. ¿Vos no volvéis por amigo
que tal mujer os quitó?
MAURICIO. Yo tengo allá qué os contar,
de que estoy arrepentido.
ROSARDA. Id cuando seáis servido.
BELTRÁN. ¿Téngole yo de llevar?
ROSARDA. ¿Vos?
BELTRÁN. ¿Pues quién?
ROSARDA. Que ayudéis sobra.
¡Buena prisión la primera!
BERNARDO. ¡Gran premio el Doctor espera!
ANDRONIO. Fama para siempre cobra.
ROSARDA. ¿Que éste es Dinardo? Llevalde.
(*[Ap.]* Mas, ¿de qué sirve el fu-
[ror?
Que el ser yo Alcalde Mayor
es tener el padre alcalde.)

(Váyanse; salen TEODORA, DON JUAN, *con su hábito de Santiago.)*

JUAN. Procede, hermana, tan bien,
que se espanta la ciudad,
y tiene Su Majestad
gran noticia de él también.
A Murcia, que siendo infante
ganó el Rey, tiene afición,
y quiere, en esta ocasión,
darle un gobierno importante.
Mi hermano me escribe aquí
que le ha propuesto el Consejo
a este mozo, en letras viejo.
TEODORA. ¿Y daránle a Murcia?
JUAN. Sí;
porque él iba consultado,
pienso que en primer lugar.
¿Qué es menester aguardar,
pues yo estoy determinado?
TEODORA. Tu hechura soy; a tu cuenta,
que no de don Pedro, está
mi remedio.
JUAN. Pues que ya
esto de veras se intenta,
declararéme con él;
que, en fin, un corregidor
de Murcia tiene valor,
que puedes honrarte de él.
No estés agora delante;
retírate.
TEODORA. ¡Ay, cielo eterno!
JUAN. ¿Qué dices?
TEODORA. Que este gobierno
traerá una plaza importante.

(Váyanse; sale sola TEODORA (1), *y sale* BELTRÁN.)

BELTRÁN. Pensará vuesa merced
que es como quiera alguacil
Beltrán.
JUAN. Tu ingenio es sutil.
BELTRÁN. Háceme en todo merced.
Yo he preso a Dinardo.
JUAN. ¿Vos?
BELTRÁN. Yo, por Dios.
JUAN. ¡Prisión notable!
BELTRÁN. Caso ha sido razonable.
JUAN. Merecéis premio, ¡por Dios!
De hoy más en mucho os ten-
bravo sois, de polo a polo; [drán;
¿fué solo?
BELTRÁN. Prendile solo.
JUAN. ¡Bien, por vida de don Juan!
¿Qué?, ¿ninguno de estos viles
iba con vos?
BELTRÁN. Sí, señor.
JUAN. ¿Quién?
BELTRÁN. El Alcalde Mayor
y diez o doce alguaciles.
JUAN. ¿Eso llamáis solo?
BELTRÁN. ¿Pues?

(Entre ROSARDA, *con capa y gorra y vara, firmando unos mandamientos, dando uno y tomando otro al escribano.)*

ROSARDA. ¿Qué es aqueste?
BERNARDO. Una prisión.
ROSARDA. ¿Y éstos?
BERNARDO. Para fuera son.
ROSARDA. ¿Este?
BERNARDO. Un desembargo es.
ROSARDA. Tomad allá, que está aquí
el señor don Juan. ¡Señor!
JUAN. Que hablaros tengo, Doctor.
ROSARDA. ¡Beltrán!

---

(1) Así en el texto; pero debiera decir: "*Váyase sola* TEODORA...".

BELTRÁN. ¡Señor!
ROSARDA. ¿Fuiste?
BELTRÁN. Fuí.
Pero Beatriz, la criada
de Rosarda, estaba fuera;
supe la casa, y quisiera
saber si estaba cerrada
por de fuera, como suelen
los que están amancebados,
y de romper los candados,
manos y brazos me duelen.
Agora vuelvo, y verás
cómo te la traigo aquí.
ROSARDA. Parte.
JUAN. ¿Puedo hablarte?
ROSARDA. Sí.

(Váyase BELTRÁN.)

JUAN. Yo, Aurelio, pienso que estás
de mi voluntad seguro.
ROSARDA. Las mercedes que me has hecho
lo dicen bien.
JUAN. Satisfecho
de que tu aumento procuro.
Sabe que mi diligencia
te ha dado el corregimiento
de Murcia.
ROSARDA. Será mi aumento
para servirte.
JUAN. Tu ausencia
tengo de sentir, Doctor;
pero un consuelo he buscado,
que es enviarte casado
con mi hermana.
ROSARDA. ¿Tanto honor?
Tanto bien, tanta grandeza,
¿de quién se pudo esperar?
JUAN. El acertarte a obligar
tengo por honra y riqueza.
¿Cuándo te resolverás
a desposarte?
ROSARDA. A que acabe
este negocio, que es grave,
quiero que aguardes, no más.
Que quiero dejar, señor,
buena opinión en Toledo.
JUAN. ¿Luego hablar con ella puedo?
ROSARDA. Dile que a su gran valor
ofrezco un esclavo.
JUAN. Vamos
para que juntos la hablemos.
ROSARDA. Serás medio en dos extremos.
JUAN. Hoy los tres nos igualamos.
ROSARDA. Sólo servirte pretendo.
JUAN. A todos nos has de honrar.
ROSARDA. (¡Cielos! ¿En qué han de parar
los desatinos que emprendo?)

(Entrense; salga BELTRÁN *y* DOS ESBIRROS.) (1)

BELTRÁN. Hame dado comisión
para esta causa, en que aguardo
gran premio, porque a Dinardo
yo le prendí.
ESBIRRO 1.° Gran prisión.
BELTRÁN. Los cómplices, los testigos,
todos los he de prender.
ESBIRRO 2.° ¡Qué gran ministro has de ser!
BELTRÁN. Prenderé los más amigos.
No sé qué diablos se tiene
esta vara que empuñé,
que desde entonces no sé
qué furia de ella me viene,
que se me entra al corazón
y me dice: prende, prende
cuantos topares.
ESBIRRO 1.° No; entiende
la razón.
BELTRÁN. Pues ¿hay razón?
ESBIRRO 1.° Todos los de esta ciudad
son su pegujar y hacienda:
el usufruto es que prenda,
el mal año es la amistad.
El buen año es la prisión.
BELTRÁN. ¿Luego está en los malos años
en que no sucedan daños?
Pues yo pienso una razón.
No hay tan honroso ejercicio
como esta vara, ni tiene
el mundo, en cuanto contiene,
más hidalgo y noble oficio.
Dios, con ángeles castiga;
los ministros de Dios son,
y éstos, a su imitación:
este cargo ilustre obliga.
La justicia es la virtud,
de que Dios se precia tanto;
quien la imita es justo y santo.
ESBIRRO 2.° Bien ansí tenga salud.
BELTRÁN. Soy muy discreto (2):
llegad en cas de Beatriz...
ESBIRRO 1.° ¿Hay reclamo?

---

(1) En la 1.ª ed., "Esbirrios".
(2) Así en el texto; mas le faltan las tres últimas sílabas a este verso.

BELTRÁN. ¿Es codorniz?
Ahora bien, llamad.
ESBIRRO 2.º Llamemos.
BELTRÁN. ¿Quién pensáis que prendo aquí?
ESBIRRO 2.º Una mujer.
BELTRÁN. Pues ¡por Dios,
que lo estuve de ella!
ESBIRRO 1.º ¿Vos?
BELTRÁN. Yo, pues.
ESBIRRO 1.º ¿Y prendéisla?
BELTRÁN. Sí.
ESBIRRO 2.º Mal hecho.
BELTRÁN. El tahur famoso,
con su padre ha de tirarse;
la justicia, ejercitarse
sin excepción.
ESBIRRO 2.º Voy medroso,
que me dicen que ésta tiene
un galfarro.
BELTRÁN. ¡Llegad, pues!
ESBIRRO 1.º ¿Quién está en casa?

(Dentro, BEATRIZ.*)*

BEATRIZ. ¿Quién es?
BELTRÁN. La justicia.
LEONATO. ¿Y a qué viene
en mi casa la justicia?
BELTRÁN. ¡Abre, diablo!
ESBIRRO 2.º Abre, Leonato.
BELTRÁN. Suena el tejado.
ESBIRRO 2.º ¿Es un gato?
BELTRÁN. ¡Rompe esas puertas, desquicia!

(BEATRIZ *salga.)*

BEATRIZ. No las rompan, señor bravo,
que ya está su dueño aquí.
BELTRÁN. ¿Es Beatriz?
BEATRIZ. Mi señor, sí.
BELTRÁN. ¿Conoce a Beltrán?
BEATRIZ. No acabo
de conocerte. ¿Tú eres?
¡Abrázame!
BELTRÁN. Que me place;
no sé qué cosquillas hace
esto de abrazar mujeres.
Ya no la quiero prender;
pero ¿qué dirá el Doctor?
BEATRIZ. ¿A mí a prenderme, traidor,
día en que te vengo a ver?
BELTRÁN. Beatriz, si fuera a otra cosa
que decir un dicho, fuera
crueldad; mas de esta manera
será una prisión piadosa.
Luego te traeré a tu casa.
BEATRIZ. Vamos muy enhorabuena.
BELTRÁN. No tengas, mis ojos, pena,
pues que sabes lo que pasa.

(Entrense. Salga ROSARDA, *de alcalde, y* BERNARDO, *secretario.)*

ROSARDA. Haced llamar a Dinardo.
BERNARDO. ¡Hola!

(Dentro:)

¡Hola!
ROSARDA. ¡Qué rigor!
ESBIRRO 2.º Llamad a Dinardo (1).
ROSARDA. Amor,
¿qué fin de mi pena aguardo?
Yo soy juez de mi esposo;
Dinardo es el delincuente.

(DINARDO *sale con grillos.)*

Ya está Dinardo presente.
DINARDO. ¿Qué mandas? (¡Qué rostro her-
Si la cara del juez [moso!
anuncia muerte, si es fea,
quien esta hermosura vea,
bien es que viva esta vez.
¿Hay tal presencia? ¿Y si acaso
no estoy lejos de tener
presente aquella mujer
por cuya ausencia me abraso?
¡Qué traslado como el suyo!)

(Paséese ROSARDA.*)*

ROSARDA. Escribid. ¿Eres de aquí?
DINARDO. Sí, señor.
ROSARDA. La verdad di.
DINARDO. ¿Qué tormento como el tuyo?
ROSARDA. ¿Conocías a Camilo?
DINARDO. Iglesia.
ROSARDA. (¡Pluguiera a Dios
que nos viéramos los dos
a su puerta!) Lindo estilo
de delincuentes. El día
que al campo salió contigo,
¿no llevabas otro amigo?
DINARDO. Iglesia.
[ROSARDA.] (2) Verdad sería,

(1) En la 1.ª ed., "Leonardo", por errata.
(2) En la 1.ª ed., "BEL[TRÁN]".

que por la iglesia pasó,
que muy cerca de la puente,
el portazguero presente
y un pescador, le mató.
Si os preciáis de caballero,
negar una muerte honrada,
cara a cara, espada a espada,
¿no es bajeza?

DINARDO. Si yo quiero
en la Iglesia estar, señor,
¿por qué me queréis echar?

ROSARDA. Si en ella queréis estar,
eso es consejo mejor.
Mas vos no sois ordenado.

DINARDO. Sí, soy.

ROSARDA. ¡Por Dios, que os confieso
que me pesaría de eso,
más que del haber negado!
¿Ordenado estáis? ¿De qué?

DINARDO. De corona.

ROSARDA. Eso no importa,
que, a la larga o a la corta,
Dinardo, y[o] os cogeré.
Mas, decid: ya que negáis
la muerte, a la Iglesia asido,
si la de Rosarda os pido,
¿qué iglesia en disculpa dais?

DINARDO. Yo no he muerto esa mujer.

ROSARDA. ¿Esa mujer, si algún día
pensó ser vuestra?

DINARDO. A ser mía,
¿no estuviera en tu poder?

ROSARDA. ¡Pobres muertos! ¡De qué suerte
la trata su amante ya!
Yo sé que presente está
en los que sienten su muerte.
¿Quisístela bien?

DINARDO. Y tanto,
que me puedes degollar,
pero no lo he de negar.

ROSARDA. ¿Y agora?

DINARDO. De ti me espanto.
Siete años, y ser ya muerta,
¿no han de haber hecho impresión?

ROSARDA. Si ella vive, fué (1) afición,
será más firme y más cierta.

DINARDO. Si ella vive, ¿por qué causa
estoy preso?

ROSARDA. No sabemos
que viva, y preso tenemos
a quien las sospechas causa.

(1) Así en el texto; pero acaso sea errata, por "su".

¿Qué hiciste las joyas?

DINARDO. Mira
que soy noble.

ROSARDA. Si te enseño
un diamantillo pequeño,
aunque su fineza admira,
¿qué dirás?

DINARDO. Muestra. ¡Ay de mí!,
éste yo se le envié,
porque en su listón le até,
donde otras cosas le di.

ROSARDA. ¿Luego es señal que vendiste
las joyas que le robaste?

DINARDO. ¿Pues cómo el diamante hallaste?

(Entren MAURICIO *y* LAURENCIA, *hermana del muerto.)*

MAURICIO. Como mujer noble hiciste.

ROSARDA. ¿Qué es esto?

MAURICIO. La hermana es
del dueño, que se bajó
de la queja, porque yo
lo he concertado después
que supe que era ya muerto
su padre.

ROSARDA. Buena amistad;
es digna de honor, por cierto.

LAURENCIA. Muerto mi hermano, señor,
y mi padre, yo he querido,
haciéndole mi marido,
dar a su memoria honor.
Siéndolo Dinardo, espero
hallar padre, hallar hermano;
pero hame de dar la mano
delante de vos, primero.

ROSARDA. ¿Luego el concierto y perdón
se ha hecho de esa manera?

LAURENCIA. ¿Pues fuera justo que fuera
sin esta satisfacción?

ROSARDA. ¿Y quieres tú?

DINARDO. Yo, señor,
deseo mi libertad;
su hermosura y calidad
merecen mi justo amor.

ROSARDA. ¿Y la muerta?

DINARDO. Si lo está,
encomendaréla a Dios.

ROSARDA. Yo quiero hablaros a vos.

LAURENCIA. Pues aquí me tenéis ya.

ROSARDA. Oíd.

LAURENCIA. Decid.

ROSARDA. ¿Es razón
que os caséis con un villano

que dió muerte a vuestro hermano?
¿Podréis tener corazón
para que estando con él
se os acuerden sus heridas?
Todas las cosas teñidas
de sangre, hallaréis en él.
Fuera de eso, os muestra amor
fingido y por interés.

LAURENCIA. ¿Qué tengo de hacer, si es
el remedio de mi honor?

ROSARDA. Vuestra virtud y hermosura
me han parecido de suerte
que, sin perdonar la muerte,
hallaréis mayor ventura.
Yo soy más mozo y galán
que Dinardo, y proveído
para Murcia: hoy he sabido
que este gobierno me dan.
Es ciudad que la ganó
el Rey, y la estima en tanto,
que de la plaza me espanto:
pero dicen que soy yo,
en la Corte, un gran letrado.

LAURENCIA. Tal fama, señor, tenéis,
y mucha merced me hacéis,
que Mauricio me ha engañado.
Verdad es que me agradaba
Dinardo; pero, por Dios,
que le hacéis ventaja vos
como el vivo al que es pintado.

ROSARDA. Dadme la palabra aquí
de que seréis mi mujer,
y allá podréis deshacer,
sin darme la culpa a mí,
el apartamiento hecho,
pues que no le habéis firmado.

LAURENCIA. Yo os la doy.

ROSARDA. Y yo os traslado
desde los ojos al pecho.
Id presto y llevad de aquí
a Mauricio.

LAURENCIA. ¿Oyes, Mauricio?

MAURICIO. ¿Qué tenemos?

LAURENCIA. Cierto indicio,
que allá le sabrás de mí,
de una cosa bien notable.

MAURICIO. ¿Pues no te apartas?

LAURENCIA. Si haré.

DINARDO. ¿Pues cómo se va?

MAURICIO. No sé;
como es mujer, es mudable.

(Váyanse LAURENCIA *y* MAURICIO, *y entre* BELTRÁN *con* BEATRIZ.)

BELTRÁN. Beatriz es ésta, señor.

BEATRIZ. Aquí estoy a tu servicio.

ROSARDA. Ya lo estuviste en oficio
y nombre de más honor.

BEATRIZ. ¿Yo te he servido?

ROSARDA. No entiendes
lo que digo.

BEATRIZ. ¡Santo cielo!

ROSARDA. ¿De qué te turbas?

BEATRIZ. Recelo
que darme a entender pretendes
que antes de agora te vi.

ROSARDA. Deja de pensar quimeras;
hablemos, Beatriz, de veras;
no pienses agora en mí.
¿Tú conociste a Rosarda?

BEATRIZ. Yo la serví.

ROSARDA. Gran placer
tengo en ver esta mujer,
Beltrán.

BELTRÁN. Un momento aguarda,
que voy por otros testigos.

(Vase BELTRÁN.)

ROSARDA. Parte, que todo va bien.
¡Beatriz!

BEATRIZ. ¡Señor!

ROSARDA. Hoy también
seremos los dos amigos,
si me dices la verdad.
¿Rosarda amaba a Dinardo?

BEATRIZ. Ese fué un mozo gallardo,
fábula de esta ciudad,
con quien ella se escribía.

ROSARDA. ¿Vístelo tú?

BEATRIZ. Sí, señor.

ROSARDA. Mientes.

BEATRIZ. ¿Yo miento?

ROSARDA. El temor
me han dicho que la escondía.
¿Cómo lo puedes saber?

BEATRIZ. Porque sospeché su amor.

ROSARDA. ¿Y fuése con él?

BEATRIZ. Señor,
yo no he podido creer
que ella se fuese a otra parte.

ROSARDA. ¿Si te muestro el caballero,
conocerásle?

BEATRIZ. Sí.

ROSARDA. Quiero
el caballero mostrarte.
¿Es éste?

BEATRIZ. El mismo, y aun creo
que pudiera conocer,
como tú fueras mujer,
la causa de su deseo.

ROSARDA. ¿Tú, Dinardo, has conocido
esta mujer?

DINARDO. Sí, señor.

ROSARDA. ¿Fué tercera de tu amor?

DINARDO. Nunca mi tercera ha sido,
porque fué con gran secreto;
pero sé que la servía
cuando a Rosarda quería.

ROSARDA. ¿Y son tuyos, en efeto,
estos papeles?

DINARDO. Yo fuí
quien todos los escribió.

ROSARDA. ¿Qué probanza quiero yo
mayor que ésta contra ti?
Tú confesarás su muerte.

(Entre BELTRÁN *con* FULGENCIO *y* MARCELINO, *padre y hermano de* ROSARDA.)

BELTRÁN. ¡Ea, pasen adelante!

FULGENCIO. Mira que será importante
que nos tratéis de otra suerte;
y preso a mí y a mi hijo,
que seguimos a Dinardo,
¿para qué es bueno?

BELTRÁN. Ya tardo
en hacer lo que me dijo.
Señor, otros dos, que son
del pleito, te traigo aquí.

ROSARDA. ¿Prendístelos?

BELTRÁN. Señor, sí.

ROSARDA. Por Dios, que es gentil prisión.
Majadero, ¿no sabéis
que estos caballeros fueron
los que el daño recibieron
del reo que preso veis?
Que uno es padre y otro herma- [no
de Rosarda, y más que amigos
del señor don Juan.

BELTRÁN. ¿Testigos
no me pediste?

ROSARDA. Es en vano
pensar que se hará de vos,
si sois bestia, un hombre honrado;
mucho me habéis enojado.

BELTRÁN. ¿No son del pleito los dos?

ROSARDA. Del pleito son, mas no tienen
culpa.

BELTRÁN. Quizá la tendrán.

ROSARDA. (Extraño temor me dan;
¿que espero ya, pues que vienen
mi propio padre y hermano
presos ante mí?)

MARCELINO. Señor,
dejad, por Dios, el rigor,
que Beltrán es hombre llano
y nos prendió sin malicia.

ROSARDA. Si el necio fuera discreto,
supiera tener respeto.

BELTRÁN. ¿No dices que la justicia
es para todos igual?

ROSARDA. ¿Luego argüirme queréis?

FULGENCIO. Suplícoos no os enojéis,
ni por mí le tratéis mal.

ROSARDA. (¡Cielos santos! ¿Ya a qué [aguardo,
pues aquí juntos están
Rosarda, Beatriz, Beltrán,
mi padre, hermano y Dinardo?
Mas ¿cómo diré quién soy
que no piensen que ha llegado
tiempo en que deje el cuidado
en que por Dinardo estoy?)
¡Bernardo!

BERNARDO. ¡Señor!

ROSARDA. Llevad
ese preso, que no es bien
que pena a Fulgencio den,
a quien tengo voluntad,
y don Juan en tanto estima.

BERNARDO. Vamos, Dinardo, de aquí;
en mi vida pleito vi
que tanto parezca enigma.

DINARDO. No os espantéis que lo sea,
porque mis desdichas son
tiniebla de la razón,
que no hay luz con que se vea;
y si alguna pudo haber
es sólo el juez, que aquí
es enigma para mí,
que no le puedo entender.
Otros reos, en estando
delante, tiemblan la vara,
y yo, mirando su cara,
estoy mi gloria mirando;
porque con cierta memoria,
como otros jueces siento
que condenan a tormento,
éste me condena a gloria.

ROSARDA. Vos, Beatriz, id en buenhora.

(Entrense DINARDO *y el* ESCRIBANO.)

y rogalde a Dios también
que llegue algún día, en quien
parezca vuestra señora,
que le debéis grande amor.
BEATRIZ. El cielo, señor, lo quiera.
FULGENCIO. Ver a Beatriz no quisiera,
porque aumenta mi dolor.
BELTRÁN. ¿Podréla yo acompañar?
ROSARDA. ¿No sois más necio ignorante?
BELTRÁN. Túvela (y) no te espante.
ROSARDA. Siempre me habéis de enojar.
Vos no sois para este oficio;
Beltrán, arrimad la vara.
BELTRÁN. ¡Ved la privanza en qué para!
Bien pagas tanto servicio.
ROSARDA. Arrimalda, mentecato.
BELTRÁN. Señor, costóme un real.
ROSARDA. ¿Hay atrevimiento igual?
BELTRÁN. Eres a mi amor ingrato.
ROSARDA. Cosa que os haga poner
un par de grillos, Beltrán.
BELTRÁN. ¡Ea, ya la arrimarán,
o ella se puede tener!
En verdad que no era cosa
muy de codicia.
ROSARDA. Por ser
vos de tan mal proceder
para cosa tan honrosa.
BELTRÁN. A fe que te ha levantado
el oficio el mal humor,
pues yo me acuerdo, señor,
de verte más humillado.
La sombra de los gobiernos
es la arrogancia.
ROSARDA. Ignorante,
¿queréisos quitar delante?
BELTRÁN. Mal haya tantos inviernos
como pasé en Salamanca
estregando tus manteos.
ROSARDA. ¡Oh, qué pucheros tan feos!
BELTRÁN. Que no se me da una blanca.
¿Hay más de volver allá
otra vez a sorber caldo?
FULGENCIO. Señor doctor, perdonaldo,
que es un buen hombre, y se irá
donde, por dicha, se pierda.
MARCELINO. Sí, señor, dalde la vara.
BELTRÁN. Hombre sin barba en la cara,
mal del servicio se acuerda.
¡Ea, no sea tan necio,
vuélvamela!
FULGENCIO. Ya es razón
pagarle tanta afición,
que el amor no tiene precio.
[ROSARDA.] Ya la obligación deshizo.
Lo que no hago por vos,
no lo pienso hacer, por Dios,
por el padre que me hizo.
FULGENCIO. Si algún hermano tuviera,
pienso que, viendo esa cara,
vuestro padre imaginara,
y por mi sangre os tuviera.
[ROSARDA.] Por estas similitudes
que con mis cosas tenéis,
un grande amor me debéis.
MARCELINO. Vuestras letras y virtudes,
y el ser retrato tan vivo
de Rosarda, con razón
nos pone en obligación.
ROSARDA. Merced, señores, recibo.

(Entren MAURICIO *y* DON JUAN.)

JUAN.

Paréceme imposible.

MAURICIO.

A mí lo mismo,
por la buena opinión en que le tuve.

JUAN.

¡Tan grande liviandad, cosa notable!
¡Aurelio!

ROSARDA.

¿Qué me mandas?

JUAN.

El enojo
que traigo contra ti no me permite
ni respetos, ni prólogos; yo pienso
que has perdido el juicio, o que, por dicha,
te mueve alguna causa que no entiendo.
Viene Laurencia aquí, para apartarse,
concertando Mauricio el casamiento,
y tú, que no lo hiciera un hombre loco,
la engañas con palabras, y la dices
que serás su marido; ¿qué es aquesto?,
¿los jueces las partes desconciertan
y quitan a los presos su remedio?
¿los jueces se casan de esa suerte,
y más cuando con otra están casados,
de quien aun no merecen ser criados?

ROSARDA.

Señor, Dinardo es reo de la muerte

por la que dió a Rosarda; si Laurencia
se casaba engañada, ¿no era justo
decirle la verdad?

JUAN.

¿Eso respondes?
Pero si dicen, y se ve tan claro,
que no viene sin canas la prudencia,
¿cómo vendrá sin barbas? Yo he tenido
el justo pago de mi amor injusto.
¿Para eso te puse en este puesto?

ROSARDA.

¿Hallásteme en la calle, por ventura,
que me puedas tratar de esa manera?
¿Yo no te di el hacienda con que vives,
allanándote un pleito, en cuatro meses,
que no fuera entendido en muchos años?
Si me pusiste aquí, yo lo merezco,
y si no te doy puesto...

JUAN.

Paso, paso,
que soy soldado, y esta vara, Aurelio,
era tan gruesa, menos ha de un año,
que con ella rompí muchos ejércitos,
y delgada como es, aun ser podría
que rompiese con ella alguna frente.

FULGENCIO.

Señor, suplico que miréis que pudo
errar como mancebo, y que los sabios,
cuando hacen necedades, son terribles,
porque yerran sabiendo lo que hacen.

JUAN.

Deja la vara luego.

ROSARDA.

Si tu enojo
estriba en eso, arrimaré la vara.

JUAN.

¡Vive Dios!

MARCELINO.

Si a mi padre, si a sus canas,
si a nuestro amor debéis algún respeto,
suplícoos le dejéis.

MAURICIO.

Señor, no ha sido
mi pensamiento, lo que os he contado,
para que le tratéis con tanto enojo.

JUAN.

Si no me voy de aquí, ¡viven los cielos!,
que pienso que he de hacer un desatino.

MARCELINO.

Vamos con él.

MAURICIO.

Seguilde, Marcelino.

MARCELINO.

Todo mi bien resulta de este enojo;
que este doctor, sin duda, me quitara
la pretensión que tengo de Teodora:
segura queda mi esperanza agora.

(Todos se vayan; queden solos ROSARDA *y* BELTRÁN, *sin varas.)*

BELTRÁN. En fin, sin varas quedamos.
ROSARDA. ¿Ríeste?
BELTRÁN. ¿Pues qué he de hacer?
ROSARDA. Agora tomas placer,
cuando en tanta pena estamos.
¿Adónde hallaré paciencia?
BELTRÁN. ¿Pues no ha de causarme risa
el ver, señor, con la prisa
que te toman residencia?
Huélgome, señor doctor,
que no hay gobierno ninguno
fuera del rey, que es ése uno
que no tenga superior.
Y si ya tengo licencia
de hablar en tantos cuidados,
por estar desenvarados
los dos en esta pendencia,
que bien podremos hablar
sin que los dos nos matemos,
pues ya lanzas no tenemos
con que podamos justar.
Dime qué quimera fué
querer a Laurencia agora.
¿No era tu esposa Teodora?
ROSARDA. ¡Ay, Beltrán!, no sé.
BELTRÁN. ¿No sé?
¿No dicen que fué nieto
de penséque, y que penséque
fué legítimo de asneque?
ROSARDA. Decirte quiero un secreto.
BELTRÁN. ¿Secreto?
ROSARDA. Veme a llamar
a Fulgencio; pero no,
a Marcelino; mas yo

le podré mejor buscar.
Mas, oye, a Beatriz me llama;
mas tente, a Dinardo di.

BELTRÁN. ¿Qué Dinardo? Vuelve en ti.

ROSARDA. Oye una industria de fama:
yo te daré un mandamiento
con que saques a Dinardo
de la cárcel. ¿En qué tardo?

BELTRÁN. ¿A Dinardo? Lindo cuento;
¿pues tú qué tienes con él?

ROSARDA. En sacándole (1), dirás
que dos palabras no más
venga a hablarme a San Miguel,
que allí le estoy esperando;
toma la vara, camina.

BELTRÁN. Yo pienso que desatina.

ROSARDA. Mátasme, Beltrán, tardando.

BELTRÁN. Pues ¿quién diré que le aguarda,
en sacándole, señor?

ROSARDA. Di que el Alcalde Mayor,
que se parece a Rosarda.

(Váyase, y salgan DON JUAN, FULGENCIO *y* MARCELINO.)

JUAN.

A mí me va la honra en lo que digo.

FULGENCIO.

¿La honra [a] vos?

JUAN.

Laurencia le perdona
la muerte de su hermano.

FULGENCIO.

Pues yo digo
que perdono a Dinardo, a quien abona
la afición que a su bien habéis mostrado.

JUAN.

Es caballero y de gentil persona,
y, si verdad os digo, que he tratado
siempre con vos mis cosas claramente,
en secreto Teodora me ha contado
que este letrado vil, que este insolente
le debe más que abrazos; y esto basta
para quien es tan noble y tan prudente.

(1) En la 1.ª ed., "casándole", por errata evidente.

FULGENCIO.

Si un átomo, señor, tu honor contrasta
lo que a Dinardo pido, yo le absuelvo.

JUAN.

En habiendo ocasión, no hay mujer casta;
de todo contra mí la culpa vuelvo.

MARCELINO.

¿Que Teodora y Aurelio se han gozado?
Aquí mi honor y pretensión resuelvo.

JUAN.

Por Dinardo a la cárcel he enviado;
por Laurencia, a su casa con Mauricio,
porque no alegue nada este letrado,
que si lo funda en pleito, de su quicio
sacará la justicia.

FULGENCIO.

Ingenio extraño.

JUAN.

Por él tengo esta hacienda y este oficio.

(TEODORA *entre.)*

([*Ap.*] Amor que da el remedio con el daño,
viendo que se casaba mi enemigo,
aunque contra mi honor me dió un engaño:
que me le debe, injustamente digo
para no le perder. Mi hermano es éste
y el pretendiente, de mi mal, testigo.)

(Salen BERNARDO, *un* ALGUACIL *y* DINARDO, *sin prisiones.)*

DINARDO.

¿Para casarme dices que me apreste?

BERNARDO.

La libertad del cuerpo os dan agora
para que luego la del alma os cueste.

JUAN.

¿Que delante de mí venga Teodora?

ALGUACIL.

Ya tienes a Dinardo en tu presencia.

(Salen MAURICIO *y* LAURENCIA.)

MAURICIO.

Esto conviene a vuestro bien, señora.

LAURENCIA.

Aurelio me engañó con su presencia
y sus buenas palabras.

MAURICIO.

Aquí viene
a sólo hacer tu voluntad, Laurencia;
trato el bien de Dinardo, porque tiene
presente su (1) traición el alma mía,
y pagarla, en servirle, me conviene.

JUAN.

Dinardo, yo he querido que este día,
por ser tú caballero tan honrado,
halles en mí piedad y cortesía:
Por mí, el señor Fulgencio se ha bajado
de la queja en la muerte de Rosarda,
por lo menos, de habérsela robado;
por mí, Laurencia, dama tan gallarda,
como tú sabes, de su muerto hermano
te da perdón; pero tu mano aguarda:
con aqueste concierto queda llano
el vivir en Toledo con tu hacienda.

DINARDO.

Digo, señor, que le daré la mano,
si darte la palabra basta en prenda.

(ROSARDA *y* BELTRÁN *entren.)*

ROSARDA. De la cárcel, ¿qué me cuentas?
BELTRÁN. Digo, señor, que le llevan
para casarle, sin duda.
ROSARDA. ¡Ay, Beltrán! Detente, espera.
¿No los ves juntos aquí?
Sin duda que se conciertan,
pues ya está libre Dinardo,
y está a su lado Laurencia.
Llegaré furiosa.
BELTRÁN. Aguarda.
ROSARDA. Que no hay aguarda; Amor, llega;
y si es como rayo Amor,
¿quién le ha de hacer resistencia?
Honor de los Salazares,
cielo azul de sus estrellas,
Censorino en el gobierno,
y en la guerra Julio César,
¿cómo tu claro juicio
de esta manera se ciega,
que a los reos haga libres,
sin castigo y sin sentencia?
Dinardo mató a Camilo,
cuya sangre, en estas piedras,
está pidiendo justicia,
que dan luz vueltas en cera.
Mató a Rosarda y robóla;
pues ¿cómo no le condenas
a muerte? ¿Qué te ha movido,
que, en vez de castigo, premias?
Dios y el Rey son los jueces,
que en el cielo y en la tierra
dan premio a los virtuosos,
y a los malhechores, pena;
los demás sólo castigan.
Pues ¿por qué causa deseas
premiar a Dinardo?
JUAN. ¡Infame!,
no prosigas, que me afrentas:
porque, como caballero
y soldado, si te llegas,
te daré mil estocadas,
tan dignas de tu soberbia.
Y como juez del Rey,
que hacer justicia profesa,
¡por el hábito que traigo,
que te corte la cabeza!
ROSARDA. Pues, señor, ¿pedir justicia
es bien que al jüez ofenda?
JUAN. ¿Tú? ¿De qué, si se han bajado,
los que piden, de sus quejas?
Dinardo es libre, y se casa.
ROSARDA. Sí; mas no es libre Laurencia,
que me ha dado la palabra.
JUAN. Y tú, infame, ¿no la quiebras
a mí y a Teodora, a quien
debes más costosas deudas?
ROSARDA. Cuando eso sea, no puede
Dinardo casarse.
DINARDO. ¡Enreda,
por tu vida, alguna cosa
con que mi vida perezca!
ROSARDA. A todos os digo, a voces,
que es cosa injusta que quiera
casar don Juan a un casado.
JUAN. ¿Casado? Di, Aurelio: ¿piensas
acotar leyes aquí?
ROSARDA. La ley de Dios, dondequiera
se debe acotar.
JUAN. Señores,
¿cuánto va que su agudeza
me levanta alguna cosa?
ROSARDA. ¿No es ley de Dios que el que sea
casado, mientras que vive
su mujer, otra no tenga?

---

(1) Así en el texto; pero parece que debiera decir "mi".

JUAN. Es verdad.
ROSARDA. Pues, si Dinardo
es casado, ¿es bien que pueda
casarse?
JUAN. ¿Con quién lo está?
ROSARDA. Con Rosarda.
JUAN. Cosa nueva.
¿Tú estás casado?
DINARDO. Señor,
cuanto a Dios, fué mi primera
mujer, por muchas palabras;
pero ya Rosarda es muerta.
JUAN. Pues, si es muerta, Aurelio loco,
¿qué leyes de Dios se quiebran?
ROSARDA. No es muerta.
BELTRÁN. ¿Yo no os lo dije?
¿Cuánto va que aquí nos prueba,
con argumentos, que es viva
la que ha siete años que es tierra?
ROSARDA. Cásense luego Mauricio
y Laurencia, aunque no sea
más de por ver el milagro
y que la verdad se entienda.
Y Marcelino, a Teodora
ser su marido prometa,
que yo diré dónde está.
FULGENCIO. Señor, mis canas os ruegan
que me hagáis esta merced.
JUAN. Ahora bien: dale, Laurencia,
la mano a Mauricio, y tú,
Teodora, en burlas o en veras,
da la tuya a Marcelino.
ROSARDA. ¿Quedan casados?
TODOS. Sí, quedan.
ROSARDA. Pues yo soy Rosarda.
JUAN. ¿Quién?
ROSARDA. El Alcalde.
FULGENCIO. ¡Aguarda!
MARCELINO. ¡Espera!
ROSARDA. No hay que esperar, yo lo soy,
que, aficionada a las Letras,
la noche que con Dinardo,
por una secreta puerta,
pensé aventurar mi honor,
fuí a Salamanca, y en ella
estudié, como lo veis.
JUAN. ¿Hay tan extraña quimera?
BELTRÁN. Diga, señora Doctora:
¿acuérdase de la vieja
que la forzaba una noche?
ROSARDA. Cree, Beltrán, que no pierdas
tu servicio.
DINARDO. Prenda mía,
perdona que el ser tan cierta
tu muerte, a mi libertad,
casándome, dió licencia.
ROSARDA. Estos son mis brazos.
DINARDO. Dignos
del trabajo que me cuestan.
JUAN. Al Rey escribo el suceso.
BELTRÁN. Haz que mi vara me vuelvan.
DINARDO. Y del *Alcalde Mayor*
demos fin a la comedia.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE "EL ALCALDE MAYOR".

COMEDIA FAMOSA

DE

AL PASAR DEL ARROYO

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

JACINTA, *labradora.*
TERESA, *idem.*
DORENA, *idem.*
BENITO.
PASCUAL.
LAURENCIO.
SILVIO.
UN HORTELANO.
LISARDA, *dama.*
ISABEL.
DON LUIS.
DON CARLOS.
MAYO, *criado.*
ANTÓN.
MENDO, *viejo.*
GUZMÁN.

ACTO PRIMERO

(Salen JACINTA *y* TERESA, *labradoras.)*

JACINTA. En mi vida tuve amor.
TERESA. Para ser tan entendida,
mucho admira tu rigor.
JACINTA. Yo paso mejor mi vida.
TERESA. La sola no es la mejor.
JACINTA. El que dió su voluntad,
ya no goza libertad;
luego vivir en prisión
no parece discreción,
sino fina (1) necedad.
TERESA. No ha dado el cielo a la tierra
otro bien como el amor:
todos los bienes encierra.
JACINTA. Mas antes todo el rigor,
toda la discordia y guerra,
y el más soberbio enemigo.
TERESA. Antes su descanso y paz.
JACINTA. Yo le huyo.
TERESA. Yo le sigo.
JACINTA. Yo pienso estar pertinaz.
TERESA. Y yo esperar tu castigo.

(Salen PASCUAL *y* BENITO, *labradores.)*

BENITO. Esto que digo, me cuesta.
PASCUAL. Tú pasas vida inhumana.
BENITO. Y con un "no" por respuesta,
sin sol toda la semana,
hasta que llega la fiesta.
Aunque ya el tiempo me vale,
no porque el torno solar
días y noches iguale,
mas porque a ver vendimiar
tal vez a las viñas sale.
PASCUAL. Vendrá a matar labradores;
mas, siendo alegre dolor
el amor en sus rigores,
en parte es hacer favor,
Benito, el matar de amores.
Pero ¿no es Jacinta aquélla?
BENITO. Teresa, su grande amiga,
a la fe, viene con ella;
pero déjame que diga
que es de sus rayos estrella.
JACINTA. ¿Qué hay, Benito?
BENITO. ¡Dafne esquiva!
PASCUAL. ¡Teresa!
TERESA. ¡Pascual, hermano!
JACINTA. ¿Qué se trataba?
BENITO. Así viva
la luz de ese soberano
sol, que al Sol de rayos priva,
que de un monstro se trataba,
de cuya pintura brava
tiembla, Jacinta, la villa:
que si hay de ellos maravilla,

---

(1) Hartzenbusch, en su ed., substituye "fina" por "pura".

tú eres maravilla octava.
Monstros son tus bellos ojos,
contradiciéndose en ellos
las paces y los enojos;
tan bellos, que el ir a vellos
se lleva el alma en despojos.
¿Qué monstros hay en el suelo
como ver sus luces puras
dar fuego entre nieve y hielo,
con que parecer procuras
cielo, mas airado cielo?
¿Cuándo ha de llegar el día
que a algún dichoso himeneo
rindas tu helada porfía?
Que verte de otro deseo,
si es imposible ser mía.

JACINTA. Benito, si cada cual
sigue bien su inclinación,
no haces bien en sentir mal
de mi esquiva condición.
Por decreto celestial
esto quieren las estrellas,
y yo lo que quieren ellas.

BENITO. Nunca su Autor las crió
para forzarnos, que yo
bien puedo librarme de ellas.

JACINTA. Pues ¿cuál es tu inclinación?

BENITO. Quererte.

JACINTA. O fuerza, o padece.

BENITO. No puedo.

JACINTA. Luego ellas son
quien fuerzan al que aborrece,
como al que tiene afición.

BENITO. No dices bien, porque yo
amo, y el amar es bien,
y al bien nadie resistió;
pues siendo mal el desdén,
tú has de resistir, yo no.

JACINTA. Forzándome aborrecer
el cielo a todos los hombres,
resistir a su poder
fuera locura.

BENITO. ¿Qué nombres
fuerza tu mismo querer?
Deja la vana aspereza
con que me tratas así,
que ofende tanta belleza;
¿cómo el cielo puso en ti
tan bárbara rustiqueza?
Escoge en todo Barajas
el mozo de más ventajas,
o algún criado del Conde,
si más a tu humor responde
la seda, que no las pajas.
Toma ejemplo en la azucena,
que, de granos de oro llena,
el aurora resplandece,
y que, marchita, anochece
llena de tristeza y pena.
Mira los lirios al alba,
cuando al padre de Faetón
hacen los pájaros salva,
que no en balde a la ocasión
pintaron desnuda y calva.
Si cuando verte no quieras,
piensas que te han de querer,
yerras loca, y necia esperas,
que en belleza de mujer
pasan las horas ligeras.

JACINTA. Ya tu mucha libertad
con mi paciencia se mide:
que es dar, aunque haya amistad,
consejo a quien no le pide,
bachillera necedad.
Para lo que yo profeso,
no es mi soledad exceso,
ni esquiva mi condición,
pues que ya la inclinación
de mi aspereza confieso.
Más precio en el soto o selva
seguir de Atalanta el paso,
sin que al oro el rostro vuelva
hasta que el Sol al ocaso
en oro y sangre se envuelva.
Y en aqueste manantial
que riega con varias venas
el prado, a un jardín igual,
ver retozar las arenas
con los golpes del cristal.
Más precio coger las flores
de quien la Naturaleza
y el Cielo fueron pintores,
y que ciñan mi cabeza
las cintas de sus colores.
Más precio ver susurrando
las abejas codiciosas
su arquitectura formando,
y en estas selvas quejosas
los ruiseñores cantando,
que tus penas y cuidados,
amores ciegos y locos,
buenos sólo imaginados,
donde hay dichosos tan pocos
y tantos son desdichados.

(Vase.)

BENITO.
A tanta resolución
y furia, yo no aconsejo:
que donde hay obstinación
sirve el más cuerdo consejo
de espuela a la ejecución.
Mucho en casarte acertaras,
que mal tu belleza empleas,
si en selvas y aguas reparas:
después que casada seas
serán tan verdes y claras.
No hay bien que pueda llamarse
bien, faltando compañía,
que es fuerza comunicarse.

PASCUAL.
Deja esa vana porfía,
que es ignorancia cansarse.
Después, en otro lugar,
podrás a Jacinta hablar
y merecer sus favores:
que no andan bien los amores
en cestos de vendimiar.
Mira cómo tus criados
cogen racimos opimos,
de que van carros cargados,
para colgar de racimos
tantos lugares (1) lavados.
Que, si no fué con ventajas
la cosecha de este agosto,
agora en toda Barajas,
con la abundancia del mosto
rebosarán las tinajas.
¡Ea, pues, vamos de aquí!

BENITO.
Vamos, y plega a los cielos,
pues no te dueles de mí,
que quieras con tantos celos
como yo tengo de ti.
Que supuesto que te vea,
como dices, no querer,
no es posible que lo crea:
que es condición de mujer
negar lo que más desea.

(Vase, y salen LISARDA *y* ISABEL.)

ISABEL.
Esto responde al papel.

LISARDA.
Muestra, que ya estoy turbada.

ISABEL.
Si ya estás desconfiada,
¿qué temes que venga en él?
Demás que ya son excesos
tanto cuidado y temor.

LISARDA.
Desconfianzas de amor
no mejoran los sucesos. [*Lee:*]

"En mi enfermedad hice una promesa a San Diego, y así me parto a Alcalá. Holgárame que hubiera en ella qué traeros; pero, como su trato es estudiantes, no pienso que serán a propósito para regalaros. Pasaré con el coche por vuestra puerta para llevar más presentes vuestros ojos en esta ausencia."

ISABEL.
Donaire tiene el papel.

LISARDA.
Y tiene tanto donaire,
que le ha de llevar el aire,
y al mismo dueño con él.

ISABEL.
Yo me acuerdo que algún día
fuera reliquias, colgado
del cuello.

LISARDA.
No se ha pasado
la misma necia porfía.
Pero un disgusto de amor,
al más tierno pensamiento
obliga a desabrimiento,
y el enojarse, a rigor.
Vuelve a coger los papeles,
que así, rotos como están,
mis celos estimarán
sus desengaños crueles.

ISABEL.
Bien dicen que es niño Amor,
pues lo mismo que tú has hecho,
suelen hacer, con despecho
y con infante furor.
Que aunque pidiéndole están
con notable desconsuelo,
arrojan el pan al suelo,
si no les dan presto el pan.
¿Qué haré de aquestos pedazos?

LISARDA.
En esta manga los pon,
que si del alma lo son,
bien andarán con los brazos.
Espera, ¿qué dice aquí?

ISABEL.
Tú propia enciendes tu fuego.

LISARDA.
En esta parte, "San Diego";
¡buen agüero para mí!
No miro más, Isabel.

ISABEL.
Ni hay para qué mirar más.

LISARDA.
¿Es coche aquél?

ISABEL.
Buena estás.

LISARDA.
Tengo el pensamiento en él.

ISABEL.
Coche pienso que ha parado.

LISARDA.
Antes, en mi pensamiento,
anda más que el mismo viento.

(Salen DON CARLOS, *galán, de camino, y* MAYO, *criado.)*

---

(1) Así en el texto de la 1.ª edición (1619). Hartzenbusch, en la suya, corrige "lagares".

MAYO. ¿Sin licencia te has entrado?
CARLOS. Cuando la vengo a pedir,
¿cómo la puedo tomar,
y no me vengo a mudar,
aunque me vengo a partir?
LISARDA. ¡Jesús! ¿Carlos tan galán
a cosas de devoción?
¿A tan divina estación,
cosas tan humanas van?
Plumas, colores. ¿Qué es esto?
Don Carlos, no me agradáis;
a diverso intento vais
con esas galas dispuesto.
Si no es que a imitar venís,
temiendo mi desconsuelo,
al arco hermoso del cielo,
y tras las aguas salís.
Que las disculpas mejores
es serenar de mis ojos
las tempestades de enojos,
vuelto en arco de colores.
Pero, más que de un abril,
vuestro campo, Carlos, es,
pues en el del cielo hay tres,
y vos venís con tres mil.
CARLOS. Si añadís las que me salen
al rostro, de que os quejéis,
bien decís: ni aun hallaréis
arco o campo a quien se igualen.
Mas como naturalmente
todas las mujeres son
quejosas, su condición
nunca dice lo que siente.
Aquí no hay de qué tener
celos; yo voy a cumplir
lo que, llegando a morir,
después de Dios, pude hacer.
Que fué rogar a su Santo,
por cuyo medio cobré
salud.
LISARDA. ¿Niego yo que fué
justo, ni me alargo a tanto?
Mas pienso yo que San Diego
sayal pardo se vistió,
y no muy nuevo, que yo
bien sé que era pobre y lego.
Y como ir a visitar
a un hombre en una prisión,
con galas no era razón,
o algún muerto acompañar
con plumas hasta el entierro,
paréceme que no vais
a propósito.
CARLOS. Vos dais,
Lisarda, en un grande yerro,
pues no voy a visitar
preso, ni muerto: pues vive
en Dios, adonde recibe
parabién, que no pesar.
Pues quien goza tanta gloria,
con colores se ha de ver.
LISARDA. Ya sé que habéis de vencer.
CARLOS. Será la primer victoria,
pues no tengo cosa en mí
de que vos no hayáis triunfado.
MAYO. Y ella que, en fin, ha callado,
¿qué es lo que dice de mí?
Si se visten los criados
lo que los amos desechan,
¿cómo tan mal se aprovechan
de esta verdad sus cuidados?
De las sobras de los celos
que su ama gasta aquí,
¿no hay un retal para mí?
ISABEL. ¿Comparaciones de cielos
presumía el lacayón?
Sus amores son indinos;
los de Carlos son merinos,
y los suyos burdos son.
Que sus requiebros, en fin,
están, por gente de plaza,
impresos con almohaza
en las ancas de un rocín.
MAYO. Luego hay celos de ramplón
y requiebros de obra gruesa.
ISABEL. Los amores que él profesa
comedias de vulgo son.
De éstas de grandes patrañas,
imposibles y rüido,
a quien les ha sucedido
lo que a los juegos de cañas:
que van a ver las libreas
y no lo que han de jugar.
MAYO. Pues di, ¿cómo me has de hablar
si no es que no lo deseas?
ISABEL. Lisarda hablará discreto
con Carlos, yo en necio a ti.
MAYO. Una necedad me di.
ISABEL. Que me guardes un secreto.
MAYO. ¿Pues no le sabré guardar?
ISABEL. ¿Tú no eres criado?
MAYO. Sí.
ISABEL. Pues basta.
MAYO. Ahora bien, a ti
¿cómo te tengo de hablar?
Que si tú en necio me hablas.

no te he de hablar en discreto.

LISARDA. Frívolas son, te prometo,
cuantas disculpas entablas.
Pagas mi amor con rigor.

CARLOS. Por esta cruz de Santiago,
Lisarda, que te le pago
en cambio de más amor.

LISARDA. Pues así sobre ella veas
la encomienda de más fama,
como mientes; que quien ama
no da disgustos.

CARLOS. No creas
que te le dé mi partida;
acabóse, no me voy,
ya no me voy.

LISARDA. Necia estoy;
mas confieso que en mi vida
cosa me ha dado temor
como es aquesta jornada.

CARLOS. Digo que ya está acabada.

LISARDA. No, Carlos; no, mi señor;
que sólo con que digáis,
sólo con verme afligir,
que ya no os queréis partir,
ya quiero yo que os partáis.
Amor entre los amantes
tiene aquesta condición.

CARLOS. Vanos los temores son
en jornadas semejantes.
Que temáis me maravilla
desde Madrid a Alcalá;
¿qué Toledo en medio está,
qué Granada o qué Sevilla?

LISARDA. Luego sin celos, quien ama
¿no teme peligros fieros?

CARLOS. ¿Pues la venta de Viveros
es la canal de Bahama,
la Bermuda o las Sirenas,
donde hay peligros tan grandes,
o son los bancos de Flandes
de Jarama las arenas?
¿He de topar de aquí allá
más que estudiantes y aldeas?

LISARDA. Parte, mi bien, como creas,
que quedo sin alma ya.

ISABEL.

¡Ay, señora, tu hermano!

CARLOS.

¿Qué remedio?

LISARDA.

Piénsale tú, porque esconderte es cosa,
como más sospechosa, peligrosa.

(Sale DON LUIS.)

LUIS.

¿Búscanme a mí, Lisarda, por ventura,
aquestos caballeros?

LISARDA.

No hay en casa
otra persona a quien buscar pudieran.
Como el señor don Carlos es del Hábito,
envíale el Consejo de las Ordenes
a cierta información de un caballero;
y dice que al partir, y aún en el coche,
le dijeron que [tú] jurar podrías,
por conocer sus padres, y así viene
a informarse de ti, como me ha dicho.

MAYO.

(¿Hase visto embeleco semejante?)

CARLOS.

Con esta información vine a buscaros,
que es cosa que me importa sumamente,
y a ofrecerme también para serviros,
que estoy aficionado a vuestro nombre.

LUIS.

Bésoos las manos por merced tan grande,
que yo lo estoy del vuestro desde un día
que en la carrera os vi con aire tanto
que pudieran en Córdoba envidialle;
y así os suplico que de aquí adelante
os sirváis de esta casa como propia.

CARLOS.

Lo mismo os pido yo, que de la mía
habéis de ser, de aquí adelante, dueño.

MAYO.

¿Qué te parece de esta polvareda
que levantó tu ama?

ISABEL.

Que se usan
mil amistades de esta misma traza,
adonde el ofendido y agraviado
queda con las ofensas obligado.

LUIS.

¿Qué caballero es éste que conozco,
a cuya información partís agora?

CARLOS.

(Si digo nombre conocido, y miento,
destruyo la invención; más acertado
será decir un nombre que no haya.)
Yo pienso que es muy vuestro conocido
don Nofre de Canaria.

LUIS.

Ni a mi oído
llegó jamás su nombre.

CARLOS.

Si por dicha
no le tenéis por limpio, ¿de qué sirve?

LUIS.

Por esa cruz y por la de esta espada,
que os engañó, don Carlos, quien os dijo
que conozco a don Nofre de Canaria.

CARLOS.

Pues yo jurara que con él un día
os vi jugar en casa de un amigo.

LUIS.

¿Qué señas tiene ese hombre?

CARLOS.

Es alto y flaco,
de color macilento y barbirrubio,
un poco calvo, pero gran soldado,
que por la guerra el Hábito le han dado.

LUIS.

Vuelvo a decir que no le vi en mi vida.

CARLOS.

Hoy ha de ser forzosa mi partida;
dadme licencia, que, volviendo, os juro
de veniros a ver con más espacio.

LUIS.

Yo acudo algunas veces a Palacio,
que tengo un pleitecillo en el Consejo,
y nos podremos ver todos los días.

CARLOS.

Señora, ¿qué mandáis?

LISARDA.

Que os guarde el cielo
y que os traiga con bien.

CARLOS.

¿Qué te parece?

MAYO.

Que fué toda la traza necesaria:
¿dónde hallaste a don Nofre de Canaria,
tan alto, desvaído y vayandino?

CARLOS.

Bien llevo que reír todo el camino.

LUIS.

¡Honrado caballero, por Dios vivo!

LISARDA.

Un poco hablé con él, y me parece
de buen entendimiento.

LUIS.

De esta traza
quisiera yo, Lisarda...

LISARDA.

¿Qué?

LUIS.

Un cuñado.

LISARDA.

Sin duda que te trae desvelado
ese cuidado a ti.

LUIS.

Pues, por tu vida,
que si agora vivieran nuestros padres,
no les diera ventaja en el deseo
de tu remedio.

LISARDA.

Basta, yo lo creo.
Mándente a ti jugar a la pelota,
y de noche a las pintas, y mudarte
del hábito galán que traes de día,
en el tabí de plata y medias blancas;
tomar sombrero con la falda vuelta,
asida del corchete de diamantes,
cadena y otras galas semejantes.
Y venir a dar golpes y acostarse
cuando ya quiere el alba levantarse,
y pedir de comer a las dos dadas,
riñendo sobre el cuello a mis criadas,
que no acordarte, Luis, de mi remedio;
porque ésas son las cosas que olvidadas
tienen el mar de tu rigor en medio.

LUIS.

Dejemos quejas, ¡oh Lisarda mía!,
comunes entre hermanos, cuanto injustas,
que tú verás si mi cuidado es sólo
esas galas que dices y esos pasos;
nunca ponéis en cuenta las mujeres
aquello de sentaros al espejo
con tanta multitud de redomillas
que no hay pintor que tenga más colores;
el tiempo que gastáis en hacer mudas,
el dinero en vestidos y tocados,
de enriquecidas tiendas inventados,
pues con vuestras cabezas, a su viento,
levantan mercaderes, hasta el cielo
casas, que tantas tienen por el suelo;
ya parecéis Sibilas, ya Cleopatras,
ya romanas, ya griegas, ya flamencas,
finalmente...

LISARDA.

No más; nunca yo hablara:
digo que no me cases en tu vida.

LUIS.

Si tú me riñes, es razón que sepas
que doy satisfacción de mis costumbres;
mas yo te casaré, luego que acabe
una encomienda de un amigo mío.

LISARDA.

¿Qué amigo, y qué encomienda?

LUIS.

El Conde Fabio,
de quien yo fuí tan regalado en Nápoles,
me escribe que es ya muerta la Condesa:
no dejó hijos, y llevar querría
una que tuvo aquí de unos amores,
que la dejó a criar en cierto pueblo
adonde vive, sin saber quién sea.
Yo tengo ya las señas, y una cédula
para cobrar aquí dos mil ducados;
por ella quiero ir, y has de ir conmigo,
para que de ti venga acompañada,
pero no han de saber quién es.

LISARDA.

Pues dime,
¿has de traerla aquí?

LUIS.

Mientras que viene
la orden que en llevarla me mandare,
y que la mudes tú traje y lenguaje.

LISARDA.

¿En qué lugar está?

LUIS.

Barajas.

LISARDA.

Bueno,
el traje sólo podía ser mudarle,
que en lo demás, la lengua de la Corte
tiene juridición por cinco leguas,
y Barajas está dos leguas solas;
¿qué día quieres ir?

LUIS.

Pase la entrada
de nuestra serenísima princesa.

LISARDA.

¿Tienes ventanas ya? Pero no creo
que serás tan galán: allá tus damas
merecerán balcones para verla.

LUIS.

Tú tienes los mejores de la Corte.

LISARDA.

Doyte mis brazos.

LUIS.

A comer nos vamos.

LISARDA.

Gran principio me has dado en las ventanas.

LUIS.

Yo te daré los postres en casarte.

LISARDA.

¡Isabel!

ISABEL.

¡Mi señora!

LISARDA.

Bien se ha hecho.

ISABEL.

Amor es un Juanelo en artificios.

LISARDA.

Carlos se fué, yo pierdo mil juicios;
pero, pues su partida no me agrada,
no ha de ser por mi bien esta jornada.

(Vanse, y salen los MÚSICOS *de labradores,* DORENA, SILVIO, PASCUAL, BENITO *y* ANTÓN.)

PASCUAL. Famoso baile se ordena;
no hay lugar que tenga igual
con Barajas.
DORENA. ¿Es Pascual?
BENITO. Acá están Silvio y Dorena.
PASCUAL. Si tú vienes a cantar,
¿quién ha de faltar a oírte?
SILVIO. Pues bien puedes prevenirte.
BENITO. De la música y la mar
oigo decir que entristecen
mucho más los que lo están.
PASCUAL. Los ojos te alegrarán,
que sólo bien te parecen.
BENITO. ¿Sabes tú que han de venir?
PASCUAL. Al baile nunca faltaron.
BENITO. Hoy mis penas intentaron,
Pascual, morir o vivir.
PASCUAL. ¿Cómo?
BENITO. Con su padre hablé
y por mujer la pedí.
PASCUAL. Mas ¿qué te dijo, que sí?
BENITO. Hasta agora no lo sé,
porque es tan prudente el viejo,
que término me pidió.
PASCUAL. El viene.
BENITO. Hablaréle yo.
PASCUAL. Habrán entrado en consejo
él y su hija, por dicha.

(Sale LAURENCIO, *viejo.)*

BENITO. Laurencio, el cielo te guarde.
¿Qué hay de mi dicha esta tarde?
Bien dijera mi desdicha.

LAURENCIO.

Benito, de tus méritos seguro,
y del valor de tus honrados padres,
no dudes de que diera a tu esperanza,
con dulce posesión, tan dulce efeto.
Eres, para ser mozo, hombre discreto:
no te falta dinero ni limpieza
(que no es pequeño bien limpia riqueza),
bien quisto, liberal y generoso,
digno de ser en esta villa esposo
de la mujer más bella que la habita;
mas si Jacinta, ingrata, solicita
que mi memoria y sucesión se acabe,
y, por ventura, algún secreto sabe,
y sólo de vivir sola se precia,
¿qué puedo hacer, pues todo amor desprecia?
Ya está mi imperio en ruego convertido.

BENITO.

Conozco su rigor; lloro su olvido;
mas como nunca el pensamiento humano
está firme, Laurencio, en un propósito,
y vemos que del cielo las mudanzas
mudan también las cosas de la tierra,
por si tu hija, vanamente esquiva,
mudare del propósito que tiene,
que en la mujer no suele ser muy firme,
quiero de tu palabra prevenirme.
No son los pensamientos ríos caudales
que siguen un camino eternamente
y van entre dos márgenes corriendo
con ley precisa el mar; que bien podría
volver atrás, Laurencio, su porfía.
Lo que hoy se aborreció, mañana se ama,
y quien huye, tal vez persigue y llama;
con la necesidad, lo injusto es justo:
que no tiene color ni ley el gusto.

LAURENCIO.

Allí, Benito, un poco te retira,
que ella viene bizarra al baile.

BENITO.

Advierte
que están mis esperanzas a la muerte.

(Salen JACINTA *y* TERESA.)

TERESA. Acá están los bailadores;
no hay lugar desocupado.
JACINTA. Los ojos me han ocupado
otras distintas colores.
Que Benito estaba allí
y con mi padre trataba
esto que hoy no le escuchaba.
TERESA. ¿Pues quieres hablarle?
JACINTA. Sí.
Cansados te habrá dejado
este necio los oídos;
que amantes aborrecidos
cansarán un monte helado.
Son como enfermos que cuentan
a todos su enfermedad;
que es peso la voluntad
de quien descansar intentan.
¿Qué te habrá dicho de mí?
LAURENCIO. Hija, los extremos son
una cierta imperfección
como la que miro en ti.

No te quisiera, si digo
verdad, que debo estimar
de ingenio tan singular
y de su consejo amigo.
Si muchas hijas tuviera,
amara tu condición;
mas si en ti la sucesión
de mi sangre aumento espera,
pierde la injusta porfía
de tu vano entendimiento:
darás con tu casamiento
aumento a la sangre mía.
Elige en toda Barajas
el más rico labrador,
que el negar tiempo al amor
no son discretas ventajas.
En la edad dispuso el cielo,
hija, tiempo para amar;
quien no le ha dado lugar
el alma tiene de hielo.
Tú lo mirarás mejor;
tanto de tu ingenio fío,
así por ser gusto mío
como por pagar a Amor
el censo que los mortales
le deben, y hasta las fieras;
porque como amar no quieras,
serán a tu pecho iguales.

JACINTA. No es fiereza, padre mío,
no dar al amor lugar.

LAURENCIO. Es condición singular,
y, aunque labrador, me río
de todos cuantos lo son;
que las singularidades,
cuando no por vanidades,
arguyen imperfección.

JACINTA. Yo te oí más de una vez
decir que no me podías
casar; pues si esto decías,
yo te establezco juez
de la causa de los dos.

LAURENCIO. Tuve una esperanza incierta,
que ya presumo que es muerta.

JACINTA. Pues bien, perdónela Dios.
Pero dime, ¿qué secreto
en aquesto puede haber?

LAURENCIO. En no decirle a mujer
quiero parecer discreto.
De casamiento naciste,
no eres parto de la tierra;
alma que ese cuerpo encierra,
de carne y sangre se viste.
Jacinta, casados son
todos los más animales;
en las palmas orientales
dicen que hay hembra y varón.
No dan dátiles opimos,
sino es que los dos se ven;
pero como cerca estén
nacen dorados racimos.
Aquellas palomas van
casadas a hacer sus nidos;
los peces más escondidos
casados también están.
Mira la salvaje cierva
seguir alegre su esposo;
mira el novillo celoso
peinar con los pies la hierba.
Todo ama; no es razón
que no quieras bien lo que eres;
pero mientras no quisieres
no has de tener perfección.

(Váyase.)

TERESA. Enojado va contigo.

JACINTA. Valiente sermón me ha hecho.

TERESA. ¿Y habrá sido de provecho?,
que el pretensor es mi amigo.

JACINTA. Mientras cosas tan discretas
me decía, yo pensé
si, por dicha, me dejé
en casa las castañetas.
Aquí las trigo; ¡ea, Gil,
toquen, y de baile vaya!

TERESA. Hoy he perdido una saya.

GIL. ¿Qué va?

JACINTA. La del tamboril.

(Los MÚSICOS canten, y ella y el que baila, o cuatro, si fuere mejor, bailen así.)

¡Oh, qué bien que baila Gil
con las mozas de Barajas,
la chacona a las sonajas
y el villano al tamboril!
¡Oh, qué bien, cierto y galán
baila Gil, tañendo Andrés!;
o pone en fuego los pies
o al aire volando van.
No hay mozo que tan gentil
agora baile en Barajas,
la chacona a las sonajas
y el villano al tamboril.
¿Qué moza desecharía
un mozo de tal donaire,
que da de coces al aire

y a volar le desafía?
A lo menos, más sutil
cuando baila, se hace rajas,
la chacona a las sonajas
y el villano al tamboril.

BENITO. Pudiera verte bailar
la misma hermosa Princesa.

JACINTA. De haber bailado me pesa,
si es que te pude agradar.

BENITO. ¡Esto llamaras favor
cuando más discreta fueras!

JACINTA. Mejor, Benito, dijeras
la que te tuviera amor.
Pero si gusto te di
yo me quiero desquitar
con darte aqueste pesar.

BENITO. No lo será para mí.
Ya es noria mi pensamiento;
mas tales vasos alcanza:
los vacíos de esperanza
y los llenos de tormento;
pues en tal desconfiar
y luego en tal padecer,
¿qué males puedo temer?
¿qué bienes puedo esperar?

JACINTA. Teresa, escucha.

TERESA. Crueldad
usas con aqueste mozo.

JACINTA. De esas crueldades me gozo;
yo nací sin voluntad.

TERESA. Guárdate del refrancillo:
"del agua no beberé".

JACINTA. Esta mañana pensé,
ahora bien quiero decillo,
ir a Madrid, para ver
la entrada de la Princesa.
¿No irás conmigo, Teresa?

TERESA. Sí; pero ¿cómo ha de ser?
Mas ya sé lindo remedio.
¿Benito?

BENITO. ¿Hay algo en mi bien?

TERESA. Así los cielos te den
para tu desdicha un medio,
que pongas un repostero
en tu carro y que nos lleves
a Madrid.

BENITO. Como tú apruebes
lo que ésta dice.

JACINTA. No quiero.

BENITO. Haz, Jacinta, tan feliz
mi dicha, a mi amor responde,
que al mayordomo del Conde
pediré un rico tapiz,
y a las mulas les pondré
jáquimas de mil colores,
y de alfombras de labores
las estacas cubriré.
En almohadas labradas
de seda asentada irás;
desde allí me abrasarás,
si de abrasarme te agradas.
Haz esto, Jacinta mía;
seré en tu fuego crisol;
llevaré a Madrid el sol
por si hiciere pardo el día.
Yo sé que su regimiento
me lo sabrá agradecer,
porque máscara y llover,
¿cómo puede dar contento?
Iré como sobre apuesta,
diciendo en mi carro nuevo:
"¡Fuera!, ¡apártense, que llevo
el sol para aquesta fiesta!
¡Ea! Voy a uncir.

JACINTA. Teresa,
en dos pollinos iremos,
que más a placer veremos
a la divina Princesa.
Sombreros con plumas bellas
en tocas de argentería;
manteos con bizarría;
sartas, perlas como estrellas.
¡Ea, vamos!

TERESA. ¡Qué porfía!

BENITO. Oyeme, Jacinta, aguarda.

JACINTA. ¿Alfombrita sobre albarda?
¡Famosa caballería!

(Tañan los MÚSICOS, *y el que baile acabe esta cena.)*

¡Oh, qué bien que baila Gil
con las mozas de Barajas!,
la chacona a las sonajas
y el villano al tamboril.

(Salen DON CARLOS *y* MAYO, *criado.)*

CARLOS. Milagro de Dios ha sido.

MAYO. Todas las piernas me ha roto.

CARLOS. No hay duda; él iba borracho.

MAYO. Tal es el año de zorros.
Rogamos a Dios por santos,
a los viejos decir oigo;
mas no por tantos que ya
valga el vino a diez y ocho.
Brañigal es nombre antiguo

de este endemoniado arroyo;
de hoy más le llamo braguero;
en llegando me le pongo.

CARLOS. ¡Jesús mil veces! ¿Tenía
seso, Mayo, este demonio?
¿Hay tal cochero en el mundo?
¿Dónde llevaba los ojos?
¡Volcar el coche en el agua!

MAYO. Bajó la cuesta furioso,
y tropezando en las piedras
volvióse a un lado, y vaciónos.

CARLOS. ¡Vive Dios, que fué milagro
mi paciencia en tanto enojo;
que el darle una cuchillada
fué, en saliendo, mi propósito!

MAYO. A lo menos, de San Diego,
de quien eres tan devoto,
que caer sobre las piedras
era peligro notorio.
Yo en el agua parecía
tortuga echada en remojo;
a lo menos, bacallao,
pardo atún o bayo tollo.
No en balde temió Lisarda.

CARLOS. Un corazón amoroso
es adivino del daño,
Mayo, que padece el otro.

MAYO. ¿Para qué me llamas Mayo?

CARLOS. ¿Pues qué nombre?

MAYO. Abril lluvioso;
tal como yo estoy en agua,
tomara en vino un bizcocho.

CARLOS. Mira si ha sacado el coche.

MAYO. Allí le ayudaban todos;
pero entienden poco de agua
y todos se ayudan poco.

CARLOS. ¿Mojáronseme las cajas?

MAYO. Sembrado está el campo en torno
de alcorzas y peladillas,
y todos hacen su agosto.

CARLOS. ¡Media legua de Madrid
tal desgracia!

MAYO. Es fiero monstro
este arroyito que miras,
y paso tan peligroso,
que cuentan de él mil desgracias,
traiciones, muertes y robos.

CARLOS. ¡Alto!, saquemos la ropa;
esta vez no cumplo el voto,
que ya con tantos azares
me da la jornada asombro.
Alcalá, de noche ha sido
siempre lugar temeroso.
A Madrid me vuelvo, Mayo.

(Silbos y grita, y UN HORTELANO.)

¿Qué grita es ésta?

MAYO. Esos monos (1),
que deben de haber sacado
el coche del agua en hombros.

HORTEL.º ¡Guarda, el toro, aparta, guarda!

CARLOS. ¿Qué dicen de toro?

MAYO. ¿Cómo?

CARLOS. De un toro.

MAYO. ¿Pues toro aquí?

HORTEL.º ¿Qué hiciera más en el coso?

(Salga.)

Apártense, caballeros,
que viene por esos olmos
un toro que han perseguido
de Madrid, algunos mozos,
en la vacada que tiene
la Villa en aquestos sotos,
para las fiestas que agora
hace de cañas y toros
a la Princesa de España.

CARLOS. ¿Toro agora tan furioso?

HORTEL.º ¿Cómo furioso? Por Dios,
que los hortelanos somos
de aqueste arroyo en las huertas
bastantemente animosos,
y que ha dado, por silbarle,
con algunos de nosotros,
muy lindas vueltas agora.

MAYO. ¿Por silbar? ¿Por eso es poco?
¡Cuál era para comedias
ese toro valeroso,
que hay pícaro que de un silbo
deja [a] un compañero tonto!

HORTEL.º Aquí estaréis más guardados,
porque es un torillo hosco,
cual suele un recién casado
a pocas noches de novio:
herrado de las dos puntas,
arrugado y negro el rostro,
corto de cuello y de pies,
ancho y hundido de lomo,
después de mil rejonazos
con que da bramidos roncos,
un reguilero de plumas

(1) Así en la 1.ª edición. Hartzenbusch, en la suya, corrige "mozos".

le ofende el hocico romo.
Del jardín del Condestable
estos hidalgos briosos
salieron hoy a caballo,
como galeras en corso.
¡Bien lo han hecho! Mas, de seis,
vuelven tres caballos solos,
y aun algunos gorgueranes
se han guarnecido de lodo.
¡Oh, hele allí!

MAYO. ¡Pesia tal!
Levantando viene el polvo
con los pies hasta las nubes,
y a testaradas los chopos.

CARLOS. Espera, por Dios, que vienen
pasando agora el arroyo
dos labradoras.

MAYO. Y a fe
que no son de malos rostros.
Él parte a los dos pollinos.
¡San Diego! ¡San Blas Apóstol!

CARLOS. Con una ha dado en el suelo.

MAYO. Y aun por eso dijo el otro
que [a] la que bien hila y tuerce
bien se le parece.

CARLOS. ¿Cómo?

(Saque la espada y entre.)

¿Dejaré que muera allí?
Espérame, infame toro.

MAYO. A mí no hay que me esperar.

HORTEL.° Discreto sois.

MAYO. No soy bobo.

HORTEL.° ¡Qué cuchillada le ha dado!
¿No le ayudáis vos?

MAYO. No oso,
que tengo tan poco pulso
que no sé partir un hongo.

HORTEL.° Las dos piernas le ha cortado.

MAYO. Debían de ser de corcho.

HORTEL.° La mujer en brazos saca.

MAYO. Pensé que sacaba al toro.

HORTEL.° ¿Quién es este caballero,
que pienso que le conozco?

MAYO. Yo os lo escribiré mañana,
que andamos de prisa todos.

(Sale DON CARLOS, *con* JACINTA *en los brazos.)*

CARLOS. ¡Animo, bella aldeana!

HORTEL.° Desmayóla el alboroto.

MAYO. Y no habrá menester agua,
que ha rato que está en remojo.

CARLOS. Al coche quiero llevarla.

TERESA. Haréis un hecho famoso,
señor, en darle la vida.

MAYO. ¿Eso llevas?

CARLOS. Calla, loco,
que algo a mis ojos les debo.

MAYO. ¿Cuándo?

CARLOS. *Al pasar del arroyo.*

ACTO SEGUNDO

(Salen BENITO, PASCUAL, ANTÓN.)

PASCUAL. ¡Que por tan breve jornada
tan ignorante haya sido!

BENITO. ¡Oh, lo que os habéis perdido
por no haber visto la entrada
de la divina Isabel,
Princesa de España hermosa,
del cuarto Felipe esposa,
digna de engastarse en él!
Soy hombre, al fin, de labranza,
¡voto a mi sayo, Pascual!,
que estoy, aunque hablando mal,
por hablar en su alabanza.
Mas lo que entiendo advertid
para más grandeza suya.

ANTÓN. Cuéntanos, por vida tuya,
lo que ha pasado en Madrid.

BENITO. San Jerónimo del Prado,
que, cansado del desierto,
a ser palacio de reyes
subió su merecimiento,
vestido de luminarias,
como de estrellas el cielo,
que por sus torres antiguas
lugar sus almenas dieron,
dió, Pascual y Antón, la noche,
antes de entrar en su centro
este planeta divino,
a su grandeza aposento.
El sol, viendo que en Madrid
entraba Isabel, corriendo
cortinas de varias nubes
a su rostro y rayos bellos,
dejó todo pardo el día,
pues entra Isabel, diciendo:
"No he menester salir yo,
porque dos soles daremos
tanta luz, que, por ventura,
abrasemos este suelo."

piense el concertado tiempo,
o que ella viene a ser sol
o que de ella envidia tengo.
Bajó, en fin, acompañada
este divino lucero
hasta las casas del Duque,
como al Occidente vemos
la luna en serena noche,
del espléndido ornamento
de sus brilladoras luces
del Norte, a su lumbre opuesto,
las Hélices, las dos Osas,
el Carro y la blanca Venus.
Allí la Villa aguardaba
cerca de un arco del cielo,
porque allí se apareció
y estuvo en dos horas hecho;
de un palio de blanca tela
deciséis varas abrieron
una generosa calle
al sol, porque fuese dentro.
Los vestidos que llevaba
el ilustre regimiento
eran conformes al día,
que no hay más que encarecerlos,
y ya sabéis que Madrid
excede, como en el cielo,
a muchas grandes ciudades
en riquezas y deseos.
Formaron por dos hileras
las dos guardas, paralelos
al planeta que traía
luz a nuestro hesperio suelo.
Los bizarros españoles
y los gallardos tudescos
llevaban, sobre amarillo,
blanco y rojo terciopelo;
allí sus dos capitanes
y sus tinientes hicieron
el lugar, orden y plaza
que se fué siempre siguiendo:
atabales y trompetas,
del mismo color cubiertos,
parece que quién venía
iban delante diciendo:
"¿Cómo sabré yo pintaros
tan grande acompañamiento?"
Ignorante labrador,
que de sólo el campo entiendo,
no sé quién eran los grandes;
solamente decir puedo
que nadie en tan gran lugar
puede llamarse pequeño;
verdad es que conocí,
Pascual, al Conde, mi dueño,
con vestido regidor,
entre muchos caballeros;
aquel insigne Zapata,
cuyos blasones excelsos
tomó de los pies del sol,
aunque son blancos y negros;
el Conde, en fin, de Barajas,
como a señor conociendo,
me divirtió de los otros.

PASCUAL. De que le alabes me alegro,
que, al fin, es nuestro señor,
y hijo de padre tan bueno,
que su famosa memoria
vivirá siglos eternos.

BENITO. También conocí al Mendoza,
ilustrísimo sujeto
para versos de Virgilio,
para excelencias de Homero.

ANTÓN. El Duque del Infantado,
Benito, a los extranjeros
está diciendo quién es.

BENITO. Pues con él me amanecieron
los rayos de un alba clara;
por sus heroicos abuelos,
por sus generosos padres,
cuyas grandezas hicieron
que en las de Alejandro y César
callen el latino y griego.
Hablando en el Duque de Alba
volví la cara a un mancebo
que estaba alabando al Duque
de Sesa y Soma, diciendo:
"Aquí se cifró la gloria
de los Córdobas, que dieron
honra a España, fama al mundo
y al Rey Católico reinos."
Pero dejé de escucharle,
Pascual y Antón, os prometo,
por ver un Príncipe en quien
puso las partes el cielo
de más grandeza y valor
que en muchos siglos se vieron.
Ya sabéis que yo no soy
pretendiente lisonjero,
porque más precio una flor
de un huertecillo que tengo,
que cuantas riquezas cubren
los doseles de sus techos.
No daré tan sólo un paso
por cuantos diamantes bellos
fueron pedazos del sol

que de sus rayos cayeron.
Pero dar justa alabanza
a grandes merecimientos,
mi natural condición
me obliga, sin otro premio;
que vi, pues, tan gran señor,
otra ver a decir vuelvo;
el de Lerma y Denia digo,
con que digo cuanto puedo.
Mas porque ofenderse puede
que villano tan grosero
ose tomarle en la boca,
la sello con el silencio,
y porque después de ver
reyes de armas y maceros,
uso de Castilla antiguo,
con reales instrumentos,
vi debajo de aquel palio
la flor de lis de los cielos:
la soberana Princesa,
por quien dimos igual peso
de estrellas, de sol, de perlas,
que con Isabel nos dieron.
Pintaros de qué manera
iba aquel ángel haciendo
cielo el palio, es dar a un vidrio
todo el resplandor de Febo;
si os pintara su vestido,
pudiera cualquier discreto
decirme: "¿En eso ocupaste
los ojos tan breve tiempo?
¿No era mejor ocuparle
en ver el rostro, el cabello,
las manos, la compostura,
el aire gentil del cuerpo?"
Pues a la fe que paré
más en su belleza atento
que en vestidos y diamantes
y en el palafrén, soberbio
de verse con tanta dicha,
porque, a tenerle, sospecho
que, desvanecido y loco,
perdiera el entendimiento.
Sus damas iban después
con galanes, que quisieron
ver hablar francés a Amor
y castellano al deseo.
La calle Mayor pasaron,
la Princesa bendiciendo
de ventanas y balcones,
cuantos verla merecieron;
porque pienso que llevó,
más que perlas y cabellos,
almas y ojos aquel día
en sus muchas gracias puestos.

PASCUAL. ¿No nos dices de la Puerta
de Guadalajara?

BENITO. Hicieron
en ella un arco de seda,
y los insignes plateros,
una calle toda de oro,
ostentación de sus pechos.
Y advertid que esta pintura
es solamente bosquejo,
que nadie gasta colores
si no hay agradecimiento.

(Salen LISARDA, DON LUIS *y* LAURENCIO *con una carta.)*

LAURENCIO. Cuanto decís es verdad,
y conocida esta letra,
hasta el alma me penetra
el pensar mi soledad.
Lo que hasta agora encubrí
es fuerza que se descubra.

LUIS. Sí; pero no que se encubra
la prenda que vive aquí.
Ya no hay que disimular:
el Conde quiere su hija.

LAURENCIO. ¿Pues no queréis que me aflija
de que falte del lugar?
A Madrid fué a ver la entrada
de la señora Princesa;
si su tardanza me pesa,
será disculpa excusada.
Demás que dicen que un toro,
de unos mozos perseguido,
vengado, puesto que herido,
en romper capas con oro,
trató mi Jacinta mal,
hasta derribarla al suelo,
al pasar del arroyuelo
que llaman de Brañigal.
¡Ay de mí!

LISARDA. Si por amor
la habéis, buen hombre, escondido,
justa disculpa habrá sido,
mas no carece de error.
Considerad que mi hermano
no se irá de aquí sin ella.

LAURENCIO. Puesto que será el perdella
mi muerte, tened por llano
que os he tratado verdad:
aquí hallaréis labradores,
de esta villa los mejores,

que os dirán mi calidad.
Benito, Pascual, Antón,
¿soy hombre yo de invenciones?

BENITO. Pues ¿tú das satisfacciones,
Laurencio, de tu opinión?
Señores, de aquí partió
Jacinta a Madrid; no ha vuelto:
de buscarla estoy resuelto,
que he de ser su esposo yo.
Esto del arroyo y toro
averiguaré lo que es,
porque ha dos años, y aun tres,
que sus desdenes adoro.
Mas ¿para qué la queréis?

LUIS. Buen hombre, cesad de hablar,
que no os habéis de casar
con Jacinta, ni podéis.
Jacinta es hija de un hombre
noble, que por ella envía.

BENITO. Aunque la bajeza mía
no tenga de noble el nombre,
bien la puedo merecer.

LISARDA. Dejad eso, labrador,
que ni entendéis su valor,
ni le podréis entender.

LAURENCIO. Benito, cesa de hablar,
que éstas son cosas tan altas
que será descubrir faltas
el pretenderla igualar.
Señores, la relación
vuestra y las cartas son ciertas:
un coche llegó a mis puertas
años ha, pasados son.
Aquesta niña traía:
mi mujer la recibió,
y el dueño me refirió
que por bautizar venía.
Dejáronme buen dinero,
porque a Italia se ausentaba;
y, supuesto que tardaba,
fué, en efecto, caballero.
Siempre acudió por Madrid
con lo que fué menester;
mas, en fin, por no saber
nombre que darle, advertid
que porque al cuello traía
un San Jacinto de oro
y diamantes, el decoro
le guardé que le debía.
Y Jacinta la llamé.

LISARDA. Pues esa misma Jacinta
que vuestra piedad me pinta
y en esta carta se ve,
me habéis, buen hombre, de dar.

BENITO. ¿Que Jacinta es gran señora?

LAURENCIO. ¿Cómo he de poder, si agora
no ha venido a su lugar?

PASCUAL. Vaya Benito a buscalla.

BENITO. Presto pienso que os la diera,
si del corazón pudiera,
como la tengo, sacalla.

(Salen JACINTA *y* TERESA.)

JACINTA. ¿Gente de la corte a mí?

TERESA. Y un caballero y su hermana.

ANTÓN. Perdida que hoy tanto gana,
mirad que os buscan aquí.

LAURENCIO. Hija, a quien ya no podré
dar ese nombre, pues tienes
otro padre, ¿cómo vienes
de aquesta suerte?

JACINTA. No sé:
que, según ha sido el mal,
bien puedo decirlo así.

LUIS. ¿Es ésta?

LAURENCIO. Señores, sí.

LUIS. Muestra a su nobleza igual
la hermosura y gentileza.

LISARDA. Dad los brazos a los dos,
y guarde mil años Dios
tan extremada belleza,
señora doña Jacinta.

JACINTA. ¡Cuál diablo de don? ¿Qué es es-
A la fe que me lo han puesto [to?
con alfiler o con cinta.
¿Tan enhorabuena fuimos
las dos a Madrid, Teresa?

LUIS. ¿De esto os pesa?

JACINTA. Más me pesa
del peligro en que nos vimos.

LAURENCIO. Hija, vos no lo sois mía;
mirad que vienen por vos:
de dividirnos los dos
llegó, con mi muerte, el día.
Lágrimas son, estoy viejo;
bien me pagáis la crianza
con mi muerte.

JACINTA. ¿Qué mudanza
es ésta?

LAURENCIO. Ser vos mi espejo
y haberos quebrado aquí.

JACINTA. ¿Otro padre tengo yo?

LAURENCIO. Sí, hija: el que os engendró,
que yo solamente fuí
el que con vos ha pasado

los trabajos que sabéis;
allá, en Italia, tenéis
quien me dejó su cuidado.
Que estos caballeros vienen
por vos; a Madrid iréis
con ellos, donde tendréis
los vestidos que convienen
a mujer tan principal.
Padre tenéis señoría,
que yo era vos, hija mía,
y vos envuelto en sayal.
Tierno estoy, tengo razón;
Dios os haga venturosa.

(Váyase.)

LISARDA. No lloréis, Jacinta hermosa,
aunque es justa obligación,
que aquí estaremos los dos
el tiempo que vos gustéis,
y cuando vais, si queréis,
irá Laurencio con vos.
LUIS. No se ha de hacer cosa aquí
que a vuestro gusto no sea.
JACINTA. Así es justo que lo crea,
y esto habéis de hacer por mí:
que es estar algunos días
en Barajas, por el llanto
de mi padre, y hasta tanto
que dispongo cosas mías.
Entrad porque descanséis,
y contaréisme quién soy.
LUIS. Palabra, Jacinta, os doy
de que iréis cuando querréis.
LISARDA. Un coche tenéis aquí.
JACINTA. No me le nombréis, señora,
que pienso que paso agora
el peligro en que me vi.
Aunque por cierto que debo
a un caballero la vida.
TERESA. Calla, que vienes perdida.
JACINTA. No puedo, amiga, aunque pruebo.

(Vanse.)

LISARDA. ¿No tiene buen parecer
nuestra bella labradora?
LUIS. No ve el Sol, en cuanto dora,
tan peregrina mujer.

(Vanse, y salen PASCUAL *y* BENITO.*)*

PASCUAL.

¿Qué tenemos de amor?

BENITO.

Pierdo el sentido.

PASCUAL.

Pues ¿qué hay de tu esperanza?

BENITO.

Que ya es muerta.

PASCUAL.

¿No queda alguna luz?

BENITO.

Cerró la puerta.

PASCUAL.

Quien vive, espere bien.

BENITO.

Ya el bien es ido.

PASCUAL.

¿Qué puedes tú perder?

BENITO.

Lo que he sufrido.

PASCUAL.

¿Qué puedes tú ganar?

BENITO.

Pena tan cierta.

PASCUAL.

¿Nunca tuviste alguna gloria?

BENITO.

Incierta.

PASCUAL.

Alienta el corazón.

BENITO.

Estoy perdido.

PASCUAL.

El sufrir es valor.

BENITO.

No hay resistirme.

PASCUAL.

¿Los males tienen fin?

BENITO.

Son inmortales.

PASCUAL.

¿Con ellos has de amar?

BENITO.

Soy roca firme.

PASCUAL.

Pretende, pues.

BENITO.

No hay méritos iguales.

PASCUAL.

Pues ¿qué piensas hacer?

BENITO.

Pascual, morirme.

PASCUAL.

Pues ¿qué cura el morir?

BENITO.

Todos los males.

(Salen [DON] CARLOS *y* MAYO.)

MAYO. Este es aquel labrador;
ya que no te has excusado
de venir mal disfrazado,
háblale luego, señor.

CARLOS. Mayo, si Jacinta bella
me trajo el alma tras sí,
¿cómo puedo estar en mí,
mientras que no vuelvo a vella?
Pasaba Leandro un mar,
rompiéndole con sus brazos,
por llegar a los abrazos
de quien le pudo obligar.
Ya en olas altas, ya en bajas,
una y muchas veces fué;
pues ¿por qué no pasaré
desde Madrid a Barajas?
Dos leguas son, todo es calle;
¿hay mar?, ¿hay montes de hielo?

MAYO. No; pero hay un arroyuelo
que el diablo puede pasalle.

CARLOS. No le infames, que le debo
haber visto una mujer,
cuyos brazos pueden ser
laureles del rojo Febo.
Tal, en fin, que de Lisarda
apenas memoria tengo.

MAYO. Yo, señor, con gusto vengo;
solamente me acobarda,
el venir a este lugar
a tratar cosas de amor
en casa de un labrador,
donde no puede faltar
mozo de siega y vendimia,
robusto, como del campo,
y su Roldán o Melampo
con su carranca de alquimia.
Perrazo que cuando ladra
ya tiene a un hombre en el suelo,
con presas como un anzuelo,
que hasta el ánima taladra.
Pero con esta invención
que tienes imaginada,
no hay que temer.

CARLOS. Todo es nada,
Mayo, en habiendo afición.
¡Dios os guarde!

BENITO. Su merced
venga muy enhorabuena.

CARLOS Traigo...

BENITO. Hablad, no tengáis pena.

CARLOS. Habéisme de hacer merced...

BENITO. Vete en buen hora, Pascual.

PASCUAL. Adiós, si estorbo.

BENITO. Ya sabes
que hablando personas graves,
testigos parecen mal.

PASCUAL. Bien sé que es "no estorbarás"
mandamiento cortesano.

BENITO. Hablad, que aunque soy villano,
es en lo exterior no más.

CARLOS. Antes estoy informado
de vuestra mucha nobleza:
que sangre donde hay limpieza
dora el más humilde estado.
¿No os llamáis Benito?

BENITO. Sí.

CARLOS. Pues de Madrid vengo huyendo;
anoche herí...

BENITO. Ya lo entiendo;
no hay más que decirme a mí.

CARLOS. Soy Zapata, y soy pariente
del Conde; sé que tenéis
aquí una huerta...

BENITO. Podéis
defenderos fácilmente
en la casa que allí tengo.

CARLOS. Pienso que me han de buscar.

BENITO. Será sólo en el lugar.
CARLOS. Del Conde informado vengo
que sois hombre de valor
y que ayudarme podéis.
BENITO. No se engaña (y lo veréis
presto) el Conde mi señor.
CARLOS. Si me visto de hortelano,
¿podré estar en esa puerta?
BENITO. Y seguro que a su puerta
no ha de llegar hombre humano.
CARLOS. ¿Tendréis vestidos, por dicha,
para mí y este criado?
BENITO. No soy pobre, y soy honrado
con pensión de una desdicha.
CARLOS. ¿Cuál es la huerta?
BENITO. Esa es;
en ella entrad, mientras voy.
CARLOS. Mayo, de ventura soy.
BENITO. ¿Quién es Mayo?
MAYO. Cierto mes.
BENITO. Pensé que era vuestro nombre.
MAYO. No, hermano.
CARLOS. Si fuera ingrato
jamás a tan noble trato...
BENITO. No prosigáis, que no hay hombre
que tenga vuestro apellido
que no pueda ser dechado
de nobleza.
CARLOS. Este cuidado
me quiere más escondido.
A la huerta voy, adiós;
despacio hablaremos luego.
MAYO. No se entabla mal el juego,
pues disfrazados los dos,
no hay que temer al lugar.
CARLOS. De noche, salir podremos
a donde a Jacinta hablemos.
MAYO. Por ti se podrá cantar:
"Hortelano era Velardo
de las huertas de Valencia;
si ha de haber hambre, ¡paciencia!
Embutir lechuga y cardo."

(Váyanse, y salga MENDO, *labrador viejo.)*

MENDO. Pascual me ha dicho que estás
con una tristeza extraña.
BENITO. Pascual, padre, no te engaña,
y en mí verás lo demás.
MENDO. ¿Qué te importa el casamiento
de Jacinta?
BENITO. En esa edad
no reina la voluntad,
más puede el entendimiento.
Pero, padre, en esta mía,
¿qué consuelo puede haber
para dejar de querer
lo que Jacinta querría?
Dicen que es hija...
MENDO. ¿De quién?
BENITO. De un conde napolitano;
yo soy un pobre villano.
MENDO. Tú eres más noble también.
Y, llegada esta ocasión,
estoy, Benito, en efeto,
por romper, para un secreto,
las puertas del corazón.
Que no es mayor calidad
la suya.
BENITO. Padre, no creas,
por lo bien que me deseas,
engañar mi voluntad.
Que si piensas remediarme
y con mentiras valerme,
será, por dicha, encenderme
con lo que intentas helarme.
MENDO. Hijo, buen padre te dió
tu fortuna, y no extranjero,
sino español caballero,
que no soy tu padre yo.
Deudo, en esa casa tiene
las armas de su blasón;
no perdieron opinión
por lo que a tocarlas viene.
Esto basta para ti,
y no me preguntes más.
BENITO. La vida me quitarás,
¡oh padre!, en dejarme ansí.
MENDO. No soy tu padre, que yace
en Madrid, en la capilla
del Conde.
BENITO. No es maravilla
que mientas: de tu amor nace.
Oye, padre, dime el nombre.
MENDO. Déjame, que ya me pesa
de haber hablado.

(Vase.)

BENITO. Aquí cesa
mi ser, pues que soy más hombre.
Animo, pues, pensamientos,
que si es aquesto verdad,
amor en mi calidad
hará menos fundamentos.
Demás, que si al caballero
que hoy a mi huerta ha venido,

favor y consejo pido,
consejo y favor espero.
Si en calidad no hay ventajas
y mi loco amor porfía,
o Jacinta será mía,
o se ha de perder Barajas.

(Vase, y salen Don Luis *y* Lisarda *y* Isabel.)

Luis. Yo he dado en esta locura.
Lisarda. Desde Madrid lo temí.
Luis. Lisarda, en mi vida vi
tan extremada hermosura.
Lisarda. Tú eres lindo Galaor,
no ves mujer que no quieras;
mas dime, hermano, ¿es de veras
tener a Jacinta amor?
Luis. Si es hija del Conde Fabio,
y ya por fuerza heredera,
será justo que la quiera;
seré, en pretendella, sabio.
Si la tengo de llevar
a mi casa, estando allí,
¿no es mejor que para mí
la intente solicitar?
Háblala, hermana, y dirás
que por ella estoy perdido;
cosa tan justa te pido,
que negarla no podrás.
Yo me retiro a esa huerta;
llévamela sola allá:
quizá el amor me dará
para estos principios puerta.
No examines aficiones,
porque es una ley amor
tan bárbara, que, en rigor,
no la averiguan razones.
Yo veré si tengo en ti
tanta sangre como pienso.
Lisarda. Yo lo haré.
Luis. Pondrás un censo
perpetuo, Lisarda, en mí.

(Vase.)

Lisarda. Para mis cuidados es
el de mi hermano extremado.
Isabel. De haber don Carlos tardado,
es bien que con él estés,
pues ya pasó de novena
la jornada de Alcalá.
Lisarda. Si en ella, Isabel, está,
no, a lo menos, con mi pena.

(Salen Jacinta *y* Teresa.)

Esta es Jacinta.
Jacinta. Ya estoy
con humos de cortesana.
Lisarda. Oigo decir que Diana
(que a Ovidio inclinada soy)
es Luna y es Proserpina;
vos también seréis agora
cortesana y labradora;
y, si Venus, seréis trina.
Jacinta. No me habléis de esa manera,
que no lo entiendo, por Dios;
bajáos a mi campo vos,
pues no subo a vuestra esfera.
Lisarda. Yo tengo un poco que hablaros,
y en una huerta ha de ser.
Jacinta. Yo os tengo de obedecer
y como a mi dueño amaros.
Lisarda. Pienso que mi hermano intenta
hacerme vuestra cuñada.
Jacinta. Si es burla, será extremada.
Lisarda. Esa humildad me contenta.
Ya deseo que os vistáis
para que soberbia estéis.
Jacinta. Siempre humilde me hallaréis,
y más si vos me mandáis.
Lisarda. Voy a hacer que allá nos lleven
algo con qué regalaros.

(Vase.)

Jacinta. ¿Qué más que veros y hablaros,
aunque con las fénix prueben?
¿Qué te dice el casamiento?
Teresa. Que no te estuviera mal,
con hombre tan principal,
si aquel nuevo pensamiento
no te tuviera tan loca.
Jacinta. Teresa, en mi vida amé;
castigo, y muy justo, fué:
que amor por agravio toca.
¡Oh, qué bien me lo decías!
Mas dime, ¿a quién no obligara
hazaña tan noble y rara
en tantas desdichas mías?
Pues sacarme desmayada
y dejar de ir a Alcalá
por llevarme donde ya
fuí curada y regalada
de sus hermanas hermosas,
¿a quién no pudo obligar?
Teresa. Carlos es digno de amar,
por mil prendas generosas.
Mas, ya que has de ir a su casa

de don Luis, ¿no habrá remedio
de verle?

JACINTA. Siempre halla un medio
quien de ciego amor se abrasa.

(Sale MAYO *de buhonero.)*

MAYO. ¿Hay quien compre lindas cosas,
joyas y curiosidades?

TERESA. Creciendo las calidades,
serán las galas forzosas:
compra de aquí niñerías.

JACINTA. Buen hombre, llegaos acá.

MAYO. (Sola con Teresa está.)

JACINTA. ¿Qué vendéis?

MAYO. Locas porfías
de un ciego amante abrasado.

JACINTA. ¡Mayo!, ¿eres tú?

MAYO. Y tan florido,
que una huerta me ha tenido
en almendro transformado.
Yo vengo, como me ves,
a decirte que está aquí
don Carlos.

JACINTA. ¿Es cierto?

MAYO. Sí.

JACINTA. Amante bizarro es,
y paga al justo mi amor.

MAYO. En la huerta de Benito
me ha dado por sobrescrito,
que está vuelto en labrador.
Porque le ha dado a entender
que fugitivo ha venido
de la corte, y se ha querido
de su persona valer.
Dice que es deudo del Conde,
y en esto dice verdad;
Benito, por amistad,
en su enramada le esconde.
Véle a ver con un gabán
y un escardillo en la mano,
porque en forma de hortelano
no le conozca Galván.

JACINTA. Iré, sin duda, esta tarde.

(Salen LISARDA *y* ISABEL.)

LISARDA. ¿Y qué compra?

ISABEL. No lo sé.

LISARDA. Lo que fuere pagaré;
no estéis, Jacinta, cobarde.
¿Qué traéis?

MAYO. Tocas famosas
y cintas de mil maneras.
(¡Cielos!, ¿qué es esto? Por Dios,
que o tengo el mosto en la testa,
o es aquesta Lisarda.)
Señora, aquí un poco espera,
que voy hasta la posada;
verás una caja llena
de varias curiosidades:
El Escarramán, La venta
y hasta *El pasar del arroyo.*

JACINTA. ¡Ay, Dios! Si de eso me acuerdas,
cuéntame por desmayada.

LISARDA. Buen hombre, escucha a la oreja.

MAYO. Más quisiera que un alano
del Rastro me la mordiera.

LISARDA. Mayo, ¿eres tú?

MAYO. Yo soy Mayo;
mas tantas mayas me cercan,
que he de mayar como gato.

LISARDA. ¿Cómo estás de esa manera?

MAYO. Carlos supo que aquí estabas,
y con este hábito y cesta
me mandó venirte a hablar.

LISARDA. ¿Ya está en Madrid?

MAYO. Allá queda,
triste de no haberte hablado.

LISARDA. Porque aquestos no lo entiendan,
ven aquesta noche a hablarme;
aguardaréte a la puerta,
que de todo lo que pasa
le quiero dar larga cuenta.
¿Tráesme carta?

MAYO. En la posada
la dejo; pero traeréla
esta noche. Adiós.

ISABEL. Mayo, escucha.

MAYO. Cuando vuelva.

LISARDA. Ya nos podemos partir:
prevenida está merienda
y algún entretenimiento.

JACINTA. Teresa, cuando ésta sepa
que quiero bien a don Carlos,
¿qué importa?

TERESA. Sólo que tenga
envidia de tu buen gusto.

LISARDA. Isabel, ¡brava fineza!
Carlos a Mayo me envía.

ISABEL. Habrá sentido tu ausencia.

JACINTA. ¡Ay, Carlos!

LISARDA. ¡Ay, Carlos mío!
Ya estoy besando sus letras.

(Sale [DON] CARLOS, *de hortelano.)*

CARLOS.
Amor, que siempre barajas
los bienes y males, ciego,
ya tienes casa de juego,
ya das naipes en Barajas.
Jugadoras de ventajas
son tus manos, que estos días
ganan las potencias mías,
pues, en efeto, te vales,
amor, de barajas tales
para tales fullerías.
Amor, ¿de quién te acompañas
para perder y ganar,
pues sólo en el barajar
echo de ver que me angañas?
No son honradas hazañas
ver de Lisarda la suerte
y barajarla de suerte
que llegue la de Jacinta:
figura que con su pinta
pudiese darme la muerte,
porque tomas mis cuidados,
en Barajas, tan a pechos:
pues jugar con naipes hechos
no es amor de hombres honrados;
si así los tienen cortados
en barajas de pesares,
ganarás cuanto repares,
pues en ellas juntos vi
los encuentros para ti,
y para mí los azares.
Barajas, y alzo por mano,
puesta en Madrid la mitad;
pero con tu habilidad
ha sido remedio en vano.
Poco en tus barajas gano,
pues juego temiendo ausencia
en Barajas, sin licencia,
adonde vengo a probar
la mano para ganar;
y, si perdiere, paciencia.

(Sale DON LUIS.)

LUIS.
Buen hombre, que Dios te guarde
y en verde hortaliza aumente,
¿no sabes que todo Oriente
viene a tu huerta esta tarde?
¿No sabes cómo Jacinta
viene a cubrilla de flores,
que son sus pies las colores
con que Abril los prados pinta?
¿Conócesla? Dime nuevas
de su hermosura y valor.

CARLOS.
(Cuando barajas, Amor,
todo lo tiras y llevas.
¡Este es don Luis! ¿Qué es [aquesto?)

LUIS.
¿No respondes, labrador?

CARLOS.
Estoy cavando, señor,
que me va la vida en esto.
Que venga Jacinta aquí,
y la tengáis afición,
me ha causado admiración;
nunca en Barajas os vi.
Pero mejor os dirá
mi amo lo que queréis,
pues en las eras que veis,
todo mi remedio está.
Que a la fe que me conviene
tener todo aqueste día
más trabajo que solía.

LUIS.
¿Es este mozo que viene
el dueño de aquesta huerta?

CARLOS.
Y de los mozos mejores
de Barajas.

(Sale BENITO.)

BENITO.
Sabed, flores,
que os traigo una nueva cierta.
La primavera ha llegado,
anticipada, en Jacinta,
de la que esperáis distinta,
pues de huerta os vuelve en prado.
Creced, los verdes cogollos,
porque al pasar de sus plantas
esmalten colores tantas.

CARLOS.
¡Qué buen año de repollos!
Pues lo que es perejil
picará como mostaza.
Mayo tarda, por la traza;
primero ha llegado abril.

LUIS.
¿Sois el dueño de esta huerta?

BENITO.
Y muy vuestro servidor,
aunque el traje labrador
mal con el vuestro concierta.
Por Jacinta os vi venir,
y aunque lo tuve a pesar,
como al señor del lugar
os quiero y debo servir.
Estoy ya medio casado
con ella, que si hay ventajas,
del uno al otro en Barajas
mi hacienda las ha ganado.
Suplícoos humildemente
nuestra boda concertéis,

y a Jacinta le roguéis
que me trate blandamente.
Que no habrá mes en el año
que os falte mi obligación,
desde la fruta al lechón,
mejor que la seda y paño.
Desde aquí sois mi padrino,
desde aquí sois mi señor.

LUIS. Hablad bajo, labrador,
que aun sois de nombrarla indigno.
Es muy principal señora
y espera mejor marido.

BENITO. Es engaño conocido,
que Jacinta es labradora,
y como tal se crió;
y en su bautismo, mi padre,
si es mi padre, fué el compadre
que de pila la sacó.
Ella ha de ser mi mujer;
mirad si aquesto es verdad,
y, si no, el libro mirad.

CARLOS. ¡Oh, lo que este año ha de haber
de pepinos y borrajas!

LUIS. Buen hombre, cierto señor,
con secreto y con temor
la trajo niña a Barajas.
En fe de esto, la veréis
vestida, hermosa y gallarda,
ir con mi hermana Lisarda,
si duda en esto ponéis,
donde en Madrid vivirá
conforme a quien es, casada.

BENITO. Ya entiendo; no ignoro nada;
a buenas deshonras va.
Ya sé que hay ciertas mujeres
que en viendo una moza hermosa,
con su maña cautelosa
la prenden con alfileres
un doña Tal de Guzmán,
de Toledo o de Mendoza,
haciendo a una humilde moza
bastarda del Preste Juan.
Dan en la Corte con ella,
donde, por la novedad,
no hay colmena, esto es verdad,
con más avispas en ella.
Luego la cubren diamantes,
fiados a buen pagar,
que son, después al cobrar,
más duros que fueron antes.
Luego hay casa con balcones,
luego hay destierros y vueltas;
pero en vueltas y revueltas
cogen muy lindos doblones.
Así será la mujer
que vuestra hermana llamáis,
con que a Jacinta engañáis,
que era labradora ayer.
Y vos, que ayudáis al caso,
seréis el galán primero.

LUIS. No sé, villano grosero,
cómo el alma no te paso.
¿Hay malicia semejante?
¡Vive Dios que estoy...!

BENITO. Teneos,
y en la huerta entreteneos,
pues sois de Jacinta amante.
Que agora habláis con ventajas;
traer mi espada es razón,
y conoceréis quién son
los mancebos de Barajas.

(Vase.)

LUIS. Sin duda alguna, está loco
de amor de Jacinta bella;
mas ¿qué mucho, si por ella
es ya mi seso tan poco?
¡Hola! Tú que cabizbajo
limpias tu verde hortaliza,
oye.

CARLOS. El dimuño os atiza;
dejadme con mi trabajo,
que no me entiendo de amor.

(Sale MAYO.*)*

MAYO. Allí mi señor está.

CARLOS. Mayo viene; pero ya
se ha llevado abril la flor.
¿Qué hay, compañero? ¿tenemos
de lo dicho alguna traza?
¿Concertaráse la fruta,
irán a Madrid las cargas?,
que hay otro marchante acá
que diz que viene a comprarla.

MAYO. Hortelano era Velardo
de las huertas de Barajas,
que los trabajos obligan
a lo que el hombre no basta.
Pasado el hebrero loco,
siembra para mayo trazas;
mas ninguna lleva flores:
aires de Madrid lo causan.
Todos soplan hacia acá;
no hay sino bajar la cara

mientras pasan estos cierzos
que vienen de las montañas.

CARLOS. Ya lo entiendo, compañero,
y que engañó la esperanza,
porque quien la pone en huertas,
o le falta el sol o el agua.
No sé qué habemos de hacer
si tantos merchantes andan
para tan poca hortaliza.

MAYO. Volver a Madrid mañana,
donde hay huertas sin peligro,
y entre melones y habas
se venden nabos gallegos
y berenjenas zocatas.
No quiero huerta con noria,
adonde las bestias sacan
agua, tapados los ojos.

CARLOS. ¡Ay, Mayo, al amor retratan!

MAYO. ¡Ay, abril, que viene agosto,
y cuanto siembras abrasa!

(Salen JACINTA, TERESA, LISARDA *y* ISABEL.)

LISARDA. No seas, Jacinta, esquiva;
allí mi hermano te aguarda.

JACINTA. Por ti le hablaré, señora.

LISARDA. Entre tanto que le hablas,
me quiero yo entretener
entre estas hierbas y plantas,
hablando con su hortelano.

(JACINTA, *con* DON LUIS.)

JACINTA. Aquí me ha dicho Lisarda
los favores que me hacéis.

LUIS. Si favorece quien ama,
bien decís, porque os adoro.

(LISARDA, *con* DON CARLOS.)

LISARDA. ¡Ah, buen hombre, el que trabajas!
Entretén una mujer:
¿qué siembras?, dime, ¿qué cavas?

CARLOS. Escardando estoy, señora,
por sacar las hierbas malas
que causan daño a las buenas.

LISARDA. ¿La cabeza no levantas?
Dame una lechuga de ésas.

CARLOS. ¿Estáis acaso preñada?
Tomad.

LISARDA. Carlos, ¿qué es aquesto?

CARLOS. Señora, tu amor lo causa.

LISARDA. Mayo me dijo, mi bien,
que agora en Madrid quedabas.

CARLOS. Por cogerte de repente
le dije que te engañara;
¿a qué habéis venido aquí?

LISARDA. Venimos por esta dama.

CARLOS. ¿Dama aquella labradora?

LISARDA. Es de un conde hija bastarda,
gran amigo de don Luis
cuando pasaron a Italia.
Por cartas viene por ella,
que ha de tenerla en su casa
hasta que llegue ocasión;
mas yo pienso que es llegada,
porque desde que la vió,
de tal manera se abrasa,
que casándose con ella
se ha de excusar de enviarla.

CARLOS. ¡Extraña historia, por Dios!

ISABEL. ¿Y tú, Mayo, no me hablas?

TERESA. ¡Ah, señor Mayo! ¿Así olvida
a las amigas?

MAYO. Son tantas,
que no sabe el hombre a quién
vuelva aquesta hermosa cara.

ISABEL. ¿Conoces a Mayo tú?

TERESA. ¿Pues no?

MAYO. Teresa, repara
en que me echas a perder.

TERESA. Cuando llevo de Barajas
pan a Madrid, muchas veces
voy a venderle a su casa.

ISABEL. Fabló bien su señoría.

JACINTA. Señor don Luis, con la salva
debida a vuestro valor,
digo que fué más temprana
ésta vuestra voluntad
de lo que pide la causa.
Ahora vamos a Madrid,
y yo voy a vuestra casa;
el tiempo y lugar es vuestro.

LUIS. Con esa dulce esperanza
vivirán mis pensamientos.

JACINTA. No digo que os doy palabra,
sino que el tiempo dispone
cualquier cosa que se trata.

LUIS. Servicios, Jacinta, obligan;
tarde o luego premio alcanzan.

(Sale BENITO *con espada desnuda y un gabán revuelto al brazo.)*

BENITO. Caballero de la Corte,
que, vestido de arrogancia,

venís a quitarme el bien
que solicitan mis ansias,
y puesta, para un desnudo,
mano a la cobarde espada,
decís que me mataréis:
haced la huerta campaña,
que no soy desigual vuestro,
aunque el sayal me disfraza,
que soy caballero noble
y sangre de los Zapatas.
¿Qué me miráis? Aquí estoy.

LUIS. ¿Hay desvergüenza, hay infamia
como la de este villano?
¡Afuera!

(Entren acuchillando.)

LISARDA. ¡A mi hermano matan,
Carlos! Al remedio voy.

CARLOS. Señora, no tengo armas,
y ese villano es mi dueño.
¡Ah, Jacinta!

JACINTA. ¡Ah, mi esperanza!

CARLOS. Mira cuál estoy por tí.

JACINTA. Ya sé, mi bien, lo que pasas.

CARLOS. En fin, ¿a la Corte vas?

JACINTA. Del tiempo han sido mudanzas.

CARLOS. En fin, señora te han hecho.

JACINTA. Ya ves lo que me importaba
igualar tu calidad.

CARLOS. Con tu hermosura la igualas.
¿Cuándo partís a Madrid?

JACINTA. Partirémonos mañana.

CARLOS. Teresa, ¿no has de ir allá?

TERESA. ¿Pues podré quedar sin alma?

CARLOS. En ti mi remedio fío.

JACINTA. El alboroto me ataja;
no puedo aquí detenerme.

CARLOS. Acuérdate que me matas,
y de que estuviste muerta
en mis brazos desmayada.

JACINTA. ¿Dónde?

CARLOS. Al pasar...

JACINTA. No lo digas,
que me pasas las entrañas.

(Vanse JACINTA, [DON] CARLOS y TERESA.)

MAYO. ¿Y ella cuándo va a Madrid?

ISABEL. Cuando quisiere mi ama.

MAYO. ¿Acordaráse de Mayo?

ISABEL. Como fuere la labranza.

MAYO. Junto a Brañigal espero,
porque al pasar de sus aguas...

ISABEL. No diga más.

MAYO. ¿Qué la aflige?

ISABEL. Temo que algún toro salga.

MAYO. ¿Es muy medrosa?

ISABEL. Infinito.

MAYO. Pues, oye, con esta espada
yo le desjarretaré
por la mitad de la panza.

ACTO TERCERO

(Sale DON LUIS con GUZMÁN, criado.)

LUIS. Bellísima está Jacinta
en el cortesano traje.

GUZMÁN. ¿Pues no lo pierde el lenguaje?

LUIS. En una cifra sucinta
parece que el cielo pinta
todas las luces en ella.
Si cortesana, tan bella;
tan bella, si labradora,
que de una suerte enamora
y estoy muriendo por ella.

GUZMÁN. Con razón la quieres bien,
aunque estando ya en tu casa,
no sé cómo sufre y pasa
tu amor su injusto desdén.

LUIS. Téngala yo donde estén
mis cuidados obligando
su desdén, sirviendo, amando,
que amando y sirviendo creo
que vencerá mi deseo.

GUZMÁN. ¿Cuándo?

LUIS. El amor sabe cuándo.

GUZMÁN. No la he visto hablar en ti
con el gusto de quien ama.

LUIS. No pienso que me desama,
sino se muere por mí.

GUZMÁN. Mi señora viene aquí.

(Sale LISARDA.)

LISARDA. A pediros un favor
vengo con algún temor.

LUIS. ¿Pues qué se os puede ofrecer?
¿Dónde vos podéis temer
en agravio de mi amor?

LISARDA. Mendo, hermano, un viejo hon-
padre de aquel atrevido [rado,
que en Barajas...

LUIS. Ya he sabido,
Lisarda, que os han rogado;
ya le tengo perdonado.
¿Qué queréis?
LISARDA. Que déis licencia
que venga a vuestra presencia.
LUIS. ¿Está en Madrid?
LISARDA. Aquí está.
LUIS. Pues entre, que ya tendrá
pesar, como yo paciencia.

(Sale BENITO.)

BENITO.

Para pedir perdón...

LUIS.

Alzaos del suelo.

BENITO.

Vengo, señor, tan triste y vergonzoso,
que al valor vuestro, del castigo apelo.

LUIS.

Vos sois, Benito, un mozo valeroso.

BENITO.

De ofenderos me dió tal desconsuelo,
al punto que dejé de ser celoso,
que a mi padre pedí que negociase
que humildemente a vuestros pies me echase.
Habló con mi señora, que, advertida
de mi arrepentimiento, os ha forzado.

LUIS.

No me desagradaron en mi vida
los hombres del valor que habéis mostrado.
Valiente mozo sois.

BENITO.

No se me olvida
algo de lo que tuve ejercitado.

LUIS.

No me pesara de tener conmigo
un hombre como vos.

BENITO.

Agora digo
que castigáis con eso mi locura.
Pensé que era Jacinta labradora,
y como al labrador es cosa dura
si el hidalgo sus cosas enamora,
hice tan desigual descompostura;
mas cuando conocí que era señora,
caí de su valor a mi bajeza,
que no hay distancia de mayor grandeza.

LUIS.

Allí os cobré afición, y si mi casa
os puede ser en algo de provecho,
quedaos en ella.

BENITO.

Tanta merced pasa
del corto espacio de mi humilde pecho.

LUIS.

Yo os quiero concertar.

BENITO.

Mi amor sin tasa
merece la merced que me habéis hecho.

LISARDA.

Benito ha de serviros de hortelano,
que os importa el jardín este verano.

LUIS.

Si él quiere, desde aquí le doy partido.

BENITO.

¿Jardín tenéis?

LUIS.

Entrad y le veremos;
aunque por mi descuido está perdido.

BENITO.

Presto veréis qué alegre le ponemos.

ISABEL.

Valor de tu piedad, señora, ha sido
pacificar aquestos dos extremos.

LISARDA.

Es, Isabel, el labrador honrado.

ISABEL.

Y en talle y brío, para ser mirado.

(Sale JACINTA, *ya vestida de dama, muy bizarra.)*

JACINTA. Dijéronme que querías
hablarme a solas un rato.
LISARDA. Ya sabes tú lo que trato,
Jacinta, por tantos días.
Mi hermano te quiere bien,

y esto de Italia le enfada;
no estarás mal empleada
en su persona también.
Que me respondas querría
si ha de tener esperanza.

JACINTA. El tener desconfianza,
ya sobra de cortesía;
y porque sepas de mí
lo que mi desdén causó,
escucha, y sabrás que yo
no tengo la culpa.

LISARDA. Di.

JACINTA. Salí de Barajas
un lunes tirano,
por la vecindad
del martes aciago,
de ver codiciosa
la entrada y los arcos
que a la gran Princesa
de España trazaron
de Madrid deseos,
de su amor cuidados,
cifra del que tienen
todos sus vasallos.
Teresa, mi amiga,
me iba acompañando,
no en coches ilustres
ni en villanos carros,
porque dos pollinos
eran entoldados
de alfombras, literas
en que caminamos.
Sombreros con plumas,
sayuelos bizarros,
sartas y corales,
cintas y rosarios,
basquiñas de seda,
ricos pasamanos,
manteos con oro,
todo fué prestado.
Casi legua y media
del amor tratamos,
ri(y)endo yo entonces
lo que estoy llorando;
que todas sus flechas
no le aprovecharon
para que rompiese
mi pecho de mármol.
Labradores mozos
a perder llegaron,
por mi amor, el seso,
pero todo en vano.
Noches de San Juan
me colgaban ramos
de juncia y verbenas,
trébol y mastranzos.
No era amanecido,
cuando todo el mayo
en el horno ardía
de su amor burlando.
Si lloraba alguna
por su amor ingrato,
no era más mi amiga,
riendo su engaño.
Al pasar del arroyo... (1)
No sé cómo basto
a nombrar, Lisarda,
quien causó mis daños...
Linde de una viña,
estaba un hidalgo,
caballero digo,
caballero honrado.
Dióle para el pecho
su espada Santiago,
y para los ojos
el alma sus rayos.
Su coche aguardaban
él y su criado,
vuelto (2) en unas piedras,
que es terrible el paso.
El arroyo arriba,
por lo más (3) cercado
de viñas y huertas
y de álamos altos,
venía un torillo,
bravo y enojado,
si son los valientes
con mujeres, bravos.
Cerró con nosotras;
mas nuestros caballos
fueron como pollos
en viendo el milano.
Caí sobre el agua,
cubrióme un desmayo,
bajó el caballero,
y, metiendo mano,
cortóle las piernas
y sacóme en brazos;
púsome en su coche
con muchos regalos.

(1) Así en la ed. de 1619; pero el verso resulta con una sílaba demás, y Hartzenbusch, en la suya, corrigió: "Pasando un arroyo..."
(2) En la ed. de Hartzenbusch, "volcó".
(3) Idem, "lomas".

Desperté en Madrid;
en su casa entramos,
sacáronme (1) en ella
sus hermanas (2), dando
aliento a mi vida
y a mi mal reparo.
En aquellos días,
me obligó don Carlos,
que este nombre tiene
el que adoro y amo.
Por mí fué a Barajas,
por mí fué hortelano,
por mí se olvidó
de antiguos cuidados;
que sólo (3) me adora
me jura llorando.
Si no se lo creo,
que me pase un rayo,
y más como agora
en sangre le igualo,
con que es imposible
dejar de casarnos.
Esto que te fío
no sepa tu hermano,
que ese (4) mismo día
me iré con don Carlos.

LISARDA. [*Ap.*] ¿Puede haber otra mayor
desventura que la mía?
¡Ay!, que no en balde temía
esta jornada mi amor.
Desde que a don Carlos vi,
mis males adiviné,
y aquello que después fué
entonces pasó por mí.
Para adivinar mejor,
el alma de amor se vale,
que no hay sibila que iguale
a un alma llena de amor.
¿Qué haré? ¿qué medio hallaré
donde no ha de hallarse medio?
Mas si el morir es remedio,
remedio en morir tendré.

JACINTA. Bien pienso que habéis sentido
el haberme declarado.

LISARDA. Notable pena me has dado.

JACINTA. Lo menos habéis oído:
porque me dijo Teresa
que estando yo desmayada...

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "secáronme".
(2) En la 1.ª ed., "hermanos".
(3) En la ed. de Hartzenbusch, "fino".
(4) Idem, "en el".

LISARDA. Basta, no me digas nada,
que aun de lo dicho me pesa.

(Salen DON CARLOS, DON LUIS, MAYO *y* GUZMÁN.)

CARLOS.

Si antes supiera yo que vuestra casa,
señor don Luis, tal huéspeda tenía,
antes para servirla me ofreciera.

LISARDA. [*Ap.*]

Este es el fuego que mi pecho abrasa.

CARLOS. [*Ap.*]

Esta es la nieve que mi pecho enfría.

JACINTA. [*Ap.*]

Este es el sol de mi dichosa esfera.

LUIS.

Avisaros quisiera;
y soy tan encogido,
que, hasta que os vi, no pude.

CARLOS.

([*Ap.*] Estoy corrido.)
Vuesa merced me tenga por su esclavo.

LISARDA. [*Ap.*]

Aquí la vida y la paciencia acabo.

JACINTA.

Yo soy, señor, muy vuestra servidora.

LISARDA. [*Ap.*]

¡Cómo el no conocerle disimula!

CARLOS.

Mayor me parecistes que la fama.

JACINTA.

Es porque estoy en esta casa agora.

LUIS.

No pienso que don Carlos os adula.

LISARDA. [*Ap.*]

¡Qué mal, ¡ay, celos!, encubrís la llama!

CARLOS.

Es muy gallarda dama,
mi señora Lisarda,
la señora Jacinta.

LISARDA.

Es muy gallarda,
y más, cuando, al pasar del arroyuelo,
vino el torillo y derribóla al suelo.

CARLOS.

¿Pues, cómo? ¿ha sucedido alguna cosa?

LISARDA.

Sábenlo hasta las mulas de algún coche,
¿y hacéisos vos de nuevas?

CARLOS.

No lo entiendo.

LISARDA.

¿Y cuando desmayada aquella rosa
os prestaba su nieve, y esa noche
al (1) rayo de ese sol iba volviendo,
y estándole diciendo
amores al oído,
cobró con las palabras el sentido?
¿Era barro también?

CARLOS.

Cuento bizarro.

LISARDA.

Mas al pasar arroyos, siempre hay barro.
¿Pensaba verla agora confiado?
¿Hallóse la invención? Pues engañóse,
que agora me la llevo a mi aposento.

CARLOS.

Lisarda mía, ¿quién os ha engañado?

LISARDA.

¡Ah, perro! ¿yo soy tuya?

CARLOS. [*Ap.*]

Derribóse
de mi edificio el fuerte fundamento.

LISARDA.

No le dará contento
esta vez la señora.
Mire cómo la habla quien la adora,
y ella le quiere bien; ¿entiende, entiende?

CARLOS.

Ya lo entiendo; ya sé que la pretende...

(1) En la 1.ª ed., "ay".

LISARDA.

Vamos, Jacinta.

LUIS (1).

¿Tú este bien me quitas?

LISARDA.

Impórtame que vengas.

JACINTA.

Vamos luego.
Adiós, señor don Carlos.

LISARDA. [*Ap. a* JACINTA.]

¿Es aqueste?

JACINTA.

El mismo.

LISARDA.

¡Buena lanza solicitas!

JACINTA.

¿Conócesle?

LISARDA.

¿Pues no? Tu amor es ciego.
([*Ap.*] Paciencia, celos, el amor os preste.)
¿Que don Carlos es éste?

JACINTA.

¿Tal hombre no te agrada?

LISARDA.

El talle, sí, con esa roja espada;
mas serás desdichada, si le quieres,
que me dicen que burla mil mujeres.

(Vanse.)

MAYO. ¿Qué tenemos, Isabel?
ISABEL. Vaya el picaño lacayo.
MAYO. Pues di, ¿no era yo tu Mayo
y tú mi fresco vergel?
ISABEL. Allá con la barajeña
que en el estribo llevó,
hable el pícaro; que yo
soy cortés y madrileña.
MAYO. ¿Ballenata no dirá?
ISABEL. Con mucha honra, belitre.

(1) "Luy.", en la 1.ª ed.; tal vez por errata, por "Iac.".

MAYO. Mala pipa de salitre
te vuele.

ISABEL. Soy nieve ya.

(Vanse.)

LUIS. ¿Qué os pareció de Jacinta?

CARLOS. Que es prenda digna de vos.

LUIS. Adoro en ella, por Dios.

CARLOS. Es tan ajena y distinta
del traje de labradora,
en que me dicen que estaba
cuando no se imaginaba
tan bien nacida y señora,
que a los que nunca la vimos,
parece que siempre fué
esto que agora se ve.

LUIS. Por ella a Barajas fuimos
Lisarda y yo, y ese día
la vi con tantas ventajas,
que presumí que en Barajas
las selvas de Arcadia vía,
y en Jacinta, labradora,
la diosa que en blanco velo
es luna hermosa en el cielo
y en la tierra, cazadora.
Y pues ya con vos profeso,
don Carlos, tanta amistad,
y no ignoráis la verdad
de este notable suceso,
sabed que quiero casarme
y al Conde Fabio escribir
que se digne de venir,
si fuere su gusto, a honrarme;
pues me dijo que tenía
pretensiones en la Corte.

CARLOS. Siempre lleva errado el norte
quien tiene el amor por guía.
Conozco la calidad
de Jacinta; mas, ¿qué hacienda,
para hacella vuestra prenda,
tenéis con seguridad?
¿Ha de heredar el estado
de su padre, por ventura?

LUIS. La hacienda de su hermosura
me tiene más obligado.
Pero, como natural,
Jacinta, y que fué su madre
más principal que su padre,
aunque él es muy principal
(porque, en efeto, murió
en posesión de doncella,
y aun me dicen que con ella
Fabio, al morir, se casó,
muerta la condesa ya,
con quien se casó después)
forzosa heredera es.

CARLOS. Mayor el peligro está.
Que si os casáis sin su gusto,
por ventura, de enojado,
tomará de nuevo estado.

LUIS. Es ya viejo y no es robusto.
Demás que me quiere bien
y yo le pienso escribir.

CARLOS. Esto no es más de advertir.

LUIS. Y hacerme merced también.

(Sale BENITO.)

BENITO. Tres o cuatro caballeros
te aguardan en el jardín.

LUIS. No os vais, porque tengo, en fin,
con qué puedo entreteneros,
y gusto de hablar con vos.

(Vase.)

CARLOS. Yo me estaré por aquí.

BENITO. ¿Ya no os acordáis de mí?

CARLOS. Nunca me olvido, por Dios,
porque sé la obligación
en que pone a un hombre honrado
quien le ayuda en el cuidado
de un peligro en ocasión.

BENITO. Para ser hombre de bien
y merecer este nombre,
cinco cosas en un hombre
han de concurrir también:
Primero, tratar verdad
y vestir honestamente;
sustentar su casa y gente
en honra y autoridad.
En los públicos lugares
estar grave, cuerdo, honesto;
nunca en hombre descompuesto
si es hombre o bestia repares;
porque la descompostura
en el público lugar,
a pícaros se ha de dar,
que no a quien honra procura.
La quinta, Carlos, también
es el ser agradecido,
que si es ingrato, ha perdido
el nombre de hombre de bien.
Pienso que no lo será
vuestra nobleza conmigo.

CARLOS. Yo seré tan vuestro amigo,
como el efeto dirá;
que quien su casa me dió
cuando fugitivo fuí,
tendrá en la mía, y en mí
lo que entonces mereció.
Y que hayáis aquí venido
y no a mi casa, me pesa.

BENITO. Esa mi amorosa empresa,
don Carlos, me trae perdido.

CARLOS. ¿Pues queréis bien todavía
a tan principal señora?

BENITO. El alma no es labradora,
y amar lo que amé porfía.
Que si de un barro a un cristal
pasasen algún licor,
no muda especie, en rigor,
sino el lugar desigual.

CARLOS. Tenéis tal entendimiento,
para en el campo criado,
que me habéis siempre admirado.

BENITO. Nace de mi nacimiento.
Y hablando con vos, es bien
que en lengua discreta sea;
cuando en el campo me vea (1),
hablaré en necio también.
¿No habéis visto que pretende
el vulgo en las cosas altas
poner muchas veces faltas,
porque es lengua que no entiende?
¿Y que, en hablándole en necio,
celebra lo que entendió?
Pues de aquesta suerte yo
de entrambas lenguas me precio.
Hablo discreto con vos,
y en necio con mis iguales;
que aunque lenguas desiguales,
me importa saber las dos.
Finalmente, yo querría
que agora vos me ayudéis.

CARLOS. ¿Pues qué es lo que pretendéis
en tan honrada porfía?

BENITO. Casarme..

CARLOS. ¿Qué me decís?
¿Con mujer tan principal,
y competidor igual
al ilustre don Lüis?

BENITO. Si vos me ayudáis y dais
palabra, con un secreto
veréis posible el efeto
de lo que dudando estáis.

CARLOS. Yo os la doy, y por esta cruz,
como caballero honrado.

BENITO. Este hombre, que me ha criado,
comenzaba a darme luz
de mi noble nacimiento.
Echélo entonces al aire,
pareciéndome donaire
y cosa sin fundamento;
mas dándome estos papeles,
toda la verdad leí,
y vos podéis verla aquí
con mis desdichas crueles.
Yo soy hijo natural
de don Esteban Zapata,
caballero de Madrid,
sangre antigua, ilustre y clara.
El modo con que en secreto
me criaron en Barajas,
no es para aqueste lugar;
sólo os diré que me espantan
tantas peregrinaciones
desde la primera barca,
que así se llama la cuna,
del mar de la vida humana.
Según esto, bien podré
con madre calificada,
como yo sé que es la mía,
de lo noble de los Vargas,
pretender una mujer
que en las fortunas me iguala,
en el modo de nacer
y en la rústica crianza.
Que, pues en un tiempo mismo
lo que tan secreto estaba,
como veis, descubre el cielo,
no debe de ser sin causa.

CARLOS. Apenas puedo, Benito,
hallar, el alma ocupada,
lengua dispuesta; la lengua,
palabras; ni las palabras,
estilo, que signifique
mi admiración; que no bastan
alma, palabras y lengua
a poder significarla.
Pero mira lo que dices,
que don Esteban Zapata
fué mi padre; y siendo así
lo que estos papeles tratan,
tú vienes a ser mi hermano.

BENITO. ¿Tu hermano?

CARLOS. Es cosa tan clara
como los rayos del sol;
y en duda, Benito, abraza

(1) En la 1.ª ed., "ve", por errata.

este pecho, que si tienes
su sangre, yo sé que el alma
me lo dirá con las señas,
y el corazón, con las ansias.

BENITO. Siempre me avisaba el mío,
pues sabes lo que te ama
desde el punto que te vi.

CARLOS. No hay duda con señas tantas;
por mi hermano te confirmo.

BENITO. Yo sé que en estas probanzas
hallarás que fué mi padre,
Carlos, el que tuyo llamas.

CARLOS. Hermano, de aquestas nuevas
sólo las albricias faltan.
Ríome yo de los hombres
que un caballo, que una espada,
una pintura, una joya,
para su regalo guardan;
lo bueno, hermano, ha de ser
para el amigo que os ama,
para lo que bien queréis,
como aquella historia larga
de Apeles y de Alejandro
que hasta los niños la cantan.
Pues ansí será la nuestra.
La cosa más estimada
que yo he tenido, es Jacinta,
y desde hoy, con manos francas,
te la doy; pero advirtiendo
que, si con ella te casas,
yo he llegado hasta sus labios
cuando estuvo desmayada,
al pasar de aquel arroyo;
pero esto no es de importancia
entre hermanos, pues lo somos.

BENITO. Yo te agradezco que hagas
conmigo tan grande exceso.

CARLOS. Haz cuenta que es darte el alma.

BENITO. Pues, no, hermano, no la quiero,
que es historia muy cansada
ver que al pasar del arroyo
te llegue a la boca el agua.
La mujer que ha de ser propia
ha de estar en una caja
como el gusano de seda,
hasta ser paloma blanca.
Si fuiste abeja en su rosa,
que buen provecho te haga;
que lo que no fué posible
olvidar con la mudanza
de su traje, ni acabaron
sus desdenes y desgracias,
con lo que me has dicho sólo,
hoy para siempre se acaba.

CARLOS. Muy delgado, hermano, eres:
a tales hombres despachan
por mujeres a Alcorcón,
que de barro se las hagan;
a Estremoz o a Talavera,
cuando han de ser vedriadas.
No se casan con melindres
los que tan ciegos se casan,
que es como beber con bota,
que lo que viene, eso tragan.

BENITO. Pues, señor, yo he de beber,
si Dios el seso me guarda,
en un cristal de Venecia.

CARLOS. Muchos he visto que andan
a buscar cristalerías
en que beber honra y fama,
y pasado el primer año,
los lleva un mozo a dar agua,
con un cabestro a un pilón,
donde las dejan tan claras
como suele el unicornio
con la virtud de sus armas.
Pero mira qué te digo:
que entrambos en esta casa
nos habemos de casar.

BENITO. ¿Entrambos?

CARLOS. Sí.

BENITO. ¡Cosa extraña!
Lisarda viene.

CARLOS. Pues vete.

(Salen LISARDA *y* ISABEL.)

ISABEL. Aquí están.

LISARDA. Espera y calla.

BENITO. Yo haré el ramillete luego;
mas de violetas moradas,
que agora no hay otra flor.

CARLOS. Por ser flor de amor, me agrada.

LISARDA. Quisiera, vil caballero,
indigno de esa señal,
no ser mujer principal,
para en estilo grosero
reñir con vos muy de veras;
que después de ser ingrato,
quien usa grosero trato,
merece injurias groseras.
¿Todavía estáis aquí,
con desvergüenza tan clara,
enamorando en mi cara?

CARLOS. Pues ¿vos me tratáis ansí?

LISARDA. ¿Cómo tengo de tratar

un hombre que me ha engañado,
habiéndole yo adorado?

CARLOS. Dadme, señora, lugar
para dar satisfacción,
que el más airado jüez
oye al preso alguna vez.

LISARDA. ¿Es ésta la devoción
y promesa de San Diego?
¡Bien servido quedaría!

CARLOS. ¡Oídme, Lisarda mía!

LISARDA. ¿Que os oiga?

CARLOS. Escucharme os ruego.

LISARDA. ¿Qué tengo ya que escuchar?
La novena me agradó,
que hasta el arroyo llegó;
pero no pudo pasar.
Vuélcanse en tales caminos
los coches por la intención,
y acuden a la oración
dos ninfas en dos pollinos.
Alfombrita de color,
jáquimas rojas a listas,
con borlas como legistas,
si hay algún asno y doctor.
Sombrero, plumas, manteo
y rebociño con oro,
y luego salir un toro
a despartir el torneo.
Cortarle la media cola,
sacar la tal del arroyo
y ponerla sobre un poyo
de vallico (1) y amapola;
darle coche y, como en jaula,
gorjear bachillerías...
Parecen caballerías
del mismo Amadís de Gaula.
Mas esto, que yo temí
y que, en efecto, pasó,
¡pase!; que no digo yo
que no es bien que pase ansí.
Pero que vuesa merced
venga a requebrarla acá,
eso no lo mandará,
si nos ha de hacer merced.
Que basta que ya pasemos
porque a doña labradora
quiera y solicite agora,
sin que aposento le demos;
que ya ve que no es razón.

CARLOS. ¿Burlas, Lisarda? ¿Eso es justo,
y que te parezca injusto
cumplir con mi obligación?
El librar un caballero
de peligro una mujer,
y una jornada temer,
hecha con tal mal agüero,
y dar la vuelta a Madrid,
¿ha sido tan gran delito?
¿Quién te ha dicho, quién te ha escrito
tal disparate?

LISARDA. ¿Es el Cid
vuestra merced, por ventura,
Amadís o Esplandïán,
los que obligados están
a emprender toda aventura?
¿Pasó Urganda por allí?
¿Qué le dijo la doncella
de Dinamarca?

CARLOS. Por ella
no lo intenté: fué por mí;
que esto debo al ser quien soy.

LISARDA. Y el haberla regalado,
¿cómo queda disculpado?

CARLOS. La misma disculpa doy.
Pero, si quieres quedar
satisfecha que te adoro,
da lugar, con tu decoro,
que pueda esta noche entrar
en tu aposento, y ordena
cómo lo entienda tu hermano:
verás si te doy la mano.

LISARDA. Buena industria, Isabel.

ISABEL. Buena,
y justa satisfacción.

LISARDA. Pues yo digo que así sea,
como mi hermano lo vea.

CARLOS. Pues ésa es mi pretensión.

LISARDA. Con eso, te doy los brazos.

CARLOS. Y yo, señora, me voy.

(Sale JACINTA.)

JACINTA. No importa, no, que yo soy.

CARLOS. No hay en aquestos abrazos
cosa que cause sospecha.

LISARDA. Si la hay o no, discreción
tiene Jacinta.

JACINTA. En razón
de sospecha, está deshecha
con haberte declarado
mi secreto.

CARLOS. Adiós, señoras,
que pasan ya ciertas horas
a que me llama un cuidado.

(1) En la 1.ª ed., "vallizo".

LISARDA. Oíd, Carlos.
CARLOS. ¿Qué mandáis?
LISARDA. Entraos en el aposento
del jardinero.
CARLOS. ¿A qué intento?
LISARDA. A que esperéis, y no os vais.
CARLOS. Yo voy a esperar allí.

(Vase.)

MAYO. ¿Qué le dice este concierto?
ISABEL. Que yo lo mismo le advierto.
MAYO. Pues ¿voy a esperarla?
ISABEL. Sí.
MAYO. Y, en fin, ¿nos determinamos
a casarnos?
ISABEL. ¿No es razón?
MAYO. Brava determinación;
fuerte pleito comenzamos.

(Vase.)

JACINTA. ¿No me dirás lo que ha sido
darte don Carlos los brazos?
LISARDA. Jacinta, aquellos abrazos
no se hubieran admitido
cuando no fuera por ti;
porque a don Carlos hablé,
y me dió palabra y fe
de no hablarte más por mí:
que le dije que mi hermano
ya te llamaba mujer,
y que no era justo hacer,
por un amor loco y vano,
burla a tan gran caballero.
JACINTA. Pues no sé yo qué razón
te puso en obligación
de no respetar primero
la justa fidelidad
a mi secreto debida.
LISARDA. ¿No ves tú que es preferida
la sangre a toda amistad?
JACINTA. Ha sido cosa muy necia;
que ha de ser don Carlos mío,
si sé hacer un desvarío.
LISARDA. Sois de condición muy recia.
Como ha poco que dejastes
lo (1) que Barajas os dió...
JACINTA. Antes, de vos diré yo
que mi valor barajastes.
Pero ¿qué se me da a mí,

(1) Hartzenbusch corrige "*la*".

si haré lo que yo quisiere?
LISARDA. Hará lo que le dijere
mi hermano.
JACINTA. ¿Su hermano?
LISARDA. Sí.
JACINTA. Pues ¿qué le debo a su hermano?
LISARDA. Lo que su padre mandó.
JACINTA. ¿Qué padre?
LISARDA. El que Dios le (1) dió.
JACINTA. Mi padre es aquel villano.
LISARDA. A lo menos le parece
en la fuerte condición.
JACINTA. Este engaño, esta traición,
justamente la merece
el tener yo confianza
de quien no tiene valor.
LISARDA. El vuestro será mayor,
por vuestra noble crianza.
Y componed vuestra lengua,
que estáis ya muy atrevida.
JACINTA. Siendo yo tan bien nacida,
¿para qué me dáis por mengua
no ser noble mi crianza?
Pero quiérome volver
donde nadie pueda hacer
traiciones a mi esperanza.
Úsase allá más verdad.
¡Oh, bien haya un verde prado,
adonde sirven de estrado
llaneza y seguridad!
¡Oh, bien haya un aposento,
en quien es tapicería
la limpieza y la alegría,
que es donde vive el contento!
No sé quién me trajo a mí,
aunque la vida me importe,
a esta noria de la corte.
LISARDA. ¿Ya es noria la corte?
JACINTA. Sí.
Donde por calles y fuentes
son arcaduces sus coches,
que los días y las noches
reciben y vacían gentes.
¿Hacen aquí todo el año
más que andar alrededor
unos tras otros?
LISARDA. Mejor
estábades con el paño
donde bailaba Antón Gil
con las mozas de Barajas,
la chacona a las sonajas

(1) Hartzenbusch corrige "*la*".

y el villano al tamboril.
¡Válate Dios, por discreta!
Perdida estaba la corte,
a no venirle este norte
por la ordinaria estafeta.

JACINTA. ¿Hay aquí más de engañar
y cada uno atender
a lo que puede coger
para aumentarse y medrar?
¿Hay aquí más de vivir
a priesa y sacar de noche
un gran difunto en un coche,
sin acabar de morir,
y apenas por la mañana
preguntar nadie por él?

LISARDA. ¡Oh, filósofa cruel
y académica villana!
¡El mundo viene a enmendar,
cuando ya el mundo se acaba!

(Sale DON LUIS.)

LUIS. ¿Qué es esto, hermana?
LISARDA. Que estaba,
de puro enojo y pesar,
a no tenerte respeto,
por hacer un disparate.
LUIS. ¿Qué hay, en fin?
LISARDA. Que no le trate
de tu amor; tú eres discreto.
Aborrece a quien te olvida.
LUIS. Mal conoces un desprecio.
LISARDA. De decir verdad me precio.
LUIS. Alargue el cielo tu vida.
LISARDA. Está mujer quiere bien...
LUIS. ¿A quién?
LISARDA. No sé.
LUIS. Muerto soy.
LISARDA. A don Carlos.
LUIS. Cierto estoy.
LISARDA. ¿Por qué?
LUIS. Por ver su desdén.
Y él, ¿quiérela?
LISARDA. Va de juego:
don Carlos me quiere a mí.
LUIS. ¿A ti, hermana?
LISARDA. A mí.
LUIS. Si a ti
te quiere, por Dios te ruego
que te cases muy a prisa,
pues desconfiando, así
Jacinta me querrá a mí.
LISARDA. ¿A prisa?
LUIS. Mi amor te avisa.
LISARDA. ¿Será mucho de aquí a un año?
LUIS. ¿Burlas?
LISARDA. ¿Y medio?
LUIS. Tampoco.
LISARDA. ¿Cuatro meses?
LUIS. Estoy loco.
LISARDA. ¿Un mes?
LUIS. ¿Qué mayor engaño?
LISARDA. ¿Una semana?
LUIS. Ni un día.
LISARDA. ¿Esta noche?
LUIS. Sí, por Dios.
LISARDA. Pues búscanos a los dos,
si tanto tu amor porfía;
que hallarás en mi aposento
a Carlos, honestamente.
LUIS. Dame esa mano.
LISARDA. Detente,
que gente de fuera siento.

(Salen TERESA, PASCUAL, LAURENCIO *y* GUZMÁN.)

TERESA. Los instrumentos tocad
para alegrar a Jacinta.
LISARDA. ¿No conoces, por la pinta,
la gente de tu ciudad?
JACINTA. ¡Padre mío!
LAURENCIO. Ya no sé
cómo ese nombre me cuadre.
JACINTA. Vos habéis de ser mi padre.
LAURENCIO. Con el alma lo seré.
JACINTA. ¿Qué hay, Teresa? ¿Qué hay, [Pascual?
TERESA. Estás, Jacinta, de modo
que parece perlas todo
cuanto era antiyer sayal.
PASCUAL. Dice la verdad Teresa:
en perla estás transformada,
y así te hacemos entrada
como, al fin, nuestra princesa.
A la fe, de talle estás,
que has hecho la corte aldea,
porque aunque más corte sea,
eres tú cielo, que es más.
Un presente te traemos.
JACINTA. Si es mi padre, bueno es.
LAURENCIO. Como ese nombre me des,
bien pagados volveremos.
Sírvete de una ternera
y seis pares de capones,
tres cabritos, dos lechones.
LUIS. Eso parece que espera

alguna boda, Laurencio.

LAURENCIO. Dios lo sabe; mas cantad
y a mi Jacinta alegrad,
mientras yo lloro en silencio.

(Canten y bailen un labrador y una labradora.)

Al pasar del arroyo
del Alamillo,
las memorias del alma
se me han perdido.
Al pasar del arroyo
de Brañigales,
me dijeron amores
para engañarme.
Pero con perderme
gano yo tanto,
que al amor perdono
tan dulce engaño.
Al pasar del arroyo
de Canillejas,
vióme el caballero;
antojos lleva.

LISARDA. ¡Qué cansada impertinencia!
Tanto arroyo no cantéis,
que una tempestad haréis,
que se anegue la paciencia.

JACINTA. Pues ¿qué te va en esto a ti?

LISARDA. Mira, y yo te lo diré.

JACINTA. Contigo a saberlo iré.

(Vanse JACINTA *y* LISARDA.)

LUIS. Quedaos vosotros aquí,
que, pues es anochecido,
no quiero que allá volváis;
que lo que nos presentáis,
para todos se ha traído.
Conmigo habéis de cenar.

(Vase DON LUIS.)

LAURENCIO. Mi amor obligado os queda,
para que esta noche pueda
de espacio a Jacinta hablar.
Pascual, ¿no está muy hermosa?

PASCUAL. ¡Ay de quien perderla siente!

TERESA. No ve el Sol por el Oriente
tal jazmín revuelto en rosa.

LAURENCIO. Traigo en la imaginación
que don Luis la quiere bien.

TERESA. Como casados estén,
Dios les dé su bendición.

(Sale BENITO, *en hábito de caballero, con una capa de oro y sombrero de plumas.)*

BENITO. A no ser Carlos mi hermano,
tuviera alguna sospecha
de haberme vestido ansí.
¡Ay, cielos!, ¿qué gente es ésta?
Parecen de mi lugar.

PASCUAL. Si han de aderezar la cena,
vamos a dar el presente.

LAURENCIO. Antón quedó con las cestas.

PASCUAL. Deseo hablar a Benito,
que, llevando mal la ausencia
de Jacinta, vive en casa.

LAURENCIO. Pues vamos, para que tengan
nuestros pollinos recado,
y el carro que trajo Esteban.

(Vanse todos.)

BENITO. Ya se han quitado de aquí.
No sé para qué concierta
don Carlos, aquesta noche,
esta amorosa quimera;
pues estando, como está,
la casa de gente llena,
cosa en que estriba el secreto,
temerariamente intenta.
¿Qué es aquesto, escura noche?
¿Más gente? Amor, ¿en qué piensas,
cuando por tales peligros
llevas voluntades ciegas?

(Salen DON CARLOS *y* MAYO, *rebozados.)*

CARLOS. ¿De todo estás prevenido?

MAYO. No hayas miedo que me duerma,
que aquí me convierto en lince.

CARLOS. Aquí hay gente.

MAYO. Pues tú llega,
que yo no aprendí a esgrimir,
porque me dijo mi agüela
que excusar las pesadumbres
era la cosa más diestra.

CARLOS. ¿Quién va?

BENITO. ¿Quién en esta casa
se toma tanta licencia,
que lo pregunta embozado?

CARLOS. ¿Es Benito?

BENITO. ¿Es Carlos?

CARLOS. Muestra
agora el valor, hermano,
que de nuestra sangre heredas.
Este es aquel aposento:

abierta hallarás la puerta.
Haz lo que te dije.

BENITO. Voy;
si errare, tu culpa sea.

MAYO. ¿Quién era el hombre?

CARLOS. Mi hermano.

MAYO. Temo que Guzmán nos vea,
que mira bien a Isabel.

CARLOS. Pues ya no es tiempo que temas,
que la determinación
es quien da ventura y fuerza
en los peligrosos casos.

(Salen DON LUIS *y* GUZMÁN, *rebozados.)*

LUIS. Haz que todos se prevengan,
porque sirvan de testigos.

GUZMÁN. Y de que ayudarnos puedan:
que quien entra, como dices,
de esta suerte en casa ajena,
más fiado viene en plomo
que en acero.

LUIS. ¿Qué sospechas?

GUZMÁN. Que trae algún arcabuz.

CARLOS. En aquella puerta suena,
Mayo, el aire de algún silbo.

MAYO. Si fuera puerta trasera,
pudiera ser sospechoso.
Entra.

CARLOS. Voy, que Amor me enseña.

(Sale ISABEL, *en alto.)*

ISABEL. El que está en el corredor
pienso que es Mayo.

MAYO. Quien queda
solo y en tan gran peligro,
¿a qué escapatoria apela?
¡Que diese a un gato, en los pies,
el cielo tal ligereza,
que desde un tejado a otro
una pelota parezca,
y que un hombre como yo
un costal de arena sea!

ISABEL. ¡Ah, hidalgo!

MAYO. ¿Quién es quien me llama?

ISABEL. Oye, lléguese más cerca.
¿Es Mayo?

MAYO. Y aun majadero.

ISABEL. Mayo de mis ojos, entra.

MAYO. ¿Es Isabel?

ISABEL. ¿No me ves?

MAYO. ¿Y dices que entre?

ISABEL. No temas.

MAYO. Sosiega aquesa perrilla,
que gruñe como una suegra.

ISABEL. Entra, necio.

MAYO. Claro está;
porque, si discreto fuera,
nunca yo entrara a casarme;
hoy seré perro entre puertas.

GUZMÁN. Ya están dentro del toril.

LUIS. A nosotros nos viniera
mejor el nombre; da voces.

GUZMÁN. ¿No quieres el hacha?

LUIS. Muestra.
¡Ladrones, ladrones! Dame,
Guzmán, aquella rodela.

GUZMÁN. ¿No es mejor la partesana,
pues hay tanta parte enferma?

(Salen los labradores LAURENCIO, TERESA *y* PASCUAL.)

LAURENCIO. ¿Ladrones a tales horas?

PASCUAL. ¡Mueran los ladrones, mueran!

TERESA. ¿Esto es dormir en la corte?

LAURENCIO. ¿Cómo estas cosas sustenta?

LUIS. ¡Aquí amigos y criados;
aquí todos, a esta puerta!

GUZMÁN. Entra, que luego desmayan.

(Salen BENITO *con* LISARDA.)

LISARDA. ¡Paso! ¿Qué furia es aquesta?
No es ladrón el que está aquí,
que es mi marido.

LUIS. Que sea
por muchos años, y buenos;
pero que miremos deja
el aposento en que duerme
Jacinta.

GUZMÁN. La puerta cierran.

LUIS. No hay que cerrar, que pondré
fuego a las puertas.

JACINTA. Espera,
que yo estoy con mi marido.

(Salen JACINTA *y* DON CARLOS.)

LUIS. ¿Marido?

JACINTA. Y pienso que quedan
más adentro otros casados.

PASCUAL. Mirad lo que el tiempo ordena,
pues se ha vuelto palomar
casa de tanta nobleza.

(Salga DON LUIS, *echando afuera a* MAYO *y a* ISABEL.)

LUIS. ¡Vive Dios, que he de vengar
de aquesta suerte mi afrenta!

MAYO. Aquí de Dios, que me matan
por marido de la Vera.

LUIS. Lisarda, dos hombres veo
con espadas y rodeles,
y entrambos arrebozados:
uno, de quien tú confiesas
que es tu marido, y que serlo,
estando en mi casa, es fuerza;
otro al lado de Jacinta,
cosa en el concierto nueva.
Caballeros, esta sangre
nunca se manchó de afrenta.
¡Digan quién son!

(Desembócele LISARDA.)

LISARDA. Mi marido
es don Carlos, que no fuera
con menos honra en tu casa
la afrenta; ¿de qué te quejas?

BENITO. Haste engañado, Lisarda:
Benito soy.

LUIS. ¿Que se atreva
un villano a tal maldad?

BENITO. Ya es tiempo, don Luis, que sepas
que soy caballero noble:
hijo soy de don Esteban,
y de don Carlos, hermano.

LUIS. Quien oye cosas como éstas,
mejor es que pierda el seso.

LISARDA. ¿No es don Carlos? ¡Yo soy muer- [ta!

LUIS. ¿Con quién probarás, traidor,
esa fingida nobleza?

BENITO. No soy traidor, que soy noble;
don Carlos será la prueba.

LUIS. ¿Dónde está Carlos?

(Descubre JACINTA *a* DON CARLOS.)

JACINTA. Aquí.

LUIS (1). Pues ¿cómo? ¿De esta manera
se pagan las amistades?
¡Criados, mueran!

LISARDA. No mueran,
que si yo no tuve dicha
que tanto amor agradezcas,
Carlos, basta que tu hermano,
si ser tu hermano confiesas.

CARLOS. Eso os mostraré probado.

LAURENCIO. Y aquí hay testigos que sepan
esa historia.

LUIS. En fin, Jacinta,
te pierdo.

JACINTA. No te parezca
ingratitud, sino amor.

LUIS. Lo que los cielos conciertan,
¿por qué lo impiden los hombres?
Jacinta, hoy quiero que veas
que fué mi amor verdadero,
y tú, Lisarda, que sepas
que quien quiere hacer traición,
siempre alcanza parte de ella.
Los casamientos se hagan,
que yo, pues ha de ser fuerza,
quiero, con más discreción,
casarme con la paciencia.

BENITO. Aquí la comedia acaba,
cuya historia verdadera
pasó *al pasar del arroyo;*
los que quisieren, lo crean.

FIN DE LA COMEDIA DE "AL PASAR DEL ARROYO"

---

(1) En la 1.ª ed., "Car.", por error.

AMAR SIN SABER A QUIÉN

COMEDIA FAMOSA

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

PERSONAS:

DON FERNANDO.	CESPEDOSA.	LIMÓN, *criado.*
DON PEDRO.	ROSALES, *preso.*	ALGUACIL.
DON JUAN DE AGUILAR.	LISENA, *dama.*	ESCRIBANO.
DON LUIS DE RIBERA.	LEONARDA, *dama.*	UN ALCAIDE.
SANCHO.	INÉS, *criada.*	PRESOS.

ACTO PRIMERO

(Salen DON PEDRO *y* DON FERNANDO.*)*

FERNANDO. Ya estamos en el castillo
de San Cervantes.
PEDRO. Y aquí
diré lo que allí sentí,
pues aquí puedo decillo.

(Mete mano.)

FERNANDO. ¿Con la espada respondéis?
PEDRO. Sólo con acero puedo,
que es la lengua de Toledo,
a quien vos agravio hacéis.
La brevedad es de sabios;
la dilación siempre enoja:
respondo en sola una hoja
al libro de mis agravios.
FERNANDO. En agravios tan pequeños
es resuelto el responder,
y hay libros que suelen ser
libelos para sus dueños.
PEDRO. Sacad la espada.
FERNANDO. Mirad
que estará la culpa en vos,
y que ya estamos los dos
muy lejos de la ciudad.

(Sale DON JUAN DE AGUILAR, *galán, de camino, como que se apea por haberlos visto.)*

JUAN. Aunque mal agüero sea,
¿cómo es posible excusallo?
Pues no es justo que a caballo
reñir estos hombres vea,
que parecen caballeros.
FERNANDO. A tanta resolución
ya responde la razón,
que se infaman los aceros.

(Riñen.)

PEDRO. ¡Ay!
JUAN. Ténganse.
FERNANDO. ¿Para qué?
JUAN. Pasóle todo el acero.
FERNANDO. Esto es hecho.

(Vase DON FERNANDO.*)*

JUAN. ¡Ah, caballero!
No habla; el otro se fué,
y confuso me dejó.
¿Qué haré? Dios contigo sea.
¿Quién habrá que ya no crea
que yo le he muerto? Expiró.
Vengo de Sevilla aquí
a matar un caballero,
y al entrar hallo este agüero.
No lo será para mí,
que si me avisa y humilla
Dios, con ponerme este miedo,
antes de entrar en Toledo
quiero volverme a Sevilla.

En llegando mi criado
doy la vuelta a Orgaz. ¿Qué es
[esto?
La mula en salvo se ha puesto.
¿Si el matador la ha llevado?
Cruel con entrambos fué,
sobre pagar mal mi celo,
que al uno deja en el suelo,
y al otro ha dejado a pie.

(Salen la justicia, Escribano *y* Criados.)

ALGUACIL.

Téngase al Rey.

JUAN.

Por fuerza he de tenerme,
y detenerme ya será forzoso,
pues el que dió la muerte, cauteloso,
la mula me ha llevado en que venía.

ESCRIBANO.

Bueno es hablar con esa gallardía:
¡un hombre muerto en el real camino,
y nos quiere decir que ahora vino!

ALGUACIL.

¡Por Dios, señor Mendoza, que el difunto
es don Pedro Ramírez!

ESCRIBANO.

Es, sin duda;
hasta el color del rostro se le muda.

JUAN.

En desdichado y desgraciado punto
vine a Toledo.

ALGUACIL.

Asilde bien.

JUAN.

¡Tenéos!

ALGUACIL.

No nos venga a vender ricos trofeos.
Muestre la espada.

JUAN.

Hidalgos, poco a poco.

(Sale Limón, *criado de* Don Juan, *de camino.)*

LIMÓN.

Desde que vi la gente, vengo loco.
¿Qué es esto?

JUAN.

¿Dónde, necio, te has quedado?

ALGUACIL.

¿Quién es aqueste mozo?

JUAN.

Es mi criado.

LIMÓN.

Traigo una mula enjerta en dromedario,
que a puros sonsonetes me ha traído,
sin ver todo mudado el calendario.

ALGUACIL.

Asid aqueste.

LIMÓN.

¿A mí, que aún no he venido?

JUAN.

Señores, si probar es necesario
mi inocencia, y no basta mi vestido,
mis plumas, mis espuelas y mis botas,
vamos a la ciudad.

LIMÓN.

¿Qué te alborotas?
Toma tu mula, y vamos, pues es llano
que eres un caballero sevillano.

JUAN.

Della bajé para sacar la espada
y ponerlos en paz, y una estocada
anticipó, Limón, mi buen deseo:
cayó el uno, y el otro, a lo que creo,
subió en mi mula y apretó de suerte
que me dejó la culpa de su muerte.

LIMÓN.

Trocar alguna joya, alguna espada,
algún caballo a otro, es buen concierto;
mas no trocar la mula por un muerto.

ALGUACIL.

Abrevien, vayan presos, no haya extremos,
que allá podrán hablar.

JUAN.

Bien medraremos:
la maleta y la mula me ha llevado,

y, por él, en la muerte voy culpado
de un hombre que le vi después de muerto.

LIMÓN.

¿Voy preso yo también?

ESCRIBANO.

¿Eso no es cierto?

LIMÓN.

Pues, señores, mi mula vaya presa,
que si matar delito se ha llamado,
delito cometió, que me ha matado.

(Vanse.)

(Sale LEONARDA *y* INÉS, *criada.)*

INÉS. Escoge, así Dios te guarde.
LEONARDA. No me mandes escoger,
que es presto para querer.
INÉS. Para querer, nunca es tarde.
LEONARDA. Ya sé que la voluntad,
por amorosos engaños,
nunca reparó en los daños
ni en mucha ni poca edad.
INÉS. Si te enternecen palabras,
aunque más lo disimules,
ponte a las rejas azules,
deja la manga que labras,
melancólica Jarifa,
verás al galán Audalla.
LEONARDA. ¿Estudias romances?
INÉS. Calla,
que ya la mora Jarifa
está diciendo a su hermana
que al moro bizarro vea,
que nuestra calle pasea
en una yegua alazana.
LEONARDA. Después que das en leer,
Inés, en el romancero,
lo que a aquel pobre escudero
te podría suceder.
INÉS. Don Quijote de la Mancha,
perdone Dios a Cervantes,
fué de los extravagantes
que la corónica ensancha.
Yo leo en los romanceros,
y se me pega esta seta
tanto, que de ser discreta
no tengo malos aceros.
Por la parte del amor,
he dado en imaginar
a quién podría yo amar.
LEONARDA. Ama, Inés...
INÉS. Dilo.
LEONARDA. A un dotor
que te cure esa locura.
INÉS. Leonarda, mal de amores
no lo curan los doctores.
LEONARDA. ¿Pues quién?
INÉS. El tiempo los cura.
Yo no he llegado a querer.
LEONARDA. Pues ¿por qué me persuades
que quiera?
INÉS. Las voluntades
me dicen que han de nacer
cuando nacen las personas.
LEONARDA. No tienes que me enseñar
si en naciendo se ha de amar.
INÉS. Sin ocasión me ocasionas.
Don Luis de Ribera es hijo
del Corregidor, señora;
bien sabes tú que te adora.
LEONARDA. A mí, Inés, él me lo dijo,
que su alma no me habló;
pero yerran las mujeres
en querer, como tú quieres,
quien de otra suerte nació.
INÉS. Pues ¿no eres tú bien nacida?
LEONARDA. Ninguna mejor, Inés;
mas ya la soberbia ves
de las cosas desta vida.
Es del Duque de Alcalá
deudo don Luis; tiene el pecho
de aquella cruz satisfecho;
que tan justo honor le da.
INÉS. Pues ¿con quién te has de casar,
si tu tierno enamorado
de ti está más olvidado
que un gran señor de pagar
las deudas de alguna fiesta
que ha días que ya pasó?
LEONARDA. Mi hermano se enamoró;
tú sabes lo que le cuesta.

(Sale DON FERNANDO.)

INÉS. El viene.
FERNANDO. Traigo un disgusto;
vengo a darte cuenta del.
LEONARDA. Déjanos, Inés.
INÉS. Si en él
no soy de provecho, es justo.

(Vase.)

FERNANDO. Leonarda, hermana discreta,
y más que hermana, Leonarda
amiga, porque, a ser necia,

fueras solamente hermana:
oye con atentos ojos,
porque conoce quien habla
la atención de quien le escucha
en los dos quicios del alma.
No se advierte en los oídos
cuando se mira en la cara:
los ojos son el espejo
que el pensamiento retratan.

LEONARDA. ¡Qué prólogos tan notables!
¡Qué turbación tan extraña!
¿Qué tienes?, que ya te escucho.

FERNANDO. Escucha, por Dios, Leonarda:
ya sabes que amé a Lisena.

LEONARDA. Ya sé que a Lisena amabas.

FERNANDO. Que de noche la servía.

LEONARDA. Ya recelo tu desgracia.

FERNANDO. En la nave San Cristóbal
(así creo que se llama),
donde en la iglesia mayor
los caballeros se embarcan
a tener conversación...

LEONARDA. Ya sé, Fernando, que tratan,
después de misa, las cosas
que pasan y que no pasan.

FERNANDO. Estábamos yo y don Pedro;
tratábase de las damas
de Toledo, a quien el cielo
dió tanta hermosura y gracia.
Dicen que una ley dispone
que, si acaso se levanta
sobre un vocablo porfía
de la lengua castellana,
lo juzgue el que es de Toledo,
y que otra ley promulgaba
que en hablando de hermosura
que entendimiento acompaña,
sólo juzgarlas pudiera
una dama toledana.
Aquí, pues, hablando dellas,
necio, don Pedro se alaba
de que una dama le quiere,
le favorece y regala.
Celoso yo (que bien sabes
que, aunque los nombres se callan,
bien se ve por las razones
a quién le tiran las cañas),
respondo que hay muchos necios
que presumen que los aman,
de quien las damas se burlan,
y quieren a los que callan.
El replicó: "Nunca tuve
sin favores confianza;
pero la dama a quien sirvo
yo sé que me ha dado tanta,
que prefiero a algún villano,
que con necias esperanzas
pretende la posesión
que me ha dado su palabra,
y que en la chancillería
de amor, ejecutoriada
la tengo, y he de tener
por vínculo de mi casa."
Yo, haciendo donaire, digo:
"El mentir es cosa usada
desde el principio del mundo,
pues cuando Dios preguntaba
al homicida primero:
"¿Qué es de tu hermano", con saña
le responde: "¿Qué sé yo?",
cuando de matarle acaba."
El mentís, aunque iba envuelto,
Leonarda, en la Historia Sacra,
conocióse por mentís
entre cuantos allí estaban:
que fué como algunos hombres
hipócritas, que con capa
de santidad, cuantas honras
topan, deslustran y infaman.
Calló, y al partirse todos,
ya cuando las doce daban,
me hizo señas, como quien
con algún secreto aguarda.
La puerta de los Leones
fué a salir, porque no hallaba
otra dentro de la iglesia
el agravio a la venganza.
Pero él, más hecho león
que los que en las basas blancas
de las colunas sustentan
aquellas sagradas armas,
me dijo: —Oíd, don Fernando—.
Yo respondí con voz baja:
—¿Dónde? —Si sois caballero
—dijo—, en la Puerta Visagra,
o en lo alto del castillo
de San Cervantes—. La capa
tercio, y digo: —Ese lugar
se cerca de peñas altas,
y es más solo y más seguro
para sacar las espadas.
Siguióme, pasó (1) la puente,
edificio del rey Wamba,

(1) En la *Ventidós parte...* (Madrid, 1635), "passo".

y al camino de Sevilla
subimos entre pizarras.
Metió mano valeroso;
debió de ser su desgracia:
llegó mi espada primero,
que saben ser las espadas
como las nuevas, que llegan
más presto las que son malas.
Cayó muerto al tiempo cuando
un caballero llegaba
apeado de una mula,
como Santelmo en la gavia,
acabada la tormenta.
Llegó a mirar si expiraba;
yo, entre tanto, así el arzón,
y sin afirmar la planta
en el estribo (que el miedo
tiene por estribos alas)
subí y piqué al monasterio
del santo, que, como carta,
hizo sello de una piedra
sobre nema colorada.
Paró en la silla (1); no veo
seguirme, y por no dar causa
a más sospecha, me vuelvo,
dejando en una posada
la mula del caballero,
que, con seis hombres de guarda,
iba a la cárcel real;
diciendo el vulgo en voz alta
que era el que mató a don Pedro.
Agora conviene, hermana,
hacer por el hombre preso,
que será bajeza ingrata
no ayudarle, si por dicha
padeciese prisión larga;
que yo aseguro que el hombre,
por su talle y por sus galas,
es persona principal
y de lindo aspecto y gracia.
Esto, sin que él entendiese
quién le regala y ampara
de dineros y favor.
¿Parécete que yo vaya
disimulado a la cárcel?

LEONARDA. Yerras, Fernando: no hagas
desatino en que te pueda
conocer.

FERNANDO. Pues ¿por qué causa
ha de padecer por mí?

LEONARDA. Oye una invención gallarda
para que acudirle puedas
sin que él conozca tu cara.
Yo le escribiré un papel
diciendo que es de una dama
que le vió pasando, al tiempo
que a la cárcel le llevaban,
y que, piadosa, le envía
joyas, regalos o plata.

FERNANDO. Dulce entendimiento tienes.

LEONARDA. Pues espera, no te vayas
mientras escribo el papel;
pero di lo que me mandas
que ponga en él.

FERNANDO. No sea poco.

LEONARDA. ¿Docientos escudos?

(Vase.)

FERNANDO. Bastan.
Casi arrepentido estoy
que padezca por mi causa
quien la culpa no ha tenido;
mas, pues estoy libre, vaya
adelante este suceso
hasta ver en lo que para.

(Sale la JUSTICIA.)

JUSTICIA. Dése, señor don Fernando,
a prisión.

FERNANDO. Pues ¿por qué causa?

JUSTICIA. Por la muerte de don Pedro,
que os lleve preso me mandan;
pero no os dé pesadumbre,
que solamente es la causa
porque os reconozca el preso.

FERNANDO. Palabra doy...

JUSTICIA. Yo no os pido (1)
ni disculpa ni la espada.

FERNANDO. Vamos, pues. ¡Hola!, decid
que preso voy a mi hermana.

(Vanse.)

(Entren LIMÓN, en la cárcel; SANCHO, CESPEDOSA y ROSALES, presos.)

LIMÓN. Ya digo que me han tomado
cuanto en la mula traía.

SANCHO. Pague y haga cortesía.

ROSALES. Cara tiene de hombre honrado.

LIMÓN. ¿En qué lo ha visto?

ROSALES. En que tiene
la nariz en su lugar.

LIMÓN. Pues ¿adónde había de estar?

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "Sisla".

(1) Falta aquí un verso asonantado al romance.

CESPEDOSA. ¿En eso a reparar viene?
¿No la pudiera tener
a un lado, o muy desigual?
LIMÓN. Eso pareciera mal.
SANCHO. Tan larga pudiera ser,
que adivinaran por ella
de qué tribu decendía.
LIMÓN. Largas hay, con hidalguía,
y muchas, cortas, sin ella.
Si narices luengas (1) hacen
sospechas, no dicen bien,
porque sepan que hay también
judíos que romos nacen.
CESPEDOSA. ¿Cómo?
LIMÓN. Tres veces cayó
aquella gente, en el güerto,
que vino al traidor concierto
del que a su Señor vendió.
Vulgo, al fin, cobarde y bajo,
porque luego que le oyeron,
con el espanto, cayeron
boca arriba y boca abajo.
Si así las narices tomas,
hallarás dellas a cargas:
las que boca arriba, largas;
las que boca abajo, romas.
CESPEDOSA. Bellaco me ha parecido.
LIMÓN. Soy de Sevilla, señor.
SANCHO. Acabe, pues, con valor;
haga lo que es tan debido.
LIMÓN. Séle decir por muy cierto
que todo me lo han llevado.
SANCHO. ¿No tiene, en fin?
LIMÓN. No han dejado
un cuatrín.
SANCHO. De noche advierto
que cuando oyere silbar
no se espante si requiebra
un culebro una culebra.
LIMÓN. Oyen, sí quiero enviar (2);
que allá, en Zamora la vieja,
un rincón se me olvidaba:
esta coba que guardaba,
gasten.
SANCHO. ¡Qué bien se aconseja!
¿Tiene destas?

(1) En la ed. de 1635, "lenguas", por errata.
(2) Así en la *Ventidós parte*. Hartzenbusch, en su ed. (t. XXXIV de la *Bibl. de A. E.* de Rivadeneyra), enmienda este verso del siguiente modo:

LIMÓN. ¿Oyen?
SANCHO. Sí.
LIMÓN. Quiero envidar;

LIMÓN. No, señor;
no tengo destas.
ROSALES. El cielo
le dé en su prisión consuelo.
LIMÓN. Librarme será mejor.

(Vanse, y sale INÉS, *con manto.)*

INÉS. ¿Esto es cárcel? No sé quién
no es santo, por no venir
a verla.
LIMÓN. *(Ap.)* Quiero fingir
que soy muy hombre de bien;
que si no hay en la prisión
lo que es piedad de mujer,
todo será perecer.
INÉS. Aquí viene un picarón.
(Ap.) ¡Qué cara! Preso estará
por dos muertes.
LIMÓN. ¡Ah, doncella!
¿Qué busca en la cárcel ella?
¿Qué dichoso en ella está?
INÉS. Señor, preso un caballero.
LIMÓN. Yo soy.
INÉS. ¿Que ya le han sacado?
LIMÓN. Por Dios, que me la ha pegado,
hablarla en mi lengua quiero.
Toledana, que hasta hoy
no hubo necia toledana;
claro sol, linda mañana
de aquesta noche en que estoy.
Yo soy un cierto criado
de un caballero, tan nuevo
en la cárcel, que me atrevo
a decir que no ha llegado.
Si te ayudase mi talle,
y te dolieses de mí
(que no es el que traigo aquí
el que suelo por la calle),
errarías (1) esta cara,
y este pecho acertarías.
INÉS. Para las entrañas mías
menos ocasión bastara.
En fin, ¿que no eres ladrón?
LIMÓN. ¿Tengo yo cara de hurtar?
INÉS. Vengo de prisa, a buscar
ese hidalgo a la prisión,
que es un cierto sevillano
que por una muerte está.
LIMÓN. ¿Prendiéronle hoy?
INÉS. Sí.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "*h*errarías".

LIMÓN. Pues ya
le tienes como en la mano.
Yo soy, de ese sol, lucero.
INÉS. ¿Cómo?
LIMÓN. Voy siempre adelante;
pero deja que me espante
de que, siendo forastero,
haya quien le busque aquí.
Si le quieres, aquél es.
INÉS. Hablarle quiero, y después
te hablaré despacio a ti.

(Sale DON JUAN.)

JUAN.

Escuro laberinto, cárcel fuerte,
sepultura de vivos afligidos;
leona, cuyos bufos (1) con bramidos
salen a luz, para vivir sin verte.
Sueño del tiempo, lazo de la muerte,
seso de locos, rienda de perdidos,
monstro sin pies, cabeza sin oídos,
dado donde el favor pinta la suerte.
No hay desdichas que puedan igualarte,
si bien de la justicia eres el peso,
y, para bien vivir, la mejor arte;
tanto, que el sol, con ser con tanto exceso
libre para salir de cualquier parte,
no quiere entrar en ti, por no estar preso.

LIMÓN. Aquí aguardándote está
una dama, dama, en fin,
de otra dama serafín.
JUAN. ¿A mí, Limón? ¿Dónde está?
INÉS. Aquí, señor, he venido
a ver vuestro talle y cara.
JUAN. En mis desdichas repara,
pues sin culpa me han prendido.
INÉS. No sin causa, mi señora
se ha enamorado de veros,
tanto, que intenta quereros
y serviros desde agora:
desde la ventana os vió,
y este papel os envía.
JUAN. Si es tanta la dicha mía,
bien haya quien me prendió.
¿Cómo se llama esta dama?
INÉS. No os puedo decir quién es;
vos lo entenderéis después
que esté segura su fama.

(1) Así en la ed. de 1635. En la de Hartzenbusch, "hijos".

JUAN. ¿Qué, es de tanta calidad?
INÉS. No os lo quiero encarecer.
JUAN. Pues ¿qué la obliga a querer
usar de tanta piedad?
INÉS. Leed el papel, que en él
sabréis mejor vuestra dicha.
JUAN. De hierro fué mi desdicha,
y mi dicha, de papel.

(Lee:)

"Al ruido de la gente que os llevaba preso, me puse a la ventana, y os vi, galán forastero, y de tan gallardo talle, que me llevasteis los ojos más presos que a vos los alguaciles. Dícenme que lo quieren estar mientras vos lo estéis; servíos dellos y de esos docientos escudos, que en la cárcel que estamos los dos, vos los habréis menester, y a mí me quedan muchos."

JUAN. Yo he leído este papel.
LIMÓN. Y yo el papel he escuchado,
y es el papel muy honrado,
y la que viene con él.
¿Adónde trae el dinero?
JUAN. Calla, necio, enhoramala.
¿Qué dicha a mi dicha iguala?
LIMÓN. La dicha del forastero,
que no sé lo que se tiene.
Diga, reina, ¿adónde está
este dinero, que ya
como de los cielos viene?
JUAN. ¿Quieres callar?
LIMÓN. No, señor;
si la justicia nos quita
nuestro dinero, permita
tu nobleza ese favor.
Muestre, por su vida, y crea
que hoy no había qué comer.
INÉS. ¿Podré darlo?
LIMÓN. ¿Qué es poder?
Tengo poder, aunque sea
el tesoro veneciano.
JUAN. Tómalo, que es necedad
ser ingrato a su piedad
y a su generosa mano.
¿Que no he de saber quién es?
INÉS. Si vos sois agradecido,
vos lo sabréis.
JUAN. Y nacido
de buena sangre.
LIMÓN. No estés
deteniendo esta señora,

en lo que no ha de decir.
Su merced se puede ir,
y vuelva dentro de un hora
con otro tanto dinero,
que bien será menester.

INÉS. Pues ¿no quieres responder?

JUAN. Ha dado este majadero
en no me dejar hablar.
Digo que escribir querría,
que no fuera cortesía
tomar su carta y callar.
Allí en aquel aposento
he visto tinta y papel.

INÉS. Yo sé que tendrá con él
mi dueño tanto contento,
que os deberé las albricias.

JUAN. Yo voy.

(Vase DON JUAN.)

LIMÓN. Pues solos quedamos,
¿quieres que amistad hagamos,
si un hombre honrado codicias?

INÉS. Temo mucho un bellacón;
paréceme que lo eres.

LIMÓN. Siempre soléis las mujeres
tener esa condición:
un lindísimo mancebo,
destos que dicen *acción,*
en substancia, reducción,
y todo vocablo nuevo,
que como manteo guarnece
hasta el cuello el chamelote,
y con guedeja y bigote
media máscara parece;
destos que traen arquilla
con sus ciertos badulaques;
más morisco en los alfaques
que de Argel los ve la orilla,
¿para qué puede ser bueno,
sino un bellacón hombrón,
como río socarrón,
más hondo en lo más sereno?
Este sí. Dime tu nombre,
y, pues amas quieren amos,
los criados nos queramos.

INÉS. ¡Lindo pícaro es el hombre!
El me va poniendo lazos;
no es de la jaula el que canta.

LIMÓN. Di tu nombre.

INÉS. El de la santa
con el cordero en los brazos.

LIMÓN. Como no crezca el cordero,
de tus brazos soy, Inés;
mas si ha de crecer después,
huir de tus brazos quiero.

INÉS. ¿Tu nombre?

LIMÓN. Suélese dar
en Castilla.

INÉS. ¿Qué es?

LIMÓN. Limón.

INÉS. ¿Agrio?

LIMÓN. Dulce en ocasión.

(Entre DON JUAN *con un papel.)*

JUAN. Este le podéis llevar
y este diamante con él,
en fe de agradecimiento;
y decilde que no siento
más de lo que digo en él.
Tomad vos estos doblones
de los que traído habéis.

INÉS. A mi señora pondréis
la mitad destas prisiones.
Tomo el diamante, por ser
prenda vuestra, y no el dinero.

JUAN. Por la fe de caballero...

INÉS. No hay que hablar.

LIMÓN. No ha de querer.
Déjala, no seas cansado;
mal conoces su valor;
no lo tomará, señor,
si supiese...

INÉS. Yo he tardado.
Decidme el nombre, y adiós.

JUAN. *(Ap.)* (Bien lo quisiera callar;
mas no lo puedo excusar
por el bien que hace a los dos.)
Don Juan de Aguilar me llamo.

INÉS. Adiós, mi señor don Juan.

LIMÓN. Adiós, reina.

INÉS. Adiós, galán.

(Vase.)

LIMÓN. Ya entiende cómo me llamo.

JUAN. ¿Qué es esto?

LIMÓN. Ventura tuya.

JUAN. ¡Lindo papel!

LIMÓN. Extremado.

JUAN. Y yo estoy enamorado
desta mujer.

LIMÓN. ¡Alleluya!
Pues ¿sin verla?

JUAN. Ya la vi.

LIMÓN. ¿Dónde?
JUAN. En la imaginación.
LIMÓN. Siempre estas piedades son
sospechosas para mí.
Dar dineros y callar
el nombre, ¡malo!
JUAN. ¿Por qué?
LIMÓN. ¿Cuánto va a que es vieja?
JUAN. ¿A fe?
LIMÓN. ¿Y que te quiere engañar?
JUAN. ¡Buen lance habemos (1) echa-
Volveréle su dinero. [do!
LIMÓN. ¡Este lance a un forastero!
¿Si es embuste?
JUAN. Eso he pensado.
LIMÓN. Hay unas viejas en quien
no envejece el apetito.
¡Qué darán por un mocito,
cuerpo de tal!
JUAN. Dices bien.
LIMÓN. Una un tiempo me miraba,
que ya cejas no tenía,
y el color que se vestía,
de ese mismo las pintaba.
Si de azul, azules eran;
si de nácar, nacaradas;
si de morado, moradas;
si de verde, verdes.
JUAN. Fueran
cejas de sierpe, Limón.
LIMÓN. Yo te digo la verdad.
JUAN. ¿Y tuvistes amistad?
LIMÓN. Dábame lindo doblón,
y de aquí saco que a ti
te han de pescar cejas verdes.
JUAN. Por Dios, que no me lo acuerdes.
LIMÓN. ¿Y cómo?
JUAN. Los ojos, sí;
mas ¿las cejas?
LIMÓN. Ahora bien,
¿qué has de hacer en tu prisión?
Hoy te han de prensar, Limón.
JUAN. Yo tengo favor.
LIMÓN. ¿De quién?

JUAN.

De don Luis de Ribera generoso;
que es el Corregidor algo pariente
del Duque de Alcalá, que fué dichoso
remedio en la ocasión deste accidente.
Si le escribo con ánimo piadoso,
diciéndole que estoy tan inocente,
me ha de sacar de la prisión, remedio
que de todo mi mal se pone en medio.
Que puesto que el tener justicia importe,
es el favor la ejecución más breve,
y justicia y favor está bien junto (1).

(Sale la JUSTICIA *y* DON FERNANDO.)

ALGUACIL.

Vuesa merced de réplicas acorte;
tenga por bien que la verdad se pruebe.

FERNANDO.

Si me agraviaren, cerca está la Corte;
tráteme la justicia como debe:
póngame en una torre.

JUAN.

¿Qué es aquesto?

ESCRIBANO.

El suceso, señor, lo dirá presto.
El alcalde mayor, señor hidalgo,
manda que mire a este caballero,
y reconozca si es el que dió muerte
a don Pedro en el campo.

JUAN.

¡Ocasión fuerte!
(Ap.) (¡El es, por Dios! Pero será bajeza
decir que él es, aunque padezca, en tanto
que me disculpa la inocencia mía;
que he visto en él nobleza y gallardía,
y es lástima ponerle en tanto aprieto.)

FERNANDO.

[*Ap.*] (El hombre me conoce; soy perdido.)

JUAN.

Yo le he mirado bien y atentamente.
El otro era más viejo y barbinegro,
quebrado de color. Bien pueden darle
su libertad a aqueste caballero.

ALGUACIL.

Vamos de aquí, que yo me huelgo mucho
que el señor don Fernando esté inocente.

FERNANDO.

Dios os dé libertad, señor, y aumente

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "habremos".

(1) Así en la 1.ª ed. Hartzenbusch omite este verso, que sobra a la octava real.

vuestra vida los años que deseo,
que, como por cristal, el alma os veo.

JUAN. Una palabra escuchad.

FERNANDO. ¿Qué es, señor, lo que queréis?

JUAN. Que allá fuera os acordéis
de aquesta hidalga amistad.
No tuve de mí piedad
para tenerla de vos;
que me lastimo, por Dios,
de que os haya sucedido,
como si hubiéramos sido
amigos siempre los dos.
Yo os vi, como ya sabéis,
y he fingido que no os vi,
para padecer aquí
la culpa que vos tenéis;
y pues negar no podéis
lo que allá me habéis llevado,
suplícoos tengáis cuidado
de unos papeles que había:
que con esta cortesía
me daré por obligado.

FERNANDO. No fuera justo negar
la verdad a un caballero
como vos, y a quien espero
tanta nobleza pagar;
y pues estoy en lugar
de poder satisfacer,
no (1) lo que llego a deber,
diré a voces que yo he sido
quien mató.

JUAN. Callad os pido,
que me echaréis a perder;
porque diré que yo fuí,
que es lo que negando estoy,
y aunque vos digáis "yo soy",
diré que lo hacéis por mí.
No me deis la muerte así.
sino, pues yo he de probar
no ser de aqueste lugar
ni haber conocido el muerto,
dejadme llegar al puerto
porque no me anegue el mar.

FERNANDO. Pues ¿cómo podré sufrir
que padezcáis deste modo,
siendo yo culpa de todo?

JUAN. Porque yo podré salir
adonde os pueda servir,
y no vos, que estáis culpado.

FERNANDO. Tanto me habéis obligado,
que os quiero besar los pies.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "yo".

JUAN. Aquí, don Fernando, es
el cumplimiento excusado.
Id con Dios, que los que os ven
ya sospechosos están.

FERNANDO. Noble soy; creed, don Juan,
que soy honrado también.

JUAN. Mi prisión se emplea bien
en un hombre como vos.

FERNANDO. Yo espero en Dios que los dos
nos habemos de pagar.

LIMÓN. No deis más que sospechar.

JUAN. Adiós, don Fernando.

FERNANDO. Adiós.

(Vanse, y sale LEONARDA *y* INÉS.*)*

LEONARDA. ¿Que es tan gallardo?

INÉS. En mi vida
vi mancebo tan galán.
En fin, se llama don Juan...
Su apellido se me olvida.
Pienso que dijo Aguilar.
¡Válgame Dios, si le vieras!

LEONARDA. ¿Hablas de veras?

INÉS. Pudieras
darle en mil almas lugar.
¡Qué talle!, ¡qué bizarría!,
¡qué limpieza!

LEONARDA. ¿Vienes loca?

INÉS. Pues por la parte que toca
a humildad y cortesía,
no tengo yo entendimiento
para pintarte sus gracias.

LEONARDA. ¡Que vengan tales desgracias
a tanto merecimiento!
Y a un hombre de tantas prendas,
y viniendo de camino,
¿prenderle no es desatino?

INÉS. Para que mejor lo entiendas,
toma este papel, que en él
verás si tengo razón,
pues no hay mayor discreción
que escribir bien un papel.

LEONARDA. ¿Dos me das?

INÉS. Viene aforrado
de un papel de don Luis,
que me dió ahora Dionís,
su secretario y criado.

LEONARDA. Quitá allá.

INÉS. ¿Tanto desdén?

LEONARDA. Cánsanme desigualdades.

INÉS. Mujeres y voluntades
hablan mal y quieren bien.

LEONARDA. ¿Yo a don Luis?
INÉS. Pues no mirabas
mal a aqueste caballero.
LEONARDA. Su nobleza considero,
si de ser noble le alabas,
a que se debe respeto;
pero ¿qué me importa a mí?
INÉS. Lee los dos, para que así
juzgues cuál es más discreto.
LEONARDA. Por el que me importa menos
comienzo.
INÉS. ¡Muy bien, por Dios!
Pues yo pienso que a los dos
los hemos de dar por buenos.

(Lea LEONARDA (1):)

"Quien ofende con amores, ¿qué disculpa dará de su atrevimiento?; que si amor la da a todos, y yo os ofendo con él, mal podré dar la ofensa por disculpa. No es este daño, sino que yo porfío contra los desengaños, pagándoles mal el hacerme bien; pero ¿cómo los ha de creer quien tiene por bien el mal? No os pese de que os ame, aunque os pese de que os escriba, que en lo primero no puedo más, y lo segundo nace de lo primero."

INÉS. Bien está dicho.
LEONARDA. Muy bien;
galán, cortés, en efeto.
Un caballero discreto.
INÉS. No lo es poco tu desdén.
LEONARDA. Leo a don Juan de Aguilar.
INÉS. Con azúcar en la boca
le has nombrado.
LEONARDA. Calla, loca:
sin conocer, no hay amar.

(Lea:)

"Paréceme, señora, que vos sois quien me habéis preso, pues no hay cárcel como la obligación; y pruébase, en que de ésta podré salir, y de la otra, es imposible. La justicia ha errado en esto, pues me prende a mí, que no he muerto a este hombre, y os deja libre a vos, que me habéis muerto a mí; pues no se ha oído en el mundo que hayan dado a nadie docientos escudos de veneno."

(1) En la 1.ª ed., "Leonor", por errata.

INÉS. ¿No dice más?
LEONARDA. ¿Qué pudiera
decir más, siendo papel?
INÉS. Donaire tiene.
LEONARDA. Si en él
la gracia se considera,
don Juan ha mostrado bien
su divino entendimiento.
Ya vive en mi pensamiento;
ya empiezo a querelle bien.
INÉS. Que es gallardo, fía de mí.
LEONARDA. Mas parece desatino;
¿qué tengo yo que me inclino
a lo que en mi vida vi?
Fuera me trae de mí
cosa que no sé lo que es.
¿Qué veneno es éste, Inés,
que me da don Juan por ti?
INÉS. Alabarle, ¿qué importó?
LEONARDA. ¡Oh, cielo, tú me inquietas!
¡Oh, estrella que a amar sujetas
lo que nunca el alma vió!
Vuelve allá.
INÉS. ¿Yo?
LEONARDA. ¿Por qué no?
INÉS. ¿A qué tengo de volver?
LEONARDA. Como que le vas a ver,
y lleva aqueste retrato
que desta cinta desato.
INÉS. Pues ¿qué pretendes hacer?
LEONARDA. Enamoralle de mí.
Busca industria con que puedas
mostrársele, sin que excedas
de mi honor.
INÉS. ¿Estás en ti?
LEONARDA. Inés, sin verle le vi,
y pienso verme con él.
Si las partes que hay en él,
por sola tu información
llenan la imaginación,
que es el más diestro pincel,
¿qué me miras divertida?
Yo le tengo de querer.
INÉS. Miraba que eras mujer
más fuerte, más resistida.
Tú serás de mí servida,
y pues esto va adelante,
toma este rico diamante
que me dió.
LEONARDA. ¿Para mí?
INÉS. Sí.
LEONARDA. ¿Esto más?
INÉS. El quiere así

mostrarte que es firme amante.
LEONARDA. Parte, Inés, a la prisión,
porque este hombre ha de ser
mi bien y yo su mujer
y de los dos perdición.
INÉS. Hay allí cierto Limón,
agridulce, sevillano...
LEONARDA. ¿Criado?
INÉS. Y gran cortesano.
LEONARDA. Si me pierdo, considera
que tú has sido la tercera,
y el primer papel, mi hermano.

(Vanse. Salen DON JUAN *y* DON LUIS, *con hábito de Santiago.)*

LUIS. A la casa de Alcalá
tengo obligación y deudo;
en recibiendo el papel
vine a la cárcel a veros.
Luego que os prendieron supe
lo más de vuestro suceso,
y cuando fuera verdad,
ni se prueba ni lo creo.
Pero vos podéis creer
que tengo de ser el preso
hasta que vos estéis libre.
JUAN. Beso mil veces el suelo
adonde ponéis los pies.
LUIS. Don Juan de Aguilar, teneos.
JUAN. Don Luis de Ribera ilustre,
llamaros del cielo espero,
que pues en el cielo hay agua,
seréis ribera del cielo.
A la ribera del mar
de vuestro merecimiento
llega mi humilde barquilla,
rota de velas y remos:
dadle puerto en vuestros pies.
LUIS. Cuando veáis que yo os llevo
por la puerta de la cárcel,
vendrá bien llamarme puerto.
¡Alcaide!
ALCAIDE. ¡Señor!
LUIS. ¿Don Juan
tiene igual el aposento
a su valor?
ALCAIDE. El mejor
le he dado.
LUIS. Está muy bien hecho.
Traigan cama de mi casa;
hablaré a mi padre luego
para que a los dos ayude,
pues los dos estamos presos.
JUAN. Vuelvo a poner otra vez
la boca en el mismo sello
de la estampa de esos pies.
LUIS. Vuestra libertad deseo.

(Vase, y sale LIMÓN.)

LIMÓN. Que ya se fuese deseaba.
JUAN. ¿Cómo?
LIMÓN. Otra dicha tenemos:
la dicha Inés.
JUAN. Bueno va.

(Sale INÉS.)

LIMÓN. Llega, flor del mundo.
INÉS. Llego
a esos pies.
JUAN. ¿Cómo a esos pies?
Llega a estos brazos, al pecho,
al alma...
INÉS. Paso, señor;
que en los botones enredo
una cinta de un retrato
que a cierto platero llevo.
JUAN. ¿Retrato?, ¿cómo?, ¿de quién?
Mostrad.
INÉS. De quien, por lo menos,
os quiere más en el alma.
JUAN. ¿De vuestra señora?
INÉS. Entiendo
que sois hechicero.
JUAN. ¿Yo?
INÉS. Sé que la tenéis sin seso.
JUAN. Mostrad.
INÉS. Eso no, don Juan,
que conoceréis al dueño.
JUAN. ¿Yo? ¿Cómo, pues, si en mi vida
estuve, Inés, en Toledo?
Esta es la casa primera,
que, por mi desdicha, veo:
las damas, los galeotes
desta imagen del infierno,
los verdugados, sus grillos,
las pendencias, sus requiebros:
ámbares, sus calabozos;
melindres, sus juramentos.
INÉS. Ahora bien, yo estoy de prisa:
miralde, y pártome luego,
que, pasando por aquí,
fuera ingratitud no veros.
JUAN. ¿Hay belleza semejante?
¿Hay ángel, fuera del cielo,

como este rostro?

LIMÓN. ¿A ver? Muestra. ¿No tiene aquí, más o menos, cuarenta años?

INÉS. ¿Cómo?, ¿qué? Ni aun quince no tiene enteros.

LIMÓN. ¡Oh, quién le hurtara este ángel!

INÉS. Mucho, don Juan, me detengo. Mostrad.

JUAN. Eso no, mis ojos.

INÉS. ¿Cómo no? ¿Vos hacéis esto?

JUAN. Déjamele, que yo haré
que le aderece un platero
que está aquí preso en la cárcel.

INÉS. ¿Y vos no veis que si vuelvo
sin él...?

JUAN. No paséis de ahí:
decidle que yo le tengo.

INÉS. Ahora bien: por vos me pongo
a peligro manifiesto
de enojar a mi señora.
Pero mirad que no puedo
dejarle más de por hoy.

JUAN. Mañana os le vuelvo.

INÉS. ¿Cierto?

LIMÓN. Yo salgo por su fiador.

INÉS. Pues, adiós.

JUAN. Decid al dueño
que lo es de toda mi vida.

LIMÓN. ¿Y yo qué soy?

INÉS. Si tenemos
amistad, serás Limón
de amor con agrio de celos.

LIMÓN. ¡Andújar!

INÉS. ¡Qué gran bellaco!

(Vase.)

JUAN. ¡Lindo rostro!

LIMÓN. Por extremo.

JUAN. Aquí no hay cejas azules
ni disfrazados cabellos.
¡Bella boca!

LIMÓN. Es sangre pura;
pero ¿sabes que sospecho
que todo aquesto es engaño?

JUAN. Engaño, no. Yo estoy muerto.

LIMÓN. ¿Sin verla?

JUAN. Pues ¿por qué no?

LIMÓN. Los filósofos dijeron
que no puede haber amor
donde no hay conocimiento.

JUAN. ¿Tú has visto un monte de oro?

LIMÓN. No, señor.

JUAN. Probarte puedo
que le puedes amar.

LIMÓN. ¿Cómo?

JUAN. Pensando un monte de aquellos
que has pasado, y luego el oro
que has visto, y formando en ellos
un monte de oro en tu idea.
Y así yo, formada tengo,
de mujer y de hermosura,
el ángel que adoro y quiero.

(Sale DON FERNANDO.*)*

FERNANDO. No penséis, señor don Juan,
que puedo pasar sin veros.
¿Cómo va de prisión?

JUAN. Bien,
pues en la prisión os veo.

FERNANDO. ¿Hay necesidad?

JUAN. Ninguna,
que me ha socorrido el cielo
con un ángel que me vió
traer a la cárcel preso.

FERNANDO. ¿Háos regalado?

JUAN. Y me ha dado
docientos escudos.

FERNANDO. ¡Bueno!

JUAN. Estoy muy favorecido
y lleno de mil deseos.

FERNANDO. ¿Sin verla?

JUAN. He visto un retrato.

FERNANDO. Mostrad, a ver.

JUAN. Eso quiero,
porque me digáis quién es.
Tomad... ¿De qué estáis suspenso?

FERNANDO. No conozco yo esta dama.

LIMÓN. ¿Dígolo yo?

JUAN. Por lo menos,
los escudos son verdad.

FERNANDO. Vamos (1), que a colgaros vengo
un aposento.

(Vase DON FERNANDO.*)*

JUAN. Limón,
¿qué es esto?

LIMÓN. Pienso que has hecho
necedad.

JUAN. ¿Cómo?

LIMÓN. En mostralle.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "adiós".

JUAN. Descolorido se ha puesto.
LIMÓN. ¿Cuánto va que es su mujer?
JUAN. Ya le ha visto; no hay remedio.
LIMÓN. ¡Qué presto se le enseñaste!
JUAN. Las desdichas vienen presto.
LIMÓN. Pero, si lo hiciere mal,
diremos que al hombre ha muerto.
JUAN. Pésame por la mujer.
LIMÓN. Y a mí por Inés, que pierdo
una fregona palpable,
sin retrato ni embelecos.

SEGUNDA JORNADA

(Salen DON JUAN *y* DON LUIS.*)*

JUAN. En tantas obligaciones,
¿quién os sabrá responder?
LUIS. Si diferencia ha de haber,
ha de ser en las prisiones:
que vos habéis de tenellas
en el cuerpo, y yo en el alma.
JUAN. Quien a Grecia dió la palma,
no conoció las estrellas.
Ellas deben de infundir
esta fuerza en la amistad.
LUIS. Su mentira o su verdad
suele el cielo prevenir.
Cástor y Pólux, amigos
convertidos en estrellas,
de las influencias dellas
son los mayores testigos.
La una se ve nacida
donde la otra expiró,
y así Virgilio pintó
de las dos la muerte y vida.
JUAN. Los ejemplos del amor
muestran bien, con la experiencia,
celestial correspondencia,
que les influye calor.
Mas, como Fidias solía,
en mármoles que labraba,
poner el nombre que amaba
del amigo que tenía,
así en todas mis acciones
a poneros me obligáis,
porque se entienda que obráis
mis propias obligaciones.
LUIS. Don Juan, yo os tengo afición,
y en las obras la veréis;
no quiero que os obliguéis
donde es fuerza la prisión,
porque no valdría el contrato;
della os sacaré bien presto,
que va el pleito bien dispuesto.
JUAN. Si os fuere, señor, ingrato,
que pierda el ilustre honor
que me ha dado el apellido,
que tantos siglos ha sido
de inestimable valor,
y asimismo la crianza
de la casa de Alcalá,
en cuya Ribera está
el puerto de mi esperanza.
LUIS. Triste os tendrá la prisión:
quiero esta noche sacaros
adonde podáis holgaros,
que tengo cierta ocasión
y quiero que la veáis,
o que la oigáis, por lo menos.
Y porque en gustos ajenos
menos invidia tengáis,
no pienso que faltarán
donde os pueda entretener.
JUAN. Cierto será que han de ser
como de hombre tan galán.
LUIS. ¡Alcaide!
ALCAIDE. ¡Señor!
LUIS. Aquí
vendrá Dionís, a las nueve,
por don Juan.
ALCAIDE. Digo que lleve
Dionís la cárcel y a mí,
si de algún provecho soy.
LUIS. Bien me lo podéis fiar,
que yo le sabré guardar,
pues yo por su guarda voy.

(Vase, y el ALCAIDE.*)*

JUAN.

Feroz león, la planta fiera en vano,
atravesada de la dura espina,
muestra al esclavo y a curarle inclina,
humilde, el inhumano al sabio humano.
Véele después salir en el romano
anfiteatro, que a morir camina,
y paga la piadosa medicina
rendido al pie que le curó la mano.
Pues si humilla un león tanta fiereza,
¿quién hay que corresponda con mal trato
a quien debe piedad, honra y nobleza?
Siendo un león de la amistad retrato,
corrida puede estar Naturaleza
el día que ha formado un hombre ingrato.

(*Sale* LIMÓN.)

LIMÓN. Después que estás tan privado
con el hijo del señor
Corregidor, el humor
corre, don Juan, más templado.
¿Qué hay de aquella buena vieja
que con retratos te engaña?

JUAN. El alma me desengaña,
y de tu engaño se queja.
No muestra aquí que ha cum- [plido
quince años.

LIMÓN. Si es así,
puesto que decir oí
que niñas huelen al nido,
la sazón está (1) gozando
más dulce para querer;
ni debe de ser mujer
de tu amigo don Fernando,
que de quince años no fuera
casada y libre.

JUAN. No sé;
yo me muero, y no tendré
remedio.

LIMÓN. ¡Extraña quimera!
¿Las cosas que no se ven,
se han de amar?

JUAN. No puedo más.

LIMÓN. No se habrá visto jamás
amar sin saber a quién.

JUAN. Ella, lo mismo me escribe.

LIMÓN. ¿Cuántos papeles van ya?

JUAN. Veinte.

LIMÓN. Pues ¿no te dirá
su nombre ni adónde vive?

JUAN. Si un amigo me contara,
pues, al fin, los que aman ven,
que amaba sin ver a quién,
por loco le confirmara.

LIMÓN. A un portugués que lloraba
preguntaron la ocasión;
respondió que era afición,
y que enamorado estaba.
Por remediar su dolor,
le preguntaron de quién,
y respondió: "De ninguén;
mais choro de puro amor."
Como éste vienes a ser.
¡Ea!, llora, aunque no sabes
por quién.

JUAN. Las dulces y graves
palabras desta mujer
sirven de flechas crueles,
en los papeles que alabo.

LIMÓN. Basta, que eres como pavo
que te asan entre papeles.
¿Si quiere enseñarse a amar
esta primeriza dama
con un preso que honra y fama
por fuerza le ha de guardar?
Enséñanse los barberos
en los frailes a rapar:
ésta se quiere enseñar
entre presos caballeros.
Que esto que ves que te da,
es treta de cazador
para pescarte mejor,
si después te coge allá.

JUAN. No lleva esa traza, no;
que los regalos son más
que podré pagar jamás.

LIMÓN. Pues ¿qué es esto?

JUAN. ¡Qué sé yo!

LIMÓN. Ahora bien: déte dineros
y nunca se deje ver.

JUAN. Tomarlos de una mujer,
no es de honrados caballeros.

LIMÓN. ¿Y ellas qué toman?

JUAN. Nacimos
para servirlas.

LIMÓN. Porque
su carne primero fué
la costilla que les dimos,
y no fué la más angosta;
pero quien dió la costilla,
no tengo por maravilla
que se obligase a la costa.
Con Adán se han disculpado
mil maridos.

JUAN. ¿De qué suerte?

LIMÓN. ¿No le dió, por nuestra muerte,
Eva aquel triste bocado?

JUAN. Sí, le dió.

LIMÓN. ¿Y a ella, quién?

JUAN. La sierpe.

LIMÓN. El diablo sería,
que esa figura tendría
para engañarlas (1) más bien.
Pues cuando una mujer da
a su marido que coma,
¿cómo piensas que lo toma?,
¿con qué disculpado está?;

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "estás".

(1) Hartzenbusch, en su ed., corrige "engañarla".

que de Adán ejemplo fué,
diciendo, aunque el yerro vea:
"Coma yo, y siquiera sea
el diablo quien se lo dé."

JUAN. Yo no soy marido aquí,
ni aun he visto la mujer.

LIMÓN. Bien tendrás que agradecer.

JUAN. De buena sangre nací.

(Sale el ALCAIDE.*)*

ALCAIDE. Dos mujeres rebozadas
me han preguntado por vos.

JUAN. Dejaldas entrar, ¡por Dios!

LIMÓN. ¿Huelen bien?

ALCAIDE. Huelen a honradas.

LIMÓN. Mal huelen.

ALCAIDE. ¿Por qué?

LIMÓN. Vendrán
con descuido, si lo son:
que en no viniendo ocasión,
sin la pastilla se van.

ALCAIDE. Véislas aquí.

JUAN. Pues cerrad.

(Vase el ALCAIDE, *y entran* LEONARDA *y* INÉS, *tapadas.)*

LEONARDA. [*Ap.*] ¡Qué lindo talle!, ¡qué hermoso!

INÉS. [*Ap.*] Cuerpo bizarro y airoso.

LEONARDA. Una palabra escuchad.

JUAN. Señora (1), ¡quién la escuchara
desa boca!

LEONARDA. No os turbéis,
pues que la boca no veis.

JUAN. Perdonad, si me turbare:
que me ha dicho el corazón
que me venís a matar.

LEONARDA. ¿Vos sois don Juan de Aguilar?

LIMÓN. Sí, reina, y yo soy Limón.

LEONARDA. ¿Vos sois Limón?

LIMÓN. En azúcar,
para serviros.

INÉS. ¡Qué sal!

LIMÓN. Crieme en el Arenal,
y soy atún de Sanlúcar.

INÉS. A fé que vos no os turbéis.

JUAN. ¿Cómo, señora, no habláis?

LEONARDA. Porque también me turbáis,
y efeto del sol hacéis.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "dichoso".

Mucho me había contado
Inés de vuestra persona.

LIMÓN. Inés, ilustre amazona,
ninfa del Tajo dorado,
retírate aquí y descubre
la cenefa de tu faz:
déjalos hablar en paz.

JUAN. ¿Por qué, señora, se encubre
ese sol con el nublado
de ese manto? ¿Puede ser
que le pueda defender,
siendo cuerpo tan delgado?
Pero del rayo tomáis
la condición que tenéis:
que lo fuerte deshacéis
y lo débil perdonáis.
Pues trayendo a ejecución
mi muerte, lo delicado
del manto no habéis tocado
y abrasáisme el corazón.
Con sólo un sol me encendéis;
bien hacéis, bien presumís:
que si los dos descubrís,
ceniza me volveréis.
Pero, aunque me mate, os ruego
que le descubráis también,
para que veáis más bien
lo que puede vuestro fuego.
Mirad en esta ocasión
con dos ojos que abrasáis
a Roma, porque seáis
en dos ventanas Nerón.
Y aunque es verdad que me anuncia
la gloria que me provoca,
vea yo también la boca
que la sentencia pronuncia.
Abridla, porque podría
dar sospecha a mi cuidado:
que si está un nácar cerrado,
¿quién sabrá si perlas cría?

LEONARDA. Don Juan, aunque os engañé
con escribiros que os vi,
nunca os vi; mentí que aquí
os vi, puesto que os amé.
Que la fama y la pintura
de dos personas han hecho
un retrato, que ha deshecho
la libertad más segura.
Formé de vos un conceto
notable, pero diré
que menos imaginé
de lo que muestra el efeto.
Después que os miro y os trato,

mejor me habéis parecido;
como mal pintor he sido
que agravia con el retrato.
  Es como no tener nada,
si cobrar deuda procura,
el que tiene una escritura
y no la tiene firmada.
  Aunque, a verdad obligados,
los papeles que envié,
desde que os vi y os hablé
quiero que queden firmados.
  Ya tenéis con qué cobrar,
ya tenéis con qué pedir.

JUAN. Pues que os queráis descubrir
sólo os quiero suplicar.

LEONARDA. Esto no es posible agora,
y os doy palabra que sea
presto.

JUAN. ¿Quién habrá que crea
tan grande crueldad, señora?
  ¿Posible es que no me dé
vuestro amor algún consuelo?
Bien parece que sois cielo
que os he de creer por fe.
  Pero esta noche me han dado
licencia para salir;
¿podré a vuestra casa ir?

LEONARDA. Podréis, si vais disfrazado,
  hablarme por una reja.

JUAN. ¿Entrar no?

LEONARDA. No puede ser.

JUAN. La casa es fuerza saber.

LEONARDA. ¡Qué necio amor me aconseja!
  Junto a San Miguel el Alto,
la de mayores balcones,
porque quepan las razones
y con mejor sobresalto.

JUAN. Poned un lienzo.

LEONARDA. Sí haré.

JUAN. Oíd, que se me olvidaba,
aunque cuidadoso estaba...

LEONARDA. Y yo también me olvidé.

JUAN. ¿Conocéis un don Fernando
de Saavedra?

LEONARDA. Yo no.

JUAN. ¿Ni le oístes nombrar?

LEONARDA. ¿Yo?
Estaréis imaginando
  que soy muy libre.

JUAN. No creo
que sois libre; mas temía
que érades casada.

LEONARDA. El día
que cumpla Dios mi deseo.
  Ahora, sin dueño estoy;
miento, que vos lo sois mío,
y que lo seréis confío,
cuando vos sepáis quién soy.
  Tomad aquesta cadena,
que era lo que me olvidaba.

JUAN. Añadís al alma esclava
la que por vos tiene en pena;
  pero no hay necesidad:
volvelda, mi bien, y haced
a mi amor otra merced,
que será mayor piedad.

LEONARDA. ¿Cómo?

JUAN. Sacando del guante
la mano: besarla quiero.

LEONARDA. Aunque es estilo grosero,
mi recato no os espante:
  con guante os la doy, señor,

JUAN. ¿Con guante? Cruel estáis;
hasta la mano me dais
con manto: ¡extraño rigor!
  Mas bien es, aunque ventajas
de amor pueda merecerlas,
que quien es toda de perlas,
toda venga puesta en cajas.
  Beso la mano diciendo:
"Salvo el guante."

LEONARDA. Estad seguro
que el alma, que dar procuro,
está el manto descubriendo,
  dando el rostro con razón
más mano que la que he dado.

INÉS. Sospecho que han acabado
la plática, seor Limón.

LIMÓN. Así me parece.

LEONARDA. Inés,
vamos de aquí.

INÉS. Adiós.

LIMÓN. Adiós.

(Vanse las dos.)

¿Qué habéis tratado los dos?
¿Es bella?, ¿es moza?, ¿quién es?

JUAN. Pues ¿vila yo?

LIMÓN. ¿Cómo no?

JUAN. No se quiso descubrir.

LIMÓN. ¿Eso un hombre ha de decir?
A fe que si fuera yo...

JUAN. ¿Tengo de ser descortés?
Hasta la mano me ha dado
con guante.

LIMÓN. No me he engañado:

todo lo que digo es.
¿La mano con escarpín?
Sarna tiene, ¡vive Dios!
En fin, ¿qué tratáis los dos?

JUAN. En fin, un amor sin fin.
Esta noche, a verla voy.

LIMÓN. ¿Dijo la casa?

JUAN. Sí dijo.

LIMÓN. Pues bailo de regocijo.
¡Oh, qué inesada me doy!

JUAN. Inés nada podrá hacer,
que no podemos entrar.

LIMÓN. Pues yo sabré negociar,
si la casa acierto a ver.

JUAN. Es a San Miguel el Alto,
y por señas, dos balcones.

LIMÓN. Pues, si tan alto te pones,
guárdate de dar un salto.

JUAN. ¿Dónde había de vivir
un ángel, sino en el cielo?

LIMÓN. Que no bajemos recelo
donde pensamos subir.

JUAN. Temor en quien ama es vicio.

LIMÓN. Yo sé que no temo en vano:
que un ladrillo toledano
es espantoso edificio.

(Vanse; salen LISENA, *dama, y* DON FERNANDO.)

LISENA. ¿No he de perder la paciencia?

FERNANDO. ¿De qué la habéis de perder?

LISENA. De ver que os oséis poner,
don Fernando, en mi presencia.

FERNANDO. Para haceros resistencia,
otro mejor que yo fuera.

LISENA. Pues ¿quién, si no vos, pudiera
verme en tanto desconcierto?
¿Ni que, habiendo el alma muerto,
matar al alma quisiera?
En mí don Pedro vivía;
habéisle dado la muerte
y, por dármela más fuerte,
tenéis de verme osadía;
mas no ser vida la mía
fué justa imaginación;
y si en aquesta ocasión
por muerta me visitáis,
tenéis razón, pues honráis
a los que difuntos son.
Pasastes de una estocada
dos cuerpos, dos almas, dos
vidas, y pluguiera a Dios
que os detuviera la espada
la que estaba más culpada:
pues tengo justos recelos
que todos mis desconsuelos
nacieron deste rigor,
pues por teneros amor
le mataron vuestros celos.

FERNANDO. Lisena del alma mía,
no maté yo vuestro bien;
a mí sí vuestro desdén,
y yo me maté aquel día.
Por eso tanta osadía
os dió pensamiento igual,
y con desengaño tal,
que lo estoy tengo por cierto:
que a quien no estuviera muerto
nadie le hablara tan mal.
Preso está quien le mató;
pero ¿quién ha de creer
que ya muerto puede ser
quien vive donde murió?
En fin, el muerto fuí yo:
esto es cosa conocida;
y que vos sois mi homicida
os puede dar vanagloria;
que quien lo está en la memoria,
más muerto está que en la vida.
Él murió para vivir
adonde vos le tenéis,
y yo, pues me aborrecéis,
viviré para morir.
Envidia puedo decir
que al muerto tener procuro,
pues que a morir me aventuro,
y es bien que la tenga [a] un muer- [to
quien tiene el bien tan incierto
y tiene el mal tan seguro.
¿De cuál desdicha se escribe,
ni estado de amor se vió,
que a un hombre que ya murió
envidia tenga quien vive?
Plegue al cielo que me prive
de vida en que os ofendéis,
que no es justo que os quejéis,
ya que aborrecido fuí,
que esté tan dentro de mí
lo que vos aborrecéis.

LISENA. Fernando, tarde negáis,
la muerte de un caballero
que después de muerto quiero
más, porque vos no viváis.
Si es que de mí no os fiáis,
creed que saben mujeres
guardar secreto.

FERNANDO. Tú eres
mujer, y es bien que repares
que no callan sus pesares,
aunque encubren sus placeres.

LISENA. Si la lengua en el tormento
una mujer se cortó,
bastante ejemplo dejó
de su silencio, argumento.

FERNANDO. Don Pedro dió fundamento
con la suya, no muy buena,
antes satírica y llena
de agravios, al noble impropia,
pues siempre la muerte propia
paga la deshonra ajena.
De mujeres y casados
habló mal en general.

LISENA. Ya está en uso el hablar mal,
y siempre los más culpados.

FERNANDO. Son pocos los castigados,
y muchos los maldicientes.

LISENA. Por más, Fernando, que intentes
dar disculpa a mis enojos,
no volverás a mis ojos,
que ya se volvieron fuentes.

(Vase.)

FERNANDO.

Hoy el airado mar blancas arenas
escupe a los diamantes celestiales,
y mañana a la tierra, en sus umbrales,
conduce naves y derriba entenas.
Las canas fieras (1) que, hoy de nieve, apenas
de las desnudas peñas dan señales,
mañana de jacintos orientales
bordan las capas, de esmeraldas llenas.
Esto, Lisena, tu rigor resiste,
pues todo está sujeto a la mudanza
cuando en su mano (2) ser frágil consiste;
que lo que es hoy mortal desconfianza
y en desesperación el pecho viste,
puede vestir mañana de esperanza.

(Vase. Salen DON LUIS, DON JUAN, LIMÓN *y* DIONÍS, *todos de noche, galanes, y con espadas y broqueles.)*

LUIS. Parece que no halláis gusto,
don Juan, entre tantas damas.

JUAN. Quien tiene en prisión el cuerpo,
¿cómo tendrá libre el alma?

LUIS. No hay acá las diferencias
que allá en la corte se hallan,
aunque Toledo lo es
de las ciudades de España.

LIMÓN. Bendiga Dios a Madrid;
todo se halla y se gasta:
tanta trucha y bacallaos
como perdices y ranas.
Hay godeñas para ilustres;
para los de enmedio, marcas,
y un compuesto de las dos
para los de media talla.
Parece en esto Madrid
las hosterías de Italia,
que come, puesto a la mesa,
lo mejor quien mejor paga.
Viene un español después,
roto de bolsa y de bragas,
pónenle un ave a comer
desta manera trazada:
de los pedazos de otra
que en la primera se alzan,
forman un ave no vista
en las Indias ni en la Mancha.
Una pechuga es de tordo;
otra pechuga, de urraca;
una pata es de perdiz,
de palomino otra pata.
Esto con hilo de pita
tan sutilmente lo hilvanan,
que pasan plaza de venas
los hilos, cuando los mascan.
Esto cubren lindamente
con dulce y picante salsa;
viene a su tierra el soldado,
y a Italia de bella alaba,
que dan de comer a pasto
por tres reales mesa franca.
¿Hay cosa que imite más,
del buen Madrid, a las damas,
compuestas de más mixturas
que un órgano (1), y disfrazadas
con la salsa del vestido,
mejor la llamaras (2) falsa?
¡Cuitado del que manduca
hilos, y aun hilas, y masca
entre el ámbar y la seda
solimán, azogue y zarza!

LUIS. Limón, en hacer discursos
nadie en el mundo te iguala.

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "las altas sierras".
(2) Idem, "cuanto en humano".

(1) Hartzenbusch, en su ed., corrige "emplasto".
(2) Idem, "llamará".

Con eso se caen tan presto
los cabellos y las barbas. [loco.
JUAN. No hagas (1) cuenta del que es
LUIS. Ahora bien: nada os agrada;
yo os quiero llevar a ver
una bellísima dama.
LIMÓN. Ver dice a oír: muy bien dice;
pero ¿bastará, si habla,
para que vuelvas contento?
LUIS. Guía, Dionís, al Alcázar,
hacia San Miguel el Alto.
JUAN. Rogaros, don Luis, pensaba
que fuésemos hacia allá:
que cierta dama me manda
que, pues de la cárcel salgo,
esta noche a verla vaya.
DIONÍS. Por aquí saldremos bien
a Zocodóver.
LIMÓN. ¡Qué plaza
la de Madrid!
JUAN. Calla, loco.
LIMÓN. ¿Por qué viene a ser honrada
una ciudad?
LUIS. Por la gente
ilustre que la acompaña.
LIMÓN. Ninguna iguala a Madrid,
pues salen cada mañana
a su plaza mil hidalgos.
LUIS. Pues ¿a quién hidalgos llamas?
LIMÓN. A dos mil esportilleros,
hidalgos de la Montaña,
que pueden dar sangre y vino
a cien ciudades de España.
LUIS. Por la variedad, hermosa
Naturaleza se llama.
LIMÓN. Por la novedad también,
que Madrid es nueva y varia.
Es gente tan novelera,
que suele alquilar ventanas
solamente para ver
cómo se quema una casa.
LUIS. ¿Estuviste mucho en él?
LIMÓN. Poco; pero no me holgara
más si hubiera peregrino
visto cuanto pinta el mapa.
¡Tanto señor, tanto grande,
honra del mundo, que bastan,
pesia a tal, a hacer mil hombres
por las letras y las armas!
¡Tanta dama, tanto coche,
donde eternamente andan
coche acá, coche acullá,
maldiciéndolos quien pasa!
A cuál el cuello jaspean,
a cuál un ojo le tapan
con lodos de perejil,
que fueron carnero y vaca.
¡Tanto letrado en los patios,
tanto pleitista en las salas,
tantas plumas en provincia,
cercadas de tantas varas!
Pierdo, de contento, el seso.
JUAN. ¿Y de caro no le alabas?
LIMÓN. ¿Es porque no hay hosterías
que cosan como en Italia?
¿Hay cosa como un bodego,
albondiguilla, tajada,
estofado y picadillo,
casi entera la sustancia?
Común reparo a la vida,
remedio de toda falta,
si bien, entre tantas sobras,
vi una falta de importancia.
Detrás de la puerta, en uno,
vi un día una piedra parda,
y pensando que sería
de recebir vino y agua,
oyó el ruido y me dijo
una gallega, en voz alta:
"¿No ve que se muele ahí
el perejil y mostaza?"
Hágome Adán sin higuera
y digo: "Vuestra es la falta,
pues rétulos no ponéis
a las cosas desta casa."
LUIS. Llegado habemos, don Juan;
ésta es la casa, aquí aguarda.
JUAN. ¿La de estos balcones?
LUIS. Sí.
JUAN. Yo llego. ¡Extraña desgracia! (1)
LIMÓN. ¿Cómo, señor?
JUAN. Esta es
la casa que aquella dama
me dijo, y tiene la seña
en las primeras ventanas.

(1) Idem, "hagáis".

(1) Hartzenbusch corrige el diálogo de este pasaje, del siguiente modo:

DON LUIS.

Sí.
Yo llego.

DON JUAN (*Ap. a* LIMÓN.)

¡Extraña desgracia!

LIMÓN. ¡Linda burla!
JUAN. Para mí,
por Dios, que ha sido pesada.
LIMÓN. No importa, que su dinero
le cuesta.
JUAN. Cuéstame el alma.
LIMÓN. ¿Quién será aquesta mujer?
JUAN. Pues don Luis la sirve y habla,
por lo menos será hermosa.
LIMÓN. Mejor es si no te casan.

(Sale LEONARDA, *en una ventana en lo bajo.)*

LUIS. ¡Ah de la reja!
LEONARDA. ¿Sois vos?
LUIS. Yo soy.
LEONARDA. Mi bien, ¿quién pensara
tanta dicha?
LUIS. Antes es mía.
LEONARDA. ¿Cómo estáis?
LUIS. Como quien halla
la vida en vuestro favor.
JUAN. ¡Que don Luis, Limón, me traiga,
por la dama a quien yo sirvo,
a guardalle las espaldas!
LIMÓN. Mira que puede ser otra.
JUAN. ¿Cómo, si las señas claras
están diciendo que es ella?
LIMÓN. Consuélome (1) en tu desgracia,
lo que he visto hablar un día
por una ventana baja;
que esto de alzar la cabeza
y topar damas con barbas
es desatinado agüero.
JUAN. ¿Qué haré para que se vaya
y pueda quedarme yo?
LIMÓN. Daré voces que me matan,
y echaré a correr.
JUAN. Bien dices.

(Da voces.)

LIMÓN. ¡Que me matan! ¡Fuera, aguarda!
LUIS. ¿Qué es esto?
JUAN. Alguna pendencia.
LUIS. Voy a ver lo que es.

(Vase DON LUIS.)

JUAN. Repara,
ingrata, un poco en las rejas:
don Juan de Aguilar te habla.
LEONARDA. ¿No era don Juan aquel hombre
que me hablaba?
JUAN. El que te hablaba
era don Luis de Ribera.
LEONARDA. ¡Ay, mi señor, que engañada
le hablé por ti!
JUAN. ¿Cierto?
LEONARDA. Cierto.
JUAN. Vuelto me has al pecho el alma.
¿Sírvete don Luis?
LEONARDA. No sé
si me sirve o si me cansa.
JUAN. No le trates mal, mi bien,
que es puerto de mi esperanza.
Mas ¿cuándo tengo de verte?
LEONARDA. Yo pienso verte mañana.
JUAN. ¡Que ame sin saber a quién!
Triste voy.
LEONARDA. Ya vuelven, calla.

(Salen DON LUIS, LIMÓN *y* DIONÍS.)

JUAN. Pues ¿cómo fué?
LUIS. Yo qué sé;
yo vi que estas voces daba,
y acudí a ver lo que era.
DIONÍS. Sería en alguna casa.
LUIS. ¿Qué hay, don Juan?
JUAN. Desde la reja
me preguntó aquella dama
que dónde fuistes. Yo dije...
DIONÍS. Gente por la calle pasa.

(Sale DON FERNANDO, *de noche.)*

FERNANDO. [*Ap.*] (¿Qué es esto? ¿A las pro-
[pias puertas
de mi casa tantas armas?,
¿tanta rebozada gente?
¿Si para matarme aguardan?
¿Si son deudos de don Pedro?)
LUIS. ¿Quién va?
FERNANDO. Quien viene a su casa.
LUIS. Pase adelante.
FERNANDO. No puedo,
sin saber a qué se paran
a estas rejas.
LUIS. [*Ap.*] Ya conozco.
Don Juan...
JUAN. ¿Qué es lo que mandas?
LUIS. Vámonos de aquí.
JUAN. ¿Por qué?
LUIS. Porque es deste hidalgo hermana
la dama destos balcones.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "consuélete".

JUAN. Justo respeto.
LUIS. Esto basta.

(Vase.)

JUAN. Limón, todo va perdido.
LIMÓN. Pues ¿qué dice vuestra daifa?
JUAN. ¿Qué? Que la sirve don Luis.
LIMÓN. ¿Qué importa, si no te trata
materia de casamiento?
Mas ¿no le has visto la cara?
JUAN. No, porque, con artificios,
no había luces en la sala.
LIMÓN. ¿Y la quieres?
JUAN. Y la quiero.
LIMÓN. Necedad.
JUAN. Díselo al alma.

(Vanse los dos.)

FERNANDO.

Si no me engaño, con don Luis venía
don Juan, cuya amistad le habrá traído
a ver las damas o la hermana mía,
de que, por dicha, yo la culpa he sido.
Mas toda es loca y vana fantasía,
que los celos parecen al ruido
que forma el agua en los arroyos llenos,
que adonde suena más corre con menos.
Apenas entro, y al encuentro sale,
cuando sale también la blanca aurora;
aquí disculpa con mi honor no vale.

(Sale LEONARDA.*)*

Leonarda, ¿tú por acostar ahora?

LEONARDA.

Como no puede haber amor que iguale
al que te tiene el alma, de hora en hora
mirándole por esta celosía,
piadoso, el cielo ha despertado el día.
¿Adónde vas tan solo, cuando tienen
los deudos de don Pedro tal sospecha?
¿O qué defensa, si a matarte vienen,
para tantas espadas aprovecha?
No son galanes, no, que se entretienen
los que el alba de aquí con rayos echa:
traidores son, Fernando; por ti mira.
Descuidos mueven la fortuna a ira.

FERNANDO.

Que vivas ciudadosa a mi amor debes,
y pues es necedad callar contigo
en mis celos, pretendo que lo pruebes.

LEONARDA.

¿De quién los tienes?

FERNANDO.

De don Juan, mi amigo.

LEONARDA.

Pues ¿hele visto yo, cuando me lleves
por sospechas al bárbaro castigo
que suelen dar los celos?

FERNANDO.

No he querido
antes de ahora despertar tu olvido.
Bien sé que no le has visto; si quien ama
no puede amar sin ver, ni dar despojos,
por los oídos mira amor; la fama,
por ellos da deleite o causa enojos;
el deseo de ver, amor se llama;
más miran los oídos que los ojos;
quien, sin mirar, interiormente mira,
ya tiene amor, pues, por mirar, suspira.
Preguntóme don Juan si yo sabía
el dueño de un retrato, y era tuyo;
¿qué quieres que presuma?

LEONARDA.

Que podría
desear como mozo saber cúyo.
Con otras joyas le envié aquel día,
por no tener dineros.

FERNANDO.

Bien arguyo
de tu piedad, que sin malicia fuese,
y que un retrato algún valor tuviese.

LEONARDA.

Pues ¿no tiene valor un cerco de oro?

FERNANDO.

Quien pone cerco, conquistar querría.

LEONARDA.

Yo sé lo que conviene a mi decoro:
cercar con oro es poca valentía.

FERNANDO.

El sol tras (1) de las Indias su tesoro;
en quicios de cristal el alba al día
abrió la puerta. Vamos, y perdona.

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "trae".

LEONARDA.

Quien tiene celos ama.

FERNANDO.

Amor me abona (1).

(Vanse. Salen DON JUAN *y* LIMÓN.)

JUAN. Apenas la blanca dama
en el ajedrez del cielo
la pieza negra, que el velo
sobre la tierra derrama,
cautivó con tal destreza
y las estrellas ganó,
cuando el papel escribió
nuestra encubierta belleza.

LIMÓN. Habiéndote visto ya,
bien sé que te ha de querer;
pero querer tú sin ver,
mil pesadumbres me da.
Yo no entiendo si es el cielo,
señor, ajedrez de estrellas;
ni si va la noche entre ellas
en su coche, ni en su velo;
porque no me persuado
que los días, ni las noches,
permitan los cielos coches
en su silencio sagrado.
Ni sé si es la blanca dama
el alba, que al mundo alegra;
la noche, la pieza negra
a quien cautiva y desama;
pero apenas por el suelo,
con la voz, común (2) canario,
pregonaba letuario
un redomado mozuelo,
y apenas en estas eras
cantaron los negros grillos,
y orinales y jarrillos
salieron por sus troneras,
cuando vi la bella Inés,
que, por la reja, sacaba
tanta mano, en que me daba
ese papel.

JUAN. ¿Tú no ves
que no duerme bien quien ama?

LIMÓN. ¿Y tú a quién amas?

JUAN. No sé;
y (1) Amor es dios, bien se ve.

LIMÓN. Suele quererse por fama;
pero tú, ni aun ésta tienes.

JUAN. Quiero ir agradecido;
pero mayor mal ha sido,
si a considerarlo vienes,
el ser de don Luis la dama.

LIMÓN. Pregúntale a él quién es.

JUAN. ¿Y cómo podré, después
de saber cómo se llama,
disculparme con don Luis
de querer a quien él quiere,
si su historia me refiere?

LIMÓN. Ya que en un pecho vivís
por tan estrecha amistad,
fuera grande ingratitud
quitarle de su quietud.

(Salen el ALCALDE, LEONARDA *y* INÉS.)

ALCAIDE. Solo está don Juan; entrad.

LEONARDA. Dadnos lugar, y perdón.

ALCAIDE. Vos os habéis empleado
con el galán más honrado
que ha entrado en esta prisión.

(Vase.)

JUAN. ¿Qué es esto?

LIMÓN. El duende de Inés.

JUAN. Señora mía, ¿sois vos?

LEONARDA. No hablar anoche los dos,
de veros la causa es.

JUAN. Descubríos, por mi vida.

LEONARDA. Por vuestra vida lo haré.

LIMÓN. ¡San Blas!

(Deténgale el manto.)

JUAN. Tened, porque esté
toda el alma apercebida,
y (2) esmalte la blanca aurora
los balcones orientales;
la tierra, en puros cristales
vuelva el aljófar que llora;
canten las aves, que mudas
tuvo la noche en su frente,
y a los indios de Occidente
huya con plantas desnudas;
apercíbanse los prados
a producir nuevas flores;
los soñolientos pastores

(1) En la ed. de 1635, "ana.do".
(2) En la ed. de Hartzenbusch, "como un".

(1) Esta *y* está omitida en la ed. de Hartzenbusch.
(2) Idem íd.

saquen sus blancos ganados;
rompan su rojo arrebol
las nubes del azul velo;
alégrense tierra y cielo:
¡albricias, que sale el sol!

(Descúbrala él mismo.)

LEONARDA. Bien sé que os habréis burlado.
Mal os habré parecido:
lo que se espera no ha sido
lo mismo que imaginado.
Ya sé que os queréis llamar
a engaño, porque el amor,
como es niño, por menor
puede este pleito ganar.
Paréceme que tenéis
desengaño y cortesía.

JUAN. Tengo el amor que tenía,
que es el mismo que sabéis,
y luego, el que fué forzoso
de veros, cuya hermosura
os hizo a vos tan segura
y a mí me hizo tan dichoso.
Con tan alta presunción
os levantasteis al cielo,
que se ha quedado en el suelo
mi propia imaginación.
No imaginé estrellas yo,
no sol, no rosas tan bellas,
y aquí hay sol, rosas y estrellas;
pero, al fin, me sucedió
como al mal pintor que copia
de perfeto original:
fuí ignorante, copié mal;
vos sois la pintura propia.

LIMÓN. Acabada esa oración,
¿podrá Limón ver tantito?

LEONARDA. Pareceréte muy mal
para las cosas que has visto
en aquella gran ciudad.

LIMÓN. Perdón por el suelo os pido
de cometer contra vos,
señora, el mayor delito.

LEONARDA. ¿Contra mí?

LIMÓN. Sí; que pensé
que érades vieja, que ha sido
en el duelo de mujeres
una infamia de las cinco.
La primer palabra es boba,
que una boba, por Dios vivo,
que trae, cuando ángel sea,
un diablo por sobreescrito.
La segunda es sucia, cosa
que, cuando yo la imagino,
lavo mi imaginación
y la jabono en el río.
La tercera, interesable;
la cuarta, no se la digo,
porque si la quinta es vieja,
es de los tiempos castigo.

LEONARDA. En fin, Limón, ¿presumiste
que engañar a don Juan quiso
mi amor con algún enredo?

LIMÓN. Tu edad son lindos hechizos.
Dice allá en sus *Rimas* Lope,
soneto sesenta y cinco,
por una medrosa dama
que consultaba adivinos,
que si amaneciese el alba
con los dos labios teñidos
en púrpura, y las mejillas
en rosa o claveles finos,
que estuviese muy segura
de ser amada.

JUAN. Yo he visto
todo el mundo en ese rostro.

LIMÓN. Así dijo Velasquillo,
y estaba por preguntarte
por un rocín que he perdido.

LEONARDA. Cual soy, don Juan, ya soy vuestra.

LIMÓN. ¡Qué lindo serafinito!
Ven acá, Inés. ¿No anduvieras
cubierta tú de un soplillo,
para hacerme desear
ese ilustre frontispicio?
Bien haya quien hizo sayas.
Yo me entiendo.

INÉS. Yo no he sido
dama, Limón; que ya sabes
que como tú sirves, sirvo.

LIMÓN. ¿Tienes dineros?

INÉS. Ni un cuarto.

LIMÓN. ¿Pues en qué he de hablar contigo,
mientras que juegan facciones
aquellos dos cupidillos?

INÉS. En casamiento.

LIMÓN. ¿Yo *miento?*

INÉS. En que te cases conmigo.

LIMÓN. No, no; que tomé liciones
de un cierto vecino mío,
que le daba a su mujer,
por cualquier enojo niño,
con un borceguí.

INÉS. ¡Melindre!

LIMÓN. No mucho, a lo que imagino,

que tenía un canto dentro.
INÉS. ¡Guarda!
LIMÓN. Por eso lo digo.

(Salen DON LUIS, *el* ALCAIDE, *un* ESCRIBANO *y* DIONÍS.)

LEONARDA. ¿Quién entra?
JUAN. Cúbrete presto.
LIMÓN. [Es] don Luis.
INÉS. Mas ¿a qué vino?
LUIS. Albricias, señor don Juan.
JUAN. Aunque preso, estoy corrido
de no tener más que amor.
LUIS. Bien os lo merece el mío.
¿Damas?
JUAN. Sí, señor.
LUIS. A ver.
JUAN. Deteneos, os suplico,
que es gente de casamiento.
LIMÓN. Eso se entiende contigo;
pero aciaca no con michis (1).
LUIS. Buenos ojos.
JUAN. No he podido
hasta agora merecerlos.
LIMÓN. ¿Y los de Inés, no son lindos?
LUIS. Ya, señora, que aquí os veo,
a vos las albricias pido
de que esté libre don Juan.

(Alargue la mano y déle una sortija, sin hablar.)

¿Qué me dais? Bueno; un anillo
con un diamante, y callando;
pues yo le tomo, ofendido
de que calláis, por venganza.

(Vanse las dos.)

JUAN. Basta, que por vos se han ido;
debéislas de conocer.
LUIS. Agravio me han hecho.
JUAN. El mío
no puede llamarse agravio,
porque, el mayor enemigo
que tengo me saque el alma,
si hasta agora las he visto;
ni sé el nombre.
LUIS. Así lo creo.
Venid a comer conmigo,
pues ya tenéis libertad.
JUAN. Antes, señor, la he perdido,
pues vengo a ser vuestro esclavo.

(1) En la ed. de Hartzenbusch:
"pero hacia acá, no con *mihi.*"

LUIS. Yo soy, don Juan, vuestro amigo.
Dalde vos el mandamiento
al Alcaide.
ESCRIBANO. No he querido
darle sin el parabién.
JUAN. Con esto puedo serviros.

(Dale un bolsillo.)

Y esta cadena, al Alcaide.
ALCAIDE. Aunque preso os he tenido,
yo lo soy vuestro desde hoy.
LIMÓN. El oro hace fuertes grillos.
JUAN. ¿Qué te parece, Limón?
¿Puedo amar después que he visto?
LIMÓN. Agora sí; que sin verla
fué notable desatino.

TERCERA JORNADA

(Salen DON JUAN, DON FERNANDO *y* LIMÓN.)

FERNANDO. ¿Así por la calle pasa
quien debe amor?
JUAN. Ya quería
partirme; que no sabía
como extraño, vuestra casa.
FERNANDO. Pues bien conocida es
por sus antiguos blasones.
JUAN. Conocer obligaciones
es la prisión de mis pies.
Tan preso me estoy agora.
FERNANDO. Mostradlo en que preso estéis
en mi casa, pues sabéis
que toda os sirve y adora.
No habéis de salir de aquí;
aquí habéis de descansar,
que os quiero yo regalar.
JUAN. No le hay mayor para mí
que haberos servido.
FERNANDO. Fuera
ingratitud no serviros.
JUAN. Es fuerza el irme.
FERNANDO. Aunque el iros
en vuestra mano estuviera,
no os dejara la prisión
de mi amor, en que ya estáis,
pues por preso os confesáis.
JUAN. Conozco la obligación.
FERNANDO. Los días que habéis estado
por mí en la cárcel, es justo
que aquí lo restaure el gusto
de haberos yo regalado.

Conoceréis una hermana
que tengo, que quiere veros,
y la parte agradeceros
desta prisión.

LIMÓN. Cosa es llana
que tendréis guardada en casa
la mula en que os arrugastes,
cuando al buen don Juan dejastes
con las manos en la masa.
Decidnos della; que hay hombre
que hasta de una mula parda
saber el suceso aguarda,
la color, el talle y nombre.
O, si no, dirán que fué
olvido del escritor,
como el cuento de un pintor.

FERNANDO. ¿Cómo fué?

LIMÓN. Yo lo diré.
Mandóle pintar la Cena
un hidalgo bachiller,
y, acabada, fuéla a ver,
y hallóla de gente llena.
Trece apóstoles contó,
y dijo muy espantado:
—Todo este lienzo está errado;
no pienso pagarle yo.
Un apóstol aquí está
de más—. Y el sabio pintor
dijo: —Llevalda, señor,
que éste, en cenando, se irá.
Hombre de regla y compás,
ingenio de hilo de pita,
tu puntualidad permita
que haya un apóstol de más.

FERNANDO. La mula, señor Limón,
la maleta y el cojín
están guardados.

LIMÓN. En fin
hacemos della mención.

(Salen LEONARDA, LISENA *y* INÉS.)

LEONARDA. Una huéspeda he traído
que nos honre, aunque a pesar
suyo.

FERNANDO. Quiéroosla pagar
con el huésped que ha venido.

LIMÓN. ¡Jesús! ¿Qué [es] esto?

JUAN. ¡Ay, Limón!
Es hermana de Fernando.

LIMÓN. Deso me estoy admirando.

JUAN. ¡Qué notable confusión!

LISENA. Cuando ya los enemigos
entran por discursos varios
en casa de sus contrarios,
cerca están de ser amigos.

FERNANDO. ¿Cómo mi dicha ha vencido
vuestra ingratitud, Lisena?

LISENA. Por ser la ocasión tan buena,
y haber Leonarda querido.
Yo no he estado mal con ella;
con vos, sí; traidor sois vos.

JUAN. ¿No es muy hermosa?

LIMÓN. Por Dios,
que es cristalina doncella.
En fin, tu misma fortuna
te trae de los cabellos.

JUAN. Parecen sus ojos bellos
dos soles en una luna.

LEONARDA. ¡Ay, Inés! ¿Qué mayor dicha?
¡Don Juan en casa!

INÉS. El amor
corresponde con favor;
la fortuna, con desdicha.

JUAN. ¿Qué haré, Limón?

LIMÓN. Disimula.

JUAN. Estoy loco, estoy turbado.
¡Mírala bien!

LIMÓN. Heme holgado
que pareciese la mula,
tanto por cumplir con ella
alguna mular memoria,
como que al fin de la historia
no nos pregunten por ella.

FERNANDO. Hermana, este caballero
es el que estuvo en prisión;
ya sabes la obligación:
libre está, servirle quiero.
Háblale, muéstrate humana;
la vida le debo.

LEONARDA. En todo
le serviré.

FERNANDO. Deste modo
cumple un hombre noble, hermana,
con tan justa obligación.

LEONARDA. ¿Qué me dices de Lisena?

FERNANDO. Que pienso que de mi pena
viene a dar satisfacción.

LEONARDA. Señor don Juan, obligados
mi hermano y yo, como veis
(no os digo lo que sabéis,
que hay testigos no abonados),
os querríamos servir;
entrad y reconoced
esta casa.

JUAN. Esa merced

no la puede recibir
menos amor que el que os debo,
y bien presumo que así
queréis que nazcan en mí
obligaciones de nuevo.
Ignorante me partía
deste favor; mi ventura
tantos juntos me procura,
que no parece que es mía:
y estaré cuanto mandéis,
como quien es vuestro esclavo.

LEONARDA. El noble término alabo.
Como quien sois procedéis.

FERNANDO. Venid, Lisena, a tomar
la posesión como dueño
desta casa.

LISENA. Amor es sueño
del alma.

FERNANDO. Plaza, lugar.

LISENA. [*Ap.*] (Vine por paz; llevo enojos.
Todo en guerra se ha trocado,
pues don Juan veneno ha dado
al corazón por los ojos.)

(Vanse.)

LEONARDA. Entra, mi bien, que también
hoy tomas la posesión.

JUAN. El alma y los ojos son
de tus bellos pies, mi bien.

(Vase.)

LIMÓN. ¿Vuesa merced no me dice
cualque cosa?

INÉS. Suya soy.

LIMÓN. Dentro de su casa estoy.

INÉS. Por él, lo que pude hice.

LIMÓN. ¿Sabe de la mula?

INÉS. No.

LIMÓN. ¿Pues en qué la he de llevar,
si nos vamos a casar
donde la mula nació?

INÉS. Pierda al casamiento el miedo.

LIMÓN. Ya sé la paz de Castilla.

INÉS. ¡Ah, pícaro de Sevilla!

LIMÓN. ¡Ah, fregona de Toledo!

(Vanse.)

(Entran DON LUIS *y* DIONÍS.)

LUIS.

No puedo más, que tiene amor licencia.

DIONÍS.

No es amor el que ofende, antes se llama
porfía.

LUIS.

Anda el deseo en competencia
del honor.

DIONÍS.

Ese suele amar quien ama.
No puede ser honesta diligencia
la que ofende la fama de su dama.
Quien te viere en su calle dirá luego
que de hacerte favor nació tu fuego.

LUIS.

No fuera sólo amor, si sólo obrara
por especulativo entendimiento;
y, honrosa, la razón pone en la cara
libertad de conciencia al pensamiento.

DIONÍS.

Quien ama bien, en sólo el bien repara
de lo que ama, que todo es fundamento;
que amor consiste en solo amor; ni ama
quien quiere más su gusto que a su dama.

LUIS.

Amor es un deseo.

DIONÍS.

No lo niego.

LUIS.

Sólo pretende el fin.

DIONÍS.

Honestamente.

LUIS.

El deleite, ¿es amor?

DIONÍS.

Natural fuego.

LUIS.

Pues ¿no lo siente el alma?

DIONÍS.

No le siente.

LUIS.

Luego ama sólo el cuerpo.

DIONÍS.

Su sosiego.

LUIS.

¿Qué causa es la inquietud?

DIONÍS.

El bien ausente.

LUIS.

Mientras que vivo en él, mi cuerpo es vida.

DIONÍS.

El alma es cielo, la pensión (1) vencida.

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Desde la ventana os vi.
Don Luis, mi señor, ¿qué es esto?
LUIS. ¿No me viste en este puesto?
JUAN. No sé, por Dios, si fué aquí.
Como en Sevilla nací
y nunca estuve en Toledo,
lo que no he visto, no puedo
decir, señor, que lo sé.
LUIS. Aquí, don Juan, aquí fué
mi amor.
JUAN. *(Ap.)* Y aquí fué mi miedo.
LUIS. Sabiendo que don Fernando
a su casa te ha traído,
a suplicarte he venido
que mires que muero amando.
Vida y honra aventurando
te saqué de la prisión,
no por otro galardón
más de sólo hacer por ti,
porque nunca presumí
que tuvieras ocasión.
Donde está Leonarda estás;
háblala de parte mía:
preso estuve desde el día
que lo estuviste, y aun más.
Mi voluntad pagarás,
[si] agora lo estás por mí.
Preso de mi padre fuí
por sacarte de prisión.
Dame tú, pues es razón,
la voluntad que te di.
Dile, don Juan, la verdad,
aunque Leonarda también
sabe que la quiero bien,
y pagarás mi amistad.
Esto llamo libertad,
no porque no quiero ser
tu prisionero, hasta ver
de la suerte que me trata;
que si por ti fuere ingrata,
no es ángel, sino mujer.
JUAN. Señor, yo estoy obligado
a servirte en cualquier cosa,
y aunque ésta es dificultosa,
es fácil a mi cuidado.
¿Fuiste de Leonarda amado,
y no eres ya tan dichoso
porque su celo amoroso
te ha puesto en desconfianza?
¿Si es acaso por mudanza,
o acaso desdén celoso?
A mí me importa saber
el estado de tu amor,
que no quiero errar, señor,
lo que por ti puedo hacer.
Y pues que no he de poder
salir desta obligación,
haré en aquesta ocasión
que te parezca amistad
perder yo mi libertad
por sacarte de prisión.
Yo la aventuro por ti;
algún día lo sabrás,
porque con no poder más,
cumple el deseo por mí.
Como soy, tu preso fuí,
y nunca más, ni más preso;
antes, señor, te confieso
que haciendo aquesto por ti,
cuanto tú hiciste por mí
lo pago con grande exceso.
LUIS. Si no es de tu condición,
no quiero yo que lo hagas,
ni por fuerza satisfagas,
don Juan, a tu obligación.
Es regla sin excepción
la amistad.
JUAN. Así es verdad.
Vete, que en esta amistad,
verás que después te admiras:
que traté a mi amor mentiras,
y traté a tu amor verdad.
LUIS. Con tu ocasión bien podré
ver cada día a Leonarda.
JUAN. En mí tendrás una guarda
de obligación y de fe.
LUIS. Pues adviértela que iré

(1) Así en la ed. de 1635, sin duda por errata. Hartzenbusch corrige, con acierto, "pasión".

diciendo que a verte voy.
JUAN. Tu preso, como antes, soy.
LUIS. Pues con esta confianza,
albricias de mi esperanza
a mis pensamientos doy.

(Vase.)

JUAN. Aquí puso fin mi dicha
a sus principios gloriosos.
LIMÓN. ¿Qué piensas hacer?
JUAN. Rendirme.
LIMÓN. ¿Rendirte?
JUAN. Y dejarlo todo.
¿Hay nube que se haya opuesto
a los reinos luminosos
del sol? ¿Hay fiera tormenta
que, faltándole tan poco
del puerto a dichosa nave,
haya sumergido en golfo?
¿Hay tempestad que al villano
le haya llevado en agosto
las espigas ya en los trillos,
las (1) haces en los rastrojos?
¿Hay agricultor que vea
llevar crecientes de arroyos
sus quietas flores y plantas,
como yo, con tanto enojo?
¡Ay, esperanza mía! ¡Ay, amor [loco!
En medio del favor, ausencias lloro.
LIMÓN. ¿Cómo ausencias?
JUAN. Hoy me parto.
LIMÓN. ¿Qué dices?
JUAN. Que ya es forzoso
vamos a Madrid, Limón.
LIMÓN. ¿A Madrid?
JUAN. Pues dime, ¿cómo
seré de don Luis tercero
con Leonarda, a quien adoro?
Pues serle traidor, advierte
cuánto desdice al decoro
de un hombre noble obligado.
Este es el remedio solo.
Voy a despedirme della.
LIMÓN. Pues entre tanto que pongo
las maletas, vaya.—¡Inés! (2),
¿que no te verán mis ojos?

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "*los*".
(2) Este verso y el anterior aparecen así en las primeras ediciones. Hartzenbusch los arregló del siguiente modo:

LIMÓN. Pues ve, entre tanto que pongo
las maletas.—Ay, Inés!

(Vanse. Salen LISENA *y* LEONARDA.*)*

LISENA. No os pongo en obligación;
de buena gana me quedo.
LEONARDA. Si vos me quitáis el miedo,
entenderé la ocasión.
LISENA. ¿Quién es aqueste don Juan?
LEONARDA. Un amigo de mi hermano,
caballero sevillano.
LISENA. El es discreto y galán.
En mi vida, juraré
que hombre tanto me agradó.
LEONARDA. ¿Y el muerto?
LISENA. Ya se olvidó
después que a don Juan hablé.
Leonarda, como los muertos
tienen la memoria fría,
los vivos andan de día
y con los ojos abiertos.
Si de sombra suelen ser,
por sombras no me gobierno,
que a la sombra, y en invierno,
no está bien una mujer.
¿Quieres saber qué es un muer- [to?
Mira un príncipe, y verás
que dél no se acuerdan más
que de un roble en un desierto.
Todos al que muere olvidan;
todos al que hereda van.
LEONARDA. ¿Y hereda acaso don Juan
a don Pedro?
LISENA. A que despidan
mis memorias su locura.
Este caballero ha hecho
el cabo de año en mi pecho:
hoy cubro su sepultura.
¡Ay, Leonarda, qué dichosa
fuera la mujer que fuera
su mujer!
LEONARDA. Desa manera,
tú serás, Lisena hermosa,
la dichosa con don Juan.
LISENA. ¿Quieres casarme con él?
Daréte una joya.
LEONARDA. ¿Con (1) él?
Por gentilhombre y galán,

(1) Así en la ed. de 1635; pero el verso resulta largo. Hartzenbusch lo corrige, con acierto, del siguiente modo:

LEONARDA. *En* él,
por gentilhombre y galán,
muchos han puesto los ojos.

muchas han puesto los ojos.
Pero no es buena elección
casar con lindos.

LISENA. No son
siempre ciertos los antojos.
Mate un hombre de buen talle
y no regale un grosero.

LEONARDA. Hablalle en tu gusto quiero;
mas ¿qué dote piensas dalle?

LISENA. Diez mil ducados.

LEONARDA. El viene;
retírate.

LISENA. ¡Ay Dios, Leonarda!
¡Si me casases!...

LEONARDA. Aguarda.

LISENA. ¡Qué lindo talle que tiene!

(Vase, y sale DON JUAN.)

JUAN. Dicha, aunque desdicha, ha sido
hallarte en esta ocasión.

LEONARDA. Dichas por desdichas son
las que por ti me han venido.

JUAN. La mía no puede ser
mayor.

LEONARDA. La mía es sin nombre.

JUAN. Vengo a hablarte por un hombre.

LEONARDA. Yo a ti, por una mujer.

JUAN. Don Luis me ha dicho, señora,
que yo te diga su pena.

LEONARDA. Y a mí me ha dicho Lisena
que te diga que te adora.

JUAN. Esto (1) por otro camino;
ya sabes la obligación
de sacarme de prisión.

LEONARDA. Ya con celos desatino.

JUAN. No los tengas, pues me voy.

LEONARDA. ¿Adónde?

JUAN. A Madrid.

LEONARDA. ¡Ay, triste!
Sólo a matarme veniste.

JUAN. Yo, Leonarda, el muerto soy,
pues no excuso la partida,
habiéndose declarado
un hombre que me ha obligado.

LEONARDA. Vete, y quítame la vida.

JUAN. Escucha mi historia,
hermosa Leonarda;
así tengas dicha
cuanta a mí me falta;
y verás por ella
en desdichas tantas,
que son los efetos
hijos de las causas.
Fué a Sevilla un mozo
de bizarra traza,
que en esta ciudad
tuvo su crianza.
Barcos de Sevilla
pasan a Triana,
porque da más gusto
la puente del agua.
En ellos un día
vió una hermosa dama,
mi hermana hasta entonces,
no después mi hermana.
Pero ¿quién dijera,
aunque (1) secas tablas,
que el agua de un río
tal fuego engendrara?
Parecióle bien;
díjole su casa;
viéronse mil veces,
que hay noche y ventanas.
Palabras de amantes
mucho viento gastan;
pásalas Amor
por moneda falsa,
y como es de noche,
y mujeres que hablan
se ciegan con ellos (2),
fácilmente pasan.
Dióla de ser suyo,
metióle una esclava;
basta que te diga
entre negra y blanca.
Estuvo en sus brazos
en tanto que el alba
en los de su esposo
dulcemente estaba.
Pero apenas hizo
sobre azul y nácar
a sus hebras de oro
peinador de plata,
cuando salió dellos,
y con alma ingrata,
se volvió a Toledo.
¡Qué famosa hazaña!

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch:

"Esto *es* por otro camino".

(1) En la ed. de Hartzenbusch:

"aunque *en* secas tablas".

(2) Idem: "ell*as*".

Riñeron un día
la esclava y mi hermana;
mujeres reñidas
publican las faltas.
Supe todo el caso;
salgo de mi casa,
con el nombre sólo,
a vengar mi infamia;
porque aqueste hidalgo
en Toledo amaba
a cierta Lisena.
Llamóle con cartas.
Llegaba al castillo
que entre peñas pardas
en el Tajo mira
sus almenas altas,
cuando veo dos hombres
con desnudas armas.
Bajo de la mula,
y cuando llegaba
para meter paz,
metióle la espada
(ya tú sabes quién)
al que yo buscaba,
porque este don Pedro
fué el dueño, Leonarda,
de la hazaña injusta
que infamó a Casandra.
Pero quiso Dios,
porque yo trataba
de darle la muerte,
aunque justa causa,
que pagase preso
lo que imaginaba,
porque en Dios son obras
intenciones malas.
Sacóme don Luis
con nobleza tanta,
que su obligación
me escribió en el alma.
Dice que te diga,
viéndome en tu casa,
que le quieras bien.
La respuesta aguarda.
Quiérele, mis ojos,
y mátame airada;
cumpliremos todos
lo que el tiempo manda.
Don Luis, con decirme
las obras pasadas,
que en tu posesión
ponga su esperanza;
tú, con escucharme
tan necia embajada,
y yo, con partirme
y dejarte el alma.

LEONARDA. Tente, ingrato, escucha;
un instante espera,
que un rayo que mata
aún aliento deja.
No hay veneno fuerte
que no se detenga
de la boca al pecho
en tanto que llega.
Pues, rayo y veneno,
detente siquiera
desde tus palabras
hasta mi inocencia.
Yo ni fuí a Sevilla
ni pasé la senda
que entre dos ciudades
hace dos riberas.
Barcos de Triana
jamás se me acuerda
que a mis pies mostrasen
entrambas arenas.
Ni he visto a tu hermana
en balcón ni reja,
ni engañé su gusto
con palabras tiernas.
Si le dije amores,
los míos no tengan
el fin que deseo,
si tú le deseas.
Si a matar veniste,
por cobrar tu deuda,
a don Pedro ingrato,
bien pagada queda.
Yo, que de ti estaba
sesenta y dos leguas,
¿qué culpa he tenido
que a matarle vengas?
Y si te prendieron
al punto que llegas,
por lo que otro hizo
y tú hacer quisieras,
¿díjete yo entonces
que entre aquellas peñas
dejases tu mula
para paz tan necia?
Y si Dios castiga
como si obras fueran
intenciones malas,
porque las penetra,
¿quieres tú que a Dios
la mano detenga

que a espantar coronas
envía cometas?
Tu prisión, ingrato,
no sin causa era:
que matar las almas
bien merece pena.
Pero, estando preso,
hacerme tu presa,
regalar tu cárcel,
visitarte en ella,
darte lo que sabes,
joyas y cadenas,
engañar las partes
por que no lo fueran,
¿merece que agora
con achaques vengas
para no cumplir
tan justas promesas?
Con ajeno amor
escaparte piensas,
que no tiene culpa
don Luis de Ribera.
Las obligaciones
de pagar te precias;
no pagues las mías,
paga las ajenas.
Don Luis, por el Duque
te ha sacado della
hablando a su padre,
que no es cosa nueva.
Yo, por ti, don Juan,
te di plata y prendas,
que son pies y manos
de las diligencias.
Entre tus papeles
(¡nunca yo los viera!)
vi los de una dama
que te escribe tierna.
Esta vas a ver;
por ésta me dejas;
que la adoras, falso,
los papeles muestran.
Si tanto la amabas,
más nobleza fuera
no haberme engañado
y estimarla a ella.
Dejar regalarte
no fuera bajeza;
y es llevarme el alma
traición manifiesta.
Plega a Dios, ingrato,
que nunca la veas,
o la veas casada,
si llegas a verla.
Sin saber a quién,
te amaba contenta;
pero no te amara
si yo lo supiera.
Irás muy glorioso;
dirásle que queda
una toledana
por ti sólo muerta.
Mas cuando se ría,
dile, si te acuerdas,
que si fué dichosa,
debe de ser fea.

(Sale LIMÓN, *de camino.)*

LIMÓN. ¿Habémonos de partir?
JUAN. ¿Está todo aparejado?
LIMÓN. Ya está.
JUAN. Yo soy desdichado;
pues partamos a morir.
Adiós, hermosa Leonarda.
LEONARDA. ¡Ay! ¡Tal crueldad!
JUAN. En mis ojos
vengó el amor tus enojos.

(Vase.)

LEONARDA. Espera, villano, aguarda.
LIMÓN. Fuése que no puede más:
llorando va.
LEONARDA. Y tú, traidor,
por sombra de tu señor,
que lamentándote estás,
sigue el sol, vete tras él,
pues se puso para mí.
LIMÓN. Señora, con él nací,
y así, me pongo con él.
Sabe Dios si me ha pesado
que don Luis diese ocasión
a la negra obligación
que en blanco nos ha dejado.
A Madrid vamos; advierte
en qué te puedo servir.
LEONARDA. Sólo en dejarme morir,
pues eres mi media muerte.

(Sale INÉS.)

INÉS. ¡Tu señor te está llamando,
y tú, muy despacio aquí!
LIMÓN. ¿Quiere ya partirse?
INÉS. Sí.
LIMÓN. ¿No me lo dices llorando?

INÉS. Soy dura de ojos.
LIMÓN. Adiós.
INÉS. ¿Así te vas?
LIMÓN. Pues ¿qué quieres?
Soy duro de lengua.
INÉS. ¿Infieres
que el apartarnos los dos
con aquesta brevedad,
nace de mi poco amor?
LIMÓN. Inés, hablando en rigor,
yo te tengo voluntad.
Vase don Juan, ¿qué he de ha- [cer?
INÉS. ¡A buen desierto: a Madrid!
LIMÓN. Ten más lástima.
INÉS. Decid
que os vais los dos a perder.
LIMÓN. Bien segura quedarás:
no hay mujer en él (1).
Adiós.
INÉS. ¡Partida crüel!
LIMÓN. ¿Lágrimas?
INÉS. No puedo más.
¿Qué me enviarás de Madrid?
LIMÓN. Un coche.

(Vase LIMÓN.)

INÉS. Y pues, ¡ah, señora!,
¿qué hemos de hacer agora?
LEONARDA. Pensamientos, advertid
que la vida me quitáis,
y que no os acabaréis,
que en el alma viviréis,
pues dentro en el alma estáis.
¡Ay, Inés!, yo soy perdida,
ya soy muerta.
INÉS. Ten prudencia.
LEONARDA. Es tan injusta la ausencia,
que me ha de acortar la vida.
Don Luis fué causa, esto es cier- [to;
él a quien es corresponde.

(Entra LISENA.)

LISENA. Pues, Leonarda, ¿qué responde
don Juan a mi casamiento?
LEONARDA. Que para verle partir
te pongas a la ventana,
que estará en Madrid mañana,
y le podrás escribir
tu pensamiento y la traza
con que os habéis de casar.
LISENA. ¿Que se fué?
LEONARDA. Por no esperar
cierto mal que le amenaza.
LISENA. Pésame que se haya ido
sin abrazarme siquiera.
¿No ha de volver?
LEONARDA. No se fuera
sin habérmelo advertido.
LISENA. Mal hiciste en no avisarme.
¿Dijo dónde ha de posar?
LEONARDA. Ya no tengo que esperar,
sino es en desesperarme.

(Entra DON LUIS *y* DIONÍS.)

LUIS. Pregunta si está don Juan
en casa.
DIONÍS. Aquí está Leonarda.
LUIS. Ventura he tenido; aguarda.
DIONÍS. Llega, que solas están.
LUIS. A ver a don Juan venía,
que después de la prisión
no le he visto, y es razón,
amistad y cortesía;
y sucedióme tan bien,
señora, que os hallo aquí.
LEONARDA. Halláisme fuera de mí.
INÉS. Loca estás; habla más bien.
LEONARDA. Lisena, danos lugar,
que tengo que hablar un poco
al señor don Luis.
LUIS. No es loco
mi amor, pues me quiere hablar.
LISENA. Procura hacer diligencia
para saber dónde posa
don Juan, que es terrible cosa
sin cartas sufrir ausencia.

(Vase.)

LEONARDA. Yo lo haré; vete con Dios.
LUIS. [*Ap.*] Leonarda muere por mí;
vencí su desdén, vencí.
Ya estamos solos los dos.
LEONARDA. ¿Podré hablaros?
LUIS. No hay aquí
de quién os podáis guardar.
LEONARDA. ¿Puédese un hombre quejar
si nunca le amaron?
LUIS. Sí.

(1) Así en la ed. de 1635; pero este verso resulta corto. Hartzenbusch lo completa del modo siguiente:

"no hay mujer *para mí* en él".

LEONARDA. ¿De qué?
LUIS. De no haberle amado.
LEONARDA. Y si a otro quería bien,
¿no era más justo el desdén
que el no traerle engañado?
LUIS. Sin duda.
LEONARDA. Pues, si yo quiero
un caballero, señor,
¿cómo he de tenerte amor?
LUIS. Si merece el caballero
querido más que el dejado,
ninguna culpa os darán.
LEONARDA. Yo quiero bien a don Juan.
LUIS. Bien os habéis disculpado.
LEONARDA. No os parezca libertad,
que ya está fuera de aquí,
por vuestra causa.
LUIS. ¿Por mí?
LEONARDA. Por guardar a la amistad
el decoro que es razón,
hoy a Madrid se ha partido:
que, obligado, no ha querido
ofender la obligación.
Con todo encarecimiento
me ha pedido que os amase,
que sirviese y que mirase
vuestro gran merecimiento.
Llorando, al fin, se partió,
por no estorbar vuestro gusto,
diciendo que era más justo
que dél me olvidase yo.
Y que no pudiendo ser,
estando siempre presente,
me daba lugar ausente:
que piensa que soy mujer.
Y aunque es verdad que lo soy,
ni soy de las que en ausencia
se mudan, que no en presencia
con menos firmeza estoy.
Yo le quiero, y es de suerte
que no le podré olvidar
por mudanza de lugar,
aunque me mude la muerte.
Y creedme que quisiera
quereros, que merecéis
que os quieran; pero bien veis
que libre mudanza fuera.
Si en vos no hubiera valor,
Ribera ilustre y Guzmán,
por mandármelo don Juan,
os tuviera eterno amor.
Y véngome a resolver,
pues no es justo deteneros,
que es imposible quereros
ni dejarle de querer.

(Vase.)

LUIS.

¿Hay tal resolución?

DIONÍS.

Bien comedida
te ha declarado aquí su pensamiento.

LUIS.

Si me hablara don Juan en su partida,
yo le excusara el justo atrevimiento;
pero en una esperanza tan perdida,
¿qué aguardo ya? ¿Qué espero, ni qué intento?
Iré a Madrid: hoy tengo de alcanzalle.

DIONÍS.

Señor, ¿qué dices?

LUIS.

Que quien sirve, calle.

(Vanse. Salen DON JUAN *y* LIMÓN, *de camino.)*

JUAN. El seso vengo perdiendo.
LIMÓN. Nunca otra cosa se pierda.
JUAN. Pues ¿qué mayor puede ser?
LIMÓN. Fácilmente se consuela
quien pierde lo que no tiene.
JUAN. Lo que no tengo, ¿qué fuera?
¡Ay, mi querida Leonarda!
LIMÓN. ¡Ay, mi Inés!
JUAN. ¿No se te acuerda
de aquellos hermosos ojos
y aquella boca de perlas?
LIMÓN. ¿Dónde habrá estado esta mula?
¿Dónde la tuvieron presa,
mientras los dos estuvimos,
que viene tan mal impuesta
que no hay quien en ella suba?
Sin duda fué cabestrera,
que anda hacia atrás.
JUAN. ¡Qué locuras!
LIMÓN. No le ha tocado la espuela,
cuando [ya] a un lado y al otro
hace extremadas floretas.
Pues si porfío, ¡mal año!,
cabriolas se le sueltan,
que entre el colisco y la silla
siempre hay cabe de paleta.

JUAN. ¡Quién llevara tus discursos
de aquí a Madrid!
LIMÓN. O está enferma
de tolanos, o ha sentido
de la posada la ausencia.
Viene tan contemplativa,
que la tuvo algún poeta,
o algún astrólogo destos
que llaman a las estrellas
caballos, peces, carneros,
toros, vacas, monas, perras,
y luego dicen que habrá
poco pan, muchas lentejas,
romadizo, mal de madre,
cámaras, dolor de muelas,
casamientos, guerras, muertes:
como si esto no lo hubiera
desde que Dios hizo el mundo.
JUAN. ¿En qué esfera, en qué planeta
pusiera la astrología
a Leonarda, si la viera
con tan divina hermosura
y con tan discreta lengua?
LIMÓN. En la esfera del Amor;
pero no, que él la pusiera
lejos de Madrid.
JUAN. ¿Por qué?
LIMÓN. No hay amor en Madrid; reina
en Madrid sólo interés,
novedad, galas, veletas,
comodidad, ¡qué sé yo!
JUAN. ¡Bueno voy desta manera
a despicarme a Madrid!
LIMÓN. Los que antes galanes eran
llevan de noche las caras
en celadas de bayetas
como capillas de frailes;
que el sereno es bien que teman
y no teman su salud
tantas mujeres sin ella.
JUAN. ¿Quién llega?
LIMÓN. No sé, por Dios;
luego que te vió, se apea.

(Salen DON LUIS *y* DIONÍS (1), *de camino.)*

LUIS. ¿Es don Juan?
JUAN. Señor, ¿qué es esto?
LUIS. Correr la posta y buscar
un ingrato, y en lugar
a satisfacción dispuesto.
JUAN. Fué forzoso salir presto;
no me pude despedir.
LUIS. Quien así se puede ir,
no diga que tiene amor.
JUAN. Quise excusar el dolor
entre el quedar y el partir.
LUIS. No hay disculpa.
JUAN. ¿No es disculpa
querer guardar el respeto
a la amistad?
LUIS. A un discreto
más la ingratitud le culpa.
JUAN. El ser noble me disculpa.
LUIS. No es nobleza el no creer
que otro la puede tener,
si el amigo se declara:
que es traición volver la cara
a quien no quiere ofender.
JUAN. Yo con temor la volví.
LUIS. Hombre que tiene temor
a su amigo, ya es traidor.
JUAN. Mas por no lo ser me fuí.
LUIS. Quien ha pensado de mí
que, sabiéndolo, no hiciera
lo que debo, y ser Ribera,
claro está que me agravió,
pues ser más noble pensó;
porque, si no, no se fuera.
Quien piensa mal del valor
de su amigo es enemigo:
que el amigo de su amigo
siempre piensa lo mejor.
Creer es tener amor;
no creer, tener recelo;
para amigo de buen celo,
fe y obras son menester,
que por obras y creer
nos da cuanto tiene el cielo.
Sin probarme no permito
que os intentéis ausentar,
porque es querer castigar
antes de hacer el delito.
Yo, a mi valor me remito,
que, declarados los dos,
lo que hiciera sabe Dios;
pero en iros presumí
que no hiciérades por mí
lo que yo hiciera por vos.
Obligar teniendo en menos
no es amor: es presunción;
el tener satisfacción
es de pechos de honra llenos.
Quien juzga mal los ajenos,

(1) En la ed. de 1635, "DIONISIO".

no diga que hace amistad.
Volvamos a la ciudad,
que preso quiero llevaros,
y, donde os prendí, mostraros
lo que puede mi lealtad.

JUAN. Ribera ilustre, por quien
tiene España honor igual,
¿para qué tratáis tan mal
a quien os quiere tan bien?
Porque mejor el desdén
de una mujer se ablandase,
quiso Amor que me ausentase,
y no por imaginar
que Alejandro supo dar
lo que un Ribera negase.
Antes, seguro de quien
tiene tan alto valor,
no quise ser el pintor,
por no quitaros el bien.
Y porque, ausente, también,
diera a Leonarda lugar
para que os pudiera amar,
lo que presente no hiciera;
que, puesto que sois Ribera,
no lo fuistes de aquel mar.
No pensé que fuera culpa
dejaros mi posesión,
porque, con buena intención,
tienen los yerros disculpa.
Si daros lugar me culpa,
adverti[d] que es gran castigo
decir que sois mi enemigo;
porque no es justo querer,
por daros una mujer,
quitarme el mayor amigo.

LUIS. Gusto que disculpa os den
los intentos que tuvistes;
como la esperanza fuistes:
que mata por hacer bien.
Yo no quiero que me den
lo que me pueden pedir.

JUAN. No sé qué decir: sufrir
será fuerza.

LUIS. Puede ser
que quien no ha dejado hacer,
aun no tenga qué decir.

JUAN. Corrido, señor, estoy;
¿a mi amor dais este pago?

LUIS. Por esta cruz de Santiago,
que habéis de saber quién soy.
Venid preso.

JUAN. Preso voy.

LIMÓN. ¿Presos vamos?

JUAN. ¿No lo ves?
Ni aun sé lo que hará después.

LIMÓN. Yo me huelgo...

JUAN. Disimula.

[LIMÓN.] Por vengarme de la mula
y volver a ver a Inés.

(Vanse. Salen DON FERNANDO, LEONARDA *y* LISENA.)

FERNANDO. Irse don Juan sin hablarme,
no fué sin causa.

LEONARDA. Yo creo
que le han obligado cartas
de Madrid, que tiene un pleito.

FERNANDO. ¿Qué cartas o pleitos pueden
dar tal prisa a un hombre cuerdo,
para ser huésped ingrato?

LISENA. No era cuerdo, sino necio,
hombre que sin despedirse
ni dar cuenta, por lo menos,
de su partida a su amigo,
se fué con tanto desprecio.

LEONARDA. Hablas, Lisena, picada.

LISENA. ¿Yo?, ¿de qué?

LEONARDA. Basta; yo creo
que si te amara don Juan,
le alabaras de discreto.

FERNANDO. En tus razones, Leonarda,
que tienen algo de celos,
y en irse don Juan sin verme,
que entre amigos fué mal hecho,
como (1) veo la ocasión,
aunque la ocasión no entiendo;
que los pleitos de Madrid...

LEONARDA. ¿Qué sospechas?

FERNANDO. ¿Qué sospecho?
Que tu disgusto no ha sido
sin causa.

LEONARDA. ¿Qué culpa tengo
de haber estimado un hombre,
a quien, tan poco discreto,
me hiciste escribir papeles?

FERNANDO. ¡Papeles, y no requiebros!

LEONARDA. Fernando, si se dan cartas
dos personas, está cierto
que han de jugar.

FERNANDO. ¿Cómo qué?

LEONARDA. Yo hablo con presupuesto
de unos amores honrados:
que sólo se entiende el juego
para tirar voluntades

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "clara".

al resto del casamiento.
No creas que a dos papeles
hay mujer ni hombre tan cuerdo
que no pasen a las veras
desde las burlas.

FERNANDO. Bien creo
que tuve culpa: engañéme
en alabarle.

LEONARDA. Está cierto,
Fernando, que quien alaba
es disfrazado tercero.

LISENA. ¿Y tú tratabas amores
con don Juan, y en este tiempo
mi casamiento tratabas?
¡Buena amistad!

FERNANDO. ¿Cómo es eso?

LISENA. No es nada; ya se pasó.

FERNANDO. Tan agraviado me veo,
que no sé de quién quejarme,
pues si a mi hermana me vuelvo,
dice que quiere a don Juan
y que yo la culpa tengo,
y si a Lisena, del mismo
a Leonarda pide celos.
Mal me va de honor y amor.

LISENA. Fernando, muerto don Pedro,
pensé casarme.

FERNANDO. Lo mismo
puedes hacer, don Juan muerto.

LISENA. ¿Muerto don Juan?

FERNANDO. Si está ausente,
¿qué tiene más?

LUIS. Entrad dentro.

(Salen DON JUAN, DON LUIS, LIMÓN *y* DIONÍS.)

JUAN. ¿Aquí me traes, señor?

INÉS. Don Luis
y don Juan.

FERNANDO. ¿Qué es esto?

LUIS. Leonarda, aquí te quejaste
de mi amor, que, siendo honesto,
pidió a don Juan obligase
a menos desdén tu pecho,
y que por esta ocasión
salió de Toledo huyendo,
por dejarme libre el campo
o, por ventura, de celos.
A los tres ha sido ingrato:
a Fernando, pues ha hecho
agravio a un huésped tan noble;
a mí, pues pudo, diciendo
que te amaba, imaginar
que cediera mi derecho
en quien tú amabas, y a ti,
pues pagó con tal desprecio
lo que te debe. Yo, airado,
partí de Toledo, haciendo
juramento de volverle
a la prisión que le he vuelto.
Y pues ya todos sabéis
que es prisión el casamiento
que sola la muerte rompe,
contigo le dejo preso.
Entre sus manos, don Juan,
haz pleito homenaje luego,
que tendrás cárcel segura;
y tú, de tenerle a (1) tiempo,
que gozándoos muchos años
fuere voluntad del cielo.

JUAN. Yo le hago en vuestras manos,
señor, y las vuestras beso.

LEONARDA. Por esta famosa hazaña
seréis Alejandro nuevo.

LUIS. Fernando, sé tú el alcaide:
estos dos presos te entrego.

FERNANDO. ¿Y si hay otros dos?

LUIS. También.

FERNANDO. ¿Quieres, Lisena?

LISENA. El deseo,
aunque burlado, agradece
la dicha de mereceros.

LIMÓN. Esperen, que hay otros dos:
que andan estos casamientos
a pares como perdices.

LUIS. ¿Quién son?

LIMÓN. Di si quieres.

INÉS. Quiero.

LIMÓN. Mas que nunca lo dijeras.

INÉS. ¿Y la mula?

LIMÓN. Con un necio
la casaremos también,
suplicando a los discretos...

LUIS. No lo digas, pues lo son;
que tan divinos ingenios
perdonarán nuestras faltas,
para que alegre fin demos
a *Amar sin saber a quién,*
que a quien servimos sabemos.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE
"AMAR SIN SABER A QUIÉN".

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "el".

COMEDIA FAMOSA

DE

EL AMIGO HASTA LA MUERTE

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

FEDERICO.
JULIA.
LEONOR.
LIRANZO.
DON SANCHO.
DOÑA (1) ANGELA.
DON BERNARDO.
CAMILO.
OCTAVIO.
GUZMÁN.
FELISARDO.
RIBERA.
RICARDO.
ARLAJA, *mora*.
JACIMÍN, *criado*.
FLORISÁN, *idem*.
RODRIGO, *idem*.
EL DUQUE DE MEDINA.
UN ALCAIDE.
DOS ESCRIBANOS.
UN TINIENTE.
UN ALGUACIL.

ACTO PRIMERO

(Salen FEDERICO, *de camino, con* LIRANZO, *criado, y* JULIA, *dama, tapada, con* LEONOR.)

JULIA. Mirad que es descortesía.
FEDERICO. No debo yo de saber
sus leyes.
JULIA. Id a aprender,
pues la enseñan cada día.
FEDERICO. ¿Dónde?
JULIA. A la Corte.
FEDERICO. No voy,
aunque me veis de camino,
a la Corte.
JULIA. Es desatino
seguirme y saber quién soy;
y poca prisa lleváis,
pues os ocupáis en esto.
FEDERICO. Yo estoy a veros dispuesto.
JULIA. Antes indispuesto estáis.
FEDERICO. ¿De qué?
JULIA. De necio.
FEDERICO. ¡Oh (2), qué bien!
JULIA. No hay mayor enfermedad.
FEDERICO. Pegado se os ha, en verdad,
que lo parecéis también.
JULIA. Si necia os he parecido,
¿qué es lo que queréis de mí?
FEDERICO. Veros hermosa.
JULIA. Nací
fea.
FEDERICO. Dadme rostro, os pido; [llano
que, pues sois necia (1), es muy
que habéis de ser muy hermosa.
JULIA. No he visto, Leonor, tal cosa.
LEONOR. Quedito, tened la mano;
¡qué atezado majadero!
JULIA. El está, en la discreción,
de camino.
LEONOR. Y postas son,
según camina ligero.
¡Oh tú!, cualquiera que seas,
que más sabrás que tu dueño,
puesto que fueses un leño:
pues somos necias y feas,
lleva esta bestia de aquí.
LIRANZO. Esas vamos a buscar;
y si aquí las vino a hallar,
concierta alquiler por mí,
que a Cádiz nos vamos luego.

---

(1) En la ed. de la *Onzena Parte* (Barcelona, 1618), siempre "don".
(2) Idem, se omite esta interjección.

(1) En la ed. de Hartzenbusch *(Bibl. de Autores Españoles,* t. 52): "que pues necia sois, es llano".

LEONOR. Aunque se vayan a pie,
irán en bestias, a fe.
FEDERICO. Corred la cortina, os ruego.

(Descúbrese.)

JULIA. Pues estáis tan porfiado,
Federico, Julia soy.
FEDERICO. Pues por esa duda estoy
tan necio y determinado.
Perdonad, si enfado [os] di,
irritado de mi amor;
que no ha sido mucho error,
pues por cansaros os vi.
No os esquivéis, pues sabéis
la verdad con que os adoro.
JULIA. Guardad mejor el decoro
a un hermano que tenéis;
pues no ignoráis que me quiere
y que no le miro mal.
FEDERICO. Donde hay competencia igual,
que venza el que más pudiere.
¿Qué calidad, qué riqueza
tiene, mientras no heredó,
don Bernardo más que yo?
JULIA. Mi amor y su gentileza;
pues queréis que me declare.
FEDERICO. ¡Ea!, que es eso crueldad,
y no ha de haber voluntad
que tantos golpes repare.
Servíos, pues aquí estáis,
y a Cádiz, Julia, me voy;
de que en prendas de que soy
vuestro, aunque vos lo negáis,
toméis de esta platería
joya o cadena, y cadena,
si del amor fuera buena,
yo os presentara la mía.
¡Ea!, llegad; que allí veo
arracadas de diamantes:
trocádmelas a esos guantes.
JULIA. Irme y dejaros deseo;
yo no he de tomar de vos,
ni de nadie, cosa alguna.
Tened la mano importuna;
dejadme pasar, por Dios,
no me vean de mi casa.
FEDERICO. Sin dar prenda no os iréis.
JULIA. ¿Prenda? ¿Qué prenda queréis?
FEDERICO. Aunque en dar sois tan escasa,
me habéis de dar una mano.
JULIA. Federico, yo os la diera
como ya no la tuviera
don Bernardo, vuestro hermano.
FEDERICO. ¿Hay palabras semejantes?
JULIA. A ser cuñada me ofrezco.
FEDERICO. Pues las manos no merezco,
dadme siquiera los guantes.
JULIA. Tomad, y dejadme ir.
Ven, Leonor.
LEONOR. No has hecho poco.

(Váyanse las dos.)

LIRANZO. Triste quedas.
FEDERICO. Triste y loco;
no la puedo persuadir.
Pídole manos que adoro,
y con los guantes se escapa,
como quien deja la capa
sobre la furia del toro.
Ya de mi hermano se nombra;
y aunque más la importuné,
cuando estar al sol pensé,
me vengo a hallar a la sombra.
Sombras de las manos son
los guantes que me ha dejado.
LIRANZO. Con las fundas te ha pagado:
no tuvo Julia razón;
pero toma buen consejo,
que pues por piedra te tiene,
hoy como culebra viene
a dejar en ti el pellejo.
¿Hay muda? ¿Huele a cabrito?
¿Era almáciga y limón?
FEDERICO. De flores del cielo son.
LIRANZO. ¿Quién desde allá te lo ha escrito?
Mas ¿que hay lirio y hiel de va-[ca?
Ya me ha dado el olorcillo
del almendra y vinagrillo.
FEDERICO. ¿Nunca has visto, cuando saca
del botón verde la rosa,
aquel parto de rubíes,
y en los ojos carmesíes
perlas llora el alma (1) hermosa?
Pues ella las hojas lleva,
y el botón lleno de olor
me deja, porque el licor,
como abeja, el alma beba.
LIRANZO. Si dijeras azucenas,
fueran blancas y alcorzadas;
pero manos coloradas,
¿para qué pueden ser buenas?

(1) Así en la ed. de 1618. Hartzenbusch corrige "alba".

FEDERICO. Deja donaires y advierte
que me voy, y que he topado
mi muerte.

LIRANZO. Huir con cuidado,
pues conoces que es tu muerte.

FEDERICO. En volviendo de esta ausencia,
a mi padre Felisardo
pongo mal con don Bernardo.

LIRANZO. Amas con poca prudencia.

FEDERICO. Si le digo que pretende
casarse sin gusto suyo,
con sus intentos concluyo,
y Julia en mi amor se enciende,
porque le ha de echar de aquí.

LIRANZO. No dudes que si lo sabe
mi señor, que no se alabe
de que se burla de ti.
Echarále de Sevilla
a la Corte, y aun sospecho
que a Italia.

FEDERICO. Estoy satisfecho
de que volviendo a servilla,
en ausencia de mi hermano,
Julia me ha de querer bien;
lo que es guantes y desdén,
allí será amor y mano.
Ven, que tú me ayudarás
a que le echemos de aquí.

LIRANZO. Por Leonor me huelgo.

FEDERICO. En mí
favor, Liranzo, tendrás.
¡Oh guantes, aunque livianos,
hoy me dice mi ventura
que os tengo como escritura
con que he de cobrar las manos!

(Vanse, y salgan DOÑA ANGELA *y* GUZMÁN.)

ANGELA. Pues me declaro contigo,
dame ayuda y no consejo.

GUZMÁN. Es de don Bernardo espejo;
don Sancho es único amigo,
y siendo como es tu hermano
don Bernardo, no sé yo
si espera menos que un "no"
tu pensamiento liviano.
Don Sancho no ha de querer
quererte.

ANGELA. ¿Por qué, Guzmán?

GUZMÁN. Porque los dos no querrán
tanto amor descomponer.

ANGELA. ¿Halo de saber mi hermano?

GUZMÁN. Amor dicen que es tocino,
que se asa aquí, y el vecino
lo huele como en la mano.
Pensarás que no te ven,
cuando por cualquiera parte
se cansen de murmurarte.

ANGELA. Si quiero a don Sancho bien,
mi hermano tuvo la culpa.

GUZMÁN. ¿Cómo?

ANGELA. Trayéndole aquí:
que por él le hablé y le vi.

GUZMÁN. No me parece disculpa.

ANGELA. Porque si jamás Bernardo
habla o trata, como ves,
sino que don Sancho es
galán, valiente, gallardo,
limpio, airoso y generoso;
si cuenta de noche y día
sus gracias, que esté en la mía
no es caso tan milagroso.
Reportárase en traelle,
acortara en alaballe,
y no me enseñara a amalle
ni diera ocasión de velle.
Yo estoy ya determinada.

GUZMÁN. Determinada y mujer,
no hay más de decir a hacer
que el golpe, y cortar la espada.
Pero mira que vendrán
por ti, tan grandes amigos,
a mayores enemigos,
y que, en fin, se matarán.

ANGELA. Maten; yo no puedo más:
a don Sancho he de querer.

GUZMÁN. Resolución de mujer,
tudesco sin paso atrás.
Ahora bien: ¿qué haré por ti?

ANGELA. Que le des este papel.

GUZMÁN. ¿Qué es lo que dices en él?

ANGELA. Todo cuanto pasa en mí.

GUZMÁN. ¿Que reportar no te puedes?

ANGELA. Guzmán, todo lo he probado;
bien saben lo que he pasado
algunas cuatro paredes.
Esfuérzome a no le ver,
escóndome hasta de mí:
tráele mi hermano aquí,
oígole hablar, ¿qué he de hacer?

GUZMÁN. Quererle, pues que te dan
barro a la mano, hasta hacer
un cántaro en que traer
la mocedad del Jordán.
¡Pardiez!, tú estás disculpada,
y yo no mal inclinado

a alcahuete, oficio honrado
y de gente bien hablada.
Cierto que había de haber,
con salario y mucho honor,
sus corredores de Amor
para llevar y traer.
¿No los hay para mohatras,
cambios, censos, ropas, joyas?
Pues haya un griego en mil Troyas
para un hombre que idolatras.
¡Válate Dios por oficio!
¿Que no tenga estimación,
tratando de paz y unión,
que es un discreto ejercicio?
No puso la antigüedad
a Venus por el tercero
planeta sin causa. Hoy quiero
serlo de vuestra amistad.
¡Cuántas puertas desquiciadas,
por este discreto oficio
hallan su centro y su quicio
y se mueven concertadas!
La plata el azogue liga;
perficiona el solimán
el oro; las aves van
adonde canta la amiga.
Y advierte, porque lo cuentes,
que dijo cierto oficial
que era alcahueta la sal,
entre la carne y los dientes.
El llamar a una tercera
cobertera es calza en polla;
porque no puede una olla
cocerse sin cobertera.
La bellaca o bellacón
que a una casada se arrima,
y al honor, que tanto estima,
quiere quitar la opinión,
dalle cien priscos detrás;
mas ¿cosa (1) de casamiento?
Piadoso entretenimiento,
y para mí, mucho más.
Dame el papel, que yo haré
que hoy don Sancho le reciba.

ANGELA. ¿Don Bernardo sube (2) arriba,
si viene con él?

GUZMÁN. No sé.

ANGELA. No quiero en duda esperar.
Tus manos tienen mi honor.

GUZMÁN. Las tuyas, dirás mejor;
y que se puede quebrar
por doncellas, en sus casas,
que es ganado harto prolijo
del honor. Un sabio dijo
que era barro con dos asas.
Aunque una doncella pueda
tener un asa, es el peso
tal, que se quiebra por eso,
y con el asa se queda;
mas cuando le dan esposo
y está el barro entre los dos,
está firme; y aun, por Dios,
que aun así está peligroso:
que hay bocas que, por proballe,
suelen llegar a beber
por donde asió la mujer,
que es tanto como quebralle.
Y aun decir pienso que oí
que hay quien el barro teniendo
deja estar otro bebiendo;
pero nunca lo creí.

ANGELA. Curiosa imaginación;
mas don Sancho viene.

GUZMÁN. ¡Vete!
que oficios del alcahuete
para las ausencias son.

(*Váyase* DOÑA ANGELA. *Salen* DON SANCHO, *con borceguíes y acicates, capa y gorra, y* DON BERNARDO.)

BERNARDO. ¿Corrió bien?

SANCHO. Por todo extremo.

BERNARDO. ¿Hay tal partir y parar?

SANCHO. El partir puede igualar
el viento, y aun esto temo
en el parar, con tan brava
furia, gala y bizarría;
un tahur me parecía,
según de golpe paraba.

BERNARDO. ¡Qué correr atropellado!

SANCHO. En el arena que ves,
parece que con los pies
iba escribiendo tirado;
y aun, si lo miran, verán
que en las letras que escribía,
por más ligero, decía:
¡Vitor del viento Guzmán!

BERNARDO. Bien dices; que el retular
lo pone, aunque disimula,
el mismo que se retula
o a quien se lo va a rogar.
Y así Guzmanillo fué,
que él mismo se retuló.

(1) En la ed. de 1618 (Barcelona), "caso".
(2) Idem, "suba".

SANCHO. Era animal, que hombre no.
[GUZMÁN.] Basta; que historia se ve
la fábula del caballo
de Alejandro, que tenía
manos de hombre, si escribía,
como acabáis de contallo.
Pero, decid, ¿qué razón
hay para llamar Guzmán
un caballo?
BERNARDO. (1) Este le dan
por el dueño.
GUZMÁN. ¡Qué invención!
BERNARDO. ¿Por qué te llaman a ti
Guzmán, sin ser de Toral,
ni del Algaba, o real,
como el de Medina, di?
GUZMÁN. Porque soy hombre, que basta,
y tengo de un santo el nombre;
pero si el nombre de un hombre
dais a un caballo de casta,
debe de ser porque ya
hay hombres también caballos,
y por no diferenciallos
nombre de hombre se les da.
Pero, dejando esto aparte,
¿tan bien (2) corrió Guzmanillo?
SANCHO. Aun aquí me maravillo
de la manera que parte.
No le dieron yerba o malva
las dehesas gamenosas
de Córdoba, sino rosas
como a los que corre el alba.
¡Qué alentado, qué galán!
BERNARDO. No le alabéis: vuestro es.
SANCHO. ¿Mío?
BERNARDO. Sí.
SANCHO. Bésoos los pies.
[BERNAR.] Llévale luego, Guzmán,
mientras a mi padre veo;
y vos esperadme aquí.

[*Váyase* DON BERNARDO.]

SANCHO. Dios os guarde.
GUZMÁN. No entendí
vuestra dicha, y hoy la creo.
Poned al ser pobre tregua,
pues que ya tan rico os hallo,
que mi amo os da un caballo
y que yo os traigo una yegua.

(1) En la ed. de 1618 (Barcelona): "*San*[*cho*]."
(2) Idem, "también".

Y porque no soy amigo
de preámbulos ni ambages,
y andan por aquí los pajes,
que sois venturoso os digo;
pues es aqueste papel
de doña Angela, su hermana
de vuestro amigo, en (1) que allana
todo cuanto vale en él.
Leed, y pagad el porte,
que no viene en la cubierta,
porque ésa es cifra encubierta
a entendimientos de Corte.
¿Qué miráis? ¿En qué pensáis?
SANCHO. Doña Angela a mí, ¿por qué?
GUZMÁN. Porque os ama, y yo lo sé;
mas no sé si vos la amáis.
SANCHO. Como a hermana de mi amigo,
honestamente la quiero.
GUZMÁN. Leed el papel, que espero
que os holguéis.
SANCHO. ¿Pruebas conmigo?
GUZMÁN. Yo soy Guzmán; tan leal
quedo, que es borrachería (2).
Vos hacéis la jerarquía
de doña Angela infernal
con tormentos que le ha dado
estos días vuestro amor.
Casaros no es ser traidor:
vos sois caballero honrado,
pero pobre sumamente.
Felisardo es un indiano,
que treinta mil antemano
haré (3) que del dote os cuente.
Remediaos, ¡cuerpo de tal!;
no os andéis a ser fiel;
que os quedaréis moscatel,
si pasa este vendaval.
SANCHO. ¿Quieres no ser majadero?
¿quiéresme dejar?
GUZMÁN. No es
estilo noble y cortés
no ver el papel primero.
SANCHO. De verle, yo le veré.
GUZMÁN. Y responder, ¿por qué no?
SANCHO. Pues, majadero...

(1) En la ed. de Hartzenbusch se omite esta preposición.
(2) En íd., este verso se altera así:

"que queda en borrachería".

(3) Así en la ed. de 1618 y en la de Hartzenbusch; pero parece que debiera decir "*hará*".

GUZMÁN. Tú y yo.
SANCHO. Yo, dirás tú que seré.
GUZMÁN. Pues llamen un alarife
que entienda de majaderos,
o cautiva sin Gaiferos,
que con sus docenas rife (1);
y si no dice que tú,
que me corten por aquí.
Si ésta ganó para ti
un millón en el Pirú,
¿no es perdello necedad?
SANCHO. Don Bernardo es éste.
GUZMÁN. Callo.

(Sale DON BERNARDO.)

BERNARDO ¿Aún no has llevado el caballo?
GUZMÁN. Quiere, por más gravedad,
llevarle su mismo dueño,
pues que de jinete está.
SANCHO. ¿Vino vuestro padre ya?
BERNARDO. Ya le está llamando el sueño.
SANCHO. Yo tengo que preguntaros...
BERNARDO. Apartaos conmigo aquí.
aunque éste calla.
SANCHO. Es ansí;
pero aquí me importa hablaros:
Don Bernardo, si un hombre, y hombre noble,
tuviese un grande amigo, ¿sería justo
que le encubriese algún secreto?

BERNARDO.

¿Cómo?
No sólo amigo entonces le llamara,
pero enemigo, y más que mi enemigo,
pues lo es mayor quien es fingido amigo.

SANCHO.

¿Quien tuviese un amigo verdadero,
podía honestamente con la hermana
de este amigo tratar amores?

BERNARDO.

Pienso
que está la duda en el "honestamente";
y no sé si os responda de improviso.
Dejádmelo pensar.

SANCHO.

¡Qué bien le aviso!

(1) Hartzenbusch corrigió este verso y el anterior, del modo siguiente:

"o que avisen a Gaiferos
cuando sus docenas rife".

BERNARDO. [*Aparte.*]

(Basta, que al buen don Sancho le ha pasado
por el entendimiento, honestamente,
decir amores a mi rica hermana,
y no se atreve sin licencia mía.
¡Extraño modo de pedir licencia!
Pues yo le quiero tanto, y le deseo
tanto bien, que sabiendo que es tan pobre,
con esto me holgaría remedialle,
y que nuestra amistad con parentesco
quedase confirmada para siempre.)
Yo he pensado bien (1) en la pregunta
que me habéis hecho aquí, y hallo que puede
lícitamente amar un hombre noble
la hermana de su amigo honestamente,
como casarse, y no otra cosa, intente.

SANCHO.

Quedaos con Dios, que voy a dar respuesta
a quien me puso aquesta duda; dadme
por un momento al buen Guzmán.

BERNARDO.

Que vaya
a serviros, y yo.

SANCHO.

¡Teneos, teneos!;
que aquí ni hay cumplimientos ni era justo.

BERNARDO.

Siempre obedezco humilde vuestro gusto (2).

(Váyanse DON SANCHO *y* GUZMÁN.)

Santísima amistad, cuando contemplo
los altos bienes que de ti resultan,
pues aun las mismas almas no se ocultan,
deseo ser imagen de tu templo.
Cuando miro de algunos el ejemplo,
donde ningún peligro dificultan,
para ver si las almas se consultan,
dos instrumentos unisones tiemplo.
El bien humano todo se confunde
sin la amistad, porque de muertas calmas
no hay vivo efecto que al vivir redunde.
De cuantas cosas hoy (3) pretenden palmas,

(1) Así en la ed. de 1618; en la de Hartzenbusch:
"Don Sancho, yo he pensado en la pregunta".
(2) En la ed. de Barcelona (1618): "Siempre obedezco con humilde gusto".
(3) Idem, "hay".

el alma es lo mejor que el cielo infunde,
y el amistad es alma de las almas.

(Sale Doña Angela.)

Angela. ¿Ha mucho que estás aquí?
Bernardo. ¡Oh mi doña Angela, a quien
deseando estaba el bien
que pudiera para mí!
¿Cómo va? ¿Qué haces ansí,
tan descuidada de verte
en alguna buena suerte,
que cada vez que te veo
me pesa que mi deseo
no pueda más que quererte?
¿Qué trata de casamiento
nuestro padre? ¿Qué imagina?
¿A qué persona se inclina?
¿Riqueza, o merecimiento?
Yo procuro tu contento.
Más te quisiera casada
con un pobre, si te agrada,
que con rico a tu disgusto;
porque en igualdad del gusto,
toda la riqueza es nada.
La que, como tú, ya tiene
hacienda con qué pasar,
¿por qué ha de comprar pesar
donde más placer conviene?
Pienso que ya el novio viene
que mi padre concertaba;
para mí, seguro estaba
que mi voto no tuviera,
aunque más rico estuviera
que el que las Indias compraba.
En fin, ¿qué resolución
para casarte ha tomado?
Angela. Los deseos de mi estado,
de padre, Bernardo, son;
pero los de tu afición,
de padre, hermano y amigo;
y por eso más me obligo
que al de mi padre, a tu amor,
porque de amigo es mayor,
y ansí descanso contigo.
Acábame de decir
(y bien digo que me acaba,
pues con lo que me mandaba
es imposible vivir)
que acaba de recebir
dos cartas de un caballero
o mercader extranjero,
que compra mi libertad;
mas dice mi voluntad
que me ha de matar primero.
Es rico y no es a mi gusto,
y sin gusto no hay riqueza,
porque la naturaleza
se contenta con lo justo;
y confirma mi disgusto
que hoy me dice que le espera.
Bernardo. Mal mi padre considera
el peligro a que te pone;
no me diga que le abone
la experiencia con la edad,
que hacienda sin calidad
mucho el valor descompone.
Lo que a ti bien te estuviera
era un noble caballero,
a quien diera su dinero
y él su calidad le diera;
que, cuando muy pobre fuera,
fuera muy rico a tu gusto;
que casarte a tu disgusto
con ese rico extranjero,
es venderte por dinero,
y no por el precio justo.
Un hombre, al parecer mío,
como don Sancho, era bueno;
de tantas virtudes lleno
y de tan gallardo brío,
cuya nobleza te fío
como quien tan bien la sabe;
blando, apacible, süave,
cuerdo, discreto, animoso,
entre humildes, amoroso,
y con los soberbios, grave.
¿Hoy no le viste llegar
en mi alazán a esta calle?
¿No puede sólo aquel talle
toda nuestra casa honrar?
Angela, si has de buscar
con los ojos un marido,
de aqueste molde te pido
que le saques, porque siento
que no hay rico sin contento,
ni pobre si le ha tenido.
Angela. Hablas como hombre discreto;
vences en tu mocedad
a la experiencia, y la edad
de quien caduca en efeto;
y desde aquí te prometo
de no casarme en mi vida,
si no fuera a la medida
de don Sancho la elección,
que el dinero no es razón

que con las almas se mida.
Yo le (1) buscaré de modo,
aconsejada contigo,
que a ese don Sancho, tu amigo,
venga a parecerse en todo;
porque yo más me acomodo
a nobleza que a riqueza.
La bien nacida pobreza
hacienda puede buscar;
mas no la hacienda comprar
la verdad de la nobleza.
Con esto te queda aquí,
y a mi padre le diré
que sin dineros me dé,
pues que con ellos nací;
y está seguro de mí
que no me meta en abismo
de tan ciego barbarismo,
si el marido que me ofrece
a don Sancho no parece
como si fuese lo mismo.

(Váyase DOÑA ANGELA.)

BERNARDO. No presumo que he tocado,
aunque con mano veloz,
instrumento que a mi voz
no estuviese acomodado.
La respuesta que me ha dado
me ha dado bien a entender
que algo debe de saber
del intento de mi amigo;
pero el que yo en esto sigo
es dársela por mujer.

(Sale GUZMÁN.)

GUZMÁN.

Lleno de pena vengo, por la ausencia
de don Sancho, tu amigo.

BERNARDO.

¿Vienes loco?

GUZMÁN.

¿Loco? ¡Si se ha partido en mi presencia!

BERNARDO.

Para pensarlo, aún era el tiempo poco.
¡Sin darme parte, sin pedir licencia!

(1) En la edición de Barcelona (1618), "la".

Guzmán, a justas quejas me provoco
contra don Sancho.

GUZMÁN.

Este papel me ha dado.

BERNARDO.

Por abrir con enojo, le he rasgado.

(Lea:)

"A mí me fué forzoso, hermano mío,
para partirme desde allí a Lisboa,
irme luego a Sanlúcar por el río."
Dichoso quien de amigo fiel se loa;
¿hay tal locura?, ¿hay tanto desvarío?
¿Que se partió Guzmán?

GUZMÁN.

Sentado en proa
le ví salir de la arenosa orilla,
mirando con suspiros a Sevilla,
en tanto que la quilla le desagua
el arráez al barco, intento medios
hasta que van los remos por el agua,
ya haciendo enteros círculos, ya medios.
Como parte veloz india piragua,
de la Torre del Oro a los Remedios
pasó el barquillo, convertido en flecha,
dejándome por arco la sospecha.
No te diré de lo que fué; prosigue
en tu papel.

(Lee BERNARDO:)

"Desde Lisboa, hermano,
os diré la ocasión, porque os obligue
a disculparme."

BERNARDO.

Ya lo intenta en vano.
¿Disculpa puede haber con que mitigue
tu grande agravio en un amor tan llano?
Guzmán, di la verdad de lo que es esto.

GUZMÁN.

¿Yo?

BERNARDO.

Tú, villano.

GUZMÁN.

En confusión me has puesto.

BERNARDO.

¡Vive Dios, que esta daga te sepulte

dos mil veces por ese infame pecho,
sin que ningún peligro dificulte!

GUZMÁN.

En verdad que el jarabe es de provecho.
Señor, aunque disgusto te resulte,
no lo que sé, diré lo que sospecho.

BERNARDO.

Di la verdad, aunque mil vidas cueste.

GUZMÁN.

¡Todo me rompes!

BERNARDO.

¿Qué papel es éste?

GUZMÁN.

Hasme roto de suerte todo el pecho,
que el secreto, señor, se me ha caído.
Sabe que a mí me dió un papel tu hermana
para don Sancho; yo, inocentemente,
se le di, porque soy muy inocente.

BERNARDO.

Si te viera, Guzmán, el rey Herodes,
no anduvieras agora con papeles,
porque eres inocente como dices.

GUZMÁN.

Diómele por engaño mi señora.
Don Sancho, apenas vió lo que decía
cuando los borceguíes cordobeses
trocó en flamencas botas, y las galas
en un vestido pardo de camino;
y escribiendo el papel que a ti te he dado,
y éste a tu hermana, al Arenal se parte,
y concertando un barco con un paje,
se fué solo a Sanlúcar, y en la orilla
dijo: "¡Adiós, don Bernardo! ¡Adiós, Sevilla!"

BERNARDO.

¿Qué encantamento es éste?

GUZMÁN.

Quita el sello
y sabrás la verdad.

BERNARDO.

Así comienza:

(Lea:)

"Guzmán me dió, señora, un papel vuestro;
en él decís que amor de vuestro hermano
ha inficionado vuestra casa toda,
de que os alcanza a vos la mayor parte.
Decís también que por mujer os pida:
dichoso yo, si tanto bien cupiera
en un pecho tan pobre como el mío.
Yo sé que vuestro padre, codicioso
de hacienda, os ha casado, o que lo trata,
con un rico de hacienda, y de honor, pobre.
La obligación que tengo a vuestro hermano
y el amor singular al que le debo,
me fuerza a usar con vos de cortesía,
y porque no se queje eternamente
mi amigo de que yo traidor he sido,
me parto de Sevilla al mismo instante."
¿De qué sirve pasar más adelante?
¿Hay tal fineza? ¿Hay tal verdad? ¡Dichoso,
don Sancho, quien merece tal amigo!

GUZMÁN.

Agora, pocos hay de esa manera.

BERNARDO.

Pues estimallos más, pues (1) son tan pocos.
¡Que se haya ido, de temor honroso
de no dar ocasión...!

GUZMÁN.

Amigo hubiera
que, no digo por treinta mil ducados,
pero por liviandad de un vil deleite
comiera con su amigo y le vendiera.

BERNARDO.

Ese, enemigo, que no amigo fuera.
¿Cómo haré que don Sancho vuelva?

GUZMÁN.

Escribe
a Cádiz, a tu hermano Federico,
que le detenga.

BERNARDO.

Está tan envidioso
del amistad que entre los dos ha visto,
que antes me hiciera daño que provecho.
Pues ir por él es descubrirlo todo.
Mas ¿cómo fué por agua?

GUZMÁN.

La pobreza

---

(1) En la ed. de 1618 (Barcelona), "que".

le ha pasado por agua como huevo,
aunque el honor le estrella con las nubes.

BERNARDO.

Yo quiero hacerle un propio.

GUZMÁN.

Bien has dicho.

BERNARDO.

Ven conmigo a buscarle. ¡Ay, mi don Sancho!
¿Sin ti, vivo en Sevilla?

GUZMÁN.

Honrado eres.

BERNARDO.

¿Por qué?

GUZMÁN.

Porque a un amigo pobre quieres;
que en esta edad se buscan los amigos
o poderosos, ricos o jüeces,
que presten y conviden muchas veces.

(Salen FELISARDO, *viejo, y* CAMILO *y* RIBERA, *criado.)*

CAMILO. Hoy ha llegado a Sevilla.
FELISARDO. Agravio Octavio me ha hecho,
pues no vino aquí.
CAMILO. Sospecho,
y no es, señor, maravilla,
que por más honestidad
se fué a posar con Ricardo.
FELISARDO. ¿Quién es Ricardo?
CAMILO. Un gallardo
hidalgo de esta ciudad,
amigo suyo, y que ha estado
con él en Italia.
FELISARDO. Aquí
fuera, Camilo, de mí
con mucho amor hospedado.
Pero Octavio, como esposo
que ya de Angela ha de ser,
quiere cortés proceder,
y de mi honor cuidadoso.
Quiérole hacer un presente.
CAMILO. Siempre fuiste liberal;
pero no hay presente igual
ni que más salud le aumente,
que licencia para ver
su esposa; si ésta le llevo
obligarásle de nuevo.
FELISARDO. Hoy no sé si podrá ser;
pero no es tarde mañana;
esto le dirás.
CAMILO. Yo voy.

(Váyase CAMILO.)

FELISARDO. Y dile cuán suyo soy.
Llama, Bernardo, a tu hermana.
RIBERA. ¿No está don Bernardo aquí?
FELISARDO. ¿Es Ribera?
RIBERA. Sí, señor.
FELISARDO. Llama a doña Angela. Amor
me tiene fuera de mí.
Deseo a mis hijos dar,
mientras vivo, algún descanso,
y en procuralle me canso
para poder descansar.
Federico ya procura
negociar, que yo he ganado,
con industria y con cuidado,
hacienda y renta segura,
y él sigue mi inclinación.
Don Bernardo, por la senda
de caballero encomienda
su misma imaginación:
da en andar acompañado
de nobles; gasta, pasea;
no digo que mal se emplea,
pero que me trae cansado;
que aunque son nuestros espejos
los hijos, quitan mil gozos
si vemos que gastan, mozos,
lo que ha de faltarles viejos.
Angela sola me falta
de darle estado.

(Sale ANGELA.)

ANGELA. Sospecho
que hablas en mí.
FELISARDO. Bien has hecho;
mas no de que tengas falta.
De tu virtud soy galán,
que padre agraviarte fuera:
que en mí nunca haber pudiera
las que en tu persona están.
Ya tu marido ha llegado;
soy galán, pues te lo ofrezco;
si en la edad no lo parezco,
no niegues que en el cuidado.
ANGELA. ¿Marido?
FELISARDO. ¿De qué te alteras?
ANGELA. Del nombre fuera excusado;

pero de que haya (1) llegado
bien es, si lo consideras.
Porque apenas me dijiste
que me querías casar,
cuando tratas de llegar
quien por ti solo escogiste.

FELISARDO. Si yo la vida te di,
después del primer Autor,
bien te dirá el mismo amor
que te confíes de mí.

ANGELA. Mi remedio, bien podría;
pero mi gusto, no sé:
que diferencia se ve
entre tu edad y la mía.
Tú miraste (2) con la luna
de tus prudentes antojos,
y yo, con la de mis ojos,
donde no hay prudencia alguna.
Respondo a tus objeciones,
porque luego me dirás
que tus años saben más.

FELISARDO. Anticipas las razones.

ANGELA. ¿Será yerro preguntarte
señas siquiera de un hombre
a quien le das ese nombre?

FELISARDO. Antes gusto de informarte.
El tiene mediana edad,
de talle muy prevenido,
a condición de marido,
que es la mayor calidad.
Humilde traje, y mirado
por las cosas de su hacienda;
en fin, para ser tu prenda,
de mis pinceles pintado.

ANGELA. No me agrada la pintura,
siendo siempre los retratos
más liberales que ingratos
al resplandor y hermosura;
pues si el retrato, señor,
que es siempre tan lisonjero,
es tan humilde y grosero,
no será el dueño mejor.
Años, mal talle, escaseza,
y no sé qué más que oí:
no será casarme a mí,
sino a ti con su riqueza.
Un mancebo liberal,
gallardo, valiente, hermoso,
noble, cuerdo y generoso,

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "ya".
(2) En la ed. de Barcelona (1618), "miras"; en la de Hartzenbusch, "mirarás".

no me estuviera tan mal.
Así, a la traza y medida
de un don Sancho que entra aquí.

FELISARDO. Pues ¿cómo quieres, me di,
que con don Sancho le mida?
En mi tiempo no se usaban,
ni aun en los cuentos fingidos,
moldes de cortar maridos,
ni medida les tomaban.
¿Dónde hallaré caballero
que venga, por largo y ancho,
en la horma de don Sancho
como fieltro de sombrero?
No sé qué piense de ti;
pero quédate a pensallo,
que si lo que siento callo,
después lo sabrás de mí.

(Váyase FELISARDO.*)*

ANGELA.

Un sabio rey de Persia, desde veinte
y menos años, viendo sus engaños,
hizo pintar su vida por sus años
todos los (1) meses a un pincel valiente.
Mandó fijar la de cincuenta en frente
de sus jardines y olorosos baños,
y en las historias de estos varios paños
formaba espejos a la edad presente.
Si quería culpar a un mozo nuevo,
mirábase en la edad que lo había sido,
y disculpaba al que picaba el cebo.
Quien ha llegado a edad ponga el sentido
en dejar que quien viene atrás mancebo
pase por el camino que ha venido.

(Váyase, y salga JULIA *y* DON BERNARDO *y* GUZMÁN.*)*

BERNARDO. Con esta tristeza vengo.

JULIA. No poco me pesa a mí,
porque basta verla en ti
para tener la que tengo.

BERNARDO. Fuése sin decirme nada;
porque, a saber la ocasión,
aunque tuviera pasión,
tuviera pasión templada.

GUZMÁN. El partirse de improviso
fué ver que si te avisaba,
al instante se quedaba
que tuvieras el aviso.
Y espántome yo de ti,

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "sus".

que quieras bien a un ingrato.
JULIA. Es por hacer un retrato
en escaparse de mí.
BERNARDO. ¿Luego soy ingrato yo?
JULIA. No importa: (1) tiempo ha llegado
de vengarme.
BERNARDO. ¿Habrás pensado,
Julia, casarte?
JULIA. ¿Pues no?
BERNARDO. ¿Cómo?
JULIA. El novio que ha venido
para tu hermana, Bernardo,
de mi buen padre Ricardo
el mayor amigo ha sido.
Posa en casa, y de manera
anoche le parecí,
que trueca el Angel por mí,
aun antes de ver su esfera.
Ya están medio concertados
mi padre y él.
BERNARDO. Bien te diera
Angela albricias, si fuera
cierto.
GUZMÁN. Ya habláis de picados;
¿para qué es amartelar,
Julia, a este pobre Amadís;
dar cominos por anís
y tártagos por azahar?
Y tú, con boca de almíbar
y el alma de queso fresco,
¿para qué te haces tudesco
y pasas tragos de acíbar?
Tú, Julia, no le darás
al señor italiano,
por todo el mundo, la mano
que a don Bernardo le das.
Y tú no finjas que sientes
menos que muerte, de ver
que sea de otro mujer,
teniendo el alma en los dientes.
BERNARDO. Si ella dice que se casa,
¿qué quieres? Su gusto sigo.
JULIA. Y si él no lo está conmigo,
¿qué mucho, si bien lo pasa?
GUZMÁN. ¡Ea!, que es esto de enojos,
cuando es tan breve el lugar (2),
tener después que llorar.
¿Qué miras con falsos ojos?
Y tú, muy a lo discreto,
si un albéitar que os tomara
los pulsos, adivinara
el aparato secreto.
Daca esa mano, y mirad
a qué punto habéis llegado;
pues un lacayo cuitado
hoy hace vuestra amistad.
JULIA. Yo no me enojo con él.
BERNARDO. Ni yo con ella, Guzmán.
GUZMÁN. Satisfacciones se dan.
¡Ea!, tú, poza (1) de miel,
daca esa mano.
BERNARDO. Por mí,
que me place.
JULIA. ¡Esta es la mía!
GUZMÁN. ¡Qué presto! No lo decía
por tanto.
JULIA. Guzmán, yo sí.
GUZMÁN. ¿Es, por tu vida, verdad
lo del novio?
JULIA. Por los ojos
de Bernardo, tras enojos,
que tienen mayor beldad.
BERNARDO. Pues, Julia, ¡triste de mí!,
¿qué es lo que habemos de hacer?
JULIA. Que sea yo tu mujer,
viniendo esta noche aquí.
BERNARDO. Pues ¿abrirás?
JULIA. Puerta y alma.
GUZMÁN. Y a la mañana, ¿qué habrá?
JULIA. Que el sol, si quiere, saldrá.
GUZMÁN. Y es más llano que la palma.
BERNARDO. Julia mía, yo vendré
a las once en punto aquí;
vuelve a decir "sí" (2).
JULIA. ¿Qué es "sí"?
"Sí", con cien eses diré.
GUZMÁN. Cuando muchas erres junta,
bien borracho está quien bebe;
quien da más eses que debe,
vino de amor le pregunta.
Hechos estáis dos pellejos.
¡Brindis!

(Sale LEONOR.*)*

LEONOR. Tu padre está aquí.
JULIA. ¿Qué haremos, triste de mí?
GUZMÁN. De improviso no hay consejos.
¿Tienes manillas?

---

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "*a* tiempo".
(2) En la ed. de Hartzenbusch: "costando en breve lugar".

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "poz*o*".
(2) Este "sí" se omite en la edición de Barcelona (1618).

JULIA. Sí, tengo.
GUZMÁN. Una te quita.
JULIA. Esta es.
GUZMÁN. Dásela a Bernardo.
BERNARDO. ¿Pues?
GUZMÁN. Diré que contigo vengo,
y tú a traerla.
BERNARDO. ¿A qué efeto?
GUZMÁN. A que en la iglesia la hallaste,
y del dueño te informaste.

(Salen RICARDO, *viejo, y* OCTAVIO.*)*

RICARDO. Procedes como discreto.
Pero sin la voluntad
de Julia, yo no me atrevo.
OCTAVIO. Conozco lo que te debo.
BERNARDO. Sólo en albricias me dad
el recibir el deseo.
¿Qué gente es ésta?
JULIA. El favor
os pido que a mi señor
habléis, pues aquí le veo.
BERNARDO. Por servidor me tened.
RICARDO. ¿Qué es, señor, lo que mandáis?
BERNARDO. Aunque no me conozcáis,
quiero que me hagáis merced.
Perdió una manilla ayer
la señora Julia, y yo
la hallé donde la perdió,
y, al fin, la vengo a traer.
Que no quise que tuviese
sola la mano; y así,
se la traigo, porque a mí
la prenda me agradeciese.
Ya no dormirá sin ella.
RICARDO. En buena mano cayó.
JULIA. Tan buena, que pienso yo
honrarme ya de tenella.
Y si vos la queréis dar,
con ella os quiero servir.
BERNARDO. La mano que ha de ceñir
no la pretendo agraviar.
Ni me la (1) déis, que no es cosa
que agora me viene bien,
ni que manilla me den,
que la tendré por esposa.
Basta que en obligación,
aunque penséis que os serví,
esposa lleve de aquí
cuando llegue la ocasión.

(Váyanse.)

(1) Se omite "la", en la ed. de Barcelona (1618).

GUZMÁN. Bien lo has dicho.
RICARDO. ¡Qué mancebo
tan gallardo y bien hablado!
LEONOR. El escribano ha llegado.
RICARDO. Julia, hoy soy padre.
JULIA. Yo debo
ser hija en obedecerte.
RICARDO. Vamos a hacer la escritura.
OCTAVIO. ¡Oh soberana hermosura!,
¿qué más firmeza que verte?
JULIA. Poco importa, pues aguardo,
en dando las once, ser
la más dichosa mujer,
siendo mujer de Bernardo.

(Entren, y salgan FELISARDO *y* DOÑA ANGELA *y* FEDERICO.*)*

FELISARDO. Dar puedes el parabién
a doña Angela, mil veces.
FEDERICO. En cambio del bien venido
se le daré justamente.
Mas ella sabe que a mí,
porque agora llego, puede
dármele; mas yo, señor,
no sé la ocasión que tiene.
FELISARDO. Es la ocasión, Federico,
que se ha casado.
FEDERICO. Prospere
sus bodas, señor, el cielo.
Mucho paga (1) en tiempo breve
que un hombre deje su casa
y que sus parientes deje.
¿Con quién te has casado?
ANGELA. Yo
soy, hasta agora, obediente
al gusto de nuestro padre,
que un extranjero me ofrece;
pero como tú le he visto,
que agora de Cádiz vienes.
FEDERICO. Lo que mi padre y señor,
tan cuerdo, noble y prudente,
doña Angela, te buscare,
eso sólo te conviene.
¿Dónde está?
FELISARDO. Pienso que agora
de Octavio Ricardo es huésped,
por conocimiento antiguo.
Tu hermano, señora, viene.

(Salen DON BERNARDO *y* GUZMÁN.*)*

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "pasa".

BERNARDO. ¡Federico, hermano mío!
FEDERICO. ¡Bernardo!
BERNARDO. Dame mil veces
tus brazos.
FEDERICO. Con justo amor
los honras, pues me le (1) debes:
hallo a mi hermana casada.
BERNARDO. Para entre nosotros, puedes
tener la boda por burla.
FEDERICO. Eso mismo me parece.
BERNARDO. ¿Qué hay en Cádiz?
FEDERICO. Una nueva
tan triste, de quien más quieres,
que con dártela te pago
los brazos injustamente.
Llegó don Sancho a un negocio,
según me dijo, tan breve,
que para cenar conmigo
aun no quiso detenerse.
Partióse con sólo un hombre
en un pataje, y de suerte
que antes que otro día el sol
dorase los campos verdes,
vino nueva que es cautivo.
BERNARDO. ¿Qué dices?
FEDERICO. Bien sé que sientes
su desdicha.
FELISARDO. Don Bernardo,
Octavio quejarse puede,
si no voy a visitarle
y nuestra casa ofrecerle.
A verle voy.

(Váyase FELISARDO.)

BERNARDO. ¿Has oído,
Angela, dolor como éste?
El solo bien que tenía,
el fin de todos mis bienes,
el descanso de mis males,
el que en los tiempos alegres
se alegra con mi alegría
y en los tristes se entristece;
el que es mitad de mi alma,
el Pílades de este Orestes,
el Euríalo de Niso,
el Efestïon valiente
del más dichoso Alejandro,
aunque dos mundos sujete;
el Acates de este Eneas,
y el Cástor resplandeciente
de este Pólux desdichado,
que ausente de su luz muere;
don Sancho, en fin, es cautivo.
ANGELA. ¿Qué dices?
FEDERICO. Que ya no esperes
ver a don Sancho en tu vida.
ANGELA. ¡Gran desdicha!
GUZMÁN. ¡Extraña suerte!
¡Don Sancho, preso!
FEDERICO. De un moro
que en Argel su casa tiene:
Salí Jafer es su nombre,
aunque nacido en los Vélez.
Pésame de haberte dado
tal nueva; mas porque intentes
su rescate, ha sido justo,
y que a sentirlo te deje.
Yo me voy a descansar.

(Váyase FEDERICO.)

BERNARDO. ¿Doña Angela?
ANGELA. ¿Qué me quieres?
BERNARDO. El alma tengo en Argel;
¿tienes qué darme?
ANGELA. No pienses
que tengo joya o cadena
que a su rescate no trueques.
BERNARDO. Entra, y júntame tus joyas.
ANGELA. Voy; ¡y plega (1) a Dios que llegue
hasta dártelas con vida!

(Vase.)

GUZMÁN. Las lágrimas entretiene
como en cuello de redoma,
que por mucha se suspende.
BERNARDO. Guzmán, hoy me parto a Argel.
GUZMÁN. ¡Linda locura!
BERNARDO. Resuelve
la duda en que has de ir conmigo.
GUZMÁN. ¿Entre moros?
BERNARDO. ¡Entre sierpes!
GUZMÁN. Ya se te olvida que Julia
te aguarda a las diez; detente
siquiera esta noche sola,
pues tal ocasión te ofrece.
BERNARDO. El que es verdadero amigo,
todo lo deja y lo pierde;
¡piérdase Julia, Guzmán!
GUZMÁN. ¿Es posible que la quieres?
BERNARDO. Más que al (2) alma; pero, en fin,

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "lo".

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "plegue".
(2) Idem, "el".

ver que don Sancho padece,
me ha quitado todo el gusto.
GUZMÁN. Serás de amistades Fénix.
BERNARDO. Seré, a lo menos, Guzmán,
el amigo hasta la muerte.

ACTO SEGUNDO

(Sale ARLAJA, *mora, y dos moros.)*

ARLAJA. Dame un velo, Jacimín,
y tú un arco, Florisán,
que me voy a mi jardín.
JACIMÍN. Aquí velo y arco están.
ARLAJA. Amor es tristeza, en fin;
la tristeza es soledad,
la soledad es huir
de la confusa ciudad.
FLORISÁN. ¿A qué vas?
ARLAJA. Sólo a decir:
"Campos, tenedme piedad."
Quien cautiva el alma tiene
en España, ¿qué ha de hacer?
JACIMÍN. Entretenerse.
ARLAJA. Si viene
cierto el pesar, el placer
fingido, mal le entretiene.
¿Qué esclavos juntos están
para rescatar mi ausente?
FLORISÁN. De gente humilde serán
cincuenta.
ARLAJA. ¿Y de nobles?
FLORISÁN. Veinte.
ARLAJA. ¡Nómbralos!
FLORISÁN. Dionís, Tristán,
Leonardo, Fabricio, Arsenio,
don Pedro, don Tello, Honorio,
don Félix, Arnaldo, Ismenio,
Clarindo, don Sancho Osorio,
Marcelo, Ermelín y Eugenio...
ARLAJA. ¡Tente! ¿Qué don Sancho es [ése?
FLORISÁN. Un español de Sevilla,
que, aunque a su grandeza pese,
quiere el cielo que su orilla
de tu mar la arena bese.
Este compré por San Juan,
en Argel, del gran Jafer,
y le traje a Tetuán.
ARLAJA. Ese esclavo quiero ver.
JACIMÍN. Pues ve por él, Florisán.
FLORISÁN. Voy.
ARLAJA. ¡Que sea el portugués
(que a mi esposo Masadal
tiene preso, como ves,
por decir que es general
de dos fragatas o tres)
tan soberbio, que me pida
cien esclavos por su vida:
setenta humildes y treinta
nobles de sangre, y de renta
en sus patrias conocida?
JACIMÍN. No te espantes, que es altivo,
y también estima el preso.
FLORISÁN. Aquí está, Arlaja, el cautivo.

(Sale DON SANCHO, *cautivo, y el* MORO.)

ARLAJA. ¡Buen talle!
FLORISÁN. Yo te confieso
que es milagro verle vivo:
que con rodela y espada,
según Jafer me contó,
con fuerza tan extremada
su navío defendió
a su poderosa armada,
que hasta tener mil heridas
jamás se quiso rendir,
ni aun mostrar fuerzas rendidas.
ARLAJA. Que tienen, oígo decir,
los españoles mil vidas.
¿De dónde eres?
SANCHO. De Sevilla.
ARLAJA. ¿Tu nombre?
SANCHO. Don Sancho Osorio.
ARLAJA. ¿Qué sangre?
SANCHO. Dióme Castilla
ser caballero notorio,
aunque del Betis la orilla,
por conquista de mi abuelo,
tengo por mi patrio suelo.
ARLAJA. ¿Eres rico?
SANCHO. Pobre soy.
ARLAJA. Licencia de andar te doy
sin prisión.
SANCHO. Guárdete el cielo.
ARLAJA. ¿Dónde ibas con tu nave?
SANCHO. A Lisboa.
ARLAJA. ¿A qué?
SANCHO. A huir
de una sirena suave.
FLORISÁN. Mujer te quiso decir.
SANCHO. Y prenda de un hombre grave.
ARLAJA. Pues ¿qué temías?
SANCHO. Su ofensa,
que ella me amaba, y ansí

	pensé ponerme en defensa.
ARLAJA.	¿Eso hay en España?
SANCHO.	Sí.
ARLAJA.	En Roma volverse piensa.
	¡Estatuas pueden hacerte!
SANCHO.	He jurado a cierto amigo
	ser amigo hasta la muerte.
ARLAJA.	¿Hará lo mismo contigo?
SANCHO.	Juró de la misma suerte.
ARLAJA.	Yo tengo el arco y el velo;
	dejadle andar libremente.
SANCHO.	Alargue tu vida el cielo.
ARLAJA.	Guíe a mis baños la gente;
	temple este calor su hielo.

(Váyanse todos.)

SANCHO.

Quien, puesto en la ocasión, vitoria espera,
a riesgo pone su opinión, si es noble,
pues no hay tan firme pecho a quien no doble
una mujer, si amando persevera.
Tal vez al olmo firme en la ribera
mudan las blandas aguas, y al inmoble
muro, la yedra; el viento, al duro roble;
pues ¿qué hará el ruego en condición ligera?
Más quiero ser de un bárbaro enemigo
cautivo en Tetuán, que hacer ofensa
a la lealtad de un verdadero amigo.
Mal hace quien vencer y esperar piensa:
que los peligros del amor que digo,
en las espaldas tienen la defensa.

(Salen GUZMÁN y DON BERNARDO.)

BERNARDO.	A no me haber informado
	que le vendió en Tetuán,
	fuéramos a Argel, Guzmán,
	y fuera el suceso errado.
	La vida nos dió saber
	de su prisión la verdad.
GUZMÁN.	Es una luz la amistad
	que a nadie deja perder.
	Un esclavo pasa allí;
	por don Sancho preguntemos.
BERNARDO.	¡Qué buen talle!
GUZMÁN.	De él sabremos
	si vive cautivo aquí.
BERNARDO.	¡Ah, cautivo!
SANCHO.	¿Quién me llama?
BERNARDO.	Guzmán, la voz me turbó;
	"¿Quién me llama?" respondió,
	y el alma dijo: "Quien ama."
SANCHO.	¡Ay cielos, qué extraño encuen- [tro!
	Aquí me han dicho: "¡Ah, cauti-
	y el corazón: "Por ti vivo [vo!",
	cautivo" responde dentro.
	¿Es don Bernardo?
BERNARDO.	¿Es don Sancho?
SANCHO.	En los brazos lo verás:
	que, para que quepas más,
	brazos, pecho y alma ensancho.
	¿Qué es esto?
BERNARDO.	Venir por ti,
	que eres del alma mitad,
	aunque con tal deslealtad
	vienes huyendo de mí.
GUZMÁN.	Si ya os habéis abrazado,
	dejadme a mí descansar.
SANCHO.	¿Guzmán en este lugar?
	¡Brava lealtad de criado!
GUZMÁN.	Soy el perro de Tobías;
	mas de perros, poco a poco,
	no me muerda alguno.
SANCHO.	Hoy toco
	tus verdades con las mías;
	hoy conozco tu amistad.
BERNARDO.	Estoy quejoso.
SANCHO.	Dejemos
	quejas.
BERNARDO.	Bien dices. Tratemos,
	don Sancho, tu libertad.
SANCHO.	¡Ay, Dios!, soy de una mujer.
BERNARDO.	Tráigole damascos bellos,
	y brocados, que con ellos
	al sol se puede oponer.
	Tráigole granas y perlas,
	en que el Africa idolatra.
SANCHO.	Las que cuentan de Cleopatra
	aun no estimara ponerlas.
	No me podrás rescatar
	con los tesoros de Midas.
BERNARDO.	Pues daréle yo mil vidas
	por perlas del mar de amar.
	Pero dime la razón.
SANCHO.	Estar su esposo cautivo
	en Lisboa; y así vivo
	tan sin remedio en prisión,
	que el rey, por ser un cosario
	que las costas españolas,
	con cuatro fragatas solas,
	no tienen mayor contrario,
	no le deja rescatar
	menos que por cien cristianos,
	los treinta nobles.

BERNARDO. Las manos
quiero a tu dueño besar.
Y porque importa a tu honor
que a Sevilla vuelvas luego,
para su esclavo me entrego,
aunque de menos valor.
Y advierte que si replicas,
en mi vida te hablaré.

SANCHO. Yo te agradezco la fe
que en tanto amor significas;
pero advierte...

BERNARDO. Si a tu honor
conviene, ¿qué hay que advertir?

SANCHO. La causa me has de decir:
que si es fineza de amor,
no has de quedar tú cautivo
por darme a mí libertad,
siendo menos amistad
la que en dejarte recibo;
pues si te quedas por mí,
más me agravias que me honras.

BERNARDO. Mucho, don Sancho, deshonras
tus deudos y sangre aquí,
que en Sevilla hay cierta cosa
que enemigos, en tu ausencia
han hecho en que tu presencia
es a tu fama forzosa.
No repliques, que, ¡por Dios!,
que me mate si no vas.

SANCHO. No quiero ofenderte más.

BERNARDO. Parte, que importa a los dos.
Mas, dime, ¿dónde hallaré
la mora?

SANCHO. Es ida a sus baños.

BERNARDO. A buscarla voy.

(Váyase DON BERNARDO.*)*

SANCHO. ¡Qué engaños,
qué fuerzas! Guzmán, ¿qué haré?
¿No ves esta sinrazón
que hay en Sevilla de mí?

GUZMÁN. Lo que yo sospecho aquí
es que en aquesta ocasión
su padre de don Bernardo
casa a doña Angela, y él,
como tu amigo fiel,
tan animoso y gallardo,
quiere quedar en prisión
mientras a Sevilla vas:
que sabe que allá tendrás
de su hermana posesión,
que ella misma le ha entregado
sus joyas para comprar
tu rescate.

SANCHO. ¡Qué pesar
su resolución me ha dado!

GUZMÁN. No tienes razón, señor;
parte a Sevilla contento,
a hacer este casamiento
por prenda de tanto amor.
Confirma con ser cuñado
de un hombre tan principal
una amistad tan leal
y un término tan honrado.
Mira que es ingratitud,
y advierte que no le digas
lo que te he dicho.

SANCHO. Mitigas
mi enojo con su virtud.
Partamos en busca suya,
que le quiero obedecer.

GUZMÁN. Todo tu bien ha de ser
el ser doña Angela tuya.

SANCHO. El que buen amigo halló,
Guzmán, gran tesoro tiene.

GUZMÁN. Dos tienes tú.

SANCHO. ¿Dos?

GUZMÁN. Quien viene
para rescatarte y yo.

SANCHO. Sombra de su sol me nombra.

GUZMÁN. Sí; mas dice el español
que hay tiempo en que abrasa el sol,
y es bueno estar a la sombra.

(Vanse, y salga la MORA.*)*

ARLAJA.

Clarísimos cristales,
que a no formar las ondas transparentes,
evidentes señales
de que sois aguas puras y corrientes,
pensaran los reflejos
del Sol hallar en vos firmes espejos;
templad su fuerza, en tanto
que la de Amor se junta con su fuego;
guardadme el arco y manto,
hermosas flores, que yo vuelvo luego
a deciros amores,
de celos de estos dulces ruiseñores.
Cubrid con anchas hojas
esta laguna al sol, lascivas vides,
y tú, si no te enojas
del peso que te dan, árbol de Alcides,

porque ninguno vea
lo que mi ausente amor pierde y desea.

(Sale, muy bizarro, DON BERNARDO.)

BERNARDO.

El amistad divina,
del armonía celestial retrato,
aquella a quien se inclina
el tiempo, a tantas obras tan ingrato,
pues pone su memoria
en conservar ejemplos de su gloria,
todo lo facilita,
todo lo halla dulce, a todo sale,
todo lo solicita;
pues de las alas del Amor se vale.
No hay mar, no hay tierra extraña;
allanara de Jerjes la montaña.
¡Bella mujer! ¿Si fuese,
por dicha, la que busco entre estos baños?
Mas temo que le pese
que la haya vista desnudar; que engaños
los jardines ofrecen,
donde los hombres, árboles parecen.
Pienso que me ha sentido.
Ya se vuelve a vestir; aquí me escondo.

(Sale medio desnuda ARLAJA.)

ARLAJA.

Mas ¿qué manso rüido,
si acaso no es que a mi temor respondo,
anda por estas plantas?
Si es hombre, ¿de qué sirven guardas tantas?
Si es animal, ¡oh flores!,
volvedme el arco y flecharéle.

BERNARDO.

¡Tente!

ARLAJA.

No eran vanos temores.

BERNARDO.

¿Eres Arlaja?

ARLAJA.

Sí.

BERNARDO.

Cuando te cuente
mi disculpa, sospecho
vuelvas color al rostro y alma al pecho.
Pienso que, satisfecha,
el arco bajes y la flecha quites.

ARLAJA.

Bajo el arco y la flecha.

BERNARDO.

Disculparéme, si disculpa admites.

ARLAJA.

(¡Lo que puede un buen talle!
Voyle a reñir, y mándame que calle.
Bien me parece el hombre;
o fué que al desnudarme no tenía
muy lejos de su nombre
el natural amor y fantasía;
porque las cosas bellas
agradan más cuando se piensa en ellas.)
¿Por dónde, dime, entraste?

BERNARDO.

Dormida hallé la guarda.

ARLAJA.

No me pesa.
¿Para qué me buscaste?

BERNARDO.

Soy español, y tengo por empresa
Amigo hasta la muerte
de un cautivo que tienes.

ARLAJA.

De él me advierte.

BERNARDO.

Don Sancho se apellida.
¿Cuánto quieres por él, que ir a su tierra
le importa honor y vida?

ARLAJA.

Que te quedes por él.

BERNARDO.

La venta cierra;
que desde aquí soy tuyo.

ARLAJA.

¿Mi esclavo?

BERNARDO.

Sí, que soy amigo suyo.

ARLAJA.

¡Extraño amor!

BERNARDO.

Soy noble.

ARLAJA.

¿Si amaras una dama, fueras, dime,
tan leal?

BERNARDO.

Fuera al doble.

ARLAJA.

Razón es que te estime.

BERNARDO.

No me estime,
hasta darle la vida (1).

ARLAJA.

¿No lo es la libertad?

BERNARDO.

No está perdida.

ARLAJA.

¿No eres mi esclavo agora?

BERNARDO.

Ser tu esclavo es ser libre.

ARLAJA.

¿El nombre tuyo?

BERNARDO.

Bernardo, hermosa mora.

ARLAJA.

Mi gente viene; tu nobleza arguyo
de tan heroica hazaña.

BERNARDO.

Esto es lo menos del valor de España.

(FLORISÁN *y* JACIMÍN.)

JACIMÍN.

Gran señora, ¿qué es esto?

(1) En la ed. de 1618 (Barcelona), "hasta darle vida", por error de omisión.

ARLAJA.

Nadie se altere. Jacimín, al punto
trae a don Sancho, presto.

JACIMÍN.

Ya, por obedecerte, no pregunto
novedad tan extraña. *(Vase.)*

ARLAJA.

¿De qué apellido te honras en España?

BERNARDO.

Después que soy amigo
de don Sancho, me llamo Osorio; que antes,
desde tiempo que digo,
mi apellido era Chaves y Cervantes.
Mas ¿tú de esto, qué sabes?

ARLAJA.

Pues sé tu lengua, bien sabré qué es Chaves.
Tres leguas hay a España
desde mi tierra.

BERNARDO.

Ya la mar me enseña
cuán cerca el muro baña
de Gibraltar, y la dichosa peña
de la Virgen de Europa,
estrella de la mar y viento en popa.

ARLAJA.

¿Qué negocio tenía
en Sevilla don Sancho?

BERNARDO.

Un casamiento,
y la ocasión perdía.

(Salen DON SANCHO, *y* GUZMÁN *y* JACIMÍN.)

JACIMÍN.

El esclavo está aquí.

ARLAJA.

Con gran contento
a Gibraltar te parte,
que hasta el mar, Jacimín sabrá llevarte.

SANCHO.

¿Que tengo de ir, Bernardo?

BERNARDO.

Impórtate la vida.

SANCHO.

Callar quiero.

ARLAJA.

Tú hallaste el más gallardo
amigo que en el mundo ver espero.

SANCHO.

Da, señora, licencia
para que sienta menos esta ausencia.

ARLAJA.

¿Cómo?

SANCHO.

Que me acompañe
hasta el mar don Bernardo, con tu gente,
pues no habrá quien la engañe.

ARLAJA.

Vayan todos; tú vuelve brevemente.

SANCHO.

En fin, ¿preso te quedas?

BERNARDO.

Porque librar tu honor (1) de afrenta puedas.

SANCHO.

Yo volveré. Paciencia
para vivir sin ti, si Amor la ofrece.

BERNARDO.

Y yo quedo, en tu ausencia,
más triste que un pinar cuando anochece.

ARLAJA.

¿Hay dos amigos tales?

GUZMÁN.

No los celebra Roma y Grecia iguales.

(Váyanse DON BERNARDO, *y* DON SANCHO *y los moros.)*

ARLAJA. ¿También tú quedas aquí?
GUZMÁN. Con mi señor, es sin duda.
ARLAJA. La lealtad nunca se muda.
¿De qué le sirves?
GUZMÁN. ¿Yo?
ARLAJA. Sí.
GUZMÁN. De carta de marear,
de Colón de su rocín,
que por mí descubre, en fin,
la tierra que ha de pasar.
Su padre, de mí señor,
estuvo en Indias, y allí
quieren decir que nací,
aunque de alemán color.
Vine a Sevilla con ellos,
donde soy su portafrascos,
de esto que cruje damascos,
aunque no he tratado en ellos.
Tengo gracia en conocer
la virilla de un chapín,
que dice cierto malsín
que es cédula de alquiler.
En fin, yo soy su ventor.
ARLAJA. No debe de amar, pues viene
adonde su amigo tiene.
GUZMÁN. Muere Bernardo de amor;
y la noche que pudiera
dar fin a un grande deseo
hizo esta fineza.
ARLAJA. Creo
que si amara, no la hiciera.

GUZMÁN.

Señora, ya que estamos en tu casa,
o cautivos, o huéspedes, o prendas,
sábate que, pues somos prendas vivas,
que habemos de comer.

ARLAJA.

Eso es forzoso;
no os faltarán regalos en mi casa,
que a don Bernardo no le llamo esclavo,
sino del amistad la quintaesencia;
y así, con afición y cortesía
le haré tratar, y de la gente mía.

GUZMÁN.

Yo, si verdad te digo, no es posible
que me aplique al sustento de tus moros,
porque esto de alcuzcuz, cabra y aceite
es como darme el alma del afeite.

ARLAJA.

¿Alma de afeite?

GUZMÁN.

Solimán te digo,
que aun a la vista mata.

ARLAJA.

Pues ¿qué quieres?

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "amor".

GUZMÁN.

Yo he metido, señora, amortajados
en dos sábanas...

ARLAJA.

Dilo.

GUZMÁN.

Tengo miedo.
Hablando con perdón, dos cochinitos
en sal, de a seis arrobas cada uno.

ARLAJA.

¡Ay, Mahoma! ¿Qué has hecho?

GUZMÁN.

Da licencia
para que los colguemos en tu casa,
que no lo (1) sabrá nadie.

ARLAJA.

Español loco,
al instante, al momento, al punto, luego
los lleva con secreto a tu navío:
que si lo saben moros, te prometo
que te quemen con ellos.

GUZMÁN.

Pues, señora,
dame una guarda que conmigo vaya
hasta el navío que quedó en la playa.

ARLAJA.

Voylo a mandar; mas tú, con gran secreto
envueltos en sus sábanas, los saca.

GUZMÁN.

Que no lo sabrá nadie te prometo.
(¡Oh, bella industria! En vez de los tocinos,
envuelto entre las sábanas, mi amo
al mar le haré llevar, y desde el barco
le guindaré a la nave fácilmente.
Si salgo con la empresa, al Rey me parto;
ni dudo, aunque parezcan desatinos,
que me ha de dar por armas dos tocinos.)

(Váyase, y salgan FELISARDO, *y* RICARDO *y* FEDERICO.)

(1) En la ed. de 1618 (Barcelona), se omite "lo".

RICARDO.

Sin haceros la salva que debía,
con mucha cortesía, no le diera
mi hija, aunque supiera que heredaba
las Indias; pues bastaba haber tratado
con vos lo que ha pasado.

FELISARDO.

Si yo os digo
la verdad, como amigo, estaréis cierto
que no traigo encubierto vuestro agravio.
Trató conmigo Octavio que le diese
a doña Angela, y fuese mujer suya;
de que sólo se arguya su mudanza.
En esta confianza le escribimos
que viniese, y le hicimos aposento.
El, por honesto intento, hurtó el camino,
y a vuestra casa vino; y viendo en ella
a vuestra Julia bella, os la ha pedido.
Que más discreto ha sido, no os lo niego;
y así, Ricardo, os ruego hagáis su gusto.

RICARDO.

Felisardo, no es justo, ni que el necio
tenga a Julia en más precio.

FELISARDO.

Ya, Ricardo,
casar mi hija aguardo de otra suerte.
Mi amistad os advierte que os importa,
pues tan mal se reporta un atrevido
vulgo.

RICARDO.

No haber sabido lo que Octavio
trataba en vuestro agravio, me disculpa.

FELISARDO.

Agora os daré culpa si cesase
lo que es razón que pase hasta su efeto.

RICARDO.

Como sois tan discreto y tan prudente,
quiero estar obediente a tal consejo.

FELISARDO.

Soy, Ricardo, más viejo. Esto os conviene;
y, porque Julia viene, solo os dejo.

RICARDO.

Entrad, que ese consejo a vuestra boca
es bien que oiga esta loca inobediente,
rehuyendo la frente al yugo santo;

pues gana tanto en merecer esposo
tan noble, virtuoso, hidalgo y rico.

FELISARDO.

Espera, que ya salgo, Federico.

FEDERICO.

¿Qué puedo ya esperar, desesperado
de un bien, de quien jamás tuve esperanza?
Si la esperanza lo que sigue alcanza,
quien no la tiene alcanzará cuidado.
Mas bien puede, quien ama desamado,
esperar de los tiempos la mudanza:
nace de la tormenta la bonanza,
y sale el claro sol por el nublado.
Mas ¿qué es lo que mis penas entretuvo,
o cómo tanto amor sin fin se adquiere,
pues en alguno el pensamiento estuvo?
Que no es posible que ame y que no espere,
porque quien niega que esperanza tuvo,
confiesa que el amor sin ella muere.

(Sale JULIA.)

JULIA. ¿De qué sirve persuadirme?
Antes me daré la muerte.
Pero la obediencia es fuerte.
¿Cómo podré resistirme?;
que aunque el alma esté más firme,
un padre, del cuerpo es dueño.
FEDERICO. Si lo contrario te enseño,
¿qué dirás?, ¿qué harás por mí?
JULIA. Hacer cuenta que te vi
como sombra de mi sueño.
Cásanme, y digo que yo
con el alma huir quisiera
el cuerpo, si no tuviera
el dueño que Dios le dió.
FEDERICO. El albedrío quedó
franco desde el mismo día,
y casarte es tiranía.
JULIA. Si un hombre un vaso tuviese
y otro un licor le pusiese,
¿de cuál de los dos sería?
FEDERICO. El licor, del que lo (1) puso,
y el vaso, del dueño de él.
JULIA. Así, no es hecho cruel
lo que mi padre dispuso.
Si el alma es licor infuso,
el cuerpo es vaso que ha hecho
mi padre; suyo es el pecho,
y cuando suyo no fuera,
donde la fuerza le altera
se pierde todo el derecho
FEDERICO. Nunca tú me has estimado;
que ya casada estuvieras
por amar con tantas veras
un hombre que te ha burlado.
Mira cómo te ha dejado
por ir siguiendo un amigo;
pero mira qué te digo:
que aun agora te querré,
si la verdad de esta fe
tiene su valor contigo.
JULIA. Si quiero tomar venganza
de don Bernardo, no es bien
que tus manos me la den,
pues aún su sangre me alcanza.
Si ejecuto mi mudanza,
ha de ser de él y de ti,
de doña Angela y de mí;
de todo me he de mudar,
que quien se quiere vengar
aun se ha de mudar de sí.
FEDERICO. Pues estás tan rigurosa,
aún le debes de querer.
JULIA. Pues ¿qué piensas? Soy mujer,
y humana, que no soy diosa.
Mi voluntad presurosa
corría amando, y pensando
que corriendo iba quitando
a mi esperanza los grillos;
mas ya tomo pajarillos
y dejo buitres volando.

(Sale LEONOR.)

LEONOR. ¡Dame albricias!
JULIA. ¿De qué son?
LEONOR. De que ya quedas casada.
JULIA. ¿Qué es casada?
LEONOR. Concertada.
JULIA. ¿Albricias?
LEONOR. ¿Pues no es razón?
JULIA. De mi desesperación,
Leonor, te mando un vestido,
de mi dolor guarnecido,
con pestañas de pesares
y botones y alamares
de tanto tiempo perdido.
Mándote aquella cadena
que traje por un traidor,
que en el toque del amor
sale falsa la más buena;

(1) Omítese "lo" en la ed. de 1618 (Barcelona).

las sortijas de mi pena,
chapines de mi mudanza,
guantes de mi confianza,
con tocas de mi tormento,
y un abanillo del viento
donde se fué mi esperanza.

(Váyase.)

LEONOR. Yo quedo muy bien vestida.
FEDERICO. Y yo, ¿qué tendré, Leonor?
LEONOR. Mándote un jubón de amor
y una cuera guarnecida
del desdén de quien te olvida;
mándote unas calzas negras
de cuchilladas de suegras,
de que ninguno se escapa,
y de la noche la capa,
si de su sombra te alegras;
mándote aquella camisa
en que Alcides se abrasó,
y el cuello con que movió
Orfeo el infierno a risa,
y una medalla y divisa
de la que adoran los moros,
y por letra, un flux de oros
con un sombrero de celos,
que es lo mismo que los cielos
dan a los ciervos y toros.
FEDERICO. Fuése haciendo testamento.
Pues también le quiero hacer,
y a quien viniere a querer
con mi loco pensamiento,
mando una cama de viento
que tenga por almohada
una calabaza atada
a un bordón de peregrino,
donde, si errare el camino,
pueda dormir sin posada.

(Salen DON SANCHO *y* LIRANZO.)

LIRANZO. En pago de haberte dado
toda esta casa, señor
(menos deudora a tu amor
que tú le estés obligado),
para bien de tu venida,
¿muestras tanto descontento?
SANCHO. Eso es lo mismo que siento,
y antes perdiera la vida.
¡Oh! ¡Maldiga el cielo el mar
que ansí sus ondas dispuso,
que una tartana me puso
en un hora en Gibraltar!
Quiero también maldecir
los barcos, que hasta Sevilla
fueron postas de la orilla
del claro Guadalquivir.
¡Mal haya el próspero viento,
y el pardo lienzo mal haya,
que me trujo hasta su playa
para tan cobarde intento!
¡Pluguiera a Dios que, cautivo,
me diera el suelo africano
sepulcro, o el mar hispano,
como a traidor fugitivo!
Julia se casa, ¡ay (1) de mí!
¿Qué sentirá don Bernardo?
Pero yo, triste, ¿qué aguardo?
¿En qué me detengo aquí?
¿Cómo no parto por él?
LIRANZO. Pues ¿sabes tú dónde está?
Que de ti se dijo acá
que estabas preso en Argel.
SANCHO. ¡Ay de mí! ¡Cuánto al contrario
ha sido todo el suceso!
Mejor estaba yo preso
por rescate de un cosario.
Díjome Bernardo a mí
que doña Angela y Octavio
se casaban: fuerte agravio
de su engaño recibí;
pues hallo que los conciertos
de Julia y Octavio son.
LIRANZO. No dirán por tu afición
que son los ausentes (2) muertos.
¿Tanto sientes, por ser dama
de Bernardo, el casamiento?
SANCHO. Poco, pues que vivo, siento;
si el morir vida se llama.
Pluguiera a Dios que casado
con Angela a Octavio hallara,
y que la fortuna avara
en mí se hubiera vengado,
como guardada estuviera
Julia para quien la adora,
que es a quien yo debo agora
muchas vidas que tuviera.
Mas dí, ¿no me enseñarás
ese Octavio?
LIRANZO. Agora estaba
con Felisardo, y trataba
de lo que tratando estás.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "y".
(2) En la ed. de Hartzenbusch, "contrarios".

Si quieres ver un retrato
de la inconstancia, aquel es.

SANCHO. Vete y búscame después,
que no me hallarás, ingrato.

LIRANZO. Si piensas reñir con él,
no sea en casa, señor.

SANCHO. De reñir, no hayas temor,
si no comienza por él.

(*Sale* OCTAVIO.)

OCTAVIO.

No sé si es condición o si es deseo
de mejorar las bodas que he tratado,
pues tanta dilación en ellas veo.
Visitando a doña Angela he mirado
virtud, honestidad y entendimiento:
potencias para el alma de un casado.
Llevóme a imaginar el pensamiento
que la deje por Julia: ¡extraña cosa!;
pues antes de casarme me arrepiento.
Pero Julia es honesta y virtuosa;
yo acierto bien, y con mi igual me caso.

SANCHO.

(Aquí ha de ser la industria provechosa.)
Guárdeos el cielo. ¿Conocéisme acaso?

OCTAVIO.

De esta casa seréis deudo o amigo.

SANCHO.

Amigo soy; que de ser deudo paso.
Don Sancho Osorio soy.

OCTAVIO.

Que soy, os digo,
aficionado a vuestro nombre y fama.

SANCHO.

No lo muestran las obras de enemigo.

OCTAVIO.

Enemigo, ¿por qué?

SANCHO.

¿Pues no se llama
enemigo mortal y riguroso
quien quita a un hombre lo que adora y ama?

OCTAVIO.

¡De quien jamás os vió vivís quejoso!
¿Dama he visto yo vuestra?

SANCHO.

Y de tal suerte,
que dicen que os llamáis de Julia esposo.
Quien con tal libertad esto os advierte
y viene de mil leguas a avisaros,
ni estimará la vida ni la muerte.
Y fuera de esto, no podéis casaros,
porque lo está conmigo de secreto,
y llora y se maldice por dejaros.
Su padre la ha forzado, y os prometo
que si os casáis, publicaré en Sevilla
la oculta infamia a que estaréis sujeto.

OCTAVIO.

Como celoso habláis; no es maravilla.
Yo pude entrar al golfo de mi engaño
y hallé los desengaños a la orilla.
No me casaba para haceros daño,
pues lo era el mío, sino simplemente
como hombre de él y de esta tierra extraño.
De no mirar a Julia eternamente
palabra os doy: tenedla por segura.

SANCHO.

El cielo, Octavio, vuestra vida aumente,
y perdonad, que celos son locura.
(¡Oh, qué bien he deshecho el casamiento,
aunque he puesto mi vida en aventura!)

OCTAVIO.

Yo os juro de mudar el pensamiento
de Julia, en quien hasta en el nombre sea
ángel de paz.

SANCHO.

Y aun es mejor intento.
Yo sé que Felisardo lo desea.
Doña Angela es gallarda, rica, hermosa,
y que en vuestro valor mejor se emplea.

OCTAVIO.

Hoy ha de ser doña Angela mi esposa;
que yo sé que se queja Felisardo,
y aun ella pienso yo que está celosa.

SANCHO. [*Aparte.*]

(¿Qué más puedo yo hacer por don Bernardo,
pues que la hacienda y el honor me quito,
con que su dama le defiendo y guardo?
Marido, a quien [me] adora, solicito;
pierdo mujer y treinta mil ducados;
y, aunque es grande mi amor, el suyo imito.
Quiero hablar a los padres descuidados

de Julia, y con Octavio revolvellos:
quedaremos Bernardo y yo pagados,
y la ocasión, guardando los cabellos.)

(Váyase Don Sancho.)

Octavio. ¡Cuántas cosas del honor
cubre en el mundo el secreto,
contra el natural valor!
¡Cuán diferente conceto
hizo de Julia mi amor!
Pero quisieron los cielos
que este su galán ausente
venga incitado de celos,
para que tan libremente
corriese a mi honor los velos.
No más Julia; Angela, sí.

(Sale Doña Angela.)

Angela. ¿Qué es lo que tratáis de mí?
¿No estoy segura en mi casa?
Octavio. Alguna traición que pasa
hace que me queje así.
Angela. ¿Traición aquí contra vos?
Octavio. Aquí no; mas porque os diga (1)
la verdad...
Angela. Tened, por Dios;
que si es de Julia, mi amiga,
nos agravias (2) a las dos.
Octavio. ¿Pues paréceos que es razón,
si me quejo de traición
y en el honor claro agravio,
que me case?
Angela. ¿Quién, Octavio,
os puso en tal confusión?
Octavio. Su galán, que, estando ausente,
mi casamiento entendió,
y es bien que estorbarlo (3) intente.
Angela. ¿Mi hermano?
Octavio. Señora, no;
aunque es su amigo o pariente.
Este dice que casado
con Julia está de secreto.
Al fin me ha desengañado.
Angela. Y ¿qué nombre?; que os prometo
que me habéis puesto en cuidado.
Octavio. Don Sancho, el que hoy ha ve-
a Sevilla; éste que ha sido [nido
recebido en vuestra casa
con tanto amor.
Angela. ¿Eso pasa?
Mirad que lo habrá fingido.
Octavio. ¿Fingido, si me contó
la obligación que la tiene,
y acuchillarme intentó?
Angela. ¿Don Sancho?
Octavio. Si a veros viene,
decid que lo digo yo.

(Sale Ribera, *criado.)*

Angela. ¡Hola!
Ribera. ¡Señora!
Angela. ¿Está ahí
don Sancho?
Ribera. Con Felisardo
quedaba hablando.
Angela. Pues di,
Ribera, que aquí le aguardo.
Vos dejadme, Octavio, aquí.
Octavio. ¿Queréis que presente esté?
Angela. A solas se lo diré;
porque sabed que, engañada,
palabra le tengo dada;
pero no la cumpliré.
Octavio. ¿Acá también?
Angela. Es traidor;
es mercader de su talle:
vende burlas, gana amor.
Octavio. Si vos queréis castigalle,
y a vuestra amiga (1) mejor,
el casamiento tratemos
que por mi culpa dejamos.
Angela. En él, Octavio, hablaremos.
Octavio. Para vengarnos tardamos;
si os tardáis, no nos venguemos (2).
Angela. Hablad mi padre.
Octavio. Si haré.

(Váyase Octavio.)

Angela. Cuando el papel escribí
a don Sancho, imaginé
que era el responderme ansí
virtud, amistad y fe.
Y era que el traidor hablaba
con la dama de su amigo,
con quien en secreto estaba
casado.

(1) En la ed. de 1618, "digo", por errata.
(2) En la ed. de Hartzenbusch, "agraviais".
(3) En la ed. de 1618 (Barcelona), "estorbarl*e*".

(1) En la edicion de 1618 (Barcelona), "vuestr*o* amigo".
(2) En la ed. de Hartzenbusch, "veng*a*mos".

(Sale Don Sancho *y* Rodrigo, *criado.)*

Sancho. Vuelve, Rodrigo,
donde el arráez quedaba
y otra vez concierta el barco.
Rodrigo. Pienso que vive en Triana.
Sancho. Mira que luego me embarco,
que anda amor esta mañana
poniendo flechas al arco.
Rodrigo. Yo le voy a concertar.
Sancho. ¡Cielos! Angela está aquí.
El alma me hace temblar
mirar el bien que perdí;
mas no lo pude excusar.
El amistad de Bernardo
vence el mayor interés.
Angela. Hablaré: ¿qué me acobardo?
Sancho. Sólo besaros los pies,
para mi partida aguardo.
Angela. ¿Hoy venís y ya os partís?
Alma tenéis de cometa:
presto nacéis y morís.
Sancho. Siempre la tengo inquïeta:
muy bien, señora, decís.
Hoy vuelvo a cierto lugar
donde dejo a vuestro hermano.
Angela. ¡Mi hermano vais a buscar!;
¿pero sois tan gran villano
que aún le queréis engañar? (1)
¿Es esto lo que merece
quien vida y alma os ofrece?
¡A Julia amáis de secreto!
Sancho. [*Ap.*] (Ya hace mi industria efeto.)
Angela. ¡Bien la lealtad se os parece!
¿Vos sois aquel bien nacido?
¿Vos este pago habéis dado
a quien vuestro amparo ha sido,
y a mí, que os he deseado
y cuanto soy, ofrecido?
¡A mí, que mis joyas di
para rescataros! ¡Cielos!
¿Esta traición pasa aquí?
Sancho. [*Ap.*] (Voces han de dar los ce- [los (2);
lloverá amor sobre mí.
Mejor es no responder.)
Angela, culpas de amor
más perdón suelen tener.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "que le querréis engañar".
(2) En la ed. de 1618, "*cielos*"; pero es evidentemente una errata. Hartzenbusch reproduce también "*cielos*"; mas poniendo en este verso en boca de Doña Angela.

Angela. Espera, Osorio traidor,
que no lo debes de ser;
espera, noble fingido;
oye, amigo desleal.
Sancho. Señora, perdón os pido;
amor es un grande mal
que ocupa todo el sentido.
Este me obligó (1) a querer
a Julia.
Angela. Yo haré a mi hermano
que te mate.
Sancho. Podrá ser;
pero detened la mano,
Angela, que os pueden ver;
que vos sabréis algún día
el fin de la empresa mía.
Angela. Si aquí una espada tuviera,
por don Bernardo te hiciera
confesar tu cobardía. [muerto?
¿Qué has hecho de él? ¿Hasle
que no es posible otra cosa;
pues que lo diré, te advierto.
Sancho. [*Ap.*] (Esta es mujer, y celosa,
que es alquitrán encubierto.
Voyme, que el incendio llega.)

(Váyase.)

Angela. ¡Padre! ¡Hermano Federico!

(Sale Felisardo, *viejo.)*

Felisardo. ¿Qué das voces? ¿Estás ciega?
Angela. A la voz la fuerza aplico,
que el cielo a las manos (2) niega.
Soy mujer.
Felisardo. ¿Pues qué quisieras?
Angela. Ser hombre, para que vieras
cómo vengaba a mi hermano,
a quien ha muerto un villano.
Felisardo. Con justa razón te alteras.
¿Cuál es, hija, de los dos?
Angela. Don Bernardo.
Felisardo. ¿Quién le ha muerto?
Angela. Don Sancho.
Felisardo. ¡Válame Dios!
Angela. De Julia ha sido el concierto,
para casarse los dos.
Felisardo. ¿Agora no estaba aquí?

(Sale Ribera.)

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "obliga".
(2) Idem, "aguas".

RIBERA. Julia viene a visitarte.
ANGELA. ¿Y entra ya?
RIBERA. Señora, sí.
FELISARDO. Apenas acierto a hablar[te].
ANGELA. Y yo estoy fuera de mí.

(Salen JULIA *y* LEONOR.)

JULIA. Dame esos brazos.
ANGELA. ¿Qué brazos?
JULIA. Los tuyos, con mil abrazos,
tan debidos a mi amor.
ANGELA. Hacellos fuera mejor
entre los brazos pedazos.
JULIA. ¿Qué es esto?
ANGELA. ¿Qué puede ser,
si el vil don Sancho, por tí
mató mi hermano?
JULIA. Es hacer,
Angela, burla de mí;
si soy de Octavio mujer.
ANGELA. ¿De Octavio, que aquí me ruega
que yo me case con él,
viéndote sin honra y ciega?
JULIA. ¿Estáis locos?
FELISARDO. Si el cruel
velas al viento despliega;
si al mar del Sur, si a la Tierra
del Fuego se va a esconder,
allá le pienso hacer guerra.
ANGELA. ¡Tú de don Sancho mujer!
JULIA. Señor, esta loca encierra.
FELISARDO. ¿Qué he de encerrar, si me [han (1) muerto
por ti un hijo?

(Sale FEDERICO.)

JULIA. ¿Por mí?
FEDERICO. Agora
acaba de tomar puerto
mi hermano.
JULIA. Muerto le llora
toda esta casa a concierto.
Y así será lo demás.

(Sale DON BERNARDO.)

BERNARDO. Cuando más seguro estás,
me vengo a echar a tus pies.
FELISARDO. ¿Es mi hijo?
JULIA. El mismo es,
y Guzmanillo detrás.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "ha".

FELISARDO. ¿Es posible que sois vivos?
GUZMÁN. No; por artificio andamos.
FELISARDO. ¿Adónde andáis, fugitivos?
GUZMÁN. Riñe un poco, porque vamos...
FELISARDO. ¿Dónde?
GUZMÁN. A rescatar cautivos.
ANGELA. ¡Qué notables confusiones!
¡Ya por muertos os tuvimos!
GUZMÁN. Pues, para abreviar razones:
a cazar monas nos fuimos
a la Sierra de Bullones.
BERNARDO. Todos confusos estáis.
¿Qué tenéis, que me miráis
con ceño y desabrimiento?
JULIA. Yo tengo un gran descontento
del que todos me mostráis (1),
y en mi vida os he de ver.
FELISARDO. Señora, esperad, oid.
FEDERICO. Angela, ¿qué puede ser?
BERNARDO. Julia, el enojo decid.
JULIA. ¿Yo de don Sancho mujer?
FELISARDO. Ven, Federico, conmigo,
que la quiero acompañar.
FEDERICO. A servirla voy contigo.

(Váyase JULIA, FEDERICO *y* FELISARDO.)

BERNARDO. Y a mí, ¿por qué me han de dar,
Angela, aqueste castigo?
¡Así Julia me recibe!
Pero sentirá el agravio,
que en la mujer siempre vive.
¿Qué hay, doña Angela, de Octa- [vio?
Don Sancho todo lo prive (2).
Adoro a Julia; mas soy
tan cierto que leal amigo,
que como él viva, aunque estoy
de Julia en desgracia, digo
que por contento me doy.
¿Qué dirás de cómo fuí,
y qué presto le envié?
Por su rescate me di:
que allá entre tanto quedé,
y en gran peligro me vi;
que me adoraba la mora
a quien de esclavo servía
don Sancho, y aún hoy me adora.
GUZMÁN. Gracias a la industria mía,
por quien estás libre agora;

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "mofáis".
(2) Idem., "priva".

que transformado en tocino
te saqué de entre los moros.

BERNARDO. Valióme tu desatino,
que si no, por mil tesoros
no hallara a España camino.
¿Dónde mi don Sancho está,
que padres y hermanos veo,
y nadie gusto me da;
que sólo en el mi deseo
a su esfera y centro va?
¿Hase casado contigo?,
¿fuese Octavio?, ¿qué hay de nue- [vo?

ANGELA. ¡Gracia tienes con tu amigo!
Si desengañarte debo,
que es un infame te digo.

BERNARDO. ¡Vive Dios, que si no fueras
mi hermana...!

ANGELA. Deja quimeras,
que don Sancho es un traidor,
pues con Julia trata amor.

BERNARDO. ¿Hablas, Angela, de veras?

ANGELA. Él propio se lo ha contado
a Octavio, y Octavio a mí.

BERNARDO. Octavio te habrá engañado.

ANGELA. Si él mismo me dijo aquí
que está con Julia casado;
si el no me querer hablar
ni el (1) responder al papel
fué no poderse casar;
y agora dice el cruel
que te pretende matar.
Si me desprecia en mi cara,
y de Julia dice que es,
¿son burlas?

GUZMÁN. ¡Quién tal pensara!

BERNARDO. Doña Angela, si después
que me engañas se declara,
¡a qué peligro te pones!
Mira que es don Sancho Osorio
de los ínclitos varones,
que por hecho tan notorio
celebran tantas naciones.
Mira...

ANGELA. Que no hay que mirar;
acábame de contar
que está con Julia casado,
y aun ella no lo ha negado.
Pues ¿qué se puede esperar?

BERNARDO. Don Sancho...

GUZMÁN. ¡Ah señor!, un día
te dije yo que no había
verdad en amigos ya.

BERNARDO. ¡Con Julia!...

ANGELA. ¡Qué loco está!

BERNARDO. ¿Cuál hombre del hombre fía?

ANGELA. Yo me pongo a que me des
mil puñaladas después,
si esto no fuere (1) verdad.

BERNARDO. No hay en el mundo amistad;
todo es traición y interés.
¿Ha mucho que se embarcó?

ANGELA. Agora de aquí partió.

BERNARDO. Ensilla los andaluces
y carga dos arcabuces,
que honra y sangre tengo yo.
El irá a Coria a parar;
yo, por San Juan de Alfarache,
por tierra le he de alcanzar.

GUZMÁN. ¡Plega al cielo que despache
todos sus vientos la mar!
¡Plega a Dios que la marea
le detenga, y que no sea
ir a la sirga (2) remedio!

BERNARDO. Más peligros hay en medio,
como yo su traición crea.

ANGELA. Esa es muy necia porfía.

BERNARDO. ¡Bien nuestra amistad conforma!

GUZMÁN. ¡Mal tablazo de Tarfía
zozobre el barco, de forma
que muestre la quilla al día!

ANGELA. Que te desengaño advierte.

BERNARDO. Ya voy, ya quiero creerte.
Guzmán, si aquesto es verdad,
habrá en el mundo amistad,
mas no amigo hasta la muerte.

(Salen DON SANCHO *y* RODRIGO.)

RODRIGO. Aquí es forzoso parar,
mientras la corriente viene.

SANCHO. ¡Oh, si fuera hasta la casa
de Arlaja aquesta corriente!
Claro, cristalino río,
ansí tus ondas celebren
los ingenios milagrosos
que nacen donde tú mueres;
así del árbol de Palas
corones tus blancas sienes,

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch, se omite "el".

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "fuera".
(2) En la ed. de 1618, "*Sirga*", con mayúscula; pero debe de ser errata, y no nombre propio geográfico, como pudiera parecer. En Asturias hay un lugar llamado *Sirga*. Aquí es, sin duda, la locución marítima "*a la sirga*".

entre perlas y corales
que las dos Indias te ofrecen;
así tus espaldas blancas
doradas barras sujeten,
que a tu gran señor Felipe
rindas de seis a seis meses;
así Sevilla y Triana
engasten eternamente
el diamante de tus aguas,
anillo de tantos reyes;
así a la Torre del Oro
tus barcos de plata besen
y truequen flamencas urcas
sus holandas a tu nieve (1),
que a Sanlúcar me lleves
a ver aquel mi amigo hasta la muer-
Si me llevas a Esperanza,
ésa misma me entretiene:
desde allí ya pueden naves
dar velas al viento leve.
Así trueques con su sal
tus dulces aguas que trueques,
por los siglos de mil mundos,
sin que enemigos las entren;
así, pues, padre de España,
godo bien nacido Betis,
esto de Guadalquivir
a los africanos dejes;
así en tu espejo famoso
el Sol sus cabellos peine,
y se conviertan sus hebras
los tejos que a España ofreces,
que a Gibraltar me lleves
a ver aquel mi amigo hasta la
[muerte.

(Salen Don Bernardo *y* Guzmán, *con dos arcabuces.)*

GUZMÁN. El es; ¿qué dudas?
BERNARDO. No dudo.
GUZMÁN. ¿Quieres que le tire?
BERNARDO. Tente,
o pondréme en medio yo
para que juntos nos lleves.
GUZMÁN. Desvíate, que estás loco.
BERNARDO. Quísele bien, y no puede
persuadirse el corazón,
y el corazón nunca miente.
RODRIGO. Señor, ¡ladrones!
SANCHO. ¿Qué dices?
RODRIGO. Que a la defensa te aprestes.
SANCHO. ¿Es don Bernardo?
BERNARDO. Yo soy.
SANCHO. Pues ¿cómo aquí te apareces?
¿Es milagro? ¿Haste ofrecido
a alguna imagen?
BERNARDO. ¡Detente!
SANCHO. ¿Los brazos me niegas?
BERNARDO. Sí.
Pues ¿no es razón que los niegue?
SANCHO. A la cuenta, de tu casa
y de hablar tu hermana vienes.
BERNARDO. Sí, vengo.
SANCHO. ¡Buen rostro muestras
a lo que en esto me debes!
BERNARDO. Ella dice que traiciones...
SANCHO. Respóndeme si las crees,
y arrojaréme en el río,
sin que mi vida remedies.
BERNARDO. No las creo.
SANCHO. Pues, los brazos.
BERNARDO. Primero el caso me (1) advierte.
SANCHO. ¡Brazos! ¡Arrójome al río,
sin que mi vida remedies!
BERNARDO. ¡Muy buen estribo has hallado!
¡Brava confianza tienes!
Mis brazos quiero fiarte,
aunque me mates.
SANCHO. Detente,
que quien sospecha de mí
esa traición, no merece
mis brazos; mas por mi honor
es bien que el caso te cuente.
Yo hallé en Sevilla trocados
los sucesos, como suelen:
ya se casaba tu dama
con Octavio, y por hacerte
servicio, a Octavio le dije
que el casamiento no hiciese,
que yo lo estaba con Julia,
y, para lazo más fuerte,
le enamoré de tu hermana
para que su esposa fuese;
de suerte que me quité
mi propio bien, por tenerte
guardada a Julia hasta agora.
Y pues lo contrario crees,
en tu vida me hables más:
que quien por locas mujeres,
o por terceros traidores,

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "tus nieves".

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "Primero el caso advierte".

sus amigos aborrece,
no merece mi amistad.

BERNARDO. Lo mismo puede moverte,
pues pudiendo perdonarme
como los amigos suelen,
esta falta, me castigas.

GUZMÁN. ¡Ea! ¿Qué término es éste
entre amigos tan del alma,
entre tan honrada gente?
Dense las manos y brazos,
y esto quede para siempre;
que en Coria hay vino y ostión,
no haya más, o enojaréme.

BERNARDO. Por abrazarte me muero.

SANCHO. Y yo, por darte mil veces
los brazos.

GUZMÁN. Rodrigo, corre,
di que saque vino el huésped.

SANCHO. ¿Qué hay de la mora?

BERNARDO. Mil cosas;
ven a aquel pradillo verde,
y contaréte la historia.

GUZMÁN. ¿Oyes, don Sancho?

SANCHO. ¿Qué quieres?

GUZMÁN. Arrojaréme en el río,
sin que mi vida remedies.

SANCHO. No te burles, que no sabes
lo que pierde aquel que pierde
un buen amigo.

BERNARDO. Y más yo,
que lo soy hasta la muerte.

ACTO TERCERO

(Salen FELISARDO, DON BERNARDO *y* GUZMÁN.)

FELISARDO. No tienes que persuadirme;
la palabra he dado a Octavio.

BERNARDO. Haces a tu honor agravio.

FELISARDO. Soy en mis palabras firme.
Fuera de eso, aunque muy noble,
don Sancho es pobre en extremo.

BERNARDO. ¿No eres tú rico?

FELISARDO. Eso temo,
porque es en mi daño al doble.
Que si tu amigo se casa
con doña Angela, es traer
la destruición que ha de ser
de mi hacienda y de mi casa.
Deja esas caballerías,
que no en balde bien estoy
con tu hermana, a quien yo (1) doy
crédito en las cosas mías.
Federico ha de ser rico:
negocia; en fin, me parece...

BERNARDO. ¿Y con eso te ennoblece,
padre y señor, Federico?

FELISARDO. Bástame a mí ser hidalgo;
¿qué me puedes tú aumentar
con don Sancho, que ha de dar
fin a cuanto soy y valgo?
¡Lindo consejo me has dado;
aunque tu amor significa
que meta en mi casa rica
un yerno necesitado!
Deja de ser caballero;
trata como yo.

BERNARDO. Señor...

FELISARDO. Déjame.

BERNARDO. ¡Bravo rigor!
Pero remediarlo espero.

(Váyase FELISARDO.)

El gran Felipe Segundo
viene a Sevilla, Guzmán;
casa apercibiendo están
a quien es pequeño el mundo.
El gran Duque de Medina
Sidonia vino antiyer.

GUZMÁN. Pues el Duque, ¿qué ha de hacer?

BERNARDO. Quien ama, siempre imagina.
Y pues habemos venido
a ver el Alcázar, donde
a su valor corresponde
lo que tiene prevenido,
déjamele hablar.

GUZMÁN. Bien puedes.

BERNARDO. Aunque no se persuade,
yo haré que don Sancho agrade
a mi padre.

GUZMÁN. Cuando heredes.

(Sale acompañamiento y el DUQUE DE MEDINA SIDONIA, *y* DON SANCHO *entre los que le acompañan.)*

DUQUE. Dicen que Su Majestad
salió de Córdoba ayer.

GUZMÁN. Don Sancho le viene a ver.

BERNARDO. Tiene mucha calidad,
aunque es grande su pobreza;
mas yo la remediaré.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "ya".

Vuestra Excelencia me dé
sus pies.

GUZMÁN. [*Ap.*] ¡Qué amor, qué fineza!

BERNARDO. Y licencia juntamente
para hablarle aparte.

DUQUE. Aquí
nos retiremos.

BERNARDO. De mí
no hay, señor, para qué intente
haceros más relación
de que soy un hijodalgo,
que lo que en Sevilla valgo
merece mi condición:
De Felisardo soy hijo,
hombre rico en tierra y mar
por esto del negociar,
si ya la fama os lo dijo.
Tengo un amigo: éste es hombre
noble y pobre con extremo;
quiero remediarle, y temo
que su enemigo me nombre;
porque es tanta su aspereza,
que no me verá en su vida.
Yo, porque a mi amor no impida
el remediar su pobreza,
he dado en un pensamiento,
y es: que a vuestro tesorero
acudir cada año quiero,
si vos fuérades (1) contento,
con dos mil ducados; que éstos
habéis de decir, señor,
que se los dais.

DUQUE. ¡Gran valor!

BERNARDO. O los dejaré bien puestos,
de suerte que sin que entienda
que más que vos se los dais,
merced a los dos hagáis
y él tenga bastante hacienda.

DUQUE. Vos sois un perfecto amigo,
y yo lo quiero ser vuestro,
y para el concierto nuestro
todo lo que puedo obligo.
Mas ¿cómo tengo de dar
dos mil ducados a un hombre
que nunca supe su nombre?

BERNARDO. Eso se ha de remediar
con decir Vuestra Execelencia
que ha sabido que es pariente
suyo.

DUQUE. ¿Y es hombre decente?

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "fuéredes".

BERNARDO. Fuera loca impertinencia
poneros en esto yo,
a no ser gran caballero:
y que ayude el nombre espero.

DUQUE. ¿Dónde esta amistad se vió?

BERNARDO. Don Sancho Osorio y Guzmán
se llama.

DUQUE. Bien puede ser
mi deudo; quiérole ver.

BERNARDO. De los que juntos están
es aquel pequeño y rojo.

DUQUE. Llamalde. ¡Qué alegre parte!

BERNARDO. ¡Don Sancho!

SANCHO. ¿Qué hay?

BERNARDO. Oye aparte.

SANCHO. ¿Tenemos algún enojo
sobre (1) esto, de gravedad?
¿Para qué el Duque te llama?

BERNARDO. De tu virtud, nombre y fama
se informa por la ciudad;
que ha sabido por muy cierto
que eres su deudo cercano.
Yo (2) le he dicho a todo, hermano,
las cosas que, vivo y muerto,
digan los hombres de mí.
Díjome que te llamase.

SANCHO. Como él de ti se informase,
bien seguro estoy de ti.

BERNARDO. Llega, bésale los pies.

SANCHO. Déme los pies Su Excelencia.

DUQUE. ¡Oh, pariente! ¡Tanta ausencia!
Fuera de Sevilla un mes
para llegar a Sanlúcar.

SANCHO. Que me enmudece creed,
gran señor, tanta merced.

BERNARDO. [*Ap.*] Hoy hago a don Sancho un [Fúcar.

DUQUE. Ya sé, primo, la razón
porque no me vais a ver.
Pues los deudos suelen ser
buenos en toda ocasión.

SANCHO. ¿Quién tan bueno como vos,
siendo vos Guzmán el Bueno,
ni de más grandeza lleno?

DUQUE. Hacienda, gracias a Dios,
tenemos con que paséis;
de ésta os doy seis mil ducados
cada un año, situados
a donde vos señaléis.
Con esto bien podéis ir
a vernos cuando queráis.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "en".
(2) En la ed. de 1618 (Barcelona): "Y yo".

SANCHO. Si vuestros pies no me dais,
la tierra quiero imprimir
de mil besos de mi boca.
BERNARDO. [*Ap. al Duque.*] Oye una palabra.
DUQUE. Di.
BERNARDO. Confuso me has puesto aquí,
por ser tu memoria poca
o ser tu grandeza mucha;
que dos mil te dije yo.
DUQUE. ¿Dos mil?
BERNARDO. Sí, que seis mil no,
ni puedo darlos.
DUQUE. Escucha.
No fué olvido, sino ley
de una envidia generosa,
ver que intentas una cosa
digna de un príncipe o rey:
tú le darás los dos mil;
yo los cuatro le daré.
BERNARDO. Aun responderte no sé;
mas, si nacieras gentil,
en tu imagen te adorara.
DUQUE. Y yo en la de tu amistad.
BERNARDO. Si en tu generosidad
poco mi alabanza para,
es porque no nos entienda
don Sancho, que no querrá
la renta.
DUQUE. Yo tardo ya.
BERNARDO. Ya tienes, don Sancho, hacienda;
doyte el parabién.
DUQUE. Don Sancho.
SANCHO. Señor.
DUQUE. A Su Majestad,
en llegando a esta ciudad...
BERNARDO. [*Ap.*] Todo el corazón ensancho
para que quepa el contento.
DUQUE. ... un hábito para vos
le he de pedir.
SANCHO. Guárdeos Dios,
y dé a vuestra casa aumento.
GUZMÁN. ¿Qué habéis tratado?
BERNARDO. Hale dado
seis mil ducados de renta.
GUZMÁN. ¿Por qué?
BERNARDO. Por pariente.
GUZMÁN. Intenta
que conozca a tu criado,
pues ves que no tengo un pan.
BERNARDO. Pues ¿qué te ha de dar a ti?
GUZMÁN. ¿No me llamo Guzmán?
BERNARDO. Sí.
GUZMÁN. Y él, ¿no se llama Guzmán?
BERNARDO. Sí, pero grande nació.
GUZMÁN. Que soy su pariente hallo
por parte de aquel caballo
que se llama como yo.
La razón está en la mano.
BERNARDO. ¿Cómo?
GUZMÁN. El caballo es "Guzmán".
BERNARDO. Bien.
GUZMÁN. Dístele, por galán,
a don Sancho.
BERNARDO. Todo es llano.
GUZMÁN. Don Sancho, de andar sobre él,
también Guzmán se llamó,
y el Duque renta le dió:
luego empariento con él.
Que yo al caballo, el caballo
a Sancho, y Sancho al Guzmán,
por línea derecha van,
y en cuarto grado le hallo.
BERNARDO. A perderse la locura,
se hallaría en tu cabeza.
¡Vaya fuera la tristeza!
pues Angela está segura
para don Sancho, Guzmán,
teniendo seis mil ducados
de renta.
GUZMÁN. Bien empleados,
y en ti mil mundos lo están.
¡Qué amigo, tú!
BERNARDO. No lo dudes:
hasta la muerte seré.
GUZMÁN. ¡Que nunca un amigo hallé
de tus heroicas virtudes?
Nunca nadie me prestó
ni me ha guardado lealtad.
BERNARDO. ¿Nunca tuviste amistad?
GUZMÁN. Cierto amigo tuve yo
que con mi fregona hablaba;
y un hijo que nos hallamos,
a tres quínolas echamos
cuál de los dos le llevaba.

(*Vanse, y sale* JULIA *y* DOÑA ANGELA.)

JULIA. No (1) respondo a tu papel
por letra, sino en persona.
ANGELA. Que te escribiese perdona,
y no fuese en lugar de él:
que habiéndose declarado
lo que don Sancho intentó,

---

(1) En la ed. de 1618 (Barcelona): "No *te* respondo..." Pero el verso resulta largo.

la ofendida he sido yo.

JULIA. Ya le tendrás perdonado,
pues sabes la obligación
en que a don Bernardo está.

ANGELA. Sola esta (1) disculpa da
de la pasada invención;
porque haberle dicho a Octavio
que se casase conmigo,
porque él lo estaba contigo,
era de tu error agravio.
Ingratitud para mí,
y a don Bernardo, traición.

JULIA. Finezas de amigo son
que quieren pagarse ansí.

ANGELA. Cuando miro que Bernardo
quedó cautivo por él,
de ser conmigo cruel
sola esta disculpa aguardo.

JULIA. Yo le estoy agradecida,
pues aunque me hizo agravio,
estorbó que el necio Octavio
tiranizase mi vida.
Mas ¿cómo te va con él?
¿Hácese ya el casamiento?

ANGELA. No me le nombres, que siento
pena y tormento cruel.
Antes que en aquellos brazos
me vea...

JULIA. No jures más.

ANGELA. En el lugar donde estás
me haga un rayo pedazos.

(*Sale* FEDERICO.)

FEDERICO. Angela, quejoso estoy
de que, estando Julia aquí,
no me dieras parte a mí.

ANGELA. Nunca del alma la (2) doy.

FEDERICO. Si del alma no la das,
¿qué amistad haces a quien
por sangre te quiere bien,
y por amistades más?
[*Ap.*] Duélete, hermana, de mí:
háblala (3), dile mis celos.

ANGELA. Mejor me guarden los cielos
que yo le ruegue por ti.
¿Y tú no ves que es locura,
queriendo bien a mi hermano?

FEDERICO. Tiene imperio tan tirano
de las almas la hermosura,
que no me ha dado lugar
a que le guarde respeto.
Háblala, que te prometo...

ANGELA. ¿En qué la tengo de hablar?
¿Téngole yo de decir
que a don Bernardo aborrezca
y que te quiera?

FEDERICO. Merezca
sola una palabra oír
de aquella graciosa boca.

ANGELA. Terceros son para ausencia:
que negociar en presencia,
al mismo amante le toca.

FEDERICO. En la mesa del señor,
Angela, ponen un ave,
y allí la corta el que sabe
con mucha gala y primor.
A ti, pues, ¿por qué te pesa,
pues nadie tu ingenio iguala,
ser del Amor maestresala,
ya que está el ave en la mesa?

ANGELA. Córtala tú, pues te dió
la ocasión por quien lo estuvo:
que nunca quien hambre tuvo
al maestresala aguardó.
Vésla allí, dile tu mal.

FEDERICO. Temblando llego.

JULIA. ¿Qué quieres?

FEDERICO. Saber, ingrata, si eres
piedra o mujer celestial.

JULIA. ¿Cómo lo quieres saber?

FEDERICO. Tocándote.

JULIA. No seas loco.

FEDERICO. Pues si esta vez no te toco,
ni eres piedra ni mujer.

JULIA. Todo lo soy.

FEDERICO. ¿Cómo ansí?

JULIA. Libre decírtelo aguardo:
mujer soy para Bernardo,
y piedra soy para ti.

FEDERICO. Y aun piedra de rayo fuiste
en esa resolución;
mas ten de mí compasión,
que me has de matar de triste.
No me quieras; mas consiente
que, por sangre de mi hermano,
te toque sola una mano.

ANGELA. Mi padre viene.

JULIA. ¡Detente!

(*Sale* FELISARDO.)

---

(1) En la ed. de 1618 (Barcelona): "esa".
(2) En la ed. de Barcelona (1618), "le".
(3) En la ed. de 1618 (Barcelona): "habla".

FELISARDO.

Huélgome de su bien como del mío.

ANGELA.

¿De qué vienes alegre?

FELISARDO.

De que el Duque,
el Guzmán generoso de Medina,
el Bueno por grandeza y excelencia,
ha dado al buen don Sancho, al grande amigo
de Bernardo, tu hermano, como a deudo,
seis mil ducados, que de renta coma,
en tanto que le hace otras mercedes,
y promete pedir para él un hábito,
luego que el gran monarca de dos mundos
entre en Sevilla, que le espera alegre.

ANGELA.

Huélgome de su bien, porque a don Sancho
eso faltaba sólo.

JULIA.

Y yo me huelgo,
por lo que le estimáis en esta casa.

FEDERICO.

No es menos que de todos mi alegría,
por la que de esto ha de tener mi hermano.

FELISARDO. [*Aparte.*]

Estoy arrepentido, Federico,
de no le haber casado con doña Angela.

FEDERICO.

A tiempo estás agora.

FELISARDO.

Agora creo
que se querrá estimar.

FEDERICO.

Don Sancho estima
sólo a Bernardo.

FELISARDO.

Pues tratarlo pienso,
cansado de este Octavio, u octavario,
que nunca acaba de salir de fiestas,
sin conclusión de cosa que procure.

(Sale LEONOR.)

LEONOR.

Tu coche y tus criados han llegado.

JULIA.

Irme será razón, que ya es de noche.

FELISARDO.

Yo, como viejo, haré esta vez oficio
de escudero.

ANGELA.

Vos sois mi señor.

JULIA.

Angela,
adiós, hasta mañana.

ANGELA.

Si allá vieres
a Bernardo, dirás que agora es tiempo
de que don Sancho lo que debe pague.

FELISARDO.

Ven, Federico.

FEDERICO.

Iré siguiendo el alma
que me llevan los ojos celestiales
de esta mujer, que dice que es de piedra,
pues piedras hay que abraza verde yedra.

ANGELA.

Esperanza del bien que me entretiene,
¿qué me decís? ¿Tendréis agora efeto?
En nombre de tu amor te lo prometo,
que más se estima cuando tarde viene.
Alma, ¿qué quieres? ¿Que descanse o pene?
Descansa y pena, corazón inquieto;
pues ¿cómo han de caber en un sujeto,
porque el cielo de Amor, infierno tiene?
Como oráculo, Amor sentidos junta,
tiene su voz entendimiento vario:
donde promete el bien, el mal apunta.
Astrólogo es Amor y judiciario,
que quien quiere saber lo que pregunta,
de lo que dice, espera lo contrario.

(Váyase, y entren DON BERNARDO *y* DON SANCHO, *en hábito de noche, y* GUZMÁN.)

BERNARDO. Han hecho las amistades,
y ya las dos enemigas
son desde esta tarde amigas.
SANCHO. ¿Cómo estáis de voluntades
Julia y tú?

BERNARDO. Sospechas tiene
que no la trato verdad,
porque de nuestra amistad
a estar tan celosa viene,
que no lo estuviera tanto
de las damas de Sevilla.
SANCHO. Quiere bien, no es maravilla.
BERNARDO. De lo que sufre me espanto.
¿Dónde quieres que pasemos,
mientras viene Julia, un rato?
GUZMÁN. No está lejos un retrato
de sus melindres y extremos;
pero tiene ocupación
de un cierto diestro en bigotes.
BERNARDO. Nunca donde hay marquesotes
procuro conversación.
GUZMÁN. Al salir de la Alameda
vive una dama bizarra;
mas toca tantico en Sarra (1),
aunque lo cubre de seda.
Un preso, habrá cuatro días,
envió a esta dama un papel,
y suplicábale en él,
con ruegos y cortesías,
(porque temía los daños
de confesar en un fuerte
tormento), que de qué suerte
negaba siempre sus años.
SANCHO. El preso anduvo discreto,
que no hay tan fuerte negar.
BERNARDO. Bien puede disimular,
si lo permite el sujeto,
una mujer cuatro o seis
años, en llegando [a] treinta.
GUZMÁN. Yo conozco unos cincuenta
negar...
BERNARDO. ¿Cuántos?
GUZMÁN. Veintiséis.
BERNARDO. ¡Válame Dios!
GUZMÁN. ¿Qué te espantas?
BERNARDO. ¡Bestia!, ¿no me he de espantar?
¿Veintiséis puede negar?
GUZMÁN. Pues de sabandijas tantas,
de afeites, mudas y enrubios,
la gala, ropa y basquiña,
¿es mucho se haga niña
entre mozos boquirrubios?
SANCHO. Por eso perecen ellas.

(1) Así, "*Sarra*", en las primeras ediciones y en la de Hartzenbusch. Pero no parece un nombre propio o una toponimia, sino la grafía antigua de "charra"; a menos que esté por *Sara*, la anciana esposa de Abraham.

¿Sabes otra cosa?
GUZMÁN. Sí;
pero paréceme a mí
que os cansaran dos doncellas.
BERNARDO. ¿Qué traza?
GUZMÁN. Un eterno hablar.
BERNARDO. ¡Gentil dolor de cabeza!
SANCHO. ¿Juegan del vocablo?
GUZMÁN. Es pieza
que las enseña a jugar;
pero, fuera de esto, cantan
poéticas necedades.
SANCHO. ¿Cantan?
GUZMÁN. Sí; mas son abades
que de lo que cantan yantan.
BERNARDO. ¿Hay romancito y pastor
sentado junto a una fuente?
GUZMÁN. Y su estribo diferente
de esto de celos y amor.
BERNARDO. Ve, por tu vida, Guzmán,
que ya Julia habrá venido:
entra a su cuadra atrevido,
pues también (1) contigo están,
y dile que estoy aquí,
que se ponga en esa reja.
GUZMÁN. Yo voy, aunque está con queja
de tu don Sancho y de ti.
En hablando a Julia hermosa,
con mi fregona me zampo,
que habemos partido el campo
con una cena famosa.
Hay ostión frito en la concha,
que huele como ámbar gris,
y vinazo de Alanís,
que alza dos dedos de roncha.
Tiénela cierto piloto
que anda agora en la carrera,
mientras yo...; mas ya me espera,
que un gusto a lo dulce y roto
vale más que gravedades;
porque un amor socarrón
es divino salpicón
de perdices voluntades.

(Váyase, y sale FEDERICO.)

FEDERICO. Siguiendo el coche he venido
de Julia; ya está en su casa,
nube del rayo que abrasa
el centro de mi sentido.
Hame muerto su desdén,

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "tan bien".

no me deja sosegar;
¡ay, rejas, dadme lugar,
aunque sois hierros también,
para que de noche bese
adonde ha puesto su mano,
aunque a mi dichoso hermano
de que os ablandéis le pese!

BERNARDO. ¿Qué hombre, Sancho, es aquél?
SANCHO. No le conozco.
BERNARDO. Repara
en que a las rejas se para.
SANCHO. Parece a Octavio.
BERNARDO. ¿Si es él?

(JULIA, en alto.)

JULIA. Aquí me ha dicho Guzmán
que don Bernardo me espera.
FEDERICO. Rüido siento en la esfera
donde sol y luna están.
JULIA. ¿Es don Bernardo?
FEDERICO. (¿Diré
que soy don Bernardo?) Sí.
BERNARDO. Julia está con él allí.
¡Muerto soy, Sancho! ¿Qué haré?
SANCHO. Quisiera saber quién era.
BERNARDO. Yo iré a saberlo.
SANCHO. Detente;
porque a Julia es más decente
que yo vaya; aquí me espera.
BERNARDO. Parte con gran discreción.
SANCHO. ¿Quién va?
FEDERICO. ¿Quién le mete en eso?
SANCHO. Yo, que puedo.
FEDERICO. Es mucho exceso.
JULIA. Señores, no haya cuestión
a esta puerta, ¡por mi vida!;
que si la ocasión he dado,
con entrarme es acabado.

(Quítese.)

SANCHO. No puede en este balcón
hablar nadie.
FEDERICO. Pues yo puedo;
y ha sido gran necedad
dejarme con libertad
de la manera que quedo.
SANCHO. Vos sois el necio.
FEDERICO. Mentís.
SANCHO. Así respondo a villanos.
FEDERICO. ¿Luego yo no tengo manos?
SANCHO. Pues haced como decís.

(Caiga FEDERICO.)

FEDERICO. ¡Muerto soy!
BERNARDO. ¡Fuera! ¿Qué es esto?
SANCHO. Maté el hombre.
BERNARDO. Pesia tal...
SANCHO. ¿Hice mal?
BERNARDO. No hicistes mal;
ello fué bien hecho y presto.
SANCHO. Quedaos a mirar quién es,
mientras me voy a la torre.
BERNARDO. Pues presto, don Sancho, corre.
SANCHO. Como manos, tengo pies.

(Váyase DON SANCHO.)

BERNARDO. ¡Ah, caballero! ¡Ah, señor!
FEDERICO. ¡Confesión!: esto os suplico.
BERNARDO. ¡La voz es de Federico!
FEDERICO. Yo soy.
BERNARDO. ¡Qué extraño dolor!
¡Ah, querido hermano mío!
FEDERICO. ¿Es Bernardo?
BERNARDO. Sí.
FEDERICO. ¡Yo muero!
BERNARDO. Dios te socorra, que espero.
FEDERICO. Bernardo, el alma te fío;
abrázame, y haz por ella
lo que pudieres... Adiós.
BERNARDO. ¡Ay, si salieran las dos!
Pero quiero detenella,
porque no salga también
la de Sancho, que en la mía
tuve desde el triste día
que he dado en quererle bien.
Mi hermano es muerto, y le ha [muerto
Sancho, mi mayor amigo.
¡Cielos!, ¿qué haré, pues me obligo
por amor a un disconcierto?
Mas no quiero detenerme;
quiero en los brazos llevalle:
que, de hallarlo en esta calle,
puede otro mal sucederme.
¡Ved qué carga llevo aquí,
y sin poderla vengar!
Aun no me puedo quejar (1):
Sancho le ha muerto por mí.
¡Oh, hermano, qué triste empre- [sa!
¡Quién pensara que pesar
pudieras!; pero un pesar
pesa en el alma a quien pesa.
Tú, más cortés, a lo menos,

(1) Hartzenbusch omite este verso, por faltar en la edición o en la copia que utilizó para la suya.

de tu nobleza me adviertes
que toda la sangre viertes
para sólo pesar menos.
Yo tuve, en fin, un amigo,
hermano, que te mató,
y, por mi desdicha, yo
fuí de tu muerte testigo.
¡ Pluguiera a Dios que jamás
de cautiverio saliera,
para que ocasión no diera
a la desdicha en que estás!
¡ Triste de mí, que la calle
viene ocupando gran gente!

(Sale la JUSTICIA *y gente con* (1) *linternas.)*

ALGUACIL. Téngase el señor Tiniente.
TINIENTE. ¿Quién va?
ALGUACIL. Un hombre de mal talle.
BERNARDO. No es de mal talle el que va;
mas está mal entallado,
porque a otro hombre se ha junta-[do,
que pienso que muerto está,
y no hay muerto con buen talle.
ALGUACIL. Un difunto trae a cuestas.
TINIENTE. Bien quién eres manifiestas.
BERNARDO. Aquí le hallé en esta calle.
TINIENTE. Habrále muerto el ladrón,
y llévale a desnudar.
BERNARDO. Merced me hacéis en quitar
a mi padre la ocasión
de tanta pena, si entrara
con un hijo muerto un vivo.
TINIENTE. Notable pena recibo,
hombre, en mirarte la cara.
Por quién eres te pregunto.
BERNARDO. Estaré desfigurado,
porque pienso que he trocado
mi rostro con el difunto.
Soy don Bernardo de Chaves,
que no lejos de aquí, agora,
hablando a cierta señora,
cuya calidad no sabes,
a Federico, mi hermano,
en sus mismas rejas vi,
a quien hoy, por celos, di
muerte con mi propia mano.
TINIENTE. ¡ Extraño caso!
BERNARDO. Esto pasa.
TINIENTE. Mucho me pesa. Mostrad
esa casa.

(1) En la ed. de 1618 (Barcelona), "y".

BERNARDO. Perdonad,
que es muy honrada la casa.
Por yerro, muerte le di:
que ser otro imaginé.
TINIENTE. Allá lo diréis.
BERNARDO. Yo sé
que no lo sabréis de mí.
TINIENTE. Caminad con él.
BERNARDO. [*Ap.*] Advierte,
don Sancho, a cuánto me obligo,
pues hoy he de ser tu amigo
no menos que hasta la muerte.

(Llévenle, y diga DON SANCHO*:)*

SANCHO. Con aquel notable amor
que a don Bernardo he tenido,
a la justicia he seguido;
pero con algún temor.
Lejos estuve mirando,
que a don Bernardo llegó,
y, a lo que me pareció,
les iba el caso contando.
¡ Válgame Dios! ¿Si dirá
que yo la muerte le di?
Pero el dolor, ¡ay de mí!,
bastante ocasión le da.
¡ Que no le mirara bien!
¡ Ah cólera ciega, errada!
¡ Maldita seas, espada,
fuera de la cruz, amén!
Hélo aquí todo perdido:
del Duque, seis mil ducados;
el deudo y favor hallados
por milagro, en tanto olvido;
de aquel ángel la hermosura,
que por esposa tuviera,
con que al extremo subiera
de perfección mi ventura;
sobre todo, la amistad
del hombre que más la muestra,
que se ha visto en la edad nuestra
y escrito la antigua edad.
¿Si sabrán algo en su (1) casa
de Julia? Gente ha salido (2).

(Salen OCTAVIO *y* RICARDO.)

OCTAVIO. ¿No habéis sentido el rüido?
RICARDO. Ya sé todo lo que pasa,

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "la".
(2) En la ed. de 1618 (Barcelona), "sido", sin duda por errata.

y sospecho que mi honor,
Octavio, lo pasa mal.

OCTAVIO. Es el vulgo desigual;
con razón tenéis temor.

RICARDO. ¡Que don Bernardo matase
su propio hermano, de celos!

SANCHO. ¿Qué es esto que dicen?, ¡cielos!

RICARDO. ¡Que tanto Amor le cegase!
¡Ay, Octavio!, pues que ya
la hermana de don Bernardo
da a don Sancho Felisardo,
después que tan rico está,
casaos vos con Julia, a efeto
de que hallándola casada,
pues en esto no es culpada,
quede el agravio secreto.
Andemos todos de boda.
Disimúlese el dolor.

OCTAVIO. Ricardo, si con mi honor
hoy el vuestro se acomoda,
veisme aquí, puesto que siento
verme de una en otra casa;
que mi casamiento pasa
como pelota de viento.
La calle se ha sosegado;
adentro, Ricardo, entremos,
donde en secreto tratemos
si soy o no soy casado.
Que tengo tanto escarmiento,
que, aunque se acabe de hacer,
sospecho que no he de ver
firmeza en mi casamiento.

SANCHO. [*Ap.*] Hacer quiero que pasaba
acaso por esta puerta.)
Señores, ¿es cosa cierta
esto que dicen que acaba
de suceder por la hija
de Ricardo?

OCTAVIO. ¡Bueno es esto!

RICARDO. ¡Que se murmure tan presto!

SANCHO. Si sois parte, no os aflija,
que no dicen que es culpada.
Pero ¿quién fué el matador?

RICARDO. El que han hallado, señor,
desnuda la blanca espada,
y, en los hombros, al difunto.
Don Bernardo dicen que es.

SANCHO. Sí; mas si llegó después,
no era mucho hallarle junto.

RICARDO. No siendo el muerto su hermano.
Pero a voces va diciendo
que él le ha muerto.

SANCHO. No lo entiendo.

RICARDO. Es el suceso inhumano.
Vamos, Octavio, de aquí.

OCTAVIO. Caballero, adiós.

SANCHO. Adiós.

RICARDO. Tratemos esto los dos.

OCTAVIO. Ya os dije una vez que sí.

(*Váyanse* RICARDO *y* OCTAVIO.)

SANCHO.

De un hermano tan noble y tan gallardo
no bastaba la muerte perdonarme,
que a voces va diciendo don Bernardo
que ha muerto a Federico, por librarme.
Si se dejó prender, ¿qué me acobardo?
¿qué le queda que hacer que pueda darme
más que su vida, en ocasión tan fuerte?
Este sí que es amigo hasta la muerte.
Pues ¿sufriré que diga que le ha muerto,
si éstos dicen verdad que él se ha culpado,
y que un amigo verdadero y cierto
muera por mí de tal fineza honrado?
Aunque parezca a todos desconcierto,
a confesar estoy determinado
que le maté, librando de esta suerte
de la muerte al amigo hasta la muerte.
Iré, Sevilla, iré diciendo a voces
que he muerto a Federico. ¡Ea, Felisardo!
Aquestas manos bárbaras, feroces,
dieron muerte a tu hijo, y no Bernardo.
Don Sancho Osorio soy, ¿no me conoces?
Julia, Octavio, doña Angela, Ricardo,
yo he muerto a Federico; así se entienda; [da?
yo he muerto a Federico. ¿Hay quién me pren-

(*Sale* DON BERNARDO, *preso.*)

BERNARDO.

Este es el punto a que llegar desea
el que se precia de perfecto amigo,
pues a morir por su ocasión me obligo;
que ya pluguiese a Dios que verdad sea.
¿Quién hay que en este punto un hombre vea
sujeto a las prisiones y al castigo
y a un padre (1), airado, con razón, conmigo,
que la verdad de mis finezas crea?
Mi voluntad te he dado, conocida
en que por ti jamás estuvo en calma;
también te di la libertad perdida...
Bien merezco de amigo lauro y palma,

(1) En la ed. de 1618 (Barcelona), "pobre".

pues que, cristiano, te daré la vida,
y si fuera gentil, te diera el alma.

(Sale el Alcaide *y* Guzmán.*)*

Alcaide.

Entra, pues, picarón, y no te entones.

Guzmán.

Poquito a poco, mi señor alcaide (1);
que todos somos hombres.

Alcaide.

¿Aún replica?
¿Quiere que haga que le den docientos?

Guzmán.

Pues si jugamos cientos, ¿qué se espanta
que replique y que pique hasta capote?

Alcaide.

¿Quiere que le aposente donde pase
espantosa culebra?

Guzmán.

Ya es de día,
y no quiero aposentos con culebras.
¡Oye, señor alcaide!

Alcaide.

¿Qué me quieres?

Guzmán.

Que trate esa mujer, porque es honrada,
como a prenda de un hombre, que algún día...

Alcaide.

Oiga el belitre.

Guzmán.

¡Cielos!, ¿qué es aquesto?
¿No es éste don Bernardo? El es, sin duda.
¿Don Bernardo en la cárcel, con prisiones?
¡Ah, señor; ah, señor! ¡Qué gran tristeza!
Aún no vuelve, a mirarme, la cabeza.
¡Ah, señor don Bernardo!

Bernardo.

¿Quién me llama?

Guzmán.

Un racionero de tu casa, un hombre
que se espanta de verte en este puesto.

Bernardo.

¡Ay, Guzmán! ¿Cómo vienes de esa suerte?
¿Prendiéronte por cómplice en la muerte?

Guzmán.

¿Cuál muerte o calabaza? En dando anoche
a Julia tu recado, fuí Leandro
de cierta pescadora que, sin lumbre,
en la torre de Sexto me esperaba;
cené y brindé por tu salud, contento,
incitado de almejas temerarias;
pero apenas sonaba espanta albures
(ya sabes que es campana de las Cuevas),
cuando, llamando un envarado de éstos
con seis esbirros, nos metió en la cárcel.

Bernardo.

¡Así fueran mis males!

Guzmán.

Pues ¿qué tienes?
¿Anduvo la destreza de Carranza?
¿Fué por la general, o por qué línea?

Bernardo.

Guzmán, yo he muerto a Federico.

Guzmán.

¡Tente,
por Dios, que los cabellos como en hilos
de alambre me conviertes!

Bernardo.

Yo le he muerto.

Guzmán.

¿Por Julia?

Bernardo.

Sí.

Guzmán.

¡Qué extraño desconcierto!

(Sale Felisardo.*)*

Felisardo. Si no fuera porque ya
hará el verdugo este oficio,
diera mi valor indicio,
aunque tan caduco está;

(1) En la ed. de Barcelona (1618), este verso se halla alterado así:

"Poquito a poquito, señor Alcayde."

mas porque mejor será
que mueras públicamente
a vista de tanta gente
como engrandece a Sevilla,
es de mi amor maravilla
que dejarte vivo intente.
  Aquel que la ley compuso
que al adúltero sacasen
los ojos, porque pagasen
el peligro en que los puso,
no estuvo mucho confuso
cuando al hijo propio halló,
pues un ojo le sacó
por no le cegar allí,
y sacóse el otro a sí,
con que la ley se cumplió.
  Manda la ley del amor
que me saquen los dos ojos
para pagar los enojos
que me ha dado tu rigor.
Fué el primero, ¡qué dolor!,
Federico; y así ruego
que te maten, porque luego,
por fin de mis regocijos,
pues también son ojos hijos,
quede, sin mis hijos, ciego.
  No sé qué te diga, en fin,
de una muerte (1) tan cruel,
que temo que pida Abel
la maldición de Caín.
Tú diste a mi vida fin
cuando, porque hacienda hallaste,
ser caballero intentaste,
pues corriendo sin saber,
por mirar a una mujer,
a tu hermano atropellaste.
  ¿Quién me podrá consolar
de que mueras con deshonra?
¡Que un hijo muerto con honra
poco deja que llorar!
El dolor me ha de matar,
pues cuando menos me apura,
por templar mi desventura,
y a ver a mis hijos vengo,
el uno en la cárcel tengo
y el otro en la sepultura.

(Salen el Alcaide *y* Criados *y* Don Sancho.*)*

Sancho. Yo digo en esto verdad.
Alcaide. Mirad, señor, que estáis loco;
no digáis que le habéis muerto.
Sancho. ¿Pues qué os va en esto a vosotros?
Alcaide. Ver que os condenáis sin culpa,
Sancho. ¿Sin culpa? A deciros torno
que yo he muerto a Federico,
por doña Julia celoso.
Felisardo. ¿Qué es esto, alcaide?
Alcaide. Que viene
sin seso don Sancho.
Felisardo. ¿Cómo?
Alcaide. Diciendo que fué homicida
de Federico.
Sancho. Y que pongo
por testigo al cielo.
Felisardo. ¿Al cielo?
Sancho. Diga el manto que en los hombros
la escura noche tenía
lleno de diamantes todos;
y digan siete testigos
que en su carro luminoso
llevaba el Norte al Oriente,
donde estaba ausente Apolo;
diga Marte, que reinaba
opuesto al planeta hermoso,
y cuantas claras estrellas
caminan de polo a polo,
si le di muerte a la puerta
de Julia.
Felisardo. ¡Caso espantoso!
Bernardo. Piensas, don Sancho, engañado,
que el librarte de los moros,
el haberte dado hacienda
y otras cosas que no toco,
por no afrentar mis deseos,
pagas con estos tesoros
de generosa piedad,
diciendo a voces que solo
diste muerte a Federico.
¿Pues no conoces que todos
echan de ver que pretendes
mostrarte amigo piadoso,
y para librarme a mí
levantarte un testimonio?
¿No sabes tú que yo he muerto
a Federico?
Sancho. Respondo
que es lo mismo que tú mismo
has hecho, y que estoy quejoso
de que des muerte a tu padre
y a toda Sevilla asombro
por ser piadoso conmigo,
pues es caso tan notorio
haber yo muerto a tu hermano.

(1) En la ed. de 1618 (Barcelona), "mujer", por errata.

BERNARDO. Tán grande cólera tomo
de oírte decir locuras,
que desde aquí me dispongo
a confesar mi delito.
SANCHO. ¿Qué delito, o de qué modo,
pues sabes tú claramente,
y aún viste el acero rojo,
que yo soy el homicida?
BERNARDO. Habla, y cánsate, envidioso,
de ver cuán perfecto amigo
hasta la muerte me nombro,
que, pues a mi muerto hermano,
pudiendo ponerme en cobro,
por no negar mi delito
me halló la justicia al hombro,
a mí me han de castigar.
SANCHO. No sé cómo me reporto
oyendo tus desatinos.
BERNARDO. Don Sancho, si eres Osorio,
yo soy Chaves y Cervantes.
FELISARDO. Hijo, repórtate un poco,
que si no has muerto a tu hermano,
serás de amistades monstro,
quitándome a mí la vida,
que soy tu padre, y te adoro;
pues ya, muerto Federico,
vienes a dejarme solo.
BERNARDO. Padre, si yo conociera
en el confuso alboroto
de su arrogancia y mis celos
a mi hermano cauteloso,
volviera a envainar la espada.
Mudó la color el rostro
y la cólera la voz,
y así de mis golpes roto,
por el desarmado pecho
entró el acero furioso.
SANCHO. Felisardo, no lo creas,
que aunque son mudos y sordos
los testigos de la noche,
el cielo es Argos celoso,
que para mirar el mundo
hace las estrellas ojos.
Si no he muerto a Federico,
aunque después le (1) conozco,
aquí me trague la tierra.
FELISARDO. De afligido y temeroso,
mis canas, don Sancho, arranco,
mi autoridad descompongo.
Parte al Duque de Medina,
Guzmán, parte presuroso,

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "lo".

y cuéntale mi desdicha.
GUZMÁN. Aunque recibas enojo,
sabe, señor, que estoy preso,
y que yo fuera el dichoso.
FELISARDO. ¿Por cómplice en este caso?
GUZMÁN. No, señor, sino por otro.
FELISARDO. ¡Por otro, Guzmán! ¿Qué has he- [cho?
GUZMÁN. Andaba cierto alboroto
en una casa de un muerto (1)
que en años sesenta y ocho
vivía de hacer mohatras,
usuras, cambios y logros;
y para quitar el miedo
a una niña de retorno,
llevé una noche a guardalla
estoque y broquel de corcho;
y porque cantaba letras
no falta un (2) Vellidodolfos
que dice que entré en su casa
a templalle el clavicordio.
FELISARDO. En escuelas de tal amo,
¿qué pudo aprender tal mozo?
Yo te haré dar cien azotes.
GUZMÁN. ¡Aderézame esos órganos! (3)
FELISARDO. A hablar al Duque me parto.
Tú, hijo, mientras negocio,
ten lástima de mis canas.
BERNARDO. Señor, aunque reconozco
mi obligación, la verdad
me fuerza.
FELISARDO. No te perdono
el dolor en que me pones.

(Váyase FELISARDO.)

SANCHO. ¡Que tan fiero y riguroso
procedas con quien te ha dado
la vida!
BERNARDO. Yo sé que abono
aquel nombre que tú sabes,
pues a morir me dispongo.
SANCHO. No saldrás con lo que intentas,
que yo he traído en un pomo
veneno para matarme.
BERNARDO. Mira que cristianos somos.
SANCHO. Míralo tú.
BERNARDO. Ya lo miro;
pero no hay poner estorbo

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "tuerto".
(2) Omítese "un" en la ed. de 1618 (Barcelona).
(3) En la ed. de 1618 (Barcelona), "ongos".

cuando veo que tu amigo
hasta la muerte me nombro.

(Váyanse todos, y quede GUZMÁN.)

GUZMÁN.

Si se usaran amigos de esta suerte,
no hubiera entre los hombres tantos males;
que por usarse amigos desleales
no hay lazo de amistad seguro y fuerte.
El hierro en oro nuestra edad convierte
por el valor de dos amigos tales,
pues quieren ser en la lealtad iguales,
pagándose el amor hasta la muerte.
Sirena es la amistad que mata y llora;
el amigo más cándido, murmura,
la fama quita y el honor desdora.
Prestar y confiar es gran locura;
que en amigotes de los que hay agora
ni deuda ni mujer está segura.

(Sale UN ESCRIBANO.)

ESCRIBANO.

¿Quién es aquí Guzmán?

GUZMÁN.

Yo soy el mismo.

ESCRIBANO.

Pagando dos ducados, salga luego;
mas mire que debajo de tejado
no se junte, so pena de cuarenta.

GUZMÁN.

Y si como los gatos por enero
encima del tejado me juntase,
¿deberé los cuarenta, o si, por dicha,
patio, corral o huerto me valiese?

ESCRIBANO.

Agora salga y allá fuera puede
informarse en materia de tejados
de quien le pareciere que lo entiende.

GUZMÁN.

Saldré de aqueste mapa de embelecos
a la luz de la calle.

(Sale otro ESCRIBANO.)

ESCRIBANO.

Escuche un poco.
¿No se llama Guzmán?

GUZMÁN.

Guzmán me llamo.

ESCRIBANO.

Pues mire que al alcaide notifico
que le embargo.

GUZMÁN.

¿Por qué?

ESCRIBANO.

Por una muerte.

GUZMÁN.

¿Yo muerte?

ESCRIBANO.

Sí.

GUZMÁN.

¿De quién?

ESCRIBANO.

De Federico.
Grillos mandan ponelle y que le metan
del tormento en la cámara. Camine.

GUZMÁN.

Dáránmelos (1) a mí con sólo vella.

ESCRIBANO.

No ha de faltar incienso y vino fuerte.

GUZMÁN.

¿Soy yo rosario, que me cuelgan muerte?

(Sale el DUQUE, *gente y* FELISARDO.)

DUQUE. Cuanto me habéis alegrado,
Felisardo, en conoceros,
tanto me habéis lastimado
en ver vuestra edad, y en veros
puesto en tan grave cuidado.
No sé que la antigua historia
en ejemplos de su gloria
pueda tener dos tan vivos,

(1) Así en la ed. de 1618. Hartzenbusch pone en la suya: "dáránmel*as*"; corrección que nos parece acertada, pues sin duda se alude a "camaras", con lo que se hace un chistoso juego de palabras.

si revuelve los archivos
que conservan su memoria.

FELISARDO. En esta aflicción me veo
cerca de perder dos hijos.

DUQUE. Daros remedio deseo.

FELISARDO. Están los dos tan prolijos,
señor, que a ninguno creo.
Sancho dice que él ha muerto
a Federico, y Bernardo
que él le dió muerte, y lo cierto
es que yo la muerte aguardo,
de tantas fortunas puerto.
Bernardo, por un amigo,
es de sí propio enemigo
y de este su padre viejo;
que de Sancho no me quejo,
pues es piadoso conmigo.
Hoy a vuestros pies, Guzmán,
a quien llama el mundo Bueno,
mis blancas canas están
regadas con el veneno
que ya mis ojos les dan.
Tened lástima de mí.

DUQUE. Tengo a dicha haber entrado
hoy Su Majestad aquí,
que lo que me habéis contado
ha de remediarse ansí.
Porque el jüicio profundo
de un pleito que, en confusión,
vence a cuantos tiene el mundo,
como nuevo Salomón,
juzgue Felipe Segundo;
porque casos tan extraños
sólo de su entendimiento
tendrán remedio.

FELISARDO. En mis daños,
sólo vuestro amparo siento
por últimos desengaños.

DUQUE. Mientras le hablo, podéis
ir a la cárcel; que allí
lo que resulta sabréis.

FELISARDO. No hay otro remedio en mí
sino es que vos me le deis.
Haced como decendiente
de tantos buenos, señor;
¡ansí vuestra vida aumente
el cielo!

DUQUE. No hayáis (1) temor,
por más que Bernardo intente.
Ya sé la gran amistad
que tiene a don Sancho Osorio:
creed que Su Majestad,
siéndole el caso notorio,
muestre grandeza y piedad.

(Váyanse, y salgan JULIA *y* ANGELA *con el* ALCAIDE.)

JULIA. Como quien sois procedéis.

ANGELA. Hacéisnos tantas mercedes,
que es imposible pagallas.

ALCAIDE. Puesto que el sol no se afrente
hoy de entrar en nuestra cárcel
y sus tinieblas alegres (1),
no quiero que de esta sala
paséis; mas que a veros entren
sin prisiones, los dos presos
que el mundo admirado tienen.

(Váyase.)

ANGELA. Los hidalgos como vos
las mujeres favorecen.
¡Ay, Julia, qué confusión!

JULIA. Deseo que me aconsejes
cómo olvidaré a Bernardo,
pues veo que me aborrece
por querer este su amigo.

ANGELA. Más tú a mí, para que vengue
lo que me agravia don Sancho
en dejarme y en quererle.

(Sale GUZMÁN.)

GUZMÁN. Cuando Orfeo por su esposa
pasó las aguas del Lete
y a las puertas del infierno
cantó dulce y tiernamente,
suspendiéronse las penas:
y ansí no es justo que pene
hoy ningún preso en la cárcel;
pues no sólo Orfeo viene,
pero dos ángeles bellos,
que su confusión suspenden.
Ya no cantan nuestros grillos;
ya ningún triste padece;
ya no sale al corredor
el libro de vida y muerte;
ya no abogan los letrados,
ya no juzgan los jüeces,
ni leen los relatores,
ni el procurador defiende,
ni al reo dineros pide,

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "hayas".

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "alegre", que hace mejor sentido.

como suele tantas veces;
ni sin órdenes confiesa
quien condena o quien absuelve;
ya las plumas de tirado
no caminan a las veinte
por caminos de renglones,
que tanto espacio requieren.
No os vais, Orfeos divinos;
cantad en estos canceles
hasta tanto que esas arpas
los espíritus ausenten.
Sacadme el alma de aquí,
que estoy en estos retretes
sin saber cuándo es de noche
ni menos cuándo amanece,
sino es por treinta ratones
que me cantan y entretienen
comiéndome las orejas,
como si fuesen lebreles.

JULIA. ¡Ay, Guzmán! ¡fueran mis males
como los tuyos!

GUZMÁN. ¿Qué sientes?

JULIA. Que, por librar a don Sancho,
don Bernardo se condene.

ANGELA. ¿Y yo qué diré de mí?

GUZMÁN. ¿Es posible que se quejen
los que tienen libertad?
El que tristezas (1) padece,
venga sólo a ver la cárcel,
que si es cuerdo, saldrá alegre.

ANGELA. ¡Ay, Guzmán! No hallo dichosa
otra mujer que tuviese
amor, sino es Eva.

GUZMÁN. ¿Cómo?

ANGELA. Porque, no habiendo mujeres,
no tuvo celos de Adán,
ni amigos con quien pudiese
divertirse de querella,
holgarse y entretenerse.

GUZMÁN. También fué Adán venturoso,
porque, como hombre no hubiese,
él sólo vivió seguro
de sospechas y desdenes.

(Sale el ALCAIDE.)

ALCAIDE. Albricias me podéis dar.

GUZMÁN. Señor alcaide, creedme
que deseara ser viento,
no más de porque me suelten.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "tristeza".

ALCAIDE. El gran Duque de Medina,
vuestros padres y la gente
que la novedad del caso
llama, solicita y mueve... (1)
En esta cárcel real
es hoy real presidente;
todos los presos levantan
las cabezas para verle,
como las aves al sol.

JULIA. ¡Notable caso!

ALCAIDE. Ya viene.

(Sale RICARDO, OCTAVIO, FELISARDO, DON SANCHO, DON BERNARDO, *el* DUQUE.)

DUQUE. Ser el suceso tan raro
me obliga que de esta suerte
venga a daros libertad.

BERNARDO. Esa humildad te engrandece.

DUQUE. La majestad de Felipe,
que hoy hace tantas mercedes
a su ciudad de Sevilla,
Felisardo, manda y quiere,
que pues que vos, como padre,
no queréis pedir la muerte,
den libertad a don Sancho
y a don Bernardo, y yo lleve
sus personas a Palacio,
adonde los pies le besen.
Porque quiere conocerlos
y les hace juntamente
de dos hábitos merced,
y que a don Sancho le entreguen
del Alcázar la alcaldía,
y que don Bernardo quede
por veinticuatro en Sevilla.

SANCHO. Danos esos pies mil veces.

DUQUE. Dos amigos tan leales
dice el gran Rey que le cuenten
por tercero en su amistad.

FELISARDO. Cosa tan suya parece.
Conoce, señor, mi hija.

ANGELA. Dame esos pies.

RICARDO. Que tú llegues,
Julia, también es razón.

SANCHO. Pues tanto bien nos concedes,
confírmale, gran señor,
en dárnoslas por mujeres.

(1) Hartzenbusch opinó que "faltan algunos versos después de éste". Y los ordena de manera distinta, a su parecer, "de mejor sentido". Evidentemente, este pasaje se halla alterado.

OCTAVIO. Aunque soy el agraviado,
quiere Amor que te lo ruegue;
que solos tales amigos
tales mujeres merecen.

DUQUE. Dense las manos.

GUZMÁN. Y yo,
que aunque no soy tu pariente,
soy Guzmán en campo prieto,
¿he de ser ochos y nueves?

DUQUE. Yo te mando mil escudos.

FELISARDO. Yo otros mil.

GUZMÁN. Aquí se quede
por hoy la primera parte
de *El amigo hasta la muerte*.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE "EL AMIGO HASTA LA MUERTE".

COMEDIA FAMOSA

DE

EL ARENAL DE SEVILLA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Doña Laura, *dama.*
Urbana, *su tía.*
Don Lope, *caballero.*
Toledo, *criado.*
Tres Arráez.
Una Mulata.
Servando, *criado.*
Felicio, *criado.*
Garrido, *bravo.*
Un Forastero.
Un Sargento.
Carreño, *soldado.*
Ortiz, *soldado.*
Alvarado, *soldado.*
Guillén, *soldado.*
Dos Moros de galera.
Un Aguador.
Cuatro Embozados.
Fajardo, *capitán.*
Castellanos, *capitán.*
Un Ladrón.
Un Alguacil.
Otro Soldado.
Lucinda.
Florelo.
Alberto.

ACTO PRIMERO

(Doña Laura y Urbana, *su tía, con mantos.)*

Laura. Famoso está el Arenal.
Urbana. ¿Cuándo lo dejó de ser?
Laura. No tiene, a mi parecer,
todo el mundo vista igual.
Tanta galera y navío
mucho al Betis engrandece.
Urbana. Otra Sevilla parece
que está fundada en el río.
Laura. Como llegan a Triana,
pudieran servir de puente.
Urbana. No le he visto con más gente.
Laura. ¿Quieres que me siente, Urbana?
Urbana. Mejor será que lleguemos
hasta la Torre del Oro,
y todo ese gran tesoro
que va a las Indias veremos.
Laura. Como cubierto se embarca,
no mueve mis pasos tardos.
¿De qué sirve el ver en fardos
tanta cifra y tanta marca?
Urbana. Notable es la confusión.
Laura. Lo que es más razón que alabes
es ver salir de estas naves
tanta diversa nación;
las cosas que desembarcan,
el salir y entrar en ellas
y el volver después a ellas (1)
con otras muchas que embarcan.
Por cuchillos el francés,
mercerías y ruán,
lleva aceite; el alemán
trae lienzo, fustán, llantés;
carga vino de Alanís.
Hierro trae el vizcaíno,
el cuartón, el tiro, el pino;
el indiano, el ámbar gris,
la perla, el oro, la plata,
palo de Campeche, cueros:
toda esta arena es dineros.
Urbana. Un mundo en cifra retrata.
Laura. Los barcos de Gibraltar
traen pescado cada día,
aunque suele Berbería
algunos de ellos pescar.
Urbana. Es cosa de admiración
ver los que vienen y van.
Laura. Los que en el pasaje están,
en grande número son.

(1) Así en la 1.ª ed. (1618). En la de Hartzenbusch, "vellas".

URBANA. Por aquí viene la fruta,
la cal, el trigo, hasta el barro.

(Sale DON LOPE, *forastero, y* TOLEDO, *criado.)*

LAURA. ¡Gallardo mozo!
URBANA. ¡Bizarro!
Echa el manto; el rostro enluta.
LAURA. ¿Qué importa cuando me vea
un forastero?
URBANA. Es galán.
TOLEDO. Ya, señor, todos se van.
LAURA. Gallardamente pasea.
LOPE. Dícenme que está el piloto
en Triana. Hablarle quiero.
TOLEDO. Fletemos barco primero;
que con el mucho alboroto
de que se parte la flota,
podrá ser que no le hallemos.
LOPE. Busca un barco que fletemos.
TOLEDO. Allí te mira una sota.
LOPE. No es tiempo de eso, Toledo.
Embarquemos nuestra ropa.
Ruega a Dios por viento en popa.
TOLEDO. En viendo carne, no puedo
dejar de pedir un cuarto
al precio que sale el todo.
LOPE. Toledo, ya voy de modo
que de ocasiones me aparto.
Salí de mi tierra, en fin,
por causa de una mujer.
Yo las debo aborrecer.
TOLEDO. ¡Por Dios, que es un serafín!
LOPE. Taparme quiero los ojos.
Hago mil veces la cruz.
TOLEDO. Dándote en ellos su luz,
debe de causarte enojos.
LOPE. No quiero luz de mujer;
que es la misma escuridad.
TOLEDO. ¿Tan presto el sol de tu edad,
señor, se quiere poner?
¿No estás en la primavera,
y ya tratas del estío?
LOPE. Pierden mis años el brío
a manos de aquella fiera.
Púsome en tal ocasión,
que tengo por mí que Alberto
ya será muerto.
TOLEDO. Si es muerto,
Dios le haya dado perdón.
Ya estás en salvo, y te vas
a las Indias.
LOPE. ¿Y eso es poco?
TOLEDO. Ella fué libre, y él, loco.
Tú no pudiste hacer más.
LOPE. Abreviar es menester;
que ya se quieren partir.
¡Oh, qué vitoria es huir
las armas de una mujer!
Dícenme que el general,
un mancebo a quien la fama
don Jerónimo le llama
de Córdoba y Portugal,
es ido a embarcarse ya;
que don Francisco Duarte
le llama aprisa.
TOLEDO. ¿En qué parte?
LOPE. ¡Necio, en Sanlúcar está!
TOLEDO. ¿Y la flota?
LOPE. Está en Bonanza.
TOLEDO. ¿Qué es Bonanza?
LOPE. Donde el río
entra en la mar.
TOLEDO. Señor mío,
mucho la experiencia alcanza;
¡de esta vez soy marinero!
LOPE. Yo he de ir en la capitana,
si es que el pasaje me allana
por cartas de un caballero
que es muy cercano pariente
del padre del general.
TOLEDO. Un hombre tan principal
harálo famosamente.
¿Quién es su padre, don Lope?
LOPE. Es el Conde de (1) Villar.
¡Ojalá que al embarcar,
si no es partido, le tope,
porque las cartas le dé!
TOLEDO. ¿Daráte su mesa?
LOPE. Es llano;
que es un Alejandro Magno (2).
TOLEDO. Toda su vida lo fué,
según en este Arenal
me dijo ayer un criado
que con su ropa ha quedado,
y es el alguacil real.
LOPE. Ya le conozco.
TOLEDO. Sirvió
don Jerónimo este oficio
otra vez.
LOPE. Por este (3) indicio
Su Majestad se le dió.

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "del".
(2) Idem, "Mano".
(3) Idem, "ese".

En Indias fué general.
TOLEDO. Todavía estas mujeres
te miran.
LOPE. ¡Qué necio eres!
TOLEDO. ¡No he visto mudanza igual!
Míralas, que no es veneno.
LOPE. De pensarlo me desmayo.
He sido herido de rayo,
y espántame cualquier trueno.
Entra en un barco, y pasemos
a hablar aqueste piloto
a Triana.
TOLEDO. De mi voto,
primero el barco fletemos.
LOPE. Tanta ropa nos ahoga,
que en los barcos del alijo
no podrá ir.
LAURA. ¿Qué le dijo?
TOLEDO. Entra en éste, que ya boga.
URBANA. No sé; de embarcarse tratan.
Sin duda, a las Indias va.

(Véanse unas proas de barcos con ramos, y dos o tres ARRÁEZ *con remos.)*

ARRÁEZ 1.º Entren (1) en éste.
ARRÁEZ 2.º Llegue acá.
LAURA. Si un día el irse dilatan,
he de hablar este mancebo.
ARRÁEZ 3.º Aquí, que nos vamos, entre.
URBANA. ¿Quién ha de haber que le (2) en-
[cuentre?
LAURA. Yo sabré ponerle un cebo
con que él me vaya a buscar.
Entra en el barco con él,
que, estando tan cerca de él,
le daré ocasión de hablar.
ARRÁEZ 2.º ¡Aquí, señoras, aquí!
LAURA. ¡Arráez!
ARRÁEZ 3.º ¡Señora!
LAURA. Quedo
tened la plancha.
LOPE. Toledo,
éstas se vienen tras mí.
TOLEDO. Piensan que eres moscatel.
LOPE. Tendránme por perulero.
TOLEDO. ¡Bueno!
LOPE. Santiguarme quiero;
que va el diablo en el batel.
TOLEDO. ¿Un ángel te lo parece?

LOPE. Sí; que del cielo cayó
cuando la ocasión me dió,
con que este nombre merece.
Pasa, y salgámonos luego;
que esperar es desvarío.
TOLEDO. Calla, que dentro del río
no puede quemar el fuego.

(Salen una MULATA, *con una merienda, y dos criados,* SERVANDO *y* FELICIO.)

SERVANDO. Di que vienes muy cansada.
MULATA. ¡No es nada, hasta el Arenal!
FELICIO. ¡Perra! En la Puerta Real
estuvo un hora asentada.
MULATA. ¿Y hasta allí, desde la Feria?
¿También es poco el camino?
SERVANDO. ¡Mal haya un hacha y tocino!
MULATA. ¡Quite allá!, que de miseria
de no lo querer gastar
el amo que Dios nos dió,
como he de morir, sé yo
que no me querrá pringar.
FELICIO. Siéntese a aguardar aquí
mientras vienen, y yo voy
por una guitarra.
MULATA. Estoy,
de rabia, fuera de mí.
SERVANDO. Quedo, señora mulata.
MULATA. ¡Con mil honras!, seó bergante.
No venga quien le quebrante
los huesos.
SERVANDO. Diga, patata:
¿será el membrillo cocido
lacayo del Veinticuatro?;
porque de ésos no hay en cuatro,
si le desnudo el vestido
a la de *me fecit Ioanes,*
para hacer cribas.
MULATA. ¡Qué bien!
Menester será que den
aviso a los sacristanes.
FELICIO. Déjala, que es una loca.
¡Hola, Arráez! A San Juan
de Alfarache, a cenar, van
mis amos.
ARRÁEZ 2.º ¡Calle la boca,
y en este barco se meta!
FELICIO. ¿Qué he de dar?
ARRÁEZ 2.º Doce reales.
No es mucho, que en tiempos tales
los dan hasta la Barqueta.
FELICIO. Ocho está bien.

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "entre".
(2) En la ed. de 1918, "les", por errata.

ARRÁEZ 2.° Con la flota
no se va por eso.
ARRÁEZ 1.° Aquí
tenéis quien vaya.
ARRÁEZ 2° ¡Eso sí!
¡Qué presto que os alborota,
Cristóbal, cualquier ganancia!
¡Voto al hijo de mi abuelo,
que dáis ocasión...! ¿Dirélo?
ARRÁEZ 1.° El hablar no es de importancia,
sino el her lo que han de her
los hombres.
SERVANDO. ¡Téngase allá!
ARRÁEZ 2.° ¡Por vida de...!
FELICIO. Bueno está,
y no hay más que responder,
que está en medio gente honrada.
ARRÁEZ 2.° ¿Por un real tengo de ir?
SERVANDO. Bien os podéis prevenir.
ARRÁEZ 2.° Hablar y hablar, todo es nada.
SERVANDO. Compadre, bueno está ya.
Mientras venimos, poned
barco y toldo a punto.
FELICIO. Haced
lo que importa.
ARRÁEZ 2.° A punto está.

(Váyanse, y salga un rebozado con la espada a lo valiente.)

GARRIDO. ¿De qué está triste?
MULATA. No sé.
GARRIDO. ¡Hable (1) digo!
MULATA. Hablar quisiera.
GARRIDO. ¿Cómo está de esa manera?
¿Es porque el galán se fué?
MULATA. Dejadme estar en buen hora,
Garrido, pues no sois hombre
más que en las barbas y el nombre.
GARRIDO. Hable bajo. ¿Por qué llora?
MULATA. Saben el hombre que trato;
cualquiera me trata así.
GARRIDO. Si en ausencia hablan de mí,
no me ofende en el zapato;
y ella, por su mala lengua,
había de estar, no más...
MULATA. Con tales hombres, jamás
saldrá una mujer de mengua.
Estos que de aquí se van
no me han ofendido a mí;
mas de porque él... Basta así.

(1) En la ed. de 1618 (Barcelona), "habla".

GARRIDO. ¡Dilo, Juana!
MULATA. Es mi galán.
GARRIDO. Yo buscaré esos dos hombres,
y no más.
MULATA. ¡Quién te fiara
cosas de su gusto!
GARRIDO. ¡Para!,
o ensartaréte más nombres
que caben en tus vertudes;
que ya digo que yo iré
y que a esos hombres veré,
y no más.
MULATA. Siempre me acudes,
como Santelmo, en la gavia.
GARRIDO. Pues, mulata historiadora,
¿es porque la sufro agora,
que me muerda con la rabia?
¡Por vida de...!
MULATA. ¡Ten la mano!
GARRIDO. Ya sabe que soy Garrido,
y no más.
MULATA. Quien me ha ofendido
merece esa furia, hermano.
GARRIDO. Yo le toparé, y no más.
MULATA. Mis amos vienen.
GARRIDO. Adiós.
¿Cuándo te veré?
MULATA. A las dos:
por donde sueles, vendrás.
GARRIDO. Pues no me dé más enojos.
MULATA. Digo que tuya seré.
GARRIDO. Mire que la mataré,
y no más.
MULATA. ¡Adiós, mis ojos!

(Salen dos turcos de galera con sus almillas y grillos, y una tienda de lienzo; un SARGENTO *y cuatro soldados con arcabuces.)*

SARGENTO. ¡Poned, moros, esa tienda!
MORO 1.° Y al mar (1) no damos prisa.
CARREÑO. Bien haya el que tierra pisa
con cuatro blancas de hacienda.
GUILLÉN. No sé a quién parece bien
la vida de la galera.
ALVARADO. Como si en ella naciera,
me agrada, por Dios, Guillén.
MORO 2.° Ya el tenda estamos armada.
SARGENTO. Pues pon esa mesa, moro.
ORTIZ. Pues, señor Carreño, ¿hay oro?
CARREÑO. ¿Oro, Ortiz? A la trocada.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "Ya al armar".

ORTIZ. ¡Qué gentil cuerpo de guarda!
SARGENTO. Arrimen los arcabuces.
MORO 1.° Tomar, Mostafá (1), el albarda;
que ser diablos andaluces.
GUILLÉN. ¿No jugamos, Alvarado?
ALVARADO. Tiendan los huesos ahí,
y lo que me come aquí
lo lleve el primer soldado.
CARREÑO. ¿Y en perdiendo...?
ALVARADO. Echar al cuello
la cuerda de la pretina.
GUILLÉN. ¡A diez!
ALVARADO. Estoy con mohina.
CARREÑO. No juguéis.
ALVARADO. Quiero perdello.
MORO 2.° El calza que haber cabado (2),
en el talega meter.
MORO 1.° ¿E vos qué pensalde hacer?
MORO 2.° Saber que tener pensado
enganiar un becarilio (3)
de estos que andar por el playa;
despós, decelde que vaya
a cobrar el dinerilio.
MORO 1.° ¿Cómo hacer?
MORO 2.° Mera: metemus
el calza en este talega,
e enseñamus cuando llega,
e logo aquél escondemus;
e sacando el parecido
lleno de trapos, hacer
que lievar, pensando ser
el que tenelde vendido.

(Sale un FORASTERO.)

FORASTERO. Después que en Sevilla estoy,
no he visto máquina igual:
¿tiendas en el Arenal?;
sin duda, hay juego: allá voy.
No han llegado las galeras
de Nápoles más gallardas.
MORO 1.° Salir al contro, que tardas.
MORO 2.° ¡Ah, hedalgo! ¿Comprar tejeras,
navajas, peines, cochilios,
medias bonas?
FORASTERO. ¡Tened paso!
¿Hay buenas medias, acaso?
MORO 2.° Coger éste, picarilios,
abrir el ojo e merar
qué media estar estas dos;
la lana estar, ¡joro a Dios!,
de ovejas.
FORASTERO. No hay que dudar.
MORO 2.° ¿No poder ser de carneros?
FORASTERO. Pudiera.
MORO 2.° Merarla ben.
Este guadrado ¡tan ben
estar vara caballeros!...
FORASTERO. ¿Cuánto quieres?
MORO 2.° Doce reales.
FORASTERO. ¿Quieres ocho?
MORO 2.° Dar acá;
no ver el Ferez que está
debajo aquelios tendales:
que quitar logo el dinero,
y si replicar, mandar
zotar al cómitre.
FORASTERO. [*Ap.*] (Es dar
una blanca; darlos quiero.)
¡Toma!
MORO 2.° Mostralde, y adiós.
Huir, Mostafá, a galera.
FORASTERO. Quiero ver la media afuera.
¡Oh, si comprara otras dos!
¡Ay de mí! ¿Qué es lo que saco?
Trapos y papeles son.
¿Hay tan extraña invención?

(Los MOROS, *de lejos:)*

MORO. ¡Ah cristianilio!, ¡ah beliaco!,
¿qué te parecer el media?
FORASTERO. ¡Perros, a galera iré!
MORO. Entrar acá bona fe.
FORASTERO. ¡Si el capitán no remedia
tan grande bellaquería...!
CARREÑO. ¡Quedo! Gatazo le han dado.
ORTIZ. ¿Qué es esto, señor soldado?
¡No haya más, por vida mía!
FORASTERO. Compré unas medias a un moro,
y el bellaco, en un momento,
me las voló por el viento.
ALVARADO. Eso sábenlo de coro.
FORASTERO. Y en otra talega igual
me dió los trapos que veis.
ORTIZ. ¡Muy buen recado tenéis!
CARREÑO. El hombre es algo pardal.
ALVARADO. ¿Esta treta no entendistes?
FORASTERO. Soy de Castilla, señor.
Entrar quiero allá.
ORTIZ. Es peor:
que os matarán.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "Mustafá".
(2) En la ed. de 1618 (Barcelona), "*a*cabado".
(3) Idem, "b*a*carilio".

CARREÑO. ¿Qué le distes?
FORASTERO. Ocho reales.
CARREÑO. De importancia
os habrá de ser sufrir.
ORTIZ. Ojos que los vieron ir,
no los verán más en Francia.
Y no entréis en la galera,
que habrá culebra espantosa.
FORASTERO. Ya viene.
ALVARADO. Es segura cosa
que le miréis desde afuera.

(Salgan los MOROS *de galera que puedan, con sus herradas, a hacer agua; sus capas y grillos, y un* SOLDADO *detrás, con un arcabuz.)*

FORASTERO. ¿Dónde van estos ansí?
CARREÑO. A hacer agua a San Francisco.
FORASTERO. El es un gentil aprisco.
MORO. El gatazo estar alí.
SOLDADO. Vayan, señores perrazos,
sin hurtar cosa ninguna.
MORO. Al porta hortamos cetuna,
aunque romper corpo e brazos.
FORASTERO. ¿Esto hay en el Arenal?
¡Oh, gran máquina Sevilla!
ALVARADO. ¿Esto sólo os maravilla?
FORASTERO. Es a Babilonia igual.
ALVARADO. Pues aguardad una flota,
y veréis toda esta Arena
de carros de plata llena,
que imaginarlo alborota.
FORASTERO. Préciese de su edificio
Zaragoza eternamente;
Segovia, de su gran puente;
Toledo, de su artificio;
Barcelona, del tesoro;
Valencia, de su hermosura;
la Corte, de su ventura,
y de sus almenas, Toro;
Burgos, del antigua espada
del Cid, por tantos escrita;
Córdoba, de su Mezquita,
y de su Alhambra, Granada;
de sus sepulcros, León;
Avila, del fuerte suelo;
Madrid, de su hermoso cielo,
salud y buena opinión,
y de su hermoso Arenal
sólo se precia Sevilla,
que es otava maravilla
y una plaza universal.

(Váyase.)

ALVARADO. Fuése el hombre, y de manera
que va de contento loco.
ORTIZ. Cuanto ha encarecido, es poco;
no tiene el mar tal ribera.
Esta es una puerta indiana,
que pare tantos millones,
puerto de varias naciones,
puerta para todos llana.
Toda España, Italia y Francia
vive por este Arenal:
porque es plaza general
de todo trato y ganancia.
CARREÑO. ¿Cuchilladas son aquéllas?
GUILLÉN. Soldados son, que pelean
con los corchetes.
ALVARADO. Que sean;
no nos metamos en ellas.
GUILLÉN. Nunca esta contienda fiera
acaban de reducilla
los corchetes de Sevilla
y soldados de galera.
CARREÑO. Es, como en los animales,
secreta naturaleza.

(Sale un HOMBRE *huyendo, y un* ALGUACIL *tras él.)*

HOMBRE. ¿Echaréme de cabeza
en estos blandos cristales?
ALGUACIL. ¡Tengan al ladrón!
ALVARADO. Yo fío
que no le coja esta vez.
GUILLÉN. ¡Qué salto dió!
ORTIZ. Como un pez
se arrojó dentro del río.
CARREÑO. Ya le acogen en galera.
ALVARADO. No le sacarán de allí.

(Sale un AGUADOR, *con un cántaro y su cestilla de anís.)*

AGUADOR. ¡Agua y anís!
GUILLÉN. Eso sí;
¿queréis beber?
ALVARADO. Bien quisiera.
GUILLÉN. Echad, buen hombre, una jarra.
ALVARADO. Si fuera, en esta ocasión,
el anís que dice, ostión,
y el agua, zumo de parra...
No la echéis.
AGUADOR. ¡Agua y anís!

(Salen dos capitanes: FAJARDO *y* CASTELLANOS.)

FAJARDO. ¿Eso pasa?
CASTELLAN. Esto se escribe,
y que venir se apercibe
al puerto.
FAJARDO. ¿Qué me decís?
CASTELLAN. Digo que es nueva muy cierta
que al Conde de Niebla han hecho
general, y que sospecho
que jornada se concierta.
FAJARDO. Sucede al Adelantado,
como nuevo sol que viene;
que de su puesto sol tiene
de ser el Conde sol dado.
La noche de la tiniebla
que su ausencia nos dejó,
cuando su sol se eclipsó,
deshace el Conde de Niebla.
Partióse el Adelantado,
y el Conde se adelantó
por llegar donde llegó
el sol de tan gran soldado.
De tal Niebla sale el sol,
que el Africa, aunque abrasada,
teme el rayo de la espada
del nuevo Conde español.
Que la espada del Padilla,
que la solía allanar,
dió al pez espada del mar,
en herencia, esta cuchilla.
¡Contento estará su padre,
Guzmán Bueno entre los buenos!
CASTELLAN. No pienso que lo está menos
su excelentísima madre.
Agora podrá mirar,
pues con sus ventanas rifa,
que la daga de Tarifa
se ha vuelto espada en el mar.
FAJARDO. En fin, las de España tiene
el Conde.
CASTELLAN. Suspenso quedo
de no ver al gran Toledo.
FAJARDO. ¿Quién a las de Italia viene?
CASTELLAN. No sé; mas tengo entendido
que vendrá el de Santa Cruz,
que tal rayo de la luz
de su muerto padre ha sido.
Aquel heroico Bazán,
que en la gran casa del Viso
que hablen las paredes quiso,
con historias que allí están.
FAJARDO. Bien lo dirán los fanales
de Francia, de Ingalaterra
y Berbería.
CASTELLAN. La guerra
no ha tenido hombres iguales.
De mil banderas se ve
toda su iglesia entoldada.
FAJARDO. Del Duque de Alba, la espada
en tierra otro rayo fué.
Y así, en San Leonardo de Alba
muestran trofeos, que el sol
de este Alejandro español
fué de la milicia el alba.
CASTELLAN. ¿Vos iréis esta jornada?
FAJARDO. Si tal soldado comienza,
paréceme que es vergüenza
tener la espada envainada.
Hoy quiero dormir en tierra;
la galera me perdone.
CASTELLAN. Quedo, que en medio se pone
quien ese camino os cierra.

(Disparen una pieza.)

¡Una pieza han disparado!
FAJARDO. ¿Si es salva?
CASTELLAN. No, sino leva.
FAJARDO. Entre sus ecos me lleva
un pensamiento burlado.
CASTELLAN. Avisados nos tenía
la bandera en el garcés.
FAJARDO. Esta pusieron después
que fué la esperanza mía
donde vos sabéis que está.

(Salen el SARGENTO *y dos* MOROS.*)*

SARGENTO. ¡Ea, señores soldados!,
¿cómo no están aprestados?
La Capitana se va.
Levá tienda; levá perros.
¿He de doblar una soga?
¿No ven que la chusma boga?
¿No ven que zarpan los ferros?
Acosta, moro, el batel;
llega tú el hombro.
ORTIZ. Alvarado,
esto es hecho.
ALVARADO. Hame pesado.
ORTIZ. Dicen que hemos de ir a Argel.

(Váyanse los soldados y queden los capitanes.)

CASTELLAN. En fin, ¿os queréis quedar?
FAJARDO. Es fuerza quedarme en tierra:
que también en tierra hay guerra,

más que la guerra del mar.
Adoro aquella mujer;
no excuso esta noche el vella.

CASTELLAN. Hacéis muy poco en querella.

FAJARDO. Ella se deja querer.
¡Ah, desdicha el ser soldado!
En habiendo pensamiento
que haya de tener contento,
no le falta algún nublado.
Luego hay leva, luego hay salva,
luego hay señal de partenza;
ya jornada se comienza,
ya es a la noche, ya al alba;
ya suena el pito, ya parte.
¡Oh, soldados de la mar!
¿Quién pudiera imaginar
que andaba en el agua Marte?

CASTELLAN. Extraño monstro de guerra
es el que en la mar seguimos;
como las nutras vivimos,
ya en el agua, ya en la tierra.
Mas, siendo del mar soldados,
puesto en razón ha de estar
que los soldados del mar
tengan los gustos aguados.

FAJARDO. Vayan con Dios las galeras;
yo me iré mañana al puerto,
o el lunes, a lo más cierto.

CASTELLAN. ¿Que la queréis tan de veras?

FAJARDO. Estoy loco, estoy de suerte,
¡oh Capitán Castellanos!,
que entre pensamientos vanos
voy caminando a la muerte.
Debajo de que los dos
estamos ya reformados,
dejemos de ser soldados
y quedaos aquí, ¡por Dios!
Pasemos este verano
en esta hermosa ciudad,
que compite en majestad
con el aplauso troyano;
que si el Conde viene y sale
a jornada, tiempo habrá:
todos iremos allá,
aunque a ninguno señale.
Si don Pedro de Toledo
volviere, ya vos sabéis
que nos honra; ¿qué teméis?

CASTELLAN. A la opinión tengo miedo.
Don Pedro no ha de volver,
que dicen que va a Milán;
pero el Toledo o Bazán
nos han de favorecer.
Quiéroos servir y quedarme;
y creed, Fajardo, en esto
que a gran peligro me he puesto
por serviros.

FAJARDO. Por honrarme.
Pero, ¡pesia tal! Tenéos:
doña Laura viene aquí.
¿Es forastero aquél?

CASTELLAN. Sí.

FAJARDO. ¡Oh, infierno de mis deseos!
Siempre celos, siempre enojos.

CASTELLAN. Del río salen.

FAJARDO. Vendrán
de Triana; que no están
un hora libre tus (1) ojos.

(Salen DOÑA LAURA, URBANA, DON LOPE *y* TOLEDO.)

FAJARDO. ¿Llegaré?

CASTELLAN. No me parece
que estará puesto en razón:
que el barco dió la ocasión,
y su talle lo merece.
¿Qué importa que la haya habla-
y que agora la acompañe? [do

FAJARDO. Siempre he visto que al fin dañe
no estorbar lo comenzado.

LAURA. Tengo a mucha cortesía
que me hagáis este favor.

LOPE. El vuestro es tanto mayor,
cuanto hay de la noche al día.
Sólo pensé que era llana
nuestra gente de Castilla.

LAURA. Todo el cuerpo de Sevilla
es un alma castellana.
También hay blandura acá.

LOPE. Adonde hay tanta hermosura,
por fuerza ha de haber blandura.

LAURA. Enterneciéndose va.

LOPE. Desde que en el barco os vi,
siento, con vuestra belleza,
aliviada una tristeza
que me dió cuando partí;
y de este dichoso efeto
tengo ya tal esperanza,
que si el pensamiento alcanza,
un alto bien me prometo.

LAURA. Que en algo os haya servido
tengo a notable ventura.

LOPE. De hoy más, a vuestra hermosura
llamaré río de olvido;

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "sus".

pues en su serena calma
dejaré desde este día
una memoria baldía
que me mataba en el alma.

LAURA. ¿Dejaréis en vuestra tierra
alguna prenda?

LOPE. Dejé
una prenda que empeñé
a un tirano que la encierra.
Costóme algunos suspiros
seguir sus vanos placeres:
que las más de las mujeres,
al mejor tiempo hacen tiros.
Y como estaba engañada
el alma que satisfizo,
de los tiros que me hizo
hube de sacar la espada.
Saquéla para un hidalgo
noble, por cierto; que es justo
honrar al que da disgusto,
si un hombre se tiene en algo.
Que afrentar, aunque sea un loco,
ausente, al que se atrevió
a ofenderos, pienso yo
que es tenerse un hombre en poco.
Digo, en fin, que la saqué,
y que con ella le herí;
y, por lo que toca a mí,
bien satisfecho quedé.
Mis padres, gracias a Dios,
que aún los tengo, y que El los [guarde,
quisiéranme más cobarde...
Sospecho que os canso a vos.
Hablemos en otra cosa.

LAURA. Proseguid, que gusto de eso.

LOPE. Sintieron con grande exceso
el ver mi ausencia forzosa;
pero, por librar mi vida
de deudos, que al fin lo son,
y mi cuerpo de prisión,
ordenaron mi partida.
Quieren que a las Indias pase,
porque tengo un deudo en Lima;
que es lo más que los anima,
y que allá me muera o case:
que todo pienso que es uno.
Si no acierto, aquí he llegado
a tiempo que no ha quedado
piloto o soldado alguno
de los que en la flota van.
Ya están en Sanlúcar todos,
donde, por diversos modos,
o se embarcan o lo están.
Fuése el General también,
y don Francisco Duarte
da prisa, y dicen que parte
la flota—y parta con bien—
dentro de dos o tres días.
Vine esta tarde a fletar
un barco para alijar
algunas cosillas mías;
pasé a (1) Triana, en quien vive
un piloto; y mi cuidado,
como quien sobre borrado
nuevo pensamiento escribe,
ha quedado tan escuro,
que siendo el alma el papel,
vos sola escribís en él
cifras que saber procuro.
¡Mirad vos qué confusión:
estar yo tan de partida,
y llevarme vos la vida!

LAURA. Cosas diferentes son.

FAJARDO. Mucho se alargan: presumo
que tarde al remedio llego;
sin duda, se enciende el fuego,
pues acá me ha dado el humo.

CASTELLAN. De llegar, podría ser
que resultase disgusto:
no pongáis riendas al gusto
de la más cuerda mujer;
porque no saben de freno,
y en queriéndosele echar,
o siempre habéis de trotar,
o quedaros al sereno.

LAURA. Si vos os vais, mi señor,
a una tan larga jornada,
no tenéis que temer nada
de un recién nacido amor.
Cuando salgáis de Triana,
el río abajo, veréis
un templo, donde tendréis
cierta vista y salud llana.
Los Remedios es su nombre:
remediad ese rigor,
y creed que con amor
no pasa a las Indias hombre.

LOPE. Decís bien, que no es posible
que quien tiene Amor presente,
jornada tan larga intente;
porque es ánimo terrible.

LAURA. Lo que puede hacer por vos,
caballero, una mujer

---

(1) En la ed. de 1618 (Barcelona), "por".

que hoy os vió, y no os ha de ver,
es rogar por vos a Dios.
Este os guarde, y sólo os digo
que me pesa de que os vais.

LOPE. No me iré, si vos gustáis
que me quede.

LAURA. No me obligo
a poder tanto con vos.

LOPE. Vos sola podréis, señora,
detenerme.

FAJARDO. ¿Ves agora
cómo se acercan los dos?

LOPE. Esperad: ¿dónde vivís?

LAURA. ¡Jesús! Decir no lo quiero.

LOPE. Mirad, mi bien, que me muero.

LAURA. Sin duda alguna os morís,
y en una razón lo fundo...

LOPE. Vuestra hermosura será.

LAURA. Que quien a las Indias va,
dicen que va al otro mundo.

LOPE. ¿Queréis saber mi afición,
aunque sea liviandad?
Alguna prenda me dad,
y en prenda de obligación
os daré cuantas traía
de mis pasados deseos,
porque gocéis los trofeos
de vitoria que fué mía.

LAURA. ¿Qué os daré?

LOPE. Una cinta en (1) prenda.

LAURA. De valor no la pidáis,
que si al otro mundo os vais,
no es bien que llevéis mi hacienda;
que pues con hacienda ajena
os morís, como decís,
si no la restituís,
andará vuestra alma en pena.

LOPE. Por fuerza lo habrá de andar.

LAURA. Esta es la cinta; tened.

LOPE. En pago de esta merced,
os quiero un retrato dar,
que os juro que no ha podido
sacármele un padre viejo.

LAURA. La carta de San Alejo
habrá este retrato sido.
¡Oh, qué divina mujer!
¿Es viva como pintada?

LOPE. Para mí, pintada es nada,
y viva no tiene ser.

LAURA. ¿Y téngole de guardar
hasta que volváis?

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "*es*".

LOPE. ¿Pues no,
si llevo esta cinta yo
para reliquia en el mar?

LAURA. Adiós, señor.

LOPE. El os guarde.
(¡Que esto me suceda agora!)

URBANA. Vamos, que es tarde, señora.

LAURA. Vamos, Urbana, que es tarde.

(Llegue FAJARDO.*)*

FAJARDO. ¿No tendrá necesidad
vuestra merced de escudero?

LAURA. Antes es noche, y le espero.

FAJARDO. Segura está la ciudad,
que ya se van las galeras.

LAURA. ¿Y vos no os vais?

FAJARDO. Quedo aquí,
en otra mayor.

LAURA. ¿Por mí
lo decís?

FAJARDO. Sí, a fe.

LAURA. ¿De veras?

FAJARDO. Tan de veras, que el respeto
que os guardo me ha detenido...
Bien os habrá entretenido,
si es como galán discreto.

LAURA. Hasta en casa de una amiga
quiero que me acompañéis.

FAJARDO. Pues que no me respondéis,
alguna causa os obliga.

(Vayan delante.)

(Aparte.)

LAURA. No lo (1) conozco, ¡por Dios!
En ese barco le hallé.
(2) ¿Fuése, Urbana?

URBANA. No se fué;
parados están los dos.

LAURA. No le pregunté, turbada,
dónde posaba.

URBANA. ¿Qué importa?

LAURA. ¡Ay, Urbana! ¡Que no corta
en todos brazos la espada!
Este hombre sabe una treta
con que ha podido matarme.
Mal hice en no declararme.

URBANA. Antes has sido discreta;

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "*le*".
(2) En la ed. de 1618, "ANG.", por "LAURA".

que parece hombre de bien
y de muy poco dinero.

(Váyanse las dos.)

LOPE. Digo que por ella muero,
aunque mil muertes me den.
TOLEDO. Vamos, don Lope, de aquí;
¡lleve el diablo la mujer!
¿Quiéreste echar a perder?
LOPE. Cuando la vi, me perdí.

(Fisgue.)

TOLEDO. Taparme quiero los ojos;
hago mil veces la cruz.
LOPE. Aquel donaire andaluz,
¿a quién no causara antojos?
Pienso que me he de perder.
Toledo, véla a seguir.

(Fisgue.)

TOLEDO. ¡Oh, qué vitoria es huir
las armas de una mujer!
LOPE. No te burles: ve corriendo.
TOLEDO. ¿Para qué, si a tercer alba
hacen en la flota salva,
ya de la barra saliendo?
LOPE. ¡Bestia! Si no vas tras ella,
¡vive el cielo, que te mate!
TOLEDO. ¿Tú no ves que es disparate?
LOPE. No es elección, que es estrella.
Esto es amor, no es antojos;
amor es correspondencia;
esto es fuerza de influencia,
y sangre dulce en los ojos.
Espíritus son, Toledo;
Toledo, ¡espíritus son!
TOLEDO. Sean con la maldición;
que bien se ve en el enredo.
Si aquellos dos capitanes
no me dan dos cintarazos,
mis pies burlarán sus brazos.
¿Son deudos, o son galanes?
LOPE. ¡Son el diablo que te lleve!
TOLEDO. La Puerta del Arenal
no han pasado.
LOPE. ¿Hay cosa igual?
TOLEDO. ¡Alguna furia le mueve!

(Váyase.)

LOPE.

Sembrando en tu Arenal mis esperanzas,
¡oh Sevilla!, ¿qué fruto será el mío,
que ni del llanto bastará el rocío,
ni del ligero tiempo las mudanzas?
¡Oh tú, que del ocaso al norte alcanzas
pensamiento menor que el desvarío!,
si en el (1) arena siembras de este río,
tu cosecha será desconfianzas.
Si comparas tu arena con mis males,
tú, ni la Libia, de montañas llena,
tenéis bastante copia de arenales.
¡Oh, principio terrible de mi pena!
Si en él son las arenas desiguales,
¿qué fin espero de sembrar tu arena?

(Salen cuatro EMBOZADOS.)

EMBOZ. 1.° ¡Ah, gentil hombre!
LOPE. ¿Quién llama?
EMBOZ. 2.° ¿No lo ve? Cuatro hombres son.
LOPE. Pues, a mí, ¿por qué razón?
—Deudos son de aquella dama;
sin duda se han ofendido.—
¿Qué quieren?
EMBOZ. 3.° Comer.
LOPE. ¿Comer?
Pues ¿yo qué tengo que ver
con hombres que no han comido?
¿Querránme comer a mí?
¿Son caribes, por ventura?
—Arenal y noche escura;
¡por mi mal, Sevilla, os vi!—
Si acaso basta un doblón,
que ese tengo les confieso.
EMBOZ. 4.° No hacemos nada con eso,
y tiene poca razón;
que somos los cuatro honrados,
y no lo habemos de hurtar.
LOPE. Por serlo, yo quise dar
esos dineros prestados.
Llévenle, que en un doblón
bien hay para vino y pan.
EMBOZ. 3.° Eso, a pobretos lo dan,
y tiene poca razón.
LOPE. Según estoy obligado
a la merced que me han hecho,
que lo pago mal sospecho.
EMBOZ. 2.° Vuarced es hidalgo honrado;
mire que es corta ración.
Cuando añadiera otros nueve...

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "la".

EMBOZ. 1.° Yo sé que hará lo que debe,
y tiene poca razón.
LOPE. Deben de pensar que yo
nací con hora menguada.
EMBOZ. 2.° Suelte la capa y la espada.

(Acuchíllenle.)

LOPE. ¡Oh, perros!...
EMBOZ. 3.° ¡Dale!
EMBOZ. 4.° Cayó.
LOPE. ¡Muerto me han!; que cuatro a [uno
tiene imposible defensa.

(Salen TOLEDO, DOÑA LAURA *y* URBANA.*)*

TOLEDO. Está de suerte que piensa
que no habrá remedio alguno.
LAURA. Si él quedó desconsolado,
Toledo, más lo fuí yo.
TOLEDO. ¿Cómo el soldado os dejó?
LAURA. Porque yo engañé al soldado.
TOLEDO. Aquí quedó; mal lo ha hecho:
que, por mi fe, que se ha ido.
LOPE. ¡Ay, Dios!
LAURA. ¿No sientes ruido?
TOLEDO. Mayor desdicha sospecho.
LOPE. ¿Si me podré levantar?
TOLEDO. La voz es de mi señor.
¡Señor!
LOPE. Espera, ¡traidor!,
si me vienes a matar.
LAURA. ¡Triste de mí! ¡Si está herido!
TOLEDO. ¿Qué tienes, señor?
LOPE. Toledo,
¿eres tú?
TOLEDO. Ya de mi miedo
miro el agüero cumplido.
Doña Laura viene aquí.
LAURA. Señor, ¿qué desdicha es ésta?
LOPE. Es lo que el veros me cuesta;
y aún es poco, pues os vi.
Cuatro embozados han hecho
esta hazaña.
LAURA. ¡Muerta soy!
LOPE. No, mi bien: que vivo estoy,
sólo en tocando ese pecho.
URBANA. ¡Ah, señora, vuelve en ti!
LAURA. Urbana: quieras o no,
este hombre he de curar yo,
pues le han herido por mí.
URBANA. ¿Por ti, siendo unos ladrones?
LAURA. Si por esperarme ha sido,
por mí está don Lope herido.
URBANA. A gran peligro te pones.
LOPE. No presumo que es mortal
la herida.
LAURA. ¿No? Pues yo vivo;
que en el alma la recibo,
y tiene vida inmortal.
Entre los dos, poco a poco,
a mi casa le llevad.
LOPE. Señora, ¿tanta piedad?
TOLEDO. Estoy de coraje loco,
que no llegara a ocasión.
LOPE. Ya nuestra indiana jornada
paró en el eco, que es nada.
TOLEDO. Mira por ti, que es razón,
y déjate de pensar
en las Indias, que la vida
es temerosa partida,
y la muerte, el mayor mal.
URBANA. Mira que es libertad esta
contra tu honor y quietud.
LAURA. Procuraré su salud,
si dos mil vidas me cuesta.
URBANA. ¿Quieres que en casa le tope
el capitán?
LAURA. Sólo estimo
mi gusto; di que es mi primo.
LOPE. ¡Ay, doña Laura!
LAURA. ¡Ay, don Lope!

ACTO SEGUNDO

(Salen LUCINDA, *en hábito de gitana, muy bizarra, y* FLORELO.*)*

FLORELO. Este es el gran Arenal
de Sevilla.
LUCINDA. ¿Si está en ella
don Lope?
FLORELO. Lucinda bella,
no hay parte más principal
para hallarle brevemente,
porque a ver tantas galeras
cubre sus blancas riberas,
agora, infinita gente.
Que no hay hombre, no hay mu- [jer
que no salga al Arenal
a mirar grandeza tal,
cual nunca se espera ver;
porque han bajado galeras
de toda Italia, y venido,

a la ocasión que has oído,
mil naciones extranjeras.
Por la carta de su padre,
en Medina se decía,
y por el llanto que hacía
su afligida y triste madre,
que estaba en Sevilla herido
de cuatro ladrones fieros,
quedando, de sus aceros,
en este Arenal tendido.
Y pues no fué con la flota
de Tierrafirme, y Alberto
tiene salud, ten por cierto
que ha tomado otra derrota,
y que aquí se habrá quedado
a lo fértil de la tierra,
o que para aquesta guerra
debe de estar alistado.

LUCINDA. La contraria estrella mía,
Florelo, con que nací,
no querrá que para mí
dichoso amanezca un día.
Desde Medina he venido,
por este honroso interés,
en el hábito que ves,
a buscar mi bien perdido;
porque, conforme a quien soy,
como tuviera licencia,
o (1) llegara a su presencia
menos oculta que voy.
En esta tierra jamás
echará mi amor raíces;
porque esa carta que dices,
ha cuatro meses, y más,
que don Lope la escribió
a sus padres; y es muy cierto
que estará ya ausente, o muerto,
que es lo mismo.

FLORELO. Pienso yo,
Lucinda, que el sentimiento
de sus padres en Medina
lo hubiera dicho. Imagina
que te engaña el pensamiento,
y que a mí me dice el mío
que, para fin de tu mal,
le has de ver en su Arenal
de aqueste famoso río.

LUCINDA. Cuando sus blancas arenas
se vuelvan perlas, Florelo,
minas el centro del suelo,
corriendo plata sus venas;
y no digo que este río
se vuelva primero atrás,
pues el mar, que puede más,
le vuelve atrás con tal brío;
mas que cuando por él veas
casas y edificios graves,
o vueltas ninfas sus naves,
como las de Troya a Eneas;
y de estas galeras grandes,
en medio de la corriente
veas hacer una puente
sobre los bancos de Flandes;
y que en todas sus entenas,
que cubre alquitrán enjuto,
nace y cuelga el verde fruto
de ramas y de hojas llenas;
y que de la quilla al tope
se vuelvan oro y coral,
que pueda en este Arenal
ver, en mi vida, a don Lope.

FLORELO. ¡Extraña desconfianza!...
Y ésa es la esperanza mía:
que siempre quien desconfía,
lo que no esperaba alcanza.
Mira que en este Arenal
se vieron los que en su vida
se pensaron ver.

LUCINDA. Perdida
y a (1) la esperanza en mi mal,
sólo mi fortuna sigo,
como el que en el mar incierto,
no tomando el propio puerto,
tomara el puerto enemigo.

FLORELO. Y este traje, ¿ha de durar?

LUCINDA. Lo que fuere menester.

FLORELO. ¿Sabrás hablar?

LUCINDA. Sabré hacer
las piedras, llorando, hablar.
Si los que aman por momentos
a los campos donde lloran
les ruegan que a quien adoran
les digan sus pensamientos;
si a los árboles y ríos,
que los vayan a contar,
¿por qué no sabré yo hablar,
Florelo, en los males míos?

FLORELO. La lengua de las gitanas
nunca la habrás menester,
sino el modo de romper
las dicciones castellanas;
que con eso y que zacees,

(1) Así en la 1.ª ed. En la de Hartzenbusch, "*no*".

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "va".

a quien no te vió jamás
gitana parecerás.

LUCINDA. Y aun tú pienso que lo crees;
que no me he vestido mal.

FLORELO. Estás mucho más hermosa.
A ver, di.

LUCINDA. Cara de rosa... (1).

FLORELO. ¡Es su lengua natural!
¡No he visto tal en mi vida!

LUCINDA. Vete a gradas, mientras yo
comienzo lo que intentó
una esperanza perdida;
que allí podrá ser que esté,
y no es bien que estés conmigo.

FLORELO. Pues voyme.

LUCINDA. Adiós. ¡Oh, enemigo
don Lope!, ¡oh, traidor sin fe!

(Váyase FLORELO.)

Nace en Egipto el fiero cocodrilo,
que al peregrino llama en voz humana,
con que a su cueva y boca el paso allana
del que ha seguido su engañoso estilo.
No lo es el llanto que por ti destilo,
ni porque de tu vida soy tirana,
que, aunque traigo vestidos de gitana,
nací en Medina, y no ribera el Nilo.
Peregrino del alma que te adora:
Lucinda soy, que, sin ventura, vengo
a decir a los hombres la ventura.
Dame, dame esa mano vencedora;
que si ventura de tomarla tengo,
su palma la vitoria me asegura.

(Salen el capitán FAJARDO *y* CASTELLANOS.)

FAJARDO. Lejos estoy de sufrir,
capitán, tantos enredos.

CASTELLAN. Fajardo, amor todo es miedos;
no hay sino callar y oír.

FAJARDO. No sé de dónde nos vino
este primo tan pesado.

CASTELLAN. Notable asiento ha tomado
para venir de camino.

FAJARDO. Mientras la herida duró,
que le regalase estimo;
mas ¿qué quiere aqueste primo,
si ha tres meses que sanó?

CASTELLAN. Ese parentesco ignoro;
mas, para mí, a fe de honrado,
que pienso que le ha curado
como Angélica a Medoro.

FAJARDO. No quiera Dios tal suceso,
aunque de él estoy temblando,
porque vendré a ser Orlando
en la venganza y el seso.
Díjome que el mismo día
que en este Arenal le halló,
una cuadrilla le hirió
que la capa le pedía.
Dos meses tardó en estar
don Lope del todo sano;
después dijo que el verano
no era razón caminar;
y otros tres le tiene en casa,
a pesar de mis enojos.

CASTELLAN. Ella os engaña a los ojos,
y vos no veis lo que pasa.

FAJARDO. No me puedo persuadir;
que quien de mí se defiende,
más honra y virtud pretende.

LUCINDA. [*Ap.*] (A estos dos quiero pedir;
mas primero será bien
estudiar el parlamento,
no entiendan mi pensamiento
y otra limosna me den.)

CASTELLAN. Debajo de que no os ama,
capitán, esta señora,
y que, en fin, teméis (1) agora
de este caballero, es dama
que os pide casamiento,
o no hay hablar sin desdén:
yo pienso que os está bien
mudar de tierra y de intento.
El río cubren galeras
que esperan su general;
este (2) famoso Arenal,
mil naciones extranjeras.
Vinieron los galeones
que descansan en Horcadas.
Ya no hay tratar de jornadas
a más remotas regiones.
Esta dicen que es (3) Argel,
y aunque no es nueva, es honrosa.

FAJARDO. Plega a Dios que sea dichosa.

CASTELLAN. Yo tengo esperanza en El.

FAJARDO. Trágica llama la Historia
esta misma en Carlos Quinto.

CASTELLAN. El tiempo, en tiempo sucinto,

---

(1) En la 1.ª ed.: "Cara de rosa, cara de rosa."

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "teméis *si* agora".
(2) Idem. "*y* este".
(3) Idem: "es *a* Argel".

le quitó la palma y gloria.
FAJARDO. Que diera fin a esa guerra
nadie lo debe dudar,
si fuera Agusto en la mar
como César por (1) la tierra.
CASTELLAN. Van en tan buena ocasión,
que al tiempo no hay que temer.
FAJARDO. Yo pienso que quiere hacer
una gran demostración
Filipo, que guarde el cielo
muchos años, para bien
de España.
CASTELLAN. Querrá también
poner al bárbaro suelo
del Africa algún espanto;
y que esto o aquello sea,
¿cuál hombre en servir no emplea
su espada a tal rey?
FAJARDO. Es tanto
lo que a doña Laura estimo,
que, con ser quien veis que soy,
remiso en partirme estoy.
CASTELLAN. No es mala espuela este primo.
FAJARDO. Parézcome a Masinisa
en aquesta remisión.
CASTELLAN. Yo, al romano Cipión,
que de este error os avisa.
Y pues veis que de esta suerte
vuestra opinión se restaura,
sea Sofonisba Laura,
y vuestra ausencia, su muerte.
LUCINDA. [*Ap.*] (Estos hombres son solda-
Mal hago en no me atrever, [dos.
porque podrían saber
del dueño de mis cuidados.
No soy pobre, que, en efeto,
si en esta ocasión lo fuera,
su conversación rompiera,
aunque hablaran más secreto.
¡Oh, quién le pudiera hurtar,
por lograr mi pensamiento,
a un pobre el atrevimiento
con que entra en cualquier lugar!
Pero es justo que se aparte
la diferencia en los dos,
porque, como el pobre es Dios,
entra por cualquiera parte.
Que aunque dos quieran hablarse
por el más secreto modo,
como Dios lo entiende todo,
es imposible guardarse.)

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "en".

CASTELLAN. Aguarda en este Arenal
la gente que le corona
sólo a don Juan de Cardona,
que es capitán general,
porque quieren las galeras
hacerle gran fiesta y salva;
que le aguardan desde el alba
con mil diversas banderas,
flámulas y gallardetes
llenos de armas, cifras, soles,
que de los altos penoles
tocan a los filaretes.
Clarines y chirimías
hacen bailar en el centro
las ninfas que viven dentro
del agua, en alcobas frías,
a quien el aire importuno,
oyendo voces tan nuevas,
da con el eco en las Cuevas,
monasterio de San Bruno.
FAJARDO. En la batalla naval
se halló don Juan de Cardona.
CASTELLAN. Estimaba su persona,
el de Austria, a la suya igual.
El fué a descubrir la Armada
del turco sobre Lepanto.
LUCINDA. [*Ap.*] (Si a todos espero tanto,
si estoy con todos turbada,
¿de qué sirve la invención?
Ahora bien...) Cara de rosa,
ansí Dios haga dichosa
tu vida y tu pretensión,
me des una cosa buena
de esa generosa mano.
FAJARDO. ¡Vive Dios, ángel gitano,
que estoy rico de harta pena!
Si ésta queréis y desgracias,
tengo mil que daros pueda.
LUCINDA. No, señor; de esa moneda
harta tengo yo, a Dios gracias.
CASTELLAN. ¡Bella mujer!
FAJARDO. Hay de aquestas
algunas limpias y hermosas.
CASTELLAN. Sí, pero muy desdeñosas
y notablemente honestas,
que tienen extraña ley
con sus maridos.
LUCINDA. Tenemos
hartos trabajos.
CASTELLAN. ¡Qué extremos!
LUCINDA. Dame, señor; ansí el rey
te haga Comendador.
Dame, capitán honrado.

FAJARDO. ¡Qué buen brío!
CASTELLAN. No he topado
entre éstas, otro mejor.
¿Quieres ir a mi posada?
Dirásme allá la ventura.
LUCINDA. ¿Y cómo estaré segura
de esa tu presencia honrada?
Honrados días vivas.
CASTELLAN. Yo
te haré un juramento aquí.
LUCINDA. ¡Quién se fiara de ti,
ojos falsos!
CASTELLAN. ¿Por qué no?
LUCINDA. Juntar la estopa y el ascua
nunca llames discreción.
Dame una consolación
tú, cara de pan de pascua.
FAJARDO. ¿Dónde tienes tu marido?
LUCINDA. ¡Dale a Dios! Bien cerca está.
FAJARDO. En las galeras irá
preso, y jamás ofendido.
Estas son mujeres solas.
¡Con qué lealtad van al puerto,
en siendo que arriban cierto
las galeras españolas!
Allí les llevan dinero,
regalos, ropa, calzado...;
tanto, que fuera forzado
por ver amor verdadero.
CASTELLAN. Haceos gitano.
FAJARDO. Sí haré.
CASTELLAN. No hay camino de galeras
más seguro.
FAJARDO. Si tú fueras
la gitana de mi fe...
LUCINDA. Muestra; dame acá esa mano,
ya que no me das dinero.
¡Qué mano de caballero!
¡Qué largo Alejandro Magno!

(Sale un LADRÓN.*)*

LADRÓN. [*Ap.*] (Mientras aquesta gitana
dice a aquestos la ventura,
haré mi herida segura.)

(El LADRÓN *va alzando la capa a* FAJARDO.*)*

FAJARDO. Toma, y no mientas, hermana.
LUCINDA. Larga te dé Dios la vida.
Tú estás con un gran desdén
de una dama.
FAJARDO. Dice bien.
LUCINDA. Porque piensas que te olvida.
FAJARDO. Todo es verdad.
LUCINDA. Un traidor
te quiere mal, y lo encubre.

(Meta la mano.)

FAJARDO. ¡Vive el cielo, que descubre
todo el libro de mi amor!
LUCINDA. Has servido, y no te paga
quien debiera conocerte.

(Saque la bolsa.)

LADRÓN. [*Ap.*] (Yo hice muy bien mi suerte.
Así Dios tus cosas haga,
gitana, y quiera que tope
contigo sola (1) algún día.)

(Váyase.)

LUCINDA. Así, por cierto, tenía
la mano el señor don Lope.
¿Conocéisle?
FAJARDO. No quisiera.
LUCINDA. ¡Ay, cielo!
FAJARDO. ¡Ay, suerte cruel!
Porque no me hables en él
te daré limosna. Espera,
espera.
CASTELLAN. ¿Qué buscáis?
FAJARDO. ¡Bueno!
CASTELLAN. Yo tengo dinero.
FAJARDO. Aquí
cincuenta escudos metí
en un bolsillo, y bien lleno,
y bien lleno, y sólo hallo
el lienzo y estos papeles.
Vil gitanilla, si sueles,
para sustentar el gallo,
entretener de esta suerte
al que dices la ventura,
mientras hacerla procura
en el que se ocupa en verte
el ladrón que traes contigo,
mi dinero me has de dar
o te tengo de matar.
LUCINDA. ¿Qué es esto, cielo enemigo?
CASTELLAN. ¿Hay semejante maldad?
La misma la habrá tomado.
LUCINDA. Si entre tanto os la han hurtado,

(1) En la ed. de 1618 (Barcelona): "sólo".

yo no lo sé, en mi verdad.
CASTELLAN. Que la misma la hurtaría,
y éste es negocio muy llano,
porque os tomaba una mano
y otra en la bolsa metía.
LUCINDA. Hurtárosla fuera error,
pues habiéndome de dar
limosna, era cierto echar
menos la bolsa, señor.
¿Veis cómo estáis engañado?
CASTELLAN. Mientras llamo un alguacil,
desnudalda.
FAJARDO. ¡Qué sutil
me la asió por este lado!
¡Desnúdate!
LUCINDA. No toquéis,
capitán, a mi persona;
que si el talle no la abona,
la abonará lo que veis.
¡Desviaos!
FAJARDO. ¿No eres gitana?
CASTELLAN. ¿No lo veis? Habla muy bien.
LUCINDA. Yo haré que el dinero os den.
FAJARDO. ¿Cómo?
LUCINDA. Mujer castellana
soy, y mujer principal;
y si alguno os lo tomó,
como eso he creído yo
que pase (1) en este Arenal,
no soy tan pobre que aquí
no os dé lo que os (2) han hurtado.
FAJARDO. Con eso me he despicado,
que fué como juego en mí;
y creed que soy persona
que os puedo servir en algo.
LUCINDA. Talle tenéis de hombre hidalgo,
y el término lo pregona.
Sólo porque soy mujer,
merezco vuestro favor.
FAJARDO. ¡Extraño enredo!
LUCINDA. Es de Amor;
que él sólo le supo hacer.
CASTELLAN. Es el capitán Fajardo,
señora, muy caballero;
no le abono, lisonjero,
por premio que de él aguardo,
sino porque de él fiéis
cualquiera cosa, en razón
de su fama y opinión,
que yo sé bien que podéis.
Decilde a qué habéis venido
y en lo que os puede servir:
que esto es más razón sentir
que no el dinero perdido;
que yo sé que de su hacienda,
en menores ocasiones,
ha dado satisfacciones.
LUCINDA. Pues debajo de esa prenda,
diré quién soy, y a qué vengo
disfrazada en el vestido
que veis.
FAJARDO. ¡Caso extraño ha sido!
LUCINDA. Pues tan buen amparo tengo,
oid mi historia, si oílla
no os cansa.
FAJARDO. El pecho descubre.
CASTELLAN. ¡Válame Dios, lo que cubre
El Arenal de Sevilla!
LUCINDA. De nobles padres y abuelos,
noble capitán Fajardo,
para campo de desdichas,
nací en Medina del Campo.
Mudó el Tercero Filipo
su Corte, casa y criados
a Valladolid, y fué
mudar también necesario,
de allí, la Chancillería,
con quien también se mudaron
mi ventura y muchos pleitos,
de que me resultan tantos.
Ennoblecióse la villa,
y, como en tiempos pasados,
vino a estar con mayor lustre;
que, floreciendo sus pagos,
poblóse con extranjeros,
venidos por varios casos,
no habiendo casa sin huésped:
causa de todo mi daño;
porque le cupo a la mía
un noble mancebo hidalgo,
de buena presencia y rostro
y en la mitad de sus años.
Puso los ojos en mí,
que es nuestro pleito ordinario,
y muy propio a forasteros
dar a su huésped tal pago.
¡Bien sabe el cielo mi intento,
y que con justo recato,
mientras más altos sus ojos,
miré con ojos más bajos!
No porque yo despreciara
las partes de un cortesano

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "pasa".
(2) En la ed. de 1618 (Barcelona): "no os dé lo que han hurtado".

tan galán y caballero,
siendo el pensamiento casto;
mas porque el mío vivía
en otro pecho ocupado
de un caballero, a quien yo
debía de amor seis años.
Era su nombre don Lope;
sus partes no las alabo:
que mal las dirá quien es
parte en adorarle tanto.
Cayóle, de ver (1) Alberto,
que es el nombre del contrario,
a don Lope una tristeza,
que su vida puso al cabo;
y, al cabo de algunos días,
pudieron los celos tanto,
que en el Campo de Medina
salieron los dos al campo.
Díjole que de secreto
conmigo estaba casado,
y que en pretender servirme
le hacía notable agravio;
que la palabra le diese,
como caballero honrado,
de no mirarme en su vida,
y dióla, para su daño;
que, aunque es verdad que después
sus ojos se moderaron,
sus palabras se midieron
y se enfrenaron sus pasos,
de suerte que yo le vía
algunas veces, mirando,
morírsele los suspiros
entre la lengua y los labios,
no sé dónde, a sus amigos,
enseñó Alberto un retrato
que un cierto pintor famoso,
pienso que Guzmán llamado,
de sólo verme una fiesta,
hizo con divina mano;
que, como Naturaleza,
hace su pincel milagros.
Y fué tanta su desdicha,
y los amigos tan falsos,
que contaron a don Lope,
aunque Alberto estaba salvo,
que se alabó que era dueño
del dueño de aquel retrato,
con que, incitando su ira,
dieron principio a este caso.
Buscóle, y hallóle un viernes,

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "de ver *a* Alberto".

siempre en amor desdichado,
junto a la Chancillería,
y otra vez le sacó al campo,
donde, afeando el haber
la fe y palabra quebrado,
metió mano y le dejó
por muerto, y quitó el retrato.
Vínose huyendo a Sevilla,
dejándome mil trabajos,
entre deudos de un herido
y padres de un agraviado.
Quiso pasarse a las Indias,
y el cielo, viendo mi agravio,
le detuvo en esta arena,
con tres heridas o cuatro.
Escribe que está muy bueno
quien fué para mí tan malo,
a quien busco en este traje;
que me dicen que es soldado.
Si sabéis de él, caballeros,
¡por Dios!, que os muevan mis da-
porque no se vaya a Argel [ños,
hombre que me cuesta tanto.

FAJARDO. ¡Extraña lealtad!

CASTELLAN. Merece
justo lugar en el templo
de la Fama.

FAJARDO. Tal ejemplo
su flaco ser engrandece.
Pena me ha dado la vuestra;
y, en fe de que esto es verdad,
tendrá vuestra voluntad
para su amparo la nuestra.
Y, por que tengáis consuelo,
ese don Lope está aquí;
porque cayó para mí
como otro rayo del cielo.
En una casa, en que adoro
una mujer, se ha curado,
donde ha sido regalado,
y dicen que fué Medoro.
"Prima" le llama: no sé
si esta prima es verdadera;
mas no es la cuerda primera
que por prima falsa esté.
Hacemos un instrumento
cinco en esta misma casa;
que donde el infierno abrasa
no habrá tan discorde acento.
Es la prima quien te digo,
que doña Laura se llama,
falsa hasta agora en la fama,
y siempre falsa conmigo.

La segunda y la tercera
hacen Toledo y Urbana:
un criado y una anciana
que suenan mal dondequiera.
La cuarta y requinta ha sido
don Lope, porque sospecho
que de la prima se ha hecho,
y tiene el mismo sonido.
Yo vengo a ser el bordón,
en quien la música estriba;
que no quiere Amor que viva
sin bordón tanta pasión.
Mira tú si este instrumento
será dulce a tus oídos;
que, por lo que es mis sentidos,
yo estoy tal, que ya no siento.

LUCINDA. ¡Bien echaba yo de ver
que cuando mi bien hallara,
no menos mal me costara
que es el venirle a perder!
¡Pluguiera al cielo, señores,
que con la flota se fuera,
porque Laura no le hiciera
Medoro de sus amores!
¡Allá se quedara en Lima
o en otra mayor distancia,
antes que hacer consonancia
con esta fingida prima!
Ya no hay remedio en mi mal,
aunque más lágrimas vierta
que tiene, desde su puerta,
granos aqueste Arenal.
Cinco meses de su casa
terribles hábitos son.

FAJARDO. Quedo, que en esta ocasión
la misma que os digo pasa.
Fingid lo que habéis fingido,
y podéis llegarla a hablar:
que el dueño no ha de tardar
de su amor y vuestro olvido.
Ya nuestros nombres sabéis;
idos a Gradas mañana,
adonde, hermosa gitana,
a los dos nos hallaréis;
que para todo suceso
es nuestro propio interés
serviros.

(Salen LAURA *y* URBANA.)

LUCINDA. ¿Que aquesta es?
Justamente pierde el seso,
y yo he de perder el mío.

FAJARDO. Adiós, porque no nos vea.

CASTELLAN. ¡Extrañas cosas rodea
Amor!

FAJARDO. Apartaos del río.

LAURA. Apenas habrá lugar
de donde se pueda ver.

URBANA. Jamás estimé placer
que costase tal pesar.
Hase cifrado Sevilla
como todo el mundo en mapa,
tanto, que el arena tapa
en esta trillada orilla.
Hoy, bravas galas se han puesto.
Tiende los ojos.

LAURA. No hay cosa
para sus luces hermosa,
estando mi sol traspuesto.

URBANA. Anda agora; que aunque esté
una mujer obligada,
no puede estar tan atada
que no alcance a lo que ve.
¿No has visto en el campo, aca-
atado un buey o un jumento, [so,
que no tiene más sustento,
ni puede alargar el paso,
de lo que la soga alcanza?
Pues eso mismo ha de hacer
la cautelosa mujer,
mientras no intenta mudanza.
Si don Lope te aguardare
y, en fin, le tienes amor,
pace todo alrededor
lo que la soga alcanzare.

LAURA. Reír me has hecho.

URBANA. Pues mira
qué hierba de éstas te agrada.

LUCINDA. [*Ap.*] (Quiero llegar, y, turbada,
el mismo amor me retira.
¡Ello ha de ser!) Dad, por Dios,
cara buena, cara hermosa,
noble, honesta, vergonzosa,
que el cielo os guarde a las dos,
algo a esta pobre gitana.

LAURA. ¡Gracioso talle!

URBANA. Extremado.

LAURA. ¡Buen vestido!

URBANA. ¡Buen tocado!

LUCINDA. Así la hermosa mañana
de tu edad logren los cielos,
y hasta la serena tarde
con mucho gusto la guarde.
(Ap.) (¡Ardiéndome estoy de ce-
Que des a la gitanica [los!)

algo con aquesas manos.
LAURA. ¿Qué me dirás?
URBANA. Cuentos vanos.
LUCINDA. Da, pues, una limosnica.
Quita el guante, quita presto,
que la mano ha de mostrar
lo que quiero adivinar.
(Ap.) (No se lo digo por esto.)
LAURA. Toma; di lo que quisieres,
que en creeros su amor loco
se conoce bien que es poco
lo que saben las mujeres.
¿Qué me puedes tú decir
que me pueda suceder?
LUCINDA. *(Ap.)* (¿Y tú qué puedes hacer,
que no me cueste el vivir?)
Ahora bien: ¡qué linda mano
que tienes! Besalla quiero.
(Ap.) (Por si la besó primero
aquel mi amado tirano.)
LAURA. Di, pues.
LUCINDA. En nombre de Dios,
esta cruz hago sobre ella.
Mas ¿no me das con qué hacella?
LAURA. Toma aqueste real de a dos.
LUCINDA. Vivas lo que yo deseo.
(Ap.) (Que si no más de esto vi-
por gran milagro recibes [ves,
la vida con que te veo.)
Torno a hacer la cruz; permite
que otra vez tu mano hermosa
bese, porque cierta cosa
que en ella tienes te quite.
¿Hoy acaso hala tocado
algún hombre?
LAURA. ¿Importa?
LUCINDA. Sí.
LAURA. Pues, sí; han tocado.
LUCINDA. [*Ap.*] (¡Ay de mí!)
¿Besado, no?
LAURA. Y aun besado.
LUCINDA. Quisiératela morder,
por eso que estás diciendo.
LAURA. ¡Quedo! ¡Paso!
LUCINDA. Voy haciendo
todo lo que es menester.
URBANA. Sin duda que es hechicera.
LUCINDA. Mal conoces la gitana,
mas que te llamas Urbana.
URBANA. ¿Hay tal cosa?
LUCINDA. ¿Eso te altera?
LAURA. Alguien le ha dicho tu nombre.
LUCINDA. Un cardillo corredor.
LAURA. ¿Sabrás el mío?
LUCINDA. Mejor.
Laura, tú quieres un hombre.
LAURA. Si no hiciera cruz, creyera,
oyendo cosas tan graves,
que era demonio.
LUCINDA. [*Ap.*] (Aún no sabes
los tormentos que te diera.)
LAURA. ¿Hombre yo?
LUCINDA. Y a entender das
a tus deudos y a otra gente
que es este hombre tu pariente.
LAURA. ¡Jesús! ¡No me digas más!
LUCINDA. Y más que es medio casado
este hombre...
LAURA. ¡Triste de mí!
LUCINDA. Esta raya dice aquí
que engañas cierto soldado.
URBANA. No prosigas; ¡anda, vete!
LUCINDA. Calla tú; que yo sé bien
que te sirven.
URBANA. Dime quién.
LUCINDA. Dos sombreros y un bonete.
URBANA. Laura, lleva esta mujer
a casa, porque es, sin duda,
que hará que don Lope acuda,
y el mundo, si es menester,
a cuanto fuere tu gusto.
LAURA. ¿Quieres ir a mi posada?
LUCINDA. Sí, ¡por Dios!, que eres honrada,
y darte contento es justo.
¿Dónde vives?
LAURA. A los Baños
de la Reina Mora.
LUCINDA. Iré,
sin duda, y allá os diré
untos y aceites extraños
para el rostro, para dientes,
para el cabello y las manos,
y hechizos que veréis llanos
para enloquecer las gentes.
Tengo piedras, hierbas, flores,
oraciones y palabras;
nóminas, que quiero que abras,
para secretos de amores,
que te quitarán el seso.
(Ap.) (¡Qué les digo de mentiras!)
LAURA. Cosas dices que me admiras.
LUCINDA. Veréis el fin del suceso.

(Salen DON LOPE *y* TOLEDO.*)*

LAURA. Este hombre que viene aquí
es el que has adivinado.

LUCINDA. [*Ap.*] (¡Cielos!, aunque os he llamado
para que os doláis de mí,
nunca en mayor ocasión:
¡dadme esfuerzo, o moriréme!;
que viene a quien sólo teme
mi afligido corazón.)
LOPE. ¡Laura mía!
LAURA. ¡Señor mío!
LOPE. ¿Qué puesto es éste?
LAURA. ¿No es bueno?
URBANA. Todo está de gente lleno.
LOPE. Hoy no habrá lugar vacío;
que no ha quedado persona
en Sevilla, desde el alba,
que no salga a ver la salva
y al gran don Juan de Cardona.
¿En qué te has entretenido?
LAURA. Con esta gitana estaba.
LOPE. ¡Brava, por mi vida!
LAURA. Brava
de talle, rostro y vestido.
Dile, amiga, a este galán
la ventura.
TOLEDO. Y luego a mí,
que soy medio zahorí,
aunque no me llamo Juan.
Y sepa que me parió
mi madre, en gran puridad,
la noche de Navidad.
LOPE. [*Ap.*] (¿Duermo? ¿Qué es esto? [¿Soy yo?
¿Esta es gitana?... ¡Toledo!
TOLEDO. Señor...
LOPE. Mira esta mujer.
TOLEDO. Aire tiene y parecer
de aquel tu pasado enredo.
LOPE. No vi cosa semejante.
TOLEDO. Suele hacer Naturaleza
tal vez igual la belleza
de un cristal y de un diamante.
LOPE. Si en ser posible cupiera
el venir a este lugar,
¿cómo pudiera dudar
que aquésta Lucinda fuera?
Cosas son de admiración,
que hace por milagro el cielo.)
LUCINDA. [*Ap.*] (De verle, tengo en un hielo
engastado el corazón.)
LAURA. Lope, ¿no le dais la mano?

(*Aparte.*)

LUCINDA. (¿Cómo me la puede dar
quien me la pudo negar?
LOPE. ¡Hola!
TOLEDO. Señor.
LOPE. Esto es llano:
Lucinda con el disfraz
que miras. Oye la voz.
TOLEDO. No hay animal tan feroz,
para impedir nuestra paz,
como una mujer celosa.
Ella ha sabido tu gusto.
LOPE. ¿Hay tan extraño disgusto?
¿Hay tan atrevida cosa?
¿Hay desatino mayor
como tan largo camino?
TOLEDO. No le llames desatino,
si sabes lo que es (1) Amor.
Disimula, no lo entienda
Laura.
LOPE. Eso sólo querría.)
LAURA. Algo habéis hecho este día,
mi bien, mi querida prenda,
pues que le negáis la mano
a quien teméis que lo diga.
LOPE. Diversa causa me obliga,
y habéis sospechado en vano.
LAURA. Pues ¿por qué?
LOPE. Nunca he creído
lo que dice esta mujer.
LAURA. Debéisla de conocer.
LUCINDA. Antes no me ha conocido.
LOPE. Tan mala ventura, un día,
me pronosticó, señora,
que desde la misma hora
dejé lo que pretendía;
y estuve tan mal con ella,
porque verdad no trató,
que juré, y pienso que yo
lo cumplo, de aborrecella.
LUCINDA. Como Dios es sobre todo,
y está sujeto a su mano,
no puede el ingenio humano
prevenir el cierto modo.
El no entendió la verdad,
que yo en todo la decía.
LOPE. ¿Luego fué la culpa mía?
LUCINDA. De tu libre voluntad;
que intentaste injustamente
tu deshonor con el mío.
LAURA. ¿Qué fué el caso?
LOPE. El desafío
que os dije.

---

(1) En la ed. de Barcelona (1618) se omite "es", por error.

LUCINDA. Decid que os cuente
cuál tuvo peor suceso.
LAURA. ¿Sin duda, te preguntó
si saldría?
LUCINDA. Allá salió,
con menos razón que seso,
sin entender la verdad,
o sin quererla entender.
LAURA. Pues ¿cómo puede tener
culpa?
LOPE. Yo sé su maldad.
TOLEDO. Anda, señor, no la culpes,
que es una gitana honrada.
LUCINDA. No niego que estoy culpada,
como tú mi honor disculpes.
Muestra esa mano, que quiero
decirte verdad agora.
LOPE. ¿Quieres que la dé, señora?
LAURA. Por ver lo que dice, muero.
LUCINDA. [*Ap.*] (Y yo por tomar la mano.)
Dame un dinero, y haré
la cruz.
LOPE. [*Ap.*] (Quien aquesto ve,
no diga que vive en vano.)
¿Ves aquí aqueste real?
LUCINDA. Tan justamente he vivido,
que aquesta moneda ha sido
de mi venta desleal.
LOPE. Di... [*Ap. a ella.*] (Y advierte [que te escucha
Laura.
LUCINDA. [*Ap. a* LOPE.] Ya estoy advertida.)
LOPE. ¿Qué me dices de la vida?
LUCINDA. [*Ap. a* LOPE.] (Pésame que tengas [mucha,
aunque ruego a Dios por ella
por ver si mi honor restaura;
pero si te goza Laura,
mueras en llegando a ella.
LOPE. Habla bajo.
LUCINDA. ¿Cómo puedo?
LOPE. Callando.
LUCINDA. Hay grande pasión.
LOPE. Enfrénala.
LUCINDA. No hay razón.
LOPE. Quedo, Lucinda.
LUCINDA. No hay quedo.
LOPE. No seas loca.
LUCINDA. Estoy perdida.
LOPE. Tiempo habrá.
LUCINDA. El dolor es fuerte.
LOPE. Calla.
LUCINDA. No temo la muerte.
LOPE. ¿Darétela?
LUCINDA. Estoy sin vida.)
LAURA. ¿Qué es eso? ¿Qué habláis?
LUCINDA. Pretende
que no diga las verdades.
LAURA. ¿Pues eso (1) le persüades?
LOPE. ¿Piensas tú que ella me entiende?
Todas estas ignorantes
viven con aquesta (2) flor.
LAURA. Pregunto: ¿tiéneme amor?
LUCINDA. Sois en amor semejantes.
Para esto no es menester
mirar rayas de su mano;
que este rostro soberano
la da mejor a entender.
El te quiere y tú le quieres.
LAURA. En secreto te ha pedido
que lo digas. ¿No ha querido
o ahora quiere otras mujeres?
LUCINDA. Que ha querido fué verdad.
Sólo a ti te quiere agora.
TOLEDO. [*Ap.*] (Poner quiero paz.) Señora,
mira esta mano, y callad.
LUCINDA. Mírola en nombre de Dios.
Cara de pocos amigos
tienes.
TOLEDO. [*Ap. a* LUCINDA.] (Lucinda, testi- [gos
tengo honrados, más de dos,
de que fuí siempre y seré
tu amigo, y tú lo verás.
No quiero que digas más
en la raya de mi fe.)
LUCINDA. Tú fuiste siempre chismoso:
esta raya lo publica.
TOLEDO. Mi lealtad te significa,
astrólogo mentiroso,
sino que tú no lo entiendes.
LUCINDA. Esta dice que, después,
por gusto de tu interés,
a cierta inocente vendes.
TOLEDO. No dices cosa acertada.
Gobiérnate la pasión.
LUCINDA. Si me informa la razón,
¿cómo puedo errar en nada?
Niega aquí que aquesta raya
no te hace grande alcahuete.
TOLEDO. Suelte, gitana, y no apriete
tanto a un hombre, antes se vaya;
que dice dos mil mentiras.

(Tiren unos arcabuces.)

(1) En la ed. de Barcelona (1618): "esto".
(2) Idem, "esta".

LOPE. Ya la salva han comenzado.
Mira el Betis coronado,
Laura.

LUCINDA. [*Ap.*] (Y tú, cielo, ¿no miras
esta maldad?)

LOPE. De mil gentes
que, por ver y por oír,
parece que han de servir
de fajina a sus corrientes.
¡Oh, famosa capitana
de España, qué piezas tiras!

LUCINDA. [*Ap.*] (Más balas, cuando la miras,
tira tu mano inhumana.)

LOPE. La de Nápoles, gallarda,
responde agora primero.
Acércate, Laura.

LUCINDA. Hoy muero.
Aguarda, don Lope, aguarda.

ACTO TERCERO

(*Salen* FAJARDO *y* CASTELLANOS.)

FAJARDO. No ha tenido efeto nada
de cuanto se imaginó.

CASTELLAN. Justamente se llamó,
señor capitán, jornada.

FAJARDO. Tan lucida infantería
y tantos aventureros
bien mostrarán los aceros
a Francia y a Berbería.
Los secretos de los reyes
algo a los del cielo imitan.

CASTELLAN. Dueños son de todo. Quitan,
ponen y introducen leyes.

FAJARDO. Con todo, a mi parecer,
se ha hecho una gran facción;
que siempre fuí de opinión
que se ha de dar que temer.

CASTELLAN. Es alta razón de estado
mostrar valor y defensa,
porque el enemigo piensa
que hay dineros y cuidado.
Es el nervio de la guerra
el dinero, y esta obra
muestra que el dinero sobra.
Ya, en fin, estamos en tierra,
y tierra de la mejor
que el sol mira.

FAJARDO. ¡Oh, gran Sevilla,
que sola tu maravilla
de todas tiene el valor!
Colosos, anfiteatros,
faros, piras, mauseolos,
únicos al mundo y solos;
estatuas, templos, teatros,
no se pueden alabar
de que tuvieron grandeza,
en llegando a la belleza
de este famoso lugar.

CASTELLAN. Méjico y Venecia son
dos ciudades celebradas,
porque, sobre el mar fundadas
con notable perfeción,
son ciudades y son naves;
pero en tierra nadie quite
lauro a Sevilla.

FAJARDO. Compite
con las ciudades más graves.
Dejemos la preeminencia,
la nobleza y exención
en el reino de Aragón,
de Zaragoza y Valencia;
que esas (1) dos en su corona,
de España lo pueden ser.

CASTELLAN. ¿Qué hay de deseos de ver,
Fajardo, aquella persona?
¿Cuánto va que deseáis
que os lo pregunte?

FAJARDO. No sé.
Con su primo la dejé.

CASTELLAN. Y con su primo la halláis.

FAJARDO. No sé yo si su firmeza
durará tanto en un ser;
que es Laura, en obras, mujer,
aunque es ángel en belleza.
Como quiera yo me siento
razonable de mi mal:
sembré amor en arenal,
vino agosto, y cogí viento.
El mar debió de lavarme
la mancha que me quedó,
o el fuego en ella cesó
de abrasar y de matarme.

CASTELLAN. No hay duda. Si desatina
el alba de esta dolencia,
récipe meses de ausencia,
que es la mejor medecina.
Suele una purga de celos
revolver en vez de obrar,
y a veces suele imitar,
en ser milagro, a los cielos.

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "es*t*as".

¿Verémosla?
FAJARDO. Con vergüenza,
estoy por decir que sí;
que amor, en viéndome aquí,
donde se acaba, comienza.

(Sale ALBERTO *con un capotillo y su espada ceñida.)*

ALBERTO. [*Ap.*] (Quiero informarme. ¿Qué [aguardo?)
CASTELLAN. De lo que es razón excedes.
ALBERTO. ¿Quién es de vuestras mercedes...?
FAJARDO. ¿Cómo?
ALBERTO. El capitán Fajardo.
FAJARDO. [*Ap.*] (Qué será esta novedad?
Castellanos, ¿diré el nombre?
CASTELLAN. ¿Es este hombre más de un hom- [bre?
FAJARDO. [*Ap.*] Ni esto es más de una ciu- [dad;
pero hay muchos dentro de ella.)
Yo soy. ¿Qué es lo que mandáis?
ALBERTO. Que aquesta carta leáis;
veréis lo que quiero, en ella.
CASTELLAN. Leelda y no os alborote.
FAJARDO. Armas no me dan cuidado.
CASTELLAN. [*Ap.*] (Pues parece que está arma- [do
debajo de aquel capote.
Mas que venga un escuadrón.)

(Abrala.)

FAJARDO. Paces la firma confirma.
CASTELLAN. ¡Por Dios!
FAJARDO. Sí.
CASTELLAN. ¿Cúya es la firma?
FAJARDO. De Fabricio de León.
CASTELLAN. ¿Dónde está?
FAJARDO. En Medina es fecha.
CASTELLAN. Cansóse de pretender.
FAJARDO. Oid, que empiezo a leer.
CASTELLAN. Sin favor, poco aprovecha.

(Lea.)

"A los grandes amigos se han de pedir grandes amistades. El que os dará ésta es un caballero, a quien tengo las obligaciones que a vos, que no hay mayor encarecimiento. Tiene en Sevilla un enemigo que le ha agraviado. Va a lo que podéis entender. Haced cuenta que soy yo mismo. De Medina. *El capitán Fabricio de León.*"

FAJARDO. Vuestra merced sea venido
en buen hora a esta ciudad;
que con toda voluntad
en esto será servido
y en lo demás que se ofrezca.
Lléguese más. ¿Cómo está
Fabricio?
ALBERTO. Cansado ya
de sentir que no merezca
lo que otros muchos que ayer
comenzaron a servir;
y en que no pudo venir
conmigo, se echa de ver.
FAJARDO. ¿Cómo ha sido este suceso?
ALBERTO. Reñí en el campo, y hirióme
un hombre.
FAJARDO. ¿Quién hay que tome
por agravio sólo eso?
¿Hubo armas aventajadas?
¿Hubo algún hombre escondido?
¿Fué, por dicha, antes herido
que sacasen las espadas?
Que con ellas, aunque hubiese
palabras muy afrentosas,
no importa.
ALBERTO. Hubo muchas cosas,
de que es razón que me pese.
FAJARDO. ¿Cómo?
ALBERTO. Que herido caí,
y entonces a mí llegó.
FAJARDO. Apostaré que os tomó
prenda alguna.
ALBERTO. Señor, sí.
CASTELLAN. ¿Era en batalla campal,
y vos, acaso, francés?
No es eso agravio.
ALBERTO. Sí es.
CASTELLAN. Si vos lo (1) tenéis por tal,
vos os habéis agraviado,
porque donde no se halló
agravio, ese lo quedó
que piensa que está agraviado.
ALBERTO. Oid por lo que lo digo.
FAJARDO. ¿Cómo fué?
ALBERTO. La quistión fué
porque un retrato mostré
de una dama a un cierto amigo,
habiendo palabra dado
de no la hablar; y sabía
este hombre que yo tenía
este retrato guardado

(1) En la ed. de Barcelona, "*le*".

en el pecho. Este me abrió,
y habiendo tenido en nada
que le abriese con la espada,
con la mano me pesó.

FAJARDO. ¿Llevósele?

ALBERTO. Sí.

FAJARDO. No estáis
agraviado, que riñendo
no hay agravio, y más siguiendo
la causa que me contáis.
Sean espadas o sean manos,
esto alcanzo yo a entender,
debajo del parecer
del capitán Castellanos,
a que me remito en todo.

CASTELLAN. Vos lo habéis tan bien tratado,
que el duelo más acertado
no lo escribe de otro modo.
Ni hay agravio ni hay aleve,
y lo firmaré.

FAJARDO. Señor,
si algún amigo traidor
a que os inquietéis os mueve,
de muchos que revolver
el agua clara es su oficio,
dejando aparte a Fabricio,
que esto no pudo saber,
una cédula firmada
de cinco o seis capitanes
os daré, los más Guzmanes
que vió Flandes con la espada,
y aun del gran don Bernardino
de Avellaneda, por quien
tiembla el mar indio, y también
teme el inglés su camino,
pues agora está en Sevilla,
de que no estáis agraviado.
Sólo hay, pues sois tan honrado,
que a este Arenal, a esta orilla,
os sacaremos ese hombre,
para que quedéis mejor,
y hablalde.

ALBERTO. Digo, señor,
que eso quiero.

CASTELLAN. Diga el nombre;
que se me ha puesto en la frente
que en cierta persona tope.

ALBERTO. Llámase este hombre don Lope.

CASTELLAN. ¡Válete (1) Dios por pariente!

ALBERTO. ¿Es vuestro deudo (2), por dicha?

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "válate".
(2) En la ed. de Barcelona, "pariente".

FAJARDO. Por mi desdicha lo ha sido.

ALBERTO. ¿Cómo? Que lo habré tenido
por azar de mi desdicha.

FAJARDO. No os alteréis; mas sabed
que es el mayor enemigo
que tengo.

ALBERTO. Dios me es testigo
que me habéis hecho merced
en desengañarme a prisa.

FAJARDO. Yo sé todo vuestro cuento,
desde el primer fundamento,
porque estas arenas pisa
la causa de esa quistión,
que a los dos nos la ha contado...

ALBERTO. ¿Lucinda?

FAJARDO. Sí, que ha llegado,
siguiendo su pretensión,
a esta ciudad, disfrazada.

ALBERTO. Tendrála don Lope.

FAJARDO. Creo
que ya para su deseo
es esa historia pasada.
Goza don Lope una dama
que es la flor de esta ciudad,
y me cuesta voluntad.

ALBERTO. ¿El nombre?

FAJARDO. Laura se llama.

ALBERTO. Según eso, ¿bien podré
ver a Lucinda?

FAJARDO. Decid
que desde Valladolid
ése vuestro intento fué,
y no tratéis de pendencia.

ALBERTO. Muero por ella, por Dios.

FAJARDO. ¡Buenos venimos los dos,
tras tantos meses de ausencia!
Ahora bien: venid conmigo.

ALBERTO. ¡Ay, Lucinda, que tú eres
mi agravio! Espera, si quieres,
que vengo a reñir contigo.

(Váyanse, y salgan DON LOPE *y* LUCINDA.)

LOPE. Déjame de importunar,
porque no te puedo ver.

LUCINDA. ¡Que esto escuche una mujer!

LOPE. Como eso habrás de escuchar...

LUCINDA. ¿Piensas que te tengo amor
porque aquí me ves venir?

LOPE. Pienso que sabrás fingir,
porque lo sabéis mejor;
pero si amor no me tienes,
mucho de tu honor desdoras.

¿Qué me buscas? ¿Qué me lloras?
¿Qué te cansas? ¿A qué vienes?
Meses ha que estás aquí
con estos hábitos locos;
si a ti te parecen pocos,
mil siglos son para mí.
¿A qué vienes a esta casa?
¿Qué te debo yo? ¿Qué quieres?
Demonios sois las mujeres.
Sólo el desprecio os abrasa.
Mira que das ocasión
a que Laura, a quien adoro,
piense que soy el tesoro
que busca tu amor ladrón.
No me inquietes ni consumas
esa belleza, Lucinda;
no hay cosa que más se rinda
al viento que polvo y plumas
y hermosura de mujer.
Empléala en quien te adora,
porque yo, Lucinda, agora
ya tengo quien lo ha de ser.
Mira que el sol, aunque tema
que eres dama cortesana,
como te mira gitana,
la tez del rostro te quema.
Tiempo fué que, resistiendo
tu sol al otro, se viera
más fuerza y fuego en su esfera,
quedando el del cielo ardiendo;
mas ya que tú misma has dado
en andar aquí sin dueño,
vence el sol al sol pequeño
que vi en tu rostro cifrado;
y dame lástima el verte.
Di a Florelo que te adorne
de tu traje, y que te torne
a Medina de otra suerte;
que yo me quiero casar,
y excusarás esta pena.

LUCINDA. No tiene granos de arena
la Libia, peces el mar,
aves el aire, ni estrellas
el cielo, que a tus maldades
igualen.

LOPE. ¿Tales verdades
te cansan?

LUCINDA. Matas con ellas.
¿Esto me has dicho? ¿Esto ven- [go
a tener en galardón
de mi profunda pasión
y los trabajos que tengo?
¿Esto merece venir
por ti, en este humilde traje,
a pesar de mi linaje,
que no lo pudo impedir?
¡Sufrir que estés con tu dama,
sin decille mi deseo,
los meses que ha que te veo
en la mesa y en la cama!
¡Oh, grande fuerza de honor!
Créeme, que amor no ha sido;
que, pagado con olvido,
nunca es verdadero amor.
Honor es el cierto nombre,
que es donde más se echa el resto
cuando una mujer ha puesto
su esperanza en sólo un hombre.
El tenerla sólo en ti
me ha dado este sufrimiento,
pensando que mi tormento
te hiciera doler de mí.
Verte al principio con Laura
celos me dió, y me abrasé;
pero ese veneno fué
el que mi vida restaura.
Ya no hay rastro en mí de amor.
El honor fué el que quería
que venciese mi porfía,
que es siempre necio el honor;
porque el querer remedialle
resulta en mayor deshonra;
que las voces de la honra
no se han de dar en la calle.
Por ellas, don Lope, anduve;
limosna pedí por ellas;
porque pensé hallar en ellas
prendas que en mi casa tuve.
Mira mi honor a qué viene,
y si es justo remedialle,
que buscase yo en la calle
lo que Laura en casa tiene.
Todo esto, que te obligara,
si piedra no hubieras sido,
es con lo que te he ofendido.
Vuelve a mirarme, repara.
Yo soy; yo me vi algún día
libre, y como estoy te vi.

LOPE. Si como me pintas fuí,
ya no soy el que solía.
Todo en mudanzas consiste;
no te cause maravilla;
que yo me mudé en Sevilla
del que en Medina me viste.

(Váyase.)

LUCINDA. Baste, en fin, porque, sin duda,
te vencieran mis razones.
Romped el freno, pasiones;
desatad la lengua muda,
decid a voces feroces
mi desventura inmortal;
que quien tiene un grande mal,
bien puede dar grandes voces.
¡Oh puertas, oh casa, infierno
donde no puedo sacar
con cantar ni con llorar
aquel mi tirano eterno!
¿Qué haré, que estoy como loca?
La paciencia vuelva en furia
la venganza de la injuria,
que hasta las piedras provoca.
¡Oh, si viniera Florelo
y el intento ejecutara
que tengo!

(Sale FLORELO *con una vara de alguacil.)*

FLORELO. ¡Señora!
LUCINDA. Para,
Florelo, para; que el cielo
por milagro te ha traído.
¿Es ésa la vara?
FLORELO. Sí;
hoy la compré, y hasta aquí
con poco miedo he venido;
porque hay tantas en Sevilla,
de guardas, de comisiones,
que a distintas ocasiones
suelen venir de Castilla,
que un año puedo traella
sin que se sepa quién soy.
LUCINDA. Pues determinada estoy
a lo que has de hacer con ella.
Yo me entro en casa; tú llama
como concertado está.
FLORELO. Entra.
LUCINDA. Adiós.
FLORELO. ¿Quién está acá?

(Dentro.)

URBANA. ¿Quién llama?
FLORELO. [*Ap.*] (Invención de fama.)
Diga, reina, a su señora
que un alguacil está aquí.

(Salen LAURA *y* URBANA.)

LAURA. ¿Alguacil?
URBANA. Señora, sí.
LAURA. ¿Qué quiere en mi casa agora?
FLORELO. Serviros, no os alteréis.
Esta es una provisión
real; yo a su comisión
he venido, como veis.
Pensé pasar hasta el Puerto,
y dícenme que está aquí
lo que busco.
LAURA. ¿Cómo ansí?
FLORELO. Cierto ladrón encubierto.
LAURA. ¿Ladrón en mi casa?
FLORELO. Creo
que vos estáis descuidada
y, por ventura, engañada.
LAURA. Saber el ladrón deseo.
FLORELO. Que si yo culpada os viera,
bien veis que trajera gente,
y cuanto hallara presente
dentro en la cárcel pusiera.
Es el ladrón un don Lope
que tenéis en vuestra casa.
LAURA. ¿Cómo ladrón?
FLORELO. Esto pasa;
y quiera Dios que le tope,
que él volverá a las galeras
de donde se fué.
LAURA. ¿Qué es esto?
FLORELO. Esta provisión dice esto.
Mal conocéis sus quimeras.
Hase hecho caballero,
y es gitano conocido.
URBANA. ¿Gitano?
FLORELO. Gitano ha sido.
LAURA. ¿Qué escucho?
URBANA. ¿Qué oígo?
LAURA. ¿Qué espero?
FLORELO. Trae una cruz, que descubre
cuando quiere. Si aquí viene,
mirar muy bien os conviene
las uñas que el ladrón cubre;
porque el día que se vaya,
os ha de dejar en cueros.
A éste, otros compañeros
hirieron en esa playa,
por un hurto que partían,
y él dicen que le ha escondido
en una casa, y que ha sido
ésta, algunos me decían;
mas no lo quiero creer,
que esa cara, esas facciones,
no son de encubrir ladrones.

Voy a buscar su mujer,
que dicen que agora vino;
aunque este desvergonzado
cuatro veces se ha casado.

LAURA. De congoja desatino.
Urbana, aún no puedo hablar.

URBANA. Yo estoy temblando.

FLORELO. Señora,
yo voy a buscar agora
esta mujer, que ha de estar,
según me han dicho, en Triana.
Si algo de este hombre sabéis,
a la puerta me hallaréis
de la Lonja o la Aduana.

(Váyase.)

LAURA. ¡Desdichado fué aquel día
que fuimos al Arenal!

URBANA. ¿Habrá desventura igual?

LAURA. ¿Hay pena como la mía?
¡Desventurada! ¿Qué haré?
¿Con este hombre me casaba?
¿Este amaba y regalaba?

URBANA. No pienses en lo que fué;
remedia lo por venir.

LAURA. ¿Está, por ventura, Urbana,
en casa aquella gitana?

URBANA. Denantes la vi salir;
no sé si, por dicha, ha vuelto.

LAURA. ¡Dale una voz!

URBANA. ¡Maldonada!

(Sale LUCINDA.)

LUCINDA. Es la mujer enojada
lo mismo que el diablo suelto.
Presto don Lope ha de ver
lo que ha hecho.

LAURA. ¡Perra infame!;
que es justo que así te llame
por ser de un ladrón mujer.
Tú y el infame gitano
de tu marido habéis hecho
cueva mi casa y mi pecho
de ladrones.

LUCINDA. Ten la mano,
si la verdad has sabido;
que yo, una pobre mujer,
debo encubrir y querer
lo que quiere mi marido.
Hartas veces le decía,
que tú me vías con él
en contienda tan cruel,
que tu amor no merecía
que te hiciese tanto engaño.
Y por mí, que ahora lo digo,
no está casado contigo;
que fuera mayor el daño.
¿Hale buscado justicia?
¿Es alguacil de galera?

LAURA. Todo es verdad.

LUCINDA. Considera
que no pequé de malicia.
Mi marido me mandó
que callase lo que viese:
de que esto contigo hiciese,
Dios sabe que me pesó.
Y porque anoche quería
robarte con seis gitanos,
ligeros de pies y manos,
que andan en su compañía,
reñimos, y en el portal
me puso toda esta cara
como veis.

LAURA. Oye y repara
si has visto maldad igual.

LUCINDA. Esta noche han de robarte,
que, como ve que ha venido
el alguacil, ha querido
llorando por él dejarte;
que ya no le cumple estar
en Sevilla sola un hora.
Mira tú, hermosa señora,
¿en qué me puedes culpar?

LAURA. ¡Cómo! ¿Un hombre semejante
es gitano?

LUCINDA. ¿Luego no?
Tan gitano como yo,
y se llama Bustamante.

URBANA. No hay que aguardar.

LAURA. Entra luego.
Cierra esa puerta muy bien.
Pon con la loba también
la aldaba.

LUCINDA. [*Ap.*] (Emprendióse (1) el fuego.)

LAURA. Mañana busco una casa;
no se sepa que yo he sido
la que a un gitano he querido.

(Váyase LAURA.)

LUCINDA. Ved lo que en el mundo pasa.

URBANA. Di, Maldonada. ¿Y Toledo

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "prendióse".

era gitano también?
LUCINDA. Baila y voltea muy bien;
dos veces ha dicho el credo
y del cordel se ha librado.
URBANA. ¡Oh, bellaco! Y me decía
que también se casaría
conmigo.
LUCINDA. Es también casado.
URBANA. ¡Dios me libre! A cerrar voy.

(Váyase URBANA.)

LUCINDA. Esto se ha hecho a mi gusto,
porque gusto del disgusto
que hoy a don Lope le doy.

(Salen DON LOPE *y* TOLEDO.)

LOPE. Aquí se está todavía.
LUCINDA. ¿Es don Lope?
LOPE. ¿Qué me quieres?
LUCINDA. ¡Ay, hombres! Sin las mujeres,
¿de vosotros qué sería?
Aquí han llegado seis hombres,
que pienso que son soldados,
todos a matarte (1), armados.
TOLEDO. ¿A matarle?
LOPE. No te asombres.
TOLEDO. ¿Cómo no, pese a mi abuelo,
si es el capitán Fajardo?
LUCINDA. Así le llamó un gallardo,
que hundía de bravo el suelo,
y traía dos pistolas.
TOLEDO. ¿Pistolas?
LOPE. No hayas temor,
Toledo.
TOLEDO. ¿Quieres, señor,
morir dando cabriolas?
Vámonos (2) luego de aquí.
LUCINDA. Si entras, te han de matar.
LOPE. ¿Pues he de dejar de entrar?
TOLEDO. Entra, y Dios me guarde a mí.
LUCINDA. Sólo a mí me preguntaron
quién más con Laura vivía.
LOPE. ¿Dijiste que yo?
LUCINDA. Quería,
que tus obras me animaron.
Y después dije que yo
y dos gitanos, que hacían
barrenos, y que vivían
de sus manos.
TOLEDO. Bien fabló.
LUCINDA. Preguntáronme que dónde,
y dije que en el corral.
TOLEDO. No anduvo Lucinda mal.
LOPE. A su nobleza responde.
LUCINDA. Como os vistáis de gitanos,
podéis entrar y salir,
porque éstos han de venir
con las armas en las manos,
y no os han de conocer;
que avisando a Leura yo,
abrirá Urbana.
LOPE. Ella dió
en lo que habemos de hacer.
Pero ¿cómo por Sevilla
iré yo de esa manera?
TOLEDO. ¿No andan otros?
LOPE. No quisiera.
TOLEDO. ¿Es alguna aldea o villa,
que han de mirar dos gitanos?
LOPE. Ahora bien; vamos de aquí.
TOLEDO. Sálvate, y vuélveme a mí
sacristán de luteranos.

(Váyanse.)

LUCINDA.

Alarga riendas, pensamiento loco,
si descansa el amor con la venganza;
que cuando entre los males hay mudanza,
yo pienso que los males duran poco.
Si con tus alas el remedio toco,
no se anegue en la pena la esperanza;
logre su pretensión la confianza,
si al cielo con mis lágrimas provoco.
Mitigad, corazón, vuestros desvelos,
esforzad el valor de mis porfías
mientras os miran los piadosos cielos;
porque con celos estorbar dos días
que no se gocen los que dan los (1) celos,
basta para templar las penas mías.

(Váyase, y salen ALBERTO, FAJARDO, CASTELLANOS *y un* SARGENTO, *con rodelas y capas.)*

FAJARDO. Esta es la casa de Laura.
Aquí don Lope reside.
CASTELLAN. Todas estas calles mide
a pasos, bebiendo el aura
que en aquellos marcos toca.

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "matar*me*".
(2) Idem, "vamos".

(1) En la ed. de Barcelona (1618) se omite "los".

ALBERTO. Tomad esas dos esquinas.
FAJARDO. ¿Qué es lo que hacer imaginas,
siendo la razón tan poca?
ALBERTO. No haré cosa que os quejéis
de mi término.
FAJARDO. Eso creo.
ALBERTO. Volver por mi honor deseo,
y que presentes estéis.
Vos y el señor Castellanos
en esta esquina os poned.
FAJARDO. Lo que os aconsejo, haced,
y quedad amigos llanos;
no diga Laura que yo
ando en esto.
ALBERTO. No dirá;
que Laura os conoce ya.
FAJARDO. Laura no me conoció;
porque, si me conociera,
yo pienso que me estimara.
ALBERTO. ¿Quién de mujer se quejara,
si buena elección tuviera?
El sargento Carpio y yo
en esta esquina estaremos.
CASTELLAN. El orden obedecemos
que vuestro gusto nos dió.
Pero ¿qué pensáis hacer
si don Lope sale o entra?
ALBERTO. Si no es que de azar me encuen- [tra,
muy presto lo habéis de ver.

(Salen DON LOPE *y* TOLEDO, *vestidos de gitanos.)*

LOPE. Ve, Toledo, poco a poco,
reparando en las entradas
de las calles.
TOLEDO. ¿No te agradas
de verme en forma de loco?
En mi vida he visto ansí,
si no es en danzas, gitanos.
LOPE. A venir vestidos llanos,
como esta tarde los vi,
¿qué diferencia se hallara
para entrar desconocidos?
TOLEDO. Bien dices; que en los vestidos
solamente se repara.
¡Señor!
LOPE. ¿Qué dices?
TOLEDO. Advierte
cuáles están las esquinas.
LOPE. ¡Que vengan treinta gallinas
para un hombre de esta suerte!
TOLEDO. Cuando se viene a matar,
está muy puesto en razón
armar todo un escuadrón,
y todo junto esperar.
Cuando se viene a reñir,
es cosa muy diferente.
LOPE. Llama a Urbana prestamente,
y di que me salga a abrir.
TOLEDO. ¡Ce, Urbana! ¡Qué digo, Urba- [na!
LOPE. Llama más recio, Toledo.
TOLEDO. ¡Urbana! ¡Ce, Urbana!
LOPE. Quedo;
ya se asoma a la ventana.

(URBANA, *en alto.)*

URBANA. ¿Quién es?
TOLEDO. ¿No me has conocido?
Un gitano.
URBANA. ¡Bien, por Dios!
TOLEDO. Bien puedes decir que dos.
URBANA. ¡Laura, Laura! Ya han venido;
llega, por tu vida, y mira
en el hábito que están.

(LAURA, *en alto.)*

LOPE. Yo soy, mi bien.
LAURA. Ganapán,
tu desvengüenza me admira.
¿Aquí has osado venir?
LOPE. ¿Qué dices, Laura?
LAURA. ¿Qué digo?
Ladrón, infame, ¿conmigo?
TOLEDO. Esto debe de fingir
porque éstos no te conozcan.
LOPE. Laura, ¿eres tú la que hablas?
Si no es que, por dicha, entablas
que aquestos me desconozcan.
LAURA. Yo soy, infame gitano;
yo soy: ya sé todo el cuento.
TOLEDO. ¿No entiendes su pensamiento?
LOPE. Gitano dijo; es muy llano.
Ella debe de saber
que yo he de venir así,
y que éstos están aquí.
Pues no me han de conocer;
que yo me he de aprovechar
de la industria que he fingido,
y dar su lengua al vestido.

(Hable gitano.)

TOLEDO. Prueba a hablar.
LOPE. Ya empiezo a hablar.

Laura, con la bendición
de Dios, ábreme la puerta;
verás que después de abierta
te digo cierta invención.
Abreme, cara de plata;
abre, que vengo cansado
de trabajar.

LAURA. Maldonado.
Si yo fuera tan ingrata
a mi propio gusto y ser
como en la flaqueza cabe
de mujer, maldad tan grave
vengara como mujer.
Mas respeto de que soy
noble, y que erré como noble;
que esto, más que el trato doble
tuyo, en disculpa te doy.
Quiero ponerme la culpa;
no quiero hacer castigarte,
ni que en esta o otra parte
se publique mi disculpa.
Bien pudiera abrirte agora
y que en mi casa te hallara
la justicia, si bastara
a quien tal deshonra llora.
Pero porque no se entienda
que tu bajeza he querido,
y que en ningún tiempo he sido
de un gitano infame prenda,
te ruego que no parezcas
en Sevilla.

LOPE. ¿Hablas de veras?

LAURA. Siquiera porque en galeras
otro tanto no padezcas,
o porque no sea mi dicha
que te ahorquen.

TOLEDO. ¿Qué te altera?
¿No ves que de esta manera
te estorba una gran desdicha?

LOPE. ¡Calla, Toledo, por Dios!
¡Que es mucho para fingido!

ALBERTO. El gitano la ha ofendido,
y están riñendo los dos.

FAJARDO. ¡En su casa, estos villanos,
de Laura! ¡Gracioso estilo
de vivir!

CASTELLAN. Si hay cocodrilo,
¿no quieres que haya gitanos?

ALBERTO. ¿Es corral de vecindad,
como se usan en Sevilla?

FAJARDO. ¡No sé, por Dios! Maravilla
en Laura esta novedad.

LOPE. Bien puedes agora abrir,
que éstos no me han conocido;
que con aqueste vestido
bien puedo entrar y salir.

URBANA. ¿Tienes vergüenza, ladrón?
¡Que no le conocen dice!

LOPE. Mucho aquesto contradice,
Toledo, a nuestra invención.
Laura, Laura, bueno está;
no me han conocido, no.

LAURA. Pues que te conozco yo,
¿qué más mal puede ser ya?
Si, mereciendo la muerte,
te perdono con piedad,
¿qué aguardas en la ciudad,
gitano vil, de esa suerte?
¿Piensas que los embozados
no sé también que lo son?
No lograrás la traición;
en la puerta hay dos candados.
No entrarán, no robarán
la casa, como imaginas.

LOPE. ¡Gitanos por las esquinas!
Loco estoy, o ellas lo están.
Laura, tú has perdido el seso;
si es por los que están allí
el quererme hablar ansí,
baja y cuéntame el suceso;
que entre la puerta hablaré
de lo que pasa, contigo.

LAURA. Bien te conozco, enemigo,
y lo que pretendes sé.
Matarme quieres, traidor,
y quedando sola Urbana,
entrarte por la ventana.

TOLEDO. Esto es de veras, señor.
Apostaré que Lucinda
debe de andar por aquí;
si esto le ha dicho de ti,
y que nos hizo vestir [da!,
¡por Dios, que la industria es lin-
para fingir lo que ves.

LOPE. Suya esta máquina es;
¡oh, lo que sabe fingir!
¿Crees, Laura, por ventura,
que soy gitano?

LAURA. ¿Pues no,
si tu mujer me contó
lo que tu engaño procura,
y vino aquí un alguacil
para llevarte a galeras?

LOPE. Todas han sido quimeras
de aquel ingenio sutil.
¿Mi mujer?

LAURA. Y te has casado
cuatro veces.

LOPE. Oye aquello.
¡ Que así pudiese creello
quien me ha visto y me ha tratado!
¿Yo gitano? ¿Yo ladrón?
¡ Oh flaqueza de mujer,
fáciles para creer
cualquiera superstición!
Si creéis cosas como éstas,
no es engañaros hazaña;
que si el demonio os engaña,
es porque os halla dispuestas.
¿Quién cree la astrología
judiciaria? La mujer.
¿Quién es fácil de creer
la engañosa geomancía?
La mujer. ¿Quién en las suertes?
La mujer. ¿Quién el hechizo?
La mujer, que de ellos hizo,
con ignorancia, mil muertes;
siendo todo loco engaño
y contrario a nuestra fe.
Abre, Laura; que no fué
jamás don Lope gitano.
Y aunque me viene a matar
toda esta gente, y estoy
en tal peligro, yo soy
a quien venís a buscar:
don Lope soy de Agramonte.
De Navarra decendí,
en Valladolid nací,
que no gitano, en el monte.

(Sale ALBERTO.*)*

Don Lope soy.

ALBERTO. Pues, don Lope,
oye a un hombre que te espera
sin traición, ¡ ni Dios lo quiera,
aunque durmiendo te tope!

LOPE. ¿Quién eres?

ALBERTO. Yo soy Alberto.

LOPE. ¿En qué estás de mí agraviado?

ALBERTO. En que, herido, me has tomado
un retrato, el pecho abierto;
y me he de matar contigo,
porque tu amigo no soy.

LOPE. Si del retrato te doy
el dueño, ¿serás mi amigo?

ALBERTO. No me le puedes tú dar
de suerte que me esté bien
acetarle.

(Bájense de la ventana.)

LAURA. Urbana, ven
a abrir, que se han de matar.
La gitana me ha engañado,
que don Lope es caballero.

URBANA. ¡ Oh, traidor!

LOPE. Espera.

ALBERTO. Espero.

LOPE. Bien ves que estoy desarmado.
Satisfecho estás de mí
que sabré reñir contigo.

ALBERTO. Por eso no soy tu amigo:
que tú no lo estás de mí.

LOPE. Sí, estoy: que quien esperó
tan honrado a quien lo fué,
siempre yo le imaginé
por tan hombre como yo.

FAJARDO. ¡ Quedo! No pase adelante
la plática.

ALBERTO. ¿De qué modo?

FAJARDO. Porque ha satisfecho a todo
con respuesta semejante;
la cual tan honrada ha sido,
que quien la contradijere,
y lo contrario tuviere,
queda por mí desmentido.
Reñir dos y herir el uno
es suceso; imaginar
que es más hombre, es agraviar;
y no lo ha de hacer ninguno.

[LOPE.] Pero cuando yo herí,
y al herido que esperó
tengo en tanto como yo,
no está agraviado de mí.

ALBERTO. Los brazos os quiero dar,
don Lope.

FAJARDO. Vos habéis hecho
lo que de ese honrado pecho
fué justo siempre esperar.
Las amistades confirmo.
A Fabricio de León
escribiré la razón.

CASTELLAN. Yo lo afirmo.

SARGENTO. Y yo lo firmo.

(Salen LAURA *y* URBANA.*)*

LAURA. ¿Han parado, capitán,
tus celos en este enredo?

FAJARDO. Hice lo que debo y puedo;
los presentes lo dirán.
Don Lope y Alberto son

amigos.
LOPE. Así es verdad;
mas fáltale a esta amistad
la justa confirmación.

(Salen LUCINDA *y* FLORELO.)

LUCINDA. Quiero ver en qué ha parado.
FLORELO. Juntos a la puerta están
don Lope y el capitán.
LUCINDA. Don Lope está disfrazado.
Sin duda que mi invención
está descubierta ya.
URBANA. Aquí la gitana está.
LOPE. Lucinda, ¿yo soy ladrón?
¿A mí me haces tomar
este enredo por tu mano,
y a (1) Laura me haces gitano?
ALBERTO. ¿Lucinda en este lugar?
LOPE. Alberto, ¿yo no decía,
aunque lo tuviste a sueño,
que, si quisieses, el dueño
del retrato te daría?
Vesle aquí.
ALBERTO. Déjame ver,
Lucinda, esos bellos ojos,
si tantas penas y enojos
lo bastan a merecer.
Déjame ver las estrellas
que a su cielo me han guiado,
aunque, como está nublado,
Lucinda, no hay luz en ellas.
Vesme aquí: resucité;
para buscarte, salí
de mi patria, y aun de mí,
por tanta firmeza y fe.
¿Qué traje es éste? ¿Qué inten-
¿En qué te puedo servir? [tas?
LUCINDA. ¡Oh, Alberto! En sólo impedir
el curso de mis afrentas.
Los dos habemos venido
sólo a procurar honor.
¿Tienes tú el tuyo?
ALBERTO. En rigor,
yo cobré mi honor perdido.
Pero ¿qué te falta a ti?
LUCINDA. Sólo en público saber
si es de don Lope mujer
Laura.
LOPE. Yo digo que sí.
LAURA. Y yo también.
LOPE. Esta mano
te doy.
LAURA. Yo tomo la tuya.
LUCINDA. Pues, con esto, es bien que huya
del mundo.
ALBERTO. Es intento vano.
Detente, que si yo valgo
para amparo de tu honor,
conmigo estarás mejor,
aunque soy un pobre hidalgo;
que te volveré a Medina,
y irás a tu patria, honrada.
FLORELO. A hacerlo estás obligada.
LOPE. Padrino soy.
LAURA. Yo, madrina.
FAJARDO. ¡Ea, Lucinda!
LUCINDA. No estoy
dudosa por lo que él vale,
sino porque no le iguale
esta mano que le doy.
ALBERTO. Mil veces las tuyas beso.
TOLEDO. Urbana, la tuya aguardo.
URBANA. Vesla aquí.
CASTELLAN. Señor Fajardo,
¿qué os parece del suceso?
FAJARDO. Que de todo estoy contento,
y de suerte que, ¡por Dios!,
que, a ser posible, yo y vos
tratáramos casamiento.

(Disparen arcabuces.)

CASTELLAN. A mí la espada me salva.
ALBERTO. ¡Bravos truenos!
LOPE. ¡Gran tiniebla!
FAJARDO. Es que entra el conde de Niebla,
haciendo a Sevilla salva.
LOPE. Vamos juntos a la orilla
a ver el gran General,
dando fin en su Arenal
a *El Arenal de Sevilla.*

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE "EL ARENAL DE SEVILLA".

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "ya".

COMEDIA FAMOSA

DE

EL AUSENTE EN EL LUGAR

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

FELICIANO, *caballero.*
FISBERTO, *criado.*
CARLOS, *caballero.*
ESTEBAN, *criado.*
AURELIO, *viejo.*
OCTAVIO, *su hijo.*
MAESE JUAN.
LAURENCIA.
MÚSICOS.
SABINA.
ELISA.
PAULA, *criada.*
MARQUINA.
UN PAJE.
LISARDO.
ESCUDEROS.

ACTO PRIMERO

(Salen ELISA *y* LAURENCIA, *damas;* PAULA *y* SABINA, *criadas; todas con mantos, de una iglesia, con dos escuderos delante)*

ELISA. Mándeme vuesa merced;
que le quedo aficionada.
LAURENCIA. Yo a serviros obligada;
por muy vuestra me tened.
ELISA. De hoy más, ser devota quiero
de esta iglesia.
LAURENCIA. Guárdeos Dios;
que yo, por veros a vos,
me lo prometí primero.
ELISA. ¡Bellas manos, por mi vida,
fuera de lo natural!
¿Qué hacéis en ellas, si es tal
nuestra amistad, que no impida
que me déis aquestas muestras?
LAURENCIA. ¡Qué graciosas niñerías!
Creo que habláis en las mías
porque os alabe las vuestras.
Que con más razón pudiera
preguntaros qué os ponéis.
ELISA. Es porque negar queréis
lo que os suplico.
LAURENCIA. Eso fuera
usar de término injusto
a la amistad profesada.
No suelo ponerme nada;
pero a veces tengo gusto
de ponerme... Oíd aparte,
si le tenéis de sabello.

(Las CRIADAS, *aparte.)*

PAULA. Digo que me huelgo dello;
que vendré mañana a hablarte.
SABINA. No ha de faltar ocasión,
pues nuestras amas han hecho
amistad, de que a mi pecho
pagues tan justa afición.
Fuera desto, no habrá fiesta
que no venga a misa aquí.
¿Ha mucho que sirves?
PAULA. Sí.
SABINA. ¿Y qué casa, Paula, es ésta?
PAULA. Muy honrada y principal.
SABINA. ¿Hay madre?
PAULA. Pues si la hubiera,
a misa también viniera.
SABINA. ¿Tienes buen dueño?
PAULA. ¡Y qué tal!
SABINA. ¿Hay más hijos?
PAULA. Un mancebo,
que es un retrato de Elisa,
mi señora.
SABINA. ¿Ha estado en misa?
PAULA. No, porque en él fuera nuevo
acompañar a su hermana:

allá sigue un monasterio,
adonde cierto misterio
es de este león cuartana.

SABINA. ¿Es Elisa tan honesta
como parece?

PAULA. Sí, a fe.

SABINA. ¿No tiene algún no sé qué?

PAULA. Tú misma te das respuesta.
Un no sé qué la desvía
de la quietud de su estado;
pero con mucho cuidado
de su honor, ¡por vida mía!

SABINA. ¿Quién duda que será gala
y amor para casamiento?

PAULA. En honesto casamiento (1),
la más recogida iguala.

SABINA. Tú, a la cuenta, ¿no estarás
sin otro poco de amor?

PAULA. Sí, tengo.

SABINA. ¿Y será el señor
su paje?

PAULA. En el blanco das.

SABINA. ¿Quieres recio?

PAULA. Estoy perdida.

SABINA. ¿Págate?

PAULA. ¡Landre le dé!;
que se va tras cuantas ve.
Mas, ya que sabes mi vida,
¿cómo no me dices algo
de lo que hay allá también?

SABINA. Quiere bien a cierto hidalgo.
Tu señora, ¿quiere bien?

PAULA. ¿Criado tendrá?

SABINA. Y criado
que se arremete a pariente.

PAULA. ¿Quiéresle apretadamente?

SABINA. Sí, pues nunca le he soltado.

PAULA. Yo nunca soy tan leal;
dellos aprendo mudanza.

(Los ESCUDEROS, *aparte.)*

ESCUD. 1.° La sal, al agua no alcanza.

ESCUD. 2.° Dicen que es el mayor mal
el servir, a la vejez.

ESCUD. 1.° ¿Qué os dan, en fin, de ración?

ESCUD. 2.° Es vergüenza; cosas son
que no pasarán en Fez.

ESCUD. 1.° ¿Pan y dos reales?

ESCUD. 2.° ¡Yo fuera
príncipe!

ESCUD. 1.° ¿Quitaré el medio?

ESCUD. 2.° Aun eso fuera remedio
de toda mi casa.

ESCUD. 1.° Hiciera
juramento que era gente
que os trataba como a padre.

ESCUD. 2.° Después que murió su madre,
se vive míseramente (1).

ESCUD. 1.° A ninguno faltan duelos:
que si yo no me valiese
de otras cosas y anduviese,
con mil penas y desvelos,
buscando algún dinerillo,
muriera; no lo dudéis.

ESCUD. 2.° Pues ¿en qué os entretenéis?

ESCUD. 1.° No falta algún remendillo.

ESCUD. 2.° ¡Por San Payo, Maese Juan,
que si yo no me valiera
de otras cosas, que estuviera
como mis padres están!

ESCUD. 1.° ¿Sabéis vos algo también?

ESCUD. 2.° Sé una cosa.

ESCUD. 1.° ¿Y qué es la cosa?

ESCUD. 2.° Es un poco vergonzosa;
mas vame con ella bien.

ESCUD. 1.° ¿Curáis exquisitos males?

ESCUD. 2.° Peor.

ESCUD. 1.° ¿Lleváis recaditos?

ESCUD. 2.° Esos no fueran delitos.

ESCUD. 1.° Suele esto valer reales (2).

ESCUD. 2.° Y entra al (3) nombre de escudero
por la puerta de la hambre.

ESCUD. 1.° ¡Quedo! ¿Hacéis medias de estambre?

ESCUD. 2.° Ahora bien: decirlo quiero.
Pero, hablando con perdón,
sabed que yo soy poeta.

ESCUD. 1.° ¿Poeta?

ESCUD. 2.° Tan mala seta,
que os puede dar compasión.

ESCUD. 1.° ¿De eso lloráis?

ESCUD. 2.° ¿No queréis
que lo sienta?

ESCUD. 1.° No, ¡por Dios!;
que conozco más de dos,

---

(1) Así en la *Novena parte*. Hartzenbusch corrige "encerramiento".

(1) En la *Novena parte* (ed. de Barcelona, 1618): "miserablemente".

(2) En la ed. de Hartzenbusch:

"¿Suele valer esto reales?"

(3) En la ed. de Barcelona (1618), "el".

¿más de dos?, y aun más de seis,
que se holgaran de sabello.
¿Vos no estáis examinado?

ESCUD. 2.° Eso es ello, ¡mal pecado!

ESCUD. 1.° Pues ¿qué, castigan por ello?

ESCUD. 2.° Nuestras amas se van ya:
veámonos, y os diré
lindas cosas.

ESCUD. 1.° Allá iré.

ESCUD. 2.° Yo os iré a buscar allá.

ESCUD. 1.° No, no, ¡por Dios!; que he de ir
para veros componer.
¿A qué hora suele ser?

ESCUD. 2.° A todas podéis venir.

ESCUD. 1.° ¿Ello untáisos antes?

ESCUD. 2.° No.

ESCUD. 1.° Pues ¿cómo os apercibís?

ESCUD. 2.° Vos lo veréis, si venís.

ESCUD. 1.° ¿Y podré aprenderlo yo?

ESCUD. 2.° A la fe, si vos queréis,
que en menos de un año os haga
poeta con tanta llaga.

ESCUD. 1.° Pierna de pobre me hacéis.
Mas quedaos con Dios, Marqui-
que se han despedido ya. [na;

LAURENCIA. Por esa receta irá,
después de comer, Sabina.
Y Dios os guarde mil años.

ELISA. Adiós, señora Laurencia.

LAURENCIA. Sentir tengo vuestra ausencia.

ELISA. ¡Ea, por mi vida! Engaños...

LAURENCIA. ¿Engaños? ¡Guárdeme Dios!

SABINA. Paula, adiós.

PAULA. Adiós, Sabina.

ELISA. Dadme la mano, Marquina.

ESCUD. 2.° ¿Qué habéis hablado las dos,
que así os habéis detenido?

ELISA. Cosas de mujeres son.

(Salen FELICIANO, *caballero, y* FISBERTO, *criado.)*

FISBERTO. ¿Llegaste a buena ocasión?

FELICIANO. No poca ventura ha sido.
Detente un poco, Laurencia;
¡así Dios te haga dichosa
como gallarda y hermosa!

LAURENCIA. ¡Qué graciosa impertinencia!
Podísteme ver aquí
todo el día, y cuando vienes
de tu gusto, me detienes.

FELICIANO. Agora, ¡por Dios!, salí;
que me ha detenido en casa
persona de obligación.
¿Quién son estas damas?

LAURENCIA. Son...

FELICIANO. Di presto.

LAURENCIA. Gente que pasa.

FELICIANO. Con ellas sé que has estado:
contado me lo ha Fisberto.

LAURENCIA. Gente principal, por cierto;
no hay de qué tengas cuidado.

FELICIANO. Díceme que por tres horas
no habéis dejado de hablar;
y no suele ese lugar
darle a las que son señoras.

LAURENCIA. ¿Qué quieres? Somos mujeres;
presto amistad confirmamos,
y las vidas nos contamos.

FELICIANO. Fácil en tus cosas eres.
Dirías nuestros amores.

LAURENCIA. Huélgome de hablar en ti.

FELICIANO. Y ella, ¿qué te dijo a ti?

LAURENCIA. Otras historias mayores.
Prometíla, al despedirme,
que te enviaría allá:
que quiere verte.

FELICIANO. ¿Y podrá
de visita recibirme?

LAURENCIA. Irás, con un papel mío,
fingiéndote mi criado.

FISBERTO. Y ella diga cómo ha estado.

SABINA. Hábleme con menos brío,
que estoy un poco celosa.

LAURENCIA. No me puedo detener.

FELICIANO. En fin, ¿la tengo de ver?

LAURENCIA. Verás una dama hermosa.

FELICIANO. Guárdete, señora, el cielo.

FISBERTO. Adiós, reina.

SABINA. Estoy sin gusto.

(Vanse LAURENCIA, SABINA *y el* ESCUDERO.*)*

FELICIANO. ¡Gallardo talle!

FISBERTO. Es, al justo,
de un ángel cifra y modelo.

FELICIANO. Merece, Fisberto, amor;
y este amar en esperanza,
mientras el bien no se alcanza,
hace la causa mayor.
¡Qué bien pisa! ¡Qué bien lleva
el cuerpo!

FISBERTO. ¡Gentil donaire!
Toda la mujer es aire:
no es mucho que bien se mueva.

FELICIANO. Una gallarda mujer,
que pisa con aire y brío,

es como ver un navío
que lleva viento a placer.
Son los chapines la quilla;
las sayas, las obras muertas,
con las jarcias, que, cubiertas,
salen de la verde orilla.
El pecho es árbol; los brazos,
mesana; la gavia, el cuello;
velas, tocas, y cabello,
del viento prisión y lazos.
Y, como llevando viento,
parte con gala y donaire;
y no puede andar sin aire,
que el aire es su movimiento;
ansí, la mujer, sin él,
es como un navío en calma;
porque en la mujer es alma
el aire, y se mueve en él.

FISBERTO. Harto bien la comparaste,
bien sabes su calidad;
mas, conforme a su humildad,
en las aguas la fundaste.
Por lo que toca a mudanza
y a inquietud, le viene bien;
por el navegar, también
no poca parte le alcanza.
Que es navío la mujer
con quien en Indias se trata:
que oro, piedras, perlas, plata
suele cargar y traer.
Ninguna cosa sin alma
tanto imita al cuerpo humano:
habla, anda, duerme, es liviano,
ya corre, ya vive en calma;
ya tiene el tiempo en bonanza,
ya con la tormenta incierto;
y hasta llegar a su puerto,
le anima fe y esperanza.

FELICIANO. De las burlas te has pasado
a lo moral.

FISBERTO. Es verdad;
tal vez de una liviandad
se sigue un mote pesado.

(Entran CARLOS, *caballero y* ESTEBAN, *lacayo.)*

CARLOS. ¿Qué te dijo?

ESTEBAN. Que se iba
su padre a la quinta luego.

CARLOS. Pues cese del alma el fuego
que de su quietud la priva.
Cobren su perdida fuerza
mis sentidos, pues verán,
si agora lugar les dan,
la gloria que los esfuerza.

ESTEBAN. Bien te puedes prevenir,
Carlos, a un grande favor.

CARLOS. Bien me lo debe el Amor,
por tanto amar y sufrir.

FELICIANO. ¿Quién es éste?

FISBERTO. Un caballero
de estos a quien dió Fortuna
sangre, y substancia ninguna;
es noble entre carne y cuero.

FELICIANO. Mísera cosa, y bajeza
del alma, aunque honor le sobre,
vivir en cuerpo tan pobre.

FISBERTO. Si la virtud es riqueza,
sólo es rico el que la tiene.

FELICIANO. Todos lo dicen ansí,
cuando son pobres, y a mí
como de perlas me viene.
Pero alaban la virtud,
que es blasón de la nobleza,
y procuran la riqueza
con toda solicitud.

FISBERTO. Este mancebo es galán;
aunque ser pobre se suena,
porta cintillo y cadena,
viste raso y gorguerán.
Y tal vez a la bayeta
remite la mejor gala.

FELICIANO. ¿Piensas, Fisberto, que es mala?

FISBERTO. No, que es de los pobres treta.
¡Oh! ¡Bien haya su inventor,
que hizo honrados y galanes,
a pesar de gorgueranes,
y de la seda mejor!

FELICIANO. Si diera título acaso,
atributo o epiteto
un poeta en un soneto
destos que pica el Parnaso,
a la señora bayeta,
¿cómo te parece a ti
que la llamara?

FISBERTO. Si a mí
me recibiera esa seta,
muy ilustre la llamara.

FELICIANO. ¿Por qué razón, muy ilustre?

FISBERTO. Por la gala, por el lustre
y por ser cosa tan rara.

FELICIANO. ¿Rara?

FISBERTO. Sí; porque el valor
de un hombre es no depender
de nadie, ni tener ser
de otro igual, ni otro mayor.

Y esto hace la bayeta:
que no admite compostura,
cuchillada, aprensadura,
ni está a guarnición sujeta.
Ella se está guarnecida,
ella tiene sus labores;
y ansí, es de grandes señores
venerada y admitida.

FELICIANO. Demos vuelta a las ventanas
de Laurencia, que yo sé
que este galán todo es fe,
y que tardes y mañanas,
con bayeta o sin bayeta,
no sale de nuestra calle.

FISBERTO. ¿Date cuidado su talle,
o el ser su gala discreta?

FELICIANO. En conquista de casar,
nunca temas hombre pobre.

FISBERTO. Cuando entendimiento sobre,
se ha de temer, y aun temblar.

FELICIANO. ¿Quieres tú que piense yo
que sirve a Laurencia?

FISBERTO. Sí.

FELICIANO. Pues no nos vamos de aquí.

FISBERTO. Aquel "sí" convierte en "no",
que en aquellas rejas mira
muy diferente lugar.

FELICIANO. Sígueme.

(Vanse.)

CARLOS. Quiero esperar.
Aquí, Esteban, te retira,
hasta ver si Aurelio sale;
mas ¿quién es aquel mancebo?

ESTEBAN. A decirte no me atrevo
lo que busca y lo que vale,
por no darte pesadumbre.

CARLOS. Lo que vale, bien lo veo;
lo que busca, su deseo
lleva delante una lumbre
que lo dice a cuantos viven
en la calle donde estamos.

ESTEBAN. Si mil veces la pasamos,
tantas los dos nos reciben.
Es este mozo un hidalgo
(¡perdóneme Dios, si miento!)
compuesto de nada y viento;
agora sabrás si es algo:
dióle ejecutoria el oro,
de galán, de cuatro abuelos,
y de ingenio, que los cielos
dan por divino tesoro.
No hay trencelín (1) de diaman- [tes
que se acabe en otro nombre,
ni tiene la Corte un hombre
cuyos coletos y guantes
espiren olor igual;
porque andan en competencia
los jazmines de Valencia
y el ámbar de Portugal.
Las cadenas han perdido
invención y esmalte en él,
y, de noche, no hay vergel
como su galán vestido.
Tiene como iglesia ternos
de todas festividades,
con bravas curiosidades
y pensamientos modernos.
Tiene gala de desdén,
de celos y de favor;
de esperanza, de temor
y de posesión también.
No hay almendro por hebrero
que no se rinda a sus plumas;
invidia el mar con espumas
la margen de su sombrero.
Y, sobre todo, le viste
el alma tanta arrogancia,
que no hay mujer de importancia
que no pretenda y conquiste.
No le falta entendimiento
desto que llamar solía
un discreto argentería,
que brilla y que luce al viento.
No sé lo que quiere aquí:
porque esta calle es el centro
de Venus, y viven dentro
muchas diosas.

CARLOS. ¡Ay de mí!
¿Quién duda que esa fantasma,
compuesta como quimera,
a mi Elisa adore y quiera?

ESTEBAN. Aquí se alfenica y pasma,
aquí pica y aquí tiende
la discreta arquitectura
de su endiosada figura.

CARLOS. ¿Sabes tú si la pretende?

ESTEBAN. No puedo certificallo;
la calle, el testigo sea:
tal vez, a pie la pasea;
tal vez, la pasa a caballo.
Trae consigo un bellacón,

---

(1) Así, "trencelín", en la *Novena parte*. En la edición de Hartzenbusch, "trence*ll*ín".

entre valiente y gigante,
que no hay cosa que no espante.

CARLOS. Los celos, gigantes son.
¿Cómo se llama?

ESTEBAN. Fisberto.

CARLOS. ¿Qué damas viven aquí?

ESTEBAN. Algunas conozco y vi;
de la que es estoy incierto.
Allí vive una viuda,
de ojos por enviudar,
que es lindo censo al quitar:
puede ser que a verla acuda.
Enfrente está una doncella,
rubia como un alemán,
que no hay oro de Milán
que se compare con ella.
A tres casas, la casada
menos casada que vi.

CARLOS. ¿Hay duende?

ESTEBAN. Pienso que sí;
pero es mudable, aunque honrada.

CARLOS. ¿No se estima?

ESTEBAN. Sí, se estima;
mas hay amor de mujer
cuyo trato viene a ser
como el juego de la esgrima:
que, cuando picados ves
algunos mozos de cuenta,
para entrar donde uno asienta
están aguardando tres.

CARLOS. Esa no es estimación
de este (1) hidalgo.

ESTEBAN. En esa (2) acera
hay una imagen de cera,
como los milagros son.

CARLOS. ¿Es descolorida?

ESTEBAN. Sí.

CARLOS. ¡Linda hermosura, si viene
con ojos negros!

ESTEBAN. No tiene
más negro algún borceguí.

CARLOS. ¿Hay dote?

ESTEBAN. Seis mil ducados.
Tras ella vive Laurencia:
mujer de linda presencia,
padres y hermanos honrados.

CARLOS. Retírate, que han salido
Aurelio y su hijo.

ESTEBAN. Van
a la quinta.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "ese".
(2) Idem, "esta".

CARLOS. ¡Qué galán!

ESTEBAN. Es para el campo el vestido.

(Sale AURELIO, *viejo, y* OCTAVIO, *su hijo.)*

AURELIO. ¿No quiso venir Elisa?

OCTAVIO. No, señor; que no anda buena.

AURELIO. ¿Tiene acaso alguna pena?

OCTAVIO. Antes con alegre risa
a todo me respondió.

AURELIO. Pues avisa los criados.

OCTAVIO. Ya están todos avisados.

CARLOS. ¿Hame (1) visto, acaso?

ESTEBAN. No.

CARLOS. Pues vamos a donde vea
el dueño de aquestos ojos,
la gloria de mis enojos
y el bien que el alma desea.

ESTEBAN. Hasta que todos se partan
no es razón.

CARLOS. Ven por aquí.

(Vanse los dos.)

AURELIO. Deste lugar, y aun de mí,
justos cuidados me apartan.
Aléjome, Octavio, dél,
sólo para descansar.

OCTAVIO. ¿No es tu casa, en el lugar,
de las buenas que hay en él?
Yo pensé que la alegría
del campo te lleva allá.

AURELIO. Cuidado Elisa me da.
Pensar en su bien querría.

OCTAVIO. Pues Elisa, virtuosa,
¿qué cuidado puede darte?

AURELIO. Tengo mucho que contarte.

OCTAVIO. Moza por casar, y hermosa,
tendrá algunos pretendientes.

AURELIO. Haber mi hacienda perdido
en Cádiz, la causa ha sido
de estos locos accidentes.
Ella estuviera casada.

OCTAVIO. ¿Has sentido de su parte
cosa que pueda enojarte?

AURELIO. No, Octavio; que aún ciño espada.

OCTAVIO. Algo has visto, pues que tratas
de Elisa con pesadumbre.

AURELIO. Es de aquestos ojos lumbre.

OCTAVIO. ¿De quién, señor, te recatas?
Despide a quien da ocasión.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "hanme".

AURELIO. Ninguno ocasión me ha dado.
OCTAVIO. ¿Hanle dado algún recado?
¿De casa o de fuera son?
AURELIO. No es más de ver en su edad
que importa darle marido.
OCTAVIO. ¿Algo has visto o has oído
que ofenda su honestidad?
AURELIO. Elisa tiene valor,
aunque ya vive sin madre,
para asegurar a un padre
que le tuviera mayor.
No es más de que honestamente
se mostrará agradecida
a algún amor.
OCTAVIO. ¡Por mi vida,
que lo pintas cuerdamente!
¿Qué llamas agradecer?
AURELIO. Mirar con honesto fin
de que puede ser, en fin,
de quien la mira, mujer.
Mas si te digo verdad,
el hombre no me contenta.
OCTAVIO. Si el decírmelo te ausenta,
del pueblo a la soledad,
ya que me lo has declarado,
a casa puedes volver.
AURELIO. ¿Qué causa podré tener?
OCTAVIO. Di que la gota te ha dado.
AURELIO. Hame dado todo un mar,
¿y una gota he de decir?
OCTAVIO. Mucho tienes que sentir,
y me has dado que pensar.
Y viene mal a mi intento,
si no ha sido prevención
de tu cuerda discreción,
tratarme su casamiento.
AURELIO. ¿Cómo?
OCTAVIO. Porque yo querría
tratarte de otro.
AURELIO. ¿De quién?
OCTAVIO. Mío.
AURELIO. ¿Cásaste también?
OCTAVIO. ¿No puede ser?
AURELIO. Bien podría.
¿Guíate virtud, o amor?
OCTAVIO. Entrambas cosas.
AURELIO. ¿Quién es?
OCTAVIO. Algunas veces la ves.
AURELIO. ¿Es Laurencia?
OCTAVIO. Sí, señor.
AURELIO. No escoges mal. Ansí fuera
la elección de Elisa. Vamos,
pues sin campo, en campo entramos
de una batalla tan fiera.
OCTAVIO. ¿Es a Elisa desigual
ese mancebo que mira?
AURELIO. El ser pobre me retira;
que en lo demás es su igual.
Y casamiento nacido
por gusto de una mujer,
de milagro suele ser
acertado.
OCTAVIO. Estoy corrido.
AURELIO. Remedio habrá.
OCTAVIO. Cuerdo eres.
AURELIO. Hoy veré con experiencia
si puede más la obediencia
que el amor en las mujeres.

(Entrense, y salgan ELISA, CARLOS, PAULA *y* ESTEBAN.)

CARLOS. Apenas pude esperar
que de la villa saliese.
ELISA. Ya estaba para expirar.
No hay nave que padeciese
tanta tormenta en el mar.
Pero advierte, Carlos mío,
que no es bien que a desvarío
juzgues esta libertad,
si miras mi voluntad
como de tu amor confío.
CARLOS. ¿Libertad te ha parecido
que pueda en tu casa entrar
quien ha de ser tu marido?
ELISA. El tiempo suele mudar
grande amor en grande olvido.
CARLOS. No hay cosa, fuera de ser
mudable tu parecer,
porque yo pueda mudarme;
mudarme para casarme,
que no mudarme en querer.
ELISA. Pues yo te juro, mi bien,
que el tiempo ni la fortuna,
y entre la muerte también,
derriben esta coluna
por más golpes que le den;
porque son temores vanos
la muerte ni mil tiranos
a quien te ha de amar después.
CARLOS. Pedirte quiero los pies.
ELISA. Agraviáranse las manos.
CARLOS. Esas tantas veces beso,
cuantas en esas razones
hay letras; y te confieso
que de mis obligaciones

ya se rinde el alma al peso.
¡Ay, Elisa!, que ni ausencia
ni muerte harán competencia
a tu amor.

ELISA. Sola una cosa
en el mundo es poderosa:
de mi padre la obediencia.

CARLOS. ¿Tu padre puede mandarte
que me olvides?

ELISA. No podrá,
Carlos, mandarme olvidarte;
que en lo que en el alma está
sólo el cielo tiene parte;
pero podráme mandar
que no me case contigo.

CARLOS. ¡Gentil manera de amar!

ELISA. Cuanto es de mi parte obligo.
No tengo más que te dar.
Estos ojos tuyos son;
estas manos y este pecho.
A cualquiera posesión
del alma tienes derecho,
que mi amor te ha dado acción.
Pero en llegando a que diga
mi padre: "De otro has de ser",
vana fué nuestra fatiga;
por fuerza me has de perder
como quien lo ajeno obliga.

CARLOS. No querrá el cielo, señora,
que llegue tan fuerte día,
por el alma que te adora.

ESTEBAN. ¿De qué es la melancolía?

PAULA. ¿Quién le mete en eso agora?

ESTEBAN. ¿No me puedo yo meter?

PAULA. Ni él ni su ánima.

ESTEBAN. Advierta
que me suelen responder
con respeto.

PAULA. Estoy cierta
que en su vida me ha de ver.

ESTEBAN. ¿Son celazos?

PAULA. Ni aun celitos.

ESTEBAN. ¿Quién le ha dicho mis delitos?

PAULA. Esa cinta del sombrero,
¿le parece al majadero
que no son mil sobrescritos?

ESTEBAN. Paula, por ver tu crueldad,
encarnada la compré.

PAULA. ¿Eso es cierto?

ESTEBAN. Esto es verdad.

PAULA. Pues démela.

ESTEBAN. Sí daré,
como hagamos amistad.

PAULA. No es poderosa el ausencia
ni la muerte a no quererte;
sólo te hará competencia
una cosa.

ESTEBAN. Eso me advierte.

PAULA. De mi padre la obediencia.

ESTEBAN. ¿Padre tienes tú también?

PAULA. Jure que me quiere bien.

ESTEBAN. Ponme, Paula, en el verano,
al pie de un peral enano,
cuyas ramas sombra den,
con una bota que sea
de Illana, y un pernil tierno
con hebras de taracea;
o ponme a una chimenea
en el rigor del invierno
con una ollaza podrida,
y si de ti me olvidare,
si no me duermo, esta vida,
después de mi muerte, pare
donde tú fueres servida.

(Sale MARQUINA, *que es* ESCUDERO 2.º)

MARQUINA. Un criado de Laurencia
pide licencia. ¿Entrará?

ELISA. ¡Jesús, qué poca advertencia!

CARLOS. ¿Dónde está?

MARQUINA. En la sala está.

ELISA. ¿Quieres que le dé licencia?

CARLOS. ¿Quién es Laurencia?

ELISA. Una dama
con quien hoy he estado en misa.

CARLOS. Toma el recado.

ELISA. Antes llama
el paje; y tú, amigo, a prisa,
ponte detrás de esta cama;
que será descortesía,
cuando a visitarme envía,
que el paje no pueda entrar.

CARLOS. ¿Y Esteban, dónde ha de estar?

ELISA. Contigo.

CARLOS. ¡Adiós, prenda mía!

(Encóndense, y entran FELICIANO *y* FISBERTO.)

FELICIANO. Dadme esas manos.

ELISA. ¿Quién es?

FELICIANO. Un hombre en quien hoy hablastes.

ELISA. ¿Qué es aquesto?

FELICIANO. Lo que ves.

ELISA. ¿Por paje, señor, entrastes?

FELICIANO. Y lo soy a vuestros pies.

¿No quedó ansí concertado
que yo os trujese un recado?
ELISA. Es verdad.
FELICIANO. Pues paje soy,
y si el recado no os doy
es porque me habéis turbado.
ELISA. Si el veros para saber
que está Laurencia empleada,
como principal mujer,
en persona tan honrada
y de tan buen parecer,
fué el recado del concierto,
que le recibo os advierto;
y a Laurencia responded
que me ha hecho gran merced.
FELICIANO. ¿Parézcoos bien?
ELISA. Sí, por cierto.
FELICIANO. Miradme despacio.
ELISA. Aquí
no tenéis que me agradar.
Allá le diréis que os vi
y que le quiero enviar
otro que me agrada a mí;
que pues se me ha descubierto
hasta enseñarme a quien ama,
no es bien que tenga encubierto
lo que yo adoro, a esa dama.
FELICIANO. ¡Como de un sueño despierto!
No he visto mayor belleza.
FISBERTO. ¿Nunca habías visto a Elisa?
FELICIANO. Nunca vi su gentileza.
FISBERTO. No es de las que hizo a prisa
la varia naturaleza.
Aquí detuvo el pincel,
hizo, deshizo, quitó;
todo el arte puso en él.
FELICIANO. ¿Que otro quiere?
FISBERTO. ¿Por qué no,
si se ha de casar con él?
FELICIANO. Confieso que es liviandad;
pero, ¡por Dios!, que me agrada
su talle y su honestidad.
ELISA. Inquieta estoy y turbada,
señor, de esta novedad;
que no entran hombres aquí.
Id con Dios.
FELICIANO. No sé, ¡por Dios!,
cómo he de salir.
ELISA. Yo sí.
Muéstrales, Paula, a los dos
la puerta.
PAULA. Venid tras mí.
FELICIANO. Teneos; no tan a prisa.
PAULA. Quiero enseñaros la puerta.
FELICIANO. Antes para entrar a Elisa
la quisiera ver abierta.
PAULA. ¿Requiebros? Cosa de risa.
ELISA. Ea, señor, salid luego.
FELICIANO. Que me permitáis, os ruego,
ver un momento esta casa.
FISBERTO. ¡Señor!
FELICIANO. [*Ap.*] ¡La mujer me abrasa!
FISBERTO. ¡Linda estopa!
FELICIANO. ¡Inmenso fuego!
Entretén esa criada.
FISBERTO. ¿Quiere oír tres mil razones?
Diga, señora entonada.
PAULA. ¡Oh, qué lindos gigantones!
FELICIANO. ¿Por qué, mi bien, tan airada?
ELISA. Mirad que es descortesía.
Marquina.
MARQUINA. Señora mía.
ELISA. ¿Qué me habéis traído aquí?
MARQUINA. ¿No hablaste a Laurencia?
ELISA. Sí.
MARQUINA. Pues de su parte venía.
Caballero, no es razón
que procedáis deste modo.
FELICIANO. Padre, efetos de amor son;
a buen fin camina todo.
ELISA. ¿Hay tan notable ocasión?
MARQUINA. De amor no me maravillo;
mas de que queráis decillo
por fuerza... Salíos, que es tarde.
FELICIANO. No quiero.
MARQUINA. ¿No? Pues aguarde.
FELICIANO. ¿Qué traeréis?
MARQUINA. La del perrillo.

(*Entren* AURELIO *y* OCTAVIO.)

AURELIO.

¿Tan ocupada estás, que no respondes
ni tú ni los criados desta casa?
¿Qué es esto?

FELICIANO.

¡Vive Dios, que soy perdido!

OCTAVIO.

¿Hombre en tus aposentos?

AURELIO.

Hombre y hombres;
pero detén la espada.

OCTAVIO.

¿Eso me mandas?

AURELIO.

Espera, hasta saber a qué te obligan.
¿Qué hacéis aquí?

FELICIANO.

Señor, quise..., y llegando,
cuando..., no sé..., mas yo... *(Túrbase.)*

OCTAVIO.

¿Qué aguardas?

AURELIO.

Tente;
que no todas las veces se remedia
la honra con la espada.

ELISA.

¿Hay tal desdicha?

AURELIO.

No en vano a la cordura y a la furia
pintaron un mancebo y un anciano:
el mozo, con las manos, pretendiendo
arrancar una cola de un caballo,
jamás pudo, y cayó rendido en tierra;
el viejo, cerda a cerda, poco a poco,
la vino a deshacer.

OCTAVIO.

Pues ¿qué pretendes
en tanta desventura sin la espada?

AURELIO.

¿Quién sois, hidalgo?

FELICIANO.

Soy un caballero.

AURELIO.

¿El nombre?

FELICIANO.

Feliciano.

AURELIO.

¿Vuestro padre?

FELICIANO.

Lisandro.

AURELIO.

Conocíle. ¿Sois casado?

FELICIANO.

No soy casado.

OCTAVIO.

¿Qué preguntas?

AURELIO.

Calla,
que voy sacando cerdas a la afrenta.

OCTAVIO.

Si está en forma de bestia, no me espanta.

AURELIO.

¿Sabéis acaso que esta casa es mía?

FELICIANO.

A no saber que es vuestra aquesta casa,
no hubiera puesto yo los pies en ella.

AURELIO.

Pasaos allí.

FELICIANO. [*Ap.*]

Yo pierdo aquí la vida.

AURELIO.

Di, Elisa, que mejor dijera Elicia,
¿quién es este mancebo?

ELISA.

El que él ha dicho.

AURELIO.

¿Cómo entró aquí?

ELISA.

Con un recado falso
de Laurencia, su dama.

OCTAVIO.

([*Ap.*] ¡Vive el cielo,
que es éste el mismo que Laurencia adora
y por quien soy aborrecido!) Padre,
si no casáis a Elisa y Feliciano,
no tengo honor.

AURELIO.

Detente, que estás loco.
Elisa, que haya entrado honestamente
este mancebo aquí, no lo tratemos,
que de tus pensamientos yo lo creo.
Soy padre, tengo un hijo que a mi crédito
sucederá mañana. No repliques
a cuanto vieres que mi honor emprende.

ELISA.

Si yo fuí desdichada, si mi estrella
me puso en ocasión de tantos daños,
el tiempo te dirá qué culpa tengo.

AURELIO.

Caballero, yo os hallo en esta casa
y en el mismo aposento de mi hija.
No os hago fuerza, porque no era justo,
por hallaros aquí, casaros luego.
¿Queréis ser su marido?

FELICIANO.

[*Ap. a* FISBERTO.] ¿Qué diremos?

FISBERTO.

Yo pienso que te engañan; que si dices
que no quieres casarte, han de matarte.
Si quieres defenderte, mete mano;
quizá saldremos, aunque no haya puerta.

FELICIANO.

¿Quién duda que estarán todas cerradas?

FISBERTO.

Pues di que sí, que habrá después remedio,
si esto no fuere cosa de tu gusto.

FELICIANO.

Señor, yo gano tanto en ser esclavo,
que no esposo de Elisa, vuestra hija,
que alabo la piedad del justo cielo
que os trujo en ocasión que aquí me hallásedes;
aunque os prometo que es la vez primera.

AURELIO.

Pues porque no penséis que me aprovecho
de la ocasión, agora id en buen hora,
y pensadlo despacio en vuestra casa;
que puesto que soy pobre, rico he sido,
y no es mi hacienda, no, tan limitada
que no os importe, aunque el valor de Elisa
hace muchas ventajas a su dote.

FELICIANO.

Porque veáis con cuanto honor procedo
en vuestra estimación, venid conmigo
y haremos los conciertos y escrituras.

AURELIO.

Mis brazos quiero daros.

FELICIANO.

Yo los míos.

AURELIO.

Vamos en casa de mi hermano.

FELICIANO.

Vamos.

FISBERTO.

¿Qué, te casaste?

FELICIANO.

Sí.

FISBERTO.

¿Qué hará Laurencia?

FELICIANO.

Lo que hice yo.

FISBERTO.

¿Qué fué?

FELICIANO.

Tener paciencia.

(Váyanse todos; queden ELISA *y* PAULA, *y salgan* CARLOS *y* ESTEBAN.*)*

CARLOS. Si se tardan un momento,
fiera Elisa, más ingrata
que a las manos que la siembran
la verde y soberbia palma,
sospecho que, como mina,
por la boca reventara
el alquitrán que en el pecho
me estaba abrasando el alma.
Cuando vi que Feliciano
te hablaba, te enamoraba.
mil veces para salir
puse la mano a la espada;
pero viendo que tu honor,
el de tu padre y tu casa
se pusiera al blanco vil
del vulgo, que errando enclava,
detuve mi justo enojo.
¡Qué mal hice!, pues fué causa
que Aurelio y Octavio entrasen,
hija de uno, y de otro hermana,
donde por cobrar su honor
bajaron mis esperanzas
del cielo de tus favores
al infierno de mis ansias.

¡Cuántas veces presumí
que lo que vía soñaba,
y que, sin duda, dormía,
pues me escondiste en tu cama!
Mas limpiándome los ojos
y despertándome el alma,
del día de mis desdichas
y el tocar tu engaño al arma,
conozco que estoy despierto;
porque, aunque en sueños, me es-
que por quien no fuera yo [panta
tantas desdichas pasaran.
Mas ya que ha traído el tiempo
la prueba de tus palabras,
no te castigue el amor,
que has hecho sus firmas falsas.
No diga mi amor, Elisa,
que cuando me diste tantas,
torres en el viento hacías
y escribías en el agua.
Mientras van a sus conciertos,
vamos a mi casa honrada
o a las del jüez del cielo
que las voluntades casa.
Soy tu primero marido;
tú mi mujer. Pues ¿qué aguardas?
¿Cómo te detienes? Mira
que quieren forzarte el alma.
¿Qué respondes?

ELISA. Carlos mío...
Mío no; que hablé turbada.
Carlos tuyo, y mío un tiempo,
que para mi muerte basta.
Cuando palabra te di
de ser tuya, ¿quién pensara
que hallara un Sansón tan fuerte
el templo de mi esperanza?
Aqueste mancebo ciego,
a las columnas se abraza
de mis pensamientos hoy,
y a todos juntos nos mata.
Entre cuantos imposibles
tu imaginación hallara
para olvidarte, mi bien,
ni hacer de mi amor mudanza,
la obediencia de mi padre
fué, como ves, reservada:
en llegando a que es mi dueño,
cesa el gusto, el amor para.
El me dió este ser que tengo;
a la sombra de sus alas
he vivido: no es razón
ser a tanta deuda ingrata.
Si aquesto se desconcierta,
o tu ingenio y amor hallan
remedio con que se impida,
aquí está Elisa.

CARLOS. ¿Qué llamas
"Aquí está Elisa"? Mujer,
(que es el nombre que declara
mejor la mudanza vuestra,
porque sois muerte y mudanza),
si Elisa estuviera aquí,
cumpliérame su palabra.
No está en sí, pero está en mí,
como infierno que me abrasa.
Este fué concierto tuyo;
todo concertado estaba;
el hablar hoy a Laurencia,
no ha sido, Elisa, sin causa.
En tu cama me pusiste
a que viese mi desgracia.
¡Mal haya fe que pretende
gloria de cielo de cama!
Trujísteme a que lo viese.
¡Oh, qué bien me desengañas!
Tuya la cama, león yo,
que a sus pies dorados brama.
Camaleón vengo a ser,
pues el día que te casas
vengo a sustentar de viento
tantas esperanzas vanas.
Don Fernando de Toledo
hace gente. ¡Afuera España!
No más patria, no más vida:
todo contigo me falta.
Iré a morir. Plegue a Dios
que en la primera batalla
una pistola me borre
tu rostro, Elisa del alma.
¡Obediencia dices! ¿cuándo
amor obediencia guarda
ni a padre, ni a honor, ni a esposo,
ni al cielo?

ELISA. Espera, repara...

CARLOS. ¿Tú vienes conmigo?

ELISA. No.

CARLOS. Pues, loca, ¿por qué me llamas?

ELISA. Si pudiera, Carlos mío,
yo fuera. He nacido honrada;
¿qué dirá el mundo de mí?
Piensa algún medio.

CARLOS. Quien ama
y piensa, no tiene amor,
o el que tuvo se le acaba.
Hante hablado en casamiento,

palabra que os arrebata
el seso. ¿Quién duda, Elisa,
que a este son hagas mudanza?
Dios te haga tan dichosa,
que aquella misma mañana
de la noche de tu boda
te traigan de Flandes cartas
en que digan que soy muerto.

ELISA. Escúchame una palabra.

CARLOS. Obras quisiera escuchar,
que palabras, todo es nada.

(Vase CARLOS.)

PAULA. Esteban, ¿qué dices desto?

ESTEBAN. Plega a Dios que una bombarda
pase de mí treinta leguas
si volviere a verte, Paula.
No más España cruel;
no más vida, no más patria.
Arrieros van a Flandes;
allá me lleven sus cargas;
y si te casares...

PAULA. Oye.

ESTEBAN. De aquí a mil años te traigan
nuevas de que el Draque es muerto
o el Rey Chico de Granada.

(Vase ESTEBAN.)

ELISA. Parte, Paula, y llama a Carlos.

PAULA. Señora, de esta ventana
le daré una voz.

ELISA. ¿Camina?

PAULA. No irá lejos, que quien ama,
cuanto sale más furioso,
tanto más despacio para,
porque se aleja del centro
y lleva violenta el alma.

(Vase PAULA.)

ELISA.

¡Ay, fuerte obligación! ¡Ay, honra, asida
a la virtud de un generoso pecho!
La justa resistencia que habéis hecho
en tanto amor, me costará la vida.
No sé si ya me siento arrepentida;
que contra amor no hay fuerza de provecho;
pero saldrá del alma su despecho
cuando al honor la posesión le impida.
¡Casada yo sin ti! ¡Triste suceso!
Imaginallo sólo me desalma;
pero ya que en el alma estás impreso,
él tendrá los despojos, tú, la palma;
que quien tiene en Argel el cuerpo preso,
tendrá por puntos en su tierra el alma.

(Entrese, y salgan LAURENCIA *y* SABINA.)

LAURENCIA. Deseo en extremo ver
a Feliciano, Sabina.

SABINA. Gloriosa estás de querer
hombre tan galán.

LAURENCIA. Inclina
a amarle a cualquier mujer.

SABINA. Tienes, señora, razón,
que, cuando pienso en Fisberto,
se me baña el corazón
de un cierto incendio encubierto:
¡agradable suspensión,
que no deja a mis sentidos
lugar de volver en mí!

LAURENCIA. Amando están divertidos.
No dirá Elisa que fuí
sirena de sus oídos.
Habrá visto en Feliciano
que lo menos le conté,
pues con atrevida mano
en corto mapa cifré
todo un cielo soberano.
¿Quién duda que está invidiosa
de verme tan venturosa?

SABINA. No hará, porque quiere bien.

LAURENCIA. ¿Parecerále tan bien?

SABINA. ¡Qué necedad tan famosa!

LAURENCIA. Quiero mucho.

SABINA. Tus deseos
conozco.

LAURENCIA. Pues no te espantes
que encarezca mis empleos.

SABINA. Los hijos y los amantes
no pueden parecer feos.
Pasos siento.

LAURENCIA. Y ellos son;
que en los amorosos casos,
quien espera con pasión
siente trasladar los pasos
desde el suelo al corazón.

SABINA. Pienso que te has engañado.

LAURENCIA. Tuyo el engaño habrá sido;
mi bien y el tuyo han llegado.

(Entran FELICIANO *y* FISBERTO.)

FISBERTO. ¿Sabina?

SABINA. ¡Fisberto amado!
Triste viene tu señor.
FISBERTO. No sé qué pena se tiene.
LAURENCIA. ¿No me hablas?
FELICIANO. [*Ap.*] ¡Qué rigor!
SABINA. ¡Qué descolorido viene!
LAURENCIA. ¿Qué te enmudece?
FELICIANO. Un temor.
LAURENCIA. ¿Temor conmigo? ¿De qué?
¿Viste a Elisa?
FELICIANO. Ya la vi.
LAURENCIA. ¿Con suspiro?
FELICIANO. ¿Suspiré?
LAURENCIA. Sí, mis ojos. ¿Fué por mí?
FELICIANO. Del alma a tus ojos fué.
LAURENCIA. ¡Válame Dios! ¿Dónde has ido?
FELICIANO. A ver a Elisa.
LAURENCIA. ¿Y de allá
esta tristeza has traído?
¿No está buena?
FELICIANO. Buena está.
LAURENCIA. ¿Algo has visto o has oído?
¿No te dijo que te quiero,
que te alabo, que te adoro
y que te estimo?
FELICIANO. Si espero
para guardarte el decoro,
que es más rigor considero.
Laurencia, yo he visto a Elisa,
porque tú me lo mandaste.
Entré en su mismo aposento,
libre de tantos pesares.
No había hablado con ella
dos palabras, cuando el padre
y Octavio entraron, diciendo
y haciendo mil disparates;
que como deben de andar
sospechosos, esta tarde
fingieron aquella ausencia
para que Carlos entrase.
Halláronme en su lugar;
no permitas que te canse
con decirte sus locuras
y amenazas desiguales.
Basta saber que salí,
¿cómo lo diré?
LAURENCIA. ¡No tardes,
que me matas!
FELICIANO. ¡Ay, Laurencia!
¡Casado!
LAURENCIA. ¡Calla!
FELICIANO. ¿Que calle?
¡Pluguiera a Dios que pudiera!
LAURENCIA. Pues, ¿qué razón hay bastante
a hacerte casar por fuerza?
FELICIANO. Sólo en su aposento hallarme.
LAURENCIA. ¿Estabas desnudo?
LAURENCIO. ¿Yo?
LAURENCIA. Pues ¿por qué un rigor tan gran-
[de?
FELICIANO. Porque se dan a entender
que soy quien entra y quien sale
a deslustrar su nobleza
y deshonorar (1) su sangre.
Las escrituras se han hecho.
LAURENCIA. ¿Qué dices?
FELICIANO. Con penas tales,
que no se podrán romper,
o es decirles que me maten.
LAURENCIA. ¡Válame Dios! ¿Eres tú
quien eso dices?
FELICIANO. La cárcel,
ni la muerte me pudieran
a lo que has visto forzarme,
sino fuera alguna estrella
cuya influencia es bastante
a que, con quien nunca vi,
por fuerza un hombre me case.
Y no es éste el daño sólo;
que el venir agora (2) hablarte
también es otro dolor,
para que tantos me acaben.
Octavio, que ya (3) conoces,
quiero que contigo trate
que te cases con él.
LAURENCIA. ¡Calla!
FELICIANO. Esto me dijo en la calle.
LAURENCIA. Todo lo entiendo: ya sé
que Elisa vino a engañarme.
Concierto de todos fué.
FELICIANO. Espera.
LAURENCIA. ¿En quién?
FELICIANO. En mis males.
LAURENCIA. Déjame saber mi muerte.
FELICIANO. Escucha.
FISBERTO. Furiosa parte.
FELICIANO. Tenla, Sabina.
SABINA. No puedo.
FELICIANO. ¿Qué he de hacer?

---

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "deshonrar". En la ed. de Hartzenbusch, "deshonrarles".
(2) En la ed. de Hartzenbusch, "... agora *a* hablarte".
(3) En la ed. de Barcelona (1618), y en la de Hartzenbusch:

"Octavio, *ya le* conoces."

FISBERTO. No te acobardes;
que alguna industria ha de haber.
FELICIANO ¿Quieres que de veras hable?
FISBERTO. ¿Pues no?
FELICIANO. Pues, ¡por Dios!, que Elisa...
FISBERTO. Dilo.
FELICIANO. Me parece un ángel.
FISBERTO. El dote es poco.
FELICIANO. Y muy poco.
Si algo más al dote añade (1),
yo soy marido de Elisa.
FISBERTO. ¡Qué linda traza de amante!
¿Amas, y pides dineros?
FELICIANO. ¿Sabes tú lo que es casarse?
FISBERTO. Sé que es carga.
FELICIANO. Pues si es carga,
dineros y bestia, y ande.

ACTO SEGUNDO

(Salen CARLOS *y* ESTEBAN, *de camino, con botas, espuelas y plumas.)*

CARLOS. ¿Está todo prevenido?
ESTEBAN. No hay cosa por prevenir.
CARLOS. En fin, ¿me puedo partir?
ESTEBAN. Sí, pues no te dan partido.
CARLOS. ¿Cómo ha salido esta gala?
ESTEBAN. Como de tu gusto, en fin.
CARLOS. ¿Come, Esteban, el rocín?
ESTEBAN. Comiendo queda en su estala.
CARLOS. ¡Buen nombre! Bien se autoriza.
ESTEBAN. Como a Flandes nos partimos,
los soldados no decimos,
como aquí, caballeriza.
CARLOS. ¿Salen estas plumas bien?
ESTEBAN. Que pareces un virote.
Pero, di: ¿mi matalote
ha de ir a Flandes también?
Que tiene talle, ¡por Dios!,
de quedarse (2) hacer la cuenta
aquí, en la primera venta.
CARLOS. ¡Qué bien andarán los dos!
Las bestias, en compañía
andan más.
ESTEBAN. Es pensamiento
tomado del casamiento:
que andan de noche y de día.
Mas, ¡por Dios!, que aunque vestido
ya de camino te vea,
y a mí con esta librea
a lo flandesco lucido,
que no creo que de Illescas
has de pasar.
CARLOS. ¿Cómo no?
ESTEBAN. Como te conozco yo,
y sé las truchas que pescas,
para mí, tú quieres dar
martelo de ausencia y ver
si estorbas que esta mujer,
Carlos, se llegue a casar.
CARLOS. No hay tratar de eso: es partida
tan cierta, que antes de un mes
me verá el país de Artués.
ESTEBAN. ¿Por tu vida?
CARLOS. Por mi vida.
ESTEBAN. Confiésote que pensaba
que era máscara de celos.
CARLOS. No vuela el ave a los cielos,
ni la flecha del aljaba
puesta en el arco, ni el rayo
de la nube, como yo
parto a Flandes.
ESTEBAN. Luego ¿no
tendrá fuerza algún desmayo,
lagrimilla o papel tierno?
CARLOS. ¿De unos ojos tan crueles,
lágrimas?, ¿ni más papeles
de tales manos? ¡Qué infierno!
Pues ¿de tal pecho desmayo?
¡Fuego del cielo!
ESTEBAN. ¡Por Dios,
que si llora solas dos,
que el ave, la flecha, el rayo
se detengan y se queden!
CARLOS. ¿Llamaron?
ESTEBAN. ¡Dirás que son
sus criados!
CARLOS. ¿No es razón?
ESTEBAN. Ni es razón, ni son, ni pueden.
Estaráles ya bailando
la boda en el cuerpo a todos,
y, de diferentes modos,
comida y galas buscando.
¿Y quieres que a verte vengan?
CARLOS. Digo que son, ¡majadero!
ESTEBAN. ¿Tú los ves?
CARLOS. A su escudero
y a Paula.
ESTEBAN. Pues, ¡alto! Tengan
las puertas de par en par.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "añad*en*".
(2) Idem: "de quedarse *a* hacer..."

CARLOS. ¡Abre, borracho!
ESTEBAN. ¿Tú eres
el bravo? ¿Tú a Flandes quieres
partirte?
CARLOS. Déjala entrar.
ESTEBAN. "¿Yo papel de tales manos?
¿Lágrimas de tales ojos?"
Mas ¿cómo de esos enojos
tiene Amor por tierra llanos?
CARLOS. ¡Abre! ¡Maldígate Dios!...
[ESTEBAN.] Ya está abierto; (1) ya han entrado.

(Salen MARQUINA, *que es el* ESCUDERO 2.º, *y* PAULA.)

PAULA. ¡Oh, qué gallardo soldado!
ESTEBAN. ¿Uno sólo? ¿No ves dos?
PAULA. ¿Dónde bueno, de esta suerte?
CARLOS. A Flandes, amiga, voy.
PAULA. ¡Jesús!, por reírme estoy.
Déjame despacio verte.
CARLOS. Bien dices; porque jamás
me volverás, Paula, a ver.
¿Qué hace Dios de esa mujer?
PAULA. ¡Esa mujer!... ¿Ya no es más?
CARLOS. Nunca el nombre le ha venido
como en aquesta ocasión:
mujeres dicen que son
las que ya tienen marido.
Y ella, pues que tiene dos,
más mujer debe de ser:
que para el mundo es mujer
de otro, y mía para Dios.
¡Ay, padre! ¡Ay, Paula! ¡Ay, [amigos!
Nadie mejor mi razón
sabe, pues de mi pasión
son vuestros ojos testigos.
Cásese Elisa: bien hace;
obedezca, como dice,
a su padre: Dios bendice
quien tan obediente nace.
Cuanto a mí, no hay qué tratar:
Paula, consolado estoy;
no lo (2) he de ver; ya me voy.
PAULA. Pegado se te ha el hablar
tan resuelto y consolado
del hábito soldadesco.
¿Es ese (3) estilo flandesco?
CARLOS. Bien dices: ya estoy soldado;
y de manera lo estoy,
que la palabra de estar
en Flandes no he de quebrar,
Paula, si en el aire voy.
¿A qué bueno es la venida?
PAULA. A traerte este papel.
CARLOS. Contará su boda en él.
PAULA. Contará su triste vida.
CARLOS. ¡Vuélvele, Paula, por Dios!
Letra de Elisa es veneno.
PAULA. Léele; acaba.
ESTEBAN. ¡Oh, qué bueno!
¿Melindres?
CARLOS. Venís los dos,
y quiéroos tener respeto.
ESTEBAN. ¡Lindo achaque!
MARQUINA. Tu verás
que Elisa no puede más,
pues eres, Carlos, discreto.

(Lea CARLOS:)

"Si una mujer principal,
porque a su padre obedece,
Carlos del alma, merece
que vos la tratéis tan mal,
sea en buen hora, bien mío;
aunque para mí no es buena,
que os agradezco la pena,
y mil gracias os envío.
Que, como me ha de matar
de vuestra ausencia el dolor,
mientras más pena (1), señor,
más me queréis obligar.
¡Oh, qué bien he conocido,
mi bien, lo que tengo en vos,
sabiendo tan bien los dos
lo que vos me habéis debido!
No quiero yo que no os vais;
mas no sea tan a prisa:
que aún no está casada Elisa,
a quien vos decís que amáis.
Hacedme merced, mis ojos,
que nos veamos primero:
que con vos descansar quiero
de tantas penas y enojos.
Esta noche habrá lugar.
Vuestra *Elisa,* aunque me maten."
CARLOS. ¿Que esto escriban, que esto traten
manos que a otro se han de dar?
¿Hay traición, hay fingimiento

(1) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch: "... *y* ya han entrado".
(2) En la ed. de Hartzenbusch, "*la*".
(3) Idem: "ese es...".

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "*peno*".

como éste?

PAULA. ¿De qué es traición?

CARLOS. Pues ¿trae el papel razón
que impida su casamiento?
¿No ves que me dice aquí
que me vaya, y que no quiere
detenerme?

PAULA. Quien le oyere
jurara que adora en ti.
¿Puede ser cosa más tierna?

CARLOS. ¿Esto es tierno? ¡Es fuego, es ira,
es embeleco, es mentira!

PAULA. ¡Qué mal humor te gobierna!
Si Elisa no te adorara,
ni escribiera bien ni mal.

CARLOS. Como es mujer principal,
en su término repara.
Tras esto, no le ha movido
amor, que bien se ve aquí,
sino lástima de mí,
viéndome quedar perdido.
Que aún no está casada Elisa
dice aquí. ¡Fuego de Dios!
¡Pagaréisme, papel, vos
palabras de tanta risa!

PAULA. No le rasgues.

CARLOS. Ya está hecho;
que me abrasaba la palma.
¡Así quisiera algún alma!
¡así quisiera algún pecho!

PAULA. ¿Luego no responderás?

CARLOS. ¿Responder? ¡Vete de aquí,
o haré lo que de él en ti!

PAULA. ¿En mí?

CARLOS. ¡Vete!

PAULA. Loco estás.
Vámonos de aquí, Marquina.

MARQUINA. Vámonos, que está furioso.

PAULA. No te espantes; que un celoso,
con el dolor, desatina.

MARQUINA. ¿Quién le podrá resistir?
Vamos. Esteban, adiós.

ESTEBAN. Está adorando en los dos,
y quiere fuerzas fingir.

PAULA. ¿Tú no me verás primero
que te ausentes?

ESTEBAN. Allá iré.

PAULA. ¿Vas a caballo, o a pie?

ESTEBAN. Voy, con este majadero,
en un camello persiano;
allá nos despediremos.

MARQUINA. Vámonos, Paula; ¿qué hacemos?
Mira que en el viento vano
anda de este mozo el seso:
mira los gestos que hace.

PAULA. Adiós; de sus celos nace.

MARQUINA. Temblando voy, te confieso.

(Vanse los dos.)

ESTEBAN. Mal has andado en tratar
esta gente de este modo.
Elisa es culpa de todo:
de ella te debes quejar.
No viene Paula a ofenderte,
ni ella es parte a que se case.

CARLOS. ¡Oh, que mal fuego te abrase!
¿A Elisa nombras?

ESTEBAN. Advierte
que, si no es que loco estás,
a lo menos lo pareces.

CARLOS. Pena a mis penas ofreces,
celos a mis celos das.

ESTEBAN. ¿No era mejor responder
que esta noche a verla irías?

CARLOS. ¿Fuéronse?

ESTEBAN. Habrá cuatro días.

CARLOS. Quiérolos hacer volver.
Parte a llamarlos.

ESTEBAN. Yo voy.

CARLOS. Déjalos.

ESTEBAN. Ya me estoy quedo.

CARLOS. Mas llámalos, que no puedo
vivir si sin verla estoy.

ESTEBAN. Voy volando.

CARLOS. Aunque te diga
que vayas, te has de estar quedo.

ESTEBAN. Que enloquezcas tengo miedo,
si tanto el dolor te obliga.

CARLOS. ¡Que no respondí que iría!
Animo tuve, y valor;
porque es, como negro amor,
todo entono y fantasía.
Mas ¿cómo sufrir podré
el no verla?... Parte luego
y llama a Paula. ¿Estás ciego?
¿Estás sordo? ¿Oyes?

ESTEBAN. No sé.
¿No me mandaste no hacer
lo que me mandases?

CARLOS. Sí.

ESTEBAN. Pues yo te obedezco ansí.

CARLOS. Ya que no me pueden ver,
cojamos estos pedazos
de aquel rompido papel.

ESTEBAN. ¿Agora adoras en él?

CARLOS. ¡Oh letra, rasgos y lazos
de aquella mano divina!
ESTEBAN. Paula vuelve.
CARLOS. Y él al suelo.
ESTEBAN. ¡Pues no es!
CARLOS. ¡Maldiga el cielo
tu condición!
ESTEBAN. Imagina
que es, entretener a un loco,
ciencia, humor, industria y flema.
CARLOS. ¿Es celos, Esteban, tema
para estarlo un hombre poco?
Estos papeles quisiera
juntar.
ESTEBAN. Yo sé cómo.
CARLOS. El cielo
te dé en tus males consuelo.
ESTEBAN. Escucha.
CARLOS. ¿De qué manera?
ESTEBAN. Llevándolos al molino
del papel: majados luego
volverán a hacer el pliego.
CARLOS. ¿Hay tan cruel desatino?
¿Y las letras?
ESTEBAN. Pues si allí
la letra quedar pudiera,
molino y emprenta fuera.
CARLOS. Hoy veré a Elisa.
ESTEBAN. ¿Tú?
CARLOS. Sí.
ESTEBAN. ¿Cómo? ¿De noche?
CARLOS. De día.
ESTEBAN. ¿De día? ¿Con qué invención?
CARLOS. Ven conmigo.
ESTEBAN. Efetos son
de Amor.
CARLOS. ¡Ay, Elisa mía!

(Vanse, y salen LAURENCIA *y* SABINA.)

LAURENCIA. ¿Cómo quieres que sosiegue,
Sabina, en tanto dolor?
SABINA. ¿Es posible que el amor
de un hombre ingrato te ciegue
a tanta descompostura?
LAURENCIA. Si no fuera amor mi mal,
dices bien; mas es igual
a la furiosa locura.
¿No se curan amor y ella?
Si sabes remedio, di
cómo me vuelvas en mí.
SABINA. Queriendo tú salir de ella.
Amor se deja curar,
si es el enfermo obediente.
LAURENCIA. A tu mano diligente,
hoy me quiero sujetar.
Di, que quiero obedecer
la cura en que me pusieres.
SABINA. Haz lo que muchas mujeres,
pues eres también mujer.
LAURENCIA. ¿Qué he de hacer?
SABINA. El mismo amor
poner en otro sujeto.
LAURENCIA. ¡Fuerte remedio!
SABINA. Discreto,
el más breve y el mejor.
LAURENCIA. Si amor fué en mí natural,
¿qué podrá un amor violento?
SABINA. Ocupar el pensamiento
y ir entreteniendo el mal.
LAURENCIA. ¿A quién tengo de querer?
¿No hay más de decir: "Yo quie-[ro"?
SABINA. A quien tu amante primero
haga de celos arder.
LAURENCIA. ¿Quién?
SABINA. El mismo que ha dejado
Elisa: que deste modo
te podrás vengar en todo
de cuantos te han agraviado.
Pon los ojos tiernamente
en Carlos, que tú verás
qué dolor a Elisa das,
y lo que tu ingrato siente.
LAURENCIA. Elisa, de Feliciano
contenta, ¿qué ha de sentir,
ni Feliciano de oír
que quiero a Carlos?
SABINA. ¡Qué en vano
gasta un discreto el consejo
con quien está pertinaz!
Haz lo que te digo en paz,
que amor es como el espejo:
que cuando se compra nuevo,
no agrada ni satisface,
hasta que el rostro se hace.
LAURENCIA. Luego, si a quererle pruebo,
¿vendrá a parecerme bien,
aunque agora no me agrade?
SABINA. A querer te persüade:
que, si tus ojos se ven
cada día en los de Carlos,
tú vendrás a estar segura
que retratan tu hermosura,
y, por lo mismo (1), adorarlos.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "*a* adorarlos".

LAURENCIA. Ahora bien; dime verdad:
¿hate sucedido a ti?
SABINA. Estoy por decir que sí,
porque tuve voluntad
a quien tan mal me pagó;
que en Fisberto la mudé,
y que ya le amaba hallé,
cuando el otro me buscó.
LAURENCIA. ¿Luego vínote a buscar?
SABINA. Picóse, y volvió.
LAURENCIA. ¿Qué espero?
Amor es tretas; yo quiero
amar, o fingir amar.
Mas ¿cómo habemos de hacer
para que Carlos me entienda?:
que puede ser que le ofenda,
si le comienzo a querer. [bre
SABINA. Finge que te ha dicho un hom-
que es astrólogo, y que quieres
saber, como otras mujeres,
señas, trato, vida y nombre
del que ha de ser tu marido.
El negará; tu dirás
que lo sabes y que estás
cierta de lo que has oído.
Daráslе luego la mano;
creo, de su discreción,
que aprovecha (1) la ocasión
y que no la da (2) de mano.
De aquí la tendréis los dos
para que el juego se entable.
LAURENCIA. Carlos es hombre notable:
¡consuelo me das, por Dios!
Toma, Sabina, tu manto;
vele (3) hablar, habla con él.
SABINA. Escríbeme tú un papel.
LAURENCIA. De mi libertad me espanto.
Pero Amor me da licencia
que con discreción me cure,
y que el remedio procure
que me muestra la experiencia,
y el desengaño me avisa.
¿Querráme Carlos?
SABINA. Sospecho
que ha de quererte, a despecho
de las traiciones de Elisa.

(*Entrense, y salgan* AURELIO, OCTAVIO, FELICIANO, FISBERTO, ELISA *y* PAULA.)

AURELIO. Toda la Corte me ha dado
de la boda el parabién.
FELICIANO. A mí es bien que me le den,
pues tanto bien he ganado.
OCTAVIO. No sé cómo se ha sabido,
señor, en tiempo tan breve.
AURELIO. Como Feliciano debe
de ser bienquisto y querido,
está en los ojos de todos.
OCTAVIO. Las escrituras sospecho
que también su parte han hecho;
y cuéntase de mil modos.
AURELIO. Como quisiere se cuente;
ya es mi yerno Feliciano.
FELICIANO. Todos saben lo que gano.
ELISA. Yo me pierdo eternamente.
AURELIO. Tráiganos sillas aquí.
OCTAVIO. Sillas hay.
FISBERTO. Ya estás casado.
FELICIANO. ¡Qué necio, Fisberto, he andado!
FISBERTO. ¿Luego arrepiénteste?
FELICIANO. Sí.
FISBERTO. Pues ¿antes del desposorio
te muestras arrepentido?
FELICIANO. Siento el saber que haya sido
a todo el mundo notorio;
pues ya estamos empeñados
en no deshacer lo hecho.
FISBERTO. Que te ha de estar bien, sospecho.
FELICIANO. Pocos son seis mil ducados.
FISBERTO. No es mal dote, con Elisa:
que te aseguro, ¡por Dios!,
que la piden más de dos,
como dicen, en camisa.
Tiene entendimiento y brío,
y el valor que viendo estás.
FELICIANO. Mientras que lo trate (1) más,
más, Fisberto, me resfrío.
No porque de su hermosura
no esté en extremo contento:
el modo del casamiento
me ha parecido locura.
¡Bueno es que yo venga aquí
sólo a ver una mujer,
y que mía lo ha de ser,
no más de porque la vi!
FISBERTO. Si te hallan en su aposento
y es gente tan principal,
no sé que procedan mal.
FELICIANO. Fisberto, la burla siento.

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "aproveche".
(2) Idem, "dé".
(3) Idem, "*a* hablar".

(1) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch, "trato".

¡Vive Dios, que he sospechado
que, codiciando mi hacienda,
me han hecho comprar la prenda
al primer precio que he dado!
¿Nunca has visto los roperos,
que a quien su calle pasó,
no más de porque miró,
ya le ha de costar dineros?
¿Que le llaman y le tiran,
y le fuerzan a comprar?
Pues así me hacen casar.

FISBERTO. Mira, señor, que te miran;
habla a tu esposa, no des
ocasión para que entiendan
que te pesa.

FELICIANO. Aunque se ofendan,
digo que es poco interés.
Si yo esta mujer pidiera,
bien es que me contentara.

FISBERTO. Si Aurelio con más se hallara,
no dudes que más te diera.
Está de suerte perdido,
que aun a la hacienda de Octavio
sé yo que ha hecho agravio,
puesto que él lo ha consentido,
por tener tan buen cuñado.

FELICIANO. ¡Seis mil ducados a mí
que con más renta nací
que este dote que me han dado!
¿Qué dirán cuantos lo saben!

FISBERTO. Que has escogido mujer
que de un rey lo puede ser,
para que todos te alaben.

(Entra un PAJE.*)*

PAJE. Un caballero está aquí,
que a mi señor quiere hablar.

AURELIO. Dile que bien puede entrar.

OCTAVIO. ¿Si es para bien?

AURELIO. Creo que sí.

(Entran CARLOS *y* ESTEBAN, *de soldados, de camino.)*

CARLOS. Por estar tan de camino,
como lo veis en el traje,
aunque me dijo este paje
lo que en veras imagino,
no pude excusar hablaros.
Suplícoos me perdonéis.

AURELIO. Aquí una silla tenéis.

OCTAVIO. En ésta podéis sentaros.

ELISA. ¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?

PAULA. ¡Ay, señora! ¿A qué vendrá?

FELICIANO. Fisberto, Carlos se va.

FISBERTO. Saber la causa deseo.

CARLOS. Antes que en mis cosas hable,
de esto que aquí viendo estoy,
parabién, señor, os doy.

ELISA. ¡Qué atrevimiento!

PAULA. ¡Notable!

CARLOS. Gocéis, señor Feliciano,
de la que tan vuestra es ya.

FELICIANO. Para serviros será.

AURELIO. ¡Buen mozo!

OCTAVIO. ¡Es muy cortesano!

CARLOS. Y vos, mi señora Elisa,
mil años el desposado.

ELISA. Los que me habéis deseado
viváis.

CARLOS. Porque estoy de prisa,
no encarezco la elección
que en amar habéis tenido
un hombre tan bien nacido.
Suplico me deis perdón.

ELISA. Si en eso tengo de qué,
yo os perdono.

CARLOS. Dios os guarde.
Digo, Aurelio, porque es tarde,
que ya las postas dejé
puestas a punto, que yo
voy a Flandes; el dinero
que tengo, entregaros quiero,
porque en plata me le dió
un mercader de Toledo,
y no le puedo llevar.

ELISA. ¡Este me viene a matar!

PAULA. Disimula.

ELISA. ¿Cómo puedo?

CARLOS. Para algún correspondiente
de los que en Flandes tenéis,
cédula darme podéis,
o, pues voy forzosamente
por Francia, para cualquiera
lugar.

AURELIO. Fuera dicha mía,
si el crédito que tenía,
agora en Flandes tuviera,
poderos, señor, servir;
ya ese tiempo se acabó.

CARLOS. Mi desdicha lo causó.

ELISA. A no ser fuerza partir
esta tarde, yo os dijera
quien, para Flandes o Francia,
os lo diera con ganancia.

CARLOS. ¡Pluguiera a Dios que pudiera

detenerme, mi señora!
ELISA. ¡Detenéos, por vida mía!
FELICIANO. ¿Es éste el que la servía?
FISBERTO. Pienso que el partirse agora
nace de verla casada.
FELICIANO. Si por él tanto la quiere,
no se vaya, sino espere.
FISBERTO. ¿Son celos?
FELICIANO. A la trocada.
ELISA. ¿Tan forzosa es la partida,
que no os podéis detener?
CARLOS. Impórtame no perder,
si me detengo, la vida.
ELISA. ¿Qué os puede haber sucedido?
CARLOS. Una desgracia tan fuerte,
que, aunque el partirme es mi muerte,
ha sido el mejor partido.
ELISA. El deseo de saber
es en las mujeres tal,
que el dolor de vuestro mal
me obliga, como a mujer.
¿Puedo saber la ocasión?
CARLOS. Si os sirvo en que la sepáis,
oidme, porque tengáis
de mi dolor compasión:
Yo tuve en este lugar
un amigo que servía
de alma al cuerpo en que vivía,
que nos pudo Amor juntar;
y era tanto nuestro amor,
que, el tiempo de estar ausentes,
los menores accidentes
eran despecho y furor.
Comunicábamos juntos
los menores pensamientos,
hablándonos por momentos,
regalándonos por puntos.
A veces, jurarle oí
que ser mi cuerpo quisiera
porque siempre en él viviera,
sin apartarse de mí.
Pero a que esto me ofendiese
llegar mi afición solía,
y ser yo el cuerpo quería
para ser el que muriese.
Pero, entre aquestas finezas
—¿quién creerá tal sinrazón?—,
hizo tan crüel traición
a este amor, a estas ternezas,
que fué lo menos dejarme;
y de suerte me dejó,
que, a ser dél su cuerpo yo,
me muriera por vengarme.
Hizo con otro amistad,
a quien siempre aborrecí:
dióle el alma en que viví;
y esta injusta deslealtad
blasona que es obediencia.
Yo, por no verlos andar
siempre juntos, del lugar
hago, como veis, ausencia.
Voy a Flandes, donde ruego
al cielo que me traspase
una bala, porque abrase
un fuego con otro fuego.
Y para ser de esta suerte,
no tengo más que llegar:
pues yo me pondré en lugar
que el menos diestro me acierte.
ELISA. Extraña resolución
la vuestra me ha parecido;
para partiros no ha sido
legítima la ocasión:
que el amigo que decís,
por dicha, no os ofendió,
si obediencia le forzó,
como vos mismo advertís.
Demás desto, no habéis hecho
diligencia por cobrar
aquel perdido lugar
que tuvistes en su pecho;
porque no faltaran medios:
noches, puertas, cartas, rejas,
si lo que gastáis en quejas
gastárades en remedios.
¡Y qué señales más grandes,
aunque encarecéis la costa,
de que amastes por la posta,
pues las tomáis para Flandes!
Muy colérico amador
debéis de ser.
FELICIANO. El se entiende,
y ¿quién de entender se ofende
de una mudanza el rigor?
Ni sé yo para qué es bueno
mudarse, ni hacer traición,
ni a los que inocentes son
darles celoso veneno.
Mas para injustas mudanzas
hizo el cielo las ausencias,
por no andar en diligencias
de celos y de venganzas.
Partid, Carlos: bien hacéis;
dad a ese amigo en castigo
el iros; que, si es amigo,
¿qué más venganza queréis?

FISBERTO. No te declares ansí.
FELICIANO. Todos tres nos entendemos.
ESTEBAN. Señor, ya es tarde; ¿qué hacemos?
CARLOS. Decís bien: vamos de aquí.
Dadme, señores, licencia.
AURELIO. El cielo os lleve con bien.
OCTAVIO. Y os vuelva, Carlos, también
con salud de aquesta ausencia.

(Váyanse CARLOS *y* ESTEBAN.)

ELISA. ¡Ah, gentilhombre!
ESTEBAN. Señora.
ELISA. Si hoy no fuera la partida,
venidme a ver, por mi vida.
ESTEBAN. Mi dueño dice que agora;
mas yo le haré detener.
ELISA. Una carta os quiero dar.
PAULA. No sabes disimular.
ELISA. Paula, quisiera poder.
AURELIO. Pensó aqueste gentilhombre
que trato en Flandes tenía.
FELICIANO. Sí, señor; sí pensaría.
AURELIO. ¿Carlos decís que es su nombre?
FELICIANO. Carlos se llama.
AURELIO. ¿Por qué?
FELICIANO. Sacóle el Emperador
de pila.
AURELIO. ¡Extraño favor!
Pero ¿dónde y cómo fué?
OCTAVIO. ¿No ves que se está burlando
Feliciano?
AURELIO. Yo entendí
que era de veras... Aquí
os podéis quedar hablando,
en tanto que voy a ver
un caballo que he comprado.
OCTAVIO. Dejemos al desposado,
padre, pues ya lo ha de ser,
donde, con menos recato,
hable un rato con su esposa.
AURELIO. Bien dices: pues se desposa
mañana, que hoy hable un rato.

(Vanse AURELIO *y* OCTAVIO.)

FISBERTO. Señora Paula: pues ya
nuestros dueños se han casado,
yo quedo muy obligado,
y vuesa merced lo está,
a que de la misma suerte
nos queramos bien los dos.
PAULA. Estoy agora, ¡por Dios!,
poco menos que a la muerte.
Déjame, que se me va
cierta cosa de los ojos,
que me ha de causar enojos.
FISBERTO. Luego ¿deso triste está?
PAULA. ¿No le parece ocasión?
FISBERTO. Teníala por mujer
de otra estima.
PAULA. Puede ser.
FISBERTO. Mal gusto.
PAULA. ¿Por qué razón?
FISBERTO. Es aquel hombre de aquellos
que se llaman en la Corte
figuras.
PAULA. De hablar acorte.
¿En qué le parece dellos?
FISBERTO. Todo hombre cuya persona
tiene alguna garatusa,
o cara que no se usa,
o habla que no se entona;
todo hombre cuyo vestido
es flojo o amuñecado,
todo espetado o mirlado,
todo efetero o fruncido;
todo mal cuello o cintura,
todo criminal bigote,
toda bestia que anda al trote,
es en la Corte figura.
PAULA. Con malos ojos miró
al soldado por los suyos.
FISBERTO. A mirarle con los tuyos,
¿fuera galán?
PAULA. ¿Por qué no?
Eso que figura llama
es un mocito, en efeto,
entre bellaco y discreto,
que de todo tiene fama.
Con la mano en el registro,
hace una guitarra hablar,
y con la espada, callar
a todo mortal ministro.
Es, por lo agudo, un milagro,
y, entre engañosas quimeras,
tiene las burlas y veras
como pernil, gordo y magro.
Es poeta de donaire
para seguidillas solas;
danza, y con mil cabriolas
dará de coces al aire.
Por lo que es noble, yo salgo;
no hay que mirarle a los pies:
un don Diego Ordóñez es,
que, aunque es pobre, es buen hidalgo.

FISBERTO. Hablas, Paula, con pasión:
que este hombrecillo es un mico.
PAULA. Reportorio le suplico
con los que difuntos son.
FISBERTO. ¿Cómo difuntos?
PAULA. Ausentes;
que si presente estuviera...
FISBERTO. Le diera...
PAULA. ¿Con qué le diera?
FISBERTO. Con este pomo en los dientes.
PAULA. ¿Pomo? ¡Jesús! ¿Es de azar?
FISBERTO. Por temer a Feliciano...
PAULA. ¡Bueno está! Baje la mano,
que no es libro de cantar.
FISBERTO. A Feliciano he mirado,
y no habla con su esposa.
PAULA. Ni ella con él. ¡Brava cosa!
FISBERTO. ¡Buen principio de casado!
¿Qué es esto? Pues ¿cómo estás
sin hablar a Elisa, ansí?
FELICIANO. Como ella no me habla a mí,
no quiero enfadarla más.
FISBERTO. Sois los novios de Hornachuelos.
Eso es. Comed, desposado.
¿No come ella?
FELICIANO. Estoy turbado;
ni sé si es amor, ni celos.
Para amor, no se lo debo;
para celos, es temprano;
dad licencia a Feliciano,
que cierto negocio llevo
para palacio, forzoso.
ELISA. Vos, mi señor, la tenéis.
FELICIANO. Suplícoos que me mandéis
como a esclavo y como a esposo:
algo en que conozca yo
que el serlo vuestro estimáis.
ELISA. Para que de mí os sirváis,
licencia ese nombre os dió.
Id en buen hora, y creed
que estimo tanto favor.
FELICIANO. Es muy propio del valor
hacer a humildes merced.

(Váyanse FELICIANO *y* FISBERTO.*)*

PAULA. Ya que Feliciano es ido,
te quiero reñir, señora,
el haberle hablado agora
con rostro tan desabrido.
Ya sé que nace de ver
que Carlos se vaya a Flandes;
pero en desdichas tan grandes
es el valor menester.
¿En qué piensas? Vuelve en ti.
ELISA. ¡Ay, Paula! Mi bien se va.
¿Estará en las postas ya?
PAULA. Presumo, Elisa, que sí.
ELISA. Pues ¿qué haré yo, que me muero?
La vida me ha de costar.
PAULA. Bien lo puedes estorbar.
ELISA. Paula, remediarlo quiero.
Vaya en buen hora el honor,
si es que algún remedio sabes.
PAULA. Como eso contigo acabes,
me ha parecido el mejor
dejar esta casa luego
y irte a la de alguna amiga,
donde yo que estás le diga.
ELISA. Iba tan celoso y ciego,
que no ha de querer volver.
PAULA. Sí hará; que te adora el hombre.
ELISA. Honor, ya por vuestro nombre
hice cuanto pude hacer.
Perdonad y dad licencia
a mi amor.
PAULA. ¿Adónde irás?
ELISA. De Laurencia fío más.
PAULA. Pues cerca vive Laurencia.

(Vanse, y salen LAURENCIA *y* SABINA.*)*

LAURENCIA. Presto, Sabina, le hallaste.
SABINA. De en cas de Aurelio salía.
LAURENCIA. ¿Y díjote que vendría?
SABINA. Habléle, como mandaste,
y leyendo tu papel,
viene perdido de risa.
LAURENCIA. Pues baja, y ábrele a prisa.
SABINA. Esteban viene con él.
LAURENCIA. No es Esteban de importancia.
SABINA. Ellos entran.
LAURENCIA. Tiemblo toda.
Sillas y estrado acomoda.

(Entre CARLOS *y* ESTEBAN.*)*

LAURENCIA. ¿De camino?
CARLOS. Voy a Francia.
Y en ninguna cosa veo
cuán desconocido estoy
como en que digáis que soy
cosa que apenas la creo.
¿Quién, Laurencia, os ha engañado?
LAURENCIA. Estoy, de vuestra partida,
tan helada, que en mi vida
me he visto en mayor cuidado.
¿Cómo, o por qué causa os vais?

Es por celos esta ausencia:
que ya, sin saber Laurencia
la ciencia que profesáis,
adivina la ocasión.

CARLOS. Para con vos lo he fingido,
por dar pena a quien ha sido
la causa.

LAURENCIA. Tenéis razón.
Y con saber que no os vais,
Carlos, tan contenta quedo,
que diera albricias.

CARLOS. No puedo
pensar por qué me llamáis
para consultar conmigo
vuestras bellas manos hoy.
¿Quién os ha dicho que soy
quien buenas venturas digo,
teniéndola yo tan mala?

LAURENCIA. Carlos, no me lo neguéis,
que bien sé que lo sabéis
y que ninguno os iguala.

CARLOS. ¡Esteban!

ESTEBAN. ¡Señor!

CARLOS. [Ap.] ¿Qué es esto?

ESTEBAN. ¡Qué desatinado estás,
pues conocido no has
lo que ésta pretende en esto!
Como a Feliciano amó,
que por Elisa la deja,
y tú della tienes queja,
pues que por él te dejó,
con este achaque ha querido
que juntéis venganza y celos.

CARLOS. No han hecho animal los cielos
tan agudo y entendido.

ESTEBAN. Toma la mano a Laurencia,
y lo que piensa adivina,
mientras le digo a Sabina
otro poco desta ciencia:
que en amarla tomarás
gran venganza de los dos.

CARLOS. ¡Bien me aconsejas, por Dios!)
[*A* LAURENCIA.] No quiero negaros más
lo que desta ciencia entiendo;
pero ha de ser condición
el silencio, que es razón,
porque en extremo me ofendo
de que entiendan que adivino.

LAURENCIA. A todo, Carlos, me allano.

CARLOS. Dadme (1), señora, la mano.

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "dame".

LAURENCIA. Véisla aquí.

CARLOS. ¡Favor divino!
Hago la cruz y la beso.

LAURENCIA. ¡Quedo! ¿La mano besáis?

CARLOS. La cruz no más.

LAURENCIA. Bien entráis.

CARLOS. ¡Jesús, qué extraño suceso!
Aquí se ve claramente
que un hombre en extremo amáis,
de quien mal pagada estáis.

LAURENCIA. ¡Qué ingenio!

CARLOS. ¡Es cosa excelente!
Esta raya que atraviesa
es que otra mujer llegó
y este galán os quitó.

LAURENCIA. Y aun pienso que a vos os pesa.

CARLOS. Pesábame; pero ya
que desta mano me así,
la que por celos perdí
hoy la venganza me da.

LAURENCIA. ¿Qué decís?

CARLOS. Que aquí se ve
que vengaros intentáis
con otro hombre.

LAURENCIA. ¿Y vos pensáis
que, si lo intento, podré?

CARLOS. Ya lo estoy aquí mirando,
y me parece que sí.

LAURENCIA. Miraldo en vos, porque en mí
ya está mirado.

CARLOS. ¿En vos, cuándo?

LAURENCIA. Antes que os diese ocasión
para adivinar mi gusto.

CARLOS. Que hablemos aparte es justo.

LAURENCIA. Hablemos.

CARLOS. ¡Brava invención!

ESTEBAN. ¿Y ella, señora Sabina,
no sabe que soy criado
del astrólogo?

SABINA. ¿Ha tomado
algo de aquella dotrina?
Porque deseo saber
más de mil cosas.

ESTEBAN. Yo soy
el que malas vueltas doy (1).
Mas quiero darle a entender
que en Valladolid había
un astrólogo estudioso,
que un pronóstico famoso

(1) Hartzenbusch corrigió este verso del siguiente modo:

"tal, que mil vueltas doy."

todos los años hacía.
Este tenía un criado,
que, todo al revés de aquél,
escribía otro papel,
y era siempre el acertado.
Murió el astrólogo, en fin,
y el criado no escribió;
y, a quien se lo preguntó,
confesó que era un rocín,
y que acertaba después
que al amo contradecía;
que alquimia y astrología
se han de entender al revés.

SABINA. Nuestros amos me parece
que con gran contento están.

ESTEBAN. Vengarse los dos querrán.

SABINA. Ansí en el mundo acontece.

ESTEBAN. También tenemos los dos
de qué vengarnos.

SABINA. Fisberto
me deja.

ESTEBAN. Vuestro concierto
habemos visto los dos.
A mí Paula me ha dejado;
si me quieres, aquí estoy.

SABINA. ¡Ay, mi Esteban! Tuya soy.

LAURENCIA. Carlos, verdad te he contado.
Yo te comienzo a querer
por venganza y por furor;
pero acabará en amor
y en que seré tu mujer.

CARLOS. Cuando no fueras quien eres,
por vengarme te adorara.
Tuyo he de ser.

LAURENCIA. Pues repara
en que mi honor consideres.

CARLOS. ¿Llamaron?

LAURENCIA. Pienso que sí.

(Entra MAESE JUAN, *que es el* ESCUDERO 1.º)

ESCUD. 1.º Aquí está Elisa, señora.

CARLOS. ¿Elisa aquí?

LAURENCIA. ¿Elisa agora?

CARLOS. Sabe que te ofende a ti,
y querráse disculpar.

LAURENCIA. ¿Qué haré, que es fuerza escon-
[derte?

CARLOS. Esconderme fué mi muerte;
mas no se puede excusar.

LAURENCIA. Ponte detrás dese paño.

CARLOS. Amor niño, ¿qué ha de hacer?
Juega, y juega al esconder,
cuando más descubre el daño.
Ponte, Esteban, a este lado;
veamos esta invención.

ESTEBAN. No es mucho, si toros son,
que andemos siempre en tablado.

(Escóndense, y salen ELISA *y* PAULA.)

ELISA.

Porque de mí tendrás, Laurencia hermosa,
formada justa queja, no he querido
valerme de otra casa ni a otra amiga
descubrir el secreto de mi honra.
Dirás que me he casado con tu esposo;
dirás que te he quitado a Feliciano.
Mi padre me forzó; mi humilde pecho
por su obediencia aventuró su gusto:
determinéme a ser hija obediente;
verdad es que forzada obedecía.
Mas viendo que mi bien se parte a Flandes,
por no me ver casar, y tan a prisa
que ya queda en la posta, mis entrañas
se han de manera enternecido, y tanto
pudo el ver en sus ojos una lágrima,
que, loca, sin honor, sin alma vengo
a pedirte que envíes quien le llame;
que aquí en tu casa le daré la mano
y eternamente quedaré por suya.

LAURENCIA.

Elisa mía, ya acordaste tarde.
Carlos se fué. Yo vi pasar las postas,
y desde estas ventanas, admirada,
le pregunté la causa por que hacía
tan súbita jornada, y respondióme
por no aguardar que goce Feliciano,
Laurencia amiga, el bien mayor que tuve.
Diciendo ansí, cubrió los ojos Carlos
de un lienzo, y con dolor picó la posta,
de suerte que pasó cual suele el rayo
que apenas de la vista se percibe.

ELISA. ¿Que es ido Carlos y que Elisa
[vive?
¡Desventurada de mí!
¡Tan tarde a buscarle vine!
¡Alma loca, pies cobardes,
que tan poca prisa os disteis (1)!
¿Qué obediencia fué la mía?
¿El alma no nació libre?
¿Dios no me dió libertad?
¿Pues qué es lo que dije y hice?

---

(1) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch, "distes".

¿Adónde hallaré mi bien?;
¿por dónde podré seguirle?
¡Cielos! Si el alma me deja,
el cuerpo ¿de qué me sirve?
¡Oh, notable imposible,
que es ido Carlos y que Elisa vive!
Plega a Dios que si volviere
donde mi padre, me obligue
a obedecerle jamás;
que antes la vida me quite.
Ve, amiga, y di que soy muerta;
di a mi padre que me viste
hacer pedazos. ¿Qué aguardas?

PAULA. Señora, tarde te afliges.
Advierte...

ELISA. ¿Qué hay que advertir? (1)

PAULA. Mira...

ELISA. ¿Qué quieres que mire?

PAULA. Laurencia, ayúdame.

LAURENCIA. ¿Cómo?

ELISA. ¡Que no le he de ver! ¡Ay, triste!
¡Que le dije que se fuese!
¡Que pudieron divertirse (2)
dos almas que junta el cielo!
¡Ah, Carlos! ¿Dónde te fuiste?
¡Oh, notable imposible,
que es ido Carlos y que Elisa vive!

CARLOS. [*Ap.*] No puedo sufrir, Esteban,
aunque más celos me animen,
ni las lágrimas que llora
ni las palabras que dice.
Salir quiero.

ESTEBAN. Tente un poco.

CARLOS. Que me tenga no es posible.
¿No ves que me está adorando?

ESTEBAN. Ya que sabes que es tan firme,
véngate, ensánchate.

CARLOS. ¡Ah, cielos,
que se me muere aquel cisne!
¡Ay, cuán dulcemente canta!
Déjame que resucite
aquella fénix de amor.

ELISA. ¿Cómo los cielos permiten
que viva Elisa muriendo
cuando Carlos se despide?
Pero verá el mundo agora
que si es Píramo, soy Tisbe.
¡Oh, notable imposible,
que es ido Carlos y que Elisa vive!

(1) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch: "¿Qué he de advertir?"
(2) En la ed. de Hartzenbusch, "dividirse".

(Salen OCTAVIO *y* FELICIANO; *tápense y escóndanse* ELISA *y* PAULA.)

OCTAVIO.

Mis partes has de hacer, como cuñado.

PAULA (1).

Elisa, éste es Octavio, y tu marido
viene con él; atápate y escóndete.

ELISA.

¡Válame Dios!

LAURENCIA.

Poneos las dos los mantos.

ELISA.

Aquí detrás me escondo.

OCTAVIO.

¿Por qué causa,
Laurencia, se escondieron estas damas?

LAURENCIA.

Vienen de Atocha, y por aquí se entraron,
que vienen por tocar, y las mujeres
no quieren que las vean en bosquejo.
Mas ¿qué es la causa de que en esta casa
tengas esta licencia, Feliciano?

FELICIANO.

Yo, Laurencia, no pienso que tuviera
atrevimiento de venir a verte,
menos que por hacerte este servicio:
No cree Octavio que te tengo hablado;
soy su cuñado y obligado amigo;
su bien deseo, y lo será muy grande
para los dos que con mi Elisa vivas.
Concluyamos aquesto, si te agrada,
pues de sus partes todo el mundo tiene
tanta satisfacción. ¿Qué me respondes?

LAURENCIA.

Que estoy casada.

FELICIANO.

Tú, ¿con quién?

LAURENCIA.

Con Carlos.

(1) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch, "LAURENCIA".

OCTAVIO.

¿Qué Carlos?

LAURENCIA.

¿No conoces a quién digo?

OCTAVIO.

El Carlos que conozco es ido a Flandes.

FELICIANO.

Dice muy bien Octavio; ese mancebo
tomó la posta agora.

LAURENCIA.

Fué fingido,
por cosas que le importan; mas lo cierto
es que Carlos, Octavio, es mi marido:
yo soy mujer de Carlos.

FELICIANO.

¿A quién piensas,
Laurencia, que das celos con mentiras?

LAURENCIA.

Si son mentiras, lo verás mañana,
primera monición de nuestras bodas.

OCTAVIO.

Feliciano, yo estoy sin seso; vamos
donde me informe si verdad nos dice.

FELICIANO.

Digo que es ido Carlos por la posta.

LAURENCIA.

Digo que está muy cerca de mí Carlos.

OCTAVIO.

Vamos, ¡por Dios!, que yo sé dónde vive.

FELICIANO.

Vamos, porque sosiegues; mas yo creo
que por dar pesadumbre, por dar celos,
Laurencia finge lo que no es posible.

OCTAVIO.

¡Ay, triste yo si fuese verdad esto!
¿De qué cielo he caído a tanta pena,
cuando más esperanza sustenía
la vida que guardé para Laurencia?

FELICIANO. [*Ap.*]

No voy menos picado y afligido,
que no la quiero menos. ¡Qué venganza
ha tomado de mí, si fuese cierto!

SABINA.

Con una piedra misma los has muerto.

(Vanse OCTAVIO *y* FELICIANO, *y salgan, descompuestos,* CARLOS, ELISA, ESTEBAN *y* PAULA.)

CARLOS. Detente y no seas extraña,
que me quitaré la vida.
ELISA. Detente tú y no me toques,
porque daré voces.
CARLOS. Mira
que soy tu Carlos, mi bien.
ELISA. ¿Tú mi Carlos?
CARLOS. Sí, mi Elisa.
ELISA. Tú mi muerte, tú mi infierno;
que tú mi bien, es mentira.
CARLOS. ¿Eres tú, Elisa del alma,
la que a buscarme venías,
como la cierva las aguas
de la ardiente hierba herida?
Pues ¿cómo, si me has hallado,
huyes de mí?
ELISA. Más me incitas
con ver que negar no puedes
el amor que me debías.
Cuando yo vengo a buscarte,
alma, fama, honra y vida
perdidas, te hallo escondido
adonde yo me escondía
de mi hermano y de mi esposo.
No más; hoy verás a Elisa
casada con Feliciano.
CARLOS. Mi bien, escucha.
ELISA. No digas
palabra, que no hay disculpa.
¡Oh, qué graciosa partida!
¡Qué lindas postas a Flandes!
CARLOS. ¡Elisa, Elisa divina!
¡Dulce Elisa de mis ojos;
estrella y luz de mis (1) niñas!
ESTEBAN. Fuése; no te canses más.
Aguarda, Paula querida;
Paula, Paula de mis ojos,
lagaña de sus orillas:
oye.
PAULA. Váyase el picaño

(1) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch, "sus".

con la señora Sabina,
pues que le escondió en su casa.

(Vanse Elisa *y* Paula.)

Carlos. Dame licencia que siga
esta cruel.
Laurencia. ¡Oye, Carlos!
Carlos. Tu discreción me permita
que la detenga.
Sabina. Oye, Esteban.
Esteban. Haréle el rostro una criba.

(Vanse.)

Laurencia. Buenas habemos quedado;
¡oh, qué mala astrología!
Mas yo buscaré remedio,
que quien ama y solicita,
todo cuanto quiere alcanza.
Sabina. ¿Luego ya Carlos te pica?
Laurencia. Si te digo lo que siento,
quien bien ama, tarde olvida:
mi verdad es Feliciano,
si me le dejase Elisa.

ACTO TERCERO

(Salen Feliciano *y* Fisberto.)

Fisberto. ¿Eso le dijiste?
Feliciano. Sí.
Este medio imaginé,
con que fuera le dejé
del casamiento y de (1) sí.
Fisberto. ¿En efeto le pediste
cuatro mil ducados más?
¿Pues cómo volviste atrás
la palabra que le diste?
Feliciano. Celos de Laurencia son.
Fisberto. Señor, en tu honor repara.
Feliciano. Más vale vergüenza en cara
que mancilla en corazón.
Fisberto. No pienso que has acertado.
Feliciano. ¿Por qué?
Fisberto. Porque estando escrito,
es, en ley de hombres, delito
y infamia en el que es honrado.
Cuando la palabra dieras
solamente, Feliciano,
en posesión de villano
quedaras si la rompieras,
cuanto más una escritura.
Feliciano. Eso fué en tiempos atrás,
que agora, ¿dónde hallarás
fe ni palabra segura?
La firma, el prometimiento,
son como nubes o espumas,
porque palabras y plumas
dicen que las lleva el viento.
Fisberto. Esas plumas y palabras
no son las que a ti te obligan,
porque éstas prenden y ligan
cuando bien los ojos abras.
El amigo que promete,
por palabra o por papel,
ser a su amigo fïel
desde una vez hasta siete,
y no lo cumple, no importa;
el príncipe y el señor
que promete hacer favor
y en la ocasión se reporta,
mal hace; mas es costumbre;
el jüez y el escribano
que os promete dar la mano
y os da después pesadumbre,
no es del honor detrimento
que os haga prender después:
no (1) es maravilla, pues es
vara sutil, pluma al viento;
que, pretendiendo el que ama,
escriba y diga mil cosas,
y otras tantas fabulosas
al mismo amante la dama,
es negocio que se usa;
que un sastre, que un oficial
mienta, es cosa natural,
porque con mentir se excusa;
pero que habiendo firmado
una escritura algún hombre,
en infamia de su nombre
la niegue, no es hecho honrado,
demás de que le podrán
por justicia convencer.
Feliciano. En cosas que entra mujer,
mayor licencia nos dan;
que hasta dar un hombre el sí
delante de un sacerdote,
no hay infamia que le note
ni fuerza a cumplirlo ansí.
Ya sabes que es ordinario

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "*del*".

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "ni".

el no hacerse un casamiento.
FISBERTO. Que le hayas dejado siento.
FELICIANO. Dirán que soy hombre vario
y fundado en interés;
pero a lo que ves me esfuerza
querer casarme por fuerza,
que es muy mal hecho.
FISBERTO. No es,
pues dejaron el concierto
en tus manos, aunque viste
que hallado en su casa fuiste.
FELICIANO. Ya estás muy necio, Fisberto.
No ha de apretar al señor
de esa manera el criado.
FISBERTO. Gente por la calle ha entrado.
FELICIANO. Rebózate.
FISBERTO. ¿No es mejor
entrar en cas de Laurencia?
FELICIANO. Es tarde para visita.
FISBERTO. Pues desta puerta le (1) quita;
no obligues que la paciencia
de Octavio se vuelva en furia.
FELICIANO. ¿Qué me puede hacer Octavio?
FISBERTO. Sentir de Elisa el agravio
y satisfacer su injuria.

(Entra CARLOS *y* ESTEBAN, *de noche.)*

CARLOS. Mira que hay gente en la calle.
ESTEBAN. Arrímate por ahí.
Dos hombres están aquí.
CARLOS. ¿De qué talle?
ESTEBAN. De buen talle.
CARLOS. Mas ¿si fuese el desposado?
ESTEBAN. ¿Quieres que le dé un paseo?
CARLOS. Ver tu buen pecho deseo.
ESTEBAN. Voy.
CARLOS. Ve alerta y embozado.
Pon de manera la capa
que no te estorbe al broquel;
porque hay antuvión cruel,
si ven que un hombre se escapa.
ESTEBAN. Ya estoy en mortal postura.
CARLOS. Camina, que aquí te espero.
FISBERTO. Aquí viene un caballero.
Encubrirte bien procura.
FELICIANO. ¡Oh, cómo viene arrogante!
FISBERTO. El parece, o es malicia,
espía de la justicia,
destos que vienen delante.

(1) Así en la 1.ª ed. (1617) y en la de Barcelona (1618). Hartzenbusch, en la suya, corrigió con acierto, "*te*".

ESTEBAN. ¿Quién son?
FELICIANO. Decid vos primero
quién sois, que lo preguntáis.
ESTEBAN. ¿No me ven?
FELICIANO. Despacio estáis.
¿Quién sois?
ESTEBAN. Soy un caballero.
FELICIANO. Pues ¿por qué os toca saber
quién soy o cómo me llamo?
ESTEBAN. Porque lo manda mi amo.
(Ap.) Creo que lo eché a perder.
FELICIANO. Justicia es ésta. Camina,
que aunque son principal gente,
el que sale impertinente
al más cuerdo desatina.
FISBERTO. Cierto que es tenerla en poco,
siendo de tan alto precio;
porque es la vara en un necio
palo en ciego, espada en loco.

(Váyanse FELICIANO *y* FISBERTO.)

ESTEBAN. ¿Qué te parece?
CARLOS. ¿Qué has hecho?
ESTEBAN. Llegué como un paladín
a estos hombres (porque, en fin,
importa mostrar buen pecho),
y díjeles: —Caballeros...
(y por mostrarme cruel,
hice sonar el broquel
con los temidos aceros),
yo he menester esta calle,
o matarlos a los dos.
—Tomalda, señor, por Dios,
—dijo aquel de mejor talle—,
y dejadnos ir en paz.
—Váyanse —dije— a sus casas,
y acuéstense.
CARLOS. El mundo abrasas.
¡Oh, cuánto encubre un disfraz!
ESTEBAN. ¿Qué es lo que habemos de ha-[cer?
CARLOS. ¿No dices que has concertado
hablar con Paula?
ESTEBAN. He pensado
que te podrán conocer.
CARLOS. No harán, que estaré escondido;
aunque mucho mejor fuera
que yo ser tú me fingiera
y hablara a Paula atrevido.
ESTEBAN. ¿No podré decirle yo
lo que tú le has de decir?
CARLOS. No lo sabrás tú sentir.
¿Abrió la ventana?

ESTEBAN. Abrió.
CARLOS. Apártate, como que eres
yo, que estoy allí arrimado.
ESTEBAN. Habla como yo, embozado,
ya que ser lo que soy quieres.

(ELISA y PAULA, *a lo alto.*)

ELISA. Aquí dijo que vendría
Esteban a hablarte agora.
PAULA. Esto me dijo, señora,
hoy que le hablé a mediodía.
ELISA. Gente a nuestra puerta veo;
que soy tú quiero fingir.
PAULA. ¿No le sabré yo decir
lo que tú tienes deseo?
ELISA. Desvíate, que ya llega.
¿Es Esteban?
CARLOS. ¿Y tú, acaso
eres Paula?
ELISA. [*Ap.*] ¡Extraño caso!
¡Oh, cuánto Amor puede y ciega!
En la voz he conocido
a Carlos.
CARLOS. [*Ap.*] Elisa es ésta,
que la voz lo manifiesta,
aunque la voz ha fingido.
ELISA. Esteban, ¿dónde ha quedado
aquel tu dueño cruel?
Mas, ¿qué pregunto por él,
si sé dónde le has dejado?
Estará con su Laurencia.
Tú, entre tanto, a verme vienes.
CARLOS. ¡Buena disculpa te tienes,
después que sabes su ausencia!
Carlos nunca tuvo amor
ni aun pensamiento (1) de amar
a Laurencia.
ELISA. Si negar
obliga a tanto furor (2)
lo que se sabe que es cierto,
lo que se ve, ¿qué será?
CARLOS. Ya que ella casada está
y tú quieres a Fisberto,
¿para qué pueden ser buenos
los celos a sangre fría?
ELISA. Ni ella lo está, ni aun querría,
ni yo a Fisberto, a lo menos.
Pero Carlos a Laurencia
bien sabemos que la adora.
CARLOS. ¿Cómo la adora, si agora
emprende tan larga ausencia?
ELISA. Que no se irá.
CARLOS. ¿Cómo no,
si esta tarde se ha partido?
ELISA. ¿Carlos es ido?
CARLOS. Ya es ido.
ELISA. ¿Se partió?
CARLOS. Ya se partió.
ELISA. Pues, ¿a qué te deja a ti?
CARLOS. A despachar lo que lleva.
ELISA. [*Ap.*] Basta; que le engaño, y
Carlos a engañarme a mí. [prueba
CARLOS. [*Ap.*] ¡Qué lindo picón le he dado,
que piensa que estoy ausente!
ELISA. Este piensa llanamente
que su ausencia me ha picado,
y véole desde aquí.
CARLOS. Ahora bien, ¿qué le diré?
porque mañana me iré.
ELISA. Lo que quisieres le di,
que yo sé que mi señora,
viendo que quiere a Laurencia,
no sólo siente su ausencia,
pero que me dijo a mí
que mañana se casaba.
CARLOS. ¡Fuego del cielo en Elisa!
¡Oh, qué bien dice esa prisa
con la que a Carlos amaba!
Plega al cielo que, casada,
quede con tan mala estrella,
que se haya dicho por ella
la bella malmaridada.
Plega al cielo que su esposo
sea siempre perseguido
de un cobarde bien nacido
y de un bajo poderoso;
que el bien nacido cobarde
compra y busca algún traidor,
y el humilde con favor
hace mal, temprano o tarde.
Plega al cielo...
ELISA. Poco a poco;
que es mucho, señor lacayo.
CARLOS. Soy Carlos; soy furia y rayo.
Soy... ¿qué soy? Basta ser loco.
ELISA. ¡Carlos! ¿Pues no estaba ausen-
porque a Laurencia no amaba? [te
CARLOS. Ausente de Elisa estaba,
puesto que estaba presente.

(1) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch, "pensamiento*s*".
(2) Hartzenbusch alteró esta frase ordenándola así:

"Si *a* negar
obliga tanto furor".

¿Qué ausencia como el olvido?
Ausente está el olvidado;
mas tú, que me has escuchado,
dile que mi muerte ha sido.
Dile que es fiera cruel;
dile que es ira del cielo;
dile que no tiene el suelo
hoja, pluma, flor, papel,
más ligera ni mudable.
Dile...

ELISA. Paso, que soy yo.

CARLOS. Ya el alma te conoció,
luna veloz, mar instable.
Hasta agora no tenía
pensamiento de partirme;
que soy hombre, que soy firme,
y era verdad mi porfía.
Pero agora, desde aquí,
pienso salir del lugar;
pero quiérome vengar.
Oye.

ELISA. Lo que quieres di.

CARLOS. Estos tus papeles son,
tus retratos y cabellos;
ni yo iré con ellos ni ellos
conmigo en esta ocasión.

ESTEBAN. Tente, señor.

CARLOS. ¿Tú me tienes?

ESTEBAN. Porque te has de arrepentir;
que no has de poder vivir
si a hallarte sin ellos vienes.
Que, por lo demás, no hay cosa
más discreta que rasgallos,
por no ver después tocallos
una mano escrupulosa
que, sin ver sus mocedades,
dirá que son desatinos,
porque siempre en los vecinos
se ven más las liviandades.
Da ese retrato al demonio,
no diga algún mentecato
que adoras en un retrato
y te ponga un testimonio
en ocasión de perderte.

CARLOS. [*Ap.*] ¿Tienes un papel ahí?
Fingiré que los rompí.

ESTEBAN. ¡Buena industria!

CARLOS. Amor me advierte.

ESTEBAN. Si a darte otra cosa vengo,
tan buena, no has de enojarte.

CARLOS. No haré.

ESTEBAN. Pues escucha aparte:
diez o doce naipes tengo.

CARLOS. ¿Naipes?

ESTEBAN. Son para encajar,
si necesidad se ofrece.

CARLOS. Muestra.

ESTEBAN. Lástima parece.

CARLOS. Estotros puedes guardar.
Elisa, hoy te dejo rota,
hoy rompo...

ESTEBAN. Y pudiera ser,
si fuera mala mujer
y rompes alguna sota.

CARLOS. Tu retrato, que es razón,
por figura que del alma
te rompe ausencia, y desalma
la emprenta del corazón.
Rasgo estos falsos papeles
de la manera que miras,
para rasgar las mentiras
que escribir y decir sueles.
Rasgo amores y locuras
y encarecimientos vanos.
¡Ay, quién tuviera en las manos
ésas tus entrañas duras!
Mas no quiero enternecerme,
ni quiero volver a hablarte;
partirme quiero, y dejarte.

ELISA. Oye, mi bien; vuelve a verme.
Una palabra me escucha.

CARLOS. No hay palabra a quien las quiebra.

PAULA. Esteban, Esteban.

ESTEBAN. Cebra,
salmonada como trucha.
Quínola soy sin descarte.

(Vanse los dos.)

PAULA. Fuéronse.

ELISA. Si no supiera
que no es ésta la primera
que se queda y que se parte,
perdiera el seso; mas creo
que no se irá del lugar.

PAULA. Tanto partir y quedar
fué siempre del (1) amor rodeo.
Parece el cielo nublado,
que no acaba de llover.

ELISA. Eso que pudo romper
me ha dado, Paula, cuidado.
Llama a ese viejo, y deciende
con una vela a la calle,

(1) Hartzenbusch corrige "de", con lo cual se evita que este verso sea largo.

y porque ninguno halle
mi letra, el papel enciende;
que puede ser que mi hermano
o mi padre entiendan esto.

PAULA. Yo bajo a llamarle presto.
ELISA. Yo espero.
PAULA. Esperas en vano.

(Vase PAULA.)

ELISA.

¡Qué propio es en amor, como lo cantan,
ir y quedarse, y con quedar, partirse!
¡Oh, cuántos pensamientos quieren irse
que al primer paso del partir se espantan!
Los pies con el agravio se adelantan
a la tierna piedad del despedirse;
mas suele amor al mismo agravio asirse
y sentarse donde ellos se levantan.
Si amor es un colérico accidente,
no puede hacer efetos de cobarde;
que es fuego, es ira, es furia, es rayo ardiente.
Mal huye quien de amor se abrasa y arde;
que como amor se precia de valiente,
vuelve la espalda a su enemigo tarde.

(Salgan PAULA *y* MARQUINA, *que es el* ESCUDERO 2.º, *con una linterna.)*

MARQUINA. ¿No me dejarás vestir?
PAULA. ¡Qué bueno para la prisa
que nos está dando Elisa!
MARQUINA. ¿Qué bestia podrá sufrir
tan extraño madrugar?
PAULA. Si ella está ya levantada,
¿en qué os hace agravio?
MARQUINA. En nada.
ELISA. ¿Aún no acabáis de buscar?
MARQUINA. ¿Quién es?
PAULA. Mi señora es,
que está en la ventana.
MARQUINA. Admira
su cuidado.
PAULA. El papel mira.
MARQUINA. Vesle aquí, junto a tus pies.
PAULA. ¿Rasgólos todos aquí
Carlos, cuando se partió?
ELISA. Sí.
MARQUINA. Solos naipes hallo yo.
PAULA. ¿Cómo?
MARQUINA. Naipes.
PAULA. ¿Naipes?
MARQUINA. Sí.
PAULA. Mira no sea el retrato
que está en naipe.
MARQUINA. La que ves
la sota de bastos es;
jugó, perdió, y dió barato.
PAULA. Mira que el revés será.
MARQUINA. Por acá no hay otra cosa.
PAULA. ¿Hay industria más graciosa?
Mira si por dicha está
entre ellos algún papel.
MARQUINA. La guarnición está aquí
del as de espadas.
PAULA. ¡Que ansí
nos burle aqueste cruel,
costándonos tantos lloros!
Vuelve estas espadas (1) blancas.
MARQUINA. Vuelvo.
PAULA. ¿Es papel?
MARQUINA. Son las ancas.
PAULA. ¿De quién?
MARQUINA. Del caballo de oros.
PAULA. Brujulea aquestos dos.
MARQUINA. Este el dos de copas es.
PAULA. ¿Qué, no hay papel?
MARQUINA. ¿No lo ves?
PAULA. ¡Notable enredo, por Dios!
ELISA. ¿Qué es eso, Paula?
PAULA. Ha rompido
este amador de ventaja,
por vengarse, una baraja.
ELISA. La baraja de Cupido,
billetes dicen que son.
PAULA. Esta tiene, en mi conciencia,
de Su Majestad licencia.
ELISA. No ha sido mala invención.
Entrate, Paula, acostar.
PAULA. ¿Cómo acostar, si amanece?
ELISA. ¿Es ya el día?
MARQUINA. El día, y crece.
ELISA. Ansí me pienso quedar.

(Entra ELISA.)

PAULA. Ya no sois más menester.
MARQUINA. Pues a componer me voy.
PAULA. ¿Qué tenéis que escrebir hoy?
MARQUINA. Nunca me falta qué hacer.
Un villancico a un mezquino
que no mira por su casa,
y corrige lo que pasa

(1) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch, "espa*l*das".

en casa de su vecino.
PAULA. No os prendan.
MARQUINA. La torre es alta;
seguro estoy del papel,
pues no le prenden a él,
que es el que tiene la falta.

(Vanse, y salen AURELIO *y* OCTAVIO.)

AURELIO.

No me consueles, porque no es posible.

OCTAVIO.

¿Es posible que tanto entendimiento
no pueda hallar remedio convenible?

AURELIO.

Ningún remedio en mis desdichas siento;
que agora pide cuatro mil ducados,
lleno todo el lugar del casamiento.
¿Estos tienes por términos honrados?
Los que miran el oro, y no la esposa,
suelen vivir después desesperados.

OCTAVIO.

Pienso, señor, que de Laurencia hermosa
debe de estar prendado Feliciano,
y que ésta ha sido treta cautelosa.
Déjale estar, que tiene de villano
algo que por la corte se murmura.

AURELIO.

El, por lo menos, es hombre liviano.
¡Malhaya la sospecha mal segura
que tuve de mi Elisa, pues por ella
quise, Octavio, intentar tanta locura!
Casárase mejor con Carlos ella,
pobre, en efeto, pero bien nacido,
y que hoy presumo yo que adora en ella.

OCTAVIO.

¿Pues tú qué piensas que la causa ha sido
para irse a Flandes?

AURELIO.

Este casamiento
de Feliciano debe de haber sido.
Llama a Elisa; digámosle su intento.

OCTAVIO.

¿Estará levantada?

AURELIO.

Sí, que sale
Paula, vestida ya, de su aposento.

OCTAVIO.

Con el espejo entró.

AURELIO.

Pues entra, y dale
la nueva del deshecho trato nuestro.

OCTAVIO.

Yo voy.

AURELIO.

¿Qué pena habrá que a tanta iguale?

(Vase OCTAVIO.)

Si a Octavio los deseos no le muestro
que de vengarme tengo deste agravio,
es porque estoy en el sufrillos diestro,
porque es mejor que no perder a Octavio.

(Salen ELISA *y* OCTAVIO.)

ELISA. ¿Qué dices?
OCTAVIO. Que no te casas.
Que pide otros cuatro mil
sobre los seis.
ELISA. ¡Hombre vil!
OCTAVIO. Elisa, ya en eso pasas
del ánimo varonil.
¿Qué se te da de perder
un hombre que más estima
el oro que tal mujer?
AURELIO. Pues, Elisa, ¿así me anima
tu discreto proceder?
¿Llorando vienes a verme
cuando tu consuelo espero?
ELISA. Si acaba de sucederme
tanto mal, rigor tan fiero,
que ha de acabarme y perderme,
¿qué te espanta el sentimiento?
AURELIO. ¿Piensas que te ha de faltar
más honrado casamiento?
ELISA. El ver mi honor murmurar,
señor, solamente siento.
¿Qué dirán todos de mí,
sino que de un hombre fuí
por defetos despreciada?
AURELIO. No será persona honrada
quien lo presuma de ti.

ELISA. ¿Cómo no, si estando hecho
y cerca de ejecutar,
queda, como ves, deshecho?
AURELIO. Contra el rigor popular
no hay defensa de provecho.
Muchos tratan de casarse,
que no llega a ejecución.
ELISA. Cuando es no más de tratarse,
no suele quedar razón
para que puedan quejarse.
Mas cosa tan recibida,
tan hecha, tan admitida
de amigos y de parientes,
¿cómo, di, Aurelio, no sientes
que me ha de costar la vida?
Pues bien creerás que no son
nacidas estas razones
de tenerle yo afición.
AURELIO. Con verte triste me pones,
Elisa, en más confusión.
¿Qué puedo yo hacer en esto,
si este mancebo se ha puesto
en tener el dote en más
que tu virtud?
ELISA. Bien podrás
tomar un partido honesto.
Dale eso que ha pedido
la mitad.
AURELIO. No ha de querer.
ELISA. Dalo todo.
AURELIO. ¿Tú has sabido
lo que he perdido?
ELISA. El perder
no es hacienda.
AURELIO. Hacienda ha sido.
ELISA. Pues diferente valor
tiene el honor.
AURELIO. ¿Pues qué honor
pierdes?
ELISA. Decir que me deja
por algún defeto.
AURELIO. Es queja
de poca fuerza, en rigor.
Yo no tengo este dinero,
si no vendo hasta la casa
en que vivo.
ELISA. En mal tan fiero,
la casa, la hacienda abrasa,
y guarda el honor primero.
AURELIO. Tiene Octavio parte aquí.
ELISA. Octavio es hombre, y por mí
se quedará sin hacienda.
OCTAVIO. Digo que se empeñe y venda
mi hacienda, Elisa, por ti.
Yo iré a buscar en la guerra
la muerte o la vida.
ELISA. Hermano,
tuya soy, mi rostro hierra.
OCTAVIO. Por casar a Feliciano
quedaré pobre en mi tierra;
que lo que yo gano aquí
es que si él queda casado,
me queda Laurencia a mí.
AURELIO. Que Octavio sea soldado
por darte remedio a ti
es cosa puesta en razón.
Mas yo, ¿con quién (1) viviré?
ELISA. Padre, a mi honor y opinión
remedio agora se dé,
pues las importantes son
que vos viviréis conmigo.
AURELIO. Ahora bien; pues quieres darte
a quien ha usado contigo
ese término, y (2) no es parte
ver que a ser pobre me obligo
para no dar tu belleza
a quien con tanta bajeza
ha tratado tu valor,
y hombre, en fin, que puso amor
no en ti, sino en tu riqueza,
yo digo que soy contento
de pasar lo que me queda
de vida en un aposento
pobre, porque hacerse pueda,
Elisa, tu casamiento.
Si quien comienza a vivir,
como Octavio, está animoso,
yo, tan cerca de morir,
¿por qué he de estar temeroso,
sino esforzarme y sufrir?
Ve, Octavio, y di a tu cuñado
que a los seis mil, cuatro añado,
y que diez mil le daré.
OCTAVIO. Yo voy.
ELISA. El cielo te dé,
por el remedio que has dado
a mi honor, tan larga vida,
que alcances los casamientos
de tus nietos.
AURELIO. Si, ofendida
de los bajos pensamientos
de quien no fuiste querida,

(1) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch, "qué".
(2) Idem, íd., se omite "y".

me pones en tal rigor,
que ruegues será mejor
que abrevie el cielo mis años.

ELISA. Tú verás mil desengaños
de los engaños de amor.

(Váyanse, y salgan FELICIANO, LAURENCIA, FISBERTO *y* SABINA.)

LAURENCIA. ¡Que te atrevas desa suerte
a entrar donde estoy!
FELICIANO. Laurencia,
¿quién podrá hacer resistencia
a un enemigo tan fuerte?
Y yo no viniera aquí,
si no te hubiera obligado.
LAURENCIA. ¿Cómo, habiéndote casado?
FELICIANO. No me he casado, por ti.
LAURENCIA. ¿Por mí? ¡Qué gracioso engaño!
FELICIANO. ¿Engaño llamas, señora,
el venir mi amor agora
a traerte el desengaño?
LAURENCIA. ¿Tú, desengaños a mí?
FELICIANO. Luego ¿pueden ser mayores?
FISBERTO. Laurencia, porque no ignores
que todo ha sido por ti,
yo quiero satisfacerte:
ya el casamiento cesó,
y quien ayer te ofendió,
hoy vuelve, rendido, a verte.
Ya queda todo acabado;
no tienes más qué temer.
LAURENCIA. Pues ¿puédese deshacer,
jurado, escrito y firmado?
FISBERTO. De común consentimiento
se deshizo.
LAURENCIA. ¿Luego ya
Carlos, seguro podrá
proseguir su pensamiento?
FISBERTO. Carlos se fué ayer; no creo
que le verá Elisa más.
LAURENCIA. ¿Cierto?
FELICIANO. ¡Basta!, que me das
celos por lindo rodeo.
Carlos es ido; ¿qué quieres?
LAURENCIA. ¿Que Carlos, sin verme, es ido?
FELICIANO. ¿Fingirás que le has querido?
FISBERTO. El (1) día que las mujeres
pueden vengarse de quien
la (2) dió celos, no hay tratar

(1) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch, "En".
(2) Hartzenbusch corrige "l*es*".

de que sabrán perdonar,
y más si buscarlas ven.
Laurencia, pues Feliciano
tus celos ha satisfecho,
vuelve su amor a tu pecho,
y no le abrases en vano.
Deja de decir que quieres
a Carlos, ausente ya:
háblale, pues ves que está
rendido.
LAURENCIA. ¡Qué extraño eres!
Váyase a buscar a Elisa;
déjeme estar en mi casa.
FELICIANO. Da celos, castiga, abrasa,
mátame, véngate a prisa;
pues, ¡vive Dios, que he de ser
otro Carlos, y irme a Flandes!
FISBERTO. Háblale.
LAURENCIA. No me lo mandes.
FISBERTO. ¡Qué temeraria mujer!
Mira que está reventando
por llorar.
LAURENCIA. Descanse un poco.
FISBERTO. ¿Quieres que se vuelva loco?
FELICIANO. Deja de estarla rogando.
No le digas más, Fisberto;
aprestemos la jornada,
pues queda desengañada,
y yo, de su engaño cierto.
Bien te dije yo mil veces
que era todo falsedad;
¿qué mujer trata (1) verdad?
LAURENCIA. ¿Qué mejor trato mereces?
FELICIANO. Quédate, Laurencia; ¡adiós!
LAURENCIA. ¿Vase de veras?
FELICIANO. ¡Qué bien!
LAURENCIA. ¿A Flandes?
FELICIANO. ¿Pues no?
SABINA. ¿Y también
Fisberto?
FISBERTO. También.
SABINA. ¿Los dos?
FISBERTO. Los dos, pues que tú nos dejas.
SABINA. ¿No ves que es tierra muy fría?
FISBERTO. Llevar desta se podría,
Sabina, algunas pellejas.
SABINA. No, sino algunas albardas.
LAURENCIA. Quiero parecer mujer.
FELICIANO. ¿En qué, Laurencia?
LAURENCIA. En creer...

(1) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch, "trat*e*".

FELICIANO. Si de mi fe te acobardas,
¿en quién la tendrás?
LAURENCIA. Que soy
por quien has dejado a Elisa.
FELICIANO. Mi bien, todo es burla y risa;
esta palabra te doy:
de ser tuyo hasta la muerte.
LAURENCIA. Diga mal della.
FELICIANO. No es justo,
que es mujer.
LAURENCIA. Déme este gusto.
FELICIANO. Pues ¿querrásme?
LAURENCIA. Mucho.
FELICIANO. Advierte:
digo que es necia y que es fea.

(Abrácense.)

LAURENCIA. No digas más; tuya soy.
FISBERTO. Y yo ¿voyme, o no me voy?
SABINA. ¿Cómo quiere que le crea?
FISBERTO. Porque te quiero.
SABINA. ¿El a mí?
FISBERTO. Pues ¿no ves que estoy mortal?
SABINA. Dígame de Paula mal.
FISBERTO. ¿Querrásme (1)?
SABINA. Digo que sí.
FISBERTO. Digo que es un estropajo.
SABINA. Y yo soy tuya.
FISBERTO. Tente,
que siento en la sala gente.
SABINA. Bien dices; hablemos bajo.

(Entra OCTAVIO.*)*

OCTAVIO.

Un paje tuyo, que en la calle espera,
me dijo, Feliciano, que aquí estabas,
y, con licencia de Laurencia, quiero
hablarte dos palabras.

LAURENCIA.

Como sean
en mi presencia, yo la doy, Octavio.

OCTAVIO.

Poco importa, Laurencia, que las sepas.

FELICIANO.

Prosigue, Octavio, y di lo que me quieres.

OCTAVIO.

Firmados los conciertos y escrituras
del casamiento de mi Elisa y tuyo,
pediste nuevamente, Feliciano,
que a los seis mil ducados te añadiesen
otros cuatro. Mi padre, alborotado,
se enojó de aquel término; mas, viendo
lo que pierde en perderte, y lo que gana
en ganarte, ha hecho cuenta con su hacienda
y halla que puede darte lo que pides,
ayudándose un poco de la mía:
por mí te ofrece los diez mil ducados,
y para aquesta noche tiene juntos
a todos sus amigos y parientes.
Vente conmigo y bésale las manos,
que ya queda la novia componiéndose
y toda nuestra casa alborotada.

FELICIANO.

¿Qué dices desto?

LAURENCIA.

¿Yo? Pues ¿a qué efeto
me pides parecer?

FELICIANO.

Laurencia hermosa,
éstas son cosas de honra, y de tal suerte
que si dijese "no", no pongas duda
de que nuestros linajes se perdiesen,
y que en mi vida...

LAURENCIA.

¡Paso! No prosigas.
Quieres decir que por diez mil ducados
no dejarás a Elisa.

FELICIANO.

Pues ¿tú piensas
que me mueve interés?

LAURENCIA.

¿Y no está claro?

FELICIANO.

Laurencia, las mujeres que no entienden
lo que es palabra, que jamás la guardan;
lo que es espada, que no ven ni ciñen,
piensan que todo...

LAURENCIA.

Ya lo entiendo todo:
ya sé que es ley entre hombres la palabra,

(1) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch, "querráme".

ya sé que con espadas se defienden;
vete con Dios, y cásate.

FELICIANO.

Pues oye.

LAURENCIA.

¿Qué tengo ya que oír? Vete en buen hora,
que te aguarda la novia, y se resfría.

FELICIANO.

Si pudiera excusarlo, ¡sabe el cielo
que tú fueras mi dueño! Ven, Octavio.

OCTAVIO.

Mía serás, Laurencia, aunque te pese.

FISBERTO.

Sabina, ya tú sabes que danzamos
los criados al son de nuestros dueños:
él vuelve a Elisa, y yo me vuelvo a Paula.
¡Dios sabe que me pesa!

SABINA.

Yo lo creo.
¡Maldiga Dios la loca que se arroja
a quereros, bellacos, socarrones!

FISBERTO.

Tienes razón; pero, por vida mía,
que os sabéis esquitar (1) famosamente
el día que tenéis la vuestra en frente!

(Vanse, y quedan LAURENCIA *y* SABINA.)

SABINA. ¡Feas habemos quedado!
LAURENCIA. Perdiendo el juicio estoy,
pues que tal venganza doy,
después de haberme vengado.
¡Qué mal acuerdo tomé!
¡Oh, quién esto adivinara,
y a Feliciano le hablara
como al principio le hablé!
Somos mujeres, no hay duda;
la que más piensa que sabe,
tiene el corazón sin llave,
y toda el alma desnuda.
Pero, sobre todo, siento
que Carlos se haya partido:
que pienso que hubiera sido
contra cifra de su intento.

(1) Así en la 1.ª ed. y en la de Barcelona. Hartzenbusch corrige "desquitar".

¡Oh, cómo soy desdichada!
Sin remedio estoy; ¿qué haré?
SABINA. ¿Que Carlos, en fin, se fué
para tan larga jornada?
¡También yo pierdo con él
mi poquito de venganza!
LAURENCIA. ¡Ya no me queda esperanza
de poder tomarla dél!

(Salen CARLOS *y* ESTEBAN.)

CARLOS. Laurencia nos dirá bien
cómo ha sido el desconcierto.
SABINA. ¿Es Carlos?
LAURENCIA. Carlos es, cierto.
SABINA. ¿Y Esteban también?
LAURENCIA. También.
CARLOS. Dios te guarde.
LAURENCIA. ¡Carlos mío!
¿No eras partido?
CARLOS. Fingí
partirme; ya te advertí
de mi loco desvarío.
Pero agora lo estoy más:
porque se ha desconcertado
el casamiento tratado;
de que albricias me darás,
por Feliciano, y yo a ti,
por Elisa.
LAURENCIA. De tu engaño
viene a resultar mi daño:
que agora se van de aquí
Feliciano y su cuñado,
tan vueltos a concertar,
que esta noche ha de quedar...
CARLOS. ¡No me lo digas!
LAURENCIA. Casado.
CARLOS. Pues ¿dánle lo que pedía?
LAURENCIA. Es rico: en nada reparan.
CARLOS. Hoy mis esperanzas paran,
si alguna en mi amor tenía.
Hasta perderse una cosa,
parece que da dolor;
pero, perdida, es menor,
porque ya el alma reposa.
No quiero hacer desatinos;
no quiero decir tampoco
despechos de amante loco,
y de un hombre honrado indinos.
Pues Elisa se consuela,
quiérome yo consolar.
LAURENCIA. Y yo aprender a callar,
Carlos, de tan buena escuela.

Si te consuelas de Elisa,
de Feliciano lo estoy.

CARLOS. Sus firmas al viento doy
con mucho contento y risa.
Ya sus papeles cancelo;
sus obligaciones rasgo.

LAURENCIA. ¡Basta!, que este amor es trasgo:
ya es de fuego, ya es de hielo;
ya está aquí, ya no está aquí,
ya asoma por otra parte.
Carlos, ¿si yo quiero amarte,
querrás tú quererme a mí?

CARLOS. Eso rogarte querría,
y que esta noche, embozados,
vamos a ver los casados.

LAURENCIA. ¿Qué mayor venganza mía?
Yo me pondré de disfraz.

CARLOS. Yo iré a tu lado también.

SABINA. ¿Y él quiere quererme bien?

ESTEBAN. Es un trasgo este rapaz:
ya conserva lo que topa,
ya pone en mortal destierro;
ya da con mano de hierro,
ya da con mano de estopa.
Pero rogarte querría
que me tuvieses amor.

SABINA. Hoy me vengo de un traidor:
tuya soy.

ESTEBAN. ¿Que tú eres mía?

CARLOS. Yo, Laurencia, estoy cansado
de sufrir competidores,
de ver amigos traidores
a mi mesa y a mi lado.
Todo es envidia y mentira,
todo es tratar con engaño;
quien más puede, hace más daño:
dichoso el que se retira...
Contigo lo quiero estar.

LAURENCIA. Y yo ser tuya, mi bien.

CARLOS. Pues yo soy tuyo también.

LAURENCIA. La mano quiero obligar.

CARLOS. Ven conmigo.

LAURENCIA. Voy contigo.

(Vanse los dos.)

ESTEBAN. Sabina, yo estoy cansado
de ser paje mesurado
del señor, hijo prodigo (1);
yo me quiero retirar;
dame esa mano.

(1) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch, "podrigo".

SABINA. Soy tuya.

ESTEBAN. Para que eso (1) se concluya
y nos podamos casar,
ven conmigo a ver a Paula.

SABINA. ¿A quién te parezco?, di.

ESTEBAN. A Oriana; ¿yo (2) a ti?

SABINA. Al mismo Amadís de Gaula.

(Váyanse, y entren AURELIO *y* OCTAVIO; ELISA, *muy gallarda, de novia;* PAULA, MARQUINA, *que es* ESCUDERO 2.º, *y* MÚSICOS.)

AURELIO. Llegad las sillas; tú, querida Eli-
[sa,
ocupa esa almohada. *(Siéntese.)*

OCTAVIO. Ya pareces
novia, en estar turbada y vergon-
[zosa.

AURELIO. De la virtud es hija la vergüenza.

MARQUINA. Quien no tiene vergüenza, ¿qué
[bien tiene?

AURELIO. Cantad alguna letra, mientras vie-
[ne.

MÚSICO. Es la letra de Marquina;
no sé si os ha de agradar.

MARQUINA. Puédela el Sofí cantar.

OCTAVIO. ¿Qué verso?

MARQUINA. Cientopesina.

AURELIO. No la cantéis, que no habrá
noche en que pueda caber.

MARQUINA. Hachas podéis encender.

(Sale un PAJE.)

PAJE. Aquí Feliciano está.

AURELIO. ¿Viene acompañado?

PAJE. Viene
con sus deudos.

AURELIO. Entre, pues.

(Entra FELICIANO, *de boda, y* FISBERTO.)

FELICIANO. Dadme (3), señor, esos pies.

AURELIO. Mi pecho estos brazos tiene.

OCTAVIO. Aquí están también los míos.

FELICIANO. ¡Oh, hermano!

OCTAVIO. Hablad a vuestra esposa.

FELICIANO. Dad licencia, Elisa hermosa,
a que os diga desvaríos:
que a los desposados dan

(1) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch, "esto".
(2) En la ed. de Hartzenbusch, "*¿Y* yo a ti?"
(3) En la ed. de Barcelona (1618) y en la de Hartzenbusch, "dame".

licencia para ser necios.
ELISA. Hoy queréis ganar dos precios:
de discreto y de galán.
AURELIO. Sentaos, por mi vida, aquí,
hasta que venga Lisardo.
OCTAVIO. Aqueste lugar os guardo;
vos sólo estáis bien aquí.
FELICIANO. Bésoos mil veces las manos,
que como hermano me honráis.
¿Por qué, señora, calláis?
ELISA. La lengua espera a las manos;
en tomándolas diré
lo que siento, y antes no.

(Entran CARLOS *y* LAURENCIA, ESTEBAN *y* SABINA: *ellas, con capotillos y sombreros, y ellos, embozados.)*

CARLOS. Embózate como yo.
LAURENCIA. ¡A qué buen tiempo llegué!
CARLOS. ¡Bizarra la novia está!
LAURENCIA. ¿Tú no ves que me das celos?
CARLOS. No han hecho cosa los cielos
que iguale contigo ya.
ESTEBAN. ¿No ves a Paula gallarda?
SABINA. ¿Quiéresme dar pesadumbre?
CARLOS. ¿Qué aguardan?
LAURENCIA. Lo que es costumbre:
a la bendición se aguarda.
CARLOS. ¡Esteban!
ESTEBAN. Señor.
CARLOS. ¡Por Dios,
que de mirarla me muero!
ESTEBAN. Tente firme.
CARLOS. Considero
qué gloria tendrán los dos.
ESTEBAN. ¿Qué gloria podrán tener
que a dos días no sea infierno?
CARLOS. Yo le tomara, y eterno,
al lado de tal mujer.
ESTEBAN. ¿Cuál dices?
CARLOS. El de casado.
ESTEBAN. ¡Que no el de fuego!
CARLOS. Eso no;
aunque aquí lo tengo yo
en mis entrañas cifrado.
ESTEBAN. Considera una mujer
a tu lado al acostar,
a tu lado al levantar
y al mismo lado al comer.
Luego, otra noche a tu lado:
si el pie alargas, mujer topa;
si quieres tirar la ropa,
mujer te gana el cuidado.
Si echas un brazo, mujer;
si miras, a mujer miras;
en mujer das, si respiras,
y aun te sabrá responder.
Considérala también
con dos mil imperfecciones,
que no caben en razones
ni en bocas de hombres de bien,
y verás que esta Diana,
que hoy como el Sol maravilla,
por cualquiera fregoncilla
querrá (1) trocarla mañana.

(Entra LISARDO, *viejo.)*

LISARDO. Gocéis los novios mil años,
mi querido hermano Aurelio,
y ellos os gocen a vos
con daros hermosos nietos.
AURELIO. ¡Oh, Lisardo! ¿Viene ya
el señor dotor?
LISARDO. Ya entiendo
que se quedaba aprestando:
levantaros podéis luego,
que no tardará un instante.

(Todos en pie.)

FELICIANO. Mil años será un momento
de tocar tu hermosa mano,
bella Elisa.
CARLOS. ¡Oh, fieros celos!
¿No sabrás tú hacer, Esteban,
aquí agora algún enredo
con que no puedan casarse?
ESTEBAN. ¿Cómo enredo?
CARLOS. Un fingimiento.
ESTEBAN. ¿Son a propósito aquí
unas cuchilladas?
CARLOS. Bueno.
ESTEBAN. ¿Con quién tengo de reñir?
CARLOS. Conmigo.
ESTEBAN. ¡No eres más necio!...
Pondránnos éstos en paz;
vendrán dos grifos de aquestos
que llaman campo una sala,
y desafío un "teneos";
llevaránnos a la cárcel,
haránnos tanto proceso,
y entre tanto, los dos novios
cenarán diez huevos frescos,

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "querrás".

dormirán en seis colchones,
y nosotros, al sereno.

CARLOS. Pues llega y dile: "Señora,
aquí está Carlos."

ESTEBAN. Si puedo,
yo llegaré por detrás.
Ten tú cuenta, como herrero,
que, mientras los fuelles soy,
pongas en la fragua el hierro.

AURELIO. Aquí pudieran tomarse
las manos: que después desto
viniera lo que esperamos,
y fuéranse nuestros deudos.

LISARDO. Muy bien dice Aurelio.

(Ase ESTEBAN, *por detrás, a* ELISA.)

ESTEBAN. [*Ap. a* ELISA.] (¡Elisa!
¡Elisa! ¿Qué digo?)

ELISA. ¡Ay, cielos!

ESTEBAN. ¡Quedo!

ELISA. ¿Quién es?

ESTEBAN. ¿No lo ves?

ELISA. ¿Quién?

ESTEBAN. Estebanico.

ELISA. ¡Oh, perro!
¿Tú has osado entrar aquí?

ESTEBAN. Aquel príncipe encubierto,
de pluma y centillo de oro,
es Carlos.

ELISA. ¿Quién dices?

ESTEBAN. ¡Bueno!

ELISA. ¿Cuál Carlos?

ESTEBAN. ¿Cuál? Carlos Quinto,
aunque más quisiera el sexto.

ELISA. ¡Dile que de aquí se vaya;
dile que se salga luego!

ESTEBAN. Resolvióse.

CARLOS. ¿Qué hay, Esteban?

ESTEBAN. ¡Ea!, que todo está hecho.

CARLOS. Besarte quiero en la cara.

ESTEBAN. Ten a las barbas respeto,
si no quieres que los dos
parezcamos, en el beso,
tú a Ganasa, y yo a Trastulo (1).

CARLOS. ¿Qué es lo que dice, en efeto?

ESTEBAN. Que te vayas y no pares
diez leguas deste aposento.

CARLOS. ¡Mal te hagan mis desdichas!

ESTEBAN. Siempre esas albricias me dió (1).

AURELIO. Para que quede entendido,
antes, hijos, que os casemos,
que ésta es vuestra voluntad,
el "sí" de los dos espero:
—¿Queréis, Feliciano, a Elisa?

FELICIANO. Sí, señor.

AURELIO. ¿Es cierto?

FELICIANO. Cierto.

AURELIO. ¿Vos, Elisa, a Feliciano?

ELISA. No, señor.

AURELIO. ¿Qué dices?

ELISA. Esto.

AURELIO. Pues ¿cómo públicamente
dices que no?

ELISA. Porque puedo.
¿Si le quiero, no preguntas?
Pues digo que no le quiero:
que hombre que en dinero mira
y que se vendió por precio,
más parece bestia que hombre;
y bestia ¿para qué es bueno?
En seis mil ducados era
del casamiento el concierto;
pidió otros cuatro, y si dije
que se los diese, Aurelio,
fué porque públicamente
supiesen lo que merezco
y el término deste hidalgo.

FELICIANO. ¡Señora!...

ELISA. Calla, grosero.

AURELIO. Hija, mira lo que pierdes.

ELISA. Señor, si este hidalgo pierdo,
tú ganas diez mil ducados.

AURELIO. ¿Cómo?

ELISA. Porque esposo tengo,
que sin dineros me quiere.

OCTAVIO. ¿Adónde está?

ELISA. Yo le veo.

AURELIO. ¿Es, acaso, el embozado?

ELISA. Desembozaos, caballero.

CARLOS. Carlos soy.

ELISA. ¿Quiéresme?

CARLOS. Sí.

ELISA. La mano.

CARLOS. El alma y el pecho.

(1) En la ed. de Barcelona (1618), "Tristulo". Hartzenbusch, que en esta comedia siguió fielmente la edición barcelonesa de la *Novena Parte*, puso también en la suya "Tristulo"; sin duda por ignorar que aquí aludía Lope a la figura del *Trastullo*, una de las ordinarias de las farsas italianas o *commedia dell'arte*, que introdujo en España el representante Ganasa.

(1) Así en la *Novena Parte* (ed. de Madrid, y en la de Barcelona). Hartzenbusch corrigió atinadamente:

"Siempre esas albricias *medro*."

LAURENCIA. ¿Para aquesto me trujiste,
Carlos?
CARLOS. Cumplo lo que debo.
FELICIANO. ¿Es Laurencia?
LAURENCIA. Soy Laurencia.
FELICIANO. Has venido al mejor tiempo
del mundo; ¡dame esa mano!
LAURENCIA. Tengo dueño.
FELICIANO. ¿Cómo dueño?
LAURENCIA. ¿Quiéresme, Octavio?
OCTAVIO. ¿Pues no?
FISBERTO. ¡Bueno quedas!
FELICIANO. ¡Bueno quedo!
SABINA. ¿Luego yo seré de Esteban?
ESTEBAN. Mejor es que de Fisberto,
porque soy de Paula yo.
AURELIO. ¡Qué valor!
LISARDO. ¡Famoso hecho!
FELICIANO. Ahora bien: seré padrino,
ya que otra cosa no llevo.
CARLOS. *El Ausente en el lugar*
se queda en él, y, contento,
da fin y os pide perdón
de sus faltas y sus celos.

FIN DE LA COMEDIA DE "EL AUSENTE EN EL LUGAR".

LAS BIZARRÍAS DE BELISA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

BELISA, *dama.*
FINEA, *su criada.*
CELIA, *dama.*
LUCINDA, *dama.*
FABIA, *criada.*
DON JUAN DE CARDONA.
TELLO, *su criado.*
OCTAVIO, *galán.*
JULIO.
CONDE ENRIQUE.
FERNANDO, *criado del Conde.*

JORNADA PRIMERA

(Sale BELISA *con vestido entero de luto galán, flores negras en el cabello, guantes de seda negra y valona, y* FINEA.)

FINEA. ¿Así rasgas el papel?
BELISA. Cánsame el Conde, Finea.
FINEA. ¡Qué ingratitud!
BELISA. Que lo sea
me manda amor.
FINEA. ¡Fuego en él!
Que pienso que no es tan vario
en sus mudanzas el viento.
BELISA. Navega mi pensamiento
por otro rumbo contrario.
Castigó mi voluntad
el cielo.
FINEA. No sé si diga
que justamente castiga,
señora, tu libertad.
Tanto despreciar amantes,
tanto desechar maridos,
tanto hacer de los oídos
arracadas de diamantes,
claro está que habían de dar
en ocasión al amor,
para vengar tu rigor.
BELISA. ¡Bien se ha sabido vengar!
FINEA. ¡Oh, qué bien los has vengado
con querer agora bien
a quien...! ¡Ni aun sabes a [quién, (1)
ni él tampoco [tu] cuidado(1)!
Tus desdenes, con razón,
agora diciendo están:
"¿Qué se hizo el Rey don Juan?
Los Infantes de Aragón,
¿qué se hicieron?"
BELISA. No presumas
que desta mudanza estoy
arrepentida, aunque doy
agua al mar, al viento plumas;
porque tengo la memoria
deste necio amor tan llena,
que juzgo poca la pena
para tan inmensa gloria.
¿Llaman?
FINEA. Sí.
BELISA. Pues quiero hablarte
con más espacio después.
Mira quién es.
FINEA. Celia es,
que ha venido a visitarte.

(Sale CELIA.)

CELIA. Prospere tu vida el cielo.
BELISA. No sé, Celia, si querrá
tener ese gusto ya.
CELIA. Ya la novedad recelo.

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "... ni aun sabes quién".

(1) En la 1.ª ed. *(La Vega del Parnaso.*—1637), este verso dice, sin duda por errata, así: "ni el tan poco cuidado". En la *Colección de las obras sueltas... de Vega Carpio,* t. IX (Madrid, Sancha, 1777), aparece corregido: "ni él tan poco tu cuidado"; enmienda que reprodujo asimismo Hartzenbusch.

Dijéronme que te habían
visto con luto en la calle
Mayor, aunque gala y talle
la causa contradecían,
y hallo que todo es verdad;
pero tanta bizarría
no es tristeza.

BELISA. Celia mía,
¡murió!

CELIA. ¿Quién?

BELISA. Mi libertad.

CELIA. Es imposible que en ti
haya faltado el desdén.

BELISA. ¿No es faltarme querer bien?

CELIA. ¿Tú quieres bien?

BELISA. Yo.

CELIA. ¿Tú?

BELISA. Sí;
ya cesarán (1) mis rigores.

CELIA. Veré primero sembrado
de estrellas del cielo el prado,
y el cielo de hierba y flores;
y trocando el natural
efeto, veré también
a la envidia decir bien
y a la virtud hablar mal;
veré la ciencia premiada
y a la ignorancia abatida;
que es la verdad bien oída
y que la lisonja enfada;
y el imposible mayor:
dar honra al que está sin ella,
que crea, Belisa bella,
que puedes tener amor.

BELISA. Una tarde (cuando el Sol
dicen que en el mar se esconde
y se le ponen delante
las cabezas de los montes;
cuando por aquella raya,
que con varios tornasoles
divide el cielo y la tierra,
y los días y las noches,
nubes de púrpura y oro
van usurpando colores
a las plumas de los aires
y a las ramas de los bosques)
iba sola con Finea,
amiga Celia, en mi coche,
tan sol de mi libertad
cuanto luego fuí Faetonte;
que nunca verás tan altas
las soberbias presunciones,
que no las fulminen rayos
como a las soberbias torres.
Era en la parte del Prado
que igualmente corresponde
a esa Fuente, Castellana
por la claridad del nombre;
que también hay fuentes cultas
que, aunque obscuras, al fin corren
como versos y abanillos:
¡quiera el cielo que se logren!
Iba Finea cantando,
en gracia de mis blasones,
finezas del Conde Enrique
(que ya conoces al Conde)
ya (1) sus papeles escritos,
para que cuando me toque,
como papel de alfileres,
tenga papeles de amores;
ya (2) mis locas bizarrías,
desprecios y disfavores,
como si hubiera nacido
de las entrañas de un roble;
cuando veo un caballero,
con el semblante conforme
al suceso que esperaba.
Volvió la cara y paróse
a escuchar quién le seguía;
pero con pocas razones,
desnudando las espadas
los ferreruelos descogen.
El que digo, el pie delante,
con el contrario afirmóse:
gala y (3) valor, que en mi vida
vi hombre tan gentilhombre.
No era el otro menos diestro.
No te parezca desorden
que siendo mujer te cuente
lo que es bien que ellas ignoren;
que aunque aguja y almohadilla
son nuestras mallas y estoques,
mujeres celebra el mundo
que han gobernado escuadrones.
Semíramis y Cleopatra
poetas e historiadores
celebran, y fué Timiris (4)
famosa por todo el orbe.

(1) Hartzenbusch corrige "cesaron".

(1) En la 1.ª ed. "y a", seguramente por errata, que han reproducido las ediciones posteriores.
(2) En la ed. de Hartzenbusch, "y".
(3) Idem, "con tal".
(4) En la *Colec. de Ob. sueltas*, "Thomyris"; en la de Hartzenbusch, "Tomiris".

¿No has visto, cuando dos juegan,
que, sin conocerse, escoge
uno de los dos quien mira,
sin que el provecho le importe,
y quiere que el otro pierda,
sin saber que esto se obre
por conformidad de estrellas
que infunden inclinaciones?
Pues desa suerte mi alma
súbitamente se pone
al lado del que juzgaba
por más galán y más noble.
Alzó el contrario de tajo,
a quien mi ahijado embebióle
una punta, con que dió
en tierra; mas levantóse
presto, porque después supe
que traía un peto doble
de Milán, labrado a prueba
del plomo, que muros rompe.
Acudieron a este punto,
tirándole varios golpes,
tres hombres a mi galán,
cosa indigna de españoles.
Pero dicen entre amigos,
que el enemigo perdone,
que sólo es vil el que huye,
y valiente el que socorre.
Con razón o sin razón,
salto de mi coche entonces,
quito la espada al cochero,
que, arrimado a los frisones,
miraba a pie la pendencia,
todo tabaco y bigotes,
como si estuviera el necio
de la plaza en los balcones,
y el Conde de Cantillana
acuchillando leones;
y partiendo al caballero,
me pongo de Rodamonte
a su lado. ¡Cosa extraña!
En fin, hombres de la Corte;
pues se volvieron humildes
los que llegaron feroces.
Agradecido el galán
de dos tan nuevas acciones,
comenzó a hablarme, y no pudo,
porque de lejos dan voces
que la justicia venía;
que no hay Santelmo en el tope
después de la tempestad
que como una vara asome.
Díjele: "En mi coche entrad;
que si los caballos corren
(porque éstos no son de aquellos
que repiten para cofres),
presto estaremos en salvo."
Entró el galán y sentóse
en la proa y yo en la popa,
como campos fronte a fronte.
Viendo que nadie venía,
templó el cochero el galope,
y en la Fuente Castellana,
para descansar, paróse.
Yo siempre que voy al Prado
llevo un búcaro. Tomóle
el cochero y diónos agua;
dile yo una alcorza, y dióme
las gracias en un requiebro
que la mano agradecióle.
Con esto le persuadí
a que, dejando favores,
me contase la ocasión
de la pendencia, que sobre
cosas de amor sospechaba;
que hay profetas corazones,
pues antes que la dijese,
celos me daban temores:
que el que ha de matarla, sabe
la garza entre mil halcones.
En fin, dijo desta suerte...
(Agora a escucharme ponte,
para que, como él a mí,
de mi desdicha te informe):
"Yo soy don Juan de Cardona,
hijo del señor don Jorge
de Cardona, aragonés,
y doña Juana de Aponte;
nací segundo en mi casa,
y así mi padre envióme
a Flandes, donde he servido
desde los años catorce
hasta la edad en que estoy.
Volvieron informaciones
de mis servicios, y cartas
de aquel ángel, que coronen
los cielos, Infanta de Austria,
de divinos resplandores,
tía del Rey (que Dios guarde).
Pretendí luego en la Corte,
a guisa de otros soldados;
pero entre otras pretensiones
de un hábito, vi una tarde,
con otro de chamelote,
un serafín de marfil
con toda el alma de bronce;

quedé sin ella, seguíla,
servíla, y agradecióme
la voluntad, retirando
todo lo que no es amores.
Gasté, empobrecí; mi padre,
enojado, descuidóse
de mi socorro, y Lucinda
(que éste es desta dama el nombre),
desdeñosa, a puros celos
me mata, viéndome pobre;
que no hay finezas que obliguen
ni lágrimas que enamoren."
Cuando esto dijo, quisiera
sacar los ojos traidores
que por otra habían llorado.
¡Mirad qué envidia tan torpe!
Prosiguió que la pendencia
fué por ser competidores
él y el galán, porque teme
que si la obligue (1) la goce.
Finalmente, para (2) el caso
en tantas lamentaciones,
que, sin saber por qué causa,
quise arrojarle del coche.
El llorando y yo sin alma,
llegamos casi a las once
a mi posada. Roguéle
que me viese, y respondióme
que sería esclavo mío,
con mil tiernas sumisiones,
y, despedido e (3) ingrato,
a ver su dama partióse.
Quedé tan necia, que apenas
sé por qué, cómo ni dónde
amo, envidio, y con los celos
temo que loca me torne,
porque pienso que es castigo
de aquellos tiranos dioses
Venus y Amor, de quien hice
burla y los llamé embaidores.
Troqué las galas en luto,
la libertad en prisiones,
la bizarría en descuidos
y en humildad los rigores;
ni voy al Prado, ni al río;
no hay cosa que no me enoje;
a la música soy áspid,
veneno a fuentes y flores;
soy, no soy; vivo, no vivo;
y entre tantas confusiones,
ni sé dónde he puesto el alma
ni ella misma me conoce.

CELIA. Es suceso tan extraño,
que, a no ser tuyo, no fuera
posible que le creyera.
Pagas justamente el daño
que has hecho a tantos, ingrata.
Locura debe de ser
querer quien otra mujer
deja, aborrece y maltrata;
pero de tu entendimiento
la mayor locura ha sido,
Belisa, no haber querido
divertir el pensamiento.
¿Ya no vas, como solías,
al Prado ni al Soto?

BELISA. No,
que más me entretengo yo,
Celia, en las tristezas mías;
que en el lugar más remoto
con mayor descanso estamos.

CELIA. Así vivas, que salgamos
estas mañanas al Soto.

BELISA. Si va a decir la verdad
(que encubrirla no es razón,
ni a mi justa obligación,
ni a tu segura amistad),
con la ocasión deste mes
(de tantas damas paseo),
salgo al campo a ver si veo
quien me ha de matar después;
mas ni en sotos ni en retiros
le he visto, ni él vuelve a verme.

CELIA. Como en otros brazos duerme,
no despierta a tus suspiros.
Pero salgamos mañana,
que en mi buena dicha espero
hallar ese caballero:
que tengo por cosa llana
que, si le vuelves a ver
y más despacio mirar,
no sólo no le has de amar,
pero le has de aborrecer:
que muchas cosas agradan
miradas súbitamente;
mas pasa aquel accidente,
y, vistas despacio, enfadan.

BELISA. ¡Ay, Celia!, yo quiero darte
crédito y seguir tu voto:
disfrazada voy al Soto.

CELIA. Y yo quiero acompañarte.

---

(1) Hartzenbusch corrigió "obliga".
(2) Idem, "paró".
(3) Así en la 1.ª edición y en las posteriores; pero parece que diría mejor "*el*".

BELISA. No ha de salir el aurora,
cuando estés aquí.

CELIA. Sí haré.

BELISA. Dar a tus consejos fe,
mis esperanzas mejora;
porque de la Luna el velo,
mirado con atención,
descubre manchas, que son
indignas de tanto cielo.

(Salen DON JUAN DE CARDONA, *y* TELLO, *criado.)*

DON JUAN.

Tello, el amor no gusta de consejos,
y más del inferior.

TELLO.

¿Qué mayor prueba
de que el amor es loco,
sin los consejos, de la vida espejos?

DON JUAN.

¿Y para el ciego amor es cosa nueva
tener la vida, y aun el alma, en poco?

TELLO.

Quien tiene vista, al que le falta guía;
que, si entrambos son ciegos, van perdidos.
Cuando tu amor Lucinda agradecía,
estaban disculpados tus sentidos;
pero agora, que quiere bien a Octavio,
es infamia de amor sufrir su agravio,
sino buscar remedio.

DON JUAN.

¿Qué remedio?

TELLO.

Poner otros amores de por medio,
que así se curan cuantos han querido:
porque otro amor es el más breve olvido.

DON JUAN.

¿Con qué dinero, necio?

TELLO.

No todos los amores tienen precio.
Méritos tienes: ama.
¿Ha de faltar una mostrenca dama
que te quiera por gusto?

DON JUAN.

¡Majadero!
¿Amores en la Corte, sin dinero?
¿Y más agora, que tan caro es todo?

TELLO.

Pues yo no sé otro modo;
ni hay médico en el mundo que, tomando
el pulso a un amador aborrecido,
no le recete otra mujer.

DON JUAN.

Si cuando
voy a buscar, de tanto amor, olvido,
se me pone delante la hermosura
de Lucinda, ¿podré yo, por ventura,
decir amores a otra cara?

TELLO.

¡Bueno!
Una purga es veneno,
y, por tener salud, la toma un hombre.

DON JUAN.

Tello, ya no hay mujer que no me asombre.

TELLO.

Alejandro lloraba porque había
un mundo solo: que con uno solo
dijo que no podía,
con tanta tierra y mar de polo a polo,
satisfacer su pecho.
Tú, lo contrario has hecho;
que sola una mujer en Madrid quieres,
habiendo treinta mundos de mujeres:
morenas, pelirrubias, gordas, flacas;
unas, mudas de lengua; otras, urracas;
discretas, mentecatas, bachilleras,
airosas en las burlas y en las veras;
hay enanas, hay largas como trampa;
unas, con pie de apóstol, consoladas
del ponleví, que imprime poca estampa,
y otras que en vez pudieran, de arracadas,
traer las zapatillas.
Hay lázaras mujeres, de amarillas
que salen del sepulcro de las camas,
y otras que de clavel parecen ramas;
hay romas, hay píoquintas;
unas, que se contentan con dos cintas,
y otras, como tarascas de dineros,
que engullen mayorazgos por sombreros;
unas, piadosas, y otras, socarronas;
tales severas, tales juguetonas;
unas, mudables por andar más frescas,
y otras firmes de amor como tudescas;

pero, en siendo mujeres, sean morenas,
sean blancas, o no, todas son buenas.

DON JUAN.

¡Qué pintura tan necia!

TELLO.

Pues yo, señor, ¿qué he dicho de Lucrecia
la casta, y en camisa;
de Porcia y Artemisa:
una, avestruz de hierros encendidos,
y otra, sepultura de maridos?

DON JUAN.

¡Ay, puerta! ¡Ay, dulces rejas!
A Lucinda llevad mis tristes quejas.

TELLO.

Pues, ya que llegas, llama.

DON JUAN.

¡Aun llegar a llamar teme quien ama!

(En la reja, FABIA, *criada.)*

FABIA. ¿Quién llama? ¿Quién está ahí?
DON JUAN. Dile, Fabia, a tu señora
que estoy aquí.
FABIA. No es agora
tiempo de llamar ansí.
DON JUAN. ¿Por qué razón?
FABIA. Porque está
desnudándose.
DON JUAN. ¿Tan presto?
FABIA. No fuera término honesto
abriros la puerta ya.
Id con Dios, don Juan; que habe-
de madrugar para ir [mos
al Soto.
DON JUAN. ¿Qué vengo a oír?
¡Tal crueldad!
TELLO. No hagas extremos.
Mira que en la calle estás.
DON JUAN. ¡Fabia, Fabia: espera!
FABIA. Espero.
¿Qué queréis?
DON JUAN. Di que la quiero
una palabra no más.
FABIA. ¡Bueno! En comenzando a ha-
tanto vendrás a empeñarte, [blar,
que venga el Sol a rogarte
que la dejes acostar.
DON JUAN. Abre, Fabia.
FABIA. ¡Qué locura!

(Sale a la reja LUCINDA.*)*

LUCINDA. ¿Con quién hablas?
FABIA. Con don Juan
de Cardona.
LUCINDA. ¿Y qué dirán
de tanta descompostura,
en la peor vecindad
que tiene calle en Madrid?
DON JUAN. Lucinda hermosa, advertid
que es linaje de crueldad,
indigno de un caballero
como yo, tratarme ansí.
LUCINDA. Lo que Fabia os dijo aquí,
daros por disculpa quiero;
porque, habiendo de salir
del alba al primer albor,
no será razón, señor,
que no me dejéis dormir.
El afeite natural,
en el buen sueño reposa;
que no se levanta hermosa
mujer que ha dormido mal.
Id con Dios, y presumid
que os amo y tengo respeto.
DON JUAN. Que yo me fuera os prometo,
señora; pero advertid
que ver a Fabia turbada,
tan necios celos me ha dado,
que pienso que lo ha causado
el estar vos ocupada.
Abrid; que con sólo entrar,
luego me vuelvo a salir.
LUCINDA. Esta no es hora de abrir,
ni de dar que murmurar:
que hay vecina tan liviana
que, para escuchar despierta,
apenas oye la puerta,
cuando ocupa la ventana.
Hacedme esta cortesía
de que os vais.
DON JUAN. Es imposible,
sin entrar.
LUCINDA. ¡Ya estáis terrible!
DON JUAN. Amor, Lucinda, porfía
que le lleve a vuestra sala,
sólo a dejar estos celos.
LUCINDA. Ponerme en tantos desvelos,
ni es cortesía, ni es gala.
Id con Dios, que puede ser
que os resulte algún pesar.
DON JUAN. Pues, ¡vive Dios, que he de entrar
y que lo tengo de ver!

LUCINDA. ¿Golpes a mi puerta?
DON JUAN. ¡Y coces,
hasta ponerla en el suelo!

(Salen OCTAVIO *y* JULIO, *con broqueles y espadas.)*

OCTAVIO. A tanta descortesía
y a tan loco atrevimiento
saldrá el honor desta casa
a castigar vuestros celos.
La puerta está abierta: entrad.
DON JUAN. No era sin causa el tenerlos.
Vuesas mercedes me digan
si son hermanos, u deudos
desta dama, u son galanes.
OCTAVIO. Pues que no quiere entrar dentro,
donde supiera quién somos,
afuera se lo diremos.
DON JUAN. Salgan, y sabrán también,
con los celos o sin ellos,
que soy don Juan de Cardona.
TELLO. Y yo Tello, su escudero.
LUCINDA. ¡Ay, Fabia! ¿Qué haré?
FABIA. Acostarte,
y dénse.
LUCINDA. ¡Sin alma quedo!
DON JUAN. ¡Aquí, Tello!
TELLO. Vengan otros,
que éstos ya huelen a muertos.

(Vanse, y salen el CONDE ENRIQUE *y* FERNANDO, *criado.)*

CONDE. ¡Bravo mayo!
FERNANDO. No permite
distancia sin flor al suelo.
CONDE. Con las estrellas del cielo,
en el número, compite.
FERNANDO. ¡Crecido va Manzanares!
CONDE. Imita al que ruín nació:
que cuando crecer se vió,
despreció los patrios lares;
que al humilde nacimiento
sucede como a este río:
que descubre, en el estío,
su arenoso fundamento.
¡Oh! ¡Bien haya aquel discreto
que cuando se mejoró
de fortuna, se quedó
con aquel mismo sujeto!
No disminuye el valor,
antes muestra en parte alguna,
quien desprecia la fortuna,
que la merece mayor.
Muchos conozco yo aquí
tan discretos en su estado,
que todo lo que han mudado
es lo que hay fuera de sí.
Pero, esto aparte dejando,
y viniendo al desatino
con que aquel desdén divino
me quiere matar, Fernando:
¿cómo no ha venido a ser
de aquestos campos aurora,
que ya dice el Sol que es hora
de salir y amanecer?
FERNANDO. Estaráse componiendo
de galas y bizarrías,
con que estos festivos días
sale de aurora, riyendo,
y en este verde teatro
hace la madre de Amor.
CONDE. Yo, que adoro su rigor
y su desdén idolatro,
conjuraré su donaire
para que venga.
FERNANDO. Ya espero
que te obedezca ligero
su espíritu, por el aire.
CONDE. Ponte el sombrero, Belisa;
pluma blanca y randas negras,
aunque no ha menester plumas
quien en tales pies las lleva.
Ponte al espejo, y retrata
en su cristal tu belleza,
para que tengas envidia
de que nadie te parezca;
que tú sola, de ti misma,
puedes trasladar las señas,
formando tú y el cristal
otra mentira tan bella.
Mira que te aguarda el Soto,
y que en su verde alameda
aún no han cantado las aves,
por esperar que amanezcas.
Péinate el pelo a lo llano,
y no le rices en trenzas:
que si te ven la jaulilla,
harás que las aves teman.
Mira que rosas y lirios,
para salir a la selva,
no rompen la verde cárcel
hasta que les des licencia.
Sarta de cuentas de vidrio
banda de tu cuello sea,
porque cuando te la quites

quede convertida en perlas.
Con las flordelises de oro
ponte la verde pollera,
pues que son pueblos en Francia
mi esperanza y tus defensas.
Para que la cuesta bajes,
a tus chinelas acuerda
que hay muchos ojos que suben
cuando se bajan las cuestas.
Ponte en la cabeza rosas,
y en los zapatos, rosetas,
de manera que en los pies
y en la cabeza se vean;
aunque yo tengo más celos
del pie que de la cabeza:
que aunque toda vas florida,
no, a lo menos, toda honesta.
Ven a matar de mañana,
aunque el Amor forme quejas
que esté durmiendo el aurora,
y tú, Belisa, despierta.
Si alguno te dice amores,
destos que de hablar se precian,
di que no vas a mirar,
sino sólo a que te vean.
Así, discreta Belisa,
segura del Soto vuelvas,
que no te engañen los ojos
esto que llaman guedejas.
Ponte el manto sevillano,
no saques más de una estrella:
que no has menester más armas,
ni el Amor gastar sus flechas.
Más airosa vas tapada,
y, al fin, con menos sospecha,
que, matando cuando (1) miras,
te conozcan y te prendan.
Bien puedes salir, que ya
los ruiseñores comienzan
a ser campanas del alba,
para que la tuya venga.

FERNANDO. ¡Quedo! No conjures más.
CONDE. ¿Por qué?
FERNANDO. Porque ya se acerca.
CONDE. ¡Oh, conjuros amorosos:
divina tenéis la fuerza!

(Sale BELISA *con la mayor gala de color que pueda, manto y sombrero de plumas, y* FINEA, *de la misma suerte.)*

(1) En la *Colec. de obras sueltas* y en la ed. de Hartzenbusch, "cuan*t*o".

BELISA. ¿Adónde Celia quedó?
FINEA. Con unas amigas queda
sentada orilla del río.
BELISA. Como no tiene mis penas,
cansóse de verme andar
buscando la causa dellas.
Mucho es que aquestas mañanas
don Juan al Soto no venga.
FINEA. Tendrále preso Lucinda.
BELISA. ¡Cómo! Si don Juan se queja
de sus desdenes y engaños.
FINEA. ¡Qué bien sus celos consuelas!
BELISA. ¡Ay, Finea! El Conde.
FINEA. Amor
hoy quiere que coger puedas,
en el Soto de Madrid,
los azahares de Valencia.
CONDE. Ya es tarde, Belisa ingrata,
para encubriros de mí;
que dentro del alma os vi,
en cuyo espejo os retrata.
Ya que los campos de plata
la dorada aurora pisa,
no envidien su dulce risa
las aves, fuentes y flores,
cuando, con más resplandores,
sale a los nuestros Belisa.
Y aunque con sola una estrella
podéis dar luz, no es razón
que esconda el manto, a traición,
la que ha venido con ella.
Descubrid, Belisa bella,
la que venís ocultando:
mátenme entrambas, que cuando
es tan cierta la victoria,
bien es que partan la gloria
de haberme muerto mirando.
La mayor honestidad (1),
que fué de la Villa espejo,
le debe al campo el despejo
de su verde soledad.
Descubrid, mirad, matad:
que es cruel razón de estado
mostrar, con el desenfado
de que Amor se maravilla,
bizarrías en la Villa
y desdenes en el Prado.
BELISA. No por veros me encubrí,
cuando me alegré de veros.
CONDE. ¡Gracias al Amor y al campo,

(1) En la ed. de *La Vega del Parnaso* (1637), por errata, "honestad".

en que más humana os veo!
¿Queréis escucharme?

BELISA. Sí;
que tan cortés caballero
no dirá cosa en mi agravio.

CONDE. Oid.

(*Salen* DON JUAN *y* TELLO.)

DON JUAN. No descubro, Tello,
en todo el Soto a Lucinda;
y en su casa nos dijeron
que había salido al campo.

TELLO. Que nos engañaron temo:
que esto de enviar al Soto
siempre ha sido mal agüero.

DON JUAN. No estará, Tello, Lucinda
con Octavio, por lo menos.

TELLO. ¡Bravo revés le pegaste!

DON JUAN. Como le sentí en el pecho
defensa, tiré por alto.

TELLO. Si no llega gente, creo
que en enero vuelvo a Julio:
tiréle un tajo, y abriendo
el broquel, subió tan alto
por esos aires el medio,
que, apartadas las estrellas,
pienso que no estuvo un dedo
de descalabrar la Luna.

DON JUAN. Vengué con sangre mis celos.
Mas mira, por Dios, si ves
a Lucinda.

TELLO. Preguntemos
por ella.

DON JUAN. ¿A quién?

TELLO. A este Soto,
ejército de conejos.
Diga, señor Manzanares
(sacamanchas de secretos,
a quien debe su limpieza
la información de los cuerpos,
el que lava en el verano
lo que se pecó el (1) invierno,
cuya espuma es de jabón,
cuyas orillas, de lienzo):
¿ha visto vuesa merced
una mujer de buen gesto,
muy enemiga de amores,
muy amiga de dineros,
que, desde pobres acá,
la perdió don Juan, por serlo;
y con ella una criada,
centella de aqueste fuego,
que le hurta los borradores,
como los poetas versos?
Habla el río: "Esa mujer,
que habéis perdido, escudero,
está en casa, con Octavio,
almorzando unos torreznos,
con sus duelos y quebrantos:
(¡tal me vinieran los duelos!)"
—¿De qué lo sabéis, buen río?
—"De que estoy en su aposento,
en un cántaro, que al rostro
le doy el primer bosquejo."
¿Oyes lo que dice el río?

DON JUAN. Oigo que vienes muy necio.

FINEA. ([*Ap. a* BELISA.] ¡Señora, señora!

BELISA. ¿Qué quieres? [Escucha.

FINEA. Don Juan y Tello
están junto a aquellos olmos.)

BELISA. Señor Conde, yo me atrevo,
en fe de vuestro valor,
que me aguardéis un momento
junto a aquel coche, entre tanto
que con aquel caballero
hablo dos palabras solas.

CONDE. Si, siendo celoso, puedo
ser cortés, iré, forzando
mi paciencia, a obedeceros;
pero sufrir que un galán,
Belisa, os diga requiebros,
más viene a ser bajo estilo
que amoroso sufrimiento.

BELISA. No es galán, aunque lo es;
y, así, no hay de qué ofenderos,
pues el nombre de marido
siempre mereció respeto.
De Aragón viene a casarse
conmigo; que os vais os ruego:
que no es de cobarde amante,
en público ni en secreto,
para no perder la dama,
dejar el campo a su dueño.

CONDE. ¿Que estáis casada?

BELISA. No sé:
esto han tratado mis deudos.

CONDE. ¡Por cierto que él es galán!

BELISA. ¿No os parece que me empleo
justamente en él?

CONDE. Después
os responderán mis celos. (*Vase.*)

BELISA. Señor don Juan: los soldados
y caballeros, ¿tan presto

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "*en*".

olvidan obligaciones?

DON JUAN. Señora mía, no pienso
que os ha ofendido mi olvido;
falta, sí, de atrevimiento:
dos mil veces he querido (1),
obligado a lo que os debo,
ir a besaros la mano,
y a resolverme no acierto.
¡Qué buena ventura mía
(pues la he tenido de veros),
que (2) esta mañana me trujo
donde tan hermosa os veo!
¡Qué bizarra!, ¡qué gallarda!
¡Qué talle!, ¡qué lindo aseo!
¿Qué jardín se (3) debe a mayo,
cuando abril se fué lloviendo,
tantas rosas, tantas flores?
¡Qué airosamente el sombrero
(coronel de vuestros ojos,
timbre de vuestros cabellos)
os hace Marte del Soto,
belicosamente Venus,
para matar y dar vida
a los mismos que habéis muerto!

BELISA. ¿Lisonjas después de olvidos?
¿Después de agravios, requiebros?
Guardadlos para Lucinda.
Después de ingrato, discreto.
¡No, señor don Juan! ¿Vos sois
Cardona? ¿Vos, caballero
de Aragón? ¿No hay más disculpa
que decir "quiero y no tengo",
de perdido por Lucinda?
¿Cómo os va con ella? ¿Hay celos?
¿Hay desdenes? ¿Hay galanes?
¡Ya se deben de haber hecho
las amistades! Hablad.
¿De qué os suspendéis?

DON JUAN. No puedo
deciros de mis desdichas
más de que loco amanezco
en su calle, donde el Sol
me deja, cuando por cercos
de oro en el mar de Occidente
argenta el rubio cabello,
hasta que peina el del alba
con los rayos de su eterno
curso, ilustrando los aires,
dorando el verde elemento.
Cual suele por verde selva
celoso novillo, huyendo
de su contrario, en los troncos
romper la furia, soberbio;
temblar las ramas, sonando
por varias partes los ecos;
cubrir de polvo las nubes,
arañando el seco suelo:
así yo la calle asombro
(para mí, selva de fuego),
rompiendo a las duras rejas,
con mis suspiros, los hierros.

BELISA. ¡Qué linda comparación!,
¡qué bien aplicado ejemplo!,
¡qué bien pintado novillo!
¡qué amanecer!, ¡qué concepto!
¿Sois poeta?

DON JUAN. ¿Quién, señora,
no ha hecho, malos o buenos,
versos, amando? Que Amor
fué el inventor de los versos.

BELISA. En lo tierno se os conoce.
¿Queréis hacerme un soneto
a una mujer que castiga (1)
la fortuna, amor y el tiempo?
La fortuna, por soberbia;
por venganza, el amor ciego,
y el tiempo, con derribar
sus bizarros pensamientos;
tan necia, que quiere a un hombre
(después de tantos desprecios)
que está abrasado por otra.

DON JUAN. De componerle os prometo.
Pero advertid que no soy
culto; que mi corto ingenio
en darse a entender estudia.

TELLO. Ninfa del sombrero al sesgo,
¿quiere veintidós palabras?

FINEA. Quite veinte, y diga presto.

TELLO. No sois vos de mala casta.
Yo soy un mozo moreno,
natural de Calahorra.
Ya he dicho las dos. Si tengo
de hablar más, prorrogue el pacto.

FINEA. Por no estorbar nuestros dueños,
llegue cerca y diga.

TELLO. Digo...

(Salen LUCINDA, *con sombrero de plumas, y* FABIA.)

(1) Para evitar la consonancia con "olvido", acaso dijera mejor: "he querido dos mil veces".
(2) Este "que" se omite en la ed. de Hartzenbusch.
(3) Así en todas las ediciones; mas parece que haría mejor sentido "le".

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "castigan".

LUCINDA. Ya te he dicho lo que siento.
FABIA. Pues ¿cómo, si quieres bien
a don Juan, le estás haciendo
tiros con Octavio, a un hombre
que te adora?
LUCINDA. Porque espero,
a puros celos, rendirle,
de manera que troquemos
la esperanza en posesión,
y el amor en casamiento.
FABIA. ¿Por mal le quieres llevar?
LUCINDA. Reducido a tal extremo,
él se casará conmigo.
FABIA. ¿Por bien, no es mejor consejo?
LUCINDA. ¡Ay, Fabia! ¡Aquí está don Juan!
FABIA. Y no está ocioso, a lo menos.
LUCINDA. ¡Gentil mujer! ¡Bravo talle!
Hasta el socarrón de Tello
tiene su poco de dama.
DON JUAN. Si habéis tenido deseo
de conocer a Lucinda,
agora veréis si tengo
buen gusto.
BELISA. ¿Es ésta?
DON JUAN. ¿No lo (1) veis
en la mudanza que han hecho
mis ojos; que quiere el alma
salir a verla por ellos?
BELISA. Vos estáis bien empleado
con tanto... (2) Con ella os dejo.
DON JUAN. Antes no: que quiero yo
probar también a dar celos.
BELISA. ¿De eso tengo de servir?
DON JUAN. Ya que por mi amparo os tengo,
suplícoos, pues no os importa,
que entre los dos la matemos.
BELISA. Ahora bien: va de matar.
(¿Qué es esto? ¿Qué intento? ¡Ay, cielos!
¿Estoy loca? ¿Soy quien fuí?
¿Quién en tanto mal me ha puesto?)
LUCINDA. Suplico a vuesa merced,
mi reina, la del sombrero
blanco, que, por otra tal,
me preste ese caballero
(que si (3) le ha menester mucho,
y ha sido galán al vuelo,)
para hablalle dos palabras;
que le volveré tan luego
que apenas sienta su falta.
BELISA. Ninfa del sombrero negro
y los guantes de achiote,
no entra bien con el pie izquierdo
si viene a tomar la espada,
porque es terminillo nuevo
pedir el galán prestado;
pero que sepa, le advierto,
que soy como amigo ruín:
que ni convido, ni presto.
(¿Voy bien? [*Ap. a* DON JUAN.]
DON JUAN. Extremadamente.
Decidle más.)
BELISA. ¡El despejo
con que me pide el galán
que es alma de aqueste pecho!
(¿Queréis más?
DON JUAN. ¡Matadla! ¡Muera!)
LUCINDA. [*Ap.*] ¡Ay, Fabia, que estoy muriendo!
BELISA. Pero ¿sobre qué le pide?
Quizá nos concertaremos,
a manera de mohatra,
con prendas, ribete y tiempo;
porque no hay diamantes chinos,
oro en Tíbar, ni en el Cerro
de Potosí plata, ni ámbar
en la Florida, por...
LUCINDA. ¡Quedo!
No pase de "por".
BELISA. ¿Por qué?
LUCINDA. Porque, si es amor mohatrero,
no tengo más prendas yo
que palabras, juramentos,
papeles, firmas, engaños...
BELISA. No hacemos nada con eso.
Vuesa merced se ha engañado:
que este galán me le llevo
como mi marido, acaso.
LUCINDA. ¿Marido?
BELISA. Lo que le cuento.
LUCINDA. ¡Jesús!
BELISA. Si ha de desmayarse
del susto deste suceso,
acérquese más al río,
dama, porque caiga dentro.
Dadme la mano, mis ojos.
DON JUAN. Y el alma es poco.
LUCINDA. No quiero
verlos ir. Vámonos, Fabia.
¿Esto llaman amor? ¡Fuego!
(Vase.)

(1) Este "lo", que sobra para la medida del verso y no falta para el sentido de la frase, se halla omitido en la *Colec. de obras sueltas* y en la ed. de Hartzenbusch.
(2) Hartzenbusch corrigió "contenta".
(3) Idem, "*se*".

DON JUAN. ¡Oh, qué bien me habéis vengado!
BELISA. [*Ap.*] ¡Ay, cielos! De mí me vengo.
DON JUAN. [*Ap.*] Muriendo voy por Lucinda.
BELISA. [*Ap.*] Y yo, abrasada de celos.

(Vanse los dos.)

TELLO. Dame tú también la mano.
FINEA. ¿Tiénesla lavada?
TELLO. Pienso
que ayer hizo tres semanas.
¿Tu nombre?
FINEA. Finea.
TELLO. Bueno;
fineza te he de llamar.
FINEA. ¿Y el tuyo?
TELLO. Tello.
FINEA. Si es Tello
de Meneses, comerás
muchas tortillas de huevos.
TELLO. Mejor estas manecitas
cómo yo, fritas, en ellos.
FINEA. ¡Ay, qué Tello!
TELLO. ¡Ay, qué Finea!
¡Ay, qué niña de los cielos!
FINEA. ¡Ay, qué socarrón!
TELLO. ¿De quién?
FINEA. ¿De quién, dices? Del infierno.
TELLO. Dame un favor.
FINEA. Tuya soy.
TELLO. ¡Qué barbita!
FINEA. ¡Qué moreno!

JORNADA SEGUNDA

(Sale BELISA, *con diferente vestido del que llevó al campo.)*

BELISA. Temerario pensamiento,
que, teniendo el mundo en poco,
junto a la Luna a ser loco,
sobre las alas del viento
colocastes vuestro asiento:
¿qué desdicha, qué cuidado
hoy os ha puesto en estado,
que habéis tan hermosas plumas
entre las blancas espumas
del mar de amor sepultado?
Sale vestida la nave
de jarcias y de banderas,
con las velas tan ligeras,
que el viento piensa que es ave;
mas el de popa, süave,
vuelve, con fácil mudanza,
en huracán la bonanza,
porque no pueda ninguna
del rigor de la fortuna
asegurar la esperanza.
Florece un árbol temprano,
cuando el ruiseñor suspira;
la Primavera le mira,
llena de flores la mano.
Mas llega el hielo tirano,
y con intensos rigores
los pimpollos y colores
cubre de tristeza y luto;
porque hasta tener el fruto
no están seguras las flores.
Por más que en el nido esconda
el ave sus pajarillos,
como los fuertes castillos
con su cava, muro y ronda,
dispara el pastor la honda,
y con violencia importuna,
sin dejar pluma ninguna,
le arroja piedra villana;
que no hay resistencia humana
al golpe de la fortuna.
Nave en el mar parecía
mi libertad en amor;
árbol vestido de flor
mi locura y bizarría;
nido que el ave tejía
era mi seguro olvido;
mas vino Amor atrevido,
y, con el galán Cardona,
puso al pie de su corona
la nave, el árbol y el nido.
Vencedor destos despojos,
me mata, sin ser culpado;
que no sabe mi cuidado.
aunque le dicen mis ojos
con amorosos enojos:
soy mariposa en llegarme
a la llama y retirarme,
y tanto amor me desvela,
que doy tornos a la vela
y no acabo de quemarme.

(Sale FINEA.)

FINEA. Sin quitarme el manto vengo,
por darte presto el recado.

BELISA. ¿De prisa? ¡Será desdicha;
que nunca viene despacio!
FINEA. Hallé la casa (que fué
en Madrid nuevo milagro;
que no sabe del segundo
quien vive el primero cuarto),
dile el papel, abrazóme,
dióme este doblón de a cuatro...
BELISA. ¿Oro tiene?
FINEA. ¿Por qué no?
BELISA. Que no se le dió, me espanto,
a la señora Lucinda.
Muestra.
FINEA. Toma.
BELISA. Yo le guardo,
por ser la primera prenda
que tengo suya.
FINEA. Es cuidado
que te perdonara yo;
y prenda que él no te ha dado,
no merece estimación.
BELISA. Por él, Finea, te mando
mi (1) hábito de picote.
FINEA. No; sino el tuyo de raso.
BELISA. Soy contenta. Dime agora
qué respondió.
FINEA. En tono bajo
leyó, y dijo: "¡Linda letra!"
BELISA. ¿No dijo nada a la mano?
FINEA. ¡No a fe!
BELISA. ¡No era de Lucinda!
FINEA. Llamó a Tello, y el picaño,
a tres ¡holas! respondió,
que estaba hablando en el patio.
Pidió la capa y la espada,
y díjome: "—Luego parto
a ver qué manda aquel ángel."
BELISA. ¿Angel dijo? Ese es engaño.
FINEA. Es verdad que lo añadí,
por aquello de la mano;
que la lisonja es la fruta
que más se sirve en palacio,
y en ti un ángel más o menos
no es lisonja, habiendo tantos.
BELISA. ¿En cuerpo estaba, en efeto?
FINEA. Un gabancillo leonado
tenía, untado con oro.
BELISA. ¿Con gabán? Es cierto caso
que tendría bigotera.
FINEA. No la nombres, que me espanto
de ver los hombres con ella;
y hay muchos tan confiados,
que a la ventana se ponen,
que es como asomarse un macho.
Mientras tiene bigotera
un hombre, ha de estar cerrado
en un sótano.
BELISA. Si es de ámbar,
con cairel de oro, no es malo;
y, quitada, importa poco.
FINEA. Siempre pienso que, asomando
la boca por entre el cuero,
me coca algún mono zambo.
BELISA. ¿Hubo montera?
FINEA. El cabello
sirve a los mozos este año
de montera y papahigo.
BELISA. Bien parecen aseados.
Ahora bien; va de aposento:
¿hay gran pobreza?
FINEA. Un soldado
¿qué ha de tener? Las paredes
vestían cuatro retratos:
uno, del Rey (que Dios guarde),
y otro, de Lucinda, al lado.
BELISA. ¿Y no tuvo celos?
FINEA. ¿Cómo?
BELISA. ¿No ves, necia, que hace caso
la imaginación, y celos
son hombres imaginados?
¿Y de quién eran los otros?
FINEA. El uno, de don Gonzalo
de Córdoba, su pariente,
que en los Países y Estados
de Flandes me dijo Tello
que anduvo con él.
BELISA. Aguardo
el vestido de la noche.
FINEA. ¿La cama dices? De raso
de la China un pabellón
(lo limpio, no sé pintarlo),
que un tafetán lo cubría;
lo demás, baúles, trastos
de casa, ajuar de mozos:
libros, guitarra, ante, casco
y un broquel en un rincón.
BELISA. Sin duda viene; habla paso.
FINEA. ¿En qué lo ves?
BELISA. En el alma,
que me lo ha dicho temblando.

(Salen DON JUAN *y* TELLO.)

(1) En la *Colec. de Ob. sueltas* y en la ed. de Hartzenbusch, "un".

DON JUAN.

¿Puedo yo penetrar su entendimiento?
¿No ves que fuera necia diligencia?

TELLO.

Sí; pero ¡en su presencia
estar como novicio de convento,
que no ve tierra más de la que pisa!...

DON JUAN.

Tello, yo bien presumo que Belisa
me tiene voluntad; pero, en efeto,
en esto sólo quiero ser discreto,
no siendo confiado;
demás que no es amor haberme honrado
con hacerme merced; y, si lo fuera,
no llegara Belisa a ser tercera
de los amores de Lucinda.

TELLO.

Mira
que se suele cubrir una mentira
con capa de verdad; y el que se llama
galán, no ha de aguardar a que la dama
le requiebre primero.
Iba un fraile devoto caballero,
y cuando tanta espuela le metía
a la mula, decía:
"Arre, por caridad, hermana mula."

DON JUAN.

Belisa nos escucha; disimula.

BELISA.

Señor don Juan: ¿sin verme tantos días?
¿Qué es esto? Ingratamente lo habéis hecho.
Trocamos vos y yo las bizarrías.

DON JUAN.

Estoy de vuestra gracia satisfecho;
pero, por no cansaros,
me habrá de suceder desobligaros.

BELISA.

Señor don Juan, a cierta dama un día
presentó un papagayo un caballero,
diciéndole que todo lo sabía
si no era hablar. Lo mismo (1) considero:
vos sois galán, discreto y entendido,
apacible, valiente y bien nacido,
modesto, airoso, atento y de buen trato;
y sólo os falta hablar, por ser ingrato.
¿Y tú, Tello, también?

FINEA.

Cual es el dueño,
tal el criado.

TELLO.

A fe de calahorreño,
que estoy sin culpa yo, que sólo he sido
lechón de aqueste pródigo perdido,
eco de aquesta voz. Parte el Cardona,
verás que soy la maza.

DON JUAN.

¿Y yo?

TELLO.

La mona.

DON JUAN.

¡Bueno por vos me pone!

BELISA.

Bien merece
vuesa merced que Tello así le trate.

DON JUAN.

¿Vuesa merced?

TELLO.

Yo soy un disparate.

BELISA.

No hay tan bravo león, que no se rinda
a los divinos ojos de Lucinda.
¡Qué tierno habrá llorado el buen Cardona,
y qué habrá dicho allí de mi persona!
¿Pintóme muy feísima? Que cierto
se haría un ermitaño en un desierto,
y tentación a mí, por lo del río
y los celos del Soto.

DON JUAN.

Es desvarío.
Contaros todo lo que pasa quiero.
Diré verdad, a fe de caballero
aragonés, y Cardona (1) y Cardona;
y si mintiere, y esto no me abona,
no vuelva yo a los ojos de mi padre.

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "... lo mismo *os* considero".

(1) En la *Colec. de Ob. sueltas* y en la ed. de Hartzenbusch, "Córdoba".

BELISA.

Decid también de mi señora madre.

DON JUAN.

Después, Belisa hermosa, que le distes
con tal gracia a Lucinda tales celos
(en aquel Soto, donde sol salistes
más claro que el que adoran Delfo y Delos),
escribióme un papel con ansias tristes
hasta en la letra (¡oh, vengadores cielos!),
que, en lágrimas envueltas y borrones,
apenas se entendían las razones.
Fuí a verla, como allí me lo rogaba,
y halléla con la mano en la mejilla,
que el cuerpo en el estrado reclinaba;
saludéla, llegué, tomé una silla.
Lucinda (que la puerta me negaba,
¡oh, castigo de amor! ¡oh, maravilla!)
me dió su estrado; que en llegando a estado
tan bajo Amor, poco hay de estado a estrado.
Tomándome las manos y bañando
las de los dos con lágrimas, decía
que me adoraba tiernamente, cuando,
por obligarle amor, desdén fingía.
Apenas, ¡oh, Belisa!, vi llorando
la que ser piedra para mí solía,
cuando quedé como en la luz infusa
Atlante del espejo de Medusa.
Declaróme secretos pensamientos
de una razón de estado bachillera,
materias de obligar a casamientos,
que yo escuché como si piedra fuera.
Salí después de tantos sentimientos
tan desenamorado, que pudiera
vender olvido a la mayor constancia.
¡Gran cosa levantarse con ganancia!
Cual suele labrador en noche obscura
dormir en la campaña a cielo abierto,
y ver la luz del alba hermosa y pura,
o todo el Sol, de súbito despierto;
así salí de confusión tan dura,
súbitamente, y desde el golfo al puerto,
que, despicado, en viéndome querido,
su llanto, risa fué; su amor, olvido.
Ni la vi más, ni la veré en mi vida.
Como, duermo, paseo, y tiempo tengo
para mi pretensión, que, de perdida,
con verme libre, a restaurarla vengo.
No lágrimas, no más traición fingida;
a nuevo amor el corazón prevengo;
aunque quien resucita, nadie crea
que en volverse a morir discreto sea.

BELISA. ¡Notable historia!
DON JUAN. Yo os digo
la verdad.
BELISA. ¿Cierto?
DON JUAN. Tan cierto,
que en mí fué sueño despierto
lo que en Lucinda castigo.
No más Lucinda; ya es hecho.
A vuestros ojos lo juro.
Algún divino conjuro
me la ha sacado del pecho.
BELISA. Tello, ¿es esto así?
TELLO. No sé
que pueda no ser así,
porque esto pasa ante mí,
señora, de que doy fe.
Ya cesó la devoción
de aquel su pasado arrobo,
porque come como un lobo
y duerme como un lirón.
Quitósele la celera
y el amor.
BELISA. Gracias a Dios.
TELLO. Pero enamoralde vos,
a lo divino tercera:
dad sujeto a este galán
de vuestra mano.
BELISA. Sí hiciera,
si alguna dama supiera
como la quiere don Juan.
TELLO. Una así como vos.
BELISA. ¿Yo,
Tello?
TELLO. Así, toda florida,
despejada, bien prendida.
BELISA. Necia y lindísima, ¿no?
TELLO. Más quiero engaños, rigores,
iras y celosas tretas
de las divinas discretas,
que de las necias favores.
DON JUAN. Deja, Tello, a su elección
la dama que quiere darme.
BELISA. Quiero, para asegurarme,
que estéis en aprobación;
que hay amante que, enojado,
sirve otro sujeto un mes,
y vuelve a echarse a sus pies
más tierno y enamorado;
y aún busca satisfacción
a su misma pesadumbre,
porque la mala costumbre
puede más que la razón.
DON JUAN. Si yo volviere a querer

a Lucinda, plega a Dios...
BELISA. No juréis.
DON JUAN. Pues dadme vos
por vuestro gusto mujer
que pueda amar y estimar,
y veréis lo que me obliga.
BELISA. Yo conozco cierta amiga,
que de vos me suele hablar...
Pero no; que me parece
que os volveréis luego allá.
TELLO. Apostaré que te da,
según la dama encarece,
alguna doña Terrible.
BELISA. Pues eso, si la burláis,
que a Zaragoza volváis
lo tengo por imposible.
DON JUAN. Estando vos de por medio,
aunque sin mi gusto fuera,
con mil almas la quisiera.
BELISA. Yo intento vuestro remedio,
y quiero que la veáis;
mas primero que se rinda,
cuantas prendas de Lucinda
tenéis, guardáis y adoráis,
mayormente su retrato,
me habéis (1) de dar.
DON JUAN. Yo haré
que las traiga Tello, en fe
de que ya le soy ingrato.
BELISA. ¿Y será cierto?
DON JUAN. ¿Pues no?
BELISA. ¿Cumpliréislo todo ansí?
DON JUAN. Digo mil veces que sí;
mas ¿quién es la dama?
BELISA. Yo. *(Vase.)*
TELLO. Y tú, ¿no me quieres dar
una ninfa a quien querer?
FINEA. ¿Qué tiene que me volver
de Fabia, después de estar
un año en aprobación?
TELLO. Toda alhaja fregonil
rendiré a tu pie gentil.
FINEA. ¿Hay retrato?
TELLO. Un San Antón
para tenerle (2), pedí,
en mi aposento.
FINEA. ¿Y que no
verá más a Fabia?
TELLO. ¿Yo?

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "habéisme".
(2) En la ed. de Hartzenbusch: "para tener, le pedí".

Mas ¿quién es la ninfa?
FINEA. Mí. *(Vase.)*
TELLO. ¿Qué sientes desto?
DON JUAN. Estoy loco.
TELLO. Ama, quiere aquí, porfía.
DON JUAN. A tal gracia y bizarría
darle mil almas es poco.
¡Con qué gusto dijo: "Yo"!
TELLO. ¿Y la picarilla, "Mí"?
¿Vas enamorado?
DON JUAN. Sí.
TELLO. ¿No ha de haber Lucinda?
DON JUAN. No.

(Vanse, y salen el CONDE, FERNANDO *y* MÚSICOS.)

CONDE. Ninguna cosa, Fernando,
me entretiene: estoy perdido.
FERNANDO. ¿Cómo has de hallar el olvido,
si estás siempre imaginando?
CONDE. Como la imaginación
es madre de los concetos,
olvidan mal los discretos;
que celos conceptos son.
De aquí nace que poetas
son los más enamorados,
imaginando, engañados,
a sus damas tan perfetas.
FERNANDO. En tantas difiniciones
de amor, ¿nunca van (1) hallando
la verdad?
CONDE. No hay más, Fernando,
que ser imaginaciones.
¿Belisa, en fin, se ha casado?
FERNANDO. El Cardona aragonés
es gentilhombre.
CONDE. Sí es;
con que más celos me ha dado.
FERNANDO. El entra en su casa ya
con libertad de marido.
CONDE. Bastante defensa ha sido.
Segura Belisa está;
que a no ser marido, es cierto
que no sufriera galán,
y menos al tal don Juan.
Cantad algo, que estoy muerto.

(Siéntese en una silla, y canten los MÚSICOS:)

MÚSICOS. *Antes que amanezca*
sale Belisa;

(2) Hartzenbusch corrigió: "*no acaban* hallando".

cuando llegue al Soto
será de día.

CONDE. Cuando ese estribo escribí,
¡qué bizarra la miré!
Cantad la copla, y haré
una endecha para mí.

MÚSICOS. *Mañanicas de mayo*
salen las damas;
con achaques de acero
las vidas matan.
No ha salido el alba
y sale Belisa.
Cuando, etc.

(Salen LUCINDA *y* FABIA.)

FABIA. Formaron tu pensamiento
los celos; que no el agravio.

LUCINDA. Por estar herido Octavio
nuevos engaños intento.

FABIA. Aquí está el Conde.

LUCINDA. ¡Y qué triste
está escuchando cantar!
¿Puede una mujer entrar?

FERNANDO. Nadie la entrada resiste
a tal gracia y hermosura.
Señor, ¿duermes?

CONDE. ¿Qué me quieres?

FERNANDO. Que te buscan dos mujeres.

CONDE. ¿Es Belisa, por ventura?

LUCINDA. No soy sino la mayor
enemiga desa dama:
Lucinda soy.

CONDE. Por la fama
conozco vuestro valor.

LUCINDA. En fe del vuestro, he venido
a suplicaros.

CONDE. Primero
tomad una silla.

LUCINDA. Hoy quiero
satisfacer al oído
de la verdad, que en ausencia
tanto ha escuchado de vos.

CONDE. Satisfaremos los dos
la fama con la presencia.

(Siéntanse.)

LUCINDA. Esta natural pasión,
generoso Conde Enrique,
que, contraria de la ira,
en nuestros pechos reside,
siempre la he juzgado igual,
y, si decirse permite,
ira y amor son lo mismo,
porque como es imposible
que haya amor sin celos, y ellos
venganza de agravios piden,
es fuerza que entre la ira
adonde el amor la admite,
como se ve por ejemplos
de esposos y amantes firmes,
que mataron lo que amaban
por celos; de que se sigue
que la ira y el amor
no son diferentes fines,
aunque, en principio, contrarios.
Todo este prólogo sirve
de que el amor y la ira
me traen a que os suplique
que a mi remedio el valor
de vuestra sangre os incline,
por la ofensa que también
de mis agravios recibe.
Vino don Juan de Cardona
(yo sé que una vez le vistes)
de Zaragoza a la Corte,
caballero de la insigne
Casa que en sus armas pone
plumas de pavón por timbre.
Un día que nuestro Rey
corrió lanzas, nuevo Aquiles,
descuidada, y no de galas,
a ver y ser vista vine.
Mirando, pues, con el brío
que la espuela en sangre tiñe
del bridón, que con las alas
del viento las plantas mide,
cuando, a la sortija atento,
el que a dos mundos asiste
con sólo un cetro, la lanza
pasa de la cuja al ristre
y airosamente la lleva;
veo que el don Juan que os dije,
atento a las de mis ojos
era de sus niñas lince.
La fiesta hizo fin, y amor
principio; que por oírle
halló lugar y esperanza
de quererme y de seguirme.
Desde aquel día hasta agora
en pretenderme prosigue
don Juan; mas yo, deseando
a mejor fin reducirle,
dile celos y desdenes:
falso arbitrio, con que hice

que, mudando pensamiento,
otra dama solicite.
Esta, a quien también lo sabe,
no es razón que yo la pinte,
si bien en sus bizarrías
cuanto celebran consiste.
Dejáronla mucha hacienda
sus padres: luce y repite
con bostezos de señora
a escuderos y tellices.
Esta, pues, que de don Juan
fué la encantadora Circe,
como aquella que entretuvo
sin entendimiento a Ulises,
no sólo ha podido hacer
que me aborrezca y olvide,
sino que en el verde Soto,
que de puro cristal ciñe
Manzanares, [y] este mes
de verdes álamos viste,
le llamó marido. ¡Ay, cielos!
¿cómo pude resistirme?
Desde aquel día me matan
celos y congojas tristes.
Llaméle y díjele amores,
pero apenas quiso oírme;
que ensoberbece a los hombres
ver las mujeres humildes.
A los dos, Enrique ilustre,
una misma ofensa aflige;
y así, es justo que a los dos
la misma venganza obligue.
Yo haré de mi parte cuanto
fuere a una mujer posible;
que las más tiernas, amando,
con celos se vuelven tigres;
vos de la vuestra, y los dos
para los dos; que si rinden
celos, les daremos celos.
¡Al arma! ¡Mueran! ¡Suspiren!
No se han de casar; que a vos
os toca: o quedemos libres
o vengados; que, aunque es fuerte,
no es el amor invencible.

CONDE. Ya de vuestra relación
alguna parte sabía,
porque la enemiga mía
me dió a saber la ocasión.
La soberbia y presunción
de Belisa se ha rendido
al título de marido;
y, con ser así, mi amor
se agravia de su rigor,
pues no me permite olvido.
Por vos y por mí hacer quiero,
en lo que posible fuere,
lo que no contradijere
a la ley de caballero.
Que nos venguemos espero:
vos, con celos de tan necio
galán, y yo, que me precio
de que estimen mis cuidados;
que es venganza de olvidados
hacer del rigor desprecio.
Fuera de que puede ser
(perdone vuestro valor),
que, de fingir este amor,
viniésemos a querer;
porque suele suceder
que, cosas de amor tratando
dos libres, y no pensando
que pueden ser verdaderas,
venir (1) a acabar en veras
lo que se empieza burlando.
Yo me rindo al talle y brío
del galán aragonés;
pero no tanto, después
que Belisa ofende el mío.
Entremos a desafío,
dos a dos, adonde espere
victoria el que más pudiere
en el campo de los dos;
y ayude Amor, pues es dios,
al que más razón tuviere.

LUCINDA. Cierta será la victoria,
Enrique, si me ayudáis.

CONDE. Mirad cómo la trazáis,
que resulte en vuestra gloria.

LUCINDA. En toda amorosa historia
no es bien que el fin se presuma;
mujer soy, y será, en suma
(con que disculpada quedo),
mío de amor el enredo,
y vuestra será la pluma.

CONDE. ¡Amor la imprima!

FABIA. ¿Qué has hecho?

LUCINDA. Vengarme de quien me agravia.

FABIA. ¡Loca estás!

LUCINDA. Y es cierto, Fabia,
con tanto amor en el pecho.

(Vanse las dos.)

CONDE. Gran parte del mal desecho

(1) Hartzenbusch corrige: "se venga".

con la venganza trazada.
FERNANDO. ¿Qué habéis tratado?
CONDE. No es nada.
FERNANDO. Esta dama es de don Juan.
CONDE. Toma, Fernando, el gabán,
y dame capa y espada. *(Vanse.)*

(Salen BELISA *y* TELLO.)

BELISA. ¿Joyas a mí?
TELLO. ¿Por qué no,
si eres la reina de Troya?
BELISA. Cuando está pobre don Juan,
¿finezas tan amorosas?
¿A mí fénix de diamantes?
TELLO. Con el verso y con la prosa
que le enviaste, está loco.
BELISA. Pena me ha dado la joya.
¿Qué?, ¿se empeñó? ¿Cómo es esto?
TELLO. No ha sido empeño, señora,
sino el paternal dinero
que vino de Zaragoza;
que así como vió el soneto,
dijo, con voz amatoria,
rompiendo medio bufete,
de una puñada, Cardona:
"¿Hay tan alta bizarría?
¡Que una señora componga
tales versos! ¡Malos años
para cuantos a Helicona
van por agua y alcacer!"
Y luego, del baúl toma
la bolsa zaragocí,
y dijo: "Tendrás agora
el mejor dueño del mundo."
Pero respondió la bolsa,
en tiple de los escudos:
"Mejor soy para la olla."
Fuimos a la insigne Puerta
que Guadalajara nombran
(sepulcro de oro y de seda,
de tantos cofres langosta),
y para el fénix Belisa,
fénix de diamantes compra;
porque el día de San Marcos
(que del *Trapo* llaman zorras)
salgas a matar guedejas
y dar envidia a valonas.
Pero dime, si es posible
reducir a la memoria,
el soneto que escribiste.
BELISA. Como yo, de amores loca,
no me osaba declarar,
dije ansí:
TELLO. Las Musas oigan.

BELISA.

"Canta con dulce voz en verde rama
Filomena dulcísima al aurora,
y en viendo el ruiseñor que le (1) enamora,
con recíproco amor el nido enrama.
Su tierno amante por la selva llama
cándida tortolilla arrulladora;
que si el galán el ser amado ignora,
no tiene acción contra su amor la dama.
No de otra suerte al dueño de mis penas
llamé con dulce voz en las floridas
selvas de Amor, que oyendo el canto apenas,
se vino a mí, las alas extendidas;
porque también hay voces Filomenas
que rinden almas y enamoran vidas."

TELLO. ¡Por Dios, que es soneto digno
de que en sus obras le ponga
la Marquesa de Pescara,
que Italia celebra y honra;
o, pues también lo merecen,
en las canciones sonoras
de la Isabela Andreína,
representanta famosa,
pues hoy estiman sus versos
París, Nápoles y Roma.
¡Qué sonoridad!, ¡qué luces!
¡Y aquello de "arrulladora"?...
¡Mal año para los cultos!
¡Qué claridad estudiosa!
¡Qué cultura! Dará envidias,
aunque laurel le (2) corona,
al Príncipe de Esquilache
y al Retor de Villahermosa.
BELISA. ¿Eres poeta, por dicha?
TELLO. Y por desdicha notoria.
BELISA. Porque ese lenguaje, Tello,
a presumir me ocasiona
que haces versos.
TELLO. ¡Oh, qué lindo!
Oye una silva a una mona,
a quien requebró un galán,
en peso la noche toda:

"Quedóse en un balcón, donde solía
desde las doce de la noche al día
hablar cierto galán a una casada,

(1) Hartzenbusch corrige "la".
(2) Idem, "les".

por cerrar la ventana su criada,
el animal que más imita al hombre,
aunque él sabe también tomar su nombre.
La mona, con el frío, en la cabeza
púsose un paño que tendido estaba,
con que la dicha moza se tocaba.
Vino el galán, y, atento a su belleza,
tirábale al balcón, de cuando en cuando,
chinas, con que la mona, despertando,
salió ligera, y, en lo alto puesta,
le daba algunos cocos por respuesta.
Pensó que hablaba así por su marido,
y (1) la reja trepó, del hierro asido;
mas, queriendo besarla, de tal modo
le asió de las narices, que, temiendo
que pudiera sacárselas del todo,
se estuvo lamentando y padeciendo,
hasta que el alba hermosa,
vestida de jazmín, con pies de rosa,
de ver los dos, amaneció riyendo:
ella, del monicidio (2) temerosa,
al pobre amante, en vez de los amores,
de arriba abajo le sembró de flores."

(*Sale* Finea.)

Finea. Doña Lucinda de Armenta
y doña Fabia, su moza,
te quieren hablar.
Belisa. Di que entren.
Tello. ¿Eso dices?
Belisa. Pues ¿qué importa?
Tello. Voyme por estotra puerta. (*Vase.*)
Finea. ¿Qué aguardan? Entren, señoras.

(*Salen* Lucinda *y* Fabia.)

Lucinda. Si vuesa merced se acuerda
de que en la florida alfombra
de Manzanares, un día,
compitiendo con la aurora,
amaneció perla en nácar,
o rosa que baña aljófar,
siendo el pimpollo el sombrero,
y vuesa merced la rosa,
yo soy aquella mujer
que, engañada de mi sombra,
le pedí el galán prestado
sobre prendas de lisonjas.
Como le asió de la mano,
y subiendo en su carroza...
Belisa. No es carroza, sino coche;
o vuesa merced me honra,
como llamar Licenciado,
por la presbítera toga,
al que es de prima tonsura.
Fabia. Pienso que se finge boba.
Belisa. Soy cándida.
Fabia. Así parece.
Belisa. Finalmente, ¿en qué se apoya
esta celosa visita?
Lucinda. En que su merced recoja
de noche al señor marido;
porque no es justo que corra
con ella sotos y prados,
en carroza, coche o posta,
y que, en llegando la noche,
mi puerta y ventanas rompa,
ya con el pomo las unas,
ya con las piedras las otras.
Entró una dellas por fuerza,
y esta cadena me arroja,
diciendo que le escuchase.
Escuchéle, temerosa;
lloró, en fin...
Belisa. ¿Y con bigotes?
¡Válgate Dios por Cardona!
Lucinda. Dióle después en mi estrado
tal desmayo, tal congoja,
que fué menester volverle
con agua de azahar y alcorzas.
Belisa. ¡Qué ventura, tener agua!
Si no la tenéis, señora,
él se queda a buenas noches.
¡Válgate Dios por Cardona!
Lucinda. Díjome de vos mil males:
que día y noche le rondan
la puerta criadas vuestras;
que os vió aquella tarde sola,
y que le andáis persiguiendo.
Belisa. Soy una perseguidora.
¿Que yo le persigo, dice?
¡Válgate Dios por Cardona!
Ahora bien: por el aviso,
le (1) sirvo con esta joya,
que hoy me ha enviado con Tello,
su famoso guardarropa,
porque el día de San Marcos
en la cadena la ponga.
Y vea vuesa merced
si ha menester otra cosa

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "y *a* la reja ".
(2) Idem, "naricidio".

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "la".

desta casa, que aquí queda
para su servicio toda.

LUCINDA. Porque sé las bizarrías
desa mano poderosa,
tomo la joya y os beso
la mano ilustre.

FINEA. [*Ap. a* BELISA.] Perdona;
que no vi cosa más necia
que la que has hecho.

BELISA. ¡Qué importa!

FABIA. Y vos, señora Finea,
decid a Tello que escoja
otra dama; que después
que a Lucinda mi señora
sirve el Conde don Enrique,
también de mí se apasiona
Fernando, su secretario,
y yo le quiero.

FINEA. Mejora
vuesa merced de galán.

LUCINDA. El y don Juan se dispongan
a no alborotar mi casa;
que, si otra vez la alborotan,
castigará su locura
el Conde, porque me adora,
y a vuestra puerta, en la calle,
aguarda con su carroza
para que vamos al Prado.

(Vanse las dos.)

FINEA. ¡Extraña historia!

BELISA. Es historia
que me ha de costar la vida.
A la ventana te asoma:
mira si es el Conde Enrique.

FINEA. Mejor es que tú lo oigas,
que desde el estribo llama.

BELISA. ¡Qué libertad! ¡Estoy loca!

(Dentro, el CONDE.*)*

CONDE. ¡Al Prado, cochero; al Prado!
Da la vuelta.

LUCINDA. Es la *Victoria*
Magallanes de los coches (1).

(1) Hay aquí una clara alusión al viaje de circunvalación emprendido por Magallanes, y a la famosa nao *Victoria,* que por primera vez dió la vuelta al mundo. No lo entendió Hartzenbusch, y desacertadamente enmendó este pasaje así:

"*A la* Victoria,
Magallanes de los coches."

FINEA. ¡Qué propia voz de celosa!

BELISA. A tanta desdicha mía,
¡ay de mí!, ¿qué puedo hacer?
¡Oh, mal haya la mujer
que del mejor hombre fía!
Que don Juan, de amor de un día,
se volviese a lo que amaba
primero, en razón estaba;
pero no, querer yo bien
y declarárselo a quien
por otra mujer lloraba.

Halla un pájaro rompida
la jaula, y volando al viento,
cuando goza en su elemento
de la libertad perdida,
se acuerda de la comida,
y vuelve a ver si está abierta,
con ser su cárcel tan cierta;
así los amantes son:
que, con saber que es prisión,
vuelven a la misma puerta.

Volvióse la voluntad,
aragonés caballero,
sin querer gozar del fuero
de su misma libertad.
Fié de su falsedad
mi enamorada afición...
¡Oh, qué necia condición
de una voluntad sencilla,
fiar almas de Castilla
a los fueros de Aragón!

No me pesa, porque fuí
necia en que don Juan me rinda;
pésame de que Lucinda
se haya vengado de mí.
Lo que no tuve (1) perdí;
menos a enojo me incita:
que una mujer más se irrita,
y más con tanto ademán,
que de quitarle el galán,
la burla de quien le quita.

Lucinda, desdenes tales
han hecho que os quiera bien;
que hay muchos hombres que a [quien
los trata mal, son leales.
¡Oh amor, cómo son iguales
en esto buenos y malos!
No vienen con los regalos,
y en los celos se resuelven; [ven
que hay hombres perros que vuel-

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "Lo que no tuve *y* perdí".

adonde les dan de palos.
¡Qué mal se supo entender
mi ignorante bizarría,
cuando dije que quería
a un hombre de otra mjuer!
La disculpa habrá de ser,
no de Porcias y Lucrecias:
que, a no haber amor, si precias
que de ti se libren pocos,
ni se hallaran hombres locos,
ni hubiera mujeres necias.

(Salen DON JUAN *y* TELLO.*)*

DON JUAN. Más de treinta mil ducados
de dote, sin esta casa,
tiene Belisa.

TELLO. ¿Y las joyas,
ricos vestidos y alhajas,
son barro? ¡Dichoso eres!
Y advierte que, si te casas,
me des también a Finea.

DON JUAN. Yo te la doy.

TELLO. ¿Aquí estaban?

DON JUAN. Señora mía y mi bien:
ya el alma se me quejaba
de vivir en vuestra ausencia,
si ausente vivo con alma.

BELISA. [*Ap.*] ¡Confusa estoy! Lo mejor
es volverle las espaldas.

DON JUAN. ¿Fuése?

TELLO. ¿No lo ves?

DON JUAN. Finea,
escucha.

TELLO. Tampoco habla.

DON JUAN. Tras ella iré.

TELLO. ¿Para qué?

(Vanse las dos.)

La puerta cierra a la sala.

DON JUAN. Pues ¿qué novedad es ésta,
sin que sepamos la causa?

TELLO. Habelle dado la joya.

DON JUAN. Tello, en esas puertas llama.

TELLO. No he visto amante más pobre.
Siempre parece que andas
de puerta en puerta...

DON JUAN. ¿Es Finea
la que en la ventana aguarda?

TELLO. La misma.

DON JUAN. Finea, ¿qué es esto?
¿Este término esperaban
de la señora Belisa
mi deseo y mi esperanza?

FINEA. Dice mi señora...

DON JUAN. ¿Qué?

FINEA. Que se vayan noramala.

DON JUAN. ¡Acabóse!

TELLO. Aquí entra bien:
"Para vos traigo una carta..."

DON JUAN. ¿Qué habemos de hacer?

TELLO. No sé.

DON JUAN. Ven, que yo lo sé.

TELLO. ¿Estas llaman
bizarrías de Belisa:
cerrar puertas y ventanas,
en agarrando la joya?

DON JUAN. Sígueme, que voy sin alma.

TELLO. El fénix se ha vuelto cisne,
que cuando se muere, canta.

JORNADA TERCERA

(Salen el CONDE *y* FERNANDO *en hábito de noche.)*

FERNANDO. No hay desdén que no se rinda
con servir y porfiar.

CONDE. Cansado estoy de ayudar
desaliños de Lucinda.

FERNANDO. Si Belisa ha conocido,
con el ingenio mayor
del mundo, que ha sido amor
el de Lucinda fingido,
no es prudencia darle celos
con ella; mejor sería
conquistar su valentía
con proseguir tus desvelos.
Lucinda toma venganza
de don Juan con sus mentiras;
si la (1) ayudas, ¿qué te admiras
de vivir sin esperanza?

CONDE. Tienes razón: ya no quiero
celos; servirla es mejor,
con amor y más amor,
con dinero y más dinero.
Dar celos suele importar
(esto, después de quererme,)
para despertar quien duerme,
pero no para obligar.
No hay armas para vencer
una mujer desdeñosa

(1) Hartzenbusch corrigió "*le*".

como otra mujer, ni hay cosa
que tenga tanto poder
como aquella información
de una amiga con su amiga:
ésta (1) las rinde y obliga.
Como de un género son,
saben, para herir, tentar
la flaqueza de la espada.
¿No has visto a Eva pintada,
y que la viene a engañar
con el rostro de mujer,
que la culebra tomó?
Pues este ejemplar les dió
para engañar y vencer
a mujeres con mujeres.

FERNANDO. Celia con Belisa vive;
estos días apercibe
(si obligar a Celia quieres)
aquel gran conquistador
de voluntades, que llaman
oro, y verás si te aman.

CONDE. Ya sabe Celia mi amor,
y me ha prometido hacer
cuanto pudiere, por mí.

FERNANDO. Dos hombres vienen aquí.

CONDE. Galanes deben de ser
de Lucinda, que le rondan
la puerta. Tarde han llegado,
pues dos veces he llamado,
y no hay orden que respondan.

(Salen BELISA *y* FINEA, *con sombreros de plumas y ferreruelos con oro, y dos pistolas.)*

FINEA. Pienso que has perdido el seso,
y no debo de engañarme.

BELISA. Todo lo que no es matarme,
no lo tengas por exceso;
y así, con tanta violencia
Amor mi cuerpo desalma,
que no hay potencia en el alma
que viva su misma esencia.

FINEA. ¿Tú a la puerta de Lucinda,
con estos necios disfraces?
Considera lo que haces,
por más que el amor te rinda;
que si nos hallan así,
nos habemos de perder.

BELISA. En viendo que soy mujer,
¿qué podrán pensar de mí?
Porque si agora me dan
mil muertes, o mil enojos,
tengo de ver con los ojos
lo que me niega don Juan.
Y es justo que ver intenten
lo que temen y desean;
porque, como ellos lo vean,
no dirá el alma que mienten.

FINEA. Cuantas has hecho hasta aquí,
bien pueden ser bizarrías;
éstas no, porque porfías
contra tu honor.

BELISA. ¡Ay de mí!

FERN. (1) Paréceme que has tomado,
señor, el medio mejor.

CONDE. Celia, dinero y amor
remediarán mi cuidado.

FERNANDO. Da lugar a estos galanes,
que no llegan a la puerta
por nosotros.

CONDE. Verla abierta
merecen los ademanes
con que miran de Lucinda
las rejas.

FERNANDO. Vidas perdonan:
valientes son que pregonan
lo que se precia de linda.

(Vanse los dos.)

FINEA. Si con ella está don Juan,
y te escribió aquel papel
de que se casa con él,
o por ventura lo están,
¿habemos de estar aquí
hasta que nos halle el alba?

BELISA. Ese papel fué la salva
del veneno que bebí;
que no hay veneno más fuerte
que las letras de un papel,
pues tantas veces en él
bebe la vida la muerte.
Díceme que se desposa
mañana, y que no hay lugar
para poderla acabar
una gala, por costosa,
de soberbia guarnición;
que yo le preste un vestido:
bachillería que ha sido
mi locura y perdición.
¿Hay tal modo de pudrir?

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "esto".

(1) En la ed. de 1637 dice "FIN."; pero es, sin duda, errata.

¡Que con mis galas se quiera
casar!

FINEA. Gente viene. Espera.

BELISA. ¿Qué, sino sólo morir?

(Salen DON JUAN *y* TELLO.)

TELLO.

Yerras, ¡por Dios!, en intentar hablalla.

DON JUAN.

Pues, Tello, ¿qué he de hacer, cuando imagino
que ha hecho algún celoso desatino,
aunque Belisa calla,
por donde la he perdido? Y me ha tratado
con rigor tan cruel, que me ha cerrado
las puertas y ventanas de tal suerte,
que piensa, retirada y hecha fuerte,
que puede entrar mi amor a ver su olvido,
en átomo del aire convertido.

TELLO.

Como la sirve el Conde, ser podría
que se enojase; y nunca el que es prudente
hizo pesar al hombre poderoso,
por no dar en sus manos algún día;
que el desigual lo que es posible intente,
tengo por aforismo provechoso.

DON JUAN.

¡Oh, qué necio Catón! ¡Oh, qué grosero
Séneca! Yo no quiero
quitar su gusto al Conde,
sino hablar a Lucinda.

TELLO.

Si responde
como mujer celosa y agraviada,
vendrá a parar en "fuése y no hubo nada" (1).

BELISA.

Finea, ¿no conoces
estos galanes?

FINEA.

¡Quedo! No des voces.

BELISA.

¡No me engañaba yo! ¡Pierdo el sentido!

FINEA.

Parece que no llama de marido;
que, si marido fuera,
la puerta con la aldaba deshiciera.

BELISA.

No habrá tomado posesión agora:
llamará de galán.

FINEA.

Mira, señora,
que no es bien que te vea.

BELISA.

Yo callaré... Mas no podré, Finea.

(Salen OCTAVIO *y* JULIO *con otros dos hombres.)*

OCTAVIO.

Julio, hasta agora me duró la herida.
Curéla, en fin; mas no curé el agravio.

JULIO.

Esperando ocasión, se venga el sabio.

OCTAVIO.

Este es don Juan. Llamando está a la puerta
de Lucinda. ¡Pues no ha de verla abierta!
Yo no vengo a reñir: a matar vengo.

TELLO.

El Conde es éste. Gran sospecha tengo
que te viene a matar con sus criados.

DON JUAN.

Tello, no hay más: morir como soldados.

TELLO.

Cuatro son; dos me caben. No hayas miedo
que me divida de tu lado un dedo.

DON JUAN.

Pues, Tello, aquí veré si eres valiente.

BELISA. [*Ap. a* FINEA.]

A matar a don Juan viene esta gente.
A su lado me pongo.

FINEA.

Y yo te sigo.

---

(1) No deja de ser curiosa la mención que hace aquí Lope de las palabras finales del célebre soneto de Cervantes *Al túmulo de Felipe II*. Ello indica la gran boga que ya entonces gozaba el delicioso epigrama cervantino.

BELISA.

Finea, defender al enemigo
fué siempre gran fineza y bizarría.

OCTAVIO.

¡Ah, caballeros! Esa puerta es mía.

DON JUAN.

Pues pase, si pudiere.

JULIO.

¡Octavio, tente!
Cuatro, y los dos con escopetas.

OCTAVIO.

Creo
que burlan mis desdichas mi deseo.

JULIO.

Vuélvete, y no acometas.

OCTAVIO.

¿En Madrid, escopetas?
¡Caso, por Dios, terrible!

JULIO.

A quien quiere matar, todo es posible. *(Vanse.)*

TELLO.

Todos se han ido, con temor del plomo.

DON JUAN.

La vida debo a aquestos caballeros.

TELLO.

Huyeron los villanos escuderos.
De que el Conde no fué, sospechas tomo.

DON JUAN.

Señores, si es posible conoceros,
sepa a quién debo defender mi vida,
de tantos enemigos perseguida.

(Vanse las dos.)

TELLO.

Volvieron las espaldas, sin hablarte
ni quitar los embozos.

DON JUAN.

¿Por qué parte
llegaron estos hombres? ¿Si han bajado
del cielo en mi favor?

TELLO.

Más del tejado;
porque, si ángeles fueran,
sin escopetas pienso que vinieran:
que no las hay allá.

DON JUAN.

Necia porfía:
truenos y rayos son artillería.

TELLO.

Verdad, por Dios, y que mostrarse quiso
el ángel que guardaba el Paraíso
con espada de fuego.

DON JUAN.

¡Qué necio estuve y ciego!
¡Tal me tiene Belisa!

TELLO.

Fueron con tanta prisa,
que con razón te han dado
ocasión al milagro imaginado;
que si en forma de espíritus bajaran,
las alas de penachos coronaran,
pero no los sombreros.

DON JUAN.

Angeles son tan nobles caballeros.
Esta puerta me avisa
del peligro que tengo;
mejor es ir a ver las de Belisa:
así, la noche paso y entretengo.

TELLO.

Bien fuera, si te abriera.

DON JUAN.

Ella me las abriera, si me oyera.

TELLO.

Una tapia muy baja el jardín tiene,
que no es, para subir, dificultosa.

DON JUAN.

¿Podré yo entrar por ella?

TELLO.

Ser podría.

DON JUAN.

Pues vamos antes que lo estorbe el día,
que se traslada de zafir en rosa.

TELLO.

Mejor fuera salir de tanto empeño
con trasladarle de la cena al sueño. *(Vanse.)*

(Salen BELISA, CELIA *y* FINEA.)

BELISA. ¿Guardaste las escopetas?
CELIA. Ya, Belisa, están guardadas.
BELISA. ¡Sin alma vengo!
CELIA. No es mucho,
pues también fuiste sin alma,
y me has tenido sin ella;
porque, de locura tanta,
¿qué pudiera prometerme
que no fuera tu desgracia?
¿Estaba don Juan, por dicha,
a la puerta desa dama?
Aunque dentro es lo más cierto,
pues que mañana se casan.
BELISA. Apenas, Celia, a la puerta
de la dicha dama estaba
(que "dicha" le viene bien,
pues que ninguna le falta),
cuando a su casa venía,
cercado de gente y armas,
cierto agraviado enemigo.
Si yo no llego, le matan:
temieron las escopetas,
y, volviendo las espaldas,
desistieron de la empresa.
CELIA. ¡Heroica y dichosa hazaña,
que fué, mirándolo bien,
una locura bizarra!
BELISA. Reñísteme con lisonja
de lo que fuí temeraria.
CELIA. Acuéstate, que se ríe
de tus cosas la mañana,
cuyos celajes azules
embisten rayos de plata.
BELISA. No es tan tarde como piensa
tu sueño.
CELIA. Estoy desvelada.
BELISA. Harto más lo vengo yo,
de tanta celosa rabia.
Responder quiero a Lucinda,
la que mañana se casa,
la discreta, la dichosa,
la linda, la bien tocada,
que me ha pedido un vestido,
mientras sus galas le (1) acaban,
para que de sus vitorias
sean despojos mis galas;
que tal linaje de burla
sólo pienso que se usara
conmigo, de quien Amor,
con razón, toma venganza.
CELIA. Pues ¿no hay mañana lugar?
BELISA. ¿No has visto que cuando tratan
dos hacer un desafío,
el agraviado no aguarda
que salga primero el otro?
Déjame tomar la espada
y matar esta mujer.
CELIA. Finea, avisa que tañan.
BELISA. ¿Conmigo doña Lucrecia,
por necia, que no por casta?
FINEA. ¿Escribir quieres agora?
BELISA. Pon, Finea, en esa cuadra
una bujía y papel,
tinta y pluma.
FINEA. Pienso que anda
por esos aires tu seso.
BELISA. Corre esta cortina; ¡acaba!

(Corriendo una cortina se descubre un aposento bien entapizado, un bufetillo de plata y otro con escritorios, una bujía, y el CONDE, *a un lado.)*

¡Jesús! ¿Qué hay aquí?
FINEA. ¡Ay, señora!
¡Un hombre!
CONDE. ¡Quedo! No hagas,
Belisa, extremos: yo soy.
BELISA. ¿Vueseñoría en mi casa
a tales horas? ¡Ay, Celia!
¡Buen cuidado! ¡Gentil guarda!
¿Tú pones en mi aposento
al Conde, y junto a mi cama?
¿Dónde se vió tal traición?
CELIA. Si yo salgo a ver quién llama,
y en abriendo se entra dentro
y, poderoso, amenaza
mi vida, ¿qué puedo hacer?
BELISA. Decírmelo cuando entrara,
y volviérame a salir,
donde esta noche pasara
en casa de alguna amiga.
CONDE. No estéis, señora, turbada;
que si Amor me puso aquí,
en viendo vuestra desgracia,
él me mostrará también
la puerta por donde salga.
De noche entré, sin pensar
que tanto el sol se tardara

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "se".

de amanecer a mis ojos.
Detuviéronme mis ansias,
hablando con Celia en vos;
y como las horas pasan
tan a priesa por el gusto,
sin que las sienta quien ama,
cuando ya me quise ir,
llamastes vos, y esperaba
a salir sin que me viesen.

BELISA. A tan corteses palabras
rindo todos mis enojos.

(*Salen* DON JUAN *y* TELLO.)

DON JUAN. Entra quedito; que hablan
en la cuadra de Belisa.

TELLO. ¡Por Dios, que no era muy baja
la tapia del dicho huerto!

DON JUAN. Difícil era la tapia,
si Amor no me diera el pie
o me subiera en sus alas.

TELLO. Como no me ayuda (1) a mí,
¡por Dios, que traigo quebrada
la ausencia de la barriga!

DON JUAN. ¡Hombre habla! ¡Cosa extraña!

TELLO. ¿Hombre aquí, y a tales horas?

DON JUAN. Tello, ¿quién lo imaginara?

TELLO. ¡Ah, señor! ¡Cuántas de aquestas,
que se nos hacen gazapas
con los ojitos de miz,
tienen el zape en el alma!
Las más ricas del honor
quiebran tal vez, y se pasan
como mal papel, que deja
en cada letra una mancha.

DON JUAN. ¡Loco estoy! Escucha atento,
pues este cancel nos tapa.

TELLO. Nadie se fíe en cancel,
si hablare mal en la sala.

BELISA. Yo creo a vueseñoría;
mas, pues Lucinda le agrada,
¿para qué me busca a mí?

CONDE. Para escucharos, ingrata.

BELISA. ¿Después de tantos paseos
Prado y Fuente Castellana,
viene a darme este disgusto?
Mas debe de ser la causa
que le ha dejado por otro
su condición, o se engaña.

TELLO. ¡Por la tribuna de Dios,
que es el Conde, y que se abrasa
Belisa de celos!

DON JUAN. ¡Cielos!
¡No me dejaba sin causa
Belisa! El Conde la goza.
Hoy hizo fin mi esperanza.

TELLO. Vámonos de aquí, señor;
que si esto adelante pasa,
te han de sentir, y vendréis
los dos a sacar la espada.

DON JUAN. ¿Hay más que matarle?

TELLO. ¿Cómo?
¿Matar? ¡Eso, que no es nada!
Y después, a caballito,
huyendo por las Italias,
o, por dicha, tú en teatro
lucífero, yo en la maca (1)
que llaman *fínibus terrae,*
cantando con media caja
al *sol* (2) del *remifasol,*
con dos pasos de garganta.

CONDE. Belisa, yo no he querido
a Lucinda, porque fué
su enredo contra mi fe,
sus celos contra mi olvido;
y porque veáis que he sido
tan galán como señor,
desde aquí dejo el amor,
sin admitirle jamás;
que no es bien que pueda más
mi gusto que mi valor.

Y, aunque sea a mi despecho,
si vos pretendéis casaros
como decís, estorbaros,
siendo quien soy, no es bien hecho.
Hoy haré salir del pecho
mi esperanza, sin que espere
más que el bien que vuestro fuere;

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "ayudó".

(1) Hartzenbusch, por no entender bien este pasaje, corrigió: "lucífero, yo en la Marca". Pero, teniendo en cuenta el lenguaje burlesco con que está escrito, la alusión resulta clara. El "teatro *lucífero*" no era otro que el cadalso en que decapitaban a los caballeros. Conducíaseles hasta él en procesión formada por las cofradías y las Ordenes y doce pobres con hachas encendidas. El tablado aparecía cubierto de negro y en él un bufete con un crucifijo y dos candeleros. De aquí el calificativo de *lucífero* que Tello le aplica. La "maca" (que no "Marca", como quiso Hartzenbusch,) es vulgarismo por "hamaca", nombre humorístico dado por el gracioso de la comedia a la horca ("que llaman *finibus terrae*", añade), donde, como es sabido, sólo eran ajusticiados, y morían meciéndose, los plebeyos.

(2) Hartzenbusch corrigió: "son".

porque no quiere, ni es justo,
el que quiere más su gusto
que el honor de lo que quiere.
Hoy viene al suelo la torre
de mi necio y loco amor,
que contra vuestro rigor,
el ser quien soy me socorre;
que también Amor se corre
de ser mal agradecido,
viendo, señora, que he sido,
sobre necio y porfiado,
para galán, desdichado,
y grande para marido.
Palabra os doy de ayudaros
con el que lo fuere vuestro,
con que presumo que os muestro
tanto amor como en dejaros.
Con esto pienso obligaros,
sin volveros a cansar,
que un hombre que, con amar,
nunca pudo merecer,
cuanto cansa con querer,
obliga con olvidar. *(Vase.)*

BELISA. Alumbra a su señoría,
Finea.

CELIA. ¡Valor notable!

CONDE. ¿Quién está aquí? Alumbra.

BELISA. ¿Cómo?
¿Gente en mi casa?

DON JUAN. No saque
la espada vueseñoría.

(Empuña la espada y tercia la capa.)

CONDE. ¿Cómo no, viendo esperarme
detrás de un cancel dos hombres?
¡Belisa! ¿Traiciones tales
con un hombre como yo?

BELISA. ¿Hay desdicha semejante?
Celia, ¿qué es esto?

CELIA. Que al Conde
puse yo donde le hallaste,
es verdad; no lo demás.

DON JUAN. Señor Conde, no os espante
esta locura de amor.

CONDE. Amor no puede espantarme,
que juzga mal de la culpa
quien en ella tiene parte.
Admírome de Belisa,
que, con tantos ademanes
y melindres, en su casa
tenga hombres, a horas tales,
escondidos en canceles;
y así, para no empeñarme
en más de lo que es razón,
porque no es justo que os mate
por delito de marido...
(y) (1) guardaos de que os halle
por casar, que, ¡vive Dios,
que todo el mundo no baste
a defenderos la vida!

DON JUAN. Pues, señor, ¿sin escucharme?

CONDE. Es presto para paciencias,
y para disculpas, tarde.

(Vase, y CELIA con él.)

DON JUAN. ¿Es ésta, ingrata Belisa,
la causa para matarme?
Justamente enmudecías
cuando yo llegaba a hablarte;
justamente me cerrabas
las puertas; pero sin llaves
supo entrar Amor a ver
los agravios que me haces.
Paredes abren los celos,
cuando ve(n) que no los (2) abren;
que, como los llaman linces,
no hay cosa que no traspasen.
Jurisdición son de Amor
todos los verdes lugares.
Al jardín debo el que tuve:
¡tanto un desengaño vale!
A las cuatro de la noche
(si es bien que noche se llame
cuando ya llama el aurora
a las puertas orientales),
¿un señor en quien concurren
tan notables calidades,
en tu aposento? ¿A estas horas,
de tu casa el Conde sale?
Si en tu calle no hay vecino
que ahora esté por levantarse,
y echas en la calle un hombre,
¿cómo quieres tú que calle?
En la calle no hay secreto;
que en llegando a despejarse
tanto el honor, no presumas
que guarden secreto a nadie.
Si amabas a don (3) Enrique,
di, ¿para qué me engañaste?
Que nunca fué valentía

(1) Hartzenbusch suprimió esta "y".
(2) Idem corrigió "*les*".
(3) En la ed. de Hartzenbusch: "al conde".

ser las mujeres mudables.
Dejárasme con Lucinda:
mal por mal, nunca, tan tarde,
hombres en su casa hallé
de quien pudiese quejarme.
Desde tu casa me voy
a Aragón para olvidarte.
¡Dios me libre de Castilla!
Para conocerla, baste
que el ejemplo de tu amor
me castigue y desengañe.
Si volviere a verla, ¡cielos!,
traidora espada me mate,
o el más amigo me venda,
y el más obligado pague
con malas mis buenas obras,
y a mi enemigo se pase.
Perdone el hábito el Rey;
que ya, con tantos pesares,
me ha dado Santiago celos (1),
y es mejor morir en Flandes.

BELISA. ¿Acaba vuesa merced
su plática lamentable?
¿Tiene esa larga oración
epílogo que la ensarte?
¿Ha de haber "no has visto", y [esto (2)
con que acaban los romances
para la vulgar chacota
que llaman versos finales:
"cuanto apacible, severo;
cuanto tierno, inexorable;
cuanto rendido, tirano,
y cuanto humilde, arrogante"?
Prosiga vuesa merced.

DON JUAN. ¿Burlas en veras tan grandes?
¿Cuando agravios, niñerías,
y cuando rabias, donaires?

BELISA. Gentilhombre aragonés,
el de la ley del encaje,
Juan por la gracia de Dios,
Cardona por lo picante:
si habemos de hablar de veras,
si se han de tratar verdades,
si descubrirse los pechos,
si las almas declarase,
diga, rey, si vino aquí
su ninfa (que Dios le guarde),
aquella a quien sólo faltan
las alas para ser ángel;
aquella que escribe en culto,
por aquel griego lenguaje,
que no le supo Castilla,
ni se le enseñó su madre;
aquella, en fin, cuyos ojos
llaman a tantos galanes,
que es el buho de la Corte
(¡quiera Dios que se los saquen!)
y me dijo que le rompe
las puertas, con ansias tales
y con ruegos tan humildes,
que de lástima le abre;
que se desmaya en su estrado
(no es mucho que se desmaye,
pues llora con bigotera
y hace pucheros infantes);
¿cómo quiere el buen Cardona,
(y con la boda que añade
en este papel su ninfa,)
que sufra yo que se case,
porque mañana ha de ser,
y me pide la ignorante
vestidos para la boda,
mientras los suyos se acaben?
Váyase vuesa merced,
que ya es día (1), a acostarse,
porque, para desposado,
sin ojeras se levante,
y para hacerse la barba,
que es capítulo inviolable
para ser más mozo el novio,
y la señora enrizarse (2)
Y sepa que he sido ejemplo
entre mujeres leales;
porque la que sale firme,
es roca al mar, palma al aire.
No truje al Conde a mi casa;
que, ausente yo, pudo entrarse
en ella; si culpa tuvo
Celia, entre las dos la (3) saben.
La prueba de estar ausente
es haber ido a buscarle,
y deberme ya dos vidas;
que porque no le matasen,
la mía puse a peligro,
con cuatro espadas delante,
con las armas que temieron
los que quisieron matarle.
¿Es esto, como presume,

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "miedo".
(2) Id.: "eso".

(1) En la *Colec. de ob. sueltas* y en la ed. de Hartzenbusch: "que ya es *de* día".
(2) En la ed. de Hartzenbusch, "rizarse".
(3) Idem, "*lo*".

echar en la calle amantes?
¿Es esto mudar de fe?
¿Es esto ser inconstante?
¿Es esto tener yo culpa
de ausentarse y (1) de casarse?
¿Por mí se vuelve a Aragón,
y desde Aragón a Flandes?
La joya le di a Lucinda
de aquel fénix de diamantes:
que para mí mueren fénix,
y para Lucinda nacen (2).
¿No responde?

DON JUAN. Apenas puedo.

TELLO. Y tú, ¿no tienes que darme
alguna disculpa?

FINEA. Tello,
pellejo de zorra traes.
Con la barbada mesura,
con el cansado desaire,
que (3) habiendo sido de Fabia
pretensor fregonizante,
¿me pide (4) que dé disculpa?

TELLO. ¿De Fabia yo?

FINEA. ¿Pues negarme
quieres la verdad?

TELLO. ¿Yo?

FINEA. Sí.

TELLO. Plega a Dios que me desgarre
un oso las pantorrillas;
o que mi dinero en parte
le ponga que esté dudoso,
pues hay cofres que le guarden;
o que, sacando un vestido,
me pida después el sastre
más seda y más guarnición;
o que, por diciembre, pase
en un rocín sin espuelas
por la calle de Jetafe,
y que de lerdo y mohino
en cada mesón me pare;
o que tenga un pleito, en quien
paciencia y dinero gaste;
que es maldición en que todas
cuantas tiene el mundo caben.

DON JUAN.

¡Oh, Belisa! ¿Qué habrá que no se intente
con celos? Yo estoy ya desengañado.
Si tú lo estás, su necia envidia aumente
amor que tantas penas te ha costado.
La vida, que te debo justamente,
mientras viviere me tendrá obligado;
tú mira cómo quieres y en qué parte
pueda, satisfaciéndote, vengarte.

Que como agora sale el claro día
por la boca del Sol, y va rompiendo
la escura sombra de la noche fría,
abriendo flores y cristal luciendo,
a tus ojos saldrá la verdad mía,
la noche de Lucinda descubriendo;
y entonces los regalos, los amores,
unos serán cristales y otros flores.

¿Puedo hacer más que pueda tu deseo
hacer de mí?

BELISA.

Yo quedo satisfecha,
y que es enredo de Lucinda creo.
Mas todo, sin vengarme, ¿qué aprovecha?
Que en el estado que mis cosas veo,
y para deshacer toda sospecha,
tú has de ser dueño en fe de mi esperanza,
de la satisfacción y la venganza.

Yo te diré el engaño que he pensado
para salir de todo con vitoria.

DON JUAN.

A obedecerte estoy determinado,
en celos, en amor, en pena, en gloria.

BELISA.

Pues vete y vuelve, y ten de mí cuidado.

DON JUAN.

¿Cómo podrá faltar de mi memoria?

BELISA.

¡Adiós, don Juan!

DON JUAN.

Muriendo me desvío.

TELLO.

¡Adiós, zampoña!

FINEA.

¡Adiós, tabaco mío!

(Vanse, y salen el CONDE, LUCINDA *y* FABIA.*)*

---

(1) En la *Colec. de Ob. sueltas* y en la ed. de Hartzenbusch, "u".

(2) Hartzenbusch corrigió:

"que para mí muere el fénix,
y para Lucinda nace".

(3) Idem: "y".

(4) Id.: "pide*s*".

LUCINDA. ¡Notable resolución!
CONDE. Si me sucediera bien;
mas fué mayor su desdén
que su atrevida afición.
LUCINDA. El oro en toda ocasión
es el primer movimiento.
CONDE. Celia en su mismo aposento
me dió bastante lugar;
pero no supe igualar
mi dicha a mi atrevimiento.
Pero ¿quién pudiera creer
que fuera de casa estaba
Belisa, cuando llegaba
la noche a dejar de ser?
No tuvo qué defender
de mis locos desatinos;
que nací cuando mis sinos
fueron encontrados bandos
donde enloquecen Orlandos,
donde no fuerzan Tarquinos.
Cual suele un desafiado,
que a su contrario esperó,
que hasta que venir le vió
blasonaba confiado,
y (1), en viéndole, de turbado,
mudarse descolorido;
pues así mi amor ha sido
hasta que a Belisa vi,
que en viéndola me rendí
antes de haberme rendido.
Salí muy necio, en efeto,
y es porque entré confiado;
aunque un hombre despreciado,
¿cómo puede ser discreto?
Hallé, escuchando en secreto,
al salir, vuestro don Juan;
disculpa los dos me dan,
si deste nombre se llama
tener en casa la dama
a media noche el galán.
Enojéme con razón;
mas llegando a conocer
que se pudiera ofender
su crédito y opinión,
no puse en ejecución
con entrambos mi pesar;
que ni a él le dejé hablar
ni a ella después mentir,
porque no queda qué oír
en no habiendo qué esperar.

(1) Hartzenbusch suprimió esta "y".

LUCINDA. Yo me canso injustamente.
¡El la adora! ¿Qué porfío?
CONDE. ¡Ay del pensamiento mío,
que mayor agravio siente!

(Sale FABIA.)

FABIA. Si no parece que miente
sombra de imagen incierta,
tu don Juan está a la puerta.
LUCINDA. ¿Qué don Juan?
FABIA. El de Cardona.
LUCINDA. ¿Él mismo?
FABIA. El mismo en persona.
LUCINDA. Esté mil veces abierta.

(Salen DON JUAN *y* TELLO.)

DON JUAN. Huélgome de hallar aquí,
señor, a Vueseñoría,
no para disculpa mía,
si es que anoche le ofendí,
sino porque de Belisa
traigo a los dos un recado.
LUCINDA. ¡Buen mensajero ha buscado!
CONDE. ¿Qué me manda?
LUCINDA. ¿Qué me avisa?
DON JUAN. Díjome que en un papel
que Lucinda le escribió
(que por eso me llamó,
para darme parte de él),
la escribe que hoy se desposa;
que a tanta (1) ventura tengo,
que yo propio a daros vengo
las gracias, Lucinda hermosa;
y que en razón del vestido,
que le honréis tiene a favor
sus galas, con el mejor
y que nunca le ha servido.
Y os envía a suplicar
que, de su mano tocada,
salgáis a ser envidiada
y a no tener que envidiar.
Y que si también queréis
(¡tanto desea obligaros!)
en su casa desposaros,
de ser madrina la honréis.
LUCINDA. Para deciros verdad,
picarla fué mi deseo;
pero ya después que veo
la vuestra y su voluntad,

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "que tanta".

hallo que lo que ha de ser,
por de burlas que se intente,
viene a ser por accidente.

CONDE. Y yo acabo de entender
que Belisa no tenía
a don Juan amor perfeto,
porque todo ha sido efeto
de su misma bizarría;
que su extraña condición
la obligaba a darle celos
a Lucinda.

DON JUAN. De los cielos
era justa obligación
favorecer mi verdad.

LUCINDA. Por obligaros ha sido
fingir mi amor tanto olvido,
y desdén tanta lealtad.
¡Oh, cuánto en amor alcanza
la porfía y la razón,
pues convierte en posesión
la más perdida esperanza!
Iré en casa de Belisa,
pues de hacerme tal favor,
con tan buen embajador,
por más crédito, me avisa.
Y suplico al señor Conde
que se halle a honrarme también.

CONDE. Con daros el parabién
mi obligación corresponde.
Juntos nos podemos ir.

LUCINDA. Dadme la mano, don Juan.

TELLO. Novio y padrino se van.
¿Tienes algo que decir?

FABIA. Que envidio los desposados,
Tello, por quererte bien.

TELLO. Dame la mano también.
Dios nos haga bien casados.

(Sale BELISA, *muy bizarra, y* CELIA.*)*

CELIA. No te espante que pregunte
para qué es tan nueva gala,
y vestirse a tales horas.

BELISA. Celia, mis locuras andan
por acabar de una vez
con esta necia esperanza.
Nací con inclinación
a todo amor tan contraria,
que no pensé que en mi vida
a querer la sujetara
discreción y gentileza;
pero no hay soberbia humana
sin contradicción divina.
Fundé mi loca arrogancia
en que no hubiese mujer
que no rindiese las armas
a mi libre entendimiento;
y estoy tan desengañada,
que no sólo amor castiga
con tantas celosas ansias
mi libertad, pero ha hecho
que se burle la ignorancia
de mi altiva presunción,
de suerte que no me agravia
tanto en (1) quitarme a don Juan,
como en que piense muy vana
que rinde mi entendimiento;
y si agora no me falta,
de los dos agravios pienso
hacer a un tiempo venganza.

CELIA. No sé si aciertas.

BELISA. Yo sí.

CELIA. Ya te dije la mañana
que fuimos las dos al Soto,
que el amor te castigaba
tanto desdén y desprecio.

BELISA. Coche a nuestra puerta para.
Si la desposada viene,
ninguna ventura iguala
a sacar burla de burla
y venganza de venganza.

(Sale FINEA.*)*

FINEA. Una galera de tierra,
con clavos de oro por jarcias,
cortinas por altas velas,
de tela riza de nácar,
y por remos que le mueven
cuatro cisnes de Alemania,
con la señora Lucinda
en tu portal desembarca.

BELISA. ¿Viene muy hermosa?

FINEA. Viene
contenta.

BELISA. Bien dices; basta:
no hay mujer alegre fea,
ni triste, hermosa.

FINEA. Ya amainan.

(Salen LUCINDA, FABIA, *el* CONDE, DON JUAN, TELLO *y criados acompañando.)*

BELISA. Vuesa merced, mi señora,
honre aquesta humilde casa

(1) Hartzenbusch corrige: "el".

mil veces en hora buena.
LUCINDA. Vuesa merced otras tantas
favorezca mi humildad.
BELISA. Tan bien vestida y tocada,
ya no querrá que la sirva
con cuidado ni con galas.
LUCINDA. No ha sido por no tener
del favor desconfianza;
mas por excusaros pena.
CONDE. Todo cumplimiento cansa.
Resta, señora Belisa,
pues aquí nos acompañan
tantos criados, que sean
testigos de que se casan
Lucinda y don Juan.
BELISA. ¿Quién? ¿Cómo?
CONDE. Lucinda y don Juan.
BELISA. ¡Extraña
novedad! ¿Quién os lo dijo?
LUCINDA. ¿Cómo quién? Agora acaba
de decírnoslo don Juan.
BELISA. Don Juan, o el sentido os falta,
o no me entendistes bien;
que yo a decir enviaba
que viniese a ser madrina
quien viene a ser desposada.
LUCINDA. ¿Madrina? ¿De quién?
BELISA. De mí.
Y que al Conde suplicaba
me honrase y favoreciese,
como me dió la palabra.
¿Díjeos esto?
DON JUAN. Así es verdad;
mas mi turbación fué tanta,
que erré el recado; mas tengo
disculpa, si me la pasan
por la necedad primera.
LUCINDA. Ha sido necia venganza.
Pero yo la tomaré
de los dos. Sólo me espanta
que esto sufra el Conde.
CONDE. Yo
tengo, Lucinda, empeñada
la palabra. Deteneos;
y pues que también me agravian,
consolaos conmigo, y dalde
por mí (pues ya los aguarda)
el parabién con los brazos.
LUCINDA. Más vale volver burlada
que corrida: yo los doy.
BELISA. Yo a vos también, con el alma.
Quedemos las dos amigas;
y el señor don Juan, que calla,
me dará la mano a mí,
pues que con tan buena gracia
erró el recado.
DON JUAN. Yo hice
lo que mi dueño me manda.
TELLO. Y yo me agarro a Finea.
Perdone, señora Fabia;
que he menester esta alcorza.
[*A* FINEA.] Con esta mano te llama
mi amor. ¿Qué aguardas?
FINEA. ¡Ay, Tello!
¿Esa es mano, o es patata?
BELISA. Senado ilustre: el poeta,
que ya las Musas dejaba,
con deseo de serviros
volvió esta vez a llamarlas
para que no le olvidéis.
Y aquí la comedia acaba.

FIN DE LA COMEDIA FAMOSA "LAS BIZARRÍAS DE BELISA".

LA GRAN COMEDIA

DE

LA BOBA PARA LOS OTROS, Y DISCRETA PARA SÍ

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Alejandro, *de camino.*
Julio, *galán.*
Camilo, *galán.*
Fabio, *gracioso.*
Liseno, *criado.*
Marcelo.
Diana.
Teodora, *dama.*
Laura, *criada.*
Fenisa, *criada.*
Albano.
Criados.

ACTO PRIMERO

(Sale Diana, *de labradora.)*

Diana.
Pues ¿tú de amores conmigo,
ignorante labrador?
Dirás (que yo no lo digo)
que el amor, en cuanto amor,
nunca mereció castigo.
No porque es mi rustiqueza
tanta, que ignore el grosero
estilo de mi rudeza,
que amor fué el hijo primero
que tuvo naturaleza.
Deste amor han procedido
cuantos son, cuantos han sido;
pero no me persüado
a tenerle en bajo estado
a ningún hombre nacido.
Aquí, destas peñas vivas
quisiera romper las hiedras,
no porque trepan altivas;
mas porque abrazan sus piedras
amorosas y lascivas.
Y aquí, con violentos brazos,
los enredos destas parras,
los embustes de sus lazos,
que, de pámpanos bizarras,
dan a los olmos abrazos.
Si de celos o de antojos
canta a la primera luz
algún ave sus enojos,
quisiera ser arcabuz
y (1) matalla con los ojos.
Y tú, grosero villano,
vienes a decir amores
a quien, por el aire vano,
un nido de ruiseñores
derribó con diestra mano.
Tú, ni el de más brío y talle,
no me habléis, que si en el valle,
donde más lejos se esconde,
sólo el eco me responde,
le suelo decir que calle.
No os fiéis en que esta aldea
me dió padre labrador,
que el alma que se pasea
por mi pecho, y el valor
me dice que no lo crea.
Tengo tan altos intentos,
que, si pudieran, con arte,
subir trepando elementos,
pasaran de la otra parte
del cielo mis pensamientos.
¿Es posible que yo fuí
parto de un monte y nací
de un rudo y tosco villano?

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "o".

¿Un alma tan grande en vano
deposita el cielo en mí?
Son tales mis presunciones
y discursos naturales,
que en todas las ocasiones
aborrezco mis iguales
y aspiro a ilustres acciones.
Ayer (aunque no es fïel
intérprete la osadía)
tuve un sueño, y vi que en él
un águila me ponía
sobre la frente un laurel.
Con esto, tan vano (1) estoy,
que pienso, por más que voy
reprendiendo mi bajeza,
que se erró naturaleza
o soy más de lo que soy.
Aires, corred más a prisa;
no bulliciosos peinéis
la hierba que el alba pisa;
fuentes, no me murmuréis;
tened un poco la risa.
Y si un alto pensamiento
en bajo sujeto os calma,
parad con advertimiento;
que son narcisos del alma
los locos de entendimiento.
Porque si posible fuera
que el autor del cielo diera
al entendimiento cara,
loco de verla quedara,
si en vuestro cristal le viera.

(Sale FABIO.)

FABIO. [*Ap.*] Por las señas que me ha [dado
un villano desta aldea,
que la vió bajar al prado,
no es posible que otra sea.
DIANA. ¿Qué buscáis con tal cuidado?
FABIO. Busco una bella aldeana
que se ha de llamar Diana,
aunque (2) es de almas cazadora,
desde que salió el (3) aurora
a producir la mañana.
¿Sois vos acaso?
DIANA. Yo soy.
FABIO. ¿Cierto?

(1) Así en la 1.ª ed. Hartzenbusch corrige con acierto "vana".
(2) Hartzenbusch corrigió "porque".
(3) Idem, "la".

DIANA. Y muy cierto.
FABIO. La mano
me dad.
DIANA. Los brazos os doy.
FABIO. En vuestro semblante humano
mirando mi dueño estoy.
DIANA. Sosegaos.
FABIO. Estoy sin mí
desde el instante que os vi.
DIANA. ¿Pues qué queréis?
FABIO. Que me oigáis,
sin que un acento perdáis
de cuanto os dijere aquí.
Ilustrísima Diana,
hasta agora, destas selvas
humilde honor, aunque grave,
como está el oro en la tierra:
Octavio, Duque de Urbino,
señor, como sabes, desta,
por falta de sucesión,
trujo, de su hermano César,
a su sobrina Teodora,
hermosa como discreta,
a su Estado y a su casa.
(Estáme, por Dios, atenta,
que no entender los principios
hace obscuras las materias.)
Siempre se pensó en Urbino,
que fuera Teodora bella
su heredera (claro estaba),
pues le tocaba tan cerca.
Así Teodora vivía,
y destos Estados era
señora, y espejo al duque:
se (1) estaba mirando en ella.
Servíanla pretendientes,
príncipes, Parma y Plasencia,
Ferrara, Mantua y Milán;
pero con menores fuerzas
y mayores esperanzas
(como quien sirve en presencia),
dos caballeros de Urbino:
Julio y Camilo, a quien ella
cortésmente entretenía
con inclinación secreta,
a Julio; o por más galán,
o por más conforme estrella.
En estos medios, Diana,
la inexorable tijera
de la Parca cortó el hilo
al duque, en años cincuenta.

(1) Hartzenbusch corrigió "que".

Lo que la muerte descubre,
lo que muda, lo que trueca
en cualquier Estado o casa,
bien lo muestra la experiencia.
Así fué en esta ocasión;
que en su testamento deja
declarado el Duque Octavio
que tiene en aquesta aldea
una hija natural,
que nombra por heredera.
Abriéndose el testamento,
Teodora sin alma queda;
Julio, sin vida, y Camilo,
con esperanza más cierta
que será señor de Urbino
si viene por quien le hereda,
pues Teodora no le amaba,
y (1) aunque recatadas muestras
al fin, le amaba, que Julio (2)
estaba más en su idea.
Con esto, hermosa Diana,
toda la Corte se altera,
y en dos bandos se divide
con tal porfía, que llegan
a escribir leyes las armas
y hacer derecho la fuerza.
Pero entrando de por medio
las canas de la nobleza,
vencen la furia a Teodora
y la juventud sosiegan.
La legítima señora
buscar, alegres decretan,
y dan el cargo a Camilo,
que ya se llama, o lo sueña,
Duque de Urbino contigo;
porque hasta esperar sentencia
de algunas dificultades,
quiere Julio que pretenda
su Teodora, aunque entre tanto,
Diana, a la Corte vengas.
Yo, que en servicio del Duque,
con poca nobleza y renta,
nací en humilde fortuna,
tanto, que me ha sido fuerza
valerme del buen humor,
para los señores, puerta;
aunque no falto, Diana,
de alguna virtud y letras,

(1) Hartzenbusch corrige "que".
(2) Hartzenbusch corrige este verso así:

"al fin daba de que Julio".

respetando aquella sangre
que del muerto Duque heredas,
vine, no a pedirte albricias
del parabién de que seas
Duquesa de Urbino, cuando
eco destos montes eras,
sino para que el peligro
a que te llevan, adviertas
entre tantos enemigos,
sin que nadie te defienda.
Porque Camilo no es justo
que tu persona merezca,
donde príncipes tan grandes
estos Estados desean.
Teodora y Julio, ¿quién duda
que, al paso que te aborrezcan,
han de pretender tu fin
con injustas diligencias?
Mira el peligro en que estás
y si es menester que tengas
en tantas dificultades
entendimiento y prudencia.
Perdóname que te diga
que examinarte quisiera,
puesto que el buen natural
tales imposibles venza.
Pero ya con los caballos
el estruendo de las selvas
me avisó (1), que los que vienen,
en tropa, a buscarte llegan.
No me puedo (2) detener,
que no quiero que me vean,
por ver si puedo después
servirte allá sin sospecha.
Dios te libre de traidores;
tu justicia favorezca,
tu buena dicha asegure
y tu inocencia defienda. *(Vase.)*

(Salen CAMILO *y acompañamiento,* RISELO, *villano, y* LISENO, *criado.)*

RISELO.

Esta, señores, es la que buscando
venís por este monte, hija de Alcino,
de esta aldea vecino,
que agora está en los montes repastando.

(Aparte.)

(1) Hartzenbusch corrige "avisa".
(2) Idem, "quiero".

DIANA.

¡Oh, ingenio, aquí me ayuda!
Fingirme quiero simplemente ruda;
que es el mejor camino a un grande intento.

CAMILO.

Caballeros, mirando estoy atento
en esta labradora
lo que pueden la muerte y la fortuna.

LISENO.

¡Qué sin sospecha alguna,
del estado que espera, está suspensa!

(Aparte.)

DIANA.

Este es Camilo. Atentamente piensa
cómo ha de hablarme, y mi persona mira.
Quiere llegar, y el traje le retira.

CAMILO.

¿Qué sirve suspender a lo que vengo,
cuando presente, gran señora, os tengo?
Dadme los pies, Duquesa generosa,
y tanta novedad no os cause espanto.

DIANA.

¡No faltaba otra cosa!
¿Son (1) que ellos vengan a burlarse tanto?
¿Qué Duquesa decís o calabaza?
Si andáis acaso por el monte a caza,
no me tengáis por fiera.

CAMILO. [*Ap.*]

Pensé que en lo exterior fuera villana,
y que la buena sangre le infundiera
un alma, por lo menos, cortesana.

LISENO.

¿Si acaso no es Diana?

CAMILO.

¿Es Diana, pastor?

RISELO.

En esta aldea
no hay otra que de aqueste nombre sea,
ni, como preguntáis, hija de Alcino.

(1) Hartzenbusch corrige "*sin*".

CAMILO.

¿Que ésta ha de ser de Urbino
Duquesa?

RISELO.

¿No os agrada?

CAMILO.

¿Cómo me ha de agradar?

RISELO.

¿Pues qué os enfada?

CAMILO.

El semblante risueño (1) y los efetos,
que no son tan discretos
como su nacimiento prometía.

RISELO.

¡Qué mal la conocéis! Porque podría
venderos más retórica, si hablase,
que cuantos la profesan en Bolonia.

CAMILO.

Señora, el Duque es muerto.

DIANA.

¿Pues qué se me da a mí? Pero, si es cierto,
enterralde, señores,
que yo no soy el cura.

CAMILO.

Mirad que es vuestro padre.

DIANA.

¡Qué locura,
siendo Alcino mi padre!

CAMILO. [*Ap.*]

Los temores
que tuve de su poco entendimiento,
no me salieron vanos.

LISENO.

¿Qué te espanta,
si se ha criado en rustiqueza tanta?

CAMILO.

También fuera milagro que no fuera,
criada en este monte como fiera,
desta ruda aspereza;

(1) Hartzenbusch corrige "zahereño".

mas presto mudará naturaleza,
en dándole los aires cortesanos.
Dad a todos las manos.
Venid, señora, a Urbino,
y seréis su Duquesa.

DIANA.

¡Desatino!

CAMILO.

Señora, el Duque os heredó en su muerte.
Gozad tan alta suerte
y tan dichosa empresa.

DIANA.

¿Pues soy yo buena para ser Duquesa?

CAMILO.

Sí; pues lo quiso el cielo.

DIANA.

Pues voy por mis camisas y un sayuelo
verde que tengo con azules vivos.

CAMILO. [*Ap.*]

¡Extraños disparates!

LISENO.

¡Excesivos!

CAMILO.

Allá tendréis las galas que os (1) convienen
a las que vuestro estado y nombre tienen.
Venid, señora, al coche,
porque entréis esta noche,
si es posible, en Urbino.

DIANA.

Que no, señor; yo tengo mi pollino.

RISELO.

Mira, Diana, que eres ya Duquesa.

DIANA.

Pues sélo tú por mí; que a mí me pesa.

CAMILO.

Vamos, señora. ¡Extraño desconsuelo!

LISENO. [*Ap.*]

¡Buena Duquesa llevas!

DIANA.

Di, Riselo,
si al monte fueres, a mi padre Alcino,
que aquí me llego a Urbino
a ser Duquesa, aunque de mala gana,
y que luego vendré por la mañana.

(Vanse. Salen TEODORA *y* JULIO.*)*

TEODORA. ¡Que porfiase Camilo
en traer esta Diana!

JULIO. Es tu (1) condición villana,
Teodora, de aquel estilo.

TEODORA. Julio, aunque el Duque dejase
cláusula en su testamento
de este nuevo pensamiento,
y esta villana heredase;
una cosa tan dudosa,
¿cómo Senado tan sabio
se la permite, en agravio
de la heredera forzosa?
Lo que disponen las leyes
no lo sé; pero sospecho
que es diferente el derecho
entre príncipes y reyes.
Que aunque es la justicia igual,
es justo que haya excepción
cuando las personas son
de nacimiento real.
Que el Duque me aborrecía
podemos probar también,
si, porque te quise bien,
injustos celos tenía.
Que el querer por sucesor
dejar al Duque de Parma,
sobre fundamentos arma
pleito su injusto rigor.

JULIO. Cuando no hubiera razón,
más que probar al que muere
que estaba loco, se infiere
que ha sido violenta acción.
Veamos cómo nos va
de justicia llanamente,
pues que tendremos presente
a quien la causa nos da.
Que aunque más favorecida
de Camilo y del Senado (2),
no ha de poder su cuidado (3)

(1) Hartzenbusch omitió "os".

(1) Hartzenbusch corrigió "*su*".
(2) Hartzenbusch corrigió: "de Camilo *y sus criados*".
(3) Idem: "no han de poder su*s* cuidado*s*".

defender su injusta vida.
Si hasta el día de su muerte
a la sucesión te llama,
y de esta constante fama
que tu acción, Teodora, advierte,
nacieron las pretensiones
de Mantua, Parma y Milán,
¿qué leyes darles (1) podrán
contra ti justas acciones?
En fin, tú has de ser Duquesa
de Urbino o yo he de perder
la vida.

TEODORA. Y yo tu mujer,
Julio, si a la envidia pesa.

(Sale FABIO.)

FABIO. Ya, señora, viene aquí
la Duquesa, mi señora.

TEODORA. ¿Quién?

FABIO. Aquella labradora.
No te vuelvas contra mí.

TEODORA. ¿Qué mujer es?

FABIO. Es mujer
que en un monte se ha criado.

JULIO. No te dé, por Dios, cuidado;
que no le ha de suceder
al Duque, por invención,
mujer desa calidad.

FABIO. Hasta probar la verdad,
tú tienes la posesión;
mas por la gente vulgar
y por Camilo, señora,
recíbela bien agora;
que no te podrán quitar
la posesión, por lo menos.

(Vanse.)

(Salen CAMILO, LISENO *y gente con* DIANA, *en hábito de dama.)*

CAMILO. ¿No le agrada a vuestra Alteza
la ciudad?

DIANA. Es linda pieza.
¡Mas recebirme con truenos...!

CAMILO. Aquélla es artillería,
que os hacen la salva así.

DIANA. Con los relámpagos vi
estrellas a mediodía.
En tocando las campanas
en mi tierra el sacristán,
como los nublos se van
vuelven a cantar las ranas.

CAMILO. A propósito.

LISENO. [Ap.] En mi vida
vi cosa tan ignorante.

DIANA. Esta casa relumbrante,
de blanco mármol vestida,
¿qué contiene?

CAMILO. Es el palacio
de vuestra Alteza.

DIANA. El lugar
puede todo aposentar
su grande y vistoso espacio,
con ovejas y borricos.

CAMILO. Veréis aposentos llenos
de pintura, en que es lo menos
telas y brocados ricos.

DIANA. ¿Qué es aquello que está allí?

CAMILO. El reloj.

DIANA. ¡Válame Dios!

CAMILO. Allí señala las dos.

DIANA. ¡Bueno! A Teodora y a mí.

CAMILO. ¡Brava respuesta!

LISENO. ¡Gallarda!

DIANA. ¿Y quién es, Camilo, aquél
que está en aquel chapitel?

CAMILO. Es el ángel de la guarda.

DIANA. Bien le habemos menester:
pero es grave desvarío
tenerle al calor y al frío,
si nos ha de defender.

CAMILO. No la entiendo.

LISENO. Yo tampoco.

(Sale FABIO.)

FABIO. A recibiros, señora,
sale la ilustre Teodora.

CAMILO. [*Ap.*] De verla me vuelvo loco.

LISENO. En viendo su rustiqueza
se venga de ti Teodora.

(Salen TEODORA *y* JULIO.)

TEODORA. Mil veces venga en buen hora
a su casa vuestra Alteza.

DIANA. Señora, ya yo decía
que en mi borrico andador
pudiera venir mejor
y llegar a mediodía.
Pero por esas veredas,
con mucho polvo y rüido,
arrastrando me han traído
en una casa con ruedas.

(1) Hartzenbusch corrigió: "darle".

Echad acá vuesa mano,
que vos la quiero besar.

TEODORA. [*Ap.*] ¿Qué es esto, Camilo?

CAMILO. Hablar
en el estilo aldeano.
No os espantéis, que ninguno
nace enseñado.

TEODORA. Es ansí.
¿Qué dices, Julio?

JULIO. Que aquí
alma y cuerpo todo es uno,
y que no hay que tener pena
del tratado pensamiento,
pues su mismo entendimiento
en el pleito la condena.
O, a lo menos, será eterno;
pues no es justicia, Teodora,
que den a Urbino señora
inhábil para el gobierno.

TEODORA. Hoy mi esperanza nació.

DIANA. Muy linda está su mercé.
Y, dígame: ¿no tendré
uno como aqueste yo?

TEODORA. Agora, señora mía,
vuestras damas os darán
galas y joyas.

DIANA. No harán.

(Aparte.)

TEODORA. ¡Qué notable bobería!
Ahora bien; venid, Diana,
a tomar la posesión
de vuestra casa. *(Ap.)* El mesón
le diera de mejor gana.

JULIO. Y yo, la caballeriza.

CAMILO. [*Ap.*] ¡Corrido estoy!

FABIO (1). Yo, turbado.
Laura y Fenisa han llegado.

TEODORA. Laura, aquel cabello enriza
a su Alteza; y tú, después,
Fenisa, con el decoro
que sabes, diamantes y oro
siembra del cuello a los pies.

LAURA. Las dos tendremos cuidado
de vestir y de adornar
a su Alteza.

DIANA. Estoy, de andar
con los gansos por el prado, [za.
ducha (2) a la crencha o la tren-

(1) Hartzenbusch corrigió "JULIO".
(2) Idem, "dura".

TEODORA. [*Ap.*] ¡Buena Duquesa has traído!
Camilo!

CAMILO. Si estoy corrido,
bien lo dice mi vergüenza.

TEODORA. Quedaos vosotras aquí.
[*Ap.*] Ven, Julio, que ya la risa
aun por los ojos te avisa
del placer que llevo en mí.

(Vanse.)

CAMILO. Ya vuestra Alteza ha llegado
a su casa. Justo es
que descanse; que después
de las cosas de su Estado
más despacio trataremos.

DIANA. ¿Luego no me he de volver
a mi lugar?

CAMILO. No; hasta ver
la sentencia que tenemos.

(Vanse.)

DIANA. ¡Ah! ¡Gentilhombre!

FABIO. ¿Es a mí?

DIANA. Un poco tengo que hablaros.
Vosotras, señoras damas,
id a prevenir mi cuarto;
que hablo ya como señora.

LAURA. Sólo el aire de Palacio,
que le ha dado a vuestra Alteza,
hará mayores milagros.

(Vanse las criadas.)

DIANA. ¿Quién eres, hombre, que fuiste
cometa, que en breves rayos
fuiste carrera de luz
desde tu oriente a tu ocaso;
de los libros de mi historia,
pintura que, como en cuadros,
representaste a los ojos
sucesos de tantos años?
¿Quién eres, que despertaste
a pensamientos tan altos
mi dormida fantasía
entre selvas y peñascos?
¿Quién te dijo que me dieses
aquel aviso, que tanto
me ha valido para hacer
a Teodora aqueste engaño?
Que, si no fuera por ti,
el entendimiento claro

que me dió el cielo aumentara
la envidia de mis contrarios.
Hablara con él de suerte
que la vida y el Estado
fueran fímera (1) de un día
en el rigor de sus manos.
Y advierte que esta ignorancia
tengo de usar, entre tanto
que aseguro Estado y vida;
que después hablaré claro,
y tan claro, que se admiren
que pueda un inculto campo
producir tan raro ingenio.
Pero no hay ingenio humano
que esto pueda por sí solo.
Tú, pues, con ligeros pasos,
embajador de mi vida (2),
impulso del cielo santo,
en el peligro que estoy,
has de ser mi secretario;
que, fuera de no tener
otro favor, me declaro
contigo, porque te he visto
a mi remedio inclinado.
No te pregunto quién eres,
pues ya me dijiste, Fabio,
la condición de tu vida;
pero, porque estoy pensando
que dónde tanta piedad
halló lugar tan hidalgo,
has de ser (3) norte que guíe
la nave de mis cuidados.

FABIO. Señora, el mar proceloso,
adonde, pequeño barco,
entráis a correr fortuna,
injurioso y destemplado
con los vientos de ambiciones,
toca del cielo los arcos.
Menester habéis piloto
(mirad qué claro que os hablo)
de más valor y experiencia,
para no correr naufragio.
Si os queréis fiar de mí,
viviréis, y si no, en vano,
con haceros inocente,
venceréis a tantos sabios.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "fuera *efímera*".
(2) Hartzenbusch varió este verso así:

"*fuiste a defender* mi vida".

(3) Hartzenbusch corrigió "ha de haber".

DIANA. Fabio, cuando yo contigo
mi entendimiento declaro,
bien sabes que me sujeto;
pensemos agora entrambos
qué consejo tomaremos.

FABIO. Señora, aunque gobernaron
mujeres reinos e imperios,
fué con inmensos trabajos,
trágicos fines y medios
sangrientos, que no dejaron
ejemplo de imitación.
Si algún hombre no buscamos
de valor, que con secreto
os pueda servir de amparo,
vos no podéis ser Cleopatra,
ni Semíramis.

DIANA. Reparo
en que Camilo es indigno.

FABIO. ¿Camilo? ¡Gentil caballo,
para lo que yo pretendo!

DIANA. Pues ¿qué pretendes?

FABIO. Casaros
con hombre de tal valor
que no le iguale Alejandro.

DIANA. Pues hagamos un concierto:
que busques el hombre, Fabio,
y le traigas de secreto;
que si del talle me agrado,
como tú de su valor,
iremos los tres tratando
vencer estos enemigos;
pero advierte que quedamos
en que este marido sea,
pues ha de durarme tanto,
repartido entre los dos,
de manera que escojamos,
tú el valor, yo la persona.

FABIO. Tu ingenio y tu gusto alabo:
no como algunas mujeres
que apenas padre o hermano
les (1) nombraron casamiento,
cuando, con el desenfado
que si fuese para un día
lo que es para tantos años,
cierran con él, sin mirar
si es azul o colorado:
de que nace que el oficio
de marido, o carga, o cargo,
le sostituyan tenientes.

DIANA. Parte, que me están mirando,
y el cielo tus pasos guíe.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "le".

FABIO. Tú verás cómo te traigo
un hombre.
DIANA. ¿Quién, por tu vida?

(En las dos puertas digan esto, como que se entran.)

FABIO. No lo sé; vete despacio,
que agora le voy a hacer.
DIANA. Sea valiente.
FABIO. Un Orlando.
DIANA. Sea ilustre.
FABIO. Será un rey.
DIANA. Liberal.
FABIO. Un Alejandro.
DIANA. Famoso.
FABIO. César o Aquiles.
DIANA. Airoso, sabio...
FABIO. Y gallardo.
DIANA. ¿Mancebo?
FABIO. Lo principal.
DIANA. Yo te aguardo.
FABIO. Ya me parto
a buscar este marido,
como si fuera de barro.

(Vanse. Salen ALEJANDRO, *hermano del Duque de Florencia,* ALBANO *y* CRIADOS.)

ALEJANDRO.

¡Gran deleite la caza!

ALBANO.

En ti se prueba,
pues a los montes del confín de Urbino,
desde Florencia, sin parar, te lleva.

ALEJANDRO.

Llamarle puedes dulce desatino,
que hermosa fuente desta escura cueva
remite al valle el paso cristalino,
el rubio (1) lirio y la azucena (2) cana
parece que es el baño de Diana.
Campos, yo pienso que del cielo fuistes
al hombre los mayores beneficios;
que, fuera del sustento que le distes,
templáis la gravedad de los oficios;
¿qué pensamientos no se alegran, tristes,
entre estos naturales edificios,
arquitecturas que formó el Diluvio
mejor que los diseños de Vitrubio?
Allí un peñasco empina la alta frente,
que parece que el cielo desafía;
allí se humilla, y más profundamente
su firme fundamento hallar porfía.
¿Qué puerta más pomposa y eminente
coronan, entre dórica armonía,
más reales trofeos que a estos riscos,
guirnaldas de tarayes y lentiscos?
En esta soledad parece el cielo
prado de flores, cándidas y bellas,
y en tanto luz, el esmaltado suelo,
con licencia del Sol, prado de estrellas.
¡Qué cosa es ver un músico arroyuelo
sirviendo de instrumento a las querellas
de un ruiseñor, que cuando más suspira
canta la solfa que en su arena mira!

ALBANO.

Pienso que quiere ya vuestra Excelencia
ser ermitaño deste monte.

ALEJANDRO.

Albano,
tal vez el olvidarse de Florencia
hace después mayor el gusto.

ALBANO.

Es llano.

ALEJANDRO.

Si Nápoles permite competencia,
donde Naturaleza abrió la mano,
no dudes que es Florencia; pero importa,
para estimarla, alguna ausencia corta.

(Sale FABIO.)

FABIO. [*Ap.*]

Yo pienso que voy fuera de camino;
que no es el de Florencia el que he tomado.

ALBANO.

Un hombre, al parecer, viene de Urbino.

FABIO.

Gente desciende deste monte al prado.

ALBANO.

Buen hombre, ¿qué buscáis?

FABIO.

Perdido el tino,
por este laberinto voy errado.

(1) Hartzenbusch corrigió "entre azul".
(2) En la 1.ª ed., "azazuna", sin duda por errata.

ALEJANDRO.

Fabio, tu voz conozco.

FABIO.

¡Señor mío!

ALEJANDRO.

En tu pasado amor los brazos fío.

FABIO.

¡Bien haya el yerro que tan bien acierta!

ALEJANDRO.

Desde que de Florencia te partiste,
ingrato, me olvidaste.

FABIO.

Desconcierta
toda razón una fortuna triste.
Resucitaste mi esperanza muerta
cuando, señor, en salvo me pusiste
de la justicia de tu heroico hermano;
que no pudo, sin ti, remedio humano.
Víneme a Urbino, siempre receloso,
donde al Duque serví, que muerto yace:
no ingrato a tu valor, mas temeroso;
que siempre el miedo de la culpa nace.
Bien sabes que un contrario poderoso
nunca sin sangre agravios satisface.

ALEJANDRO.

Disculpa tienes, Fabio: que el agravio
siempre le ha de tener presente el sabio.
¿Dónde vas por aquí?

FABIO.

Voy, atrevido,
a buscar un marido a cierta dama,
aunque buscarle en monte no haya sido
feliz agüero de su incierta fama.

ALEJANDRO.

¿Es mujer principal?

FABIO.

De esclarecido
nombre y sangre real.

ALEJANDRO.

¿Cómo se llama?

FABIO.

Es cosa de grandísimo secreto.

ALEJANDRO.

¿Secreto?

FABIO.

Sí.

ALEJANDRO.

Pues búscale discreto.

FABIO.

Esta es mujer que serlo de un hermano
pudiera del gran Duque de Florencia.

ALEJANDRO.

Yo soy; llévame a mí.

FABIO.

No hablaste en vano,
aunque burlando estás mi diligencia.
Pero salgamos al camino llano,
que te importa escucharme.

ALBANO.

Doy licencia
para veras o burlas.

FABIO.

Pues advierte...

ALEJANDRO.

Comienza.

FABIO.

Escucha tu dichosa suerte.

(Vanse. Salen TEODORA *y* JULIO.)

TEODORA. No pude yo desear
más venturoso suceso.
JULIO. La ventura te confieso,
como el saberla gozar.
TEODORA. Camilo no acierta a hablar,
de corrido y de turbado;
pero dirá que, casado,
que es fácil de persuadir,
Diana no ha de regir,
sino Camilo, su Estado.
Temo que ella ha de querer
cualquier propuesto marido.
JULIO. Lo mismo me ha parecido,
de una inocente mujer,
y que, si lo viene a ser,
el mismo daño nos viene;
luego remedio conviene.
TEODORA. En aquel simple sujeto,

si el alma es causa, el efeto
della producirse tiene;
si con gran entendimiento
tantas se casaron mal,
¿qué hará quien le tiene igual (1)?

JULIO. Lo mismo, Teodora, siento;
pero escucha un pensamiento.

TEODORA. ¿Cómo?

JULIO. Tú le has de decir
mal de los hombres; que oír
cosas que le den temor,
cuando Camilo su amor
la pretenda persuadir,
harán en su entendimiento,
si alguno puede tener
tan simple y necia mujer,
que aborrezca el casamiento.

TEODORA. Es discreto pensamiento;
mas si, lo que es general,
por condición natural,
y por flaqueza también,
la fuerza (2) a quererlos bien,
¿qué importa decirle mal?

JULIO. ¿Y qué importa que lo intentes?

TEODORA. Yo lo haré, que puede ser
que aproveche; aunque el querer
tiene muchos accidentes.

JULIO. ¿Por qué lo contrario sientes?

TEODORA. Porque es amor un furor
que obliga a amar con rigor
a los de sentido ajenos;
que un animal sabe menos,
y sabe tener amor.

(Sale DIANA, *muy bizarra, y* LAURA *y* FENISA.)

DIANA. ¿No vengo buena?

TEODORA. ¡Extremada!

DIANA. ¿No ve cuál traigo el cabello?
Laura me le ha puesto ansí,
devanado en unos hierros;
mas cuando oí que Fenisa
los ensartaba en el fuego,
desde el estrado salí
hasta el corredor huyendo.
¡Mire qué de baratijas
me han puesto por todo el pecho!

JULIO. ¡Por Dios, que está vuestra Alteza
como un ángel!

DIANA. Yo lo creo.
A ver, vuélvalo a decir,
como dicen en el pueblo.

JULIO. Que está vuestra Alteza hermosa.

DIANA. Pues ¿queréis que nos casemos?

TEODORA. Señora, no habléis ansí;
tened a los hombres miedo.

DIANA. Pues ¿por qué?

TEODORA. Porque son malos.

DIANA. Yo pensaba que eran buenos.
¿Mi padre, el Duque, fué hombre?

TEODORA. Sí, señora.

DIANA. Pues yo pienso
que, pues le quiso mi madre,
no era malo, sino bueno.
¿Qué mujeres han parido
sin hombre?

TEODORA. Ninguna.

DIANA. Luego
para algo deben de ser,
en el mundo, de provecho.

TEODORA. Las mujeres principales,
dellos han de andar huyendo.

DIANA. ¿Y qué importa que ellas huyan,
si las han de alcanzar ellos?

JULIO. (¡Qué maliciosa villana!)

LAURA. Sí, pero boba en extremo.

DIANA. ¡Hola, Fenisa!

FENISA. ¡Señora!

DIANA. Cuando os miráis al espejo;
cuando os vestís tantas galas,
cuando os rizáis los cabellos,
cuando llamáis dando manos,
cuando descubrís manteos,
cuando enjaezáis los chapines,
que sólo falta ponerlos
pretrales de cascabeles,
¿es para salir corriendo
porque no os topen los hombres?

LAURA. Señora, no pretendemos
desagradarlos: que es todo
materia de casamiento.

DIANA. Cuando noche de San Juan
esperáis con tal silencio
lo que dicen los que pasan,
¿es por San Juan, o por ellos?

FENISA. Por ellos, señora mía.

DIANA. Y cuando salís haciendo
la pava con anchas naguas,
imitando en rueda y ruedo
diciplinante galán,
¿es todo aquel embeleco
por mujeres, o por hombres?

LAURA. Para venir de un desierto

---

(1) Hartzenbusch corrigió "tal".
(2) Idem, "comienza".

campo, mucho sabes.
DIANA. Yo,
Laura, a los hombres me atengo.
TEODORA. [*Ap.*] Camilo le ha dicho amores.
JULIO. Eso, señora, sospecho.
TEODORA. El viene.
JULIO. Será a burlarse;
que con otros caballeros
de rebozo a verla... (1)

(Salen CAMILO, LISENO, ALBANO, ALEJANDRO *y* FABIO.)

ALEJANDRO. Fabio,
que no me conozcan temo;
aunque haber estado en Roma,
como sabes, tanto tiempo
con el Cardenal mi hermano
asegura mi deseo.
FABIO. Ponte la capa en el rostro,
demás de tener por cierto
que no te ha visto ninguno;
porque todos, presumiendo
que Diana es mujer simple,
en sus acciones suspensos,
sólo reparan en darle
más aplauso que respeto.
ALEJANDRO. Sin que me digas quién es,
sus fingidos movimientos
me lo han dicho.
FABIO. Dices bien;
que es fácil de conocerlos.
¿Qué te parece?
ALEJANDRO. Que inclina
a amor y lástima.
FABIO. Llego,
con tu licencia, a decirle
que te traigo.
ALEJANDRO. Advierte...
FABIO. Advierto.
ALEJANDRO. Que no le digas quién soy;
que esto ha de ser a su tiempo.
FABIO. ¿No tiene gentil persona?
ALEJANDRO. Fabio: de amigos, de ingenios,
de mujeres y pinturas
no se ha de juzgar tan presto.
De amigos, porque son falsos;
de ingenios, porque son nuevos;
de pinturas, porque tienen
difícil conocimiento;
de mujeres, porque muchas...

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "de rebozo *llega*".

FABIO. No lo digas; ya te entiendo.
ALEJANDRO. Son hermosura sin alma.
FABIO. Pero en este gran sujeto,
todo está junto. Yo voy.
ALEJANDRO. Y yo aguardo, satisfecho
de tu entendimiento, Fabio.
FABIO. Ponte de buen aire; llego,
y repare vuestra Alteza...
CAMILO. Admirado estoy, Liseno,
de que estuviese sin alma
la belleza de aquel cuerpo.
LISENO. Son árboles que, sin fruto,
altos y floridos vemos.
DIANA. Mi secretario ha venido.

(Aparte.)

(Hablarle por cifras quiero,
que ya por señas me dice
lo que sin ellas sospecho.)
Si tengo de estar acá,
y tantos señores veo,
es imposible que pueda
tratarlos sin conocerlos.
Aprendiendo voy los nombres:
Camilo, Julio, Liseno,
Teodora, Laura, Fenisa...
¿Vos quién sois, que no me acuer-
de haberos visto otra vez? [do
FABIO. Soy, señora, un escudero
de vuestra Alteza.
DIANA. ¿Qué nombre?
FABIO. De canto de órgano tengo
la entrada: *Fa*bio me llamo.
DIANA. ¿Sois hombre?
FABIO. Pudiera serlo,
honrándome vuestra Alteza;
porque, a imitación del cielo,
los príncipes hacen hombres.
DIANA. Dice Teodora que dellos
huya, porque son traidores.
FABIO. Pues yo de leal me precio.

(Aparte con FABIO.)

DIANA. ¿Qué hay de aquello?
FABIO. Ya lo truje.
DIANA. ¿Cuál dellos es?
FABIO. El que, atento
a que le mires, se quita,
de aquella capa cubierto,
de cuando en cuando el rebozo.
Mírale bien.

DIANA. Ya le (1) veo.
FABIO. ¿Es bueno?
DIANA. Después de hablado,
te diré dél lo que siento.
FABIO. Lo mismo de ti me dijo.
DIANA. Pues debe de ser discreto.
FABIO. Cuando a buscarle partí,
hicimos los dos concierto
que tú escogieses el talle,
y yo, señora, el ingenio.
¿Qué hay de tu parte?
DIANA. Así, así...
Mas dime si lo compuesto
de mi talle le agradó.
FABIO. Así, así...
DIANA. ¿Venganzas? ¡Bueno!
¿Qué nombre?
FABIO. No me le ha dicho.
DIANA. Pues ¿adónde hallaste, necio,
este marido sin nombre
para tan grave sujeto?
FABIO. El te lo dirá, que yo
lealtad a entrambos profeso.
DIANA. Voyme, y pasaré más cerca.
FABIO. Es un gallardo mancebo.
DIANA. ¡Teodora!
TEODORA. ¿Señora mía?
DIANA. Mucho me enfada el concierto
de Palacio; allá, en mi casa,
.... (2)
comía yo a todas horas:
ir a la cocina quiero,
como en mi aldea solía.
TEODORA. ¡Qué notable desconcierto!
Deténgase vuestra Alteza.
DIANA. Ya, Teodora, me detengo
para mirar estos hombres,
que ver más cerca deseo.
¿Qué falta o qué gracia tienen
que obligue a tenerlos miedo?

(Vaya DIANA *mirando a* ALEJANDRO *al salir, y todos la acompañen, quedando él y* FABIO.)

FABIO. Ya que se fueron, señor,
dime lo que sientes desto;
porque en todos los principios
tienen las cosas remedio.
Aquí no estás empeñado,
porque, con discreto acuerdo,
negué tu nombre; aunque (1) fuera
despertar su pensamiento
decirle: Este es Alejandro
de Médicis, por lo menos;
del gran Duque de Florencia
hermano, de Francia deudo,
y persona que en las armas...
ALEJANDRO. Detente, Fabio, y tratemos
cómo solicite yo
a Diana con secreto
para ser Duque de Urbino;
que están a la mira puestos
mil príncipes confinantes.
FABIO. Quien, agradecido, ha puesto
su persona en este punto,
dará, para todo, el medio
que nos dé glorioso fin,
y tú, enamorando tierno,
y yo haciendo el dulce oficio...
ALEJANDRO. ¿De qué?
FABIO. De tercero diestro;
en el Palacio de Urbino
habemos de poner presto
de los Médicis las armas.
ALEJANDRO. Yo te daré...
FABIO. No lo quiero;
porque quien a buenos sirve,
eso le basta por premio.

ACTO SEGUNDO

(Sale DIANA, *con sombrero y capotillo;* ALEJANDRO, *de noche;* FABIO *y* LAURA.)

DIANA.

¿Tan presto quieres irte?

ALEJANDRO.

Fabio, señora, dice que amanece.

FABIO.

Bien puedes despedirte,
que el crepúsculo crece
y la tumba del Sol se desvanece.

LAURA.

¡Un poquito de culto, por tu vida!

(1) Hartzenbusch corrige "lo".
(2) Falta el verso asonantado.

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "que".

FABIO.

Digo que el alba ostenta luz mentida.

DIANA.

Esta, Alejandro, es la tercera noche
que en aqueste jardín hablo contigo,
Fabio solo testigo
y Laura, de quien fío este secreto,
hasta que tenga venturoso efeto.

LAURA.

¿Entiendes, Fabio, tú del carro o coche
donde van las estrellas?

FABIO.

Vendrá muy a propósito por ellas
sacar, Laura, la hora,
después que el sumiller del Sol, la aurora,
le corre la cortina,
esparciendo la niebla matutina.

DIANA.

Habla cristiano, o noramala vete.

FABIO.

¿Y eso no es culto?

LAURA.

No.

FABIO.

¿Pues qué?

LAURA.

Cultete.

ALEJANDRO.

Diana hermosa, Fabio me ha contado
que te daba cuidado,
no mi persona ya: mi entendimiento.
¿Parécete que digo lo que siento
y siento lo que digo?
¿Soy bueno para dueño o para amigo,
que de cualquier (1) suerte, en tu servicio,
la vida, el alma, es corto sacrificio?
Si estoy examinado,
dame, señora, el grado
de galán o marido.

DIANA.

Con el mismo temor, lo mismo pido;
que como la primera vez me viste
(que es fundamento en que el amor consiste)
con tan simples afectos y señales,
y aquella aprehensión tarde se olvida,
la memoria, ofendida,
puede ser que conserve acciones tales.

ALEJANDRO.

Y en tres noches, Diana,
que hablando nos divide la mañana,
¿no quieres que tu raro entendimiento
me dé conocimiento
de que tal exterior sirve de muro
a la perla del alma, en nácar puro?
Tal es tu ingenio y tu real decoro,
como licor precioso en vaso de oro;
y admírame que sea
de tanta ciencia cátedra una aldea.

DIANA.

Si yo, gallardo Médicis, te agrado,
tu ingenio en tu persona a mi cuidado
es al círculo de oro semejante,
que esmalta y ciñe brillador diamante.

LAURA.

Si estáis ya concertados,
mirad que del jardín los acopados
árboles hacen sombras,
y se ven de las flores las alfombras,
en cuyos cuadros cultos
repite luz el alba.

FABIO.

Pintados pajarillos hacen salva,
entre los verdes árboles ocultos,
[a] (1) la dudosa luz del nuevo día;
¿y no tenéis temor, que ser podría
que os viesen tantos necios pretensores?

ALEJANDRO.

Mal sabes tú qué es comenzar amores:
que hasta ganar el alma que desea,
no hay amante que tema, ni que vea.

DIANA.

Hablar siempre discreto
ya no será posible; que, en efeto,
donde hay amor hay celos, linces tales,

(1) En la ed. de Hartzenbusch, "cualquiera".

(1) En la 1.ª ed. se omite "a", sin duda por errata, ya que es necesaria al sentido y a la medida del verso. Hartzenbusch lo corrigió así también.

que penetran los orbes celestiales
y los escuros limbos de la tierra.

ALEJANDRO.

Para excusar la guerra
de la envidia curiosa,
la industria, solamente provechosa,
puede hallar algún medio,
della desvelo y de los dos remedio.
¿Qué te parece que Alejandro intente?

LAURA.

¡Huye presto, señor, que viene gente!

ALEJANDRO.

¿Tan presto gente aquí?

FABIO.

¡Gentil olvido!

LAURA.

¡Qué ciego es el amor entretenido!

DIANA.

Con el gusto, no vía
que nos miraba el día.

ALEJANDRO.

Y yo, no viendo estrellas en su velo,
pensé que se pasaran a tu cielo.
¡Adiós, señora mía!

(Huyan ALEJANDRO *y* FABIO, *y salen* TEODORA *y* FENISA.)

TEODORA.

¿Hombres dices que viste?

FENISA.

¿Pues no los ves huir, porque sintieron
que su amorosa plática rompiste?

TEODORA.

Siento la llave, y que la puerta abrieron
que sale al muro.

FENISA.

¡Qué furioso escapa (1),
dejándonos el oro de la capa
en los ojos el uno,

(1) Hartzenbusch corrigió: "*Presuroso* escapa".

por testigo de que es amante alguno
de tantos pretendientes!

TEODORA.

Fenisa, no será de los ausentes,
aunque pueden servirla de secreto;
y que he tenido celos, te prometo,
de que la mire Julio.

FENISA.

No lo creas;
que aunque es gallarda, son acciones feas
las de su entendimiento;
porque fuera, sin alma, amor violento.

TEODORA.

Eso no me asegura;
que el ingenio, la gracia y la hermosura
que (1) a muchas les negó Naturaleza,
discretas hizo, y lindas la riqueza;
y yo he notado en Julio tal mudanza,
que no debe de ser sin esperanza
de ser Duque de Urbino.

FENISA.

Antes de la sentencia es desatino.

TEODORA.

Bellísima Diana, entre estas flores
tan de mañana, efetos son de amores;
las plumas y el vestido
muestran que aquí la noche habéis tenido.
Yo vi por las espaldas
el oro entre las verdes esmeraldas,
destos árboles hojas. ¿Qué es aquesto?
¿Hombres con vos? ¿Cómo olvidáis tan presto
lo que os tengo advertido?

DIANA.

Señora, como soy boba, me olvido
fácilmente de todo.

TEODORA.

¿No veis que dese modo
ofendéis la grandeza en que nacistes?

DIANA.

Que huyese de los hombres me dijistes;
pero, como yo sé los Mandamientos,
que es más obligación que vuestros cuentos,

(1) Hartzenbusch corrigió: "si".

"y amarás a tu prójimo —decían—
como a ti mismo", vi que no tenían
vuestras lecciones buenos fundamentos.

TEODORA.

Amadme a mí para cumplir con ellos.

DIANA.

No debéis de sabellos.
¿No veis que dice "prójimo"?; y si fuera
para mujer, que "prójima" dijera.
¿Veis como vais, Teodora,
contra los Mandamientos?

TEODORA.

Yo, señora,
deseo, cuanto puedo,
que no os engañe alguno.

DIANA.

No hayáis miedo.

TEODORA.

Engañan las discretas y avisadas,
¿qué harán de vos?

DIANA.

Por muchas engañadas,
en todos los estados,
siempre son más los hombres engañados...

FENISA.

Esto no sabe a mucha bobería.

DIANA.

Pero, decidme vos, por vida mía:
¿por qué los queréis mal, que es buena gente?
¿Quién hay que nos defienda y nos sustente,
pues desde que nos paren nuestras madres,
todo es cuidado y ansia de los padres
para darnos remedio?

FENISA.

La Corte se vistió de medio a medio.

DIANA.

Joyas, vestidos, fiestas y placeres,
¿debémoslas (1) acaso a las mujeres?
Y fuera desto, aunque de mí te asombres,
¿no ves que las tres partes de los hombres
han muerto por nosotras? Luego es justo

(1) Hartzenbusch corrigió "debémoslos".

querer a quien nos quiere, y con tal gusto
nos cría, nos regala y nos sustenta,
y con su amparo defender intenta,
con el amor, la vida (1) y con las manos.

TEODORA.

Antes, Diana, son unos tiranos,
que no nos quieren más que mientras dura
la verde edad, la gracia y la hermosura,
matándonos a celos; y es de modo
que ellos lo quieren todo,
y no nos dejan ver el sol apenas.

DIANA.

Pienso que quieres bien lo que condenas.
Ven, Laura amiga, y mudaré vestido.

LAURA. [*Ap. a* DIANA.]

Mucho te has declarado.

DIANA.

No he podido
reprimir esta vez mi entendimiento;
que es luz, en fin, y sigue su elemento.

(Vanse DIANA *y* LAURA.)

TEODORA.

¡Quién pensara, Fenisa, que supiera
estas cosas Diana, en cuatro días!

FENISA.

Si su buen natural se considera,
¿no ha de vencer sus rudas fantasías
aquella sangre ilustre?

(Sale JULIO.)

JULIO. Haced, pensamiento mío,
lugar, aunque estéis de asiento,
a mi nuevo pensamiento,
pues tenéis libre albedrío;
perdonadme, si os desvío
de la obligación de quien
lo mismo hiciera también;
que la razón natural
quiere que aborrezca el mal
y que solicite el bien.
Los ojos puse en Diana,
desde el punto que llegó:

(1) Hartzenbusch corrigió "hacienda".

no porque me enamoró,
si honesta, hermosa villana,
mas porque tengo por llana
su justicia; y, siendo ansí,
ganaré lo que perdí,
si a quien la tiene me inclino;
porque ser Duque de Urbino
es lo que me importa a mí.

TEODORA. ¿Julio?

JULIO. ¡Señora! No en vano
con más hermosos colores
se levantaban las flores
desde tus pies a tu mano.
Embajador del verano
suele ser el ruiseñor;
y agora, de flor en flor,
vienes a ser filomena:
ríe el prado, el aire suena,
llora el agua y canta Amor.
Ya ¿qué puede sucederme
que no sea dicha, este día?

TEODORA. Segura estará la mía
con pagarme y con quererme.
Aquí vine a entretenerme,
y hallé a Diana, que ya
en ser bachillera da.

JULIO. Es lazo en que dan los necios,
para mayores desprecios.

TEODORA. Algo reformada está.

JULIO. Es un mármol que ha vestido
de rústica arquitectura
Naturaleza, tan dura,
que Camilo arrepentido
está de haberla traído,
y tan confuso el Senado,
que le ha puesto en más cuidado
el volverla (1) a deshacer
que el pensar que ha de poner
tal señora en tal Estado.

TEODORA. Por ir a verla vestir
las galas de hoy, no me puedo
detener contigo.

(Vase.)

JULIO. Quedo
sin ti; no hay más qué decir.
Esto me importa fingir,
ya que con Diana intento
este nuevo pensamiento;
que luego que tenga amor,
sobre su mucho valor
lucirá su entendimiento.

(Sale CAMILO.)

CAMILO. Huélgome de hallarte a solas,
que tengo que hablar contigo.

JULIO. Ya sabes mi inclinación
a tu amistad y servicio.

CAMILO. Si en ella puso Teodora,
cuando los dos la servimos,
alguna discordia, Julio,
siendo deudos, siendo amigos,
ya no causarán los celos
los pasados desatinos;
que del amor de Teodora
tomó venganza el olvido.
De hablar con Diana vengo,
y paréceme que he visto,
no el jüicio concertado,
mas no alterado el jüicio.
Con su secretario estaba
escribiendo a los que han sido
pretendientes de Teodora,
que le han dado por escrito
el parabién del Estado...
Aquí, Julio, te suplico
que me escuches más atento.

JULIO. ¿Qué más atento?

CAMILO. Pues digo
que si este Estado ha de ser
de un extraño o de un vecino,
donde como en dueño ajeno
corran los propios peligros,
es mejor que yo lo sea;
que, por ser Duque de Urbino,
no reparo en lo interior
deste rústico edificio.
Porque no la quiero yo
para que me escriba libros,
ni para tomar consejo:
que de mujer no le admito.
Tú, pues quieres a Teodora,
que nunca quien ama quiso
más interés que su gusto,
ayuda el intento mío,
pues que no puedes dejar,
por amante y bien nacido,
de quererla, a cuya causa,
a Duque de Urbino aspiro.
Que, si me das tu favor
y la posesión conquisto,
todos mis Estados quedan

(1) Hartzenbusch corrigió "volverl*o*".

a elección de tu albedrío.
JULIO. Mucho me pesa que pienses,
¡oh, generoso Camilo!,
siendo discreto, que pueda
el gusto (y más si es fingido)
vencer tan grande interés
como ser Duque de Urbino.
Cuando yo amaba a Teodora
era fundado designio
en ser forzosa heredera;
pero viendo, como hasta visto,
que es Diana, ¿quién, tan loco,
tomara tan necio arbitrio
como dejar la esperanza
de la pretensión que sigo
con el mismo pensamiento?
¿Quién se viera tan rendido
a la mayor hermosura
que Naturaleza hizo,
al más raro entendimiento,
al cuerpo más cristalino
(cosas que siguen los hombres
con engañado jüicio),
que dejara un grande Estado
por un bien que siempre ha sido
imaginada victoria
y ejecutado delito;
breve cometa del gusto,
que suele traer consigo
el justo arrepentimiento,
a espaldas del apetito?
Las cosas que son posibles
han de pedir los amigos;
que es locura, y no razón,
amistad contra sí mismo.
Los amores de Teodora
no fueron más de principios:
mudó fortuna el semblante,
y mi amor mudó de sitio.
Más quiero boba a Diana,
con aquel simple sentido,
que bachillera a Teodora;
pues un filósofo dijo
que las mujeres casadas
eran el mayor castigo
cuando, soberbias de ingenio,
gobernaban sus maridos.
Lo que han de saber es sólo
parir y criar sus hijos;
Diana es hermosa, y basta
que sepa criar los míos.
CAMILO. No esperé de tu lealtad
respuesta tan descompuesta;
pero ha sido la respuesta
como ha sido la amistad.
Mas ¿qué mejores razones
me pudiera responder
quien rompe de una mujer
tan nobles obligaciones?
Pero no se lograrán:
que en sabiéndolo Teodora,
a quien yo lo diré agora
(pues tus agravios me dan
para bajezas licencia),
a entrambas las perderás,
y a mí, que te importa más.
JULIO. ¿Y qué ha de hacer mi paciencia,
Camilo, en esa ocasión?
CAMILO. Remitir el desagravio,
.... (1)
que palabras no lo son.
JULIO. Pues quitándote la vida
podré solo pretender.
CAMILO. Quien la sabe defender,
nunca de quién es se olvida.

(Salen DIANA, TEODORA, FABIO *y* MARCELO, *secretario.)*

TEODORA. Ya se luce la cabeza
que por gobierno tenéis.
DIANA. ¡Hola! ¿Qué es esto que hacéis?
MARCELO. ¿Ya no lo ve vuestra Alteza?
Julio y Camilo reñían.
DIANA. Marcelo, ¿es esto mal hecho?
MARCELO. Cuando hay enojo y despecho,
al campo se desafían
los caballeros, no aquí.
DIANA. ¿Qué haré, Teodora?
TEODORA. Prendellos.
DIANA. ¿Prendellos? Pues ¿querrán ellos?
TEODORA. Mandádselo vos.
DIANA. ¿Yo?
TEODORA. Sí.
DIANA. Las espadas me desmayan;
escribildes a los dos,
Marcelo, una carta vos,
en (2) que a la cárcel se vayan.
FABIO. ¡Buena traza!
MARCELO. La razón
de la pendencia, ¿qué fué?
CAMILO. Fué la Duquesa.
MARCELO. ¿Por qué?

(1) Falta un verso que complete la redondilla.
(2) Hartzenbusch corrigió "y".

CAMILO. Casarla fué la ocasión;
mas no tan bien empleada,
aunque con mucha nobleza,
como merece su Alteza.
DIANA. No, no, que ya estoy casada.
TEODORA. ¿Casada? ¿Con quién?
DIANA. Con vos;
que, pues que no he de querer
hombres, seréis mi mujer.
TEODORA. Poned en paz a los dos:
haced que se den las manos.
DIANA. ¿Luego queréislos casar?
TEODORA. Y los dos pueden dejar
esos pensamientos vanos.
DIANA. Cásense Julio y Camilo,
pues ya lo estamos las dos;
dad fe, secretario; vos
entendéis por buen estilo
de que quedamos casados.

[*Ap. a* LAURA.]

Sin duda que la cuestión
nació de la pretensión,
Laura, de aquestos Estados.

(*Sale* ALEJANDRO, *de camino.*)

ALEJANDRO. Si deslumbrado, por dicha,
entré, señores, aquí;
que tanto ha podido en mí
la fuerza de una desdicha,
suplícoos me perdonéis.
DIANA. ¿Qué es esto, Fabio?
FABIO. Señora,
como tú lo entiendo agora.
DIANA. Caballero, ¿qué queréis?
ALEJANDRO. ¿Cuál es su Alteza?
DIANA. Yo soy
su Alteza, si me buscáis.
Pues bien; ¿qué es lo que mandáis,
que os entráis adonde estoy
con las espuelas calzadas?
¿Sois, por ventura, francés,
que las tienen en los pies
para siempre vinculadas?
Que como entre las naciones
son los mejores caballos,
de galos se han vuelto gallos,
y gallos con espolones.
ALEJANDRO. Tanto mi peligro ha sido,
que dejo el caballo muerto
a esa puerta.
DIANA. Desconcierto;
que mejor hubiera sido
haberle metido acá
y que se muriera aquí.
JULIO. Caballero, oídme a mí:
Esta gran señora está,
de enfermedad que ha tenido,
divertida, como veis.
¿A qué venís? ¿Qué queréis?
DIANA. Mentís, porque ya ha venido
mi salud, y estoy tan buena,
que cierta temeridad
es sola mi enfermedad,
hasta quitarme la pena.

(*Aparte con* FABIO.)

¡Que se entrase, Fabio, aquí
Alejandro deste modo!
FABIO. Si él no sale bien de todo,
pasos y tiempo perdí.
ALEJANDRO. Hermosa Diana,
retrato de aquella
que con las tres formas
por deidad celebran:
que Luna en el cielo,
Diana en la Tierra,
en el centro obscuro
Proserpina reina;
pues fuistes, señora,
Diana en las selvas,
Luna en el Estado
donde sois Duquesa,
y mientras os tuvo
sayal encubierta,
Proserpina, clara
reina de tinieblas.
Octavio Farnesio
a vos se presenta;
del Príncipe hermano
de Parma y Plasencia.
Amor que en las almas
tiene tanta fuerza,
mayormente cuando
verde primavera
tiernos años gozan
faltos de experiencias,
en la luz hermosa,
bañando las flechas
de unos ojos negros
de una dama bella,
dió luto a los míos,
pues en esta ausencia

en el alma misma
le traigo por ella.
No con lo presente
hago competencia;
pero si el amor
las flechas perdiera,
los ojos que digo
sirvieran por ellas.
Pagóme dos años
amorosas deudas;
no éramos iguales
en sangre y nobleza;
con que mi esperanza
que, casado, fuera
posesión dichosa,
fué desdicha cierta.
Sólo merecía,
por alguna reja,
manos recatadas
y palabras tiernas.
Como mariposa
que nunca se quema,
sólo daba tornos
a la blanca vela.
Trataron casalla
sus padres, por fuerza,
y fuéle forzoso
darles obediencia.
Yo, que la adoraba,
y me vi perdella,
no perdí la vida,
perdí la paciencia;
y viéndome Porcia
con alma resuelta
de matar su esposo,
mis locuras templa
con darme palabras
que salieron ciertas;
tierna a mis suspiros,
fácil a mis quejas.
De las bodas tristes
pasaron apenas
los alegres días,
cuando verme intenta
una escura noche,
tan lluviosa y negra,
que sólo se hizo
para ser secreta.
A su huerta pongo
escalas de cuerda,
más que cuerdo, loco,
subiendo por ellas.
Dormía su esposo,
y Porcia, despierta,
de la cama sale.
Durmiendo le deja.
Cuando vi su bulto
por la blanca senda,
que era de los cuadros
guarnición de arena;
cuyos pies hermosos
en breves chinelas,
con airosos pasos
la volvieron perla.
Si hay aquí quien ame,
lo que sentí sienta,
tras tantos deseos,
con el bien tan cerca.
Naguas de Cambray
con randas flamencas
partían el campo
de su imagen bella;
porque la camisa,
de mangas abiertas,
mostraba dos brazos
de cándida cera.
Y, al uso de Italia,
por el pecho suelta,
dos suspensos bultos,
pomos de azucenas.
Al marido entonces
el honor despierta;
porque quien le tiene
no es bien que se duerma.
La jurisdicción
de la cama tienta;
lo frío le abrasa,
lo ardiente le hiela;
porque los que aman
este estado, sepan
que aun allí no tienen
segura su prenda.
Salta de la cama
y toma en defensa
de su honor y vida
espada y rodela.
Presto halló el engaño,
y a nosotros llega;
porque las desdichas
siempre fueron prestas.
Conmigo se afirma;
la cólera ciega
nunca por preceptos
gobernó las tretas.
Y como el agravio
ni esgrime ni llega,

cuchilladas tira
con poca destreza.
A pocas, turbado,
por mi espada se entra;
del jardín los cuadros
con la sangre riega.
Saco a Porcia en brazos,
sin herida, muerta,
y en un monasterio
defendida queda.
Apenas la aurora
sacó la cabeza
a llorar desdichas
en viendo la Tierra,
cuando diez soldados
mi aposentó cercan;
préndeme mi hermano,
y él mismo sentencia,
porque propia sangre
más ejemplo sea,
dando a la justicia
majestad severa.
Ya llegaba el día,
cuando una doncella,
hija del alcaide,
piadosa me entrega
llaves de la torre,
joyas y cadenas.
Salgo en el caballo,
que, si vivo queda,
como el de Alejandro,
mármol se prometa.
Hoy a vuestros pies
mis fortunas llegan;
mostrad que sois ángel
en librarme dellas.
Dadme vuestro amparo,
que mi historia es ésta;
será vuestra gloria
remediar mi pena.

DIANA. Discreto debéis de ser;
mas no se os ha parecido.
¿Engañador habéis sido?
Guárdese toda mujer.
Hideputa, bellacón,
¡cómo pintó por la senda
la camisa de su prenda!
¿Aún no trajera jubón?
¡Qué linda vista tenéis!
Pues de aquellas naguas frescas
vistes las randas flandescas,
a fe que no me engañéis.
¿Desos sois? No más conmigo.
A buen tiempo os declaráis,
pues al de Parma me dais
por capital enemigo.
¿Andáis a engañar mujeres,
de noche, por los jardines?

TEODORA. No es justo que lo imagines,
si de desdichas lo infieres.

FABIO. Señora, este caballero
favorece.

DIANA. ¿Vos habláis
por él? ¿Tan seguro estáis
de su culpa, majadero?

FABIO. [*Ap. a* ALEJANDRO.] ¿Qué has hecho?

ALEJANDRO. Aquesto fingí
por verla.

DIANA. ¡Oh, Ulises astuto!
Váyase Porcia con Bruto (1).
¿Qué es lo que me quiere a mí?

FABIO. [*Ap. a* DIANA.] Señora, no es en tu agravio.
Invención debe de ser.

DIANA. ¡Vive Dios!, que le he de hacer
dar mil estocadas, Fabio.
Venid conmigo, Camilo
y Julio.

JULIO. ¡Qué airada estás!

DIANA. ¿Qué queréis? No puedo más,
en viendo traidor estilo.

(Vanse, y quedan TEODORA, ALEJANDRO *y* FABIO.*)*

FABIO. [*Ap. a* ALEJANDRO.] Quisiera poder hablarte,
y quedóse aquí Teodora.
¿Pero qué dirás agora
con que puedas disculparte?

ALEJANDRO. Anda, Fabio, que es locura
la de Diana y no amor;
y si éste ha de ser (2) humor,
su Estado ni su hermosura
no me prestarán paciencia.
Entra a verla y dila, Fabio,
que sentido deste agravio,
daré la vuelta a Florencia;
que yo no quiero mujer
con lucidos intervalos.

FABIO. ¡Con qué gentiles regalos
la dispones a volver
a tu amistad! Mas yo voy,
por ver de qué se ha sentido.

(Vase.)

---

(1) Hartzenbusch corrigió: "Váyase con Porcia Bruto".
(2) Idem: "y si éste ha de ser *su* humor".

TEODORA. Agora que Fabio es ido,
os quiero decir quién soy,
generoso caballero.
ALEJANDRO. Ya, señora, lo he sabido,
y agora perdón os pido
de no haber hecho primero
lo que era razón con vos.
TEODORA. De mí también estad cierto;
que de aqueste desconcierto
estoy corrida, por Dios.

(Salga DIANA *a la puerta, a escuchar, y* FABIO.)

Perdonad la bobería
de la señora Duquesa.
No sabe más.
ALEJANDRO. No me pesa
de ver su descortesía,
si ha pasado por su puerta
por la posta Salomón;
pésame de la ocasión
neciamente descubierta
a quien me ha tratado ansí.
TEODORA. La relación que le hicistes
de vuestras fortunas tristes,
más impresión hizo en mí.
Mis joyas, casa y hacienda
tened por vuestras, Octavio.
DIANA. [*Ap. a* FABIO.] ¿Qué sientes de [aquello, Fabio?
FABIO. Siento que el diablo lo entienda.
ALEJANDRO. ¿A tantas obligaciones,
qué puedo yo responder?
TEODORA. La herencia desta mujer
está agora en opiniones.
Si sale el pleito por mí,
Farnesio ilustre, creed,
como vos me hagáis merced,
si habéis de asistir aquí,
de darme vuestro favor,
de premiaros de tal modo (1),
que venga a ser vuestro todo.
DIANA. [*Ap. a* FABIO.] ¿Aquello es temor [o amor?
FABIO. Temor de verse en estado
que todo lo ha menester.
DIANA. Celos me dan; soy mujer.
Peligro corre el cuidado.
ALEJANDRO. Dadme, señora, licencia
para poner en razón
mis cosas.
FABIO. [*Ap. a* DIANA.] Por tu ocasión
quiere volverse a Florencia.
DIANA. ¿A qué Florencia, ignorante?
siendo del de Parma hermano?
FABIO. Todo aquello es cuento vano,
por estar gente delante.
TEODORA. Id con Dios, gallardo Octavio,
y en prendas de que seréis
de mi parte y vengaréis
de mi justicia el agravio,
este diamante traed
por divisa de una dama
que su defensor os llama.
ALEJANDRO. Señora, ¡tanta merced!
Tomaréle por prisión,
como fué antigua señal,
para ser grillo inmortal
del dedo del corazón.
DIANA. [*Ap.*] Si se detiene y porfía
(tanto quien escucha, yerra),
presumo que doy en tierra
con toda la bobería.
FABIO. Voy tras él.
ALEJANDRO. Fabio, ¿y Diana?
FABIO. [*Ap.*] Calla, que está aquí, y te oyó.
ALEJANDRO. ¿Será bien hablarla?
FABIO. No;
que es airada, tigre hircana.
Echa, señor, por aquí,
y finge que no la viste.

(Vanse.)

TEODORA. Diana, ¿dónde, tan triste?
DIANA. Estoy desde hoy por ti.
Dísteme, amiga Teodora,
recién venida, un consejo
que no tomas para ti.
TEODORA. ¿Cómo?
DIANA. Que, por no ser buenos,
siempre huyese de los hombres,
y siempre te hallo con ellos.
Esta mañana, también,
con mil razones y ejemplos,
me persuadiste lo mismo;
no entiendo tus pensamientos,
mas debe de ser engaño.
Dime si puedo quererlos;
que, por tomar tu lición,
ha muchos días que tengo
el gusto con telarañas,

(1) Hartzenbusch corrigió: "que he de premiaros de modo".

con polvo el entendimiento.
¿Qué es amor, por vida tuya?

TEODORA. Amor, Diana, es deseo.

DIANA. ¿No más?

TEODORA. Lo demás, tener
las esperanzas efecto.
Es el amor, de dos almas
transformación.

DIANA. ¿Cómo?

TEODORA. Un trueco;
que dejando cuerpos propios
pasan a cuerpos ajenos.

DIANA. ¡Válame Dios!

TEODORA. ¿Qué te admira?

DIANA. Que se pasen a otros cuerpos;
que es la mayor invención
que pudo hallar el ingenio.
Pero entre dos que se aman,
¿qué suele descomponellos?

TEODORA. Celos.

DIANA. ¿Qué es celos?

TEODORA. Sospechas
de que hay diferente dueño.

DIANA. ¿Y si le hay?

TEODORA. Es agravio;
que los celos, sólo celos,
son una sombra de noche
que del propio movimiento
de la persona se causa.
Son una pintura en lejos,
que finge montañas altas
lo que son rasgos pequeños.
¿No has pasado alguna vez
por un espejo, de presto,
que eres tú y piensas que es otro?
Pues eso mismo son celos.

DIANA. ¿Que son celos tantas cosas?

TEODORA. Líbrete Dios de tenerlos.

(Vase.)

DIANA. Dulces empeños de amor,
¿quién os mandó ser empeños
de prendas no conocidas?
Fié de Fabio el secreto
de buscarme un defensor;
y cuando tenerle pienso,
hallo que todo es engaño,
traiciones y atrevimientos.
Determinéme a querer
a tan noble caballero
como Alejandro, y corrida
de mi engaño, me arrepiento.
¿Quién, sino yo pudo hallar
la desdicha en el remedio?
¿Quién sino yo ser pudiera
dichosa para no serlo?
¡Ay, mi querida aldea! ¡Ay, campo ameno!
¡Quien me trujo a la Corte, muera de celos!
¡Ay, mis dulces soledades,
donde escuchaba requiebros
de las aves en sus flores,
de las aguas en los hielos!
No aquí (1) lisonjas, no engaños,
no traiciones, no desprecios,
adonde teme la vida,
si no la espada, el veneno.
Nunca yo supe en mi aldea
de qué color era el miedo;
agora, a mi sombra misma
por cualquiera parte temo.
Allá todos eran simples;
aquí todos son discretos;
achaque es de la mentira
por ser más los que son menos.
¡Ay, mi querida aldea! ¡Ay, campo ameno!
¡Quien me trujo a la Corte, muera de celos!

(Salen ALEJANDRO *y* FABIO.*)*

FABIO. Con poca satisfacción
hacen paces los amantes.

ALEJANDRO. En sospechas semejantes
se agravia la estimación.
Fabio me ha dicho, señora
(ya que mi desconfianza,
viendo en vos tanta mudanza
con el alma que os adora,
me obligaba justamente
a solicitar mi ausencia),
que no me vuelva a Florencia.

DIANA. Fabio es hombre diligente;
y si estuviera colgado
de una almena de ese muro,
mi honor viviera seguro
y mi necio amor vengado.

FABIO. Que lo merezco es muy cierto;
que así se debe pagar
quien te ha sacado del mar
y puesto en seguro puerto.
Pero si este movimiento
es condición de mujer,
que dejan presto vencer
su cobarde entendimiento

(1) Hartzenbusch corrigió "allí".

de cualquier sospecha vana,
dime si en haber traído
a Alejandro te he mentido.

ALEJANDRO. Yo soy (1), hermosa Diana,
Médicis soy; que no soy
Farnesio, como fingí,
ni a Porcia en mi vida vi,
ni huyendo de nadie voy,
ni maté, ni me prendieron;
porque aquella relación
fué solamente invención
de ajenar (2) los que la oyeron.

DIANA. Si pretendiste encubrirte
de ser quien eres, con arte,
¿por qué no me diste parte,
para que pudiera oírte
con menos alteración?

ALEJANDRO. Porque no te pude hablar.

DIANA. ¿Y aquel modo de pintar,
era también invención,
la bella Porcia en camisa?

ALEJANDRO. Laura una noche, señora,
para que viese el aurora
como en la primera risa,
quiso que te viera ansí.
Como te vi te pinté;
que en el jardín me quedé
y por la reja te vi.

DIANA. Apenas creerte puedo.
Toda el alma me has turbado,
porque de haberte escuchado
no tengo seguro el miedo;
que quien con tal libertad
miente de buen aire y gusto,
que no le crean es justo
cuando dijere verdad.

ALEJANDRO. El día que llegué aquí,
en cuya noche te hablé,
lo que contigo traté
a mi hermano le escribí,
pidiéndole que me diese
alguna gente y favor
con que, a su tiempo, mejor
te sirviese y defendiese.
Esta carta me responde.

DIANA. Muestra.

ALEJANDRO. Por ella verás
que favor en él tendrás
y que a quien es corresponde.

(1) Hartzenbusch corrigió "sólo".
(2) Idem, "engañar".

(Ella lee; FABIO y ALEJANDRO hablan.)

No puede haber desengaño,
Fabio, en el mundo mayor:
aunque es mujer de valor,
es sola y teme su daño.

FABIO. Y no es mucho, que la tienen
mil enemigos cercada.

ALEJANDRO. Fabio, mi amor y mi espada
sólo a defenderla vienen.

(Salen escuchando JULIO, CAMILO y TEODORA.)

JULIO. ¿Juntos los tres?

CAMILO. ¿No lo ves?
Una carta está leyendo.
....
.... (1)

JULIO. Que está sosegada advierte.

TEODORA. ¡Quién oyera desde aquí
lo que dicen!

DIANA. Ya leí;
y hoy llego, Alejandro, a verte
con diferente semblante,
porque he sabido quién eres.

ALEJANDRO. Si de mi valor infieres
que puedo ser semejante
a los príncipes, de quien
tengo esta sangre, Diana,
no será esperanza vana
que presto a tus pies estén
los enemigos que tienes.

DIANA. Tu nombre te hará segundo
reconquistador del mundo,
cuyas hazañas previenes,
si el gran Duque, como escribe,
me da su favor.

ALEJANDRO. Yo creo
que tiene mayor deseo
y con más cuidado vive.

FABIO. Si pudiera deshacer (2),
sin que les diera sospecha,
alguna gente, entre tanto
que llegaba de Florencia,
todo quedaba seguro.

DIANA. Pues yo la haré de manera

(1) Faltan dos versos para completar esta redondilla, los cuales pudieran decir así:

TEODORA. [*Ap.*] Y yo de celos muriendo
por ver juntos a los tres.

(2) Hartzenbusch corrigió: "Si pudiérades hacer".

que me defienda de todos
y que ninguno lo entienda.

ALEJANDRO. ¿Eso cómo puede ser?

FABIO. Paso, que en aquella puerta
tres enemigos del alma,
mundo, carne y diablo acechan.

JULIO. Fabio nos ha descubierto.

CAMILO. Pues ya nos han visto, llega.

TEODORA. ¿Señora mía?

DIANA. ¿Teodora?

TEODORA. ¿Qué carta y consulta es ésta?

DIANA. Tengo tanta inclinación
a las cosas de la guerra,
después que en un libro vi
lo que las historias cuentan
de mujeres valerosas,
que, por serlo como ellas,
escribí una carta al Turco:
que luego como la vea
me entregue la Casa Santa;
y ésta que veis es respuesta
en que dice que no quiere:
con que pienso hacer gran leva
de gente, y llevarla al Cairo
por la mar y por la tierra.
Esto consultaba a Octavio,
y, muy necio, me aconseja
no me meta con el Turco.

JULIO. [*Ap.*] No ha dicho cosa como ésta
en todos sus desatinos.

DIANA. ¡Ea! Salgan diez banderas
con tres mil o seis mil hombres.

ALEJANDRO. Señora, aunque tal empresa
es santa, y la hicieron reyes
de Francia y Ingalaterra,
vos no sois tan poderosa.

DIANA. ¡Qué donosa resistencia!
Vamos, Fabio.

FABIO. ¿Dónde vamos?

DIANA. Al Cairo.

FABIO. ¿Mejor no fuera
ir a comer, que es muy tarde?

DIANA. ¿Comer? Lanzas y escopetas.
Toca alarma, alarma toca.

JULIO. Vamos, Teodora, con ella;
no intente algún disparate.

FABIO. ¿Qué dices?

ALEJANDRO. Que fué discreta
la invención.

TEODORA. De boba a loca
hay muy poca diferencia.

CAMILO. Seguilde el humor.

JULIO. ¡Al arma!
¡Toca al arma!

TODOS. ¡Guerra, guerra!

ACTO TERCERO

(Salen ALEJANDRO, *con bastón de general, bizarro, y* MARCELO.*)*

ALEJANDRO.

¿Entró la gente toda?

MARCELO.

Entró toda la gente,
que ya por las posadas se acomoda.

ALEJANDRO.

Formaráse un ejército valiente
de soldados bizarros.
¿Vino el bagaje?

MARCELO.

Van entrando en carros.

ALEJANDRO.

¿Qué dicen en Urbino?

MARCELO.

Que ha sido poderoso desatino,
con pretexto de guerra
contra el Turco, soldados en su tierra.

ALEJANDRO.

Deben de estar turbados.

MARCELO.

Sienten, sin causa, sustentar soldados
que Diana levanta
a título de ver la Casa Santa.

ALEJANDRO.

Mandóme hacerlos, y como es mi amparo,
en servirla reparo,
puesto que me parece disparate
que un imposible trate,
pues a la Santa guerra
fueron un tiempo Francia, Ingalaterra
y Alfonso, rey de España,
cubriendo de naciones la campaña.

MARCELO.

También dicen que cubren el camino

soldados de Florencia, contra Urbino,
y tanto ya su ejército se acerca,
que le han visto marchar desde la cerca.

ALEJANDRO.

Hablaré (1) la Duquesa, mi señora.
Pero ¿quién viene aquí?

MARCELO.

Viene Teodora.

(Sale TEODORA.)

TEODORA. En fin, Octavio ha llegado.
Generoso capitán,
si bien parecéis galán,
mejor parecéis soldado.
Que tan lucido este día
venís a quien os espera,
gran capitán, que quisiera
ser yo vuestra compañía.
Dadnos, Marcelo, lugar,
que quiero hablar con Ocatvio.

MARCELO. Es en mi lealtad agravio,
mas no le quiero formar;
que de haberme vos mandado
que os deje (como lo haré),
más sospechas llevaré
que de haberos escuchado.

TEODORA. Si la gente que traéis,
gallardo Farnesio, a Urbino,
para tan gran desatino,
emplear mejor queréis,
yo sé quién luego os hiciera
destos Estados señor.

ALEJANDRO. Y yo pagara su amor,
Teodora, si justo fuera.
Pero habiendo conducido,
por gusto de la Duquesa
(aunque para loca empresa,
pues todo es tiempo perdido),
la gente de que me ha hecho
capitán, fuera traición,
no sólo a mi obligación,
pero a su inocente pecho.
Que si bien es desatino
el ir a Jerusalén,
al fin, es Diana quien
me ampara y tiene en Urbino.

TEODORA. ¿Y si yo el pleito venciese?

ALEJANDRO. Entonces, señora mía,
la gente vuestra sería;
pero no si no lo fuese.

(Sale DIANA.)

DIANA. Basta, Teodora, que quien
a Octavio quisiere hallar,
donde estás le ha de buscar,
y a ti, Teodora, también
buscando a Octavio; mas él
ya no debe de ser hombre,
porque atento (1) ese nombre
huyeras, Teodora, dél.
Tus honestas altiveces
más saben decir que hacer.
¡Poco debes de correr,
pues te alcanza tantas veces!

TEODORA. Cuando yo te persuadía,
eras, Diana, ignorante;
.... (2)
que te engañase temía.
Ya que más discreta eres,
no hay preceptos que te dar
de cómo se han de guardar
de los hombres las mujeres.
Y así, pues no han de engañarte,
bien puedas (3) hablar con ellos;
que dejallos o querellos
no cabe en términos de arte.

DIANA. Disculpar quieres tu error
con darme licencia a mí.

TEODORA. Hablar con Octavio aquí,
¿puede ser contra mi honor?
Muy maliciosa te has hecho
después que en Palacio estás.

DIANA. Como voy sabiendo más,
voy entendiendo tu pecho.
Perdone vueseñoría,
y muy bien venido sea.

ALEJANDRO. El que serviros desea,
no tiene, señora mía,
mayor bien que desear.
En vuestro lugar estuve.

DIANA. ¿Vístesle?

ALEJANDRO. Allí me detuve
con gusto de preguntar
cómo os criastes, y vi
que del monte a verme vino

---

(1) Hartzenbusch corrige: "Hablaré *a* la Duquesa...".

(1) Así en la 1.ª ed. Hartzenbusch corrigió "a tener".
(2) Falta aquí un verso.
(3) Hartzenbusch corrigió "puedes".

vuestro viejo padre Alcino,
a quien vuestras cartas di
y aquellos seis mil ducados.
Lloró conmigo el buen viejo,
y tomando su consejo,
hice quinientos soldados
de aquellas villas y aldeas,
con pregonar vuestro nombre,
porque no quedaba un hombre.

TEODORA. Bien venido, Octavio, seas;
que quiero ser más cortés
que Diana lo es conmigo.

DIANA. Yo lo que me dices digo.

TEODORA. Habladme, Octavio, después.

(Vase.)

ALEJANDRO. Por Dios, que está vuestra Alte-
terrible; que no repara [za
en que su ingenio declara.

DIANA. Es condición o flaqueza
de voluntad de mujer,
señor Alejandro, y yo
lo soy también, aunque no
lo acabo de conocer.

ALEJANDRO. Si llega a hablarme Teodora,
cuando de servirte vengo,
¿qué puedo hacer?

DIANA. No la hablar,
pues te doy el mismo ejemplo
con Julio y Camilo yo,
ni respondo a los intentos
de príncipes que me escriben;
mas desde aquí me resuelvo
a dejar tus sinrazones
y tratar de mi remedio.

ALEJANDRO. ¡Escucha!

DIANA. ¿Yo, para qué?

ALEJANDRO. Hasme de escuchar.

DIANA. No quiero.

ALEJANDRO. Teodora me habló.

DIANA. No hablalla.

ALEJANDRO. ¿Por qué?

DIANA. Porque yo me ofendo.

ALEJANDRO. ¿Y si me detuvo?

DIANA. Huir.

ALEJANDRO. ¿Huir?

DIANA. Y fuera bien hecho.

ALEJANDRO. ¿Cómo pude?

DIANA. Con los pies.

ALEJANDRO. Loca estás.

DIANA. Como tú necio.

ALEJANDRO. ¿Tanto rigor?

DIANA. Tengo amor.

ALEJANDRO. Yo mayor.

DIANA. Yo no lo creo.

ALEJANDRO. ¿Mas qué te pesa?

DIANA. No hará.

ALEJANDRO. ¿Eso es valor?

DIANA. Tengo celos.

ALEJANDRO. ¿Morir me dejas?

DIANA. ¡Qué gracia!

ALEJANDRO. Ya me enojo.

DIANA. Y yo me vengo.

ALEJANDRO. Diré quién soy.

DIANA. Ya lo has dicho.

ALEJANDRO. ¿A quién?

DIANA. A quien aborrezco.

ALEJANDRO. ¡Fuerte mujer!

DIANA. Esto soy.

(Sale FABIO.*)*

FABIO. Meteréme de por medio,
bravos del alma.

DIANA. No hay burlas,
Fabio, conmigo. Esto es hecho.

FABIO. ¿Anda por aquí Teodora?

DIANA. De sus agravios me quejo.

FABIO. ¡Ea!, que ya sale amor
por donde entraron los celos.
¿Para qué os estáis mirando?
¿Qué sirve, si los deseos
están pidiendo los brazos,
poner los ojos al sesgo?
En verdad que es tiempo agora
para que se gaste el tiempo
en celos y desatinos,
estándose Urbino ardiendo.

ALEJANDRO. Bien dice Fabio, señora.
Prosigamos o dejemos
lo que habemos concertado;
que la alteración del pueblo
no permite dilaciones.

DIANA. ¿Qué celos fueron discretos?
Parte, Fabio, a lo que hoy
te dije, viniendo a tiempo;
que todos mis enemigos
queden por ti satisfechos
de que la gente que entró
no tiene más fundamento
que mi simple condición.

FABIO. Voy; pero quedad primero
amigos.

DIANA. Yo le perdono,
para que se parta luego

a prevenir los soldados.

ALEJANDRO. Bien sabe, señora, el cielo
la intención con que te sirvo.

FABIO. Que veréis muy presto espero
la venganza de Teodora
y el fin de vuestro deseo.

(Vanse ALEJANDRO *y* FABIO, *y sale* JULIO.)

JULIO. Hasta que Urbino, señora,
ha visto tantas banderas,
no ha pensado que es de veras
la guerra que teme agora.
Está toda la ciudad
alborotada de ver
que, no siendo menester,
y con tanta brevedad,
hagas número de gente
tan grande, dando ocasión
que murmuren con razón
y extrañen el accidente.
Corre fama, y es verdad,
que es contra el Turco, que ha dado
risa al vulgo y al Senado
y escándalo a la ciudad.
Yo, de quien puede fiarse
vuestra Alteza, le prometo
fidelidad y secreto,
si permite declararse
con quien la sirve y adora.

DIANA. Julio, presto verá Urbino
si es valor o desatino,
como publica Teodora.
Está ya el Turco embarcado
para venir contra mí,
y ¿que traiga gente aquí
tiene por burla el Senado?
Pero la culpa he tenido,
porque si yo me casara
en Milán, Parma y (1) Ferrara,
entre el Turco y mi marido
se pudiera averiguar,
y no andar con mis banderas,
si es de burlas, si es de veras,
alborotando el lugar.

JULIO. Señora, hablando verdades,
como a veces dices cosas
discretas y sentenciosas,
no siempre nos persüades
que nacen de tu inocencia
cosas que nos dan temor;
porque ignorancia y valor
y desatino y prudencia
no caben en un sujeto.

DIANA. Sí caben, cuando se crea
que aquello me dió una aldea
y estotro un padre discreto.

(Sale TEODORA *y* CAMILO.)

TEODORA. ¿A quién no pondrá temor
ver, Camilo, cada día
ir entrando tanta gente,
tantas armas y divisas,
tantas cajas y trompetas,
prevenir la artillería
del muro y guardar las puertas?

CAMILO. Teodora, quien imagina
a Diana como simple,
echa este negocio en risa.
Mas quien, por otras razones,
presume que ser podría
consejo de algún discreto,
que ocultamente codicia
hacerse señor de Urbino,
teme que es todo mentira.

TEODORA. Allí están Julio y Diana.

CAMILO. ¡Brava amistad!

TEODORA. Es fingida.

JULIO. Yo te he dicho lo que siento.

DIANA. ¿Por qué tienen por malicia
que traiga Octavio esa gente?

JULIO. A todos, señora, admira
que digas que es contra el Turco.

DIANA. ¿Quieres que verdad te diga?

JULIO. Eso deseo.

DIANA. Pues, Julio,
¿tendrás secreto?

JULIO. Seré (1)
leal a tu gusto.

DIANA. Temo
que Teodora, mi enemiga,
te quiere bien.

JULIO. Ya no quiere,
después que Octavio la mira.

DIANA. ¿El a ella, o ella a él?

---

(1) Hartzenbusch corrigió con acierto "o"

(1) Esta palabra debiera ser asonante en *i-a*, por exigencia del romance en que está compuesta la escena. Para lograrlo, Hartzenbusch modificó estos dos versos así:

JULIO. Confía
en mi lealtad.
DIANA. Julio, temo...

JULIO. Todo en interés estriba
de que le dé su favor.

DIANA. Casarme, Julio, querría,
y proponiéndole a Octavio
mi intento, como él se inclina
a Teodora, me aconseja
que por mi dueño te elija.

JULIO. ¿Quién, sino Octavio, pudiera,
siendo la nobleza misma,
favorecer mi esperanza?
¡Qué término, qué hidalguía!
Bien me lo debe en amor.

DIANA. Allí, Julio, te retira;
que quiere Camilo hablarme.

CAMILO. Con Teodora confería,
ilustrísima señora,
que la ocasión que te obliga
a las banderas que has hecho,
por otros pasos camina.
Si merezco tu favor,
pues aventuré la vida
por traerte del aldea,
¿qué intentas, qué solicitas
con tantas armas, que ya,
como sabes, cada día
más nos pones en cuidado?

DIANA. Algo estoy más entendida;
mas no tanto que me entiendan.

CAMILO. Temo que son tus enigmas
como la esfinge de Tebas.

DIANA. No entiendo filosofías.
Bien sé que sola y mujer,
y no artesa ni Artemisa,
mal me podré gobernar.
Octavio me persuadía
que hiciese elección de ti.

CAMILO. Tiene muy bien conocida
mi gran voluntad Octavio.
¡Con qué ilustre bizarría
hoy entraba con la gente!
Ni en la paz ni en la milicia
ha visto tal hombre Italia.
¿Pero tú, señora mía,
que le respondiste a Octavio?

DIANA. Que para que te reciba
Urbino con más aplauso,
al Senado le diría
tus méritos y mi amor.

CAMILO. Teodora y Julio nos miran,
que, si no, a tus pies...

DIANA. Detente,
y silencio, si me estimas.

CAMILO. Voy a engañar a los dos,
y tú tantos años vivas,
que de nuestros hijos veas
copia de inmortal familia.

JULIO. ¿Qué te ha dicho la Duquesa,
Camilo?

CAMILO. Mil boberías
acerca de la jornada,
con que ser simple confirma.
No hay de qué tener sospecha.

(Sale LAURA.*)*

TEODORA. ¡Qué incapaz mujer! ¡Qué indigna!

LAURA. Un embajador del Turco,
persiano de medio arriba,
de medio abajo, lagarto,
con almalafa morisca,
y, por mayor gravedad,
ceñido por las rodillas,
la cimitarra anchicorta,
la guarnición de ataujía,
quiere hablarte.

DIANA. Dile que entre,
y dame, Laura, una silla.

TEODORA. ¿Laura?

LAURA. ¡Señora!

TEODORA. Oye, aparte.
¿Qué es esto que el Turco envía?

LAURA. Un embajador.

TEODORA. ¿Qué dices?

LAURA. Que me remito a la vista.

JULIO. Para confirmar Diana
la necedad que imagina
del ejército que forma,
se ha persuadido a sí misma
fingir un embajador.

CAMILO. Ya viene.

DIANA. Y yo estoy corrida.

(Acompañamiento, y detrás, FABIO, *de turco vestido graciosamente.)*

FABIO. Alá guarde a vuestra Alteza.

DIANA. Venga vuestra turquería
con salud.

FABIO. Déme las plantas.

DIANA. Están a los pies asidas.

FABIO. Las manos.

DIANA. Si se las doy,
¿con qué quiere que me vista?

LAURA. Déle silla vuestra Alteza.

DIANA. ¿Por qué no se la traía
de su tierra?

LAURA. Esto conviene.
Siéntese vusiñoría.
JULIO. ¿Este no es Fabio, Teodora?
TEODORA. En forma tan peregrina
viene, por darla contento,
que apenas le conocía.
JULIO. Ya no es duda su ignorancia;
que sola esta acción confirma
la simplicidad mayor
que ha sido vista ni escrita.

(Aparte a DIANA.*)*

FABIO. Ya queda, hermosa Diana,
sacando la infantería
Alejandro, y en Palacio,
de arcabuces y de picas
forma un escuadrón, que rige
en un caballo que pisa
fuego por tierra, y a saltos,
sobre los aires empina
el cuerpo, tan arrogante,
que apenas cabe en las cinchas.
DIANA. Proseguid, embajador.
FABIO. Pues me mandáis que prosiga:
El gran Mahometo, sultán,
emperador de la China,
de Tartaria y de Dalmacia,
de Arabia y Fuenterrabía,
señor de todo el Oriente,
y desde Persia a Galicia,
con Mostafá, que soy yo,
salud, Duquesa, te envía.
DIANA. De que en tan largo camino
no se os perdiese, me admira,
esa salud que decís,
y viniendo tan a prisa.
FABIO. ¡Cuál están estos borrachos
escuchándome!
DIANA. No digas
algo que me eche a perder.

(Los dos aparte.)

FABIO. ¡Oh, si le vieras cuál iba
Alejandro, todo sol
y toda sombra la envidia!
DIANA. Proseguid, embajador.
FABIO. Pasando por la cocina,
me dió un olor de torreznos,
que el alma se me salía.
DIANA. ¿Comen los moros tocino?
FABIO. Y se beben una pipa
donde no lo ve Mahoma.
DIANA. ¿Tocino?
FABIO. No; sino guindas.
DIANA. Proseguid, embajador.
FABIO. Al salir de la mezquita,
sultán recibió tu carta,
en presencia de Jarifa,
donde dices que es tu intento
conquistar a Palestina,
Tierra Santa, de tu ley,
para cuya acción le avisas
que haces gente en tus Estados,
y que tus banderas cifras
con una C y una T
que dicen "contra Turquía";
que derriba (1) luego a Meca,
adonde cuelga en cecina
un pernil de su profeta.
Y que por parias te rinda
todos los años cien moras:
las cincuenta bien vestidas
de grana y tela de Persia,
y las cincuenta en camisa;
seis elefantes azules
y diez hacas amarillas:
aquéllos cargados de ámbar
y éstos de bayeta y (2) frisa,
o, que si no, desde luego
rompes la paz y publicas
la guerra, y para señal
un guante de malla envías.

(A ella.)

Díjome que te dijese,
Alejandro, que vendría
en haciendo el escuadrón,
a verte.
DIANA. Es mi propia vida.
Proseguid, embajador.
FABIO. Sultán, por las cosas dichas,
y viendo arrogancias tales,
de los bigotes se tira,
y de la cólera adusta
de tal manera se hinca (3),
que de unas calzas de grana
se le quebraron las cintas.
Finalmente, me mandó
que partiese el mismo día,

---

(1) Hartzenbusch corrige "derrib*e*".
(2) Idem, "o".
(3) Hartzenbusch corrigió "hin*cha*".

y donde no hallase postas
tomase mulas a priesa,
para que llegando a Italia
ninguna cosa te diga.
Yo cumplo con mi embajada
y me vuelvo a Natolía,
a Caramania y Bruselas,
Sierra Morena y Sicilia,
donde está con tanto enojo,
que me dijo a la partida
que le trujese un barril
de aceitunas de Sevilla;
y, porque allá no las hay,
seis varas de longaniza.
Con esto, el cielo te guarde,
y advierte que me permitas
que pueda tener despensa,
donde, vendiendo salchichas,
perdices, vino y conejos,
vuelva rico a Berbería;
que por la mitad que a otros
te daré cuanto me pidas.

(Vase.)

DIANA. ¿Marcelo?
MARCELO. ¡Señora!
DIANA. Dime:
¿sería descortesía
matar este embajador
por las que me tiene dichas,
o darle algunas valonas
para el camino?
MARCELO. Sería
contra su salvoconduto.
DIANA. ¿Luto este moro traía?
TEODORA. [*Ap. a* JULIO.] Yo quedo ya sin sos-
segura de mi justicia. [pecha,
JULIO. Y yo, Teodora, templando
con la lástima la risa.
CAMILO. Las cajas suenan. No temas;
porque quien se persuadía
que era Turco su criado,
no pecará de malicia.
Vamos a ver cómo ordena
Octavio la infantería.
JULIO. El, por lo menos, bien sabe
la militar diciplina.

(Vanse, y DIANA *llama a* TEODORA.*)*

DIANA. ¿Teodora?
TEODORA. ¡Señora!
DIANA. Advierte:
¿será bien dar un pregón
destas trompetas al son?
TEODORA. ¿Pregón, cómo?
DIANA. Desta suerte:
que todas, desde este día,
o solteras o casadas,
¡traigan calzas atacadas!
TEODORA. ¡Muy buena invención sería!
DIANA. Con esto se ahorrarán
de naguas y de manteos,
que es gran costa, y los deseos
menos, Teodora, serán;
que lo que siempre se ve,
a menos codicia obliga.
TEODORA. ¡Qué ingenio! ¡Dios te bendiga!

(Vase.)

DIANA. Pues ya Teodora se fué
y Alejandro está ordenando
el escuadrón que ha de entrar
en Urbino, para dar
lugar al que está esperando,
bien será partirme luego
a volver por mi opinión.
Volved, mi libre razón,
a vuestro antiguo sosiego.
Conozca mi entendimiento,
y salga de la prisión
desta vil transformación
mi cautivo pensamiento.
Que el ser boba son tan fieras
burlas en una mujer,
que el hábito puede hacer
que lo venga a ser de veras.
Y si tanto desconsuela
ser boba un hora fingida,
quien lo fué toda su vida.
¿de qué suerte se consuela?
Que si del mayor amigo,
si es necio, se hace desprecio,
¿cómo no se cansa un necio,
pues ha de tratar consigo?

(Vase. Salen ALEJANDRO *y* FABIO.*)*

ALEJANDRO. Apenas puedo creer,
Fabio, lo que me has contado.
FABIO. Todo queda asegurado.
ALEJANDRO. ¡Qué peregrina mujer!
¿Qué dirán cuando la (1) vean

(1) En la 1.ª ed. "*le*".

con su entendimiento claro?
FABIO. Que ha sido el caso tan raro
que habrá pocos que le crean.
¿Habráse alguno fingido
bobo de aquesta manera?
ALEJANDRO. Cuando esto jamás hubiera
en el mundo sucedido,
habiendo tantas memorias,
que alguna vez te diré,
cual ejemplo de más fe,
que en las divinas historias
un rey de tanto valor,
a quien Saúl perseguía,
que como siempre vivía
fugitivo a su rigor...
FABIO. Con qué discreción ha sido
boba hasta tener defensa.
ALEJANDRO. Vengaráse de tu ofensa,
si no la pone en olvido.
FABIO. Confesábase una dama
de estar de bonico aseo;
preguntóle el confesor,
como suelen, lo primero,
el estado que tenía,
y ella, con rostro modesto,
respondió que era doncella.
Fuése el caso prosiguiendo,
y confesó en el discurso
ciertos casos poco honestos.
Díjole el padre: "Al principio,
dijistes, si bien me acuerdo,
que érades doncella; ¿pues...?"
Y ella respondió de presto:
"Sí, padre, de una señora."
ALEJANDRO. Y yo tu discurso entiendo,
de manera que Diana,
mientras sale con su intento,
es boba para los otros.
FABIO. Y más que es sacado el cuento
de mi propia biblioteca.
Ella viene.

(Sale DIANA.)

DIANA. Doy al cielo
gracias, valiente Alejandro,
que libre a tus ojos llego.
ALEJANDRO. Segura, hermosa Diana,
de mi valor, por lo menos:
que antes perderé mil vidas
que venga a poder ajeno
Estado que, a no ser tuyo,
te sobran merecimientos
para mayores laureles.
DIANA. Aunque pasé con secreto
hasta llegar a tu tienda,
he visto, en hileras puesto,
ya no lucido escuadrón,
mas todo un monte de acero.
ALEJANDRO. Ya, pues, señora, que has visto
las banderas, los pertrechos
y todo el orden del campo,
en tu servicio dispuesto,
mientras se junta (1) del todo,
te ruego con vivo afecto,
para que de tu justicia
quede yo más satisfecho,
y porque muchos también
tienen el mismo deseo,
que me digas el principio
de tu noble nacimiento.

DIANA.

El Duque Octavio, ¡oh Médicis famoso!,
muerto en la guerra su menor hermano,
que tuvo el Rey de Francia vitorioso
contra el valiente príncipe britano,
trujo a su casa el ángel más hermoso
que su deidad vistió de velo humano,
en la Condesa Hortensia, su sobrina,
a petición de su mujer Delfina.
Criábase en Palacio la Condesa,
de no pocos señores pretendida;
pero difícil, por (2) el Duque, empresa,
negaba (3) a todos, y por él querida;
murió de pocos años la Duquesa,
de quien era guardada y defendida,
y declaróse el Duque libremente
(tal es de Amor el bárbaro accidente).
Andando a caza con Hortensia un día,
con despecho de verse desdeñado,
y que ni por marido le quería,
ni dar remedio a su mortal cuidado,
en una selva tímida y sombría,
cubrióse el cielo de un telliz bordado,
de escuras nubes, como un tiempo a Dido,
Amor, de sus desdenes ofendido.
Comenzaron con esto las señales
de escura tempestad, que el miedo aumentan,
sonando de las ruedas celestiales
los quicios que la máquina sustentan.
Ocultos los terrestres animales;

(1) Hartzenbusch corrigió "junta*n*".
(2) Idem, "para".
(3) Id. "nega*da*".

las aves que en el aire se alimentan,
revolando entre negros torbellinos,
bajaban a los árboles vecinos.
Pegaba a la celeste artillería
la cuerda el seco humor, y de los senos
de las escuras nubes escupía
relámpagos de luz, de miedo truenos;
piramidal el fuego resolvía
las copas de los árboles amenos
y las sagradas torres, cuyo muro
no está, por ser más alto, más seguro.
Hay una cueva solitaria y fiera,
bostezo oscuro de una parda roca,
que por el eco se quedase afuera,
forma, de espinos, dientes a su boca;
de salobres carámbanos, esfera;
de riscos altos la melena toca,
sudando charcos los abiertos poros;
de roncas ranas, desabridos coros.
Aquí principio dió Naturaleza
a mi vida, Alejandro; aquí, forzada
de la Condesa Hortensia la belleza,
fué prima y madre, y se sintió preñada.
El Duque, por cubrir, no la flaqueza,
sino la culpa, sin dejarle espada,
como Eneas a Dido, fué más necio:
pues no hay mayor espada que el desprecio.
Cuando nací, murió: propia fortuna
de una mujer que nace desdichada;
pues tuve a un tiempo sepultura y cuna,
viviendo entre dos montes sepultada:
criéme sin tener noticia alguna,
en pobre labradora transformada,
de mi padre y mi noble nacimiento,
sin esperanzas que llevase el viento.
Bien que la sangre, a diferente estilo
de cosas altas, me sirvió de norte,
y cuando vino, como ves, Camilo,
troqué el sayal en tela; el campo, en Corte.
Tú, ya de mi temor sagrado asilo,
como esta vida a tu valor importe,
aunque no añada a tus grandezas lustre,
defiende esta mujer, por hombre ilustre.

ALEJANDRO.

El trágico principio de tu historia,
tan peregrina y de sucesos llena,
parece que lastima la memoria;
mas hoy en gloria volverá la pena;
la justicia promete la vitoria
contra la parte de la envidia ajena:
hoy quedarás pacífica señora.

DIANA.

Y tú, Alejandro, de quien más te adora.
¡Oh (1), pues, gallardo Médicis!, desnuda
la espada con alegre confianza
contra esta gente, que del peso en duda
de mi justicia pone la balanza;
que yo (si tu valor mi empresa ayuda)
prometo posesión a mi esperanza;
porque es pedir a un Médicis consuelo
tener, en tanto mal, médico al cielo.

ALEJANDRO.

Dime, señora: ¿de qué suerte quieres
ponerte en posesión?

DIANA.

Dejando aparte
este fingido engaño.

ALEJANDRO.

Pues no esperes;
que ya la gente de Florencia parte.
Tú serás el valor de las mujeres.

DIANA.

Tú, César florentín, toscano Marte.

FABIO.

¿Y yo, no seré nada?

DIANA.

No te agravio,
mientras no soy lo que pretendo, Fabio.
Armar quiero, Alejandro, mi persona,
y vean los soldados mi presencia,
mientras llegan a darme la corona
los que vienen marchando de Florencia.

ALEJANDRO.

Armada, pues, ¡oh itálica Belona!,
muéstrate a Urbino con igual prudencia;
véante cuerda, que, al tomar la espada,
temblará la opinión desengañada.

DIANA. ¡Armas, Fabio! ¡Hola, criados!
Dadme un espaldar y un peto.

(Salen MARCELO *y criados con armas; y, desnudándose la ropa y basquiña,* DIANA *quede en jubón rico de faldillas o alguna almilla bizarra, y naguas o manteo.)*

(1) En la ed. de Hartzenbusch "¡Ea!".

MARCELO. Aquí tienes ya las armas.
DIANA. Dame esa gola, Marcelo.
MARCELO. Mejor estabas agora
para parecer a Venus.
¿Para qué quieres armarte?
FABIO. Sal, ¡por tus ojos!, en cuerpo,
y todo el linaje humano
doy por siete veces muerto.
DIANA. Aprieta la gola bien.
ALEJANDRO. Yo lo veo, y no lo creo.
¿Dónde aprendiste, señora,
entre castaños y enebros,
entre asperezas de montes
que visten hayas y tejos,
a vestir lucidas armas,
juntando acerados petos,
las hebillas y correas
sobre grabados trofeos?
DIANA. No importa a quien altamente
nace, Alejandro, saberlo;
que basta que lo haya visto
quien tiene valor e ingenio.
Cuando el rey le dice a un grande
que se ha criado mancebo
en la Corte, lleno de ámbar
y de telas de oro lleno:
"Id a la guerra, y sé parte";
y en llegando al campo y viendo
al enemigo, parece,
entre el plomo ardiente, un Héctor,
¿quién lo causa?, ¿quién le enseña?
Claro está que su maestro
fué allí la sangre heredada:
alma segunda, en los buenos.
El brío nace en las almas;
la ejecución, en los pechos;
lo gallardo, en el valor;
lo altivo, en los pensamientos;
lo animoso, en la esperanza;
lo alentado, en el deseo;
lo bravo, en el corazón;
lo valiente, en el despecho;
lo cortés, en la prudencia;
lo arrojado, en el desprecio;
lo generoso, en la sangre;
lo amoroso, en el empleo;
lo temerario, en la causa,
lo apacible, en el despejo;
lo piadoso, en el amor,
y lo terrible, en los celos.
FABIO. ¿Qué dices desto, Alejandro?
ALEJANDRO. Que como habiéndose puesto
la mano a una fuente un rato,
luego que la quitan vemos
correr tan furiosa el agua,
que, para salir más presto,
parece que la que viene
fuerza a la que va corriendo.
Así la bella Diana,
que estuvo en tanto silencio,
desata con mayor furia
su divino entendimiento;
de suerte que al disponer
las razones el ingenio,
entre la lengua y la voz
se atropellan los conceptos.
DIANA. Dadme un espejo.
ALEJANDRO. Bien dice:
mírese en él, aunque pienso
que no le hallará mejor
que ser de sí misma espejo.
FABIO. ¡Qué bien se ciñó la espada!
¿Qué dirán los que la vieron
ayer simple, hoy valorosa?
ALEJANDRO. Que supo engañar, fingiendo
una mujer incapaz
a muchos hombres discretos.
DIANA. ¿Estoy bien?
FABIO. De oro y azul.
DIANA. Pues ven conmigo; que llevo,
para que me tiemble el mundo,
un Alejandro en el pecho.

(Vanse. Salen JULIO *y* CAMILO.*)*

CAMILO.

Hoy ha de ser el día
que la ciudad desengañada quede.

JULIO.

Seguramente puede
vencer la pena que tener podía,
viendo tan gran locura y desatino.

CAMILO. *(Aparte.)*

Este se sueña ya Duque de Urbino.

JULIO. *(Aparte.)*

Este piensa que ya tiene el Estado.

CAMILO.

¡Qué necio, qué engañado
presume Julio que el laurel merece!

JULIO.

¡Qué soberbio, Camilo desvanece
sus locos pensamientos!

CAMILO.

Ignora de Diana los intentos
Julio; ¡bien haya Octavio,
que me propuso Duque libremente!

JULIO.

Octavio ha sido noble, cuerdo y sabio,
en persuadir el ánimo inocente
de Diana a quererme por su esposo.

CAMILO.

Pensando estoy, Octavio generoso,
qué pueda darte en premio desta empresa.

JULIO.

¿Qué le daré, por darme a la Duquesa,
a un hombre como Octavio? ¡Todo es poco!

(TEODORA, LAURA *y* FENISA *con vaqueros y espadas y sombreros de plumas.)*

FENISA.

Desde aquí puedes ver pasar la gente.

TEODORA.

Con el son de las armas me provoco.

LAURA.

¡Qué bizarra es la guerra! ¡Qué valiente
esfuerzo ponen cajas y trompetas!

TEODORA.

Mis ansias, que hasta aquí fueron secretas,
por Octavio, Fenisa, se declaran.

FENISA.

Con justa causa en su despojo paran.
¡Qué necia y qué engañada está Teodora!

LAURA. *(Aparte.)*

Piensa que le ha de dar Octavio agora
por armas el Estado.

TEODORA.

¿Dónde aquella ignorante se ha quedado,
que a ver no viene tan lucida gente?
Mas ¿qué puede alegrar a quien no siente?

(Soldados con arcabuces, cajas, banderas; ALEJANDRO, *de general, y* DIANA, *a caballo;* FABIO, *a su lado.)*

JULIO. Siendo Octavio general,
¿quién es el gallardo mozo
que en aquel caballo viene?

CAMILO. ¡Qué bizarro talle!

JULIO. ¡Airoso!

(Toquen mientras sube al teatro DIANA.)

TEODORA. Fenisa, confusa estoy;
que, con admirable asombro,
en aquel mancebo ilustre
pone la ciudad los ojos.

DIANA. Vasallos, yo soy Diana;
yo, la señora me nombro
de Urbino; yo, la Duquesa,
a cuyo derecho sólo
este Estado pertenece
y la posesión que tomo:
no simple para el gobierno,
no incapaz para el decoro
de la dignidad, si fuera
el reino más poderoso.
Por el peligro en que estaba,
y que no me hiciese estorbo
la pretensión de Teodora,
cubrí de simples despojos
mi sutil entendimiento,
hasta prevenir socorro,
como le veis en el campo,
sin el ejército propio.
Aquí pues, oíd, vasallos,
las armas serán los votos
de la justicia que tengo:
torres, puentes, puertas, fosos,
todo queda ya con guardas;
el (1) que moviere alboroto,
por la que le han de sacar,
alma le darán de plomo.
Julio, Teodora y Camilo
salgan de mi Estado todo
para siempre: que las vidas,
por ser quien soy, les perdono.
La burla que de mí hicieron,
duplicada se la torno,
pues han de perder la patria,
corridos, como envidiosos;
a Fabio, que me ha servido,
doy a Laura...

---

(1) Hartzenbusch corrigió "*al*".

FABIO. Me conformo.
DIANA. Con seis mil.
FABIO. ¿De renta?
DIANA. Sí.
FABIO. Laura, responde.
LAURA. Respondo
que soy tuya.
DIANA. Este gallardo
caballero generoso
es Alejandro de Médicis,
no, como pensáis vosotros,
Octavio Farnesio, y es
Duque de Urbino y mi esposo.
ALEJANDRO. El alma responde aquí.
DIANA. Deste laurel que me pongo,
parto la mitad contigo.
ALEJANDRO. Será de diamantes y oro.
TEODORA. ¡Corrida estoy de mi engaño!
JULIO. ¡La boba nos hizo bobos!
FABIO. Aquí, senado, se acaba
La boba para los otros
y discreta para sí;
y, pues sois discretos todos,
perdonando nuestras faltas,
quedaremos animosos:
para escribir, el poeta;
para serviros, nosotros.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE "LA BOBA PARA LOS OTROS Y DISCRETA PARA SÍ".

EL BOBO DEL COLEGIO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

AL LICENCIADO DON LORENZO VANDER HAMMEN Y LEON

Desigual paga de mi obligación, desigual título a un hombre tan discreto, y desigual lugar del (1) que v. m. tiene en mi opinión, es el ofrecerle esta comedia; pero igual la voluntad a las deudas, y igual la escuela donde sucede el alma de esta fábula a los estudios de v. m., y igual mi conocimiento de su ingenio al deseo de servirle. Leí *El Secretario,* obra tan digna suya, con la atención y gusto que merecía, que no hay pasar de este encarecimiento; y, deseando que salga a luz, le suplico no sea de los que esperan a dejar sus obras en el peligro de los amigos, en la memoria de los olvidos (2) o en el hurto de los ambiciosos de honra con las vigilias ajenas. El libro es tal, que, si algo le puede hacer sospechoso, es mi aprobación, ya sea por mi amor, ya por mi ignorancia; y cierto que el confesarla no es lo que llamó San Agustín "hermosa templanza", sino tenerla por cierta. Si se hallara en el mundo un secretario como v. m. le pinta, pensaremos (3) que podía haber un Ciro como le describe Jenofonte; pero justo es poner tan altamente sus virtudes y partes, para que sepan los que lo son a qué grado pueden llegar, y las que han menester para ser perfetos; que no porque piense el Filósofo, en sus *Físicos,* que aquello (4) lo es *Cui nihil deest,* quedan excluídos los que de aquel todo tienen las mayores partes. Las de un insigne poeta me holgara mucho que describiera v. m., aunque no sé de qué podía servir a muchos, que, con sólo un limitado natural, se atreven a imaginarse perfetos. ¡Bien haya el que repartió los juicios de los hombres!, pues no hay uno que quisiese trocar el que tiene, ni conocer que hay otro. Cuidado causa esta milicia, que es como batallón intestino alojado en nuestros oídos, aunque nos pese. ¡Dichoso quien se retira así!, que para saber esto también es soledad la corte, como el aldea, y en un *carmen* de esa insigne ciudad pueden los deseos acompañar a un hombre con los ejércitos de Jerjes. V. m. lea esta fábula, con la noticia que tiene de que en aquel célebre colegio nunca falta un bobo: esto sin malicia, pues no pasa a sus dueños; que fuera de allí bien sé que no falta; pero es más lejos de las ciencias y más cerca de las ignorancias (5).

Capellán de V. m., *Lope de Vega Carpio.*

FIGURAS DE LA COMEDIA:

DON JUAN.	RISELO.	REINEL.
TRISTÁN.	LUCINDO.	FABIO.
OCTAVIO.	LISARDA.	GERARDO.
GARCERÁN.	CELIA.	MÚSICOS.
MARÍN, *lacayo.*	FERMÍN, *lacayo.*	RODRIGO.
FULGENCIA.	CHINCHILLA, *escudero.*	

REPRESENTÓLA TOMÁS FERNÁNDEZ.

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "al".
(2) Así también en la ed. de Hartzenbusch. En la de Madrid, de 1621: "olvidados".
(3) Hartzenbusch corrigió "pensáramos".
(4) Idem id. "aquel".
(5) Idem id. "la ignorancia".

ACTO PRIMERO

(DON JUAN *y* TRISTÁN, *amigo suyo.*)

DON JUAN. No me consueles, Tristán,
que daré voces al cielo.
TRISTÁN. ¿Pues qué has de hacer sin consue-
en tal desdicha, don Juan? [lo
DON JUAN. Matarme; perder la vida,
en que mi pena consiste,
porque una cosa tan triste
mejor estará perdida.
Hoy me han llevado a Valencia
el aliento en que respiro,
la misma luz con que miro,
del alma la misma esencia,
el movimiento con quien
se sustenta el corazón,
mi propia imaginación,
y mis discursos también.
Hoy, la junta y armonía
que, para vivir iguales
los instrumentos vitales,
con tal concierto tenía.
Hoy no soy; y si algo soy,
es una sombra de mí,
un retrato del que fuí.
TRISTÁN. ¿Hoy dices?
DON JUAN. ¿Luego no es hoy?
TRISTÁN. ¿Ha un mes que falta de aquí
Fulgencia, y hoy te parece?
DON JUAN. Si lo mismo se padece,
hoy es ayer para mí;
hoy es, aunque pase un mes,
si en la misma pena estoy;
que lo que atormenta hoy
tan hoy como entonces es.
Allá me estaba en mi aldea,
que mi mal no presumía,
aunque el alma me decía
que no hay bien que firme sea.
Vine a Salamanca a ver
lo que no veré jamás.
¡Muerto soy!
TRISTÁN. ¡Gracioso estás!
DON JUAN. Pues dime, ¿qué puedo hacer?
TRISTÁN. Si fueras cuerdo, don Juan,
vieras que cualquiera ausencia,
pues era mujer Fulgencia,
no era segura.
DON JUAN. ¡Ay, Tristán,
que pintan muy ciego a Amor!
TRISTÁN. Sola en casa de su hermano,
que vive a lo cortesano
seguro de su valor,
a sus deudos parecía,
formando de esto querella,
que a una principal doncella
ni era bien ni convenía.
Entrábanle a visitar
mil caballeros mancebos,
y estos generosos nuevos
que aquí vienen a gastar
la primer sangre y la plata
primera del avariento
padre, en cuyo pensamiento
más el amor se dilata
que los esperados cursos.
Aquí espadas negras luego,
o naipes, eran su juego;
aquí los (1) largos discursos
sobre aficiones y votos;
aquí cenas y meriendas,
en que se alargaban riendas
y aun iban los frenos rotos.
Y aunque Fulgencia no estaba
presente a aquestas locuras,
juraré, si tú lo juras,
que a este tiempo no rezaba,
sino que por los resquicios
miraba el que más galán
daba, como tú, don Juan,
de haberla mirado indicios.
Esto es cosa natural,
y, así, fué justo el llevarla
adonde puedan guardarla;
que aquí la guardara mal
un mozo, hermano brioso,
lleno de amigos, que todos,
aunque por diversos modos,
y el mejor más cauteloso,
venían por la doncella
como moscas a la miel;
vino su tía, y con él
habló largamente en ella.
Aunque (2) resistió, no pudo
negar tanto la razón
que no la diese.
DON JUAN. ¿Estas son
cosas de sufrir? ¿Qué dudo,
que no me doy muerte aquí?
TRISTÁN. Su tía, en fin, a Valencia...

---

(1) Hartzenbusch corrigió "sus".
(2) En la ed. de Madrid (1621) y en la de Hartzenbusch: "Y aunque".

DON JUAN. Llevó en un coche a Fulgencia.
¡Demonio fué para mí!
¡Oh, tía! ¡Nuevo Plutón
que en ese coche camina
con la bella Proserpina
que me abrasa el corazón!
Tristán, ¿hay cosa en la tierra
que se pudiera excusar
como una tía, o que dar
pueda a un hombre mayor guerra?
¿Qué es esto que llaman tía?
Di, Tristán, ¿quién lo inventó?
¿Por dónde en el mundo entró
tan grande desdicha mía?
¿Hay mar que más naves sorba
que una tía de parientes?
¿Qué tiene de inconvenientes?
¿Qué no enfada, qué no estorba?
Padres y hermanos se mueren;
siempre queda alguna tía:
¿qué no deshace y porfía
contra lo que todos quieren?
El primer tío del mundo
fué Caín; mira quién son.
Pero basta una razón
en que sus malicias fundo,
y es que a todos los villanos
llaman tíos, siendo gente
maliciosa, impertinente,
debajo de hábitos llanos.
En confianza de un tío
o de una tía avarienta,
llena de hacienda y de renta,
pasa un sobrino hambre y frío.
Y después de noventa años,
que vive mucho una tía,
suele darlo a quien le hacía
un presente y mil engaños.
Ven conmigo, que yo haré
con que en Valencia la vea,
si mi padre no rodea
lo que ayer imaginé,
que se muere por casarme.
TRISTÁN. Mejor será, y (1) olvidar.
DON JUAN. Si puede el alma forzar,
podré a dejarla esforzarme.

(Vanse, y entren GARCERÁN, *caballero valenciano, y* MARÍN, *lacayo.)*

GARCERÁN. Para ser tan nuevo amor,
no ha sido el favor pequeño.
MARÍN. Enseña a ver.
GARCERÁN. Ya le enseño.
MARÍN. ¿Flor?
GARCERÁN. Sí.
MARÍN. Buen agüero, flor.
GARCERÁN. ¿Por qué?
MARÍN. Porque es esperanza
de fruto.
GARCERÁN. Dices verdad;
pero la facilidad
con que una dicha se alcanza
suélese también tener
en perderse.
MARÍN. No podrá,
si ella te ha mirado ya,
y es tan principal mujer.
GARCERÁN. No sé que me haya mirado.
Sé que desde que llegó
a Valencia, he sido yo
quien la ha mirado y buscado.
Fué notable dicha mía
posar de mi casa enfrente
su tío, y ser mi pariente.
MARÍN. ¿No es castellana su tía?
GARCERÁN. Sí, Marín; que se casó
con aqueste deudo mío.
MARÍN. La moza es de lindo brío;
bien haya quien la parió.
GARCERÁN. No le faltará mi amén.
MARÍN. ¡Pesia tal, y qué ojos tiene!
Pues pico...
GARCERÁN. ¡Ay, Marín, que viene
de donde se estudia bien!
MARÍN. Pues ¿pégase a las mujeres
algo de los estudiantes,
o son con ellos pasantes
de sus cursos?
GARCERÁN. Necio eres.
Salamanca encierra en sí
todo lo bueno del mundo.
Es un liceo segundo:
Atenas se cifra allí.
De su luz el resplandor
también en las casas da,
como donde el fuego está
alcanza en torno el calor.
Donde la sabiduría
está en su trono, Marín.
¿Quién ha de ignorar que, en fin,
vemos hablar cada día
mil aves la lengua humana
porque están entre la gente?

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "ya".

MARÍN. Aunque es Julio tu pariente,
y su mujer, castellana,
que suelen fiarse más,
mira bien cómo te portas,
cómo alargas, cómo acortas
desde este punto el compás;
porque ya podría ser
que se enfadasen de ti.

GARCERÁN. Como ella me quiera a mí,
¿qué puedo, Marín, temer?
Sin visitarla no puedo
conquistar su voluntad;
que se engendra la amistad,
perdiendo al respeto el miedo..
Hoy entré segunda vez
en su sala, y vi, Marín...

MARÍN. Mas, ¿qué dices serafín
y qué su cándida tez?
¿La comparas a los ampos
que de la nieve decienden,
cuando por enero emprenden
igualar montes y campos?
Mas ¿qué dices que tenía
por mejillas dos claveles?

GARCERÁN. ¿Búrlaste ya como sueles?

MARÍN. El amor todo es poesía.
De cuando yo fuí gorrón,
(que llaman aquí en Valencia
Machucas) esta sentencia
aprendí de Cicerón,
que dijo que la poesía
era de amores un monte,
hablando de Anacreonte:
tan dulces versos hacía.

GARCERÁN. Yo la vi, y para pintalla,
poeta quisiera ser;
mas para no la ofender,
no quiero agora alaballa.
Llegué, y mirando el tocado,
dije a hurto en voz sutil:
"Con razón ha sido abril
en Valencia celebrado;
pero esta vez ha venido
su azahar de donde es el hielo."

MARÍN. Sí; que el castellano suelo
es, por el hielo, encogido;
y los naranjos de allá
se tienen entre algodones,
con tiendas y pabellones,
por el hielo que les da.
Son los de acá más corteses.
Los de allá, si no te ríes,
son como guadamecíes
que sirven solos tres meses.
¿Pero qué te respondió?

GARCERÁN. Dióme aquesta flor de azahar.

MARÍN. ¿Azahar para comenzar?

GARCERÁN. Eso dije entonces yo;
pero ella, abriendo la rosa
o las hojas del clavel,
mostró a lo falso por él
una risa vergonzosa,
y durmiéronsele al son
los ojos.

MARÍN. ¿Ojos dormidos?
¡Malo!

GARCERÁN. Porque a mis sentidos
despertase el corazón.

MARÍN. Esto de dormir los ojos
cuando no quieren hablar,
suele en un alma causar
mil amorosos antojos.
Pero ¿no es ésta?

GARCERÁN. Ella es.

MARÍN. De Predicadores viene.

GARCERÁN. ¡Qué lindo talle que tiene!

MARÍN. ¡Con tales ojos la ves!

(ESCUDERO; LISARDA, *tía, y* FULGENCIA, *dama, con mantos.)*

FULGENCIA. Mucho madruga el calor,
señora tía, en Valencia.

LISARDA. Es esta tierra, Fulgencia,
de más templanza y mejor.

ESCUDERO. ¡Y cómo si es más templada!
¡Líbreme Dios de Castilla!

FULGENCIA. ¿Es mala tierra, Chinchilla?

ESCUDERO. Es por todo extremo helada.
Cuando a Salamanca fuí
con cartas de mi señora,
(pienso que era por agora),
me pensé quedar allí.
No es tierra para vïudos.
Vale Dios que cierta bota
con un licor, que una gota
puede hacer hablar los mudos,
a mi lado se acostaba,
y pasábamos el frío.

MARÍN. [*Ap. a* GARCERÁN.] Verás el inge-
[nio mío.

GARCERÁN. Llega, pues.

MARÍN. Espera.

GARCERÁN. Acaba.

MARÍN. Mientras la tía entretengo,
podrás con Fulgencia hablar.

GARCERÁN. Hoy quiero experimentar

qué ingenio en mi casa tengo.
MARÍN. Mil años te guarde el cielo.
LISARDA. ¡Oh, Marín! ¿Adónde vas?
GARCERÁN. ¿Puedo hablarte?
FULGENCIA. ¿No podrás,
si (1) sabes lo que recelo?
GARCERÁN. Marín engaña a tu tía.
FULGENCIA. ¿Y si parla el escudero?
GARCERÁN. Como eso puede el dinero.
FULGENCIA. ¡Chinchilla!
ESCUDERO. ¡Señora mía!
FULGENCIA. Mirad qué os da Garcerán.
GARCERÁN. Padre, todo aquesto es nada.
Id mañana a mi posada.
ESCUDERO. No hay mancebo tan galán,
señora, en toda Valencia.
Si os casáredes con él,
yo os doy palabra por él
que os adorase, Fulgencia.
Codíciale la hermosura
de toda aquesta ciudad.
GARCERÁN. Allí, padre, os retirad.
ESCUDERO. No hay sino llamar al cura,
y Dios os haga dichosos.
FULGENCIA. Fuerza del oro, en rigor.
GARCERÁN. Más fuerza tiene el amor
en esos ojos hermosos.
MARÍN. Como digo, no se halló,
Lisarda, a mi mal remedio,
aunque puse de por medio
cuanto Galeno alcanzó.
Díjome cierta mujer
que estaba hechizado, y creo
que, si es hechizo un deseo,
hechizos deben de ser.
LISARDA. Gordo estás para hechizado.
MARÍN. No es hechizo que enflaquece;
que amor que no se merece
corre despacio y templado.
Lo que enflaquece es deber,
es fiar y es confiar;
mujer que quiere mandar,
que basta decir mujer.
El servir a ingrato dueño,
el pleitear con razón,
el forzar la inclinación,
el poco sustento y sueño,
el andar en opiniones
la honra, que hartos padecen;
los estudios enflaquecen,

(1) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "ya".

y las largas pretensiones;
enflaquece el intentar
y el sufrir verse sujeto,
y a un necio, que por discreto
le quieren canonizar.
También enflaquece oír
malos versos, cantar mal,
y al que era ayer vuestro igual
hoy mandar y hoy presumir.
Enflaquece una visita,
si no os da mucho contento;
un [illegible] de viento,
que a nadie el sombrero quita;
un lindo todo alfeñique,
hecho mujer con bigotes,
y unos ciertos marquesotes
que os hablan por alambique;
el ver a un tonto reír
y el querer a una mujer
que, habiendo pedido ayer,
también hoy vuelve a pedir.
LISARDA. Cesa ya, que es infinito
el proceder por enfados.
MARÍN. Por amorosos cuidados
me enflaquezco y debilito.
El remedio que me dió
un astrólogo es notable;
mas porque de veras hable,
todo aquesto sucedió...
(Lisarda hermosa, ¿diré1o?)
a mi amo Garcerán,
a quien de honesto y galán
dió tantas partes el cielo:
Solicítanle mil damas,
y él es tan casto, señora,
que sus amores ignora,
y sólo atiende a sus famas.
Esta que de mí decía,
a Garcerán hechizó,
porque no correspondió
al amor que la (1) tenía.
Dicen que el desasosiego
que trae el pobre señor
de los hechizos de amor
y este conjurado fuego,
se le quitará, si halla
una mujer recogida,
de inculpable y limpia vida,
tal, que pueda el mundo honralla
por su honesta castidad,
y en ayunas le bendice

(1) Hartzenbusch corrigió "le".

siete mañanas.

LISARDA. ¿Quién dice,
Marín, esa necedad?

MARÍN. ¿Necedad? ¡Por Dios, Lisarda,
que no hay en toda Valencia
mayor hombre! Da licencia,
aunque decillo acobarda,
a Fulgencia, tu sobrina,
que bendiga a Garcerán.

LISARDA. El verte medio truhán
apenas me determina
para enojarme contigo.

MARÍN. ¿En cosas de caridad,
tu virtud y santidad
quiere enojarse conmigo?
¿Esa es la buena opinión
que te da toda Valencia?

LISARDA. ¿Pues por qué ha de echar Fulgen- [cia
a un hombre su bendición?
¿Partes pueden concurrir,
Marín, en una doncella,
ni por casta ni por bella,
para poder bendecir?

MARÍN. Si está la virtud en ser
doncella casta y hermosa,
¿parécete a ti que es cosa
que no puede suceder?

LISARDA. De los hechizos oí
que todas (1) son cosas tales.

MARÍN. Si sabes que son iguales,
¿por qué te quejas de mí?
¡No sabes tú las virtudes
de una doncella en ayunas!

LISARDA. Di, a ver, si sabes algunas.

MARÍN. Importan a mil saludes.
Dame un instante atención.

LISARDA. ¿Qué es aquello? ¿Es Garcerán?

MARÍN. Sí; que dándole estarán
la primera bendición.

LISARDA. ¿Pues tú hablas de esa suerte?

FULGENCIA. El lienzo se me cayó;
que Garcerán le alcanzó
bien es delito de muerte (2).

LISARDA. Entra en casa; que hay acá
muy diferente recato.

GARCERÁN. La llaneza con que os trato,
esta licencia me da;
que soy deudo y soy vecino.

LISARDA. Entra adentro.

FULGENCIA. ¡Esto pasó!

LISARDA. Lo que Marín me contó
tengo yo por desatino.

MARÍN. ¿No quieres que le bendiga?

LISARDA. ¿Por qué le ha de bendecir,
ni yo tengo de sufrir
que esto en Valencia se diga?

MARÍN. ¿No? Pues yo haré que mañana
amanezcan a esta puerta
mil pobres.

LISARDA. ¿Y es cosa cierta?

MARÍN. Tenla por cierta y por llana.
Mira si es mejor sufrir
que bendiga a Garcerán.

LISARDA. Ahora bien; éstos darán
a Valencia qué decir,
si no consiento en su ruego.
Garcerán venga, no más.

MARÍN. Ahora sí que darás
a sus hechizos sosiego.

LISARDA. Entra dentro.

FULGENCIA. ¿Yo qué sé
de lo que te enoja a ti?

LISARDA. Venid cuando no esté aquí
Julio. ¿Entendéis?

GARCERÁN. Yo vendré.

(Váyanse LISARDA *y* FULGENCIA *y el* ESCUDERO.)

GARCERÁN. ¿Qué es esto, Marín?

MARÍN. Ahora,
de mi ingenio ¿qué dirás?
Siete mañanas podrás
hablar con esta señora
consintiéndolo su tía.

GARCERÁN. ¿Qué dices?

MARÍN. Lo que ha pasado.

GARCERÁN. ¿Siete mañanas?

MARÍN. Yo he dado
en la mayor picardía
que se puede imaginar.

GARCERÁN. ¿Cómo?

MARÍN. Dije que en Valencia
muchas hacen diligencia
para poderte engañar;
mas que tú, de puro honesto,
resistes a su afición,
y una de ellas, con pasión,
te ha hechizado y descompuesto;
mas que un remedio te dan:
bendecirte una doncella.

GARCERÁN. ¿Y ha de ser ella?

---

(1) Hartzenbusch corrigió "todos".
(2) Hartzenbusch modificó este verso así:
"LISARDA. ¡Bien!
FULGENCIA. ¿Es delito de muerte?".

MARÍN. Con ella
puedes hablar, Garcerán,
porque en saliendo su tío,
puedes, con esta invención,
venir por su bendición.
GARCERÁN. De tus embustes me río.
Ella va como ha de ir:
Fulgencia me muestra amor.
MARÍN. ¿Pues qué te ha dicho, señor,
si es que se puede decir?
GARCERÁN. Que me quiere responder;
que licencia le pedí
para escribirla.
MARÍN. Eso sí;
y pare en ser tu mujer.
No más esas bellaconas
que te gastan cuanto tienes;
¿vivirás, si te entretienes
con semejantes personas?
Ama y sirve una doncella
para servicio de Dios,
pues que lo estaréis los dos
en casándote con ella.
¿Hay locura de un mancebo
como verle andar perdido
tras una de estas que ha sido
de mil ignorantes cebo?
Muy pagado de sufrir
otros cuarenta galanes,
ya esconderse por desvanes,
ya por corrales huir
del alguacil y escribano,
y después, muy flaco y tierno,
quejarse por el invierno,
pelarse por el verano;
pues que si es alguna vieja
con cabellos de azafrán,
de las que polvillos dan,
ni queda barba ni ceja.
Sirve este ángel, eso sí;
no gastes mal esa herencia,
tan limitada en Valencia,
que apenas hay para ti.
Esta es rica, y con su dote
vivirás con más sosiego.
GARCERÁN. Lo que es silencio, te ruego,
Marín, porque nadie note
que ya de Fulgencia soy.
MARÍN. Ya sabes tú mi lealtad.
GARCERÁN. Agradeced, voluntad,
el noble dueño que os doy.
MARÍN. ¡Adiós, trapante nación!
GARCERÁN. ¡Ay, divina castellana!
MARÍN. Madruga mucho mañana,
que has de ir por su bendición.

(Váyanse, y entren OCTAVIO, *hermano de* FULGENCIA, *y* CELIA, *dama.)*

CELIA. Después que mi hermano vino,
ando con este recato.
OCTAVIO. Yo, Celia, menos le trato,
por más que a su amor me inclino,
después que faltó en mi casa
el juego y conversación.
CELIA. ¿Si ha entendido tu afición
y sabe ya lo que pasa?
OCTAVIO. Recélome de Tristán,
que andan juntos estos días.
CELIA. Yo sé que a las prendas mías
tiene respeto don Juan;
y si de algo está celoso,
es porque, si quiso bien
a tu hermana, hará también
ese argumento forzoso,
si tú me miras a mí;
y más después que a Valencia
has enviado a Fulgencia,
de que está fuera de sí;
y no querrá que me veas,
pues no hay donde se esquitar.
OCTAVIO. No la envié por pensar,
y esto es razón que me creas,
que me importaba guardalla;
pero porque solo estoy.
Y por disculpa te doy,
siendo justo acreditalla,
la llaneza y la verdad
con que siempre te he servido.
CELIA. Confieso, Octavio, que ha sido
cosa que mi voluntad
pudo rendir a la tuya;
porque si no procedieras
tan casto, lo que perdieras
de mi condición se arguya.
TRISTÁN. Hablando los dos están.

(Entre DON JUAN *y* TRISTÁN.)

DON JUAN. ¡Buena libertad, por Dios!
OCTAVIO. Ya nos han visto a los dos.
CELIA. Tristán y don Juan (1).

(1) Este verso es corto. Para completarlo, Hartzenbusch lo enmendó así:
"CELIA. ¿Quién es?
OCTAVIO. Tristán y don Juan."

DON JUAN. ¿Qué es esto, Octavio, tú aquí?
Y tú, Celia, ¿esto tratabas?
OCTAVIO. Cuando tú en mi casa entrabas,
¿preguntábate eso a ti?
DON JUAN. Yo nunca tu hermana hablé.
OCTAVIO. El venirte yo a buscar
¿puede dar qué sospechar,
si de paso pregunté
a tu hermana cómo estaba?
DON JUAN. Si la enviaste a Valencia
por recatos de tu ausencia
y alguno que la miraba,
¿parécete que no son
los demás tan cuidadosos?
OCTAVIO. Esos recatos celosos
de solos mis deudos son;
mas si te parece a ti
que ha sido justa advertencia,
como yo envié a Fulgencia,
envía a Celia de aquí;
que si venirte a buscar,
como a buscarme venías
te pone esas fantasías,
ya no te quiero obligar
ni tenerte por amigo.
DON JUAN. ¿Pues qué me puedes querer?
OCTAVIO. Que me la des por mujer.
Mira qué presto lo digo.
DON JUAN. No niego, Octavio, que es justo
y que en ello ganaremos;
pero si un trueco no hacemos,
no podré hacerte ese gusto.
OCTAVIO. ¿Cómo?
DON JUAN. Que me des tu hermana
y que la traigas aquí.
OCTAVIO. Bien me atrevo a darte el sí
y hacerte escritura llana;
pero traella no puedo,
menos que estando casado;
que, con eso, disculpado
de pedirla a Julio quedo,
pues diré que en Salamanca
podrá estar con mi mujer.
DON JUAN. Con eso te quiero hacer
mi sangre y mi hacienda franca.
Que venida aquí Fulgencia,
mi hermana negociará
su voluntad.
OCTAVIO. Ella está,
como sabes, en Valencia,
y no de muy buena gana,
aunque es la tierra tan bella;
yo me partiré por ella
y la traeré con tu hermana.
DON JUAN. Dale la mano.
CELIA. El concierto
que habéis hecho, me ha obligado,
aunque con pecho turbado,
a no mostralle encubierto.
Mi mano es ésta.
TRISTÁN. Y yo os doy
a los dos el parabién,
pues que me alcanza también
por lo que tan vuestro soy.
OCTAVIO. Para serviros será.
DON JUAN. De Celia el dote es tan claro,
que en decirle no reparo.
OCTAVIO. Ese en su virtud está.
DON JUAN. Venid, comeréis conmigo,
y Tristán se quedará,
por amigo, y porque ya
es el más cierto testigo.
TRISTÁN. Ninguno de vuestro bien
mayor contento recibe.
OCTAVIO. Ya no hay quien de vos me prive.
CELIA. Ni a mí de tan alto bien;
aunque hace resistencia
al gozo de este placer
un pesar.
OCTAVIO. ¿Cuál?
CELIA. El saber
que os habéis de ir a Valencia.
OCTAVIO. No temáis, que sabré ser
tan galán, que alcance al ir
el mal de verme partir
al bien de verme volver.

(Entran LISARDA *y* FULGENCIA.*)*

FULGENCIA. Todo, señora, me agrada.
Cierto que es bella ciudad,
de notable majestad
y hermosamente cercada;
parece toda un jardín;
ricos edificios tiene.
A ser a mis ojos viene
la mejor que he visto, en fin.
Es de linda vista el mar,
y tan cerca de sus muros,
que, a no estar de sí seguros,
les pudieran (1) alterar.
Hame dado gran placer
ir en el coche por ella,
ver el agua y no temella:

(1) Hartzenbusch corrigió "pudiéranlos".

gran fiesta para mujer.
Es apacible su gente;
es en extremo amorosa.

LISARDA. Para como estoy celosa,
me pesa que te contente;
que decir bien de un lugar
tan presto, me da sospecha.

FULGENCIA. Estás a tus celos hecha,
con que me quieres culpar.
Yo digo bien de Valencia,
por sí misma.

LISARDA. ¿Y quién llegó
cuando el coche se apartó
de nuestra gente, Fulgencia?

FULGENCIA. ¿Piensas tú que yo le vi?

LISARDA. ¿Luego también no le hablaste?

FULGENCIA. Lo poco que tú escuchaste,
al que me habló respondí.

LISARDA. Tú veniste a defenderte
a este reino donde estás,
pero pienso...

FULGENCIA. No hables más,
que me enojas de esa suerte;
que yo en Salamanca fuí
espejo de honestidad,
y seré en esta ciudad
lo que tú sabrás de mí.

(Entre MARÍN, *lacayo.)*

MARÍN. ¿Estás aquí?

LISARDA. ¿No me ves?
¿Cómo te entras de esa suerte?

MARÍN. Licencia tengo de verte,
y vengo a que me la des
para que le dé Fulgencia
a Garcerán, mi señor,
su bendición.

LISARDA. ¿Hay rigor,
hay crueldad y impertinencia
como la de este lacayo?

FULGENCIA. ¿Pues qué importa que bendiga
a un hombre, si el mal le obliga
a tanta pena y desmayo?

LISARDA. ¿No importa que hables con él?

FULGENCIA. Hablo en su salud no más.

MARÍN. Extraña, señora, estás,
y con Garcerán, cruel.
Después que su bendición
esta señora le ofrece,
de sus males convalece.

LISARDA. ¡Hay semejante invención!
¿Qué santidad has hallado
en Fulgencia, mi sobrina,
que sirva de medicina
a un caballero hechizado?
Si Julio sabe que yo
lo sufro, me ha de matar.

FULGENCIA. ¿Pues quiéresme tú quitar
la gracia que Dios me dió?

LISARDA. ¿Cómo gracia?

FULGENCIA. En bendecir.

LISARDA. Ahora lo confirmo más,
pues que de su parte estás.

FULGENCIA. No lo acabes de decir.
Di, Marín, a Garcerán
que venga al instante a casa;
que la gracia se me pasa
y no le aprovecharán
mis bendiciones después.

LISARDA. ¿Hay libertad semejante?

MARÍN. Ya está Garcerán delante.

(GARCERÁN *entre.)*

GARCERÁN. Ya estoy, señora, a tus pies,
pidiendo la bendición.

FULGENCIA. [*Ap.*] (Haz que me quieres besar
la mano, y podréte dar
un papel.

GARCERÁN. ¡Linda invención!
Pero advierte que también
traigo del de ayer respuesta.)

LISARDA. ¡Hay insolencia como ésta!
¿Qué es lo que mis ojos ven?

FULGENCIA. Dios, Garcerán, te bendiga.

GARCERÁN. Dame, señora, la mano.

LISARDA. ¿La mano?

MARÍN. Pues eso es llano,
que la bendición le obliga.

LISARDA. ¿Y qué le ha dado?

MARÍN. La ofrenda,
a modo de feligrés.
Mas, óyeme, que después
tomarás de todo enmienda.

LISARDA. ¿Pues delante de los dos
te pones?

MARÍN. Oye una cosa;
la más nueva y prodigiosa
que ha visto el mundo, por Dios.

LISARDA. Alcahuete, ya te entiendo.

MARÍN. Eso es poco, y mal hablado.
Mas oye lo que ha pasado,
que es un caso tan horrendo,
que han de temblar cuantos vi- [ven.

LISARDA. Ya sé que me engañas; mira

que me provocas a ira.
MARÍN. De las demás se reciben,
por favor, los bofetones.
Pega, bien tienes en qué.
LISARDA. Mas ¿qué has de hacer que te dé,
si delante te me pones?
MARÍN. Dasme, y dices que darás;
volver a darme pretendes;
pero mientras más me ofendes,
pienso que me quieres más.

(FERMÍN, lacayo, de camino.)

FERMÍN. ¿No hay un hombre en esta casa,
o no es, por ventura, aquesta?
LISARDA. ¿Qué grita y qué gente es ésta?
FULGENCIA. Mira, mi bien, lo que pasa.
FERMÍN. ¿Vive Julio aquí?
LISARDA. Sí, vive.
FERMÍN. ¿Es vuesa merced Lisarda?
LISARDA. Yo soy.
FERMÍN. Su licencia aguarda,
y para entrar se apercibe,
un caballero que llega
de Salamanca.
FULGENCIA. ¡Ay de mí!
¿Mi hermano?
FERMÍN. Señora, sí.

(Entrese.)

LISARDA. ¡Oh mocedad, siempre ciega!
¿Qué ha de hacer, si aquí los ve?
FULGENCIA. Tía, detrás de aquel paño
podrán estar.
LISARDA. Este daño
¿no me dirás cómo fué
avisado, y aun temido?
GARCERÁN. Señoras, ¿qué importa verme?
LISARDA. Darle sospecha (1); tenerme
por lo que jamás he sido.
Métanse los dos allí;
que luego que entre, se irán.
MARÍN. ¡Temblando voy, Garcerán!
GARCERÁN. Entra, gallina.
MARÍN. ¿Yo?
GARCERÁN. ¡Sí!
LISARDA. En estas cosas me pones
por tus locuras, Fulgencia.

(Entre OCTAVIO, de camino, y FERMÍN vuelva.)

(1) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "a".

FULGENCIA. ¡Jesús, hermano! ¿En Valencia?
OCTAVIO. Tales son las ocasiones;
mas, primero que te abrace,
me ha de dar su bendición
mi tía.
LISARDA. Mejores son
unas que Fulgencia hace.
Dale la tuya, que ya
tendrás bien hecha la mano.
FULGENCIA. ¿Qué venida es ésta, hermano?
¿Es a verme? No será;
que no te debe mi amor
finezas tan de galán.
OCTAVIO. ¿Cómo mis tíos están?
LISARDA. Julio está mucho mejor
de sus achaques, y yo,
como me ves. ¿Vienes bueno?
OCTAVIO. Bueno, y de contento lleno,
que tu vista le aumentó
y el hallar buena a mi hermana,
causa de aqueste camino.
FULGENCIA. Que me has casado imagino.
OCTAVIO. No fué tu esperanza vana.
Pero queda concertado;
y yo, desposado ya
con quien dos veces hará
tu marido mi cuñado.
FULGENCIA. ¿Desposado estás?
OCTAVIO. Sí, hermana:
que ya con Celia lo estoy.
FULGENCIA. ¡Bueno! El parabién te doy.
LISARDA. No pensé que castellana
me ganara por la mano;
pensé casarte en Valencia.
OCTAVIO. Ya no diréis que Fulgencia
no puede estar con su hermano.
Por ella vengo, Lisarda.
LISARDA. ¡Bien lo echaba yo de ver!
OCTAVIO. De don Juan eres mujer;
que por momentos te aguarda.
Apenas me desposé,
cuando hizo que por ti
tomase la posta.
FULGENCIA. Y di:
¿cómo sabes que yo iré?
OCTAVIO. Como es para tu remedio,
y quieres bien a don Juan...
FULGENCIA. (¡Ay, cielos!, que Garcerán
está ahora de por medio.)

(Aparte.)

OCTAVIO. ¿Qué dices?

FULGENCIA. Que no es razón
que tan a prisa me lleves.
OCTAVIO. Tú cumplirás lo que debes,
conforme a tu obligación.
FULGENCIA. Lleva, señora, a mi hermano
a descansar.
OCTAVIO. Si es vergüenza,
haz, Fulgencia, que la venza
el estilo cortesano.
Que estas dudas y temores
ya son para las aldeas.
LISARDA. Ven, sobrino, si deseas
descansar destos calores.
Y créeme que agradezco,
aunque a Fulgencia he perdido,
que tenga noble marido. [tezco.)
FULGENCIA. [*Ap.*] (Yo en extremo me entris-
OCTAVIO. No le pesa, aunque parece
que lo siente de otro modo.
LISARDA. Suceda, sobrino, todo
como Fulgencia merece;
que me huelgo, porque acá
se excuse una bendición
que me puso en confusión.
OCTAVIO. Allá también la tendrá.
¿Fermín?
FERMÍN. ¿Señor?
OCTAVIO. Parte luego
y busca y concierta un coche;
porque sola aquesta noche
tendré en Valencia sosiego.
FERMÍN. Que no falte estoy muy cierto.
LISARDA. ¿Tanta prisa?
OCTAVIO. ¿Y no es forzosa?
LISARDA. ¿Amores son de tu esposa?
OCTAVIO. Estoy, en su ausencia, muerto.

(*Váyanse.* FULGENCIA *sola.*)

FULGENCIA.

¡Qué poco dura el bien a un desdichado!
¡Qué cortas son las horas que le tiene!
Pues, con la prisa que a su casa viene,
más es huésped partido que llegado.
¡Ay, Garcerán, para perdido, hallado!
¡Qué imposible paciencia nos conviene!
Parece que la suerte el mal previene,
para que corra tras el bien que ha dado.
Aun apenas mis dichas fueron dichas,
cuando fortuna se desdice dellas,
trocándolas en penas y desdichas.
¡Ay, Dios! ¡Cuán mejor fuera no tenellas!
Que al desdichado, si le vienen dichas,
es para la desdicha de perdellas.

(*Salga* GARCERÁN *y* MARÍN.)

GARCERÁN. Detente, Fulgencia, un poco.
FULGENCIA. ¿No eres ido?
GARCERÁN. No he podido,
aunque, de verme tu hermano,
me puse a tanto peligro. [viene;
¿Qué es esto? ¡Ay, cielo! ¿A qué
que, aunque lo tengo entendido,
es tan incrédulo Amor,
que no quiere, como has visto,
porque estaba en medio un paño,
dar crédito a los oídos?
FULGENCIA. ¿Qué te puedo yo decir,
si escuchaste lo que dijo?
A Salamanca me vuelve;
y ha de ser tan de improviso,
que, aunque ha sido atrevimiento
quedarte aquí, lo he tenido
por notable dicha mía,
para hablar, mi bien, contigo
estas últimas palabras.
GARCERÁN. ¿Qué dices?
FULGENCIA. Que te suplico
tengas memoria de mí,
pues con lágrimas la pido;
que aunque en ojos de mujer
son fáciles, yo te digo
que salen del corazón.
GARCERÁN. ¡Ay, Fulgencia! ¿Que no quiso
mi fortuna que durase
tu bien más tiempo conmigo,
del que ha sido menester
para llorarle perdido?
¿Que te llevan de Valencia?
¿Que te he de perder, y vivo?
¿Que no es desta casa incendio
el aire de mis suspiros?
¿Que no doy voces? ¿Que estoy...?
FRLGENCIA. Advierte, Garcerán mío,
que aunque de muchos dolores
se descansa dando gritos,
en éste importa el silencio
tu vida y mi honor.
GARCERÁN. ¡No ha sido
este suceso desdicha,
ni fuerza del hado impío,
ni influencia de los cielos,
ni mudanzas de los signos,
ni oposición de la Luna,

ni otro sangriento prodigio,
sino rayo acelerado
que sobre nosotros vino
para abrasar hasta el alma
las potencias y sentidos!
¿Dónde vas? ¿Dónde me dejas?
¿Es posible que han tenido
tan tristes y ásperos fines
tan regalados principios,
que no te han de ver mis ojos?

MARÍN. De tu locura me admiro.
Advierte, señor, que estás
donde, si fueses (1) sentido,
nos han de quitar la vida.

GARCERÁN. Marín, ya estoy sin juicio;
ni discurre la razón,
ni de su lumbre me sirvo:
todo es confusa tiniebla.

MARÍN. Mira que este mozo altivo
es hermano de Fulgencia,
y de Lisarda sobrino;
y que si siente tus voces,
por su honor y el de su tío,
ha de hacer un disparate.

FULGENCIA. Garcerán, en este sitio
te vi, te quise y te amé,
y en el mismo me despido
de ti, tan firme, que todo
lo que te he dicho confirmo.
Ya puede ser que don Juan
viniese a ser mi marido,
puesto que sabrás muy presto
lo mucho que lo resisto;
pero poderte olvidar,
no lo creas en más siglos
que han de vivir nuestras almas,
y tristezas van conmigo
que me quitarán la vida
antes que llegue a los riscos
que del alto Guadarrama
encubren nieves y pinos.
Escríbeme, Garcerán,
y verás cómo te envío
mil almas en cada letra.

GARCERÁN. Haz cuenta que ya te escribo:
que Marín irá y vendrá
por la posta este camino
más veces que tiene rayos
el Sol, que en tu frente miro.

MARÍN. Yo iré, señora, y vendré
como navío de aviso
por el mar de vuestro amor,
todos los lienzos tendidos.
Ya iré picando alazanes,
ya melados, ya morcillos,
ya bayos, ya machos rucios,
ya zainos y ya mohinos.
No se habrá visto estafeta
de los yanaconas indios,
que vaya con más presteza
desde Chacona a Tambico (1).
Cuando estés en Salamanca,
seré arriero de libros
de vuestras cartas de amor;
y, por no ser conocido,
me fingiré licenciado;
que yo sé que, por lo fino,
me ha dado borla Segovia.

GARCERÁN. Mi bien, aunque es desvarío
tomarse tanta licencia
un hombre que es tan indigno,
por ser el último bien,
dame un abrazo.

(Abrázanse.)

FULGENCIA. Ya he dicho
que he de ser tuya. Eso es menos.

GARCERÁN. ¡Ay Dios, quién fuera contigo!
¿Acordaráste de mí,
que con un amor tan limpio
te he querido en sólo un mes
lo que pudiera en mil siglos?

FULGENCIA. Por esos brazos lo juro;
pero yo también te pido
que de mí tengas memoria.

GARCERÁN. Fulgencia, Dios me es testigo
que, de todas mis acciones,
mis potencias y sentidos,
sola esa prenda me dejas.

MARÍN. Aunque es también desatino
tomarse tanta licencia
un lacayo tan intrínseco,
por ser el último bien,
aunque te manche el vestido,
te suplico que me abraces.

FULGENCIA. Marín, seamos amigos,
y acuérdale a Garcerán
lo mucho que me ha debido
por este amoroso abrazo.

MARÍN. ¡Ay Dios, quién fuera contigo,
por gozar en Salamanca

---

(1) Hartzenbusch corrigió "fueres".

(1) Hartzenbusch corrigió "Tampico".

los aires del Tabladillo!
FULGENCIA. Adiós, Garcerán.
GARCERÁN. Adiós.

(Váyase FULGENCIA.)

MARÍN. Sal presto, que anda rüido,
y pienso que Julio viene.
GARCERÁN. Marín, ponte de camino,
que ha mucho que estoy ausente.
MARÍN. De tus locuras me río.
Vase Fulgencia mañana,
y apostaré que has escrito
mil cartas en tu memoria.
GARCERÁN. ¡Qué mal conoces mis bríos!
Haz cuenta, Marín, que entrambos
a Salamanca partimos.
MARÍN. ¿Tú a Salamanca?
GARCERÁN. Yo, pues;
pon tres o cuatro vestidos
en una maleta luego.
MARÍN. Ni respondo, ni replico.
GARCERÁN. ¡Adiós, amada Valencia,
hermosos Campos Elíseos;
que voy, siguiendo mi sol,
a los castellanos fríos!
MARÍN. ¡Adiós, dulce malvasía, [cos;
congretes (1), vipocras (2), maris-
que voy, siguiendo a mi amo,
al Tormes salamanquino,
donde, sin ser estudiante,
me den algún beneficio!

ACTO SEGUNDO

(CELIA *y* FULGENCIA.)

FULGENCIA. Con ese nombre de hermana,
mucho más me enriquecéis.
CELIA. Grande tristeza traéis;
presto fuistes valenciana;
pues acuérdome que aquí
no os hallábades tan mal.
FULGENCIA. Es mi patria natural:
que en Salamanca nací.
Y esta tristeza es cuidado
del que mis tíos tendrán.
CELIA. Pensaba yo que don Juan
mucho os hubiera alegrado;
que le debistes amor,
y no le mirastes mal.
FULGENCIA. De un hombre tan principal,
siempre lo tuve a favor.
Y muy contenta he venido
de saber vuestro concierto;
que no merezco, por cierto,
tan noble y galán marido.
Mas no puedo, por ahora,
determinarme a casar.
CELIA. ¿Qué es lo que os puede faltar,
si no es contento, señora?
FULGENCIA. Salud; que en ella consiste
el tener, Celia, contento.
CELIA. ¿Salud os falta?
FULGENCIA. Esto siento;
y sin ella vengo triste.
CELIA. Si lo ha causado el camino,
no será, Fulgencia, nada;
mas pienso que os desagrada,
o es malicia que imagino,
haber venido a mi casa;
que soy cuñada, en efeto.
FULGENCIA. Que eso me alegra os prometo;
y mirad que andáis escasa
de la merced que os merezco,
si tal sospecháis de mí.
CELIA. Si os veo venir aquí,
donde alma y casa os ofrezco,
y que estáis sin alegría,
y que a don Juan no miráis,
¿no he de pensar que os halláis
sin gusto en mi compañía?
FULGENCIA. Pues si yo os doy la razón,
señora Celia, no es justo
que atribuyáis a disgusto
cosas que del cielo son.
CELIA. No os quiero humilde forzada;
pero, si me hacéis merced,
por hermana me tened,
no, Fulgencia, por cuñada.
Y estad cierta que venís
donde hasta el alma os darán;
que no vivís con don Juan:
con vuestro hermano vivís.
Ni él, ni yo, ni el que os adora,
por fuerza os quieren casada.
FULGENCIA. Vos sois mi hermana y cuñada,
y mi amiga y mi señora,
y con vuestra compañía
recibo yo mucho honor.

(DON JUAN *entre.*)

(1) En la ed de 1621: "congret*s*".
(2) Así en las dos primeras ediciones. Hartzenbusch corrigió "hipocrás".

DON JUAN. Esta vez me dijo Amor
que sola hallaros podría;
creíle, por lo que tiene
de adivino, y vine a veros.
Dadme, divinos luceros,
la luz que del Sol os tiene
tan cerca, que me abraséis.

FULGENCIA. Desviad, don Juan, los brazos;
que anticipáis los abrazos
que en esperanza tenéis.

DON JUAN. ¿No he de ser vuestro marido?

FULGENCIA. Pues por eso es bien, don Juan,
que os tema como a galán,
tan cerca de arrepentido.

DON JUAN. Yo os vi más tierna en Castilla.

FULGENCIA. No lo he perdido en Valencia.

DON JUAN. ¡Bravas mudanzas de ausencia!

FULGENCIA. Sí (1), ausencia; ¿qué os maravi- [lla?

DON JUAN. En (2) ir, estar y volver,
¡dos meses no habéis estado!

FULGENCIA. Montes se hubieran mudado,
cuanto más una mujer.

DON JUAN. ¿Luego, mudada venís?

FULGENCIA. ¿Vos no decís que lo veis?

DON JUAN. Con burlas no me matéis,
que pienso que lo fingís.
A vuestro hermano le he dado
a mi hermana, aunque era justo,
sin mi gusto; que este gusto
tuve en el vuestro, y fiado
que él se obligó de hacer cierto
lo que tratamos los dos.

FULGENCIA. ¿Y fué...?

DON JUAN. Casarme con vos.

FULGENCIA. ¿Halléme yo en el concierto?
¿Qué firma tuvistes mía?

DON JUAN. Entre honrados caballeros
remítense a los aceros
las palabras.

FULGENCIA. ¿Valentía?

DON JUAN. No, ¡por Dios!, sino pesar
de perder vuestro valor.

FULGENCIA. Yo os tengo, don Juan, amor;
mas no me puedo casar
con la priesa que he venido.
Esperad, que bien podéis;
por un mes, no os moriréis;
éste de término os pido
para ver lo que me escriben
de Valencia.

DON JUAN. Vuestro soy.

FULGENCIA. Con esto, don Juan, me voy;
que pienso que me aperciben
el cuarto en que he de vivir,
y quiero verle asear.

DON JUAN. ¿Despacio queréis estar?

FULGENCIA. [*Ap.*] (A priesa pienso morir.)

(Vase FULGENCIA.)

DON JUAN. ¿Qué es esto?

CELIA. ¿Ya no lo ves?

DON JUAN. Di, hermana, ¿qué ha de ser esto?
Bien que esperaba tan presto,
¿hoy se me dilata un mes?

CELIA. Melindres son valencianos;
allá los aprendería.

DON JUAN. Los estilos, Celia mía,
son allá muy cortesanos.
No creas que es aprendido:
natural debe de ser.

CELIA. Querrásete encarecer
por el nombre de marido;
todas nos hacemos graves,
en tocando en este nombre.

DON JUAN. Tu marido Octavio es hombre
del buen estilo que sabes.
No se burlará con él;
mas si esto adelante pasa
—Octavio por ti se abrasa—,
muéstrate, Celia, cruel.
No te vea alegre un hora,
hasta hacer mi casamiento.

CELIA. Yo fingiré descontento;
que sé que Octavio me adora.

DON JUAN. ¡Ay, que muero por Fulgencia!

CELIA. Efetos de ausencia han sido.

DON JUAN. Algunas hierbas de olvido
debió de hallar en Valencia.

(Salen FABIO, *estudiante, de camino;* REINEL, *gorrón;* GARCERÁN *y* MARÍN.)

FABIO. ¿Este llaman el Mesón
del Estudio?

GARCERÁN. Aunque no vengo
a estudiar, desde hoy le tengo
por posada. ¡Hola, Chacón!

MARÍN. ¿Señor?

GARCERÁN. La ropa acomoda.

MARÍN. Llave de aquel aposento
me han dado.

FABIO. Mucho contento

(1) Hartzenbusch corrigió "De".
(2) Idem "Si en".

traje la jornada toda,
señor Clarindo, hasta aquí;
que, por vuestra compañía,
me pesa que llegue día
en que os apartéis de mí.
Vuelvo a cursar, como veis;
mis padres tengo en Madrid.

GARCERÁN. Yo he de ir a Valladolid,
a cinco días o seis
que descanse en Salamanca;
¿dónde, entre tanto, os veré?

FABIO. Agora, ¡por Dios!, no sé;
que, con esta feria franca,
no me quiero declarar,
por holgarme cuatro días.

GARCERÁN. Por ciertas tristezas mías,
no salgo a ver el lugar.
Id con Dios, y holgaos con (1) él.

FABIO. ¿Luego, verle no pensáis?

GARCERÁN. De noche, si me lleváis
a divertirme por él.

FABIO. Dejáis de ver un lugar
de los famosos de España.

GARCERÁN. ¿Tal grandeza le acompaña?

FABIO. Pues yo os le quiero cifrar:
yace en el sitio que veis,
mirándose, Salamanca,
en los cristales del Tormes,
cuyas celebradas aguas
Garcilaso pinta bien
en aquella égloga rara
que ha eternizado en el mundo
el nombre del Duque de Alba;
de mayorazgos ilustres
tiene las siguientes casas:
Rodríguez de las Varillas,
Zúñigas, Moroines (2), Vandas,
Solises, Paces, Bonales,
Sosas, Manzanos, Anayas,
Vázquez, Herreras, Brocheros,
Pimenteles, Flores, Arias,
Coronados y Godínez,
Ordóñez, Juárez, Abarcas,
Maldonados y Pereiras,
Villafuertes, noble casa;
Yáñez, Enríquez, Ovalles,
Guzmanes, de claras armas,
y Manriques...

(1) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "en".

(2) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "Monroyes".

GARCERÁN. ¡Brava cosa!

FABIO. Esta máquina levantan
al cielo cuatro colegios,
que aquí los mayores llaman:
el Viejo, el del Arzobispo,
de Cuenca y Oviedo; y basta,
que uno de los cuatro dicen (1)
para saber que se igualan.
Tiene el de la Magdalena,
que los que digo acompañan,
Verdes y Santa María,
Santo Tomás y el de varias
lenguas, con Monte Olivete;
sin otros...

GARCERÁN. ¡Oh, Fabio, para!
¡Qué de personas famosas,
qué insignes, qué celebradas,
ya en los Consejos del Rey,
ya en las religiones santas,
habrán salido de ahí!

FABIO. Antes, Clarindo, contara
sus flores a abril, sus frutos
a junio, a enero su escarcha,
su arena al Tormes, al Sol
sus átomos, que bastara
a referirse (2) los hombres
que dellos dan gloria a España.
Las Ordenes militares,
con otros cuatro la ensalzan,
que son: Santiago, San Juan,
Alcántara y Calatrava;
el del Rey, al de Santiago
llaman; es insigne fábrica,
a quien hace reverencia
Tormes, besando sus plantas.
Los monasterios famosos
son tan notables, que pasan
los límites que el ingenio
puede hallar en su alabanza.
Oído habrás, en Valencia,
de San Esteban la fama,
cuya capilla mayor
justamente se compara
con el día más hermoso,
si en ella se entierra (3) el alba
del Santo humilde, que dicen
que fué de Cristo la estampa;
del (4) que escribió la Ciudad
de Dios con tanta elegancia;

(1) Hartzenbusch corrigió "diga".

(2) Idem id. "referir*te*".

(3) Idem id. "en*c*ierra".

(4) Idem id. "de*l*".

del que a golpes de una piedra
llamaba en el pecho al alma;
de Vicente, de Bernardo,
de la Compañía Sacra,
de aquel dulcísimo nombre
que los infiernos espanta;
Trinidad, Carmen, Merced
y otras Ordenes descalzas.
Insignes son los de monjas:
Santa Isabel, Santa Clara,
Santa María de las Dueñas,
la Penitencia, Santa Ana,
Carmelitas y Agustinas,
y otras, que para contarlas
era menester el día.
La iglesia mayor se alaba
de ser en las maravillas
la mayor, que no la octava.
Hay tres escuelas que exceden
las de Grecia y las de Italia,
de tan divinos maestros,
y cátedras adornadas,
que Escoto, Hipócrates, Baldo
y Aristóteles se honraran
de oponerse a quien las rige.
Y, si el amor no me engaña,
no pienso yo que el Imperio,
cuando a su elección se hallan
los príncipes electores,
ya con mitras, ya con armas,
resplandece en mayor vista
que cuando ocupan sus gradas
tantas borlas de colores,
verdes, azules y blancas,
carmesíes y amarillas;
porque este jardín esmalta
la madre Universidad,
naturaleza del alma.
Tiene iglesias parroquiales
que, para alabarlas, basta
decir que todos sus curas,
que han de ser de sangre hidalga,
son capellanes del Rey.
Y, puesto que en dar se alargan
trescientas puertas a Tebas
las historias o las fábulas,
once Salamanca tiene
que, con mayor arrogancia,
su muro antiguo ennoblecen,
pues puede decir España
que ha tres siglos que por ellas
entra muda la ignorancia,
y sale con mil laureles,
docta, ilustre, eterna y sabia.
Hay un hermoso (1) Hospital
de Santa María la Blanca,
donde se curan reliquias
de las flaquezas humanas,
y el General, cuyo nombre
da a entender de lo que trata.
Hay una gran Cofradía,
que de Roque Amador llaman,
de hijosdalgo conocidos.
Hay los padres de la patria,
(ya entendéis: los regidores),
cuya nobleza bastaba
a honrar provincias y reinos.
Y, si de escuchar te cansas,
acabaré con decir
un colegio que me falta,
que se llama el de los Mudos;
éste es una sala baja,
junto a la Cárcel; mas tiene
sus dos puertas a la plaza.
Aquí, arrimados los cueros
del vino de partes varias,
hasta que se distribuye,
calla entonces, después habla;
Tabernilla y Tabladillo
tienen por tierras extrañas
tal fama, que no me excusa
de que en esta cifra vayan.
La provisión no te alabo,
porque has de experimentarla
los días que ver mereces
la divina Salamanca.

GARCERÁN. Hay unos hombres aquí,
amigo Fabio, y trataban
con el huésped (2) una cosa
que me dió gusto escucharla.
¡Oye, por tu vida!

FABIO. Di.

GARCERÁN. El colegio que aquí llaman
el Viejo, dicen que tiene
Constitución, que se guarda
inviolablemente, y es
que esta sabia e ilustre casa
sustente un simple.

FABIO. Es verdad.

GARCERÁN. ¡Notables cosas contaban
de los bobos que han tenido!

FABIO. Suelen tener mucha gracia.

GARCERÁN. Entre sus cuentos graciosos,

(1) En la ed. de 1621 (Madrid): "famoso".
(2) En la ed. de 1621: "de".

dicen que ahora les falta.
FABIO. Debe de ser; mas ¿qué importa?
GARCERÁN. No me importa; mas espanta
que falte un bobo en el mundo
para que adelante vaya
tan santa constitución,
que por sustentarle es santa.
FABIO. Malicia es ésa.
GARCERÁN. No es.
FABIO. ¡Reinel!
REINEL. ¡Señor!
FABIO. ¿Tengo cama?
REINEL. Sábanas echaba ahora
una entre gallega y galga,
que con la santa limpieza
tiene inmortal repugnancia.
FABIO. Quedad, Clarindo, con Dios.
GARCERÁN. El os guarde.
MARÍN. Edad muy larga...
Desesperado (1) que aqueste
cesase sus alabanzas;
que yo no entiendo a qué efeto
en este sucinto mapa
ha querido reducir
todo lo mejor de España.
Ya con nombre de Clarindo,
y yo de Chacón, te hallas
sin saber lo que has de hacer,
Garcerán, en Salamanca.
¿Cómo sin ser conocido
intentas ver a tu dama,
y qué ha de ser de nosotros?
GARCERÁN. Marín, lo que preguntabas (2)
deste bobo del colegio
a Fabio, no era sin causa;
que dicen que aqueste bobo
tiene en las casas entrada
de todos los caballeros,
y aun estiman que en sus casas
entre el bobo del colegio.
Busca dos sayos y capas
de labradores groseros,
y pues que bobo le falta
al colegio, allá me lleva;
que yo, fingiendo ignorancia,
quiero ser aqueste simple;
pues, si el traje me disfraza,
podré entrar con libertad
tardes, noches y mañanas
a ver y hablar a Fulgencia.

(1) Hartzenbusch corrigió "Desesperado *he*".
(2) En la ed. de Hartzenbusch: "preguntaba".

MARÍN. ¿Pruebas mi paciencia, o tratas
tu deshonra con mi muerte?
GARCERÁN. Si me replicas palabra,
¡vive Dios!...
MARÍN. ¡Señor!
GARCERÁN. Marín,
ciego es amor; no repara
en la vida ni en la muerte,
en la honra ni en la infamia.
Cuando Ovidio y otros pintan
a Júpiter, que tomaba,
ya de cisne, ya de toro,
ya de fuego, formas varias,
esto quisieron decir:
que para hablar a sus damas
se transforman los amantes.
Ponte un sayo y capa parda,
y dirás que eres mi tío.
MARÍN. ¿Y con ese talle y cara
han de creer que eres bobo
hombres doctos?
GARCERÁN. Tantos andan
de esa manera, Marín,
por las ciudades de España,
que antes quitará la duda.
MARÍN. Pues ánimo, a la batalla;
que, para todo, los cielos
me dieron ingenio y maña.
¿Qué nombre te han (1) de lla-[mar?
GARCERÁN. Pablos.
MARÍN. El nombre me agrada.
¿Y de qué lugar?
GARCERÁN. De Coria.
MARÍN. Camina y estudia gracias.
GARCERÁN. Por lo menos, por el nombre
seré agradable a mi dama.

(TRISTÁN *y* DON JUAN.)

DON JUAN. Esto que os digo responde
y da en aquestas tristezas.
TRISTÁN. ¡Qué bien a vuestras firmezas
ese desdén corresponde!
DON JUAN. Estoy tan desesperado,
como de Octavio quejoso.
TRISTÁN. Que os cumpla será forzoso
la palabra que os ha dado.
DON JUAN. Mientras Fulgencia, Tristán,
no dispusiere de sí,
más que de Octavio, de mí
queja mis celos tendrán.

(1) En la ed. de 1621: "ha*s*".

Por mil caminos intento
saber de qué ha procedido
el haberme aborrecido
y vivir con descontento;
mas no me cuadra ninguno.
Y aunque pienso que en Valencia
se pudo prendar Fulgencia
y, mudable, amar alguno,
en dos meses no podía
venir tan triste de allá
como en Salamanca está;
y es necia sospecha mía.

TRISTÁN. Antes no, porque el amor
más fuerza al principio tiene;
que es como río, que viene
hasta la mar con furor
y luego se pierde allí.

DON JUAN. Pues si Fulgencia quisiera,
¿no escribiera?

TRISTÁN. Sí escribiera.

DON JUAN. Pues creed, Tristán, de mí
que he hecho mi diligencia.

TRISTÁN. Vendrá con particular.

DON JUAN. Aquí nadie puede entrar.

TRISTÁN. Deso está triste Fulgencia.

DON JUAN. Su hermano intenta alegralla;
hoy traerá música aquí.

(OCTAVIO *y* FERMÍN.)

OCTAVIO. ¿Vendrán presto?

FERMÍN. Señor, sí.

OCTAVIO. Aunque pienso que cantalla
ha de ser entristecella.

DON JUAN. Si música le traéis,
justa sospecha tenéis;
que es de los efetos della
añadir tristeza al triste.

TRISTÁN. Ella y Celia juntas vienen.

(Entren CELIA *y* FULGENCIA.)

FULGENCIA. Mis males remedio tienen;
pero en la muerte consiste.

CELIA. La mayor enfermedad
llaman la melancolía,
porque no admite alegría
y anda a buscar soledad.
Vuelve en tu acuerdo, Fulgencia,
mira que está aquí mi hermano.

DON JUAN. Que ya (1) la entristezco es llano,
pues toda su diligencia
ha puesto en huir de mí.

FULGENCIA. No soy yo tan descortés,
ni vuestro término es
para trataros ansí.
Mi enfermedad ha crecido
con preguntarme la causa.

DON JUAN. No saber de qué se causa,
toda la culpa ha tenido.
Y no os espantéis que sea
en esto tan porfiado
el que con tanto cuidado
vuestra vida y bien desea;
que, a lo menos, me debéis
que mil que tuviera os diera,
porque se disminuyera
la tristeza que tenéis.

FERMÍN. Los músicos han venido.

OCTAVIO. Diles que pueden entrar.

CELIA. Todos os podéis sentar.

FULGENCIA. [*Ap.*] ¡Oh, qué mal cubre el olvido
un desatinado amor!
¡Ay, Garcerán! Si en ausencia
de sólo un mes en (1) Valencia
usas de tanto rigor,
¿qué esperanza vive en mí?
¿Es esto lo que decías,
lo que escribir prometías
y lo que esperé de ti?
¿Tienes allá, por ventura,
otro dueño? Sí tendrás;
que el no pensar verme más
tu mudanza me asegura.

(Siéntense los MÚSICOS.)

MÚSICOS. Aquí, Octavio, nos tenéis.
Mirad qué es lo que mandáis.

OCTAVIO. Que hoy Anfiones seáis
de aquesta piedra que veis.
Cantad, para que se mueva;
que es fundamento del muro
de todo el bien que procuro.

MÚSICOS. Oíd una letra nueva.

(Canten:)

Claros aires de Valencia
que dais a la mar embates;
a sus verdes plantas, flores,
y a sus naranjos, azahares.

(1) Hartzenbusch corrigió "*yo*".

(1) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "de".

Huéspedes frescos de abril,
instrumentos de sus aves,
campanitas del amor
que despertáis los amantes.
Llevad mis suspiros,
aires süaves,
al azahar de unas manos
que en ellas nace.

FULGENCIA. Mucho me habéis alegrado.
Muy linda es esta (1) canción.

DON JUAN. Sí; pero en esta ocasión
más hubieran acertado
si celebraran el Tormes.

MÚSICOS. Aunque en Salamanca vive
el poeta que esto escribe,
no es bien que esa queja formes,
porque es de Valencia, y tiene
la musa de (2) esta influencia
allá en Valencia.

FULGENCIA. ¿En Valencia?

MÚSICOS. De allá la influencia viene
con que estos versos destila.

FULGENCIA. Con eso tan dulces son.
¿Tienes de él otra canción?

MÚSICOS. Una letrilla.

FULGENCIA. Pues dila.

(Canten:)

Naranjitas me tira la niña
en Valencia, por Navidad;
pues a fe que si se las tiro,
que se le han de volver azahar.

TRISTÁN. No vi en mi vida poeta
con tanto azar.

DON JUAN. Si jugara,
poco pienso que ganara.

MÚSICOS. Es metáfora secreta
de ciertos ramos de azahar
que de su jardín cogió.

FULGENCIA. Cantad, que os escucho yo.

MÚSICOS. Ya volvemos a cantar.

(Canten:)

A una máscara salí,
y paréme a su ventana;
amaneció su mañana
y el sol en sus ojos vi.
Naranjitas desde allí
me tiró para favor;
como no sabe de amor,
piensa que todo es burlar;
pues a fe que si se las tiro,
que se le han de volver azahar.
Naranjitas me tira, etc.

FULGENCIA. Gracia tienen estas cosas
de Valencia.

DON JUAN. Sí tendrán.

CELIA. [*Ap. a* FULGENCIA.] Celos has da-
[do a don Juan.

FULGENCIA. Mis tristezas son forzosas.
Lo que me ha dado alegría
ya me vuelve a entristecer.

TRISTÁN. Valencia debe de ser
toda su melancolía.

OCTAVIO. En esta ocasión quisiera
ser un príncipe.

CELIA. ¿A qué efeto?

OCTAVIO. Con el poder, te prometo
que tales fiestas hiciera,
que mi hermana se alegrara;
y con lo poco que puedo,
si pobre gastando quedo,
he de ver en lo que para.
Toda esta casa ha de ser
juego y fiestas desde hoy.

FULGENCIA. Cantad, que a fe de quien soy,
que me dais mucho placer.
Pero no ha de ser aquí.
Hacia el jardín nos entremos.

MÚSICOS. Cantando, señora, iremos.

FULGENCIA. ¿Será de Valencia?

MÚSICOS. Sí.

(Canten:)

En el Grao de Valencia,
noche de San Juan,
todo el fuego que tengo
truje de la mar.

(Vanse, y salgan GARCERÁN, *ya con sayo de colores y polainas, y* MARÍN, *de labrador.)*

GARCERÁN. ¡Qué presto me recibieron!

MARÍN. Tales gracias les dijiste...

GARCERÁN. ¿Fingí bien?

MARÍN. Tan bien fingiste,
que mil sospechas me dieron
que ya habías hecho otras veces
esta figura de (1) bobo.

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "esa".
(2) Idem: "la música".

(3) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "de*l*".

GARCERÁN. Tú verás que a todos robo
la voluntad.
MARÍN. Tú mereces
ser bobo del gran Sofí.
GARCERÁN. Y tú del Gran Turco, tío.
MARÍN. ¿Qué te parece del brío
con que el villano fingí?
Bien ganáramos partido
los dos en una comedia.
GARCERÁN. La nuestra llega a la media.
Favor al Amor le pido
para la postrer jornada,
que es el gusto de la acción.
MARÍN. Aún te queda la ocasión
de hablar con tu prenda amada.
Con lo demás, que ha de ser
de gusto y de habilidad,
hoy causarás novedad.
Paciencia habrás menester.
GARCERÁN. Un bobo muchos hará.
MARÍN. Pues a fe que si anduvieran
de colores los que fueran
para vestírsele ya,
que hubiera más de color
que de negro, a lo que entiendo.

(Salen RISELO *y* GERARDO, *estudiantes.)*

RISELO. Que me declaréis pretendo,
eso que decís, mejor.
GERARDO. ¿Pues desto no hacéis conceto?
MARÍN. [*Ap. a* GARCERÁN.] Estos arguyen.
GARCERÁN. ¿Qué haré?
MARÍN. Disimular.
GARCERÁN. ¡Oh! ¿Diré (1)
un disparate, en efeto?

GERARDO.

Digo que (2) los cuerpos celestiales
han mudado (3), Riselo, los antiguos.
Utrum sint animata, an non.

MARÍN.

Escucha.

GERARDO.

Los que pensaron que animados eran,
imaginaron que, efectivamente,
su movimiento procedía del ánima.

RISELO.

Pues eso la verdad lo contradice;
que ni vegetativa, sensitiva,
ni racional virtud insiste (1) en ellos.

GERARDO.

Si por agentes intelectuales,
inteligencias digo, movedoras,
animados parecen, no me espanto.

RISELO.

Esas inteligencias no se juntan
a los orbes celestes, como al cuerpo
se junta, por unión formal, el alma,
y substancial información.

GERARDO.

Repugna
a la intelectual naturaleza
angélica, como es potente (2) y clara (3),
cum materia componere rem unam,
porque entre el alma racional, Riselo,
y la naturaleza ilustre angélica,
hay esta diferencia, que es unible
el alma, el (4) cuerpo, *quanvis etiam possit,*
separatim subsistere, y nacida
con él, sola una cosa componerse;
pero poder naturaleza angélica
al cuerpo (5), la materia ser unible,
nequaquam; porque sólo *per se nata*
est subsistere (6).

RISELO.

¿Pues cómo se le junta?

GERARDO.

Júntase al orbe que se mueve, y tócale
sólo con su virtud, y no se puede
decir que el cuerpo celestial tiene alma
más que a la nave, que moverse vemos
porque hay dentro el piloto que la rige.

---

(1) Pudiera puntuarse también, como lo hizo Hartzenbusch: "¿O diré...?".
(2) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "de", que completa la medida del endecasílabo.
(3) En idem id.: "*d*udado".

(1) En la ed. de 1621: "asiste"; en la de Hartzenbusch: "existe".
(2) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "*p*atente".
(3) Hartzenbusch corrigió "clar*o*".
(4) En la ed. de 1621 y en la Hartzenbusch: "*al*".
(5) Idem id.: "o".
(6) Hartzenbusch: "*subsistens*".

RISELO.

Bien habéis declarado lo que os dije.

MARÍN. [*Aparte.*]

Para que te acredites mayormente
con estudiantes, llega ahora y háblalos.

GARCERÁN.

¿Qué estáis diciendo? ¿Necedades? ¡Hola!

GERARDO.

¡Qué figura!

RISELO.

¡Notable!

GERARDO.

¡Nueva!

RISELO.

¡Extraña!

GARCERÁN.

¿Tenéisme por novato, mentecatos?
Pues el mundo está lleno de novatos.

RISELO.

¿Qué nuevo bobo es éste?

MARÍN.

Es del Colegio.
No le hagan mal, señores, por su vida;
caten que es mi sobrino, en mi conciencia,
y que ha tan poco tiempo que le traje,
que no le oso dejar.

GERARDO.

¿Cómo es tu nombre?

GARCERÁN.

¿Dice a mí?

GERARDO.

Sí.

GARCERÁN.

Pablillos; y mi tío
se llama Juan Vicario, y es hermano
de mi padre; y mi madre no es su hermana,
sino mi madre; y yo soy hijo suyo,
que me hubieron en casa; y aunque vengo
con mi tío, mi tío no es mi padre
ni mi madre tampoco, sino tío;
que le viene de zaga por alcurnia.
Mas todos somos muy prolija (1) gente,

(1) Hartzenbusch corrigió: "polida".

y yo vengo a hestoriar (1) a Salamanca;
que diz que tengo de ser presto cura,
y me han de graduar de *bobalorum.*

MARÍN.

Señores, no le piquen, por su vida;
que si se enoja es un demonio suelto.

GARCERÁN.

Callad, tío; que yo de dos la una
meto un ladrillo a un hombre en la cabeza;
pero aquestos borrachos, que decían
del cielo (que no han visto) disparates,
les quiero pescudar una conseja.

RISELO.

¿Pues entendiste tú lo que tratábamos?

GARCERÁN.

¡Y cómo si entendí los lengromentos!
¿No dejistes que el cielo era una cosa
que por sus diligencias se movía,
y que andaban por él algunas ánimas?

GERARDO.

¡Oh, qué gracioso bobo!

GARCERÁN.

Pues, borrachos;
¿cómo llamastes desalmado al cielo,
si está hirviendo de ánimas, que es groria,
que algunas dellas han estado en Coria?

RISELO.

El tonto es gran persona.

GERARDO.

Visitando
a Octavio, que es un grande amigo mío,
vi, Riselo, su hermana; ya sospecho
que habéis visto su hermana.

RISELO.

Ya la he visto.

GERARDO.

Está de unas tristezas tan al cabo,
que anda buscando músicos, y haciendo
mil fiestas, sólo a efecto de alegrarla,
su hermano, que la tiene prometida
a don Juan, su cuñado, en casamiento.

(1) Hartzenbusch corrigió "estudiar".

Yo pienso que le haría un gran servicio
si este bobo a su casa le llevase.

RISELO.

No dudo que en extremo se alegrase;
que tal vez las tristezas de un discreto
suele alegrar un ignorante.

GERARDO.

Pablos,
¿queréis venir conmigo a cierta casa
donde os darán de merendar?

GARCERÁN.

Si tienen
allá muchos buñuelos y pasteles
y algunas manecillas de ternera,
¡pardiez! que vaya allá de buena gana.

GERARDO.

Todo eso y más habrá.

GARCERÁN.

Pues vamos, tío.

MARÍN. [*Ap. a* GARCERÁN.]

(No me parece mal. Garcerán, oye.

GARCERÁN.

¿Qué sientes?

MARÍN.

Que ahora es bien a los principios
acreditarte de apacible.)

GARCERÁN.

Vamos,
con tal que en esa casa merendemos.

GERARDO.

Pues seguidme los dos.

GARCERÁN. [*Aparte.*]

(¡Ay, cielo santo;
si acaso en esta casa hallase (1) nuevas
de mi Fulgencia!

MARÍN.

Siendo gente noble,
no se puede esconder.

GARCERÁN.

Así lo creo.
¿Y dónde no la hallara mi deseo?)

(1) Hartzenbusch corrigió: "hallaré".

(*Salen* CELIA *y* FULGENCIA.)

FULGENCIA. Persuadida de tu amor
y de un desprecio, que es cosa
que una pasión amorosa
suele volver en furor,
y por vengar el rigor
del mal término y grosero
de un villano caballero,
indigno de mi firmeza,
hoy, Celia, de mi tristeza
que sepas la causa quiero.
Hasta agora no podía
este mi mal declarar,
porque un incierto esperar
engañada me tenía;
pero hame dado osadía
su ingratitud, de manera
que, como quien ya no espera,
diré con desconfianza
que mereció mi mudanza
perderle en la (1) misma esfera.

CELIA. Yo te confieso, Fulgencia,
que tu tristeza entendí,
porque enamorada vi
que te partiste a Valencia.
Y con dos meses de ausencia
de tal manera volviste,
que a don Juan aborreciste,
y mataste de pesar
cuantos te vieron estar
tan melancólica y triste.
¿Qué te pudo suceder
que tan presto te mudaste?

FULGENCIA. Desconfiar (que esto baste,
Celia) de volver a ver
a don Juan, y ser mujer.
Vi un caballero galán,
cuyo nombre es Garcerán;
quísome bien, con pasión;
escuchéle una razón,
y unas tras otras se van.
Al principio no entendí
que hiciera más de escuchar,
para poder aliviar
el mal que saqué de aquí.
Pero tal sirena oí,
que, llorando, me engañó;
cierto fué que se burló,
pues no he visto letra suya.

(1) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "perder*se* en *su*".

CELIA. Que toda la culpa es tuya,
jurare, Fulgencia, yo;
si presto no te rindieras,
¡cuán mejor te aseguraras!

FULGENCIA. ¿Qué importan palabras claras (1),
ni de burlas ni de veras?
El, con todas sus quimeras,
solas palabras me debe.

CELIA. ¿Y amor no es nada?

FULGENCIA. Ese, en breve
saldrá del alma tirana.

CELIA. Como frío de terciana (2)
tienes guardada la nieve;
presto quieres, pero luego
truecas amor en desvío.

FULGENCIA. Es cómo me viene el frío,
después del calor del fuego.

CELIA. Que a querer vuelvas te ruego
mi hermano, pues que podrás.

FULGENCIA. Agora le querré más,
que tengo este desengaño.

(Sale DON JUAN.)

DON JUAN. No camines tanto, engaño;
que va la esperanza atrás.
Mira que no puede ser
que te alcance, aunque es de viento;
porque sigue el pensamiento
de una mudable mujer.

FULGENCIA. El eco me hace creer
que os vais quejando de mí.

DON JUAN. La razón lo dice así,
y el Amor, que no es tan sabio
que sepa callar su agravio.

FULGENCIA. ¿Agravio?

DON JUAN. Señora, sí.

FULGENCIA. Don Juan, pues he conocido
vuestro valor en quererme,
no quiero más defenderme:
vuestra soy y vuestra he sido;
licencia con esto os pido,
que he dicho más que pensé.

DON JUAN. Pues ¿no os agradeceré
siquiera tanto favor?

FULGENCIA. Bastará pagar mi amor,
que vuelva (3) a ser el que fué.

(Vase.)

DON JUAN. Eres bien, volando vas.
¿Qué es esto, Celia?

CELIA. Mudanzas;
pero, pues el viento alcanzas,
¿para qué preguntas más?
Mas, si palabra me das,
te diré todo el secreto.

DON JUAN. Como quien soy lo prometo.

CELIA. Soy tu hermana, y soy mujer:
que a no callar, nuestro ser
dicen que nació sujeto.
Fulgencia quiso en Valencia
y fué amada de un galán,
cuyo nombre es Garcerán;
hizo de Valencia ausencia,
y vuelve a querer Fulgencia
a lo que quiso primero.

DON JUAN. Golpe me has dado tan fiero,
que, si con celos se olvida,
harán que toda mi vida
aborrezca lo que quiero.
¿Cómo podré yo casarme
con tan mudable mujer?

CELIA. ¿Qué importa un fácil querer?

DON JUAN. Importa poder matarme.
¿Cómo podré confiarme?

CELIA. Luego habrá muchas doncellas
que de querer y querellas
se escapen en verdes años.

DON JUAN. Pues ¿por qué lamenta engaños
quien pone esperanza en ellas?

(Salen GARCERÁN *y* MARÍN *y* RISELO *y* GERARDO.)

MARÍN. Mira que vayas con seso.

GARCERÁN. Pues, si yo seso tuviera,
¿pensáis que en esto anduviera,
mortero con ajo y queso?

RISELO. ¿Está aquí el señor Octavio?

DON JUAN. Poco ha que estaba aquí.

GARCERÁN. ¿Es ésta la dama?

MARÍN. Sí.

GARCERÁN. ¡Hola, hao! ¡Mirad que rabio!
Por eso mandad sacar
la merienda.

GERARDO. La tristeza
que oprime tanta belleza
nos ha obligado a sacar
éste del Colegio Viejo,
que es pieza de rey.

GARCERÁN. Y vos
sois, ¡que mal os haga Dios!
la enferma del sobrecejo.

---

(1) Hartzenbusch corrigió: "raras".
(2) Hartzenbusch puso este verso también en boca de Fulgencia.
(3) Hartzenbusch corrigió: "vuelve".

¿Para qué os entristecéis,
con esos años y cara?
MARÍN. En lo que dices repara.
GARCERÁN. Reparad vos, si queréis;
que aún yo no he visto el azahar
de las huertas de Valencia.
GERARDO. (1) Allá bien curan de ausencia.
GARCERÁN. También saben enfermar.
CELIA. No soy yo la que estoy triste.
GARCERÁN. ¿No? ¿Pues quién?
CELIA. Soy su cuñada.
GARCERÁN. ¿Y estáis con éste casada?
DON JUAN. No, que yo soy quien resiste
las tristezas desa dama.
GARCERÁN. ¡Harto trabajo tenéis!
A la cuenta, la queréis,
y ella, sin cuenta, os desama.
MARÍN. ¡Esa fué verdad de loco!
GARCERÁN. Echad acá la mujer;
que la tengo de morder
sólo porque os tiene en poco.
DON JUAN. ¿Cómo te llamas?
GARCERÁN. ¿Yo?
DON JUAN. Sí.
GARCERÁN. Mal año, si lo dijese,
y alguno me conociese,
de los que andan por ahí.
MARÍN. Pablos, señor; y yo soy
su tío, y es Juan Vicario
mi nombre, y de Calandario (2);
que para mosalle (3) estoy
en el Colegio, con él,
las oraciones.
DON JUAN. Sí (4); aquí
viene la que es para mí
por todo extremo cruel.
Dile con tus boberías
y con tus simples razones,
pues no bastan discreciones,
Pablos, las congojas mías.
Dile que cure mi mal.
GARCERÁN. Si es sarna, yo sé un ungüente
con que el mal se os acreciente
y os lleven al hospital.
MARÍN. Pablos, vos quedáis adonde
os sabrán regalar bien;
quedad con Dios.
GARCERÁN. Digo amén.
RISELO. Por si esta dama se esconde,
viéndonos aquí, nos vamos.
DON JUAN. Diré a Octavio esta merced.
GARCERÁN. ¡Hola! Por acá volved.
RISELO. ¿Cuándo?
GARCERÁN. El Domingo de Ramos.

(Sale FULGENCIA.)

FULGENCIA. Con vergüenza vuelvo a veros.
DON JUAN. Estaréis arrepentida.
GARCERÁN. ¡Hola, mujer relamida!
¿Por qué no amáis a Gaiferos?
FULGENCIA. ¡Jesús!
DON JUAN. ¡Ay, Dios!
GARCERÁN. ¿Qué te ha dado?
DON JUAN. ¡Fulgencia se desmayó!
CELIA. Tal sobresalto le dió
ver este simple a su lado.
MARÍN. No es feo que obligue a extre- [mos.
CELIA. Octavio, manda (1) sacar
un poco de agua de azahar.
GARCERÁN. Naranjos somos: lloremos.
DON JUAN. Voy por agua.
GARCERÁN. Traed vino.
CELIA. ¡Fulgencia! ¡Ah, hermana! ¡Ah, [Fulgencia!
GARCERÁN. ¡Ay, Marín, ay!
MARÍN. Ten prudencia.
GARCERÁN. Que es el desmayo, adivino,
de verme loco, Marín.
MARÍN. Señora, aunque labrador,
yo sé un salmo...
CELIA. ¿Tú?
MARÍN. El mejor.
CELIA. Dile.
MARÍN. Ya limpio el magín;
pero habéis de estar aparte.
CELIA. ¿Volverá?
MARÍN. Sí.
CELIA. Llega y di.
MARÍN. [*Ap. a* FULGENCIA.] Garcerán, loco [por ti,
Fulgencia, viene a buscarte;
está en el Colegio Viejo,
disfrazado en bobo.
FULGENCIA. ¡Ay, Dios!
CELIA. ¿Habló?
GARCERÁN. Mal conocéis vos

(1) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "CELIA".
(2) En la ed. de Hartzenbusch: "mi nombre de calandario". Pero es más posible que se aluda a Candelario (metalizada y alterada la voz a lo rústico), como supuesto pueblo natal del tío fingido.
(3) Hartzenbusch corrigió "mostralle".
(4) Hartzenbusch omitió "Sí":

(1) Hartzenbusch lo enmendó así: "Id, don Juan, mandad".

aquel salmo o salmorejo.

MARÍN. Advierte que, aunque es locura,
es nacido (1) de tu amor.

(DON JUAN, *con agua.*)

DON JUAN. Esta es el agua.

GARCERÁN. Mejor
tengan mis cosas ventura,
que la (2) de beber Fulgencia.

DON JUAN. ¿Por qué, Pablos?

GARCERÁN. Porque ya
lágrimas beber podrá,
agua de azahar de Valencia.
Dad el agua a Juan Vicario.

MARÍN. ¡Malos años para vos!

GARCERÁN. Pues, ¡sus!, denos a los dos
aguardiente y letuario.

DON JUAN. ¿Qué tenéis, Fulgencia mía?

FULGENCIA. Lo que tener no pensé.

DON JUAN. ¿Es mal?

FULGENCIA. Ya el mal olvidé,
como vi que el bien venía.

DON JUAN. Aquí estoy; vos sois bien mío.

GARCERÁN. Y yo también, a la fe,
aunque no me desmayé,
porque me riñó mi tío.
¡Hola, tristísima dama!
Catadnos acá, y catad
cuál vamos por la ciudad:
tal sabe hacer quien bien ama.
No os espantéis otra vez
de ver un bobo, aunque fuera
como yo; porque si hubiera
pesquisidor o juez
deste delito en el mundo,
la cárcel fuera mayor;
y mentecatos de amor
tienen el lugar segundo.
Sólo tuve por agüero
lo que aqueste me mandó,
porque os quiere como yo;
que bien sabéis vos que os quiero.
Dice que no le queréis,
de que algo estoy consolado;
que lo que me habéis costado
es razón que lo estiméis.
¿Cómo os llamáis?

FULGENCIA. ¿Yo? La Firme.

GARCERÁN. ¡Plegue a Dios que lo seáis!
Buena estáis, si firme estáis,
como agora se confirme.

FULGENCIA. Presumiendo ingratitud,
cerca de mudarme estuve;
salió el sol, pasó la nube.

GARCERÁN. Templado habéis el laúd.

DON JUAN. Si el simple os enoja, haré
que se vaya.

FULGENCIA. Antes me alegra.

GARCERÁN. Pues, señor, cara de suegra.
¿Sabe cómo le daré...?

DON JUAN. ¿Qué me darás?

GARCERÁN. Pesadumbre.

DON JUAN. Ahora bien: quiéroos dejar,
que a Celia tengo que hablar.

GARCERÁN. Pues nunca Dios os alumbre,
por más preñado que estéis
de deseos y de antojos.

CELIA. Vamos.

FULGENCIA. [*Ap. a* GARCERÁN.] ¡Que te ven mis [ojos!

MARÍN. ¡Quedo, paso!, que os perdéis.

CELIA. Bien quedas entretenida;
luego a verte volveré.

DON JUAN. ¿Desmayo, Celia? ¿Qué fué?

CELIA. Melindres.

DON JUAN. ¡Bien, por mi vida!

GARCERÁN. ¿No se van?

MARÍN. Aguarda un poco.

(*Váyanse* CELIA *y* DON JUAN.)

Cierra, hijo.

GARCERÁN. ¡Ay, prenda amada!

FULGENCIA. Tente, que estoy enojada
de verte, mi bien, tan loco.

GARCERÁN. ¿Los brazos me niegas?

FULGENCIA. Sí.
¿Por qué has hecho esta locura?

GARCERÁN. Porque tu mucha hermosura
me tiene fuera de mí.

FULGENCIA. ¿Cómo podré yo ser tuya,
si te quitas el honor?

GARCERÁN. Como a tu gracia y mi amor
esta gracia se atribuya...

FULGENCIA. Quítate, ¡por Dios!, mi bien,
ese traje tan extraño.

GARCERÁN. Eso no; porque este engaño
me desengaña también.

FULGENCIA. ¿En traje de caballero,
no puedes servirme?

GARCERÁN. No,
porque no te veré yo

---

(1) Hartzenbusch la enmendó así: "nacid*a*".
(2) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "que la *ha* de beber Fulgencia".

cuando quiera y como quiero.
Con el hábito que ves
entraré y saldré en tu casa;
y sin saber lo que pasa,
Fulgencia, tu miedo es.
¡Buen lance habemos echado,
aventurando el honor!;
que si le tuviste amor
y me has, Fulgencia, olvidado,
no querrás que yo te vea
a prisa y con libertad.

FULGENCIA. No hay, Garcerán, necedad
que de más quilates sea
que la de un discreto.

GARCERÁN. ¡Ay, cielos!

FULGENCIA. Es verdad que éste es don Juan,
a quien por dueño me dan.

GARCERÁN. No eran sin causa mis celos.

FULGENCIA. Dios sabe lo que me debes,
Garcerán.

GARCERÁN. Pues, siendo así,
déjame sin honra aquí,
y mi paciencia no pruebes;
que quien llega a estas locuras,
también se sabrá matar.

FULGENCIA. No te quiero aconsejar.

GARCERÁN. Mas ¿de tu amor me aseguras?

MARÍN. Si estimáis desta manera
el lugar que Amor os da,
¿no veis que se correrá?
Advertid que hay gente afuera,
y que os faltará ocasión.

GARCERÁN. No hará, con este disfraz.

FULGENCIA. Si en eso estás pertinaz,
aquestos mis brazos son.

GARCERÁN. Y éstos, señora, los míos.

MARÍN. ¡Bendígaos el cielo! Amén.

GARCERÁN. Agradéceme, mi bien,
estos locos desvaríos.

(Sale OCTAVIO.)

OCTAVIO. ¿Está aquí mi hermana?

GARCERÁN. Y yo,
que la abrazo, aunque no quiera.

OCTAVIO. ¿Quién eres?

GARCERÁN. Quien antes era,
que del tejado cayó.

FULGENCIA. Pablos es mi grande amigo;
que es del Colegio, y lo quiero
mucho.

GARCERÁN. Y yo ando al retortero
por esto que hace conmigo.
¿Sois vos su hermano?

OCTAVIO. Yo soy.
Alegra mucho a mi hermana.

GARCERÁN. Tan sana os la doy mañana
como yo con verla estoy.

FULGENCIA. Mucho me he holgado con él.

GARCERÁN. Por eso vine yo acá;
que bien me estaba yo allá;
pero, en fin, vine por él.

OCTAVIO. ¿Por mí has venido?

GARCERÁN. ¿Pues no?
Si él no fuera, no viniera;
que me trajo la mollera
y sin seso me dejó.
Secóse todo el azahar
luego que saltó el abril;
descuidéme del candil
y quemóseme el pajar.
Como vi que no quedó
esperanza de provecho,
puse a la fortuna el pecho,
que este albornoz me vistió.
Aconsejóme mi tío
viniese a estudiar acá;
aunque hace calor allá
y acá tenemos (1) el frío.
Pero todo se hará bien,
y yo saldré graduado,
como vos me deis el grado
y yo os hurte la sartén.

OCTAVIO. ¡Gracioso simple!

FULGENCIA. ¡Extremado!
Obliga a tenerle amor.

GARCERÁN. Si yo le tengo mayor,
¿qué mucho que haya obligado?

OCTAVIO. Dice cosas en razón.

GARCERÁN. No creáis mis boberías;
antes después de los días
que os hurte la bendición.

OCTAVIO. Vamos a comer, hermana.

FULGENCIA. Coma el huésped con nosotros.

GARCERÁN. O con ellos, o con otros,
siempre me sobra la gana.
Pero de mi historia toda
no cantarán villancicos
hasta que coma los picos
de las roscas de la boda.

OCTAVIO. Entra; que tengo que hablarte
del contento de don Juan.

GARCERÁN. ¿Y a mi tío, no darán

(1) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "te*m*emos".

de mis buenas dichas parte?
OCTAVIO. ¿Es ese buen labrador
tu tío?
MARÍN. ¿Pues no lo ve?
Yo le truje y le asenté
en el colegio, señor;
de donde espero que presto
saldrá a ser hombre de bien.

(Salen los dos.)

GARCERÁN. Todo nos sucede bien.
MARÍN. Hoy la fortuna te ha puesto
donde puedes desear.
GARCERÁN. Que me conserve deseo.
MARÍN. ¡Bien haces el bobo!
GARCERÁN. Creo
que habemos hoy de engañar
algún discreto.
MARÍN. ¡Qué efetos
tan propios de la ambición!
Porque ya, los bobos son
quien engaña a (1) los discretos.
GARCERÁN. Hoy levanto un templo Efesio (2)
al amor.
MARÍN. ¡Muy (3) bien harás!
Y su puerta honrar podrás
con las armas del Colegio (4).

ACTO TERCERO

(Sale OCTAVIO *y* CELIA.*)*

OCTAVIO. Aun para ser tu galán
es ése mucho rigor;
ni (5) que tengas más amor,
aunque es tu hermano, a don Juan.
¡Advierte que soy marido,
y que en posesión estoy!
CELIA. Si pesadumbre te doy,
pon la venganza en tu olvido.
Demás que sólo te ofendo
en estar triste.
OCTAVIO. ¿Y es poco,
si basta a volverme loco
cuando tu gusto pretendo?
Vuelve, Celia, esposa mía,
a tu contento y placer;
que es prudencia en la mujer
mostrar al hombre alegría.
¡Nunca ha de faltar un triste!
Cuando Fulgencia lo estaba,
tú, alegre; y cuando ella acaba
la tristeza en que la viste,
comienza la tuya en casa...
CELIA. Ella no tuvo ocasión;
yo sí.
OCTAVIO. Pues ¿por qué razón,
si no es porque no se casa?
CELIA. ¿Qué mayor, pues no cumplís
vuestras palabras los dos?

(Sale GARCERÁN.*)*

GARCERÁN. ¡Bueno me ponéis por Dios!
Pues esperad, pues (1) huís;
que si yo cojo dos lanchos,
a Roma iremos por todo.
¿Qué haceis los dos deste modo,
desocupando los ranchos?
¿Dónde os puso el casamiento?
Siempre mujer y marido
han de tener en el nido,
como palomas, asiento. [esto?
¡Muy cuerdos estáis! ¿Qué es
¿No estáis con gusto? ¿Hay cele-
OCTAVIO. Pablos, allá fuera espera. [ra?
GARCERÁN. ¿Vos también estáis compuesto?
OCTAVIO. Yo no soy el enojado.
GARCERÁN. ¿Luego vos dais en celosa?
CELIA. Es muy diferente cosa.
OCTAVIO. Celia, yo no estoy culpado
de que no quiera Fulgencia
desposarse con don Juan.
CELIA. Si ella adora en Garcerán,
caballero de Valencia,
¿cómo quieres que se case
con mi hermano?
OCTAVIO. ¿Y de mi hermana
dices cosa tan liviana?
¡Vive el cielo que la abrase!
GARCERÁN. ¡Oxte, puto!
CELIA. Yo sé bien
que porque en Valencia vió
a Garcerán, a quien dió
su fe y palabra también,

(1) Hartzenbusch corrigió "quien engañan los discretos".
(2) Idem "egregio".
(3) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "Qué".
(4) En la ed. de 1621: "Colessio".
(5) En la ed. de Hartzenbusch: "y".

(1) En la ed. de 1621: "por qué".

a mi hermano trata ansí.
GARCERÁN. ¡Hideputa, ruin mujer!
OCTAVIO. ¿Fulgencia pudo querer,
ni hablar ningún hombre allí?
CELIA. ¡Pues ella me lo ha contado,
bien sabré yo lo que digo!
GARCERÁN. No queráis mejor testigo.
OCTAVIO. ¿Eso en Valencia ha pasado?
GARCERÁN. ¿Eso en Valencia pasó?
OCTAVIO. ¡Fiad honor de mujer!
GARCERÁN. ¡Fiad cosas de comer,
de pajes!
OCTAVIO. Pensaba yo
que la llevaba su tía
para guardarla mejor,
¡y hame quitado el honor!
GARCERÁN. ¿Hay tan gran bellaquería?
OCTAVIO. ¿Y quién es el Garcerán?
GARCERÁN. Será un hombre como yo;
hombre que si la pescó,
¡buenas noches!
CELIA. Un galán
más bien nacido que rico.
GARCERÁN. Sí; porque si rico fuera
como noble, no sufriera
que le pongáis tanto hocico.
OCTAVIO. Iré a Valencia, y haré
que no la escriba ni engañe.
GARCERÁN. Si queréis que os acompañe,
porque allá le halléis, yo iré.
OCTAVIO. ¡Mataréle sobre el caso!
GARCERÁN. Sobre el caso o sobre el queso.
¡Pardiez!, hacelde un proceso
de versos de Garcilaso.
CELIA. Mejor es que le escribáis
con propio, y le amenacéis.
OCTAVIO. ¿Quién irá?
GARCERÁN. Yo, si queréis.
CELIA. Si la carta le fiais
a su tío deste bobo,
que ha dado ya en estudiar,
¿quién mejor la puede dar?
GARCERÁN. ¿La oveja le dáis al lobo?
CELIA. En hábito de estudiante
sirve en Salamanca ya,
y en los principios está,
según dicen, adelante.
Dalde dineros, y parta.
OCATVIO. La carta voy a escribir.
CELIA. Y yo a ayudar a decir
lo que es de esencia en la carta.

(Váyanse.)

GARCERÁN.

¿Dónde me llevas, pensamiento loco,
de una desdicha en otra, hasta la muerte?
Porque me dió tan áspero y tan fuerte,
cortos principios de mis dichas toco.
Si con mi deshonor no te provoco,
y en verte en tanto mal no te divierte,
¡acaba de matarme de otra suerte,
si te parece que padezco poco!
Advierte que no hay música sin pausa.
Descansa un poco, porque tome aliento,
si lo permite de tu amor la causa.
¡Pero no te acobardes, pensamiento;
que más vale tu mal por quien le causa,
que verme libre del dolor que siento!

(Sale MARÍN en hábito de capigorrón.)

MARÍN. En tu busca vengo.
GARCERÁN. Aquí
siempre, Marín, me hallarás.
MARÍN. ¿Cómo al Colegio no vas;
que se me quejan de ti?
GARCERÁN. Quédome en aquesta casa
por actos de posesión,
y porque ya mi pasión
a tales extremos pasa.
Desde aquí a Fulgencia veo,
ya desnuda, ya vestida;
cuelga en su vista mi vida,
y la suya en mi deseo.
Ella, pues, como me ve
sobre esas mesas quedar,
busca con qué me pagar
la firmeza de mi fe.
Levántase de mañana
a hacerme este bien, sospecho,
y ya el cuello, el blanco pecho,
me muestra por la ventana.
Deja que al descuido esté
la manga de la camisa,
por donde el brazo divisa
quien desde abajo la ve.
Yo, más bobo que mi traje,
con el sol que me amanece,
le digo que me enloquece,
y hago al pensamiento paje.
Va y viene con mil recados;
pagados pienso que son.
Mira si tengo razón.
MARÍN. Piensan los enamorados
que los que los ven son ciegos.
¡Cosa que des a entender

lo que nos venga a poner
en nuevos desasosiegos!

GARCERÁN. Entra, Marín, por tus ojos,
y mira lo que hace allá;
que hay desdichas por acá
que me hacen dar mil enojos.
A Celia dijo Fulgencia
que aborrecía a don Juan,
por amar a Garcerán,
caballero de Valencia.
No sé si fué por locura
o por (1) echarme a perder.

MARÍN. ¡Oh, secretos en mujer!

GARCERÁN. Por ellas ninguno dura.

MARÍN. Voy.

GARCERÁN. Dile que espero aquí,
y que escriben a Valencia
que yo les deje a Fulgencia.

MARÍN. ¿Que tú se la dejes?

GARCERÁN. Sí.

MARÍN. ¿Cómo, si con ella estás?

GARCERÁN. ¿Y cómo la dejaré?

MARÍN. En fin, ¡eso le diré!

GARCERÁN. Y que la espero, dirás.
¡Ay de mí, que ya no puedo
vivir sin ver lo que vi!

(Salen DON JUAN *y* TRISTÁN.)

TRISTÁN. Esto se ha de hacer ansí,
y muera Octavio.

DON JUAN. Hablad quedo.

TRISTÁN. El bobo está aquí. No importa.

GARCERÁN. [*Ap.*] (¿A Octavio quieren (2) ma- [tar?)

DON JUAN. Yo le he de desafiar,
porque vea lo que corta
la espada con el agravio
en el amigo mayor;
que me ha ofendido el honor
con aqueste engaño Octavio.

TRISTÁN. Pues escribilde un papel
para las once en la puente,
y llevad alguna gente
por si lo fuere con él.

DON JUAN. Eso no; que es caballero,
y yo sé que solo irá.

TRISTÁN. Atento este bobo está.

DON JUAN. Escribir el papel quiero,
y que se le lleve un paje.

TRISTÁN. Yo os le ayudaré a notar.

DON JUAN. A Fulgencia me ha de dar,
o he de abrasar su linaje.

(Váyanse.)

GARCERÁN. ¿Qué es esto? ¡Cielos! Ya trata
don Juan de matar a Octavio;
que tiene el ver por agravio
que su gusto se dilata.
Para las once en la puente.
¡Pues basta; que amigo habrá
que al camino le saldrá,
porque se excuse la gente!
¿Qué hay, Marín?

(Sale MARÍN.)

MARÍN. Salir quería,
y no salió por don Juan.

GARCERÁN. Peor nuestras cosas van
de lo que yo te decía.
¡Búscame luego un vestido,
capa y espada!

MARÍN. Vendí
los tuyos, para que ansí
fueses menos conocido;
que estaban en el mesón
dando sospecha.

GARCERÁN. ¡Es verdad!

MARÍN. Mas yo tengo en la ciudad
amigos, que algunos son
hombres de bien y galanes.
Entra, y verás a Fulgencia
que está llorando tu ausencia
con divinos ademanes.

GARCERÁN. ¡Ay, Marín! ¡Qué mal agüero!

MARÍN. ¿Agüero?

GARCERÁN. ¿Llorar el sol
es poco?

(Váyase GARCERÁN.)

MARÍN. ¡A fe de español
que eres lindo majadero!
Amor, ¿en qué han de parar
tus enredos y quimeras?
Ya, Tormes, en tus riberas
otra vez vuelvo a estudiar.
Vesme aquí de licenciado,
siempre pensando en latín,
habiendo sido un rocín
los piensos de mi cuidado.
Y díceme Garcerán

---

(1) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "para".
(2) Hartzenbusch corrigió "quiere".

que aproveche el tiempo ansí,
y estále perdiendo aquí,
donde mil penas le dan.
¡Ay, Valencia de mis ojos!
¡Ay, plaza de la Olivera!
¡Quién por el aire te viera
para templar sus enojos!

(Salen RISELO, GERARDO *y* LUCINDO, *estudiantes.)*

RISELO.

En tu busca venimos.

MARÍN.

¿Quién os dijo
que estaba por acá?

GERARDO.

Las amistades
que en esta casa a ti y a tu sobrino
os hacen con regalos tan notables.

MARÍN.

¿Pues qué se ofrece?

RISELO.

Holgarnos esta noche;
porque el señor Lucindo es grande amigo
y tiene prevenido jira y cena.

LUCINDO.

Dícenme del honor (1), donaire y gusto
del señor licenciado Juan Vicario
tantas cosas aquestos caballeros,
que quiero conocerle. ¡Toque!

MARÍN.

¡Toco!

RISELO.

Yo digo que la fiesta será buena
en este modo.

MARÍN.

Dé vuarcé la traza.

RISELO.

A la puerta de Toro hay cierta ninfa
que se nos hace a todos del Parnaso,
y entre las cantaletas y matracas
que merecen sus ascos y melindres,
me ha parecido que llevando a Pablos
vestido de galán, se le dejemos,
en figura de príncipe reciente,
en la Universidad, a solas.

MARÍN.

Bueno.
Cuádrame la invención. Pero el vestido
¿adónde se ha de hallar?

LUCINDO.

Yo le he traído
para de noche, de Sevilla, bueno.

MARÍN.

Pues yo voy a sacarle como un trueno.

GERARDO.

¿Dónde le vestiremos?

RISELO.

En mi casa.

MARÍN.

Pues no sepa ninguno lo que pasa.

LUCINDO.

¡Qué gracia será ver vestido a Pablos!

MARÍN.

¡La ninfa se ha de dar a treinta diablos!

(Sale FULGENCIA *y* GARCERÁN.)

GARCERÁN. ¿Pues qué te pudo obligar
a decirle tu secreto?
FULGENCIA. Desconfiar; que, en efeto,
causa me pudiste dar.
GARCERÁN. Fiaste poco de mí.
FULGENCIA. Garcerán, tardaste un mes,
y ya tú has visto después
lo que ha pasado por mí.
Cuando a Celia le conté
que te amaba, Garcerán,
fué agradecida a don Juan
por tanta firmeza y fe,
y de ti desconfiada;
pero luego que veniste,
ya mis resistencias viste,
y que, al fin, no estoy casada.
GARCERÁN. ¿Casada habías de estar
y vivo yo?
FULGENCIA. Si la fuerza
a un desatino me esfuerza,

(1) En la ed. de 1621: "humor".

¿podrélo yo remediar?
Don Juan la palabra pide
a mi hermano, y él a mí;
Celia vive mal por mí,
y (1) Octavio la boda impide.
Ya dice que a un monasterio
mañana la llevarán.
¿Qué puedo hacer, Garcerán,
si mi hermano tiene imperio
para casarme y forzarme?

GARCERÁN. ¿Agora estamos ahí?
¿De esto me ha servido aquí
el venir a deshonrarme?
Mas, qué, ¿quieres que me quede
en el Colegio de veras?
¡Quién pensara que dijeras
que Octavio forzarte puede!
¿Es eso lo que decías
en Valencia, castellana,
cuando el alma valenciana
pensaba yo que tenías?
¡Mal haya yo, que creí
palabras de una mujer,
para venir a perder
la honra y la vida ansí!
Bien te dije que temía,
y era justo mi temor;
que traías el amor,
Fulgencia, a tierra muy fría.
Allá amaste en tiempo breve;
pero acá, para mi mal,
volviste a tu natural,
y está (2) cubierto de nieve.
¡Bueno quedará sin ti
y con aquestas colores,
ya, de vergüenza, mayores
de ver que el honor perdí!
Yo tomé propia figura
de lo que he venido a ser;
que tal es quien por mujer
la vida y honra aventura.
¿Qué no he pasado por ti?
Que, a ser tú cielo, Fulgencia,
ganara por penitencia
lo que por Luzbel perdí.
¡Cuántas noches he dormido
de esta suerte, en una tabla,
de (3) los ecos de tu habla
dulcemente divertido!
¡Cuántas descomodidades
de estudiantes descorteses
he padecido en dos meses,
sufriendo tantas crueldades!
El picarme cada día,
a que apenas respondí;
¡pero estábalo de ti,
y de nadie lo sentía!
¿Agora, muy tibia, sales
con que te quieren forzar,
y a un caballero dejar
estas infames señales
de tu crueldad? Pues, Fulgencia,
con mi lengua he de morir:
lo que soy he de decir
antes que vuelva a Valencia.
Aquí te dejo el vestido,
aunque el engaño no dejo;
como culebra, el pellejo
entre dos piedras metido,
de alma y condición tan dura.
Octavio, Celia, don Juan,
¡oíd: yo soy Garcerán!

FULGENCIA. ¿Hay tan extraña locura?
¡No te desnudes! ¿Qué es esto?

GARCERÁN. ¡Garcerán soy!

FULGENCIA. ¡Vuelve en ti!

GARCERÁN. ¡Garcerán soy!

FULGENCIA. ¡Ay de mí!
¡Que vienen! ¡Vístete presto!
que mi palabra te doy
de ser tuya hasta la muerte,
y que fué probarte advierte.

GARCERÁN. ¿Probarme? ¡Vestido estoy!

(Sale OCTAVIO.)

OCTAVIO. ¿Quién daba voces aquí
llamándose Garcerán?

FULGENCIA. Aquí los que ves están.
Yo estoy quejosa de tí.

OCTAVIO. ¿De mí? ¿Por qué?

FULGENCIA. Porque has dado
en creer a tu mujer,
que desde Adán viene a ser
a todo el mundo vedado,
las voces que daba aquí;
es decir, que Garcerán
dice que fué mi galán.

GARCERÁN. Y yo, cuando las oí,
dije que era yo también;
y lo digo, y es verdad;

---

(1) En la ed. de 1621: "y *a* Octavio".
(2) Idem: "haste".
(3) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "en".

que andando por la ciudad,
aunque me ven, no me ven.
Garcerán soy, aunque os pese.
¿No soy yo vuestro galán?
Luego yo soy Garcerán.

OCTAVIO. Fulgencia, tu engaño cese.
O con don Juan, mi cuñado,
has de amanecer casada,
o dar causa más honrada
que hasta aquí a los tres has dado.
Sin esto, me has de firmar
dos cartas para Valencia.

GARCERÁN. Bien dice su reverencia;
y yo las he de llevar.

OCTAVIO. En ellas has de decir
que a Garcerán aborreces.

GARCERÁN. ¡Mas que os doy pan como nueces
si tal le (1) hacéis escribir!

FULGENCIA. Yo haré cuanto tú quisieres;
no me digas vituperios;
que por eso hay monasterios
para amparar las mujeres.

(Váyase FULGENCIA.)

Y yo me sabré vengar
de Celia y de ti.

OCTAVIO. No importa;
que, a la larga o a la corta,
con don Juan te has de casar.

GARCERÁN. Malos años para vos;
que se ha de casar conmigo.

(RODRIGO, *criado.)*

RODRIGO. ¿Está aquí Octavio?

OCTAVIO. Rodrigo,
¿qué quieres?

GARCERÁN. ¿Qué es esto? ¡Ah, Dios! (2).

RODRIGO. Este papel, que te diese,
me dió mi señor don Juan.

GARCERÁN. ¿Escriben y en casa están?

RODRIGO. No me dijo que volviese
con la respuesta.

OCTAVIO. Pues vete.
¡Quejas serán!

GARCERÁN. Es, sin duda;
dice que a la puente acuda.

OCTAVIO. ¡Breve y sangriento billete!
Pues ¿don Juan me desafía?
¿Parentesco y amistad
permiten tanta crueldad?
¡Pues ni por su valentía
ni por su razón, Octavio
quedará en mala opinión!
Pésame que ya no son
las once.

GARCERÁN. Haced como sabio,
si acaso estáis de pendencia,
y calaos las once mil.

OCTAVIO. ¡Oh, hermana! ¡Oh, Fulgencia vil;
nunca fueras a Valencia!

(Váyase.)

GARCERÁN. Concertóse el desafío;
que es honrado caballero.

(Sale MARÍN.)

MARÍN. Más ha de un hora que espero
para hablarte, dueño mío.

GARCERÁN. ¿Has buscado con cuidado
el vestido?

MARÍN. El se ha venido.

GARCERÁN. ¿Pues de qué manera ha sido?

MARÍN. Cuatro amigos me han rogado
que te dejase vestir
para burlar una dama;
que hay una cena de fama.

GARCERÁN. ¡No estoy yo para reír!

MARÍN. ¿Qué tenemos? ¿Hay mareta?

GARCERÁN. Y aun fortuna habrá, Marín.

MARÍN. ¿Anda a la orilla el delfín,
o qué viento la inquïeta?

GARCERÁN. El más cruel huracán,
que sus ondas levantó
a las estrellas.

MARÍN. Pues yo
piloto soy, Garcerán.

GARCERÁN. Oye la historia. Mas ven;
sabrásla por el camino.

MARÍN. Si no hay mareta de vino,
no puede parar en bien.

(Salen CELIA *y* FULGENCIA.)

FULGENCIA. Muy necia, Celia, anduviste,
y muy cuñada conmigo.

CELIA. Yo usé, Fulgencia, contigo,
lo mismo que tú quisiste;
pues nada te pregunté
de lo que a tu boca oí.

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "la".
(2) Idem id.: "¡Ay, Dios!".

¿Por qué te quejas de mí
si el secreto no guardé?
Cuando tú, desconfiada
de ver más a Garcerán,
me dijiste que a don Juan
estabas más inclinada,
¿cómo no echaste de ver
que te podías mudar;
y él volverte a conquistar,
como ya debe de ser?
Si ya por cartas estáis
en los amores pasados,
y, por dicha, concertados,
y de secreto os casáis,
¿qué ofensa te pude hacer?

FULGENCIA. Celia, no te culpo en nada,
porque añadiste cuñada
a condición de mujer.
Desengañaros podéis
tú y don Juan; que Garcerán
es mi esposo, y no galán,
como vosotros le hacéis.
Y háceme ser atrevida
lo que conmigo lo estáis,
y ver que los tres me dais
tan cruel y áspera vida;
que sois del alma enemigos
más fuertes que ella los tiene.
Octavio a ser mundo viene
lleno de falsos amigos;
tú, la carne, que, manida
por la sangre de tu hermano,
me tientas que dé la mano
a una mano aborrecida;
pues si el demonio es don Juan,
¡las obras mira!

CELIA. Ya tarda
de llegar tu ángel de guarda.
Venga el señor Garcerán
y líbrete de nosotros.

FULGENCIA. Pues sí vendrá; que alas tiene.

CELIA. Justo castigo me viene
de emparentar con vosotros:
locos, necios, ignorantes.

FULGENCIA. ¡Quedo, Celia, poco a poco!

CELIA. Don Juan, en darme, fué loco
a villanos semejantes.

FULGENCIA. Sé que eres necia en extremo,
y no quiero responder.

CELIA. Soy, de tu hermano, mujer,
y ninguna lengua temo,
ni me quiere Garcerán.

FULGENCIA. Confieso que sois más buenos,
por mi honor; pero, a lo menos,
no ha de gozarme don Juan.

(Váyanse, y entren con instrumentos RISELO, GERARDO, LUCINDO *y* MARÍN, *y* GARCERÁN, *muy bizarro, con capa, espada y broquel, y los* MÚSICOS.)

RISELO. ¡Por Dios, que vestido Pablos
no pudiera conocerlo
ningún hombre en Salamanca!

GARCERÁN. ¡A la fe que vengo bueno;
no me lo quiten, señores,
hasta hacer mi casamiento!

GERARDO. ¿Luego tú quieres casarte?

GARCERÁN. Y concertado lo tengo;
sino que se mete agora
el demonio de por medio,
y no sé en qué ha de parar.

[RISELO.] (1) Ahora bien; dejemos esto,
y demos con él en casa
de Teodora.

LUCINDO. ¡Bravo cuento
para mañana en escuelas!

GERARDO. Para Teodora es muy presto,
porque andarán sus galanes
por su calle o (2) sotavento,
y es menester hacer hora
porque no erremos el juego.

MARÍN. Pienso que en el Tabladillo
algunos nos conocieron
y que nos siguen *a longe.*

RISELO. Dalles, si llegan a vernos,
seis pares de cuchilladas.
Pablos, ¿serás para ello?

GARCERÁN. ¡Pesia tal! Juro a mi sayo
que si le mondo el hollejo,
que no hay en treinta estoriantes
para que corte pescuezos.

MARÍN. No sabemos qué hora es.
¿Hay quién conozca del cielo?

LUCINDO. Por allí he visto a Saturno.

RISELO. Dalde al diablo; que es un puerco,
mortífero y desabrido;
porque si *nascitur foetus,*
ipso dominante, o muere,
o vive falto y contrecho,
naciendo en el mes octavo,

---

(1) En las ediciones de la *Parte Catorze,* este personaje se indica con la abreviatura "*Iu*". Pero es evidente errata; y nosotros aceptamos la enmienda hecha por Hartzenbusch.

(2) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "a".

morir las criaturas vemos,
porque allí reina Saturno,
y vivir en el seteno.

LUCINDO. Yo de (1) Júpiter nací,
que mis nueve meses tengo.
¿Vos, Pablos?

GARCERÁN. ¡No sé, par Dios!
que solamente me acuerdo
de que mi madre y la burra
parieron a un mismo tiempo,
y muriéndose mi madre,
a la burra me pusieron,
de cuya leche salí
con aqueste entendimiento.

GERARDO. La hora se ha de saber
por el Norte.

RISELO. Allí está Venus,
Temperans Martis malitiam,
con su femenino aspecto.
Es paraninfo del Sol;
llámase a las tardes Héspero,
como lo dijo Virgilio
en sus bucólicos versos:
Ite domum saturae venit
Hésperus, ite capellae.

GARCERÁN. [*Ap. a* MARÍN.] ¡Oh, si me pudie- [se ir,
mientras se divierten éstos,
al plazo del desafío!

MARÍN. Quiero, para entretenerlos,
esforzar lo que comienzan.
Dime, estudioso Riselo:
ya que del cielo tratamos,
¿cuál es la causa que vemos,
cuantas naciones se saben,
tantos ingenios diversos?
¿Es el cielo el que lo causa?

RISELO. Las influencias del cielo
vencen los hombres; ni hay patria
donde algún sabio no hallemos.
Mira en la Scitia a Anacarsis;
Plinio refiere unos versos
en sus epístolas, tales,
que, como el escultor diestro
hace de cera una imagen
formándola con los dedos,
así los (2) artes, con docta
mano, forman los ingenios.
La razón dentro del hombre,
como lo dijo Galeno,
De usu partium, libro primo,
comprehende los sujetos
de los artes; lo que dijo
Julio Fírmico no creo,
porque fué por alabar
sus astrólogos efetos,
dándoles a los planetas
las causas de los sucesos.
Pero si quisieres ver
de mil naciones y pueblos
la calidad, y en España
la condición que tenemos
del uso de Astrología,
leerás a Levinio Lemnio.

GERARDO. Si nos salimos a holgar,
¿para qué hablamos en esto?
¡Lleve el diablo los astrólogos
y a mí, si a ninguno creo!
¡Pablos, Pablos! ¿Creéislo vos?

LUCINDO. ¡Ah, Pablos! ¿Qué es dél? ¿Qué es [esto?

RISELO. ¿Dónde está vuestro sobrino?

MARÍN. ¡Vive Dios, que no le veo!

RISELO. ¿Pues cómo se pudo ir?

MARÍN. ¡Mas que se volvió al Colegio
porque le viese el Retor...!

GERARDO. Ello fué descuido nuestro,
por hablar en disparates.

LUCINDO. ¡Por Dios, que sería muy bueno
topar quien le desnudase;
que ningún vestido tengo
que estime como el que lleva!

GERARDO. ¡Vamos a buscarle presto!

MARÍN. Sin duda, al Colegio es ido.

LUCINDO. Nunca ha sucedido menos
a quien las estrellas mira
y se descuida del suelo.

(Váyanse, y entre GARCERÁN *con una mascarilla de tafetán negro, levantada sobre la falda del sombrero.)*

GARCERÁN. Esta es la puente de (1) Tormes,
y la hora concertada;
que ella y mi fortuna airada
parece que andan conformes.
Extremada soledad
para honrados caballeros,
si han probado sus aceros
la mayor dificultad.
Mas no pienso que han venido;

---

(1) En la ed. de 1621 y en la de Hartzenbusch: "con".
(2) Idem id.: "las".

(1) Hartzenbusch corrigió "*del*".

porque mi mucho cuidado
me ha traído anticipado,
aunque el menos ofendido.
Con aqueste tafetán
haré mucho en andar bien;
que si los ojos no ven...
¿Pero si es éste don Juan?
El es, sin duda.

(Entre DON JUAN.)

DON JUAN. No ha sido
Octavio muy perezoso,
siendo, cual soy, el quejoso,
pues que primero ha venido.
Es principal caballero,
y habrá sentido el papel.
Bien será acercarme a él
y hablarle en esto primero.
¿Es Octavio?
GARCERÁN. No; don Juan.
DON JUAN. ¿Cómo no? ¿Pues qué es aquesto?
GARCERÁN. Un hombre que ocupa el puesto.
DON JUAN. ¿Y quién es?
GARCERÁN. Soy Garcerán.
DON JUAN. ¿Garcerán?
GARCERÁN. El mismo soy;
que de Valencia he venido.
DON JUAN. Si de Octavio habéis sabido
lo que concertamos hoy,
ha sido término injusto.
GARCERÁN. A mí no me ha dicho nada;
que yo estaba en mi posada
y supe vuestro disgusto;
y quise ganar a Octavio
por la mano, pues por mí
le desafiáis aquí,
y satisfacer mi agravio.
DON JUAN. ¿Luego Tristán me ha vendido?
GARCERÁN. Yo no conozco a Tristán.
DON JUAN. ¿Que estáis aquí, Garcerán?
GARCERÁN. Y de Fulgencia marido.
DON JUAN. ¿Marido sois de Fulgencia?
GARCERÁN. Ella lo dirá por mí;
que a este efeto la serví
desde que vino a Valencia.
DON JUAN. ¿Queréisos desembozar?
GARCERÁN. Yo me holgara de poder.
DON JUAN. ¿Luego no os tengo de ver?
GARCERÁN. Cuando me dejéis casar.
DON JUAN. ¿Qué era vuestro intento aquí?
GARCERÁN. Matarme con vos, primero
que llegue Octavio.
DON JUAN. Yo espero
a Octavio.
GARCERÁN. Matadle en mí.
DON JUAN. ¿Para qué, si estáis casado
desde Valencia, y Fulgencia
os trujo a vos de Valencia?
GARCERÁN. Vos sois caballero honrado:
y como yo os conociera,
tanto respeto os guardara,
que a cualquier hombre matara
que en Valencia la quisiera.
No lo supe; ya me quiso;
ya con ella me casé.
DON JUAN. Que yo no os la quitaré,
desde este punto os aviso.
Y por ese buen respeto
y la razón que tenéis,
cuando descubierto estéis
solicitarla os prometo,
y teneros por amigo.
GARCERÁN. ¿Daisme esa palabra?
DON JUAN. Sí.
GARCERÁN. ¿Cumpliréisla?
DON JUAN. No la di
jamás, el cielo es testigo,
que no la cumpliese.
GARCERÁN. ¡Adiós!
DON JUAN. ¿Pues dónde vais?
GARCERÁN. A Valencia.
DON JUAN. ¿Luego dejáis a Fulgencia?
GARCERÁN. No; que habemos de ir los dos.

(Váyase.)

DON JUAN. ¿Hay suceso tan extraño?
¿El (1) hombre es fantasma? ¿Es sombra?
¿Pues ya se declara y nombra,
para que dure (2) mi engaño?
Si Fulgencia se ha casado
¿por qué Octavio me entretiene?
Un hombre a la puente viene.

(Entra OCTAVIO.)

OCTAVIO. Perdonadme si he tardado;
que voces de vuestra hermana
con Fulgencia, me han tenido
casi fuera de sentido.

---

(1) Hartzenbusch corrigió "*es*".
(2) En la ed. de 1621 y en la Hartzenbusch: "dur*a*".

DON JUAN. Si cuando yo, esta mañana,
os escribí aquel papel
supiera vuestras quimeras,
no tomara tan de veras
las quejas que puse en él.
Encubrís a Garcerán
en vuestra casa, casado;
que aquí ha venido, embozado
el rostro, de un tafetán.
Contáisle mi desafío,
y por eso os detenéis,
y agora, que ya le veis
desotra parte del río,
¿venís de nuevo engañarme?
OCTAVIO. Yo no sé lo que decís;
y con la espada venís,
no con la lengua, a matarme.
Ni conozco a Garcerán,
ni sé más de que mi hermana
habló en él esta mañana,
y ésta es la verdad, don Juan;
y porque somos cuñados
no me arrojo a un desatino.
DON JUAN. Pues digo otra vez que vino
con los ojos embozados,
para matarse conmigo,
Garcerán.
OCTAVIO. Bien puede ser;
mas no que pudo tener
conocimiento conmigo;
porque quien esto dijere...
DON JUAN. Verdad es que le conozco (1),
preguntándoselo yo.
Sólo (2) dice que le quiere
Fulgencia, y que es su marido
desde que estuvo en Valencia.
OCTAVIO. Si Garcerán, por Fulgencia
en Salamanca escondido,
sabe todo lo que pasa,
y ella misma se lo cuenta,
lejos estoy de su afrenta
ni de saber que se casa.
DON JUAN. Veo que tenéis razón;
y pues ya sabéis de mí
que Garcerán está aquí
y que los conciertos son
dar hermana por hermana,
vuélvase la espada pluma.
OCTAVIO. ¿Pleitos? (1)
DON JUAN. Sí.
OCTAVIO. Nadie presuma
que su justicia es tan llana.
DON JUAN. Entretanto, no tendréis
a Celia!
OCTAVIO. ¿En eso os vengáis?
DON JUAN. Lo mismo que me quitáis,
eso mismo sentiréis.
OCTAVIO. ¿Soy culpado?
DON JUAN. No os condena
la culpa; mas no os disculpa
ser de Fulgencia la culpa,
para no sufrir la pena.

(Vanse, y entren FULGENCIA *y* MARÍN.*)*

MARÍN. ¿Qué puede haber sucedido,
pues que ninguno parece?
FULGENCIA. Mi bien tarda, y amanece.
MARÍN. ¡Nunca le diera el vestido!
¿Si se han muerto él y don Juan?
FULGENCIA. Lo que es mal, siempre es lo cierto.

(Entre GARCERÁN.*)*

GARCERÁN. Garcerán vive, no es muerto.
FULGENCIA. ¡Señor mío! ¿Tan galán?
GARCERÁN. ¿Parézcoos mejor así?
FULGENCIA. Lo que sois me parecéis.
¡Qué noche dado me habéis!
GARCERÁN. Vos amanecéis en mí,
como el alba entre las flores.
FULGENCIA. ¿Qué hay de Octavio y de don [Juan?
GARCERÁN. Ya sospecho que vendrán
de sí mismos vencedores;
que yo dispuse el suceso,
para aplacarlos, así.
Primero que entrambos fuí
con otro intento, os confieso;
pero sucedió mejor.
FULGENCIA. ¿Luego ya los dos sabrán
que estás aquí, Garcerán?
MARÍN. Necio has andado, señor.
GARCERÁN. ¿Qué quieres? Cánsame el traje,
y el Colegio está mohino,
de lo poco que me inclino
(como no sabe mi ultraje)
a asistir y estar en él;
sin esto, al bien que deseo

(1) Así en las ediciones de la *Parte Catorze*. Pero debió de ser errata; pues no hace buen sentido, y se altera la rima de la redondilla. Hartzenbusch lo enmendó con acierto así:

"Verdad es que él lo negó".

(2) Hartzenbusch corrigió "pero".

(1) Hartzenbusch corrigió: "pleito".

me parece que es rodeo
y que nunca llego a él.
Determínate, bien mío,
a ser tú loca por mí,
pues yo lo he sido por ti,
al aire, al calor y al frío.
Vente conmigo a Valencia;
haz una hazaña de amor.

FULGENCIA. Temo...

GARCERÁN. ¿Qué temes?

FULGENCIA. Mi honor.

GARCERÁN. No tienes amor, Fulgencia.

MARÍN. ¡Ea, señora! ¿Qué aguardas?
Si a este loco quieres bien,
a Valencia vamos; ven, [das.
que no hay mar, montes ni guar-
Desde aquí a Madrid habrá
lindas posadas secretas;
que yo conozco las tretas
con que en el mundo se va.
Desde Madrid a Toledo,
dulce cosa, tierra mansa;
pues desde Toledo a Almansa,
¿qué puede ponerte miedo?
Pues en entrando en *ma terra,*
cab de lleus als bordegats,
borinots castellanats,
nafrarle la galta esquerra.
Casaráste, habrá sarao,
haránte mil epigramas,
visitaránte las damas;
iremos al Puche, al Grao.
Bañaráste en *aigua ros*
y más limpia que un jazmín;
serás valenciana, en fin.

FULGENCIA. ¡Ay, Marín! ¡Pluguiera a Dios...!

(CELIA *entre.*)

CELIA. ¿Tan presto (1) te has levanta-

MARÍN. ¡Huye, señor! [do?

GARCERÁN. Ya me voy.

CELIA. ¿Qué es esto?

FULGENCIA. Aquí hablando estoy
con el señor licenciado,
que sus estudios me cuenta.

MARÍN. Como digo, estoy opuesto
a una cátedra.

FULGENCIA. ¿Tan presto?

CELIA. [*Ap.*] Hombre aquí, no me conten-

MARÍN. ¿De eso poco te alborotas? [ta.
Con exceso se la llevo
de lo añejo a lo que es nuevo,
por más de cuarenta botas.
Mi lección de oposición
tiene a Salamanca loca.

(*Entre* DON JUAN *y* OCTAVIO *y* TRISTÁN.)

DON JUAN. Puesto que la causa es poca,
grandes los efectos son.

TRISTÁN. ¿Ya, tan de mañana, están
estas damas levantadas?

OCTAVIO. Andan desasosegadas
de nuestras cosas, Tristán.

TRISTÁN. ¡Grande merced me habéis he-
en llamarme! [cho

DON JUAN. Tu prudencia
lo merece.

OCTAVIO. Di, Fulgencia:
¿cómo con tal falso pecho
encubres a Garcerán
y tienes atrevimiento
de tratar su casamiento
y despreciar a don Juan?
¡Vive Dios, que si no fuera
por ser en esta ciudad
fábula, que una crueldad
con tu desatino hiciera!
¿Tú eres mi hermana?

DON JUAN. No quiero
que hagas demostraciones,
Octavio, con tus razones,
de pecho enojado y fiero.
A Celia me he de llevar;
Tristán depósito sea.

OCTAVIO. Antes, don Juan, que lo vea,
más fuerza lo ha de mandar.

DON JUAN. Tú no has cumplido el concierto;
Fulgencia es de Garcerán.

OCTAVIO. Muéstramele tú, don Juan,
encubierto o descubierto;
que a tal hora, y en la puente,
bien pudo ser ilusión.

DON JUAN. Yo sé que verdades son.

CELIA. Y yo sé que está presente;
y agora se fué de aquí,
con muchas plumas y galas.

OCTAVIO. Medea, que a Circe igualas,
¿adónde le tienes, di?
Que, ¡vive Dios, que te mate!

FULGENCIA. Yo sólo este hombre hablé.

MARÍN. Yo fuí, señor (1), a la fe;

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "pronto".

(1) Hartzenbusch corrigió "señor*a*".

que es lo demás disparate.
CELIA. Aunque el rostro no le vi,
yo sé que era Garcerán,
y por extremo galán.

(Entre GARCERÁN, *en hábito del bobo, como antes.)*

GARCERÁN. Aquí se trata de mí.
¡Hola, borrachos! ¿Qué es esto?
¿Tan de mañana os juntáis?
Si es que almuerzo concertáis,
aquí estoy; sacadle presto.
¿Fáltaos algún convidado?
DON JUAN. Sí, Pablos: un Garcerán.
GARCERÁN. Pues yo soy, ¡par Dios!, don Juan;
que ando, cual veis, disfrazado.
Mil veces le digo a Octavio
que esta Fulgencia me dé;
que, aunque bobo, yo sabré
poner en paz vuestro agravio.
OCTAVIO. ¡Ea, Fulgencia, declara
lo que hay en esto, al momento!
¿Adónde está Garcerán?
FULGENCIA. Señores, ¡plegue a los cielos
que aquí la tierra se abra
y me sepulte en su centro,
si he visto más que este bobo!
Ni otro busco, ni otro quiero,
ni con otro hablé jamás
en cosa de casamiento.
Con él me entretengo aquí.
¿No es verdad que me entretengo
contigo, desde que vine,
en amorosos requiebros?
GARCERÁN. Pues que jura y no revienta,
bien podéis todos creerlo.
Y dice mucha verdad:
porque también yo la tengo
en lugar de mi mujer.
¡Sabe Dios lo que padezco
desde que una vez la vi
en casa de un pastelero,
la más hermosa serrana
de la Sagra de Toledo,
por quien Amor fuera mulo,
de mejor gana que cesto!
OCTAVIO. ¡No es tiempo de desatinos!
GARCERÁN. Si yo atinara al remedio,
no fuera desatinado.
TRISTÁN. Señores, alguno demos;
que no es razón que esto pase
entre tales caballeros.
DON JUAN. El medio es llevarme a Celia.
OCTAVIO. ¡Si yo sin la vida quedo!
GARCERÁN. ¡Tate, tate, borrachones!
¡Tate, tate, majaderos!;
que helo, helo por do viene
Garcerán con un recuero;
la barba trae crecida,
y el sayo con mil remiendos.
FULGENCIA. Don Juan, ¿por qué a Celia llevas?
DON JUAN. Porque fué nuestro concierto
que tú fueses mi mujer.
FULGENCIA. ¿Y si ya no puedo serlo?
DON JUAN. Eso aguardo de tu boca;
y anoche, si bien me acuerdo,
dije a Garcerán, ese hombre
que ya se llama tu dueño,
por verle tan comedido,
tan galán y tan discreto,
que me dijo que si acaso
entendiera mis deseos,
no sólo no te quisiera,
mas que al más amigo y deudo
matara, si lo intentara;
que a su justo casamiento
ayudaría aquel día
que le viese descubierto.
TRISTÁN. Esperad una palabra.
GARCERÁN. Oigan al señor borrego;
dará su alcaldada aquí.
TRISTÁN. Fulgencia, ¿en qué topa esto?
¿Garcerán es hombre noble?
FULGENCIA. Tan noble, que sé muy cierto
que, con ser Valencia ilustre
en antiguos caballeros,
ninguno más limpia sangre...
GARCERÁN. Para menudo era bueno.
Pues ¿qué falta a Garcerán?
FULGENCIA. Ventura.
DON JUAN. ¿Y qué más?
FULGENCIA. Dinero.
GARCERÁN. ¿Por esa faltilla sola?
Hay en el mundo escuderos,
dueñas, pajes y lacayos,
oficiales y hombres buenos,
y poetas hay también;
que a mí me dijo un discreto
que nacieron los poetas
de la falta del dinero.
TRISTÁN. Pues si es noble, aunque sea pobre,
¿qué importa? Demos un medio,
pues don Juan dió su palabra
para aqueste casamiento;
y, con buen gusto de Octavio,
iré a buscarlo y traerlo.

OCTAVIO. Por mí, si gusta don Juan,
a serle amigo me ofrezco.
DON JUAN. Yo que lo consiento digo.
GARCERÁN. Pues, ¡alto! Cásenme luego.
CELIA. ¡Desvíate, bestia, allá!
GARCERÁN. ¡Calla, vos, urraca en zuecos!;
que yo he de ser Garcerán,
si ninguno quiere serlo.
TRISTÁN. Di, Fulgencia, ¿dónde está?
Y acábense estos enredos.
FULGENCIA. Véisle ahí.
OCTAVIO. ¿Quién?
FULGENCIA. Pablos.
GARCERÁN. Yo, que ya lo digo en seso,
Garcerán soy; veisme aquí,
y el que anoche los aceros
quiso sacar con don Juan.
Vi en Valencia el bien que espero,
con vuestro gusto, este día;
quitáronmele tan presto,
que, con desesperación,
loco le vine siguiendo.
Parecióme disfrazarme,
por poder hallar mi centro;
dióme el Colegio esta ropa,
y el amor me dió el consejo.
¿Qué respondéis?
DON JUAN. Que sea suya
por muchos años y buenos.
GARCERÁN. Dame, señora, esos brazos,
pues sabes que los merezco.
FULGENCIA. ¿Qué me cuestas, Garcerán?
GARCERÁN. Ninguna cosa te debo.
MARÍN. Conózcanme a mí, señores.
OCTAVIO. ¿Eres caballero?
MARÍN. Menos.
OCTAVIO. ¿Pues quién?
MARÍN. Cerca de caballo;
tan cerca, que con el pecho
suele tocar mis espaldas.
OCTAVIO. ¿Lacayo?
MARÍN. De medio a medio.
Esto hice por mi amo.
GARCERÁN. Mi hacienda tendrás en premio,
porque demos, con mis bodas,
fin a *El Bobo del Colegio.*

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA.
DE "EL BOBO DEL COLEGIO"

COMEDIA FAMOSA

DE

EL CUERDO EN SU CASA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

LISENO, *pastor.*
ERGASTO, *idem.*
GILOTE, *idem.*
MENDO.
LEONARDO.
SANCHO.
ANTONA.
INÉS.
DOÑA ELVIRA.
DON FERNANDO.
DON ENRIQUE.
MONDRAGÓN, *criado.*
LEONOR.
LUCÍA.

ACTO PRIMERO

(Salen LISENO *y* GILOTE *y* ERGASTO, *pastores.)*

LISENO. En soplando el regañón,
Dios lo puede remediar.
ERGASTO. ¡Esta es vida de envidiar!
Haz lumbre, corta ramón.
¡Pesia el cierzo, que así sopla!
GILOTE. El es persona gentil,
para amigo de alguacil.
ERGASTO. ¡Cautivo en Constantinopla
esté quien pastor me hizo!
LISENO. Al principio del verano
te quejas, Ergasto hermano.
ERGASTO. Entre (1) la nieve y granizo
de la montaña avilesa.
LISENO. Pues si el invierno de allá
fuera su (2) verano acá,
que nunca el invierno cesa.
GILOTE. Los aires murmuradores
me pasan.
LISENO. Quisiera ver
los que suelen componer
estos libros de pastores,
donde todo es primavera,
flores, árboles y fuentes.
GILOTE. En los tiempos diferentes,
nunca Amor invierno espera;
que cuanto en verano inventa,
es por tener el que ama,
Gil, el invierno en la cama.
LISENO. ¿Cuantos aman, tienen renta?
GILOTE. Sin duda; porque el amor
es para ociosos no más.
LISENO. Sospecho que por detrás
de aquel carrasco mayor
viene un hombre en una yegua.
ERGASTO. ¡Pardiez, que parece el amo!
GILOTE. ¿El amo? Lince te llamo;
que hay más de un cuarto de legua.
LISENO. ¡Por Dios, Gilote, que es él!
La yegua conozco ya.
ERGASTO. Ya el mastín tras él se va.
LISENO. Ya están los perros con él.
ERGASTO. Ya relincha, a la querencia,
la castañuela.
GILOTE. Parió
aquí el potro que vendió
Mendo al Letrado en Plasencia.
ERGASTO. ¡Si relincharan ansí
cuando vieran las mujeres
los dueños de sus placeres!...
GILOTE. Más de alguna vez lo vi;
y no fuera maravilla,
pues el caballo del Cid,
en viendo (1) el son de la lid,
relinchaba por la silla.

---

(1) Hartzenbusch corrigió "Esta es".
(2) Idem "aún fuera".

(1) Hartzenbusch corrigió "oyendo".

(*Dice dentro* MENDO:)

MENDO. Llévala, Antón, al cortijo,
y darásla de comer.
ERGASTO. El es, cierto.
GILOTE. ¡Qué placer!
LISENO. ¡Qué gusto!
ERGASTO. ¡Qué regocijo!

(*Sale* MENDO.)

LISENO. ¡Amo nuestro!
MENDO. ¡Oh, mis pastores!
Todos en buen hora estéis.
GILOTE. ¡Pardiós, que no parecéis
hombre que sabe de amores!
¿Al anochecer, aquí,
con estos aires y hielos?
MENDO. Quien ama libre de celos,
bien puede venir así.
Diéronme tarde un aviso:
que del monte me cortaban
leña y a vueltas cazaban,
y, con furor improviso,
en la castaña subí,
que salta como en el fuego;
ahorro dos leguas, y llego;
mas ninguna cosa vi.
Tanto, que a entender me doy
que algún vecino, envidioso
de que asista al lado hermoso
de aquel ángel de quien soy,
quiso desterrarme della,
y por acá me arrojó;
pero volveréme yo,
que es bella y muero por vella.
GILOTE. ¡Pardiez, que no vuelvas tal!
Pasa sin ella esta noche;
que la Luna el negro coche
cubre de helado cristal,
y llegarás aterido;
mañana, cuando el oriente
corone la rubia frente
de Febo recién nacido,
irás a almorzar con ella.
MENDO. ¿Y qué tendrás que me dar?
GILOTE. Vellones no han de faltar,
de lana merina y bella:
déstos y nuestros gabanes,
cama tendrás en la tierra,
que la envidian en la guerra
más de cuatro capitanes.
Y no digo a quien desvela
el rebombar (1) la pelota;
mas algún señor con gota,
que no duerme en seda o tela.
Tendrás las piernas envueltas
en un listado costal;
la frente, en un cabezal
de varias plumas revueltas;
no de aquellas que desvelan
escribiendo y estudiando;
que éstas vi, no a (2) sueño blando,
do aves domésticas pelan.
Para dormirte tendrás
nuestros vientos, no las cuentas
que desvelan de las rentas;
que ni las tomas ni das.
La cena, ya la adivinas:
aguza, Ergasto, el cuchillo,
cuelga un blanco cabritillo
de aquellas negras encinas;
tú cuerta un buen asador,
de aquella carrasca seca,
y tú la helada manteca
pon do se abrase al calor.
Sorberás leche, que el suelo
cubre en barreños a parvas,
que te encanezca las barbas,
plegada del fuerte hielo;
que con esto y vino fuerte
adormirás tu persona,
sin que eches menos a Antona,
hasta que el sol te despierte.
MENDO. Por daros este placer,
y para que no entendáis
que el amor que me mostráis
no lo pienso agradecer,
o no sospechéis de mí
que me ha olvidado el dinero
de cuando fuí carbonero
(que, en fin, carbonero fuí,
o a lo menos ayudé
a mi padre, que me ha dado
el oro y este ganado,
que primero carbón fué),
digo que me quedo aquí.
GILOTE. ¡Vivas más que un ciervo!
MENDO. ¡Guarda,
que sólo el nombre acobarda!
No porque hay sospecha en mí;
pero tengo una mujer

---

(1) En la ed. de Madrid (1616) y en la de Hartzenbusch: "reb*u*mbar".
(2) Hartzenbusch corrigió: "que éstas *brindan*".

que llaman, por excelencia,
la Bella, en toda Plasencia,
y puedo amar y temer.

GILOTE. Pues vivas más que un solar
de hijodalgo en (1) montaña,
y más que tela de araña
en techumbre de pajar;
más que corchos de colmenas,
que ni agua ni viento pasa;
más que escritura de casa
que va cobrando veintenas.
Tu barba, cual nieve en cam-
[po (2),
dure más que en muro yedra,
y más que mojón de piedra
en juridición del campo.
Vivas fuerte cada día,
más que peñasco en el mar,
más que pila de lavar
en corral de casería.
Y porque veas que precio
tu vida, extiendo el compás:
¡plegue a Dios que dures más
que una visita de un necio!

MENDO. ¿Con qué te podré pagar,
Gilote amigo, ese amor?
Pero escuchad. ¿Qué rumor
es éste?

GILOTE. Del encinar
sale un rocín con un hombre.

MENDO. De cazador es la traza.

GILOTE. El se ha perdido en la caza,
porque es ordinario a un hombre.

MENDO. El nos ha visto, y se apea
por poder llegar acá.

(Sale LEONARDO.)

LEONARDO. ¡Ah, buena gente!

MENDO. ¿Quién va?

LEONARDO. ¿Quién queréis que ahora sea?
Un hombre soy, que he perdido
dos podencos y un criado.

ERGASTO. Mucho parece al letrado
que a nuestra casa ha venido.

GILOTE. Es el hidalgo que tiene
aquella hermosa mujer...

MENDO. El mismo debe de ser,
que solo y perdido viene.

GILOTE. ¿Letrado y aficionado
a la caza, y con mujer
hermosa?

ERGASTO. Bien puede ser
por aliviar su cuidado.

GILOTE. A la fe, debe de andar
—que caza es ciencia de reyes—
a cazar algunas leyes,
que no las debe de hallar.
Y echad de ver esta historia
en que ha perdido los perros,
que son, para tales yerros,
entendimiento y memoria.

MENDO. ¿Es vuestra merced, acaso,
el señor Leonardo?

LEONARDO. Soy
vuestro vecino, que voy
perdido por este raso,
sin senda o camino alguno.
Por buen agüero he tenido
haberme aquí detenido.

MENDO. Ya no hay remedio ninguno
para volver a Plasencia:
aquí os habéis de quedar.

LEONARDO. ¿Y cómo podré pasar,
sin doña Elvira, la ausencia?

MENDO. Como yo la de mi Antona;
que ha menos que soy casado.
Todo el cielo se ha cerrado:
nieve y borrasca pregona.
Lumbre harán, y cenaréis
buen cabrito y leche en tarros,
y entre lanudos zamarros
la mañana esperaréis.
Discreto sois; yo, ignorante;
aprovechad la fortuna.

LEONARDO. No me estorbara ninguna,
en ocasión semejante,
ver mi Elvira, a no ser vos,
Mendo, quien me detenéis;
que un grande amor me debéis,
y pésame que los dos
no seamos muy amigos,
pues tan vecinos estamos.

MENDO. Como por caminos vamos
tan contrarios y enemigos,
tengo a gran dificultad
hacer amistades tales;
porque dicen que de iguales
es la perfecta amistad.
Vos, letrado; yo, ignorante;
vos, hidalgo; yo, villano;
será nuestro trato en vano,
no hallaremos semejante:

(1) Hartzenbusch intercaló "la".
(2) Idem corrigió "ampo".

yo hablaré de mis labores,
y vos, de libros y leyes;
vos, de negocios de reyes:
yo, de humildes labradores.

LEONARDO. La vida, Mendo, contiene
un mismo fin, que es vivir;
que en el sabio, hasta morir,
con el más rudo conviene.
Cosas hay en que seremos
muy semejantes los dos.

MENDO. Haréisme merced.

LEONARDO. ¡Por Dios!,
que desde hoy más nos tratemos;
y visítense también
nuestras mujeres.

MENDO. Sí harán.

GILOTE. Ya en la mesa hay vino y pan.

MENDO. Venid, que os sabrá muy bien.

LEONARDO. Pésame que Elvira espera;
pero ¿qué se puede hacer?

MENDO. Mañana la habéis de ver.

GILOTE. (¡Más que nunca acá viniera!
Que un letrado, aunque perdone,
entre villanos tan bajos,
es como quien come ajos
y guantes de ámbar se pone.)

(Vanse, y salen SANCHO *y* ANTONA.)

SANCHO. ¿Esto te cansa de mí?
Hija, aunque tu suegro soy,
ya como tu padre estoy
con el mismo amor que aquí.
No te espantes porque así
te riña por tantas galas;
no por tenerlas por malas,
sino es porque suelen ser,
en una honesta mujer,
de los pensamientos alas.

ANTONA. Pues ¿qué tengo yo que exceda,
en que me tengas por vana?

SANCHO. Este (1) corpiño de grana,
que ajirona ilustre seda;
que aunque a mujer se conceda,
y mujer propia, el vestido
rico, nuevo y guarnecido,
ha de ser considerado
por la hacienda y el estado
de su padre y su marido.
Esas doradas patenas,
que pueden, en mi lugar,
ser lámparas de su altar,
de tantas labores llenas;
esos corales, que apenas
puede sustentar tu cuello;
ese argentado cabello,
esa chinela argentada
con tanto lazo y lazada,
que aposenta pies tan bellos,
no dice a tu honestidad
ni al estado de tu esposo;
que no es hombre poderoso,
ni sale a plaza en ciudad,
ni tiene más calidad
de aquella que yo le di:
ayer carbonero fuí,
y el tizne de aquel carbón,
en cuarta generación
no le apartará de sí.
Anda, ¡por tu vida!, Antona,
ya que te llaman la bella
casada, como doncella,
recatando tu persona;
y si te enojo, perdona,
que más de verte me alegro
con un traje humilde y negro
que con galas de color;
que es alcaide del honor,
donde falta el padre, el suegro.

ANTONA. Sancho, que Dios guarde,
con fuertes razones
persigues mis años,
marchitas sus flores.
Mis galas os cansan;
decís que perdones (1),
licencia os han dado
los tiempos veloces.
Nunca he visto viejo,
a quien años sobren,
que a sus mocedades
la cabeza torne.
Con su helada sangre
y el humor que corre,
viendo que en la vida
ya comen los postres,
de todo se enfadan,
porque no conocen
lo que hay del que salen (2)

(1) En la ed. de 1616 y en la de Hartzenbusch: "ese".

(1) Hartzenbusch corrigió "perdone".
(2) En la ed. de 1616 y en la de Hartzenbusch: "sale".

al sol que se pone.
Son las cuatro edades
del hombre conformes
a cuatro animales;
sus costumbres oye:
el tierno cordero,
desde cinco a doce,
salta, juega y brinca
por valles y montes;
pasan altos juegos,
y desde catorce
hasta treinta imita
al caballo noble:
galas y jaeces
quiere que le adornen;
pero, por su gusto,
freno y riendas rompe.
Cumpliendo cuarenta,
no hay león que more
más fiero en Albania
ni en los indios bosques.
Ya de vuestra edad
(perdonad que nombre
animal tan feo)
parecéis lechones:
que todo es gruñir,
los días y noches,
y hacer sepulturas
con hocicos torpes.
No son de provecho
hasta que les corten
el cuello y les saquen
lo guardado a golpes.
Yo no me he casado,
Sancho, con dos hombres;
Mendo, vuestro hijo,
quiere que me toque,
quiere que me vista,
quiere que me enjoye:
más porque le agrade
que porque le enoje.
Cuando nos pusieron,
con las bendiciones,
el yugo en la iglesia,
dijo el crego entonces
que hiciésemos uno
de dos corazones.
Abraham y Isaque
y Iacob, a voces,
me acuerdo que dijo
en las oraciones;
pero Sancho y suegro,
así yo me goce,
que nunca oí (1) dijo,
ni el que le responde,
no trujese galas,
capote (2) o listones (3).
No daré ocasión,
así Mendo os honre,
que por perseguirme (4)
me desmatrimonie;
que no está en las galas,
cintas y listones
la virtud del alma,
por quien él me adore.
Si yo me pusiera
zapato de broche,
cenojil de orillo
y medias de monje,
faldas que sirvieran
de encerado a un coche,
y, siendo mujer,
pareciera cofre,
por ventura, Mendo
se me fuera adonde
cubren con holandas
cuerpos de algodones,
rostros con más aguas
que algún chamelote,
que aunque se desmayen
no mudan colores;
guantes adobados,
a usanza de Corte;
rizos y copetes,
donaires y dones,
no le cautivaron (5)
con su trato doble;
diérales su hacienda,
diéranme de coces.
Yo me entiendo, Sancho;
que quieren los hombres
los cuerpos de seda,
las almas de azogue.
Si carbón hiciste,
el Amor, doblones;
quien de gusto es rico,
no puede ser pobre.

SANCHO. Atentamente escuché,
Antona, tu bien trazada

---

(1) Hartzenbusch corrigió "lo".
(2) En la ed. de 1616 (Madrid): "çapato".
(3) Hartzenbusch omitió este verso y el anterior.
(4) Hartzenbusch corrigió "componerme".
(5) Idem id. "*me* le cautivaran".

respuesta; ya estás casada,
ya con Mendo te casé:
mal hice; libre te hablé.
Por él corre, no por mí;
quejarte puedes que fuí
en el consejo atrevido;
porque, teniendo marido,
él tendrá cuenta de ti.
No le tengo por muy cuerdo;
mas (1), porque sé lo que pasa,
quise gobernar su casa;
mas ya del refrán me acuerdo:
"loco soy, si tiempo pierdo".
El se debe de entender,
y tú debes de saber
lo que os conviene a los dos;
pero de mano de Dios
viene la buena mujer.

(Vase SANCHO.)

ANTONA. ¿Puede haber cosa que sea
de tan grande pesadumbre?
Mendo, de mis ojos lumbre,
mi cuidado en ti se emplea:
sólo agradarte desea
el corazón que te he dado.
Si en vestirme no te agrado,
tiempo hay en que, desnuda,
ni en mi lealtad pongas duda,
ni recelo en mi cuidado.

(Sale INÉS.)

INÉS. Ponte (¡así te guarde el cielo!)
a esa ventana, señora,
que pasan la calle agora
las dos luces deste suelo:
Enrico, en un castañuelo
que se pinta con la espuma
todo el pecho, porque, en suma,
cisne volviéndole van,
y Fernando, en alazán
que se pinta el viento en pluma.
Cuando no fueran sobrinos
del Obispo, y caballeros,
que sólo por extranjeros
ya de ser vistos son dignos,
son en talle peregrinos,
como en brío y gentileza.
Obliga a tu gran belleza
a ver y dejarse ver,
para no venir a ser
ingrata a Naturaleza.
Han dado dos empellones
a sus caballos; mas luego,
con piedras vueltas en fuego,
llamaron a sus (1) balcones;
que, sirviendo de eslabones
las herraduras heridas,
con centellas encendidas
quieren despertar tu nieve:
que el fuego de amor se atreve
a las más seguras vidas.

ANTONA. No prosigas; que no quiero
salir a verlos, Inés;
porque en nuestro daño es
siempre la vista primera.
Es el mirar lisonjero
casi principio de hablar;
del hablar viene el obrar;
del obrar, las desventuras.
Quien llama con herraduras
es imposible acetar (2).
Yo, por excusar enojos,
ya (3) mi honor das tanta mengua,
pondré, suspensa mi lengua,
dos candados en los ojos.
Si tiene Fernando antojos
póngalos en su caballo.

INÉS. Señora...

ANTONA. Calla.

INÉS. Ya callo.

ANTONA. Nunca a ruiseñores voy.
Cisne doméstico soy;
basta que canta (4) mi gallo.
No hay caballos saltadores
como dos bueyes de arada;
vara como el aguijada,
ni como silbos amores.

INÉS. Yo digo que a Mendo adores;
que mirar no es ofender.

ANTONA. Nunca te fies del ver,
porque es portillo la vista
por donde el amor conquista
la más hermosa mujer.

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "y".

(1) Hartzenbusch corrigió "tus".
(2) Idem id. "acertar".
(3) Idem id. "si a".
(4) Idem id. "cante".

(Vanse, y salen MENDO *y* LEONARDO.)

LEONARDO. Volví, Mendo, de estudiar,
graduado en esta ciencia
y con los años que os dije,
de Salamanca a mi tierra.
Verdes años en su flor
naturalmente me esfuerzan
a tratar de amor; yo amé
a Elvira, hermosa y discreta.
A pocas vueltas de calles,
aunque en amor están llenas
de mil vueltas sus mudanzas,
y sus danzas de revueltas,
conoció mi voluntad,
y, para pagarme en ella,
me aseguró con los ojos
mi justa correspondencia.
Papeles y versos hice;
que aunque es la naturaleza
de los papeles aurora (1),
amores hacen poetas;
y a las noches del verano
hablábamos por la reja,
cuando la menguante luna
nos daba aquesta licencia;
y conociéndome en casa
hablábamos por la puerta,
hasta que el amor salió
por las palabras expresas;
que todas sus calenturas
suelen salir a la lengua,
como veneno del alma,
de sufrir el fuego enferma.
Hablóse mal en nosotros
muchos días en Plasencia,
porque el amor es la cosa
más murmurada y sujeta.
Querría el padre casarme,
y querría más su hacienda,
y aguardaba que yo mismo
se la pidiese sin ella;
mas viendo que le obligaba
la afligida parentela
(que con los ojos ajenos
juzgan de su mal las penas),
dióme de su intento parte,
dióme parte de su hacienda
y casóme con Elvira
con gran regocijo y fiesta.

(1) Hartzenbusch corrigió "au*t*ora".

MENDO. Muchos años os gocéis.
Mi historia también comienza
por los principios de amor.
LEONARDO. Holgárame de saberlas (1).
MENDO. Sancho, mi padre, que hoy vive,
y que mi casa gobierna,
hacía por estos montes...
(No sé si tenga vergüenza
de hablar en cosas tan bajas
a un hombre de tantas letras,
que es juntar con el brocado
aquesta rústica jerga;
mas como en camino suele
hablar de un rey la grandeza,
por entretener las horas,
a los que a su lado lleva,
vos, aunque hidalgo y letrado,
podéis suspender las vuestras
con un villano ignorante,
hasta llegar a Plasencia).
En fin, por los altos montes
cortaba mi padre leña,
que, encendida en hoyos grandes,
iba cubriendo la (2) tierra,
de donde el carbón sacaba,
que, con tomisas, en seras,
y con ramos de madroños,
de roble y brezo cubiertas,
yo llevaba a la ciudad;
cuyo trato de manera
la hacienda aumentó mi padre,
que era señor de su aldea.
Era su padre de Antona
labrador, y en ciertas cuentas
trabé en su casa amistad,
y entrando una tarde en ella,
vi que jabonaba Antona
en una pila de piedra
las sábanas de su casa.
¡Oh, quién pintarla supiera!
Las mangas de la camisa,
con dos alfileres presas
al cabezón de los hombros,
dejaban, Leonardo, fuera
un brazo rollizo y blanco,
que, la aljorca en la muñeca,
parecía que era el mismo
cirio de dorada cera.

(1) Hartzenbusch corrigió "saber*la*".
(2) En la ed. de 1621 (Madrid) y en la de Hartzenbusch: "de".

Desde el cabezón al cuello
se vían dos blancas pellas
como de esponja de nieve,
como de helada manteca.
Una cofia recogía
de los cabellos las hebras,
dejando atrás un tranzado
que envidiarle el sol pudiera.
Labrada estaba la cofia
de pinos y negra seda,
por estar sobre sus ojos,
más altos que las estrellas.
En la garganta un collar
de azabaches y de perlas;
que era nácar la garganta
y se (1) naciera con ellas.
Daba golpes en la pila;
salía la espuma fuera,
y aunque eran copos de nieve
me parecían (2) saetas.
No pienso que amor ha herido
ni en las historias se cuenta,
con saetas de jabón
hombre con alma y potencias.
Díjele, lleno de espumas:
"Ten, hermosa lavandera,
esos arcos de cristal
con que tiras blancas flechas."
Alzó la divina cara,
bañada en sangre y vergüenza,
y viendo la negra mía,
dijo burlando y risueña:
"Oí decir que el amor
se fué a vivir a Guinea;
si de allá venís, no es mucho
que el jabón nieve os parezca."
Sentíme abrasar el alma;
imprimióme la voz tierna
en las entrañas, de suerte
que di en olvidar la sierra.
Lavéme luego la cara,
púseme una capa nueva,
jubón, ropilla y calzones,
compré un sombrero en la feria;
aguardaba los domingos
para mirarla en la iglesia,
con mi camisa colchada:
en cada parte diez trenzas.

(1) Hartzenbusch corrigió "y así".
(2) En la ed. de 1621 (Madrid) y en la de Hartzenbusch: "parecieron".

Llegó el día de San Juan;
hice un jardín a su puerta,
y puse, con rojo almagre,
"Mendo, de Antona la bella".
¡Pardiez!, que me bulle el alma
de acordarme de la fiesta
en que bailamos los dos
y le di mis castañuelas (1).
Por abreviar, pues llegamos
a la ciudad, fué tan buena
mi desdicha, que agradezco
los deseos por las muestras.
Diómela su padre, y luego
nuestras bodas se comienzan
con fiestas, que para mí
no eran fiestas, sino penas.
En mi vida he visto día
tan largo, ni tan pequeña
noche, aunque no la dormí;
que entre amantes es bajeza.
Madrugó el alba, envidiosa
de su divina belleza,
y hallóme por un resquicio
entre rosas y azucenas.
Dejó mi padre el carbón;
murió mi suegro y mi suegra;
si fué dicha, tú lo juzga.
Mudé vida, tengo hacienda,
tengo labranza y ganados,
y aunque, a Dios gracias, no tenga
necesidad, todo es poco,
pues no puedo hacerla reina.
Pero lo que no le doy
en oro, granas y telas,
le doy en alma y regalos,
joyas de mujer que es buena.

LEONARDO. Alégrame el corazón,
por lo que yo quiero bien,
ver que otros amen tan bien (2);
pero no tenéis razón
en pensar que el amistad
no cabe entre desiguales,
si el amor los hace iguales.

MENDO. Decís, Leonardo, verdad.

LEONARDO. Pues si es así, yo querría
que ya nuestra amistad fuese
de provecho, y os hiciese

(1) En este punto anotó Hartzenbusch: "Probablemente aquí se entrarían los actores por un lado del teatro y volverían a salir por el opuesto, para indicar que estaban ya más cerca de la villa".
(2) Hartzenbusch corrigió "también".

hidalgo mi compañía.
Vos subís a labrador
de un padre ya carbonero.
Aspirad a caballero;
subid a grado de honor.
Yo os diré cómo seréis,
Mendo, noble en pocos días.

MENDO. Tarde las costumbres mías,
Leonardo, mudar queréis.
Esta es vuestra casa; entrad,
que yo me voy. ¡A más ver!

LEONARDO. Lo que os digo habéis de hacer,
porque os tengo voluntad.

MENDO. Señor, si trigo o dinero
o cebada os importare,
aquí estoy, como no pare
en hacerme caballero.
Porque labrador nací,
y labrador moriré.

(Vase MENDO *sólo.)*

LEONARDO. Presto en estado os pondré
que otro ser tengáis por mí.

(Dice (1) *dentro:)*

Yo le he sentido llegar.
De la ventana te quita.

LEONARDO. El que su bien solicita,
a nadie puede obligar.
Mas quien procura el ajeno,
busca amigos; que, al fin, son
buenos en toda ocasión,
y Mendo en muchas es bueno.

(Sale DOÑA ELVIRA.)

ELVIRA. ¡Seáis, señor, bien venido!

LEONARDO ¡Oh, mi Elvira! ¿Y qué más bien
para los ojos que os ven,
y más viniendo perdido?

ELVIRA. ¿Perdido? ¡Cosa que sea,
mi bien, perdido de amor!...

LEONARDO. ¿Celos?

ELVIRA. Hacedme un favor.

LEONARDO. Mi alma el vuestro desea.

ELVIRA. ¿Habéis la noche pasado
a vuestro gusto?

LEONARDO. En un monte;
de todo aqueste horizonte
el más solo y despoblado.
Pensaréis que por faltar
de vuestro lado, fingí
la caza, y es que perdí
en un espeso encinar
los amigos y los perros,
cuando de escarcha se pinta
la noche. Tiene su quinta
Mendo entre dos altos cerros,
y quiso Dios que allí estaba;
y aunque volverme quería,
viendo que a la noche fría
música al viento le daba,
tuve cama en un gabán
y la cena en pobre mesa.

ELVIRA. De haber llorado me pesa
ansias que sospechas dan;
mas es condición de amor:
no se ha de mudar por mí.

LEONARDO. Satisfacer prometí
a Mendo, Elvira, el favor.
Es Mendo un hombre de bien,
muy limpio, cristiano viejo,
y ha de ser, por mi consejo,
hidalgo desde hoy también.
Por mi vida y vuestra, Elvira,
que no os despreciéis de ser
amiga de su mujer,
pues a ser hidalgo aspira.
Que pues tiene tanta hacienda,
con que yo le dé la mano,
ha de ser gran cortesano
para que aumentar emprenda
los principios que ha tomado.
Visitad hoy su mujer,
aunque ella pudiera haber
la visita anticipado;
pero no se habrá atrevido,
por humildad.

ELVIRA. Yo lo haré.
Descansad, que no pondré
vuestras cosas en olvido;
que basta que tengáis gusto
de honrar a Mendo en su casa.

LEONARDO. Todo lo que os digo pasa,
y agradecérselo es justo;
que me ha contado su vida
desde su quinta a Plasencia.

ELVIRA. No fué sin causa esta ausencia.

LEONARDO. Cualquiera cosa que pida,
me holgaré que se la den.
Hagámosle vecindad,

---

(1) Hartzenbusch corrigió: "ANTONA".

que, aunque es humilde amistad,
es de provecho también.

(Vase Leonardo, *y queda* Doña Elvira *sola.)*

Elvira.

Hijos de amor, aunque de amor bastardos,
celos, que con la capa de los cielos
cubrís vuestros engaños y desvelos,
engaños breves, desengaños tardos.
Celos valientes, a inquietar gallardos
la causa que os obliga, locos celos,
de la cara verdad. ¡Oh sacros velos (1),
y del sol del amor nublados pardos! [asombra)
¿Qué haré, que me han mandado (aunque me
ver vuestra causa, y causa que es tan bella,
que por ser celestial, bella se nombra?
Sospecho que decís que vaya a vella.
Iré como quien tiene miedo o sombra,
que, por ver si es verdad, se abraza della.

(Vase.)

(Salen Don Fernando *y* Don Enrique *y* Mondragón.)

Fernando. No mira mal ni habla mal.
Enrique. Ya debe de querer bien.
Fernando. Temblando estoy del desdén,
porque es mujer principal,
y es hidalgo su marido.
Enrique. ¿Y qué importa ser hidalgo,
si ella se ha picado de algo?
Fernando. Dase mi amor por vencido;
pues al punto que lo advierta,
se quejará a nuestro tío.
Enrique. En tomar consejo mío
y no le rondar la puerta (2).
Fernando. ¿Cómo se ha de enamorar?
Pues en ocasiones tales
los servicios personales
tanto suelen obligar.
Enrique. Solicítenlo terceras.
Fernando. ¿Conoces tú, Mondragón,
éstas que terceras son?
Mondrag. Pasan tantas de primeras,
que a montones hallarás
quien ejecute este oficio,
y te dé todo el indicio
de los que no pueden más.
Fernando. El ser este hombre letrado,
mucho mi amor desconfía.
Enrique. ¡Tal fuera la pena mía;
tal, Fernando, mi cuidado!
Fernando. ¿Cómo puede ser peor
que amar la honesta mujer
de un hombre sabio?
Enrique. En querer
la mujer de un labrador.
Fernando. Pues un simple, un ignorante,
¿no es más fácil de engañar
que quien puede penetrar
por muralla de diamante?
Enrique. No; porque un hombre discreto,
docto, entendido y letrado,
es siempre más confiado,
es más seguro y secreto.
Reniega de un labrador
zafio, rústico y grosero;
que al sol la pondrás primero
que alguna falta en su honor.
Fernando. Pues si la desconfianza
es hija de los discretos,
como dicen mil concetos
de amor, temor y esperanza,
¿cómo un rudo labrador
puede ser desconfiado,
y confiado un letrado
en las cosas de su honor?
Enrique. Los méritos, don Fernando,
le descuidan de la ofensa;
porque un bueno nunca piensa
que nadie le está agraviando.
A (1) un labrador malicioso
todos piensa que le engañan,
si le honran y acompañan
por cortés trato amoroso.
Si le quitan el sombrero,
no piensa que puede ser
por él; mas que a su mujer
se lo quitarán primero.
Todo lo colige allí,
todo lo presume a mal,
y aun el curso celestial
(por experiencia lo vi)
desfavorece los sabios;

(1) Hartzenbusch enmendó este verso así:

"de la clara verdad obscuros velos".

(2) Este verso y el anterior, Hartzenbusch los corrigió, para mejor sentido, así:

"Tomad el consejo mío
en no le rondar la puerta".

(1) Así en las primeras ediciones; Hartzenbusch suprimió esta "a", que gramaticalmente sobra.

porque Venus no es amiga
de Mercurio, antes obliga
para notables agravios.
A Marte mira mejor,
y así a los hombres marciales
las bajas y principales
muestran peregrino amor.
Quiero, Fernando, y adoro
a una mujer, que por ella
pierde Angélica la bella
el nombre que honró a Medoro.
Vecina de vuestra dama
es esta hermosa mujer;
su nombre no puede ser
que os le encubriese la fama.
Pluguiera a Dios que trocara
amor la suerte del hado:
que Mendo fuera letrado
y Leonardo cultivara.
¡No sé qué tengo de hacer!

FERNANDO. Muy paradójico estás;
pues a los que saben más
menos pretendes temer.
Mira, Enrique, que un hidalgo,
letrado y hombre de bien,
es de temer.

MONDRAG. Ahora bien;
a vuestros temores salgo
con mi loca valentía:
¿Cuánto va que esas mujeres,
si no mudáis pareceres,
como soléis cada día,
os las traigo como ovejas
a comer sal en la mano?

ENRIQUE. Mal conoces un villano,
Mondragón, justo (1) de cejas.
No le engañará Merlín.

MONDRAG. Engañe yo su mujer;
que un lince sabrán hacer
animal de Medellín.

ENRIQUE. ¡Ay, Mondragón, si yo viese
tierna a Antona a quien la mira!

FERNANDO. ¡Ay, Mondragón, si a mi Elvira
hicieses tú que me oyese!

ENRIQUE. ¡Ay, Mondragón, si mi Antona
me mirase!

FERNANDO. ¡Ay, Mondragón,
si mi Elvira una razón
oyese a alguna persona!

ENRIQUE. ¡Ay, Mondragón, si este Mendo
hicieses de su ganado;
que aun de miralla en poblado
con forma de hombre me ofen-
[do! (1)

FERNANDO. ¡Ay, Mondragón, si tú hicieses
que este Leonardo cegase,
y que en sus leyes no hablase,
con que castigado fuese!

MONDRAG. ¡Basta tanto Mondragón;
que un dragón se enterneciera,
si tantas veces oyera
vuestra amorosa pasión!
Yo me quiero transformar;
pero después lo sabréis.
Venid, para que me deis
lo que tengo de llevar;
que hoy han de saber las dos
que las deseáis servir.

FERNANDO. De seda te he de cubrir.

ENRIQUE. Y yo, de plata, ¡por Dios!

MONDRAG. ¿De seda y plata?

ENRIQUE. Este día,
si vences esta mujer.

MONDRAG. ¡Par Dios, que he de parecer
gualdrapa con chapería!

(Vanse, y salen MENDO *y* ANTONA.)

ANTONA. No has de quitarme el enojo,
si te viese deshacer.

MENDO. ¡Cómo te sabes valer
de tu imperio y de mi antojo!
¿No echas de ver que he pasado
toda la noche sin ti?

ANTONA. Pues por eso estoy ansí.
Bien conozco que te enfado.

MENDO. ¿Que me enfadas? ¡Plega a Dios
que si por enfado fué,
que nunca de paz nos dé
sólo un momento a los dos!
Yo salí con mil enojos
a ver quién talaba el monte,
cuando tú deste horizonte
te ibas poniendo a mis ojos.
¡Mira que te llamo sol!

ANTONA. ¡Lindos engaños me haces!

MENDO. Hagamos, Antona, paces.
No salgas con arrebol,
para llorar a la noche;
que si de noche lo estás,
del sol amanecerás

(1) Hartzenbusch corrigió "junto".

(1) En las ediciones de la *Sexta Parte*, "ofende", por evidente errata.

del alba en el mismo coche.
Digo que al anochecer
salí, y a la casería
llegué en ocasión tan fría,
que fué imposible volver.
Importunáronme allí
tus pastores, al llegar
Leonardo al mismo lugar.

ANTONA. ¿Es este vecino?

MENDO. Sí;
que juntos hemos venido,
donde hemos hecho amistad;
que es hombre de calidad,
muy hidalgo y bien nacido,
y quiere que su mujer
te visite cada día.

ANTONA. ¡Harto bien, por vida mía!
Su galán debes de ser.
Ya tratarás en discretas.
Mi necedad te enfadó.
¡No en balde te digo yo
que por galas te inquietas!
¡Ah, Mendo! Cada uno intenta
mejorar su gusto en algo.
Hallarás mujer de hidalgo
con don, con estrado y renta.
Renta, ni estrado ni don
no lo has de hallar, sino el alma,
camino como la palma
para entrarte de rondón.
¡Ea! ¿Cómo te he de hablar?
Ya, sin duda, te ha pegado
grandes toldos el letrado.
Vete a su casa a estudiar;
que también querrás que venga
tal vez a enseñarme a mí.

MENDO. ¡Necia estás!

ANTONA. ¡Habla por ti!

(Sale GILOTE *y* INÉS.)

INÉS. ¡Nunca honor mi vida tenga!

GILOTE. ¿Qué nos puede dar honor?

INÉS. Visitar tan gran señora
a una humilde labradora,
¿no te parece favor?

MENDO. ¿Qué es eso?

GILOTE. A la puerta queda
la mujer de cierto hidalgo
destos de rocín y galgo,
toda cubierta de seda.
¡Voto al sol! Que no quisiera
que acá me hubieras traído.

ANTONA. ¿Tan presto a verme ha venido?

MENDO. ¡Ea!, mi Antona, sal fuera,
y recíbela muy bien.

ANTONA. Venga muy en hora mala.

GILOTE. Para las dos en la sala
pondré que os sentéis también.

ANTONA. Descoge, Inés, esa estera,
y en mal hora sea venida.

MENDO. Haz buen rostro, por tu vida.

ANTONA. ¿Por qué me ha de visitar

GILOTE. Mas qué, ¿tenemos celera?
nadie a mí con verdugado?

MENDO. ¿Qué importa?

GILOTE. Si falta estrado,
llevarémosla al pajar.

ANTONA. Sube una albarda, Gilote,
a la señora letrada.

GILOTE. Y está recién remendada
de aquel mi viejo capote.

MENDO. ¡Mira que entra, y que será
notable descortesía!

ANTONA. ¿Qué me quiere la judía?

GILOTE. Loca de celos está.

(Entran LEONARDO *y* DOÑA ELVIRA.)

ELVIRA. Por no haber yo reparado
en vecindad tan honrada,
he sido tan descuidada.

GILOTE. [*Ap. a* INÉS.] ¿Traeré la albarda
[al estrado?

INÉS. ¡Quítate, ignorante, allá!

ANTONA. Yo, como soy labradora,
no sé estas cosas, señora.

ELVIRA. ¿No hay asientos?

GILOTE. Aquí está
una alfombra, y nos enseña
que está en Argel quien la hizo.

ELVIRA. ¡Buen tocado; lindo rizo!
Estése fuera esa dueña.

GILOTE. Si su merced es servida,
al pozo la llevaré.

ANTONA. Así estoy, como no sé,
mal tocada y peor vestida.

ELVIRA. Cierto; que tanta hermosura
no está bien en ese traje.

ANTONA. Este trujo mi linaje.

LEONARDO. Quien ser honrado procura,
Mendo, a los que ya lo son
ha de imitar. Pues tenéis
hacienda, es bien que intentéis
serlo en la ajena opinión.
Comprad mañana un estrado

de damasco o terciopelo.
MENDO. ¡Guárdeme, Leonardo, el cielo!
LEONARDO. Yo os doy un consejo honrado.
MENDO. Yo no le quiero tomar,
porque sé que mi mujer
se puede desvanecer.
LEONARDO. ¿Pues en qué se ha de sentar
una señora que viene
a veros?
MENDO. Esta señora
visita a una labradora,
y sabe que no lo tiene.
ELVIRA. Un poco de agua quisiera.
MENDO. ¡Hola! Traigan colación.
Tú, Inés, almendra y tostón,
y alguna camuesa o pera.
Tú, Gilote, trae el vino.
GILOTE. ¿La llave?
MENDO. Pídela a Antona.
GILOTE. ¡Válgate Dios, por persona
de la mujer del vecino!
La llave de la bodega
me mande dar, con perdón.
ANTONA. ¡Cómo se enreda el cordón!
GILOTE. Hoy salgo gallina ciega.

(Vase GILOTE.)

LEONARDO. Ya que colación le dais,
no ha de ser tostón, ni pera.
MENDO. ¿Pues qué queréis que le diera?
LEONARDO. Muy a lo rústico andáis.
Una caja de perada,
algún vidrio de jalea,
cidra en azúcar, gragea,
o, con ámbar, nuez moscada.
Es lo que habéis de tener
para honradas ocasiones.
MENDO. Con almendras y tostones
basta después de comer;
que, a venir por la mañana,
buen torrezno era jalea,
y ardiendo como una tea
vino de color de grana.
Esta es acá mi costumbre;
así conservo mi hacienda.

(Sale GILOTE.)

GILOTE. Ya viene aquí la merienda,
y el jarro con un azumbre.
MENDO. Echa en el vaso.
ELVIRA. No quiero
más del agua.
GILOTE. Pues yo sí.
LEONARDO. Si esto no aprendéis de mí,
siempre seréis carbonero.
Comprad un jarro de plata
y una copa, pues podéis.
MENDO. ¿Para qué? Si en vidrio veis
que es más limpia y más barata.
Nunca a mis padres les ví
beber, que (1), por maravilla,
en vidrio; que una escudilla
o un corcho que viene aquí
era su regalo todo.
Pues no soy yo más honrado;
si hay sed, y vengo cansado,
dondequiera me acomodo.
ANTONA. Mi casa os quiero enseñar.
ELVIRA. Mucho gustaré de vella.
ANTONA. No hay tela o pintura en ella,
ni grandezas que mirar.
Hay muy gentiles lechones,
pollos, pavos, quesos nuevos,
tinajas de aceite y huevos,
higos, arrope y melones;
por conserva, calabaza,
zanahoria y berenjena.
GILOTE. [*Ap. a* INÉS.] ¿Han visto doña Ji-
y qué come de mostaza? [mena
¿Qué comen estas hidalgas,
Inés?
INÉS. Almíbar no más.
GILOTE. Y aun con esto (2) las verás
ateridas como galgas.
No ha querido los tostones.
INÉS. ¡Qué presto se ha levantado!
GILOTE. Tendrá el asiento enseñado
a almohadas y colchones,
y habrále dado la estera
algún sucio temporal.
LEONARDO. Tomáis mis consejos mal;
pero éste admitid siquiera:
que vaya con doña Elvira
a misa vuestra mujer.
MENDO. ¿Eso cómo puede ser?
LEONARDO. ¿Que os honre, Mendo, os admira?
MENDO. Doña Elvira irá con manto,
y no lo tiene mi Antona.
LEONARDO. Pues honrad vos su persona;
que hacerle manto no es tanto.
MENDO. Tanto hérsele sería

---

(1) Hartzenbusch corrigió "ni".
(2) Idem id. "por eso".

que mañana no pudiera
sufrirla, porque quisiera
ser señora, y serlo mía.

LEONARDO. Que sin manto no podrá
ir con mi mujer.

MENDO. No importa;
que, a la larga o a la corta,
con sus iguales irá.

LEONARDO. Eso de escaseza pasa.

MENDO. Aunque veis que sé tan poco,
vos sois en mi casa loco;
que yo soy cuerdo en mi casa.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO

(Salen DOÑA ELVIRA *y* LEONOR.*)*

ELVIRA. ¡Ya no lo puedo sufrir!

LEONOR. Celos son para discretas.

ELVIRA. ¿Quién lo dice?

LEONOR. Los poetas.

ELVIRA. ¡Como eso suelen mentir!
¿Tantos meses un letrado
entra y sale sin amor
en casa de un labrador?

LEONOR. Es el labrador honrado.
Hale cobrado amistad,
porque se las hace en trigo
y otras cosas que no digo,
que merecen voluntad.

ELVIRA. En la belleza de Antona
debe de topar, Leonor.

LEONOR. Pienso que te engaña Amor.

ELVIRA. El cuidado en su persona,
y el descuido con la mía,
dicen bien a qué entra allá.

LEONOR. Ese cuidado, ¿en qué está?
El mismo trato le cría.
¿Por qué piensan que un casado
no quiere como un soltero?

ELVIRA. Porque ve que es verdadero
el amor con que es amado.
Que ya yo sé que el estar
si me quiere o no me quiere,
es lo que a los libres hiere
desta enfermedad de amar.
Amor, aunque ve en los cielos (1),
en la tierra es bestia mansa,
que, porque a veces se cansa,
pónenle espuelas de celos;
que, aunque sabe que ha de hacer
con el dueño la jornada,
en viendo tabla y posada,
para, que quiere comer.

LEONOR. Pues si de celos conoces
que surten tan alto efeto,
dale celos.

ELVIRA. ¡Es discreto!
No habrá paz; tendremos voces.

LEONOR. Antes, porque es su manjar;
y tú, estando entretenida,
pasarás mejor tu vida.

ELVIRA. ¿Quién puede a un sabio engañar?

LEONOR. Puede la mujer más necia;
pues que gentil ocasión
estos dos hermanos son,
y uno que te adora y precia.

ELVIRA. ¿Es don Enrique?

LEONOR. No creo
que te ha parecido mal.

ELVIRA. Entretenimiento tal
que no llegase a deseo,
no me pesara, Leonor;
pero el peligro imagino:
que el amor es como el vino,
que se sube a lo mejor;
y, la cabeza ocupada,
da lo demás por perdido.

(Sale MONDRAGÓN, *de estudiante.)*

MONDRAG. ¡A qué buen tiempo he venido!
Mas siempre es fácil la entrada
y difícil la salida.

LEONOR. ¿Qué buscáis?

MONDRAG. ¿No vive aquí
un doctor de Leyes?

ELVIRA. Sí.

MONDRAG. ¿Está en casa?

ELVIRA. [*Ap.*] (¡Por mi vida,
que estoy por encaminalle
(en) casa (1) de Antona!)

LEONOR. ¿Qué quieres?

MONDRAG. No es cosa para mujeres.
Volveré cuando le halle.

ELVIRA. Volved acá. ¿Qué queréis?

MONDRAG. Traigo de todo el Derecho
libros, si son de provecho.

(1) Hartzenbusch corrigió este verso así: "Amor, *águila* en los cielos,".

(1) Hartzenbusch corrigió "en cas".

Esta lista le daréis:
hay Odofredos (1) y Dinos,
Oldrados, Bártulos, Baldos,
Paulos, Castrenses, Ubaldos,
Albericos y Aretinos,
Decios, Jasones, Rosatos,
Curcios, Decios, Amodeos,
Fulgosios, Ripas, Budeos,
Tiraquelos, Purpuratos
y otros mil.

LEONOR. ¡Qué lindo necio!

MONDRAG. Si los quisiere comprar,
yo le volveré a buscar,
y darélos en buen precio.

ELVIRA. Para mí son bernardinas
todos aquesos doctores;
que nuestras leyes mejores
son perdices y gallinas,
buenas joyas, buenas galas,
paz en casa, hijos y gusto.

LEONOR. Los libros me dan disgusto.

ELVIRA. Quítannos las buenas salas
y ocúpannos los maridos;
que en entrándose a estudiar,
no hay hacerlos acostar
ni volverles los sentidos.
Si aquesta lista dijera:
"cambrais, tocas, holandas,
cortes, mantos, ricas bandas,
raso de oro, primavera,
damascos, telas, tabíes,
joyas, cadenas, diamantes,
medias, zapatillas, guantes
y papeles carmesíes",
aun fueran libros, Leonor,
para nuestra librería.

LEONOR. Abre, a ver, por vida mía

ELVIRA. Esto no viene al doctor.

(Abre el papel y lee DOÑA ELVIRA, *medio turbada.)*

(Lee:)

"Siete años de servirte,
¿aún no merecen verte
piadosa sólo un hora?
No eres lo que pareces,
porque pareces ángel,
y el corazón que tienes
más es que de leones
y que tigres crueles.
¿Cuándo, señora mía,
darás lugar que lleguen
mis suspiros de fuego
a deshacer tu nieve?
¿Cuándo querrás oírme,
y que su mal te cuente
el alma que te adora
y que por ti padece?
¿Cuándo, pues en tu casa
vives con tantas leyes?
.... (1)
El premio que merecen
no son tus verdes años
para que los emplees
en sierras tan heladas,
sino en jardines verdes.
Si hoy me das licencia,
con ánimo valiente
pondré por ti mi vida,
o esperaré la muerte."

(Acaba de leer DOÑA ELVIRA.)

¿Qué te dicen los Jasones,
Baldos y Bártulos?

LEONOR. Son
libros de linda invención.

ELVIRA. Amor es todo invenciones.

LEONOR. ¿Y el bellacón transformado
en figura de librero?...

ELVIRA. Leonor, responderle quiero.

LEONOR. ¡Presto te has determinado!

ELVIRA. Quiero entretener mis celos,
sin ofensa de mi honor.

LEONOR. ¿Voy por papel?

ELVIRA. Sí, Leonor.

LEONOR. Benignos están los cielos.

ELVIRA. Hoy apostaré que tiene
Venus la primera hora.

LEONOR. Voy por el papel, señora,
mientras el librero viene.

(Vase LEONOR.)

ELVIRA.

Celos hacen a veces buen efeto,
siendo la sal de amor que tiene hastío,
y a veces su efeto es desvarío (2);
que está a mudanzas el honor sujeto.

---

(1) Hartzenbusch corrigió "Godofredos".

(1) Falta el verso impar del romancillo.
(2) Hartzenbusch modificó este verso así:

"y es a veces su efeto desvarío".

Leonardo, muy privado (1) de discreto,
sabiendo que el peligro es suyo y mío,
a mi fuego responde helado y frío:
señales claras de su amor sujeto.
No hay darnos ocasión, o mucha o poca;
porque, en llegando a haber desconfianza,
ha de salir el fuego por la boca;
que si a picar a una mujer alcanza
la víbora de celos, dará, loca,
libras de honor por onzas de venganza.

(Vuelve LEONOR, *con recado de escribir.)*

LEONOR. Aquí está tinta y papel.
ELVIRA. Llega, que quiero escribir.
LEONOR. ¿Y qué le piensas decir?
ELVIRA. Que no soy yo tan cruel.

(Pónese a escribir DOÑA ELVIRA.)

LEONOR. [*Ap.*] (¡Lo que ha podido el pensar
doña Elvira que se inclina
su marido a su vecina!
Y débese de engañar;
sino que nuestro letrado,
por mandar en casa ajena
—cosa que el sabio condena—,
nos pone en grande cuidado.)

(Sale LEONARDO, *y alborótase* LEONOR.)

LEONOR. [*Ap.*] ¡Ay, señora! ¡Mi señor!
LEONARDO. ¿Qué escribes?
ELVIRA. Darle quisiera
la ropa a la lavandera
por cuenta. Escucha, Leonor:
seis camisas de Leonardo,
seis mías... Mira que son
las nuevas...
LEONOR. [*Ap.*] (Linda invención.
¡Próspero suceso aguardo!)
ELVIRA. Cuatro tablas de manteles,
ocho sábanas delgadas
más cuatro de las criadas.
LEONARDO. Olvídate, como sueles,
de poner paños de manos.
ELVIRA. Cuatro he puesto; un peinador,
un delantal de Leonor,
cuatro de puntas, dos llanos.
LEONARDO. ¿Pusistes (2) los escarpines?

(1) Hartzenbusch corrigió "preciado".
(2) En la ed. de 1616 (Madrid) y en la de Hartzenbusch: "pusiste".

(Dale el papel y bésale LEONOR.)

ELVIRA. Toma; que todo va puesto,
y dale la ropa presto.
Vendrás de ver serafines;
vendrás de leer a Orlando
o de serlo con la bella;
vendrás de mirar en ella
leyes que vas olvidando.
Vendrás de ver la frescura
de camisa y delantal
de aquel ángel de cristal
engastado en plata pura.
Vendrás de hablar en latín
a quien no sabe romance,
y vendrás de dar alcance
a la cinta de un chapín.
Vendrás de ver en un brazo
azabache, o nieve fría;
que, pues lavaba o cernía,
era jabón o cedazo.
¿Hubo *trujón, her* y *crego?*
¿Cómo te habló? ¿Qué te dijo?
¿Anduviste muy prolijo,
o despacháronte luego?
Presumo que le dirías:
"Bártulo no jabonó
con más gracia, ni alcanzó
Baldo esta pila en sus días.
Yo he visto en la ley artesa,
y en el código cedazo,
distinción de un blanco brazo,
párrafo muñeca gruesa:
Que puede toda mujer
de baja y vil condición,
a los que letrados son
darles mejor parecer."
Pues, Leonardo, yo no puedo
sufrirte; resuelta estoy.
LEONARDO. ¡Espera, loca!
ELVIRA. ¡No voy
a matarme!
LEONARDO. ¡Hablemos quedo!
¡Mira que estás engañada;
que sólo te adoro a ti!
ELVIRA. ¡Estás cansado de mí!
¡Soy perdiz; vaca te agrada!
LEONARDO. Yo te estimo.
ELVIRA. No me quejo;
pero como eres letrado,
pienso que me has estimado,
Leonardo, por tu consejo.
Y como de sabios es

mudarle, consejo mudas;
y, así, de consejo mudas (1)
donde diverso le ves.
¡No estuviera yo casada
con un pobre labrador!

LEONARDO. ¡Mira que te he dado honor!

ELVIRA. ¿Luego yo no he sido honrada?

LEONARDO. Que a la mujer el marido
da honor, es negocio llano:
texto expreso de Ulpïano,
ley octava.

ELVIRA. ¡Está perdido!

LEONARDO. Hay un escrito de aquesto
del gran César a Antonino;
de Valente a Valentino
se lee lo mismo en un texto:
Códice de dignidad,
ley trece.

ELVIRA. ¡Vete de ahí!
Que no hay leyes para mí
en una igual voluntad.
Pero quiérote advertir,
porque veas que no sabes.

LEONARDO. Di con palabras süaves,
porque te pueda sufrir.

ELVIRA. Dios dice que han de ser dos
en una carne.

LEONARDO. Es ansí.

ELVIRA. ¿Pues qué hay más en ti que en mí,
si ésta es ley, y ley de Dios?
Dame un letrado como El
ni de tanta autoridad.

LEONARDO. Dices, Elvira, verdad;
que es celos cosa cruel.

(Sale un CRIADO.)

CRIADO. Aquí ha entrado un don Fernan-
que es del obispo sobrino. [do.

LEONARDO. Entrate dentro.

ELVIRA. Al camino
de lo que estoy deseando
me ha venido su venida.
Hablaréle aquí delante;
que mi primo, el estudiante,
me ha pedido que le pida
le ayude en la pretensión
que tiene a este beneficio.

LEONARDO. Yo haré también buen oficio.

ELVIRA. Pondrásme en obligación.

(1) Así en las primeras ediciones; pero este verso debe de estar viciado.

(Sale DON FERNANDO *y* MONDRAGÓN, *de estudiantes.)*

FERNANDO. Téngame vuestra merced
desde hoy por su servidor.

LEONARDO. Tengo este grande favor
por excesiva merced.

FERNANDO. ¿Es esta dama la prenda
de casa?

LEONARDO. Para serviros.

FERNANDO. Cuanto aquí puedo deciros,
sólo con callar se entienda.

ELVIRA. Yo soy vuestra servidora;
y tenía que os hablar.

FERNANDO. Desde hoy me habéis de mandar
como a un esclavo, señora.

LEONARDO. ¡Sillas! ¡Hola! ¿Qué ocasión
os trujo a hacerme merced?

FERNANDO. No haberos servido. Creed
que es mi corta condición.
Dad silla a aqueste mancebo,
que es un estudiante honrado.

LEONARDO. No había en él reparado;
serviros y honrar os debo.
Aquí os sentad, junto a mí.

MONDRAG. Será forzoso el lugar,
porque os tengo de informar
de lo que nos trajo aquí.

FERNANDO. Y yo, entre tanto, veré
lo que vuestra esposa manda.

ELVIRA. Oíd.

FERNANDO. Decid.

MONDRAG. *[Ap.]* ¡Bueno anda!

LEONARDO. Informadme vos.

MONDRAG. Sí haré.
Yo soy, señor licenciado,
desta ciudad; y soy hijo
de padres nobles.

LEONARDO. En vos
se ve su retrato mismo.

MONDRAG. Estudié, por su contento,
Gramática y los principios
de Lógica; y por su gusto
a ser clérigo me aplico.
Amor...

LEONARDO. Decid.

MONDRAG. ¡Sabe Dios
que con vergüenza lo digo!,
me desvía (al fin, soy hombre)
deste tan santo camino.
Hay aquí cierta mujer,
ojos zarcos, lindo pico,
largas cejas, boca grande,
dientes de marfil bruñido,

largas manos, alto cuello...
Aunque no sé quién me dijo
que era la pierna derecha
más que la izquierda, tantico;
mas no es cosa que la afea.

LEONARDO. ¿Importa al pleito haber sido
más larga una pierna que otra?

MONDRAG. Es que la verdad os pinto,
y que han de importar las señas.

LEONARDO. En el Digesto está dicho
(párrafo *quibus si bene*),
que no sale de su quicio
la partícula (1) noticia;
mas que de ella recibimos
lo que la experiencia prueba.

MONDRAG. Vila en su casa un domingo;
pero pienso que era martes.

LEONARDO. Y eso, ¿qué importa?

MONDRAG. Está escrito:
"el martes es día aciago".

LEONARDO. [*Ap.*] (¡Qué estudiante tan prolijo!)
Cierto, señor don Fernando,
que este pleito es exquisito
de parte del informante.

FERNANDO. Es ingenio peregrino.

LEONARDO. Decid, señor, vuestro pleito.

MONDRAG. En viéndola, ni Calisto,
ni Paris, ni Vincislao,
ni Tulio, ni Calepino,
tuvieron tan grande amor.

LEONARDO. Calepino fué de un libro
autor, que escribió seis (2) lenguas.

MONDRAG. Eso es lo mesmo que digo;
porque yo me di a escribir
versos como un cigüeñino;
aunque unos me salían grandes
y otros me salían chicos.

LEONARDO. Lo que no da el natural,
no es el (3) arte preferido.
La ley *Ubi repugnantia*,
pienso que párrafo primo...

MONDRAG. En fin, me metí a poeta,
mayor de los veinticinco,
haciendo mis cuodlibetos
para el lauro y grado altivo.
Dije mal, que es lo primero,
de vecinos y de amigos:
enfadábanme sus versos,
y agradábanme los míos;
para parecer discreto,
andaba siempre torcido
el hocico hacia una parte.

LEONARDO. ¿Qué nos importa el hocico
para el pleito deste amor?

MONDRAG. Soy por esto conocido;
y el hocico es la substancia.

LEONARDO. Debe de ser de cochino.
¿Oye, señor don Fernando?
.... (1)

FERNANDO. ¡Señor mío!

LEONARDO. ¿Qué estudiante,
o qué diablo me ha traído?

FERNANDO. Un hombre de raro ingenio,
más poeta que Virgilio
y más que Tulio orador.

LEONARDO. Y más tonto que un pollino.

MONDRAG. Mire, señor licenciado...

LEONARDO. Deje ramos y caprichos,
y vamos a la substancia.

MONDRAG. Eso es lo mismo que pido.

LEONARDO. ¿Forzó acaso a esta mujer?

MONDRAG. Hay en casa del obispo
un hombre que me parece;
y hay en casa de mi tío
una mujer, que es retrato
de la mujer a quien sirvo.
Forzó aquel que me parece
a la que es retrato vivo
de la que yo quiero bien;
fuése a cazar golondrinos,
y la mujer que me toca
dice que el hábito antiguo
me quité, por disfrazarme,
y que soy el contenido.
Que le parezco es verdad;
que me parece, lo mismo;
padezco porque parezco,
pero no por el delito;
porque el que a mí me parece,
no parece, y parecido
parecerá (2) quien lo debe.

LEONARDO. ¡No lo entiendo, por Dios vivo!

MONDRAG. Pues aquí ha de entrar la pierna
y el ser mayor un tantico.

LEONARDO. ¿Luego eso ha de ser la prueba?

MONDRAG. Eso es lo mismo que digo:
midan estas dos mujeres;
que la que tiene encogido
los niervos, ésa es mi dama;

(1) Hartzenbusch corrigió "particular".
(2) Idem id. "*en* seis".
(3) Idem id. "*d*el".

(1) Falta el verso asonantado.
(2) Hartzenbusch corrigió "pa*d*ecerá".

y mídannos los hocicos
a mí y al que me parece,
y quedará conocido...

LEONARDO. ¿El que cometió el incesto?
MONDRAG. Eso es lo mismo que digo.
LEONARDO. ¡Oh! ¡Lleve el diablo los pleitos!
FERNANDO. ¿Qué es eso?
LEONARDO. Que estoy corrido
de ver que no entienda un hombre.
FERNANDO. ¿Qué decís?
ELVIRA. Lo dicho, dicho.

FERNANDO.

¡Mohino estáis!

ELVIRA.

Y yo, con mucho gusto;
que el señor don Fernando me ha mandado
el primer beneficio.

FERNANDO.

Y es muy justo.
[*Ap. a* ELVIRA.] Amor dé la ocasión; vos, el cuidado.
Vos, por ahora, no le deis disgusto.

MONDRAG.

Servirle quiero yo, no darle enfado.

LEONARDO.

Es un pleito de hocicos. No hay quien vea,
si no se va por leyes a Guinea.

FERNANDO.

¿En qué os entretenéis? Que yo querría
desenfadaros.

LEONARDO.

Voy a caza a ratos.

FERNANDO.

¿Y no jugáis?

LEONARDO.

Cuando hay melancolía,
y son los libros al ingenio ingratos.

FERNANDO.

Juguemos hoy; que da ocasión el día.

ELVIRA.

Aquí hay un jardinillo y seis retratos,
donde podéis jugar.

MONDRAGÓN.

¡Barato quiere!

FERNANDO.

¿Cientos jugáis?

MONDRAGÓN.

¡Un moro los espere!

LEONARDO.

Con Mendo, labrador, aquí vecino,
suelo jugar.

FERNANDO.

Por él enviar podemos.

CRIADO.

Enrique está a la puerta.

MONDRAGÓN.

¡Ese mohino
del lado de la bella le saquemos,
pues para hablarla no hay otro camino!

LEONARDO.

A ver, señor, el jardinillo entremos.

ELVIRA.

Regaladle, Leonardo; que me importa.

FERNANDO.

¡Sutil mujer!

MONDRAGÓN.

¡Los pensamientos corta!

(*Vanse todos, y salen* MENDO, ANTONA *y* GILOTE.)

MENDO. Si no estuvieras en días,
como lo estás, de parir,
yo te hiciera...
ANTONA. ¡No hay sufrir
tus maldades!
MENDO. ¿Aún porfías?
GILOTE. Mirad que parece mal
que riñáis sin ocasión,
y perdáis la santa unión
que os juntó en amor igual.
No os entiendan los vecinos,
¡por Dios!
ANTONA. En cosas de celos,
los infiernos y los cielos
han de oír mis desatinos.
MENDO. ¡Que salir y entrar me impidas
en cas de nobles y ricos!...
GILOTE. No tienen mil villancicos
más entradas y salidas

que tú en casa del letrado.
Antona tiene razón.

MENDO. ¡Que tú has de dar ocasión
a que me riña un criado!...

ANTONA. No; sino vete a mirar
a la señora letrada,
que, como gallina, echada
en su estrado suele estar.
Hoy la verías muy hueca,
chafando los terciopelos
de la color de mis celos,
no con holanda ni rueca,
sino enguantadas las manos
y amortajadas en mudas,
por todo el tiempo vïudas;
porque hay untos italianos.
Verías la gran gorguera,
que parece que en un plato
trae la cabeza, o retrato
en caja de oro o madera.
Verías que, de rodillas,
trae en salva la criada
la cadenilla esmaltada,
las sortijas, las manillas.
Que el oloroso abanillo
(que el ámbar es lindo cebo),
y, si le hay agora nuevo,
algún brinco o cabestrillo.
Que yo no entiendo estos nom-
aunque sospecho y recelo [bres;
que, para quedarse en pelo,
dan sus cabestros los hombres.
Llegaríasle a decir
razoncitas estudiadas;
que a mujeres licenciadas
tienta el diablo por oír.
Mas, no siendo natural,
volveríaste al *dijoren,*
hizón, trajón y *llevoren,*
que era carbón paternal.
Mas si con memoria estás
de tu carbón, nieve es ella;
si te llegas mucho a ella,
¿no ves que la tiznarás?

MENDO. ¡Plegue a Dios, Antona mía!...

ANTONA. Aunque más pliegues me des
que hay en un calzón francés,
no plegarás mi porfía.

MENDO. ¡Pues no te dé Dios salud!

ANTONA. Y yo, ¿para qué la quiero;
si otro tú tener espero
para mayor inquietud?

GILOTE. ¿Estáis locos?

MENDO. ¡Plegue a Dios!

GILOTE. ¡Quedo; que Leonardo ha entrado!

(*Sale* LEONARDO.)

LEONARDO. Juego habemos concertado,
¡pardiez!, Mendo, dos a dos.
Y, porque no os excuséis,
yo propio os vengo a llamar.

MENDO. Pues ¿a qué queréis jugar,
y con quién jugar queréis?

LEONARDO. Siempre intento vuestro honor.
Caballero os quiero hacer.
Que vos y vuestra mujer
a Elvira y cierto señor
la polla habéis de jugar
esta tarde en el jardín.

MENDO. ¿Qué señor?

LEONARDO. ¡Señor, en fin!

MENDO. ¿Es de fuera, o del lugar?

LEONARDO. Es don Fernando, el sobrino
del obispo.

MENDO. Solo iré;
que a Antona yo no osaré
sacarla de su camino.
Son mozos, galas, caballos,
gallos, cantará a las seis;
y esto de pollas, ya veis
que es peligro donde hay gallos.
A juego de gana pierde
nunca tuve buena gana;
que el que pierde, entonces gana,
y el que gana, después pierde.
La polla es buena en la olla.
A solas la comen sabios;
que de la mano a los labios
tiene peligro una polla.
Ya yo sé que no es mi Antona,
aunque la llaman la Bella,
para que nadie por ella
juegue su hacienda y persona;
mas yo me conservo así,
para quitar la ocasión.

LEONARDO. ¡Tenéis villana opinión!

MENDO. De tales llenos (1) nací;
mas siendo llenos (2), que dellos
hizo mi padre en la cumbre
carbón, y el carbón es lumbre,
quiero alumbrarme con ellos.
Si yo al ajo y la cebolla

(1) Hartzenbusch corrigió "llanos".
(2) Idem id. id.

me acostumbro en mi labor,
¿para qué con el señor
tengo de jugar la polla?
Demás, que no es bien hacer
por donde la polla pierda;
aunque agora se me acuerda
que está cerca de poner.

LEONARDO. En vuestra vida seréis
más que humilde labrador.

MENDO. Acá me entiendo, señor,
si allá vos os entendéis.
Vamos los dos; que a los dos
podemos allá jugar.

LEONARDO. [*Ap.*] (¡Mi enojo quiero callar;
que me he enojado, por Dios!)

(Vanse, queda ANTONA *y* GILOTE.)

ANTONA. ¿Hay cosa, Gil, más cansada
que aqueste gobernador
de sus vecinos?

GILOTE. Mayor
no la (1) hay de aquí a Granada.

ANTONA. Gil, ¿en qué consiste ser
necio un hombre y estudiante,
y sabio el que es ignorante,
con su casa y su mujer?

GILOTE. Mil estudiantes sutiles
de ingenio a la ciencia atento,
tienen corto entendimiento
para las cosas civiles.
Verás tal vez un soldado
gallardo gobernador,
sin letras; y con valor
para la guerra un letrado.
¡No lo sé! Nací grosero;
pero sé que en casa ajena
gobierna mal quien no ordena
muy bien la suya primero.
¡Quién te pusiera en razón,
Antona, en discursos prontos,
los géneros que hay de tontos
que piensan que no lo son!
Hay tontos como naciones:
españoles y franceses,
italianos y ingleses,
alemanes, borgoñones.
Hay mil tontos marquesotes,
con cuidados de mujer,
que nacieron para ser

(1) En la ed. de 1616 (Madrid) y en la de Hartzenbusch: "le".

mártires de sus bigotes.
Mil, que a bestias los condeno,
porque ellos (1) a dormir van
sin freno, y ellas (2) están
toda la noche sin (3) freno.
Hay tontos apasionados
de suerte de sus amigos,
que les dan mil enemigos
odiosamente alabados.
Hay tontos de gravedad;
que para en descortesía
toda su sabiduría,
que es muy gentil necedad.
Hay tontos de confianza,
imposibles de vencer;
que sólo su parecer
llevan por punta de lanza.
Hay tontos de puro buenos,
que, con fingida (4) intención,
para sus amigos son
arsénicos y venenos.
Hay tontos de andar podridos
por (5) las cosas que suceden;
que remediallas no pueden,
y les quitan los sentidos.
Hay tontos de saber nuevas
de lo que en el mundo pasa,
y no saben si en su casa
nacen repollos o brevas.
Hay tontos de no-querer
que nadie en el mundo sepa;
sino que dentro los (6) quepa
cuanto puede el cielo haber (7).
Hay tontos que, en viendo ajeno
escrito de habilidad,
aunque a toda esta ciudad
agrade, por ser tan bueno,
dicen: "Yo tengo de hacer
una cosa nunca oída";
sin mirar que a la nacida
no iguala la por nacer;
y cuando esté comenzada
ésta su historia o conseja,
es como preñado en vieja:
gran barriga, y todo nada.
Mas porque el discurso pasa,

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "ellas".
(2) Idem id.: "ellos".
(3) Idem id.: "con".
(4) Idem id.: "sencilla".
(5) Idem id.: "de".
(6) Idem id.: "les".
(7) Idem id.: "hacer".

por el mayor se condena
el que gobierna la ajena
y se descuida en su casa.

ANTONA. Entre tanta tontería,
¿cómo no pones a Mendo?

(*Sale* ENRIQUE.)

ENRIQUE. Que ha de haber lugar entiendo,
si es tanta la dicha mía,
porque me avisa mi hermano
que Mendo queda en el huerto
de Leonardo. Todo es cierto.
¡Ay, dulce desdén villano!

ANTONA. ¿Qué es esto?

ENRIQUE. No os espantéis.
¿No está acá vuestro marido?

ANTONA. No, señor; que a fuera es ido.
¿Qué es lo que a Mendo queréis?

ENRIQUE. Vengo, señora, a comprar
su yegua, la castañuela,
porque me dicen que vuela.

ANTONA. ¿Amigo sois de volar?

GILOTE. [*Ap.*] (Yegua a comprar... ¡Ma-
[los años!)

ENRIQUE. Id vos a ver si ha llegado
a la puerta un mi criado
con dos caballos castaños.

GILOTE. Voy; mas no puedo entender
qué pensamiento os engaña.
¡Con castaños y castaña,
gran casta queréis hacer!

ENRIQUE. ¿No vendrá vuestro marido?

ANTONA. Presto vendrá.

ENRIQUE. ¡Plega a Dios
que nunca venga, y que vos
me deis un momento oído!

ANTONA. ¿El oído os puedo dar,
si es cosa que no se quita?

ENRIQUE. Al amor que os solicita,
bien se lo podéis prestar.

ANTONA. Hablad, señor, desde afuera;
que vendrá Mendo.

ENRIQUE. No hará;
que agora jugando está
a la polla o la primera.
De todos concierto ha sido:
todos lo han de entretener.
Tiempo tenéis de tener
en paz mi loco sentido.

ANTONA. ¿Qué sentido o calabaza?
Mientras que Mendo viviere,
ninguno en el mundo espere
andar en su monte a caza.
¡Salid, señor, en buen hora!

ENRIQUE. ¡Qué villano proceder!

ANTONA. Pues ¿cómo puedo yo ser,
siendo humilde labradora?
Aquí, en casa de Leonardo,
hay lechuguillas y guantes,
perlas, pastillas, diamantes;
que aquí todo es paño pardo.
¡Id con Dios; que he de hacer
y se me hiela la masa! [pan,

ENRIQUE. Ya estoy, Antona, en tu casa.

ANTONA. Los que os vieren, ¿qué dirán?

ENRIQUE. Dame una mano.

ANTONA. ¡Arre allá!
Gil, pon este tonto en lista.

GILOTE. O me ha engañado la vista,
o nuestro amo viene ya.

ANTONA. ¡Triste de mí!

ENRIQUE. Pues ¿qué importa?

ANTONA. ¡Vivir siempre malcasada!

GILOTE. Hallaros aquí no es nada;
pero la pena reporta.

ENRIQUE. ¿Cómo?

GILOTE. Detrás dese paño
os podéis luego esconder;
que comienza a anochecer,
y saldréis después sin daño.

ANTONA. ¡Aquí os esconder, por Dios!

ENRIQUE. Por vos sólo me escondiera.

GILOTE. Sal a recibirle fuera.

(*Sale* MENDO.)

MENDO. ¿Qué hacéis solos los dos?

GILOTE. Del campo habemos tratado,
mientras vos jugando allá.

MENDO. Jugado, y perdido ya.

ANTONA. ¿Perdido?

MENDO. Un amigo honrado.

ANTONA. ¿Cómo?

MENDO. Puestos a la mesa,
todos los cuatro a jugar,
no sé qué pies vi pisar;
que aun el decirlo me pesa.
Pasaron, en fin, los pies
de Fernando a doña Elvira.

ANTONA. ¡Oh, cuánto un celoso mira!

MENDO. ¿Yo celoso?

ANTONA. ¿No lo ves?
¿Pasar pies es de importancia?

MENDO. Mucho es debajo de mesa
pasar pies.

GILOTE. ¿No es más empresa
pasar caballos a Francia?
MENDO. Todo es pena de la vida
en las leyes del honor.
ANTONA. Adentro me voy, señor;
que está mi masa perdida.

(Vase ANTONA.)

GILOTE.

Enojada se ha entrado de celosa.

MENDO.

Yo, Gil, de aquellos pies vengo espantado.
Leonardo es sabio.

GILOTE.

Tú eres malicioso;
que si Fernando, mozo, loco y vano,
quiso pasar los pies para hacer señas,
ni Leonardo es culpado ni su esposa.
Pero ¿cómo lo viste?

MENDO.

Porque vide
los pies de doña Elvira, y don Fernando
puso una vez los pies sobre los míos.

GILOTE.

Y tú ¿qué hiciste?

MENDO.

Estábame callando.

GILOTE.

¡Favorecido vienes desa suerte!
¿Hiciste algún melindre como dama?
¡Para un hombre con celos era bueno!

MENDO.

Pues que hablamos de pies, ¿qué es aquello?
¿No son pies los que cubre aquella sarga?

GILOTE.

¿Pies? ¿Qué dices? ¡Zapatos serán tuyos!

MENDO.

¿Y las medias de seda serán mías?

GILOTE.

Oye aquí aparte.

MENDO.

Cuerdamente escucho.

GILOTE.

A comprar una yegua don Enrique
vino a tu casa, estando con Antona.
Entraste tú. De miedo, allí se puso.

MENDO.

¿Estabas tú delante?

GILOTE.

Como ahora.

MENDO.

Desdichados en pies habemos sido
Leonardo y yo. ¿Qué haré?

GILOTE.

Juntos entrambos
a San Antón los ofreced.

MENDO.

Bien fuera,
si con mi honor cortárselos pudiera.

(Descubre a DON ENRIQUE.)

¡Ah, caballero! Sin razón ha sido
esconderos de mí; pues no lo es justo
tomar consejo de mujer en esto,
pues, con el miedo, nunca lo (1) dan bueno.
Mi mujer es honesta y virtuosa;
aquello fué temor; vos, que sois cuerdo,
pudiérades salir, pues no importaba
el tratar de la yegua con el dueño,
pues si no es de su dueño en la presencia,
no se venden las yeguas en Plasencia.

ENRIQUE.

Erré por su consejo. Perdón pido,
y licencia también.

MENDO.

No salgáis solo.
Salir quiero con vos, porque no vean
que salís de mi casa los vecinos.

GILOTE.

¿Y no fuera mejor que tú callaras
y le sacara yo, siendo de noche?

MENDO.

No, Gil; quiero yo que aqueste entienda

(1) En la ed. de 1616 (Madrid) y en la de Hartzenbusch: "*le*".

que no ha de entrar aquí, pues yo le he visto;
porque con ver que entiendo lo que pasa,
apenas osará mirar mi casa.

GILOTE.

Pues no des a tu esposa pesadumbre.

MENDO.

¿Qué es pesadumbre? ¡Líbrenme los cielos
que la despierte con pedirle celos!

(Vanse, y salen DON FERNANDO *y* MONDRAGÓN.)

FERNANDO. Notable dicha he tenido.
MONDRAG. En los ojos se te ve.
FERNANDO. Todo mi remedio fué
un pleito mal entendido.
MONDRAG. Con notables bernardinas
he trazado tu amistad.
FERNANDO. ¡Que a un hombre de autoridad
y el ejemplo que adivinas,
tan sabio y tan entendido,
te atrevieses de aquel modo!
MONDRAG. Pues entendiérase todo
si no le hablara atrevido.
El pensó desesperarse
oyendo mis desatinos,
aunque por dos mil caminos
intentara (1) reportarse.
A mi corto entendimiento
todo el pleito atribuyó,
porque jamás entendió
el blanco de nuestro intento.
Acudiste lindamente
con el juego.
FERNANDO. A tiempo fué;
que, sin darme mano, el pie
me declaró ocultamente;
que ni (2) los suyos, tan llanos,
correspondiendo después,
que he ganado por los pies
cuanto perdí por las manos.

(Sale ERNIQUE.)

ENRIQUE. Si algún hombre tiene el suelo
más desdichado que yo,
de cuantos amor les dió
la ocasión que les dió el suelo (3),
la vida quiero perder.
FERNANDO. ¡Oh, Enrique!
ENRIQUE. ¡Fernando hermano!
FERNANDO. ¡Tan triste!
MONDRAG. El deseo villano
de aquella ingrata mujer
le habrá puesto desta suerte.
ENRIQUE. ¡Pluguiera a Dios que ansí fuera!
FERNANDO. ¿No entraste?
ENRIQUE. Entré; y aun pudiera
haber hallado mi muerte;
que estando con ella hablando,
entró Mendo, y la mujer,
que le debe de temer,
toda confusa y temblando,
detrás de un paño me puso,
donde el labrador me vió.
FERNANDO. ¿Intentó matarte?
ENRIQUE. No;
mas cuerdamente dispuso
abonar a su mujer
y darme a entender a mí
que supo que estaba allí.
MONDRAG. Demonio debe de ser.
ENRIQUE. Sacóme él mismo de casa,
y en la calle me dejó.
FERNANDO. Mejor lo he pasado yo.
ENRIQUE. Ya sé todo lo que pasa;
que el labrador malicioso
lo contaba a su mujer.
FERNANDO. Luego ¿lo pudo entender?
ENRIQUE. Y es el cuento harto donoso;
pues los pies, que tú pensaste
que en los de Elvira pusiste,
al labrador se los diste,
y con él te regalaste.
FERNANDO. ¿Al labrador?
ENRIQUE. Dél lo sé;
que a su mujer lo contó.
FERNANDO. ¡Lindo favor! ¡Triste yo!
MONDRAG. Tú pisaste un lindo pie;
sino que es mayor de edad.
FERNANDO. Amor me engañó. Yo creo
que no ha de hacer tu deseo
con esta gente amistad.
ENRIQUE. No desconfíes, que ya
con Leonardo he concertado
grandes cosas.
MONDRAG. Con cuidado;
que Mendo en la calle está.
ENRIQUE. Su padre viene con él.

(Sale MENDO *y* SANCHO.)

(1) Hartzenbusch corrigió "intentaba".
(2) Idem id. "vi".
(3) Idem id. "la ocasión que *envidia el cielo*".

MENDO. Como a padre te doy cuenta.
SANCHO. Tenla en tu casa, y intenta
que Antona...
MENDO. Quedo; que es él.
FERNANDO. Pasa, y quítale el sombrero.
ENRIQUE. Paso temblando.
FERNANDO. ¿De qué?
MONDRAG. Al pasar, mírale el pie
que regalaste primero.

(Quítanle los sombreros, y vanse.)

MENDO. ¿Qué te parece?
SANCHO. Que son
caballeros comedidos.
MENDO. Comedimientos fingidos,
descomedimientos son.
Nunca tuve por valor
que el hidalgo y caballero
me quite, padre, el sombrero
para quitarme el honor.
De más cuidado me ahorra
el que por delante cruza
calada la caperuza,
que el que me quita la gorra.
Labrador, con labrador,
y villano, con villano.
SANCHO. Hijo, tú eres hombre llano;
la virtud es alto honor.
No tengo que aconsejarte.

(Sale LEONARDO.)

LEONARDO. Sin brazos nadie subió;
sin amparo nadie vió
su fortuna en alta parte.
¡Grande ventura he tenido
en que aqueste caballero
honre mi casa! Hoy espero
ser honrado y preferido.
Para toda pretensión,
favor en el suyo aguardo.
SANCHO. Hijo, allí viene Leonardo;
no dice con mi carbón
el resplandor de sus letras.
Adiós, Mendo.
MENDO. Padre, adiós.

(Vase SANCHO.)

LEONARDO. ¿Qué tratábades los dos?
MENDO. ¿No lo ves? ¿No lo penetras?
Cosas de hacienda y labranza.

LEONARDO. Mendo, quien algo ha de ser,
ha de procurar crecer
siempre el estado que alcanza.
A vuestro padre he mirado
humildemente vestido;
ponga el carbón en olvido,
y vestilde traje honrado.
Compralde capa y sombrero,
y a que os honre persuadilde.
MENDO. El que nació para humilde,
mal puede ser caballero.
Mi padre quiere morir,
Leonardo, como nació;
carbonero me engendró,
labrador quiero morir.
Y (1), al fin, es un grado más;
haya quien are y quien cave;
siempre el vaso al licor sabe.
LEONARDO. Eso es caminar atrás.
Hay hombres como cangrejos,
que nunca adelante van.
MENDO. Y otros que en su casa están
dando a la ajena consejos.
A vuestros hijos podéis
poner, señor, a estudiar;
que los míos han de arar,
aunque vos me perdonéis.
Los cetros y los arados
dicen que iguala la muerte.
LEONARDO. Es verdad.
MENDO. Pues, desa suerte,
¿de qué sirven los cuidados?
LEONARDO. A lo menos, pues tratáis
de hijos, será razón
que en la presente ocasión
padrino a un hidalgo hagáis.
Don Enrique, este sobrino
del Obispo, mi señor,
es hombre de gran valor:
hacelde, Mendo, padrino;
que, con este parentesco,
os dará la mano en todo.
MENDO. ¡Yo estuviera, dese modo,
galán, por mi vida, y fresco,
dándole ocasión a él
para entrar a paso llano
a hacer el hijo cristiano
y a la mujer infiel!
Gilote le sacará:
uno de esos labradores.
LEONARDO. ¡Qué padrino!

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "Que".

MENDO. Harto mejores
consejos darle podrá.
Si enseñar las oraciones
es oficio del padrino,
quien está en casa, imagino
que tendrá más ocasiones.
¿Para qué quiero, señor,
que le enseñe con los pies
oraciones, que después
puedan condenar su honor?

(Sale GILOTÉ.)

GILOTE. Acude, señor, que ya
parió tu Antona un garzón.
MENDO. ¡Buenas nuevas!
LEONARDO. Buenas son.
MENDO. Vámonos juntos allá.
LEONARDO. Ir quiero por doña Elvira.

(Vase LEONARDO.)

MENDO. ¿Qué hay, Gilote, del zagal?
GILOTE. Que no he visto cosa igual:
ya pide papas, y mira.
MENDO. ¿Anduvo valiente Antona?
GILOTE. A tres brincos le parió.
MENDO. ¿Quién fué la comadre?
GILOTE. Yo;
y fué forzoso; ¡perdona!
¡Ea!, tamboril y flauta.
MENDO. ¿Es grande el niño, o chiquito?
GILOTE. ¡Pardiez, que es como un cabrito!
Ya queda diciendo: "taita" (1).

(Vanse, y salen DON FERNANDO, ENRIQUE, MONDRAGÓN *y* MÚSICOS.)

ENRIQUE.

Aquí podéis cantar, porque descansen, cantando, mis pesares.

MÚSICO.

Va de letra.

MONDRAGÓN.

Mendo estará acostado, porque Antona en sus haciendas estará ocupada.

FERNANDO.

Iréme, si templáis.

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "ta*n*ta".

MÚSICO.

¿Esto os enfada?

(Cantan:)

Más valéis vos, Antona,
que la Corte toda.
Las damas de Corte,
que su talle adornan
con rizos y telas,
donaires y joyas,
rindan hoy al vuestro,
bella labradora,
todos sus estudios
en hacerse hermosa.
Más valéis vos, Antona..., etc.
FERNANDO. Todo está suspenso;
no hay una persona.
MONDRAG. Donde se madruga,
presto se reposa.
MÚSICOS. Más valéis..., etc.
MONDRAG. ¡Pesia mi linaje!
El aire se asombra,
de humo del corral
el olor me enoja;
si Antona ha parido,
la música sobra.
ENRIQUE. ¡Por Dios, que son pares
insufrible cosa!
MONDRAG. De la calle os echaré (1),
como en la parroquia,
¡espíritu Satán! (2).
ENRIQUE. Pues vámonos (3) ahora,
si (4) Pares de Francia;
y mudad de copla.
MONDRAG. Mientras pare Antona,
vámonos a chacona.

(Vanse, y sale GILOTE, TORINDO *y* INÉS, *con torrijas en un plato.)*

INÉS. ¡Yo me las he de comer!
TORINDO. ¡Malos años!
GILOTE. ¡Linda gracia!
Cada uno juegue (5) pieza:
pieza tocada, jugada.
Yo sé que ha de haber enojos
y que, en echando la garra,

(1) Hartzenbusch corrigió: "echan".
(2) Idem id.: "espíritus lanzan".
(3) Idem id.: "vamos".
(4) Idem id.: "si*n*".
(5) Idem id.: "juegue *su* pieza".

todo ha de ser rebatiña.
TORINDO. Pues mejor es que se partan.
GILOTE. Juguémoslas a algún juego.
INÉS. El de las mentiras vaya.
GILOTE. Eso no; que eres mujer,
y en el mentir nos la ganan.
TORINDO. ¡Calla!, que también los hombres
mentimos lo que nos basta.
INÉS. ¿Quién ha de ser el jüez?
TORINDO. Cata el letrado y letrada
y nueso amo.
GILOTE. Si son tres,
estará justa la sala.

(Salen MENDO, LEONARDO *y* DOÑA ELVIRA.)

MENDO. ¡Mucha merced me habéis hecho!
Entrad, que ya está en la cama.
ELVIRA. Mil parabienes os doy.
GILOTE. Teneos, que anda la casa
de alboroto, con torrijas.
Juzgad los tres una causa:
aqueste plato jugamos
a quién más polida saca
una mentira; aunque Inés,
por mujer, tiene ventaja.
Oíd antes que os entréis.
LEONARDO. ¡Todo es regocijo!
MENDO. ¡Vaya!
Diga Torindo primero.
TORINDO. Digo que vi dos tinajas
volar encima del Sol,
y que vi dos calabazas,
todas llenas de poetas
y músicos, que cantaban,
con dinero y sin envidia.
LEONARDO. ¡Notable mentira!
MENDO. ¡Extraña!
TORINDO. Vi más: que dos arrogantes,
en paz y concordia estaban;
y vi un reino en que ninguno
quería oficios.
MENDO. Ya pasas
de una mentira. Di tú.
INÉS. Yo vi cuatro mil albardas,
y que dijo cierto pueblo
que faltaban otras tantas;
yo vi un sabio venturoso,
y vi un hombre que guardaba
de su mujer sus secretos;
y vi un discreto sin canas...
Yo vi que callaba un necio,
y que un tonto confesaba
que era tonto.
MENDO. ¡Bien está!
GILOTE. Es mujer, ¿de qué te espantas?;
que, si no la haces callar,
mentirá de aquí a mañana.
Yo no digo lo que vi:
lo que sé digo.
MENDO. Pues vaya.
GILOTE. Yo sé que Mendo es judío,
y está en la iglesia su estampa,
y que Leonardo es ladrón
y que doña Elvira es mala.
MENDO. ¡Calla, bestia!; que es mentira.
LEONARDO. Tan grande, que a todas gana.
ELVIRA. ¡Y cómo si gana a todas!
GILOTE. ¿Con esto poco?
MENDO. Esto basta.
¿Yo judío?
LEONARDO. ¿Yo ladrón?
ELVIRA. ¿Yo ruin mujer?
INÉS. ¡Maldad clara!
GILOTE. Pues zámpome las torrijas.
INÉS. La industria ha sido gallarda.
ELVIRA. Yo voy a ver la parida.

(Sale MONDRAGÓN.)

MONDRAG. ¿Está el señor Mendo en casa?
MENDO. En casa está el señor Mendo.
MONDRAG. Don Enrique de Miranda,
padrino del mayorazo,
que veáis duque de Mantua,
a la parida le envía
un presente; haced que salgan
por él dos o tres criados.
MENDO. Responded que en esta casa
es padrino un mozo mío,
labrador de mi labranza,
y volved lo que traéis.
LEONARDO. [*Ap.*] (¡Qué condición tan villana!)
MONDRAG. Voyme, y diréselo ansí.

(Vase MONDRAGÓN.)

MENDO. ¡Idos, salid noramala!
Leonardo, desde aquel día
que engañó a Adán, engañada
con cosas de comer Eva,
los hombres, por su venganza,
con las mismas de comer,
a las mujeres engañan.
LEONARDO. De nada nacistes, Mendo;
para siempre seréis nada.

MENDO. Pues sed vos cuerdo en la vuestra,
que yo soy loco en mi casa.

ACTO TERCERO

(Salen DON FERNANDO *y* DON ENRIQUE.)

FERNANDO.

No hallé remedio igual para que diese
lugar Leonardo que a mi Elvira hablase.

ENRIQUE.

Ya le convidé, Fernando, por el orden
que me dijiste, y le pedí que fuésemos
los dos al monte aquesta tarde misma.
¡Si es de suerte tu dicha, don Fernando,
que ya ha aceptado, con muy mucho gusto,
el ir conmigo!

FERNANDO.

¡Dame mil abrazos!

ENRIQUE.

¡Oh, qué noche te espera! ¡Desdichado
de quien ha de pasarla entreteniéndole,
tan lejos de ablandar a una villana
como están de nosotros los Antípodas!

FERNANDO.

En fin, ¿no quiso que padrino fueses?

ENRIQUE.

Otra invención busqué para servilla;
¡mejor efeto le permita el cielo!

FERNANDO.

¿Cómo?

ENRIQUE.

De rico terciopelo he hecho
un rebociño, guarnecido de oro:
éste le pienso dar, con cierta industria,
que a doña Elvira persuadí le diese.
Con esto, la malicia del villano
no podrá conocer mi pensamiento;
y pasados, Fernando, algunos días,
sabrá quién se lo dió la bella Antona,
tan bella para mí como guardada.

FERNANDO.

Deste hortelano bárbaro, que tiene (1),
si hermano, mas no perro de hortelano;
que si comer no os deja la hortaliza,
él la come muy bien, pues hoy bautiza.

(Salen GILOTE *y* LUCÍA, *de padrinos de un niño, y* SANCHO.)

SANCHO. Todos con muy buen concierto,
cuando tanto bien recibo,
para que volvamos vivo
éste que llevamos muerto;
que este efeto hará con él
el bautismo soberano.

LUCÍA. Loco va el viejo.

GILOTE. Es temprano.

LUCÍA. No quita los ojos dél.

GILOTE. Pues ¡cuando le llame abuelo,
con media lengua, el muchacho,
andará como borracho,
dando traspiés por el suelo!
¡Ah, Lucía! ¡Si a la igreja
fuésemos los dos ansí,
y el clérigo, a ti y a mí,
entre una y otra reja,
nos dijera aquellas cosas
de Iacob y de Abraham...!

LUCÍA. Tiempo habrá.

GILOTE. ¿No voy galán,
con estas bragas curiosas?

LUCÍA. Vas como un sol.

GILOTE. Sol con bragas...

LUCÍA. Es porque sereno estás;
que pienso que lloverás
cuando dellas te deshagas.

(Vanse los del bautismo.)

ENRIQUE. A la iglesia van ahora.

FERNANDO. ¡Que de esto guste un villano!
Un padrino cortesano
y una madrina señora,
parecieran bien allí.

ENRIQUE. A Mendo parecen mal.

FERNANDO. Si tu encogimiento es tal,
quéjate, Enrique, de ti.
¡Tratas este labrador
con tanto miedo y respeto,
que en tu vida tendrá efeto
la pretensión de tu amor!
Si no me determinara
a que hablaras a Leonardo,
y en esta casa que aguardo
escasamente ocupara
lo que él tantas tiene a solas
para gozar del favor,

(1) Hartzenbusch pone este verso en boca también de ENRIQUE.

ya me hubiera el mar de amor
sumergido entre sus olas.
Entra con atrevimiento,
pues hay agora ocasión:
que en un bautismo es razón
dar parabién del contento.
Mendo lo está; tú hallarás
buen rostro en él y en Antona.
Si no te atreves, perdona;
pero no te quejes más.

ENRIQUE. Bien dicen: a los osados
lleva en hombros la fortuna;
mal puede (1) esperar ninguna
con pies y brazos atados.
Entra con aqueste medio
del parabién del bautismo.

FERNANDO. De tu atrevimiento mismo
sacará Amor el remedio.

(Vanse, y salen MENDO *y* ANTONA.)

ANTONA. El iba como las flores.

MENDO. Si era hijo de un clavel,
¿qué mucho, Antona, que en él
viesen las mismas colores?
Con la toca de parida
me pareces de manera...

ANTONA. Dilo.

MENDO. ¡Ay, Dios, quién se atreviera!

ANTONA. ¿Luego, he de quedar corrida?

MENDO. No; pero quisiera verte
preñada otra vez, Antona;
que el segundo parto abona
la primera y buena suerte;
porque el volver a la fe
es como dar un fiador.

ANTONA. Deseo de labrador,
esto que me dices, fué;
que, como quiere al agosto
ver de un grano tantos granos,
y con racimo en las manos
tantos lagares de mosto,
ansí también tanta cría
como un enjambre de abejas.

MENDO. Uvas y espigas y ovejas
en abundancia querría.
Mas, porque de punto suba[s](2),
hijos ha[s] (3) de destar,
pues que tienes que les dar
ovejas y espigas y uvas.
Si fuera pobre, temblara
de verlos temblar al hielo;
pero, enriquéceme el cielo,
venga quien lo coma.

ANTONA. ¡Para!

(Sale MONDRAGÓN.)

MONDRAG. Mi señora, el parabién,
Antona bella, os envía:
hoy dice que aqueste día
vendrá a serviros también.
Y porque estéis con decencia
para recibir al niño,
dice que este rebociño,
que nadie ha visto en Plasencia,
os pongáis y os sirváis dél,
y que ojalá todo fuera
de diamantes.

ANTONA. ¡Quién pudiera
darle a Plasencia por él!
Descoged. ¡Qué linda cosa!
Tened: pondrémele.

MENDO. Espera;
que aunque de diamantes fuera
digno desa cara hermosa;
pero en cuanto a ser mujer
de un labrador, no es decente:
que es ocasionar la gente
a murmurar y ofender.
Volved, y besar las manos
a doña Elvira, en su nombre,
que (1) el mío...

MONDRAG. Haréis que se asombre,
y no seréis cortesanos.
Ella es amiga y vecina...

MENDO. Ya están haciéndole agora
a Antona, que es labradora,
de grana una mantellina.
¿Sois su criado?

MONDRAG. No soy
sino un gran caballero,
su vecino.

MENDO. Pues no quiero,
en el estado en que estoy,
y más por ajenos mozos,
sus cortesanos aliños;
porque tales rebociños
vienen con muchos rebozos.

---

(1) Hartzenbusch corrigió "pued*o*".
(2) En las primeras ediciones: "suba"; sin duda, por errata.
(3) Idem id.: "ha". Hartzenbusch lo enmendó así también.

(1) Hartzenbusch corrigió "y".

A gente de su comercio
está bien; que acá, después,
aunque terciopelo es,
quizá el pelo cubre el tercio.
La felpa no es, entre gente
rústica, puesta en costumbre,
y es ponerme en pesadumbre
de que su costa sustente.
Y entre rudos labradores
no será guardar parejas
subir, de lana de ovejas,
a las felpas de señores.
Y aunque pasamano (1) tiene,
no quiero yo pasamano
que pase del pie a la mano
lo que a mi estado conviene.
Id con Dios, y agradeced
la merced que [n]os (2) han hecho.

MONDRAG. Que se han de enojar sospecho.

MENDO. Pues no nos hagan merced.
¿Estás enojada?

ANTONA. ¿Yo?
¿Por qué he de estar enojada?

MENDO. Si rebociño te agrada,
también te lo daré yo.
Terciopelo es la blandura
de mis caricias, amada
Antona, y tan de Granada,
que es felpa de tu hermosura.
Pues, ¿qué mejor rebociño,
más rico, galán y honesto,
que darte un hermano, presto,
del recién nacido niño?

ANTONA. Rebózame con los brazos
que me prometes y adoro:
pasarán, pues son de oro,
de pasamanos a abrazos;
que si a ti te da disgusto,
a mí el alma me quitara;
que nunca en galas repara
mujer casada a su gusto.

(Entra un CRIADO.)

CRIADO. Esta alfombra (3) y almohadas,
doña Elvira envía aquí.

MENDO. ¡Qué cansancio para mí!

ANTONA. Advierte que son prestadas,
por las fiestas deste día.

MENDO. Ni aun prestadas me está bien.

(Entra DOÑA ELVIRA.)

ELVIRA. Si no he dado el parabién
tan presto como debía;
si al bautismo no acudí (1),
fué por no haber [vos] querido (2)
hacer lo que mi marido
os suplicaba por mí.

ANTONA. Yo sigo el gusto de Mendo;
él ha nombrado padrinos.

ELVIRA. No hacéis tan buenos vecinos
como yo seros lo entiendo.
Pero si es su condición,
no le quiero replicar.

ANTONA. Ni aun me dejaba sentar,
con saber que vuestras son
esta alfombra (3) y almohadas.

ELVIRA. Agravio hacéis a mi amor,
pues tratáis con disfavor
hasta las cosas prestadas.
Ya que madrina del niño
no habéis querido que fuese,
¿era mucho que os sirviese
con un pobre rebociño?
Yo no le pienso decir
a Leonardo que volvéis
su presente.

MENDO. Bien haréis;
que no es bien darle a sentir
este encogimiento nuestro.

(Entra DON ENRIQUE *y* DON FERNANDO.)

FERNANDO. Entra, no tengas temor.

MENDO. ¿Qué es esto?

ENRIQUE. ¡Oh, Mendo!...

MENDO. ¡Señor!

ENRIQUE. ¿A quien es servidor vuestro
no convidáis este día?
Pues mi hermano y yo venimos
quejosos, que no supimos
cuándo el bautismo se hacía;
pero, viéndole pasar,

(1) Hartzenbusch corrigió "pasamano*s*".
(2) En las primeras ediciones "os". Hartzenbusch enmendó "*n*os".
(3) En la ed. de 1616 (Madrid) y en la de Hartzenbusch: "al*h*ombra".

(1) En las ediciones de la *Sexta Parte*, por evidente errata: "acudi*ó*".
(2) En idem id. se omite "vos", que es necesario para el sentido y la medida del verso. Hartzenbusch lo enmienda también así.
(3) En la ed. de 1616 (Madrid) y de Hartzenbusch: "al*ho*mbra".

nos apeamos a veros.
MENDO. Más tengo qué agradeceros
que aquí os puedo declarar;
pero, como soy villano,
cosas de Corte no entiendo.
ENRIQUE. Con razón estamos, Mendo,
muy quejosos yo y mi hermano.
Pero hablemos la parida,
que de nosotros podéis
estar cierto que tenéis
dos amigos.
ELVIRA. ¡Por mi vida,
que tomen luego, señores,
sillas!
ENRIQUE. Vos, en fin, sabéis
estilo de Corte.
ELVIRA. Hacéis
a esta casa mil favores.
MENDO. [*Ap.*] (En viendo sillas y estrado,
temí visita de seda.)
ENRIQUE. Quien de parto hermosa queda,
su esposo pone en cuidado.
Viváis mil años, amén.
ANTONA. Para serviros estoy
de la manera que soy.
ENRIQUE. Y para mandar también.
Si no coméis con regalo,
de casa os traerán alguno.
ANTONA. Siempre a regalos ayuno;
mi estado a mi casa igualo.
Agradezco la merced.
ELVIRA. No te muestres tan esquiva;
ansí vuestro hijo viva,
que nos haréis gran merced
que nos tratéis con llaneza (1).
FERNANDO. Yo pensé que, por vecina,
fuérades vos la madrina.
ELVIRA. No tuve poca tristeza
en ver que no nos quisieron
a don Enrique y a mí.
MENDO. [*Ap.*] (¡Que esto es bueno y que es así,
que las Cortes prometieron
esta cortesía, donde
no hay trato ni obligación!
Peligrosas leyes son:
el mismo daño responde.
Deste trato y cumplimientos
se enciende la voluntad:
comienza por amistad
y acaba por fingimientos.
Piensan éstos que no sé
el fin de su pretensión;
cada uno en su razón (1),
con su familia se esté,
si quiere vivir seguro;
que visitas excusadas
tienen mil yedras quitadas
del más fuerte y alto muro.)

(Entra el bautismo, con todo su aparato y acompañamiento)

GILOTE. Acude, señor, que ya
viene el zagal chapuzado.
ENRIQUE. ¡Buen padrino!
MENDO. Muy honrado.
ENRIQUE. ¿Es de casa?
MENDO. En casa está.
ENRIQUE. Sentémosle entre los dos.
ANTONA. Muestra ese niño, Lucía.
GILOTE. Sentaréme; que, a fe mía,
que soy galán como vos.
ENRIQUE. No habrá dama que os deseche.
FERNANDO. Ni la más alta señora.
GILOTE. ¡Pardiez!, que parezco (2) agora
torrezno entre pan de leche.
¿Hannos de dar colación?
MENDO. Saca esas fuentes, Ergasto.
ENRIQUE. ¿Ha sido muy grande el gasto?
GILOTE. Hay brava almendra y tostón.
ANTONA. Hijo, allá te lo dirán (3):
a los zagales, no aquí.
MENDO. Bien decís. Tú, Ergasto, di
que les den cecina y pan,
y beban en abundancia
el ojo del gallo aloque.
GILOTE. ¡Pardiez, amo, que provoque
a la doncella de Francia!
Dejo el padrinazgo y voy
a remojar el pescuezo,
que traigo un gran estropiezo
dende que padrino soy.
ENRIQUE. Eso no; que es desatino
que aquí solos nos dejéis.
GILOTE. Callá, que vos no sabéis
lo que puede el ser padrino.

(Vanse, y quedan los caballeros y MENDO *y* ANTONA, *y el niño en sus brazos, y* DOÑA ELVIRA *junto a ellos.)*

(1) Este verso y el anterior a[illegible], por errata, trocados en las primeras ediciones.

(1) Hartzenbusch corrigió: "rincón".
(2) En la ed. de Hartzenbusch: "parezca".
(3) Hartzenbusch corrigió: "Gil, allá se lo darán".

ELVIRA. Bendígate Dios, amén,
¡y qué lindo es el rapaz!

ENRIQUE. Pondrá a (1) sus padres en paz,
cuando reñidos estén.

ELVIRA. ¡Lo que parece a su padre!

MENDO. Es en figura de honor
el *me fecit* del pintor
con que le marcó su madre;
fuera de ser en servicio
de Dios, en justa razón,
los propios honrados son:
nunca les falta un resquicio
del padre.

ELVIRA. Es cosa muy cierta.

MENDO. Que los de dama, aunque hermosa,
son como que es cosi-cosa,
que de milagro se acierta.

(Entra LEONARDO, *de camino.)*

LEONARDO.

Convídame esta tarde para el monte
el señor don Enrique, y, muy despacio,
al bautismo se viene, y no se acuerda
que me mandó poner botas y espuelas.
Por toda la ciudad ando en su busca,
y está en conversación, tan descuidado
como si no me hubiera convidado.

ENRIQUE.

Fernando me ha traído a esta visita,
por la amistad que vos debéis a Mendo;
mas ¿qué pensáis que tardaré en vestirme?

ELVIRA.

¿Tan tarde queréis ir? ¡No, por mi vida!

LEONARDO.

Si noche se ha de hacer, porque en el campo
nos halle el alba, lo mejor es esto.

ENRIQUE.

Pues vamos, y veréis que en un momento
están a punto perros y criados.

LEONARDO.

Elvira, adiós; adiós, señora Antona.

ELVIRA.

El os traiga con bien.

(1) En la ed. de 1616 (Madrid) y en la de Hartzenbusch se omite "a".

ANTONA.

El mismo os guarde.

ENRIQUE.

Mendo, gozad el mayorazgo un siglo.

LEONARDO.

No os doy el parabién, porque os he dado
mil parabienes ya.

ENRIQUE.

Vamos, que es tarde.

MENDO.

Ya os dije entonces ya (1), que Dios os guarde.

[*(Vanse.)*]

FERNANDO.

¡Notable es la afición que vuestro esposo
tiene a la caza!

ELVIRA.

Tanto, que el jüicio
pierde, en hablándole de caza (2).

MENDO.

Bien se ve que le tiene ya perdido,
pues jamás, en su casa, cuerdo ha sido.

ELVIRA.

Razón será dejaros; que éste es día
de grande ocupación.

ANTONA.

Pues vaya Mendo
a serviros.

FERNANDO.

Füera grande agravio
de un caballero mozo, ni era justo
que os dejase, tan tarde, vuestro esposo.

MENDO.

Con eso, y con que yo no lo merezco,
dejo de acompañaros.

ELVIRA.

Dios os guarde.

(1) Hartzenbusch corrigió "yo".
(2) Así en todas las ediciones; pero faltan a este verso dos sílabas: a menos que se disuelva un diptongo por diéresis y no se cumpla la sinalefa.

FERNANDO. [*Aparte.*]

(¿Puédoos hablar?

ELVIRA.

Salgamos desta casa,
que son estos villanos maliciosos.)

(*Vanse.*)

ANTONA.

Mendo, a la cuna llevo el zagalejo.

MENDO.

Llévale con envidia de mis brazos.

ANTONA.

¡Qué dos claveles le he dejado impresos
en la cara!

MENDO.

¿Cómo?

ANTONA.

¡A puros besos! [*Vase.*]

(*Sale* GILOTE.)

GILOTE. Mendo, a quien prospere el cielo
con más de cien mil ventajas,
y esto que es agora pajas
vuelva en raso y terciopelo:
¡vivas más años, amén,
que aquel Juan de Espera en Dios,
que iba al Jordán, y a los dos
una misma vida os den!
Porque tanta colación,
tanto vino, tanta pera,
tanta fruta de la Vera,
tanto regalo y tostón,
sólo lo pudiera dar
un hombre de tu valor.

MENDO. ¿Fué gran fiesta?

GILOTE. La mejor
que se ha visto en el lugar.
El ojo de gallo anduvo
cerrando a todos los ojos,
que no verán con antojos;
¡Dios sabe cómo yo subo!
Tal gallo me ha de volver
de color la mejor pieza:
que pienso que en la cabeza
su cresta me ha de poner.
En la frente de Pascual,
ya canta el *quiquiriquí;*
a Torindo ya le vi
escarbando en el corral;
Bato duerme con resollo;
pero, en fin, que es justo hallo
que corráis, Mendo, tal gallo
día que os nace tal pollo.
¡Voto a mí, que quien le viera
en la pila andar mirando
a una parte y a otra, cuando
me lo entregó la partera,
que dijera, y justamente,
que no es posible que sea
menos que cura en su aldea
muchacho tan deligente!
Lindamente dijo Gila:
"¡A la fe que ha de ser macho!",
viendo cuán fuerte el muchacho
el agua aumentó a la pila.
Pues, al tomar la candela,
de manera la apretó,
que ni aun a mí me la dió
ni a su agüelo ni a su agüela,
hasta que el buen cura viejo
en latín se lo pidió,
que a todos nos pareció
la carta de San Alejo.
Pues no fué el donaire sólo;
por melindre, la madrina,
que aprende de su vecina,
dijo...

MENDO. ¿Qué?

GILOTE. Vale por *volo*.

MENDO. Todo me sabe a alegría;
todo me causa placer;
pero dame que temer
no sé qué malicia mía.
Andan estos caballeros,
que aquí en medio te asentaron
y te honraron y alabaron,
en mis cosas muy ligeros.
Leonardo, que es cortesano,
admítalos en su casa,
adonde por gala pasa
esto del pie y de la mano.
Yo no tengo aquellas sillas,
porque de costillas son,
y un peso de sinrazón
súfrenle mal las costillas.
Aquí está el buey de (1) arado
y el puerco en conversación,

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "de*l*".

y entrarán en ocasión
que estén en el mismo estrado.

GILOTE. Naciste de buena ley,
y cuando eso no tuvieras,
como esas cosas sufrieras
nunca te faltara buey.
Sé que Enrique te ha cansado,
y Fernando te amohina.

MENDO. Acompaña a la vecina,
Gil, con notable cuidado,
mientras al monte le lleva
Enrique...

GILOTE. ¿A quién?

MENDO. A su esposo.

GILOTE. Quien no vive cuidadoso
en la cabeza le llueva.

MENDO. No murmuremos; que todo
puede ser santo.

GILOTE. Es verdad;
pero nunca la amistad
es segura deste modo.

MENDO. Villanos somos, en fin;
no sabemos cortesía.

GILOTE. Yo quiero mi villanía.
Sea unicornio y yo rocín.

MENDO. Allá darás rayo.

GILOTE. ¡Amén!
Que quien es cuerdo en su casa,
a solas su vida pasa;
que a solas se pasa bien.

(Vanse, y sale DON FERNANDO *y* DOÑA ELVIRA, MONDRAGÓN *y* LEONOR.)

FERNANDO. ¿Qué pierdes con el secreto?

ELVIRA. Nunca el secreto es de suerte
que entre tantos se concierte,
y en amando no hay discreto.

FERNANDO. Haz que nos den de cenar;
que en esto, ¿qué ofensa cabe?

ELVIRA. Fernando, a un hombre tan grave
no tengo yo qué le dar.

FERNANDO. Pues ya es tarde para irme.

MONDRAG. Leonor, si mi amo queda,
no hay que replicarme pueda
tu agravio mi enojo firme.
Aquí me pienso quedar;
de dos sábanas la una
en (1) su mitad importuna.

ELVIRA. Danos luego de cenar;
que ha dado en ser porfiado
don Fernando.

FERNANDO. Si yo ceno,
me iré luego.

MONDRAG. [*Ap. a su amo.*] Eso condeno;
ni tú eres tan bien mandado.
Porfía, que vencerás.

LEONOR. ¿Quién a la puerta tocó?

MONDRAG. Sin duda se te antojó.

ELVIRA. Tocó, y aun abrió, que es más.
Cabalgadura he sentido.

LEONOR. Mi señor es: ¿qué te pasmas?

MONDRAG. ¡A media noche fantasmas!...

FERNANDO. Sospecho que es tu marido.

ELVIRA. Ponte detrás de la cama,
que ya sube la escalera.

MONDRAG. ¿Y yo?

LEONOR. Vete donde quieras.

(Dentro:)

LEONARDO. ¡Hola!

ELVIRA. ¡Ya viene!

LEONOR. ¡Ya llama!
¡Presto!

ELVIRA. Señor de mis ojos,
¿tan presto?

(Entra LEONARDO.)

LEONARDO. ¿Pues no lo veis?
¿Por acostar?

ELVIRA. ¿Qué queréis?
Hame dado unos antojos
de ver cerner y amasar.
En esto me entretenía;
mas ya acostarme quería.

LEONARDO. Pues vámonos a acostar;
que vengo lleno de pena.

ELVIRA. ¿Qué ha sucedido, señor?

LEONARDO. Cosa que os dará dolor,
y, de ser posible, ajena.

ELVIRA. ¿En don Enrique?

LEONARDO. En el mismo.

ELVIRA. ¿Cayó?

LEONARDO. Por ser tan terrible,
y el caballo algo insufrible,
.... (1)
Quísole poner los pies,

---

(1) En la ed. de 1616 (Madrid) y en la de Hartzenbusch: "*él*".

(1) Para completar el sentido y la redondilla, falta aquí un verso, que debió de decir, poco más o menos, así:
"se despeñó en un abismo".

a media legua de aquí,
a un zaino que, para mí,
cual el (1) cobarde lo es;
y viendo un muerto animal
en medio de la carrera,
se espantó de tal manera,
que del camino real
se apartó por unas peñas,
donde dió con don Enrique
en parte que estuvo a pique
de confesarse por señas.
Cansado vengo, y mohino.
Entrad; que yo os lo diré.

ELVIRA. Por cierto, en mal punto fué
la jornada y el camino:
todo ha sucedido mal.

LEONARDO. ¡Bastaba ser cosa mía!

ELVIRA. [*Ap.*] (Honor, pues no te ofendía,
¿por qué en un peligro igual
como el que miro, me pones?
Mas bien sé que acertar quieres,
porque aprendan las mujeres
a buenas conversaciones.)

(*Vanse, y salen* MONDRAGÓN *y* LEONOR.)

LEONOR. ¿A mí me pides consejo?

MONDRAG. Yo soy de manera loco,
que estimo mi vida en poco,
y de perderla me quejo;
mas aquel pobre señor,
que a Leonardo no ha ofendido,
aunque es verdad que ha tenido
mal pensamiento en su honor,
¿por qué ha de perder la vida?

LEONOR. No hará, que no lo verá;
detrás de la cama está,
y la cortina tendida.
En durmiéndose Leonardo
saldréis y os iréis los dos.

MONDRAG. Leonor, ¡por amor de Dios,
que alguna desdicha aguardo!
¿Parécete que es mejor
entre alterado y lo mate?

LEONOR. ¡Oh, qué gentil disparate!

MONDRAG. Librar quiero a mi señor.

LEONOR. ¡Tente!

MONDRAG. Yo lo haré; mas mira
que después no te arrepientas.

LEONOR. ¿Y tú no adviertes que afrentas
con su muerte a doña Elvira?

(1) Hartzenbusch corrigió: "cualquier".

Que puesto que no es culpada,
dirán todos que lo ha sido,
viendo muerto a su marido.

MONDRAG. Envaino de honor la espada.
Pero vesme aquí que estoy
sin poder salir de aquí:
¿qué será después de mí,
que menos culpado soy?
Porque si éste a don Fernando
le da muerte, ha de matar
los cómplices, sin dejar
vida, una vez comenza[n]do (1);
que de un cierto Veinticuatro
hay una historia espantosa,
de corónicas en prosa
y versos en el teatro.
Este dicen que mató
las criadas y criados,
o inocentes o culpados,
tanto, que no perdonó
a un papagayo que hablaba,
porque no se lo decía,
y a una mona, porque hacía
señas de hablar, y callaba.

LEONOR. Habla bajo; que está cerca
deste aposento su cuadra.

MONDRAG. ¿Que es aquello?

LEONOR. ¡El perro ladra!

MONDRAG. ¡Leonor, mi muerte se acerca!

LEONOR. ¿Habrá sentido Amadís
a don Fernando escondido?
Habla (2) sin hacer rüido.

MONDRAG. ¡Cielo!, si aquí no acudís
con vuestra inmensa piedad,
¿dónde habrá tan triste historia?

LEONOR. ¡Triste caso!

MONDRAG. ¡Qué vitoria
sacáis de aquesta crueldad!

LEONOR. La puerta siento cerrar.

MONDRAG. ¡Cerrada, y él sale fuera!
Todo me turba y altera.
Confesor irá a llamar.
Quiérome, Leonor, echar
desta ventana a la calle.

LEONOR. ¡Para que muerto te halle
mañana todo el lugar!

MONDRAG. ¿Es muy alta?

LEONOR. No hay ventana
que no esté muy alta.

(1) En las ediciones de la *Sexta Parte*: "comenzado", errata patente por la obligada consonancia.
(2) Hartzenbusch corrigió "habla*n*".

MONDRAG. ¿Habrá
dónde me esconda?
LEONOR. Aquí está
una saca.
MONDRAG. ¿Harina, o lana?
LEONOR. Lana, pienso. ¡Estoy turbada!
MONDRAG. ¡Mas que la ha de sacudir!
LEONOR. Mi amo siento salir.
La puerta dejó cerrada.
Ven, porque estés escondido.
Camina.
MONDRAG. Delante voy.
¡A saca de lana voy:
yo moriré sacudido!

(Vanse, y sale LEONARDO, *medio desnudo, con espada y broquel.)*

LEONARDO. Bien dicen que hay pocos hom- [bres
valientes con muchas letras,
porque en habiendo discursos
no se vengan las ofensas.
¿A cuál hombre ha sucedido,
tan sin cuidado y sospecha,
tan extraña desventura?
¡Que es extraña, aunque no es nue- [va!
Que habiendo a un rudo villano
condiciones (1) indiscretas
persuadido a tener honra,
pensándolo (2) que lo fuera,
¡vengo a pedirle remedio
para la mayor afrenta,
para la mayor desdicha
que han visto las flacas fuerzas!
¡Ay, cielo; que habéis querido
que mi hinchazón y soberbia,
mis letras, saber y estudio
este desengaño tenga!
Pero ya que me reduce
a tan extraña miseria
mi fortuna, que quien daba
consejo a pedirle venga,
y no a Bártulo ni Baldo;
sino a quien las duras piedras
de largos surcos escribe
con la pluma de una reja,
¡paciencia!; veamos qué dice.

[*Llama a la puerta de* MENDO.]

¡Ah de casa! (¡Quién dijera
que era yo loco en mi casa
cuando era cuerdo en la ajena!)
¡Ah de casa! ¡Ah, Mendo, ah, [Mendo!

(De dentro:)

MENDO. ¿Quién llama, que aún es apenas
media noche?
LEONARDO. Quien trae tantas
que apenas podrá tenerlas.
Abrid, y veréis quién soy.
MENDO. La voz conozco.
LEONARDO. ¡Quisiera
no ser conocido ya.
MENDO. Antona, presta paciencia.
¡Levántate, por tu vida!;
que a tales horas como éstas
no llama en vano un (1) vecino.
ANTONA. Ya me visto. Abre la puerta.

LEONARDO.

¡Dichoso el labrador, que del arado
vuelve a su casa con la blanca luna!
Come la pobre cena, si hay alguna;
de una simple mujer se acuesta al lado.
Allí, ni por la joya ni el bordado,
con fingidas caricias le importuna;
ni más que de la mesa hasta la cuna
le desvela solícito cuidado.
¡Oh, tiempo miserable, pues que quieres
que esté en un faldellín todo el decoro,
y hasta para el chapín la plata adquieres!
¡Oh, gran desdicha! Pues después que el oro
conquistó por los pies a las mujeres,
perdieron muchos su mayor decoro.

(Sale MENDO, *con su arcabuz.)*

MENDO. Perdonad; que no he podido
darme en vestir mayor prisa (2).
¿En qué os sirvo? ¿Qué mandáis?
LEONARDO. Mendo, si lugar me diera
la desventura en que estoy,
a que (3) con prolija arenga
culpara cuantos presumen
gobernar en casa ajena;
pero bastará que os diga
que soy un loco, una bestia,

(1) Hartzenbusch corrigió "con liciones".
(2) Idem id. "pensando *yo*".

(1) En la ed. de 1616 (Madrid) y en la de Hartzenbusch: "el".
(2) En la ed. de Hartzenbusch: "pr*i*esa".
(3) Hartzenbusch corrigió "aquí".

un necio y un desdichado,
que es la ignorancia más cierta.
Vos, el cuerdo; vos, el sabio,
y vos, Mendo, el que sin letras
fuistes cuerdo en vuestra casa...

MENDO. ¿Lloráis?

LEONARDO. No; que sale afuera
la ponzoña de las aguas,
después que Elvira o Elena
me dió virtud de unicornio.

MENDO. Casi entiendo vuestras quejas.
Pero ¡buen ánimo! Aquí
hay arcabuz, plomo y cuerda.
¿Quién os agravia?

LEONARDO. ¡Teneos!,
que pasa desta manera.
Llevóme Enrique a este monte;
cayó Enrique, di la vuelta,
entré en mi casa, acostéme
al lado de aquella fiera,
y estando medio dormido,
oigo a mi lado unas quejas
como de quien se desmaya;
el perro a ladrar comienza,
y Elvira a reñille, dando
culpa a Leonor, su doncella.
Corro la cortina, y veo
que un hombre, la parte (1) estre- [cha
de la pared y la cama,
viene cayendo a la tierra.
La causa debió de ser
que, como cupiese apenas
y no viese, y respirar
el dolor no le conceda,
se le cubrió el corazón,
y dió gritos de manera
que dijo a gritos mi infamia.

MENDO. ¿Qué hiciste?

LEONARDO. Oído (2) apenas,
cuando me acordé de vos
y envidié vuestra prudencia.
Salto y vístome, aunque mal;
tomé mi espada y rodela,
y queriendo ejecutar
el castigo de la ofensa,
imaginé que sería
mejor, cerrando las puertas,
llamaros, porque no puedan
escaparse ni romperlas;
y las ventanas son altas.

(1) Hartzenbusch corrigió "*en* la parte".
(2) Idem id. "*oílo*".

Mendo, mi desdicha os duela;
Mendo, mirad a qué punto
quiso la (1) fortuna adversa
reducir mi entendimiento,
pues no hallo cosa que sea
remedio en tanta desdicha,
ni sé a quién los ojos vuelva,
si no es a vos. Advertid
cuánto las cosas se truecan,
pues un villano a un letrado
desta manera aconseja.

MENDO. Si vos matáis ese hombre,
hacéis pública la ofensa;
porque se engaña quien dice:
"La sangre lava la afrenta."
Tiempo os queda de venganza.
Fiadme la honra vuestra;
que yo iré con dos criados
adonde el suceso entienda.
Conozco (2) al hombre, y a Elvira
la engañe tanto que crea
que se puede asegurar.

LEONARDO. Estoy tal, que aunque no fuera
tan bueno el medio, tomara
cualquier partido en mi ofensa;
pero advertid que he de estar
guardando siempre mi puerta.

MENDO. Si la hubiérades guardado,
no hubiera sombras en ella.

LEONARDO. ¡Ay, Mendo; ay, sabio letrado!
Hoy pongo en las manos vuestras
mi honor.

MENDO. Levanta del suelo.

LEONARDO. ¡Aquí cayó mi soberbia!

(Vanse, y salen GILOTE *y* ERGASTO, *armados graciosamente.)*

GILOTE. De mañana nos dan voces.

ERGASTO. Gil, ¿qué pendencias son éstas?

MENDO. ¿Quién va?

ERGASTO. Nuestro amo está aquí.

GILOTE. Nostramo, Dios le mantenga,
¿de guardas de monumento
nos pone, sin ser Cuaresma?

MENDO. ¿Qué digo? (3). Ninguno hable;
seguidme, que hay cosas nuevas.

(1) En las ediciones de la *Sexta Parte*, por evidente errata, "que sola".
(2) En la ed. de 1616 (Madrid) y en la de Hartzenbusch: "conozc*a*".
(3) En la ed. de 1616 (Madrid): "Quedito".

GILOTE. ¿Son de Leonardo?
MENDO. Del mismo.
GILOTE. Pues hagamos una apuesta,
que ha visto alguna fantasma.
MENDO. ¡Calla, bestia!
GILOTE. El es la bestia,
y los que sin ver sus vigas,
quitan las pajas ajenas.

(Vanse, y salen DON FERNANDO *y* DOÑA ELVIRA, MONDRAGÓN *y* LEONOR.)

FERNANDO.

Lo mejor es saltar por la ventana.

ELVIRA.

Señor, haráste mil pedazos

MONDRAGÓN.

Mira
que es cosa de gentil.

FERNANDO.

Más inhumana
es esperar de un bárbaro la ira.

ELVIRA.

Que fué por la justicia, cosa es llana (1).

FERNANDO.

Ansí lo imagino, doña Elvira,
por faltarle el valor de darnos muerte.

ELVIRA.

A los peligros no es el bronce fuerte.
Romped a coces.

MONDRAGÓN.

¡Quedo, que han abierto!

(Salen MENDO *y sus criados.)*

MENDO.

Ninguno se alborote. Yo he venido
a sólo remediar el desconcierto,
por mala suerte vuestra sucedido.

ELVIRA.

¿Tú júzgasme culpada?

MENDO.

No, por cierto.
Mas ¿por cuál ocasión está escondido
don Fernando detrás de tus cortinas?

ELVIRA.

Mal haces si flaquezas imaginas.
Dejéme hablar por vanidad, que suele
ser causa, en la mujer, de tantos daños;
roguéle que se fuese, importunéle;
pero cególe amor, que es todo engaños.
Llamó Leonardo, y como tanto duele
el honor, que no sufre desengaños,
sin consejo se puso a la defensa;
mas desmayóse, y declaró la ofensa.

MENDO.

¿Hay donde pueda huirse o esconderse?

ELVIRA.

¿Pues quién queda a la puerta?

MENDO.

Él mismo queda.

LEONOR.

En mi aposento.

MENDO.

A esconderse vaya
donde librarse de la muerte pueda;
que Mondragón ahora podrá hacerse
el que se desmayó.

MONDRAGÓN.

Lo que no exceda
de la vida, aquí está para servirte.

FERNANDO.

Pues yo me escondo.

MENDO.

Todo estriba en irte.

ELVIRA.

¿Pues qué remedia este hombre?

MENDO.

Verás presto
lo que remedio. Gil, llama a Leonardo;
tú, llama a Antona.

ERGASTO.

Voy.

(1) Así, "llana", debió de escribir Lope, y no "clara", errata que se deslizaría en la primera edición y han reproducido todas las posteriores; la de Hartzenbusch inclusive.

MONDRAGÓN.

¿En este puesto?

MENDO.

Aquí has de estar.

MONDRAGÓN.

Aquí la muerte aguardo.

ELVIRA.

Si sales desto, rústico gallardo,
mi restaurado honor, mi vida es tuya.

MENDO.

Al cielo, si te libras, se atribuya.

(Salen ANTONA, LEONARDO *y* GILOTE.)

ANTONA. Perdona; que el alboroto
licencia nos dió de entrar.
LEONARDO. Todo mi honor anda roto;
pero morir o matar
escojo por mejor voto.
MENDO. Ten el furor y la espada.
LEONARDO. ¿Los adúlteros me muestras,
y la pides envainada?
MENDO. En vano la furia muestras,
más que discreta, arrojada.
Entré en tu casa, Leonardo,
con la llave que me diste;
supe el cuento, y es gallardo,
pues cuanta pena tuviste,
darte de contento aguardo.
Detrás de la cama hallé
al hombre que ves, que estando
tan desmayado (1) y en pie,
se desmayó.
LEONARDO. Pues ¿quién fué?
MENDO. Lacayo de don Fernando.
LEONARDO. Pues ¿en mi casa y mi cama?
MENDO. Leonor lo ha metido allí;
mas volverá por su fama;
que ansí me lo ha dicho a mí,
y su marido se llama.
¿No decís que os casaréis?
MONDRAG. ¡Señor, perdonad!; que amor
me ha traído donde veis.
LEONARDO. ¿Es esto verdad, Leonor?
Que yo gusto que os caséis.
LEONOR. Sí, señor; yo le metí,
como vi que tú llamaste;
no le dije yo que allí;
mas él se turbó...
LEONARDO. Esto baste.
Basta que engañado fuí.
ELVIRA. ¡Cuitadas de las mujeres!
¡Qué presto nos atribuyen
los hombres sus pareceres!
¡Malhaya las que no huyen
de sus infames placeres!
¡Estas las caricias son,
y éste el triste galardón
que de servirles medramos:
siempre sin honra quedamos;
siempre con mala opinión!
¡Bien hayan las que escogieron
una religión estrecha
y a los desiertos se fueron!
LEONARDO. Elvira.
ELVIRA. ¡Ya no aprovecha!
LEONARDO. La culpa, Elvira, tuvieron
estos mozos. Por tus ojos,
que cesen ya los enojos;
que nunca yo lo creí.
Mas bien sabes que lo (1) vi,
y que no fueron antojos.
Hombre fué, que no fué sombra.
ELVIRA. Sombra lo incierto se nombra.
Déjame; que yo me iré
mañana a mis padres.
LEONARDO. Fué
sombra que hasta el alma asombra.
MENDO. Antona, ruégala tú,
que quizá se ablandará.
ANTONA. ¡Qué enojada estáis!
ELVIRA. ¡Jesú!
¿Yo infame?
ANTONA. ¡Bueno está ya!
Mirad que está arrepentido
del enojo que os ha dado.
¡Mirad que es vuestro marido!
LEONARDO. Si no fuérades criado
de un hombre tan bien nacido,
yo os hiciera castigar.
MONDRAG. Si yo estoy con mi mujer,
¿qué pena me pueden dar?
GILOTE. ¿Y qué mayor puede ser
que condenarle a casar?
¡Voto al sol, que es el delito
terrible; mas que llevóis
gran porte en el sobrescrito!

(1) Hartzenbusch corrigió "apretado".

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "*lo que* vi".

MENDO. Daos las manos, pues quedáis
casados.
LEONARDO. Yo lo permito.
ANTONA. Y ellos también, a la fe;
que tras un disgusto fué
siempre boda entre casados.
GILOTE. Y ¿qué harán los convidados?
MENDO. Poner en lo firme el pie.
Abrid los ojos, guardando
las ocasiones; haciendo
Argos el alma, velando;
a sus cosas (1) asistiendo;
a (2) las ajenas dejando.
Nadie se fíe en saber,
por muy docto y bachiller
de la República honrosa;
que es ciencia dificultosa
esto de guardar mujer.
El peligro que se pasa,
advierta aquél que su honor
sin este arancel lo tasa;
porque con esto el autor
dió fin a *El cuerdo en su casa.*

FIN DE LA COMEDIA DE "EL CUERDO EN SU CASA."

(1) Hartzenbusch corrigió "*casas*".

(2) En la ed. de 1616 (Madrid) y en la de Hartzenbusch: "y".

COMEDIA FAMOSA

DE

LA DAMA BOBA (*)

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

ACTO PRIMERO

PERSONAS DE ESTE ACTO

LISEO, *caballero.—Ortiz.*
TURÍN, *lacayo.*
LEANDRO, *caballero.—Carvajal.*
OCTAVIO, *viejo.—Quiñones.*
MISENO, *su amigo.—Villanueva.*
DUARDO.—*Guevara.*
FENISO, *caballero.—Simón.*
LAURENCIO.—*Benito.*
RUFINO, *maestro.—Aguado.*
NISE, *dama.—Jerónima.*
FINEA, *su hermana.—María.*
CELIA, *criada.—Isabel.*
CLARA, *criada.—Ana María.*
PEDRO, *lacayo.*

(LISEO, *caballero, y* TURÍN, *lacayo; los dos de camino.)*

LISEO. ¡Qué lindas (1) posadas!
TURÍN. ¡Frescas!
LISEO. ¿No hay calor?
TURÍN. Chinches (1) y ropa.
Tienen fama en toda Europa.
LISEO. ¡Famoso lugar Illescas!
No hay en todos los que miras
quien le iguale.
TURÍN. Aun si supieses
la causa...
LISEO. ¿Cuál es?
TURÍN. Dos meses
de guindas y de mentiras.
LISEO. Como aquí, Turín, se juntan
de la Corte y de Sevilla,
Andalucía y Castilla (2),
unos a otros preguntan;
unos de las Indias (3) cuentan,
y otros, con (4) discursos largos
de provisiones y cargos:
cosas que al (5) vulgo alimentan.
¿No tomaste las medidas?
TURÍN. Una docena tomé.
LISEO. ¿Y imágenes?
TURÍN. Con la fe
que son de España admitidas (6)

(*) Según dejamos expuesto circunstancialmente en el PRÓLOGO del presente tomo, Lope hizo inmprimir por primera vez esta comedia en la *Nouena Parte* (Madrid, 1617), no por su original autógrafo, que había vendido a la actriz Jerónima de Burgos, sino por una mala copia, "firmándola de mi nombre".

El autógrafo de *La Dama boba,* por gran fortuna ha llegado hasta nosotros y se conserva hoy en nuestra Biblioteca Nacional. El cotejo de su texto con el de la primera edición nos ofrece grandes variantes y alteraciones. Las ediciones posteriores, incluyendo la de Hartzenbusch, tuvieron por modelo el texto viciado de la *Nouena Parte,* único que ha sido divulgado.

Como es lógico, en la presente edición seguimos con toda fidelidad el texto autógrafo. Pero registramos en notas cuantas diferencias hay entre éste y los de las ediciones primera y de Hartzenbusch. Para abreviar, indicaremos con las letras *A*, *N* y *H* el texto autógrafo, el de la primera edición y el de Hartzenbusch, respectivamente. Los versos y fragmentos omitidos en los textos publicados hasta hoy, los marcamos entre asteriscos.

(1) En *N* y *H*, "buenas".

---

(1) En *H*: "cuartos".

(2) En *N* y *H* este verso y el anterior aparecen modificados así:

"de la Corte de Castilla,
de Andalucía y Sevilla".

(3) En *N* y *H*: "unos *de los otros* cuentan".

(4) En *H*: "*y entablan* discursos largos".

(5) En *N* y *H*: "*el*".

(6) En *N* y *H* la redondilla que termina con este verso, se halla alterada así:

... ¿No tomaste las medidas?
TURÍN. Una docena tomé
de imágines con la fe
que son de España *adquiridas*...

por milagrosas en todo
cuanto en cualquiera (1) ocasión
les pide (2) la devoción
y el nombre (3).

LISEO. Pues, dese modo,
lleguen las postas, y vamos.

TURÍN. ¿No has de comer?

LISEO. Aguardar (4)
a que se guise es pensar
que a media noche llegamos;
y un desposado, Turín,
ha de llegar cuando (5) pueda
lucir (6).

TURÍN. Muy atrás queda
con el repuesto Marín;
pero yo (7) traigo que comas.

LISEO. ¿Qué traes?

TURÍN. Ya lo verás.

LISEO. Dilo.

TURÍN. Guarda.

LISEO. Necio estás.

TURÍN. ¿Desto, pesadumbre tomas?

LISEO. Pues ¿para decir lo que es...?

TURÍN. Hay a quien pesa de oir
su nombre. Basta decir
que tú lo sabrás después.

LISEO. ¿Entretiénese la hambre
con saber qué ha de comer?

TURÍN. Pues sábete que ha de ser...

LISEO. ¡Presto!

TURÍN. Tocino fiambre.

LISEO. Pues ¿a quién puede pesar
de oir nombre tan hidalgo?
Turín, si me has de dar algo,
¿qué cosa me puedes dar
que tenga igual a ese nombre?

TURÍN. Esto y una hermosa caja.

LISEO. Dame de queso una raja;
que nunca el dulce es muy hombre.

TURÍN. Esas leciones no son
de galán, ni desposado.

LISEO. Aún agora no he llegado.

TURÍN. Las damas de Corte son
todas un fino cristal:
trasparentes y divinas.

LISEO. Turín, las más cristalinas
comerán.

TURÍN. ¡Es natural!
Pero esta hermosa Finea
con quien a casarte vas
comerá...

LISEO. Dilo.

TURÍN. No más
de azúcar, maná y jalea.
Pasaráse una semana
con dos (1) puntos en el aire,
de azúcar.

LISEO. ¡Gentil donaire!

TURÍN. ¿Qué piensas dar a su hermana?

LISEO. A Nise, su hermana bella,
una rosa de diamantes,
que así tengan los amantes
tales firmezas con ella;
y una cadena también,
que compite con la rosa.

TURÍN. Dicen que es también hermosa (2).

LISEO. Mi esposa parece bien:
le doy crédito a la fama.
De su hermana poco (3) sé;
pero basta que me dé
lo que más se (4) estima y ama.

TURÍN. *¡Bello golpe de dinero!

LISEO. Son cuarenta mil ducados.

TURÍN. ¡Bravo dote!

LISEO. Si contados
los llego a ver, como espero.*

TURÍN. De un macho con guarniciones
verdes y estribos de palo,
se apea un hidalgo.

LISEO. ¡Malo,
si la merienda me pones!

(LEANDRO, *de camino.*) (5)

LEANDRO. Huésped, ¿habrá qué comer?

LISEO. Seáis, señor, bien llegado.

LEANDRO. Y vos en la misma hallado.

LISEO. ¿A Madrid?

LEANDRO. Dejéle ayer,
cansado de no salir
con pretensiones cansadas.

LISEO. Esas van adjetivadas
con esperar y sufrir.

---

(1) En *N* y *H:* "aquesta".
(2) Idem id.: "las tiene".
(3) Idem id.: "de España".
(4) Idem id.: "Esperar".
(5) Idem id.: "cuanto".
(6) Idem id.: "antes".
(7) Idem id.: "ya".

(1) En *N* y *H:* "tres".
(2) Idem id.: "Oigo decir que es hermosa".
(3) Idem id.: "nada".
(4) En *N* se omite "se".
(5) Idem: "*Sale un estudiante de camino.*"

Holgara, por ir con vos,
lleváramos un camino...
LEANDRO. Si vais a lo que imagino,
nunca lo permita Dios.
LISEO. No llevo qué pretender:
a negocios (1) hechos voy.
¿Sois de ese lugar?
LEANDRO. Sí, soy.
LISEO. Luego podéis (2) conocer
la persona que os nombrare.
LEANDRO. Es Madrid una talega
de piezas, donde se anega
cuanto su máquina pare.
Los Reyes, Roques y Arfiles
conocidas casas tienen;
los demás que van y vienen
son como peones viles:
todo es allí confusión.
LISEO. No es Octavio pieza vil.
LEANDRO. Si es quien yo pienso, es Arfil,
y pieza de estimación.
LISEO. Quien yo digo es padre noble
de dos hijas.
LEANDRO. Ya sé quién;
pero dijérades bien
que de una palma y de (3) un roble.
LISEO. ¿Cómo?
LEANDRO. Que entrambas lo son;
pues Nise bella es la palma;
Finea, un roble sin alma
y discurso de razón (4).
*Nise es mujer tan discreta,
sabia, gallarda, entendida,
cuanto Finea encogida,
boba, indigna y imperfeta.*
Y aun pienso que oí tratar (5)
que la casaban... (6)
LISEO. (¿No escuchas?)
LEANDRO. Verdad es que no habrá muchas
que la puedan igualar
en el riquísimo dote;
mas ¡ay de aquel desdichado
que espera una bestia al lado!,
pues más de algún marquesote,
a codicia del dinero,
pretende la bobería
desta dama, y a porfía
hacen (1) su calle terrero.
LISEO. [*Ap.*] (Yo llevo lindo concierto.
¡A gentiles vistas voy!
TURÍN. Disimula.
LISEO. Tal estoy,
que apenas a hablar acierto.)
En fin, señor, ¿Nise es bella
y discreta?
LEANDRO. Es celebrada
por única, y deseada,
por las partes que hay en ella,
de gente muy principal.
LISEO. ¿Tan necia (2) es esa Finea?
LEANDRO. ¡Mucho sentís que lo sea!
LISEO. Contemplo, de sangre igual,
dos cosas tan desiguales...
Mas ¿cómo en dote lo son?
Que, hermanas, fuera (3) razón
que los tuvieran iguales.
LEANDRO. Oigo decir que un hermano
de su padre la (4) dejó
esta hacienda, porque vió
que sin ella fuera en vano
casarla con hombre igual
de su noble nacimiento,
supliendo el entendimiento
con el oro.
LISEO. El hizo mal.
LEANDRO. Antes bien; porque con esto
tan discreta vendrá a ser
como Nise.
TURÍN. ¿Has de comer?
LISEO. Ponme lo que dices, presto.
Aunque ya puedo excusallo (5).
LEANDRO. ¿Mandáis, señor, otra cosa?
LISEO. Serviros. (¡Qué linda esposa!)
TURÍN. ¿Qué haremos? (6).
LISEO. Ponte a caballo (7);
que ya no quiero comer.
TURÍN. No te aflijas (8), pues no es hecho.
LISEO. Que me ha de matar, sospecho,
si es necia, y propia mujer.
TURÍN. Como tú no digas "sí",
¿quién te puede cautivar?
LISEO. Verla no me ha de matar;

(1) En *N y H:* "negocio".
(2) Idem id.: "pod*réis*".
(3) Idem id. se omite "de".
(4) Idem id.: "*de* discurso y de razón".
(5) Idem id.: "contar".
(6) Idem id.: "casaba".

(1) En *N y H:* "hace".
(2) Idem id.: "boba".
(3) Idem id.: "era".
(4) Idem id.: "*le*".
(5) Idem id.: "Aunque ya *puedes dejallo*".
(6) Idem id. se omite este hemistiquio.
(7) Idem id.: "Ponte, Turín, a caballo".
(8) Idem id.: "Ten paciencia".

aunque es basilisco en mí.

TURÍN. No, señor.

LISEO. También advierte
que, siendo tan entendida
Nise, me dará la vida,
si ella me diere la muerte.

* *(Entrense, y salgan* OCTAVIO, *viejo, y* MISENO.) (1)

OCTAVIO.

¿Esta fué la intención que tuvo sabio?

MISENO.

Parece que os quejáis.

OCTAVIO.

¡Bien mal emplea
mi hermano tanta hacienda! No fué sabio.
Bien es que Fabio, y que no sabio, sea.

MISENO.

Si en dejaros hacienda os hizo agravio,
vos propio lo juzgad.

OCTAVIO.

Dejó a Finea,
a título de simple, tan gran renta,
que a todos, hasta agora, nos sustenta.

MISENO.

Dejóla a la que más le parecía,
de sus sobrinas.

OCTAVIO.

Vos andáis discreto,
pues a quien heredó su bobería
dejó su hacienda para el mismo efeto.

MISENO.

De Nise la divina gallardía,
las altas esperanzas y el conceto
os deben de tener apasionado.
¿Quién duda que le sois más inclinado?

OCTAVIO.

Mis hijas son entrambas; mas yo os juro
que me enfadan y cansan, cada una
por su camino. Cuando más procuro
mostrar amor y inclinación a alguna,
si ser Finea simple es caso duro,
ya lo suplen los bienes de Fortuna
y algunos que le dió Naturaleza,
siempre más liberal, de la belleza;
pero ver tan discreta y arrogante
a Nise, más me pudre y martiriza,
y que, de bien hablada y elegante,
el vulgazo la aprueba y soleniza.
Si me casara agora (y no te espante
esta opinión, que alguno la autoriza),
de dos extremos: boba o bachillera,
de la boba elección, sin duda, hiciera.

MISENO.

¡No digas tal, por Dios!; que están sujetas
a no acertar en nada.

OCTAVIO.

Eso es engaño;
que yo no trato aquí de las discretas:
sólo a las bachilleras desengaño.
De una casada son partes perfetas
virtud y honestidad.

MISENO.

Parir cada año,
no dijérades mal, si es argumento
de que vos no queréis entendimiento.

OCTAVIO.

Está la discreción de una casada
en amar y servir a su marido;
en vivir recogida y recatada,
honesta en el hablar y en el vestido;
en ser de la familia respetada,
en retirar la vista y el oído,
en enseñar los hijos, cuidadosa;
preciada más de limpia que de hermosa.
¿Para qué quiero yo que, bachillera,
la que es propia mujer concetos diga?
Esto de Nise por casar me altera;
lo más, como lo menos, me fatiga;
resuélvome en dos cosas que quisiera,
pues la virtud es bien que el medio siga:
que Finea supiera más que sabe,
y Nise menos.

MISENO.

Habláis cuerdo y grave.

OCTAVIO.

Si todos los extremos tienen vicio,
yo estoy, con justa causa, descontento.

(1) Toda esta escena que sigue se omite en *N* y *H*.

MISENO.

¿Y qué hay de vuestro yerno?

OCTAVIO.

Aquí el oficio
de padre y dueño alarga el pensamiento:
caso a Finea; que es notable indicio
de las leyes del mundo, al oro atento.
Nise, tan sabia, docta y entendida,
apenas halla un hombre que la pida;
y por Finea, simple, por instantes
me solicitan tantos pretendientes,
del oro, más que del ingenio, amantes,
que me cansan amigos y parientes.

MISENO.

Razones hay, al parecer, bastantes.

OCTAVIO.

Una hallo yo, sin muchas aparentes,
y es el buscar un hombre en todo estado,
lo que le falta más, con más cuidado.

MISENO.

Eso no entiendo bien.

OCTAVIO.

Estadme atento.
Ningún hombre nacido a pensar viene
que le falta, Miseno, entendimiento,
y con esto no busca lo que tiene;
ve que el oro le falta y el sustento,
y piensa que buscalle le conviene,
pues como ser la falta el oro entienda,
deja el entendimiento y desea hacienda.

MISENO.

¡Piedad del cielo! Que ningún nacido
se queje de faltarle entendimiento.

OCTAVIO.

Pues a muchos que nunca lo han creído,
les falta, y son sus obras argumento.

MISENO.

Nise es aquesta.

OCTAVIO.

Quitame el sentido
su desvanecimiento.

MISENO.

Un casamiento
os traigo yo.

OCTAVIO.

Casémosla; que temo
alguna necedad, de tanto extremo. *

(NISE y CELIA, *criada.*) (1)

NISE. ¿Dióte el libro?
CELIA. ¡Y tal, que obliga
a no abrille ni tocalle!
NISE. Pues ¿por qué?
CELIA. Por no ensucialle,
si quieres que te lo diga.
En cándido pergamino
vienen (2) muchas flores de oro.
NISE. Bien lo (3) merece Eleodoro,
griego poeta divino.
CELIA. ¿Poeta? Pues parecióme
prosa.
NISE. También (4) hay poesía
en prosa.
CELIA. No lo sabía.
Miré el principio, y cansóme.
NISE. Es que no se da a entender,
con el artificio griego,
hasta el quinto libro, y luego
todo se viene a saber (5):
cuanto precede a los cuatro.
CELIA. En fin, es poeta en prosa.
NISE. Y de una historia amorosa,
digna de aplauso y teatro.
Hay dos prosas diferentes:
poética y historial;
la historia, lisa y leal,
cuenta (6) verdades patentes,
con frase (7) y términos claros;
la poética es hermosa,
varia, culta (8), licenciosa,
y escura aun a ingenios raros:
tiene mil exornaciones
y retóricas figuras.
CELIA. Pues ¿de cosas tan escuras
juzgan tantos?
NISE. No le pones,
Celia, pequeña objeción;

(1) En *N*: "*Vanse, y salen* NISE *dama, y* CELIA *criada*".
(2) En *N* y *H*: "tiene".
(3) Idem id.: "las".
(4) Idem id.: "Es que".
(5) Idem id.: "todo se *deja entender*".
(6) Idem id.: "muestra".
(7) Idem id.: "*por* frasi".
(8) En *N*: "oculta".

pero así corre el engaño
del mundo.

(FINEA, *dama, con unas cartillas, y* RUFINO, *maestro.)* (1)

FINEA. ¡Ni en todo el año
saldré con esa leción! (2)
CELIA. Tu hermana, con su maestro.
NISE. ¿Conoce las letras ya?
CELIA. En los principios está.
RUFINO. ¡Paciencia, y no letras, muestro!
¿Qué es ésta?
FINEA. Letra será.
RUFINO. ¿Letra?
FINEA. Pues, ¿es otra cosa?
RUFINO. No, sino el Alba. (¡Qué hermosa
bestia!)
FINEA. Bien, bien. Sí, ya, ya (3);
el alba debe de ser,
cuando andaba entre las coles.
RUFINO. Esta es *Ca* (4). Los españoles
no la solemos poner
en nuestra lengua jamás.
Usanla mucho alemanes
y flamencos.
FINEA. ¡Qué galanes
van todos estos detrás!
RUFINO. Estas son letras también (5).
FINEA. ¿Tantas hay?
RUFINO. Veintitrés son.
FINEA. Ahora vaya de lición;
que yo la diré muy bien.
RUFINO. ¿Qué es ésta?
FINEA. Aquesta (6) no sé.
RUFINO. ¿Y ésta?
.... (7)
FINEA. ¿Cuál? ¿Esta redonda?
Letra.
RUFINO. ¡Bien!
FINEA. ¿Luego acerté?
RUFINO. ¡Linda bestia!

(1) En *N: "Sale un* MAESTRO *de leer y* FINEA."
(2) En *N* y *H:* "esta lición".
(3) Idem id.: "Así, ya, ya, ya, ya".
(4) Idem id.: "K".
(5) Idem id.: "Letras son éstas también".
(6) Idem id.: "esta".
(7) Falta un verso. En *N* y *H* dice así:

FINEA. No sé qué responda.
MAESTRO. ¿Y estotra?
FINEA. ¿Aquella redonda?
Letra.

FINEA.... ¡Así, así! (1):
bestia, ¡por Dios!, se llamaba;
pero no se me acordaba.
RUFINO. Esta es *erre,* y ésta es *i.*
FINEA. Pues, ¿si tú lo traes errado...?
NISE. (2) (¡Con qué pesadumbre están!)
RUFINO. Di aquí: *b, a, n: ban.*
FINEA. ¿Dónde van?
RUFINO. ¡Gentil cuidado!
FINEA. ¿Que se van, no me decías?
RUFINO. Letras son; ¡míralas bien!
FINEA. Ya miro (3).
RUFINO. *B, e, n: ben* (4).
FINEA. ¿Adónde?
RUFINO. ¡A donde en mis días
no te vuelva más a ver!
FINEA. *¿Ven,* no dices? Pues ya voy.
RUFINO. ¡Perdiendo el jüicio estoy! (5)
¡Es imposible aprender!
¡Vive Dios, que te he de dar
una palmeta!

(Saca una palmeta.) (6)

FINEA. ¿Tú, a mí?
RUFINO. ¡Muestra la mano!
FINEA. Hela aquí.
RUFINO. ¡Aprende a deletrear! (7)
FINEA. ¡Ay (8), perro! ¿Aquesto (9) es [palmeta?
RUFINO. Pues ¿qué pensabas?
FINEA. ¡Aguarda!...
NISE. ¡Ella le mata!
CELIA. Ya tarda
tu favor, Nise discreta.
RUFINO. ¡Ay, que me mata! (10)
NISE. ¿Qué es esto?
¡A tu maestro...!

(1) En *N* y *H:* "Así, sí, sí".
(2) Idem id.: "CELIA".
(3) Se omite esta frase en *N* y *H.*
(4) En *N* y *H:* "Di aquí: B, e, n: ben".
(5) De este verso y del anterior se halla alterado el orden en *N* y *H.*
(6) En *N* y *H* está omitida esta acotación.
(7) En *N* y *H,* a este verso sigue una acotación que dice: *"Dale una palmeta, y ella echa a correr tras él".*
(8) Idem id.: "oh".
(9) Idem id.: "aquesta".
(10) En *N* y *H* se omite esta frase y se alteran así los versos que siguen:

NISE. ¿A tu maestro? ¿Qué es esto?
MAESTRO. Téngala ahí.
FINEA. Hame dado
causa.

FINEA. Hame dado
causa.
NISE. ¿Cómo?
FINEA. Hame engañado.
RUFINO. ¿Yo engañado?
NISE. ¡Dila (1) presto!
FINEA. Estaba aprendiendo aquí
la letra *bestia* y la *ca*...
NISE. La primera sabes ya.
FINEA. Es verdad: ya la aprendí.
Sacó un zoquete de palo
y (2) al cabo una media bola;
pidióme la mano sola
(¡mira qué lindo (3) regalo!),
y apenas me la tomó,
cuando, ¡zás!, la bola asienta,
que pica como pimienta,
y la mano me quebró. (4)
NISE. Cuando el dicípulo ignora,
tiene el maestro licencia
de castigar.
FINEA. ¡Linda ciencia!
RUFINO. Aunque me diese, señora,
vuestro padre cuanto tiene,
no he de darle otra lición. (5)
CELIA. ¡Fuése!
NISE. No tienes razón:
sufrir y aprender conviene.
FINEA. Pues ¿las letras que allí están,
yo no las aprendo bien?
Vengo cuando dice *ven*,
y voy cuando dice *van*.
¿Qué quiere, Nise, el maestro,
quebrándome la cabeza
con *ban, bin, bon?*
CELIA. (¡Ella es pieza
de rey!)
NISE. Quiere el Padrenuestro
que aprendamos.
FINEA. Ya yo sé
el Padrenuestro.
NISE. No digo

(1) En *N* y *H*: "dilo".
(2) En idem id. se omite "y".
(3) En idem id.: "gentil".
(4) En idem id. esta redondilla se halla variada así:

"y *luego que* la tomó,
toma y ¡zas! la mano asienta,
que pica como pimienta
y la mano me abrasó".

(5) En idem id.: "no he de dalle otra lición.— (*Vase el* MAESTRO.)"

sino el nuestro; y el castigo
por darte memoria fué.
FINEA. Póngame un hilo en el dedo,
y no aquel palo en la palma.
CELIA. Mas que se te sale el alma,
si lo sabe.
FINEA. ¡Muerta quedo!
¡Oh, Celia! No se lo digas,
y verás qué te daré.

(CLARA, *criada.*) (1)

CLARA. ¡Topé contigo, a la fe!
NISE. Ya, Celia, las dos amigas
se han juntado.
CELIA. A nadie quiere
más, en todas las criadas.
CLARA. ¡Dame albricias, tan bien dadas
como el suceso requiere!
FINEA. Pues ¿de qué son?
CLARA. Ya parió (2)
nuestra gata la *Romana*.
FINEA. ¿Cierto, cierto? (3)
CLARA. Esta mañana.
FINEA. ¿Parió en el tejado?
CLARA. No.
FINEA. Pues ¿dónde?
CLARA. En el aposento:
¡qué cierto se echó de ver
su entendimiento!
FINEA. Es mujer
notable.
CLARA. Escucha un momento:
Salía, por donde suele,
el Sol, muy galán y rico,
con la librea del rey,
colorado y amarillo;
andaban los carretones
quitándole el romadizo
que da la noche a Madrid,
aunque no sé quién me dijo
que era la calle Mayor
el soldado más antiguo,
pues nunca el mayor de Flandes
presentó tantos servicios,
* pregonaban aguardiente,
agua biznieta del vino,

(1) En *N*: "*Sale* CLARA, *criada de* FINEA".
(2) En *N* y *H* este verso se halla modificado así:

FINEA. ¿De qué son?
CLARA. Que ya parió...

(3) En *N* y *H*: "¿Cuándo, Clara?"

los hombres Carnestolendas,
todos naranjas y gritos; *
dormían las rentas grandes,
despertaban los oficios,
tocaban los boticarios
sus almireces a (1) pino,
cuando la gata de casa
comenzó, con mil suspiros,
a decir: "¡Ay, ay, ay, ay!
¡Que quiero parir, marido!"
Levantóse Hociquimocho,
y fué corriendo a decirlo
a sus parientes y deudos;
que deben de ser moriscos,
porque el lenguaje que hablaban,
en tiple de monacillos,
si no es jerigonza entre ellos,
no (2) es español, ni latino.
Vino una gata viuda,
con blanco y negro vestido
(sospecho que era su agüela),
gorda y compuesta de hocico (3);
* y si lo que arrastra honra,
como dicen los antiguos,
tan honrada es por la cola
como otros por sus oficios. *
Trújole cierta manteca,
desayunóse y previno
en qué recebir el parto.
Hubo temerarios gritos;
no es burla: parió seis gatos
tan remendados y lindos,
que pudieran, a ser pías,
llevar (4) el coche más rico.
Regocijados, bajaron
de los tejados vecinos,
caballetes y terrados,
todos los (5) deudos y amigos:
(6) *Lamicola, Arañizaldo,*
Marfuz, Marramao, Micilo,
Tumbahollín, Mico, Miturrio,
Rabicorto, Zapaquildo;
unos vestidos de pardo,
otros de blanco vestidos,
y otros con forros de martas,
en cueras y capotillos.
De negro vino a la fiesta
el gallardo *Golosino:*
luto que mostraba entonces
de su padre el gaticidio.
Cuál la morcilla presenta (1);
cuál, el gorrión astuto;
cuál, el simple palomino.
Trazando quedan agora,
para mayor regocijo
en el gatesco senado,
correr gansos (2) cinco a cinco.
Ven presto, que si los oyes (3),
dirás que parecen niños,
y darás a la parida
el parabién de los hijos.

FINEA. ¡No me pudieras contar
caso (4), para el gusto mío,
de mayor contentamiento!

CLARA. Camina.

FINEA. Tras tí camino (5).

NISE. ¿Hay locura semejante?

CELIA. ¿Y Clara es boba también?

NISE. Por eso la quiere bien.

CELIA. La semejanza es bastante;
aunque yo pienso que Clara
es más bellaca que boba.

NISE. Con esto (6) la engaña y roba.

(DUARDO, FENISO, LAURENCIO, *caballeros.*) (7)

DUARDO. Aquí, como estrella clara,

---

(1) Hartzenbusch corrigió "de".
(2) En *N* y *H:* "ni".
(3) En *N* y *H* este verso y los tres anteriores aparecen alterados así:

"Vino una gata viuda,
larga y compuesta de hocico
(sospecho que era su abuela),
de negro y blanco vestido."

(4) En *N* y *H:* "tirar".
(5) Idem id.: "sus".
(6) Este verso y los siete siguientes están en *N* y *H* modificados así:

"Lamicol, Aramizaldo,
Marfuz, Marramao, Miscito,
Tumbahollín con Piel de zorra,
Rabicorto, Zapaquildo;
unos vestidos de blanco,
y otros de negro vestidos,
y otros con ropas de martas
en cueras y zapatillos."

(1) En *N* y *H,* a continuación de este verso se interpola el siguiente, que falta al romance:

"cuál el pez, cuál el cabrito".

(2) En *N* y *H:* "cañas".
(3) Idem id.: "ves".
(4) Idem id.: "cosa".
(5) En idem id. sigue una acotación que dice: "*Vanse* FINEA *y* CLARA".
(6) Idem id.: "eso".
(7) En *N: "Salen* LAURENCIO, DUARDO *y* FENISO, *galanes"*.

a su hermosura nos guía.
FENISO. Y aun es del sol su luz pura.
LAURENCIO. (1) ¡Oh, reina de la hermosura!
DUARDO. ¡Oh, Nise!
FENISO. ¡Oh, señora mía!
NISE. ¡Caballeros!
LAURENCIO. Esta vez,
por vuestro ingenio gallardo,
de un soneto de Eduardo
os hemos de hacer jüez.
NISE. ¿A mí, que soy de Finea
hermana y sangre?
LAURENCIO. A vos sola,
que sois sibila española,
no cumana ni eritrea;
a vos, por quien ya las Gracias
son cuatro, y las Musas diez,
es justo haceros jüez.
NISE. Si ignorancias, si desgracias
trujérades a juzgar,
era justa la elección.
FENISO. Vuestra rara discreción,
imposible de alabar,
fué justamente elegida.
Oíd, señora, a Eduardo.
NISE. ¡Vaya el soneto! Ya aguardo,
aunque de indigna, corrida.

DUARDO.

La calidad elementar resiste
mi amor, que a la virtud celeste aspira
y en las mentes angélicas se mira,
donde la idea del calor consiste.
No ya como elemento el fuego viste
el alma, cuyo vuelo al sol admira;
que de inferiores mundos se retira
adonde el serafín ardiendo asiste.
No puede elementar fuego abrasarme.
La virtud celestial que vivifica
envidia el verme a la suprema alzarme;
que donde el fuego angélico me aplica,
¿cómo podrá mortal poder tocarme:
que eterno y fin, contradición implica?
NISE. Ni una palabra entendí.

DUARDO. Pues en parte se leyera
que más de alguno dijera
por arrogancia: "Yo sí."
La intención o el argumento
es pintar a quien (1) ya llega,
libre del amor que ciega,
con (2) luz del entendimiento
a la alta contemplación
de aquel puro amor sin fin,
donde es fuego el serafín.
NISE. Argumento y intención
queda entendido.
LAURENCIO. (3) ¡Profundos
conceptos!
NISE. (4) ¡Mucho le (5) esconden!
DUARDO. Tres fuegos, que corresponden,
hermosa Nise, a tres mundos,
dan fundamento a los otros.
NISE. ¡Bien los (6) podéis declarar!
DUARDO. Calidad elementar
es el calor en nosotros;
la celestial, es virtud
que calienta y que recrea,
y la angélica es la idea
del calor.
NISE. Con inquietud
escucho lo que no entiendo.
DUARDO. El elemento en nosotros
es fuego.
NISE. ¿Entendéis vosotros?
DUARDO. El puro (7) sol que estáis viendo,
en el cielo fuego es;
y fuego el entendimiento
seráfico; pero siento
que así difieren los tres:
que el que elementar se llama,
abrasa cuando se aplica;
el celeste, vivifica,
y el sobreceleste, ama.
NISE. No discurras, por tu vida;
vete a escuelas.
DUARDO. Donde estás
lo son.
NISE. ¡Yo no escucho más,
de no entenderte, corrida!
¡Escribe fácil!
DUARDO. Platón,
a lo que en cosas divinas
escribió, puso cortinas

(1) En *N* y *H:* "DUARDO." Y luego hablan por este orden: FENISO, LAURENCIO, NISE, FENISO, NISE. etcétera.

(1) En *N* y *H:* "al que".
(2) Idem id.: "la".
(3) Idem id.: "FENISO".
(4) Idem id.: "LAURENCIO".
(5) Idem id.: "se".
(6) Idem id.: "os".
(7) Idem id.: "claro".

que, tales como (1) éstas, son
matemáticas figuras
y enigmas.

NISE. ¡Oye, Laurencio!

FENISO. Ella os ha puesto silencio.

DUARDO. Temió las cosas escuras.

FENISO. ¡Es mujer!

DUARDO. La claridad
a todos es agradable,
que se escriba o que se hable.

(Aparte.)

NISE. ¿Cómo va de voluntad?

LAURENCIO. Como quien la tiene en ti.

NISE. Yo te la pago muy bien.
No traigas contigo (2) quien
me eclipse el hablarte ansí.

LAURENCIO. Yo, señora, no me atrevo,
por mi humildad, a tus ojos;
que, dando en viles despojos,
se afrenta el rayo de Febo;
pero si quieres pasar
al alma, hallarásla rica
de la fe que amor publica.

NISE. Un papel te quiero dar;
pero ¿cómo podrá ser
que destos visto no sea?

LAURENCIO. Si en lo que el alma desea
me quieres favorecer,
mano y papel podré aquí
asir juntos, atrevido,
como finjas que has caído (3).

NISE. ¡Jesús!

LAURENCIO. (4) ¿Qué es eso? (5)

NISE. ¡Caí!

LAURENCIO. Con las obras respondiste.

NISE. Esas responden mejor;
que no hay sin obras amor.

LAURENCIO. Amor en obras consiste.

NISE. Laurencio mío, adiós queda.
Duardo y Feniso, adiós.

DUARDO. Que tanta ventura a vos
como hermosura os conceda (6).

---

(1) En *N* y *H:* "cual".
(2) Idem id. se intercala aquí "a".
(3) En *N* sigue la acotación: "*Hace* NISE *como que cae.*"
(4) En *N* y *H:* "DUARDO".
(5) Idem id.: "esto".
(6) En *N* y *H* sigue esta acotación: "*Vanse* NISE *y* CELIA".

¿Qué os ha dicho del soneto
Nise?

LAURENCIO. Que es muy extremado.

DUARDO. Habréis los dos murmurado;
que hacéis versos, en efeto.

LAURENCIO. Ya no es menester hacellos
para saber murmurallos;
que se atreve a censurallos
quien no se atreve a entendellos.

FENISO. (1) Los dos tenemos que hacer.
Licencia nos podéis dar.

DUARDO. (2) Las leyes de no estorbar
queremos obedecer.

LAURENCIO. ¡Malicia es ésa!

FENISO. ¡No es tal!
La divina Nise es vuestra,
o, por lo menos, lo muestra.

LAURENCIO. Pudiera tener igual.

(Despídanse, y quede solo LAURENCIO.*)* (3)

LAURENCIO.

Hermoso sois, sin duda, pensamiento;
y, aunque honesto también, con ser hermoso,
si es calidad del bien ser provechoso,
una parte de tres que os falta siento.
Nise, con un divino entendimiento,
os enriquece de un amor dichoso;
mas sois de dueño pobre, y es forzoso
que en la necesidad falte el contento.
Si el oro es blanco y centro del descanso,
y el descanso del gusto, yo os prometo
que tarda el navegar con viento manso.
Pensamiento, mudemos de sujeto;
si voy necio tras vos, y en ir me canso,
cuando vengáis tras mí seréis discreto.

(Entre PEDRO, *lacayo de* LAURENCIO.*)* (4)

PEDRO. ¡Qué necio andaba en buscarte
fuera de aqueste lugar!

LAURENCIO. Bien me pudieras hallar
con el alma en otra parte.

PEDRO. ¿Luego estás sin ella aquí?

LAURENCIO. Ha podido un pensamiento
reducir su (5) movimiento
desde mí fuera de mí.

---

(1) En *N* y *H:* "DUARDO."
(2) Idem id.: "FENISO".
(3) En *N:* "*Vanse* DUARDO *y* FENISO, *queda* LAURENCIO".
(4) Idem: "*Sale* PEDRO, *su criado de* LAURENCIO".
(5) En *N* y *H:* "*divertir mi*".

¿No has visto que la saeta (1)
del reloj, en un lugar
firme siempre suele estar (2),
aunque nunca está quïeta,
y tal vez está en la una
y luego en las dos (3) está?
Pues así mi alma ya,
sin hacer mudanza alguna,
de la casa (4) en que me ves,
desde Nise, que ha querido,
a las doce se ha subido;
que es número de interés.

PEDRO. Pues ¿cómo es esa mudanza?

LAURENCIO. Como (5) la saeta soy,
que desde la una voy
por lo que el círculo alcanza.
¿Señalaba a Nise?

PEDRO. Sí.

LAURENCIO. Pues ya señalo (6) a Finea.

PEDRO. ¿Eso quieres que te crea?

LAURENCIO. ¿Por qué no, si hay causa?

PEDRO. Di.

LAURENCIO. Nise es una sola (7) hermosa;
Finea las doce son:
hora de más bendición,
más descansada y copiosa.
En (8) las doce el oficial
descansa, y bástale ser
hora entonces de comer,
tan precisa (9) y natural.
Quiero decir que Finea
hora de sustento es,
cuyo descanso ya ves
cuánto el hombre le desea.
Denme, pues, las doce a mí,
que soy pobre, con mujer;
que dándome de comer
es la mejor para mí.
*Nise es hora infortunada,
donde mi planeta airado,
de sextil y de cuadrado
me mira con frente armada.
Finea es hora dichosa,
donde Júpiter, benigno,
me está mirando de trino
con aspecto y faz hermosa.*
Doyme a entender que poniendo
en Finea mis cuidados,
a cuarenta mil ducados
las manos voy previniendo.
Esta, Pedro, desde hoy
ha de ser (1) empresa mía.

PEDRO. Para probar tu osadía
en una sospecha estoy.

LAURENCIO. ¿Cuál? (2)

PEDRO. Que te has de arrepentir,
por ser simple esta mujer.

LAURENCIO. ¿Quién has (3) visto de comer,
de descansar y vestir,
arrepentido jamás?
Pues esto viene con ella.

PEDRO. A Nise, discreta y bella,
Laurencio, ¿dejar podrás
por una boba ignorante?

LAURENCIO. ¡Qué ignorante majadero!
¿No ves que el sol del dinero
va del ingenio adelante?
El que es pobre, ése es tenido
por simple (4); el rico, por sabio.
No hay en el nacer agravio,
por notable que haya sido,
que el dinero no lo encubra (5),
ni hay falta en naturaleza
que con la mucha pobreza
no se aumente y se descubra.
Desde hoy quiero (6) enamorar
a Finea.

PEDRO. He sospechado
que a un ingenio tan cerrado
no hay puerta por donde entrar.

LAURENCIO. Yo sé cuál.

PEDRO. ¡Yo no, por Dios!

LAURENCIO. Clara, su boba criada.

PEDRO. Sospecho que es más taimada
que boba.

LAURENCIO. Demos los dos
en enamorarlas.

PEDRO. Creo
que Clara será tercera
más fácil.

---

(1) En *N* y *H:* "¿Nunca has visto la saeta"
(2) Idem id.: "firme suele siempre estar".
(3) Idem id.: "y tal en las doce está".
(4) Idem id.: "deste puesto".
(5) Idem id.: "Porque".
(6) Idem id.: "señal*a*".
(7) Hartzenbusch corrigió "hora".
(8) En *N* y *H:* "a".
(9) En *N* (ed. Barcelona, 1618): "preciosa".

(1) En *N* y *H:* "la".
(2) Idem id.: "¿Y es?"
(3) En *N* y *H:* "ha".
(4) Idem id.: "necio".
(5) Idem id.: "que con oro no se encubra".
(6) Idem id.: "yo tengo de".

LAURENCIO. De esa manera
seguro va mi deseo.
PEDRO. Ellas vienen; disimula.

(FINEA y CLARA.)

LAURENCIO. Si puede ser (1) en mi mano.
PEDRO. ¡Que ha de poder un cristiano
enamorar una mula!
LAURENCIO. Linda (2) cara y talle tiene.
PEDRO. ¡Así fuera el alma!
LAURENCIO. Agora
conozco, hermosa señora,
que no solamente viene
el sol de las orientales
partes, pues de vuestros ojos
sale, con rayos más rojos
y luces piramidales;
pero si cuando (3) salís
tan grande fuerza traéis,
al mediodía ¿qué haréis?
FINEA. Comer, como vos decís;
no pirámides ni peros,
sino cosas provechosas.
LAURENCIO. Esas estrellas hermosas (4),
esos nocturnos luceros,
me tienen fuera de mí.
FINEA. Si vos andáis con estrellas,
¿qué mucho que os traigan (5) ellas
arromadizado ansí?
Acostaos siempre temprano,
y dormid con tocador.
LAURENCIO. ¿No entendéis que os tengo amor,
puro, honesto, limpio y llano? (6)
FINEA. ¿Qué es amor?
LAURENCIO. ¿Amor? Deseo.
FINEA. ¿De qué?
LAURENCIO. De una cosa hermosa.
FINEA. ¿Es oro, es diamante, es cosa
destas que muy lindas veo?
LAURENCIO. No; sino de la hermosura
de una mujer como vos,
que, como lo ordena Dios,
para buen fin se procura;
y ésta, que vos la tenéis,
engendra deseo en mí.
FINEA. Y yo ¿qué he de hacer aquí,

(1) En *N* y *H:* "Harélo, si está".
(2) Idem id.: "buena".
(3) Idem id.: "y si agora que".
(4) Idem id.: "famosas".
(5) Idem id.: "tengan".
(6) Idem id.: "sano".

si sé que vos me queréis?
LAURENCIO. Quereme. ¿No habéis oído
que amor con amor se paga?
FINEA. No sé yo cómo se haga,
porque nunca (1) yo he querido,
ni en la cartilla lo vi,
ni me lo enseñó mi madre.
Preguntarélo a mi padre.
LAURENCIO. ¡Esperaos (2), que no es ansí!
FINEA. Pues ¿cómo?
LAURENCIO. Destos mis ojos
saldrán unos rayos vivos
como espíritus visivos,
de sangre y de fuego, rojos,
que se entrarán por los vuestros.
FINEA. No, señor; arriedro (3) vaya
cosa en que espíritus haya.
LAURENCIO. Son los espíritus nuestros,
*que juntos se han de encender
y causar un dulce fuego
con que se pierde el sosiego,
hasta que se viene a ver
el alma en la posesión
que es el fin del casamiento;
que, con este santo intento,
justos los amores son,*
porque el alma que yo tengo
a vuestro pecho (4) se pasa.
FINEA. ¿Tanto pasa quien (5) se casa?
PEDRO. Con él, como os digo, vengo
tan muerto por vuestro amor,
que aquesta ocasión busqué.
CLARA. ¿Qué es amor, que no lo sé?
PEDRO. ¿Amor? ¡Locura, furor!
CLARA. Pues ¿loca tengo de estar?
PEDRO. Es una dulce locura
por quien la mayor cordura
suelen los hombres trocar (6).
*CLARA Yo, lo que mi ama hiciere
eso haré.
PEDRO. Ciencia es amor,
que el más rudo labrador
a pocos cursos la adquiere.*
En comenzando a querer,
enferma la voluntad
de una dulce enfermedad.
CLARA. No me la mandes tener;

(1) En *N* y *H:* "que en mi vida".
(2) Idem id.: "Esperad".
(3) Idem id.: "arredro".
(4) Idem id.: "cuerpo".
(5) Idem id.: "el que".
(6) Idem id.: "dejar".

que no he tenido en mi vida
sino solos sabañones.

FINEA. ¡Agrádanme las liciones!

LAURENCIO. Tú verás, de mí querida,
cómo has de quererme aquí (1);
que es luz del entendimiento
amor.

FINEA. Lo del casamiento
me cuadra.

LAURENCIO. Y me importa a mí.

FINEA. Pues, ¿llevaráme a su casa
y tendráme allá también?

LAURENCIO. Sí, señora.

FINEA. ¿Y eso es bien?

LAURENCIO. Y muy justo en quien se casa.
Vuestro padre y vuestra madre
casados fueron ansí.
Deso nacistes.

FINEA. ¿Yo?

LAURENCIO. Sí.

FINEA. Cuando se casó mi padre,
¿no estaba yo allí tampoco?

LAURENCIO. [*Ap.*] ¿Hay semejante ignorancia?
Sospecho que esta ganancia
camina a volverme loco.

FINEA. Mi padre pienso que viene (2).

LAURENCIO. Pues voyme. Acordaos de mí.

FINEA. ¡Que me place!

CLARA. ¿Fuése?

PEDRO. Sí,
y seguirle me conviene.
Tenedme en vuestra memoria (3).

CLARA. Si os vais, ¿cómo?

FINEA. ¿Has visto, Clara,
lo que es amor? ¡Quién pensara
tal cosa!

CLARA. No hay pepitoria
que tenga más menudencias
de manos, tripas y pies.

FINEA. Mi padre, como lo ves,
anda en mil impertinencias.
Tratado me ha de (4) casar
con un caballero indiano,

(1) En *N* y *H:* "querer así".
(2) En idem id. este verso y el siguiente están así:

"CLARA. Tu padre pienso que viene.
LAURENCIO. *Adiós,* acordaos de mí.

(*Vase* LAURENCIO.)"

(3) En *N,* a este verso sigue la acotación "*Vase* PEDRO".
(4) En *N* y *H:* "Hame querido".

sevillano o toledano (1).
Dos (2) veces me vino a hablar,
y esta postrera sacó
de una carta (3) un naipecito
muy repulido (4) y bonito,
y luego que le miró
me dijo: "Toma, Finea,
ése (5) es tu marido"; y fuése.
Yo, como, en fin, no supiese
esto de casar qué sea,
tomé el negro del marido,
que no tiene más de cara,
cuera y ropilla; mas, Clara (6),
¿qué importa que sea pudido (7)
este marido o quien es,
si todo el cuerpo no pasa
de la pretina? (8); que en casa
ninguno sin piernas ves.

CLARA. ¡Pardiez (9), que tienes razón!
¿Tiénesle ahí? (10)

FINEA. Vesle aquí (11).

(*Saca un retrato.*) (12)

CLARA. ¡Buena cara y cuerpo!

FINEA. Sí;
mas no pasa del jubón.

CLARA. ¿Luego éste no podrá andar?
¡Ay, los ojitos que tiene!

FINEA. Señor, con Nise...

CLARA. Si viene
a casarte...

FINEA. No hay casar;
que éste que se va de aquí
tiene piernas, tiene traza (13).

CLARA. Y más, que con perro caza;
que el mozo (14) me muerde a mí.

(*Entre* OCTAVIO, *con* NISE.) (15)

(1) En *N* y *H:* "toledano o sevillano".
(2) Idem id.: "tres".
(3) Idem id.: "de la caja".
(4) Idem id.: "repolido".
(5) Idem id: "este".
(6) Idem id.: "pero dime, amiga Clara".
(7) Idem id.: "polido".
(8) Idem id.: "ropilla".
(9) Idem id.: "digo".
(10) Idem id.: "Veamos. ¿Tiénesle ahí?"
(11) Idem id.: se omite esta respuesta.
(12) En *N:* "*Saca* FINEA *un retrato en un naipe, de la manga*".
(13) En *N* y *H:* "tiene pierna y tiene traza".
(14) Idem id. "perro".
(15) En *N:* "*Salen* OCTAVIO, *viejo, y* NISE, *su hija*".

OCTAVIO. Por la calle de Toledo
dicen que entró por la posta.
NISE. Pues ¿cómo no llega ya?
OCTAVIO. Algo, por dicha, acomoda.
¡Temblando estoy de Finea!
NISE. Aquí está, señor, la novia.
OCTAVIO. Hija, ¿no sabes?
NISE. No sabe;
que ésa es su desdicha toda.
OCTAVIO. Ya está en Madrid tu marido.
FINEA. Siempre tu memoria es poca.
¿No me lo diste en un naipe?
OCTAVIO. Esa es la figura sola,
que estaba en él retratado (1);
que lo vivo viene agora.

(CELIA *entre.*) (2)

CELIA. Aquí está el señor Liseo,
apeado de unas postas (3).
OCTAVIO. Mira, Finea, que estés (4)
muy prudente y muy señora.
Llegad sillas y almohadas.

(LISEO, TURÍN *y* CRIADOS.) (5)

LISEO. Esta licencia (6) se toma
quien viene a ser hijo vuestro.
OCTAVIO. Y quien viene a darnos honra.
LISEO. Agora, señor, decidme:
¿Quién (7) de las dos es mi espo-
FINEA. ¡Yo! ¿No lo ve (8)? [sa?
LISEO. Bien merezco
los brazos.
FINEA. ¿Luego no importa?
OCTAVIO. Bien le puedes abrazar.
FINEA. ¡Clara!
CLARA. ¡Señora!
FINEA. ¡Aún agora
viene con piernas y pies!
CLARA. ¿Esto (9) es burla, o jerigonza?
FINEA. El verle de medio arriba
me daba mayor congoja.
OCTAVIO. Abrazad (10) vuestra cuñada.

(1) En *N* y *H:* "que estaba *allí* retratad*a*".
(2) En *N:* "*Sale* CELIA".
(3) En *N* y *H:* "una posta".
(4) Idem id.: "Mira, hija, que has de estar".
(5) Idem id.: "*Salen* LISEO *y* TURÍN, *de camino.*"
(6) En *N:* (Barcelona, 1618): "lición".
(7) En *N* y *H:* "Cuál".
(8) Idem id.: "¿*Ya* no *me* ve?"
(9) Idem id.: "est*a*".
(10) Idem id.: "abrazá *a*".

LISEO. No fué la fama engañosa,
que habla en (1) vuestra hermo-
NISE. Soy muy vuestra servidora. [sura.
LISEO. ¡Lo que es el entendimiento!
A toda España alborota.
La divina Nise os llaman;
sois discreta (2) como hermosa,
y hermosa con mucho (3) extremo.
FINEA. Pues ¿cómo requiebra a esotra,
si viene a ser mi marido?
¿No es más necio? (4)
OCTAVIO. ¡Calla, loca!
Sentaos, hijos, por mi vida.
LISEO. ¡Turín!
TURÍN. ¡Señor!
LISEO. ¡Linda tonta!
OCTAVIO. ¿Cómo venís del camino?
LISEO. Con los deseos enoja;
que siempre le hacen más largo.
FINEA. Ese macho de la noria
pudiérais (5) haber pedido,
que anda como una persona.
NISE. Calla, hermana.
FINEA. Callad vos.
NISE. (6) Aunque hermosa (7) y virtuosa,
es Finea deste humor.
LISEO. Turín, ¿trujiste las joyas?
TURÍN. No ha llegado nuestra gente.
LISEO. ¡Qué de olvidos se perdonan
en un camino a criados!
FINEA. ¿Joyas traéis?
TURÍN. Y le sobra
de las joyas el principio;
tanto el jo se le acomoda.
OCTAVIO. Calor traéis (8); ¿queréis algo?
¿Qué os aflige, qué os congoja?
LISEO. Agua quisiera pedir.
OCTAVIO. Haraos mal el agua sola.
Traigan una caja.
FINEA. A fe
que si, como viene agora,
fuera el sábado pasado,
que hicimos yo y esa (9) moza
un menudo...

(1) En *N* y *H:* "que habl*ó* *de*".
(2) Idem id.: "discreta sois".
(3) Idem id.: "grande".
(4) Idem id.: "bobo".
(5) Idem id.: "pudieras".
(6) Idem id.: "OCTAVIO."
(7) Idem id.: "honesta".
(8) Idem id.: "tenéis".
(9) Idem id.: "esta".

OCTAVIO. ¡Calla, necia! (1)
FINEA. Mucha especia... (2), ¡linda cosa!

(Entren con agua, toalla, salva y una caja.) (3)

CELIA. El agua está aquí.
OCTAVIO. Comed.
LISEO. El verla, señor, provoca (4);
porque con su risa dice
que la beba y que no coma.

(Beba.) (5)

FINEA. El bebe como una mula.
TURÍN. ¡Buen requiebro!
OCTAVIO. ¡Qué enfadosa
que estás hoy! ¡Calla, si quieres!
FINEA. ¡Aun no habéis dejado gota!
Esperad (6); os limpiaré.
OCTAVIO. Pues ¿tú le limpias?
FINEA. ¿Qué importa?
LISEO. ¡Media barba me ha quitado! (7)
¡Lindamente me enamora!
OCTAVIO. Que descanséis es razón (8).
Quiero, pues no se reporta,
llevarle (9) de aquí a Finea.
LISEO. Tarde el descanso se cobra
que en tal desdicha se pierde.
OCTAVIO. Ahora bien; entrad vosotras
y aderezad su aposento (10).
FINEA. Mi cama (11) pienso que sobra
para los dos.
NISE (12). ¿Tú no ves
que no están hechas las bodas?
FINEA. Pues ¿qué importa?
NISE. Ven conmigo.
FINEA. ¿Allá dentro?
NISE. Sí.
FINEA. Adiós, ¡hola!
LISEO. Las del mar de mi desdicha
me anegan entre sus ondas.
OCTAVIO. Yo también, hijo, me voy
para prevenir las cosas,
que, para que os desposéis
con más aplauso, me tocan.
Dios (1) os guarde.

(Todos se van; queden LISEO *y* TURÍN.*)* (2)

LISEO. No sé yo (3)
de qué manera disponga
mi desventura. ¡Ay de mí! (4)
TURÍN. ¿Quieres quitarte las botas?
LISEO. No, Turín; sino la vida.
¿Hay boba tan espantosa?
TURÍN. Lástima me ha dado a mí,
considerando que ponga
en un cuerpo tan hermoso
el cielo un alma tan loca.
LISEO. Aunque (5) estuviera casado
por poder, en causa propia
me pudiera descasar:
la ley es llana y notoria;
pues concertando mujer
con sentido, me desposan
con una bestia del campo,
con una villana tosca.
TURÍN. ¿Luego no te casarás?
LISEO. Mal haya la hacienda toda
que con tal pensión se adquiere
y con tal censo se toma (6);
demás que aquesta mujer,
si bien es hermosa y moza,

---

(1) En *N* y *H*: "NISE. ¡Calla, hermana!"
(2) Idem id.: "especie".
(3) En *N*: "*Sale* CELIA *con una caja y agua.*"
(4) En *N* y *H*, este verso y el anterior se hallan modificados así:

"CLIA. Aquí está el agua. Comed.
LISEO. El agua sola provoca."

(5) Idem id. se omite esta acotación.
(6) Idem id.: "aguardad".
(7) Idem id.: "llevado".
(8) Idem id.: "¿Hay padre más desdichado?"
(9) En *H*: "llevar*me*".
(10) En *N* y *H* este verso y el anterior aparecen variados así:

"OCTAVIO. Entrad adentro vosotras
a prevenirle la cama."

(11) Idem id.: "La mía".
(12) Idem id. este verso y los tres siguientes están alterados así:

"OCTAVIO. ¿Tú no ves
que *aún* no están hechas las bodas?
Entra dentro.
FINEA. Que me place.
NISE. Vamos, hermana.
FINEA. Adiós. ¡Hola!"

(Vanse NISE *y* FINEA.*)*

(1) En *N* y *H*: "El cielo".
(2) En *N*: "*Vase* OCTAVIO, *y quedan* LISEO *y* TURÍN."
(3) En *N* y *H* se omite "yo".
(4) Idem id.: "mis desdichas. ¡Ay, Turín!"
(5) Idem id.: "Cuando".
(6) Idem id.: "cobra".

¿qué puede parir de mí
sino tigres, leones y onzas?

TURÍN. Eso es engaño, que vemos (1)
por experiencias y historias,
mil hijos de padres sabios,
que de necios, los deshonran.

LISEO. Verdad es (2); que Cicerón
tuvo a Marco Tulio en Roma,
que era un caballo, un camello.

TURÍN. De la misma suerte, consta
que de necios padres suele
salir una fénix sola.

LISEO. Turín, por lo general,
y es consecuencia forzosa,
lo semejante se engendra.
Hoy la palabra se rompa (3);
rásguense cartas (4) y firmas;
que ningún tesoro compra (5)
la libertad. ¡Aun si fuera
Nise!...

TURÍN. ¡Oh, qué bien te reportas!
Dicen que si a un hombre aira-
que colérico se arroja [do (6),
le pusiesen un espejo,
en mirando en él la sombra
que representa su cara,
se tiempla y desapasiona;
así tú, como tu gusto
miraste en su hermana hermosa,
que el gusto es cara (7) del alma,
pues su libertad se nombra (8),
luego templaste la tuya (9).

LISEO. Bien dices (1); porque ella sola
el enojo de su padre,
que, como ves, me alborota,
me puede quitar, Turín.

TURÍN. ¿Qué, no hay que tratar de esotra?

LISEO. Pues ¿he de dejar (2) la vida
por la muerte temerosa,
*y por la noche enlutada
el sol que los cielos dora;
por los áspides las aves,
por las espinas las rosas*
y por un demonio un ángel?

TURÍN. Digo que razón te sobra;
que no está el gusto en el oro:
que son el oro y las horas
muy diversas (3).

LISEO. Desde aquí
renuncio *La dama boba.*

FIN DEL PRIMER ACTO DE "LA DAMA BOBA".

L. D. E. M.

ACTO SEGUNDO

PERSONAS DEL SEGUNDO ACTO

DUARDO.	CLARA.
LAURENCIO.	FINEA.
FENISO.	PEDRO.
LISEO.	TURÍN.
NISE.	OCTAVIO.
CELIA.	UN MAESTRO DE DANZAR.

(DUARDO, LAURENCIO, FENISO.) (4)

FENISO. En fin, ha pasado un mes (5)
y no se casa Liseo.

DUARDO. No siempre mueve (6) el deseo
el codicioso interés.

LAURENCIO (7). ¿De Nise la enfermedad
ha sido causa bastante?

FENISO (8). Ver a Finea ignorante
templará su voluntad.

---

(1) En *N* y *H* este verso y los tres siguientes se hallan variados de esta forma:

"TURÍN. Es*e* es engaño, *pues* vemos,
por *experiencia notoria,*
mil hijos de padres sabios,
que de necios los deshonran."

(2) Idem id.: "Es verdad".
(3) Idem id.: "Hoy la*s* palabra*s* se rompa*n*".
(4) Idem id.: "rómpanse letras".
(5) Idem id.: "cobra".
(6) Idem id. este verso y los cinco que siguen están modificados así:

"Dicen que un hombre enojado,
que colérico se arroja,
si le ponen un espejo
que represente su sombra,
en mirando en él su imagen,
se templa y desapasiona..."

(7) Idem id.: "cristal".
(8) Idem id.: "pues su libertad *pregona*".
(9) Idem id.: "tu ira".

(1) En *N* y *H*: "Es verdad".
(2) Idem id.: "trocar".
(3) Idem id.: "distintas".
(4) En *N*: "*Salen* LAURENCIO, DUARDO *y* FENISO."
(5) En *N* y *H*: "LAURENCIO. En fin, *se* ha pasado un mes".
(6) Idem id.: "vence".
(7) Idem id.: "FENISO".
(8) Idem id.: "DUARDO".

LAURENCIO. Menos lo está que solía.
Temo que amor ha de ser
artificioso a encender
piedra tan helada y fría.
DUARDO ¡Tales milagros ha hecho
en gente rústica Amor!
FENISO. No se tendrá por menor
dar alma a su rudo pecho.
LAURENCIO. Amor, señores, ha sido
aquel ingenio profundo
que llaman alma del mundo,
y es el dotor que ha tenido
la cátedra de las ciencias;
porque sólo con amor
aprende el (1) hombre mejor
sus divinas diferencias.
Así lo sintió Platón;
esto Aristóteles dijo;
que como del cielo es hijo,
es todo contemplación;
della nació el admirarse,
y de (2) admirarse nació
el filosofar, que dió
luz, con que pudo (3) fundarse
toda (4) ciencia artificial,
y a amor se ha de agradecer
que el deseo de saber
es al hombre natural.
*Amor, con fuerza süave,
dió al hombre el saber sentir;
dió leyes para vivir
político, honesto y grave.
Amor repúblicas hizo,
que la concordia nació
de amor, con que a ser volvió
lo que la guerra deshizo.
Amor dió lengua a las aves,
vistió la tierra de frutos,
y como prados enjutos
rompió el mar con fuertes naves.
Amor enseñó a escribir
altos y dulces concetos,
como de su causa efetos.
Amor enseñó a vestir
al más rudo, al más grosero;
de la elegancia fué Amor
el maestro; el inventor
fué de los versos primero;

(1) En *N* y *H:* "un".
(2) Idem id.: "del".
(3) Idem id.: "pueda".
(4) Idem id: "todo *es*".

la música se le debe
y la pintura. Pues ¿quién
dejará de saber bien,
como sus efetos pruebe?*
No dudo de (1) que a Finea,
como ella (2) comience a amar,
la (3) deje Amor de enseñar,
por imposible que sea.
FENISO. Está bien pensado ansí.
¿Y su padre lleva (4) intento,
por dicha, en el casamiento,
que ame y sepa?
DUARDO. Y yo de aquí,
infamando amores locos,
en limpio vengo a sacar
que pocos deben de amar (5)
en lugar que saben pocos.
FENISO (6). ¡Linda malicia!
LAURENCIO (7). ¡Extremada!
FENISO (8). ¡Difícil cosa es saber!
LAURENCIO. Sí; pero fácil creer
que sabe, el que poco o nada.
FENISO. ¡Qué divino entendimiento
tiene Nise!
DUARDO. ¡Celestial!
FENISO. ¿Cómo, siendo necio el mal,
ha tenido atrevimiento
para hacerle estos (9) agravios,
de tal ingenio (10) desprecios?
LAURENCIO. Porque de sufrir a necios
suelen enfermar los sabios.
DUARDO (11). Ella viene.

(NISE y CELIA.)

FENISO (12). Y con razón
se alegra cuanto la mira.
NISE. [*Ap. a* CELIA.] (Mucho la Historia
[me admira.
CELIA. Amores pienso que son,
fundados en el dinero.
NISE. Nunca fundó su valor
sobre dineros Amor;

(1) En *N* y *H:* "ya".
(2) Idem id.: "él la".
(3) Idem id.: "*le*".
(4) Idem id.: "tendrá".
(5) Idem id.: "que pocos *saben* amar".
(6) Idem id.: "LAURENCIO."
(7) Idem id.: "FENISO."
(8) Idem id.: "DUARDO."
(9) Idem id.: "hacer *tales*".
(10) Idem id.: "y".
(11) Idem id.: "FENISO."
(12) Idem id.: "DUARDO."

que busca el alma primero.)

DUARDO. Señora, a vuestra salud,
hoy cuantas cosas os ven
dan alegre parabién
y tienen vida y quietud;
que como vuestra virtud
era el sol que se la dió (1),
mientras el mal la eclipsó
también lo estuvieron ellas;
que hasta ver vuestras estrellas
Fortuna el tiempo corrió.
Mas como la primavera
sale con pies de marfil
y el vario (2) velo sutil
tiende en la verde (3) ribera,
corre el agua lisonjera (4)
y están riñendo las flores,
sobre tomar las colores;
así vos salís trocando
el triste tiempo y sembrando
en campos de almas amores.

FENISO. Ya se ríen estas fuentes,
y son perlas las que fueron (5)
lágrimas, con que sintieron
esas estrellas (6) ausentes;
ya las aves (7) sus corrientes
hacen instrumentos claros,
con que quieren (8) celebraros;
todo se anticipa a veros,
y todo intenta ofreceros
con lo que puede (9) alegraros.
Pues si con veros hacéis
tales efetos agora
donde no hay alma (10), señora,
más de la (1) que vos ponéis,
en mí ¡qué muestras (2) haréis,
qué señales de alegría (3),
este venturoso día (4),
después de tantos enojos,
siendo vos sol de mis (5) ojos,
siendo vos alma en la mía!

LAURENCIO. A estar sin vida (6) llegué
el tiempo que no os serví;
que fué lo más que sentí,
aunque sin mi culpa fué:
yo vuestros males pasé;
como cuerpo que animáis,
vos movimiento me dais:
yo soy instrumento vuestro,
que en mi vida y salud muestro
todo lo que vos pasáis.
Parabién me den a mí
de la salud que hay en vos,
pues que pasamos (7) los dos
el mismo mal en que os vi (8).
Solamente os ofendí,
aunque (9) la disculpa os muestro,
en que este mal que fué nuestro
sólo tenerle debía:
no vos, que sois alma mía;
yo sí, que soy cuerpo vuestro.

NISE. Pienso que de oposición
me dais los tres parabién.

LAURENCIO. Y es bien, pues lo sois por quien
viven los que vuestros son.

NISE. Divertíos, ¡por mi vida!,
cortándome algunas flores
los dos, pues con sus colores
la diferencia os convida
deste (10) jardín; porque quiero
hablar a Laurencio un poco.

DUARDO. Quien ama y sufre, o es loco
o necio.

FENISO. Tal premio espero.

DUARDO. No son vanos mis recelos.

FENISO. Ella le quiere.

DUARDO. Yo haré
un ramillete de fe,

---

(1) En *N* y *H* este verso y el siguiente están variados así:

"fué sol que las alumbró,
mientras ella se eclipsó."

(2) Idem id.: "verde".
(3) Idem id.: "alegre".
(4) Idem id.: "placentera". Los versos restantes de esta décima están alterados del siguiente modo:

"cantando los ruiseñores,
y van creciendo las flores;
así vos salís mostrando
vuestra salud y sembrando
en campos de almas amores."

(5) Idem id.: "dieron".
(6) Idem id.: "vuestros cristales".
(7) Idem id.: "aguas".
(8) Idem id.: "para poder".
(9) Idem id.: "con que procura".
(10) Idem id.: "almas".

---

(1) En *N* y *H*: "las".
(2) Idem id.: "efetos".
(3) Idem id.: "este venturoso día".
(4) Idem id.: "visto con tanta alegría".
(5) Idem id.: "luz de estos".
(6) Idem id.: "enfermo".
(7) Idem id.: "vivimos".
(8) Idem id.: "con la que mostráis aquí".
(9) Idem id.: "ya que".
(10) Idem id.: "dese".

pero sembrado de celos (1).

LAURENCIO. Ya se han ido. ¿Podré yo,
Nise, con mis brazos darte
parabién de tu salud?

NISE. ¡Desvía, fingido, fácil,
lisonjero, engañador,
loco (2), inconstante, mudable;
hombre que en un mes de ausencia
(que bien merece llamarse
ausencia la enfermedad)
el pensamiento mudaste!
Pero mal dije en un mes,
porque puedes disculparte
con que creíste mi muerte (3);
y si mi muerte pensaste,
con gracioso sentimiento (4),
pagaste el amor que sabes,
mudando el tuyo en Finea.

LAURENCIO. ¿Qué dices?

NISE. Pero bien haces:
tú eres pobre; tú, discreto (5);
ella, rica y ignorante;
buscaste lo que no tienes,
y lo que tienes dejaste:
discreción tienes, y en mí
la que celebrabas antes,
dejas con mucha razón;
que dos ingenios iguales
no conocen superior;
y por dicha imaginaste
que quisiera yo el imperio
que a los hombres debe darse.
*El oro que no tenías,
tenerle solicitaste
enamorando a Finea.

LAURENCIO. Escucha...

NISE. ¿Qué he de escucharte? *

LAURENCIO. ¿Quién te ha dicho que yo he sido,
en un mes, tan inconstante?

NISE. ¿Parécete poco un mes?
Yo te disculpo; no hables,
que la Luna está en el cielo,
sin intereses mortales,
y en un mes, y aun algo menos,

(1) En *N* y *H* sigue esta acotación: "*(Vanse* DUARDO *y* FENISO.)"
(2) Idem id.: "falso".
(3) Idem id.: "con que mi muerte creíste".
(4) Idem id.: "con gentil atrevimiento".
(5) Idem id. este verso y el siguiente se hallan alterados así:

> "tú eres pobre, y ella rica;
> tu discreto, ella ignorante".

está (1) creciente y menguante.
Tú, en la tierra, y de Madrid,
donde hay tantos vendavales
de intereses en los hombres,
no fué milagro mudarte (2).
Dile, Celia, lo que has visto.

CELIA. Ya, Laurencio, no te espantes
de que Nise, mi señora,
desta manera te trate:
yo sé que has dicho a Finea (3)
requiebros...

LAURENCIO. ¡Que me levantes (4),
Celia, tales testimonios!...

CELIA. Tú sabes que son verdades;
y no sólo tú a mi dueño
ingratamente pagaste,
pero tu Pedro, el que tiene
de tus secretos las llaves,
ama a Clara tiernamente.
¿Quieres que más (5) te declare?

LAURENCIO. Tus celos han sido, Celia,
y quieres que yo los pague.
¿Pedro a Clara, aquella (6) boba?

NISE. Laurencio, si le (7) enseñaste,
¿por qué te afrentas (8) de aquello
en que, de ciego (9), no caes?
Astrólogo me pareces;
que siempre de ajenos males,
sin reparar en los suyos,
largos pronósticos hacen.
*¡Qué bien empleas tu ingenio!
De Nise confieso el talle;

(1) En *N* y *H*: "es su".
(2) Idem id., a continuación de este verso se interpolan ocho que, alterados, insértanse poco después en *A*. Dicen así:

> "¡Ay, Laurencio, qué buen pago
> de fe y amor tan constante!
> Yo enfermé de mis tristezas,
> que son bien terribles males;
> por regalos tuyos tuve
> engaños, mentiras, fraudes;
> pero pues tan duros fueron,
> di que me diste diamantes."

(3) En idem id.:

> "yo sé que has dicho requiebros
> a Finea."

(4) Idem id.: "¿Que levantes".
(5) Idem id.: "más que".
(6) Idem id.: "yo a la".
(7) Idem id.: "la".
(8) Idem id.: "de qué te quejas".
(9) Idem id.: "necio".

mas no es sólo el exterior
el que obliga a los que saben.*
¡Oh, quién os oyera juntos!
Debéis de hablar en romances,
porque un discreto y un necio
no pueden ser consonantes.
*¡Ay, Laurencio, qué buen pago
de fe y amor tan notable!
Bien dicen que a los amigos
prueba la cama y la cárcel.
Yo enfermé de mis tristezas
y de no verte ni hablarte;
sangráronme muchas veces;
¡bien me alegraste la sangre!
Por regalos tuyos tuve
mudanzas, traiciones, fraudes;
pero, pues tan duros fueron,
di que me diste diamantes.
Ahora bien: ¡esto cesó!

LAURENCIO. ¡Oye, aguarda!...
NISE. ¿Que te aguarde?
Pretende tu rica boba;
aunque yo haré que se case
más presto que tú lo piensas (1). *
LAURENCIO. ¡Señora!...

(Entre LISEO, *y asga* LAURENCIO *a* NISE.) (2)

LISEO. [*Ap.*] (Esperaba tarde
los desengaños; mas ya
no quiere Amor que me engañe.)
NISE. ¡Suelta!
LAURENCIO. ¡No quiero!
LISEO. ¿Qué es esto?
NISE. Dice Laurencio que rasgue
unos versos que me dió,
de cierta dama inorante,
y yo digo que no quiero.
LAURENCIO. Tú podrá ser que lo alcances
de Nise; ruégala tú.
LISEO. Si algo tengo que rogarte,
haz algo por mis memorias
y rasga lo que tú sabes.
NISE. ¡Dejadme los dos! (3)
LAURENCIO. ¡Qué airada!
LISEO. Yo me espanto (4) que te trate
con estos (1) rigores Nise.
LAURENCIO. Pues, Liseo, no te espantes;
que es defeto en los discretos,
tal vez, el no ser afables.
LISEO. ¿Tienes qué hacer?
LAURENCIO. Poco o nada.
LISEO. Pues vámonos esta tarde
por el Prado arriba.
LAURENCIO. Vamos
dondequiera que tú mandes.
LISEO. Detrás de los Recoletos
quiero hablarte.
LAURENCIO. Si el hablarme
no es con las lenguas que dicen,
sino con las lenguas que hacen
(aunque me espanto que sea),
dejaré caballo y pajes.
LISEO. Bien puedes.
LAURENCIO. Yo voy tras ti.

[*(Vase* LISEO.)] (2)

¡Qué celoso y qué arrogante!
Finea es boba, y (3), sin duda,
de haberle contado nace
mis amores y papeles.
Ya para consejo es tarde;
que deudas y desafíos
a que los honrados salen,
para trampas se dilatan,
y no es bien que se dilaten.

[*(Vase.)*]

(Un MAESTRO *de danzar y* FINEA.) (4)

MAESTRO. ¿Tan presto se cansa?
FINEA. Sí.
Y no quiero danzar más.
MAESTRO. Como no danza a compás,
hase enfadado de sí.
FINEA. ¡Por poco diera de hocicos,
saltando! Enfadada vengo.
¿Soy yo urraca, que andar tengo
por casa dando salticos?
Un paso, otro contrapaso,
floretas, otra floreta...

---

(1) En *N* y *H*, tras este verso interpólase:

"Ahora déjame, Laurencio."

(2) En *N*: "*(Sale* LISEO *solo.)*"
(3) Idem: "*(Vanse* NISE *y* CELIA.)"
(4) En *N* y *H*: "Espántome".

(1) En *N* y *H*: "esos".
(2) Esta acotación, en *N*.
(3) En *N* y *H*: "Finea es *simple*".
(4) En *N*: "*(Vase* LAURENCIO, *y sale un* MAESTRO *de danzar, dando lición a* FINEA: *empieza él a danzar, y ella se queda.)*"

¡Qué locura!

MAESTRO. [*Ap.*] (Imperfeta (1)
cosa, en un hermoso vaso
poner la Naturaleza
licor de un alma tan ruda:
con que yo salgo (2) de duda
que no es alma la belleza.)

FINEA. Maestro...

MAESTRO. ¿Señora mía?...

FINEA. ¿Trae (3) mañana un tamboril?

MAESTRO. Ese es instrumento vil,
aunque de mucha alegría.

FINEA. Que soy más aficionada
al cascabel os (4) confieso.

MAESTRO. Es muy de caballos eso.

FINEA. Haced vos lo que me agrada;
que no es mucha rustiqueza
el traellos en los pies:
harto peor pienso que es
traellos en la cabeza.

MAESTRO. (Quiero seguirle el humor.)
Yo haré lo que me mandáis.

FINEA. Id danzando cuando os vais.

MAESTRO. Yo os agradezco el favor;
pero llevaré tras mí
mucha gente.

FINEA. Un pastelero,
un sastre y un zapatero
¿llevan la gente tras sí?

MAESTRO. No; pero tampoco ellos
por la calle haciendo van
sus oficios.

FINEA. ¿No podrán,
si quieren?

MAESTRO. Podrán hacellos;
y (5) yo no quiero danzar.

FINEA. Pues no entréis aquí (6).

MAESTRO. No haré.

FINEA. Ni (7) quiero andar en un pie,
ni dar vueltas, ni saltar (8).

MAESTRO. Ni yo enseñar las que sueñan
disparates atrevidos.

FINEA. No importa; que los maridos
son los que mejor enseñan.

MAESTRO. ¡Han visto, la mentecata!...

(1) En *N* y *H*: "*Qué* imperfeta".
(2) Idem id.: "ya salga".
(3) Idem id.: "trae*d*".
(4) Idem id.: "a cascabeles".
(5) Idem id.: "mas".
(6) Idem id.: "No entréis más aquí."
(7) Idem id.: "N*o*".
(8) Idem id.: "bailar".

FINEA. ¿Qué es mentecata, villano?

MAESTRO. ¡Señora, tened (1) la mano!
Es una dama que trata
con gravedad (2) y rigor
a quien la sirve.

FINEA. ¿Esa (3) es?

MAESTRO. Puesto que vuelve después
con más blandura (4) y amor.

FINEA. ¿Es eso cierto?

MAESTRO. ¿Pues no?

FINEA. Yo os juro, aunque nunca ingrata,
que no hay mayor mentecata
en todo el mundo que yo.

MAESTRO. El creer es cortesía.
Adiós; que soy muy cortés.

(Váyase, y entre CLARA.*)* (5)

CLARA. ¿Danzaste?

FINEA. ¿Ya no lo ves?
Persíguenme todo el día
con leer, con escribir,
con danzar, ¡y todo es nada!...
Sólo Laurencio me agrada.

CLARA. ¿Cómo te podré decir
una desgracia notable?

FINEA. Hablando; porque no hay cosa
de decir dificultosa,
a mujer que viva y hable.

CLARA. Dormir en día de fiesta,
¿es malo?

FINEA. Pienso que no;
aunque si Adán se durmió,
buena costilla le cuesta.

CLARA. Pues si nació la mujer
de una dormida costilla,
que duerma no es maravilla.

FINEA. Agora (6) vengo a entender,
sólo con esa advertencia,
por qué se andan tras nosotras
los hombres, y en unas y otras
hacen tanta diligencia (7);
que, si aquesto no es asilla (8),
deben de andar a buscar

(1) En *N* y *H*: "¡tened, señora..."
(2) Idem id.: "aspereza".
(3) Idem id.: "es*o*".
(4) Idem id.: "con *mansedumbre*".
(5) En *N*, la acotación dice: "*(Vase el* MAESTRO, *y sale* CLARA.*)*"
(6) En *N* y *H*: "Por eso".
(7) Idem id.: "diferencia".
(8) En *N*: "costilla". Hartzenbusch corrigió "hablilla".

su costilla, y no hay parar
hasta topar su costilla.

CLARA. Luego, si pasa (1) el que amó
un año, y dos, harto (2) bien,
¿le dirán los que le ven
que su costilla topó?

FINEA. A lo menos, los casados.

CLARA. ¡Sabia estás!

FINEA. Aprendo ya;
que me enseña Amor, quizá,
con leciones de cuidados.

CLARA. Volviendo al cuento: Laurencio
me dió un papel para ti;
púseme a hilar —¡ay de mí,
cuánto provoca el silencio!—,
metí en el copo el papel (3),
y como hilaba al candil
y es la estopa tan sotil (4),
aprendióse (5) el copo en él.
Cabezas hay disculpadas,
cuando duermen sin cojines,
y sueños como rocines
que vienen con cabezadas.
Apenas el copo ardió,
cuando, puesta en él de pies,
me chamusqué; ya lo (6) ves...

FINEA. ¿Y el papel?

CLARA. Libre quedó,
como el Santo de Pajares.
Sobraron estos renglones,
en que (7) hallarás más razones
que en mi cabeza aladares.

FINEA (8). ¿Y no se podrán (9) leer?

CLARA (10). Toma, y lee.

FINEA. Yo sé poco.

CLARA. ¡Dios libre (11) de un fuego loco
la estopa de la (12) mujer!

(Entre (13) OCTAVIO.)

OCTAVIO.

(Yo pienso que me canso en enseñarla,
porque es querer labrar con vidro un pórfido;
ni el danzar ni el leer (1) aprender puede,
aunque está menos ruda que solía.)

FINEA.

¡Oh, padre mentecato y generoso!
¡Bien seas venido!

OCTAVIO.

¿Cómo mentecato?

FINEA.

Aquí el maestro (2) de danzar me dijo
que era yo mentecata, y enojéme;
mas él me respondió que este vocablo
significaba una mujer que riñe
y luego vuelve (3) con amor notable;
y como vienes tú riñendo agora,
y has de mostrarme amor en breve rato,
quise también llamarte mentecato.

OCTAVIO.

Pues, hija, no creáis a todas gentes (4),
ni (5) digáis ese nombre, que no es justo.

FINEA.

No lo haré más. Mas diga, señor padre:
¿sabe leer?

OCTAVIO.

Pues ¿eso me preguntas?

FINEA.

Tome, ¡por vida suya! (6), y éste lea.

OCTAVIO.

¿Este papel?

FINEA.

Sí, padre.

OCTAVIO.

Oye, Finea:

(Lea así:) (7)

"Agradezco mucho la merced que me has

(1) En *N*: "así para"; en *H*: "si para".
(2) En *N* y *H*: "y aún más muy".
(3) Idem id.: "puse en la estopa el papel".
(4) Idem id.: "sutil".
(5) Hartzenbusch corrigió "prendióseme".
(6) En *N* y *H*: "me".
(7) Idem id.: "donde".
(8) Idem id. omítese.
(9) "Más bien se podrá".
(10) Idem id. omítese.
(11) Idem id.: "Libre Dios".
(12) Idem id.: "una".
(13) En *N*: "*Sale*".

(1) En *N* y *H*: "ni el leer ni el danzar".
(2) Idem id.: "Aquel maestro".
(3) Idem id.: "y vuelve luego".
(4) Idem id.: "todos hombres".
(5) Idem id.: "*no*".
(6) Idem id.: "Pues tome, por su vida".
(7) En *N*, la acotación sólo dice: "*Carta.*"

hecho, aunque toda esta noche la he pasado con poco sosiego, pensando en tu hermosura (1)..."

FINEA.

¿No hay (2) más?

OCTAVIO.

No hay más; que está, muy justamente (3), quemado lo demás. ¿Quién te le ha dado?

FINEA.

Laurencio, aquel discreto caballero
de la academia de mi hermana Nise,
que dice que me quiere con (4) extremo.

OCTAVIO.

De tu (5) ignorancia, mi desdicha temo.
¿Esto trujo a mi casa el ser discreta (6)
Nise? ¿El galán, el músico, el poeta (7),
el lindo, el que se precia de oloroso,
el afeitado, el loco y el ocioso?
¿Hate pasado más con éste, acaso?

FINEA.

Ayer, en la escalera, al primer paso,
me dió un abrazo.

OCTAVIO.

(¡En buenos pasos anda
mi pobre honor, por una y otra banda!
La discreta, con necios en concetos,
y la boba, en amores con discretos.
A ésta no hay llevarla por castigo,
y más que lo podrá (8) entender su esposo.)
Hija, sabed (1) que estoy muy enojado.
No os dejéis abrazar; ¿entendéis, hija?

FINEA.

Sí, señor padre (2); y cierto que me pesa,
aunque me pareció muy bien entonces (3).

OCTAVIO.

Sólo vuestro marido ha de ser digno
de los (4) abrazos.

(Entre (5) TURÍN.)

TURÍN.

En tu busca vengo.

OCTAVIO.

¿De qué es la prisa tanta (6)?

TURÍN.

De que al campo (7)
van, a matarse, mi señor Liseo
y Laurencio, ese (8) hidalgo marquesote
que desvanece a Nise con sonetos.

OCTAVIO.

(¿Qué importa que los padres sean discretos,
si les falta a los hijos la obediencia?
Liseo habrá entendido la imprudencia
deste (9) Laurencio, atrevidillo y loco,
y que sirve a su esposa.) ¡Caso extraño!
¿Por dónde fueron (10)?

TURÍN.

Van (11), si no me engaño,
hasta (12) los Recoletos Agustinos.

OCTAVIO.

Pues ven tras mí. ¡Qué extraños desatinos!

---

(1) En *N* y *H*, el texto del "papel" está modificado así:

"Estoy muy agradecido a la merced que me haces, aunque he pasado toda la noche contemplando tu hermosura." *(Rásgale.)*

(2) Idem id.: "dice".
(3) Idem id.:

"*No dice*; y justamente
lo que falta rompí. ¿Quién te le ha dado?"

(4) Idem id.: "por".
(5) Idem id.: "*su*".
(6) Idem id.: "hermosa".
(7) Idem id. este verso y los dos siguientes se hallan alterados así:

"¿El galán, el lindo, el oloroso,
el afeitado, el limpio y el curioso?"

(8) Idem id.: "vendrá".

(1) En *N* y *H*: "mirad".
(2) Idem id.: "No lo haré más".
(3) Idem id.: "*porque* me pareció muy bien *el hombre*".
(4) Idem id.: "esos".
(5) En *H*: "*Sale*".
(6) En *N* y *H*: "¿Qué hay, Turín?"
(7) Idem id., este hemistiquio y el verso siguiente dicen así:

"Que a matarse van al campo
en este punto mi señor Liseo."

(8) Idem id.: "un".
(9) Idem id.: "de ese".
(10) Idem id.: "¿Adónde irán?"
(11) Idem id.: "Irán".
(12) Idem id.: "hacia".

(*Váyanse* (1) OCTAVIO *y* TURÍN.)

CLARA. Parece que se ha enojado
tu padre.
FINEA. ¿Qué puedo hacer?
CLARA. ¿Por qué le diste a leer
el papel?
FINEA. Ya me ha pesado.
CLARA. Ya no puedes proseguir
la voluntad de Laurencio.
FINEA. Clara, no lo diferencio
con el dejar de vivir (2).
Yo no entiendo cómo (3) ha sido,
desde que el hombre me habló (4);
porque, si es que siento yo,
él me (5) ha llevado el sentido.
Si duermo, sueño con él;
si como, le estoy pensando,
y si bebo, estoy mirando
en agua la imagen dél (6).
¿No has visto de qué manera
muestra el (7) espejo, a quien mira,
su rostro, que una mentira
le hace forma verdadera?
Pues lo mismo en vidro (8) miro
que el cristal me representa.
CLARA. A tus palabras atenta,
de tus mudanzas me admiro.
Parece que te transformas
en otra.
FINEA. En otro dirás.
CLARA. Es maestro con quien más
para aprender te conformas.
FINEA. Con todo eso, seré
obediente al padre mío;
fuera de que es desvarío
quebrar (9) la palabra y fe.
CLARA. Yo haré lo mismo.
FINEA. No impidas
el camino que llevabas.

(1) En *N* y *H*: "*Vanse*".
(2) Idem id.: "sentir".
(3) Idem id.: "Yo no *sé lo que esto* ha sido".
(4) Idem id.: "*después* que el hombre me *vió*".
(5) Idem id.: "*se*".
(6) Idem id. esta redondilla se halla variada así:

"*Si como, imagino en él;*
si duermo, le estoy soñando,
y si bebo, estoy mirando
en agua *su* imagen dél."

(7) Idem id.: "vuelve un".
(8) Idem id.: "en *ella*".
(9) Idem id.: "romper".

CLARA. ¿No ves que amé porque amabas,
y olvidaré porque olvidas?
FINEA. Harto me pesa de amalle;
pero a ver mi daño vengo,
aunque sospecho (1) que tengo
de olvidarme de olvidalle.

(*Váyanse, y entren* LISEO *y* LAURENCIO.) (2)

LAURENCIO.

Antes, Liseo, de sacar la espada,
quiero saber la causa que (3) os obliga.

LISEO.

Pues bien será que las razones (4) diga.

LAURENCIO.

Liseo, si son celos de Finea,
mientras no sé que vuestra esposa sea,
bien puedo pretender, pues fuí (5) primero.

LISEO.

Disimuláis, ¡a fe de caballero!,
pues tan lejos lleváis el (6) pensamiento
de amar una mujer tan inorante.

LAURENCIO.

Antes de que la quiera (7) no os espante;
que soy tan pobre como bien nacido,
y quiero sustentarme con el (8) dote.
Y que lo diga ansí no os alborote,
pues que vos, dilatando el casamiento,
habéis dado más fuerzas a mi intento,
y porque cuando llegan, obligadas,
a desnudarse en campo las espadas,
se han de tratar (9) verdades llanamente;
que es hombre vil quien en el campo miente.

LISEO.

*¿Luego, no queréis bien a Nise?

LAURENCIO.

A Nise
yo no puedo negar que no la quise;

(1) En *N* y *H*: "presumo".
(2) En *N*: "*(Vanse, y salen* LAURENCIO *y* LISEO.)"
(3) En *N* y *H*: "me decís la ocasión que a esto".
(4) Idem id.: "la razón os".
(5) Hartzenbusch corrigió "soy".
(6) En *N* y *H*: "andáis del".
(7) Idem id.: "lo diga".
(8) Idem id.: "su".
(9) Idem id.: "decir".

mas su dote serán diez mil ducados,
y de cuarenta a diez, ya veis, van treinta,
y pasé de los diez a los cuarenta.

LISEO.

Siendo eso ansí, como de vos lo creo,
estad seguro que jamás Liseo
os quite la esperanza de Finea;
que aunque no es la ventura de la fea,
será de la ignorante la ventura;
que así Dios me la dé que no la quiero,
pues desde que la vi, por Nise muero.

LAURENCIO.

¿Por Nise?

LISEO.

¡Sí, por Dios!

LAURENCIO.

Pues vuestra es Nise;
y con la antigüedad que yo la quise,
yo os doy sus esperanzas y favores;
mis deseos os doy y mis amores,
mis ansias, mis serenos, mis desvelos,
mis versos, mis sospechas y mis celos.
Entrad con esta runfla y dalde pique;
que no hará mucho en que de vos se pique.

LISEO.

Aunque con cartas triplicadas juegue,
aceto la merced, señor Laurencio;
que yo soy rico, y compraré mi gusto.
Nise es discreta, yo no quiero el oro;
hacienda tengo, su belleza adoro.

LAURENCIO.

Hacéis muy bien; que yo, que soy tan pobre,
el oro solicito que me sobre;
que aunque de entendimiento lo es Finea,
yo quiero que en mi casa alhaja sea.
¿No están las escrituras de una renta
en un cajón de un escritorio, y rinden
aquello que se come todo el año?
¿No está una casa principal tan firme
como de piedra, al fin yeso y ladrillo,
y renta mil ducados a su dueño?
Pues yo haré cuenta que es Finea una casa,
una escritura, un censo y una viña,
y seráme una renta con basquiña;
demás que, si me quiere a mí, me basta:
que no hay mayor ingenio que ser casta.*

LISEO.

Yo os doy palabra (1) de ayudaros tanto,
que venga a ser tan vuestra como creo.

LAURENCIO.

Y yo con Nise haré, ¡por Dios (2), Liseo!,
lo que veréis.

LISEO.

Pues démonos las manos
de amigos, no (3) fingidos cortesanos,
sino como si fuéramos de Grecia,
adonde tanto el amistad se precia.

LAURENCIO.

Yo seré vuestro Pílades.

LISEO.

Yo, Orestes.

(Entre OCTAVIO *y* TURÍN.) (4)

OCTAVIO.

¿Son estos?

TURÍN.

Ellos son.

OCTAVIO.

¿Y esto es pendencia (5)?

TURÍN.

Conocieron de lejos tu presencia...

OCTAVIO.

¡Caballeros!

LISEO.

Señor, seáis bien venido.

OCTAVIO.

¿Qué hacéis aquí?

LISEO.

Como Laurencio ha sido
tan grande amigo mío, desde el día

---

(1) En *N* y *H:* "Pues yo os prometo".
(2) Idem id.: "bien".
(3) Idem id.: "y no como".
(4) En *N:* "*(Abráçanse, y salen* OCTAVIO *y* TURÍN.)"
(5) En *N* y *H* comienza la escena así:

"OCTAVIO.

Turín, ¿aquesta dices que es pendencia?

que vine (1) a vuestra casa, o a la mía,
venimos a ver el campo solos (2),
tratando (3) nuestras cosas igualmente.

OCTAVIO.

Desa amistad me huelgo extrañamente.
Aquí vine a un jardín de un grande amigo,
y me holgaré de que (4) volváis conmigo.

LISEO.

Será para los dos merced notable.

LAURENCIO.

Vamos a acompañaros y serviros.

OCTAVIO [*Aparte.*]

Turín, ¿por qué razón me has engañado?

TURÍN.

Porque deben de haber (5) disimulado,
y porque, en fin, las más de las pendencias
mueren por madurar; que a no ser esto,
no hubiera mundo ya.

OCTAVIO.

Pues, di, ¿tan presto
se pudo remediar?

TURÍN.

¿Qué más remedio
de no reñir, que estar la vida en medio?

(NISE y FINEA.) (6)

NISE. De suerte te has engreído,
que te voy desconociendo.
FINEA. De que eso digas, me ofendo.
Yo soy la que siempre he sido.
NISE. Yo te vi menos discreta.
FINEA. Y yo más segura a ti.
NISE. ¿Quién te va trocando ansí?
¿Quién te da lección secreta?
Otra memoria es la tuya.
¿Tomaste la anacardina?
FINEA. Ni de Ana, ni Catalina,
he tomado lección suya.
Aquello (1) que ser solía
soy; porque sólo he mudado
un poco de más cuidado.
NISE. ¿No sabes que es prenda mía
Laurencio?
FINEA. ¿Quién te empeñó
a Laurencio?
NISE. Amor.
FINEA. ¿A fe?
Pues yo le desempeñé,
y el mismo Amor me le dió.
NISE. ¡Quitaréte dos mil vidas,
boba dichosa!
FINEA. No creas
que si a Laurencio deseas,
de Laurencio te dividas.
En mi vida supe más
de lo que él me ha dicho a mí (2):
eso sé y eso aprendí.
NISE. Muy aprovechada estás;
mas de (3) hoy más no ha de pa-
por el pensamiento. [sarte
FINEA. ¿Quién?
NISE. Laurencio.
FINEA. Dices muy bien.
No volverás a quejarte (4).
NISE. Si los ojos puso en ti,
quítelos luego.
FINEA. Que sea
como tú quieres.
NISE. Finea,
déjame a Laurencio a mí.
Marido tienes.
FINEA. Yo (5) creo
que no riñamos las dos (6).
NISE. Quédate con Dios.
FINEA. Adiós.

(*Váyase* NISE, *y entre* LAURENCIO.) (7)

¡En qué confusión me veo!

TURÍN.
Conocieron de lejos tu presencia,
y habrán disimulados.
OCTAVIO.
¡Oh, caballeros!
¿Solos aquí?"

(1) En *N* y *H:* "llegué".
(2) Idem id.: "salimos entrambos mano a mano".
(3) Idem id.: "a tratar".
(4) Idem id. se intercala "os".
(5) Idem id.: "Porque *en viéndome habrán*".
(6) En *N:* "*(Vanse, y salen* NISE *y* FINEA.)"

(1) En *N* y *H:* "La misma".
(2) Idem id.: "de lo que él *me dijo aquí*".
(3) Idem id.: "desde".
(4) Idem id.: "enojarte".
(5) Idem id.: "No".
(6) Idem id.: "que *reñiremos* las dos".
(7) En *N*, la acotación dice: "*(Vase* NISE.)"

¿Hay mujer más (1) desdichada?
Todos dan en perseguirme...
LAURENCIO. Detente en un punto firme,
fortuna, veloz y airada;
que ya parece que quieres
ayudar mi pretensión.
¡Oh, qué gallarda ocasión!
¿Eres tú, mi bien?
FINEA. No esperes,
Laurencio, verme jamás.
Todos me riñen por ti.
LAURENCIO. Pues ¿qué te han dicho de mí?
FINEA. Eso agora lo sabrás.
¿Dónde está mi pensamiento?
LAURENCIO. ¿Tu pensamiento?
FINEA. Sí.
LAURENCIO. En ti;
porque si estuviera en mí,
yo estuviera más contento.
FINEA. ¿Vesle tú?
LAURENCIO. Yo no, jamás.
FINEA. Mi hermana me dijo (2) aquí
que no has de pasarme a mí
por el pensamiento más;
por eso allá te desvía,
y no me pases por él.
LAURENCIO. Piensa que yo estoy en él,
y él (3) echarme fuera querría.
FINEA. Tras esto dice (4) que en mí
pusiste los ojos...
LAURENCIO. Dice
verdad; no lo contradice
el alma que vive en ti.
FINEA. Pues tú me has de quitar luego
los ojos que me pusiste.
LAURENCIO. ¿Cómo, si en Amor consiste?
FINEA. Que me los quites te ruego,
con ese lienzo, de aquí,
si yo los tengo en mis ojos.
LAURENCIO. No más; cesen los enojos (5).
FINEA. ¿No (6) están en mis ojos?
LAURENCIO. Sí.
FINEA. Pues limpia y quita los tuyos (7);
que no han de estar en los míos.
LAURENCIO. ¡Qué graciosos desvaríos!

(1) En *N* y *H*: "tan".
(2) Idem id.: "ha dicho".
(3) Idem id. omítese "él".
(4) Idem id.: "también ha dicho".
(5) Idem id. sigue la acotación: "*(Pónele el lienzo en los ojos.)*"
(6) Idem id. omítese "No".
(7) Idem id.: "Pues *quita luego* los tuyos".

FINEA. Ponlos a Nise en los suyos.
LAURENCIO. Ya te limpio con el lienzo (1).
FINEA. ¿Quitástelos?
LAURENCIO. ¿No lo ves?
FINEA. Laurencio, no se los des,
que a sentir penas comienzo;
pues más hay: que el padre mío
bravamente se ha enojado
del abrazo que me has dado.
LAURENCIO. Más que hay otro desvarío.
FINEA. También me le has de quitar;
no ha de reñirme (2) por esto.
LAURENCIO. ¿Cómo ha de ser?
FINEA. Siendo, presto.
¿No sabes (3) desabrazar?
LAURENCIO. El brazo derecho alcé;
tienes razón, ya (4) me acuerdo,
y (5) agora alzaré el izquierdo,
y el abrazo desharé (6).
FINEA. ¿Estoy ya desabrazada?
LAURENCIO. ¿No lo ves (7)?

(NISE *entre.*) (8)

NISE. Y yo también (9).
FINEA. Huélgome, Nise, también;
que ya no me dirás nada.
Ya Laurencio no me pasa
por el pensamiento a mí;
ya los ojos le volví,
pues que contigo se casa:
en el lienzo los llevó;
y ya me ha desabrazado.
LAURENCIO. Tú sabrás lo que ha pasado,
con harta risa.
NISE. Aquí no.
Vamos los dos al jardín,
que tengo bien qué riñamos.
LAURENCIO. Donde tú quisieres vamos.

(Váyanse LAURENCIO *y* NISE.)

(1) En *N* y *H* este verso y el siguiente se hallan alterados así:

"[FINEA.] Llevástelos en el lienzo.
LAURENCIO. Sí, señora. ¿No lo ves?"

(2) Idem id.: "no me ha de reñir".
(3) Idem id.: "sabrás".
(4) Idem id.: "entonces, muy bien".
(5) Idem id. omítese "y".
(6) Idem id.: "desharé".
(7) Idem id.: "*¿Pues* no lo ves?"
(8) En *N*: "*(Sale* NISE, *y velos abraçados.)*"
(9) En *N* y *H*: "¡Oh, qué bien".

FINEA. Ella se le lleva, en fin.
¿Qué es esto, que me da pena
de que se vaya con él?
Estoy por irme tras él...
¿Qué es esto, que me enajena
de mi propia libertad (1)?
No me hallo sin Laurencio...
Mi padre es éste (2); silencio.
Callad, lengua; ojos, hablad.

(OCTAVIO *entre.*) (3)

OCTAVIO.

¿Adónde está tu esposo?

FINEA.

Yo pensaba
que lo primero, en viéndome, que hicieras
fuera saber de mí si te obedezco.

OCTAVIO.

Pues eso, ¿a qué propósito?

FINEA.

¿Enojado,
no me dijiste aquí que era mal hecho
abrazar a Laurencio? Pues (4) agora
que me desabrazase le he rogado,
y el abrazo pasado me ha quitado.

OCTAVIO.

¿Hay cosa semejante? ¡Pues di, bestia (5)!,
¿otra vez le abrazabas?

FINEA.

Que no es eso:
fué la primera vez alzado el brazo (6)
derecho de Laurencio, aquel abrazo,
y agora levantó, que bien me acuerdo,
porque fuese al revés, el brazo izquierdo:
luego desabrazada estoy (7) agora.

(1) En *N* y *H*: "voluntad".
(2) Idem id.: "Mi padre *viene*".
(3) En *N*: "*(Sale* OCTAVIO.)"
(4) En *N* y *H* se interpola "yo".
(5) Idem id.: "*¿Hay ignorancia tal?* Pues *dime*, bestia".
(6) Idem id. este verso y el siguiente se hallan variados así:

"al principio fué hecho aquel abrazo,
alto el brazo derecho de Laurencio".

(7) Idem id.: "quedo".

OCTAVIO.

(Cuando pienso (1) que sabe más, ignora;
ello es querer hacer lo que no quiso
Naturaleza.)

FINEA.

Diga, señor padre:
¿cómo llaman aquello que se siente
cuando se va con otro lo que se ama?

OCTAVIO.

Ese agravio de amor, celos se llama.

FINEA.

¿Celos?

OCTAVIO.

¿Pues no lo ves (2), que son sus hijos?

FINEA.

El padre puede dar mil regocijos;
y es muy hombre de bien, mas desdichado
en (3) que tan malos hijos ha criado.

OCTAVIO.

(Luz va tiniendo ya. Pienso, y bien pienso (4),
que si Amor la enseñase, aprendería.)

FINEA.

¿Con qué se quita el mal de celosía?

OCTAVIO.

Con desenamorarse, si hay agravio;
que es el remedio más prudente y sabio:
*que mientras hay amor ha de haber celos,
pensión que dieron a ese bien los cielos.*
¿Adónde Nise está (5)?

FINEA.

Junto a la fuente,
con Laurencio, se fué.

OCTAVIO.

¡Cansada cosa!
Aprenda noramala a hablar su prosa,
déjese de sonetos y canciones.
Allá voy, a romperle (6) las razones.

(1) En *N* y *H*: "piensa".
(2) Idem id.: "Si tú no ves".
(3) Idem id.: "del".
(4) Idem id.:

"Luz va tomando ya; por cierto creo".

(5) Idem id.: "¿Dónde tu hermana está?"
(6) Idem id.: "romperles".

(Váyase.) (1)

FINEA. ¿Por quién, en el mundo, pasa
esto que pasa por mí?
¿Qué vi denantes, qué vi,
que así me enciende y me (2)
[abrasa?
Celos dice el padre mío
que son. ¡Brava enfermedad!

(Entre (3) LAURENCIO.)

LAURENCIO. (Huyendo su autoridad,
de enojarle me desvío;
aunque, en parte, le agradezco
que estorbase (4) los enojos
de Nise. Aquí están los ojos
a cuyos rayos me ofrezco.)
¿Señora?
FINEA. Estoy por no hablarte.
¿Cómo (5) te fuiste con Nise?
LAURENCIO. No me fuí porque yo quise.
FINEA. Pues ¿por qué?
LAURENCIO. Por no enojarte.
FINEA. *Pésame si no te veo,
y en viéndote ya querría
que te fueses, y a porfía
anda el temor y el deseo.*
Yo estoy celosa de ti;
que ya sé lo que son celos;
que su duro (6) nombre, ¡ay, cielos!,
me dijo mi padre aquí;
mas también me dió el remedio.
LAURENCIO. ¿Cuál es?
FINEA. Desenamorarme;
porque (7) podré sosegarme
quitando el amor de en medio.
LAURENCIO. Pues eso, ¿cómo ha de ser?
FINEA. El que me puso el amor
me le quitará mejor.
LAURENCIO. Un remedio suele haber (8).
FINEA. ¿Cuál?
LAURENCIO. Los que vienen aquí
al remedio ayudarán.

(Entren PEDRO, DUARDO *y* FENISO.) (9)

(1) En *N: "(Vase* OCTAVIO.)"
(2) En *N* y *H* omítese "me".
(3) En *N: "Sale"*.
(4) En *N* y *H:* "excusase".
(5) Idem id.: "¿Por qué..."
(6) Idem id.: "dino".
(7) Idem id.: "Y así".
(8) Idem id. :"Otro mejor puede haber".
(9) En *N: "(Salen* DUARDO, FENISO *y* PEDRO.)"

PEDRO. Finea y Laurencio están
juntos.
FENISO. (1). Y él fuera de sí.
LAURENCIO. Seáis los tres bien venidos
a la ocasión más gallarda
que se me pudo ofrecer;
y pues de los dos el alma
a sola Nise discreta
inclina las esperanzas,
oíd lo que con Finea
para mi remedio pasa.
DUARDO. En esta casa parece,
según por los aires andas,
que te ha dado hechizos Circe:
nunca sales de esta casa.
LAURENCIO. Yo voy con mi pensamiento (2)
haciendo una rica traza
para hacer oro de alquimia.
PEDRO. La salud y el tiempo gastas.
Igual sería, señor,
cansarte (3), pues todo cansa,
de pretender imposibles.
LAURENCIO. ¡Calla, necio!
PEDRO. El nombre basta
para no callar jamás;
que nunca los necios callan.
*LAURENCIO. Aguardadme mientras hablo
a Finea.
DUARDO. Parte.
LAURENCIO. Hablaba,
Finea hermosa, a los tres
para el remedio que aguardas.
FINEA. ¡Quítame presto el amor;
que con sus celos me mata!*
LAURENCIO. Si dices delante destos
cómo me das la palabra
de ser mi esposa y mujer,
todos los celos se acaban.
FINEA. ¿Eso no más? Yo lo haré.
LAURENCIO. Pues tú misma a los tres llama.
FINEA. ¡Feniso, Duardo, Pedro (4)!
LOS TRES. ¡Señora!
FINEA. Yo doy palabra
de ser esposa y mujer
de Laurencio.

(1) En *N* y *H:* "DUARDO."
(2) Idem id. :"Yo voy *aquí con mi ingenio"*.
(3) Idem id.: "casarte".
(4) Idem id. este verso y el siguiente están alterados así:

"FINEA. Duardo, Feniso, Pedro,
yo doy aquí la palabra."

DUARDO (1). ¡Cosa extraña!
LAURENCIO. ¿Sois testigos desto?
LOS TRES. Sí.
LAURENCIO. Pues haz cuenta que estás sana (2)
del amor y de los celos
que tanta pena te daban.
FINEA. ¡Dios te lo pague, Laurencio!
LAURENCIO. Venid los tres a mi casa;
que tengo un notario allí.
FENISO (3). Pues ¿con Finea te casas?
LAURENCIO. Sí, Feniso (4).
FENISO (5). ¿Y Nise bella?
LAURENCIO. ¡Troqué discreción por plata!

(Quede FINEA *sola, y entren* NISE *y* OCTAVIO.) (6)

NISE. Hablando estaba con él
cosas de poca importancia.
OCTAVIO. Mira, hija, que estas cosas
más deshonor que honor causan.
NISE. Es un honesto mancebo
que de buenas letras trata,
y téngole por maestro.
OCTAVIO. No era tan blanco en Granada
Juan Latino, que la hija
de un Veinticuatro enseñaba;
y siendo (7) negro y esclavo,
porque fué (8) su madre esclava
del claro Duque de Sesa,
honor (9) de España y de Italia,
se vino a casar (10) con ella;
que Gramática estudiaba,
y la enseñó a conjugar
en llegando al *amo, amas;*
que así llama el (11) matrimonio
el latín.
NISE. De eso me guarda
ser tu hija.
FINEA. ¿Murmuráis
de mis cosas?
OCTAVIO. ¿Aquí estaba
esta loca?

(1) En *N* y *H:* "FENISO."
(2) Idem id.: "Haz cuenta que ya estás sana".
(3) Idem id.: "DUARDO."
(4) Idem id. :"Sí, *Duardo*".
(5) Idem id.: "DUARDO."
(6) En *N:* "*(Vanse* LAURENCIO *y* DUARDO; *queda* FINEA; *salen* OCTAVIO *y* NISE.)"
(7) En *N* y *H:* "y con ser".
(8) Idem id.: "era".
(9) Idem id.: "honra".
(10) Idem id.: "vino a casarse".
(11) Idem id.: "al".

FINEA. Ya no es tiempo
de reñirme.
OCTAVIO (1). ¿Quién te habla?
¿(2) quién te riñe?
FINEA. Nise y tú.
Pues sepan (3) que agora acaba
de quitarme el amor todo
Laurencio, como la palma.
OCTAVIO. ¿Hay alguna bobería?
FINEA. Díjome que se quitaba
el amor con que le diese
de su mujer la palabra;
y delante de testigos
se la he dado, y (4) estoy sana
del amor y de los celos (5).
OCTAVIO. *¡Esto es cosa temeraria!*
Esta, Nise, ha de quitarme
la vida.
NISE. ¿Palabra dabas
de mujer a ningún hombre?
¿No sabes (6) que estás casada?
FINEA. ¿Para quitarme el amor,
qué importa?
OCTAVIO. No entre en mi casa (7)
Laurencio más.
NISE. Es error;
porque Laurencio la engaña:
que él y Liseo lo dicen
no más de para enseñarla.
OCTAVIO. De esa manera (8), yo callo.
FINEA. ¡Oh!; pues ¿con eso nos tapa (9)
la boca?
OCTAVIO. Vente conmigo (10).
*FINEA. ¿Adónde?
OCTAVIO. Donde te aguarda
un notario.

(1) En *N* y *H:* "NISE."
(2) Idem id.: "OCTAVIO."
(3) Idem id.: "sabed".
(4) Idem id. se interpola "ya".
(5) Idem id. a este verso sigue:

"que tanta pena me daban".

(6) Idem id.: "Tú no ves".
(7) Idem id., este verso y los tres siguientes hállanse modificados así:

"OCTAVIO. ¡Locura extraña!
No entre aquí Laurencio.
NISE. Es yerro;
que él y Liseo la engañan,
y aquesta traza han tomado."

(8) Idem id.: "¡Oh, pues con eso .
(9) Idem id.: "tapas".
(10) Idem id.: "Ven allá dentro".

FINEA. Vamos.
OCTAVIO. Ven.*
¡Qué descanso de mis canas!

(NISE *sola.*) (1)

NISE. Hame contado Laurencio
que han tomado aquesta traza
Liseo y él para ver (2)
si aquella (3) rudeza labran,
y no me parece mal.

(LISEO *entre.*) (4)

LISEO. ¿Hate contado mis ansias
Laurencio, discreta Nise?
NISE. ¿Qué me dices? ¿Sueñas o hablas?
LISEO. Palabra me dió Laurencio
de ayudar mis esperanzas,
viendo que las pongo en ti.
NISE. Pienso que de hablar te cansas
con tu esposa, o que se embota
en la dureza (5) que labras
el cuchillo de tu gusto (6),
y, para volver a hablarla,
quieres darle (7) un filo en mí.
LISEO. Verdades son las que trata
contigo mi amor, no burlas (8).
NISE. *¿Estás loco?
LISEO. Quien pensaba
casarse con quien lo era,
de pensarlo ha dado causa.
Yo he mudado pensamiento.
NISE. ¡Qué necedad,* qué inconstancia,
qué locura, error, traición
a mi padre y a mi hermana!
¡Id en buen hora, Liseo!
LISEO. ¿Desa (9) manera me pagas
tan desatinado amor?
NISE. Pues, si es desatino, ¡basta!

(*Entre* (10) LAURENCIO.)

(1) En *N*: "*(Vanse* OCTAVIO *y* FINEA.)"
(2) En *N* y *H*: "Él y Liseo por ver".
(3) Idem id.: "aquesta".
(4) En *N*: "*(Sale* LISEO *solo.)*"
(5) En *N* y *H*: "rudeza".
(6) Idem id.: "ingenio".
(7) Idem id.: "darte".
(8) Idem id.:

"mi amor, Nise, no mentiras.
Escúchame."

(9) Idem id.: "Desta".
(10) En *H*: "*Sale*".

LAURENCIO. Hablando están los dos solos (1).
Si Liseo se declara,
Nise ha de saber también (2)
que mis lisonjas la engañan.
Creo que me ha visto ya (3).

(NISE *dice, como que habla con* LISEO:) (4)

NISE. ¡Oh, gloria de mi esperanza!
LISEO. ¿Yo vuestra gloria, señora?
NISE. Aunque dicen (5) que me tratas
con traición, yo (6) no lo creo;
que no lo consiente el alma.
LISEO. ¿Traición, Nise? ¡Si en mi vida
mostrare amor a tu hermana,
me mate un rayo del cielo!
LAURENCIO. Es conmigo con quien habla
Nise, y presume Liseo
que le requiebra y regala.
NISE. Quiérome quitar de aquí;
que con tal fuerza me engaña (7)
Amor, que diré locuras.
LISEO. No os vais, ¡oh, Nise gallarda!;
que después desos (8) favores
quedara sin vida el alma.
NISE. ¡Dejadme pasar (9)!
LISEO. ¿Aquí
estabas a mis espaldas?
LAURENCIO. Agora entré.
LISEO. ¿Luego a ti
te hablaba y te requebraba,
aunque me miraba a mí
aquella discreta ingrata?
LAURENCIO. *No tengas pena; las piedras
ablanda el curso del agua.
Yo sabré hacer que esta noche
puedas, en mi nombre, hablarla.*
Esta es discreta, Liseo (10).
No podrás, si no la engañas,
quitalla (11) del pensamiento
el imposible que aguarda:
porque yo soy de Finea.
LISEO. Si mi remedio no trazas,

(1) En *N* y *H*: "Hablando está *con Liseo*".
(2) Idem id.: "Nise ha de *entender sin duda*".
(3) Idem id.: "*Sospecho* que ya me ha visto".
(4) Idem id. se omite esta acotación.
(5) Idem id.: "Hame dicho".
(6) Idem id.: "mas".
(7) Idem id.: "que de manera me trata".
(8) Idem id.: "estos".
(9) Idem id.: "No puedo menos. *(Vase* NISE.)"
(10) Idem id.: "Liseo, aquesta es discreta".
(11) Idem id.: "quitarle".

cuéntame loco de amor.
LAURENCIO. Déjame el remedio, y calla;
porque burlar un discreto
es la vitoria más alta (1).

FIN DEL SEGUNDO ACTO DE "LA DAMA BOBA".

ACTO TERCERO

LOS QUE HABLAN EN EL TERCER ACTO:

FINEA.	MISENO.
CLARA.	DUARDO.
NISE.	FENISO.
LISEO.	CELIA.
PEDRO.	OCTAVIO.
LAURENCIO.	LOS MÚSICOS.
TURÍN.	

(FINEA *sola.*) (2)

FINEA. Amor, divina invención
de conservar la belleza;
de nuestra naturaleza,
o (3) accidente o elección:
extraños efetos son
los que de tu ciencia nacen,
pues las tinieblas deshacen,
pues hacen hablar los mudos;
pues los ingenios más rudos
sabios y discretos hacen.
No ha dos meses que vivía
a las bestias tan igual,
que aun el alma racional
parece que no tenía.
Con el animal sentía
y crecía con la planta;
la razón divina y santa
estaba eclipsada en mí,
hasta que en (4) tus rayos vi,
a cuyo sol (5) se levanta.
Tú desataste y rompiste
la escuridad de mi ingenio;
tú fuiste el divino genio
que me enseñaste y me diste
la luz con que me pusiste
el nuevo ser (6) en que estoy.
Mil gracias, Amor, te doy;
pues me enseñaste tan bien,
que dicen cuantos me ven
que tan diferente soy (1).
*A pura imaginación
de la fuerza de un deseo,
en los palacios me veo
de la divina razón:
tanto la contemplación
de un bien pudo levantarme.
Ya puedes del grado honrarme,
dándome a Laurencio, Amor,
con quien pudiste mejor,
enamorada, enseñarme.* (2).
CLARA. En grande conversación
están de tu entendimiento.
FINEA. Huélgome que esté contento
mi padre en esta ocasión.
CLARA. *Hablando está con Miseno
de cómo lees, escribes
y danzas; dice que vives
con otra alma en cuerpo ajeno.*
Atribúyele (3) al amor
de Liseo este milagro.
FINEA. En otras aras consagro
mis votos, Clara, mejor:
Laurencio ha sido el maestro.
CLARA. Como Pedro lo fué mío.
FINEA. De verlos hablar me río
en este milagro nuestro.
(4) ¡Gran fuerza tiene el Amor,
catedrático divino!

(MISENO *y* OCTAVIO.) (5)

MISENO. Yo pienso que es el camino
de su remedio mejor;
y ya, pues habéis llegado
a ver con entendimiento
a Finea, que es contento
nunca de vos esperado,
a Nise podéis casar
con este mozo gallardo.
OCTAVIO. Vos solamente a Duardo
pudiérades abonar.
Mozuelo me parecía
destos que se desvanecen;
a quien agora enloquecen

(1) En *N* y *H*: "es la *mayor alabanza*".
(2) En *N*: "*(Sale* FINEA *sola, con otro vestido.)*"
(3) En *N* y *H* omítese "o".
(4) Idem id. se omite "o".
(5) Idem id.: "*me*".
(6) Idem id.: "en el lugar".

(1) En *N* y *H*: "estoy".
(2) En *N*, después del soliloquio de FINEA: "*(Sale* CLARA.*)*"
(3) En *N* y *H*: "Atribuyen".
(4) Idem id.: "CLARA."
(5) En *N*: "*(Salen* OCTAVIO *y* MISENO.*)*"

la arrogancia y la poesía.
No son gracias de marido
sonetos. Nise es tentada
de académica endiosada;
que (1) a casa los ha traído.
¿Quién le (2) mete a una mujer
con Petrarca y Garcilaso,
siendo su Virgilio y Taso
hilar, labrar y coser?
Ayer sus librillos ví,
papeles y escritos varios;
pensé que devocionarios,
y desta suerte leí:
Historia de dos amantes,
sacada de lengua griega;
Rimas, de Lope de Vega;
Galatea, de Cervantes;
el Camoes (3) de Lisboa,
Los pastores de Belén,
comedias de don Guillén
de Castro, lira (4) de Ochoa;
canción que Luis Vélez dijo
en la academia del duque
de Pastrana; obras de Luque;
cartas de don Juan de Arguijo (5);
cien sonetos de Liñán,
obras de Herrera el divino,
el libro del *Peregrino,*
y *El Pícaro,* de Alemán.
Mas ¿qué os canso? Por mi vida,
que se los quise quemar.

MISENO. Casalda y veréisla estar
ocupada y divertida
en el parir y el criar.

OCTAVIO. ¡Qué gentiles devociones!
Si Duardo hace canciones,
bien los podemos casar.

MISENO. Es poeta caballero;
no temáis: hará por gusto
versos.

OCTAVIO. Con mucho disgusto
los de Nise considero.
Temo, y en razón lo fundo,
si en esto da, que ha de haber
un Don Quijote mujer
que dé que reír al mundo.

(Entren LISEO *y* NISE.) (1)

LISEO. Trátasme con tal desdén,
que pienso que he de apelar
adonde sepan tratar
mis obligaciones bien;
pues advierte, Nise bella,
que (2) Finea es sagrado;
que un amor tan desdeñado
puede hallar remedio en ella.
*Tu desdén, que imaginé
que pudiera ser menor,
crece al paso de mi amor,
medra al lado de mi fe;
y su corto entendimiento
ha llegado a tal mudanza,
que puede dar esperanza
a mi loco pensamiento.
Pues, Nise, trátame bien;
que de Finea el favor
será Sala en que mi amor
apele de tu desdén.*

NISE. Liseo, el hacerme fieros
fuera bien considerado
cuando yo te hubiera amado.

LISEO. Los nobles y caballeros,
como yo, se han de estimar,
no lo indigno de querer.

NISE. El amor se ha de tener (3)
adonde se puede hallar;
que como no es elección,
sino sólo un accidente,
tiénese donde se siente,
no donde fuera razón.
*El amor no es calidad,
sino estrellas que conciertan
las voluntades que aciertan
a ser una voluntad.*

---

(1) En *N* y *H:* "y".
(2) Idem id.: "la".
(3) Idem id.: "Zamores".
(4) Idem id.: "lira*s*".
(5) Idem id. esta redondilla y la siguiente se hallan trocadas y variadas así:

"Cien sonetos de Liñán,
y de Herrera el divino
canciones, el Peregrino,
el Pícaro de Guzmán.
Canción que Luis Vélez dijo
en la Academia del Duque
de Pastrana; obras de Luque,
cartas de don Juan de Arguijo."

(1) En *N:* "*(Salen* NISE, LISEO *y* TURÍN.)"
(2) En *N* y *H* interpólase "ya".
(3) Idem id., este verso y los tres siguientes aparecen muy variados, según se puede ver:

"NISE. Poner freno a la mujer
es poner límite al mar.
Extrañas quimeras son;
que amor, como es accidente..."

LISEO. Eso, señora, no es justo;
y no lo digo con celos,
que pongáis culpa (1) a los cielos
de (2) la bajeza del gusto.
A lo que se hace (3) mal,
no es bien decir: "Fué mi estrella".
NISE. Yo no pongo culpa en ella
ni en el curso celestial (4);
porque Laurencio es un hombre
tan hidalgo y caballero
que puede honrar...
LISEO. ¡Paso!
NISE. Quiero
que reverenciéis su nombre.
LISEO. A no estar tan cerca Otavio...
OCTAVIO. ¡Oh, Liseo!
LISEO. ¡Oh, mi señor!
NISE. ¡Que se ha de tener amor
por fuerza! ¡Notable agravio!

(Entre CELIA.) (5)

CELIA (6). El maestro de danzar
a las dos llama a leción.
OCTAVIO. El viene a buena ocasión.
Vaya un criado a llamar
los músicos, porque vea
Miseno (7) a lo que ha llegado
Finea.
LISEO. Amor engañado,
hoy volveréis a Finea;
que muchas veces Amor,
disfrazado en la venganza,
hace una justa mudanza
desde un desdén a un favor.
CELIA. (8). Los músicos y él venían.

(Entren los MÚSICOS.)

OCTAVIO. ¡Muy bien venidos seáis!
LISEO. ¡Hoy, pensamientos, vengáis
los agravios que os hacían!
OCTAVIO. Nise y Finea...
NISE. ¡Señor!
OCTAVIO. Vaya aquí, por vida mía,
el baile del otro día.
LISEO. ¡Todo es mudanzas Amor!

(OCTAVIO, MISENO *y* LISEO *se sienten; los* MÚSICOS *canten, y las dos baile ansí:)* (1)

*Amor, cansado de ver
tanto interés en las damas,
y que, por desnudo y pobre,
ninguna favor le daba,
pasóse a las Indias,
vendió el aljaba;
que más quiere doblones
que vidas y almas.
Trató en las Indias Amor,
no en joyas, sedas y holandas,
sino en ser sutil tercero
de billetes y de cartas.
Volvió de las Indias
con oro y plata;
que el Amor bien vestido
rinde las damas.
Paseó la corte Amor
con mil (2) cadenas y bandas;
las damas, como le vían,
desta manera le hablan:
¿De dó viene, de dó viene?
Viene de Panamá.
¿De dó viene el caballero?
Viene de Panamá.
Tranzelín en el sombrero.
Viene de Panamá.
Cadenita de oro al cuello.
Viene de Panamá.
En los brazos el grigiesco.
Viene de Panamá.
Las ligas con rapacejos.
Viene de Panamá.
Zapatos al uso nuevo.
Viene de Panamá.
Sotanilla a lo turquesco.
Viene de Panamá.
¿De dó viene, de dó viene?
Viene de Panamá.
¿De dó viene el hijodalgo?
Viene de Panamá.
Corto cuello y puños largos.
Viene de Panamá.
La daga, en banda, colgando.
Viene de Panamá.

(1) En *N* y *H:* "falta".
(2) Idem id.: "en".
(3) Idem id.: "hizo".
(4) Idem id.: "natural".
(5) En *N:* "*(Sale un* CRIADO.)"
(6) En *N* y *H:* "CRIADO."
(7) Idem id.: "Liseo".
(8) Idem id.: "CRIADO. Ya los músicos venían."

(1) En *N:* "*(Cantan los* MÚSICOS, *y bailan* NISE *y* FINEA *lo que quisieren.)*"
(2) En *A* parece decir "mol".

Guante de ámbar adobado.
Viene de Panamá.
Gran jugador del vocablo.
Viene de Panamá.
No da dinero y da manos.
Viene de Panamá.
Enfadoso y mal criado.
Viene de Panamá.
Es Amor: llámase indiano.
Viene de Panamá.
Es chapetón castellano.
Viene de Panamá.
En criollo disfrazado.
Viene de Panamá.
¿De dó viene, de dó viene?
Viene de Panamá.

¡Oh, qué bien parece Amor
con las cadenas y galas;
que sólo el dar enamora,
porque es cifra de las gracias!

Niñas, doncellas y viejas
van a buscarle a su casa,
más importunas que moscas,
en viendo que hay miel de plata.

Sobre cuál le ha de querer,
de vivos celos se abrasan,
y alrededor de su puerta
unas tras otras le cantan:

Deja las avellanicas, moro,
que yo me las vareaŕe.
El Amor se ha vuelto godo.
Que yo me las vareaŕe.
Puños largos, cuello corto.
Que yo me las vareaŕe.
Sotanilla y liga de oro.
Que yo me las vareaŕe.
Sombrero y zapato romo.
Que yo me las vareaŕe.
Manga ancha; calzón angosto.
Que yo me las vareaŕe.
El habla mucho, y da poco.
Que yo me las vareaŕe.
Es viejo, y dice que es mozo.
Que yo me las vareaŕe.
Es cobarde, y mata moros.
Que yo me las vareaŕe.
Ya se descubrió los ojos.
Que yo me las vareaŕe.
Amor loco y amor loco.
Que yo me las vareaŕe.
Yo por vos, y vos por otro.
Que yo me las vareaŕe.
Deja las avellanicas, moro,
que yo me las vareaŕe.*

MISENO. (1). Gallardamente, por cierto.
Dad gracias al cielo (2), Otavio,
que os satisfizo el (3) agravio.
OCTAVIO. Hagamos (4) este concierto
de Duardo con Finea.
Hijas, yo tengo que hablaros (5).
FINEA. Yo nací para agradaros (6).
OCTAVIO. ¿Quién hay que mi dicha (7) crea?

(Entrense todos, y queden allí LISEO *y* TURÍN.) (8)

LISEO. Oye, Turín.
TURÍN. ¿Qué me quieres (9)?
LISEO. Quiérote comunicar
un nuevo gusto.
TURÍN. Si es dar
sobre tu amor pareceres,
busca un letrado de amor.
LISEO. Yo he mudado parecer.
TURÍN. A ser dejar de querer
a Nise, fuera el mejor.
LISEO. El mismo; porque Finea
me ha de vengar de su agravio.
TURÍN. No te tengo por tan sabio
que tal (10) discreción te crea.
*LISEO. De nuevo quiero tratar
mi casamiento. Allá voy.
TURÍN. De tu parecer estoy.
LISEO. Hoy me tengo de vengar.*
TURÍN. Nunca (11) ha de ser el casarse
por vengarse de un desdén;
que nunca se casó bien
quien se casó por vengarse.
Porque es gallarda (12) Finea
y porque el seso cobró
(pues de Nise no sé yo
que tan entendida sea),
será bien casarte luego.

---

(1) En *N:* "MÚS[ICO]." En *H:* "MAESTRO."
(2) En *N* y *H:* "a Dios".
(3) Idem id.: "este".
(4) Idem id.: "Tratemos".
(5) Idem id.: "hablar".
(6) Idem id.: "agradar".
(7) Idem id.: "mi*s* dicha*s*".
(8) En *N:* "*(Vanse todos; quedan* LISEO *y* TURÍN.)"
(9) En *N* y *H,* este verso se halla variado así:

"LISEO. ¿Turín?
TURÍN. Señor, ¿qué me quieres?"

(10 Idem id.: "esa".
(11) Idem id.: "Y no".
(12) Idem id.: "discreta".

LISEO. Miseno ha venido aquí.
Algo tratan contra mí.
TURÍN. Que lo mires bien te ruego.
LISEO. ¡No hay más! ¡A pedirla voy!

(Váyase LISEO.)

TURÍN. El cielo tus palabras (1) guíe
y del error te desvíe,
en que yo por Celia estoy.
¡Que enamore amor un hombre
como yo! ¡Amor desatina!
¡Que una ninfa de cocina,
para blasón de su nombre,
ponga "Aquí murió Turín
entre sartenes y cazos"!

(LAURENCIO *y* PEDRO.) (2)

LAURENCIO. Todo es poner embarazos
para que no llegue al (3) fin.
PEDRO. ¡Habla bajo, que hay escuchas!
LAURENCIO. ¡Oh, Turín!
TURÍN. ¡Señor Laurencio!
LAURENCIO. ¿Tanta quietud y silencio?
TURÍN. Hay obligaciones muchas
para callar un discreto,
y yo muy discreto soy.
LAURENCIO. ¿Qué hay de Liseo?
TURÍN. A eso voy.
Fuése a casar.
PEDRO. ¡Buen secreto!
TURÍN. Está tan enamorado
de la señora Finea,
si no es que venganza sea
de Nise, que me ha jurado
que luego se ha de casar,
y es ido a pedirla a Otavio.
LAURENCIO. ¿Podré yo llamarme a agravio?
TURÍN. Pues ¿él os puede agraviar (4)?
LAURENCIO. Las palabras ¿suelen darse
para no cumplirlas (5)?
TURÍN. No.
LAURENCIO. De no casarse la dió.
TURÍN. El no la quiebra en casarse.
LAURENCIO. ¿Cómo?
TURÍN. Porque él (6) no se casa

(1) En *N* y *H:* "pasos".
(2) En *N:* "*(Salen* LAURENCIO *y* PEDRO.)"
(3) En *N* y *H:* "*el*".
(4) Idem id.: "El no os pretende agraviar".
(5) Idem id.: "cumplir*se*".
(6) Idem id. se omite "él".

con la que solía ser,
sino con otra mujer.
LAURENCIO. ¿Cómo es otra?
TURÍN. Porque pasa
del no saber al saber;
y con saber le obligó.
¿Mandáis otra cosa?
LAURENCIO. No.
TURÍN. Pues ¡adiós! (1)
LAURENCIO. ¿Qué puedo hacer?
¡Ay, Pedro! Lo que temí (2)
y tenía sospechado
del ingenio que ha mostrado
Finea, se cumple aquí (3).
Como la ha visto Liseo
tan discreta, la afición (4)
ha puesto en la discreción.
PEDRO. Y en el oro, algún deseo.
Cansóle la bobería;
la discreción le animó.

(Entre (5) FINEA.)

FINEA. Clara, Laurencio me dió
nuevas de tanta alegría.
Luego a mi padre dejé;
y aunque ella me lo callara,
yo tengo quien me avisara;
que es el alma, que te ve
por mil vidros y cristales,
por dondequiera que vas,
porque en mis ojos (6) estás
con memorias inmortales.
Todo este grande lugar
tiene colgado (7) de espejos
mi amor, juntos y parejos
para poderte mirar.
Si vuelvo el rostro, allí veo
tu imagen; si a estotra (8) parte,
también; y ansí viene a darte
nombre de sol mi deseo;
que en cuantos espejos mira

(1) En *N:* "*(Vase* TURÍN.)"
(2) En *N* y *H:* "Lo mismo que presumí".
(3) Idem id.: "Se viene a mostrar aquí".
(4) Idem id., este verso y el siguiente se alteran así:

"discreta, la voluntad
ha puesto en la habilidad."

(5) En *N:* "*Sale*".
(6) En *N* y *H:* "mi memoria".
(7) Idem id.: "cubierto".
(8) En *N:* "otra". En *H:* "la otra".

y fuentes de pura plata,
su (1) bello rostro retrata
y su luz divina espira (2).

LAURENCIO. ¡Ay, Finea! A Dios pluguiera
que nunca tu entendimiento
llegara, como ha llegado,
a la mudanza que veo.
Necio, me tuvo seguro;
y sospechoso discreto;
porque yo no te quería
para pedirte consejo (3).
¿Qué libro esperaba yo
de tus manos? ¿En qué pleito
habías jamás de hacerme
información en derecho?
Inocente te quería,
porque una mujer cordero
es tusón de su marido,
que pueda traerla al pecho (4).
*Todas sabéis lo que basta
para casada, a lo menos;
no hay mujer necia en el mundo,
porque el no hablar no es defeto.*
Hable la dama en la reja,
escriba, diga concetos
en el coche, en el estrado,
de amor, de engaños, de celos;
pero la casada sepa
de su familia el gobierno;
porque el más discreto hablar
no es santo como el silencio.
Mira el daño que me vino (5)
de transformarse tu ingenio,
pues va a pedirte, ¡ay de mí!,
para su mujer, Liseo.
¡Ya deja a Nise, tu hermana (6)!
¡El se casa! ¡Yo soy muerto!
¡Nunca, plega a Dios, hablaras!

FINEA. ¿De qué me culpas, Laurencio?
A pura imaginación
del alto merecimiento
de tus prendas (7), aprendí
el que tú dices que tengo;
por hablarte supe hablar,
vencida de tus requiebros;
*por leer en tus papeles
libros difíciles leo;*
para responderte, escribo;
no he tenido otro maestro
que Amor; Amor me ha enseñado.
Tú eres la ciencia que aprendo.
¿De qué te quejas de mí?

LAURENCIO. De mi desdicha me quejo;
pero, pues ya sabes tanto,
dame, señora, un remedio.

FINEA. El remedio es fácil.

LAURENCIO. ¿Cómo?

FINEA. Si porque mi rudo ingenio,
que todos aborrecían,
se ha transformado en discreto,
Liseo me quiere bien;
con volver a ser tan necio
como primero le tuve,
me aborrecerá Liseo.

LAURENCIO. Pues ¿sabrás fingirte boba?

FINEA. Sí; que lo fuí mucho tiempo,
y el lugar donde se nace (1)
saben andarle (2) los ciegos.
Demás desto, las mujeres
naturaleza tenemos
tan pronta para fingir
o con amor o con miedo (3),
que, antes de nacer, fingimos.

LAURENCIO. ¿Antes de nacer?

FINEA. Yo pienso
que en tu vida lo has oído.
Escucha.

LAURENCIO. Ya escucho (4) atento.

FINEA. Cuando estamos en el vientre
de nuestras madres, hacemos
entender a nuestros padres,
para engañar sus deseos,
que somos hijos varones;
y así verás que, contentos,
acuden a sus antojos (5)
con amores, con requiebros,
y esperando el mayorazgo,
tras tantos regalos hechos,
sale una hembra, que corta

(1) En *N* y *H:* "*tu*".
(2) Idem id.: "y tu imagen bella mira".
(3) Idem id.: "consejos".
(4) Idem id.: "que pueda traerl*e al cuello*".
(5) Idem id.: "Mira lo que ha resultado".
(6) Idem id., este verso y los dos siguientes se hallan variados así:

"Liseo te quiere bien;
él se casa; yo soy muerto.
¡Nunca, plegue a Dios, hablaras!"

(7) Idem id.: "partes".

(1) En *N* y *H:* "y la tierra donde nacen".
(2) Idem id.: "andarl*a*".
(3) Idem id.: "ya con amor, ya con celos".
(4) Idem id.: "estoy".
(5) Idem id.: "su regalo".

la esperanza del suceso (1).
Según esto, si pensaron (2)
que era (3) varón, y hembra vieron,
antes de nacer, fingimos.

LAURENCIO. Es evidente argumento;
pero yo veré si sabes
hacer, Finea (4), tan presto
mudanza de extremos tales.

FINEA. Paso, que viene Liseo.

LAURENCIO. Allí me voy a esconder (5).

FINEA. Ve presto (6).

LAURENCIO. Sígueme, Pedro.

PEDRO. En muchos (7) peligros andas.

LAURENCIO. Tal estoy, que no los (8) siento.

(Entre LISEO *con* TURÍN.) (9).

LISEO. En fin, queda (10) concertado.

TURÍN. En fin (11), estaba del cielo
que fuese tu esposa.

LISEO. Aquí
está mi primero dueño.
¿No sabéis, señora mía,
cómo ha tratado (12) Miseno
casar a Duardo y Nise,
y cómo yo también quiero
que se hagan nuestras bodas
con las suyas?

FINEA. No lo creo;
que Nise me ha dicho a mí
que está casada en secreto
con vos.

LISEO. ¿Conmigo?

FINEA. No sé
si érades vos u Oliveros.
¿Quién sois vos?

LISEO. ¿Hay tal mudanza?

FINEA. ¿Quién decís? que no me acuerdo.
Y si mudanza os parece,
¿cómo no veis que en el cielo
cada mes hay nuevas lunas (13)?

(1) En *N* y *H:* "la esperanza *a sus deseos*".
(2) Idem id.: "esperaron".
(3) Idem id.: "hijo".
(4) Idem id.: "señora".
(5) Idem id.: "*Aquí me quiero* esconder".
(6) Idem id.: "La llega."
(7) Idem id.: "grandes".
(8) Idem id.: "que aún no lo".
(9) En *N:* "*(Escóndense* LAURENCIO *y* PEDRO; *salen* LISEO *y* TURÍN.)"
(10) En *N* y *H:* "Yo lo dejo".
(11) Idem id.: "*Al* fin".
(12) Idem id.: "querido".
(13) Idem id.: "luna nueva".

LISEO. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es es-
[to (1)?

TURÍN. ¡Si le vuelve el mal pasado!...

FINEA. *Pues, decidme: si tenemos
luna nueva cada mes,
¿adónde están? ¿qué se han hecho
las viejas de tantos años?*
¿Daisos por vencido?

LISEO. Temo (2)
que era locura su mal.

FINEA. Guárdanlas para remiendos
de las que salen menguadas.
¿Veis ahí que sois un necio?

LISEO. Señora, mucho me admiro
de que ayer tan alto ingenio
mostrásedes.

FINEA. Pues señor,
agora ha llegado al vuestro;
que la mayor discreción
es acomodarse al tiempo.

LISEO. Eso dijo el mayor sabio.

PEDRO. Y esto escucha el mayor necio.

LISEO. *Quitado me habéis el gusto.

FINEA. No he tocado a vos, por cierto.
Mirad, que se habrá caído.

LISEO. ¡Linda ventura tenemos!
Pídole a Otavio a Finea,
y cuando a decirle vengo
el casamiento tratado,
hallo que a su ser se ha vuelto.
Volved, mi señora, en vos,
considerando que os quiero
por mi dueño para siempre.

FINEA. ¡Por mi dueña, majadero!

LISEO. ¿Así tratáis un esclavo
que os da el alma?

FINEA. ¿Cómo es eso?

LISEO. Que os doy el alma.

FINEA. ¿Qué es alma?

LISEO. ¿Alma? El gobierno del cuerpo.

FINEA. ¿Cómo es un alma?

LISEO. Señora,
como filósofo, puedo
difinirla, no pintarla.

FINEA. ¿No es alma la que en el peso
le pintan a San Miguel?

(1) En *N* y *H*, este verso y el siguiente están alterados así:

"LISEO. ¿Hay tal locura?
TURÍN. ¿Qué es esto?
LISEO. ¿Si le vuelve el mal pasado?"

(2) Idem id.: "Creo".

LISEO. También a un ángel ponemos (1)
alas y cuerpo, y, en fin (2),
es un espíritu bello (3).
FINEA. ¿Hablan las almas?
LISEO. Las almas
obran por los instrumentos,
por los sentidos y partes
de que se organiza el cuerpo.
FINEA. ¡Longaniza como el alma!...
TURÍN. ¿En (4) qué te cansas?
LISEO. No puedo
pensar sino que es locura.
TURÍN. Pocas veces de los necios
se hacen los locos, señor.
LISEO. Pues ¿de quién?
TURÍN. De los discretos;
porque de diversas causas
nacen efetos diversos.
LISEO. ¡Ay, Turín! Vuélvome a Nise.
Más quiero el entendimiento
que toda la voluntad.
Señora, pues mi deseo,
que era de daros el alma,
no pudo tener efeto,
quedad con Dios.
FINEA. Soy medrosa
de las almas, porque temo
que de tres que andan pintadas,
puede ser la del infierno.
La noche de los difuntos
no saco, de puro miedo,
la cabeza de la ropa.
TURÍN. (5) Ella es loca sobre necio,
que es la peor guarnición.
LISEO. Decirlo a su padre quiero.

(Váyanse.) (6)

(LAURENCIO *y* PEDRO.)

LAURENCIO. ¿Puedo saber?
FINEA. ¿Qué te dice (1)?
LAURENCIO. Que ha sido el mejor remedio
que pudiera imaginarse.
FINEA. Sí; pero siento en extremo
volverme a (2) boba, aun fingida;
y pues fingida lo siento,
los que son bobos de veras,
¿cómo viven?
LAURENCIO. No sintiendo;
(3) pues si un tonto ver pudiera
su entendimiento a un espejo,
¿no fuera huyendo de sí?
La razón de estar contentos
es aquella confianza
de tenerse por discretos.
FINEA. Háblame, Laurencio mío,
sutilmente, porque quiero
desquitarme (4) de ser boba.

(Entre NISE *y* CELIA.) (5)

NISE. Siempre Finea y Laurencio
juntos. Sin duda se tienen
amor. No es posible menos.
CELIA. Yo sospecho que te engañan (6).
NISE. Desde aquí los escuchemos.
LAURENCIO. ¿Qué puede, hermosa Finea,
decirte el alma, aunque sale
de sí misma, que se iguale
a lo que mi amor (7) desea?
Allá mis sentidos tienes;
escoge de lo sutil,
presumiendo que en abril
por amenos prados vienes.
Corta las diversas flores;
porque, en mi imaginación,
tales los deseos son.
NISE. Estos, Celia, ¿son amores,
o regalos de cuñado?
CELIA. Regalos deben de ser;
pero no quisiera ver

---

(1) En *N* y *H:* "le vemos".
(2) Idem id.: "con alas; pero él en fin".
(3) Idem id., este verso y el que sigue aparecen variados así:

"es espíritu.
FINEA. Yo os creo.
¿Andan las almas?"

(4) Idem id.: "Por".
(5) Idem id.: "LISEO."
(6) En *N:* "*(Vanse* LISEO *y* TURÍN; *salen* LAURENCIO *y* PEDRO.)"

(1) En *N* y *H,* este verso y el siguiente están alterados así:

"FINEA. ¿Qué te parece?
LAURENCIO. Muy bien:
que has dado el mejor remedio."

(2) Idem id. se omite "a".
(3) Idem id., este verso y los que siguen los dice PEDRO.
(4) Idem id.: "despicarme".
(5) En *N:* "*Sale*".
(6) En *N* y *H:* "engañas".
(7) Idem id.: "el alma".

cuñado tan regalado.

*FINEA. ¡Ay, Dios; si llegase día
en que viese mi esperanza
su posesión!

LAURENCIO. ¿Qué no alcanza
una amorosa porfía?*

PEDRO. Tu hermana, escuchando.

LAURENCIO. (1). ¡Ay, cielos!

FINEA. Vuélvome a boba.

LAURENCIO. Eso importa.

FINEA. Vete (2).

NISE. Espérate, reporta
los pasos.

LAURENCIO. ¿Vendrás con celos?

NISE. Celos son para sospechas;
traiciones son las verdades.

LAURENCIO. ¡Qué presto te persüades
y de engaños te aprovechas!
Querrás buscar ocasión
para querer a Liseo,
a quien ya tan cerca veo
de tu boda y posesión.
Bien haces, Nise; haces bien.
Levántame un testimonio,
para que deste matrimonio
a mí la culpa me den;
y si te quieres casar,
déjame a mí.

NISE. ¡Bien me dejas!
¡Vengo a quejarme, y te quejas!
¡Aun no me dejas hablar!

PEDRO. Tiene razón mi señor.
Cásate, y acaba ya (3).

NISE. ¿Qué es aquesto (4)?

CELIA. Que se va

---

(1) En *N* y *H:* "Finea".
(2) Idem id., este verso y el pasaje siguiente se hallan variadísimos. Helos aquí:

"LAURENCIO. Voyme.
NISE. Los pasos reporta.
LAURENCIO. ¿Qué quieres? ¿Vendrás con celos?
NISE. Celos son para sospechas;
las que trato son verdades.
LAURENCIO. ¡Qué presto te persüades
y de engaños te aprovechas!
¿Querráste casar ansí
levantando un testimonio,
y de aqueste matrimonio
echarme la culpa a mí?
Y si te quieres casar,
déjame. *(Vase* LAURENCIO.)
NISE. ¡Qué bien me dejas!"

(3) Idem id. sigue a este verso la acotación: "*(Vase* PEDRO.)"
(4) Idem id.: "aquello".

Pedro con el mismo humor;
y aquí viene bien que Pedro
es tan ruin como su amo.

NISE. Ya le aborrezco y desamo;
que bien con las quejas medro.
Pero fué linda (1) invención
anticiparse a reñir.

CELIA. Y el Pedro, ¿quién le vió ir
tan bellaco y socarrón?

NISE. Y tú, que disimulando
estás la traición que has hecho,
lleno de engaños el pecho,
con que me estás abrasando;
*pues, como sirena, fuiste
medio pez, medio mujer,
pues, de animal, a saber
para mi daño veniste (2),*
¿piensas que le has de gozar?

FINEA. ¿Tú me has dado pez a mí,
ni sirena, ni yo fuí
jamás contigo a la mar?
¡Anda, Nise, que estás loca!

NISE (3). ¿Qué es esto?

CELIA (4). A tonta se vuelve.

NISE. ¡A una cosa te resuelve!
Tanto el furor me provoca,
que el alma te he de sacar.

FINEA. ¿Tienes cuenta de perdón?

NISE. Téngola de tu traición;
pero no de perdonar.
El alma piensas (5) quitarme
en quien el alma tenía (6).
Dame el alma que solía,
traidora hermana, animarme.
Mucho debes de saber,
pues del alma me desalmas.

FINEA. Todos me piden sus almas:
almario debo de ser.
Toda soy hurtos y robos;
montes hay donde no hay gente:
yo me iré a meter serpiente;

---

(1) En *N* y *H:* "buena".
(2) Hartzenbusch, que, como venimos viendo, en su edición siguió puntualmente el texto de la *Novena Parte,* indujo con perspicacia la omisión de esta redondilla, al anotar la palabra "sirena", en la siguiente. Dice así: "NISE no ha mentado pez, ni sirena, ni cosa parecida: quizá falte una redondilla después del verso

con que me estás abrasando."

(3) En *N* y *H:* "CELIA".
(4) Idem id.: "NISE".
(5) Idem id.: "quieres".
(6) Idem id.: "con quien el alma vivía".

NISE. (1) que ya no es tiempo de ro-
¡Dame el alma! [bos (2).

(OCTAVIO, *con* FENISO *y* DUARDO.) (3).

OCTAVIO. ¿Qué es aquesto?
FINEA. Almas me piden a mí;
¿soy yo Purgatorio?
NISE. ¡Sí!
FINEA. Pues procura salir presto.
OCTAVIO. ¿No sabremos (4) la ocasión
de vuestro enojo?
FINEA. Querer
Nise, a fuerza de (5) saber,
pedir lo que no es razón.
Almas, sirenas y peces
dice que me ha dado a mí.
OCTAVIO. ¿Hase vuelto a boba?
NISE. Sí.
OCTAVIO. Tú pienso que (6) la embobeces.
*FINEA. Ella me ha dado ocasión:
que me quita lo que es mío.
OCTAVIO. Si ha vuelto a su desvarío,
¡muerto soy!
FENISO. Desdichas son.*
DUARDO. ¿No decían que ya estaba
con mucho seso?
OCTAVIO. ¡Ay de mí!
NISE. Yo (7) quiero hablar claro.
OCTAVIO. Di.
NISE. Todo tu (8) daño se acaba
con mandar resueltamente (9)
(pues, como padre, podrás,
y, aunque en todo, en esto más,
pues tu honor no lo consiente)
que Laurencio no entre aquí.
OCTAVIO. ¿Por qué (10)?
NISE. Porque él ha causado (11)
que ésta no se haya casado
y que yo te enoje a ti.
OCTAVIO. Pues ¡eso es muy fácil cosa!
NISE. Pues tu casa en paz tendrás (12).

(1) En *N* y *H:* "NISE".
(2) Idem id.: "bobos".
(3) En *N:* "*(Salen* OCTAVIO, MISENO, DUARDO *y* FENISO.)"
(4) En *N* y *H:* "me diréis".
(5) Idem id.: "de*l*".
(6) Idem id.: "Pienso que tú".
(7) En *N:* "*No*".
(8) Idem: "*su*".
(9) En *N* y *H:* "expresamente".
(10) Idem id.: "¿Cómo?".
(11) Idem id.: "trazado".
(12) Idem id.: "En paz tu casa tendrás".

(PEDRO *y* LAURENCIO.) (1)

PEDRO. ¡Contento, en efeto (2), estás!
LAURENCIO. ¡Invención maravillosa!
CELIA. Ya Laurencio viene aquí.
OCTAVIO. Laurencio, cuando labré
esta casa, no pensé
que academia instituí;
ni cuando a Nise criaba
pensé que para poeta,
sino que a mujer perfeta (3)
con las letras la enseñaba (4).
Siempre alabé la opinión
de que la mujer prudente,
con saber medianamente,
le sobra la discreción.
No quiero más poesías:
los sonetos se acabaron,
y las músicas cesaron;
que son ya breves (5) mis días.
Por allá los podréis (6) dar,
si os faltan telas y rasos;
que no hay tales Garcilasos
como dinero y callar.
Este venden por dos reales,
y tienen tantos (7) sonetos,
elegantes y discretos,
que vos no los haréis tales.
Ya no habéis de entrar aquí
con este (8) achaque. Id con Dios.
LAURENCIO. Es (9) muy justo, como vos
me deis a mi esposa (10) a mí;
*que vos hacéis vuestro gusto
en vuestra casa, y es bien
que en la mía yo también
haga lo que fuere justo.*
OCTAVIO. ¿Qué mujer os tengo yo?
LAURENCIO. Finea.
OCTAVIO. ¿Estáis loco (11)?
LAURENCIO. Aquí
hay tres testigos del "sí"
que ha más de un mes que me dió.

(1) En *N:* "*(Salen* LAURENCIO *y* PEDRO)".
(2) En *N* y *H:* "en extremo".
(3) Idem id.: "discreta".
(4) Idem id.: "inclinaba".
(5) Idem id.: "que ya son pocos".
(6) Idem id.: "podéis".
(7) Idem id.: "tales".
(8) Idem id.: "ese".
(9) Idem id.: "Y es".
(10) Idem id.: "me deis mi mujer".
(11) Idem id.: "¿Finea?"

OCTAVIO. ¿Quién son?
LAURENCIO. Duardo, Feniso
y Pedro.
OCTAVIO. ¿Es esto verdad?
FENISO (1). Ella, de su voluntad,
Otavio, dársele quiso.
DUARDO. Así es verdad (2).
PEDRO. ¿No bastaba
que mi señor lo dijese (3)?
OCTAVIO. Que, como simple, le diese (4)
a un hombre que la engañaba,
no ha de valer. Di, Finea:
¿no eres simple?
FINEA. Cuando quiero.
OCTAVIO. ¿Y cuando no?...
FINEA. No.
OCTAVIO. ¿Qué espero?
Mas, cuando simple no sea,
con Liseo está casada.
A la Justicia me voy.

(Váyase OCTAVIO.)

NISE. Ven, Celia, tras él (5); que estoy
celosa y desesperada.

(Váyanse NISE *y* CELIA.)

LAURENCIO. ¡Id, por Dios, tras él los dos (6)!
No me suceda un disgusto.
FENISO. Por vuestra amistad es justo.
DUARDO. ¡Mal hecho ha sido, por Dios!
FENISO. Ya habláis como desposado
de Nise.
DUARDO. Piénsolo ser.

(Váyanse DUARDO *y* FENISO.) (7).

LAURENCIO. Todo se ha echado a perder;
Nise mi amor le ha contado.
¿Qué remedio puede haber (8),
si a verte no puedo entrar?
FINEA. No salir.
LAURENCIO. ¿Dónde he de estar?
FINEA. ¿Yo no te sabré esconder?

(1) En *N* y *H:* "DUARDO".
(2) Idem id.: "OCTAVIO. ¿Hay tal cosa?"
(3) Idem id.: "dijera".
(4) Idem id.: "la diera".
(5) Idem id.: "mí".
(6) Idem id.: "Id los dos tras él, por Dios".
(7) En *N:* "*(Vanse* DUARDO *y* FENISO, *y quedan* LAURENCIO *y* FINEA.)"
(8) En *N* y *H:* "Dime qué habemos de hacer".

LAURENCIO. ¿Dónde?
FINEA. En casa hay (1) un desván,
famoso para esconderte.
¡Clara!

(Entre CLARA.)

CLARA. ¿Mi señora?
FINEA. Advierte
que mis desdichas están
en tu mano. Con (2) secreto
lleva a Laurencio al desván.
CLARA. ¿Y a Pedro?
FINEA. También.
CLARA. Galán,
camine.
LAURENCIO. Yo te prometo
que voy temblando.
FINEA. ¿De qué?
PEDRO. Clara, en llegando la hora
de muquir, di a tu señora
que algún sustento nos (3) dé.
CLARA. Otro comerá (4) peor
que tú (5).
PEDRO. ¡Yo al desván! ¿Soy gato?

(Váyanse LAURENCIO, PEDRO *y* CLARA.) (6)

FINEA. Porque de imposibles trato,
este mi público (7) amor,
en llegándose a saber
una voluntad, no hay cosa
más triste y escandalosa
para una honrada mujer.
Lo que tiene de secreto,
eso tiene Amor de gusto.

(OCTAVIO *entre.)* (8)

OCTAVIO. Harélo, aunque fuera justo
poner mi enojo, en efeto.
FINEA. ¿Vienes (9) ya desenojado?
OCTAVIO. Por los que me lo han pedido.
FINEA. Perdón mil veces te pido.

(1) En *N* y *H:* Yo tengo".
(2) Idem id.: "Por".
(3) Idem id.: "consuelo me".
(4) Idem id: "cenará".
(5) Idem id.: "Vamos".
(6) En *N:* "*(Vanse* CLARA, PEDRO *y* LAURENCIO; *queda* FINEA.)"
(7) En *N* y *H:* "aqueste mi loco amor".
(8) En *N:* "*(Sale* OCTAVIO.)"
(9) En *N* y *H:* "Estás".

OCTAVIO. ¿Y Laurencio?
FINEA. Aquí ha jurado
no entrar en la Corte más.
OCTAVIO. ¿Adónde se fué?
FINEA. A Toledo.
OCTAVIO. ¡Bien hizo (1)!
FINEA. No tengas miedo
que vuelva a Madrid jamás.
OCTAVIO. Hija, pues simple naciste,
y, por milagro de Amor,
dejaste (2) el pasado error,
¿cómo el ingenio perdiste (3)?
FINEA. ¿Qué quieres, padre? A la fe,
de bobos no hay que fiar.
OCTAVIO. Yo lo pienso (4) remediar.
FINEA. ¿Cómo, si el otro se fué?
OCTAVIO. Pues te engañan fácilmente
los hombres, en viendo alguno,
te has de esconder; que ninguno
te ha de ver eternamente.
FINEA. Pues ¿dónde (5)?
OCTAVIO. En parte secreta.
FINEA. Será bien en un desván,
donde los gatos están.
¿Quieres tú que allí me meta?
OCTAVIO. Adonde te diere gusto,
como ninguno te vea.
FINEA. Pues, ¡alto! En el desván sea;
tú lo mandas, será justo.
Y advierte que lo has mandado.
OCTAVIO. ¡Una y mil veces!

(Entren LISEO *y* TURÍN.)

LISEO. Si quise
con tantas veras a Nise,
mal puedo haberla olvidado.
FINEA. Hombres vienen. Al desván (6),
padre, yo voy a esconderme.
OCTAVIO. Hija, Liseo no importa.
FINEA. *Al desván, padre: hombres vie- [nen!
OCTAVIO. Pues ¿no ves que son de casa?*
FINEA. No yerra quien obedece.
No me ha de ver hombre más (1),
sino quien mi esposo fuere.

(Váyase FINEA.) (2)

LISEO. Tus disgustos he sabido (3).
OCTAVIO. Soy padre...
LISEO. Remedio puedes
poner en aquestas cosas.
OCTAVIO. Ya le he puesto, con que dejen
mi casa los que la inquietan.
LISEO. Pues ¿de qué manera?
OCTAVIO. Fuése
Laurencio a Toledo ya.
LISEO. ¡Qué bien has hecho!
OCTAVIO. ¿Y tú crees
vivir aquí, sin casarte?
Porque el mismo inconveniente
se sigue de que aquí estés (4),
*Hoy hace, Liseo, dos meses
que me traes en palabras...*
LISEO. ¡Bien mi término agradeces!
Vengo a casar con Finea,
forzado de mis parientes,
y hallo una simple mujer.
¿Que la quiera, Octavio, quieres?
OCTAVIO. Tienes razón, ¡acabóse (5)!;
pero es limpia, hermosa, y tiene
tanto doblón, que podría
doblar el mármol más fuerte.
¿Querías cuarenta mil
ducados (6) con una Fénix?
¿Es coja, o manca, Finea?
¿Es ciega (7)? Y cuando lo fuese.

---

(1) En *N* y *H*: "¿Volverá?"
(2) Idem id.: "perdiste".
(3) Idem id.: "¿cómo a ser boba volviste?"
(4) Idem id.: "Pues yo lo he de".
(5) Idem id.: "FINEA. ¿Adónde?"
(6) Idem id., este verso y el siguiente están variados así:

"OCTAVIO. Tente, loca; ¿dónde vas?
FINEA. Padre, yo voy a esconderme."

---

(1) En *N* y *H*: "que no me ha de ver jamás".
(2) En *N*: "*(Vanse* FINEA *y* CLARA)".
(3) En *N* y *H* el principio de esta escena es del todo distinto. Véase cómo:

"LISEO. ¿Qué es esto?
OCTAVIO. No sé, por Dios;
ella ha dado en esconderse
de los hombres, porque dice
que la engañan fácilmente.
LISEO. En gentil locura ha dado.
¿Dónde está Laurencio?
OCTAVIO. Fuése
a Toledo.
LISEO. Muy bien hizo.
OCTAVIO. Y tú, ¿por ventura crees
vivir aquí sin casarte"

(4) Idem id.: "hay de que tú entres aquí".
(5) Hartzenbusch corrigió "Tiene razón achacosa".
(6) En *N* y *H*: "escudos".
(7) Idem id.: "tuerta".

¿hay falta, en Naturaleza,
que con oro no se afeite?

LISEO. Dame a Nise.

OCTAVIO. No ha dos horas
que Miseno la promete
a Duardo, en nombre mío;
y pues hablo claramente,
hasta mañana a estas horas
te doy para que lo pienses;
porque, de no te casar,
para (1) que en tu vida entres
por las puertas de mi (2) casa,
que tan enfadada tienes.
Haz cuenta que eres poeta.

(Váyase OCTAVIO.)

LISEO. ¿Qué te dice (3)?

TURÍN. Que te aprestes
y con Finea te cases;
porque si veinte mereces,
porque sufras una boba
te añaden los otros veinte.
Si te dejas de casar (4),
te han de decir más de siete:
"¡Miren la bobada!"

LISEO. Vamos;
que mi temor se resuelve
de no se casar a bobas.

TURÍN. Que se casa, me parece,
a bobas, quien sin dineros (5)
en tanta costa se mete.

(Váyanse, y entren FINEA *y* CLARA.) (6)

FINEA. Hasta agora, bien nos va.

CLARA. No hayas miedo que se entienda.

FINEA. ¡Oh, cuánto a mi amada prenda
deben mis sentidos ya!

CLARA. ¡Con la humildad que se pone
en el desván...!

FINEA. No te espantes;
que es propia casa de amantes,
aunque Laurencio perdone.

*CLARA. ¿Y quién no vive en desván,
de cuantos hoy han nacido?

FINEA. Algún humilde que ha sido
de los que en lo bajo están.

CLARA. ¡En el desván vive el hombre
que se tiene por más sabio
que Platón!

FINEA. Hácele agravio;
que fué divino su nombre.

CLARA. ¡En el desván, el que anima
a grandezas su desprecio!
¡En el desván, más de un necio
que por discreto se estima!...

FINEA. ¿Quieres que te diga yo
cómo es falta natural
de necios no pensar mal
de sí mismos?

CLARA. ¿Cómo no?

FINEA. La confianza secreta
tanto el sentido les roba,
que, cuando era yo muy boba,
me tuve por muy discreta;
y como es tan semejante
el saber con la humildad,
ya que tengo habilidad,
me tengo por inorante.*

CLARA. ¡En el desván vive bien
un matador criminal,
cuya muerte natural
ninguno o pocos la ven!
*¡En el desván, de mil modos,
y sujeto a mil desgracias,
aquel que, diciendo gracias,
es desgraciado con todos!
¡En el desván, una dama
que, creyendo a quien la inquieta,
por un hora de discreta
pierde mil años de fama!*
¡En el desván, un preciado
de lindo, y es un caimán!
Pero tiénele el desván,
como el espejo, engañado.
¡En el desván, el que canta
con voz de carro de bueyes,
y el que viene de Muleyes
y a los godos se levanta!
*¡En el desván, el que escribe
versos legos y donados,
y el que, por vanos cuidados,
sujeto a peligros vive!*
Finalmente...

FINEA. Espera un poco;
que viene mi padre aquí.

(OCTAVIO, MISENO, DUARDO, FENISO.)

---

(1) En *N* y *H*: "quiero".
(2) Idem id.: "esta".
(3) Idem id.: "¿Qué me dices?"
(4) Idem id.: "si no te casas, señor".
(5) Idem id.: "dinero".
(6) En *N*: "*(Vanse, y salen* FINEA *y* CLARA)".

MISENO. ¿Eso (1) le dijiste?
OCTAVIO. Sí,
que a tal favor (2) me provoco.
*No ha de quedar, ¡vive el cielo!,
en mi casa quien me enoje.
FENISO. Y es justo que se despoje
de tanto necio mozuelo.*
OCTAVIO. Pidióme, graciosamente (3),
que con Nise le casase;
díjele que no pensase (4)
en (5) tal cosa eternamente,
y así estoy determinado.
MISENO. Oíd, que está aquí Finea.
OCTAVIO. Hija, escucha...
FINEA. Cuando vea,
como me lo habéis mandado,
que estáis solo.
OCTAVIO. ¡Espera un poco;
que te he casado!
CLARA. ¡Que nombres
casamiento, donde hay hombres!...
OCTAVIO. Luego, ¿tenéisme por loco?
FINEA. No, padre; mas hay aquí
hombres, y voyme al desván.
OCTAVIO. Aquí por tu bien están.
FENISO. Vengo a que os sirváis de mí.
FINEA. ¡Jesús, señor! ¿No sabéis
lo que mi padre ha mandado?
MISENO. Oye (6); que hemos concertado
que os caséis.
FINEA. ¡Gracia tenéis!
No ha de haber hija obediente
como yo. Voyme al desván.
MISENO. Pues ¿no es Feniso galán?
FINEA. ¡Al desván, señor pariente!

(*Váyase* FINEA.) (7)

(1) En *N* y *H:* "¿Que eso le dijiste?"
(2) Idem id: "furia".
(3) Idem id.: "resueltamente".
(4) Idem id.: "tratase".
(5) Idem id.: "de".
(6) Idem id.: "Oíd".
(7) En *N:* "*(Vanse* FINEA *y* CLARA.)" La corta escena que sigue es completamente distinta en *N* y *H*. Véase:

"DUARDO. Vuestra desdicha he sabido,
y siento como es razón.
FENISO. Y yo que en esta ocasión
haya perdido el sentido.
OCTAVIO. Que ya era cuerda entendí,
y estaba loco de vella.
MISENO. ¡Qué lástima!
DUARDO. Nise bella
con Liseo viene aquí.

DUARDO. ¿Cómo vos le habéis mandado
que de los hombres se esconda?
OCTAVIO. No sé, ¡por Dios!, qué os respon-
Con ella estoy enojado, [da.
o con mi contraria estrella.
MISENO. Ya viene Liseo aquí.
Determinaos.
OCTAVIO. Yo, por mí,
¿qué puedo decir sin ella?

(LISEO, NISE *y* TURÍN.)

*LISEO. Ya que me parto de ti,
sólo quiero que conozcas
lo que pierdo por quererte.
NISE. Conozco que tu persona
merece ser estimada;
y como mi padre agora
venga bien en que seas mío,
yo me doy por tuya toda;
que en los agravios de Amor
es la venganza gloriosa.
LISEO. ¡Ay, Nise! ¡Nunca te vieran
mis ojos, pues fuiste sola
de mayor incendio en mí
que fué Elena para Troya!
Vine a casar con tu hermana,
y en viéndote, Nise hermosa,
mi libertad salteaste,
del alma, preciosa joya.
Nunca más el oro pudo,
con su fuerza poderosa,
que ha derribado montañas
de costumbres generosas,
humillar mis pensamientos
a la bajeza que doran
los resplandores, que a veces
ciegan tan altas personas.
Nise, ¡duélete de mí,
ya que me voy (1)!*
TURÍN. Templa agora,
bella Nise, tus desdenes;
que se va Amor por la posta
a la casa del agravio.

(1) Hasta aquí, omitido en *N* y *H;* donde, en estas ediciones, comienza la escena, que se reduce a los siguientes versos:

NISE. *Es doblar la voluntad*
de mi afición.
LISENO. *Templa* agora,
bella Nise, tus desdenes;
que se va Amor por la posta
a la casa del agravio.

*NISE.	Turín, las lágrimas solas de un hombre han sido en el mundo veneno para nosotras: no han muerto tantas mujeres de fuego, hierro (1) y ponzoña como de lágrimas vuestras.
TURÍN.	Pues mira un hombre que llora. ¿Eres tú bárbara tigre? ¿Eres pantera, eres onza, eres duende, eres lechuza, eres Circe, eres Pandorga? ¿Cuál de aquestas cosas eres, que no estoy bien en historias?
NISE.	¿No basta decir que estoy rendida?

(Entre (2) CELIA.)

CELIA.	Escucha, señora...
NISE.	¿Eres Celia?
CELIA.	Sí.
NISE.	¿Qué quieres; que ya todos se alborotan de verte venir turbada?
OCTAVIO.	Hija, ¿qué es esto?
CELIA.	Una cosa que os ha de poner cuidado.
OCTAVIO.	¿Cuidado?
CELIA.	Yo vi que agora llevaba Celia un tabaque con dos perdices, dos lonjas, dos gazapos (3), pan, toallas, cuchillo, salero y bota. Seguíla, y vi que al desván caminaba...
OCTAVIO.	Celia loca, para la boba sería.
FENISO.	¡Qué bien que comen las bobas!
*OCTAVIO.	Ha dado en irse al desván, porque hoy le dije a la tonta que, para que no la engañen, en viendo un hombre, se esconda.*
CELIA.	Eso fuera, a no haber sido, para saberlo, curiosa. Subí (1) tras ella, y cerró la puerta...
MISENO (2).	Pues bien; qué importa?
CELIA.	¿No importa, si en aquel suelo, como si fuera una alfombra de las que la primavera en prados fértiles borda, tendió unos blancos manteles, a quien hicieron corona dos hombres, ella y Finea?
OCTAVIO.	¿Hombres? ¡Buena va mi honra! ¿Conocístelos?
CELIA.	No pude.
FENISO (3).	Mira bien si se te antoja, Celia...
OCTAVIO.	¿No será Laurencio, que "está en Toledo"?
DUARDO.	Reporta el enojo. Yo y Feniso (4) subiremos...
OCTAVIO.	¡Reconozcan la casa que han afrentado (5)!

(Váyase OCTAVIO.)

FENISO (6).	No suceda alguna cosa...
NISE.	No hará; que es cuerdo mi padre.
DUARDO (7).	Cierto, que es divina joya el entendimiento.
FENISO (8).	Siempre yerra, Duardo, el que ignora. Desto os podéis alabar, Nise, pues en tóda Europa no tiene igual vuestro ingenio.
LISEO.	Con su hermosura conforma.

(Salga, con la espada desnuda, OCTAVIO, *siguiendo a* LAURENCIO, FINEA, CLARA *y* PEDRO.) (9)

OCTAVIO.	¡Mil vidas he de quitar a quien el honor me roba!

---

(1) En *A*: "*yerro*".
(2) En *N*: "*Sale*". Los primeros versos de esta escena son distintos en *N* y *H*, y quedan reducidos a lo siguiente:

"CELIA.	¿Señora?
NISE.	¿Qué hay?
CELIA.	Una cosa que os ha de causar espanto.
OCTAVIO.	Di lo que es.
CELIA.	Yo vi que agora..."

(3) En *N* y *H*: **"conejos".**

(1) En *N* y *H*: "Corrí".
(2) Idem id.: "OCTAVIO".
(3) Idem id.: "NISE".
(4) Idem id.: "señor, tu furia; los dos lo veremos".
(5) Idem id.: "injuriado".
(6) Idem id.: "DUARDO".
(7) Idem id.: "FENISO".
(8) Idem id.: "LISEO".
(9) En *N*: "*(Salen* LAURENCIO, *con la espada desnuda, y* FINEA *a sus espaldas;* PEDRO *y* CLARA *y* OCTAVIO *detrás de todos*".

LAURENCIO. ¡Detened la espada, Otavio!
Yo soy, que estoy con mi esposa.
FENISO (1). ¿Es Laurencio?
LAURENCIO. ¿No lo veis?
OCTAVIO. ¿Quién pudiera ser agora,
sino Laurencio, mi infamia?
FINEA. Pues, padre, ¿de qué se enoja?
OCTAVIO. ¡Oh, infame! ¿No me dijiste (2)
que el dueño de mi deshonra
estaba en Toledo?
FINEA. Padre,
si aqueste desván se nombra
"Toledo", verdad le dije.
Alto está, pero no importa;
que más lo estaba el Alcázar
y la Puente de Segovia,
y hubo Juanelos que a él
subieron agua sin sogas (3).
¿El no me mandó esconder?
Pues suya es la culpa toda.
Sola en un desván, ¡mal año!
Ya sabe que soy medrosa...
OCTAVIO. ¡Cortaréle aquella lengua!
¡Rasgaréle aquella boca!
MISENO. Esto es caso sin remedio.
TURÍN. ¡Y la Clara socarrona,
que llevaba los gazapos!...
CLARA. Mandómelo mi señora (4)...
MISENO. Octavio, vos sois discreto:
ya sabéis que tanto monta
cortar como desatar.
OCTAVIO. ¿Cuál me aconsejáis que escoja?
MISENO. Desatar.
OCTAVIO. Señor Feniso,
si la voluntad es obra,
recebid la voluntad.
Y vos, Duardo, la propia;
que (5) Finea se ha casado,
y Nise, en fin, se conforma (6)
con Liseo, que me ha dicho
que la quiere y que la adora (7).
FENISO. Si fué, señor, su ventura, [zan (8)
¡paciencia!; que el premio go-
de sus justas esperanzas.
LAURENCIO. Todo corre viento en popa.
¿Daré a Finea la mano?
OCTAVIO. Dádsela, boba ingeniosa.
LISEO. ¿Y yo a Nise?
OCTAVIO. Vos también.
*LAURENCIO. Bien merezco esta vitoria,
pues le he dado entendimiento,
si ella me da la memoria
de cuarenta mil ducados (1).*
PEDRO. ¿Y Pedro no es bien que coma
algún güeso, como perro,
de la mesa destas bodas?
FINEA. Clara es tuya.
*TURÍN. ¿Y yo nací
donde a los que nacen lloran,
y ríen a los que mueren?*
NISE. Celia, que fué tu devota,
será tu esposa, Turín (2).
TURÍN. Mi bota será y mi novia (3).
FENISO. Vos y yo sólo faltamos (4);
Dad acá esa mano hermosa.
DUARDO (5). Al senado la pedid,
si nuestras faltas perdona (6);
que aquí, para los discretos,
da fin *La comedia boba*.

Loado sea el Sanmo. Sacramto. Amén.—En Madrid, a 28 de abril de 1613.—*Lope de Vega Carpio.*

Vea esta comedia el secretario Thomas Graçian Dantisco; y vista me la traiga. En Madrid a 26 de otubre de 1613.—Hay una rúbrica.=Esta comedia, intitulada *La Dada boba,* se podrá representar, reservando a la vista lo que fuera de la lectura se ofreciere, y lo mismo en los cantares y entremés y baile. En Madrid a 27 de octubre de 1613.—*Thomas Graçian Dantisco.*=Dase licencia para que se pueda representar esta comedia conforme a la censura, en Madrid, a 30 de otubre de 1613.—Hay una rúbrica.= Pódese representar esta comedia, intitulada *La Dama boba,* con entremés y bailes honestos. Barcelona, 9 de febrero de 16...—*Paúl Fernández.*

---

(1) En *N* y *H:*
"DUARDO. Teneos, Octavio. ¿Es Laurencio?"
(2) Idem id.: "Traidora, ¿no me dijiste?".
(3) Idem id.: "soga".
(4) Idem id.: este verso y los dos anteriores se interpolan poco después, seguidos de este otro:
"TURÍN. ¡Oh, cuál los engullirían!"
(5) Idem id.: "ya".
(6) Idem id.: "Nise también se conforma".
(7) Idem id.: "que *le* quiere y que *le* adora".
(8) Idem id.: "*gocen los que* el premio gozan".

(1) En *N* y *H,* en lugar de estos versos omitidos se interpolan los mencionados en la nota 4 de la columna anterior.
(2) Idem id., este verso y el anterior se hallan reducidos a la siguiente frase:
"NISE. ¿Y tuya Celia?"
(3) Idem id.: "Será mi bota y mi novia".
(4) Idem id.:
"DUARDO. Vos y yo solos *quedamos;*
dadme acá esa mano hermosa".
(5) Idem id.: "FENISO".
(6) Idem id.: "perdonan".

DE COSARIO A COSARIO

COMEDIA FAMOSA
DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

A LA SEÑORA DOÑA ANA FRANCISCA DE GUZMAN,

MUJER DEL SEÑOR LICENCIADO SANCHO FLORES, DEL CONSEJO DE S. M. EN EL DE INDIAS

Heroidas llamaban los antiguos a las mujeres ilustres por virtud y entendimiento, o que lo eran de excelentes varones constituídos en altas dignidades: causas por donde este nombre tan justamente conviene a v. m., cuanto hace mayor mi atrevimiento en dedicarle esta fábula. Mas como los que desean hacer algún servicio, no hay ocasión que no les parezca a propósito, tuve por más acertado, sirviendo parecer atrevido, que temiendo desconfiado. Solamente quiero serlo en loar en v. m. los méritos que al principio propuse, calificados de tan conocida nobleza; pues para mi atrevimiento, en poner esta fábula a la claridad de su grande ingenio, hallo en mi deseo disculpa, y para sus alabanzas fuera imposible.

Dios guarde a v. m.,

Lope Félix de Vega Carpio.

FIGURAS DE LA COMEDIA

Don Juan.
Don Fernando.
Mendo.
Fabio.
Celia.
Lisarda.
Elisa.
Lucindo.
Teodoro.
Laín.
Trebacio.
Inés.

ACTO PRIMERO

(Salen Don Fernando, Fabio *y* Lisarda.)

Fernando. ¿Con ese desdén te vas?
Lisarda. Con ese (1) desdén me voy.
Fernando. Pues ¡por la fe de quien soy!,
que no he de quererte más.
Lisarda. Si pudieres, bien harás.
Fernando. ¿Si pudiere, bien haré?
Pues yo pienso que podré;
que, si te digo verdad,
al son de tu libertad
hace mudanzas mi fe.
Lisarda. Cuando los hombres que amáis,
otros gustos pretendéis,
de que os dejan os valéis,
mil enredos fabricáis:
humildes amando entráis;
soberbios queréis salir.
Fernando. No te quiero persuadir,
Lisarda, a lo que has de ver,
pues más puedes tú saber
que yo te puedo decir.
Lisarda. Diráme Amor sus verdades,
descubriendo tus mentiras.
Fernando. ¿Cuando celosa me miras,
te quejas de libertades?
Lisarda. ¿Para qué me persüades
a que no te quiero bien?
Fernando. ¿No quieres tú que me den
sospechas esos desprecios?
¿No sabes tú que los necios
se pican con el desdén?
Lisarda. Cuando yo desdén te hiciera,
antes, Fernando, pensara
que discreto te obligara,
y que necio te ofendiera.
Fernando. Amando, amor persevera
en quien tiene discreción.

(1) Hartzenbusch corrigió "este".

LISARDA. Antes los desdenes son
espuelas con que camina;
que amor no te desatina
cuando hay llana posesión.

FERNANDO. Como quiera que ello sea,
quien desdeña, tibia está;
pues cuando ocasiones da,
muestra que olvidar desea.

LISARDA. Y quien ama, cuando vea
que lo que quiere se enfría,
¿estará esperando el día
a (1) que la deje, Fernando?
¡Cuánto es mejor que, picando,
le vuelva a lo que solía!

FERNANDO. ¿Cuándo te he dado ocasión
para usar de esos remedios?

LISARDA. Tuyos han sido los medios;
mías las desdichas son.

FERNANDO. No hay en amor sinrazón
como celos sin tenellos.

LISARDA. Si tú me matas con ellos,
no fué sinrazón sentillos,
pues basta para pedillos
que tú puedas merecellos.

FERNANDO. ¿Yo te he dado celos?

LISARDA. Sí,
conociendo lo que vales;
porque no hay celos iguales
como haber partes en ti.
Si te amé cuando te vi,
cualquiera te puede amar;
luego bien es recelar
que lo que yo quise bien,
querrán los otros también,
y que te pueden buscar.
¿Esto es dar celos o no?

FERNANDO. En tanta bachillería,
Lisarda, decir podría
que ya el amor se acabó,
pues, por más razones, yo
tendría celos de ti;
que no han de buscarme a mí
como a ti los que te ven.

LISARDA. ¿No hay en nosotras también
conocimiento?

FERNANDO. No, y sí.
Que no es bien que una mujer
le diga amores a un hombre
porque limpio y gentilhombre
le acierte en la calle a ver;
y un hombre bien puede hacer
con su libertad su gusto;
mas pues dar celos es justo,
yo te los daré, y de modo...

LISARDA. ¡Alto! Declaróse todo:
no me darás más disgusto.

FERNANDO. ¡Espera!

LISARDA. ¡Suelta!

FERNANDO. ¡No seas
tan bárbara!

LISARDA. ¡Suelta el brazo!

(Vase.)

FERNANDO. ¡Llegó de mi muerte el plazo!
¡Desesperarme deseas!

FABIO. ¡Que aquestos desdenes veas
y quieras esta mujer!

FERNANDO. ¡Ay, Fabio! ¿Qué puedo hacer?

FABIO. Poner en otra el deseo.

FERNANDO. Demonios son cuantas veo.
¿Cómo las puedo querer?

FABIO. ¿Cómo crees que Lisarda
quiera bien a los que mira,
si por demonio te admira
la que miras más gallarda?

FERNANDO. ¿Llama (1)?

FABIO. Sí.

FERNANDO. ¡Si es ella!

FABIO. Aguarda.

FERNANDO. ¡Fué de mi amor ilusión!

FABIO. Hombres de camino son.

FERNANDO. ¡Válgame Dios! ¿Quién serán?

FABIO. El dueño es harto galán.

FERNANDO. El viene a mala ocasión.

(Sale DON JUAN, *vestido de camino;* MENDO, *su criado, y un ayo, que se llama* TREBACIO.)

JUAN. El es, sin duda. ¡Qué dicha!
¿Don Fernando?

FERNANDO. ¿Quién es?

JUAN. ¡Bueno!
Sólo el veros tan ajeno
será, en el veros, desdicha.
Miradme bien; que, por dicha,
tengo señas que os dirán
que soy don Juan.

FERNANDO. ¡Mi don Juan!
¡Don Juan mío! Sólo vos
me alegrárades, ¡por Dios!,
hoy, que mil muertes me dan.

(1) Hartzenbusch corrigió "de".

(1) Hartzenbusch corrigió "llama*n*".

JUAN. Quejoso me habéis dejado
de no me haber conocido.
FERNANDO. Vos sois el desconocido,
pues tanto os habéis mudado.
JUAN. Siempre mi amor firme ha estado.
FERNANDO. ¡Oh, cómo venís en día
que necesidad tenía
de tanto bien como vos!
JUAN. ¿Pleitos? ¿Muertes?
FERNANDO. No, ¡por Dios!
Mayor desdicha es la mía.
JUAN. ¿Mayor que pleitos?
FERNANDO. Mayor.
JUAN. ¿Que pleitos?
FERNANDO. Que pleitos, pues.
JUAN. ¿Más que amor?
FERNANDO. Mayor mal es.
JUAN. ¿Mayores penas que amor?
FERNANDO. ¿Celos, no es mayor rigor?
JUAN. Mayor.
FERNANDO. Pues yo tengo celos.
JUAN. ¡Bien traía yo recelos
de hallaros enamorado!
Celoso, no; que os han dado
muchos méritos los cielos.
FERNANDO. Conmigo habéis de posar,
mientras disponéis de vos.
JUAN. Id por la ropa los dos;
que no lo puedo excusar.
TREBACIO. Mendo se puede quedar,
por si es algo menester.
MENDO. Pues haz la ropa traer;
porque Madrid y mesón
mayores peligros son
que la mar ni la mujer.
JUAN. Años ha, Fernando mío,
que, en edad florida y tierna,
partí de aqueste lugar,
Roma de Felipe excelsa.
Felipe, monarca insigne
de dos mundos, que contempla
el sol en la cuna de oro,
y en el sepulcro de perlas:
fué la causa haber perdido
su serenísima Reina
España, a quien yo serví;
que quiso el cielo, con ella,
aumentar número al coro
de los ángeles, pues era
de los que adornan el cielo
vivo retrato en la tierra.
En la puente toledana,
aún ahora se me acuerda
que me dijistes: "don Juan,
ruego al cielo que no sean
éstos los últimos lazos,
ni éstas las postreras prendas";
y que, al responderos yo,
os dieron breve respuesta
las lágrimas en mis ojos,
y en la posta las espuelas.
Pues veisme aquí, que os respondo
que no fueron las postreras:
ya os vuelvo a dar más abrazos,
con más gusto y menos pena.
Llegué, Fernando, a Sevilla,
ciudad cuyas plantas besan,
con labios de plata y oro,
las antárticas riberas;
desde allí pasé a Sanlúcar:
troqué por la mar la tierra;
pasé la barra, por quien
tantas de las Indias entran.
Llevaba yo seis vestidos,
un trencellín, dos cadenas
y apenas tres mil reales:
¡qué caudal para esta empresa!
Vídeme en lo alto un día,
y miré la mar, soberbia,
lejos de la tierra amada,
y de las estrellas cerca.
"¡Válgame Dios! (dije entonces).
¿Dónde voy, o quién me lleva
por caminos sin señales
de pisadas ni de ruedas?
¡Oh, temeraria codicia,
que hallaste en las aguas senda,
mesones en las espumas
y techos en las estrellas!
¿Es el Norte algún pastor
que le preguntas si yerra,
cuando caminas de noche,
y él, desde lejos, te enseña?
Con una pequeña aguja
corres la mar y la tierra,
dividida en dos pedazos.
¿Sin pies vas? ¿Con alas vuelas?
¿Qué llevo a las Indias yo?
¿Qué terciopelos?, ¿qué sedas?
Pero llevo pocos años,
que son la mayor riqueza."
No me engañé, no, Fernando,
pues estuve un año apenas
en Santa Fe de Bogotá,
cuando una hermosa doncella
puso los ojos en mí

(mejor pienso que dijera
dos estrellas, pues que fueron
de mi dicha las más ciertas).
Caséme por caballero
(¡bien hayan, amén, las tierras
adonde tiene valor,
más que el oro, la nobleza!).
Mucho la quise y me quiso;
dióme su padre, con ella,
setenta mil pesos: ¡mira
lo que un casamiento pesa!
Mil y cuatrocientas veces,
y poco más de sesenta,
pasó el sol la mar de España
para venir a la nuestra,
mientras los dos nos gozamos:
(quiero decir que con ella
cuatro años casado estuve;
que estar de mi patria fuera
me hizo contar los días,
no el cansarme de querella).
Pasó, en fin, a mejor vida,
y aunque hermosa y Madalena
(que ansí se llamó), yo fuí
quien hizo la penitencia:
fué sobre el parto de un ángel,
que vivió, después de muerta,
las horas que me bastaron
para no perder mi herencia.
Pártome a España, gozoso,
Fernando, trayendo a ella
un casamiento de plata,
mucho peso y poca pena
(si así son los casamientos,
no sé cuál hombre se queja),
pues, después de enviudar presto
quedé con famosa hacienda.
Pero apenas por la mar
venía a la patria bella,
cuando, entre la Dominica
y Matalino, se altera:
estremécense las aguas,
y los delfines por ellas
comienzan a dar indicios
de la futura tormenta;
desnudóse el sol sus rayos,
vistióse de nubes negras,
que, rasgándose, escupían
granizos entre cometas;
al son de su artillería,
la mísera nave tiembla;
marineros y pilotos
"¡alija, alija!" vocean:
todo lo que no fué plata,
del mar visita la arena;
que aun en aquestos peligros
hay quien la plata respeta.
Ya el Austro, el Cauro (1) y el
combaten, en competencia, [Noto
el pobre leño desnudo
de las jarcias y las velas;
el *¡larga!*, el *¡vira!* y el *¡boga!*,
entre las plegarias suenan;
acomete el Euro el árbol,
y, con poderosa fuerza,
chafaldetes y brandales
por el campo del mar siembran (2).
Ya ni de larga amantillo,
trizas ni escotas se acuerdan,
ni si babor o estribor
son manizquierda o derecha;
ya si (3) siete palmos de agua
iba la zarlinga llena;
que, en vez de bombas, los ojos
con las lágrimas la aumentan.
En la citácora (4) estaba
seguro el piloto apenas;
la nave, en montes de espuma,
parece el arca de Armenia...
Pero ¿para qué te canso?:
la poderosa Princesa
de Atocha pidió a su Hijo
que cesase la tormenta:
cesó, llegamos a España;
mañana pienso ofrecella
el voto en plata y en alma,
que es el que el cielo desea.

FERNANDO. Don Juan, cuanto me has contado,
que, en fin, pasa y, en fin, cesa,
son desdichas sobre espuma,
que se deshacen con ella.
¡Ay de tormentas de fuego,
que en mar de amor atormentan
un alma que no halla puerto
y halló, por su daño, puerta!
Entre aquesa confusión
deja lomas y faenas,
romperse el bauprés, los claves,
sembrar lonas y taretas,

(1) Así en las primeras ediciones. Hartzenbusch corrigió "euro".
(2) Idem id. "siembra".
(3) En la ed. de 1627 (Valladolid) y en la de Hartzenbusch: "de".
(4) Así en las primeras ediciones; Hartzenbusch corrigió "*b*itácora".

entre el "alarga" y "amaina",
y que el árbol desenredan
de toda la obencadura
iras del viento, soberbias;
las áncoras de esperanza
en fuertes gumenas cuelgan,
y con los dientes herrados
muerden la invisible tierra.
Sale el sol, serena el cielo;
Santelmo, don Juan, se sienta
en el pajaril, y causa
que la gavia resplandezca.
Pero yo, que en mar de amor
voy en confusión más cierta,
y con tormenta celosa
mi voluntad me gobierna,
mayor mal, mayor desdicha
puedo contar que la vuestra.
Hoy es el último día
en que mi nave se anega;
hoy se ven mis esperanzas
a pique; hoy el mar se venga
de mi codicia, sin ser
de oro, de plata ni perlas.
Miento, que más plata y oro
y más perlas hay en ella,
y mayor codicia arguyen
Indias del sol y de estrellas.
Entre las sirtes y euripos,
entre las dulces sirenas
de Madrid, nació Lisarda;
yo, para morir por ella.
¡Quién la supiera pintar!
¡Quién de su hermosura fuera
Ceusis, sin juntar las cinco
para retratar a Elena!
Es Lisarda tan hermosa
como si naciera necia,
y es tan discreta Lisarda
como si naciera fea.
Si canta, se para el aire,
y el que entre sus labios suena,
la celestial armonía
suspende al son de las cuerdas;
si danza, en su movimiento
de suerte los ojos lleva,
que se para el pensamiento
a pensar en lo que piensa;
si escribe un papel, diréis
que le han dado los poetas
las frases y locuciones,
con que enamora las piedras;
pero ¡qué desdicha mía
ansí me obliga a quererla,
que ha dado en darme pesares,
de mi verdad satisfecha!
Ya con celos me lastima,
ya me mata con sospechas,
ya con desdenes me enciende,
ya con ausencias me hiela.
Hoy se acaba mi temor,
hoy estamos de pendencia:
yo debo de ser la causa,
si es causa temer perderla.
¡Mal haya quien en Madrid
ama a ninguna de veras!;
pues es cosa más segura
vestir el gusto de mezcla.
Si yo pintara el Amor
en la Corte, no le hiciera
desnudo, sino abrigado
y con dos bolsas por flechas;
pintárale con sus botas,
su fieltro y capa aguadera:
porque el Amor, en Madrid,
siempre ha de andar con espuelas.
A lo menos, los discretos,
en este mar de sirenas,
mudan casas a su gusto,
con todas las estafetas:
si viene la de Sevilla,
dama sevillana sea;
si la de Castilla viene,
castellana os entretenga.
Cuando yo salgo reñido,
con celos o con sospechas,
o voy a Atocha, o al Prado,
a Palacio, a la Comedia,
veo (1) tanto mozo ilustre,
tanto copete y guedejas,
tanto calzón, tanta liga,
tanto cambray, tanta seda,
vuelvo más celos que truje,
y digo: "¿Quién hay que vea
tanto lindo, que no escoja
y olvide por cosas nuevas?
Y cuando estime su fe,
su salud y su vergüenza,
en primero movimiento,
¿qué pensamiento no peca?"
Don Juan, vos venís bisoño,
pocos años, mucha hacienda;
¡ay de vos, que os embarcáis
para mayores tormentas!

(1) Hartzenbusch corrigió "viendo".

¡Oh, cuál os han de poner,
luego que en la Corte os sientan
esos pesos que decís
que tanto trabajo os cuestan!
Pero yo (1) el pésame os doy:
Dios sabe lo que me pesa
del pesar que habéis de dar
al que os trajo, cuando os pierda.
Lo mismo que os digo aquí,
quisiera que me dijera
algún experimentado,
antes que tanta inocencia
embarcara en este mar,
donde ya los vientos suenan
con que se muda Lisarda
y mi esperanza se anega.
Ya rompen las sinrazones
el árbol de mi paciencia,
ya las jarcias de papeles
airados enojos siembran,
ya todo el sol del amor
se esconde en obscuras nieblas;
celos animan los rayos,
y los desengaños truenan.
Abrióse toda la nave,
la quilla vió las arenas:
fuése a pique, muerto soy;
vos podréis llevar las nuevas.

JUAN. ¡Qué gracia que habéis tenido!

FERNANDO. Antes pienso que es desgracia,
pues de Lisarda la gracia
toda mi desgracia ha sido.

JUAN. Pues si yo amare en Madrid,
Fernando, con vuestro ejemplo,
la mar me sirva de templo.

FERNANDO. En los pesos advertid,
y venid a descansar.

JUAN. Si yo diere sólo un peso,
mientras no perdiere el seso...

FERNANDO. Aquí os le sabrán quitar.

JUAN. ¿Dan hechizos? ¿Hay enredos?
¿Andan, para hacer quimeras,
chapines sobre tijeras?
¿Hay conjuros? ¿Causan miedos?
Pues veis cuántos puede haber:
no me han de pescar un peso;
porque, avisado, os confieso
que me sabré defender.

FERNANDO. Otros más bravos que vos
han sido, garlando ansí,
hijos pródigos aquí.

(1) Hartzenbusch corrigió "Por ello".

JUAN. Ahora bien, ¡guárdeme Dios!,
y dadme vos un papel
que me pueda gobernar.

FERNANDO. Yo os enseñaré el lugar,
que hay grandes cosas en él:
cosas y casas y casos.

JUAN. Puesto me habéis tantos miedos,
que pienso decir más credos
que diere en la Corte pasos.

(Vanse DON JUAN *y* DON FERNANDO*; queden* MENDO *y* FABIO.)

FABIO. ¿Y vuesa merced, galán,
piensa guardarse también?

MENDO. Los ejemplos que se ven,
fregonil miedo me dan.

FABIO. ¿El nombre?

MENDO. Mendo me llamo.
¿Y voacé?

FABIO. Fabio es mi nombre.

MENDO. ¿Podrá aquí tener un hombre
algo a sombra de su amo?

FABIO. ¿Qué trae de Potosí?

MENDO. Nuevas que caer se ve,
y por eso me guardé
que no diese sobre mí.

FABIO. ¿Eso trae?

MENDO. Y hablar mucho,
como los que de allá vienen:
vicio notable que tienen.

FABIO. Ya pienso qué parte escucho.

MENDO. Luego, ¿aquí no me querrán
por hablar y prometer?

FABIO. Yo le enseñaré mujer
que le quiera por galán.

MENDO. ¿Quién?

FABIO. La horca.

MENDO. Luego, ¿aquí
no hay más de dar y tomar?

FABIO. Yo le enseñaré el lugar.

MENDO. Voy con él.

FABIO. Venga tras mí.

(Vanse, y salen en la calle Mayor CELIA, *dama;* INÉS, *criada;* TEODORO *y* LUCINDO, *galanes, y* LAÍN. *escudero de* CELIA.)

LUCINDO. Bien podéis tomar de aquí
lo que fuéredes servida.

CELIA. No tomé nada, en mi vida,
que se me ofreciese así.

TEODORO. Si de la calle Mayor
no hay en las tiendas, señora,

para serviros ahora,
joyas de tanto valor,
Puerta de Guadalajara
y Platería os darán
lo que Lucindo, galán,
en su promesa declara.

CELIA. Recibo la cortesía,
pero las obras no puedo;
que vengo con cierto miedo...

LUCINDO. No es miedo: es desdicha mía.
Toma, siquiera en señal
de que estimáis mi deseo,
unos guantes de ámbar.

CELIA. Creo
que me he declarado mal.
Digo, señores, que aquí
me le podrían hacer;
que a quien tengo que temer
pienso que viene tras mí.

TEODORO. Vámonos, que no es razón
dar pesadumbre a esta dama.

LUCINDO. ¿Sabéis vos cómo se llama?

TEODORO. Y su casa y condición.
Por eso dejad la empresa;
que es mujer que no ha querido
nadie que la haya servido.

LUCINDO. ¿Tanta libertad profesa?

TEODORO. Tiene por trato burlar
y reír de cuantos sabe
que la sirven.

LUCINDO. No se alabe
de esa manera de amar;
porque si viene a caer,
ha de dar venganza justa.

TEODORO. Es discreta, libre, y gusta
de picar y entretener.

(Vanse TEODORO *y* LUCINDO.*)*

CELIA. ¡Qué cansados gentilhombres!

INÉS. Son éstos del escuadrón
de los lindos.

CELIA. Malos son.
¿Sabéis vos, Laín, sus nombres?

LAÍN. ¿Quieres añadir la lista
de los que sueles burlar?

CELIA. Si hallara en quién ocupar
el alma, el gusto, la vista,
quisiera, como mujer;
pero unos hombres se usan
que de querer nos excusan,
ni ellos se pueden querer;
porque inventan tales cosas,
que nos hurtan cada día
esto que darnos solía
para parecer hermosas.
Yo me entiendo en no rendirme
hasta hallar, cuando se ofrezca,
un hombre que me merezca
por hombre, y por hombre firme.

INÉS. Aquí vienen dos galanes.

CELIA. ¡Buen talle de forastero!

(Salen DON FERNANDO *y* DON JUAN *y* MENDO.*)*

FERNANDO. ¡Bella moza!

JUAN. Hablarla quiero.

FERNANDO. ¡Qué melindres!

JUAN. ¡Qué ademanes!

FERNANDO. Ya los caireles del manto
niegan licencia.

JUAN. No harán.

FERNANDO. ¡Atrevido sois, don Juan!

JUAN. De melindres no me espanto.
¿Por qué pensáis que no traen
tocas las mujeres ya?

FERNANDO. Más aire al rostro les da,
y mejor los rizos caen.

JUAN. Son engaños conocidos;
que, por mejor escuchar,
no se han querido tapar
con las tocas los oídos.

(Lléguese.)

Supuesto que un forastero,
señora, tiene ocasión
de mayor admiración,
admirarme de vos quiero.
De Madrid, tan aumentado
de edificios, me admiré:
al Jordán (1) pienso que fué,
según está remozado.
Dejéle viejo, está mozo:
debe de haberse teñido;
y como hombre aquí nacido,
de verle me alegro y gozo.
También he visto mujeres
de estas de petos armados,
que pudieran ser letrados,
con tan lindos pareceres;
pero mujer como vos
no la he visto en cuantas vi.

CELIA. Señor forastero, aquí

---

(1) En la ed. de 1627 (Valladolid): "jardín".

nos admiramos los dos:
que yo también lo estoy ya
de vuestro talle y despejo.

JUAN. Mirándome en vuestro espejo,
seré lindo, ¡claro está!

CELIA. Con ojos os he mirado
de confiado, señor.

JUAN. Fuera temerario error
forastero y confiado.
Dadme licencia, que quiero
en estas tiendas comprar
cosas que suelen faltar
a un hidalgo forastero.

CELIA. ¿Qué os falta?

JUAN. Guantes y oro
para ligas.

CELIA. ¿Y no habrá
guantes para todos?

JUAN. Ya
lo miro.

CELIA. El lenguaje ignoro.

JUAN. Pensará vuesa merced,
como consultar me vió
la faltriquera, que yo
daba en medio de la red;
pues este papel sacaba.
Esté atenta.

CELIA. ¿Para qué?

JUAN. Oiga.

CELIA. Diga.

JUAN. Sí diré.

INÉS. [*Ap. a* CELIA.] (Mansa estás.

CELIA. No estoy muy brava.)

(*Lee* DON JUAN.)

"Memoria de lo que tengo
de dar en Madrid...

CELIA. Prosiga.

JUAN. ... Besamanos, cuando hablare,
lisonjas y cortesías;
he de dar también oídos
a verdades, no a mentiras.
Dar reverencia a los grandes,
que gustan de recebirla;
dar buenas Pascuas a todos,
buenas noches, buenos días;
dar gusto en cuanto pudiere,
dar lugar en las visitas;
dar la mano a cualquier dama
que cayere o que desliza,
como no pase la tal
de cuarenta años arriba;
dar talle, si hay ocasión
y al ir por la calle os miran;
dar celos, si dieren celos,
y dar repique, si pican;
dar honra a todo mayor,
dar gracias y no decirlas,
y dar en no dar a nadie
sino palabras fingidas."
Yo he leído la Memoria,
y no dice que dé guantes;
que de cosas semejantes
no debe de hablar la Historia.
Comprarélos para mí,
con vuestra licencia. Adiós.
¡Vamos, Fernando!

FERNANDO. De vos,
menos valor presumí.

(*Vanse* DON JUAN *y* DON FERNANDO.)

CELIA. ¡Ah, hidalgo, detenga el paso!

MENDO. Oleré mal, detenido.

CELIA. ¿Quién es este presumido?

MENDO. No es Boscán, ni Garcilaso;
pero es mi amo don Juan,
indiano y rico, en efeto.

CELIA. No muestra ser lo discreto
Garcilaso ni Boscán.

MENDO. ¿Mal os habrá parecido?

CELIA. No, sino bien; que su talle
obliga.

MENDO. Puedo alaballe
de discreto y bien nacido;
sino que le han puesto miedo.

CELIA. Miedo, ¿de qué?

MENDO. De la Corte,
y presumo que le importe
tener el caballo quedo.

CELIA. Gran vicio de los indianos
el hablar mucho y dar poco.

MENDO. En no siendo un hombre loco,
infaman su lengua y manos.
Don Juan no sabe querer;
en Sevilla se perdían
mujeres por él, que hacían
extremos.

CELIA. Bien puede ser;
pero, por no darles nada,
perdería la ocasión.

MENDO. Mal sabéis su condición.
Si algún amigo le agrada,
le da su hacienda; y os juro
que da a pobres y soldados,

cada mes, muchos ducados;
mas quiere vivir seguro.
Halla a Madrid diferente:
mil espíritus malignos
andan en él.

CELIA. Desatinos...

MENDO. Esto se ve claramente.
Demonios hasta los techos
tiene Madrid; no hay que honralle,
pues no se topa en la calle
sino cruces en los pechos;
y de aquí a sacarse viene,
si el miedo a verdad reduces,
que lugar con tantas cruces,
muchos espíritus tiene.
Don Juan, con esto, ha jurado
no querer ni dar un higo;
que don Fernando, su amigo,
le ha avisado y le ha enseñado.
Casarse quiere, no más;
con cien mil ducados quiere
vivir en paz.

INÉS. Si él pudiere,
bien hará.

CELIA. En lo cierto estás;
pero ya vienen aquí
muchos bravos, que después
son mansos.

MENDO. Y aun eso es
lo que teme.

CELIA. Nunca vi
cosa que así me agradase.
¿Quieres esta noche hacer
que don Juan me vaya a ver,
o que por mi calle pase,
y daréte veinte escudos?

MENDO. Como esta moza me des,
te le llevaré después;
y después hablen los mudos.

CELIA. Tenla por tuya.

MENDO. El venir
de camino...

CELIA. Di tu nombre.

MENDO. Pudiera cual gentilhombre
ser noble, os puedo decir,
con dos letricas no más,
con que se espantan los gatos,
si mis abuelos ingratos
me las pusieran detrás:
"¡Za!" dicen a un gato, y va
por los tejados huyendo;
luego, si me llamo Mendo,
fuera Mendo-za con *za*.

CELIA. Mendo, de tu buen humor
grandes cosas me prometo.

MENDO. Soy bellaco a lo discreto.

CELIA. No tienes cosa mejor.

MENDO. Tu nombre y tu calidad
me muero ya por saber.
¿Tienes coche? ¿Eres mujer
de toldo y autoridad? [tos,
Coches bien sé yo que hay har-
de estos que en verde guarnecen,
que ellos peñascos parecen,
y los caballos lagartos;
y otros, que no son parientes,
donde llevan los señores,
en bestias de dos colores,
treinta y nueve diferentes;
y otros que, en fin, los celebran,
y no sin razón alguna,
con ruedas de la fortuna,
que por momentos se quiebran;
y otros que, de andar caminos,
han venido a estar de modo
que, sepultados en lodo,
de coches se hacen cochinos.
El faetonte de tu coche,
¿es cochero y despensero?
¿Tienes cochera? El cochero,
¿dónde le lleva, de noche?

CELIA. Mendo, todo lo sabrás,
si esta noche vas a verme.

MENDO. Ya comienzo a disponerme;
pero ¿qué señas me das?

CELIA. En la calle de San Luis,
por su acera, en un balcón
verás un lienzo, en razón
de que acertéis, si venís.

MENDO. Inés, ¿estarás alerta?

INÉS. Esperándote estaré.

MENDO. ¿Qué hora?

INÉS. Las diez.

MENDO. Vendré,
si el mundo se desconcierta.
Mas ¡mira que has de ser mía!

INÉS. Como en ella se contiene.

MENDO. Adiós.

(Vase.)

INÉS. ¿Qué es esto que tiene
tu mudanza?

CELIA. Fantasía.

INÉS. ¿Haste enamorado?

CELIA. ¿Yo?
¿No me conoces?
INÉS. ¿Pues, qué?
CELIA. De verle hablar, me piqué;
nadie tan libre me habló.
Este engañado mozuelo
tengo yo de sujetar,
y en llegándole a abrasar,
tengo de ser toda un hielo.
¿Ansí, vos traéis papel,
a la Corte, de no dar?
¿Vos os venís a burlar
de que no hay guantes en él?
¡Si me costase mil vidas,
le he de ver llorar por mí!
Laín, echa por ahí.
LAÍN. ¿De tu gravedad te olvidas?
CELIA. En la Corte ¿hay moscatel
más digno de castigar?
¡Un alma le ha de costar
cada letra del papel!

(Vanse, y sale LISARDA, TEODORO, LUCINDO *y* ELISA.)

TEODORO. ¡Estaba de mar a mar
la calle Mayor!
LISARDA. Sí haría.
¿Qué damas?
LUCINDO. Muchas había
para vender y comprar.
Con Fabricio estaba Anarda;
cortes de Milán le di.
LISARDA. ¿No estaba Lisandra allí?
TEODORO. ¡Y por extremo gallarda!
Elisa, dando una estrella,
con las pestañas hacía
rayos hermosos.
LISARDA. Sí haría;
que, por lo moreno, es bella.
LUCINDO. Dando virillas, Leonora
pisaba como un frisón;
pero en aquesta ocasión
amaneció nueva Aurora:
Celia pienso que se llama;
llegué, piqué y ofrecía;
pero dijo que tenía
ángel de guarda su fama.
Esperé, y vi que llegó
don Fernando.
LISARDA. ¿Habló con ella?
LUCINDO. Poco; pero fué la estrella
que un forastero guió,
que debe de ser su amigo.
LISARDA. Él viene; dadme lugar.
LUCINDO. De haberte dado pesar
me pesa, Dios me es testigo.

(Vanse LUCINDO *y* TEODORO, *y salen* DON JUAN, DON FERNANDO *y* MENDO.)

FERNANDO. A traerte vengo aquí
tus papeles.
LISARDA. Sí vendrás;
que ya no te acordarás
de papeles, ni de mí.
Pero guárdalos allá,
llévalos a la señora
que estabas hablando agora,
y que te quieren sabrá.
¡Qué de cosas le darías!
Ya quedará sin valor
toda la calle Mayor.
Si quieres las joyas mías,
yo te las daré también.
Regálala; que es razón.
FERNANDO. Lisarda, no es ocasión
para celos ni desdén.
Traía al señor don Juan
para que te conociese.
JUAN. Para que os viese y sirviese.
LISARDA. Pienso que, como es galán,
será entendido y discreto
el señor don Juan.
JUAN. Seré
vuestro esclavo, con la fe
que a vuestro dueño prometo.
LISARDA. Vuestra amistad me ha contado
Fernando, y vuestro valor.
JUAN. Todo lo debe a mi amor
y habernos juntos criado.
LISARDA. Lo que de vos me decía,
me enamoraba de vos.
JUAN. Somos un alma los dos,
y hablaba en mí como mía.
Y pues a serviros vengo,
cesen enojos.
LISARDA. Es justo
obedecer vuestro gusto.
JUAN. A mucha merced lo tengo.
LISARDA. Mas Fernando ha de llevarme
adonde esa dama vea,
y en su presencia, aunque sea
a mi honor aventurarme,
decir que me quiere a mí.
FERNANDO. Si sé la casa, sí haré.
LISARDA. Pues entre tanto estaré

triste y celosa de ti.

JUAN. Detenelda.

FERNANDO. Va enojada.

ELISA. ¿Cómo te vas de ese modo?

LISARDA. [*Ap. a* ELISA.] Por mostrar sentir-
[lo todo,
puesto que no siento nada.

ELISA. El tercero es caballero;
por él haréis amistad.

LISARDA. Si va a decir la verdad,
más me agradaba el tercero.

(Vanse LISARDA *y* ELISA.)

FERNANDO. ¿Qué os parece?

JUAN. Que es hermosa,
que es mucho, estando enojada;
con el partido me agrada,
que deja de estar celosa.

FERNANDO. No sé la casa.

MENDO. Yo, sí;
que con esta dama hablé.

JUAN. ¿Tú?

MENDO. Y de su boca sé
que está perdida por ti.

JUAN. ¿Por mí, Mendo? ¿Cómo, o
[cuándo?

MENDO. De haberte visto.

JUAN. ¿Dirías
que era indiano?

MENDO. Desconfías.

FERNANDO. Vos me iréis desengañando.

JUAN. Mas ¿que me quieren pescar
los pesos?

FERNANDO. Eso es lo cierto;
ya sabéis lo que os advierto.

JUAN. ¡Pesos, no me déis pesar;
que si un ángel en belleza
fuera mujer de Madrid,
fuera, en defenderme, un Cid!

MENDO. Pues prueba tu fortaleza
en ir a verla.

JUAN. Sí haré.

FERNANDO. Guarda la ocasión.

JUAN. ¿Quién? ¿Yo?

FERNANDO. ¿No eres hombre, don Juan?

JUAN. No.

FERNANDO. Ahora bien; yo lo veré.

JUAN. Si ésta me quiere burlar,
¿hay más que burlarme de ella?

FERNANDO. Mirad que es discreta y bella.

JUAN. Que yo me sabré guardar.
Diráme falsos amores;
yo también. ¿Pedirá?

FERNANDO. Sí.

JUAN. Darle palabras.

FERNANDO. Ansí.

JUAN. Y favores por favores.

FERNANDO. ¡Yo veré tu valentía!

JUAN. Guía, Mendo.

MENDO. ¡Ah, bella Inés!,
agárrete yo, y después,
más que se queje a su tía.

(Vanse, y sale CELIA.)

CELIA.

Quedó toda mujer, por ley divina,
sujeta al hombre, y fué de Dios sentencia.
Perdió la libertad, la inobediencia;
que a estar sin ella su belleza inclina.
Con esto, algunas veces determina
romper el yugo, de su culpa herencia,
y, con sutil ingenio y diligencia,
oprimir los ingenios imagina.
Tal vez rinde sus gustos y placeres,
¡oh libertad!, para que más te asombres,
los hombres de más varios pareceres;
tal vez sus letras, armas y sus nombres;
que es el mayor blasón de las mujeres,
siendo sujetas, sujetar los hombres.

(Sale INÉS.)

INÉS. Ya todo está prevenido
como lo tienes mandado:
huéspedes la casa espera,
por el refrán castellano.
Sillas, camas y bufetes
parece que se acabaron
de hacer, por lustre y limpieza.

CELIA. Gracias, Inés, a tus manos.

INÉS. En todos los aposentos,
humo oloroso espirando
las boniñas (1) portuguesas
penetran los aires claros.
A sólo mirar su aseo
puede venir ese indiano
desde Lima o desde Chile.

CELIA. No hay cosa que obligue tanto,
Inés, a un hombre de bien;
porque es la casa retrato
de la limpieza del dueño.

INÉS. A la puerta están llamando.

CELIA. Baja, y mira si es don Juan.

INÉS. Laín estaba avisado.

---

(1) En la ed. de Hartzenbusch: "boninas".

(*Salen* Don Juan, Don Fernando, Mendo, Fabio *y* Laín.)

Laín. Aquí están.
Inés. (¡Qué lindo talle!)
Juan. Con vuestra licencia entramos.
Laín. Aquí mi señora está.
Juan. Aquí está el sol de sus rayos,
y el alma traigo abrasada.
Fernando. [*Ap. a* Don Juan.] (¡Mirad que [pienso que estamos
en los palacios de Circe!
Juan. Dejadme a mí, y hablad paso.)
No daba crédito a Mendo,
señora, en favores tantos,
hasta ahora que merezco
ver los dos cielos cifrados
de esos ojos, donde Amor
vive y mata con dos arcos.
Celia. ¿Lisonjas, señor don Juan,
a quien os está esperando
con mil verdades del alma?
Juan. Las mismas, señora, os hablo;
que desde que os vi en la tienda,
mil pensamientos me han dado
que me compraste con ella
y que era tienda de esclavos.
Celia. Señor don Fernando, hablad.
Fernando. Aquí os estaba escuchando;
que en tanta conformidad
no es menester concertaros.
Celia. ¿Quién duda que ha parecido,
viendo mi poco recato,
al señor don Juan que soy...?
Juan. No digáis más; que este cuarto
bien muestra que el dueño de él
tiene pensamientos altos.
Celia. Mis padres, gracias a Dios
(bien lo sabe don Fernando),
me dejaron sangre y renta:
más de cuatro mil ducados.
Hay plata, hay joyas, vestidos,
esclavos y coche...
Juan. ¡Paso!
No digáis que hay más belleza (1)
que ese entendimiento claro
y esa divina hermosura,
por quien ya de amor me abraso.
Celia. Cuando eso fuera verdad,
bien me lo debéis.
Juan. No hallo
respuesta a tanta merced.
Mendo. Señora Inés, pues quedamos
de concierto, como sabe,
que de porte de mi amo
ha de ser mía, no tenga
tanta parola con Fabio.
Fabio. Mendo, no soy hombre yo
que a mis amigos les hago
agravio en sus gustos.
Inés. Mendo,
ansí salgas de lacayo
esta Cuaresma que viene,
que, si de amores tratamos,
no los comiences por celos;
que los que así comenzaron
ya tienen tan mal agüero
que dan el fruto del rastro.
Fabio. Dice la verdad Inés.
Mendo. Inés, si de celos trato,
no es por temer mal principio,
sino que me han avisado
que en la corte no se mira
si hablan dos, ni tres, ni cuatro,
y si cinco le saliesen,
que no dejarán el campo.
Dile a Fabio que eres mía,
porque con esto sellamos
la fe de aqueste concierto.
Inés. Fabio, aquí no tengo espacio
para decirte que soy
tuya.
Mendo. ¿Cómo?
Fabio. Estáme dando
satisfacción de que es tuya.
Laín. ¿Oyen, señores lacayos?
Desavahen la mujer;
que no es casa de esos tratos,
y sálganse al corredor.
Mendo. Pues, señor Arias Gonzalo,
¿esto le da pesadumbre?
Laín. ¡A no estar aquí sus amos!...
Inés. Idos abajo, Laín,
y tomad vuestro rosario.
Celia. ¿Qué es eso, Inés?
Inés. Que ya es tarde.
Celia. ¿Tarde?
Inés. A maitines tocaron
en la Vitoria.
Juan. Bien pueden,
pues se ha rendido el contrario.
Celia. Mucho me he holgado de veros,
de conoceros y hablaros.
¡Plegue a Dios que por bien sea!

(1) Hartzenbusch corrigió "nobleza".

Pero ¿qué males, qué daños
no serán bienes por vos?

JUAN. Mucho me habéis obligado.
De mala gana me voy.
Perdido estoy, don Fernando.

FERNANDO. Si os pagan, ¿de qué os quejáis?

CELIA. Sabe el cielo si le pago.

JUAN. ¡Adiós, Celia de los cielos!

CELIA. ¡Adiós, indiano gallardo!

JUAN. ¿Veréos mañana?

CELIA. ¿Pues no?

JUAN. De aquí a mañana hay mil años.
[*Ap. a* FERNANDO.] Fernando, per-
[dida queda.

FERNANDO. Guardad la boca del trato.

JUAN. Es risa que la conozco.

FERNANDO. Risas hay que engendran llantos.

CELIA. ¿Inés?

INÉS. ¡Señora!

CELIA. [*Ap. a* INÉS.] Este necio
piensa que me voy picando.
¡Oh, cuál le pienso poner!

INÉS. ¡Guárdate del que es indiano!

JUAN. [*Ap. a* FERNANDO.] ¿Luego pen-
[sáis que la quiero?
¿Veis sus ojos y sus manos?
¡Vive Dios que me parecen
al diablo!

FERNANDO. ¡Guardaos del diablo!

CELIA. [*Ap. a* INÉS.] Inés, ¿piensas que
[le quiero?
¿Ves aquel talle bizarro
y aquel mirar lisonjero?
Pues más de verle me enfado
que a los que debo dineros.

INÉS. No se te olvide el recato;
mira que he visto en el hombre
que te ha de hacer un engaño.

CELIA. Déjame fingir.

JUAN. [*Ap. a* FERNANDO.] Dejadme
fingir.

CELIA. ¡Ay, gallardo indiano!

JUAN. ¡Ay, cortesana del cielo!

CELIA. ¡Ya me pierdo!

JUAN. ¡Ya me abraso!

CELIA. Si le quiero bien, Inés,
no viva un hora.

JUAN. Fernando,
si la quiero bien, me maten.

FERNANDO. ¡Pienso que os pagáis entrambos!

ACTO SEGUNDO

(*Salen* LISARDA *y* ELISA.)

ELISA. ¿Tan adelante ha pasado
tu loca imaginación?

LISARDA. Elisa, desdichas son
de un pensamiento engañado.
Querer bien es accidente.

ELISA. Sí; mas ¿no queriendo bien?

LISARDA. No hay vitoria que le den
al amor más excelente.
No es gloria tan conocida
de su cetro y majestad
rendirse la voluntad
cuando a nadie está rendida.
Pero rendida rendirse,
ésa es vitoria de amor;
que a lo bueno, lo mejor
debe en razón preferirse.
Si no amara a don Fernando,
¿qué hiciera, viendo a don Juan,
en amarle, pues (1) están
cuantas le ven, alabando?
Quererle queriendo ha sido
efeto de su rigor:
al amor venció el amor.

ELISA. No hay amor si no hay olvido.

LISARDA. Aquí, sin olvido, pasa
mi amor otro amor mejor;
que yo no dejé mi amor,
sino mudéle a otra casa.

ELISA. A gran peligro te pones,
si ha de amarte, siendo amigo
de Fernando.

LISARDA. El castigo
de amorosas sinrazones
es dejar una mujer:
déjeme Fernando a mí.

(*Sale* DON FERNANDO.)

FERNANDO. Mi nombre en tu boca oí;
con causa debió de ser;
y pues en diciendo mal
luego se aparece un hombre,
yo pienso que vengo al nombre
por otra ocasión igual.

LISARDA. No te engañas; eres sabio.
Porque el que agravia, apercibe;
que el que el agravio recibe
siempre piensa en el agravio.

(1) Hartzenbusch corrigió "pues *le* están".

FERNANDO. ¿Yo te agravio?
LISARDA. Sí. Después
que don Juan vino, Fernando,
por andarle acompañando
ni me hablas ni me ves.
Claro está que mi verdad
se agravia de tu mentira.
FERNANDO. ¡Que estés, Lisarda, me admira,
celosa de mi amistad!
¿Es mucho, recién venido,
servillе y acompañalle?
LISARDA. ¿Aquí no puedes hablalle
sin ponerme en tanto olvido?
¿No le regalara yo
y te viera a ti?
FERNANDO. Bien fuera,
si don Juan lugar me diera
después que se enamoró.
LISARDA. ¿Don Juan está enamorado?
FERNANDO. A lo menos de él lo está
una mujer, por quien ya
o finge o tiene cuidado.
LISARDA. Buena traza de invención
halló, Fernando, tu gusto
para excusar mi disgusto
y proseguir tu intención.
¿Eres tú quien quieres bien,
y echas a don Juan la culpa?
FERNANDO. El te dará mi disculpa
y satisfará también.
Que no es justo que el amor,
Lisarda, que me has tenido
ponga otro amor en olvido.
LISARDA. Amor se funda en temor.
Los hombres, en cuanto veis,
por mudable condición,
sois como el camaleón;
que aquella color tenéis.
Débesle de haber rogado,
como es tan del alma amigo,
que, para cumplir conmigo,
diga que está enamorado.
Y ¿quién es esa señora?
FERNANDO. Celia dice que se llama.
LISARDA. ¿Celia? ¡Oh, qué gracia! Esa dama
ya vuestra merced la adora.
¿No es la misma a quien un día,
hecho un ginovés de amor,
toda la calle Mayor
de un golpe la prometía?
¡Jesús! ¿Esa le ha picado?
¿La que nunca quiso bien,
la ninfa de su desdén
y la sirena del Prado?
¿La linda, la transparente,
la cristalina señora,
la que a todos enamora
y escribe lo que no siente?
¿En ese mar se anegó?
¿Ese peligro le ha muerto?
FERNANDO. Lisarda, yo estoy muy cierto
que te burlas.
LISARDA. ¿Burlas yo,
cuando me estoy abrasando?
Ahora bien; vaya a buscar
a don Juan.
FERNANDO. Querrásle dar
pesadumbre.
LISARDA. Estoy burlando;
vaya, que quiero saber
quién es de Celia galán.
FERNANDO. Voy a buscar a don Juan.
¡Tú me has de echar a perder!

(Vase.)

ELISA. ¿Qué intentas?
LISARDA. Verle.
ELISA. No sé
si aciertas.
LISARDA. Siempre el error
fué el atributo de amor.
ELISA. Que estabas, imaginé,
celosa de don Fernando.
LISARDA. Todo cuanto ves fingí
sólo por velle.
ELISA. De ti
me estoy, Lisarda, admirando.
Nadie celosa te viera
que burlas imaginara.
LISARDA. En que ya viene repara.

(Sale DON JUAN *y* MENDO.*)*

JUAN. [*Ap.*] ¿Eso le enoja y altera?
MENDO. No quiso entrar, por no ver
los celos que ha de pedir.
JUAN. Mejor dirás por no oír.
MENDO. Todo será menester.
JUAN. Lisarda, ¿qué enojos son
los que por mi causa tienes
con (1) Fernando?
LISARDA. ¿Previenes
la ya tratada invención?

---

(1) Hartzenbusch corrigió "con *don* Fernando".

¿Ya los dos habréis tratado
que digas que quieres bien
a Celia?

JUAN. Templa el desdén.

MENDO. Tañerá mejor, templado.

JUAN. Y escucha, ¡así Dios te guarde!

MENDO. Mal escuchará con celos.

LISARDA. ¡Así te guarden los cielos,
que para engañarme es tarde!
¡Ea! ¿Quién es de los dos
el que a Celia quiere bien?
¿Eres tú, o Fernando?

JUAN. ¿Quién?
Ni él ni yo somos, ¡por Dios!

LISARDA. ¿Luego no eres tú?

JUAN. Bien creo,
Lisarda, que a Celia amara;
que Fernando, cosa es clara
que tiene en ti su deseo.
Ella dice que me adora;
pero tengo tanto miedo,
que amar en Madrid no puedo,
y más a la tal señora;
que me dicen que ha burlado
cuantos hombres la han servido.

LISARDA. ¿Es falta no haber querido?

JUAN. No es falta. Pero es cuidado.
Porque debo pensar yo
que lo mismo hará de mí;
pues no tengo de hallar "sí"
donde todos hallan "no".

LISARDA. ¿Quién te ha dicho que en la cor-
no hay amor? [te

JUAN. Fernando fué;
con sus preceptos entré:
su estrella ha sido mi norte.
El me guía y favorece.

LISARDA. Miente Fernando en pensar
que aquí no se sabe amar
a quien justo amor merece.
La causa de ser aquí
las mujeres recatadas
en su honor, son las burladas,
de que mil ejemplos vi.
Hay hombres con tanto engaño,
de tan varios pareceres,
que tienen tantas mujeres
como días tiene el año.
Y como ellas ven que son
de tan ciega variedad,
no ponen la voluntad
sino con grande ocasión.
Don Juan, amor hay aquí;
los hombres la culpa tienen
si a no ser queridos vienen.

JUAN. Yo vivo muy necio ansí.
No sé qué tengo de hacer.

LISARDA. ¿Amaras si, por ventura,
hallaras fe y hermosura
en una noble mujer?

JUAN. ¿No ves mi edad y mis bríos?

LISARDA. Pues yo te la quiero dar;
que bien puedes confiar
tus temores de los míos.

JUAN. Dime sus señas, a ver.

LISARDA. Es de mi cuerpo y mi talle;
limpia en casa y en la calle
bizarra...

JUAN. ¡Gentil mujer!
¿Qué cabello?

LISARDA. Como el mío.

JUAN. ¿Los ojos?

LISARDA. Los míos son.

JUAN. ¿Iguala la condición
con el donaire y el brío?

LISARDA. Tú la verás.

JUAN. ¿Dime el nombre?

LISARDA. Lisarda.

JUAN. ¿Eres tú?

LISARDA. Yo soy,
que sin respuesta me voy.

JUAN. ¡Eres mujer!

LISARDA. ¡Tú eres hombre!

(Vanse LISARDA *y* ELISA.)

JUAN. ¡Oh, qué bien a amar me ense-
Poned aquí la esperanza. [ñas!

MENDO. ¡Bien confirmo la mudanza
de las damas madrileñas!

JUAN. ¿Y dice que aquí hay amor?

MENDO. No se quejaba Fernando
sin causa.

JUAN. ¡Yo estoy temblando!

MENDO. Querrá, por dicha, señor,
alcanzar parte también
del oro indiano que traes;
pero en la invención no caes
de los celos y el desdén.

JUAN. Todo lo entiendo.

MENDO. ¿Qué harás?

JUAN. Defenderme.

MENDO. A lo doncella
respondiste.

JUAN. La más bella
pienso aborrecella más.

MENDO. ¿Luego en Celia no has picado?
JUAN. Ni a un primero movimiento.
MENDO. Bien haces; ten firme.
JUAN. Intento
burlar y no ser burlado.
MENDO. Fregonas, o sean criadas
de más toldo, el que es discreto
suele tener con secreto
y con interés ganadas.
Descubren famosamente
la voluntad de sus amas;
¿qué sirve andar por las ramas?
Yo quiero a Inés; que Inés siente.
No he guardado el arancel
en Madrid, porque no tengo
qué me quiten; y, así, vengo
menos observante en él.
Soy como los que caminan
sin dinero: voy cantando,
la bella Inés conquistando,
cuyos ojuelos me inclinan.
Cogíla despacio ayer;
astrólogo me fingí,
y por la mano la vi
que era de carne, y mujer.
Híceles mil trampantojos
astrológicos y vanos
por las rayas de las manos
y los rayos de sus ojos.
Y sintiendo la mujer
ser cierta mi astrología,
la boca, que se reía,
me dejó reconocer.
Que un albéitar también puede
llamarse astrólogo ya;
que por la boca dirá
cuanto a una bestia sucede.
Pagada, en fin, de mi amor,
no tenértele (me dijo)
su ama, y que el punto fijo
era engañarte, señor.
Por eso, ¡alerta al dinero!;
que hay hermosura gatesca,
red barredera que pesca
todo amante majadero.
Sigue con aquesta ingrata
la cordobesa canción:
ven del río Marañón,
no del Río de la Plata.
A quien te amare, que abras
alma y bolsa, es bien, señor;
pero a quien no tiene amor,
darle perros y palabras.
JUAN. Mendo, fía tú de mí;
que Celia, aunque sepa más,
no me ha de engañar jamás,
y más oyéndote a ti.
¿Ansí que eso dice Inés?
MENDO. Advierte que has de callar.
JUAN. Lo que me piensa engañar
le ha de suceder después.
MENDO. Eso importa que yo sea
con Inés explorador.
JUAN. ¡Mal haya quien tiene amor
a quien interés desea!

(Vanse. Salen CELIA, INÉS *y* TEODORO, *con un papel.)*

TEODORO. ¿A qué efeto me has mandado
que este papel te trujese?
CELIA. Pues que no hay de qué te pese,
sabrás lo que has preguntado.
¿Bien conoces a Don Juan?
TEODORO. Aquí por puntos le veo.
CELIA. Rendirle, Teodor, deseo;
que es libre cuanto es galán.
TEODORO. ¿Y no puedes?
CELIA. Yo no puedo;
pero a celos no he llegado,
y por eso te he llamado.
TEODORO. Aun de burlas, tengo miedo.
CELIA. Para picar este indiano,
te has de fingir mi galán.
INÉS. Pienso que llama don Juan.
TEODORO. Si le picas, ten por llano
que vencerás su tibieza.
CELIA. Voyme, y tú darás a Inés
el papel.
TEODORO. Dar celos es
más fuerza que la belleza.

(Vase CELIA, *y salen* DON JUAN *y* MENDO.)

MENDO. Un gentilhombre está hablando
con Inés.
JUAN. ¡Buen talle!
MENDO. Habrá
mil de éstos.
JUAN. Papel le da.
MENDO. ¡Qué atento le estás mirando!
TEODORO. ¿Harás esto por mí?
INÉS. Haré
todo cuanto yo pudiere.
TEODORO. Pues ¡adiós!

(Vase TEODORO, *dejando un papel a* INÉS.)

JUAN. ¿Quien esto viere,
tendrá fe?
MENDO. No tendrá fe.
¿Quieres que llegue a Inesilla
y la dé dos bofetadas?
JUAN. Aun en pensarlo me enfadas.
MENDO. Esta es de amor la cartilla.
JUAN. ¡Señora Inés!
INÉS. ¡Mi don Juan!
honra y gala de esta corte.
JUAN. No habrá sido malo el porte
que por el papel le dan.
INÉS. ¡Ay! ¿Vióle? Aunque está acos-
en el pecho, es el papel [tado
más blanco.
JUAN. Vendrán en él
discreciones, de pensado.
MENDO. No hayas miedo que te falte
su poquitico de juego
del vocablo, y con él luego,
para lustre y para esmalte,
cuatro vocablitos nuevos;
y en este particular...
INÉS. Malicias no han de faltar.
MENDO. Hay mil discretos mancebos.
INÉS. Doliéronme todo ayer
las muelas; dije a Teodoro
mi mal: mozo como un oro,
y de galán proceder,
tan piadoso y tan honrado
que me trajo esta oración.
JUAN. Muestra.
MENDO. Si no es invención,
dame, por Dios, un traslado.
JUAN. ¿Es para Santa Polonia?
INÉS. Eso me dijo.
JUAN. Ya leo.

(Lea.)

"Alma y luz de mi deseo,
si en aquesta Babilonia
de la corte, la belleza
reina con tanta razón..."
MENDO. ¿Quién es este babilón,
que por Babilonia empieza?

(Lea DON JUAN.*)*

JUAN. "Vos sola el lauro tenéis."
MENDO. ¿Lauro y Babilonia?
JUAN. Espera.

(Lea.)

"A lo menos, yo os le diera;
vos sola le merecéis."
MENDO. ¡Linda oración!
JUAN. Pienso yo
que el dolor te quitará.
MENDO. A Santa Celia dirá;
que a Santa Polonia no.
JUAN. ¿Leo más?
INÉS. No lea más;
que me engañó aquel traidor.
Basta, que trata de amor.
JUAN. ¡Qué ignorante, Inés, estás!
MENDO. ¡Tal te (1) dé Dios la salud!
JUAN. Toma, Inés; dale a tu ama;
que oración de tanta fama
tendrá notable virtud.
No soy celoso. Bien puedes.
INÉS. Corrida voy que Teodoro
me engañase.
MENDO. Es como un oro.
Haráte dos mil mercedes.
Es galán, discreto y noble.
INÉS. Con las muelas me ha engañado.
MENDO. Oye: no me dé traslado;
que me dolerán al doble.

(Vase INÉS.*)*

¿Qué tenemos?
JUAN. Tanto cuanto
piqué en el cebo.
MENDO. ¿Es de celos?
JUAN. ¡Basta que me pone lazos!
MENDO. Dios sabe lo que ya temo.
JUAN. Démosle una herida.
MENDO. ¿Cómo?
JUAN. Por los filos.
MENDO. Deja a Mendo
el cargo de la venganza.
JUAN. ¿Sabes, Mendo, como quedo?
MENDO. Ya sé que estás asomado;
que es principio, por lo menos.

(Salen CELIA *y* INÉS.*)*

CELIA. ¿Tú le habías de tomar?
INÉS. Engañóme.
CELIA. Luego, luego
toma el manto. No has de estar
más en mi casa.

---

(1) Hartzenbusch corrigió "*le*".

JUAN. ¿Qué es esto?
CELIA. ¡Tú, papel ni de Teodoro
ni de cuantos Dios ha hecho!
JUAN. No os enojéis, que no importa.
CELIA. ¿Cómo que no? Sin leerlo
le tengo de hacer pedazos.
JUAN. Y yo, señora, cogerlos.
¡Pobre papel! ¡Pues, por Dios,
que por discreto y por cuerdo
no merecéis ser rasgado!
Pero es desdicha en discretos
el estar hechos pedazos,
y éste lo fué con extremo;
pues del cielo de esas manos,
por ventura, por soberbio,
cual otro Luzbel cayó
hecho pedazos al suelo.
¡Qué lástima! ¡Quién pudiera
juntarle!
MENDO. ¿Hay más de coserlo?
Y será papel y mapa
que se pinta de remiendos.
JUAN. Ahora bien; ¡quedad con Dios!
Estos pedazos me llevo.
CELIA. ¿Para qué?
JUAN. Para curarme;
que son, señora, los pelos
del perro que me mordió,
para no rabiar de celos.

(Vase.)

CELIA. ¿Hay desdicha semejante?
¡Tenle, Mendo!
MENDO. ¿Cómo puedo?
¡Mal le has pagado!
CELIA. ¿Por qué?
MENDO. Porque ha burlado a sus deudos
y dejado de casarse
por quererte.
CELIA. Yo ¿qué he hecho?
MENDO. ¡No es nada!; pero no importa:
él se casará.
CELIA. Dejemos,
pues yo no he dado ocasión,
tan necia plática, Mendo.
¿De cuándo acá se ha tratado
materia de casamiento
con don Juan?
MENDO. ¡Bueno, por Dios,
para matarle su suegro,
rico y noble, cada día!
CELIA. ¡Suegro! ¿Qué dices?
MENDO. Que creo
que con el pesar de ahora
le verás casado presto:
es un ángel su mujer.
CELIA. ¿Un ángel?
MENDO. Tiene el cabello
negro, engarzado, y las cejas
como dos arcos del cielo,
sobre la mayor blancura
que han visto los Pirineos,
cuando en sus peñascos forma
castillos de nieve el viento.
Los ojos son dos diamantes;
que por milagro estupendo,
permitió Naturaleza
que hubiese diamantes negros.
Las narices, una flecha
como en el reloj la vemos,
que a las perlas de la boca,
riyéndose más a menos,
hace letras que señalan
conforme van descubriendo.
Este círculo que digo,
tiene de púrpura un cerco,
que a sólo teñir claveles
pudiera ganar dineros,
y para hacer azucenas,
cuanto en sus manos contemplo,
le diera abril sus mañanas
para regalado lecho.
De sus pechos, ¿qué diré?
Pero el Amor, un invierno,
tirando pellas de nieve,
le puso dos en los pechos.
¿De su garganta? (No es risa):
es cristal, con tanto extremo,
que cuando bebe hipocrás
se ve bajar por el cuello.
¿De su entendimiento?...
CELIA. ¡Calla,
majadero; que me has muerto!
Vete, y no me entres aquí.
MENDO. Perdona, que fué mi intento
pintarte lo que mi amo
desprecia por tu respeto.
Y yo, una moza rolliza,
ojidiabla, cuyo ceño,
con capote de dos faldas,
sirve a sus ojos de fieltro;
la nariz, como (1) un virote;
la boca...

(1) Hartzenbusch corrigió "con".

CELIA. ¡Déjame, necio!
MENDO. Perdona, ¿mas qué importaba
pintarte lo que yo quiero?
Las manos de esta mujer...
INÉS. Vete, Mendo; que sospecho
que te (1) ha de costar la vida.
CELIA. ¡Traidor don Juan, tú me has muer-
[to!
MENDO. [*Ap.*] ¡Lindo gatazo la he dado!

(Vase.)

CELIA. ¡Mal hayan, amén, mis celos!
¡Casarse don Juan! ¿Bajóse?
INÉS. Ya se fué.
CELIA. Pues si le quiero,
no tenga un hora de vida.
Pero la invención que emprendo
ha de pasar adelante.
Rendir tengo ese mozuelo
a pura invención, Inés.
Parte a su casa corriendo,
y di que la pesadumbre
de ver que le han dado celos,
me ha dado un mal de improviso.
INÉS. ¿Qué mal?
CELIA. Que sangrada quedo,
y que una liga me envíe
para el brazo.
INÉS. Yo sospecho
que te ha picado en el alma
la punta del casamiento.
CELIA. Así un poco me ha picado;
sólo he sentido el desprecio.
INÉS. Principio quieren las cosas.
CELIA. Hasta el medio hay mil remedios.

(Vanse, y sale DON JUAN *y* TREBACIO, *ayo.)*

TREBACIO.

Si no han bastado los consejos santos
de don Fernando, ¿qué podrán contigo
los de un ayo y criado, aunque son tantos;
pues se obedece más al más amigo?

JUAN.

Amor, a quien jamás dieron espantos,
rigores, amenazas ni castigo,
rebelarme pudiera a tu respeto;
mas yo no tengo amor.

(1) Hartzenbusch corrigió "*le*".

TREBACIO.

Eres discreto.
Mas ¿qué piensas hacer?

JUAN.

Sólo vengarme
de esta mujer. Ayuda tú mi intento.
Yo finjo que a Madrid vengo a casarme,
por darle celos; que los suyos siento.
Tú has de ir a reprenderme y a culparme
de que no se ejecuta el casamiento,
fingiéndote mi suegro, y que te obliga
saber que tengo a Celia por amiga.

TREBACIO.

Yo te he visto el amor y la venganza,
don Juan, entre los ojos, y en los labios
encubres el temor con la esperanza,
que te le han de quitar celos y agravios.
Yo iré a reñirte, y tengo confianza,
si puede hacer amor amantes sabios,
que has de olvidar, si es cosa conocida
que un amante vengado, presto olvida.
Celia es mujer por todo extremo hermosa;
tiene invención; que no hay mujer sin ella,
aunque ésta por discreta y cautelosa
para sólo hacer mal se vale de ella.
Diréle que desprecias a tu esposa,
discreta, bien nacida, ilustre y bella,
por estar, como Ulises, detenido,
comiendo lotos y bebiendo olvido.
Y ¡plegue a Dios que salgas con vitoria
de las sirenas de Madrid!, que creo
que ha de perder tu libertad la gloria
que fué en Sevilla tu mayor trofeo.
De don Fernando la llorosa historia
templar, don Juan, pudiera tu deseo;
mas quien desprecia ajenos desengaños
¡qué tarde llorará sus propios daños!

(Vase TREBACIO. *Queda solo* DON JUAN.*)*

JUAN.

Dígame quien lo sabe o quien lo entiende:
¿Qué camino, distancia o diferencia
hay entre amor y celos; o una ausencia
a dos cuerpos contrarios comprehende?
Si el limpio amor de celos se defiende,
¿en qué tienen los dos correspondencia?
Si entre celos y amor hay competencia,
¿cuál de los dos ser el amor pretende?
Equívocos parecen; y es forzosa

la consecuencia, estando en sus desvelos:
crecer de amor la llama rigurosa.
Y aunque es juntar, con los abismos, cielos,
o los celos y amor son una cosa,
o no ha de haber amor si faltan celos.

(Sale MENDO.)

MENDO. Mira si te has de negar,
o decir que estás aquí;
que pregunta Inés por ti.
JUAN. ¿Inés?
MENDO. Sí.
JUAN. Déjala entrar.
MENDO. ¡Déjala entrar! Pues ¿tú eras
el que aquel papel juntabas
y no verla más jurabas?
No es posible que no quieras.
JUAN. No quiero; mas saber quiero,
que no he de ser descortés,
qué es lo que me quiere Inés.
MENDO. ¡Oh, qué cortés caballero!
Entra, dama y secretaria
de aquel discreto papel.

(Sale INÉS.)

INÉS. ¿Defiéndesme hablar con él?
MENDO. No, si es cosa necesaria.
INÉS. ¡Señor don Juan de mis ojos!
JUAN. ¡Oh, ángel!
MENDO. ¡Oh, Lucifer!
INÉS. ¡Bien nos han dado qué hacer
vuestros injustos enojos!
De ver vuestra pesadumbre,
queda Celia, mi señora,
sangrada.
JUAN. ¡Llovió el aurora
sangre; faltóle al sol lumbre!
MENDO. Disparate.
INÉS. ¿Es maravilla,
cuando las penas suceden?
MENDO. ¡Por Dios!, que a mi amo pueden
sangralle de ballestilla.
JUAN. ¡Mal hayan, amén, mis celos,
que causaron tanto mal,
que una fuente de cristal
fuese prodigio a los cielos!
¿Sintiólo mucho?
INÉS. Su cara
cubrió un jazmín.
JUAN. ¡Quién la viera!
Si Amor el barbero fuera,
con sus flechas la sangrara.
INÉS. Yo os juro que cuando vi
un atrevido oficial,
y en un risco de cristal
una fuente de rubí,
que me pensé desmayar;
porque estaban tan perfetas
las rosas, como violetas
entre cogollos de azahar.
JUAN. ¡No lo digas, no me mates!
INÉS. Cuando ya el brazo le vía,
pensé que se le caía
una sarta de granates.
La cinta te traigo aquí
con que tormento le dió;
pero siempre confesó
que era la sangre por ti.
La picadura amorosa
le vi en el brazo quedar,
como la suele dejar
abeja que pica en rosa.
Átola, y tendrás mañana
el cabezal de cambray.
JUAN. ¿Qué perlas, qué joyas hay,
qué piedras, qué plata indiana,
para pagarte igualmente?
¡Oh, cinta, a fe de español,
que cuando enfermara el Sol,
pudiera atarle la frente!
¡Oh cinta! No es más preciosa
la de aquellos doce sinos,
por cuyos varios caminos
expira su luz fogosa.
Aunque lazo y prisión mía,
ya sois línea equinocial
de aquel cielo de cristal,
donde es el sol la sangría;
pues en aquel brazo atado
serán círculo las venas,
y habrá un cielo de azucenas
y un sol de sangre eclipsado.
INÉS. Pidióme una liga vuestra.
JUAN. Esta bandilla tomad,
y el ser de oro perdonad,
ya por la llaneza nuestra;
que bien sé que de diamantes
fuera poco.
INÉS. Guárdeos Dios.

(Vase.)

JUAN. No faltarán para vos,
Inés, chapines y guantes.
MENDO. ¿Qué has hecho?
JUAN. La banda di.

MENDO. ¿Ya rompes el arancel?
JUAN. No hay este precepto en él,
y ha de haber honor en mí.
Dime tú: ¿qué pareciera,
si una liga le enviara?
Ya fuera bajeza clara,
o mucha llaneza fuera.
¿Qué importa aquella bandilla?
Pero parte, Mendo, allá:
finja o no finja, ya está
mi pensamiento a la orilla;
no porque tengo de entrar,
mas presumiendo su engaño,
ver que pretendo (1) mi daño,
con no amar, fingiendo amar.
Di que yo quedo sangrado,
de ver que ella se sangró,
por el susto que me dió
o por hallarme obligado;
y que una liga me envíe,
porque me sirva de banda.
MENDO. Ya el seso en los aires anda;
¿cuánto va que ella se ríe?
Pero tengo para mí
que Celia no se sangró.
JUAN. Pues eso mismo haré yo.
MENDO. No la pagas bien ansí,
si es verdad que se ha sangrado.
JUAN. Pues ¿qué es lo que puedo hacer?
MENDO. Purgarte, para exceder
la fineza que ha mostrado.
JUAN. Parte, y haz lo que te digo.
MENDO. Voy.

(Vase MENDO. *Queda* DON JUAN, *y salen* LISARDA *y* ELISA, *con mantos, tapadas.)*

LISARDA. Pienso que solo está.
JUAN. ¿Quién es?
LISARDA. Quien es vuestra ya.
¿Está con vos vuestro amigo?
JUAN. Aunque estoy solo, está aquí.
¿Qué le queréis?
LISARDA. No le quiero

(Descúbrese.)

como le quise primero,
después que con él os vi:
quitéle el alma que os di,
que para mejor lugar
nadie me puede culpar;
que con negarme mi honor
licencia, dice el Amor
que me la puedo tomar.
No juzguéis atrevimiento
el deciros mi afición,
pues vuestros méritos son
la causa de mi tormento:
culpad al merecimiento,
y al justo amor disculpad;
no miréis en amistad,
porque ofendido en rigor,
con lo que mata el honor
enciende la voluntad.
Vos tenéis la culpa en ser
tan gentilhombre y galán,
que a mí ninguna me dan
de haber nacido mujer.
No quereros fuera hacer
agravio al cielo y perderos;
y ansí, es mejor conoceros
y ser (aunque honor lo impida),
por quereros, atrevida,
que necia por no quereros.
JUAN. Si en la humana autoridad
alguna ley se establece
que a las de Dios se parece,
es la ley de la amistad.
El que ofende su verdad,
las leyes del cielo ofende;
de donde claro se entiende
que no disculpa el Amor
los preceptos del honor,
que la ley de Dios defiende.
Agradezco en cortesía,
Lisarda, tu voluntad;
tú, mirando mi lealtad,
la justa disculpa mía.
Quien imposibles porfía,
emprende cosas terribles:
tú las juzgarás posibles;
mas ¿qué te doy a entender,
si es condición de mujer
perderse por imposibles?
Mal nacido pensamiento
de tu entendimiento ha sido,
si es que puede haber nacido
tu amor de tu entendimiento.
Fiarme tu atrevimiento
fué pensar mal de mi honor;
piensa, Lisarda, mejor,
pues bajamente sospechas
que de las cosas mal hechas
nunca fué disculpa amor.

(1) Hartzenbusch corrigió "porque prevengo".

LISARDA. Nunca una mujer honrada,
si esto presumes de mí,
vino a declararse ansí
para volverse burlada.
¿Qué es ser amigo?
JUAN. Cifrada
la amistad, es ser lo que eres.
LISARDA. Luego de amigo difieres
en no quererme querer;
y tú lo dejas de ser,
pues lo que él quiere no quieres.
Si fueras, don Juan, su amigo,
claro está que me quisieras;
porque si su amigo fueras,
lo mismo fueras conmigo.
Más pareces su enemigo,
pues de no querer se infiere
lo que él quiere.
JUAN. Quien supiere
que es lealtad el amistad,
dirá que él quiere lealtad:
luego quiero lo que él quiere.
LISARDA. Cuando los hombres queréis,
¡qué fácil disculpa halláis
en lo que no deseáis!
¡Qué de finezas que hacéis!
JUAN. Y vosotras, ¿qué emprendéis?
LISARDA. Cuando, en ocasión igual
correspondiéramos mal,
no viniéramos a ser,
ni yo la primer mujer,
ni tú el primer desleal.

(Sale DON FERNANDO.*)*

FERNANDO. [*Ap.*] ¿Qué es esto? ¡Lisarda [aquí!
JUAN. [*Ap.*] ¡Muerto soy! ¡Fernando lle- [ga!
FERNANDO. ¿Lisarda?...
LISARDA. ¿De qué te admiras?
FERNANDO. ¿No admiran las cosas nuevas?
LISARDA. ¿Adónde están dos mujeres,
que quien hoy os vió con ellas
me dijo que aquí venían?
FERNANDO. ¡Locuras tuyas son éstas!
JUAN. [*Ap.*] (¿Hay más graciosa inven- [ción?
¿Qué habrá, que en Madrid no se- [pan?
Ello es fuerza que la ayude:
ayudaréla, por fuerza.)
Fernando, Lisarda tiene
de vuestra lealtad sospechas;
aquí ha llegado celosa.
¡Dios sabe lo que me cuesta
defender vuestra amistad!
FERNANDO. Lisarda, ¿por qué no dejas
de dar a don Juan enojos?
LISARDA. Porque él me ha dado mil penas,
después que vino a Madrid.
JUAN. Ella debe de quererlas;
que yo... ¿qué penas le doy?
FERNANDO. Deja celosas quimeras,
y quiere bien a don Juan.
LISARDA. Bien le querré, como sea
agradecido a mi amor,
y a ti no te lleve a Celia;
pero yo sé que por ti
me trata de tal manera,
que no seremos amigos.
JUAN. [*Ap.*] (¿Qué haré yo que le parezca
bien a Lisarda, si ya
de mis lealtades se queja?)
LISARDA. Ahora bien, ¿no sois amigos?;
pues yo os digo que no sea
para mi bien.
FERNANDO. ¿Por qué no?
Don Juan, hablalda, tenelda,
dalde vos satisfacciones.
JUAN. Lisarda, mucho me pesa
que estéis conmigo enojada,
y que don Fernando tenga,
por mi amistad, pesadumbres.
LISARDA. Yo quedaré satisfecha,
como vos me acompañéis.
JUAN. ¿Queréis vos darme licencia?
FERNANDO. Merced me haréis.
JUAN. Voy con vos,
pues Fernando aquí se queda.
LISARDA. [*Ap.*] (Vencer tengo tu desdén,
si cien mil almas me cuesta.)

(Vanse LISARDA, ELISA *y* DON JUAN. *Queda* DON FERNANDO *solo.)*

FERNANDO.

Justas sospechas, con celoso intento,
se atreven a poner desconfianza
en la lealtad, donde el temor no alcanza
ni se atreve a pensar el pensamiento.
No presumo en don Juan atrevimiento,
ni de Lisarda tan cruel mudanza;
mas ¿qué amistad, qué fe, qué confianza,
si se ciega de amor, no lleva el viento?
No es posible que me hayan ofendido;
pues yo, de sólo haberlo imaginado,
con disculparme Amor, estoy corrido.

¡Dejadme, celos, que me habéis turbado!
Mas mujer y ocasión ¿qué no han podido,
si Amor nació traidor y disculpado?

(Vase, y salga CELIA, *con una banda en el brazo, como sangrada, y* INÉS.)

INÉS. ¡Parece que te has sangrado,
con el melindre que estás!
CELIA. La banda me alegra más,
si está su dueño picado.
INÉS. Bien hizo en él la sangría
la punta de aquel papel,
pues picó, señora, en él,
y banda de oro te envía.
CELIA. Pienso que me va queriendo.
INÉS. ¿Y tú a él?
CELIA. Ni aun lo imagino.

(Sale MENDO.)

MENDO. ¡Ello ha sido desatino!
INÉS. Mendo ha venido.
CELIA. ¿Qué hay, Mendo?
MENDO. Aquel necio, que me ha dado
agora tanto pesar;
pues, porque te vió sangrar,
por fineza se ha sangrado.
CELIA. ¿Qué dices?
MENDO. Acá me envía
por una liga o favor.
CELIA. Esta cadena es mejor,
y también es prenda mía.
MENDO. Liga quiere, no cadena.
CELIA. Parte, y di que me ha llegado
al alma verle sangrado.
MENDO. Está muriendo, de pena.
Voyle a dar este consuelo;
que no duerme ni reposa.
¿Cadenita? ¡Linda cosa!
Guárdete, señora, el cielo.

(Vase.)

INÉS. ¿Cadena de oro le das?
CELIA. ¿Qué quieres? Ya está cobrada;
demás que está disculpada,
Inés, con que va por más.
INÉS. Mil veces el pescador
pierde el cebo.
CELIA. ¿Qué hay perdido?
Fianza la banda ha sido,
y el pensar que tiene amor.
Lo que un amante novel
da lo primero es caudal.
INÉS. Será huevo de nidal,
que va poniendo sobre él.
CELIA. Todo el dar es comenzar:
quien dió una vez, a dar viene;
que el dar no sé qué se tiene,
que pica como el jugar.
En fin, prende; en fin, es prenda
el dar.
INÉS. ¿Qué prenda le nombres?
CELIA. Deben de pensar los hombres
que juntan allí su hacienda.
Mira a un príncipe, a quien yo
admiro, habiendo mirado
que si da en dar a un criado,
da siempre porque le dió.
Cualquier cosa que le dan
(si es primera) ha de tener
en mucho toda mujer,
porque por allí se van.
De este principio se goce
y espere mejor fortuna;
que un reloj, porque dió una,
no para hasta dar las doce.
INÉS. Con tan buenos documentos,
¿quién podrá errar?

(Sale DON JUAN, *con banda, como sangrado, y* MENDO.)

MENDO. Aquí está.
INÉS. Don Juan ha venido ya.
CELIA. ¡Ah celos, de amor pimientos!
JUAN. Considerando, mi bien,
que te sangraste, he querido
que pagasen a tus brazos
tan dulce deuda los míos.
Halléme con pocas fuerzas;
pero cuando Mendo vino,
con tu favor me infundió
el espíritu perdido.
¿Cómo estás?
CELIA. ¡Ay, mi señor,
qué cruel eres conmigo!
Siéntate, que te desmayas.
JUAN. No estoy bueno.
CELIA. Bien lo ha dicho
tu color. ¿Por qué saliste
de casa?
JUAN. Por verte he sido
atrevido a mi salud:
tendréla habiéndote visto.
¿Qué tienes?

(Desmáyase CELIA.)

CELIA. Falta de sangre.
JUAN. ¡Agua, Inés! ¡Serafín mío!
¡Ah, mi bien!, volved en vos.
Llega, Mendo.
MENDO. Es desatino
haceros deciplinantes
de amores.
JUAN. ¡Pierdo el juicio!
INÉS. Aquí está el agua.
JUAN. ¡Ah, mi bien!...
MENDO. Mójale el rostro tantico.
JUAN. Volvió en sí.
CELIA. ¡Jesús! ¿Qué tengo?
MENDO. Mas que pide con hocico
que venga el padre del alma.
JUAN. O sea el haber tenido
pena de verte, señora,
o la sangre que he perdido,
que yo también me desmayo.

(Desmáyase.)

MENDO. ¡Agua, Inés!
CELIA. ¡Ah, señor mío!
Mójale el rostro.
MENDO. ¡Ah, señor!...
CELIA. ¿Hay rosa, con el rocío
del alba, como don Juan
con el agua?
MENDO. Dale un grito.
CELIA. ¡Ah, señor!...
JUAN. ¡Jesús! ¿Qué tengo?
MENDO. Mas que pide, por lo tibio,
que venga el padre del alma.
JUAN. ¿Quién está aquí?
MENDO. *(Aparte.)* (¡Oh, qué lindo!
Dos sirenas y un delfín;
y, como fuera bien dicho,
dos sotanas y un caballo.)
CELIA. ¡Ay, mi bien, cuál me has tenido!
MENDO. [*Ap. a* INÉS.] Inés, mientras es- [tos hablan
sus fingidos desatinos,
¿sabes tú cuál miente más?
INÉS. De mi ama, yo te digo
que le tiene poco amor;
de tu amo he presumido
que, pues por ella se sangra,
que debe de estar herido.
MENDO. Ni una gota se ha sacado.
INÉS. ¿Qué dices?
MENDO. Que lo ha fingido.
INÉS. Muy bien ha hecho.
MENDO. ¿Por qué?
INÉS. Porque ella ha hecho lo mismo.

(Sale TREBACIO, *con el sombrero puesto, que finge ser su suegro.)*

TREBACIO. Con este entretenimiento,
¡qué mucho, don Juan perdido,
que no te quieras casar!
Niega agora lo que he visto.
¿Es Celia aquesta señora?
CELIA. ¡Ay de mí! ¿Quién ha traído
este hombre aquí?
JUAN. Paso, Celia,
que es mi suegro.
TREBACIO. Estoy corrido
de ver por quién despreciaste
un serafín como el mío.
¡Ah, don Juan! ¡Cuán mejor fue- [ra
que nunca hubieras venido
de Lima, para engañarme,
y a tus parientes y amigos!
Conciertas el casamiento,
firmaste (1) tú, y yo le firmo;
doyte a cuenta mi dinero,
¿y gástasle, sin jüicio,
en semejantes empleos?
CELIA. Caballero, ya que ha sido
tan grande el atrevimiento,
que no lo sea, os suplico,
el de tratarme tan mal;
porque esta casa ha tenido
un dueño, que si viviera,
por noble, estimado y rico,
le pudiérades servir.
Aquí don Juan ha venido
con el respeto que es justo.
TREBACIO. Hizo el enojo su oficio;
perdonadme, que venía
mal informado. Vos, hijo,
venid conmigo; que es justo
que os honre el venir conmigo.
JUAN. Digo que tenéis razón;
amores no son delitos.
Voy con vos.
TREBACIO. ¿No vienes, Mendo?
MENDO. Ya voy, mi señor; que pido
mis escarpines a Inés.

(Vanse DON JUAN *y* TREBACIO.)

CELIA. Apenas, Mendo, resisto
las lágrimas.
MENDO. No dirás

---

(1) En la ed. de 1627 (Valladolid) y en la de Hartzenbusch: "fírmas*le*".

que Mendo no te lo dijo.
CELIA. ¡Casarse don Juan!
MENDO. Pues ¿quieres a don Juan?
CELIA. No le he querido;
pero agora me he picado.
MENDO. Celos son infiernos vivos.
CELIA. Yo nunca he tenido amor;
que he sido un helado risco,
una figura de mármol,
sin ojos y sin oídos,
un cuerpo de duro bronce,
que Naturaleza quiso
animar con un diamante;
ya soy cera, ya soy vidrio.
Diligencias he de hacer
con oro, ruegos y amigos
(tres cosas que han derribado
los más altos edificios):
que espanten este lugar,
en cuyo pequeño río
fuí sirena; en cuyo soto
verde fuí ninfa de Ovidio;
en cuya calle Mayor,
banco de Flandes, peligro
del mar, donde se anegaban
coches, que son sus navíos;
en cuyo Prado fuí un olmo
entre sus fuentes dormido:
que vi las de algunos ojos
que murmuraban rendidos.
Pero ya soy quien se rinde
a amor loco, a celos indios;
porque tormentos y agravios
tienen por sombra el castigo.
INÉS. ¿Qué es esto, Mendo?
MENDO. ¿No ves
que con la de Calaínos
habemos dado a tu dama?
CELIA. ¡Celos, celos, yo me rindo!
¡Pagaros quiero en verdades
tantos amores fingidos!

ACTO TERCERO

(Salen DON JUAN *y* MENDO.)

MENDO. No ha sido buena invención,
pues Celia se ha descuidado.
JUAN. Por picar, quedé picado:
tales mis desdichas son.
Pensé que Celia, abrasada
de verme casar, hiciera
extremos, y es de manera
que está más tibia y helada.
MENDO. ¿Luego ya la quieres bien?
JUAN. Mendo, no sé qué te diga;
sospecho que el trato obliga.
MENDO. Y la flaqueza también.
Pero haz cuenta que tú eres
un enfermo, y yo un dotor,
para saber si es amor.
JUAN. Luego ¿verme el pulso quieres?
MENDO. No; sino entender tu mal
por tu misma relación;
aunque hay enfermos que son
de condición desigual.
Opilada, solicita
la doncella medios tales,
y a nueve meses cabales
la opilación se le quita.
Hay rostros como pimientos,
que, por lo encendido, espantan,
y al hígado le levantan
testimonios por momentos.
Hay otros, descoloridos,
Lázaros resucitados,
que se llaman resfriados,
y fué de puro encendidos.
Toma unciones un vicioso,
y dice que procedió
de que con nieve bebió
estando muy caluroso.
¡Que la verdad tanto pese!
Pero entre tantos engaños,
bubas, necedades y años,
no hay nadie que las (1) confiese.
JUAN. Mendo, pues que te has fingido
dotor, escucha mis males;
verás si por sus (2) señales
tengo amor o tengo olvido.
Yo tengo cierta inquietud
entre calor y entre frío;
traigo desmayado el brío
y achacosa la salud.
Si estoy en conversación,
no sé lo que están hablando;
lo que estoy imaginando
cosas diferentes son.
Si me buscan, ya sabrás
cuán enfadoso me escondo;
si me hallan, no respondo
a propósito jamás.

(1) Hartzenbusch enmendó "*los*".
(2) Idem id. "las".

Si estoy comiendo, pregunto
si he bebido; cuando duermo,
parecen sueños de enfermo,
el cielo y la tierra junto.
La noche más fría y negra
más hermosa me parece;
la música me entristece
y la soledad me alegra.
Cuando a los representantes
oigo sus celos y enojos,
las lágrimas a los ojos
se me vienen por instantes.
Si leo historia amorosa,
celoso, al amante envidio,
o sea en su verso Ovidio,
o sea Heliodoro en prosa.
Hago versos, con tener
las pocas letras que tengo.
Si de ver a Celia vengo,
muero por volverla a ver.
Háceseme breve el día
que en su presencia se pasa;
hállome bien en su casa;
hállome mal en la mía.
Mendo, pues eres dotor,
si aquesto es amor me di;
que no me parece a mí
que debe de ser amor.

MENDO. ¿No has visto preguntar luego
a un dotor: "¿Vuesa merced
tiene bascas? ¿Tiene sed?
¿Siente algún desasosiego?
Saque la lengua." Y, así,
otras cosas semejantes?
Pues oye tú, y no te espantes
si te preguntare.

JUAN. Di.

MENDO. ¿Hate dado tentación
de dar a Celia dinero?

JUAN. Sí, Mendo.

MENDO. Amor verdadero:
ciertas las señales son.
Morietur, no hay remedio;
que por no darte temor
lo digo en latín.

JUAN. Dotor,
¿no habrá un medio de por medio?

MENDO. Récipe para esa tos:
aquam de guardar *doblonis,*
sirupi conversationis
de otra mujer, *uncias* dos;
que con esto, y *fregatorum*
de *piernis,* esa inquietud
cesará, y tendrás salud
in sécula seculorum.

(*Sale* DON FERNANDO.)

FERNANDO. Perdido vengo a buscaros;
pero es de risa.

JUAN. Eso, bien.

FERNANDO. Porque presumo también
que habéis, don Juan, de alegraros:
Celia, aquella vuestra dama,
se casa.

JUAN. ¿Se casa?

FERNANDO. Sí;
y de su boca entendí
que se venga porque os ama.
Caballero aragonés
es el novio.

JUAN. Esa venganza
fué por perder la esperanza
de mi amor o mi interés.
Fingí yo que me casaba,
por picarla.

FERNANDO. Hiciste bien.

JUAN. Y ella lo fingió también
viendo que mi amor cesaba.
¿El nombre del novio?

FERNANDO. ¿El nombre?
Don Anastasio.

JUAN. ¿De qué?

FERNANDO. De Palermo.

JUAN. Bien se ve
el toldo y rumbo del hombre.
¿Queréis que vamos a vella?

FERNANDO. Ella sale.

(*Salen* INÉS *y* CELIA.)

CELIA. Dame, Inés,
un manto.

JUAN. El aragonés
lleva una mujer tan bella,
que a Angélica deja atrás.

FERNANDO. Será el dichoso Medoro.

JUAN. Yo, Orlando.

FERNANDO. Pues guarda el oro.

CELIA. Famoso indiano, ¿aquí estás?

JUAN. Vengo a darte el parabién,
que Fernando me ha contado,
señora, que te has casado.

CELIA. Y que he acertado también.

JUAN. Así lo creo de ti.

CELIA. Así lo puedes creer.

JUAN. Hoy he visto a mi mujer.
CELIA. Hoy a mi marido vi.
JUAN. A mí, si digo verdad,
no me ha parecido bien.
CELIA. Pues lo mismo a mí también,
dejando la calidad.
JUAN. ¿Por qué te casas?
CELIA. Por ti,
que casarte concertaste.
JUAN. Fué porque tú me picaste.
CELIA. Tú me has dado causa a mí.
FERNANDO. Pues los dos no estáis casados,
yo os quisiera concertar.

(Aparte.)

Que tengo que asegurar
ciertos celosos cuidados.
Ni Celia se case más,
ni don Juan.
CELIA. Sea por mí.
FERNANDO. ¿Dices sí?
JUAN. Dijera sí,
pues tal ocasión me das;
mas mi suegro me prestó
dos mil ducados un día,
mientras mi hacienda venía;
tarda, en fin, y no sé yo
cómo pueda suspender,
sin pagar, el casamiento;
pues pagarle, ya que miento,
Celia, por fuerza ha de ser.
CELIA. ¿En Madrid te ha de faltar?
¿No hay onzas de oro? ¿No hay [plata
vieja? Todo el mundo trata
en esto.
JUAN. Siento el tomar,
porque si no pago al plazo,
doblo la deuda; y así
van cargando sobre mí,
y de un lazo en otro lazo.
Pues si hay pleito, unos por otros
juran, y los dichos truecan...
y, si aquí los jueces pecan,
no lo juzguemos nosotros.
CELIA. ¿Que a la República viene
tanto mal?
JUAN. Quien la preside,
esto mire, y no se olvide;
pues de Dios el lugar tiene.
Partida de cien ducados
me costará después mil.
FERNANDO. ¡Es hurto honrado y sutil!
JUAN. Buscarlos quiero prestados.
¿Tú, mientras viene mi hacienda,
me los podías prestar?
Que un alma bien puede estar,
mientras que te pago, en prenda.
Con esto, yo deshiciera
el casamiento tratado.
CELIA. Para mí no era prestado
lo que de gracia te diera;
pero envíame tu plata,
la cadena que te di
y otras cosillas así,
que no quiero serte ingrata;
que, con mis joyas también,
yo haré buscar el dinero.
JUAN. Voy por ellas.
CELIA. Y yo espero.
JUAN. Esto sí que es querer bien.
FERNANDO. En fin, ¿quedáis concertados?
JUAN. ¿Pues no?
FERNANDO. Y mis celos, contentos.

(Aparte.)

JUAN. Tú verás que con trecientos
te pesco dos mil ducados.
MENDO. Pienso que esta voluntad
va fundada en interés;
mas daré tormento a Inés:
ella dirá la verdad.

(Vanse DON JUAN, DON FERNANDO *y* MENDO.*)*

INÉS. ¿Tú prestas dos mil ducados?
CELIA. Déjame, Inés, recebir
las joyas que han de servir
de despicar mis cuidados;
que no los verá en su vida.
INÉS. Luego ¿ya le quieres bien?
CELIA. ¿Qué es querer? Aquí hay también
con quien el amor se olvida.
INÉS. En fin, ¿le tienes...?
CELIA. Sospecho,
porque el hombre es gran traidor,
tan diestro en cosas de amor,
que no hay entendelle el pecho.
Si se acerca, unos amores
tiene que las piedras mueven;
humildades que se atreven
hasta las cosas mayores;
caricias tan abrasadas,
que no las sabré pintar;
y, en llegándose a enojar,

tibiezas en nieve heladas.
Hace que emprende los labios,
y suspéndele el respeto;
finalmente, es tan discreto,
que obliga con los agravios.

INÉS. ¿Y eso no es amor?

CELIA. No sé;
mas yo le sabré olvidar.

INÉS. A Teodor puedes amar,
que lo merece su fe,
o a Lucindo, que es galán.

CELIA. No hallo en ellos el agrado,
el despejo, el desenfado
de mi don Juan.

INÉS. ¡Mi don Juan!...

CELIA. Pues ¿qué importa "don Juan mío",
cuando él no lo está escuchando?

INÉS. Otros te andan paseando,
de no menos gracia y brío.

CELIA. ¡Qué risa me solicita,
aunque mirarlos me enfada:
la sayita arremangada
y colgando la daguita!
¿Has visto tal devaneo,
ni una invención tan liviana?

INÉS. Traen alzada la sotana
por descubrir el manteo;
pero, al fin, es mocedad,
que no es para hacerla amor;
que no se ofende el valor
con la gala.

CELIA. Así es verdad;
pero yo te digo, Inés,
que, antes que olvide a don Juan,
en amistad estarán
los elementos que ves.
Habrá, con celos, razón,
que suelen escuchar pocas,
y dejarán de ser locas
la envidia y la presunción.
Dejará de murmurar
el que aprende del que sabe;
el villano, de ser grave,
subido en alto lugar.
Aunque éstos ya traen consigo
la pena de su arrogancia,
porque hay muy poca distancia
de la soberbia al castigo.
Ven; haré lo que pudiere.

INÉS. Tú pasarás triste vida.

CELIA. Olvidaré, si me olvida,
y querré, si me quisiere.

INÉS. En fin: tú, la más helada,
sientes de amor el rigor.

CELIA. No debe de ser amor,
sino estar enamorada.

(Vanse, y sale LISARDA *y* ELISA, *con un bufetillo y recado de escribir.)*

LISARDA. Pon ese bufete ahí,
y papel y tinta en él.

ELISA. Todo lo traje con él.

LISARDA. Siéntome, y escribo así:

(Siéntese LISARDA *y vaya escribiendo, y salgan por un lado del tablado, acechando,* DON FERNANDO *y* FABIO.)

(Escribe LISARDA.)

"A ti, el hombre más ingrato
de cuantos sustenta el cielo..."

FABIO. [*Ap. a su amo.*] (Escribe.

FERNANDO. Lo que es recelo.

FABIO. Sin causa temes mal trato.

FERNANDO. Son celos, Fabio, pensar
que un agravio puede ser;
porque en amor de mujer
hay muy poco que fiar.
Es la mudanza mayor
de su firmeza y quietud,
no ofendiendo la virtud
de las que tienen valor.
Son celos una pasión
que, cuando envidia no hubiera,
de solos celos se hiciera,
pues la misma envidia son.
¿No has visto, Fabio, escribir:
"Dése esa carta a mi hermano,
y dirá de él don Fulano?"
Pues lo mismo has de inferir,
de celos y amor fiel,
si escribiese un amador:
"Dése esta carta al Amor,
que los celos dirán de él."
Y es tan grande este rigor,
que ignorantes contradicen,
que si celos no lo dicen,
no es posible que haya amor;
pues tanto gusto recibe
de sus penas y desvelos,
que solamente los celos
saben la casa en que vive.

FABIO. El papel cierra.)

FERNANDO. No hará;

que le veré yo primero.
LISARDA. ¿Quién es?
FERNANDO. Yo.

(Quítasele.)

LISARDA. ¡Suelta!
FERNANDO. No quiero.
LISARDA. ¡Muestra, acaba, suelta ya!
FERNANDO. Yo le tengo de leer;
¿de qué sirve porfiar?
LISARDA. Quisiératele yo dar;
no le quiero defender,
pues le escribo para ti.
FERNANDO. ¿Para mí? Ya se verá.
LISARDA. Sí; tú lo verás.
FERNANDO. ¿Que ya
a mí me escribes así?

(Lee DON FERNANDO.*)*

"A ti, el hombre más ingrato
de cuantos sustenta el cielo,
mármol con alma de hielo
y de ti mismo retrato..."
Pues ¿esto me viene a mí?
LISARDA. Luego, ¿no te viene bien,
si me hiela tu desdén,
si tu amor me enciende así?
FERNANDO. [*Lee:*] "Culpas la firme amistad
por disculpar tu rigor..."
Esto me vendrá mejor.
LISARDA. Luego, ¿no es eso verdad?
FERNANDO. ¿Qué amistad culpo?
LISARDA. ¿No culpas
a don Juan?
FERNANDO. ¿Qué puedo hacer?
LISARDA. ¿Y de no venirme a ver,
con su amistad te disculpas?
FABIO. Bien dice, señor.
FERNANDO. ¡Ah, cielos!
Con equívocas razones,
en contingencia me pones
las ocasiones de celos.
De verme tienes temor,
¿y esto es verdad?
LISARDA. ¿No es verdad,
si te riño su amistad
y te ofende mi rigor?
Pasa adelante.
FERNANDO. Sí haré:
"Celos, callad y escuchad,
por no mirar mi lealtad..."
LISARDA. Bien digo, contra mi fe.
FERNANDO. "A Celia has dado en querer,
¡ah dulce enemigo mío!..."
Aquí no hay que hablar con brío.
¿Qué tienes que responder?
¿Qué dices?
LISARDA. Luego, ¿no quieres
a Celia, y yo estoy celosa?
FERNANDO. ¡No hay cosa más ingeniosa
que el amor en las mujeres!
LISARDA. Lee, acaba de leer.
FERNANDO. Ya leo, que desvarío:
"Y con saberlo porfío;
hechizos deben de ser..."
LISARDA. Digo bien; que amor injusto,
más es hechizo que amor.
FERNANDO. ¿Hechizo?
LISARDA. Sí; que, en rigor,
ya se te ha acabado el gusto.
Lee; que no le defiendo,
ni hay por qué.
FERNANDO. Bien puede ser.
Quiero volverle a leer;
que a pedazos, mal le entiendo.

(Lee.)

"A ti, el hombre más ingrato
de cuantos sustenta el cielo,
mármol con alma de hielo
y de ti mismo retrato.
Culpas la firme amistad,
por disculpar tu rigor;
de verme tienes temor,
por no mirar mi lealtad.
A Celia has dado en querer,
¡ah dulce enemigo mío!,
y con saberlo porfío;
hechizos deben de ser..."
Hasta aquí llegado había.
LISARDA. Pues no verás lo demás;
porque, si tan libre estás,
no has de sujetar la mía.
FERNANDO. ¿Rompes lo que queda?
LISARDA. Sí.
FERNANDO. Debe de ser lo amoroso.
LISARDA. Quiero yo que estés celoso,
como yo lo estoy de ti.

(Rompe LISARDA *el papel y vase, y* ELISA *también.)*

FERNANDO. ¿Qué sientes?
FABIO. ¿Qué he de sentir,
sino que tiene razón?

FERNANDO. ¿Razón es una traición?
FABIO. ¿Cuál es traición?
FERNANDO. Escribir.
FABIO. Pues ¿ya no has visto tu engaño?
FERNANDO. Mayor desengaño espero.
Juntar los pedazos quiero;
que quiero juntar mi daño.

(Coja los pedazos, y salga DON JUAN.)

JUAN. ¿Qué es esto? ¿Qué hacéis, Fer- [nando?
FERNANDO. Hice, don Juan, unos celos
pedazos, y vuelvo agora,
desesperado, a cogerlos.
JUAN. Pues ¿qué pretendéis?
FERNANDO. Juntarlos,
para saber si son ciertos.
JUAN. Erráis; porque, divididos
los enemigos, son menos,
y juntaréis contra vos
gran copia de pensamientos.
¿Qué los miráis divertido?
Pienso que queréis con ellos
dar cartas.
FERNANDO. Bien puedo darlas,
que voy entendiendo el juego;
mas, por no dar las espadas,
con la baraja me quedo;
que no quiero que hablen cartas,
sino que callen remedios.
JUAN. Ya me dais cartas, sin darlas,
y eso de "espadas" no entiendo;
sé que son cartas de copas
todas llenas de veneno.
Y aunque el juego no conozco,
debe de ser de los cientos,
pues pretendéis darme pique.
FERNANDO. ¿De qué os picáis?
JUAN. De eso y de esto.
Alzad la cara a mirarme.
FERNANDO. Tengo vergüenza de veros
para no quereros bien;
que os he querido en extremo.
JUAN. ¿Son celos de mí, por dicha?
FERNANDO. Por desdicha serán celos;
ya vos sabéis los principios.
JUAN. Poco, Fernando, os merezco.
¡Esta duda en mi lealtad!
FERNANDO. Aquí descuidado llego;
hallo escribiendo a Lisarda,
cójole el papel y leo
razones...
JUAN. Decid.
FERNANDO. No sé...
Rasgóle y fuése, diciendo
que era para mí.
JUAN. Pues bien:
¿qué es de la culpa que tengo?
FERNANDO. ¿Queréis perdonarme?
JUAN. No,
hasta que el papel juntemos.
FERNANDO. Ya le he visto, y ya sabéis,
don Juan, si el amor es cuerdo.
De vos no he formado queja.
JUAN. ¿Pues qué quiere ser aquello
de "darme cartas de espadas"?
FERNANDO. Yo os lo diré.
JUAN. Decid presto.
FERNANDO. Los oros son interés;
bastos, un amante necio;
amor, don Juan, las espadas,
y las copas son los celos.
De éstos bebí; perdonad,
si acaso no estuve cuerdo;
pues no quiere bien, ni es hombre,
quien tiene seso con ellos.
No os veo querer a Celia,
y como tan libre os veo,
tiemblo a cualquiera ocasión.
JUAN. Sosegad el pensamiento;
que, de miedo que tenía
de quebrar vuestros preceptos,
no os he dicho la verdad
del amor que a Celia tengo.
Ya os podéis vengar de mí,
cuando os respondí, soberbio,
que, avisado, no podía
ser tan bisoño y tan necio.
Bien dijistes que en Madrid
había hechizos, enredos,
cosas y casas y casos,
mares de peligros llenos.
Ahora mejor podéis,
pues una mujer me ha muerto,
darme con risa, Fernando,
el pésame de los celos.
Celia y yo, burlando entramos,
y tomamos como diestros
las negras, que señalaban
al rostro, al brazo y al pecho;
mas ya las espadas, blancas,
llevan intento diverso,
y tienen por blanco el alma,
como desprecian el cuerpo.
Hoy la he querido probar:

que deshacerle prometo,
si me da dos mil ducados,
el tratado casamiento.
Ella me promete a mí
dejar el que le han propuesto,
de un cierto don Anastasio,
cuyo apellido es Palermo.
¿Sabéis vos, en Aragón,
qué apellidos son aquestos?

FERNANDO. Boleas, Cardonas, Borjas,
Pradas, Centellas, Cabreros,
Albïones y otros muchos
oigo decir por momentos;
mas Palermos no, por Dios.

JUAN. Ahora bien, poco va en eso.
Yo he fingido que aún se tiene
la Contratación mis pesos.
¿Daráme este dinerillo?

FERNANDO. Si quiere, podrá; que creo
que de treinta mil escudos
pasa su hacienda, y sospecho
que, como son miserables,
naturalmente, es muy cierto
que es verdadero su amor,
si prestan o dan dineros.

JUAN. ¿Treinta mil ducados?

FERNANDO. Sí.

JUAN. Pues ¿tan rico casamiento,
no ha tenido opositores?

FERNANDO. Muchos; mas ninguno de ellos,
hasta ahora, hemos sabido
que le hubiese satisfecho.
Los unos deja por lindos;
que dice que no se hicieron
los lindos para maridos,
sino unos hombrazos cuerdos,
que llevan sobre los hombros
la carga del casamiento.
Otros deja por barbados;
que dice que éstos nacieron
para ermitaños pintados,
o para padres del yermo.
Otros, por mal hechos deja;
que dice que los mal hechos
es fuerza tener las almas
proporcionadas al cuerpo.
Mil deja por bachilleres,
por confiados, por necios;
finalmente, se presume
que para su entendimiento
hará un marido de barro.

JUAN. En Alcorcón es grosero;
mejor le hará en Estremoz,
que es barro de quien sabemos
que le comen las mujeres.
Mas ¿si todo su soberbio
fausto, su vana hermosura,
su pompa y su devaneo
hubiese rendido yo...?

FERNANDO. ¡Vive el cielo, que sospecho
que os rotulen por las calles,
como a poeta moderno!;
aunque paguéis el almagre,
como de alguno sabemos.

JUAN. Pues ¡yo vítor, don Fernando!
Ella me quiere, y yo tengo
dos mil ducados en prenda.

FERNANDO. ¿Queréis que vamos por ellos?

JUAN. Vamos, que estarán contados.

FERNANDO. Que os habéis de perder temo.

JUAN. Quiérame Celia, Fernando,
y ahórquense los preceptos.

FERNANDO. Como vos guardéis, don Juan
(y de vuestro honor lo creo),
el de "no codiciarás,
con el debido respeto,
a la mujer de tu amigo",
los del mundo importan menos (1).

(Vanse, y salen CELIA, INÉS, TEODORO, *vestido de camino, que se finge ser* DON ANASTASIO, *y* LUCINDO.)

TEODORO.

¿Vengo a tu gusto para novio?

CELIA.

Vienes,
Teodoro, tan galán, que me ha pesado,
viendo la gala y discreción que tienes,
que no fueses de veras desposado.

TEODORO.

¡Con qué donaire y gracia me entretienes,
Celia, como si fuese yo criado
en la humildad de una pequeña aldea!
Yo te obedezco, y lo que quieres sea.

LUCINDO.

Teodoro bien debe, Celia, a tus intentos,
si no correspondencia, obligaciones;
tú vienes muy galán; tus pensamientos
obras merecen, cuanto más razones.
Ya puede ser que aquestos casamientos,

(1) Estos seis últimos versos se hallan trastrocados en la edición de Hartzenbusch.

en que fingido novio te compones,
vengan a ser en ti, después, de veras.

TEODORO.

¡Pluguiera, Celia, a Dios que tú quisieras!

CELIA.

Por agora, Teodoro, sólo es mi gusto
vengarme de este indiano y darle celos.

TEODORO.

De darle celos, pues que gustas, gusto.

LUCINDO.

Que no le quieres mal, me dan recelos.

CELIA.

Nadie, a quien quiere bien, le da disgusto.

LUCINDO.

Pues si quieres pagar celos con celos,
¿quién quieres que no piense que le adoras?

TEODORO.

Dice muy bien.

CELIA.

Mi pensamiento ignoras.

INÉS. Señora, aquí está don Juan.
CELIA. Poneos de acompañamiento.

(Salen DON JUAN, DON FERNANDO, MENDO, FABIO *y* TREBACIO.)

FERNANDO. No entiendo tu pensamiento.
JUAN. Ya todos juntos están.
¿Vienen los talegos?
MENDO. Yo
traigo el uno; el otro, Fabio.
FERNANDO. [*Ap. a* DON JUAN.] Negocia como hombre sabio:
el *sí* por *sí*, el *no* por *no*.
JUAN. ¿Quién son aquestos?
MENDO. Serán
los que han de dar el dinero.
JUAN. Esperad; que hablarla quiero.
¿Mi Celia?
CELIA. ¡Señor don Juan.!
JUAN. Aquí vengo, con Trebacio,
que mi suegro había de ser,
por el dinero.
CELIA. Aunque ayer
tuve de buscarle espacio,
no me pareció razón;
porque supe que venía
quien ya, como prenda mía,
viene a tomar posesión.
Y pues veis que ya ha llegado
Anastasio, mi señor,
perdonadme, si es error
no dar dinero prestado;
que como el dueño ha de ser
de esta hacienda, y yo su prenda,
no quise yo de su hacienda,
sin su gusto, disponer.
JUAN. ¡Por Dios, que nos ha burlado!
FERNANDO. Luego, ¿no rotularemos
tu nombre?
JUAN. ¿Cómo podemos?
MENDO. ¿Sabes qué me da cuidado?
JUAN. ¿Qué, Mendo?
MENDO. Si han de caber
aquí los dos mil ducados.

(Sacan un costal grande.)

TREBACIO. Don Juan, aquí no hay burlados:
yo solo lo vengo a ser.
JUAN. ¡Sabe Dios, señor, que estoy
en extremo arrepentido!
Que me perdonéis os pido,
pues conozco lo que soy.
Palabra os doy de casarme
con vuestra hija, que es justo.
TREBACIO. Ya, sobre tanto disgusto,
¿con qué podéis obligarme?
JUAN. Ruégale, Celia, pues ya
te casaste, que me dé
a doña Angela.
CELIA. Sí haré.
Señor, si Madrid está
del casamiento advertido.
mal haréis en que no sea,
pues ya don Juan ser desea
de doña Angela marido.
Haced aquesto por mí.
TREBACIO. Ahora bien; sea por vos,
como se casen los dos
aquesta noche.
JUAN. Sea así.
Y pues este caballero,
que ha venido de Aragón,
tendrá más satisfacción
viendo que casarme quiero,
le suplico que en mi casa
se case, y juntas se harán
las bodas.

TEODORO. Señor don Juan,
ya os casáis, Celia se casa;
aquí no hay que tener celos:
si ella quiere, yo también.
CELIA. Si ha de ser para más bien
y para excusar recelos,
digo que vamos, y sean
juntos estos casamientos. [tos.
MENDO. [*Ap.*] (No entiendo tus pensamien-
JUAN. Sólo en vengarme se emplean.
Después sabrás cómo.)
FERNANDO. ¿Vamos?
JUAN. Adiós, señores.
TEODORO. Adiós.

(Vanse DON JUAN *y* DON FERNANDO.)

MENDO. ¡Cargados vamos los dos!
FABIO. Notable peso llevamos.
¡Bueno va don Juan!
MENDO. Corrido.
FABIO. ¡Demonio es esta mujer!
MENDO. Juntos debe de tener
la voluntad y el olvido.
Inés, ¿es esto verdad?
INÉS. No me preguntes verdades;
que en tantas desigualdades
no puede haber igualdad.
MENDO. ¿Tiénela ya por mujer
don Anastasio?
INÉS. ¿Pues no?
MENDO. De doña Angela sé yo
que está agora por nacer.
INÉS. Mi ama es de calidad
tan notable e impaciente,
que ni yo sé cuándo miente,
ni cuándo dice verdad;
y hoy, como has visto, se casa,
y hoy lloraba por don Juan.
MENDO. En fin, ¿las bodas se harán?
INÉS. Si este humor no se le pasa...
MENDO. Luego, ¿ya no serás mía?
INÉS. Allá verás...
MENDO. ¿Burlas?
INÉS. Vete.
MENDO. ¡Malhaya, Inés, el pobrete
que de pobretas se fía!

(Vanse MENDO *y* FABIO.)

TEODORO. Qué, ¿le quieres bien?
CELIA. ¿Qué importa?
LUCINDO. ¿No fuera mejor casarte
con Teodoro, y no burlarte
de tantos?
CELIA. De hablar acorta,
que me muero por don Juan;
que si a doña Angela veo
y conozco su deseo
y que casados están,
de rabia me casaré
contigo.
TEODORO. No querré yo.
CELIA. ¿Por qué razón?
TEODORO. Porque no;
que yo también rabiaré.
Y más vale que tú seas
el dueño de aquesta rabia,
si ese tu don Juan te agravia
y si vengarte deseas.

(Vanse CELIA *y* INÉS.)

LUCINDO. Mal hacéis en no aceptar
casamientos (1) tan honrados;
que con treinta mil ducados
ninguno puede rabiar.
TEODORO. No rabiará; mas podría
bramar, si mujer le dan;
que quiere bien a don Juan.
LUCINDO. Es hablar de bizarría;
porque de esto del querer,
nadie se puede alabar.
TEODORO. La fama debe guardar
cualquiera noble mujer.
LUCINDO. La fama el honor se llama,
y ella se guarda.
TEODORO. Es error;
porque yo sé que el honor
nace de la buena fama.

(Vanse; y salen LISARDA, ELISA *y* DON FERNANDO.)

LISARDA. ¿Vuélveme a dar a entender,
de tus celos satisfecho,
lo que he de hacer por don Juan?
FERNANDO. Erré, Lisarda, en tenerlos;
pero son de calidad,
que no se ha escapado de ellos
desde la tela al sayal
y desde el cayado al cetro.
De las aves que desatan
el pico sonoro al viento,
las no entendidas canciones

(1) Hartzenbusch corrigió "pensamientos".

has de entender que son celos.
De la blanca y roja aurora,
esposa del claro Febo,
cuando a llamarle madruga,
revuelta en cándidos velos;
lo que castiga a la noche,
que va de su luz huyendo,
porque ha detenido al Sol,
has de entender que son celos.
Cuando vieres en un prado,
artificioso platero
del esmalte de las flores,
en competencia saliendo
la encarnada minutisa,
la pálida flor del trébol
y el lirio azul y dorado,
has de entender que son celos.
Cuando una fuente sonora
finge que se va riendo,
y miente por murmurar
de sus mismos arroyuelos,
aquellas perlas que tira,
de cristal pedazos crespos,
balas que imagina el aire,
has de entender que son celos.
Cuando en los brazos de una ama
vieres un muchacho tierno,
que, no sabiendo palabra,
inventa vocablos nuevos;
llorar porque al otro niño
dijo amores o dió besos,
hasta que al cuello le pone,
has de entender que son celos.

LISARDA. Disculpado estás conmigo.

FERNANDO. Con esto, Lisarda, entiendo
que ya me habrás perdonado.

LISARDA. Ya perdonado te tengo.

FERNANDO. Don Juan, el que blasonaba
que del lazo en que cayeron
tantos hombres en Madrid,
cortesanos y discretos,
había de salir libre,
adora a Celia, y sus pesos
ya deben de andar por alto,
más que pesados, ligeros.
Celia se casa, y él quiere
fingir lo mismo...

LISARDA. Ya entiendo.

FERNANDO. Tú has de ser la novia.

LISARDA. ¿Yo?

FERNANDO. Trebacio ha de ser su suegro;
doña Angela has de llamarte.
Démosle aqueste contento;
que Celia le ha prometido
venir a verle, trayendo
su novio, don Anastasio
de Palermo, o del infierno.
Haz esto por mí.

LISARDA. Ya sabes
que te adoro y obedezco.

FERNANDO. Voy a ver si se han vestido;
que soy de acompañamiento.

(Vase.)

LISARDA. Si me hubieras avisado,
diferentes aderezos
esperaran a la novia.
Hoy cesan mis pensamientos.

(Sale DON JUAN.*)*

JUAN. ¿Sabes ya, bella Lisarda,
cómo has de ser mi mujer,
y el nombre que has de tener
de doña Angela gallarda?

LISARDA. Ya sé el premio que me aguarda,
don Juan, de haberte querido;
traza del amor ha sido,
porque tu injusto desdén
aun no me hiciera este bien,
si no fuera bien fingido.
Pero tienen tal valor
tus grandes merecimientos:
que de tales fingimientos
se satisface mi amor.
Y aunque es el gusto traidor
al alma, por ti perdida,
de quien eres sombra y vida,
tanto estimo el que me dan,
que estoy contenta, don Juan,
de ser tu mujer fingida.
Pongo a mi amor por testigo,
aunque el tuyo no lo crea,
que me pesa de que sea
Celia tan cruel contigo.
El respeto de tu amigo
ha sido justo respeto;
perdona a Amor, que, en efeto,
todo respeto desprecia,
pues si fuí, en quererte, necia,
tú, en no quererme, discreto.
A Celia deseo ver,
por ver mujer tan dichosa:
que tú la quieras es cosa
que se debe agradecer;

pero, si es de otro mujer,
plegue a Dios que enviude presto,
porque os gocéis; y si en esto
puede haber más dilación,
hágale alguna traición,
que pienso que es yerro honesto.

JUAN. Lisarda, tu cortesía
de manera me ha obligado,
que el alma y vida te he dado
que aquella ingrata tenía.
Para que tú fueses mía,
sin ofender a Fernando,
fué Amor, como es dios, trazando
que te finjas mi mujer;
que no se puede ofender
del "sí" que me das burlando.
Ya te quiero hidalgamente,
y correspondo a tu amor;
pues le mereces mejor
que quien no le entiende y siente.
Difiniste cuerdamente
el amor, Lisarda, un día:
que el buen amigo tenía
de su amigo el mismo ser;
conque, siendo su mujer,
vienes también a ser mía.
Que Celia me despreciase
te obligó a lo mismo a ti,
para no vestirte ansí
lo que Celia desechase.
Estimar lo que estimase
fué razón, siendo quien eres:
porque todas las mujeres
aman lo que ven amar,
por envidia o por pensar
imaginados placeres.
En fin, los dos nos casamos,
o de burlas o de veras;
y así es razón que me quieras
y que los dos nos queramos.
En las almas nos juntamos,
pues que no puede ser más;
y pues en la mía estás,
aunque el "sí" dichoso aguarda,
palabra te doy, Lisarda,
de no olvidarte jamás.

(Sale MENDO)

MENDO. Ponte de novia, señora.
¡Así vivas muchos años
y te dé Dios más ventura
que le ha de dar a mi amo!
Tú, señor, muda semblante
a guisa de desposado;
que vienen ya los que esperas.

JUAN. Como es fingido, no hallo
semblante qué me poner.
¿Cómo es un novio?

MENDO. Espetado
y con la cara a lo bobo,
risueña hacia entrambos lados;
buen cuello, fino cambray,
nuevo sombrero y zapatos,
rapado del mismo día,
los bigotes levantados,
cabestrillos o cabestros,
cuera y guantes adobados
y un costal de necedades.

JUAN. En todas las señas falto,
como soy novio fingido.

MENDO. Ellos vienen; habla paso.

(Salen CELIA *y* TEODORO, LUCINDO *y* TREBACIO, DON FERNANDO, INÉS *y* FABIO.)

LISARDA. Perdonad, si ya tan tarde
para recibiros salgo.

CELIA. ¿Es doña Angela?

FERNANDO. Ella es.

CELIA. [*Ap.*] (Animo me va faltando.)
Perdonad no conoceros,
y dadme a besar las manos.

LISARDA. Vos a mí me dad las vuestras.
¿No queréis? Pues sean los brazos.

CELIA. Mucho me he holgado de veros,
de conoceros y hablaros.
¡Linda dama sois!

LISARDA. Yo soy
servidora vuestra.

CELIA. Alabo
el gusto al señor don Juan.

LISARDA. Yo al señor don Anastasio
el que ha tenido en serviros.

TEODORO. Yo mi dicha; pues estando
tan lejos de merecerla,
vengo a merecerla tanto.

LUCINDO. No se ha turbado ni dicho
cosa indigna el desposado.

TREBACIO. Es discreto por extremo
el señor don Anastasio.

CELIA. [*Ap. a* INÉS.] (De celos me estoy
[muriendo.)

INÉS. Ten paciencia.

CELIA. Si me abraso,
¿cómo he de tener paciencia?

INÉS. Considerando tu daño.)

FERNANDO. Señores, no hay que esperar;

pues que ya juntos estamos.
Déle la mano don Juan
a doña Angela.

JUAN. La mano
y el alma, como a mi esposa.

LISARDA. Yo soy dichosa en llamaros
mi dueño, esposo y señor.

CELIA. ¿Soy piedra? ¿Qué estoy mirando?
¡Tened las manos!

JUAN. ¿Qué es esto?

CELIA. Yo, que os detengo las manos
y este casamiento impido.

LISARDA. ¿Tú? ¿Por qué?

CELIA. Porque me ha dado
la palabra a mí primero.

TREBACIO. ¿A mi hija aqueste agravio?
¡Vive Dios!

MENDO. ¡Tengan al suegro!

LUCINDO. ¡Señores, ténganse; paso!
Que esto han de hacer las razones
y no las armas.

JUAN. Estando
dando la mano a mi esposa,
Celia, ¿me impides la mano?
¿No estás casada?

CELIA. Yo, no.

JUAN. ¿Y el señor don Anastasio?

CELIA. Fué, por picarte, fingido.

TEODORO. Verdad es; que yo me llamo
Teodoro.

JUAN. Pues si pensaste,
Celia, con engaños tantos
picarme con casamiento,
yo he fingido el mismo engaño:
doña Angela no es mi esposa;
que lo ha de ser de Fernando.

LISARDA. Es verdad; yo soy Lisarda.

FERNANDO. Y yo quien le da sus brazos.

CELIA. ¿No me darás tú los tuyos,
pues no menos te los pago
que con darte, don Juan mío,
alma y treinta mil ducados?

JUAN. El alma acepto, no más.

MENDO. ¡Y el dinero, mentecato;
porque es mujer sin dinero
diablo pintado en retablo!

JUAN. Con esto, Celia, verás
que *De cosario a cosario*
sólo se [illegible].

MENDO. Señores,
den a Men[illegible]nés.

FABIO. Y a Fabio
a Elisa, pues con Lucindo
se casa don Anastasio.

LUCINDO. ¿Queréis vos?

TEODORO. Yo sólo quiero
pedir perdón al senado
por el poeta y por mí,
si habemos errado en algo.

COMEDIA FAMOSA

DE CUÁNDO ACÁ NOS VINO (*)

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

ACTO PRIMERO

PERSONAS DEL PRIMER ACTO (**)

LEONARDO, *Alférez.*
BELTRÁN, *su camarada.*
El capitán FAJARDO.—Quiñones.
PACHECO, *soldado en Flandes.*
RIAÑO, *idem id.*
CELEDÓN, *idem id.*
ZAMUDIO, *soldado en Madrid.*—Valdés.
PEREA, *idem id.*—Cristóbal.
TOLEDO, *idem id.*—Villanueva.
CERVANTES, *idem id.*—¿Ardel?
ROSALES, *idem id.*—¿Villanueva?
MELÉNDEZ, *idem id.*—Aguado.
DON ALONSO, *caballero.* Cristóbal.
DON ESTEBAN, *idem.*—¿?
DON OCTAVIO, *idem.*
CAMILO, *mayordomo.*—¿Villanueva?
MARÍN, *lacayo.*—¿Villanueva?
DOÑA BÁRBARA.—¿Jusepa? ¿Juana?
DOÑA ANGELA.—¿Gerónima?
LUCÍA, *esclava.*
LOPE, *criado.*—Aguado.
MÚSICOS.

(Sale LEONARDO, *alférez, y el capitán* FAJARDO, *en Flandes.)*

CAPITÁN. Mi deseo os acompaña.
ALFÉREZ. Alma tengo agradecida.
CAPITÁN. En fin, ¿es hoy la partida?
ALFÉREZ. Hoy, señor, me parto a España.
Su Alteza me dió licencia,
y cartas el campo todo.
CAPITÁN. No sé, alférez, de qué modo
encarezca vuestra ausencia.
ALFÉREZ. Y yo, señor capitán,
cómo sentiré la vuestra.
CAPITÁN. Del alma la mayor muestra
casi mis ojos os dan.
Como a hijo os he querido.
ALFÉREZ. Y yo, por padre, señor;
respetado ese valor
y ese gusto obedecido,
y agora os pido perdón
de las faltas que os he hecho.
CAPITÁN. No me enternezcáis el pecho
ni me deis satisfacción,
porque habéis tan bien servido
a Su Majestad en Flandes,
que a los servicios más grandes
pienso que habéis preferido.
Y cuando mi compañía
de Alejandro o (1) César fuera,
el tener vos su bandera
la honrara como la mía.
Pienso que lleváis papeles

(*) El manuscrito original de esta comedia se conserva actualmente, como dijimos, en la Biblioteca Nacional de Madrid, con la signatura *R. 110.* Los actos primero y tercero son de mano de Lope; el segundo, de letra de la época. Cotejado su texto con el de la *Parte veynte y quatro...* (Zaragoza, 1633), no sólo presenta éste considerables variantes, sino también muchas y grandes omisiones. Tales supresiones se deben, sin duda, a cortes hechos por los autores de compañía que llevaban de repertorio la obra; pues en el manuscrito van marcados con una diminuta cruz, trazada con tinta más amarillenta y borrosa, los pasajes suprimidos.

Reproducimos aquí, por tanto, fielmente, el texto autógrafo, incluyendo todos los fragmentos omitidos, inéditos hasta hoy, los cuales irán señalados entre dos asteriscos, como hicimos ya en las comedias *El amigo hasta la muerte* y *La dama boba,* que ofrecen igual particularidad. En las notas de variantes indicamos con la letra *V* la edición de Zaragoza (1633), y con la letra *H,* la edición de Hartzenbusch.

(**) Conviene advertir que el protagonista va acotado en el manuscrito original con el nombre de LEONARDO, y en las ediciones *V* y *H,* con el de ALFÉREZ, como en ésta hacemos. Los nombres de los personajes DOÑA ANGELA y DON OCTAVIO, Lope los escribió siempre "DON ANGELA" y "DON OTAVIO".

En la lista de las "Personas del primer acto", inserta en el ms. original, estaban anotados al margen los nombres de los actores que representaron esta comedia; pero hubieron de ser tachados poco después. Algunos nombres, no obstante, pueden leerse, aunque con dificultad; y otros, rastrearse o adivinarse por los rasgos que no mataron las tachaduras. Por su interés para la historia del arte histriónico, los transcribimos así.

(1) En la ed. de la *Parte veynte y quatro...* (Zaragoza, 1633), y en las reimpresiones posteriores, "y".

tan claros destas verdades,
que por las dificultades
de cortesanos canceles,
hallarán fácil entrada
para vuestras pretensiones,
pues en tales ocasiones
honran las plumas la espada.

ALFÉREZ. Cartas llevo de Su Alteza,
del Archiduque, y agora,
de la Infanta, mi señora,
en cuya hermosa cabeza
se puede honrar el laurel
de las griegas y romanas,
por virtudes soberanas,
que son estrellas en él.
Me dicen que las espere;
mas ya no tengo lugar.

CAPITÁN. Allá os podrán alcanzar
si honraros Su Alteza quiere.
Y porque en esta partida
las mías no os pueden dar
lo que os debo desear
a la ocasión ofrecida,
una carta ofrezco sola.

ALFÉREZ. ¿Para quién?

CAPITÁN. Estadme atento.
Mi primero nacimiento
fué en (1) Madrid, corte española,
de donde a Flandes pasé
muy mozo, y es cosa extraña
que nunca más en España
desde entonces puse el pie.
Tengo una hermana en Madrid,
que no ha podido el·ausencia
borrarla de mi presencia;
y que me paga, advertid,
de tal suerte aqueste amor,
que no hay cosa que la escriba
que no obedezca y reciba
como de hermano mayor.
Es rica, Leonardo, y puede
acudir, si la ocasión
se ofrece, a mi obligación;
que quiero que allá la herede.
Escribiréla entre tanto
que os traen caballos, y creo
que suplirá mi deseo,
aunque le encarezco tanto;
porque fuera de que vos
merecéis ser estimado,
se le dará mi cuidado.

(1) En *V* y *H* se omite "en".

ALFÉREZ. ¡Mil años os guarde Dios
y a esa señora también,
a quien holgaré (1) en extremo
de conocer!; si bien temo (2)
que los negocios me den
poco lugar de servilla.
Y ya parto consolado
(aunque hallarle a mi cuidado
lo tengo por maravilla)
de que os serviré en la corte
retratado en vuestra hermana.

CAPITÁN. Pues en amistad tan llana
no hay miedo que me reporte.
De esta cadena os servid.

ALFÉREZ. ¡Tal cosa no habéis de hacer!

CAPITÁN. ¡Mirad que son menester
ésta y muchas en Madrid;
que van de espacio las cosas
y se gasta mucho allá!

ALFÉREZ. Yo llevo dineros ya
para ocasiones forzosas,
y no pienso detenerme
en ajenas esperanzas.

CAPITÁN. Al son de esas confianzas,
alférez, el favor duerme.
No repliquéis, y advertid
una cosa que decía
un hombre que conocía
los olvidos de Madrid
en pretensiones cansadas
de tantos como allí viven,
que en las puertas donde escriben:
"Esta es casa de posadas",
para ejemplo de las gentes,
dijera un grande renglón:
"Estas sepulturas son
de inorantes pretendientes".

ALFÉREZ. Por prenda de vuestra mano
no me atrevo a replicar.

(*Entren* BELTRÁN, PACHECO, RIAÑO *y* CELEDÓN.)

PACHECO. En fin, ¡nos queréis dejar!

BELTRÁN. Es como mi propio hermano
el alférez, ya lo veis.

RIAÑO. ¿En efecto, a España os vais?

CELEDÓN. En soledad nos dejáis.

PACHECO. ¿No decís que escribiréis?;
que es el postrer cumplimiento
de todos los que se van.

(1) En *V*: "dexaré", y en *H*: "desearé".
(2) En *H*: "conocer, si bien *me* temo".

BELTRÁN. Pues, por vida de Beltrán,
de escribir desde una a ciento,
y no solamente en prosa;
que ha de haber verso y coplita.
RIAÑO. También acá se ejercita
esa ciencia fabulosa,
y habrá respuesta terrible.
CAPITÁN. Yo voy a escribir, Leonardo.
ALFÉREZ. Sólo ese favor aguardo.
CAPITÁN. No sentirlo es imposible.
¡Dadme los brazos!

(Váyase el CAPITÁN.)

CELEDÓN. Aquí
tiernos los brazos (1) se dan
alférez y capitán.
PACHECO. Llega y el prólogo di.
RIAÑO. Estos señores soldados
se (2) vienen a despedir.
Diré mejor: a decir
que los dejáis agraviados;
y toda la compañía
queda con la misma queja.
ALFÉREZ. Ella, señores, me deja;
porque yo, ¿cómo podía?
*Pero lo cierto es que yo
llevaré a cada soldado
[den]tro del alma estampado.
[PACHECO.] [¿Cum] (1) plimientos? Eso no.
Aparece que los dan
[lo]s aires de cortesano.
[Ta]mbién fué casi inhumano
[e]l llevaros a Beltrán,
estimado por su humor
de toda la compañía.
[LEONARDO.] ¿Cómo entretener podía
tales ausencias mejor?
BELTRÁN. ¿De qué sirve hablar en esto,
siendo ya el partir forzoso?
LEONARDO. ¡Adiós, campo generoso!
¡Dios me vuelva a veros presto!
BELTRÁN. ¡Ea, Pacheco, Riaño!
¡Ea, amigo Celedón!
¡Brindis!
PACHECO. Yo haré la razón.
BELTRÁN. Dalde este abrazo a Avendaño;
y decilde que no puedo,
para señal de mi amor,
dejarle más que a Leonor,
bella (1) *dona* a todo ruedo;
que la trate como yo,
que soy un poco adivino:
tratar pienso en el camino
el cojín que me prestó.
PACHECO. Ella es mujer de expiriencia.
BELTRÁN. Nunca yo pude volver
a hablar, Pacheco, mujer,
si hubo semana de ausencia:
llora el lunes que os partís
y el martes ya se con[suela] (2)
luego el miércoles [.........]
a que no la veis ni [.........]
el jueves que en fir[.........]
jovial, se alegra [.........]
el viernes Venus la [.........]
y nuevos intentos cría;
el sábado sale al sol,
habla, responde, concierta
en calle, en tienda o en huerta,
y olvida al pobre español.
Y como son las más dellas
tan medrosas, no se atreve
a dormir sola, aunque pruebe;
que es disculpa antigua en ellas.
Con esto sé de expiriencia
que no he de poner los pies
en tales casas, después
de una semana de ausencia.*
Ahora bien; vamos de aquí.
¡Adiós, señores soldados!
CELEDÓN. Vais tan bien acompañados,
que dais envidia.
RIAÑO. Es ansí.
*BELTRÁN. Los caballos han venido.
RIAÑO. ¿Escribiréis?
BELTRÁN. ¿Qué importunan?
Que en Madrid se desayunan
con onzas de agua de olvido.
¿Piensan que allá sobra el ocio,
o que hay voluntad jamás?
Pues nadie se acuerda más
que de su mismo negocio.*

([Vanse, y salen] DON ESTEBAN *[y]* DON ALONSO, *caballeros mozos.)*

---

(1) En *V* y *H*: "abrazos".
(2) En *V*: "si".
(1) Las palabras y letras puestas entre [ ] corresponden a roturas del ms.

(1) En el autógrafo, "bela".
(2) Las letras y líneas de puntos encerradas entre corchetes corresponden a roturas que hay en el manuscrito autógrafo.

ESTEBAN.

Este es mi pensamiento, dicho en suma,
si se puede sumar el pensamiento.

ALONSO.

¿Qué tanto habrá, que le seguís sirviendo
a la hermosa doña Angela Fajardo?

ESTEBAN.

Desde que vine de Aragón la sirvo,
verdad es que con tibias diligencias
a los principios; mas después que el alma
se fué empeñando en proseguir mi intento,
puse mayor cuidado en la conquista,
después de declararse por la vista.
Mas el temor de su gallarda madre,
que, como veis, es moza y cuidadosa,
me ha reportado tanto, que aun apenas
oso hablar los criados de su casa,
y, con el imposible, el amor crece
y mucho más hermosa me parece.
*Luego el deseo, que es notable artífice,
comenzó a fabricar al viento máquinas,
sin resolverse a ejecutar ninguna:
ya me enseñaba medios de terceros,
ya me decía que el mejor sería
que vos enamorásedes la madre,
puerta de aquesta hermosa fortaleza.
Mas viendo el grave honor de aquesta casa,
el gran recogimiento y la clausura,
he reducido todo el pensamiento
al último remedio, al casamiento.
Mas siendo como soy en Madrid nuevo,
sin que sepa sus partes, no me atrevo;
que hay en este lugar tal [.........]
que pueden anegar los [.........].*

ALONSO.

A la cuenta, venís a preguntarme
la calidad y partes de doña Angela.

ESTEBAN.

Vos entendéis muy bien.

ALONSO.

Vuestra pregunta
se divide en dos partes: la primera
es de su calidad; y la segunda,
de su hacienda.

ESTEBAN.

Es verdad.

ALONSO.

Estadme atento.
Doña Angela no pierde el nacimiento,
puesto que no es legítima; que un conde,
sospecho que alemán, dando palabra
de casamiento y cédula a su madre,
la tuvo, sin cumplirla, o porque fuese
su gusto ansí, o, como dicen otros,
por no le dar Su Majestad licencia.
Volvióse el conde, aunque dejó a su hija
hermosa cantidad para su dote.
La madre nunca más trató casarse;
crió su hija, y vive recogida,
y os juro, don Esteban, que en mi vida
oí cosa de entrambas que no fuese
digna de su virtud. De que profese
galas su madre, siendo moza y bella,
no es tampoco objeción para ofendella;
que no siendo vïuda ni casada,
puede usar el vestido que le (1) agrada.

ESTEBAN.

Siendo tan principal hombre su padre,
y engañando con cédula a su madre,
palabra y fe que no cumplió forzado,
bien queda el nacimiento disculpado (2)
de doña Angela bella; yo la abono,
y la parte bastarda le (3) perdono.

ALONSO.

Natural es doña Angela; que el conde
era mozo también.

ESTEBAN.

Pues de esa suerte,
no dudo que la boda se concierte;
della seréis tercero.

ALONSO.

Siendo justo
acudir como amigo a vuestro gusto,
haré cuanto pudiere de mi parte;
que desto de casar entiendo el arte.

ESTEBAN.

A San Felipe van a misa siempre.

ALONSO.

Pues vamos hacia allá. ¿Qué? ¿Queréis vella?

(1) En *V* y *H*: "la".
(2) Idem id.: "confirmado".
(3) Idem id.: "la".

ESTEBAN.

He puesto lo mejor del alma en ella.

(Vayan, y entren DON OTAVIO *y* CAMILO, *su mayordomo.)*

OCTAVIO. En fin, ¿sabes que vendrán?
CAMILO. Pasan por esto (1) sombrío
de las orillas del río
las otavas de San Juan.
Yo vi prevenir, señor,
capotillos y sombreros.
OCTAVIO. No hay mercurios más ligeros
que los que tratan de amor.
¡Qué presto habemos venido!
CAMILO. Verdad es, pues no han llegado.
OCTAVIO. Los músicos han tardado.
CAMILO. Si se hubieran prevenido
hubiera sido mejor.
OCTAVIO. ¿Quién fué por ellos?
CAMILO. Marín.
Mas dime, ¿para qué fin,
pues es publicar tu amor?
OCTAVIO. Antes por disimular
y dar ocasión a hacer
que las pueda hablar y ver
si se llegan a escuchar.
CAMILO. Doña Bárbara, señor,
es recatada en extremo.

(Entre (2) MARÍN, *lacayo, con los* MÚSICOS.)

MARÍN. Que habemos tardado temo,
y más en furias de amor;
que los amantes son gente
imposible de servir,
porque no saben sufrir
ni esperar.
MÚSICOS. ¿Si es éste?
MARÍN. ¡Tente!
OCTAVIO. ¿Es Marín?
MARÍN. El mismo soy.
OCTAVIO. ¿Cómo has tardado?
MARÍN. ¿Yo?
OCTAVIO. Sí.
MARÍN. ¿Piensas que se junta ansí,
que casi rendido estoy (3),
esta gente musical?
¡Vive Dios, que antes quisiera
que me mandaras que fuera
hasta la Arabia Oriental

(1) En *V* y *H:* "este".
(2) En *V:* "*Sale*".
(3) En *V* y *H* falta este verso.

y te trujera a Madrid
el Fénix.
OCTAVIO. No habéis tardado,
pues Angela no ha llegado;
pero ¿qué digo?; advertid
que el coche que en esta orilla
toma puerto es ella. ¡Ay, cielo!
MARÍN. Que desembarca recelo
aquella hermosa esclavilla
por quien ando embelesado.
¡Qué breves tus glorias son,
Amor!, pues el picarón
de Lope le (1) viene al lado.
Celos en casa, en la villa
y en el Soto.

(Entren (2) DOÑA BÁRBARA *y* DOÑA ANGELA, *su hija;* LUCÍA, *esclava, y* LOPE, *criado; ellas con capotillos y sombreros de plumas, y ellos con tabaque de merienda.)*

BÁRBARA. Aquí podéis
tender la alfombra.
OCTAVIO. ¿No veis (3)
en esta dichosa orilla,
en esta verde ribera,
todo un Ovidio de ninfas
haciendo perlas las linfas
del agua, que, lisonjera,
baña las ruedas del coche,
ya que no puede sus pies?
ANGELA. Este mismo sitio es
donde de San Juan la noche
estuvimos hasta el alba.
BÁRBARA. Angela, siéntate aquí.
LOPE. ¿Está bien la alfombra ansí?
OCTAVIO. Haced, músicos, la salva
a la nave del Amor,
en que la (4) Aurora ha venido.
BÁRBARA. Sentaos vosotros.
LOPE. No ha sido
para mí poco favor.
LUCÍA. Ten queda, Lope, la mano.
LOPE. ¿Hay figuras en el soto?
MARÍN. Sentóse.
LUCÍA. No me alboroto
de lacayil gente, hermano.

(Cantan los MÚSICOS:)

Al valle de nuestra aldea

(1) En *V* y *H:* "la".
(2) En *V:* "*Sale*".
(3) En id.: "ves".
(4) En id.: "el".

bajó (1) la bella Amarilis,
descontenta, aunque casada;
que no le agradaba Tirse (2),
Enseñaba el bello rostro
cómo han de hacer sus matices,
ya en color, ya en pura nieve,
las rosas y los jazmines.
¡Ay de quien era libre,
casó a disgusto y en prisiones vive!

ANGELA. ¡Oh, qué bien cantan allí!
Di que se acerquen, señora.

BÁRBARA. ¡Ah, caballeros! Si agora
no importa pasar de aquí,
suplico[o]s que os detengáis.

OCTAVIO. Basta que vos lo mandéis.

BÁRBARA. Merced, señor nos haréis (3),
si no es que a otra parte vais.

OCTAVIO. Antes tengo a gran ventura
hallar tan buena ocasión.

ANGELA. Vecinos pienso que son.

OCTAVIO. Soy quien serviros procura.

ANGELA. Hablad, señor, con recato;
que es mi madre rigurosa.

MARÍN. Alcancemos, seora hermosa,
algún bocado del plato.

LUCÍA. Téngase vuesa merced;
que se rellena a lo payo.

LOPE. Cayó el pájaro lacayo,
por tu reclamo, en la red.
Pues no importa; que allá en casa
te tomaré residencia.

OCTAVIO. Cantad.

LOPE. Déme amor paciencia.

(Entren DON ESTEBAN *y* DON ALONSO.*)*

ESTEBAN. ¿Reparáis en lo que pasa?

ALONSO. Sospecho que la ocasión
del soto y música ha sido
por donde la habrán tenido
para hacer conversación;
que os juro que es gente honrada,
bien nacida y principal.

ESTEBAN. ¿A quién no parece mal
ver una mujer sentada,
que profesa honestidad,
con un hombre?

ALONSO. Son licencias
del campo.

(1) En *V* y *H:* "baja".
(2) En *V:* "agrada valerse". En *H:* como en el ms.
(3) En *V* y *H:* "hacéis".

ESTEBAN. Destas dolencias
enferma el honor.

(Cantan:)

ALONSO. ¡Callad!
Halló Amariles (1), sentada
entre Flora y Celia, a Filis,
que, en viéndola, conoció
el mal de que estaba triste;
y en vez de los parabienes
del casamiento, prosigue
en preguntarle la causa,
a quien supirando dice:
¡ay de quien era libre,
casó a disgusto y en prisiones vive!

BÁRBARA. Suplícoos, señor, que cese
la música, y nos dejéis.

OCTAVIO. Si hay gente que conocéis,
iréme.

BÁRBARA. El temor es ése.
Id con Dios, y perdonad.
Mas, mejor es irme yo,
y que os quedéis.

OCTAVIO. ¡Eso no!

BÁRBARA. ¡Antes sí!; que es libertad,
por ser tan público el puesto,
el estar sentada aquí.

OCTAVIO. Perdonad si os deserví;
que no soy (2) culpado en esto.
Y vos mandadme, señora.

ANGELA. Yo os debo, señor, servir.

(Váyanse ellos con sus cumplimiento[s].)

MARÍN. Bien las podemos seguir
por estos olmos agora.

OCTAVIO. ¡Lope, Lope!

LOPE. ¿Qué me mandas?

OCTAVIO. ¿Quién estos hidalgos son,
por quien perdí la ocasión?

LOPE. Considera en lo que andas,
y eso mismo piensa de ellos.

OCTAVIO. ¿Cuál de ellos es el galán?

LOPE. Tus celos te lo dirán
mirando despacio en ellos.
Don Esteban es aquél:
caballero de Aragón
y mayorazgo.

OCTAVIO. Es razón
que Angela repare en él.

LOPE. Al (3) otro llaman, señor,

(1) Así, "Amariles", en el autógrafo.
(2) En *V:* "fuí".
(3) En *V* y *H:* "el" .

don Alonso de Solís;
así que éste es Amadís,
y el otro su Galaor.

OCTAVIO. En esta bolsilla van
treinta escudos.

LOPE. ¿A qué efeto?

OCTAVIO. A saber, Lope, en secreto,
en qué estado agora están.

LOPE. Tomo el partido, y no miro.
El don Esteban pasea;
hácese el alma jalea
con la vista y el suspiro;
pero no le han dado entrada,
que no son moscas, allá.

OCTAVIO. ¿Y mi afición?

LOPE. Buena está.

OCTAVIO. ¿Agradecida?

LOPE. Y pagada.

OCTAVIO. ¿Podrélas seguir?

LOPE. Camina.

OCTAVIO. Vamos, criados, de aquí.

(Váyase OTAVIO *con su gente.)*

ESTEBAN. ¡Lope, Lope!

LOPE. ¿Llamas?

ESTEBAN. Sí.

LOPE. ¿Qué mandas?

ESTEBAN. Tú lo adivina.

LOPE. ¿Mas que quieres preguntar
quién es aqueste infanzón?

ESTEBAN. Celos de aquel ángel son.

LOPE. Es hombre de aliende el mar.

ESTEBAN. ¿Cómo ha nombre?

LOPE. Don Otavio.

ESTEBAN. ¿Será rico?

LOPE. Y principal.

ESTEBAN. ¿Vále bien?

LOPE. No le va mal,
sin dar al honor agravio.

ESTEBAN. En este lienzo hallarás
ciertos escudos.

LOPE. ¡No, no!

ESTEBAN. ¡Sí, sí!

LOPE. Soy tan cortés yo (1),
que aun de vos tomara más.

ESTEBAN. ¿Qué estado tiene su intento?
¿Qué punto su pretensión?

LOPE. Ser hombre camaleón,
y andarse papando el viento.
Nuestra calle, hablando en suma,
pasan (1) el caballo y él:
uno derritiendo miel
y otro deshaciendo espuma;
tal relincha, y tal suspira;
en efeto, entrambos son
los asnos de San Antón.

ESTEBAN. ¿No podré seguirlos?

LOPE. Mira
que entre estos árboles sea.

ESTEBAN. ¡Don Alonso!

ALONSO. ¿Qué hay?

ESTEBAN. Que vamos.

ALONSO. ¿Por dónde?

ESTEBAN. Por estos ramos.

LOPE. ¡Qué bien el servir se emplea!
Adonde hay mujer hermosa,
todo *bel* (2) dinero vale:
si habla, si está, si sale,
si despierta, si reposa,
si escribe, si se recata,
si el acero ha de tomar;
hasta el mentir y engañar
se paga a peso de plata.

(El ALFÉREZ LEONARDO *y* BELTRÁN, *su camarada.)*

ALFÉREZ. Apenas, señor Beltrán,
conozco a Madrid.

BELTRÁN. Es cosa
nueva, extraña y prodigiosa.

*LEONARDO. El está limpio y galán.
Lo edificado os prometo
que de eterno muestra indicios.

BELTRÁN. Aparécense edificios
como casas de Loreto.
Lo que toca a la limpieza,
parece que desengaña
los imposibles de España,
y le da honor y belleza.

LEONARDO. ¿España imposibles?

BELTRÁN. Sí;
que ya es adagio o refrán.

LEONARDO. No los sabremos, Beltrán.

BELTRÁN. Muchos los cuentan ansí:
Tiene Getafe una calle,
que es empedralla imposible;
y no es en Madrid posible,
fuera del cierzo, limpialle.
Durar los trajes de un modo,
es imposible también;

(1) En *V* y *H:* "Fuí tan corto yo".

(1) En Idem id.: "pasean".
(2) En Idem id.: "buen".

pues de mes a mes se ven
diferenciados en todo.
Y a las mujeres verás
que parecen estudiantes,
ya sultanas con turbantes,
ya con el cabello atrás.
Ya los hombres calciestrechos,
ya largos, ya con embudos,
ya con petos, barrigudos,
y ya sumidos los pechos.
Ya todos asotanados,
como cuartos bajos van;
y ya en ser danzantes dan
con grig[u]iescos colorados.
¡Qué cosa es ver un mozuelo
mostrando por la sotana
a la dama cortesana
el calzón de terciopelo
y la lig[u]ita con oro,
con tan mujeril deseo
como muchas el manteo,
contra su honesto decoro!
Por imposible se cuenta,
demás déstos, moderar
el temerario gastar
con mucha o con poca renta.
Y el no pedir las mujeres,
es en España imposible.

LEONARDO. No será acabar posible,
si todos decirlos quieres.
Pero aquí, ¿por qué razón
esa falta no se excusa?

BELTRÁN. Porque el pedir no se usa
tanto en ninguna nación.*

ALFÉREZ. ¿Cómo llaman este puesto?

BELTRÁN. Las Gradas de San Felipe.

ALFÉREZ. ¡Que tal vista participe!

BELTRÁN. En sus losas (1) veréis presto
a todo Flandes.

ALFÉREZ. ¿Aquí?

BELTRÁN. Y a (2) Italia y Francia.

ALFÉREZ. Ya veo
tanta gente, que no creo
mi despacho.

BELTRÁN. Pues yo sí;
porque, como yo imagino
tan poco el dinero sea,
antes que el Rey nos provea,
tomaremos el camino.

(1) En *V*: "cosas". En *H*: como en el autógrafo.
(2) En *V* y *H* se omite "y a".

(Entren el CAPITÁN MELÉNDEZ *y* ZAMUDIO, *soldado.)*

CAPITÁN.

Luego, ¿al instante que se fué el de Fuentes
y vino el serenísimo Archiduque,
fueron nuestros caminos diferentes?

ZAMUDIO.

Sí; que volví yo entonces a Bolduque (1),

CAPITÁN.

Sucediéronme mil inconvenientes.
*porque enfermando de Pastrana el Duque,
perdí las esperanzas de su amparo.

ZAMUDIO.

Su muerte me contó el sargento Alfaro.

CAPITÁN.

Murió este felicísimo soldado
con inmenso dolor de todo Flandes.

ZAMUDIO.

¡Qué bien entró por Xatelete armado!

CAPITÁN.

¡Y quién pudiera hacer hechos tan grandes!*

(Otros dos soldados: CERVANTES *y* ROSALES.)

CERVANTES.

Pasé a la India, como os he contado.

ROSALES.

Cuando le dijo Eneas: "No me mandes—
a Elisa Dido—referir mi historia,
por no traer mi pena a la memoria..."
*deseaba contársela el Troyano.
Tal seréis vos en referir la vuestra.

CERVANTES.

Trabajos son que hallaron puerto, hermano.
Di vuelta al Mapa en esta ausencia nuestra.

ROSALES.

Que os embarcastes me contó Solano.

CERVANTES.

La fortuna del mar nos fué tan diestra,
que vimos a la China y Cochinchina.

(1) En *V*: "Sí; que volví entonces a ver el Duque." En *H*: "Sí: volví entonces para ver al Duque."

ROSALES.

Y yo en Madrid he visto a la Chinchina.

CERVANTES.

¿No estáis acomodado de posada?

ROSALES.

Hay chinche que, mudándose la Corte,
pasó a Madrid en un jergón sentada.

CERVANTES.

¡Grande estará!

ROSALES.

No hay luz que la reporte.*

([Salen] otros dos soldados: PEREA *y* TOLEDO.*)*

PEREA.

Don Pedro fué en Amiens mi camarada.

TOLEDO.

Agora acabo de pagar el porte
de cartas de don Pedro en el correo.

PEREA.

Verle, ¡por Dios!, como es razón, deseo.
*¡Qué trabajos pasamos tan notables,
desde que entramos a vender las nueces!

TOLEDO.

El mismo Enrique los llamó espantables.

PEREA.

Quiso dejar el cerro muchas veces.

BELTRÁN.

¡Bravas damas, Alférez!

LEONARDO.

¡Admirables!
Si en este mar se pescan tales peces,
tiendo la red.

BELTRÁN.

Poned el cebo de oro.

LEONARDO.

Gente parece ilustre en su decoro.
De San Felipe salen de oír misa.* (1)

(Salen DOÑA BÁRBARA *y* DOÑA ANGELA, *con mantos;* LUCÍA *y* LOPE, *con una almohada, detrás, y* DON ESTEBAN.*)*

ANGELA.

Mire vuesa merced que se ha enojado
mi señora.

ESTEBAN.

¡Qué tarde Amor se avisa!;
que nadie amó secreto y recatado.

BÁRBARA.

¡Doña Angela!

ANGELA.

Ya voy; no me des prisa.

(Entrense ellas.)

ALFÉREZ.

¡Qué lindo brío y qué notable agrado!

BELTRÁN.

¡Bien os agrada!

ALFÉREZ.

Y tanto, que quisiera
seguirla.

BELTRÁN.

Necia pretensión.

ALFÉREZ.

No fuera.

BELTRÁN.

¿No veis que lleva al lado quien la mata?

ALFÉREZ.

Ya vi picando allí sus laumedones (2).

BELTRÁN.

Después que las mujeres son de plata,
llevan en su conserva galeones.

CERVANTES.

Las doce.

ROSALES.

Adiós; que, en dando, no se trata
de Flandes, India, Italia y pretensiones.

---

(1) Hartzenbusch conjeturó, con su buen sentido, la omisión de este fragmento y de los otros dos suprimidos, que preceden a éste. El refundidor que los omitió, redujo el último al siguiente verso:

ALFÉREZ.

Mirad qué damas suben de oír misa.

(2) En *V:* "lacemedones". En *H:* "lamedones".

CERVANTES.

¿Adónde nos veremos?

ROSALES.

En Palacio.

TOLEDO.

Después os hablaré con más espacio.

(Aquéllos se van.)

LEONARDO.

*El filipino ejército ligero
se parte.

BELTRÁN.

Oyó tocar "la temeraria";
que un estómago en Corte aventurero
la dió este nombre.

LEONARDO.

Si por ser tan varia,
Naturaleza es bella, yo no quiero
en la comida y mesa necesaria
gozar de variedad.

BELTRÁN.

Como durare
esto que el Marinán llamó "dinare".*

ALFÉREZ.

La mujer me ha picado.

BELTRÁN.

A mí, la olla.

ALFÉREZ.

Sigámosla.

BELTRÁN.

Comamos.

ALFÉREZ.

Sois grosero.

BELTRÁN.

Comer, y luego cientos o una polla,
es lo que importa prevenir primero.

ALFÉREZ.

Blasonad, y después alguna tolla (1)
os hará dar más vueltas que un tornero.

(1) En *V*, "polla"; en *H*, "rolla".

BELTRÁN.

En habiendo comido, no en ayunas;
después vengan mujeres y aceitunas.

([Salen] LOPE *y* LUCÍA.*)*

LUCÍA. Pon esos estrados bien,
que hay vistas de un desposado.
LOPE. Ya está bien puesto el estrado.
LUCÍA. ¿Las sillas, Lope?
LOPE. También.
Mas si aquí viene Marín
y hemos de tener celera (2),
salte, Lucía, allá fuera.
LUCÍA. La suela de mi chapín
no se limpia con gualdrapas;
que ya repite a virillas.
LOPE. Todas hacéis maravillas,
y al primer tapón, ¡zurrapas!

([Salen] DOÑA BÁRBARA *y* DOÑA ANGELA.*)*

BÁRBARA. Mira que la compostura,
la honestidad y el valor
son como dueñas de honor
de la princesa hermosura;
está con mucho cuidado.
ANGELA. Ya sé cómo debo estar.
BÁRBARA. Que no has de hablar ni (3) callar
advierte; porque he pensado
que, hablando, serás tenida
por loca, y necia callando.
ANGELA. Callando estaré y hablando,
como tú fueres servida.
BÁRBARA. ¿Deseas mucho casarte?
ANGELA. Así, así.
BÁRBARA. ¿Dos veces "sí"?
ANGELA. No digo "sí", sino "así".
BÁRBARA. Ya te entiendo.
ANGELA. Por no darte
en casa más pesadumbre...
BÁRBARA. Eres tú muy comedida.
ANGELA. Es una cuesta la vida:
subida, bajada y cumbre;
la mujer se ha de casar
cuando sube por la cuesta;
que al bajar, si el sol se acuesta,
ya es hora de levantar.

([Sale] MARÍN, *lacayo.)*

MARÍN. Don Otavio, mi señor,
pide licencia.
BÁRBARA. Entre, pues.

(1) En *V*: "colera". En *H*: como en el autógrafo.
(2) En *V*: "y".

([Entre] DON OTAVIO.*)*

OCTAVIO. Bésoos mil veces los pies.
BÁRBARA. ¡Tanta humildad!...
OCTAVIO. ¡Tal favor!...
ANGELA. ¿Tengo de hablar, o callar?
BÁRBARA. Siéntese vuesa merced.
OCTAVIO. Conozco, de esa merced,
cuán despacio pienso estar.
¿Cómo se halla mi señora
Doña Angela?
ANGELA. ¿Qué he de hacer?
BÁRBARA. Responder.
ANGELA. ¿Y podrá ser
callando?
BÁRBARA. Y hablando agora.
ANGELA. A vuestro servicio estoy.
¿Vos estáis bueno?
BÁRBARA. No tanto.
ANGELA. Pues ¿cómo?
BÁRBARA. ¡De ti me espanto!
ANGELA. Hablando y callando voy.
MARÍN. ¿Ella (1) no me habla a mí?
LUCÍA. No me dan tanta licencia.
MARÍN. Otras me ruegan; ¡paciencia!
LUCÍA. ¿Con esa carita?
MARÍN. Sí;
¿y es más lindo su reclamo?
LUCÍA. ¿No le agrada?
MARÍN. Un trasgo amas.
LUCÍA. A no estar aquí mis amas,
le diera un ponteconamo.
MARÍN. Estos gallos zanquivanos (2)
¿hablan en su casa ansí?

(Entre DON ALONSO.*)*

ALONSO. Don Esteban está aquí;
que os viene a besar las manos.
BÁRBARA. Por ser vos el mensajero,
se le da esta vez lugar.

(Entre DON ESTEBAN.*)*

ESTEBAN. Como os viene a visitar,
señora, este caballero,
tomé atrevimiento yo...
BÁRBARA. Vuesa merced tome asiento.
OCTAVIO. No excusa el atrevimiento
el venir yo.
ESTEBAN. ¿Por qué no?
OCTAVIO. Porque consta a estas señoras
de mi intención.
ESTEBAN. No es la mía
menos justa.
OCTAVIO. Esta porfía
no es buena para estas horas
ni para aqueste lugar.
ESTEBAN. A cualquiera y en cualquiera;
porque sabré hacer afuera
lo que aquí supiere hablar.
¿Cómo están vuesas mercedes?
BÁRBARA. A vuestro servicio estamos.
OCTAVIO. Sospecho que os enojamos,
en vez de hacernos mercedes;
y así, señora, me voy.
BÁRBARA. Dios os guarde.
OCTAVIO. Adiós.
MARÍN. ¿Qué es esto?
OCTAVIO. Ese necio descompuesto...

(Váyanse DON OTAVIO *y* MARÍN.*)*

ESTEBAN. Pienso que disgusto os doy,
y así no quiero cansaros.
¿Vamos, don Alonso?
ALONSO. En todo
parece que erráis el modo,
de agradar y de casaros (1).
ESTEBAN. Yo no pude más aquí.
Venid, que ese hombre me aguarda.

(Váyanse.)

BÁRBARA. ¡Tú quedas...!
ANGELA. ¿Cómo?
BÁRBARA. ¡Gallarda!
Pues bien, ¿qué se me da a mí?
ANGELA. Ve, Lope, a saber lo que es.
LOPE. Voy, señora, como un rayo.
¡Si allá topo aquel lacayo...!
BÁRBARA. Vuelve.
LOPE. ¿Qué quieres?
BÁRBARA. No des
a que piensen ocasión
que quedamos con cuidado.
¡Mucho los dos me han cansado!
ANGELA. Y tienes mucha razón.
BÁRBARA. ¿A cuál te inclinas?
ANGELA. ¿Yo?
BÁRBARA. ¿Pues?

---

(1) En *V* y *H:* "Y ella".
(2) En idem id.: "caquiranos".

(1) En *V:* "can*s*aros". En *H:* como en el autógrafo.

ANGELA. A ninguno.
BÁRBARA. Yo lo creo.
ANGELA. Pero, si alguno deseo,
no de los dos, de los tres,
es a don Alonso.
BÁRBARA. Aquél
no te pretende.
ANGELA. Por eso.
BÁRBARA. Vamos; que yo te confieso
que los ojos puse en él.

(Váyanse.)

LOPE. Ahora bien; las dos (1) se han
¿Cómo estamos ella y yo? [ido.
LUCÍA. Diciendo el lacayo "no",
y a ti "sí", Lope.
LOPE. Eso pido.
¿Y a cuál quieres?
LUCÍA. ¿Eso esperas?
A ti.
LOPE. Di que eres de Lope,
a cualquiera que te tope,
como rábanos o (2) peras.

([Salen] LEONARDO y BELTRÁN.)

BELTRÁN. ¡Oh, qué bien pagaste el porte!
La casa, el dueño maldigo.
ALFÉREZ. Estos son, Beltrán amigo,
los peligros de la Corte.
*BELTRÁN. ¿Ya jugaros los dineros,
mas las cadenas también?
LEONARDO. Ganóme un hombre de bien.
BELTRÁN. ¿Qué más dijera Cisneros?
Riñéndole cierto día
su mujer, porque perdió
cien escudos, respondió
con la gracia que él solía:
"Callad, necia, que, por Dios,
que todos los encajé
a doce reales."
LEONARDO. Fué
gran donaire.
BELTRÁN. Así es en vos.
Ahora bien; ¿qué habéis de ha-
pretendiente y sin dinero [cer,
y enamorado?
LEONARDO. Eso espero.
BELTRÁN. Dos cosas que han de tener
fundamento sobre el oro.

(1) En *V*: "los dos". En *H*: "todos".
(2) En *V* y *H*: "y".

LEONARDO. Vestidos hay que empeñar;
pero quiérome acordar...
BELTRÁN. ¿Es acaso algún tesoro?
LEONARDO. *No, sino de aquella carta (1)
que me dió mi capitán.
BELTRÁN. Y por ella ¿qué os darán,
si la dama se descarta?
Pero, para que os riáis,
os quiero decir que ha sido
señal de que habéis perdido,
que con cartas os quedáis.
ALFÉREZ. ¡Con todas había de ser!
BELTRÁN. ¿Habéisla perdido?
ALFÉREZ. No;
que en la maleta quedó,
y pienso que la vi ayer,
buscando en ella unas ligas.
BELTRÁN. Pues oye una industria.
ALFÉREZ. ¿Cuál?
BELTRÁN. Yo contraharé (2) al natural
la letra.
ALFÉREZ. ¡A mucho te obligas!
BELTRÁN. En la carta has de decir
que eres su hijo.
ALFÉREZ. ¿De quién?
BELTRÁN. Del capitán.
ALFÉREZ. ¡Oh, qué bien!
BELTRÁN. Y luego puedes fingir,
pues pasó tan mozo a Flandes,
que en una flamenca dama
te hubo.
ALFÉREZ. Ulises te llama.
BELTRÁN. Las obligaciones grandes
que le corren como a tía,
y un sobrino de tu talle
no te han de echar en la calle.
ALFÉREZ. Mi remedio ser podría...
¿De manera que he de ser
hijo de su hermano?
BELTRÁN. Sí;
y déjame hacer a mí
lo que puede suceder.
ALFÉREZ. ¿Y cómo se ha de llamar
mi madre?
BELTRÁN. Madama Flor.
ALFÉREZ. ¡Brava industria!
BELTRÁN. La mejor

(1) Los textos publicados prosiguen en este verso, pero modificado así:

"pero aún me queda la carta".

(2) En *V*: "contraeré". En *H*: como en el autógrafo.

que te puede remediar;
que doña Bárbara es rica,
y sola una hija tiene.

ALFÉREZ. Si ella aquí nos entretiene,
esa dama que me pica
(la de San Felipe, digo)
tengo de servir de espacio.

BELTRÁN. A las cosas de Palacio
irás de espacio conmigo;
que son los ciertos amores
si a Flandes piensas volver.

ALFÉREZ. Bien se pueden pretender
juntos bandera y favores.

BELTRÁN. Ahora bien: voy a escribir.

ALFÉREZ. Si la contrahaces bien,
no hay que temer.

BELTRÁN. Y tan bien,
que no sabrá distinguir
su letra el mismo Fajardo.

ALFÉREZ. Perdonadme, capitán;
que necesidades dan
a vuestro alférez Leonardo
los medios de quien espero
perdón; que es justo el perdón,
si estoy en esta ocasión
con amor y sin dinero.
*Bien sabéis que yo os serví
como a señor y maestro:
bien puedo ser hijo vuestro,
pues siempre os obedecí.
Estoy en Madrid también
entre soldados noveles,
sin favor y con papeles:
¡mirad con quién y sin quién!
Yo no os ofendo. ¡Eso no!
Ni vuestra hermana es mujer
que ha de perder en tener
un sobrino como yo.
Que si me va mal también
en Madrid, como lo espero,
menester he su dinero
para que me vaya bien.*

([*Salen*] DOÑA BÁRBARA y DOÑA ANGELA.)

BÁRBARA. ¡Bien se aliña tu remedio
con tan nueva competencia!

ANGELA. ¿Dirás que tengo la culpa?

BÁRBARA. Bien puede ser que la tengas.

ANGELA. Sí; que debo de morirme
porque de los dos prefieras
al más galán, al más lindo,
al de mayores finezas.
¿Qué papeles me has hallado?
¿Qué joyas, galas o prendas?
¿Cuándo me has visto escribir,
hablar cifrado, hacer señas?
¿En qué ventana, de noche;
en qué balcón, en qué reja
me has visto hablar? ¿Qué embozados,
qué música a nuestra puerta?
¿Qué cuchilladas, qué muertes?

BÁRBARA. Pues ¿no quieres tú que sienta
que venga a vistas Otavio,
y que don Esteban venga,
muy majadero y celoso,
a visitarnos por fuerza,
y que aquí se desafíen?
¿En qué casa de ramera
pasan cosas semejantes?

ANGELA. Ríñeme, mátame, piensa
invenciones contra mí...

BÁRBARA. Eres la misma inocencia,
eres la misma virtud...
Llora un poco.

(*Entre* LOPE.)

LOPE. ¡Bueno queda
por tribunales tu honor!

BÁRBARA. ¿Qué hay, Lope?

LOPE. ¡Brava pendencia!
Aunque de liebre a conejo
poco dicen que se llevan.

BÁRBARA. ¿Hiriéronse?

LOPE. No se hirieron;
que eran los dos gente cuerda,
y es mejor que lo que gastan
aceites, hilas (1) y mechas
se gaste en papel y tinta,
y anden por alto las pruebas,
y el "dijo éste que declara";
que aunque son cosas que cuestan,
mejor que en el cirujano
y en los aceites se emplea.
Finalmente, son amigos.

BÁRBARA. Angela, cosas son éstas
que me han de costar la vida;
no sé si tú lo deseas.
Casa sin hombre y sin dueño,
desta suerte se gobierna (2).
Determínate a casarte.

ANGELA. ¿Has visto que me defienda
de tu gusto y voluntad?

---

(1) En *V* y *H*: "hilos".
(2) En el autógrafo: "gobierne".

(*Entre* LUCÍA.)

LUCÍA. Llamando están a la puerta
dos hombres de buenos talles,
plumas, trancelines, medias
de color; como que agora
se quitaran las espuelas,
dagas y espadas doradas,
valonas...
BÁRBARA. ¡Que lo rodeas,
necia! Di soldados. Entren.
LUCÍA. Débenlo de ser, pues entran.
BÁRBARA. Angela, escóndete tú.

(*Entren* LEONARDO *y* BELTRÁN.)

ANGELA. ¿También de aquestos me celas?
ALFÉREZ. ¿Quién es aquí la señora
doña Bárbara?
BÁRBARA. Bien sean
venidos vuesas mercedes.
Yo soy.
BELTRÁN. [*Ap.*] (¡Qué turbado llegas!)
ALFÉREZ. En Flandes, el capitán
Fajardo nos dió esta letra
para vuesa merced.
BÁRBARA. ¿Es mi hermano?
ALFÉREZ. Después que lea
sus ringlones, le diré
quién yo soy.
BÁRBARA. ¡Su firma es ésta!
BELTRÁN. [*Ap.*] (Tal trabajo me ha costado
de picarla y contrahacerla.
Lo más, Leonardo, está hecho.
ALFÉREZ. ¿Sabes que tengo en sospecha
que es esta dama la madre
de aquella hermosa doncella
que iba a misa a San Filipe?
BELTRÁN. Y por aquella antepuerta
está acechando la hija.
ALFÉREZ. No pongas duda, que es ella.)
BÁRBARA. No acierto a leer, de gusto.

(*Lea* BÁRBARA.)

Aquí dice: "El que esta lleva
es don Leonardo, mi hijo
y de una dama flamenca,
de lo mejor de Anamur..."
BELTRÁN. (Ya te mira.)
BÁRBARA. "A la ligera
quise enviarle a la Corte,
a negocios..."
BELTRÁN. (Otra vuelta
te vuelve a dar; mas no es mucho
que la sangre la remueva.)
BÁRBARA. "Confiado en que tú estás,
hermana querida, en ella
y harás con él lo que debes,
a tu sobrino, ya prenda
de tu sangre y de la mía..."
Yo, para cosas tan tiernas,
soy más que mujer; no puedo
parar la sangre en las venas,
las lágrimas en los ojos,
ni los brazos, que desean
juntaros, sobrino mío,
al alma.
ALFÉREZ. Bastantes señas
son esas, tía y señora,
de ser mi sangre, y yo vuestra;
mas los pies me habéis de dar.
BELTRÁN. (Obró la purga en la letra.)
BÁRBARA. ¡Angela, muchacha! ¡Hola!
ANGELA. ¿Señora?
BÁRBARA. ¿Qué miras? Llega,
da los brazos a tu primo.
ANGELA. ¿Mi primo?
ALFÉREZ. ¿Prima tan bella
tenía en España yo?...
BÁRBARA. ¿Para qué te esquivas, necia;
que es el señor don Leonardo
hijo, ¡y qué bien que se muestra!,
de tu tío y de mi hermano?...
ALFÉREZ. Madama, no estéis suspensa;
que en viéndoos, me dijo a mí
el alma que érades prenda
de mi sangre.
ANGELA. No os espante
que, como a cosa tan nueva,
no diese luego el lugar;
que ya mis brazos os dejan,
primo y señor.
ALFÉREZ. ¡Prima mía!
LOPE. (¿Qué diablos de parentela
es la que se junta aquí?)
ALFÉREZ. No quiso que se supiera,
el capitán, mi señor,
que era su hijo, hasta hacerla
a madama Flor, mi madre,
su mujer, que no lo era,
si he de decir la verdad.
BÁRBARA. (¡Qué libre que lo confiesa!
¡Cómo debe de saber
que el padre de Angela bella
tampoco fué mi marido!)
ALFÉREZ. Ahora bien; dadme licencia

que vaya a buscar posada,
porque mis criados quedan
en Barcelona; que allí
tomé postas.

BÁRBARA. Si yo fuera
donde estuviera mi hermano,
no pienso yo que sufriera
que me fuera a una posada;
y aunque ésta, sobrino, sea
humilde para un soldado
de tantas galas y prendas,
no la despreciéis, os ruego.

ANGELA. Todas estamos con queja,
primo, de que así tratéis
vuestra casa, pues lo es ésta.

ALFÉREZ. Prima, escuchad la disculpa:
El término de la guerra,
al amigo, al camarada,
a usanza de soldadesca,
no se permite dejar;
y el señor Beltrán de Vega
sólo por mí viene a España.

BÁRBARA. No es la casa tan estrecha
que el señor Beltrán y vos
no podáis caber en ella.
Aposento hay para todos.

BELTRÁN. Bésoos los pies.

LOPE. [*Ap. a* LUCÍA.] (¿Que se quedan
el primo y el camarada?

LUCÍA. Esto de plumas me alegra.

LOPE. Tenéis todas las mujeres,
aunque Venus (1) os gobierna,
espíritu belicoso.)

BÁRBARA. ¡Hola! Pónganos la mesa.
Vamos, sobrino, y veréis
mi casa.

ALFÉREZ. ¿Qué hay más que vea (2),
después de veros a vos?

BÁRBARA. [*Ap.*] (El término me contenta
del sobrino.

ANGELA. Es muy galán.)

BELTRÁN. [*Ap.*] (¿Qué te parece la fiesta?

ALFÉREZ. Que ya tienes en Madrid,
mientras el Rey te provea,
cuanto puedes desear.)

LUCÍA. [*Ap.*] (¿De qué estás triste?

LOPE. Reniega
de un camarada de aquestos.

LUCÍA. ¿Eso es justo que te ofenda?

LOPE. El primo, vaya con Dios:
ya tiene prima a quien quiera;
mas el otro camarada,
camarada o camarena,
si desliza de la tía (1),
que, en fin, es prudente y cuerda,
Lucía, peligro corre.

LUCÍA. ¿Celitos? ¡Qué impertinencia!

LOPE. Camarada, ¡plegue a Dios
que el mal agüero me mienta!
Que hombre que entra con cama,
buscará quién duerma en ella.)

ACTO SEGUNDO (*)

(*Salen* DON OTAVIO *y* MARÍN.)

OCTAVIO. ¿Qué hombre es éste?

MARÍN. ¡Yo qué se!
Traza tiene de soldado.

OCTAVIO. ¡Buen talle!

MARÍN. ¡Talle extremado,
y galán del cuello al pie!

OCTAVIO. Debe de vivir aquí.

MARÍN. Primo me dijo Lucía
que es de doña Angela, el día
que tu recado (2) le di.

OCTAVIO. ¿Primo suyo?

MARÍN. Y, a la cuenta,
habido en Flandes, bastardo
de aquel capitán Fajardo
que doña Bárbara intenta
hacer más bravo que Aquiles.

OCTAVIO. Y es justo, pues no ve el sol
en Flandes tal español;
mas, como son tan sutiles
los celos, aunque éste sea
su sobrino, y sí será,
si en su misma casa está
y en la Corte se pasea,
hánseme entrado de modo,
con el buen talle que tiene,
que pierdo el seso.

MARÍN. Antes viene
para tu remedio en todo;

---

(1) En *V*: "vemos". En *H*: como en el autógrafo.
(2) En *V*: "ver". En *H*: "verla".

(1) Este verso y los que siguen hasta terminar el acto, faltan en el autógrafo.
(*) En el ms. original este acto va encabezado así: "*2.ª jornada de quando aca nos bino*". Y a continuación: "*personas del 2.º acto.*—don otabio, marin, don alonso, don esteban, leonardo, beltran, lope, dona barbara, doña angela, lucia."
(2) En *V* y *H*: "recaudo".

que, si tomas mi consejo,
verás que verdad te digo.

OCTAVIO. ¿Cómo?

MARÍN. Haciéndote su amigo.

OCTAVIO. ¿Podré, cuando de él me quejo,
hacer con él amistad?

MARÍN. Si ganas entrar, por ella,
en casa de Angela bella,
conquista su voluntad;
y aun puedes, en ocasión,
darle parte de tu intento;
que para tu casamiento
mejores terceros son
los deudos que los criados,
y más a tiempo que ves
por aqueste aragonés
tan mal puestos tus cuidados.
Si doña Angela se inclina
a don Esteban, y agora
la madre, que, en fin, la adora,
el dársela determina,
¿quién mejor que su sobrino
lo puede desbaratar,
si tú sabes negociar
por este mismo camino?

OCTAVIO. Calla, que viene a la calle.

MARÍN. No te gane el pensamiento.

(Vanse. Salen DON ESTEBAN *y* DON ALONSO.)

ESTEBAN. Celos en el alma siento.

ALONSO. Tiene el soldado buen talle.
Pero, siendo primo suyo,
no es justo que los tengáis.

ESTEBAN. De lo que me aseguráis,
toda mi sospecha arguyo.
*Oro sobre azul se llama
sobre parentesco amor.

ALONSO. Aquí está el competidor
que desdeña vuestra dama.

ESTEBAN. Aunque amigos nos hicieron,
me sobresalto en miralle.

MARÍN. ¿Qué has de hacer?

OCTAVIO. Dejar la calle,
Marín, pues éstos vinieron.
¿No has visto un juego de esgri- [ma,
que uno asieta y otro juega?
Pues yo le dejo al que llega
la espada que tanto estima.

MARÍN. Y yo, si el montante soy,
porque la gente se arrime,
mientras este necio esgrime,
le voy jugando y me voy. *(Vase.)* *

ESTEBAN. ¿Fuéronse?

ALONSO. Por no encontrarse
con vos.

ESTEBAN. Hicieron muy bien.
¡Que éste, con tanto desdén,
se determine a casarse,
confiado en su riqueza!...

ALONSO. ¡No estáis vos muy adelante
para que deste os espante
el intento y la firmeza!

ESTEBAN. En fin, me admiten mejor.

ALONSO. Angela me ha parecido
mujer que tiene el olvido
por tornasol del amor.
Ya se inclina a don Otavio,
ya os mira a vos, ya a mí.

ESTEBAN. ¿A vos?

ALONSO. Sospecho que sí;
no para haceros agravio,
mas para dar a entender
que a ninguno tiene amor.

ESTEBAN. El primo...

ALONSO. Aun éste es mejor
para amar y pretender.

ESTEBAN. Pues ¿vos no me aseguráis
los celos?

ALONSO. Seguros son;
mas de una dispensación
no es malo que los tengáis.

([Salen] BELTRÁN *y [el alférez]* LEONARDO.)

BELTRÁN. Bien puedes llamar tu vida
libro de *¿qué quieres, boca?*

ALFÉREZ. Antes en la misma roca
quedó la nave rompida.

BLTRÁN. ¡Qué donaire! Pues ¿quién tiene
tal mesa y cama y tal dama?

ALFÉREZ. La dama y la mesa y cama
que en la corte me entretiene,
agradezco a mi ventura
y a tu ingenio; pero ya
todo perdiendo se va.

BELTRÁN. ¿Perdiéndose? ¡Qué locura!
¿No me decías ayer
que doña Angela te adora?

ALFÉREZ. Lo mismo me dice agora;
pero ¿qué tengo de hacer,
si su madre da en lo mismo?

BELTRÁN. ¿Su madre?

ALFÉREZ. Como lo cuento;
de donde mi pensamiento
vive en un confuso abismo.

BELTRÁN. Pues ¿toda la honestidad,
el melindre y el recato...?
ALFÉREZ. Beltrán, parentesco y trato,
¿qué han de engendrar?
BELTRÁN. Voluntad.
ALFÉREZ. Si un deudo de algún valor
y una deuda de las mías
comen juntos muchos días,
¿qué ha de resultar?
BELTRÁN. Amor.
ALFÉREZ. Y si dan en regalarse,
y crece la voluntad
y sobra la libertad,
¿qué pueden hacer?
BELTRÁN. Gozarse.
ALFÉREZ. Quedito, que hay gente aquí.
BELTRÁN. Este es uno de los tales
que adoran estos umbrales.
ALFÉREZ. ¿Sirve a doña Angela?
BELTRÁN. Sí.
Aquí el cuitado babea (1),
pagando en finos ducados
embelecos de criados.
ALFÉREZ. Ya finge que se pasea.
BELTRÁN. Tendráos miedo, por pariente.
ALFÉREZ. Téngamelo por galán.
BELTRÁN. Paréceme que se van.
ALFÉREZ. Y finge que mira en frente.
* BELTRÁN. ¿Qué es ver un cuitado amante,
que todo el mundo le entiende,
fingir y hacer que pretende
dos casas más adelante;
y estando en conversación,
saltándosele los ojos
imagina[n] sus antojos
que lós otros ciegos son;
y estásele viendo el juego,
con que a la señora envida,
que le dice muy fingida:
"quiérole"; y revuelve luego?*
¡Válame Dios, quién pudiera
desengañar mentecatos!
ALFÉREZ. Beltrán, amorosos tratos
se hicieron de esa manera.
Pensar que ha de haber amor
que no se entienda, es locura.
BELTRÁN. Quien ama, tenga cordura.
ALFÉREZ. No la permite el favor.
Mas, viniendo a vuestra historia,
¿qué haré, de Bárbara amado?
BELTRÁN. Amarla.

(1) En *V* y *H:* "bobea".

ALFÉREZ. ¡Gentil letrado!
Si es doña Angela mi gloria...
BELTRÁN. Hermano, dejar el gusto
por el provecho, y querer
una gallarda mujer...
ALFÉREZ. Fuera pensamiento injusto
pagar mal su hija bella;
y aunque quiera, no podré.
BELTRÁN. ¿Qué, os quiere tanto?
ALFÉREZ. No sé
cómo me defienda della.
BELTRÁN. ¡La gravedad de una tía
tan reverenda ha parado (1)
en un sobrino soldado!
ALFÉREZ. Para más desdicha mía,
para azar de mi ventura;
mas un remedio he pensado.
BELTRÁN. ¿Cómo?
ALFÉREZ. Si amor mal pagado
con ajeno amor se cura,
servilda vos, y de mí
se le quitará el martelo.
BELTRÁN. Si me hace de nuevo el cielo,
os responderé que sí;
pero, si sabéis mi humor,
que en viendo mujer de seda
es imposible que pueda
tenerle un instante amor,
¿cómo me queréis poner,
Leonardo, en tal disparate?
ALFÉREZ. Por divertir que me mate
y deje de pretender.
BELTRÁN. No hay tratar deso, en no viendo
chinelas y delantal (2),
cofia, picote y sayal
y estar fregando o (3) barriendo.
No hay hacer caso de mí;
que seda, afeite y colores
son en dosel de señores
sillas vueltas para mí.
Demás que, si queréis bien
en casa, también yo quiero.
ALFÉREZ. ¿Vos? ¿A quién?
BELTRÁN. Al escudero.
¿Ya no conocéis a quién?
¿Hay cosa como Lucía?
ALFÉREZ. ¡Lucía!
BELTRÁN. Vertiendo flores,

(1) En *V:* "pagado". En *H:* como en el autógrafo.
(2) En *V* y *H:* "devantal".
(3) Idem id.: "y".

cerner en paños menores
tres horas antes del día;
las mangas presas al hombro,
que pueden rendir al Draque,
y en aquel triquititraque,
que puede causar asombro
a un maestro de capilla,
cantar lo de "Escarramán",
y el llevar al horno (1) el pan,
¿no es notable maravilla,
pues sin tocar a la tabla
va más derecha que un huso?
Pues es verdad que es confuso
lo que escribe o lo que habla:
"¡téngase!, ¡quítese allá!,
¡no me pelizque!, ¿qué manda?
¿Has visto el hombre cuál anda?
¿Yo?, pues otra le dará.
¡Ea!, que quiebra las velas",
y otras cosillas ansí,
que nacieron para mí,
y no endiosadas cautelas!
No quiero mujeres de oro,
que, en fin, es andar de amor
con algún aparador.

ALFÉREZ. ¡Ay de mí, que el oro adoro!

BELTRÁN. Un pecho de una mujer
y una tienda de un platero,
ya es uno todo, y no quiero
pagar lo que puedo ver
con irme a la Platería
y dar una vuelta u dos...

ALFÉREZ. ¡Bueno me dejáis!

BELTRÁN. ¡Por Dios,
que yo quisiera a la tía!

ALFÉREZ. Pues ¿cómo podré?

BELTRÁN. Fingiendo;
con que tendréis más lugar.

ALFÉREZ. ¿Y si se quiere casar?

BELTRÁN. Eso es lo mejor, haciendo
que traigan dispensación;
pues, entre tanto, podéis (1)
hacer que de Angela estéis
en segura posesión.
Entrad, y dejadme a mí.

ALFÉREZ. Por fuerza habré de tomar
vuestro acuerdo.

BELTRÁN. Es negociar,
pues os conserváis ansí.

ALFÉREZ. ¡Oh, si amárades la tía!

(1) En *V* y *H*: "hombro".
(2) En *V* y *H*: "podréis".

BELTRÁN. En eso no me metáis;
vos, que de prima enfermáis,
que os curéis con atutía.

(Vanse, y entra DOÑA BÁRBARA *y* LUCÍA.)

BÁRBARA. ¿No ha venido mi sobrino?

LUCÍA. Fué a Palacio; no vendrá
tan presto.

BÁRBARA. Basta; que es ya
éste mi amor desatino.
¿Dónde está Angela?

LUCÍA. Aquí hace
labor, en el corredor.

BÁRBARA. ¿No era allá dentro mejor?
Mas bien sé yo de qué nace:
querrá mirar por allí
los galanes de la calle.

LUCÍA. ¿Aun eso quieres quitalle?

BÁRBARA. Como no me miró a mí,
vete adentro, a estar con ella.

LUCÍA. La cama tengo que hacer
del señor Beltrán.

BÁRBARA. Poner
puedes ropa limpia en ella.

LUCÍA. Yo voy.

BÁRBARA. Sacarás también
acerillos y almohadas.
¡Ay, resistencias honradas,
déjeos Dios parar en bien!
Desde la ausencia del Conde
no he tenido pensamiento
ni aun primero movimiento
desto que amor corresponde;
porque como me quebró
la palabra, aborrecía
a cuantos hablaba y vía
por uno que me engañó;
y quiso mi desventura
que, para hacerlas más grandes,
mi hermano engendrase en Flandes,
en flamenca nieve pura,
un rayo para su honor
y para el mío en Leonardo:
mozo discreto, gallardo
y dino de todo amor.
Pero yo, ¿qué me fatigo,
si casándome con él
no pierdo nada; que en él
mi propia sangre prosigo?
Escribir al capitán,
su padre, en esto quisiera;
pero ¿si acaso se altera;

que, en fin, son cosas que dan
pesadumbre entre parientes,
y toma postas a España?
Necio consejo me engaña
con medios indiferentes.
Cuánto es mejor darme prisa
a casar a Angela, y luego
declarar este amor ciego.

([Salen] LEONARDO *y* DOÑA ANGELA.)

ANGELA. ¿Mis celos echas a (1) risa?
ALFÉREZ. ¿Celos, Angela? ¿De qué?
ANGELA. De que mi madre te mira.
ALFÉREZ. ¿No me ha de mirar?
ANGELA. ¡Suspira!
ALFÉREZ. ¿De qué supira?
ANGELA. No sé.
ALFÉREZ. Anda; que fué desatino:
que amor los hace creer.
¿Por qué no me ha de querer,
siendo su sangre, y sobrino?
ANGELA. Ríete de eso; que yo
soy (2) tu prima, y no muy cuerda.
ALFÉREZ. Tía no es nombre de cuerda,
si no es que en tercera dió;
por eso la haré tercera;
que, templada con la prima,
a pretenderte me anima. [pera?
BÁRBARA. *[Ap.]* (Quien tal escucha, ¿qué es-
¡Basta!; que éstos, o es en[illegible]
deben de tratar de amor. [illegible] 3),
¡Qué buen modo de labor[illegible]
ALFÉREZ. Las noches, Angela, engaño
con tu memoria. ¿Qué haré
para que hablemos un rato?
ANGELA. Guárdame con tal recato
mi madre, que yo no sé
que haya remedio de hablarte.
ALFÉREZ. Dame una prenda con quien
pase la que viene bien.
ANGELA. Ya estoy pensando qué darte.
¡Toma ese guante!
ALFÉREZ. Del modo
que se calza, pienso yo
que de tu amor se vistió
mi alma: tan justo es (4) todo.

---

(1) En *V* y *H:* "en".
(2) Idem id.: "fuí".
(3) En *V:* "estos desengaños". En *H:* "éstos *en mi daño*".
(4) En *V* y *H:* "en".

BÁRBARA. Ya no se puede sufrir.
¿Qué es eso?
ALFÉREZ. ¡Oh, tía y señora!
Mándame (1) mi prima, agora
que por guantes quiero ir
a la calle de Santiago,
que unos en su nombre pida,
y para mejor medida
me dió este guante.
BÁRBARA. *[Ap.]* (Yo hago
quimeras, sin duda alguna.
Tales sombras son los celos.)
ALFÉREZ. Así te guarden los cielos
y me den mejor fortuna
que a tu hermano y padre mío,
que habemos de remediar
(pues yo sé lo que es rondar
en Flandes al aire, al frío)
esto destos pretendientes
de mi prima.
BÁRBARA. Cuando hablemos
destas cosas, no tenemos
de hacer juntas (2) de parientes.
Entrate allá.
ANGELA. Pues ¿qué importa?
ALFÉREZ. Muy bien dice; éntrate allá.
Cuando mi señora está
en plática larga o corta
de tu remedio, no es bien
que estés aquí.
ANGELA. Ya me voy,
primo, si enfado te doy. [mí?
ALFÉREZ. *[Ap. a* ANGELA.] (¿Tú enfado, y a
ANGELA. Pues ¿quién?
ALFÉREZ. Tu madre dice que quiere
soledad para tratar
tu bien.
ANGELA. Ya me quiero entrar,
y mándame amor que espere.
Por aquí me escondo a oír;
que estoy perdida de celos.)

[Escóndese.]

BÁRBARA. Ya que han querido los cielos,
que no suelen permitir
sin ocasión cosas tales,
que aquí de Flandes vinieses
para que esta guerra hicieses
con pensamientos iguales,

---

(1) En *V* y *H:* "mandóme".
(2) Idem id.: "junta".

a tu misma sangre, advierte
que a mujer de mi valor
no está bien tratar de amor;
y aunque es amor de otra suerte,
que puesto que soy tu tía,
bien nos podemos casar.

ANGELA. *(Escondida.)* ¡Oh, quién les oyera [hablar!

ALFÉREZ. No puedo, señora mía,
si no es besando el chapín
sobre que asienta ese pie,
daros las gracias.

ANGELA. No sé
de aquella humildad el fin.

ALFÉREZ. Sólo me aflige el temor,
que no lo excuso decir,
de lo que puede sentir
el capitán, mi señor.

BÁRBARA. Pues para eso, tratar (1)
estas cosas con secreto,
hasta que llegue el efeto
y nos podamos casar;
que casados una vez,
tómelo como quisiere,
pues del bien o el mal que hiciere
no es mi hermano mi jüez (2).
Y él me debe que te quiera,
pues se ha retratado en tí;
que a no le querer así,
tampoco a ti te quisiera.
Si él me envía, a que te ayude,
cartas, quien te da su hacienda
y luego a sí misma en prenda,
mejor a su sangre acude.
¿De qué se puede quejar?

ALFÉREZ. Digo que tienes razón.

BÁRBARA. Por una dispensación
quiero (3) al momento enviar.
Gástese toda mi hacienda,
y en señal dame esos brazos.

ALFÉREZ. Ya no son estos abrazos
de sobrino.

BÁRBARA. Nadie entienda
esto que los dos tratamos.

ANGELA. Sino sola yo.

BÁRBARA. ¿Qué quieres?

ANGELA. ¿No llamaste?

BÁRBARA. ¡Linda eres!
¿Ves que en tus cosas estamos,
y andas, necia, alrededor,
más que una mosca, importuna?
¿No se ha de tratar ninguna
sin tu consejo y favor?
Pues bien: se ha de hacer sin él.

ANGELA. ¿Qué te espantas que el deseo
me haga mosca, si te veo
que te estás haciendo miel?

BÁRBARA. Díle a tu primo los brazos
por un consejo.

ANGELA. Pues ya
que él sus consejos te da,
y tú le das tus abrazos,
¿qué viene a quedarme a mí?

BÁRBARA. Pues ¿qué tienes tú que ver
con lo que yo quiero hacer,
si todo resulta en tí?

ANGELA. ¿En mí? A risa me provoco,
y de tu traza me espanto;
porque, si te tomas tanto,
vendrá a quedarme muy poco.
Primo, hazte (1) allá; que quiero
tratar tus cosas también
con mi señora, y no es bien
que estés aquí.

ALFÉREZ. Lo primero
que mi padre me enseñó
fué no estorbar; voyme.

ANGELA. Vete.

BÁRBARA. ¿Quién en mis cosas te mete?
¿No soy en mi casa yo
quien puede (2) hacer y decir?

ANGELA. ¿Quién te lo niega?

BÁRBARA. ¡Pues bien!

ANGELA. Oye, sin tanto desdén.

BÁRBARA. ¿Qué es lo que tengo de oír?

ANGELA. Las cosas que en los principios
se atajan por buenos medios,
suelen tenerle mejor;
que después no son tan buenos.
Yo he visto, visto (3) y oído,
que con gusto y sin consejo
quieres bien a tu sobrino.

BÁRBARA. ¡Mientes!

ANGELA. Tú sabes si miento.
Al principio de la historia
me parece intento cuerdo
decirte que lo he sentido.

---

(1) En *V* y *H:* "Pues por eso es bien tratar".
(2) En *V:* "*ni* mi juez". En *H:* como en el manuscrito original.
(3) En *V* y *H:* "quiero *ya*".

(1) En *V* y *H:* "salte".
(2) En *V:* "pued*a*".
(3) Idem id.: "yo he visto y oído". En *H:* "yo he visto *ahora* y oído".

BÁRBARA. Pues fué sentimiento cuerdo (1);
que yo trato de casarte
con tu primo; y esto es cierto.
ANGELA. ¿Con mi primo? ¡Qué bien haces!
¡Vesme aquí puesta en el suelo!
¡Vivas mil años, amén!
BÁRBARA. Oye, boba; que no es eso:
que lo trato con él, digo,
en cuanto a tomar consejo.
ANGELA. ¿Luego no es con él?
BÁRBARA. ¿Con él?
ANGELA. Pues ¿con quién?
BÁRBARA. Eso le ruego:
que me aconseje entre dos
tan gallardos caballeros
que te pretenden aquí.
ANGELA. Pues advierte que te advierto
que a cualquiera de los dos
por todo extremo aborrezco.
BÁRBARA. ¿Pues dónde tengo de hallar
un marido a tu contento?
¿Es chapín, zapato o calza,
ropa, basquiña o manteo?
¿Hay tienda donde se venda?
ANGELA. ¿Pídote yo casamiento?
No me cases en tu vida.
BÁRBARA. ¿Cómo no? Casar te quiero;
que yo no te he de guardar,
ni andar, Angela, sufriendo
tus palabras y (2) tus galas,
tus locos atrevimientos;
que estás ya muy sobre ti.
ANGELA. ¿Qué escuadra de alabarderos
me has puesto a mí? ¿Qué presi-
[dio?
BÁRBARA. ¡Apriétasme!
ANGELA. ¿Yo te aprieto?
BÁRBARA. Pues, Angela, has de saber
que no quiero estar más tiempo
sin casarme.
ANGELA. ¡Eso aguardaba!
Dime tú que tienes miedo
de dormir sola de noche,
y entenderáse el misterio.
Pero si quieres casar (3),
¿quién te lo quita?
BÁRBARA. No quiero
que digan que yo me caso
y que por casar te dejo.
ANGELA. En fin, ¿yo me he de casar?

(1) En *V* y *H:* "necio".
(2) Idem id.: "ni".
(3) Idem id.: "casarte".

BÁRBARA. Tú te has de casar primero.
ANGELA. Pues, madre: razón será
que todas (1) nos declaremos.
Tú me has de casar...
BÁRBARA. ¿Con quién?
ANGELA. Con mi primo.
BÁRBARA. ¡Lindo cuento!
ANGELA. Pues ésta es resolución.
BÁRBARA. No puedes (2).
ANGELA. ¿Por qué no puedo?
BÁRBARA. ¡Ay, Dios! ¿Si me has de obligar
a que te diga un secreto?
ANGELA. ¿Secreto en esto?
BÁRBARA. ¿Pues no?
ANGELA. ¿Y qué secreto hay en esto?
BÁRBARA. Angela, ¿dasme palabra
de callar con juramento?
ANGELA. Si lo dijere, no tenga
dicha.
BÁRBARA. [*Ap.*] (¡Amor!, agora es tiempo
que deis a mi ingenio industria,
pues sois prueba del ingenio.)
ANGELA. El secreto para mí
es que, como yo le quiero,
le quieres para casarte.
BÁRBARA. De tu loco pensamiento
ha nacido esa malicia;
pero, escucha, y verás presto
que es imposible.
ANGELA. ¿Imposible?
BÁRBARA. Este soldado flamenco,
este Leonardo, es tu hermano.
ANGELA. ¿Mi hermano?
BÁRBARA. Admírate quedo;
que no quiero que se entienda.
ANGELA. Yo, a lo menos, no lo entiendo.
BÁRBARA. Sabe que el Conde, tu padre,
se lo (3) llevó a Flandes, luego
que vió que a mí me quedabas,
entre los dos repartiendo
los hijos; y que a tu tío
se le dió niño pequeño,
para que en nombre de hijo
le criase; y así creo
que él piensa que es mi sobrino,
porque no sabe el secreto.
ANGELA. ¿Que tus hijos los dos somos?
BÁRBARA. ¡Ay, Angela! ¡Sabe el cielo

(1) En *V* y *H:* "todos".
(2) En *V:* "No puede ser". En *H:* como en el manuscrito original.
(3) En *V* y *H:* "le".

qué dolores me costáis!

ANGELA. ¡Afuera, locos deseos!
Querámosle como a hermano
y cesen los pensamientos
de marido desde aquí.

BÁRBARA. Mi honor, hija, te encomiendo.
No sepa aquesto tu hermano,
y que le llames, te ruego,
primo siempre.

ANGELA. Ansí lo haré.

BÁRBARA. ¿Prométeslo?

ANGELA. Sí prometo.
Y para que ya los dos
más cuidado no te demos,
te suplico que me cases
con don Esteban; que pienso
que es hombre que lo merece
más que Otavio.

BÁRBARA. No deseo
otra cosa en esta vida
como verte con remedio.
¡Lope!

(Entra LOPE.)

LOPE. ¡Señora!

BÁRBARA. ¿Tú sabes,
que sí lo sabrás, sospecho,
la casa de don Esteban?

LOPE. ¡Bien la sé!

BÁRBARA. Parte corriendo,
y di que se llegue aquí.

LOPE. Dime, señora, si puedo
pedirle albricias.

BÁRBARA. Bien puedes.

LOPE. Yo parto alegre. *(Vase.)*

BÁRBARA. Y yo entro
a prevenir de qué modo
tu casamiento tratemos.

[*Aparte.*]

Bravamente la engañé;
¡Agora sí, Amor, que puedo
casarme con mi sobrino,
el remedio te agradezco!

ANGELA.

Mal empleados pensamientos míos,
aun antes de nacidos acabados;
pero en buena sazón desengañados;
que puedo remediar mis desvaríos.
Derriba, Amor, de nieve montes fríos,
que consuma el rigor de tus cuidados;
vuelvan los imposibles declarados
mis intentos atrás; que no son ríos.
Si se suele sacar la sangre en copia
para templar el fuego de las venas,
sangrarme yo de amor no es cosa impropia.
Leonardo, si de ti las tengo llenas,
sal de mis brazos; que eres sangre propia,
para que cese el fuego de mis penas.

(BELTRÁN *y* LEONARDO.)

ALFÉREZ. Vuestro consejo tomé.

BELTRÁN. ¿Y Bárbara, cómo está?

ALFÉREZ. Toda su hacienda me da.

BELTRÁN. Posees (1) con buena fe.
¿Y no podréis (2) prescribir?

ALFÉREZ. Mil ducados, buenos son
para la dispensación;
hoy (3) se los quiero pedir.

BELTRÁN. ¿Qué haréis de ellos?

ALFÉREZ. Pagaré
deudillas que me dan pena,
y compraré una cadena
que, en necesidad, nos dé
el dinero que pesare.

BELTRÁN. Vuestro ángel (4) está aquí.

ALFÉREZ. ¡Prima mía!

ANGELA. ¡Oh, primo!

ALFÉREZ. ¡Ansí
el cielo me la depare
en tierra y mar, por guardarme!

ANGELA. Vuesa merced muy hallado
en la corte.

ALFÉREZ. No he buscado
en la corte donde hallarme.

ANGELA. Pues ¿dónde?

ALFÉREZ. Donde perderme.

ANGELA. Vuesa merced no se pierda,
siendo persona tan cuerda.

ALFÉREZ. ¿Eso es matarme, o quererme?

ANGELA. ¿Cómo va, señor Beltrán,
de gradas de San Felipe?

BELTRÁN. Puesto que yo participe
de las cosas que le dan
gusto al alférez, no sé
que fuera de vos le tenga.

ANGELA. Vuesa merced le entretenga;
que es justo que se le dé.

---

(1) En *V:* "Poséelo". En *H:* "poseed".
(2) En *V* y *H:* "podéis".
(3) Idem id.: "y".
(4) Idem id.: "Bueno, Angela".

ALFÉREZ. Prima, ya son tres (1) mercedes
que tienes (2). Por vida mía,
que dejes la cortesía;
que las mayores mercedes
son el *tú,* donde hay amor.

BELTRÁN. Antes vives engañado;
que el *tú* y el *vos* se han usado
para el desprecio y rigor;
el *vuesa merced,* jamás
fué de nadie desmentido,
ni enojado ni ofendido.

ALFÉREZ. ¿En qué disparates das?

* BELTRÁN. Pues, dime: si riñen dos,
¿dice el uno al otro: "miente
vuesa merced"? Ni aun la gente
grave, pues que "mentís vos"
o "mientes tú". Luego es
el *tú* enojo y no es amor:
vuesa merced es favor,
y el *tú,* infame y descortés.
"Vuesa merced se regale",
les dicen a los que están
enfermos; y a los que dan
de palos, ¿qué dicen?: "Dale".
La merced muestra afición;
que hacer mercedes a quien
quiere una persona bien,
las señas más ciertas son.
Estima el *vuesa merced;*
que el rey dice cada día,
no "yo os hago señoría",
sino "yo os hago merced".
¿Por qué piensas que han busca-
otros títulos mayores [do
que la *merced* los señores?

LEONARDO. Por diferenciar su estado.

BELTRÁN. No, sino por sosegar
el corazón al oír
este nombre de pedir,
con que se excusan de dar;
porque tras "vuestra merced",
viene luego el "me la haga".

LEONARDO. Mucho Amor del *tú* se paga;
no hay amor donde hay *merced.*

BELTRÁN. De esa manera, si amor
consiste en el *tú,* y él es
el término más cortés,
de más regalo y honor,
pruebo que son los cocheros
la gente más regalada,

(1) En *V* y *H:* "tus".
(2) En *H:* "desdenes".

más amada y estimada
de damas y caballeros.

LEONARDO. ¿Por qué?

BELTRÁN. Porque eternamente
los llaman *tú,* y se declara
en esto: "Cochero, para;
vuelve atrás, aparta, tente";
"cochero, llega, desvía,
aguarda, corre, ve aspacio";
"ve a la comedia, a Palacio,
Prado, Atocha; pica, vía".
¡Pues dirás que los adulas
con el *tú,* por ser muchachos;
que puede con los mostachos
alguno azotar las mulas!*

ALFÉREZ. Beltrán, las cosas de humor
son buenas para alegrías:
reniega de cortesías
donde se trata de amor.
No, prima; no viene bien
la merced con mi deseo.
Con mucho capote os veo,
y cuando los hombres ven
ese capote de enojos
con que las mujeres vienen,
luego ven que se previenen
para el agua de los ojos.
¿Qué tenéis, que no miráis
con la gracia que soléis,
y a vos misma os ofendéis,
pues la hermosura os quitáis?
Hablad. ¿De qué estáis suspensa?

ANGELA. Vuesa merced se ha empeñado (1);
que esto no nace de enfado,
de pena, enojo, ni ofensa.
Cuidados nuevos en mí,
como ve, me han suspendido.

ALFÉREZ. ¿Cuidados?

ANGELA. Pues ¿un marido
no es cuidado para mí?

ALFÉREZ. ¿Marido?

ANGELA. Agora mi madre
me ha casado.

ALFÉREZ. ¿A vos? ¿Con quién?

ANGELA. Con don Esteban.

ALFÉREZ. ¿Y es bien...,
sin que lo sepa mi padre?

ANGELA. Antes por esa razón;
y dadme, señor, licencia,
para hacer de vos ausencia,
digo, en aquesta ocasión;

(1) En *V* y *H:* "engañado".

que no quiero que me vea
mi marido hablar con vos.

(Vase.)

ALFÉREZ. ¡Oíd, escuchad!
BELTRÁN. ¡Por Dios,
que ha dado el amor librea;
que en vistiéndose los pajes
de azul, que son los sentidos,
luego juntan ofendidos
la sala de los linajes
y tocan a la venganza.
ALFÉREZ. Esta ha sabido el intento
del fingido casamiento;
y, perdida la esperanza,
se casa con don Esteban.
¿Qué haré, Beltrán?
BELTRÁN. Proseguir (1)
en casarte y en fingir
mientras el nido te ceban.
Pesquemos los mil ducados
desta bárbara mujer,
y acaba de pretender.
Volvamos, Leonardo, honrados,
y lleve el diablo el amor.
ALFÉREZ. De fingir, sí fingiré;
pero di, ¿cómo podré
sufrir de Angela el rigor?
BELTRÁN. Calla; que si esto ha nacido
de celos, por darte pena,
este casamiento ordena,
y todo ha de ser fingido.
Enamora tú muy bien
a su madre, hasta que seas
dueño del alma y poseas
toda su hacienda también;
que bien podrás dilatar
el casamiento a su hija.
ALFÉREZ. ¡Bien dices!
BELTRÁN. Nada te aflija,
nada te cause pesar
mientras la llave tuvieres
de casa en el dueño.
ALFÉREZ. Aquí
me quiero guiar por ti.
BELTRÁN. Estas, en fin, son mujeres.
Declara tu casamiento
con Bárbara, y ella crea
que tu gusto la desea,
y verás que el pensamiento
de doñ Angela es en vano,
pues será lo que quisieres.
ALFÉREZ. En dos tan ciegas mujeres
todo lo tengo por llano.

(Entra MARÍN.)

MARÍN.

Para el señor alférez don Leonardo
traigo aqueste papel.

ALFÉREZ.

Soy el alférez.

MARÍN.

Pues don Otavio, mi señor, lo (1) envía,
y con él un caballo, que a la puerta
queda reconociendo la posada
y ya con los relinchos deseando
conoceros a vos para su dueño.
Es Valenzuela potro, y ha costado
mil escudos en Córdoba; es overo,
negro de cabos y con blanco bebe.

ALFÉREZ.

No conozco a ese ilustre caballero.
Leeré el papel.

MARÍN.

Aquí respuesta espero.

ALFÉREZ.

(Lee.)

"Creo que a vuesa merced le serán ya notorias mis pretensiones del casamiento de mi señora doña Angela. No me he atrevido a besar a vuesa merced las manos, como a señor mío y primo suyo, hasta que agora (2) se ha ofrecido ocasión de servirle con ese caballo, donde estará tan lejos de los del ejército. Soy muy servidor del señor capitán, su padre, a quien deseo escribir. Para todo lo cual suplico a vuesa merced me señale hora en que le bese las manos.—*Don Otavio.*"

Diga vuesa merced que no respondo
hasta hablar a mi tía, y que le beso
las manos muchas veces, y reciba
estos escudos, y en la puerta aguarde;
que luego salgo a ver el presentado;
que este nombre tendrá de aquí adelante.

---

(1) En el ms. original: "Por seguir".

(1) En *V* y *H*: "le".
(2) Idem id.: se interpola "que".

MARÍN.

Nombre de fraile no le viene a cuento.
Mejor será llamarle "el Desposado";
pues ésta fué la necedad primera
de don Otavio, que casarse espera. *(Vase.)*

ALFÉREZ.

¿Qué te parece?

BELTRÁN.

Que a Madrid veniste
y que estás en las Indias.

ALFÉREZ.

Ya está público
que es mi padre Fajardo.

(Sale LUCÍA.)

BELTRÁN.

¿Qué hay, Lucía?

LUCÍA.

Sólo a saber lo que mandáis venía.

ALFÉREZ.

¿Qué hace doña Bárbara?

LUCÍA.

Tratando
queda con don Esteban destas bodas.

ALFÉREZ.

Aquí está don Esteban.

LUCÍA.

Y sospecho
que corre tan apriesa, que está hecho.

ALFÉREZ.

No lo puedo sufrir, Beltrán; espera.

BELTRÁN.

No hagas disparates.

ALFÉREZ.

No querría.

BELTRÁN.

¿Cómo estamos yo y vos, doña Lucía?

LUCÍA. Yo, muy al servicio vuestro,
si tenéis que me mandar.

BELTRÁN. Lo que os deseo agradar,
aunque quiero, no lo muestro,
por muchos inconvenientes,
y el principal este Lope,
que no hay hora en que no tope
sus celos y ojos, presentes.
*Si entro acaso en la cocina
para ver cómo fregáis
y en esas manos trocáis
Talavera en plata fina,
allí está Lope tras mí;
si voy adonde cernéis
y en harina parecéis
de alabastro para mí,
allí también ha de estar
entre la artesa y cedazos;
si me llevan vuestros brazos
donde soléis jabonar,
allí está Lope también,
teniéndole a vuestro lado,
copos de jabón nevado
pasando el puerto al desdén...
¿No os tengo de hallar un día
sin Lope?

(Entra LOPE.)

LOPE. [*Ap.*] Mi nombre oí...
Pero en mi vida entendí
en qué razón consistía
que, en tratando de algún hom- [bre,
se le hallen luego detrás.
Pero lo que alcanzo más
de venir el hombre al nombre,
es que lo permite el cielo
para freno y resistencia
de los que hablan en ausencia;
porque con este recelo
no se diga mal allí,
antes vergüenza le dé
de ver que el otro le ve
y él pueda volver por sí.

BELTRÁN. Pues, por la fe de soldado,
que os he de llevar conmigo
si a Flandes vuelve el amigo,
y que habéis de ir a mi lado
adonde Lope no os vea.

LUCÍA. Soy indina de serviros...
Si dijo a qué flacos tiros
se rinde una chimenea.
¡Y qué ufano está el soldado
que conquistó la cocina
de casa!

[BELTRÁN.] Pues, ¡perra indina!,

dejad a Lope el cuidado
para el hacha y el tocino.
Si Lope es inconveniente,
antes que con vos intente
hacer algún desatino,
le daré en anocheciendo
tres o cuatro cintarazos,
con que le amaine los brazos.

LOPE. [*Ap.*] (De día acostarme entiendo.
No quiero más escuchar.)* (1)
¡ Señor Beltrán!

BELTRÁN. ¡ Buen encuentro!

LOPE. Leonardo queda allá dentro.
Pienso que os anda a buscar.

BELTRÁN. Agora se fué de aquí.

LOPE. Esto pasa.

BELTRÁN. Voy a ver
lo que me puede querer.

(*Vase* BELTRÁN.)

LOPE. ¿Qué hacías aquí?

LUCÍA. ¿Yo?

LOPE. Sí.

LUCÍA. Díjome su camarada
del alférez, mi señor...

LOPE. ¡ Camarada! ¡ Lindo humor!
¿La soldadesca te agrada?
¿Ya habláis a lo flandesco?

LUCÍA. ... que un cuello le jabonase
y al fuego se le enjugase,
por lo que hace el tiempo fresco.

LOPE. ¿Y a eso le respondías
"soy indina"?

LUCÍA. ¿Qué he de hacer?

LOPE. Creo que vienes a ser
como la novia de Olías;
que, como los que estuviesen
a la mesa de la boda,
entre la comida toda
el arroz encareciesen,
respondió muy a deshora
con baja y humilde voz:
"Yo soy quien hizo el arroz,
aunque indina pecadora".
No, Lucía; el camarada
te ha levantado los cascos;
tú le llevarás los frascos,
tú irás en esta jornada
sirviendo de mochillera.

LUCÍA. ¿Estás loco?

LOPE. Y el soldado
que, si anochece, ha jurado
asentarme la mollera,
no sabe que me hace mal
el sereno, y que no salgo
de noche.

(*Sale* DOÑA BÁRBARA *y* DOÑA ANGELA.)

BÁRBARA. ¡ Tan poco valgo,
que con libertad igual
osas tratarme, atrevida!

ANGELA. Pues ¿qué tengo yo de hacer
si te veo enloquecer?

BÁRBARA. ¡ Tú me has de quitar la vida!

ANGELA. Conciertas con don Esteban
casarme, y apenas parte
por un notario, y por darte
gusto, una cédula llevan
en que doy mi voluntad,
cuando mil ducados cuentas
y dispensación intentas,
sin poner dificultad,
para casar con Leonardo.
¿Y quieres darme a entender
que es tu hijo?

BÁRBARA. Quise hacer
a mi amor ese resguardo
hasta casarte, no más;
pero ya que estás casada
y la cédula firmada
no puede volver atrás,
advierte que es mi sobrino,
y que es gusto de mi hermano...

ANGELA. Señora, engaño tan llano,
obliga a un gran desatino.
Tú me has hecho esta traición,
¡ y dices que amor me tienes!

BÁRBARA. ¡ Con lindos descuidos vienes!
Si tan ciega de afición
te vi inclinada a tu primo,
y yo le adoro, ¿qué quieres?
Así somos las mujeres:
Angela, mi gusto estimo.

ANGELA. Bien haces; mas no sé yo
si saldrás con lo que intentas.

BÁRBARA. ¿Pues palabras tan exentas
a tu madre?

ANGELA. ¿Por qué no,
en engaños que por ellos
muero?

---

(1) En el texto impreso:
"aquí le tengo de hallar."
(*Sale* LOPE.)

BÁRBARA. ¡Por vida del conde,
que le he de dar, si responde,
una vuelta de cabellos!
ANGELA. No importa en el casamiento
el traer dispensación;
que yo sabré en la ocasión
poner un impedimento.
BÁRBARA. ¿Qué impedimento?
ANGELA. Decir
que es tu hijo, y que lo sé
de tu boca.
BÁRBARA. Y yo te haré,
hija ingrata, desdecir.
ANGELA. ¡Bárbara madre, a quien hoy
viene (1) el nombre tan al justo!
No lo fuera más mi gusto... (2).
BÁRBARA. ¿Estás loca?
ANGELA. Loca estoy.
BÁRBARA. ¡Criados! ¡Hola! Advertid
cómo dice que está loca.
ANGELA. Sí. (3)
BÁRBARA. Y que por su boca
lo está confesando; oíd
(a su tiempo juraréis)
que dice que mi sobrino
es mi hijo.
ANGELA. El desatino
no es mío, aunque lo penséis;
que ella me lo ha dicho ansí,
y con su hijo se casa.
BÁRBARA. ¡Yo te echaré de mi casa!

(Entran LOPE *y* LUCÍA.)

LOPE. ¡Ah, señora; vuelve en ti!
ANGELA. ¡Déjame, Lope; que yo
me entiendo!
LUCÍA. ¡Ah, señora mía!
ANGELA. ¡Déjame también, Lucía;
que no ha de casarse, no!

(Entran LEONARDO *[alférez] y* BELTRÁN.)

ALFÉREZ. ¿Qué es esto?
BÁRBARA. Un atrevimiento,
que no se ha visto ni oído,
con esta loca engañada,
que dice que eres mi hijo
y que eres hermano suyo.
ALFÉREZ. Angela, ¿quién os ha dicho
que yo soy hermano vuestro?
ANGELA. Mi madre misma.
BÁRBARA. Ha querido
buscar con esta invención
ocasión para impedirnos
el tratado casamiento,
después que la necia ha visto
que se ha de partir la hacienda;
que ella piensa (1) que su lindo
y adorado don Esteban
se quedara introducido,
*y con toda aquesta hacienda,
y que yo con mi sobrino* (2)
nos fuéramos a pedir
limosna.
ALFÉREZ. ¡Gentil arbitrio!
¡Hola, doña Angela, hola!
Allá vuestro maridillo
y vos tomaréis la puerta,
en habiendo los dos dicho
"sí", que tanto deseáis;
y esto sin voces y (3) gritos;
que esta casa tiene dueño,
y esta señora marido.
Yo no soy hermano vuestro:
sabed que soy vuestro primo.
ANGELA. ¿Mi primo?
ALFÉREZ. Sí que lo soy.
ANGELA. ¿Y *de cuándo acá nos vino?*
BELTRÁN. ¡Ea!, señores. ¿Qué es esto?
Pues ¿entre deudos y amigos
ha de haber tales discordias,
ni alborotar los vecinos?
Doña Angela ¿está casada?
ANGELA. No estoy.
BÁRBARA. Sí estás.
ANGELA. No estoy digo.
BELTRÁN. ¡Ea! Pártase esta hacienda
como entre padres y hijos.
ANGELA. ¡Bien dices!, pues lo es Leonardo
de mi madre.
BÁRBARA. ¿Hay desatino
como éste? ¡Para estorbar
que yo me case contigo!
ALFÉREZ. ¡Hola, prima, o lo que sois!
Ya no me tengáis por primo.
Vuestro padre soy.
ANGELA. ¿Mi padre?
¿Y *de cuándo acá nos vino?*

(1) En *V:* "tiene". En *H:* como en el manuscrito.
(2) En *V:* "más *injusto*". En *H:* "no logres tu amor injusto".
(3) En *V* y *H:* "Sí digo".

(1) En *V* y *H:* "pensó".
(2) Idem id.: se omiten este verso y el anterior.
(3) En *H:* "ni".

ALFÉREZ. Desde que con vuestra madre
estoy casado.
ANGELA. Yo impido
desde agora el casamiento (1),
con aquestos dos testigos.
ALFÉREZ. ¡Hola, testigos! No estén
para lo que aquí decimos
presentes; bájense (2) abajo.
LOPE. Bien dice el refrán antiguo
que en doliendo la cabeza
los pies no saben su oficio.
ALFÉREZ. Váyase ella a la cocina;
friegue, barra, limpie el trigo,
cierna, mase, guise, lave;
casa y platos tenga limpios.
Sepa que ya tiene amo,
si hasta aquí no lo ha sabido (3).
LUCÍA. ¿Mi amo?
ALFÉREZ. Sí.
LUCÍA. Yo me iré.
Y *¿de cuándo acá nos vino?*
ALFÉREZ. ¡Ea! El que está mirando,
tome al instante el camino.
LOPE. ¿Dónde?
ALFÉREZ. A la caballeriza.
Limpie zapatos y estribos;
vaya (4) o daréle mil palos.
No replique.
LOPE. No replico.
¿Palos a mí?
ALFÉREZ. Aguarde.
LOPE. ¿Palos?
¿Y *de cuánd oacá nos vino?*

(Vase.)

ALFÉREZ. Id vos, señora, también;
que sospecho que han venido
don Esteban y el notario.
BÁRBARA. Ya os temo como a marido;
mas no hayáis miedo que os diga
que *de cuándo acá nos vino.*

(Vase.)

BELTRÁN. ¿Miráisme a mí?
ALFÉREZ. A vos también,
Beltrán, aunque amigo, os miro;
que hoy riño toda mi casa,
y hasta mis amigos riño.
BELTRÁN. ¿Luego queréis que me vaya?

(1) En *V* y *H*: "matrimonio".
(2) Idem id.: "váyanse".
(3) Idem id.: "tenido".
(4) En *V*: "váyase". En *H*: "vaya".

ALFÉREZ. ¿Pues no?
BELTRÁN. Voyme, y por vos digo,
o por la dicha de entrambos,
que *de cuándo acá nos vino.*

(Váyase.)

ALFÉREZ. ¡Angela mía!
ANGELA. ¡Traidor!
ALFÉREZ. ¡Mi bien!
ANGELA. ¡Enemigo mío!
¿Quién eres?
ALFÉREZ. Quien tú quisieres.
Un hombre soy que prosigo
una difícil impresa,
más que Faetonte perdido,
por adorar en tu sol.
ANGELA. ¿En mí, que estoy sin jüicio
de verte ya mi padrastro?
ALFÉREZ. ¡Ay, luz de los ojos míos!
¡Que todo lo causan celos
de ver que tan de improviso
te cases con don Esteban!
ANGELA. Pues ¿qué he de hacer, si me dijo
mi madre que eras mi hermano?
ALFÉREZ. ¿Luego eso la causa ha sido?
ANGELA. ¿Pues cómo puedo olvidarte,
si en viendo el engaño he dicho
las libertades que sabes? (1)
ALFÉREZ. Yo a ti, mi bien, por lo mismo.
ANGELA (2). ¿Luego podré yo ser tuya? (3)
ALFÉREZ (4) Si quieres; y no has querido
a don Esteban...
ANGELA. El cielo
sabe que sólo te estimo.
¿Casaráste con mi madre?
ALFÉREZ. ¿No ves que todo lo finjo
hasta llegar a ser tuyo?
ANGELA. Pues dí, falso, ¿cómo han ido
por esta dispensación?
ALFÉREZ. No hayas miedo, aunque haya ido,
que vaya el dinero a Roma;
que entre deudillas de amigos
irán los quinientos hoy,
y de los otros te sirvo
con un brinco de diamantes.
ANGELA. Deja diamantes en brincos,
y sé tú diamante amante
en estar firme conmigo;
que en gastando esos quinientos,

(1) En *V* y *H*: "ves".
(2) Idem id.: se omite.
(3) Idem id.: "tuyo".
(4) Idem id. se omite.

dineros, joyas, vestidos,
a tu servicio está todo,
y yo estoy a tu servicio.
Engañemos esta madre.

ALFÉREZ. Eso has de hacer.

[ANGELA.] (1) Ya no digo,
primo, que de cuándo acá,
sino que del cielo vino.

FIN DEL SEGUNDO ACTO DE "DE CUÁNDO ACÁ NOS VINO."

ACTO TERCERO.

([*Salen*] DON ESTEBAN *y* LOPE *y* DON OTAVIO.)

ESTEBAN. Esta sospecha he tenido.

OCTAVIO. Vuestra amistad deseaba,
porque os confieso que estaba
loco, celoso y perdido
de ver en aquesta casa
este alférez hablador.

ESTEBAN. Lope nos hará favor
de decirnos lo que pasa.

LOPE. Pues ya sois los dos amigos;
que es buena razón de estado
en peligro declarado
juntarse los enemigos
y hacer liga y amistad
contra el que es de más poder,
lo que yo alcanzo a saber
os diré con libertad.
Doña Bárbara le adora,
y ha llegado su afición
a que la dispensación
están esperando agora;
pero paréceme a mí
que doña Angela también
debe de quererle bien.

ESTEBAN. ¿Qué dices?

LOPE. Que pasa ansí;
porque madre y hija están
con tanto desasosiego
de celos, que verá un ciego
en la locura que dan:
las voces, los desafíos,
las pendencias son notables.

OCTAVIO. Cosas dices admirables.

LOPE. ¡Ay de los trabajos míos!
Que también el bellacón,
el camarada, el Beltrán,
es de mi ninfa galán.

ESTEBAN. Entre tanta confusión,
¿qué hace el alférez?

LOPE. ¡Bueno!
Comer, beber y reír,
jugar, dormir y reñir,
de vana arrogancia lleno.
*El manda toda la hacienda,
gobierna toda la casa,
él se casa y se descasa;
que no hay Vargas que le entienda.
El nos trae todo el día
pasa acá, pasa acullá,
y lindos palos nos da
por cualquiera niñería.
Y a todo este desatino
no hacemos más de sufrir
y unos a otros decir
que *de cuándo acá nos vino.**

OCTAVIO. Si tiene la posesión
de las almas de los dueños,
malas comidas y sueños
os dará en toda ocasión.
¡Bien habemos pretendido
don Esteban y yo!

LOPE. Bien,
pues que todo su desdén
deste Leonardo ha nacido.
Pues ¿pensaréis que no pasa
doña Angela mil enojos?

ESTEBAN. Será porque ve a sus ojos
que con su madre se casa.

LOPE. No, sino porque la mata
con recatos y desvelos,
que deben de ser de celos,
y como a esclava la trata.
No quiere que a la ventana
se ponga sola un momento,
ni salga de su aposento;
y sí a misa, de mañana.
Nunca la deja vestir
ni tocar como solía.

OCTAVIO. Pues ¿eso sufre su tía?

LOPE. Huelga de verle reñir,
y dícele que obedezca
a su primo, que es razón,
haciendo que el socarrón
se ensanche y se ensoberbezca.
*"¡Hola —dice—, a mi sobrino
se obedezca como al Conde!"

ESTEBAN. ¿Y Angela, qué le responde?

LOPE. Que *de cuándo acá nos vino.*

(1) Se omite en el ms.

Pero, ¡qué mucho, si a ella
también la riñe!

OCTAVIO. ¿También?

LOPE. Como ella le quiere bien,
toda la casa atropella.
No quieras más, de que ya
no el esclavo, no el lacayo,
sino el pobre papagayo
que sobre la reja está,
de oír este desatino
por puertas y por ventanas,
dice ya por las mañanas
que *de cuándo acá nos vino.*
No dudéis; sino que creo
que si la mona aprendiera
a hablar, lo mismo dijera.

OCTAVIO. ¡Perdido, por Dios, me veo!
¡Pésame de que, engañado,
le he regalado y servido!

ESTEBAN. Lo mismo me ha sucedido,
y por él no estoy casado.
El primo es bellaco fino.

OCTAVIO. Si me engañó, como a vos,
digamos también los dos
que *de cuándo acá nos vino.**

OCTAVIO. Ahora bien, Lope: volved
a casa en buen hora.

LOPE. El cielo
os guarde y me dé consuelo.

ESTEBAN. Paciencia agora tened;
que podrá ser que algún día
no esté el gobierno en la mano
de ese soldado tirano.

OCTAVIO. Vengarme, ¡por Dios!, querría,
*pues no me puedo casar.

ESTEBAN. Yo estoy en el mismo intento.

OCTAVIO. Yo tengo un mal pensamiento.

ESTEBAN. No es, don Otavio, el lugar
a propósito, en que estamos,
para ponerle en efeto.

OCTAVIO. Tratémoslo con secreto.

ESTEBAN. Vamos hacia el Prado.

OCTAVIO. Vamos.

ESTEBAN. Sea o no sea sobrino,
¡vive Dios!, que a pechos tomo
desde agora el saber cómo
y *de cuándo acá nos vino.**

([*Salen*] DOÑA ANGELA y DOÑA BÁRBARA y LEONARDO, [*alférez*].)

BÁRBARA. Pues ¿qué te parece a ti?

ALFÉREZ. Que no estará bien casada
con don Esteban.

ANGELA. Cansada
estoy de decirlo ansí.

BÁRBARA. Pues, ¿ya hecho y concertado,
lo tengo de deshacer?

ALFÉREZ. Oye aparte.

BÁRBARA. ¿Podrá ser,
después de escrito y firmado?

ALFÉREZ. ¿Qué es eso? Cosa de risa.

BÁRBARA. Pues ¿con quién se ha de casar?

ALFÉREZ. Con don Otavio hay lugar;
que me mata y me da prisa
a que contigo me case.

BÁRBARA. ¿Por qué es Otavio mejor?

ALFÉREZ. Fuera de tenerle amor,
nos está bien que la pase
a Italia y nos deje en paz.

BÁRBARA. Tienes razón.

ALFÉREZ. No querría
yerno en casa, amada tía,
aunque es la hacienda capaz.

BÁRBARA. Tienes razón; que es polilla
de la hacienda y del contento.

ALFÉREZ. Yo, señora tía, intento
tu descanso en esta villa.

BÁRBARA. No me llames tantas veces
tía; que, para mujer,
me desluces.

ALFÉREZ. Suele ser
adonde hay muchos jueces.

BÁRBARA. Agora solo te hallas.

ALFÉREZ. Bien mis descuidos condenas.

BÁRBARA. Las tías sólo son buenas,
Leonardo, para heredallas.
Si yo quisiera algún día
al vivo una cosa hacer,
muy indigna de querer,
te retratara una tía.

ALFÉREZ. No lo diré más, ¡por Dios!

BÁRBARA. ¿Cómo estoy en tu amistad?

ALFÉREZ. Echando a mi libertad
prisiones de dos en dos.
Voy por instantes a Roma,
con el pensamiento, a ver
qué dispensan.

BÁRBARA. ¡Qué placer,
de oírlo, mi alma toma!
¡Ay, mi Leonardo, si el día
de mi bien llegase ya!...

ALFÉREZ. No dudes de que será
muy presto, señora tía.

BÁRBARA. ¿Es eso lo prometido?

ALFÉREZ. La costumbre lo causó.

ANGELA. En fin, ¿qué se concertó?

ALFÉREZ. Que no será tu marido
don Esteban, sino Otavio.
ANGELA. Oye aparte.

[*(Aparte.)*]

ALFÉREZ. Ya te entiendo:
porque cuanto yo pretendo
resulta en su mismo agravio.
Angela, yo adoro en ti.
ANGELA. Muy celosa me has tenido.
ALFÉREZ. Si todo engañarla ha sido,
¿en qué te ofendes de mí?
ANGELA. ¿Qué dice, en resolución?
ALFÉREZ. Que te casemos a prisa.
ANGELA. ¿Y tú qué dices?
ALFÉREZ. Que es risa;
porque la dispensación
que ha de venir para ella
se ha pedido para ti.

(BELTRÁN *entre.)*

BELTRÁN. ¿Está el alférez aquí?
ALFÉREZ. ¡Beltrán!
BELTRÁN. [*Ap. al* ALFÉREZ.] (¡Todo lo atropella,
todo lo deja, Leonardo!
ALFÉREZ. ¿Qué ha sucedido?
BELTRÁN. Yo vi
agora, y (1) cerca de aquí,
nuestro capitán Fajardo.
ALFÉREZ. ¡Al capitán! ¿Es, por dicha,
invención tuya?
BELTRÁN. ¡Pluguiera
a Dios, Leonardo, que fuera
invención y no desdicha!
Preguntando viene ya
por esta casa.
ALFÉREZ. ¿Qué haremos?
BELTRÁN. El remedio que tenemos,
en cinco letras está.
ALFÉREZ. ¿Cinco letras? ¿Cuáles son?
BELTRÁN. Irnos.
ALFÉREZ. Pues vámonos luego.)
Mi señora, a saber llego
de nuestra dispensación,
y a prevenir un viaje
que a Illescas tengo de hacer.
BÁRBARA. ¿A Illescas?
ALFÉREZ. No puede ser
que se deje ni se ataje;
que fué promesa que hice
en las pomas de Marsella.
Adiós, mi Bárbara bella.

(Váyanse.)

ANGELA. ¿Qué es lo que Leonardo dice?
BÁRBARA. Que va a buscar en qué ir
a Illescas.
ANGELA. Pues ¿a qué efeto?
BÁRBARA. A un voto.
ANGELA. Yo te prometo
que lo debéis de fingir
para casaros allá.
BÁRBARA. Malicia tuya.
ANGELA. Si veo
declarado tu deseo,
¿qué llamas malicias ya?

(LUCÍA *entre.)*

LUCÍA. ¡Albricias, señora mía!
¡Ay, Dios, qué grande placer!
BÁRBARA. ¿Placer? ¿De qué puede ser?
Yo te las mando, Lucía.
¿Vino la dispensación?
LUCÍA. Allá tus cuidados van.
Mi señor, el capitán,
llegó en aquesta ocasión.
BÁRBARA. ¿Mi hermano?
ANGELA. ¿Mi tío?
LUCÍA. Sí.
BÁRBARA. ¡No puede ser!
LUCÍA. ¿Cómo no,
si acabo de hablarle yo?
Ya se apean, ya está aquí.

(Entren el capitán FAJARDO *y el sargento* ALFARO *y criados.)*

FAJARDO.

¿Entrar puede un hermano, sin licencia?

BÁRBARA.

Y a los brazos llegar puede un hermano.

FAJARDO.

Merécelos mi amor y diligencia.
¿Y mi sobrina?

ANGELA.

Dadme vuestra mano.

FAJARDO.

¡Qué hermosa y bella, qué gentil presencia!

(1) En *V* y *H*: se omite "y".

Si fuera mozo yo, tened por llano,
fueran dispensación estas razones.

ANGELA.

No faltan por acá dispensaciones.

BÁRBARA. [*Aparte.*]

(Sin duda, le han escrito el casamiento.)

FAJARDO.

Haced, señoras, al sargento Alfaro,
como a mi propio hermano, acogimiento.

ALFARO.

Su esclavo he sido, y vuestro me declaro.

BÁRBARA.

Esta casa, aunque es pobre alojamiento,
que por eso, ofreciéndola, reparo,
tendréis para serviros por posada.

LOPE. [*Ap.*]

(¡Mas qué!, ¿tenemos otro camarada?)

ALFARO.

La casa por sí misma, y por el dueño,
de aposentar a un rey es digna en todo,
y yo, para ocuparla, muy pequeño.

FAJARDO.

Digo, sobrina, que me falta modo,
por más amor que por la vista enseño,
y al lazo de los brazos acomodo,
para deciros lo que en veros siento:
vuestro galán seré, de pensamiento;
que, como os dije, si otra edad tuviera,
nuestra dispensación no se excusara.

BÁRBARA. [*Ap.*]

(Tanta dispensación, mucho me altera;
pero, a no lo saber, no lo tratara.)
Si la habláis (1), capitán, de esa manera,
y la intención en otra parte para,
culpaos (2) a vos de lo que os han escrito,
ya que con vos la máscara me quito...

FAJARDO.

No os entiendo, ¡por Dios!

BÁRBARA.

Pues no ha un momento
que vuestro hijo estaba aquí.

FAJARDO.

¿Qué dijo?

ALFARO.

Que vuestro hijo estaba aquí.

FAJARDO.

No siento
que tenga aquí, ni en todo el mundo, hijo;
y pésame de veros sentimiento,
cuando esperaba tanto regocijo.

BÁRBARA.

¿Vuestro hijo negáis? Pues ¿a qué efeto?

FAJARDO.

Que os desconozco, Bárbara, os prometo.
¿En qué hijo me habláis, que no he tenido
hijo en mi vida?

BÁRBARA.

Si es por ser bastardo,
¡qué inútil prevención!

FAJARDO.

¡Pierdo el sentido!
¿Sabéis que soy el capitán Fajardo?

BÁRBARA.

Si yo, por vuestra carta, he recibido
en mi casa al alférez don Leonardo,
y como a mi sobrino y hijo vuestro,
el justo amor que me mandáis le muestro,
¿de qué sirve decir que en vuestra vida
tuvistes hijo?

FAJARDO.

Bárbara, yo tuve
a don Leonardo, en Flandes, por alférez,
soldado honrado, virtuoso y noble;
y cuando vino a pretender a España,
con papeles y cartas de Su Alteza,
le di una mía para vos, diciendo
que era mi alférez, pero no mi hijo.

BÁRBARA.

Hijo decía, y (1) que le habéis tenido

---

(1) En *V* y *H:* "hablas".
(2) En *V:* "culparos".

(1) En *V* y *H:* se omite "y".

en Anamur, en una hermosa dama
flamenca, que madama Flor se llama.

FAJARDO.

La flor debió de ser el engañaros;
que, ¡vive Dios, que si otro lo dijera,
por engaño y malicia lo tuviera!
¿Es posible, sargento, que Leonardo
ha hecho tal maldad?

ALFARO.

Es imposible;
sino que alguno, con su mismo nombre,
ha querido engañar a vuestra hermana.
¿Quién venía con él?

BÁRBARA.

Otro soldado,
que se llama Beltrán.

FAJARDO.

¿Beltrán venía?

LOPE.

¿Qué te parece de Beltrán, Lucía?

LUCÍA.

Que a mi ama engañó, que es más honrada.

LOPE.

¡No viera yo quemar la camarada!

FAJARDO.

Antes que ponga dolo en el alférez
y me quite, sargento, las espuelas,
he de buscar a don Leonardo.

ALFARO.

En todo
me parece el hablarle el mejor modo.

LOPE.

A las Gradas acude, a San Filipe.

FAJARDO.

¿Y aquí tiene aposento?

LOPE.

Aquí le tiene;
mas no vendrá, después que habéis venido;
porque ¿quién duda que lo habrá sabido?

FAJARDO.

Vamos, sargento, en busca suya.

ALFARO.

Vamos;
no he de dejar Palacio, Prado, Gradas,
ni otro lugar adonde hallarle pueda,
en que no le busquemos.

(Váyanse.)

BÁRBARA.

¡Muerta quedo!

ANGELA.

Y yo, ¿cómo estaré?

BÁRBARA.

¡Tiemblo de miedo
del capitán, si el casamiento sabe!

ANGELA.

Yo pienso que el alférez no se alabe
de la burla, si está en Madrid agora.

BÁRBARA.

¿Y qué hará un alma que en Leonardo adora?

ANGELA.

No estoy muy libre yo.

BÁRBARA.

¡Que se fingiese,
un hombre tan honrado, primo tuyo!...

ANGELA.

Agora no dirás que es desatino
decirte yo: *¿De cuándo acá nos vino?*

(Váyanse las dos.)

*LOPE. ¿Y ella no me dice agora
de la camarada nada?
LUCÍA. Si el primo del camarada
ha engañado a mi señora,
¿milagro te ha parecido
que me engañe a mí Beltrán,
mozo discreto y galán,
cortés, gallardo, entendido?
LOPE. Y camarada.
LUCÍA. No sé
en qué habemos de parar.
LOPE. Yo, sí; pues le han de matar,
como el principio se ve,
en que luego ha de venir
la justicia, haciendo suma

de la hacienda cualquier pluma,
y nuestras amas huir
en cas de un embajador,
o en más seguros sagrados;
y a ti y a mí (que criados
siempre llevan lo peor)
nos darán para un jubón,
después del agua tragada:
a ti, por ser camarada,
y a mí, por ser camarón.

LUCÍA. ¡Sálvame, Lope querido!

LOPE. ¿Agora "querido", perra?

LUCÍA. ¿Quién no perdona al que yerra,
cuando llega arrepentido?

LOPE. Ahora bien; ¿hablarás más
al camarada?

LUCÍA. ¡En mil vidas!

LOPE. Huélgome; que mis fruncidas
amas sabrán desde hoy más,
una esposo y otra yerno,
de dónde este primo vino.

LUCÍA. ¿Sábeslo tú?

LOPE. Lo adivino.

LUCÍA. ¿Y de dónde?

LOPE. ¡Del infierno!*

(Entren LEONARDO *[alférez] y* BELTRÁN.)

ALFÉREZ. ¿Dónde vamos por aquí?

BELTRÁN. Esta es la carrera nueva,
que con la antigua del Prado
osa entrar en competencia.
*Fué pensamiento notable,
que ha de dar lustre y grandeza
por esta parte a Madrid.

ALFÉREZ. ¡Gran vista!

BELTRÁN. Por aquí muestra
un bello lienzo de Flandes
en las gradas destas huertas.
En frente el pequeño río
ofrece, en entrando en ellas,
el espejo de cristal,
donde miran y contemplan
tantos álamos y parras
las sombras de su belleza.*

ALFÉREZ. Tanta gente sale aquí,
ya por nueva y ya por bella (1),
que no estaremos seguros
de que soldados nos vean.

BELTRÁN. Bien dices; que ya me han dicho,
y es cosa forzosa y cierta,
que el capitán te buscaba.

ALFÉREZ. Pues, Beltrán, el temor deja,
que ya ha dado con nosotros,
si no es que engañarme pueda
la propia imaginación.

BELTRÁN. ¿Hay desdicha como ésta?
¡El capitán es, por Dios!
Echa por aquesta senda.

ALFÉREZ. ¿Para qué, habiéndonos visto?
Porque, mientras más te alejas
de la villa y de la gente,
mayor peligro nos queda.

([Salen] el capitán FAJARDO *y el sargento* [ALFARO].)

FAJARDO. ¡Ah, caballeros!

ALFÉREZ. ¿Quién llama?

FAJARDO. ¡Qué digo! Con menos priesa.
Suplico a vuesas mercedes
que un momento se detengan.

BELTRÁN. ¿Quién es?

FAJARDO. ¿Ya no me conocen?
Pero las cosas mal hechas
tienen esa propiedad.

BELTRÁN. ¡Qué desatinado llega!

ALFÉREZ. ¡Es el señor capitán!

FAJARDO. Sí, soy; si es bien que lo sea
de semejantes soldados.

ALFÉREZ. Señor capitán, advierta
vuesa merced que los hombres...

FAJARDO. No hay disculpa, y la más buena
es meter mano a la espada,
pues nos defiende esta cuesta
de ser vistos de la gente.
¡Ea, gallinas! ¿Qué esperan?
Pues estamos dos a dos.

ALFÉREZ. En ocasiones como éstas
suelen los viejos soldados
mostrar valor y prudencia.
De dos maneras lo sois:
por la edad y por la guerra;
tenelda, pues es razón,
y declaradme la queja
que podéis tener de mí.

FAJARDO. Puesto que no lo merezca,
en ocasión semejante,
el término de la ofensa,
digo que al salir de Flandes
os di una carta, y por ella
aviso a mi noble hermana
de mi amistad y la vuestra,
como de un alférez mío,
que ha servido mi bandera,
para que aquí os regalase.

(1) En *V*: "vella".

Vos, contrahaciendo la letra,
os fingistes hijo mío
y de una dama flamenca,
llamada madama Flor,
para engañar su inocencia;
con que vos y el camarada,
que ha sido el perro de muestra,
en su casa habéis vivido.

ALFÉREZ. ¿Hay más de eso?

FAJARDO. Pues ¿pudiera
hacer esto ningún hombre
con sangre honrada en las venas?

ALFÉREZ. Dadme, señor capitán,
atención a la respuesta.

FAJARDO. ¿Qué respuesta puede haber,
señor sargento, que sea
bastante a envainar la espada?

ALFARO. De la mala o de la buena
debéis, en ley (1) de soldado,
que el honor que vos profesa,
oír la satisfación.

FAJARDO. Diga; que tiempo nos queda.

ALFÉREZ. Luego que llegué a Madrid,
con ocasiones que enredan
la libertad de un soldado
que lejos las armas deja,
gasté mi hacienda, y al juego
también perdí dos cadenas
y hasta trecientos escudos.
La necesidad, que apela
a la industria, me acordó
que tenía en la maleta
la carta; abrila, escribí
la que decís, y llevéla
a vuestra hermana, que luego
me hizo quedar por fuerza
en su casa, en que he vivido
con el honor que pudiera
si, como el hijo fingí,
lo fuera vuestro de veras.
Digo, pues, que no debéis
llamar, capitán, ofensa
haberme honrado con vos,
siendo yo de aquellas prendas
que vos mismo conocéis;
que esa ofensa más lo era
de mi madre que de vos:
que si yo en la paz y guerra
he vivido a vuestro lado,
sepamos qué infamia os queda
de teneros yo por tal,
que para mi padre os quiera.
Pues si se diera a escoger,
el más vil hombre escogiera [de
a un duque, a un marqués, a un con-
y a un rey. Pues si (1) es cosa cier-
honra os di yo, capitán, [ta
y la mayor que pudiera,
pues os entregué a mi madre,
sea española o flamenca,
y me llamé vuestro hijo.
En lo demás no me queda
obligación de sacar
la espada contra la vuestra,
aunque me llaméis gallina;
por dos cosas: la primera
porque sois mi capitán;
la segunda, y de más fuerza,
porque me habéis visto hacer
cosas honradas con ella;
y si haber aquí testigos
puede ser razón tercera,
si ellos en Amiens lo han sido,
¡brava ocasión!, y antes desta,
en Cambray y en Jatelete (2),
de hazañas que escritas quedan
con mi nombre en toda Flandes,
¿qué satisfacción más cierta?
Finalmente, a lo que os quiero,
y a lo que es justo que os quiera,
rindo (3) el cuello: degolladme;
que, con igual obediencia,
si fuí vuestro hijo en burlas,
hoy (4) quiero serlo de veras.

FAJARDO. ¿Qué decís, señor sargento?

ALFARO. Que ya las lágrimas tiernas
se me vienen a los ojos,
de escuchar cosas como éstas.
¿Qué honra os quita el alférez
por querer honrar sus prendas,
haciéndoos padre en la Corte?

FAJARDO. ¡Por Dios, que si bien se piensa,
que creo que antes me ha honrado!

ALFARO. ¿En qué cárcel o galera
os llamó el alférez padre?
¿Qué cosa no ha sido honesta,
de las que ha hecho en su vida?

BELTRÁN. ¡Vive Dios, que si no fuera
por él y por mí, que habemos
guardado con diligencia

(1) En *V* y *H*: "en fe".

(1) En *V*: se omite "si". En *H*: "luego".
(2) En *V*: "Xatelete". En *H*: "Chatelete".
(3) En *V*: "rendido".
(4) En *H*: "os".

la casa de vuestra hermana,
que, por dicha, hubiera en ella
sucedido algún disgusto,
en aquesta competencia
de atrevidos pretendientes
de doña Angela!

ALFARO. Desecha
toda sospecha y enojo.

FAJARDO. Ya confieso que me pesa
del que he mostrado al alférez;
pues es bien que le agradezca
que se haya honrado de mí;
y así, mis brazos le entregan
la posesión de ese nombre.

ALFÉREZ. De obligaciones me cercas
y con honra me (1) conquistas,
y a la usanza de la guerra,
con armas, aunque rendido,
salgo con caja y bandera;
y quiérote suplicar
que, hasta que el Rey me provea,
me dejes llamar tu hijo,
porque este crédito pueda
darme valor en la Corte.

FAJARDO. Digo que de tal manera
me siento en esto obligado,
que para que no le pierda,
quiero que vuelva a mi casa
y como antes viva en ella;
que yo le diré a mi hermana
que fué por causas secretas
negar que no era mi hijo.

ALFÉREZ. ¿Quién, si no tú, me pudiera
dar tanto honor?

ALFARO. Vos hacéis
el acto de más nobleza
que en toda mi vida oí.

BELTRÁN. Es un Alejandro, un César.

ALFÉREZ. Viváis, Fajardo, mil años;
que bien esta hazaña os muestra
de la casa de los Vélez.

FAJARDO. Id delante, porque crean
lo que habemos concertado.

ALFÉREZ. [*Ap. a* BELTRÁN.] ¿Qué te parece?

BELTRÁN. Que quedas
en eterna obligación
al capitán.

ALFÉREZ. La elocuencia,
libre de tantos peligros,
llevó a Ulises a su tierra. *(Váyanse.)*

*FAJARDO. ¿He andado cuerdo?

ALFARO. ¡En extremo!
Porque siendo hechura vuestra
don Leonardo, no era justo
que, sin haceros ofensa,
los deshiciésedes hoy;
que bien merecen sus prendas
el nombre de vuestro hijo.

FAJARDO. Yo os prometo que me hubiera
llegado al alma el matalle;
que le he criado; y sin estas
obligaciones, sus hechos
en las pasadas empresas
de Durlans, Clari y Cambray
el premio que es justo esperan.
Vamos a hablar a mi hermana.
que estará con harta pena.

ALFARO. Diciendo que es vuestro hijo,
todo se acaba y remedia.*

(Vanse y entren DOÑA BÁRBARA, DOÑA ANGELA, LUCÍA *y* LOPE.)

BÁRBARA. ¡Quién creyera tal maldad!

ANGELA. ¿Si habrán topado con él?

LOPE. Hoy pienso vengarme dél.

LUCÍA. ¡Qué notable autoridad
había tomado el primo!

ANGELA. Su talle, persona y cara,
cualquiera cosa abonara.

BÁRBARA. Que no me engañase estimo.

LOPE. ¡Con qué notable invención
pretendió ser tu marido!

ANGELA. ¿Si habrá de Roma venido
aquella dispensación?

BÁRBARA. ¿Búrlaste de mí?

ANGELA. ¿No es justo?
El cielo te ha castigado.

BÁRBARA. Y a ti el no te haber (1) casado,
obedeciendo mi gusto.

LOPE. ¡Quién le vía al bellacón
hablar con "señora tía",
y aquello de "prima mía",
y luego, en toda ocasión,
decir que la sangre hierve!...
Pues ¿el otro camarada?...

BÁRBARA. No me quieras más vengada,
por mucho que le reserve
la confusión de la Corte,
de dar con el capitán.

(Entren LEONARDO [*alférez*] *y* BELTRÁN.)

ALFÉREZ. Entra animoso, Beltrán.

---

(1) En *V:* "honrarme". En *H:* "honras me".

(1) En *V* y *H:* "haberte".

BELTRÁN. Ya no hay temor que reporte
el ánimo que he cobrado.
BÁRBARA. ¡Ay, Dios! ¿Qué es esto?
ANGELA. ¡Ellos son!
LOPE. ¡Qué terrible confusión!
ALFÉREZ. [*Ap.*] (De vernos se han espanta-
¿Qué es esto, señora tía? [do.)
Querida prima, ¿qué es esto?
BÁRBARA. ¡Vete, infame; vete presto!
ALFÉREZ. ¿Yo infame, señora mía?
ANGELA. Si no sabes que ha venido
el capitán, vete luego;
que nuestro desasosiego
de tu peligro ha nacido.
Vete, hombre.
ALFÉREZ. ¿Cómo "vete"?...
Aunque es verdad que soy hombre,
no es ése, señora, el nombre
que la sangre me promete.
Si el capitán, mi señor,
ha venido, sea en buen hora;
que a él le pesará, señora,
de que me hagáis disfavor.
BÁRBARA. ¿Cómo disfavor, ¡villano!,
si, con tanto desatino,
te has fingido mi sobrino
y ser hijo de mi hermano?
¡Vete luego; que no quiero
que te maten en mi casa!
ALFÉREZ. Beltrán, ¿oyes lo que pasa?
BELTRÁN. ¿Quién ha sido el majadero
que os ha dicho que no es
hijo el alférez Leonardo
del capitán?
BÁRBARA. ¿De Fajardo,
mi hermano?
BELTRÁN. Del mismo, pues.
BÁRBARA. ¡Mayor confusión es ésta!...
ANGELA. Pues si el mismo capitán
lo niega, y dice, Beltrán,
que es mentira manifiesta,
¿cómo osáis estar aquí?
ALFÉREZ. El capitán, mi señor,
no dirá tal, que es error.
El me engendró.
BELTRÁN. Y aun a mí.
ANGELA. ¿A vos también?
BELTRÁN. Cuando importe,
a mí me engendró también.
ALFÉREZ. Si a mi padre le está bien (1)
negar su sangre en la Corte,
para algunas pretensiones,
¡harto bien honra a mi madre!;
pero señáleme padre.
BÁRBARA. ¿Hay mayores confusiones?
Lope, ¿qué dices?
LOPE. ¿No ves
que estoy temblando?
ALFÉREZ. ¡Alma tiene
mi padre! ¿A la Corte viene
a decir que no lo es,
el padre que me engendró?
¿Me niega desta manera?
Pues aunque mi madre fuera,
que tanto con él perdió,
¿debió de hallarla en la calle?
ANGELA. Sin duda, dice verdad;
que fuera temeridad,
siendo mentira, esperalle.
ALFÉREZ. Madama Flor, hija fué
de mosiur De la Rochela,
en Cambray; y (2) fué mi agüela
de Holanda; esto sólo sé,
y dél no sé si es Fajardo.
LOPE. Toda aquesta parentela
de Cambray y Holanda apela
a la probanza de un fardo.
No he visto linaje ansí;
aunque en los cuellos le hay.
ANGELA. Nació de Holanda y Cambray;
¿qué vendrá a ser?
LOPE. Caniquí.

LUCÍA.

¡Ay, señora, que pienso que han llegado!

BÁRBARA.

Sin duda que ellos son.

(FAJARDO *y sargento.*)

ALFÉREZ.

¡Oh, padre mío!...
Aunque me dicen que me habéis negado.

FAJARDO.

Dijéronme, Leonardo, un desvarío,
y yo, por estas causas enojado,
negué mi sangre; pero ya confío
que lo podré decir seguramente,
como lo ha visto quien está presente.

---

(1) En *V* y *H:* "ves también".

(2) En *V* se omite "y".

ALFÉREZ.

¿Qué os dijeron de mí?

FAJARDO.

Que te casabas
con una vil mujer; y a eso, de Flandes
vine furioso; porque si lo estabas,
te esperaban, por mí, desdichas grandes.

ALFÉREZ.

¿Luego, por eso airado me buscabas?

FAJARDO.

No quiero permitir que en dudas andes.
Esta fué la razón; pero (1), informado,
mi engaño he visto.

ALFÉREZ.

¿Yo, señor, casado,
y con mujer desigual?

FAJARDO.

Agora,
Beltrán, me dad los brazos; que decían
que érades vos la causa.

BELTRÁN.

¿A quien adora
tus cosas? ¡Oh, qué mal le conocían!

FAJARDO.

Ya que en España estoy, sabed, señora,
que, por lo que de ausentes desconfían
los que tienen honor, que en vidro vive
sujeto a cualquier golpe que recibe,
no me pienso volver, sin que en sosiego
quede, hermana querida, vuestra casa.
Que me digáis qué estado tiene, os ruego.

BÁRBARA.

No hay más de que doña Angela se casa.

FAJARDO.

¿Con quién? Y si está bien, dársela luego.

BÁRBARA.

Dos la pretenden; pero excede y pasa
un cierto aragonés al otro en prendas.

FAJARDO.

¿Es noble?

(1) En *V* y *H*: "mas".

BÁRBARA.

No hay más partes que pretendas.

FAJARDO.

Hablarle quiero.

BÁRBARA.

Lope, en un momento
a don Esteban de Aragón me llama.

LOPE.

Voy, por albricias, igualando al viento.

ALFÉREZ. [*Ap.*]

(¿Qué hará, Beltrán, el que la adora y ama?

BELTRÁN.

Calla, que aún (1) no está hecho el casamiento.

ALFÉREZ.

De don Esteban la virtud y fama
le ha de dar a doña Angela.)

ANGELA.

Oye aparte.

FAJARDO.

Sobrina, ¿qué me quieres?

ANGELA.

Informarte.

FAJARDO. [*Aparte.*]

(¿No te agrada, por dicha, don Esteban?

ANGELA.

Quedemos solos.)

FAJARDO.

Id con Dios, hermana,
y vosotros, señores, juntamente;
que quiero hablar a solas con doña Angela.

ALFÉREZ.

¿Conoces que ya soy sobrino tuyo?

BÁRBARA.

Y que serás, si puedo, mi marido;
si no lo estorba el por mi mal venido.

(Váyanse todos. Queden el capitán [FAJARDO] *y* DOÑA ANGELA.)

(1) En *V* y *H*: se omite "aún".

FAJARDO. ¿Qué tienes que me decir?
ANGELA. Estame, ¡por Dios!, atento.
FAJARDO. Atento es callar y oír;
ya callo y oigo.
ANGELA. Y yo intento
hablar, llorar y sentir.
Luego que a esta casa vino
tu hijo, ¡que no viniera!,
Amor amar me (1) previno;
que ser la sangre tercera,
disculpa mi desatino.
Cuando quise declararme,
hablar con él y a (2) casarme,
hallo a mi madre perdida;
que, de celos ofendida,
quiso mil veces matarme.
Al fin, se determinó
a casar con su sobrino,
y a casarme me forzó,
por remediar, imagino,
celos que le daba yo.
La dispensación le cuesta
mil escudos, y ha venido.
FAJARDO. Angela, ocasión es ésta
para perder el sentido.
Esto te doy por respuesta.
ANGELA. Señor y tío, aquí estoy;
tu hechura y tu hija soy;
con quien quisieres me casa,
y salga yo desta casa,
puesto que a la muerte voy;
porque con gran desatino
en mi primo el alma he puesto,
si ella adora en su sobrino.
FAJARDO. (¡Sobrino y primo! ¿Qué es esto,
y *de cuándo acá nos vino?*)
Angela, vete de aquí,
y envíame el primo acá.
ANGELA. ¡Duélete, señor, de mí!

(*Váyase* DOÑA ANGELA.)

FAJARDO. ¡Perdida la casa está!
¡Qué necio en dejarle fuí
que mi hijo se llamase!
¿Qué remedio he de tener
en que adelante no pase,
y cómo podré yo hacer
que Bárbara no se case?

(1) Hartzenbusch corrigió "le".
(2) Idem suprimió esta preposición que, gramaticalmente, sobra a la frase.

(*Entre* LEONARDO [*el alférez*].)

ALFÉREZ. Mi prima agora me dijo
que me llamabas.
FAJARDO. Leonardo,
ya del concierto me aflijo.
ALFÉREZ. Con estos actos aguardo
la posesión de tu hijo.
FAJARDO. Leonardo, a tus pretensiones
bien te puedo yo ayudar
mientras en lugar te pones;
pero no para pagar
tan malas dispensaciones.
¿Tú te casas con mi hermana?
No en balde Bárbara es.
ALFÉREZ. Si mi disculpa no es llana,
córtame el cuello a tus pies;
saca mi sangre villana.
FAJARDO. Cansando, alférez, me van
esos vanos cumplimientos,
que tanto enfado me dan,
y el ver que tan por momentos
quieras hacerme Abrahán.
Y ¿qué me importa que, airada,
quiera castigar tu culpa,
si al estar desenvainada
el Angel de tu disculpa
me viene a tener la espada?
En el campo el sacrificio
hubiera sido mejor
y a mi honra más propicio;
que, ya en casa, en vez de honor,
será la venganza vicio.
Cese la dispensación,
si es que mi hijo has de ser.
ALFÉREZ. Oye sola una razón;
que el nombre me hace atrever:
tales sus licencias son.
Sabe, señor, que he fingido
haber tu hermana querido,
y que el dinero he gastado;
porque a Roma no ha llegado
ni de la corte salido.
A doña Angela le di
palabra de casamiento.
FAJARDO. ¿Eso es cierto?
ALFÉREZ. Señor, sí.
FAJARDO. Llama a Bárbara al momento.
ALFÉREZ. Voy.

(*Váyase* LEONARDO *y entre* BELTRÁN.)

BELTRÁN. ¿Está Leonardo aquí?

FAJARDO. ¿Qué hay, Beltrán?
BELTRÁN. Este papel
de un escritorio le envía
un oficial.
FAJARDO. ¿Qué habrá en él?
Muestra y vete.
BELTRÁN. No querría
que se enojase por él.
FAJARDO. Dile que le tengo yo.
BELTRÁN. Bien seguro queda en ti.

[*(Vase.)*]

FAJARDO. Antes de agora; y (1) ya no.
quiero ver lo que hay aquí.
Ya su provisión salió.

(Lea:)

"Su Majestad ha hecho merced a vuesa merced, por sus servicios y los del capitán Fajardo, su padre, de un hábito de Santiago y ducientos (2) escudos de entretenimiento donde pareciere que convenga a su real servicio."

¿Para qué paso adelante?
¡Bien premiado quedo yo,
si con treta semejante
hoy la bendición me hurtó
y es Fajardo el Bustamante!
¿Hay más daños que me haga
mi alférez? Mas buen remedio,
con que todos los deshaga:
que es casarle, pues es medio
con que satisface y paga.
Yo estoy viejo; el pretender
sin hijos, ¿qué ha de servir?
Pues éste lo quiere ser,
no se lo quiero impedir:
huélguese y tome placer.
Sucesión dejo bastante
a mi casa en don Leonardo,
que es hidalgo Bustamante,
y que honrará mi Fajardo
con un hábito delante.
Mas noten los que hacen fiestas
por los hijos, cuán molestas
nos las dan sus regocijos;
pues aun de burlas los hijos
dan pesadumbres como éstas.

(1) En *V* y *H:* se omite "y".
(2) Idem id.: "docientos".

(Entre DOÑA BÁRBARA.)

BÁRBARA. Díjome que me llamabas
mi sobrino. ¿Qué me quieres?
FAJARDO. Aunque de mi amor estabas
segura, pues al fin eres
mi hermana, nunca pensabas
que tanto amor te tenía,
como verás, si este día
te doy el mayor contento.
BÁRBARA. ¿Es de Angela el casamiento?
FAJARDO. Con el tuyo, hermana mía.
BÁRBARA. ¿Yo casarme?
FAJARDO. Ya lo sé,
y que a mi hijo has honrado;
de que es bien que yo lo esté.
BÁRBARA. La sangre me ha disculpado.
FAJARDO. Honesta disculpa fué.
BÁRBARA. ¿Qué habrás pensado de mí?
FAJARDO. Que tiene fuerza el Amor.
BÁRBARA. Cúlpate también a ti,
que engendraste su valor
y que le enviaste aquí.
FAJARDO. ¿Vendrá don Esteban ya?
BÁRBARA. Pienso que a la puerta está.
FAJARDO. Pues vete, hermana, a vestir;
que lo quiero concluir.
BÁRBARA. Nombre de esclava me da;
que ése tengo desde hoy.
FAJARDO. Ricamente te adereza
mientras con ellos estoy.
BÁRBARA. Pon los pies en mi cabeza:
la tierra que pisas soy.
De boda voy a vestirme.
¡Ay, mi Leonardo; hoy podré
tenerte segura y firme!
FAJARDO. ¿Que en esta locura dé?
¡La tuya, Amor, se confirme!

(LOPE *y* DON ESTEBAN *y* DON ALONSO.)

LOPE. Aquí el señor don Esteban
viene a veros.
ESTEBAN. Y a serviros.
FAJARDO. No sé qué tengo de hacer;
mas ya no lo excuso: estimo (1)
en extremo el conoceros.
ESTEBAN. Y al que es mi mayor amigo,
que es el señor don Alonso.
ALONSO. Mandadme, si en algo os sirvo,
y alistadme desde hoy,

(1) En *V* y *H:* se omite "estimo". Hartzenbusch hizo notar la omisión.

puesto que la Corte sigo,
por soldado vuestro en Flandes.

FAJARDO. A serlo vuestro me animo;
aunque estoy viejo y cansado

LOPE. La novia viene y su primo.

(ANGELA, con otro vestido, y LEONARDO, más galán.)

FAJARDO. Vuesas mercedes se asienten;
que conciertos son prolijos,
y quieren algún espacio.

ALFÉREZ. [*Ap. a* ANGELA.] ¿En fin te casas?

ANGELA. No he sido
parte a estorbar mi desdicha.

ALFÉREZ. Pues hoy perderé el jüicio;
pues hoy me daré la muerte.

ANGELA. Antes hoy serás marido
de mi madre.

ALFÉREZ. ¿Yo?

ANGELA. Pues ¿quién?

ALFÉREZ. Ábrase el profundo abismo
primero, y entre sus llamas
vivas me sepulte vivo.

(Entren DON OTAVIO *y* MARÍN.*)*

MARÍN. Sospecho que vienes tarde.

OCTAVIO. Antes pienso que he venido
a buen tiempo, si ya hay tiempo
que venza mis desvaríos.

MARÍN. ¿Qué has de hacer?

OCTAVIO. Ver en qué para
el intento que han tenido,
y impedir el desposorio.

MARÍN. ¿Quién es el viejo?

OCTAVIO. Su tío.

MARÍN. Contento está don Esteban.

OCTAVIO. Don Esteban me ha vendido.

MARÍN. Ya viene su madre a ser
la novia de su sobrino.

OCTAVIO. ¿Luego con Leonardo casa?

MARÍN (1). Así en su casa lo han dicho.

(Entren BELTRÁN *y el sargento, y* DOÑA BÁRBARA, *de boda, y* LUCÍA, *detrás, trayéndole la falda.)*

FAJARDO. Seáis, señora, bien venida.

BÁRBARA. Vengo, señor, a serviros
y a honrarme de vuestra mano.

FAJARDO. Que aquí os sentéis os suplico,
para que demos un corte
a lo que importa.

BÁRBARA. El oficio
de padre y señor os toca.

FAJARDO. A doña Angela ha pedido
don Esteban de Aragón,
noble mayorazgo, antiguo
en aquella gran ciudad.

OCTAVIO. Ese matrimonio impido,
y me ofrezco a dar razones.

FAJARDO. ¿Quién ha sido el atrevido
que aquí habla desta suerte?

OCTAVIO. Oídme.

FAJARDO. No quiero oíros.

BÁRBARA. Dejalde, que es don Otavio;
que tiene acción por servicios
al casamiento propuesto.

FAJARDO. De mis soldadescos bríos
os pido, señor, perdón.

OCTAVIO. El no me haber conocido
bastantemente os disculpa.

FAJARDO. Decid vuestra razón.

OCTAVIO. Digo
que a (1) doña Angela primero
la (2) he servido y pretendido
que don Esteban, de quien
me quejo por falso amigo;
pues ya, porque despreciados
de doña Angela nos vimos,
dejamos de pretendella;
y él con secreto ha venido
a solicitarla aquí.

ESTEBAN. El capitán es testigo
de que he venido llamado;
y yo he de ser preferido
por quien soy.

OCTAVIO. Yo soy tan bueno,
que no se iguala conmigo
ninguno de...

FAJARDO. ¡Paso!

ALFÉREZ. ¡Paso!;
que yo daré un buen arbitrio
para ponerlos en paz.

OCTAVIO. Señores, yo sólo os pido
no la deis a don Esteban.

ESTEBAN. Y yo, señores, lo mismo;
que no dándosela a Otavio,
quedo contento.

FAJARDO. Yo digo
que no la daré a ninguno
de los dos.

OCTAVIO. Pues yo permito

---

(1) En *V*: se omite aquí el nombre del personaje.

(1) En *V*: se omite "a".
(2) En *V* y *H*: se omite "la".

mi acción en otro cualquiera.
ESTEBAN. Y yo, aunque la deis a un indio (1).
FAJARDO. Con beneplácito vuestro,
visto el proceso, y oído
cada pretensor por sí,
fallo: que de Angela es digno
el alférez don Leonardo,
que con nombre de mi hijo
ha vivido en esta corte.
BÁRBARA. ¿Luego Leonardo no es mío?
FAJARDO. No, Bárbara; que era suyo,
y en secreto me lo han dicho.
BÁRBARA. ¿Y no es tu hijo?
FAJARDO. Fué engaño.
BÁRBARA. Pues no siendo bien nacido,
digo que me haces fuerza.
FAJARDO. ¡Beltrán!
BELTRÁN. ¡Señor!
BÁRBARA. No le admito
por yerno.
FAJARDO. En aquel papel
el decreto viene escrito
de la merced que le hace
Su Majestad, por servicios
suyos y míos.
BELTRÁN. ¿Qué dice,
mientras albricias le pido?
FAJARDO. Que un hábito de Santiago
le honre el pecho.
BELTRÁN. Dél es digno.

(1) En *H:* "Y yo, aunque sea a un judío".

FAJARDO. Y con ducientos (1) escudos
de entretenimiento.
BÁRBARA. Digo
que le quiero para yerno.
FAJARDO. No burlemos el vestido.
Beltrán es muy hijodalgo;
sólo le falta ser rico;
tú lo eres.
BÁRBARA. Ya te entiendo.
BELTRÁN. Pienso que me ha sucedido
lo que al otro que ahorcaban:
que, viendo que el perdón vino,
no le quería tomar,
por no hacer burla a los niños.
LUCÍA. Si Beltrán tiene ya dueño,
Lope, tú me has prometido
matrimonio.
LOPE. Tuyo soy.
ALFÉREZ (2). Senado, en vuestro servicio
acaba aquí la comedia;
aunque bien pueden decirnos,
si nos honráis y escucháis (3),
que (4) *¿de cuándo acá nos vino?*

[FIN DE LA FAMOSA COMEDIA "¿DE CUÁNDO ACÁ NOS VINO?"]

"Loado sea el Santísimo Sacramento."

(1) En *V* y *H:* "docientos".
(2) Idem id.: se omite el nombre del personaje.
(3) En *H:* "escudáis".
(4) En *V:* se omite "que".

COMEDIA FAMOSA

DE

EL DESPERTAR A QUIEN DUERME

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

El Conde Anselmo.
Rugero.
Un Capitán.
Un Alcaide.
El Duque de Urgel.
Un Gobernador.
Dos Guardas.
La Reina de Sicilia.
Estela, *princesa.*
Jacinto, *villano.*
Perote, *ídem.*
Montano, *ídem.*
Silvia, *villana.*
Filena, *ídem.*

ACTO PRIMERO

(Salen el Conde Anselmo, *de Barcelona, y* Fabio, *capitán, y acompañamiento.)*

Capitán. ¿Qué tristeza pudo haber
que le canse a vuestra Alteza?
Conde. Para oprimir la tristeza,
no hay en los reyes poder.
Conde soy de Barcelona;
hija tengo en opinión;
que Castilla y Aragón
le ruegan con la corona.
Paz tengo y bienquisto soy
de mis vasallos, de quien
con ser temido, también
soy amado, ¡y triste estoy!
Capitán. ¿Si acaso es melancolía
de la muerte, o del temer (1)
en poco todo el poder,
que muere y vive en un día?
¿Si el (2) mirar la brevedad
de aquesta vida prestada,
y que es todo polvo o nada
la mayor felicidad?
¿Si el (3) mirar con el secreto
que va corriendo la vida,
a la vejez impedida,
de tierra frágil sujeto?
¡Esa consideración
entristece a muchos sabios!
Conde. No los humanos agravios
causa de mi pena son,
Fabio, aunque tengo por bien
que un hombre temple las glorias
mortales en las memorias
de su desprecio también.
Otra cosa me fatiga;
otra me tiene suspenso;
que cada vez que lo (1) pienso
a mayor pena me obliga.
Y porque conozco en ti
que me pagas este amor,
oye la causa.
Capitán. Señor,
bien puedes fiar en mí,
como de quien ha servido
con tanta satisfacción.
Conde. Oye aparte. Cosas son
de mi Estado.
Capitán. ¿Cómo han sido?
Conde. Bien has oído decir
a Rugero de Moncada...
Capitán. De sus cosas, poco o nada,
porque gusta de vivir
retirado en una aldea.
Conde. Sólo su nombre sé yo;
pues todo mi mal nació
de que mi sobrino sea.
A su padre, Capitán,

(1) Así, "temer", en la *Octava parte* (1617), Hartzenbusch corrigió "tener".
(2) En la ed. Hartzenbusch "es".
(3) Idem id. id.

(1) En la ed. Hartzenbusch: "*la*".

quitó el mío estos Estados,
por pleitos mal sentenciados;
que tal vez siguiendo van
a la fuerza los derechos,
y los libros a las armas.

CAPITÁN. ¿De qué prevención te armas,
si entre cuatro humildes techos
Rugero contento vive,
sin que haya visto persona
a la suya en Barcelona?
¿A quién habla; a quién escribe?
¿Con quién de toda la Corte
trata amistad? ¿Qué ha sabido,
o qué temor (1) ha movido
que a tus sospechas importe?
¿Hay alguna novedad?

CONDE. No, Fabio, ninguna cosa;
que sólo está sospechosa
mi conciencia en su verdad.

CAPITÁN. Pues si Rugero, contento
de cuatro pobres lugares,
lleva (2), sin que tú le ampares,
con limitado sustento;
si no ha visto caballero
en toda su vida (3) sola,
la menor pieza, la (4) gola,
ni ha ceñido blanco acero;
si trata de su labranza
como un pobre labrador,
¿qué te ha causado, señor,
recelo o desconfianza?

CONDE. Ya, Fabio, te respondí
que sin justicia y verdad;
que desde su soledad
pueden hacer guerra en mí.
Parte al lugar, disfrazado,
Fabio, donde está Rugero,
fingiéndote caballero
que de tu gente apartado,
tras de un ciervo te has perdido;
y a solas trata con él
si siente el hecho cruel
o si le ha puesto en olvido.
Procura saber su pecho.

CAPITÁN. Todo me parece mal;
porque no he visto señal
de su enojo y su despecho.

CONDE. Mira si algún movimiento
o secreta prevención
de armas tiene.

CAPITÁN. Todas son
sombras de tu pensamiento.
Pero lo mejor que pueda
a saber su intento iré.

CONDE. Yo, entre tanto, engañaré
la sospecha que me queda;
que nunca el alma se mueve,
Fabio, sin mucha ocasión.

CAPITÁN. Ya pago a tu prevención
el secreto que se debe.

(Vanse, y sale RUGERO.)

RUGERO.

Si se buscare ejemplo
de la mudanza humana,
para añadir alguna (1) a las historias,
escribiráse en templo (2),
¡oh, fortuna tirana!,
la mía, para ejemplo de tus glorias;
que todas tus memorias,
Marios y Belisarios,
Césares y Pompeyos,
con laureles plebeyos,
aplauso, triunfos y despojos varios,
no igualaron (3) mi estado,
si me tuviera yo por desdichado.
Muda el invierno frío
su hielo en Primavera;
muda el Verano, de la tierra espejo,
su lustre; entra el Estío.
Pasa la edad ligera
el viejo, y muda el brío en el consejo
por parecer más viejo.
La flor que aromatiza
su (4) fruto, el árbol trueca;
la rama, en leña seca;
la leña, en fuego; el fuego, en su ceniza,
del fénix nacimiento.
Múdase en tierra el agua; el agua, en vi- [no (5).
Pues si todo se muda,
¿qué mucho que Rugero
se haya mudado en bárbaro villano?
El (6) alma tosca y ruda
del (7) labrador grosero,

(1) Hartzenbusch corrigió "rumor".
(2) Idem id. "vive".
(3) Idem interpoló "o".
(4) Idem corrigió "de".

(1) Hartzenbusch corrigió "alguno".
(2) Idem id. "Escríbase en tu templo".
(3) Idem id. "igualaran".
(4) Idem id. "en".
(5) Hartzenbusch enmendó "viento".
(6) Idem id.: "Y en".
(7) Idem id.: "de".

la que tuvo (1) noble cortesano.
Demás que al soberano (2),
si (3) le llamo piadoso
por conceder mi (4) vida,
que mudanza o caída
ya no puede tenerme temeroso.
¡Dichoso el que no puede
caer por más que la Fortuna ruede!

(Salen PEROTE, FILENA, SILVIA, DANTEO, JACINTO *y* MONTANO, *con sus instrumentos.)*

MÚSICOS. *Que si verde es la verbena,*
más blanca es la (5) *azucena.*
RUGERO. Mal haya, amén, quien trocara
éste por ningún estado.
FILENA. El señor está en el prado.
Para el instrumento, para.
DANTEO. Ya las uñas le desvío
con que le hacía gruñir.
FILENA. Non cale, sino reír.
Cada cual mire su brío.
¿No se ha puesto hoy gentilhom- [bre?
RUGERO. Dejaldos cantar por mí.
PEROTE. Antes se digiere a ti
todo este baile en tu nombre.
MONTANO. "Dirige" decir tenías;
que no "digiere", Perote.
PEROTE. ¡Nunca falta quien me note!
RUGERO. A la fe, zagalas mías,
que venís en ocasión
que me habéis de entretener.
JACINTO. Todos (6) os darán placer;
que mozas discretas son.
Canta, que te valga el cielo,
y bailarán con mil lazos
estos mozos.
PEROTE. Estos mazos (7).

(Sale el CAPITÁN.)

CAPITÁN. Que me he perdido recelo;
mas siempre me pierdo ansí.
¡Oh, qué gallardos pastores!
¿Está, por dicha, señores,
el pueblo cerca de aquí?
JACINTO. El pueblo es aquél que al pie
de aquella peña asentado,
está mirando este prado
que como su alfombra fué;
y el señor, el que miráis;
que bien el talle lo enseña.
RUGERO. El pueblo es cosa pequeña
para que de él os sirváis.
Si acaso venís perdido,
posad en mi voluntad.
CAPITÁN. Para tan noble ciudad
un rey no lo hubiera sido.
¡Dadme los pies!
RUGERO. Vos a mí
es justo que me los deis.
CAPITÁN. ¿Qué nombre, señor, tenéis?;
que desde el punto que os vi
os tuve veneración
como a persona real.
RUGERO. Un labrador principal
de perdida estimación:
Rugero soy de Moncada.
¿Nunca me oistes decir?
CAPITÁN. Sois a quien debo servir
con la vida y con la espada.
¿Es posible que vivís
en aquesta soledad?
RUGERO. Mi quietud es mi ciudad.
CAPITÁN. Para el alma, bien decís.
Pero vos, que habéis nacido
tan altamente señor,
¿ese divino valor
tenéis cubierto de olvido?
¿No os acordáis que os quitaron
vuestro reino injustamente?
RUGERO. Acuérdome de esta fuente,
cuyas aguas me mostraron
su espejo para vestirme,
hoy, cuando el sol las (1) miraba;
que saltando el tiempo (2) estaba
su cristal seguro y firme.
CAPITÁN. ¿No os acordáis, es posible,
del agravio que os han hecho?
RUGERO. Acuérdome de aquel techo
verde, hermoso y apacible,
que aquellos olmos componen
a ese bosque, que entre hierba,
a las salas que reserva
las del palacio perdonen.
CAPITÁN. ¿Posible que de un Estado
donde un tirano reside,

(1) Hartzenbusch interpoló "de".
(2) Idem corrigió "*decreto es* soberano".
(3) Idem id. "y".
(4) Idem id. "me".
(5) Idem id. "el".
(6) Idem id. "todas".
(7) En la *Octava Parte*, "mozos", por errata.

(1) Hartzenbusch corrigió "en ellas".
(2) Idem id. "que faltando el viento".

su dueño propio se olvide?

RUGERO. Acuérdome de este prado,
que cruzan mil arroyuelos,
venas de cristales puros,
donde retozan seguros
temerosos conejuelos.
Más precio el oír cantar
estos serranos que veis,
que cuanto vos me podéis
de vuestra Corte acordar.
Ha muchos años que estoy
contento con esta vida.

CAPITÁN. Poco el valor os convida
de vuestra sangre.

RUGERO. Yo soy
lo que quiere la Fortuna.
Si estoy quieto, ¿qué me falta;
pues la más suprema y alta
no tiene quietud ninguna?
¿Puedo comer y vestir
más de por un hombre yo?

CAPITÁN. Quien de esa suerte vivió,
aun no merece vivir.
¿Qué fama Pirro dejara,
Alejandro, Jerjes, Ciro,
si de la tierra que miro
su ambición se contentara?

RUGERO. ¿Y ésos, cuántos pies después
de todo el mundo ocuparon?

CAPITÁN. Muertos, en siete acabaron.

RUGERO. Pues bástanme siete pies.
¿Allá no dijo Lucano,
de Pompeyo, introduciendo
acordó (1) que estaba haciendo
ese que (2) a tan gran romano:
"No cupo en el mundo vivo;
mirad dónde cupo muerto"?
Pues si en mi mal estoy cierto,
muerto estoy, como os lo digo (3).

CAPITÁN. No os pretendo replicar.

RUGERO. Bien haréis. Venid conmigo,
y comeréis, como amigo,
de lo que os pudiere dar.

CAPITÁN. Iré a recebir merced.

FILENA. [*Ap.*] El diablo le trujo acá.

RUGERO. ¡Hola! No faltéis allá;
cuidado en venir tened.

SILVIA. Vamos, Filena, y sirvamos

(1) Hartzenbusch enmendó "a Cordo".
(2) Idem id. "la huesa".
(3) Adviértase que "digo" es rima imperfecta de "vivo".

en la mesa y la cocina.

FILENA. Aunque allá tiene a Marina,
a servirle todos vamos.

(Vanse, y sale ESTELA *y el* CONDE.)

CONDE. Más estimo tu obediencia;
que así las (1) virtudes tienes,
con ser de tanta excelencia.

ESTELA. ¡Quedo! Toro suelto vienes (2).
¿Quién te ha de hacer resistencia?
Demás que si de Aragón
esa tu satisfacción,
aunque te dé maravilla
que yo me incline a Castilla,
formaré mi inclinación.

CONDE. Y será con él, que quien
como padre, al fin, intenta
tu mayor descanso y bien,
Estela, obediencia atenta,
y la inclinación también.
Los vasallos de mi Estado
quisieran darte marido,
pues lo hubiera tan honrado
dentro en su patria nacido
y entre sus leyes criado;
mas yo, por cierto disgusto,
no les concedo este gusto.

ESTELA. ¿Esto te lo pudo dar?

CONDE. Deben todos de tirar

(1) Hartzenbusch corrigió "que cuantas".
(2) Desde aquí, el sentido resulta harto embrollado y confuso, sin duda por hallarse corrompido el texto publicado en la *Octava Parte*. Hartzenbusch, que se afanó por aclararlo, haciendo en él frecuentes y aventuradas enmiendas, anotó en este punto:
"En la edición antigua de que nos servimos para hacer ésta, se halla viciadísimo el texto. Aquí dice: "Quedo toro suelto vienes." No presumimos haber adivinado en otros pasajes lo que escribiría el autor." Y abusando de su licencia de "adivino" (acertado muchas veces), corrigió así este verso y los que siguen:

ESTELA. *Cuando tan resuelto* vienes,
¿quién te ha de hacer resistencia?
Demás que si *el* de Aragón
es a tu satisfacción,
sin que te dé maravilla
que yo me incline a Castilla,
forzaré mi inclinación.

CONDE. *Y es conveniente que a* quien,
como padre, al fin, intenta
tu mayor descanso y bien,
esté la obediencia atenta
y la inclinación también.
. . . .

a un blanco, aunque noble, injusto.
¿Nunca has oído decir
a Rugero de Moncada?

ESTELA. ¿No es muerto?

CONDE. Para sentir
lo que su vida me enfada,
le deja el cielo vivir.

ESTELA. No me acuerdo quién decía
que era de tu sangre.

CONDE. Y tanto,
que la de mis venas fría(s) (1)
enciende y provoca a espanto.

ESTELA. Pues ¿por qué?

CONDE. Por ser tan mía.
Rugero, sobre el Condado
de Cerdania y Barcelona
y cuanto el Pirineo (2) helado
de aquella parte corona
y de aquesta el mar salado.
Pleiteó su padre y el mío,
hasta venir a parar
en batalla y desafío;
mas vínole a sujetar;
que era de gallardo brío.
Muy en la vejez de Otón
nació Rugero, que vive,
Estela, en esta ocasión;
de quien tal pena recibe
mi afligido corazón.
Que, aunque (3) una pobre aldea
su habitación pobre sea,
puede ser que el (4) pensamiento
are el mar y sorba (5) el viento,
si la corona desea.

ESTELA. De un hombre tan desvalido,
entre bárbaros criado
y entre desdichas nacido,
¿tienes, gran señor, cuidado?

CONDE. No puedo echarle en olvido.

ESTELA. ¿Qué temes de él, si en su vida
ha salido de una sierra?

CONDE. Temo que tu paso impida,
y que, yo muerto, con guerra
esta corona te pida.

ESTELA. Pues ¿quién le ha de dar favor?

CONDE. Quien para yerno le quiera.

ESTELA. De un hombre tan sin valor,
nunca yo, señor, tuviera
ni esperanza, ni temor.

(Sale el CAPITÁN.)

CAPITÁN. Donde me mandaste fuí.

CONDE. ¿Viste a Rugero?

CAPITÁN. Aunque vi
un gallardo caballero,
no me pareció Rugero.

CONDE. Luego ¿no es él?

CAPITÁN. Señor, sí.
Mas vive tan descuidado,
tan ajeno del valor
a que ha nacido obligado,
tan rústico labrador
y tan contento a (1) su estado,
que no parece que es él.

CONDE. ¿Es gallardo?

CAPITÁN. Con extremo.
Hablé en sus casas (2) con él,
y no las siente.

CONDE. Eso temo.

CAPITÁN. Pues asegúrate de él.

CONDE. ¿No ves que es disimular?

CAPITÁN. Más precia el otro la fuente
y el monte para cazar,
y el ser señor de la gente
rústica de este lugar.
Más precia salir al prado,
de mil flores esmaltado,
de mil arroyos vestido,
que todo el reino perdido.

CONDE. Tú vienes, Fabio, engañado.
Vuelve y mira bien su tierra,
si hay armas, si hay movimiento
o prevenciones de guerra.

CAPITÁN. Ya te he dicho el pensamiento;
y advierte, señor, que yerra
quien despierta a su enemigo.

CONDE. Vuelve por mi gusto, Fabio.

CAPITÁN. Yo voy; pero si te digo
que apenas sabe su agravio,
ni está bien ni mal contigo,
¿para qué das ocasión
a que del sueño despierte?

CONDE. Cosas que me importan son.
De lo que digo me advierte
mientras que escribo a León.

(Vase.)

---

(1) Así, "frías", en la *Octava Parte*. Hartzenbusch corrigió "fría".
(2) En la ed. de Hartzenbusch: "Pirene".
(3) Hartzenbusch interpoló "en".
(4) Idem corrigió "*en*".
(5) Idem id. "surque".

(1) Hartzenbusch corrigió "en".
(2) Así en la *Octava Parte*. Hartzenbusch corrigió "cosas".

ESTELA. ¡Oye, Fabio!
CAPITÁN. ¿Qué me quieres?
ESTELA. Ya sabes tú cuán curiosas
son de saber las mujeres...
CAPITÁN. Las feas, no las hermosas;
y tú en extremo lo eres.
ESTELA. ¿Qué hombre es este Rugero?
CAPITÁN. No he visto en toda mi vida
más gallardo caballero;
sólo es quien (1) tanto olvida
los agravios y el acero.
ESTELA. Pues dile que es primo mío.
CAPITÁN. Yo lo haré; mas ¿a qué efeto?
ESTELA. De estimar un deudo mío;
[*Ap.*] daréle el alma en secreto
y despertaré (2) su brío.

(Vanse, y salen los villanos.)

SILVIA. Aunque os pese por los ojos,
será alcaide (3) mi sobrino.
FILENA. No llevas, Silvia, camino
de reportar tus enojos.
PEROTE. Alcaide tengo de ser,
o alborotaré el lugar.
DANTEO. ¿De qué sirve porhidiar,
si el señor le ha de escoger?
JACINTO. Si los alcaides son dos,
¿qué importa que el uno sea?
PEROTE. No hay hombre en toda la aldea
de más pergeño, ¡pardiós!
¿Quién de vosotros me iguala?
Decid, zagalas hermosas,
¿quién tiene en todas las cosas
más brío, donaire y gala?
¿Quién juega al marro mejor?
¿Quién lucha más en el prado?
¿Quién ha tañido y cantado
con más despejo y primor?
Con la flauta y tamboril,
¿quién ha hecho alborotar
la mocedad del lugar,
si entra mayo y sale abril?
¿Y aquello de Perantón,
y cátate (4) el lobo dó va?
Pues si danzo, ¿quién podrá
tenerme comparación?
Pues lo que es cascabel gordo,

(1) Hartzenbusch corrigió "si lo es el que".
(2) Idem id. "*si* despertare".
(3) Idem id. "alca*l*de".
(4) Hartzenbusch, a fin de reducir el verso a su medida, corrigió "cata".

es negocio temerario;
que, puesto en el campanario,
haré que me escuche un sordo.
Y más si taño a nublado:
"San Martín y San Millán
guarda el vino y guarda el pan",
ni para en monte ni en prado.
Los muérganos ¿quién jamás
vió tañer tan semejante,
si soplara por delante
lo que sopló por detrás?
MONTANO. Perote tiene razón,
que lo merece muy bien;
haz que la vara le den,
Silvia, en aquesta ocasión;
que lo que faltare en él
sobrará en el otro alcalde.
SILVIA. ¿Tú no lo ves? (1)
FILENA. No es de balde
el hacer Silvia por él;
que a la he que la ha compuesto
un romance muy sentido.
JACINTO. ¿Es poeta?
PEROTE. Es tan cumprido,
que a serlo se ha descompuesto.
JACINTO. ¿De cuál eres? Porque son
sus epítetos notables.
¿Eres de los admirables,
de legítima opinión,
o eres poeta movido,
con facciones y sin alma?
SILVIA. Señor viene.
PEROTE. Quedo, en calma.
¿Quién hubiera respondido?

(Salen RUGERO *y el* CAPITÁN.)

RUGERO.

Apenas, Capitán, os conocía.
¿Otra vez por acá?

CAPITÁN.

De vuestra casa
vengo, señor Rugero, de buscaros.

RUGERO.

De ella sois dueño; y gran placer me diera
el hablaros en ella como a dueño.
¿Qué buena suerte mía os ha traído,
que desde el otro día os he cobrado

(1) Hartzenbusch enmendó "Todos lo oís".

justísima afición; que vuestros méritos
obligan a quereros y estimaros?

CAPITÁN.

Ya no puedo, gallardo caballero,
de vuestro amor y cortesía obligado,
negaros la ocasión de mi venida,
porque la profesé toda mi vida.
Sabed que el Conde Anselmo, vuestro tío,
conociendo el agravio que os ha hecho,
ha dado en no poder vivir seguro,
y está de vuestra vida con cuidado.
Háceme que os visite por momentos,
y sepa vuestro mismo pensamiento.
Yo le he dicho que a vos no se os acuerda
del agravio pasado, y que estimando
la paz del alma, que vivís contento;
mas él no quiere estarlo, y me ha mandado
que venga a ver si acaso tenéis armas,
si escribís a los reyes vuestros deudos;
si tratáis de casaros, o (1) en qué parte;
sin otras cosas que le enseña el miedo,
tantas, que apenas referillas puedo.

RUGERO.

Vuelvo a deciros, generoso Fabio,
que por todo su Estado y otros muchos
no trocara el sosiego que aquí tengo
y la pura llaneza con que vivo.
Verdad es que si yo tengo derecho
tan justo a Barcelona, el cielo es justo,
y el cielo volverá por mi justicia.

CAPITÁN.

Yo no puedo, Rugero, aconsejaros,
aunque puede (2) este miedo descubriros.
Vos sois tan mi señor como es el Conde,
y pudiera decir, con más justicia,
y esto no es deslealtad, aunque es malicia.
Díjome Estela que os dijese aparte
que os acordéis que es vuestra prima.

RUGERO.

El cielo
haga dichosa a Estela, con marido
que con mayores reinos honre el suyo.

CAPITÁN.

¿Tan tibiamente hablas (3) estas cosas?

(1) Hartzenbusch corrigió "y".
(2) Idem id. "lo que puede".
(3) Idem id. "habláis en".

RUGERO.

¿Qué fuerzas tengo yo para más fuerza?

CAPITÁN.

Por no tocar en deslealtad, hablando
en el señor que sirvo y que me envía,
me vuelvo a Barcelona.

RUGERO.

El cielo os guarde.

CAPITÁN. [*Ap.*]

(O aqueste hombre es filósofo, o cobarde.)

(Vase.)

RUGERO.

¿Qué hay, mis amigos? ¿Qué hay, mis compa- [ñeros,
vasallos pobres, de llaneza ricos?
¿Qué se (1) ofrece? ¿A qué os habéis juntado?

JACINTO.

¡Pardiós, señor! Que se ha llegado el día
que acabaron sus varas los alcaldes,
y quieren hacer otro en competencia.

RUGERO.

¿Quién lo pretende?

PEROTE.

Yo, con tu licencia.

RUGERO.

Perote, ¿pues tú quieres ser alcalde?

PEROTE.

¿No tengo yo caletre suficiente?

SILVIA.

Pues hónrale, señor, que Dios te guarde;
que todos los zagales te lo ruegan.

RUGERO.

¿Sabes leer?

PEROTE.

Leer, señor, no supe,
por más años que anduve en el escuela;
mas razonablemente escribo.

RUGERO.

¡Bueno!...

(1) Harzenbusch intercaló "os".

PEROTE.

Con diez años de escuela y mil azotes,
del *pan, pen, pin pon, pude*... (1)

RUGERO.

Pues ¿cómo escribes, y leer no sabes?

PEROTE.

Porque hay muchos, señor, que hacen lo mismo.
Fuera de que escribir es fácil cosa;
porque, en sacando yo los algodones,
escribo de una vuelta todo el pliego.

RUGERO.

A saberlo, te hiciera, por tus partes,
mi secretario.

PEROTE.

Despachara en breve,
sin estos comprimientos que se usan.

JACINTO.

En siendo cumplimientos, no se excusan.
Dale (2) la vara, señor, al buen Perote;
que Silvia no lo pide, de vergüenza,
y sé que lo desea.

RUGERO.

¿Tú deseas
que le demos la vara?

SILVIA.

Así te veas
señor de Barcelona y de Cerdania,
que me lo pide con extremo Albania.

RUGERO.

Por (3) Albania y porque es muy justo,
tenga la vara.

PEROTE.

¡Vivas, gran Rugero,
más que un censo perpetuo de una casa!
Tú verás qué gobierno tiene el pueblo.

RUGERO.

Tenga la otra, por si acaso fuere
Perote menos cuerdo que imagino,
Jacinto, por su buen entendimiento.

(1) Hartzenbusch enmendó este verso así: "del *pan, pen, pin, pon, pun* pasar no puede".
(2) Idem corrigió "da la vara".
(3) Idem id. "*Pues* por Albania".

JACINTO.

¡El cielo tus Estados restituya!

PEROTE.

¡Zagales, haya un poco de aleluya!

RUGERO.

Esta noche podéis hacer la fiesta.
Dejadme agora solo.

PEROTE.

¡Voto al soto,
que en empuñando el palo...!

MONTANO.

Ten cordura.

PEROTE.

Venid, y beberéis de lo malvado;
ya entenderéis que digo Malvasía.

FILENA.

¡Por mil años, y buenos, mi Jacinto!

JACINTO.

Para serviros, mi Filena amada.

PEROTE.

Rabiando estoy por her una alcaldada.

(Vanse.)

RUGERO.

¿Qué es esto, mi olvidado entendimiento?
¿No era bien despertar de tanto olvido
un hombre de tan alto pensamiento?
Vivía (1) entre cuatro rústicos dormido.
¿Fuí yo quien de un tirano tan sangriento
agravio tan cruel ha recibido?
¿Así vengo a mi padre, así mi ofensa?
¡Y mi enemigo mis agravios piensa!
¿Yo soy, yo soy (2) Rugero de Moncada,
legítimo señor de Barcelona?
¿Es éste mi bastón, que mi dorada
divisa gime (3) y mi valor pregona?
¿Deciendo yo de la mejor espada
que de laurel su guarnición corona?
No duerme quien me tiene en tal estado,

(1) Hartzenbusch corrigió "vive".
(2) Idem id. "¿Soy yo, soy yo...".
(3) Idem id. "ciñe".

¿y duermo yo, que soy el agraviado?
¿Cómo no guardo aquesta sola vida,
ya que mi estado de cobrar me olvido?
Pues éste a que despierte me convida,
¿por qué causa a su voz estoy dormido?
Antes que el paso a mi remedio impida,
abrir quiero los ojos del sentido;
y algo (1) dice Estela, si me estima,
pues me mandó decir que era mi prima.
¡Animo a mi remedio! Escribir quiero
a Castilla, Aragón y a mi olvidada
patria; que viendo relucir mi acero,
para el tirano sacará la espada.
Patria, yo soy legítimo heredero;
bien sabes que es verdad averiguada.
Yo, tu señor, favor, favor te pido.
Patria, despierto estoy, y no dormido.

(Vase, y sale el CONDE *y el* CAPITÁN.)

CONDE. Dime toda la verdad.
CAPITÁN. Digo que vive contento
Rugero, sin pensamiento
de alterar tu majestad.
CONDE. ¿Qué armas, qué gente tiene?
CAPITÁN. Gente, unos pobres villanos,
rotos, descalzos, sin manos,
con quien a los montes viene.
Y el primero que varea,
que poda, que siega, es él.
¿Armas? En ella (2) ni en él
no hay cosa que acero sea.
Sólo he visto una escopeta,
con que mata algún conejo,
y un lanzón mohoso y viejo,
con su funda de bayeta,
colgado de una armería
de tocino, que es (3) su fruta,
donde mejor ejecuta
sus fuerzas que su osadía.
Verdad es que se turbó
cuando en sus cosas hablé;
que algunas le pregunté,
y algunas me respondió.
Y al fin, con poca malicia,
dijo, para entre los dos:
"No importa, señor; que Dios
volverá por mi justicia".
CONDE. ¿Que eso dijo?

(1) Hartzenbusch intercala "me".
(2) Idem corrigió "ell*os*".
(3) Idem id. "queso y".

CAPITÁN. ¿Y eso es mucho?
CONDE. ¿Y eso te parece poco,
si a tal furor me provoco
con eso sólo que escucho?
Ciertas serán (1) mis sospechas:
éste se quiere vengar.
CAPITÁN. Y más precia su lugar
y aquellas cabañas hechas
de los mal labrados pinos,
de quien humo espeso da,
que los palacios de acá
hechos de diamantes finos.
CONDE. ¡Ay, Fabio! Nunca te fíes
de agravio disimulado;
nunca del cielo estrellado,
en cuarta luna, te guíes;
nunca de mar en bonanza,
ni de un amigo traidor,
ni de jüez con amor,
ni heredero en confianza.
Yo voy (2) hacelle prender,
y Rugero ha de morir.
CAPITÁN. No tengo qué te decir,
ni tengo qué responder.
Piénsalo mejor primero.

(Sale ESTELA.)

ESTELA. ¿Dónde va mi padre airado,
Fabio?
CAPITÁN. A un caso mal pensado.
ESTELA. ¿Cómo?
CAPITÁN. A prender a Rugero.
ESTELA. ¿Prendelle? ¿Por qué razón?
¿Trata de guerra?
CAPITÁN. No trata
de guerra; que al Conde mata
con (3) sola imaginación.
ESTELA. ¿Qué le mueve?
CAPITÁN. Puro miedo.
ESTELA. ¿Podrélo yo remediar?
CAPITÁN. Podrás.
ESTELA. Pues voy a probar
lo que con mi padre puedo.
CAPITÁN. Mucho podrás.
ESTELA. Soy su espejo.
CAPITÁN. No le sucediera así
a Rugero, si de mí
tomara el primer consejo.

(1) Hartzenbusch corrigió "eran".
(2) Idem interpoló "a".
(3) Idem corrigió "su".

(Vanse, y salen los villanos, y JACINTO *y* PEROTE *con varas.)*

DANTEO. Asiéntense los alcaldes.
JACINTO. Todos asentarse pueden,
para tomar colación.
PEROTE. Déjame (1) que yo me siente;
y quien no hallare lugar,
siéntese donde pudiere.
JACINTO. ¿Qué nos tenéis?
PEROTE. Tostón fino,
que puede quebrar los dientes.
Y linda almendra tostada,
con la madre del aceite,
que es la que contino brinda
al vino famosamente.
JACINTO. Son pulsos en que el beber
suele conocer las veces.
Primero que venga el vino,
la vara arrimo; teneme,
y salgan estas zagalas.
PEROTE. Si Jacinto bailar quiere,
Montano le tañerá.
JACINTO. Sólo aguardo que comience.
¡Ea, Silvia!
SILVIA. Ya yo salgo.
Mas ¿no veis que el señor viene?

(Sale RUGERO.*)*

RUGERO. Todo el mundo se esté quedo;
ni el puesto ni el baile dejen.
MONTANO. Es tanta tu humanidad,
que no hay cosa que no puedes.
RUGERO. Hijos, alegres vasallos
hacen al señor alegre;
no les trata el dueño mal,
el tiempo en que se entretiene (2).
Vaya de baile; alegraos.
DANTEO. Yo comienzo de esta suerte:

(Cantan:)

A las cañas juguemos,
señoras damas;
que de cañas y de amores,
lo mejor son las entradas.
Afuera, afuera, afuera;
aparta, aparta, aparta.
Los celos corren agora;
¡qué mal corren, qué bien paran!

(1) Hartzenbusch enmendó "Dejadme".
(2) Idem id. "entretiene*n*".

Azul llevan la librea;
por eso celos le (1) llaman.
Ya corre la crueldad
con su cuadrilla encarnada;
las banderillas partidas,
de verde color de nácar.
El ausencia va tras ella,
cuadrilla desesperada.
Bien dice el color que lleva
mil estrellas plateadas.
De negro sale el olvido,
todo de tueños (2) de plata;
que viste el color pajizo
con mil lunas de mudanza.
A las cañas juguemos,
señoras damas;
que de cañas y de amor,
lo mejor son las entradas.
Guárdate del toro, niña;
que a mí malherido me ha.
Niña, guárdate del toro;
que a nadie guarda decoro,
sino a la lanza de oro,
con que el interés le da.
Guárdate del toro, niña;
que a mí malherido me ha.

(Salen el GOBERNADOR *y* ARCABUCEROS.*)*

GOBERN. ¡Ténganse todos al Conde!
RUGERO. ¡Válgame el cielo! ¿Qué gente
y qué arcabuces son éstos?
¿Si quiere el Conde prenderme?
GOBERN. ¿Quién es Rugero? ¡Hablad luego!
RUGERO. Yo soy.
GOBERN. Date preso.
RUGERO. Advierte...
GOBERN. No hay que advertir.
PEROTE. ¿Cómo no?
¡Daca mi vara, Lorente!
GOBERN. Poned fuego.
SILVIA. ¡Ay, no, por Dios!
RUGERO. ¡Hola! ¡Nadie se inquïete!
El Conde me prende; basta
decir que el Conde me prende.
¿En mi casa podré entrar?
GOBERN. No, sino en un coche.
RUGERO. Llegue,
que el cielo es mayor jüez.

(1) Hartzenbusch corrigió "*se*".
(2) Así, "*tueños*", en la *Octava Parte*. Hartzenbusch corrigió "*s*ueños".

PEROTE. Jacinto, si esto consientes,
¿para qué somos alcaldes?
FILENA. ¡Ay, Silvia! Vamos a velle;
que me quiebra el corazón.
SILVIA. ¿Cosa que matalle intente (1)?
JACINTO. Presto verás en qué para
el despertar a quien duerme.

(Vanse.)

ACTO SEGUNDO

(Salen el CONDE ANSELMO *y* ESTELA, *su hija.)*

CONDE. Después, Estela, que vi
cuán gallardo caballero
es mi sobrino Rugero,
que ya tengo preso aquí,
recelo el peligro mío;
pues no hay en España un hombre
tan galán y gentilhombre,
ni de tal despejo y brío.
Es un mancebo alentado,
fuerte y grave, de manera
que ningún hombre le viera
sin quedarle aficionado.
¿Qué hicieran los catalanes,
si vieran tanto valor
en su más propio señor?
ESTELA. Bien es que este nombre allanes
de dificultades tantas,
si es hombre tan valeroso.
CONDE. Y un rostro tan generoso,
que si los ojos levantas
a mirarle atentamente,
dirás que mayor corona
es digna de su persona.
ESTELA. ¿Que es tan gallardo y valiente?
CONDE. Es tan valiente y gallardo.
ESTELA. Pues ¿cómo estaba escondido
un hombre tan bien nacido,
entre sayal tosco y pardo?
CONDE. Porque por dicha aguardaba
la ocasión que le quité.
Presto remedio pondré.
Ya tu concierto se acaba;
que presto serás mujer
del príncipe de Aragón.
Queda en paz.

(Vase.)

(1) Hartzenbusch: inten*ten*".

ESTELA. Notables son
las sospechas y el poder (1).
¡Que no piensa el padre mío
que soy mujer, y que un hombre
noble, rico y gentilhombre,
loado de talle y brío...!
¡Que no vea que ha de ser
abrir a mi amor la puerta,
pues la alabanza despierta
la más dormida mujer!
Pues crea que en este día
veré con mucho cuidado
un hombre tan alabado (2).

(Sale el ALCAIDE.)

ALCAIDE. ¿Señora?
ESTELA. Querría
daros, alcaide, a entender
lo que se acierta a (3) servir
al sol que quiere salir,
más que al que se va a poner.
Yo tengo de ser señora
de este Condado, tan presto
cuanto ver en el sol puesto (4)
que se va eclipsando agora.
Palabra os doy de poneros
en el más alto lugar
que vos podáis desear,
y honraros y engrandeceros,
si me dejáis en secreto
entrar a ver a mi primo.
ALCAIDE. Tanto el agradarte estimo,
que, si gustas, te prometo
su libertad.
ESTELA. Eso no.
Si quién soy quiere saber,
decid que es vuestra mujer;
que lo demás diré yo.
ALCAIDE. Aqueso es engrandecerme.
ESTELA. [*Ap.*] (Presto mi padre verá
a cuánto peligro está
el despertar a quien duerme.)

(Vase.)

(1) Hartzenbusch corrigió "las sospechas *del* poder.".

(2) El verso que sigue y cierra la redondilla, se halla falto de dos sílabas. Para completarlo, Hartzenbusch lo adicionó así:

ESTELA. ¡Hola!
ALCAIDE. ¿Señora?
ESTELA. Querría

(3) Hartzenbusch corrigió "en".

(4) Idem id. "como el sol se hubiere puesto".

ALCAIDE. ¡Guardas!
GUARDA 1.º ¿Señor?
ALCAIDE. Si llegare
cierta persona a la puerta,
encubierta o descubierta,
naide (1) en miralla repare;
que pienso que mi mujer
tiene que hablar con Rugero.
GUARDA 2.º Tu gusto es ley.

(Vase, y sale PEROTE *y* JACINTO.*)*

PEROTE. [*Ap. a* JACINTO.] Lo primero,
Jacinto, que hemos de hacer
es, con alguna invención,
darle cordeles y limas.
JACINTO. ¡Calla, si la vida estimas!;
que hay guardas en la prisión.
GUARDA 1.º ¿Quién va?
JACINTO. Tú puedes mejor
con estas guardas hablar.
PEROTE. Los alcaldes del lugar
de Rugero, mi señor.
GUARDA 2.º ¡Oh, qué notable visita!
GUARDA 1.º ¿Y qué le traen?
PEROTE. Un presente.
GUARDA 1.º ¿Y qué es de él?
PEROTE. No está presente;
que es por relación escrita.
GUARDA 2.º Pues bien se pueden volver;
que Rugero, su señor,
ha menester confesor;
regalo (2) no ha menester.
JACINTO. ¿Luego, quiérenle matar?
GUARDA 2.º No lo sé; pero sospecho...
PEROTE. ¡Voto al soto, que es mal hecho!
Apele a mueso lugar;
que alcaldes ha puesto en él,
que miren por su justicia.
GUARDA 1.º (¡Qué hombre tan sin malicia!
GUARDA 2.º Burlarme quiero con él.)
Bajad, hermano, el pescuezo,
que tenéis un abejón.
PEROTE. De vuesas colmenas son.
Nunca falta un estropiezo.
Mátemela (3) su mercé.
GUARDA 2.º (¡Lindo pescozón le di!)
PEROTE. Hacia allá volar las (4) vi.

(1) Así en la 1.ª ed. En la de Hartzenbusch, "nadie".
(2) Hartzenbusch corrigió "regalo*s*".
(3) Idem id. "mátemel*e*".
(4) Idem id. "l*e*".

GUARDA 2.º ¿Y téngole yo?
PEROTE. Sí, a fe.
Pero bájese (1) un poco.
GUARDA 2.º Bajo.
PEROTE. ¡Lindamente le maté!
GARDA 2.º (¡Vengóse!
GUARDA 1.º Malicia fué.)
PEROTE. Ya va por el sayo abajo.
GUARDA 2.º ¿Sabéisme, acaso, decir
de cuántas cosas se hace
un gran tonto?
PEROTE. Que me place;
mas no os habéis de reír.
De uno que de sí presume
y es porfiado y importuno;
de un hidalgo, siempre hay uno,
todo cambray y perfume;
de un sin valor pretendiente,
de un discreto bachiller,
de quien fía de mujer,
de rocín, ni de pariente;
de un hombre que, por fiar,
ha venido a empobrecer;
de quien fué oficial ayer,
hoy (2) quiere señor mandar;
de quien toma oficio ajeno,
o va donde no le llaman;
de muchos que a otros disfaman,
siendo uno solo el que es bueno;
de un hombre que, por valiente,
gusta de morirse en pie,
y de quien piensa que hay fe
con muerto ni con ausente;
de un rico que no lo goza
y a la muerte lo reparte;
de quien escribe sin arte,
y el (3) viejo casa con moza;
de un escudero muy puesto
en don Gazmio, mi señor;
del cual (4) hombre de valor,
anda al (5) de mujer compuesto;
de un declarado celoso,
de un descuidado enemigo,
y otros muchos que no digo,
haréis un tonto famoso.
GUARDA 2.º ¿Vos sois villano? A la puerta,
guarda.
GUARDA 1.º ¡Alerta, Leriano!

(1) Hartzenbusch corrigió "baje".
(2) Idem id. "*y* hoy".
(3) Idem suprimió "el".
(4) Idem enmendó "del que es".
(5) Idem id. "*y* anda *cual*".

JACINTO. No hablaste como villano.
PEROTE. Tal vez un rústico acierta.
Rugero quieren (1) matar;
las guardas tienen cuidado.
¿Creerásme que estoy turbado?
JACINTO. Perote, ver y callar.
PEROTE. Ver, Jacinto, y callar, ¿cómo?
Yo he de morir hoy con él.
JACINTO. Eres vasallo fïel.
PEROTE. Si a pechos (2) la empresa tomo,
a lo menos a (3) morir,
o librar al gran Rugero.
JACINTO. Pues ¿qué has de hacer?
PEROTE. Lo primero
mos vamos a apercibir.
A (4) las zagalas traigamos;
verás mi amor peregrino;
lo demás, en el camino
te lo diré.
JACINTO. Vamos.
PEROTE. Vamos.

(Vanse, y sale RUGERO, *preso con cadenas.)*

RUGERO.

¡Quién busca sólo un punto de firmeza
en los estados de la vida humana!
Costancia puso (5) al mar, cuya grandeza
se mueve como cosa muy liviana;
discurre el sol con presta ligereza,
y sucede a la noche la mañana:
todo se altera en su veloz corrida;
que no hay seguridad en esta vida.
Está contento el rico, y empobrece,
y el postrado en la tierra se levanta;
baja la palma y el almendro crece,
corta la muerte una pequeña planta;
el pajarillo libre desvanece
al aire libre, y en prisiones canta
después, la pluma de la liga asida:
que no hay seguridad en esta vida.
Yo, como libre pájaro en mi nido,
mi libertad al mundo publicaba;
si (6) del oculto cazador ha sido (7)
que el blanco en mí por el coral (8) miraba,
el campo en que canté dejé teñido;
lo que verde me dió cuando cantaba,
rojo lo vi (1), mostrando en mi caída,
que no hay seguridad en esta vida.

(Sale ESTELA.)

ESTELA. Con razón de tu fortuna,
con tanto hierro a los pies,
te estás quejando.
RUGERO. ¿Quién es?
ESTELA. Una mujer importuna.
Que si se ha movido alguna
a piedad de un hombre preso,
yo soy; que por tu suceso
tanto el verte he deseado,
que a cumplirlo te (2) ha obligado,
aunque te parezca exceso.
RUGERO. Conviene con tu hermosura
esa condición piadosa,
puesto que el diamante es cosa
la más hermosa y más dura.
Si el oír mi desventura
el corazón te movió,
no lo quedé menos yo;
que lo que atiene (3) un preso
te habrá parecido exceso,
consuelo me pareció.
Si ha de sér tu calidad
conforme con tu persona,
mereces de Barcelona
la mayor autoridad;
mas en esta soledad,
no debes de ser mujer:
mi alma debes de ser, [ma (4);
que, hablándome, me transfor-
de las desdichas me informa
que me quieren suceder.
ESTELA. Para ser alma de un hombre
de tu talle, soy muy vil;
que importara más gentil
en cuerpo tan gentil hombre.
Es Rosimunda mi nombre;
mujer del alcaide soy,
y mi palabra te doy
que si (5) me trajo el deseo,
que después de tal te veo
más apasionada estoy.

(1) Hartzenbusch enmendó "A Rugero quien".
(2) Idem id. "Y a pechos".
(3) Idem id. "*cuando* menos *de*".
(4) Idem id. "Y".
(5) Idem id. "pida".
(6) Idem id. "y".
(7) Idem id. "asido".
(8) Idem id. "zarzal".

(1) Hartzenbusch corrigió "di".
(2) Idem id. "*me*".
(3) Idem id. "a ti ver".
(4) Idem id. "en otra forma".
(5) Idem id. "si aquí".

RUGERO. ¿Búrlaste de ver en mí
tan extraña diferencia?
ESTELA. Antes veo en tu presencia
más que en la fama creí.
No vengo sólo por mí:
tu prima me manda verte;
que algún bien quisiera hacerte.
RUGERO. Pues dirásla, Rosimunda,
que se engaña, pues se funda
toda su vida en mi muerte.
ESTELA. ¿En tu muerte?
RUGERO. Si el Condado
me toca y soy su señor,
y sólo por su temor
me prende su padre airado;
y cuando tiene tratado
en Castilla y Aragón
casar a Estela, en prisión
me pone y trata matarme,
¿qué bien puede desearme,
pues ayuda a su traición?
¿Qué le hice yo a mi tío
en el campo de una aldea,
si a Estela casar desea?
¿Qué armas me vió, qué brío?
Que apenas mi humilde río
barcas puede sustentar,
y galeras por el mar
se le antoja un leño roto;
de dos árboles de un soto
lanzas quiere imaginar;
ejércitos de soldados
sus villanos se le antojan;
por municiones le enojan
carros de trigo cargados;
la verde hierba en los prados
le han parecido trincheas;
las espadañas y eneas,
parapetos y bastiones,
y (a) las palas y azadones
a las máquinas teseas.
Atambores le parecen
panderos y tamboriles;
por las flautas y añafiles
los pífanos le estremecen;
¡tanto sus sospechas crecen
tan poderosas espigas!
Por tu vida, que le digas
que sólo tengo en mis eras
campos que forman hileras
con ejércitos de hormigas.
ESTELA. Si él me oyera, o fuera yo
de su Consejo de guerra,
se te dejara en la tierra,
donde ya te sepultó
el que tu prisión causó.
Si tu muerte ha de causar,
que te procures librar
tengo por mejor consejo.
RUGERO. Mi vida en tus manos dejo.
ESTELA. ¡Quién te la pudiera dar!
RUGERO. Bien podrás con avisarme
cuando otra cosa no puedas.
ESTELA. Si de mi amor cierto quedas,
mucho pienso aventurarme.
RUGERO. Pues ¿qué te ha movido a amar- [me?
ESTELA. Lástima de ver quien eres
y piedad propia en mujeres.
RUGERO. ¿Quieres sacarme de aquí?
ESTELA. Si puedo, fía de mí.
RUGERO. Yo sé que podrás si quieres.
Si hacerme (1) prometiera
un capitán o señor,
temiera aquese (2) favor
de poca importancia fuera,
aunque mi bien pretendiera;
mas prometerme mujer (3)
el bien que pienso tener,
mi vida va asegurando;
porque mujeres amando
tienen el mayor poder.
Díganlo tantas historias,
tantos famosos ejemplos,
dignos de estar en los templos,
de las antiguas memorias.
Hoy Rosimunda a sus glorias
añade un hecho de fama.
ESTELA. Quien te ha dicho que te ama
y es de un hidalgo mujer,
más pretende por ti hacer
que no ser sólo tu dama.
RUGERO. Si quiés que diga verdad,
de manera estimo el verte,
que mi prisión y aun mi muerte
tendré por felicidad.
ESTELA. ¿Lisonja? (4)
RUGERO. A tu beldad
pregunta si es esto amor.
ESTELA. Afuera siento rumor.
RUGERO. ¡Vete!
ESTELA. ¡Adiós!

(1) Hartzenbusch enmendó "valerme".
(2) Idem id. "que su".
(3) En la 1.ª ed. y en la de Hartzenbusch: "mujeres".
(4) Hartzenbusch: "lisonjas".

RUGERO. ¿Volverás?
ESTELA. Sí.
RUGERO. Triste quedo.
ESTELA. Yo sin ti,
voy entre amor y temor.

(Vanse, y sale el CONDE *y el* CAPITÁN.*)*

CONDE. Con esto se acaba todo.
CAPITÁN. ¿Qué, en fin, le quieres matar?
CONDE. Ya no importa el replicar,
sino prevenir el modo.
Yerro es abrir a el (1) efeto
puerta que el secreto impida,
porque con sangre vertida
es imposible el secreto.
El veneno es el mejor;
esto he de fiar de ti.
CAPITÁN. Notables cosas leí
de los venenos, señor.
Algunos hay que dilatan
la vida el tiempo que quieren.
CONDE. No quiero los que así hieren,
sino los que luego matan.
Parte y muestra la lealtad
que te merece mi amor.
CAPITÁN. Voy a servirte, señor.
[*Ap.*] ¡Qué temeraria crueldad!
Dionisio el Siciliano
no fué tan bárbaro y fiero.

(Vase, y sale ESTELA.*)*

ESTELA. ¿Solo estáis?
CONDE. Y sólo quiero
poner, Estela, en tu mano
la corona de Aragón.
Hoy muere Rugero.
ESTELA. ¿Cómo?
CONDE. Si se conficiona un pomo
de veneno.
ESTELA. [Ap.] ¡Qué traición!
.... (2)
CONDE. Tu amor tan cruel me ha hecho.
ESTELA. [*Ap.*] A buen tiempo, dentro el pe-
he (3) tomado posesión. [cho
¿Qué haré, cómo libraré
mi vida, que está en la suya?
¿Cómo intentaré que huya?
¿Por dónde le sacaré?

(Ruido dentro, y sale una GUARDA.*)*

CONDE. ¡Hola! ¿Qué es eso?

(1) Hartzenbusch enmendó "en".
(2) Falta un verso.
(3) Hartzenbusch corrigió "h*a*".

GUARDA 1.° Señor,
una danza de villanos,
que en figura de gitanos
hacen aqueste rumor,
por alegrar las prisiones
de Rugero de Moncada.
ESTELA. ¡Oh, qué gentil gente armada
de marciales municiones!
¡Buen ejército, señor,
para librar a Rugero!
CONDE. Di que no entre (1).
ESTELA. Antes quiero
que me hagas un favor.
CONDE. ¿Cómo?
ESTELA. Que licencia des
que a aquesta reja se asome,
porque algún alivio tome.
CONDE. ¿Es por velle?
ESTELA. Verdad es.
CONDE. ¡Hola! Decid que a la reja
salga Rugero.
GUARDA. Yo voy.

(Vase.)

CONDE. Entre esa gente.
ESTELA. [*Ap.*] Yo estoy
loca de amor y de queja.

(Salen los VILLANOS, *de gitanos.)*

JACINTO. Ve con tiento, y habla bien.
PEROTE. ¿Es ésta la torre?
JACINTO. Sí.
Mira que el Conde está allí.
PEROTE. ¡Mal fuego le abrase, amén!
FILENA. Ya muy bien podéis cantar.
SILVIA. Tañed. ¿De qué estáis turbados?

(Sale a la reja RUGERO.*)*

RUGERO. ¡Qué buen campo de soldados
que me ha salido a librar!
SILVIA. ¡Hola, Filena! ¿No ves
la Conda también allí?
PEROTE. ¿Es aquél Rugero?
JACINTO. Sí.
PEROTE. Calla y danza.
JACINTO. Toca, pues.

(Cantan:)

DANTEO. A la lima, a la lima, que es al-
[ba (2);

(1) Hartzenbusch corrigió "entre*n*".
(2) Hartzenbusch enmendó "que salva".

a la lima, que tocan al alba.
Estábase el ruiseñor
a la sombra de una rama,
gorjeando con su pico
sus amorosas desgracias.
¡Mal hubiese el cazador
que le cautivó las alas
y le presentara al rey
en la prisión de una jaula!
Los pájaros de su aldea,
buscando invenciones varias,
unas limas le presentan,
y al pie de la torre cantan:
a la lima, a la lima, que es al-
[ba (1).

CONDE.

Quedo, villanos, quedo; que parece
malicia vuestro baile.

PEROTE.

¿Qué malicia?

CONDE.

Entrate allá, Rugero, luego al punto.

RUGERO.

¡Que sólo aqueste bien no me concedes!

(Vase.)

ESTELA. [*Ap.*]

No he querido jamás volver el rostro,
porque no me conozca.

CONDE.

Di, villano,
¿quién te dió esta canción?

PEROTE.

En muesa aldea
nos la compuso el sacristán Chaparro,
que es hombre que ha jurado ser poeta,
aunque jamás acierte en cosa alguna.

CONDE.

¿Qué limas y qué pájaro enjaulado
es éste que cantaban?

PEROTE.

Señor mío,
mira que lo que dicen los poetas,
aun ellos no lo entienden muchas veces.

CONDE.

Mirad ese villano, guardas, ¡hola!

FILENA.

El diablo, Silvia, a la ciudad nos trujo.

SILVIA.

Temblando estoy.

GUARDA 2.°

Estate quedo, bestia.

PEROTE.

No dijo mal quien dijo que tenían
los alguaciles algo de parteras,
porque miran y atientan cuanto quieren.

GUARDA 1.°

Dos limas hay aquí, y aquesta soga.

JACINTO.

Toda nuestra invención se ha descubierto.

CONDE.

¿Limas y sogas? ¡Muestra!

PEROTE. [*Ap.*]

¡Yo soy muerto!

ESTELA.

¿Hay tan grande maldad?

CONDE.

¿Mas que quería
librar al preso el bárbaro villano?

ESTELA.

El silencio lo dice, aunque no hubiera
los testigos que ves. ¡Préndanlos todos!

SILVIA.

Señora, ¿qué debemos de este enredo,
si a las dos nos trujeron engañadas?

JACINTO.

Y de nosotros, gran señor, se duela.

ESTELA.

Señor, estos vinieron inocentes
de la maldad de aquéste, por mi vida.
Que sólo prendan al que culpa tiene.

(1) Hartzenbusch enmendó "que salva".

CONDE.

¿Sabían éstos a lo que venías?

PEROTE.

No, señor (1).

CONDE.

Pues déjenlos ir libres,
y prended solamente al que es culpado.
Veamos si le libran estas (2) limas,
como a Rugero en la canción cantaban.

PEROTE.

¿Pues puedo ser yo preso, si en mi aldea
soy alcalde?

GUARDA 2.°

¡Que seas, mentecato!

CONDE.

Tirad con él, y ven conmigo, Estela;
que te tengo que hablar en lo que sabes.

PEROTE. [*Ap.*]

El diablo me engañó con estas limas;
trújelas dulces, y agrias se me han vuelto (3).

CONDE.

A darle este veneno estoy dispuesto.

(Vanse, y quedan los VILLANOS.)

SILVIA.

¿Qué os parece?

JACINTO.

Temblando estoy, Filena.

FILENA.

Milagro fué que de la lima el agrio
no alcanzase a los dos.

SILVIA.

¡Pobre Perote!
En verdad que os darán gentil garrote.

DANTEO. No venía mal tratado (4).
La desdicha lo causó.
FILENA. Bien el ruiseñor pintó (5);
pero quedóse enjaulado.
Digo que era verderón,
y cogiéronle en la liga.
SILVIA. Pidió a Rugero la liga,
y fué la de su prisión.
¡Pobre verderón Perote!
JACINTO. Muchas veces que le vía,
su rostro me parecía
de hombre que le dan garrote.
Volvámonos a la aldea
y hagámosle decir misas.
FILENA. Del mejor su medio (1) avisas,
pues ya no hay otro que sea.
Ya no queda en el lugar
quien haga tonos y cante;
antes le será importante,
pues al Conde ha de cantar.
DANTEO. Luego cantará de miedo.
JACINTO. Y después con tal primor,
que naide cante mejor,
pues ha de cantar el credo.

(Vanse, y sale el CAPITÁN *con un vaso.)*

CAPITÁN. A lo que puede llegar
un sospechoso cuidado
de perder el alto estado,
aquí se puede mirar.
Cualquiera cosa querida,
siempre se suele estimar,
porque se sigue en amar
la paz del alma y la vida.

(Sale ESTELA.)

ESTELA. ¡Tente, Fabio! ¿Dónde vas?
CAPITÁN. A asegurar tu corona.
ESTELA. ¿De quién?
CAPITÁN. De aquella persona.
ESTELA. ¿Presa?
CAPITÁN. Sí.
ESTELA. No digas más.

(Saca una daga.)

CAPITÁN. ¿Daga sacas?
ESTELA. Y con ella
te he de matar.
CAPITÁN. ¡Tente, paso!
ESTELA. O te has de beber el vaso.
CAPITÁN. Reporta la mano bella,
que yo le quiero beber.
ESTELA. Bebe.

(1) Hartzenbusch corrigió "No, señor, *no.*"
(2) Hartzenbusch enmendó "esas".
(3) Idem id. "puesto".
(4) Idem id. "trazado".
(5) Idem id. "cantó".

(1) Hartzenbusch enmendó "del mejor remedio".

CAPITÁN. Espera y lo verás.
ESTELA. Morir pensé que era más.
Sin duda es fácil de hacer.
CAPITÁN. Por ver que has entrado aquí,
te quiero tratar verdad:
de tu padre la crueldad
justamente aborrecí,
y no quise hacer traición
a mi señor natural,
que es Rugero.
ESTELA. ¿Hay cosa igual?
CAPITÁN. Y así, aquesta confección
no era más que un blando sueño.
ESTELA. Llámame a Rugero.
CAPITÁN. Voy.
ESTELA. Bien has hecho.
CAPITÁN. Noble soy.
Rugero es mi propio dueño.

(Vase.)

ESTELA.

Pide el (1) amante celos al (2) marido,
con que despierta al que durmiendo estaba,
y a (3) la que de ofender no se acordaba
la (4) deja, por sus celos ofendido.
Prueba el padre la reja y el vestido
a la doncella humilde que no hablaba,
y con la privación, lo que ignoraba
sabe, y escribe, y mira, y deja el nido.
Tal vez a la justicia viendo un hombre,
dice el delito que ignoraba hiciese,
publicando su culpa en ir huyendo.
Quien desafía (5) y pierde, no se asombre;
que no hay cosa más necia y peligrosa (6)
que despertar a los que están durmiendo.

(Sale RUGERO, solo.)

RUGERO. Un capitán me ha mandado
que saliese aquí.
ESTELA. Es verdad.
Tú sabrás, aunque es crueldad,
que a muerte estás condenado.
Y aun este mismo traía
un veneno que te dar.
RUGERO. ¿Que, en fin, me quieren matar?

(1) Hartzenbusch corrigió "*al*".
(2) Idem id. "el".
(3) Idem suprimió "a".
(4) Idem enmendó "l*e*".
(5) Idem id. "desconfía".
(6) Falta la rima.

ESTELA. Ya el sol desampara el día.
Yo he prometido librarte;
llave y caballo prevengo.
RUGERO. Con una vida que tengo
es imposible pagarte.
ESTELA. En oyendo un silbo fuera,
sal a la puerta: hallarás
guarda, caballo y aun más.
RUGERO. Con ese mismo (1) quisiera
más bien, si es el que imagnino:
ESTELA. No me puedo detener (2);
que temo que me han de ver.

(Vase.)

RUGERO. ¡Adiós, Rafael divino!
¡Adiós, ángel de mi guarda!
¡Adiós, Rosimunda bella!

(Sale PEROTE.)

PEROTE. La buena industria es aquella
que al hombre la vida guarda.
¡Qué mal lo supe tratar! (3)
RUGERO. ¿Quién habla en esta prisión?
PEROTE. Ecos de estas peñas (4) son
y de tus suertes azar.
RUGERO. No hay cosa que no alborote.
Cuanto te temo de huir (5),
¿no lo acaba de decir?
PEROTE. Perote soy.
RUGERO. ¿Quién?
PEROTE. Perote.
Todos estamos acá.
RUGERO. ¿Tú preso?
PEROTE. La historia erré
de la lima que canté,
que tal dentera me da.
RUGERO. Pues ¿de qué te da dentera?
PEROTE. De que me han dicho que es tanta,
que los pasos de garganta
se han de tomar de escalera.
RUGERO. Todo lo habrá (6) entendido.

(1) Hartzenbusch corrigió "más no".
(2) En la *Octava Parte*: "detener ***más***".
(3) Hartzenbusch enmendó "tra*z*ar".
(4) Idem id. "piedras".
(5) El sentido es confuso. En la ed. de Barcelona (1617) este verso dice así: "quanto te temo *el* huyr". Hartzenbusch, para aclarar el pasaje, lo enmendó del siguiente modo:

"RUGERO. ([*Ap.*] No hay cosa que no alborote,
cuando *se trata* de huir.)
¿No lo acaba de decir?"

(6) Hartzenbusch corrigió "habrá*n*".

PEROTE. Harto mejor lo entendió
el Conde, pues me mandó
agarrar por el vestido.

RUGERO. Mucho me pesa de ti.

PEROTE. ¿Aquí darán de cenar?

RUGERO. Si has de morir, con pensar
en la muerte, ¿oras así? (1)

PEROTE. Señor, mientras que se [vi-
ve] (2),
pienso que se ha de comer.

(Silban dentro.)

RUGERO. ¿Es silbo?

PEROTE. ¿Qué puede ser?

RUGERO. Mi remedio se apercibe.

PEROTE. Oí decir que les dan
culebra a los presos, y ésta
con silbos es manifiesta.

RUGERO. A mi bien los silbos van.
Esa cortina, Perote,
corre, y échate en mi cama;
que voy a ver cierta dama,
que no es bien que se alborote
la guarda, si no me ve,
y echado tú, pensarán
que soy yo.

PEROTE. ¿Cómo podrán?

RUGERO. ¿Cómo? Agora te daré
esta ropa.

PEROTE. Encaje presto.
¿Silban?

RUGERO. Sí.

PEROTE. Vete con Dios.

(Vase RUGERO.*)*

Ya que la suerte a los dos
en tanto mal nos ha puesto,
¡voto al sol, que he de probar
a lo que sabe dormir
en seda!

(Salen el CONDE *y el* CAPITÁN.*)*

CONDE. A verle morir
quise a la torre bajar.

---

(1) Este verso y el anterior Hartzenbusch los varió así:

"RUGERO. Si has de morir, *de* pensar
deja en el comer así."

(2) "Ve", en la *Octava Parte*. Hartzenbusch corrigió también "vive".

CAPITÁN. [*Ap.*] No sé qué tengo de hacer.
Todo se va descubriendo.

CONDE. A mi Estela hacer pretendo
del rey de Aragón mujer;
y no hay remedio seguro
si no es que muera Rugero.
¿Es éste?

CAPITÁN. Sí.

CONDE. Verle quiero.
Satisfacerme procuro.
Ya está de sentido ajeno.

CAPITÁN. ¿Qué harás, que está reposando?

CONDE. Parece que está soñando.

CAPITÁN. Debe de obrar el veneno.

CONDE. Déjenle de aquesta suerte;
que me parece acertado.

CAPITÁN. Él duerme bien descuidado.
[*Ap.*] ¿Qué ha de hacer cuando
despierte?

CONDE. Huélgome, que perderé
el temor de este enemigo.

CAPITÁN. Más vale que un falso amigo,
supuesto que vivo esté.

CONDE. Las señas, si bien se advierte (1),
son de sueño.

CAPITÁN. ¿Agora sabes
que dicen autores graves
que es imagen de la muerte?

CONDE. Muérome por velle muerto.
Desvuélvele.

CAPITÁN. ¿Para qué,
hasta que ya muerto esté?
[*Ap.*] Mejor dijera despierto.

CONDE. Yo quiero satisfacerme.

CAPITÁN. ¿Posible es que se te oculta
el daño que se (2) resulta
de *despertar a quien duerme?*
Déjale, y vamos de aquí;
que al alba a velle vendrás,
donde muerto le hallarás
del veneno que le di.

CONDE. Quiero tomar tu consejo,
pues en esto no hay cautela.

CAPITÁN. No alborotemos a Estela.

CONDE. Vamos.

(Vase.)

CAPITÁN. Durmiendo le dejo,
y con un buen defensor,

---

(1) En la *Octava Parte:* "advierten", por errata.
(2) Hartzenbusch corrigió "te".

que es su prima, en tanto daño;
aunque, si yo no me engaño,
debe de tenerle amor.
Duerme, Rugero (1) de Monca-
la postrera noche triste, [da,
pues despertar no quisiste
a la voz de mi embajada.
Pero juntamente digo
que quien duerme en el agravio,
suele mil veces, si es sabio,
despertar al enemigo.

(Vase, y sale RUGERO, *con cadena, y* ESTELA, *de hombre.)*

ESTELA. Este monte es muy secreto.
Aquí la cadena quede.
RUGERO. ¿Podrásmela tú quitar?
ESTELA. Todo, quien ama, lo puede.
RUGERO. ¡Qué bien lo ha hecho el caballo!
Parece que el campo alegre
le da la hierba de balde
y se la pone en los dientes.
ESTELA. ¿Qué miras?
RUGERO. Alguna piedra.
ESTELA. Este arroyuelo las tiene,
tan hijas de sus cristales,
que perlas grandes parecen.
RUGERO. Dale con aquesta daga.
ESTELA. Está el hierro duro y fuerte.
La daga no tiene golpe,
y podrá ser que se quiebre.
RUGERO. Dale; que a mí ya me toca
llamar los (2) diamantes fuerte
rocas del mar combatidas,
firmes a sus golpes siempre.
Dígolo por quien te envía,
¡oh mancebo!, de esta suerte
y me ha dado libertad.
ESTELA. Justamente lo mereces.
RUGERO. A ti te debo también
la vida.
ESTELA. Nada me debes,
porque yo soy un criado.
RUGERO. Como tu dueño pareces.
Pero aventurar tu vida
en el peligro presente,
y a las ancas de un caballo
servirme de escudo, excede
a todo encarecimiento;
pues a sentirme la gente
del Conde, la primer bala
muerto en el suelo me tiene (1).
ESTELA. Ya, Rugero de Moncada,
estás sin cadena; vete
donde el valor te guiare,
y cuando pudieres vuelve
a cobrar tu propio Estado;
pero una palabra advierte...
RUGERO. ¿En qué te sirvo? Y perdona,
que me es forzoso atreverme,
pues de hierro me la quitas,
que de oro la presente;
sus eslabones quisiera
que fueran diamantes.
ESTELA. Tente,
que no la puedo tomar.
RUGERO. Notablemente me ofendes.
ESTELA. Oyeme primero.
RUGERO. Di.
ESTELA. Aquella mujer valiente
que te sacó de prisión,
te pide...
RUGERO. Dímelo en breve;
que si dudare de hacer
cosa que de mí te quejes (2),
a manos de mi enemigo
me traiga el cielo inclemente;
fálteme nave en el mar,
si de la mar me valiere;
ningún amigo me ayude,
deudos, príncipes ni reyes,
y véndanme mis vasallos,
que es lo más que un hombre sien-
ESTELA. Pues dice aquella mujer [te.
que aunque en aprieto te vieres,
de ningún modo te cases
adonde ampararte fueres,
hasta que cobres tu Estado.
RUGERO. Pues ¿qué puede haber que intente,
si ella es casada y humilde,
aunque es bien que la celebre
la fama por todo el orbe,
entre famosas mujeres?
ESTELA. De su intento no sé nada
¿Qué le diré?
RUGERO. Que si fuere
otra Elisa y otra Elífile,

(1) Hartzenbusch corrigió "Ruger", para evitar que al verso sobre una sílaba.
(2) Idem id. "llamaros".

(1) En la ed. de Barcelona (1617): "me tiende". En la de Hartzenbusch: "*te* tiende".
(2) Hartzenbusch corrigió "cosa *en* que de mí *se* queje".

Lacedemonio y Eresiste (1),
y señora de más reinos
que estrellas el cielo tiene,
no me casaré, primero
que ella diga lo que quiere
y me dé licencia.

ESTELA. En fin,
sangre de Moncada eres.
Voy a tomar el caballo;
que ya la noche previene
la venida del lucero,
y allá podrán conocerme.

RUGERO. Pues llévala aqueste abrazo
y esta cadena.

ESTELA. Que lleve
el abrazo está en razón.

RUGERO. ¡Ay, santo cielo!...

ESTELA. ¿Qué sientes?

RUGERO. ¡Vive Dios, que eres mujer!

ESTELA. Pues suéltame.

RUGERO. No te alteres.

ESTELA. Conociste, como ciego,
por el tacto solamente.

RUGERO. Tienen aliento y blandura
de los hombres diferente,
y un olor particular,
que el alma y sentidos mueve.

ESTELA. Rosimunda soy, Rugero,
que, por mejor defenderte,
tomé este traje.

RUGERO. Señora,
mucho Rugero te debe.
¿Dónde vas? Quédate aquí.

ESTELA. No es bien que tal me aconsejes;
que conocerá el alcaide
lo que temió tantas veces.
No desdores mi virtud,
fundada sólo en quererte;
que los nobles caballeros
saben honrar las mujeres.

RUGERO. Pues, ¡alto! Ponte a caballo;
parte, que si te detienes,
hará mi amor desatinos,
que eres un ángel de nieve;
pues confesando el amor,
el mismo amor nos enciende,
de noche y sola en un monte...

ESTELA. ¡Adiós, adiós!

RUGERO. ¡Caso fuerte!

ESTELA. Adiós, Rugero.

RUGERO. Ya veo
que a Dios dices que me quede.

ESTELA. Dios te guarde, Dios te libre.

RUGERO. Ya te digo que me dejes,
y no me des ocasión
que la palabra te quiebre.

ESTELA. Pues cuando tú me la rompas...

RUGERO. ¿Otra?

ESTELA. Yo supiera hacerte
conocer que no eras noble.

RUGERO. Pues, ¡vive Dios!, que si vuelves,
por una parte me mandas
que te honre, y no consientes
mi pensamiento, y por otra
me incitas... Ya sube. Fuése.
¿Hay más notable mujer?

(*Vase* ESTELA.)

ESTELA. [*Dentro.*] ¡Rugero, Rugero!, ad-
[vierte...

RUGERO. ¿Aún me persigues?

ESTELA. Escucha.

RUGERO. Desde el caballo pretendes
volverme a quitar el seso.

ESTELA. Quien la buena ocasión pierde,
como engañado se espanta;
como necio, se arrepiente.
Yo soy Estela, tu prima.

RUGERO. ¿Mi prima?

ESTELA. Tu prima. Advierte
el amor y la piedad,
pues te libré de la muerte.
Cúmpleme aquella palabra.

RUGERO. ¡Estela, Estela, detente!
¡Detente, señora mía!...
El aire, corriendo, vence.
¡Señora, señora, escucha!

ESTELA. [*Dentro, lejos.*] Cobra tu Estado,
[pues eres
hombre, mancebo y Moncada.

RUGERO. ¡Ah, plegue a Dios que tropieces,
como no te hagas mal!
¡Ay Dios! ¿Que no conociese
tantas veces a mi prima?
Detenelda, álamos verdes;
árboles, poneos delante.

ESTELA. [*Dentro, más lejos.*] ¡Rugero, Ru-
[gero, emprende
un reino y una mujer!
No me olvides, pues me tienes
tan grandes obligaciones.

RUGERO. Apenas razón se entiende.

---

(1) Hartzenbusch enmendó este verso y el anterior así:

"otra Elena y otra Erífile,
Lacedemonia y Argiense".

¡Ay, cielos! ¿A quién se ha dado
tanto cabello como éste,
y no lo supiese asir?

ESTELA. ¡Rugero!, ¡Rugero!...

RUGERO. Tenme
por hombre vil, si (1) tu gusto
agravio en mi vida hiciere.
Yo voy a cobrar mi Estado
y a conquistarte, pues quieres
ser mía; que yo soy tuyo
agora y eternamente.
Mas Barcelona y el Conde
y el mundo han de ver en breve
lo que puede, aunque te vas,
el despertar a quien duerme.

ACTO TERCERO

(Salen el CONDE ANSELMO *y el* CAPITÁN *y* PEROTE, *criado.)*

CAPITÁN. ¿Qué castigo se ha de dar
a este mísero villano?

CONDE. Enseñar (2), Fabio, la mano
y comenzar (3) a vengar.

PEROTE. Si *el despertar a quien duerme,*
tan mal se puede sufrir,
el (4) despertarme a morir
no hay (5) mayor mal que hacerme.
Pusísteme en la prisión,
eso no podéis negar;
busqué adonde me acostar
con villano corazón.
Hallé cama, y ropa hallé,
en que me acosté y cubrí;
si era buena y me dormí,
¿en qué, señores, pequé?

CONDE. Pues, villano, ¿en una cama
de seda?

PEROTE. Ya yo pensé,
cuando a palacio llegué,
de esta grandeza la (6) fama,
que en la casa de los reyes
era todo seda y oro;
que así se guarda el decoro
de los dueños, que dan leyes.

(1) Hartzenbusch intercaló "a".
(2) Hartzenbusch enmendó "ensañar".
(3) Idem id. "comenzar*me*".
(4) Idem id. "*al*".
(5) Idem intercala "ya".
(6) Idem corrigió "de tanta grandeza y".

Y como yo presumí
los platos en que comían,
las cosas en que bebían,
y algo que no digo aquí,
de seda, a veces, pensé
que eran sus manos y cara,
¿qué mucho que lo pensara
de la cama en que me eché?

CONDE. ¿Que era del Conde ignorabas?

PEROTE. Sí, señor; que en eso topa.

CONDE. ¿Tú te pusiste la ropa
también, porque imaginabas
que a un villano, en su prisión,
el rey se la da de seda?

PEROTE. No hay cosa que hacer no pueda
la ignorancia sin razón.

CONDE. Concierto, sin duda, fué,
porque la guarda creyese
que era (1) el Conde y se huyese.

PEROTE. Yo no le vi, ni le hablé.
Deseoso de dormir
una vez a lo señor,
entre seda y sin rumor,
como se suele decir;
sin cuidado del sustento,
que hace a un hombre volver loco;
ni de las deudas tampoco,
que no es pequeño tormento;
por despertar a las dos,
por oír misa a las tres
y saber hacer después
las maravillas de Dios,
me acosté donde me hallaste,
por hartarme de dormir.

CONDE. ¡Vive Dios, que has de morir!
Que tú la guarda engañaste.

(Sale ESTELA.)

ESTELA. ¿Qué es esto?

CONDE. ¿No lo has sabido?

ESTELA. No; que agora me levanto.

PEROTE. Pues a mí, por otro tanto,
pues otro tanto he dormido,
me manda el Conde matar.

CONDE. Rugero, Estela, se fué,
y aqueste villano hallé,
con su ropa, en su lugar.

ESTELA. ¡Válgame Dios!

CONDE. Esto pasa.

ESTELA. ¿Hase visto tal maldad?

(1) Hartzenbusch corrigió "era*s*".

PEROTE. ¡Piedad, señora, piedad!;
que a tu padre, ni a tu casa,
ni a ti, no he sido traidor.
ESTELA. Bajeza es vengarse en ti.
PEROTE. La muerte temo, ¡ay de mí!
.... (1)
y luego al punto mandar (2)
que le quiten dos mil vidas.
PEROTE. Cuando mi vida le pidas,
será, señora, obligar...
ESTELA. Da libertad al villano,
que, sin duda, fué inocente;
y cuando librar intente
a su señor por su mano,
bien se ve que fué lealtad.
PEROTE. ¿Lealtad? ¡Y cómo si fué!
CONDE. Confiesa.
PEROTE. ¿Yo? ¿Para qué?
CONDE. La guarda de esta ciudad
salga, Capitán, al punto;
corran la tierra.
CAPITÁN. Sí haré;
y para buscalle haré
todo un ejército junto.
CONDE. A éste corten las narices,
ya que mi hija le abona,
y salga de Barcelona.
PEROTE. ¡Sin las narices! ¿Qué dices?
¿Tú no miras, por ventura,
con tu airado proceder,
que tengo de parecer
obispo de sepultura?
ESTELA. ¡Señor, señor!...
CONDE. A lo menos,
las orejas.
PEROTE. ¿Las orejas?
CONDE. ¿De las orejas te quejas?
PEROTE. ¡Por Dios, que quedan más bue-[nos! (3)
¿Soy yo posta? ¿Hasme corrido?
¿Tan mal te hallabas en mí?
CONDE. Esto se ha de hacer así.

(Vase.)

PEROTE. Señor, orejas te pido
para poder oír mis quejas;
que es el palacio lugar
adonde siempre han de andar
pidiendo a (1) todos orejas.
¡Orejas, orejas pido!
ESTELA. ¡Salíos todos allá!
VILLANO 1.° ¿No han de cortárselas ya?
PEROTE. ¡Oh, qué lindo entremetido
con las orejas ajenas!
ESTELA. ¡Sálganse presto de aquí!
VILLANO 2.° Señora mía, pues di:
¿a qué muerte le condenas?
PEROTE. Señor desorejador,
advierta que, si es hidalgo,
emplee esa daga en algo
de que le resulte honor.
Corte una envidiosa lengua;
que en casa no faltará.
GUARDA 1.° ¿No he de cortárselas ya?
GUARDA 2.° Con el favor se deslengua.
GUARDA 1.° ¿No se las corto, en efeto?
ESTELA. ¡Mas que os las corten (2) a vos!
Vámonos.
GUARDA 1.° Señora, adiós.
.... (3)

(Vanse las GUARDAS.*)*

ESTELA. ¿Qué ha (4) de hacer? En gran-[de aprieto
está Rugero. Hoy perece.
Mas buena ocasión se ofrece.
¿Sabrás guardar un secreto?
PEROTE. Santa remuneradora (5)
de mis narices y orejas,
¿en qué te sirvo?
ESTELA. Las quejas
que tendrá Rugero agora,
te querrá (6) satisfacer.
PEROTE. Pues que yo no le ofendí.
ESTELA. Dime: ¿serás hombre...?
PEROTE. Sí,
hasta dejallo de hacer (7).
ESTELA. ¿Para llevar una carta
a Rugero, tu señor?
PEROTE. [*Ap.*] (Sin duda, le tiene amor.)
No habrá cometa que parta

(1) Falta un verso.
(2) Hartzenbusch corrigió este verso así:
"CONDE Voy luego al punto a mandar."
(3) En la *Octava Parte:* "buen*as*", por errata. Hartzenbusch enmendó "quedamos buenos".

(1) Hartzenbusch suprimió "a".
(2) En la ed. de Barcelona (1617) y en la de Hartzenbusch: "cort*an*".
(3) Falta un verso para completar la redondilla.
(4) Hartzenbusch corrigió "h*e*".
(5) Idem id. "recuperadora".
(6) Idem id. "*¿tú* querrá*s*".
(7) Idem id. "ser".

con mayor velocidad.
ESTELA. ¿Sabes dónde está?
PEROTE. Yo sé
que le hallaré, de tu fe,
de tu amor, de tu lealtad.
ESTELA. Ven, sabrás mi pensamiento;
pero advierte que has de ir
como cartero.
PEROTE. El vivir
me importa. Iré con (1) el viento,
con aderezos famosos (2)
de correo estafetil.
ESTELA. Industria tienes sutil.
PEROTE. Dineros serán forzosos;
que el pie es (3) de los que cami- [nan.
ESTELA. Ven por la carta y dinero.
PEROTE. Mucho te debe Rugero.
ESTELA. Tus (4) buenas partes me inclinan.
¿Tu nombre?
PEROTE. Allá en el aldea,
Perote.
ESTELA. ¿Y por acá?
PEROTE. Pedro;
que soy Pedro, el que no medro.
En tu servicio me emplea.
ESTELA. ¿Hallaremos a Rugero,
Pedro?
PEROTE. De mi diligencia
confía.
ESTELA. Siento su ausencia.
PEROTE. ¿Quiéresle bien?
ESTELA. Bien le quiero.
En fin, ¿posible será
hallarle?
PEROTE. ¿Tú desconfías?
ESTELA. ¿Pues no?
PEROTE. No, que pues me envías,
tú sabes adónde está.

(Vanse, y salen el DUQUE DE URGEL *y* RUGERO.)

RUGERO. El mar que estamos mirando
no tiene tantas tormentas.
DUQUE. No poco, de las que cuentas,
Rugero, me estoy (5) admirando.
RUGERO. Querría, Duque de Urgel,
que me dieses tu favor,
pues lo debes a mi amor,
siempre a tus cosas fiel;
que si cobro a Barcelona
por ti, más tuya será
que mía.
DUQUE. Bien cierto está
el valor de tu persona;
pero con sólo un concierto
te daré dos mil vasallos,
con mil ligeros caballos.
RUGERO. Ya le escucho.
DUQUE. Yo te advierto:
yo tengo hermana, cual sabes,
honrada y bella...
RUGERO. Es verdad.
DUQUE. Por nobleza y calidad,
la piden hombres muy graves.
Cásate con ella, y yo
tu Condado cobraré;
y con aquesto pondré
causa a la guerra.
RUGERO. Yo (1) no.
Sabe Dios cuán bien me estaba;
mas salir de Barcelona
fué porque cierta persona
me ayudó, porque me amaba,
a la cual palabra di
de no me casar sin gusto
suyo.
DUQUE. Cumplírselo es justo;
porque lo han de hacer así
los honrados caballeros,
y Moncadas, como vos.
Adiós.
RUGERO. El vaya con vos.
DUQUE. Esto podría ofreceros;
pero con causa bastante
de ser mi cuñado.
RUGERO. El cielo
os pague, Duque, el buen celo.
DUQUE. Mi ayuda fuera importante.

(Vase.)

RUGERO. ¿Qué tengo más que esperar?
¡Oh mar, que miras mi fuego!,
sal de tus márgenes luego;
llévame a tus aguas, mar.
Pues para tan justa guerra
no hay en la tierra favor,

(1) Hartzenbusch corrigió "como".
(2) Así enmienda, con acierto, Hartzenbusch este verso, que en la *Octava Parte* dice:

"con un aderezo famoso".

(3) Hartzenbusch corrigió "que e*s* pie*s*".
(4) Idem id. "*s*us".
(5) Hartzenbusch enmendó "Me estoy, Rugero".

(1) Hartzenbusch enmendó "*Eso* no".

no me dejes a (1) rigor
de tan enemiga tierra.
¡Triste! ¿Qué tengo de hacer?
Casarme era cosa fea,
ni que otra en el mundo sea,
sino Estela, mi mujer.
Pues ¿cómo podré cobrar,
sin casarme, este Condado
que me tienen usurpado
y en que me quieren matar?
¿Yo no me estaba en mi aldea?
¿Qué le hacía al Conde yo?
¿Para qué me despertó;
que no hay necedad que sea
más peligrosa, en el mundo,
que *despertar a quien duerme?*
Mas ¿qué es esto que ofrecerme
quiere agora el mar profundo?
¡Oh, qué poderosa armada!
Gente en esquife, y a tierra
sale, y en forma de guerra;
una mujer con espada
y con bastón desembarca.
Todos la besan el pie.

(Sale la REINA DE SICILIA, *con espada, y* SOLDADOS.)

REINA. Para cuando vuelva, esté
puesto el tendalle en la barca;
porque me fatiga el sol.
RUGERO. ¿Quién es aquesta señora,
soldado, que llega agora
de guerra al mar español?
SOLDADO. Es la Reina siciliana,
que contra Mallorca iba,
y la mar, fiera y altiva,
sedienta de sangre humana,
derrotada, la arrojó
a vista de Barcelona.
RUGERO. Pues ¿era de su corona
Mallorca?
SOLDADO. Presumo yo
que ha sido más por venganza
de un hermano que le han muerto.
RUGERO. [*Ap.*] (Todo mi remedio es cierto;
vuelva mi muerta esperanza.)
¿Qué gente trae?
SOLDADO. Serán
veinte mil hombres de guerra.
RUGERO. Podrán allanar la tierra,
y más con tal capitán.

(1) Hartzenbusch corrigió "*al*".

¿Queréisle decir, soldado,
que está aquí el embajador
de Rugero?
SOLDADO. ¿Quién, señor?
RUGERO. [*Ap.*] (Notable industria he pensa- [do.)
De Rugero de Moncada,
el Conde de Rosellón
y Barcelona.
SOLDADO. Es razón
que os oiga tal embajada.
[*A la* REINA.] Aquí, mi señora, [está
del Conde de Barcelona
un embajador, que abona...
REINA. ¿Quién es?
RUGERO. Yo.
REINA. Llegaos acá.
Alzaos.
RUGERO. [*Ap.*] (¡Qué airosa, qué fiera!)
REINA. ¿El Conde piensa que yo
le vengo a hacer guerra?
RUGERO. No,
aunque de veros se infiera.
Pero advierte que Rugero
de Moncada, mi señor,
aunque es el Conde en rigor,
y legítimo heredero,
no tiene agora el Condado;
que Anselmo, su tío fiero,
se le ha quitado a Rugero.
REINA. En eso no anda acertado.
Y ya sé todo el suceso,
de boca de un catalán
que traigo por capitán
de una nave; y os confieso
que le he cobrado afición
a Rugero, desde el día
que supe esta tiranía
y su talle y discreción;
que alaba mucho a sus partes.
RUGERO. Yo no os le quiero alabar,
porque hoy parte, y el mar (1)
le mostró los estandartes
de vuestra vistosa armada,
y parecióle ocasión
a (2) pediros, si es razón,
pues tenéis sangre Moncada,
le déis favor, pues podéis;
y si este reino ganáis

(1) Hartzenbusch enmendó este verso así:

porque *soy* parte. Hoy el mar".

(2) Idem id. "de".

y esta empresa conquistáis,
que es cierto le ganaréis,
cada año os prometo en parias
cien caballos y cien mil
escudos.

REINA. Si es tan gentil,
con partes tan necesarias
para la guerra y la paz,
otro partido es mejor,
pues es de mi gran valor
por tantas partes capaz.

RUGERO. ¿Y cuál será?

REINA. Que se case
conmigo, y los dos cobremos
su Estado, que bien podremos;
que no es bien que se intentase
sin juntar a Barcelona
con Sicilia por valor;
pues hay distancia mayor
de coronel a corona.

RUGERO. No traigo tal comisión;
pero sé que le está bien,
y que vos podéis también
honralle en toda ocasión.
El es muy agradecido.
Cobradle agora el Condado;
que de no quedar casado
ni acetar ese partido,
ni venir en el concierto,
quedara en vuestra corona
Rosellón y Barcelona.

REINA. ¿Será eso cierto?

RUGERO. Muy (1) cierto.

REINA. Pues yo pondré veinte mil
soldados sobre la playa,
y haré que mi armada vaya,
en siendo (2) el viento sutil.

(Sale PEROTE.)

PEROTE.

¿Está Rugero aquí?

SOLDADO.

¿Qué es lo que quiere?
Porque su embajador sólo ha venido;
que es ése que está hablando con la Reina.

PEROTE.

¡Rugero, mi señor, dame mil veces
esos pies generosos!

(1) En la ed. de Barcelona (1617) y en la de Hartzenbusch: "*Y* muy".
(2) Hartzenbusch corrigió "venciendo".

RUGERO. [*Ap.*]

(¿Estás loco?
Detente allá; no digas que me llamo
Rugero, que me va la vida agora.
Llámame embajador.)

PEROTE.

Tan deslumbrado,
de parte de Rugero, a hablarte vengo,
que, como ves, te llamo de su nombre.
Esta carta me dió, muy afligido
de no saber de ti. (Llega el oído.
Estela, mi señora, que te adora,
esta carta me dió, y que luego al punto
respondas con el mismo mensajero.)

RUGERO.

¿Quedaba bueno mi señor Rugero?

PEROTE.

Quedaba como un ángel, cuidadoso
de tu salud. Pudiera con envidia
miralle el sol.

REINA.

¿Que es tan galán Rugero?
Oyeme, por tu vida, mensajero.

PEROTE.

Señora, si (1) soy digno de acercarme
a tus divinos rayos; mas te juro
que estaba, al escribir aquesta carta,
como si fuera un querubín del cielo.

REINA.

Todos me cuentan de él extrañas cosas.
¿Es rubio?

PEROTE.

Muy más blanco que la nieve.

REINA.

¿Qué barba?

PEROTE.

No le vi, cuando escribía,
el color de la barba que tenía,
por no atreverme tanto a su grandeza;
mas yo te juro que es mayor (2) su talle
que puede imaginar el pensamiento.

REINA.

¡Embajador!

(1) Hartzenbusch corrigió "no".
(2) Idem id. "mejor".

RUGERO.

¿Señora?

REINA.

Mucho gusto
me van dando las nuevas de Rugero.
En fin, ¿es tan gallardo caballero?
Despacha con ese hombre; que si puedo,
sin peligro, llegar a Barcelona,
me hable alguna noche; que yo creo
que en viéndome (1), ha de ser tan favorable,
que mañana me vea sin recelo
en su playa seguro y (2) junto al muro.

RUGERO.

Debajo de tu mano está seguro.

REINA.

¡Hola! ¡Leva esos ferros, leva, leva!
¡A (3) proa, a Barcelona!

SOLDADO.

Ya disparan.

(Vanse la REINA *y* SOLDADOS.*)*

PEROTE.

¿Qué reina es ésta, gran señor? ¿Qué es esto?

RUGERO.

Leer quiero la carta.

PEROTE.

Lee de presto.

RUGERO.

¡Ay, Dios, qué confusión!

PEROTE.

Pues ¿qué tenemos?

RUGERO.

Respondelle me importa.

PEROTE.

Aunque mil vidas
en llevar la respuesta aventurara,
tengo de hacer lo que me manda Estela.

RUGERO.

Ven, Pedro; que es discreta la cautela
donde la vida y honra importa a un hombre.

PEROTE.

Pues ¿qué reina es aquesta? Dime el nombre.

RUGERO.

Ven, Perote, tras mí; no tengas miedo;
que la palabra cumpliré, si puedo.

PEROTE.

Volvámonos, señor, a ser pastores;
que más valen panderos que atambores.

(Vanse, y salen el CONDE *y el* CAPITÁN *y* ESTELA.*)*

CONDE. No he sabido de Rugero;
todos se vuelven sin él.
ESTELA. Tu cuidado considero.
CONDE. Ni en la plaza hay nuevas de él,
ni en el monte, ni en sendero.
Pues pensar que en la ciudad
está escondido, es locura.
ESTELA. Pues le hacían amistad
en Castilla, por ventura
está en ella.
CONDE. Así es verdad.
Mas pienso que en Aragón
tenía satisfacción
del Duque (1) Urgel, su deudo.
ESTELA. Temo que, pagando feudo,
se (2) pongan en posesión.
CONDE. Pues ¿cómo, Estela, podrán?
ESTELA. Pues ¿tú qué defensa tienes?
¿Qué gente, qué capitán?
¿Qué muros de armas previenes,
pues sin un soldado están?
CONDE. Siempre, Estela, presumí
que si muriera (3) Rugero,
yo mismo ocasión le di;
mas ya es hecho: soldar quiero
el yerro que cometí.
ESTELA. ¿Soldar? ¿Cómo?
CONDE. Con soldados
a defender prevenidos
nuestros muros levantados.
ESTELA. Por despertar los dormidos,
desvelaste sus cuidados.

---

(1) Hartzenbusch enmendó "que el viento me".
(2) Idem omite "y".
(3) Idem corrigió "*La*".

(1) Hartzenbusch intercaló "de".
(2) Idem corrigió "*le*".
(3) Idem id. "se moviera".

¡Cuánto mejor se (1) estuviera
Rugero en su monte!

CONDE. Fué
una medrosa quimera.
Sin duda le desperté
para que yo no durmiera.

ESTELA. Ya estarás arrepentido.

CONDE. Temiendo estoy mayor daño.

(Sale el CAPITÁN.)

CAPITÁN. Ya tu temor se ha cumplido,
con el mayor desengaño
que puedes haber tenido.

CONDE. ¿Cómo?

CAPITÁN. Sobre la alta mar
se han descubierto cien velas,
que están ya para llegar.
Sirven los vientos de espuelas
con que las hacen volar.
Veloces como un delfín,
no hay vez que el viento las vuel- [va
que no parezcan, en fin,
sus árboles una selva,
y sus armas (2) un jardín.
La fama que, como ves,
en los peligros se corre (3),
y a voces dice lo que es,
ya sobre las aguas corre,
sin que se moje los pies.
Dice que toda esta armada,
con la Reina de Sicilia
trae Rugero de Moncada;
que se precia su familia,
de su brazo y de su espada.
Y aun no sé si oí decir
si ya le tenían casado;
y (4), para no te mentir,
de casarse concertado,
que esto querrán diferir
para cuando señor sea (5)
de Barcelona.

ESTELA. ¡Detente,
necio, importuno correo;
que tu lengua impertinente
habla en su mismo deseo!
¡Que se casa en Barcelona!
¿Así se puede ganar,

(1) Hartzenbusch enmendó "*te*".
(2) Idem id. "las flámulas".
(3) Idem id. "socorre".
(4) Idem id. "o".
(5) Falta la rima debida.

que de ser reina blasona (1),
porque el muro y aun el mar
de agua y perlas se corona?
¡Dadme a mí sola una espada!
¡Dadme una rodela!

CONDE. Estela,
¿de qué estás tan enojada?
Deja la espada y rodela;
que también soy yo Moncada,
y tan anciano en valor (2)
de la (3) sangre entre las venas,
que tenga infame temor
ni a sus bordadas entenas
de flámulas de color.
Ven conmigo, Capitán.

CAPITÁN. Mal, señora, me has tratado.

ESTELA. Fabio, no se casarán.

CAPITÁN. Sospecho que le ha pesado.

ESTELA. Antes mi muerte verán.

(Vanse.)

ESTELA.

La Reina de Sicilia con Rugero
en un instante, ¡oh, fuego, oh mar, oh tierra,
cuántos engaños en su (4) pecho encierra!
Por darte vida, justamente muero (5).
¡Oh, inconstante, villano caballero!
Por darte paz, me vienes a dar guerra,
Amor, ¿que siempre tu experiencia yerra,
falso en cumplir; en prometer, ligero?
¿Haberte yo librado de la muerte,
esto, ingrato Moncada, merecía?
Pagarte mal mi firme y feliz suerte (6)
trueca en pena triste mi alegría.
¡Ah, hombres sin verdad, falso el más fuerte:
mal haya, amén, quien de vosotros fía!

(Sale PEROTE.)

PEROTE. Dame esos reales pies.

ESTELA. Más con los pies en la boca.

PEROTE. Señora, ¿qué te provoca

(1) Hartzenbusch enmendó "que de ser *rey ya* blasona".
(2) Idem id. "ni está tan muerto el valor".
(3) Idem id. "mi".
(4) Idem id. "¡ay! un".
(5) Idem permuta este verso con el siguiente.
(6) Este verso y los dos siguientes Hartzenbusch los refundió así:

"¡Pagas tan mal mi fe! ¡Mi feliz suerte
truecas en pena, en llanto mi alegría!
¡Ay hombres sin verdad, falso el más fuerte!"

a que con los pies me des?
ESTELA. Tú seas muy mal venido.
¿Diste mi carta a aquel hombre?
PEROTE. ¿Cómo merece ese nombre
ni tanta fe tanto olvido?
Tu carta le di, y [es] ésta
la respuesta.
ESTELA. ¿Y ha casado
con la Reina, o concertado?
¿Qué puede darme en respuesta?
PEROTE. ¿Casado? ¡Qué lindo cuento!
¡Vive Dios, que tú has de ser
su mujer, y (1) no ha de haber
fuego en el cuarto elemento!
Esa Reina, en tierra o mar,
es malilla de este juego,
que en acabándose luego
le habemos de tripular;
que Rugero en tanto mal,
sin armas y sin consejo,
la hizo tapa de (2) espejo;
pero tú eres su cristal.
Lee ésa; quieres por mí (3),
cuando entre lanzas y espadas...
ESTELA. Por ti leo. Tú me agradas.
PEROTE. Habla quedo.
ESTELA. Dice así.

(Carta.)

"Cuando recibí tu carta, me estaba persuadiendo la Reina de Sicilia, a quien en figura de embajador, le pedía favor para cobrar mi Estado, que Rugero se casase con ella. Yo le dije que se lo escribiría; y así te suplico me envíes un caballero de quien fíes, que diga que es Rugero de Moncada, para que, con este engaño, nos favorezca; que después de tomada la posesión, ésta (4) tendrá por bien de volverse, y tú serás mi esposa; porque, de no serlo, más quiero perder el Estado y vida.—*Rugero.*"

PEROTE. ¿Qué te dice el papelito?
¿Es Moncada algún villano?
ESTELA. Amor, temor (1) no es en vano,
si a Rugero le permito
hablar con esta mujer.
PEROTE. Ella por embajador
le tiene.
ESTELA. Tengo temor
que lo debe de saber.
PEROTE. Es imposible; y ansí,
es bien que algún caballero
vaya a fingirse Rugero.
ESTELA. ¿Quién?
PEROTE. Yo iré.
ESTELA. ¡Vete de ahí!
PEROTE. Pues ¿pienso (2) que hay diferencia
entre los hijos de Adán,
más de que algunos están
en cueros, por justa herencia,
y otros de seda vestidos?
ESTELA. Más valor, más talle quiero
para imitar a Rugero
y para que sus sentidos
se enamoren de él también.
PEROTE. ¿Tan mal talle tengo yo?
Como el de Rugero, no;
porque, en fin, le quieres bien;
mas ponme unos folladicos
y un sombrero marquesote,
que en la frente y el cogote
se tenga con dos clavicos (3);
pon (4) un rojo apretador
de cabestros diamantinos
y unos guantes ambarinos
y una barba a lo señor,
y eso, a la voz delicada (5)
con pasas o con sangría,
verás que por más de un día
soy Rugero de Moncada.
ESTELA. Aguárdame aquí.
PEROTE. Despacha

(Vase ESTELA.)

con brevedad, que me muero
de miedo. Si soy Rugero
yo pesco linda muchacha.

---

(1) Hartzenbusch corrigió "o".
(2) Idem id. "de*l*".
(3) Este verso y el siguiente Hartzenbusch los corrigió así:

"Lee *siquiera* por mí,
que ando entre lanzas y espadas".

(4) Hartzenbusch corrigió "ella".

---

(1) Hartzenbusch enmendó "tem*e*r".
(2) Idem id. "piens*as*".
(3) En la 1.ª ed.: "clavi*tos*", por errata.
(4) Hartzenbusch corrigió "pon*me*".
(5) Este verso y el siguiente Hartzenbusch los varió así:

"y *eche* la voz delicada
con pausas como sangría".

(Sale el Conde *y el* Capitán.)

Conde. ¿Tan presto ha tomado puerto?
Capitán. No se puede defender.
Conde. ¡Hoy tengo de perecer!
¿Quién está aquí?
Perote. [*Ap.*] (Yo soy muerto.)
¿No me conoces, señor?
Conde. ¿Cómo en este traje estás?
Perote. Por poder servirte más
soldado que labrador.
Conde. ¿No dije que te cortasen
las narices?
Perote. Señor, sí.
Conde. ¿Cómo las traes?
Perote. Porque fuí
a donde bien me curasen,
y habránse (1) vuelto a nacer;
que soy húmido de sienes.
Capitán. Este es un loco; no tienes
que culpar sino al temer (2).
Vete, buen hombre, de ahí.
Conde. ¡Vuélvanselas a cortar!
Perote. Eso no quiero esperar.

(Vase.)

Conde. Dejalde, Fabio, ¡ay de mí!
¿Qué me aconsejas? ¿Qué ha- [ré?
que ya resistir no puedo;
que (3) mayor mal tengo miedo.
Necio fuí; yo desperté
al que en un monte vivía,
de su tierra descuidado;
el cielo me ha castigado
la pasada tiranía.
Pues entregalle a Rugero
todo el Estado, es quedar
sin remedio.
Capitán. Puedes dar
un medio.
Conde. Consejo espero.
Capitán. Entrégale a Barcelona
y déjate a Ruisellón,
donde vivas.
Conde. Y es razón,
no sólo por mi persona;
pero por ver que me queda
una hija sin remedio.
No hay tierra ni mar en medio.
Capitán. Dame licencia que pueda.
Hoy trataré lo de paz.
Conde. Habernos con ella es bien;
di que licencia me (1) den,
si no viene pertinaz
en la venganza Rugero.
Capitán. Ven a escribir (2).
Conde. Sí haré;
pues a quien matar pensé,
hoy ruego (3) soberbio y fiero.

(Vanse, y sale Rugero, Reina *y* Soldados.)

Reina. Mucho tarda.
Rugero. No podrá
venir, como está escondido,
si el Conde vive advertido
del lugar adonde está,
porque poniéndole espías
le podrán matar.
Reina. Pues, di,
¿qué habemos de hacer aquí
esperando tantos días?
Rugero. Conquistar esta ciudad
(pues ¿qué haré si se resiste?);
embiste, señora, embiste
y fía de [la] lealtad
de Rugero, mi señor,
que él lo sabrá agradecer.
Reina. Mientras no soy su mujer,
no sé si me tiene amor.
No me atrevo a aventurar
una pluma de un soldado;
para lo que me ha obligado,
basta salir de la mar
dando al Conde tanto miedo.
Rugero. Pues ¿yo no estoy en resguardo
mientras a Rugero aguardo?
Que satisfacerte puedo
yo la cabeza por él.
Reina. Si yo (4) pongo en posesión
pagaráme con traición
habiéndole sido fiel.
Rugero. Pues, dime, ¿quién gana más,
o cuál casamiento excede
al tuyo?
Reina. Rugero puede,

(1) Hartzenbusch enmendó "habrán*me*".
(2) En las primeras ediciones y en la de Hartzenbusch, "tem*o*r"; pero la rima exige que sea "tem*e*r", y así, sin duda, lo escribiría Lope.
(3) Hartzenbusch corrigió "y a".

(1) Hartzenbusch corrigió "*te*".
(2) Idem id. "escribir*le*".
(3) Idem id. "llega".
(4) Idem id. "*le*".

aunque tan seguro estás,
querer bien en otra parte.

(Sale PEROTE.)

PEROTE. ¿Está aquí el embajador
de Rugero, mi señor?
RUGERO. Aquí está.
PEROTE. Escúchame aparte.
REINA. No hay que escuchar: hable (1)
o quitaréte la vida. [aquí,
PEROTE. Oye, Reina esclarecida:
no te receles de mí.
Digo que viene Rugero;
esto en secreto advertía.
REINA. Entre en la presencia mía
seguro, que hablarle quiero.
¿Téngole yo de ofender?
RUGERO. [*Ap.*] (¡En qué confusión estoy!)
PEROTE. Señora, a llamarle voy.
RUGERO. ¡Ay, cielos! ¿Quién puede ser
el que mi nombre ha tomado?
¿Bien sabrá imitarme a mí?)

(Sale ESTELA.)

ESTELA. ¿Dónde está la Reina?
PEROTE. Aquí.
REINA. Seas, Rugero, bien llegado.
ESTELA. Dame, señora, tus pies.
RUGERO. [*Ap. a* PEROTE.] Perote, ¿qué es
[esto? Di:
¿Quién es el que viene aquí?
PEROTE. Estela; ella misma es.
REINA. ¡Hola! ¡Sillas!
ESTELA. Este día
tuve yo tan deseado,
que no sé cómo ha llegado.
REINA. Por la buena suerte mía.
RUGERO. Dame los pies, gran señor,
a tu criado.
ESTELA. ¡Buen criado!
REINA. ¡Qué príncipe tan gallardo! (2)
No en balde le tuve amor.
RUGERO. Ya, señor, tengo tratado
con la Reina, mi señora,
que gane y conquiste agora
como suyo, aqueste Estado,
y que tú le cumplirás
la palabra que te doy.
ESTELA. Digo que tu esposo soy,

(1) Hartzenbusch corrigió: "habl*a*".
(2) No consuena este verso con el anterior.

y soy el que gano más;
y que no sé qué ventura
pudo Rugero esperar
como verse en tal lugar. [sura!)
RUGERO. [*Ap.*] (¡Qué discreción, qué hermo-
ESTELA. [*Ap. a* RUGERO.] ¡Ah, traidor!
[¿Esto consientes?
RUGERO. Mi bien, fué fuerza, en rigor.
ESTELA. ¡No hay fuerza; tú eres traidor!
RUGERO. Estoy por decir que mientes.
ESTELA. Cuando todo sea verdad,
¿por qué me abraso (1) de celos?
RUGERO. Saben, Estela, los cielos
que te he guardado lealtad.
ESTELA. ¿No habrá (2) un Duque de Ur-
con gente de España? [gel
RUGERO. Sí;
a pedirle favor fuí.
ESTELA. Pues ¿qué trataste con él?
RUGERO. Queríame dar favor,
casándome con su hermana.
Mira si es verdad muy llana
que te tengo justo amor;
porque si no te quisiera,
aquel partido acetara
y la Reina me estimara (3)
y mi nombre descubriera.
Yo sólo te estimo a ti;
si aquesto te da cuidado,
piérdase todo mi Estado.
ESTELA. ¿Cierto?
RUGERO. Mi señora, sí.
ESTELA. Luego, si aquí lo descubro
todo, ¿por bien lo tendrás?
RUGERO. Si tú quieres, mucho más
que el reino por quien me encubro.
ESTELA. No te quiero hacer pesar.
¿Qué tengo agora de hacer?
RUGERO. Di que has de ser su mujer (4).
ESTELA. ¿Y aqueso qué es?
RUGERO. Engañar.
ESTELA. ¿Y es bien hecho?
RUGERO. Amor y guerra
aquesta licencia dieron

(1) Hartzenbusch corrigió "abras*as*".
(2) Idem id. "hab*í*a".
(3) Hartzenbusch enmendó:

"y *si a* la Reina estimara,
mi nombre *le* descubriera".

(4) Así en todas las ediciones; pero parece que debiera decir:

"Di que *ha* de ser *tu* mujer."

desde que los hombres fueron
ambiciosos de la tierra.

REINA. ¿Cuándo acabarás de hablar
con Rugero, embajador?

ESTELA. Hablamos de tu valor,
con (1) que saliste del mar,
y que tenemos por cierto
que en la ciudad entrarás.

REINA. Y di, ¿qué mas?

ESTELA. Fué lo más
que asentamos por concierto
que yo, al fin, sea tú esposo.

REINA. No quiero mayor riqueza,
Rugero, que tu belleza.

ESTELA. En ser tuyo, soy dichoso.
Pobre caballero soy;
más de lo que tú imaginas.

REINA. Tus partes son peregrinas;
contenta contigo estoy,
más que no (2) cuantas coronas
de imperios tiene la tierra.

ESTELA. Comience, mi bien, la guerra.

REINA. Echaré mil Barcelonas
por el suelo en tu servicio.

ESTELA. [*Ap. a* RUGERO.] Perdida está; ne-
[cia está.

RUGERO. A todos nos tiene (3) ya
dulce Estela, sin jüicio.

REINA. ¡Hola! Ese fuerte escuadrón
camine luego a la puerta.

SOLDADO. Ya Leonardo le concierta.

ESTELA. ¿Qué lanzas?

SOLDADO 2.° Cuatro mil son.

ESTELA. ¿Qué infantes?

SOLDADO. Serán seis mil.

ESTELA. Toca las cajas.

REINA. Marchemos.

(*Vanse la* REINA *y* SOLDADOS.)

ESTELA. Agora, mi bien, ¿qué haremos?

RUGERO. Con ánimo varonil,
esforzaré mi fortuna
hasta ver en lo que para.

ESTELA. Que ha menguado es cosa clara.

RUGERO. Pues crecerá como luna.

ESTELA. Ya la gente va marchando.

RUGERO. Poca defensa hallarán.

ESTELA. Ven; no te maten.

RUGERO. No harán.

(1) Hartzenbusch corrigió "de".

(2) Así en la *Octava Parte*. Hartzenbusch corrigió "con".

(3) Así en todas las ediciones; pero quizá dijera mejor "tiene*s*".

Vaya Perote guardando
tu persona, porque pueda
darme aviso en Barcelona.

PEROTE. Haz cuenta, si amor me abona,
que con un Hércules queda;
que daré, si puede amor
dar fuerza a una flaca mano,
cuchillada de villano
con ánimo de señor.

(*Vanse, y salen el* DUQUE *y* SOLDADOS.)

DUQUE.

Arrepentido estoy de no haber dado
a Rugero favor, siendo Moncada.
Marchando con mi ejército he llegado
a esta ciudad, de ejército cercada.
¿Qué gente es ésta?, porque no ha pasado
por Aragón agora aquesta armada.

SOLDADO 1.°

Las banderas se ven muy a la clara,
y ellas nos muestran bien, si se repara,
gran señor, que esta gente es extranjera.

SOLDADO 2.°

Esta es, señor, la Reina siciliana,
que, de Mallorca, la venganza fiera
viene a intentar, como piadosa hermana
del príncipe ya muerto en su ribera.

DUQUE.

No mereció menos noble sepultura (1);
será el amor igual a su hermosura.
Pues aunque tenga su favor Rugero,
yo no me excuso de que tenga el mío.
Entre los de Sicilia mostrar quiero,
como español y aragonés, el brío;
y si le cobró (2) su amistad, espero,
perdida por un loco desvarío,
de casalle por fuerza con mi hermana.

SOLDADO 1.°

Gallarda va la gente siciliana.

DUQUE.

¡Ea! Soldados nuestros, a la puerta;
que no resisten mal los catalanes.

(1) Así en las primeras ediciones; pero a este verso le sobra una sílaba, y en cambio le falta un verso a la octava real. Hartzenbusch lo refundió así:

"No [.............................]
mereció menos noble sepultura."

(2) Hartzenbusch corrigió "y si *recobro*".

SOLDADO 1.°

Es gente valerosa; mas advierta (1)
se la darán los mismos capitanes.

DUQUE.

Rugero es señor, o como es abierta (2)
la ciudad, los más fuertes y galanes
no hacen resistencia (3).

SOLDADO 2.°

Así lo creo.

DUQUE.

Vamos, pues, a mostrar mi buen deseo.

(Vanse, y salen el CONDE *y el* CAPITÁN.)

CONDE. Basta, soldados, no más;
ya, catalanes valientes,
confieso que peleáis
como quien vencer no quiere.
Amor tenéis a Rugero,
y como le veis presente,
entregáisle la ciudad.
CAPITÁN. Bien dices, señor, bien temes.
Mas es gente natural,
que no hay temor que se (4) entre-[guen,
aunque los tiranizaba (5);
y perdona, que me mueve
la justicia de Rugero
y la verdad; mas, si quieres,
entraré a morir por ti.
CONDE. No, Capitán Fabio; tente.
Yo conozco estas (6) cosas:
otro más alto las mueve;
yo tengo el justo castigo
del que despierta a quien duerme.
CAPITÁN. Pues ¿qué haremos, que a Palacio,
Conde, victoriosos vienen?
CONDE. Pedir perdón de las vidas;
que esto basta que nos dejen.

(Vanse, y sale el DUQUE, REINA *y* SOLDADOS.)

REINA. Tu ayuda fuera importante,

(1) Hartzenbusch corrigió "abierta".
(2) Idem id. "Rugero es su señor; como está cierta".
(3) Id. id. "no han de hacer resistencia".
(4) Id. id. "*te*".
(5) Id. id. "tiranizaba*s*".
(6) Id. id. "*que* estas".

si le (1) resistieran.
DUQUE. Cree
que aunque Rugero es mi deudo,
le negué el favor presente,
y que más vine por ti,
que a la misma fama excedes
con ese valor heroico.
REINA. Basta, Duque; que pretendes
juntar a Marte y Amor,
que es lo flaco con lo fuerte,
pues con la espada en la mano
veo que así te enterneces.
DUQUE. Hame enternecido el alma,
hermosa Dionisia, verte
con más divino valor
que romanos y atenienses.

(Sale el CONDE *y el* CAPITÁN.)

CONDE. A tus pies, aunque los hombres
el rendirse a las mujeres
tienen por grande flaqueza,
quiero yo, Dionisia, verme;
que la que con tal valor
a tantos hombres excedes (2),
bien es que los hombres rindas (3).
REINA. Alzate, y dime quién eres.
CONDE. El Conde soy.

(Sale ESTELA, RUGERO *y* PEROTE.)

RUGERO. [*Ap. a* ESTELA.] Ya rendido
la Reina en sus plantas tiene
al Conde, tu padre.
ESTELA. Soy
su hija; a llorar me mueve.
REINA. La justicia de Rugero,
que tienes, Conde, presente,
movió mis armas, Anselmo;
pues contra todas las leyes,
tan divinas como humanas,
este Condado posees.
Fuera de eso, es ya mi esposo,
y como su hacienda y bienes,
lo vengo a cobrar por él.
CONDE. Por justo derecho puedes.
REINA. [*A* ESTELA.] Llega, Rugero (de) [Moncada;
llega, esposo mío, y dente
la posesión de tu Estado,

(1) Hartzenbusch enmendó "se".
(2) Id. id. "excede".
(3) Id. id. "rinda".

que justamente mereces.
Pero hasme de dar la mano,
presente el Conde.

CONDE. Si vienes
a burlarme, Reina bella,
aunque soy tu preso, advierte
que este mancebo que traes,
y, por ventura, inocente,
no es Rugero de Moncada.

REINA. ¡Ay, cielo santo! ¿Quién eres,
que engañada me has traído?

ESTELA. Mujer soy; Rugero es éste;
que, porque estaba casado
conmigo secretamente,
tomé su nombre.

REINA. Este engaño,
esta traición, este (1) aleve,
haré yo satisfacer,
vil Rugero, con tu muerte.
Al Duque de Urgel y al Conde
hago en la causa jüeces,
y a Rugero desafío.

RUGERO. Para que de mí te vengues,
te doy desnuda mi espada.
Amor fué causa que fuese
embajador de mí mismo;
mas no tan villanamente
que te engañase, señora;
porque Estela, si lo adviertes,
te dió palabra de esposa (2),
y de ella es bien que te quejes,
y que con ella te cases.
Te doy licencia.

(1) Hartzenbusch enmendó "tan".
(2) Id. id. "esposo".

REINA. ¿De suerte
que ella sola me ha engañado?

DUQUE. Es verdad; pero bien puedes
trocar por Rugero al Duque,
supuesto que tú mereces,
no Duques de Urgel ni Condes
de Barcelona; mas reyes.

ESTELA. Dale, señora, la mano;
y tú, padre, pues ya puedes,
a Rugero como padre.

REINA. No quiero, Amor; pues no quie-
que dos mujeres se casen, [res (1)
que se gocen dos mujeres,
al Duque la mano doy.

DUQUE. España te lo agradece.

ESTELA. Y a mí, Rugero, los brazos.

CAPITÁN. Dios, por quien es, os quïete.

PEROTE. ¿Y mis narices y orejas,
eran barro tantas veces?

RUGERO. Alcaide de la ciudad
te hago.

PEROTE. Dios te prospere.
Ningún discreto señor (2)
a su enemigo despierte.

RUGERO. Y aquí, senado, se acaba
el despertar a quien duerme.

FIN DE LA COMEDIA DE "EL DESPERTAR A QUIEN DUERME".

(1) El pasaje es obscuro; y Hartzenbusch, para aclararlo, alteró y distribuyó este verso así:

CONDE. *Yo* quiero.
REINA. Amor, pues no quieres."

(2) Hartzenbusch corrigió "Ningún discreto, señores,".

FE DE ERRATAS

Fiamos en que el buen juicio del lector salvará convenientemente alguna errata de poca monta que se haya deslizado en la impresión de este volumen, muy rara vez en el texto, y alguna más en las notas, como en la página 62 *a,* nota 1.ª: "a*n*ejas" por "a*u*ejas"; y en la página 531 *a,* nota 2.ª: "meta*l*izada" por "meta*t*izada"; y así alguna otra.

Lo más saliente que importa susanar es el trueco o desorden de dos líneas, al comienzo de la dedicatoria de EL ALCALDE MAYOR, página 210 *a.*



PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Diccionario de la Lengua Española, XV edición, 1925, fol.; rúst., 40 pesetas; pasta, 48,50.

Diccionario Manual e ilustrado de la Lengua Española, un tomo en 8.° menor, tela, 20 pesetas.

Gramática de la Lengua Castellana, 4.°, rústica, 10 pesetas.

Compendio de la Gramática, destinado a la segunda enseñanza, 8.°, rúst., 2 pesetas.

Epítome de la misma *Gramática,* para enseñanza elemental, 8.°, rúst., 0,50 de peseta.

Prontuario de Ortografía castellana, 8.°, rústica, 0,75 de peseta.

Obras poéticas del Duque de Frías, 4.°, rústica, 10 pesetas.

Obras poéticas de don Juan Nicasio Gallego, 8.°, rúst., 5 pesetas.

El Fuero Juzgo, en latín y en castellano. Folio, rústica, 8 pesetas.

El Fuero de Avilés, por don Aureliano Fernández-Guerra, 4.° rúst., 5 pesetas.

La sepultura de Cervantes, por el Marqués de Molíns, 8.°, hol., 3 pesetas.

Bretón de los Herreros. Recuerdo de su vida y obras, por el Marqués de Molíns, 8.° rústica, 6 pesetas.

Cantigas de Santa María, de don Alfonso el Sabio. Dos tomos, pasta, 200 pesetas.

La Música de las Cantigas, estudio sobre su origen y naturaleza, con reproducciones fotográficas del texto y transcripción moderna, por don Julián Ribera. Tomo III de la obra anterior, 100 pesetas.

Estudio histórico y filológico sobre las Cantigas, por el Marqués de Valmar, 8.° tela, 5 pesetas.

Antología de poetas hispanoamericanos, cuatro tomos; cada uno, 20 pesetas.

Obras de Lope de Vega. Tomos I a XV; folio, cada tomo 20 pesetas.

Obras de Lope de Vega. Segunda serie, tomos I a V, 4.°; cada tomo, 10 pesetas; tomo VI, 20 pesetas.

Cancionero de Juan del Encina. Primera edición, 1496. Publicado en facsímile; un tomo en folio, 25 pesetas.

La tonadilla escénica, por José Subirá. Tomo I, en 4.° mayor, 15 pesetas.

Glosario sobre Juan Ruiz, por José María Aguado, 4.°, rúst., 20 pesetas.

Trabajos leídos en la Real Academia Española con ocasión de celebrar la "Fiesta del Libro Español", año 1926, 2 pesetas.

Discurso acerca de las obras publicadas por la Real Academia Española, leído en la "Fiesta del Libro Español", año 1928, por don Emilio Cotarelo y Mori, 10 pesetas.

Vocabulario de palabras usadas en Alava, por don Federico Baráibar, 4.°, rúst., 4 pesetas.

Vocabulario de refranes y frases adverbiales que juntó el Maestro Gonzalo Correas. Nueva edición, 4.°, rúst., 16 pesetas.

Memorias de la Real Academia Española. Tomos I a XIII, 4.°, rúst.; cada tomo, 10 pesetas.

Obras completas de Miguel de Cervantes Saavedra. Edición facsímile de las primitivas impresiones. Tomos I a VII, 8.°; en papel de hilo, cada tomo, 20 pesetas; en papel de algodón, 10 pesetas.

Diccionario de calígrafos españoles, por don Manuel Rico y Sinobas, con un apéndice, por don Rufino Blanco; un tomo en 4.°, 4 pesetas.

Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos, recogidos y anotados por don Francisco Rodríguez Marín; un tomo en 4.°, 5 pesetas.

Cancionero musical y poético del siglo XVII, recogido por don Claudio de la Sablonara y transcrito en notación moderna por don Jesús Aroca: un tomo en 4.°, 10 pesetas.

Shakespeare en España, por don Eduardo Juliá Martínez; un tomo en 8.°, 3 pesetas.

Shakespeare en España, por don Ricardo Rupper y Ujaravi; un tomo en 8.°, 2 pesetas.

Jornada de Carlos V a Túnez, por el doctor Gonzalo de Illescas, una peseta.

Aminta, fábula pastoril de Torcuato Tasso, traducida por Juan de Jáuregui, 1,50 pesetas.

OBRAS QUE OBTUVIERON PREMIO Y ACCESIT

Romancero de don Jaime el Conquistador, por don Adolfo Llanos, 8.°, rúst., 3 pesetas.

Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes, por don Francisco Javier Simonet, 4.°, rúst., 20 pesetas.

Biblioteca histórica de la Filología castellana, por el Conde de la Viñaza, 4.°, rúst., 17,50.

Iriarte y su época, por don Emilio Cotarelo y Mori, 4.°, rúst., 15 pesetas.

El Padre Acosta y su importancia en la literatura científica española, por don José Rodríguez Carracido, 4.°, rúst., 3 pesetas.

Biografía y estudio crítico de Jáuregui (accésit), por don José Jordán de Urríes, 4.°, rústica, 4 pesetas.

Luis Barahona de Soto, por don Francisco Rodríguez Marín, 4.°, rúst., 15 pesetas.

Gramática y Vocabulario de las obras de Gonzalo de Berceo, por don Rufino Lanchetas, 4.°, rúst., 20 pesetas.

La tía fingida, por don Julián Apráiz *(accésit),* 8.°, rúst., 6 pesetas.

Pedro Espinosa, por don F. Rodríguez Marín, 4.°, dos tomos, 16 pesetas.

El casamiento engañoso y Coloquio de los perros, por don Agustín G. de Amezúa, 4.°, rústica, 15 pesetas.

Juan Rufo, Jurado de Córdoba (accésit), por don Rafael Ramírez de Arellano, 8.°, rústica, 8 pesetas.

El Bachiller Diego Sánchez de Badajoz (accésit), por don José López Prudencio, 8.°, rústica, 6 pesetas.

El dialecto vulgar salmantino (accésit), por don José de la Mano, 8.°, rúst., 8 pesetas.

Don Luis de Góngora y Argote, por don Miguel Artigas, 4.° mayor, rúst., 20 pesetas.

El humanista Francisco Cascales (accésit), por don Justo García Soriano, 4.° mayor, rústica, 15 pesetas.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ESPAÑOLES

La *Araucana,* de don Alanso de Ercilla, por don Antonio Ferrer del Río, dos tomos, rústica, 7,50 pesetas.

Comedias escogidas de don Juan Ruiz de Alarcón, por don Isaac Núñez de Arenas, tres tomos, rúst., 9 pesetas.

Farsas y Eglogas, de Lucas Fernández, por don Manuel Cañete, un tomo, rúst., 3 pesetas.

Teatro completo de Juan del Encina, por don Manuel Cañete y don Francisco Asenjo Barbieri, un tomo, rúst., 3 pesetas.

Obras de Lope de Rueda, por don Emilio Cotarelo y Mori, dos tomos rúst., 7 pesetas.

Poesías de Baltasar del Alcázar, por don F. Rodríguez Marín, un tomo, rúst., 3,50 pesetas.

Guerra de Cataluña, de don Manuel F. de Melo, por don Jacinto Octavio Picón, un tomo, rústica, 3,50 pesetas.

Obras completas de Juan Ignacio González del Castillo, por don Leopoldo Cano, tres tomos, rústica, 10,50 pesetas.

Antología de poetisas líricas, con un prólogo de don Manuel Serrano y Sanz, dos tomos, 7 pesetas.

Calila y Dimna, por don José Alemany, un tomo, rúst., 3,50 pesetas.

Poesías escogidas de Manuel del Palacio, prólogo de don Jacinto Octavio Picón, un tomo, rústica, 3,50 pesetas.

Guía y avisos de forasteros que vienen a la corte, por el licenciado don Antonio Liñán y Verdugo, por don Manuel de Sandoval, un tomo, rúst., 5 pesetas.

Teatro inédito de don Francisco de Quevedo y Villegas, con una introducción de don Miguel Artigas, un tomo, 6 pesetas.

Poesías de Fray Luis de León, con anotaciones inéditas de don Marcelino Menéndez y Pelayo; dos tomos, rúst., 13 pesetas.

Obras de don Guillén de Castro y Bellvis, tres tomos, 4.° mayor, rúst., 20 pesetas cada tomo.

RETRATO AUTÉNTICO DE CERVANTES, *en fototipia del tamaño de la tabla original, a 2 pesetas ejemplar.*





